León Tolstoi

Ana Karenina

PRIMERA PARTE

I

Todas las familias felices se parecen unas a otras; pero cada familia infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada.

En casa de los Oblonsky andaba todo tras-trocado. La esposa acababa de enterarse de que su marido mantenía relaciones con la institutriz francesa y se había apresurado a declararle que no podía seguir viviendo con él.

Semejante situación duraba ya tres días y era tan dolorosa para los esposos como para los demás miembros de la familia. Todos, incluso los criados, sentían la íntima impresión de que aquella vida en común no tenía ya sentido y que, incluso en una posada, se encuentran más unidos los huéspedes de lo que ahora se sentían ellos entre sí.

La mujer no salía de sus habitaciones; el marido no comía en casa desde hacía tres días; los niños corrían libremente de un lado a otro sin que nadie les molestara. La institutriz inglesa había tenido una disputa con el ama de llaves y escribió a una amiga suya pidiéndole que le buscase otra colocación; el cocinero se había ido dos días antes, precisamente a la hora de comer; y el cochero y la ayudante de cocina manifestaron que no querían continuar prestando sus servicios allí y que sólo esperaban que les saldasen sus haberes para irse.

El tercer día después de la escena tenida con su mujer, el príncipe Esteban Arkadievich Oblonsky –Stiva, como le

llamaban en sociedad–, al despertar a su hora de costumbre, es decir, a las ocho de la mañana, se halló, no en el dormitorio conyugal, sino en su despacho, tendido sobre el diván de cuero.

Volvió su cuerpo, lleno y bien cuidado, sobre los flexibles muelles del diván, como si se dispusiera a dormir de nuevo, a la vez que abrazando el almohadón apoyaba en él la mejilla.

De repente se incorporó, se sentó sobre el diván y abrió los ojos.

«¿Cómo era», pensó, recordando su sue-

ño. «¡A ver, a ver! Alabin daba una comida en Darmstadt... Sonaba una música america-na... El caso es que Darmstadt estaba en América... ¡Eso es! Alabin daba un banquete, servido en mesas de cristal... Y las mesas cantaban: "Il mio tesoro"..: Y si do era eso, era algo más bonito todavía.

» Había también unos frascos, que luego resultaron ser mujeres...»

Los ojos de Esteban Arkadievich brillaron alegremente al recordar aquel sueño. Luego quedó pensativo y sonrió.

«¡Qué bien estaba todo!» Había aún muchas otras cosas magníficas que, una vez despierto, no sabía expresar ni con palabras ni con pensamientos.

Observó que un hilo de luz se filtraba por las rendijas de la persiana, alargó los pies, alcanzó sus zapatillas de tafilete bordado en oro, que su mujer le regalara el año anterior con ocasión de su cumpleaños, y, como desde hacía nueve años tenía por costumbre, extendió la mano hacia el lugar donde,

en el dormitorio conyugal, acostumbraba tener colocada la bata.

Sólo entonces se acordó de cómo y por qué se encontraba en su gabinete y no en la alcoba con su mujer; la sonrisa desapareció de su rostro y arrugó el entrecejo.

–¡Ay, ay, ay! –se lamentó, acordándose de lo que había sucedido.

Y de nuevo se presentaron a su imaginación los detalles de la escena terrible; pensó en la violenta situación en que se encontraba y pensó, sobre todo, en su propia culpa, que ahora se le aparecía con claridad.

–No, no me perdonará. ¡Y lo malo es que yo tengo la culpa de todo. La culpa es mía, y, sin embargo, no soy culpable. Eso es lo terrible del caso! ¡Ay, ay, ay! –se repitió con desesperación, evocando de nuevo la escena en todos sus detalles.

Lo peor había sido aquel primer momento, cuando al regreso del teatro, alegre y satisfecho con una manzana en las manos para su mujer, no la había hallado en el salón; asustado, la había buscado en su gabinete, para encontrarla al fin en su dormitorio examinando aquella malhadada carta que lo había descubierto todo.

Dolly, aquella Dolly, eternamente ocupada, siempre llena de preocupaciones, tan poco inteligente, según opinaba él, se hallaba sentada con el papel en la mano, mirándole con una expresión de horror, de desesperación y de ira.

–¿Qué es esto? ¿Qué me dices de esto? –

preguntó, señalando la carta.

Y ahora, al recordarlo, lo que más contrariaba a Esteban Arkadievich en aquel asunto no era el hecho en sí, sino la manera como había contestado entonces a su esposa.

Le había sucedido lo que a toda persona sorprendida en una situación demasiado vergonzosa: no supo adaptar su aspecto a la situación en que se encontraba.

Así, en vez de ofenderse, negar, disculparse, pedir perdón o incluso permanecer indiferente ––cualquiera de aquellas actitudes habría sido preferible–, hizo una cosa ajena a su voluntad («reflejos cerebrales» , juzgó Esteban Arkadievich, que se interesaba mucho por la fisiología): sonreír, sonreír con su sonrisa habitual, benévola y en aquel caso necia.

Aquella necia sonrisa era imperdonable. Al verla, Dolly se había estremecido como bajo el efecto de un dolor físico, y, según su costumbre, anonadó a Stiva bajo un torrente de palabras duras y apenas hubo terminado, huyó a refugiarse en su habitación.

Desde aquel momento, se había negado a ver a su marido.

«¡Todo por aquella necia sonrisa!», pensaba Esteban Arkadievich. Y se repetía, desesperado, sin hallar respuesta a su pregunta:

«¿Qué hacer, qué hacer?».

II

Esteban Arkadievich era leal consigo mismo. No podía, pues, engañarse asegurándose que estaba arrepentido de lo que había hecho.

No, imposible arrepentirse de lo que hiciera un hombre como él, de treinta y cuatro años, apuesto y aficionado a las

damas; ni de no estar ya enamorado de su mujer, madre de siete hijos, cinco de los cuales vivían, y que tenía sólo un año menos que él.

De lo que se arrepentía era de no haber sabido ocultar mejor el caso a su esposa. Con todo, comprendía la gravedad de la situación y compadecía a Dolly, a los niños y a sí mismo.

Tal vez habría tomado más precauciones para ocultar el hecho mejor si hubiese imaginado que aquello tenía que causar a Dolly tanto efecto.

Aunque no solía pensar seriamente en el caso, venía suponiendo desde tiempo atrás que su esposa sospechaba que no le era fiel, pero quitando importancia al asunto. Creía, además, que una mujer agotada, envejecida, ya nada hermosa, sin atractivo particular alguno, buena madre de familia y nada más, debía ser indulgente con él, hasta por equi-dad.

¡Y he aquí que resultaba todo lo contrario!

«¡Es terrible, terrible! », se repetía Esteban Arkadievich, sin hallar solución. «¡Con lo bien que iba todo, con lo a gusto que vivíamos! Ella era feliz rodeada de los niños, yo no la estorbaba en nada, la dejaba en entera libertad para que se ocupase de la casa y de los pequeños. Claro que no estaba bien que ella fuese precisamente la institutriz de la ca-sa. ¡Verdaderamente, hay algo feo, vulgar, en hacer la corte a la institutriz de nuestros propios

hijos!...

¡Pero,

qué

institutriz!

(Oblonsky recordó con deleite los negros y ardientes ojos de mademoiselle Roland y su encantadora sonrisa.) ¡Pero mientras estuvo en casa no me tomé libertad alguna! Y lo peor del caso es que... ¡Todo eso parece hecho adrede! ¡Ay, ay! ¿Qué haré? ¿Qué haré?»

Tal pregunta no tenía otra respuesta que la que la vida da a todas las preguntas irreso-lubles: vivir al día y procurar olvidar. Pero hasta la noche siguiente Esteban Arkadievich no podría refugiarse en el sueño, en las alegres visiones de los frascos convertidos en mujeres. Era preciso, pues, buscar el olvido en el sueño de la vida.

«Ya veremos», se dijo, mientras se ponía la bata gris con forro de seda azul celeste y se anudaba el cordón a la cintura. Luego aspiró el aire a pleno pulmón, llenando su amplio pecho, y, con el habitual paso decidido de sus piernas ligeramente torcidas sobre las que tan hábilmente se movía su corpulenta figura, se acercó a la ventana, descorrió los visillos y tocó el timbre.

El viejo Mateo, su ayuda de cámara y casi su amigo, apareció inmediatamente llevándole el traje, los zapatos y un telegrama.

Detrás de Mateo entró el barbero, con los útiles de afeitar.

–¿Han traído unos papeles de la oficina? –

preguntó el Príncipe, tomando el telegrama y sentándose ante el espejo.

–Están sobre la mesa –contestó Mateo, mirando con aire inquisitivo y lleno de simpatía a su señor.

Y, tras un breve silencio, añadió, con astuta sonrisa:

–Han venido de parte del dueño de la co-chera...

Esteban Arkadievich, sin contestar, miró a Mateo en el espejo. Sus miradas se cruzaron en el cristal: se notaba que se comprendían.

La mirada de Esteban parecía preguntar:

«¿Por qué me lo dices? ¿No sabes a qué vienen?».

Mateo metió las manos en los bolsillos, abrió las piernas, miró a su señor sonriendo de un modo casi imperceptible y añadió con sinceridad:

–Les he dicho que pasen el domingo, y que, hasta esa fecha, no molesten al señor ni se molesten.

Era una frase que llevaba evidentemente preparada.

Esteban Arkadievich comprendió que el criado bromeaba y no quería sino que se le prestase atención. Abrió el telegrama, lo leyó, procurando subsanar las habituales equivoca-ciones en las palabras, y su rostro se iluminó.

–Mi hermana Ana Arkadievna llega maña-na, Mateo –dijo, deteniendo un instante la mano del barbero, que ya trazaba un camino rosado entre las largas y rizadas patillas.

–¡Loado sea Dios! –exclamó Mateo, dando a entender con esta exclamación que, como a su dueño, no se le escapaba la importancia de aquella visita en el sentido de que Ana Arkadievna, la hermana queridísima, había de contribuir a la reconciliación de los dos esposos.

–¿La señora viene sola o con su marido? –

preguntó Mateo.

Esteban Arkadievich no podía contestar, porque en aquel momento el barbero le afei-taba el labio superior; pero hizo un ademán significativo levantando un dedo. Mateo aprobó con un movimiento de cabeza ante el espejo.

–Sola, ¿eh? ¿Preparo la habitación de arriba?

–Consulta a Daria Alejandrovna y haz lo que te diga.

–¿A Daria Alejandrovna? –preguntó, indeciso, el ayuda de cámara.

–Sí. Y llévale el telegrama. Ya me dirás lo que te ordena.

Mateo comprendió que Esteban quería hacer una prueba, y se limitó a decir:

–Bien, señor

Ya el barbero se había marchado y Esteban Arkadievich, afeitado, peinado y lavado, empezaba a vestirse, cuando, lento sobre sus botas crujientes y llevando el telegrams en la mano, penetró Mateo en la habitación.

–Me ha ordenado deciros que se va. «Que haga lo que le parezca», me ha dicho. –Y el buen criado miraba a su señor, riendo con los ojos, con las manos en los bolsillos y la cabeza ligeramente inclinada.

Esteban Arkadievich callaba. Después, una bondadosa y triste sonrisa iluminó su hermoso semblante.

–Y bien, Mateo, ¿qué te parece? –dijo moviendo la cabeza.

–Todo se arreglará, señor –opinó optimista el ayuda de cámara.

–¿Lo crees así?

–Sí, señor.

–¿Por qué te lo figuras? ¿Quién va? –

agregó el Principe al sentir detrás de la puerta el roce de una falda.

–Yo, señor –repuso una voz firme y agradable.

Y en la puerta apareció el rostro picado de viruelas del aya, Matena Filimonovna.

–¿Qué hay, Matrecha? –preguntó Esteban Arkadievich, saliendo a la puerta.

Aunque pasase por muy culpable a los ojos de su mujer y a los suyos propios, casi todos los de la casa, incluso Matrecha, la más íntima de Daria Alejandrovna, estaban de su parte.

–¿Qué hay? –repitió el Principe, con tristeza.

–Vaya usted a verla, señor, pídale perdón otra vez... ¡Acaso Dios se apiade de nosotros!

Ella sufre mucho y da lástima de mirar.. Y

luego, toda la casa anda revuelta. Debe usted tener compasión de los niños. Pídale perdón, señor.. ¡Qué quiere usted! Al fin y al cabo no haría mas que pagar sus culpas. Vaya a verla...

–No me recibirá...

–Pero usted habrá hecho lo que debe.

¡Dios es misericordioso! Ruegue a Dios, se-

ñor, ruegue a Dios...

–En fin, iré... –dijo Esteban Arkadievich, poniéndose encarnado. Y, quitándose la bata, indicó a Mateo–: Ayúdame a vestirme.

Mateo, que tenía ya en sus manos la camisa de su señor, sopló en ella como limpiándola de un polvo invisible y la ajustó al cuerpo bien cuidado de Esteban Arkadievich con evidente satisfacción.

III

Esteban Arkadievich, ya vestido, se perfumó con un pulverizador, se ajustó los puños de la camisa y, con su ademán habitual, guardó en los bolsillos los cigarros, la cartera, el reloj de doble cadena...

Se sacudió ligeramente con el pañuelo y, sintiéndose limpio, perfumado, sano y materialmente alegre a pesar de su disgusto, salió con redo paso y se dirigió al comedor, donde le aguardaban el café y, al lado, las camas y los expedientes de la oficina.

Leyó las cartas. Una era muy desagradable, porque procedía del comerciante que compraba la madera de las propiedades de su mujer y, como sin reconciliarse con ella no era posible realizar la operación, parecía que se mezclase un interés material con su deseo de restablecer la armonía en su casa. La posibilidad de que se pensase que el interés de aquella venta le inducía a buscar la reconciliación le disgustaba.

Leído el correo, Esteban Arkadievich tomó los documentos de la oficina, hojeó con rapidez un par de expedientes, hizo unas observaciones en los márgenes con un enorme lá-

piz, y luego comenzó a tomarse el café, a la vez que leía el periódico de la mañana, húmeda aún la tinta de imprenta.

Recibía a diario un periódico liberal no ex-tremista, sino partidario de las orientaciones de la mayoría. Aunque no le interesaban el arte, la política ni la ciencia, Esteban Arkadievich profesaba firmemente las opiniones sustentadas por la mayoría y por su periódico.

Sólo cambiaba de ideas cuando éstos varia-ban o, dicho con más exactitud, no las cambiaba nunca, sino que se modiîicaban por sí solas en él sin que ni él mismo se diese cuenta.

No escogía, pues, orientaciones ni modos de pensar, antes dejaba que las orientaciones y modos de pensar viniesen a su encuentro, del mismo modo que no elegía el corte de sus sombreros o levitas, sino que se limitaba a aceptar la moda corriente. Como vivía en sociedad y se hallaba en esa edad en que ya se necesita tener opiniones, acogía las ajenas que le convenían. Si optó por el liberalismo y no por el conservadurismo, que también tenía muchos partidarios entre la gente, no fue por convicción íntima, sino porque el liberalismo cuadraba mejor con su género de vida.

El partido liberal aseguraba que todo iba mal en Rusia y en efecto, Esteban Arkadievich tenía muchas deudas y sufría siempre de una grave penuria de dinero. Agregaban los liberales que el matrimonio era una institución caduca, necesitada de urgente reforma, y Esteban Arkadievich encontraba, en efecto, escaso interés en la vida familiar, por lo que tenía que fingir contrariando fuertemente sus inclinaciones.

Finalmente, el partido liberal sostenía o daba a entender que la religión no es más que un freno para la parte inculta de la

población, y Esteban Arkadievich estaba de acuerdo, ya que no podía asistir al más breve oficio religioso sin que le dolieran las pier-nas1. Tampoco comprendía por qué se inquietaba a los fieles con tantas palabras terribles y solemnes relativas al otro mundo cuando en éste se podía vivir tan bien y tan a gusto.

Añádase a esto que Esteban Arkadievich no desaprovechaba nunca la ocasión de una buena broma y se divertía con gusto escan-dalizando a las gentes tranquilas, sosteniendo que ya que querían envanecerse de su origen, era preciso no detenerse en Rurik2 y re-negar del mono, que era el antepasado más antiguo.

De este modo, el liberalismo se convirtió para Esteban Arkadievich en una costumbre; y le gustaba el periódico, como el cigarro después de las comidas, por la ligera bruma con que envolvía su cerebro.

Leyó el artículo de fondo, que afirmaba que es absurdo que en nuestros tiempos se levante el grito aseverando que el radicalismo amenaza con devorar todo lo tradicional y que urge adoptar medidas para aplastar la hidra revolucionaria, ya que, «muy al contrario, nuestra opinión es que el mal no está en esta supuesta hidra revolucionaria, sino en el terco tradicionalismo que retarda el progreso...» .

Luego repasó otro artículo, éste sobre finanzas, en el que se citaba a Bentham y a Mill, y se atacaba de una manera velada al Ministerio. Gracias a la claridad de su juicio comprendía en seguida todas las alusiones, de dónde partían y contra quién iban dirigidas, y el comprobarlo le producía cierta satisfacción.

Pero hoy estas satisfacciones estaban aci-baradas por el recuerdo de los consejos de Matrena Filimonovna y por la

idea del desorden que reinaba en su casa.

Leyó después que, según se decía, el conde Beist había partido para Wiesbaden, que no habría ya nunca más canas, que se vendía un cochecillo ligero y que una joven ofrecía sus servicios.

Pero semejantes noticias no le causaban hoy la satisfacción tranquila y ligeramente irónica de otras veces.

Terminado el periódico, la segunda taza de café y el kalach3 con mantequilla, Esteban Arkadievich se levantó, se limpió las migas que le cayeran en el chaleco y, sacando mucho el pecho, sonrió jovialmente, no como reflejo de su estado de espíritu, sino con el optimismo de una buena digestión.

Pero aquella sonrisa alegre le recordó de pronto su situación, y se puso serio y reflexionó.

Tras la puerta se oyeron dos voces infantiles, en las que reconoció las de Gricha, su hijo menor, y la de Tania, su hija de más edad. Los niños acababan de dejar caer alguna cosa.

–¡Ya te dije que los pasajeros no pueden ir en el techo! –gritaba la niña en inglés–.

¿Ves? Ahora tienes que levantarlos.

«Todo anda revuelto –pensó Esteban Arkadievich–. Los niños juegan donde quieren, sin que nadie cuide de ellos.»

Se acercó a la puerta y les llamó. Los chiquillos, dejando una caja con la que representaban un tren, entraron en el comedor.

Tania, la predilecta del Príncipe, corrió atrevidamente hacia él y se colgó a su cuello, feliz de poder respirar el

característico perfume de sus patillas. Después de haber besado el rostro de su padre, que la ternura y la posición inclinada en que estaba habían enrojecido, Tania se disponía a salir. Pero él la retuvo.

–¿Qué hace mamá? –preguntó, acariciando el terso y suave cuello de su hija–. ¡Hola!

–añadió, sonriendo, dirigiéndose al niño, que le había saludado.

Reconocía que quería menos a su hijo y procuraba disimularlo y mostrarse igualmente amable con los dos, pero el pequeño se daba cuenta y no correspondió con ninguna sonrisa a la sonrisa fría de su padre.

–Mamá ya está levantada –contestó la ni-

ña.

Esteban Arkadievich suspiró.

«Eso quiere decir que ha pasado la noche en vela», pensó.

–¿Y está contenta?

La pequeña sabía que entre sus padres había sucedido algo, que mamá no estaba contenta y que a papá debía constarle y no había de fingir ignorarlo preguntando con aquel tono indiferente. Se ruborizó, pues, por la mentira de su padre. Él, a su vez, adivinó los sentimientos de Tania y se sonrojó también.

–No sé –repuso la pequeña–: mamá nos dijo que no estudiásemos hoy, que fuésemos con miss Hull a ver a la abuelita.

–Muy bien. Ve, pues, donde te ha dicho la mamá, Tania. Pero no; espera un momento –

dijo, reteniéndola y acariciando la manita suave y delicada de su hija.

Tomó de la chimenea una caja de bombones que dejara allí el día antes y ofreció dos a Tania, eligiendo uno de chocolate y otro de azúcar, que sabía que eran los que más le gustaban.

–Uno es para Gricha, ¿no, papá? –

preguntó la pequeña, señalando el de chocolate.

–Sí, sí...

Volvió a acariciarla en los hombros, le besó la nuca y la dejó marchar.

–El coche está listo, señor –dijo Mateo–. Y

le está esperando un visitante que quiere pedirle no sé qué...

–¿Hace rato que está ahí?

–Una media horita.

–¿Cuántas veces te he dicho que anuncies las visitas en seguida?

–¡Lo menos que puedo hacer es dejarle tomar tranquilo su café, señor –replicó el criado con aquel tono entre amistoso y grosero que no admitía réplica.

–Vaya, pues que entre –dijo Oblonsky, con un gesto de desagrado.

La solicitante, la esposa del teniente Kali-nin, pedía una cosa estúpida a imposible. Pe-ro Esteban Arkadievich, según su costumbre, la hizo entrar, la escuchó con atención y, sin interrumpirla, le dijo a quién debía dirigirse para obtener lo que deseaba y hasta escribió, con su letra grande, hermosa y clara, una carta de presentación para aquel personaje.

Despachada la mujer del oficial, Oblonsky tomó el sombrero y se detuvo un momento, haciendo memoria para recordar si olvidaba algo. Pero nada había olvidado, sino lo que quería olvidar: su mujer.

«Eso es. ¡Ah, sí!» , se dijo, y sus hermosas facciones se ensombrecieron. «¿Iré o no?»

En su interior una voz le decía que no, que nada podía resultar sino fingimientos, ya que era imposible volver a convertir a su esposa en una mujer atractiva, capaz de enamorarle, como era imposible convertirle a él en un viejo incapaz de sentirse atraído por las mujeres hermosas.

Nada, pues, podía resultar sino disimulo y mentira, dos cosas que repugnaban a su ca-rácter.

«No obstante, algo hay que hacer. No podemos seguir así», se dijo, tratando de animarse.

Ensanchó el pecho, sacó un cigarrillo, lo encendió, le dio dos chupadas, lo tiró en el cenicero de nácar y luego, con paso rápido, se dirigió al salón y abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio de su mujer.

IV

Daria Alejandrovna, vestida con una sencilla bata y rodeada de prendas y objetos esparcidos por todas partes, estaba de pie ante un armario abierto del que iba sacando algunas

cosas. Se había anudado con prisas sus cabellos, ahora escasos, pero un día espesos y hermosos, sobre la nuca, y sus ojos, agran-dados por la delgadez de su rostro, tenían una expresión asustada.

Al oír los pasos de su marido, interrumpió lo que estaba haciendo y se volvió hacia la puerta, intentando en vano ocultar bajo una expresión severa y de desprecio, la turbación que le causaba aquella entrevista.

Lo menos diez veces en aquellos tres días había comenzado la tarea de separar sus cosas y las de sus niños para llevarlas a casa de su madre, donde pensaba irse. Y nunca conseguía llevarlo a cabo.

Como todos los días, se decía a sí misma que no era posible continuar así, que había que resolver algo, castigar a su marido, afrentarle, devolverle, aunque sólo fuese en parte, el dolor que él le había causado. Pero mientras se decía que había de marchar, reconocía en su interior que no era posible, porque no podía dejar de considerarle como su esposo, no podía, sobre todo, dejar de amarle.

Comprendía, además, que si aquí, en su propia casa, no había podido atender a sus cinco hijos, peor lo habría de conseguir en otra. Ya el más pequeño había experimentado las consecuencias del desorden que reinaba en la casa y había enfermado por tomar el día anterior un caldo mal condimentado, y poco faltó para que los otros se quedaran el día antes sin comer.

Sabía, pues, que era imposible marcharse; pero se engañaba a sí misma fingiendo que preparaba las cosas para hacerlo.

Al ver a su marido, hundió las manos en un cajón, como si buscara algo, y no se volvió para mirarle hasta que lo tuvo a su lado.

Su cara, que quería ofrecer un aspecto severo y resuelto, denotaba sólo sufrimiento a indecisión.

–¡Dolly! –murmuró él, con voz tímida.

Y bajó la cabeza, encogiéndose y procurando adoptar una actitud sumisa y dolorida, pero, a pesar de todo, se le veía rebosante de salud y lozanía. Ella le miró de cabeza a pies con una rápida mirada.

«Es feliz y está contento –se dijo–. ¡Y en cambio yo! ¡Ah, esa odiosa bondad suya que tanto le alaban todos! ¡Yo le aborrezco más por ella!»

Contrajo los labios y un músculo de su mejilla derecha tembló ligeramente.

–¿Qué quiere usted? –preguntó con voz rápida y profunda, que no era la suya.

–Dolly –repitió él con voz insegura–. Ana llega hoy.

–¿Y a mí qué me importa? No pienso recibirla –exclamó su mujer.

–Es necesario que la recibas, Dolly.

–¡Váyase de aquí, váyase! –le gritó ella, como si aquellas exclamaciones le fuesen arrancadas por un dolor físico.

Oblonsky pudo haber estado tranquilo mientras pensaba en su mujer, imaginando que todo se arreglaría, según le dijera Mateo, en tanto que leía el periódico y tomaba el ca-fé. Pero al contemplar el rostro de Dolly, cansado y dolorido, al oír su resignado y desesperado acento, se le cortó la respiración, se le oprimió la garganta y las lágrimas afluyeron a sus ojos.

–¡Oh, Dios mío, Dolly, qué he hecho! –

murmuró. No pudo decir más, ahogada la voz por un sollozo.

Ella cerró el armario y le miró.

–¿Qué te puedo decir, Dolly? Sólo una co-sa: que me perdones... ¿No crees que los nueve años que llevamos juntos merecen que olvidemos los momentos de...

Dolly bajó la cabeza, y escuchó lo que él iba a decirle, como si ella misma le implorara que la convenciese.

–¿... los momentos de ceguera? –siguió él.

E iba a continuar, pero al oír aquella expresión, los labios de su mujer volvieron a contraerse, como bajo el efecto de un dolor físico, y de nuevo tembló el músculo de su mejilla.

–¡Váyase, váyase de aquí –gritó con voz todavía más estridente– y no hable de sus cegueras ni de sus villanías!

Y trató ella misma de salir, pero hubo de apoyarse, desfalleciente, en el respaldo de una silla. El rostro de su marido parecía haberse dilatado; tenía los labios hinchados y los ojos llenos de lágrimas.

–¡Dolly! –murmuraba, dando rienda suelta a su llanto–. Piensa en los niños... ¿Qué culpa tienen ellos? Yo sí soy culpable y estoy dispuesto a aceptar el castigo que merezca. No encuentro palabras con qué expresar lo mal que me he portado. ¡Perdóname, Dolly!

Ella se sentó. Oblonsky oía su respiración, fatigosa y pesada, y se sintió invadido, por su mujer, de una infinita compasión. Dolly quiso varias veces empezar a hablar; pero no pudo.

Él esperaba.

–Tú te acuerdas de los niños sólo para va-lerte de ellos, pero yo sé bien que ya están perdidos –dijo ella, al fin, repitiendo una frase que, seguramente, se había dicho a sí misma más de una vez en aquellos tres días.

Le había tratado de tú. Oblonsky la miró reconocido, y se adelantó para cogerle la ma-no, pero ella se apartó de su esposo con repugnancia.

–Pienso en los niños, haría todo lo posible para salvarles, pero no sé cómo. ¿Quitándoles a su padre o dejándoles cerca de un padre depravado, sí, depravado? Ahora, después de lo pasado –continuó, levantando la voz–, dí-

game: ¿cómo es posible que sigamos viviendo juntos? ¿Cómo puedo vivir con un hombre, el padre de mis hijos, que tiene relaciones amorosas con la institutriz de sus hijos?

–¿Y qué quieres que hagamos ahora? ¿Qué cabe hacer? –repuso él, casi sin saber lo que decía, humillando cada vez más la cabeza.

–Me da usted asco, me repugna usted –

gritó Dolly, cada vez más agitada–. ¡Sus lá-

grimas son agua pura! ¡Jamás me ha amado usted! ¡No sabe lo que es nobleza ni sentimiento!... Le veo a usted como a un extraño, sí, como a un extraño –dijo, repitiendo con cólera aquella palabra para ella tan terrible: un extraño.

Oblonsky la miró, asustado y asombrado de la ira que se retrataba en su rostro. No comprendía que lo que provocaba la ira de su mujer era la lástima que le manifestaba. Ella sólo veía en él compasión, pero no amor.

«Me aborrece, me odia y no me perdonará», pensó Oblonsky.

–¡Es terrible, terrible! –exclamó.

Se oyó en aquel momento gritar a un niño, que se había, seguramente, caído en alguna de las habitaciones. Daria Alejandrovna prestó oído y su rostro se dulcificó repentinamente. Permaneció un instante indecisa como si no supiera qué hacer y, al fin, se dirigió con rapidez hacia la puerta.

«Quiere a mi hijo», pensó el Príncipe.

«Basta ver cómo ha cambiado de expresión al oírle gritar. Y si quiere a mi hijo, ¿cómo no ha de quererme a mí?»

–Espera, Dolly: una palabra más –dijo, siguiéndola.

–Si me sigue, llamaré a la gente, a mis hijos, para que todos sepan que es un villano.

Yo me voy ahora mismo de casa. Continúe usted viviendo aquí con su amante. ¡Yo me voy ahora mismo de casa!

Y salió, dando un portazo.

Esteban Arkadievich suspiró, se secó el rostro y lentamente se dirigió hacia la puerta.

«Mateo dice que todo se arreglará» , reflexionaba, «pero no sé cómo. No veo la manera ¡Y qué modo de gritar! ¡Qué términos!

Villano, amante... –se dijo, recordando las palabras de su mujer–. ¡Con tal que no la hayan oído las criadas! ¡Es terrible! » , se repitió. Permaneció en pie unos segundos, se

enjugó las lágrimas, suspiró, y, levantando el pecho, salió de la habitación.

Era viernes. En el comedor, el relojero alemán estaba dando cuerda a los relojes.

Esteban Arkadievich recordó su broma acostumbrada, cuando, hablando de aquel alemán calvo, tan puntual, decía que se le había dado cuerda a él para toda la vida a fin de que él pudiera darle a su vez a los relojes, y sonrió.

A Esteban Arkadievich le gustaban las bromas divertidas. «Acaso», volvió a pensar, «se arregle todo! ¡Qué hermosa palabra arreglar!», se dijo. «Habrá que contar también ese chiste. »

Llamó a Mateo:

–Mateo, prepara la habitación para Ana Arkadievna. Di a María que te ayude.

–Está bien, señor.

Esteban Arkadievich se puso la pelliza y se encaminó hacia la escalera.

–¿No come el señor en casa? –preguntó Mateo, que iba a su lado.

–No sé; veremos. Toma, para el gasto –

dijo Oblonsky, sacando diez rublos de la cartera–. ¿Te bastará?

–Baste o no, lo mismo nos tendremos que arreglar ––dijo Mateo, cerrando la portezuela del coche y subiendo la escalera.

Entre tanto, calmado el niño y comprendiendo por el ruido del carruaje que su esposo se iba, Daria Alejandrovna volvió a su dormitorio. Aquél era su único lugar de refugio contra las preocupaciones domésticas que la rodeaban apenas salía de allí. Ya en aquel breve momento que pasara en el cuarto de los niños, la inglesa y Matrena la habían preguntado acerca de varias cosas urgentes que había que hacer y a las que sólo ella podía contestar. «¿Qué tenían que ponerse los ni-

ños para ir de paseo?» «¿Les daban leche?»

«¿Se buscaba otro cocinero o no?»

–¡Déjenme en paz! –había contestado Dolly, y, volviéndose a su dormitorio, se sentó en el mismo sitio donde antes había hablado con su marido, se retorció las manos cargadas de sortijas que se deslizaban de sus dedos huesudos, y comenzó a recordar la conversación tenida con él.

«Ya se ha ido», pensaba. «¿Cómo acabará el asunto de la institutriz? ¿Seguirá viéndola?

Debí habérselo preguntado.

No, no es posible reconciliarse... Aun si seguimos viviendo en la misma casa, hemos de vivir como extraños el uno para el otro.

¡Extraños para siempre!», repitió, recalcando aquellas terribles palabras. «¡Y cómo le quería! ¡Cómo le quería, Dios mío! ¡Cómo le he querido! Y ahora mismo: ¿no le quiero, y acaso más que antes? Lo horrible es que ...»

No pudo concluir su pensamiento porque Matrena Filimonovna se presentó en la puerta.

–Si me lo permite, mandaré a buscar a mi hermano, señora ––dijo–. Si no, tendré que preparar yo la comida, no sea que los niños se queden sin comer hasta las seis de la tarde, como ayer.

–Ahora salgo y miraré lo que se haya de hacer. ¿Habéis enviado por leche fresca?

Y Daria Alejandrovna, sumiéndose en las preocupaciones cotidianas, ahogó en ellas momentáneamente su dolor.

V

Aunque nada tonto, Esteban Arkadievich era perezoso y travieso, por lo que salió del colegio figurando entre los últimos.

Con todo, pese a su vida de disipación, a su modesto grado y a su poca edad, ocupaba el cargo de presidente de un Tribunal público de Moscú. Había obtenido aquel empleo gracias a la influencia del marido de su hermana Ana, Alexis Alejandrovich Karenin, que ocupaba un alto cargo en el Ministerio del que dependía su oficina.

Pero aunque Karenin no le hubiera colocado en aquel puesto, Esteban Arkadievich, por mediación de un centenar de personas, hermanos o hermanas, primos o tíos, habría conseguido igualmente aquel cargo a otro parecido que le permitiese ganar los seis mil rublos anuales que le eran precisos, dada la mala situación de sus negocios, aun contando con los bienes que poseía su mujer.

La mitad de la gente de posición de Moscú y San Petersburgo eran amigos o parientes de Esteban Arkadievich. Nació en el ambiente de los poderosos de este mundo. Una tercera parte de los altos funcionarios, los antiguos, habían sido amigos de su padre y le conocían a él

desde la cuna. Con otra tercera parte se tuteaba, y la parte restante estaba compuesta de conocidos con los que mantenía cordiales relaciones.

De modo que los distribuidores de los bienes terrenales – como cargos, arrendamientos, concesiones, etcétera– eran amigos o parientes y no habían de dejar en la indigen-cia a uno de los suyos.

Así, para obtener un buen puesto, Oblonsky no necesitó esforzarse mucho. Le bastó no contradecir, no envidiar, no disputar, no enojarse, todo lo cual le era fácil gracias a la bondad innata de su carácter. Le habría parecido increíble no encontrar un cargo con la retribución que necesitaba, sobre todo no ambicionando apenas nada: sólo lo que habí-

an obtenido otros amigos de su edad y que estuviera al alcance de sus aptitudes.

Los que le conocían, no sólo apreciaban su carácter jovial y bondadoso y su indiscutible honradez, sino que se sentían inclinados hacia él incluso por su arrogante presencia, sus brillantes ojos, sus negras cejas y su rostro blanco y sonrosado. Cuando alguno le encontraba exteriorizaba en seguida su contento: «¡Aquí esta Stiva Oblonsky!», exclamaba al verle aparecer, casi siempre sonriendo con jovialidad.

Y, si bien después de una conversación con él no se producía ninguna especial satisfacción, las gentes, un día y otro, cuando le veí-

an, volvían a acogerle con idéntico regocijo.

En los tres años que llevaba ejerciendo su cargo en Moscú, Esteban Arkadievich había conseguido, no sólo atraerse el afecto, sino el respeto de compañeros, subordinados, jefes y

de cuantos le trataban. Las principales cualidades que le hacían ser respetado en su oficina eran, ante todo, su indulgencia con los demás –basada en el reconocimiento de sus propios defectos– y, después, su sincero liberalismo. No aquel liberalismo de que hablaban los periódicos, sino un liberalismo que llevaba en la sangre, y que le hacía tratar siempre del mismo modo a todos, sin distinción de posiciones y jerarquías, y finalmente

–y era ésta la cualidad principal– la perfecta indiferencia que le inspiraba su cargo, lo que le permitía no entusiasmarse demasiado con él ni cometer errores.

Entrando en su oficina, Oblonsky pasó a su pequeño gabinete particular, seguido del respetuoso conserje, que le llevaba la cartera.

Se vistió allí el uniforme y entró en el despacho.

Los escribientes y oficiales se pusieron en pie, saludándole con jovialidad y respeto.

Como de costumbre, Esteban Arkadievich estrechó las manos a los miembros del Tribunal y se sentó en su puesto. Bromeó y charló un rato, no más de lo conveniente, y comenzó a trabajar.

Nadie mejor que él sabía deslindar los límites de la llaneza oportuna y la seriedad precisa para hacer agradable y eficaz el trabajo.

El secretario se acercó con los documentos del día, y le habló con el tono de familiaridad que introdujera en la oficina el propio Esteban Arkadievich.

–Al fin hemos recibido los datos que necesitábamos de la administración provincial de Penza. Aquí están. Con su

permiso...

–¿Conque ya se recibieron? –exclamó Esteban Arkadievich, poniendo la mano sobre ellos–. ¡Ea, señores! Y la oficina en pleno comenzó a trabajar.

«¡Si ellos supieran», pensaba, mientras, con aire grave, escuchaba el informe, « qué aspecto de chiquillo travieso cogido en falta tenía media hora antes su "presidente de Tribunal"!»

Y sus ojos reían mientras escuchaba la lectura del expediente.

El trabajo duraba hasta las dos, en que se abría una tregua para el almuerzo.

Poco antes de aquella hora, las grandes puertas de la sala se abrieron de improviso y alguien penetró en ella. Los miembros del tribunal, sentados bajo el retrato del Emperador y los colocados bajo el zérzalo4, miraron hacia la puerta, satisfechos de aquella diversión inesperada. Pero el ujier hizo salir en seguida al recién llegado y cerró trás él la puerta vidriera.

Una vez examinado el expediente, Oblonsky se levantó, se desperezó y, rindiendo tri-buto al liberalismo de los tiempos que corrí-

an, encendió un cigarrillo en plena sala del consejo y se dirigó a su despacho.

Sus dos amigos, el veterano empleado Nikitin y el gentilhombre de cámara Grinevich, le siguieron.

–Después de comer tendremos tiempo de terminar el asunto –dijo Esteban Arkadievich.

–Naturalmente –afirmó Nikitin.

–¡Ese Fomin debe de ser un pillo redoma-do! –dijo Grinevich refiriéndose a uno de los que estaban complicados en el expediente que tenían en estudio.

Oblonsky hizo una mueca, como para dar a entender a Grinevich que no era conveniente establecer juicios anticipados, y no contestó.

–¿Quién era el que entró mientras trabajá-

bamos? –preguntó al ujier.

–Uno que lo hizo sin permiso, Excelencia, aprovechando un descuido mío. Preguntó por usted. Le dije que hasta que no salieran los miembros del Tribunal...

–¿Dónde está?

–Debe de haberse ido a la antesala. No lo podía sacar de aquí. ¡Ah, es ése! –dijo el ujier, señalando a un individuo de buena figura, ancho de espaldas, con la barba rizada, el cual, sin quitarse el gorro de piel de camero, subía a toda prisa la desgastada escalinata de piedra.

Un funcionario enjuto, que descendía con una cartera bajo el brazo, miró con severidad las piernas de aquel hombre y dirigió a Oblonsky una inquisitiva mirada.

Esteban Arkadievich estaba en lo alto de la escalera. Su rostro, resplandeciente sobre el cuello bordado del uniforme, resplandeció más al reconocer al recién llegado.

–Es él, me lo figuraba. Es Levin –dijo con sonrisa amistosa y algo burlona–. ¿Cómo te dignas venir a visitarme en esta

«covachue-la» ? –dijo abrazando a su amigo, no contento con estrechar su mano–––. ¿Hace mucho que llegaste?

–Ahora mismo. Tenía muchos deseos de verte –contestó Levin con timidez y mirando a la vez en torno suyo con inquietud y disgusto.

–Bien: vamos a mi gabinete –dijo Oblonsky, que conocía la timidez y el excesivo amor propio de su amigo.

Y, sujetando su brazo, le arrastró tras de sí, como si le abriera camino a través de graves peligros.

Esteban Arkadievich tuteaba a casi todos sus conocidos: ancianos de sesenta años y muchachos de veinte, artistas y ministros, comerciantes y generales. De modo que muchos de los que tuteaba se hallaban en extremos opuestos de la escala social y habrían quedado muy sorprendidos de saber que, a través de Oblonsky, tenían algo de común entre sí.

Se tuteaba con todos con cuantos bebía champaña una vez, y como lo bebía con todo el mundo, cuando en presencia de sus subordinados se encontraba con uno de aquellos

«tús», como solía llamar en broma a tales amigos, de los que tuviera que avergonzarse, sabía eludir, gracias a su tacto natural, lo que aquello pudiese tener de despreciable para sus subordinados.

Levin no era un «tú» del que pudiera avergonzarse, pero Oblonsky comprendía que su amigo pensaba que él tendría tal vez recelos en demostrarle su intimidad en presencia de sus subalternos y por eso le arrastró a su despacho.

Levin era de la misma edad que Oblonsky.

Su tuteo no se debía sólo a haber bebido champaña juntos, sino a haber sido amigos y compañeros en su primera juventud. No obstante la diferencia de sus inclinaciones y caracteres, se querían como suelen quererse dos amigos de la adolescencia. Pero, como pasa a menudo entre personas que eligen diversas profesiones, cada uno, aprobando y comprendiendo la elección del otro, la despreciaba en el fondo de su alma.

Le parecía a cada uno de los dos que la vi-da que él llevaba era la única real y la del amigo una ficción. Por eso Oblonsky no había podido reprimir una sonrisa burlona al ver a Levin. Varias veces le había visto en Moscú, llegado del pueblo, donde se ocupaba en cosas que Esteban Arkadievich no alcanzaba nunca a comprender bien, y que, por otra parte, no le interesaban.

Levin llegaba siempre a Moscú precipitadamente, agitado, cohibido a irritado contra sí mismo por su torpeza y expresando generalmente puntos de vista desconcertantes a inesperados respecto a todo.

Esteban Arkadievich encontraba aquello muy divertido. Levin, en el fondo, despreciaba también la vida ciudadana de Oblonsky y su trabajo, que le parecían sin valor. La diferencia estribaba en que Oblonsky, haciendo lo que todos los demás, al reírse de su amigo, lo hacía seguro de sí y con buen humor, mientras que Levin carecía de serenidad y a veces se irritaba.

–Hace mucho que te esperaba ––dijo Oblonsky, entrando en el despacho y soltando el brazo de su amigo, como para indicar que habían concluido los riesgos–. Estoy muy contento de verte –––continuó–––. ¿Cuándo has llegado?

Levin callaba, mirando a los dos desconocidos amigos de Esteban Arkadievich y fijándose, sobre todo, en la blanca mano del elegante Grinevich, una mano de afilados y blancos dedos y de largas uñas curvadas en su extremidad. Aquellas manos surgiendo de los puños de una camisa adornados de brillantes y enormes gemelos, atraían toda la atención de Levin, coartaban la libertad de sus pensamientos.

Oblonsky se dio cuenta y sonrió.

–Permitidme presentaros ––dijo–. Aquí, mis amigos Felipe Ivanovich Nikitin y Mijail Stanislavovich Grinevich. Y aquí –añadió volviéndose a Levin–: una personalidad de los estados provinciales, un miembro de los zemstvos5, un gran deportista, que levanta con una sola mano cinco puds6; el rico ganadero, formidable cazador y amigo mío Constantino Dmitrievich Levin, hermano de Sergio Ivanovich Kosnichev.

–Mucho gusto en conocerle –dijo el anciano.

–Tengo el honor de conocer a su hermano Sergio Ivanovich –aseguró Grinevich, tendiéndole su fina mano de largas uñas.

Levin arrugó el entrecejo, le estrechó la mano con frialdad y se volvió hacia Oblonsky.

Aunque apreciaba mucho a su hermano de madre, célebre escritor, le resultaba intolerable que no le consideraran a él como Constantino Levin, sino como hermano del ilustre Koznichev.

–Ya no pertenezco al zemstvo –dijo, dirigiéndose a Oblonsky–. Me peleé con todos.

No asisto ya a sus reuniones.

–¡Caramba, qué pronto te has cansado!

¿Como ha sido eso? –preguntó su amigo, sonriendo.

–Es una historia larga. Otro día te la contaré –replicó Levin.

Pero a continuación comenzó a relatarla:

–En una palabra: tengo la certeza de que no se hace ni se podrá hacer nada de provecho con los zemstvos –profirió como si contestase a una injuria–. Por un lado, se juega al parlamento, y yo no soy ni bastante viejo ni bastante joven para divertirme jugando.

Por otra parte –Levin hizo una pausa– ... es una manera que ha hallado la coterie7 rural de sacar el jugo a las provincias. Antes había juicios y tutelas, y ahora zemstvos, no en forma de gratificaciones, sino de sueldos inmerecidos –concluyó con mucho calor, como si alguno de los presentes le hubiese rebatido las opiniones.

–Por lo que veo, atraviesas una fase nueva, y esta vez conservadora –dijo Oblonsky–.

Pero ya hablaremos de eso después.

–Sí, después... Pero antes quería hablarte de cierto asunto... –repuso Levin mirando con aversión la mano de Grinevich.

Esteban Arkadievich sonrió levemente.

–¿No me decías que no te pondrías jamás vestidos europeos? –preguntó a Levin, mirando el traje que éste vestía, seguramente cortado por un sastre francés–. ¡Cuando digo que atraviesas una nueva fase!

Levin se sonrojo, pero no como los adultos, que se ponen encarnados casi sin darse cuenta, sino como los niños, que al ruborizarse comprenden lo ridículo de su timidez, lo que excita más aún su rubor, casi hasta las lágrimas.

Hacía un efecto tan extraño ver aquella expresión pueril en el rostro varonil a inteligente de su amigo que Oblonsky desvió la mirada.

–¿Dónde nos podemos ver? –preguntó Levin–. Necesito hablarte.

Oblonsky reflexionó.

–Vamos a almorzar al restaurante Gurin –

dijo– y allí hablaremos. Estoy libre hasta las tres.

–No –dijo Levin, después de pensarlo un momento–. Antes tengo que ir a otro sitio.

–Entonces cenaremos juntos por la noche.

–Pero, ¿para qué cenar? Al fin y al cabo no tengo nada especial que decirte. Sólo preguntarte dos palabras, y después podremos hablar.

–Pues dime las dos palabras ahora y hablemos por la noche.

–Se trata –empezó Levin– ... De todos modos, no es nada de particular.

En su rostro se retrató una viva irritación provocada por los esfuerzos que hacía para dominar su timidez.

–¿Qué sabes de los Scherbazky? ¿Siguen sin novedad? –preguntó, por fin.

Esteban Arkadievich, a quien le constaba de tiempo atrás que Levin estaba enamorado de

su

cuñada

Kitty,

sonrió

im-

perceptiblemente y sus ojos brillaron de satisfacción.

–Tú lo has dicho en dos palabras, pero yo en dos palabras no lo puedo contestar, porque... Perdóname un instante.

El secretario –con respetuosa familiaridad y con la modesta consciencia de la superioridad que todos los secretarios creen tener sobre sus jefes en el conocimiento de todos los asuntos– entró y se dirigió a Oblonsky llevando unos documentos y, en forma de pregunta, comenzó a explicarle una dificultad.

Esteban Arkadievich, sin terminar de escucharle, puso la mano sobre la manga del secretario.

–No, hágalo, de todos modos, como le he dicho –indicó, suavizando la orden con una sonrisa. Y tras explicarle la idea que él tenía sobre la solución del asunto, concluyó, separando los documentos–: Le ruego que lo haga así, Zajar Nikitich.

El secretario salió un poco confundido. Levin, entre tanto, se había recobrado completamente de su turbación, y en aquel

momento se hallaba con las manos apoyadas en el respaldo de una silla, escuchando con burlona atención.

–No lo comprendo, no... –dijo.

–¿El qué no comprendes? –repuso Oblonsky sonriendo y sacando un cigarrillo.

Esperaba alguna extravagancia de parte de Levin.

–Lo que hacéis aquí –repuso Levin, encogiéndose de hombros–. ¿Es posible que puedas tomarlo en serio?

–¿Por qué no?

–Porque aquí no hay nada que hacer.

–Eso te figuras tú. Estamos abrumados de trabajo.

–Sí: sobre el papel... Verdaderamente, tienes aptitudes para estas cosas –añadió Levin.

–¿Qué quieres decir?

–Nada –replicó Levin–. De todos modos, admiro tu grandeza y me siento orgulloso de tener un amigo tan importante... Pero no has contestado aún a mi pregunta –terminó, mirando a Oblonsky a los ojos, con un esfuerzo desesperado.

–Pues bien: espera un poco y también tú acabarás aquí, aunque poseas tres mil hectá-

reas de tierras en el distrito de Karasinsky, tengas tus músculos y la lozanía y agilidad de una muchacha de doce años. ¡A pesar de to-do ello acabarás por pasarte a nuestras filas!

Y respecto a lo que me has preguntado, no hay novedad. Pero es lástima que no hayas venido por aquí en tanto tiempo.

–¿Pues qué pasa? –preguntó, con inquietud, Levin.

–Nada, nada –dijo Oblonsky–. Ya charlaremos. Y en concreto, ¿qué es lo que te ha traído aquí?

–De eso será mejor hablar también después –respondió Levin, sonrojándose hasta las orejas.

–Bien; ya me hago cargo –dijo Esteban Arkadievich–. Si quieres verlas, las encontrarás hoy en el Parque Zoológico, de cuatro a cinco. Kitty estará patinando. Ve a verlas. Yo me reuniré allí contigo y luego iremos a cualquier sitio.

–Muy bien. Hasta luego entonces.

–¡No te olvides de la cita! Te conozco bien: eres capaz de olvidarla o de marcharte al pueblo –exclamó, riendo, Oblonsky.

–No, no...

Y salió del despacho, sin acordarse de que no había saludado a los amigos de Oblonsky hasta que estuvo en la puerta.

–Parece un hombre de carácter –dijo Grinevich cuando Levin hubo salido.

–Sí, querido –asintió Esteban Arkadievich, inclinando la cabeza–. ¡Es un mozo con suerte! ¡Tres mil hectáreas en Karasinsky, joven y fuerte, y con un hermoso porvenir...! ¡No es como nosotros!

–¿De qué se queja usted?

–¡De que todo me va mal! –respondió Oblonsky, suspirando profundamente.

VI

Cuando Oblonsky preguntó a Levin a qué había ido a Moscú, Levin se sonrojó y se indignó consigo mismo por haberse sonrojado y por no haber sabido decirle: «He venido para pedir la mano de tu cuñada» , pues sólo por este motivo se encontraba en Moscú.

Los Levin y los Scherbazky, antiguas familias nobles de Moscú, habían mantenido siempre entre sí cordiales relaciones, y su amistad se había afirmado más aún durante los años en que Levin fue estudiante. Éste se preparó a ingresó en la Universidad a la vez que el joven príncipe Scherbazky, el hermano de Dolly y Kitty. Levin frecuentaba entonces la casa de los Scherbazky y se encariñó con la familia.

Por extraño que pueda parecer, con lo que Levin estaba encariñado era precisamente con la casa, con la familia y, sobre todo, con la parte femenina de la familia.

Levin no recordaba a su madre; tenía sólo una hermana, y ésta mayor que él. Así, pues, en casa de los Scherbazky se encontró por primera vez en aquel ambiente de hogar aristocrático a intelectual del que él no había podido gozar nunca por la muerte de sus padres.

Todo, en los Scherbazky, sobre todo en las mujeres, se presentaba ante él envuelto co-mo en un velo misterioso, poético; y no sólo no veía en ellos defecto alguno, sino que suponía que bajo aquel velo poético que envolvía sus vidas

se ocultaban los sentimientos más elevados y las más altas perfecciones.

Que aquellas señoritas hubiesen de hablar un día en francés y otro en inglés; que toca-sen por turno el piano, cuyas melodías se oí-

an desde el cuarto de trabajo de su hermano, donde los estudiantes preparaban sus lecciones; que tuviesen profesores de literatura francesa, de música, de dibujo, de baile; que las tres, acompañadas de mademoiselle Linon, fuesen por las tardes a horas fijas al boulevard Tverskoy, vestidas con sus abrigos invernales de satén –Dolly de largo, Natalia de medio largo y Kitty completamente de corto, de modo que se podían distinguir bajo el abriguito sus piernas cubiertas de tersas medias encarnadas–; que hubiesen de pasear por el boulevard Tverskoy acompañadas por un lacayo con una escarapela dorada en el sombrero; todo aquello y mucho más que se hacía en aquel mundo misterioso en el que ellos se movían, Levin no podía comprenderlo, pero estaba seguro de que todo lo que se hacía allí era hermoso y perfecto, y precisamente por el misterio en que para él se desenvolvía, se sentía enamorado de ello.

Durante su época de estudiante, casi se enamoró de la hija mayor, Dolly, pero ésta se casó poco después con Oblonsky. Entonces comenzó a enamorarse de la segunda, como si le fuera necesario estar enamorado de una a otra de las hermanas. Pero Natalia, apenas presentada en sociedad, se casó con el diplomático Lvov. Kitty era todavía una niña cuando Levin salió de la Universidad. El joven Scherbazky, que había ingresado en la Marina, pereció en el Báltico y desde entonces las relaciones de Levin con la familia, a pesar de su amistad con Oblonsky, se hicieron cada vez menos estrechas. Pero cuando aquel año, a principios de

invierno, Levin volvió a Moscú después de un año de ausencia y visitó a los Scherbazky, comprendió de quién estaba destinado en realidad a enamorarse. Al parecer, nada más sencillo –conociendo a los Scherbazky, siendo de buena familia, más bien rico que pobre, y contando treinta y dos años de edad–, que pedir la mano de la princesita Kitty. Seguramente le habrían considerado un buen partido. Pero, como Levin estaba enamorado, Kitty le parecía tan perfecta, un ser tan por encima de todo lo de la tierra, y él se consideraba un hombre tan bajo y vulgar, que casi no podía imaginarse que ni Kitty ni los demás le encontraran digno de ella.

Pasó dos meses en Moscú como en un sueño, coincidiendo casi a diario con Kitty en la alta sociedad, que comenzó a frecuentar para verla más a menudo; y, de repente, le pareció que no tenía esperanza alguna de lograr a su amada y se marchó al pueblo.

La opinión de Levin se basaba en que a los ojos de los padres de Kitty él no podía ser un buen partido, y que tampoco la deliciosa muchacha podía amarle.

Ante sus padres no podía alegar una ocupación determinada, ninguna posición social, siendo así que a su misma edad, treinta y dos años, otros compañeros suyos eran: uno general ayudante, otro director de un banco y de una compañía ferroviaria, otro profesor, y el cuarto presidente de un tribunal de justicia, como Oblonsky...

Él, en cambio, sabía bien cómo debían de juzgarle los demás: un propietario rural, un ganadero, un hombre sin capacidad, que no hacía, a ojos de las gentes, sino lo que hacen los que no sirven para nada: ocuparse del ganado, de cazar, de vigilar sus campos y sus dependencias.

La hermosa Kitty no podía, pues, amar a un ser tan feo como Levin se consideraba, y, sobre todo, tan inútil y tan vulgar. Por otra parte, debido a su amistad con el hermano de ella ya difunto, sus relaciones con Kitty habí-

an sido las de un hombre maduro con una niña, lo cual le parecía un obstáculo más.

Opinaba que a un joven feo y bondadoso, cual él creía ser, se le puede amar como a un amigo, pero no con la pasión que él profesaba a Kitty. Para eso había que ser un hombre gallardo y, más que nada, un hombre destacado.

Es verdad que había oído decir que las mujeres aman a veces a hombres feos y vulgares, pero él no lo podía creer, y juzgaba a los demás por sí mismo, que sólo era capaz de amar a mujeres bonitas, misteriosas y originales.

No obstante, después de haber pasado dos meses en la soledad de su pueblo, comprendió que el sentimiento que le absorbía ahora no se parecía en nada a los entusiasmos de su primera juventud, pues no le dejaba momento de reposo, y vio claro que no podría vivir sin saber si Kitty podría o no llegar a ser su mujer. Comprendió, además, que sus temores eran hijos de su imaginación y que no tenía ningún serio motivo para pensar que hubiera de ser rechazado. Y fue así como se decidió a volver a Moscú, resuelto a pedir la mano de Kitty y casarse con ella, si le aceptaban... Y si no... Pero no quiso ni pensar en lo que sucedería si era rechazada su proposición.

VII

Llegó a Moscú en el tren de la mañana y en seguida se dirigió a casa de Koznichev, su hermano mayor por parte de madre. Después de mudarse de ropa, entró en el despacho

de su hermano dispuesto a exponerle los motivos de su viaje y pedirle consejo.

Pero Koznichev no se hallaba solo. Le acompañaba un profesor de filosofía muy re-nombrado que había venido de Jarkov con el exclusivo objeto de discutir con él un tema filosófico sobre el que ambos mantenían diferentes puntos de vista.

El profesor sostenía una ardiente polémica con los materialistas, y Koznichev, que la se-guía con interés, después de leer el último artículo del profesor, le escribió una carta exponiéndole sus objeciones y censurándole las excesivas concesiones que hacía al materialismo.

El polemista se puso en seguida en camino para discutir la cuestión. El punto debatido estaba entonces muy en boga, y se reducía a aclarar si existía un límite de separación entre las facultades psíquicas y fisiológicas del hombre y dónde se hallaba tal límite, de existir.

Sergio Ivanovich acogió a su hermano con la misma sonrisa fría con que acogía a todo el mundo, y después de presentarle al profesor, reanudó la charla.

El profesor, un hombre bajito, con lentes, de frente estrecha, interrumpió un momento la conversación para saludar y luego volvió a continuarla, sin ocuparse de Levin.

Este se sentó, esperando que el filósofo se marchase, pero acabó interesándose por la discusión.

Había visto en los periódicos los artículos de que se hablaba y los había leído, tomando en ellos el interés general que un antiguo alumno de la facultad de ciencias puede tomar en el desarrollo de las ciencias; pero, por su parte, jamás asociaba estas profundas cuestiones referentes a la procedencia del

hombre como animal, a la acción refleja, la biología, la sociología, y a aquella que, entre todas, le preocupaba cada vez más: la significación de la vida y la muerte.

En cambio, su hermano y el profesor, en el curso de su discusión, mezclaban las cuestiones científicas con las referentes al alma, y cuando parecía que iban a tocar el tema principal, se desviaban en seguida, y se hundían de nuevo en la esfera de las sutiles distincio-nes, las reservas, las citas, las alusiones, las referencias a opiniones autorizadas, con lo que Levin apenas podía entender de lo que trataban.

–No me es posible admitir –dijo Sergio Ivanovich, con la claridad y precisión, con la pureza de dicción que le eran connaturales–

la tesis sustentada por Keiss; es a saber: que toda concepción del mundo exterior nos es transmitida mediante sensaciones. La idea de que existimos la percibimos nosotros directamente, no a través de una sensación, puesto que no se conocen órganos especiales capaces de recibirla.

–Pero Wurst, Knaust y Pripasov le contestarían que la idea de que existimos brota del conjunto de todas las sensaciones y es consecuencia de ellas. Wurst afirma incluso que sin sensaciones no se experimenta la idea de existir.

–Voy a demostrar lo contrario... –comenzó Sergio Ivanovich.

Levin, advirtiendo que los interlocutores, tras aproximarse al punto esencial del problema, iban a desviarse de nuevo de él, preguntó al profesor:

–Entonces, cuando mis sensaciones se aniquilen y mi cuerpo muera, ¿no habrá ya para mí existencia posible?

El profesor, contrariado como si aquella interrupción le produjese casi un dolor físico, miró al que le interrogaba y que más parecía un palurdo que un filósofo, y luego volvió los ojos a Sergio Ivanovich, como preguntándole: ¿Qué queréis que le diga?

Pero Sergio Ivanovich hablaba con menos afectación a intransigencia que el profesor, y comprendía tanto las objeciones de éste co-mo el natural y simple punto de vista que acababa de ser sometido a examen, sonrió y dijo:

–Aún no estamos en condiciones de contestar adecuadamente a esa pregunta.

–Cierto; no poseemos bastantes datos –

afirmó el profesor. Y continuó exponiendo sus argumentos–. No ––dijo–. Yo sostengo que si, corno afirma Pripasov, la sensación tiene su fundamento en la impresión, hemos de establecer entre estas dos nociones una distinción rigurosa.

Levin no quiso escuchar más y esperaba con impaciencia que el profesor se marchase.

VIII

Cuando el profesor se hubo ido, Sergio dijo a su hermano: –Celebro que hayas venido.

¿Por mucho tiempo? ¿Y cómo van las tierras?

Levin sabía que a su hermano le interesaban poco las tierras, y si le preguntaba por ellas lo hacía por condescendencia. Le contestó, pues, limitándose a hablarle de la venta del trigo y del dinero cobrado.

Habría querido hablar a su hermano de sus proyectos de matrimonio, pedirle consejo.

Pero, escuchando su conversación con el profesor y oyendo luego el tono de protección con que le preguntaba por las tierras (las propiedades de su madre las poseían los dos hermanos en común, aunque era Levin quien las administraba), tuvo la sensación de que no habría ya de explicarse bien, de que no podía empezar a hablar a su hermano de su decisión, y de que éste no habría de ver seguramente las cosas como él deseaba que las viera.

–Bueno, ¿y qué dices del zemstvo? –

preguntó Sergio, que daba mucha importancia a aquella institución.

–A decir verdad, no lo sé.

–¿Cómo? ¿No perteneces a él?

–No. He presentado la dimisión –contestó Levin– y no asisto a las reuniones.

–¡Es lástima! ––dijo Sergio Ivanovich arrugando el entrecejo.

Levin, para disculparse, comenzó a relatar-le lo que sucedía en las reuniones.

–Ya se sabe que siempre pasa así –le interrumpió su hermano–. Los rusos somos de ese modo. Tal vez la facultad de ver los defectos propios sea un hermoso rasgo de nuestro carácter. Pero los exageramos y nos consolamos de ellos con la ironía que tenemos siempre en los labios. Una cosa te diré: si otro pueblo cualquiera de Europa hubiese tenido una institución análoga a la de los zemstvos –por ejemplo, los alemanes o los ingleses–, la habrían aprovechado para

conseguir su libertad política. En cambio nosotros sólo sabemos reímos de ella.

–¿Qué querías que hiciera? –replicó Levin, excusándose–. Era mi última prueba, puse en ella toda mi alma... Pero no puedo, no tengo aptitudes.

–No es que no tengas: es que no enfocas bien el asunto –dijo Sergio Ivanovich.

–Tal vez tengas razón ––concedió Levin abatido.

–¿Sabes que nuestro hermano Nicolás está otra vez en Moscú?

Nicolás, hermano de Constantino y de Sergio, por parte de madre, y mayor que los dos, era un calavera. Había disipado su fortuna, andaba siempre con gente de dudosa reputación y estaba reñido con ambos hermanos.

–¿Es posible? –preguntó Levin con inquietud–. ¿Cómo lo sabes?

–Prokofy le ha visto en la calle.

–¿En Moscú? ¿Sabes dónde vive?

Levin se levantó, como disponiéndose a marchar en seguida.

–Siento habértelo dicho –dijo Sergio Ivanovich, meneando la cabeza al ver la emoción de su hermano–. Envié a informarme de su domicilio; le remití la letra que aceptó a Tru-bin y que pagué yo. Y mira lo que me contesta...

Y Sergio Ivanovich alargó a su hermano una nota que tenía bajo el pisapapeles.

Levin leyó la nota, escrita con la letra irregular de Nicolás, tan semejante a la suya: Os ruego encarecidamente que me dejéis en paz. Es lo único que deseo de mis queridos hermanitos.

Nicolás Levin.

Después de leerla, Cónstantino permaneció en pie ante su hermano, con la cabeza baja y el papel entre las manos.

En su interior luchaba con el deseo de olvidar a su desgraciado hermano y la convicción de que obrar de aquel modo sería una mala acción.

–Al parecer, se propone ofenderme; pero no lo conseguirá –seguía diciendo Sergio–. Yo estaba dispuesto a ayudarle con todo mi corazón; mas ya ves que es imposible.

–Sí, sí... –repuso Levin–. Comprendo y apruebo tu actitud... Pero yo quiero verle.

–Ve si lo deseas, mas no te lo aconsejo –

dijo Sergio Ivanovich–. No es que yo le tema con respecto a las relaciones entre tú y yo: no conseguirá hacernos reñir. Pero creo que es mejor que no vayas, y así te lo aconsejo.

Es imposible ayudarle. Sin embargo, haz lo que te parezca mejor.

–Quizá sea imposible ayudarle, pero no quedaría tranquilo, sobre todo ahora, si...

–No te comprendo bien –repuso Sergio Ivanovich–, lo único que comprendo es la lección de humildad. Desde que Nicolás comenzó a ser como es, yo comencé a considerar

eso que llaman una «bajeza», con menos severidad. ¡Ya sabes lo que hizo!

–¡Es terrible, terrible! –repetía Levin.

Después de obtener del lacayo de su hermano las señas de Nicolás, Levin decidió visitarle en seguida, pero luego, reflexionándolo mejor, aplazó la visita hasta la tarde.

Ante todo, para tranquilizar su espíritu, necesitaba resolver el asunto que le traía a Moscú. Para ello se dirigió, pues, a la oficina de Oblonsky y, después de haber conseguido las informaciones que necesitaba sobre los Scherbazky, tomó un coche y se dirigió al lugar donde le habían dicho que podía encontrar a Kitty.

IX

A las cuatro de la tarde, Levin, con el corazón palpitante, dejó el coche de alquiler cerca del Parque Zoológico y se encaminó por un sendero a la pista de patinar, seguro de encontrar a Kitty, ya que había visto a la puerta el carruaje de los Scherbazky.

El día era frío, despejado. Ante el Parque Zoológico estaban alineados trineos, carruajes particulares y coches de alquiler. Aquí y allá se veían algunos gendarmes. El público, con sus sombreros que relucían bajo el sol, se agolpaba en la entrada y en los paseos ya limpios de nieve, entre filas de casetas de madera de estilo ruso, con adornos esculpi-dos. Los añosos abedules, inclinados bajo el peso de la nieve que cubría sus ramas, parecían ostentar flamantes vestiduras de fiesta.

Levin, mientras seguía el sendero que conducía a la pista, se decía: «Hay que estar tranquilo; es preciso no emocionarse. ¿Qué te pasa corazón? ¿Qué quieres? ¡Calla, estúpi-do!». Así

hablaba a su corazón, pero cuanto más se esforzaba en calmarse, más emocionado se sentía.

Se encontró con un conocido que le saludó, pero Levin no recordó siquiera quién po-día ser.

Se acercó a las montañas de nieve, en las que, entre el estrépito de las cadenas que hacían subir los trineos, sonaban voces alegres. Unos pasos más allá se encontró ante la pista y entre los que patinaban reconoció inmediatamente a Kitty.

La alegría y el temor inundaron su corazón. Kitty se hallaba en la extremidad de la pista, hablando en aquel momento con una señora. Aunque nada había de extraordinario en su actitud ni en su vestido, para Levin resaltaba entre todos, como una rosa entre las ortigas. Todo en tomo de ella parecía iluminado. Era como una sonrisa que hiciera resplandecer las cosas a su alrededor.

«¿Es posible que pueda acercarme adonde está?», se preguntó Levin.

Hasta el lugar donde ella se hallaba le parecía un santuario inaccesible, y tal era su zozobra que hubo un momento en que incluso decidió marcharse. Tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para decirse que al la-do de Kitty había otras muchas personas y que él podía muy bien haber ido allí para patinar.

Entró en la pista, procurando no mirar a Kitty sino a largos intervalos, como hacen los que temen mirar al sol de frente. Pero como el sol, la presencia de la joven se sentía aún sin mirarla.

Aquel día y a aquella hora acudían a la pista personas de una misma posición, todas ellas conocidas entre sí. Allí

estaban los maestros del arte de patinar, luciendo su ar-te; los que aprendían sujetándose a sillones que empujaban delante de ellos, deslizándose por el hielo con movimientos tímidos y torpes; había también niños, y viejos que patinaban por motivos de salud.

Todos parecían a Levin seres dichosos porque podían estar cerca de «ella». Sin embargo, los patinadores cruzaban al lado de Kitty, la alcanzaban, le hablaban, se separaban otra vez y todo con indiferente naturalidad, divirtiéndose sin que ella entrase para nada en su alegría, gozando del buen tiempo y de la excelente pista.

Nicolás Scherbazky, primo de Kitty, vestido con una chaqueta corta y pantalones ceñidos, descansaba en un banco con los patines puestos. Al ver a Levin, le gritó:

–¡Hola, primer patinador de todas las Rusias! ¿Desde cuándo está usted aquí? El hielo está excelente. Ande, póngase los patines.

–No traigo patines –repuso Levin, asombrado de la libertad de maneras de Scherbazky delante de «ella» y sin perderla de vista ni un momento, aunque tenía puesta en otro sitio la mirada.

Sintió que el sol se aproximaba a él. Deslizándose sobre el hielo con sus piececitos calzados de altas botas, Kitty, algo asustada al parecer, se acercaba a Levin. Tras ella, haciendo gestos desesperados a inclinándose hacia el hielo, iba un muchacho vestido con el traje nacional ruso que la perseguía. Kitty patinaba con poca seguridad. Sacando las manos del manguito sujeto al cuello por un cordón, las extendía como para cogerse a algo ante el temor de una caída. Vio a Levin, a quien reconoció en seguida, y sonrió tanto para él como para disimular su temor.

Al llegar a la curva, Kitty, con un impulso de sus piececitos nerviosos, se acercó a Scherbazky, se cogió a su brazo sonriendo y saludó a Levin con la cabeza.

Estaba más hermosa aún de lo que él la imaginara. Cuando pensaba en ella, la recordaba toda: su cabecita rubia, con su expresión deliciosa de bondad y candor infantiles, tan admirablemente colocada sobre sus hombros graciosos. Aquella mezcla de gracia de niña y de belleza de mujer ofrecían un conjunto encantador que impresionaba a Levin profundamente.

Pero lo que más le impresionaba de ella, como una cosa siempre nueva, eran sus ojos tímidos, serenos y francos, y su sonrisa, aquella sonrisa que le transportaba a un mundo encantado, donde se sentía satisfecho, contento, con una felicidad plena como sólo recordaba haberla experimentado durante los primeros días de su infancia.

–¿Cuándo ha venido? –le preguntó Kitty, dándole la mano.

El pañuelo se le cayó del manguito. Levin lo recogió y ella dijo: –Muchas gracias.

–Llegué hace poco: ayer... quiero decir, hoy... –repuso Levin, a quien la emoción había impedido entender bien la pregunta–.

Me proponía ir a su casa...

Y recordando de pronto el motivo por que la buscaba, se turbó y se puso encarnado.

–No sabía que usted patinara. Y patina muy bien –añadió.

Ella le miró atentamente, como tratando de adivinar la causa de su turbación.

–Estimo en mucho su elogio, ya que se le considera a usted como el mejor patinador –

dijo al fin, sacudiendo con su manecita enfundada en guantes negros la escarcha que se formaba sobre su manguito.

–Sí; antes, cuando patinaba con pasión aspiraba a llegar a ser un perfecto patinador.

–Parece que usted se apasiona por todo –

dijo la joven, sonriendo–. Me gustaría verle patinar. Ande, póngase los patines y demos una vuelta juntos.

«¿Es posible? ¡Patinar juntos!», pensaba Levin, mirándola.

–En seguida me los pongo –dijo en alta voz.

Y se alejó a buscarlos.

–Hace tiempo que no venía usted por aquí, señor–le dijo el empleado, cogiendo el pie de Levin para sujetarle los patines–. Desde entonces no viene nadie que patine como usted.

¿Queda bien así? –concluyó, ajustándole la correa.

–Bien, bien; acabe pronto, por favor –

replicaba Levin, conteniendo apenas la sonrisa de dicha que pugnaba por aparecer en su rostro. «¡Eso es vida! ¡Eso es felicidad! ¡Juntos, patinaremos juntos!, me ha dicho. ¿Y si se lo dijera ahora? Pero tengo miedo, porque ahora me siento feliz, feliz aunque sea sólo por la esperanza... ¡Pero es preciso decidirse!

¡Hay que acabar con esta incertidumbre! ¡Y

ahora mismo!»

Se puso en pie, se quitó el abrigo y, tras recorrer el hielo desigual inmediato a la caseta, salvó el hielo liso de la pista, deslizándose sin esfuerzo, como si le bastase la voluntad para animar su carrera. Se acercó a Kitty con timidez, sintiéndose calmado al ver la sonrisa con que le acogía.

Ella le dio la mano y los dos se precipita-ron juntos, aumentando cada vez más la velocidad, y cuanto más deprisa iban, tanto más fuertemente oprimía ella la mano de Levin.

–Con usted aprendería muy pronto, porque, no sé a qué se deberá, pero me siento completamente segura cuando patino con usted –le dijo.

–Y yo también me siento más seguro cuando usted se apoya en mi brazo –repuso Levin. Y en seguida enrojeció, asustado de lo que acababa de decir. Y, en efecto, apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando, del mismo modo como el sol se oculta entre las nubes, del rostro de Kitty desapareció toda la suavidad, y Levin comprendió por la expresión de su semblante que la joven se concentraba para reflexionar.

Una leve arruguita se marcó en la tersa frente de la muchacha.

–¿Le sucede algo? Perdone, no tengo derecho a... –rectificó Levin.

–¿Por qué no? No me pasa nada –repuso ella fríamente. Y añadió–: ¿No ha visto aún a mademoiselle Linon?

–Todavía no.

–Vaya a saludarla. Le aprecia mucho.

«¡Oh, Dios mío, la he enojado!», pensó Levin, mientras se dirigía hacia la vieja francesa de grises cabellos rizados sentada en el banco.

Ella le acogió como a un viejo amigo, en-señando al reír su dentadura postiza.

–¡Cómo crecemos, ¿eh? –le dijo, indicándole a Kittyy ¡cómo nos hacemos viejos!

¡Tinny bear es ya mayor! –continuó, riendo, y recordando los apelativos que antiguamente daba Levin a cada una de las tres hermanas, equiparándolas a los tres oseznos de un cuento popular inglés–. ¿Se acuerda de que la llamaba así?

El no lo recordaba ya, pero la francesa llevaba diez años riendo de aquello.

–Vaya, vaya a patinar. ¿Verdad que nuestra Kitty lo hace muy bien ahora?

Cuando Levin se acercó a Kitty de nuevo, la severidad había desaparecido del semblante de la joven; sus ojos le miraban, como antes, francos y llenos de suavidad, pero a él le pareció que en la serenidad de su mirada había algo de fingido y se entristeció.

Kitty, tras hablar de su anciana institutriz y de sus rarezas, preguntó a Levin qué era de su vida.

–¿No se aburre usted viviendo en el pueblo durante el invierno? –le preguntó.

–No, no me aburro. Como siempre estoy ocupado... –dijo él, consciente de que Kitty le arrastraba a la esfera de aquel

tono tranquilo que había resuelto mantener y de la cual, como había sucedido a principios de invierno, no podía ya escapar.

–¿Viene para mucho tiempo? –preguntó Kitty.

–No sé –repuso Levin, casi sin darse cuenta.

Pensó que si se dejaba ganar por aquel to-no de tranquila amistad, se marcharía otra vez sin haber resuelto nada; y decidió rebe-larse.

–¿Cómo no lo sabe?

–No, no sé... Depende de usted.

Y en el acto se sintió aterrado de sus palabras.

Pero ella no las oyó o no quiso oírlas. Co-mo si tropezara, dio dos o tres leves talona-zos y se alejó de él rápidamente. Se acercó a la institutriz, le dijo algunas palabras y se dirigió a la caseta para quitarse los patines.

«¡Oh, Dios, ayúdame, ilumíname! ¿Qué he hecho?», se decía Levin, orando mentalmente. Pero, como sintiera a la vez una viva necesidad de moverse, se lanzó en una carrera veloz sobre el hielo, trazando con furor amplios círculos.

En aquel momento, uno de los mejores patinadores que había allí salió del café con un cigarrillo en los labios, descendió a saltos las escaleras con los patines puestos, creando un gran estrépito y, sin ni siquiera variar la descuidada postura de los brazos, tocó el hielo y se deslizó sobre él.

–¡Ah, un nuevo truco! –––exclamó Levin.

Y corrió hacia la escalera para realizarlo.

–¡Va usted a matarse! –le gritó Nicolás Scherbazky–. ¡Hay que tener mucha práctica para hacer eso!

Levin subió hasta el último peldaño y, una vez allí, se lanzó hacia abajo con todo el impulso, procurando mantener el equilibrio con los brazos. Tropezó en el último peldaño, pe-ro tocando ligeramente el hielo con la mano hizo un esfuerzo rápido y violento, se levantó y, riendo, continuó su carrera.

«¡Qué muchacho tan simpático!», pensaba Kitty, que salía de la caseta con mademoiselle Linon, mientras seguía a Levin con mirada dulce y acariciante, como si contemplase a un hermano querido. «¿Acaso soy culpable? ¿He hecho algo que no esté bien? A eso llaman coquetería. Ya sé que no es a él a quien quiero, pero a su lado estoy contenta. ¡Es tan simpático! Pero ¿por qué me diría lo que me dijo?»

Viendo que Kitty iba a reunirse con su madre en la escalera, Levin, con el rostro encendido por la violencia del ejercicio, se detuvo y quedó pensativo. Luego se quitó los patines y logró alcanzar a madre a hija cerca de la puerta del parque.

–Me alegro mucho de verle –dijo la Princesa–. Recibimos los jueves, como siempre.

–¿Entonces, hoy?

–Nos satisfará su visita –repuso la Princesa, secamente.

Su frialdad disgustó a Kitty de tal modo que no pudo contener el deseo de suavizar la sequedad de su madre y, volviendo la cabeza, dijo sonriendo:

–Hasta luego.

En aquel momento, Esteban Arkadievich, con el sombrero ladeado, brillantes los ojos, con aire triunfador, entraba en el jardín. Al acercarse, sin embargo, a su suegra adoptó un aire contrito, contestándole con voz doliente cuando le preguntó por la salud de Dolly.

Tras hablar con ella en voz baja y humildemente, Oblonsky se enderezó, sacando el pecho y cogió el brazo de Levin.

–¿Qué? ¿Vamos? –preguntó–. Me he acordado mucho de ti y estoy satisfechísimo de que hayas venido –dijo, mirándole significativamente a los ojos.

–Vamos –contestó Levin, en cuyos oídos sonaban aún dulcemente el eco de aquellas palabras: «Hasta luego», y de cuya mente no se apartaba la sonrisa con que Kitty las quiso acompañar.

–¿Al «Inglaterra» o al «Ermitage» ?

–Me da lo mismo.

–Entonces vamos al «Inglaterra» ––dijo Esteban Arkadievich decidiéndose por este restaurante, porque debía en él más dinero que en el otro y consideraba que no estaba bien dejar de frecuentarlo.

–¿Tienes algún coche alquilado? –añadió–.

¿Sí? Magnífico... Yo había despedido el mío...

Hicieron el camino en silencio. Levin pensaba en lo que podía significar aquel cambio de expresión en el rostro de Kitty, y ya se sentía animado en sus esperanzas, ya se sentía hundido en la desesperación, y considerando que sus ilusiones eran insensatas. No obstante, tenía la sensación de

ser otro hombre, de no parecerse en nada a aquel a quien ella había sonreído y a quien había dicho:

«Hasta luego».

Esteban Arkadievich, entre tanto, iba com-poniendo el menú por el camino.

–¿Te gusta el rodaballo? –preguntó a Levin, cuando llegaban.

–¿Qué?

–El rodaballo.

–¡Oh! Sí, sí, me gusta con locura.

X

Levin, al entrar en el restaurante con su amigo, no dejó de observar en él una expresión particular, una especie de alegría radiante y contenida que se manifestaba en el rostro y en toda la figura de Esteban Arkadievich.

Oblonsky se quitó el abrigo y, con el sombrero ladeado, pasó al comedor, dando órdenes a los camareros tártaros que, vestidos de frac y con las servilletas bajo el brazo, le rodearon, pegándose materialmente a sus faldones.

Saludando alegremente a derecha a izquierda a los conocidos, que aquí como en todas partes le acogían alegremente, Esteban Arkadievich se dirigió al mostrador y tomó un vasito de vodka acompañándolo con un pescado en conserva, y dijo a la cajera francesa, toda cintas y puntillas, algunas frases que la hicieron reír a carcajadas. En cuanto a Levin, la vista de aquella francesa, que parecía hecha toda ella de cabellos postizos y de poudre de riz y vinaigres de toilette8, le producía náuseas. Se alejó de allí como pudiera

hacerlo de un estercolero. Su alma estaba llena del recuerdo de Kitty y en sus ojos brillaba una sonrisa de triunfo y de felicidad.

–Por aquí, Excelencia, tenga la bondad.

Aquí no importunará nadie a Su Excelencia –

decía el camarero tártaro que con más ahínco seguía a Oblonsky y que era un hombre grueso, viejo ya, con los faldones del frac flo-tantes bajo la ancha cintura–. Haga el favor, Excelencia –decía asimismo a Levin, honrándolo también como invitado de Esteban Arkadievich.

Colocó rápidamente un mantel limpio sobre la mesa redonda, ya cubierta con otro y colocada bajo una lámpara de bronce. Luego acercó dos sillas tapizadas y se paró ante Oblonsky con la servilleta y la carta en la mano, aguardando órdenes.

–Si Su Excelencia desea el reservado, po-drá disponer de él dentro de poco. Ahora lo ocupa el príncipe Galitzin con una dama...

Hemos recibido ostras francesas.

–¡Caramba, ostras!

Esteban Arkadievich reflexionó.

–¿Cambiamos el plan, Levin? –preguntó, poniendo el dedo sobre la carta.

Y su rostro expresaba verdadera perpleji-dad.

–¿Sabes si son buenas las ostras? –

interrogó.

–De Flensburg, Excelencia. De Ostende no tenemos hoy.

–Pasemos porque sean de Flensburg, pero

¿son frescas?

–Las hemos recibido ayer.

–¿Entonces empezamos por las ostras y cambiamos el plan?

–Me es indiferente. A mí lo que más me gustaría sería el schi y la kacha9, pero aquí no deben de tener de eso.

–¿El señor desea kacha à la russe? –

preguntó el tártaro, inclinándose hacia Levin como un aya hacia un niño.

–Bromas aparte, estoy conforme con lo que escojas –dijo Levin a Oblonsky–. He patinado mucho y tengo apetito. –Y añadió, observando una expresión de descontento en el rostro de Esteban Arkadievich–: No creas que no sepa apreciar tu elección. Estoy seguro de que comeré muy a gusto.

–¡No faltaba más! Digas lo que quieras, el comer bien es uno de los placeres de la vida

–repuso Esteban Arkadievich–. Ea, amigo: tráenos primero las ostras. Dos –no, eso sería poco–, tres docenas... Luego, sopa juliana...

–Printanière, ¿no? –corrigió el tártaro.

Pero Oblonsky no quería darle la satisfacción de mencionar los platos en francés.

–Sopa juliana, juliana, ¿entiendes? Luego rodaballo, con la salsa muy espesa; luego...

rosbif, pero que sea bueno, ¿eh? Después, pollo y algo de conservas.

El tártaro, recordando la costumbre de Oblonsky de no nombrar los manjares con los nombres de la cocina francesa, no quiso insistir, pero se tomó el desquite, repitiendo todo lo encargado tal como estaba escrito en la carta.

–Soupe

printanière,

turbot

à

la

Beaumarchais,

poularde

à

l'estragon,

macedoine de fruits...

Y en seguida después, como movido por un resorte, cambió la carta que tenía en las manos por la de los vinos y la presentó a Oblonsky.

–¿Qué bebemos?

–Lo que quieras; acaso un poco de...

champaña –indicó Levin.

–¿Champaña para empezar? Pero bueno, como tú quieras. ¿Cómo te gusta? ¿Carta blanca?

–Cachet blanc –dijo el tártaro.

–Sí: esto con las ostras. Luego, ya veremos.

–Bien, Excelencia. ¿De vinos de mesa?

–Tal vez Nuit... Pero no: vale más el clási-co Chablis.

–Bien. ¿Tomará Su Excelencia su queso?

–Sí: de Parma. ¿O prefieres otro?

–A mí me da lo mismo –dijo Levin, sin poder reprimir una sonrisa.

El tártaro se alejó corriendo, con los faldones de su frac flotándole hacia atrás, y cinco minutos más tarde volvió con una bandeja llena de ostras ya abiertas en sus conchas de nácar y con una botella entre los dedos.

Esteban Arkadievich arrugó la servilleta almidonada, colocó la punta en la abertura del chaleco y, apoyando los brazos sobre la mesa, comenzó a comer las ostras.

–No están mal –dijo, mientras separaba las–ostras de las conchas con un tenedorcito de plata y las engullía una tras otra–. No es-tán mal –repitió, mirando con sus brillantes ojos, ora a Levin, ora al tártaro.

Levin comió ostras también, aunque habría preferido queso y pan blanco, pero no podía menos de admirar a Oblonsky.

Hasta el mismo tártaro, después de haber descorchado la botella y escanciado el vino espumoso en las finas copas de cristal, contempló con visible placer a Esteban Arkadievich, mientras se arreglaba su corbata blanca.

–¿No te gustan las ostras? –preguntó éste a Levin–. ¿O es que estás preocupado por algo?

Deseaba que Levin se sintiese alegre. Levin no estaba triste, se sentía sólo a disgusto en el ambiente del restaurante, que contras-taba tanto con su estado de ánimo de aquel momento. No, no se encontraba bien en aquel establecimiento con sus reservados donde se llevaba a comer a las damas; con sus bronces, sus espejos y sus tártaros. Sentía la impresión de que aquello había de mancillar los delicados sentimientos que albergaba su corazón.

–¿Yo?–. Sí, estoy preocupado... Además, a un pueblerino como yo, no puedes figurarte la impresión que le causan estas cosas. Es, por ejemplo, como las uñas de aquel señor que me presentaste en tu oficina.

–Ya vi que las uñas del pobre Grinevich te impresionaron mucho –dijo Oblonsky, riendo.

–¡Son cosas insoportables para mí! –

repuso Levin–. Ponte en mi lugar, en el de un hombre que vive en el campo. Allí procura-mos tener las manos de modo que nos per-mitan trabajar más cómodamente; por eso nos cortamos las uñas y a veces nos reman-gamos el brazo... En cambio, aquí la gente se deja crecer las uñas todo lo que pueden dar de sí y se pone unos gemelos como platos para acabar de dejar las manos en estado de no poder servir para nada.

Esteban Arkadievich sonrió jovialmente.

–Señal de que no es preciso un trabajo ru-do, que se labora con el cerebro... –alegó.

–Quizá. Pero de todos modos a mí eso me causa una extraña impresión; como me la causa el que nosotros los del pueblo procu-remos comer deprisa para ponernos en seguida a trabajar otra vez, mientras que aquí procuráis no saciaros demasiado aprisa y por eso empezáis por comer ostras.

–Naturalmente –repuso su amigo–. El fin de la civilización consiste en convertir todas las cosas en un placer.

–Pues si ése es el fin de la civilización, pre-fiero ser un salvaje.

–Eres un salvaje sin necesidad de eso. Todos los Levin lo sois.

Levin suspiró. Recordó a su hermano Nicolás y se sintió avergonzado y dolorido. Arrugó el entrecejo. Pero ya Oblonsky le hablaba de otra cosa que distrajo su atención.

–¿Visitarás esta noche a los Scherbazky?

¿Quiero decir a...? –agregó, separando las conchas vacías y acercando el queso, mientras sus ojos brillaban de manera significativa.

–No dejaré de ir –repuso Levin–, aunque creo que la Princesa me invitó de mala gana.

–¡No digas tonterías! Es su modo de ser.

Sírvanos la sopa, amigo –dijo Oblonsky al camarero–. Es su manera de grande dame.

Yo también pasaré por allí, pero antes he de estar en casa de la condesa Bonina. Hay allí un coro, que... Como te decía,

eres un salvaje... ¿Cómo se explica tu desaparición repentina de Moscú? Los Scherbazky no hacían más que preguntarme por ti, como si yo pudiera saber... Y sólo sé una cosa: que haces siempre lo contrario que los demás.

–Tienes razón: soy un salvaje –concedió Levin, hablando lentamente, pero con agitación–, pero si lo soy, no es por haberme ido entonces, sino por haber vuelto ahora.

–¡Qué feliz eres! –interrumpió su amigo, mirándole a los ojos.

–¿Por qué?

–Conozco los buenos caballos por el pelo y a los jóvenes enamorados por los ojos –

declaró Esteban Arkadievich–. El mundo es tuyo... El porvenir se abre ante ti...

–¿Acaso tú no tienes ya nada ante ti?

–Sí, pero el porvenir es tuyo. Yo tengo só-

lo el presente, y este presente no es precisamente de color de rosa.

–¿Y eso?

–No marchan bien las cosas... Pero no quiero hablar de mí, y además no todo se puede explicar –dijo Esteban Arkadievich–.

Cambia los platos –dijo al camarero. Y prosiguió–: Ea, ¿a qué has venido a Moscú?

–¿No lo adivinas? –contestó Levin, mirando fijamente a su amigo, sin apartar de él un instante sus ojos profundos.

–Lo adivino, pero no soy el llamado a iniciar la conversación sobre ello... Juzga por mis palabras si lo adivino o no –dijo Esteban Arkadievich con leve sonrisa.

–Y entonces, ¿qué me dices? –preguntó Levin con voz trémula, sintiendo que todos los músculos de su rostro se estremecían–.

¿Qué te parece el asunto?

Oblonsky vació lentamente su copa de Chablis sin quitar los ojos de Levin.

–Por mi parte –dijo– no desearía otra co-sa. Creo que es lo mejor que podría suceder.

–¿No te equivocas? ¿Sabes a lo que te refieres? –repuso su amigo, clavando los ojos en él–. ¿Lo crees posible?

–Lo creo. ¿Por qué no?

–¿Supones sinceramente que es posible?

Dime todo lo que piensas. ¿No me espera una negativa? Casi estoy seguro...

–¿Por qué piensas así? –dijo Esteban Arkadievich, observando la emoción de Levin.

–A veces lo creo, y esto fuera terrible para mí y para ella.

–No creo que para ella haya nada terrible en esto. Toda muchacha se enorgullece cuando piden su mano.

–Todas sí; pero ella no es como todas.

Esteban Arkadievich sonrió. Conocía los sentimientos de su amigo y sabía que para él todas las jóvenes del mundo

estaban divididas en dos clases: una compuesta por la generalidad de las mujeres, sujetas a todas las flaquezas, y otra compuesta sólo por «ella» , que no tenía defecto alguno y estaba muy por encima del género humano.

–¿Qué haces? ¡Toma un poco de salsa! –

dijo, deteniendo la mano de Levin, que separaba la fuente.

Levin, obediente, se sirvió salsa; pero impedía, con sus preguntas, que Esteban Arkadievich comiera tranquilo.

–Espera, espera –dijo–. Comprende que esto para mí es cuestión de vida o muerte. A nadie he hablado de ello. Con nadie puedo hablar, excepto contigo. Aunque seamos diferentes en todo, sé que me aprecias y yo te aprecio mucho también. Pero, ¡por Dios!, sé sincero conmigo.

–Yo te digo lo que pienso –respondió Oblonsky con una sonrisa–. Te diré más aún: mi esposa, que es una mujer extraordinaria...

Suspiró, recordando el estado de sus relaciones con ella y, tras un breve silencio, continuó:

–Tiene el don de prever los sucesos. Adivina el carácter de la gente y profetiza los acontecimientos... sobre todo si se trata de matrimonios... Por ejemplo: predijo que la Schajovskaya se casaría con Brenteln. Nadie quería creerlo. Pero resultó. Pues bien: está de tu parte.

–¿Es decir, que...?

–Que no sólo simpatiza contigo, sino que asegura que Kitty será indudablemente tu esposa.

Al oír aquellas palabras, el rostro de Levin se iluminó con una de esas sonrisas tras de las que parecen próximas a brotar lágrimas de ternura.

–¡Conque dice eso! –exclamó–. Siempre he opinado que tu esposa era una mujer admirable. Bien; basta. No hablemos más de eso –añadió, levantándose.

–Bueno, pero siéntate.

Levin no podía sentarse. Dio un par de vueltas con sus firmes pasos por la pequeña habitación, pestañeando con fuerza para dominar sus lágrimas, y sólo entonces volvió a instalarse en su silla.

–Comprende –dijo– que esto no es un amor vulgar. Yo he estado enamorado, pero no como ahora. No es ya un sentimiento, sino una fuerza superior a mí que me lleva a Kitty.

Me fui de Moscú porque pensé que eso no podría ser, como no puede ser que exista felicidad en la tierra. Luego he luchado conmigo mismo y he comprendido que sin ella la vida me será imposible. Es preciso que tome una decisión.

–¿Por qué te fuiste?

–¡Ah, espera, espera! ¡Se me ocurren tantas cosas para preguntarte! No sabes el efecto que me han causado tus palabras. La felicidad me ha convertido casi en un ser indigno. Hoy me he enterado de que mi hermano Nicolás está aquí, ¡y hasta de él me había olvidado, como si creyera que también él era feliz! ¡Es una especie de locura! Pero hay una cosa terrible. A ti puedo decírtela, eres casado y conoces estos sentimientos... Lo terrible es que nosotros, hombres ya viejos y con un pasado... y no un pasado de amor, sino de pecado... nos acercamos a un ser puro, a un

ser inocente. ¡No me digas que no es repugnante! Por eso uno no puede dejar de sentirse indigno.

–Y no obstante a ti de pocos pecados puede culpársete.

–Y sin embargo, cuando considero mi vida, siento asco, me estremezco y me maldigo y me quejo amargamente... Sí.

–Pero ¡qué quieres! El mundo es así –dijo Esteban Arkadievich.

–Sólo un consuelo nos queda, y es el de aquella oración tan bella de que siempre me acuerdo: «Perdónanos, Señor, no según nuestros merecimientos, sino según tu misericordia». Sólo así me puede perdonan XI

Levin bebió el vino de su copa. Ambos callaron.

–Tengo algo más que decirte –indicó, al fin, Esteban Arkadievich–. ¿Conoces a Vronsky?

–No. ¿Por qué?

–Trae otra botella ––dijo Oblonsky al tártaro, que acudía siempre para llenar las copas en el momento en que más podía estorbar. Y añadió:

–Porque es uno de tus rivales.

–¿Quien es ese Vronsky? –preguntó Levin.

Y el entusiasmo infantil que inundaba su rostro cedió el lugar a una expresión aviesa y desagradable.

–Es hijo del conde Cirilo Ivanovich Vronsky y uno de los más bellos representantes de la juventud dorada de San Petersburgo. Le conocí en Tver cuando serví allí. Él iba a la oficina para asuntos de reclutamiento. Es apuesto,

inmensamente rico, tiene muy buenas relaciones y es edecán de Estado Mayor y, además, se trata de un muchacho muy bueno y muy simpático. Luego le he tratado aquí y resulta que es hasta inteligente e instruido. ¡Un joven que promete mucho!

Levin, frunciendo las cejas, guardó silencio.

–Llegó poco después de irte tú y se ve que está enamorado de Kitty hasta la locura. Y,

¿comprendes?, la madre...

–Perdona, pero no comprendo nada ––dijo Levin, malhumorado.

Y, acordándose de su hermano, pensó en lo mal que estaba portándose con él.

–Calma, hombre, calma ––dijo Esteban Arkadievich, sonriendo y dándole un golpecito en la mano–. Te he dicho lo que sé. Pero creo que en un caso tan delicado como éste, la ventaja está a tu favor.

Levin, muy pálido, se recostó en la silla.

–Yo te aconsejaría terminar el asunto lo antes posible –dijo Oblonsky, llenando la co-pa de Levin.

––Gracias; no puedo beber más –repuso Levin, separando su copa–. Me emborracha-ría. Bueno, ¿y cómo van tus cosas?–– continuó, tratando de cambiar de conversación.

–Espera; otra palabra –insistió Esteban Arkadievich–. Arregla el asunto lo antes posible; pero no hoy. Vete mañana por la maña-na, haz una petición de mano en toda regla y que Dios te ayude.

–Recuerdo que querías siempre cazar en mis tierras –––dijo Levin–. ¿Por qué no vienes esta primavera?

Ahora lamentaba profundamente haber iniciado aquella conversación con Oblonsky, pues se sentía igualmente herido en sus más íntimos sentimientos por lo que acababa de saber sobre las pretensiones rivales de un oficial de San Petersburgo, como por los consejos y suposiciones de Esteban Arkadievich.

Oblonsky, comprendiendo lo que pasaba en el alma de Levin, sonrió.

–Iré, iré... –dijo–. Pues sí, hombre: las mujeres son el eje alrededor del cual gira to-do. Mis cosas van mal, muy mal. Y también por culpa de ellas. Vamos: dame un consejo de amigo –añadió, sacando un cigarro y sosteniendo la copa con una mano.

–¿De qué se trata?

–De lo siguiente: supongamos que estás casado, que amas a tu mujer y que te seduce otra...

–Dispensa, pero me es imposible comprender eso. Sería como si, después de comer aquí a gusto, pasáramos ante una panadería y robásemos un pan.

Los ojos de Esteban Arkadievich brillaban más que nunca.

–¿Por qué no? Hay veces en que el pan huele tan bien que no puede uno contenerse: Himmlisch ist's, wenn itch bezwungen Meine irdische Begier;

Aber doch wenn's nicht gelungen

Hatt' ich auch recht hübsch Plaisir!10.

Y, después de recitar estos versos, Esteban Arkadievich sonrió maliciosamente. Levin no pudo reprimir a su vez una sonrisa.

–Hablo en serio –siguió diciendo Oblonsky–. Comprende: se trata de una mujer, de un ser débil enamorado, de una pobre mujer sola en el mundo y sin medios de vida que me lo ha sacrificado todo. ¿Cómo voy a dejarla? Suponiendo que nos separemos por consideración a mú familia, ¿cómo no voy a tener compasión de ella, cómo no ayudarla, cómo no suavizar el mal que le he causado?

–Dispensa. Ya sabes que para mí las mujeres se dividen en dos clases... Es decir.. no...

Bueno, hay mujeres y hay... En fin: nunca he visto esos hermosos y débiles seres caídos, ni los veré nunca; pero de los que son como esa francesa pintada de ahí fuera, con sus postizos, huyo como de la peste. ¡Y todas las mujeres caídas, para mí, son como ésa!

–¿Y qué me dices de la del Evangelio?

–¡Calla, calla! Nunca habría Cristo pronunciado aquellas palabras si llega a saber el mal use que había de hacerse de ellas. De todo el Evangelio, nadie recuerda más que esas palabras. De todos modos, no digo lo que pienso, sino lo que siento. Aborrezco a las mujeres perdidas. A ti te repugnan las arañas; a mí, esta especie de mujeres. Seguramente no has estudiado la vida de las arañas, ¿verdad?

Pues yo tampoco la de...

–Hablar así es muy fácil. Eres como aquel personaje de Dickens que con la mano izquierda tira detrás del hombro derecho los asuntos difíciles de resolver. Pero negar un hecho no es contestar una pregunta. Dime,

¿qué debo hacer en este caso? Tu mujer ha envejecido y tú te sientes pletórico de vida.

Casi sin darte cuenta, te encuentras con que no puedes amar a tu esposa con verdadero amor, por más respeto que te inspire. ¡Si entonces aparece el amor ante ti, estás perdido!

¡Estás perdido! –repitió Esteban Arkadievich con desesperación y tristeza.

Levin sonrió.

–¡Sí, estás perdido! –repitió Oblonsky–. Y

entonces, ¿qué hacer?

–No robar el pan tierno.

Esteban Arkadievich se puso a reír.

–¡Oh, moralista! Pero el caso es éste: hay dos mujeres. Una de ellas no se apoya más que en sus derechos, en nombre de los cuales te exige un amor que no le puedes conceder. La otra te lo sacrifica todo y no te pide nada a cambio. ¿Qué hacer, cómo proceder?

¡Es un drama terrible!

–Mi opinión sincera es que no hay tal drama. Porque, a lo que se me alcanza, ese amor... esos dos amores... que, como recordarás, Platón define en su Simposion, constituyen la piedra de toque de los hombres.

Unos comprenden el uno, otros el otro. Y los que profesan el amor no platónico no tienen por qué hablar de dramas. Es un amor que no deja lugar a lo dramático. Todo el drama

consiste en unas palabras: «Gracias por las satisfacciones que me has proporcionado, y adiós». En el amor platónico no puede haber tampoco drama, porque en él todo es puro y claro, y porque...

Levin recordó en aquel momento sus propios pecados y las luchas internas que sopor-tara, y añadió inesperadamente:

–Al fin y al cabo, tal vez tengas razón...

Bien puede ser. Pero no sé, decididamente no sé...

–Mira –dijo Esteban Arkadievich–: tu gran defecto y tu gran cualidad es que eres un hombre entero. Como es éste tu carácter, quisieras que el mundo estuviera compuesto de fenómenos enteros, y en realidad no es así. Tú, por ejemplo, desprecias la actividad social y el trabajo oficial porque quisieras que todo esfuerzo estuviera en relación con su fin, y eso no sucede en la vida. Desearías que la tarea de un hombre tuviera una finalidad, que el amor y la vida matrimonial fueran una misma cosa, y tampoco ocurre así. Toda la diversidad, la hermosura, el encanto de la vida, se componen de luces y sombras.

Levin suspiró, pero nada dijo. Pensaba en sus asuntos y no escuchaba a Oblonsky.

Y de pronto los dos comprendieron que, aunque eran amigos, aunque habían comido y bebido juntos –lo que debía haberlos aproximado más–, cada uno pensaba en sus cosas exclusivamente y no se preocupaba pa-ra nada del otro. Oblonsky había experimentado más de una vez esa impresión de alejamiento después de una comida destinada a aumentar la cordialidad y sabía lo que hay que hacer en tales ocasiones.

–¡La cuenta! –gritó, saliendo a la sala inmediata.

Encontró allí a un edecán de regimiento y entabló con él una charla sobre cierta artista y su protector. Halló así alivio y descanso de su conversación con Levin, el cual le arrastraba siempre a una tensión espiritual y cerebral excesivas.

Cuando el tártaro apareció con la cuenta de veintiséis rublos y algunos copecks, más un suplemento por vodkas, Levin –que en otro momento, como hombre del campo, se habría horrorizado de aquella enormidad, de la que le correspondía pagar catorce rublos–, no prestó al hecho atención alguna.

Pagó, pues, aquella cantidad y se dirigió a su casa para cambiar de traje a ir a la de los Scherbazky, donde había de decidirse su destino.

XII

La princesita Kitty Scherbazky tenía dieciocho años. Aquella era la primera temporada en que la habían presentado en sociedad, donde obtenía más éxitos que los que lograran sus hermanas mayores y hasta más de los que su misma madre osara esperar.

No sólo todos los jóvenes que frecuenta-ban los bailes aristocráticos de Moscú estaban enamorados de Kitty, sino que en aquel invierno surgieron dos proposiciones serias: la de Levin y, en seguida después de su partida, la del conde Vronsky.

La aparición de Levin a principios de la temporada, sus frecuentes visitas y sus evidentes muestras de amor hacia Kitty motiva-ron las primeras conversaciones formales entre sus padres a propósito del porvenir de la joven, y hasta dieron lugar a discusiones.

El Príncipe era partidario de Levin y decía que no deseaba nada mejor para Kitty. Pero, con la característica costumbre

de las mujeres de desviar las cuestiones, la Princesa respondía que Kitty era demasiado joven, que nada probaba que Levin llevara intenciones serias, que Kitty no sentía inclinación hacia Levin y otros argumentos análogos. Se callaba lo principal: que esperaba un partido mejor para su hija, que Levin no le era simpático y que no comprendía su modo de ser.

Así, cuando Levin se marchó inesperadamente, la Princesa se alegró y dijo, con aire de triunfo, a su marido:

–¿Ves como yo tenía razón?

Cuando Vronsky hizo su aparición, se alegró más aún, y se afirmo en su opinión de que Kitty debía hacer, no ya un matrimonio bueno, sino brillante.

Para la madre, no existía punto de comparación entre Levin y Vronsky. No le agradaba Levin por sus opiniones violentas y raras, por su torpeza para desenvolverse en sociedad, motivada, a juicio de ella, por el orgullo. Le disgustaba la vida salvaje, según ella, que el joven llevaba en el pueblo, donde no trataba más que con animales y campesinos.

La contrariaba, sobre todo, que, enamorado de su hija, hubiese estado un mes y medio frecuentando la casa, con el aspecto de un hombre que vacilara, observara y se preguntara si, declarándose, el honor que les haría no sería demasiado grande. ¿No comprendía, acaso, que, puesto que visitaba a una familia donde había una joven casadera, era preciso aclarar las cosas? Y, luego, aquella marcha repentina, sin explicaciones... «Menos mal ––

comentaba la madre– que es muy poco atractivo y Kitty –¡claro!– no se enamoró de él.»

Vronsky, en cambio, poseía cuanto pudiera desear la Princesa: era muy rico, inteligente, noble, con la posibilidad de hacer una brillante carrera militar y cortesana. Y además era un hombre delicioso. No, no podía desear na-da mejor.

Vronsky, en los bailes, hacía la corte francamente a Kitty, danzaba con ella, visitaba la casa... No era posible, pues, dudar de la formalidad de sus intenciones. No obstante, la Princesa pasó todo el invierno llena de anhelo y zozobra.

Ella misma se había casado, treinta años atrás, gracias a una boda arreglada por una tía suya. El novio, de quien todo se sabía de antemano, llegó, conoció a la novia y le conocieron a él; la tía casamentera informó a ambas partes del efecto que se habían producido mutuamente, y como era favorable, a pocos días y en una fecha señalada, se formuló y aceptó la petición de mano.

Todo fue muy sencillo y sin complicaciones, o así al menos le pareció a la Princesa.

Pero, al casar a sus hijas, vio por experiencia que la cosa no era tan sencilla ni fácil.

Fueron muchas las caras que se vieron, los pensamientos que se tuvieron, los dineros que se gastaron y las discusiones que mantu-vo con su marido antes de casar a Daria y a Natalia.

Al presentarse en sociedad su hija menor, se reproducían las mismas dudas, los mismos temores y, además, más frecuentes discusiones con su marido. Como todos los padres, el viejo Príncipe era muy celoso del honor y pureza de sus hijas, y sobre todo de Kitty, su predilecta, y a cada momento armaba escándalos a la Princesa, acusándola de comprometer a la joven.

La Princesa estaba acostumbrada ya a aquello con las otras hijas, pero ahora comprendía que la sensibilidad del padre se excitaba con más fundamento. Reconocía que en los últimos tiempos las costumbres de la alta sociedad habían cambiado y sus deberes de madre se habían hecho más complejos. Veía a las amigas de Kitty formar sociedades, asistir a no se sabía qué cursos, tratar a los hombres con libertad, ir en coche solas, prescindir muchas de ellas, en sus saludos, de hacer reverencias y, lo que era peor, estar todas persuadidas de que la elección de marido era cosa suya y no de sus madres.

«Hoy día las jóvenes no se casan ya como antes», decían y pensaban todas aquellas muchachas; y lo malo era que lo pensaban también muchas personas de edad. Sin embargo, cómo se casaban «hoy día» las jóvenes nadie se lo había dicho a la Princesa. La costumbre francesa de que los padres de las muchachas decidieran su porvenir era rechazada y criticada. La costumbre inglesa de dejar en plena libertad a las chicas tampoco estaba aceptada ni se consideraba posible en la sociedad rusa. La costumbre rusa de organizar las bodas a través de casamenteras era considerada como grotesca y todos se reían de ella, incluso la propia Princesa.

Pero cómo habían de casarse sus hijas, eso no lo sabía nadie. Aquellos con quienes la Princesa tenía ocasión de hablar no salían de lo mismo:

–En nuestro tiempo no se pueden seguir esos métodos anticuados. Quienes se casan son las jóvenes, no los padres. Hay que dejarlas, pues, en libertad de que se arreglen; ellas saben mejor que nadie lo que han de hacer.

Para los que no tenían hijas era muy fácil hablar así, pero la Princesa comprendía que si su hija trataba a los hombres

con libertad, podía muy bien enamorarse de alguno que no la amara o que no le conviniera como marido.

Tampoco podía aceptar que las jóvenes arre-glasen su destino por sí mismas. No podía admitirlo, como no podía admitir que se dejase jugar a niños de cinco años con pistolas cargadas. Por todo ello, la Princesa estaba más inquieta por Kitty que lo estuviera en otro tiempo por sus hijas mayores.

Al presente, temía que Vronsky no quisiera ir más allá, limitándose a hacer la corte a su hija. Notaba que Kitty estaba ya enamorada de él, pero se consolaba con la idea de que Vronsky era un hombre honorable. Reconocía, no obstante, cuán fácil era trastornar la cabeza a una joven cuando existen relaciones tan libres como las de hoy día, teniendo en cuenta la poca importancia que los hombres conceden a faltas de este género.

La semana anterior, Kitty había contado a su madre una conversación que tuviera con Vronsky mientras bailaban una mazurca, y aunque tal conversación calmó a la Princesa, no se sentía tranquila del todo. Vronsky había dicho a Kitty que su hermano y él estaban tan acostumbrados a obedecer a su madre que jamás hacían nada sin pedir su consejo.

–Y ahora espero que mi madre llegue de San Petersburgo como una gran felicidad –

añadió.

Kitty lo relató sin dar importancia a tales palabras. Pero su madre las veía de diferente manera. Sabía que él esperaba a la anciana de un momento a otro, suponiendo que ella estaría contenta de la elección de su hijo, y comprendía que el hijo no pedía la mano de Kitty por temor a ofender a su madre si no la consultaba previamente. La Princesa deseaba

vivamente aquel matrimonio, pero deseaba más aún recobrar la tranquilidad que le robaban aquellas preocupaciones.

Mucho era el dolor que le producía la desdicha de Dolly, que quería separarse de su esposo, pero, de todos modos, la inquietud que le causaba la suerte de su hija menor la absorbía completamente.

La llegada de Levin añadió una preocupación más a las que ya sentía. Temía que su hija, en quien apreciara tiempo atrás cierta simpatía hacia Levin, rechazara a Vronsky en virtud de escrúpulos exagerados. En resumen: consideraba posible que, de un modo a otro, la presencia de Levin pudiese estropear un asunto a punto de resolverse.

–¿Hace mucho que ha llegado? –preguntó la Princesa a su hija, refiriéndose a Levin, cuando volvieron a casa.

–Hoy, mamá.

–Quisiera decirte una cosa... ––empezó la Princesa.

Por el rostro grave de su madre, Kitty adivinó de lo que se trataba.

–Mamá ––dijo, volviéndose rápidamente hacia ella–. Le pido, por favor, que no me hable nada de eso. Lo sé; lo sé todo...

Anhelaba lo mismo que su madre, pero los motivos que inspiraban los deseos de ésta le disgustaban.

–Sólo quería decirte que si das esperanzas al uno...

–Querida mamá, no me diga nada, por Dios. Me asusta hablar de eso...

–Me callaré –dijo la Princesa, viendo asomar las lágrimas a los ojos de su hija–. Sólo quiero que me prometas una cosa, vidita mía: que nunca tendrás secretos para mí.

¿Me lo prometes?

–Nunca, mamá –repuso Kitty, ruborizándose y mirando a su madre a la cara–. Pero hoy por hoy no tengo nada que decirte...

Yo... Yo... Aunque quisiera decirte algo, no sé qué... No, no se que, ni como...

«No, con esos ojos no puede mentir», pensó su madre, sonriendo de emoción y de contento. La Princesa sonreía, además, ante aquello que a la pobre muchacha le parecía tan inmenso y trascendental: las emociones que agitaban ahora su alma.

XIII

Después de comer y hasta que empezó la noche, Kitty experimentó un sentimiento parecido al que puede sentir un joven soldado antes de la batalla. Su corazón palpitaba con fuerza y le era imposible concentrar sus pensamientos en nada. Sabía que esta noche en que iban a encontrarse los dos se decidiría su suerte, y los imaginaba ya a cada uno por separado ya a los dos a la vez.

Al evocar el pasado, se detenía en los recuerdos de sus relaciones con Levin, que le producían un dulce placer. Aquellos recuerdos de la infancia, la memoria de Levin unida a la del hermano difunto, nimbaba de poéticos colores sus relaciones con él. El amor que experimentaba por ella, y del cual estaba segura, la halagaba y la llenaba de contento. Conservaba, pues, un recuerdo bastante grato de Levin.

En cambio, el recuerdo de Vronsky le producía siempre un cierto malestar y le parecía que en sus relaciones con él había algo de falso, de lo que no podía culpar a Vronsky, que se mostraba siempre sencillo y agradable, sino a sí misma, mientras que con Levin se sentía serena y confiada. Mas, cuando imaginaba el porvenir con Vronsky a su lado, se le antojaba brillante y feliz, en tanto que el porvenir con Levin se le aparecía nebuloso.

Al subir a su cuarto para vestirse, Kitty, contemplándose al espejo, comprobó con alegría que estaba en uno de sus mejores dí-

as. Se sentía tranquila, con pleno dominio de sí misma, y sus movimientos eran desenvueltos y graciosos.

A las siete y media, apenas había bajado al salón, el lacayo anunció:

–Constantino Dmitrievich Levin.

La Princesa se hallaba aún en su cuarto y el Príncipe no había bajado tampoco. «Ahora...», pensó Kitty, sintiendo que la sangre le afluía al corazón. Se miró al espejo y se asustó de su propia palidez.

Ahora comprendía claramente que si él había llegado tan pronto era para encontrarla sola y pedir su mano. Y el asunto se le presentó de repente bajo un nuevo aspecto. No se trataba ya de ella sola, ni de saber con quién podría ser feliz y a quién daría su preferencia; comprendía ahora que era forzoso herir cruelmente a un hombre a quien amaba. Y ¿por qué? ¡Porque él, tan agradable, estaba enamorado de ella! Pero ella nada po-día hacer: las cosas tenían que ser así.

«¡Dios mío! ¡Que yo misma tenga que de-círselo! –pensó–. ¿Tendré que decirle que no le quiero? ¡Pero esto no sería

verdad! ¿Que amo a otro? ¡Eso es imposible! Me voy, me voy...»

Ya iba a salir cuando sintió los pasos de él.

«No, no es correcto que me vaya. ¿Y por qué temer? ¿Qué he hecho de malo? Le diré la verdad y no me sentiré cohibida ante él.

Sí, es mejor que pase... Ya está aquí», se dijo al distinguir la pesada y tímida figura que la contemplaba con ojos ardientes.

Kitty le miró a la cara como si implorase su clemencia, y le dio la mano.

–Veo que he llegado demasiado pronto ––

dijo Levin, examinando el salón vacío. Y

cuando comprobó que, como esperara, nada dificultaría sus explicaciones, su rostro se ensombreció.

–¡Oh, no! –contestó Kitty, sentándose junto a una mesa.

–En realidad, deseaba encontrarla sola –

explicó él, sin sentarse y sin mirarla, para no perder el valor.

–Mamá vendrá en seguida. Ayer se cansó mucho... Ayer...

Hablaba sin saber lo que decía y sin separar de Levin su mirada suplicante y acariciadora.

Él volvió a contemplarla. Kitty se ruborizó y guardó silencio.

–Le dije ya que no sé cuánto tiempo permaneceré en Moscú, que la cosa dependía de usted.

Ella inclinó más aún la cabeza no sabiendo cómo habría de contestar a la pregunta que presentía.

–Depende de usted porque quería... quería decirle que... desearía que fuese usted mi esposa.

Había hablado casi inconscientemente. Al darse cuenta de que lo más grave había sido dicho, calló y miró a la joven.

Ella respiraba con dificultad, apartando la vista. En el fondo se sentía alegre y su alma rebosaba felicidad. Nunca había creído que tal declaración pudiera producirle una impresión tan profunda.

Pero aquello duró un solo instante. Recordó a Vronsky y, dirigiendo a Levin la mirada de sus ojos límpidos y francos y viendo la expresión desesperada de su rostro, dijo precipitadamente.

–Dispénseme... No es posible...

¡Qué próxima estaba ella a él un momento antes y cuán necesaria era para su vida! Y

ahora, ¡qué lejana, qué distante de él!

–No podía ser de otro modo –dijo Levin, sin mirarla. Saludó y se dispuso a marchar.

XIV

Pero en aquel instante entró la Princesa. El horror se pintó en sus facciones al ver que los dos jóvenes estaban solos y que en sus semblantes se retrataba una profunda turbación.

Levin saludó en silencio a la Princesa. Kitty callaba y mantenía bajos los ojos.

«Gracias a Dios, le ha dicho que no», pensó su madre.

Y en su rostro se pintó la habitual sonrisa con que recibía a sus invitados cada jueves.

Se sentó y empezó a hacer a Levin preguntas sobre su vida en el pueblo. El se sentó también, esperando que llegasen otros invitados para poder irse sin llamar la atención.

Cinco minutos después entró una amiga de Kitty, casada el invierno pasado: la condesa Nordston.

Era una mujer seca, amarillenta, de brillantes ojos negros, nerviosa y enfermiza.

Quería a Kitty y, como siempre sucede cuando una casada siente cariño por una soltera, su afecto se manifestaba en su deseo de casar a la joven con un hombre que respondía a su ideal de felicidad, y este hombre era Vronsky.

La Condesa había solido hallar a Levin en casa de los Scherbazky a principios del invierno. No simpatizaba con él. Su mayor placer cuando le encontraba consistía en divertirse a su costa.

–Me agrada mucho –decía– observar cómo me mira desde la altura de su superioridad, bien cuando interrumpe su culta conversación conmigo considerándome una necia o bien cuando condesciende en soportar mi inferioridad. Esa condescendencia me encanta. Me satisface mucho saber que no puede tolerar-me.

Tenía razón: Levin la despreciaba y la encontraba inaguantable en virtud de lo que ella tenía por sus mejores cualidades: el nerviosismo y el refinado desprecio a indiferencia hacia todo lo sencillo y corriente.

Entre ambos se habían establecido, pues, aquellas relaciones tan frecuentes en sociedad, caracterizadas por el hecho de que dos personas mantengan en apariencia relaciones de amistad sin que por eso dejen de experimentar tanto desprecio el uno por el otro que no puedan ni siquiera ofenderse.

La condesa Nordston atacó inmediatamente a Levin.

–¡Caramba, Constantino Dmitrievich! ¡Ya le tenemos otra vez en nuestra corrompida Babilonia! –dijo, tendiéndole su manecita amarillenta y recordando que Levin meses antes había llamado Babilonia a Moscú–.

¿Qué? ¿Se ha regenerado Babilonia o se ha encenagado usted? –preguntó, mirando a Kitty con cierta ironía.

–Me honra mucho, Condesa, que recuerde usted mis palabras –dijo Levin, quien, repuesto ya, se amoldaba maquinalmente al tono habitual, entre burlesco y hostil, con que trataba a la Condesa–. ¡Debieron de impresionarla mucho!

–¡Figúrese! ¡Hasta me las apunté! ¿Has patinado hoy, Kitty?

Y comenzó a hablar con la joven. Aunque marcharse entonces era una inconveniencia, Levin prefirió cometerla a permanecer toda la noche viendo a Kitty mirarle de vez en cuando y rehuir su mirada en otras ocasiones.

Ya iba a levantarse cuando la Princesa, reparando en su silencio, le preguntó:

–¿Estará mucho tiempo aquí? Seguramente no podrá ser mucho, pues, según tengo entendido, pertenece usted al zemstvo.

–Ya no me ocupo del zemstvo, Princesa –

repuso él–. He venido por unos días.

«Algo le pasa» , pensó la condesa Nordston notando su rostro serio y concentrado.

«Es extraño que no empiece a desarrollar sus tesis... Pero yo le llevaré al terreno que me interesa. ¡Me gusta tanto ponerle en ridículo ante Kitty!»

–Explíqueme esto, por favor –le dijo en voz alta–, usted, que elogia tanto a los campesinos. En nuestra aldea de la provincia de Kaluga los aldeanos y las aldeanas se han bebido cuanto tenían y ahora no nos pagan.

¿Qué me dice usted de esto, que elogia siempre a los campesinos?

Una señora entraba en aquel momento.

Levin se levantó.

–Perdone, Condesa; pero le aseguro que no entiendo nada ni nada puedo decirle –

repuso él, dirigiendo su mirada a la puerta, por donde, detrás de la dama, acababa de entrar un militar.

«Debe de ser Vronsky» , pensó Levin.

Y, para asegurarse de ello, miró a Kitty, que, habiendo tenido tiempo ya de contemplar a Vronsky, fijaba ahora su mirada en Levin. Y Levin comprendió en aquella mirada que ella amaba a aquel hombre, y lo comprendió tan claramente como si ella misma le hubiese hecho la confesión. Pero, ¿qué clase de persona era?

Ahora ya no se podía ir. Debía quedarse para saber a qué género de hombre amaba Kitty.

Hay personas que cuando encuentran a un rival afortunado sólo ven sus defectos, ne-gándose a reconocer sus cualidades. Otras, en cambio, sólo ven, aunque con el dolor en el corazón, las cualidades de su rival, los mé-

ritos con los cuales les ha vencido. Levin pertenecía a esta clase de personas.

Y en Vronsky no era difícil encontrar atractivos. Era un hombre moreno, no muy alto, de recia complexión, de rostro hermoso y simpático. Todo en su semblante y figura era sencillo y distinguido, desde sus negros cabellos, muy cortos, y sus mejillas bien afeitadas hasta su uniforme flamante, que no entorpecía en nada la soltura de sus ademanes.

Vronsky, dejando pasar a la señora, se acercó a la Princesa y luego a Kitty.

Al aproximarse a la joven, sus bellos ojos brillaron de un modo peculiar, con una casi imperceptible sonrisa de triunfador que no abusa de su victoria (así le pareció a Levin).

La saludó con respetuosa amabilidad, tendiéndole su mano, no muy grande, pero vigorosa.

Tras saludar a todas y murmurar algunas palabras, se sentó sin mirar a Levin, que no apartaba la vista de él.

–Permítanme presentarles –dijo la Princesa–. Constantino Dmitrievich Levin; el conde Alexis Constantinovich Vronsky.

Vronsky se levantó y estrechó la mano de Levin, mirándole amistosamente.

–Creo que este invierno teníamos que haber coincidido en una comida –dijo con su risa franca y espontánea–, pero usted se fue inesperadamente a sus propiedades.

–Constantino Dmitrievich desprecia y odia la ciudad y a los ciudadanos –dijo la condesa Nordston.

–Se ve que mis palabras le producen a usted gran efecto, puesto que tan bien las recuerda –contestó Levin.

Y enrojeció al darse cuenta de que había dicho lo mismo poco antes.

Vronsky miró a Levin y a la condesa Nordston y sonrió.

–¿Vive siempre en el pueblo? –preguntó–.

En invierno debe usted de aburrirse mucho.

–Vivir allí no tiene nada de aburrido si se tienen ocupaciones. Y, además, uno nunca se aburre si sabe vivir

consigo mismo –

respondió bruscamente Levin.

–También a mí me gusta vivir en el pueblo

–indicó Vronsky, fmgiendo no haber reparado en el tono de su interlocutor.

–Pero supongo que usted, Conde, no habría sido capaz de vivir siempre en una aldea –comentó la condesa de Nordston.

–No sé; nunca he probado a estar en ellas mucho tiempo. Pero me pasa una cosa muy rara. Jamás he sentido tanta nostalgia por mi aldea de Rusia, con sus campesinos calzados con lapti, como después de pasar una temporada en Niza un invierno con mi madre. Como ustedes saben, Niza es muy aburrida. Nápoles y Sorrento son atractivos, mas para poco tiempo. Y nunca se recuerda tanto a nuestra Rusia como allí. Parece como si...

Vronsky se dirigía a Kitty y a Levin a la vez, mirando alternativamente al uno y al otro, con mirada afectuosa y tranquila. Se notaba que estaba diciendo lo primero que se le ocurría.

Al observar que la condesa Nordston iba a hablar, dejó sin terminar la frase.

La conversación no languidecía. La Princesa no necesitó, por lo tanto, apelar a las dos piezas de artillería pesada que reservaba para tales casos: la enseñanza clásica de la juventud y el servicio militar obligatorio. Por su parte, a la condesa Nordston no se le presentó ocasión de mortificar a Levin.

Éste quiso intervenir varias veces en la charla, pero no se le ofreció oportunidad; a cada momento se decía «ahora me puedo marchar», pero no se iba y continuaba allí como si esperase algo.

Se habló de espiritismo, de veladores que giraban, y la condesa Nordston, que creía en los espíritus, comenzó a relatar los prodigios que había presenciado.

–¡Por Dios, Condesa: lléveme a donde pueda ver algo de eso! –dijo, sonriendo, Vronsky–. Jamás he encontrado nada de extraordinario, a pesar de lo mucho que siempre lo busqué.

–El próximo sábado, pues. Y usted, Constantino Dmitrievich, ¿cree en ello?

–¿Para qué me lo pregunta? De sobra sabe lo que le he de contestar.

–Deseo conocer su opinión.

–Mi opinión es que todo eso de los veladores acredita que la sociedad culta no está a mucha más altura que los aldeanos, que creen en el mal de ojo, en brujerías y hechi-zos, mientras que nosotros...

–Entonces ¿usted no cree?

–No puedo creer, Condesa.

–¡Pero si yo misma lo he visto!

–También las campesinas cuentan que han visto ellas mismas fantasmas.

–¿Es decir, que lo que digo no es verdad?

Y sonrió forzadamente.

–No es eso, Macha –intervino Kitty, ruborizándose–. Lo que dice Levin es que él no puede creer.

Levin, más irritado aún, quiso replicar, pe-ro Vronsky, con su jovial y franca sonrisa, acudió para desviar la conversación, que amenazaba con tomar un cariz desagradable.

–¿No admite la posibilidad? –dijo–. ¿Por qué no? Así como admitimos la existencia de la electricidad y no la conocemos, ¿por qué no ha de existir una fuerza nueva y desconocida, la cual...?

–Cuando se descubrió la electricidad –

respondió Levin inmediatamente– se comprobó el fenómeno y no su causa, y transcurrie-ron siglos antes de llegar a una aplicación práctica. En cambio, los espiritistas parten de la base de que los veladores les transmiten comunicaciones y los espíritus les visitan, y es después cuando agregan que se trata de una fuerza desconocida.

Vronsky, como hasta entonces, escuchaba con atención a Levin, visiblemente interesado por sus palabras.

–Bien; pero los espiritistas dicen que la fuerza existe, aunque no saben cuál es, y añaden que actúa en determinadas circunstancias. A los sabios corresponde descubrir el origen de esa energía. No veo por qué no ha de existir una nueva fuerza que...

–Porque –interrumpió de nuevo Levin– en la electricidad se da el fenómeno de que siempre que usted frote resina con lana se produce cierta reacción, mientras que en el espiritismo, en iguales circunstancias, no se dan los mismos efectos, lo que quiere decir que no se trata de un fenómeno natural.

La charla se hacía demasiado grave para el ambiente del salón y Vronsky, comprendiéndolo, en vez de replicar, trató de cambiar de tema. Sonrió, pues, alegremente, y se dirigió a las señoras.

–Podíamos probar ahora, Princesa –dijo.

Pero Levin no quiso dejar de completar su pensamiento.

–Opino que el intento de los espiritistas de explicar sus prodigios por la existencia de una fuerza desconocida es muy desacertado. El caso es que hablan de una fuerza espiritual y quieren someterla a ensayos materiales.

Todos esperaban que completase su pensamiento y él lo comprendió.

–Pues, a mi entender, sería usted un excelente médium –dijo la condesa Nordston–.

Hay en usted algo de... extático...

Levin abrió la boca para replicar; pero se puso rojo y no dijo nada.

–Ea, probemos, probemos lo de las mesas

–insistió Vronsky. Y dirigiéndose a la madre de Kitty, preguntó–: ¿Nos lo permite? –

mientras miraba a su alrededor, buscando un velador.

Kitty se levantó para ir a buscarlo. Al pasar ante Levin, se cruzaron sus miradas. Ella le compadecía con toda su alma. Le compadecía por la pena que le causaba.

«Perdóneme, si puede», le dijo con los ojos. «¡Soy tan feliz!»

«Odio a todos, incluso a usted y a mí mismo» , contestó la mirada de él.

Y cogió el sombrero. Pero la suerte le fue también contraria esta vez. En el instante en que todos se sentaban en torno al velador y Levin se disponía a salir, entró el anciano Príncipe y, tras saludar a las señoras, dijo alegremente a Levin:

–¡Caramba! ¿Desde cuándo está usted aquí? ¡No lo sabía! Me alegro mucho de verle.

El Príncipe le hablaba a veces de usted, a veces de tú. Le abrazó y se puso a hablar con él. No había reparado en Vronsky, que se había puesto en pie y esperaba el momento en que el Príncipe se dirigiese a él.

Kitty comprendía que, después de lo ocurrido, la amabilidad de su padre debía resultar muy dolorosa para Levin. Notó también la frialdad con que el Príncipe saludó por fin a Vronsky y cómo éste le contemplaba con amistoso asombro, sin duda preguntándose por qué se sentiría tan mal dispuesto hacia él. Kitty se ruborizó.

–Príncipe: déjenos a Constantino Dmitrievich. Queremos hacer unos experimentos ––

dijo la condesa Nordston.

–¿Qué experimentos? ¿Con los veladores?

Perdóneme, pero, en mi opinión, casi es más divertido el juego de prendas –opinó el Príncipe mirando a Vronsky y adivinando que era él quien había sugerido el entretenimiento–.

Por lo menos, jugar a prendas tiene algún sentido.

Vronsky, más extrañado aún, contempló al Príncipe con sus ojos tranquilos. Luego empezó a hablar con la condesa Nordston del baile que debía celebrarse la semana siguiente.

–Asistirá usted, ¿verdad? –preguntó a Kitty.

En cuanto el viejo Príncipe dejó de hablarle, Levin salió procurando no llamar la atención.

La última impresión que retuvo de aquella noche fue la expresión feliz y sonriente del rostro de Kitty al contestar a Vronsky a su pregunta sobre el baile que se había de celebrar.

XV

Cuando todos se hubieron ido, Kitty contó a su madre la conversación sostenida con Levin. Pese a la compasión que éste le inspiraba, se sentía satisfecha de que hubiese pedido su mano.

Estaba segura de haber obrado bien. Pero, una vez acostada, tardó mucho en dormirse.

La imagen de Levin, con el entrecejo arrugado y los ojos bondadosos, contemplándola triste y abatido, mientras escuchaba a su padre y miraba a Vronsky que hablaban juntos, no se apartaba de su mente; y sentía tanta compasión de él que las lágrimas acudieron a sus ojos. Pero luego pensó en el hombre a quien había preferido, evocó su rostro tranquilo y decidido; la noble serenidad y la benevolencia que emanaban de su semblante, y volvió a sentirse alegre y feliz.

«Es triste, es triste, pero, ¿qué puedo hacer? Yo no tengo la culpa», se decía.

Una voz interior le aseguraba lo contrario.

No sabía si se arrepentía de haber atraído a Levin o de haberle rechazado, y estas dudas acibaraban su dicha.

«¡Perdóname, Dios mío, perdóname!», repitió mentalmente sin cesar, hasta que se durmió.

Entre tanto, abajo, en el despacho del Príncipe, se desarrollaba una de las frecuentes escenas que se producían a propósito de aquella hija tan querida.

–¡Eso es! ¡Ni más ni menos! –gritaba el Príncipe, gesticulando, mientras se ajustaba su bata gris–. ¡No tienes orgullo ni dignidad!

¡Estás cubriendo de oprobio a tu hija con ese absurdo y vil proyecto de casamiento!

–Pero, ¡por Dios!, dime: ¿qué he hecho yo? –respondía la Princesa, casi llorando.

Sintiéndose feliz y contenta después de la conversación con su hija, había entrado, co-mo siempre, en el despacho del Príncipe para darle las buenas noches. No tenía intención de hablar a su marido de la proposición de Levin y la negativa de Kitty, pero aludió a que lo de Vronsky podía considerarse como firme y sólo faltaba que llegase su madre para formalizarlo.

El Príncipe, al oírla, se enfureció y comenzó a proferir palabras violentas.

–¿Qué has hecho, me preguntas? Yo te lo diré. Ante todo, tratar de pescar un novio.

¡Todo Moscú hablará de ello y con razón! Si queréis dar fiestas y veladas, invitad a todo el mundo y no a esos galancetes preferidos, haced venir a todos esos pisaverdes (así llamaba el Príncipe a los jóvenes de Moscú), contratad a un pianista y que bailen todos, pero, ¡por Dios, no invitéis a los galanes con la intención de arreglar casamientos! ¡Me da asco pensar en ello! Pero tú has conseguido tu objeto: llenar de pájaros la cabeza de la chiquilla. Personalmente, Levin vale mil veces más. El otro es un petimetre de San Petersburgo, igual a los demás. ¡Parece que los fa-brican en serie! Y aunque fuera el heredero del trono, mi hija no necesita de nadie...

–Pero ¿qué he hecho yo de malo?

–Ahora te lo diré... ––empezó el Príncipe, con ira,

–Lo sé de antemano. Y si te hiciera caso, nuestra hija no se casaría nunca. Para eso más valdría imos al pueblo.

–Mejor sería.

–No te pongas así. ¿Acaso he buscado yo algo por mí misma? Se trata de un joven que tiene las prendas, se ha enamorado de nuestra hija y ella parece que...

–¡Sí: te lo parece a ti! ¿Y si la niña se enamora de veras y él piensa tanto en casarse como yo? No quiero ni pensarlo... «¡Oh el espiritismo, oh, Niza, oh, el baile!» –y el Príncipe imitaba los gestos de su mujer y hacía una reverencia después de cada palabra–. Y

si luego hacemos desgraciada a nuestra Ka-teñka, entonces...

–¿Por qué ha de ser así? ¿Por qué te lo imaginas?

–No me lo imagino; lo veo. Para algo tenemos ojos los hombres, mientras que las mujeres no los tenéis. Yo veo quién lleva intenciones serias: Levin. Y veo al pisaverde, al lechugino, que no se propone más que divertirse.

–Cuando se te mete algo en la cabeza...

–Ya me darás la razón, pero cuando sea tarde, como en el caso de Dolly.

–Bueno, basta. No hablemos más –

interrumpió la Princesa recordando el infortu-nio de su hija mayor.

–Está bien. Adiós.

Se besaron y se persignaron el uno al otro según la costumbre y se separaron, bien persuadidos cada uno de que la razón estaba de su parte.

Hasta entonces, la Princesa había estado segura de que aquella noche se había decidido la suerte de Kitty y que no cabía duda alguna sobre las intenciones de Vronsky; pero ahora las palabras de su marido la llenaron de turbación.

Y, ya en su alcoba, temerosa, como Kitty, ante el ignorado porvenir, repitió mentalmente una vez y otra: «Ayúdanos, Señor; ayúdanos, Señor ».

XV

Vronsky no había conocido nunca la vida familiar. Su madre, de joven, había sido una dama del gran mundo que durante su matrimonio y después de quedar viuda sobre todo, había tenido muchas aventuras, que nadie ignoraba. Vronsky

apenas había conocido a su padre y había recibido su educación en el Cuerpo de Pajes.

Al salir de la escuela convertido en un joven y brillante oficial, había empezado a frecuentar el círculo de los militares ricos de San Petersburgo. Mas, aunque vivía en la alta sociedad, sus intereses amorosos estaban fuera de ella.

En Moscú experimentó por primera vez, en contraste con la vida esplendorosa y agitada de San Petersburgo, el encanto de relacionarse con una joven de su esfera, agradable y pura, que le amaba. No se le ocurrió ni pensar que habría nada de malo en sus relaciones con Kitty.

En los bailes danzaba con ella, la visitaba en su casa, le hablaba de lo que se habla habitualmente en el gran mundo: de tonterí-

as, a las que él daba, sin embargo y para ella, un sentido particular. Aunque cuanto le decía podía muy bien haber sido oído por todos, comprendía que ella se sentía cada vez más unida a él. Y cuanto más experimentaba tal sensación, más agradable le era sentirla y más dulce sentimiento le inclinaba, a su vez, hacia la joven.

Ignoraba que aquel modo de tratar a Kitty tiene un nombre específico: la seducción de muchachas con las que uno no piensa casarse, acción censurable muy corriente entre los jóvenes como él. Creía haber sido el primero en descubrir aquel placer y gozaba con su descubrimiento.

Si hubiese podido oír la conversación de los padres de Kitty, si se hubiera situado en su punto de vista y pensado que no casándose con ella Kitty iba a ser desgraciada, se habría quedado asombrado, casi sin llegarlo a creer. Le era imposible imaginar que lo que tanto le agradaba –y a ella

más aún– pudiera entrañar mal alguno. Y le era más imposible todavía imaginar que debía casarse.

Nunca pensaba en la posibilidad del matrimonio. No sólo no le interesaba la vida del hogar, sino que en la familia, y sobre todo en el papel de marido, de acuerdo con la opinión del círculo de solterones en que se movía, veía algo ajeno, hostil y, sobre todo, un tanto ridículo.

No obstante ignorar la conversación de los padres de Kitty, aquella noche, de regreso de casa de los Scherbazky, sentía la impresión de que el lazo espiritual que le unía con Kitty se había estrechado más aún y que había que buscar algo más profundo, aunque no sabía a punto fijo qué.

Mientras se dirigía a su casa, experimentando una sensación de pureza y suavidad debida en parte a no haber fumado en toda la noche y en parte a la dulce impresión que el amor de Kitty le producía, iba diciéndose:

«Lo más agradable es que sin habernos dicho nada, sin que haya nada entre los dos, nos hayamos comprendido tan bien con esa muda conversación de las miradas y las insinuaciones. Hoy Kitty me ha dicho más elo-cuentemente que nunca que me qùiere. ¡Y lo ha hecho con tanta sencillez y sobre todo con tanta confianza! Me siento mejor, más puro, siento que tengo corazón y que en mí hay mucho de bueno. ¡Oh, sus hermosos ojos enamorados! Cuando ella ha dicho: "Y además..." ¿A qué se refería? En realidad, a na-da... ¡Qué agradable me resulta todo esto! Y

a ella también...».

Vronsky comenzó a pensar dónde concluiría la noche. Meditó en los sitios a los que podía ir.

«¿El círculo? ¿Una partida de besik y beber champaña con Ignatiev...? No, no. ¿El Château des fleurs? Allí encontraré a Oblonsky, habrá canciones, cancán... No; estoy harto de eso. Precisamente si aprecio a los Scherbazky es porque en su casa me parece que me vuelvo mejor de lo que soy... Más vale irse a dormir.»

Entró en su habitación del hotel Diseau, mandó que le sirviesen la cena, se desnudó y apenas puso la cabeza en la almohada se durmió con un profundo sueño.

XVII

A las once de la mañana siguiente, Vronsky fue a la estación del ferrocarril de San Petersburgo para esperar a su madre, y a la primera persona que halló en la escalinata del edificio fue a Oblonsky, el cual iba a recibir a su hermana, que llegaba en el mismo tren.

–¡Hola,

excelentísimo

señor!

–gritó

Oblonsky –. ¿A quién esperas?

–A mi madre –repuso Vronsky, sonriendo, como todos cuando encontraban a Oblonsky.

Y, tras estrecharle la mano, agregó–: Llega hoy de San Petersburgo.

–Te esperé anoche hasta las dos. ¿Adónde fuiste al dejar a los Scherbazky?

–A casa –contestó Vronsky–. Pasé tan agradablemente el tiempo con ellos que no me quedaban ganas de ir a sitio alguno.

–Conozco a los caballos por el pelo y a los jóvenes enamorados por los ojos –declamó Esteban Arkadievich con idéntico tono al empleado con Levin.

Vronsky sonrió como no negando el hecho, pero cambió en seguida de conversación.

–Y tú, ¿a quién esperas?

–¿Yo? a una mujer muy bonita–dijo Oblonsky.

–¡Hola!

–Honni soit qui mal y pense! Espero a mi hermana Ana.

–¡Ah, la Karenina! –observó Vronsky.

–¿La conoces?

–Creo que sí. Es decir, no... Verdaderamente, no recuerdo... –contestó Vronsky distraídamente, relacionándo vagamente aquel apellido, Karenina, con algo aburrido y afectado.

–Pero seguramente conoces a mi célebre cuñado Alexis Alejandrovich. ¡Le conoce todo el mundo!

–Le conozco de nombre y de vista... Sé que es muy sabio, muy inteligente, ¡casi un santo! Pero ya comprenderás que él y yo no frecuentamos los mismos sitios. Él is not in my line –dijo Vronsky.

–Es un hombre notable. Demasiado conservador, pero es una excelente persona –

comentó Esteban Arkadievich–. ¡Una excelente persona!

–Mejor para él –repuso Vronsky, sonriendo–. ¡Ah, estás ahí! –dijo, dirigiéndose al alto y anciano criado de su madre–. Entra, entra...

Desde hacía algún tiempo, aparte de la simpatía natural que experimentaba por Oblonsky, venía sintiendo una atracción especial hacia él: le parecía que su parentesco con Kitty les ligaba más.

–¿Qué? ¿Se celebra por fin el domingo la cena en honor de esa «diva»? –preguntó, co-giéndole del brazo.

–Sin falta. Voy a hacer la lista de los asis-tentes. ¿Conociste ayer a mi amigo Levin? –

interrogó Esteban Arkadievich.

–Desde luego. Pero se fue muy pronto, no sé por qué...

–Es un muchacho muy simpático –

continuó Oblonsky–. ¿Qué te parece?

–No sé –repuso Vronsky–. En todos los de Moscú, excepto en ti –bromeó–, hallo cierta brusquedad... Siempre están enojados, sub-levados contra no sé qué. Parece como si quisieran expresar algún resentimiento...

–¡Toma,

pues

es

verdad!

–exclamó

Oblonsky, riendo alegremente.

–¿Llegará pronto el tren? –preguntó Vronsky a un empleado.

–Ya ha salido de la última estación –

contestó el hombre.

Se notaba la aproximación del convoy por el ir y venir de los mozos, la aparición de gendarmes y empleados, el movimiento de los que esperaban a los viajeros. Entre nubes de helado vapor se distinguían las figuras de los ferroviarios, con sus toscos abrigos de piel y sus botas de fieltro, discurriendo entre las vías. A lo lejos se oía el silbido de una locomotora y se percibía una pesada trepidación.

–No has apreciado bien a mi amigo –dijo Esteban Arkadievich, que deseaba informar a Vronsky de las intenciones de Levin respecto a Kitty–. Reconozco que es un hombre muy impulsivo y que se hace desagradable a veces. Pero con frecuencia resulta muy simpáti-co. Es una naturaleza recta y honrada y tiene un corazón de oro. Mas ayer tenía motivos particulares –continuó con significativa sonrisa, olvidando por completo la compasión que Levin le inspirara el día antes y experimentando ahora el mismo sentimiento afectuoso hacia Vronsky–. Sí: tenía motivos para sentirse muy feliz o muy desdichado.

Vronsky se detuvo y preguntó sin amba-ges:

–¿Quieres decir que se declaró ayer a tu belle soeur?

–Quizás –concedió su amigo–. Se me figura que hizo algo así. Pero si se fue pronto y estaba de mal humor, es que... Hace tiempo que se había enamorado. ¡Le compadezco!

–De todos modos, creo que ella puede aspirar a algo mejor– dijo Vronsky.

Y empezó a pasear ensanchando el pecho.

Añadió:

–No le conozco bien. Cierto que su situación es difícil en este caso... Por eso casi todos prefieren dirigirse a las... Allí, si fracasas, sólo significa que no tienes dinero. ¡En cambio, en estos otros casos, se pone en juego la propia dignidad! Mira: ya viene el tren.

En efecto, el convoy llegaba silbando. El andén retembló; pasó la locomotora soltando nubes de humo que quedaban muy bajas por efecto del frío, y moviendo lentamente el émbolo de la rueda central. El maquinista, cubierto de escarcha, arropadísimo, saludaba a un lado y a otro. Pasó el ténder, más despacio aún; pasó el furgón, en el cual iba un perro ladrando, y al fin llegaron los coches de viajeros.

El conductor se puso un silbato en los labios y saltó del tren. Luego comenzaron a apearse los pasajeros: un oficial de la guardia, muy estirado, que miraba con altanería en torno suyo; un joven comerciante, muy ágil, que llevaba un saco de viaje y sonreía alegremente; un aldeano con un fardo al hombro...

Vronsky, al lado de su amigo, contemplando a los viajeros que salían, se olvidó de su madre por completo. Lo que acaba de saber de Kitty le emocionó y alegró. Se irguió sin darse cuenta; sus ojos brillaban. Se sentía victorioso.

–La princesa Vronskaya va en aquel departamento ––dijo el conductor, acercándose a él.

Aquellas palabras le despertaron de sus pensamientos, haciéndole recordar a su madre y su próxima entrevista.

En realidad, en el fondo no respetaba a su madre; ni siquiera la quería, aunque de acuerdo con las ideas del ambiente en que se movía, no podía tratarla sino de un modo en sumo grado respetuoso y obediente, tanto más respetuoso y obediente cuanto menos la respetaba y la quería.

XVIII

Vronsky siguió al conductor, subió a un vagón y se paró a la entrada del departamento para dejar salir a una señora.

Una sola mirada bastó a Vronsky para comprender, con su experiencia de hombre de mundo, que aquella señora pertenecía a la alta sociedad.

Pidiéndole permiso, fue a entrar en el departamento, pero sintió la necesidad de volverse a mirarla, no sólo porque era muy bella, no sólo por la elegancia y la gracia sencillas que emanaban de su figura, sino por la expresión infinitamente suave y acariciadora que apreció en su rostro al pasar ante él.

Cuando Vronsky se volvió, ella volvió también la cabeza. Sus brillantes ojos pardos, sombreados por espesas pestañas, se detuvieron en él con amistosa atención, como si le reconocieran, y luego se desviaron, mirando a la multitud, como buscando a alguien.

En aquella breve mirada, Vronsky tuvo tiempo de observar la reprimida vivacidad que iluminaba el rostro y los ojos de aquella mujer y la casi imperceptible sonrisa que se dibujaba en sus labios de carmín. Se diría que toda ella rebosada de algo contenido, que se traslucía, a su pesar, ora en el brillo de su mirada, ora en su sonrisa.

Vronsky entró al fin en el departamento.

Su madre, una anciana muy enjuta, de negros ojos, peinada con rizos menudos, frunció levemente las cejas al ver a su hijo y sonrió con sus delgados labios. Se levantó del asiento, entregó a la doncella su saquito de viaje, apretó la mano de su hijo y, cogiéndole el rostro entre las suyas, le besó en la frente.

–¿Has recibido mi telegrama? ¿Cómo es-tás? ¿Bien? Me alegro mucho...

–¿Ha tenido buen viaje? –preguntó él, sentándose a su lado y aplicando involuntariamente el oído a la voz femenina que sonaba tras la puerta. Adivinaba que era la de la mujer que había visto entrar.

–No puedo estar de acuerdo... –decía la voz de la dama.

–Es un punto de vista muy petersburgués, señora...

–Nada de petersburgués; simplemente femenino.

–Bien: permítame besarle la mano.

–Adiós, Ivan Petrovich. Mire a ver si anda por ahí mi hermano y hágale venir.

Y la señora volvió al departamento.

–¿Ha hallado usted a su hermano? –

preguntó la Vronskaya.

En aquel momento, Vronsky recordó que aquella señora era la Karenina.

–Su hermano está ahí fuera –dijo, levantándose–. Perdone, pero no la había reconocido. Además, nuestro encuentro fue tan breve que seguramente no me recuerda –

añadió, saludando.

–Sí le recuerdo –dijo ella–. Durante el camino hemos hablado mucho de usted su madre y yo. ¡Y mi hermano sin venir! –exclamó, dejando al fin manifestarse en una sonrisa la animación que la colmaba.

–Llámale, Alecha –dijo la anciana condesa.

Vronsky, saltando a la plataforma, gritó:

–¡Oblonsky: ven!

La Karenina no esperó a su hermano y, apenas le vio, salió del coche con paso decidido y ligero. Al acercársele, con un ademán que sorprendió a Vronsky por su gracia y firmeza, le enlazó con el brazo izquierdo y, atrayéndole hacia sí, le besó. Vronsky la miraba sin quitarle ojo y sin saber él mismo por qué sonreía. Luego, recordando que su madre le esperaba, volvió al departamento.

–¿Verdad que es muy agradable? –dijo la Condesa refiriéndose a la Karenina–. Su marido la instaló conmigo y me alegré, porque hemos venido hablando todo el viaje. Me ha dicho que tú... vous filez le parfait amour.

Tant mieux, mon cher, tant mieux...

–No comprendo a qué se refiere, mamá...

¿Vamos?

La Karenina entró de nuevo para despedirse de la Condesa.

–Vaya ––dijo alegremente–: ya ha encontrado usted a su hijo y yo a mi hermano. Me alegro, porque yo había agotado todo mi re-pertorio de historias y no tenía ya nada que contar..

–Habría hecho un viaje alrededor del mundo con usted sin aburrirme ––dijo la Condesa, tomándole la mano–. Es usted una mujer tan simpática que resulta igualmente agradable hablarle que oírla. Y no piense usted tanto en su hijo. No es posible vivir sin separarse alguna vez.

La Karenina estaba en pie, muy erguida, y sus ojos sonreían.

–Ana Arkadievna –explicó la Vronskaya–

tiene un hijo de ocho años, del que no se separa nunca, y ahora...

–Sí: la Condesa y yo hemos hablado mucho, cada una de nuestro hijo –repuso la Karenina.

Y otra vez la sonrisa, esta vez dirigida a Vronsky, iluminó su semblante.

–Seguramente la habré aburrido mucho –

dijo él, cogiendo al vuelo la pelota de coquetería que ella le lanzara.

Pero la Karenina no quiso continuar la conversación en aquel tono y, dirigiéndose a la anciana Condesa, le dijo:

–Gracias por todo. El día de ayer se me pasó sin darme cuenta. Hasta la vista, Condesa.

–Adiós, querida amiga –respondió la Vronskaya–. Permítame besar su lindo rostro.

Le digo, con toda la franqueza de una vieja, que en este corto tiempo le he tomado afecto.

La Karenina pareció creer y apreciar aquella frase, sin duda por su naturalidad. Se ruborizó e, inclinándose ligeramente, presentó el rostro a los labios de la Condesa. En seguida se irguió y, siempre con aquella sonrisa juguetona en ojos y labios, dio la mano a Vronsky.

Él oprimió aquella manecita y se alegró como de algo muy importante del enérgico apretón con que ella le correspondió.

La Karenina salió con paso ligero, lo que no dejaba de sorprender por ser algo metida en carnes.

–Es muy simpática –dijo la anciana.

Su hijo pensaba lo mismo. La siguió con los ojos hasta que su figura graciosa se perdió de vista y sólo entonces la sonrisa desapareció de sus labios. Por la ventanilla vio cómo Ana se acercaba a su hermano, ponía su brazo bajo el de él y comenzaba a hablarle animadamente, sin duda de algo que no tenía relación alguna con Vronsky. Y el joven se sintió disgustado.

–¿Sigue usted bien de salud, mamá? –dijo dirigiéndose a su madre.

–Muy bien, muy bien. Alejandro ha estado muy amable. María se ha puesto muy guapa otra vez. Es muy interesante

Y comenzó a hablarle del bautizo de su nieto, para asistir al cual había ido expresamente a San Petersburgo, refiriéndose a la especial bondad que el Emperador manifesta-ra hacia su hijo mayor.

–Ahí viene Lavrenty ––dijo Vronsky, mirando por la ventanilla–. Vamos, ¿quiere?

El viejo mayordomo que viajaba con la Condesa entró anunciando que todo estaba listo. La anciana se levantó.

–Aprovechemos que hay poca gente para salir –dijo Vronsky.

La doncella cogió el saquito de mano y la perrita. El mayordomo y un mozo llevaban el resto del equipaje. Vronsky dio el brazo a su madre. Pero al ir a salir vieron que la gente corría asustada de un lado a otro. Cruzó también el jefe de estación con su brillante gorra galoneada. Debía de haber sucedido algo. Los viajeros corrían en dirección contraria al convoy.

–¿Cómo? –¿Qué? –¿Por dónde se tiró? –se oía exclamar.

Esteban Arkadievich y su hermana volvieron también hacia atrás con rostros asustados y se detuvieron junto a ellos.

Las dos señoras subieron al vagón y Vronsky y Esteban Arkadievich siguieron a la multitud para enterarse de lo sucedido.

El guardagujas, ya por estar ebrio, ya por ir demasiado arropado a causa del frío, no había oído retroceder unos vagones y estos le habían cogido debajo.

Antes de que Oblonsky y su amigo volvie-ran, las señoras conocían ya todos los detalles por el mayordomo.

Los dos amigos habían visto el cuerpo destrozado del infeliz. Oblonsky hacía gestos y parecía a punto de llorar.

–¡Qué cosa más horrible, Ana! ¡Si lo hubieras visto! –decía.

Vronsky callaba. Su hermoso rostro, aunque grave, permanecía impasible.

–¡Si usted lo hubiera visto, Condesa! –

insistía Esteban Arkadievich–. ¡Y su mujer estaba allí! ¡Era terrible! Se precipitó sobre el cadáver. Al parecer, era él quien sustentaba a toda la familia. ¡Horrible, horrible!

–¿No se puede hacer algo por ella? –

preguntó la Karenina en voz baja y emocionada.

Vronsky la miró y salió del carruaje.

–Ahora vuelvo, mamá –dijo desde la portezuela.

Al volver al cabo de algunos minutos, Esteban Arkadievich hablaba sosegadamente con la Condesa de la cantante de moda mientras la anciana miraba preocupada hacia la puerta, esperando a su hijo.

–Vamos ya–dijo Vronsky.

Salieron juntos. El joven iba delante, con su madre. Ana Karenina y su hermano les seguían.

A la salida, el jefe de la estación alcanzó a Vronsky.

–Usted ha dado a mi ayudante doscientos rublos –dijo–. ¿Quiere hacer el favor de indicarme para quién son?

–Para la viuda –respondió Vronsky, encogiéndose de hombros–. No veo qué necesidad hay de preguntar nada.

–¿Conque has dado dinero? –gritó Oblonsky. Y añadió, apretando la mano de su hermana–: Es un buen muchacho, muy bueno.

¿Verdad que sí? Condesa, tengo el honor de saludarla.

Y Oblonsky se paró con su hermana, esperando que llegase la doncella de ésta.

Cuando salieron de la estación, el coche de los Vronsky había partido ya. La gente seguía hablando aún del accidente.

–Ha sido una muerte horrible –decía un señor–. Parece que el tren le partió en dos.

–Yo creo, por el contrario, que ha sido la mejor, puesto que ha sido instantánea –opinó otro.

Ana Karenina se sentó en el coche y su hermano notó con asombro que le temblaban los labios y apenas conseguía dominar las lá-

grimas.

–¿Qué te pasa, Ana? –preguntó, cuando hubieron recorrido un corto trecho.

–Es un mal presagio –repuso ella.

–¡Qué tonterías! –dijo Esteban Arkadievich–. Lo importante es que hayas llegado ya.

¡No sabes las esperanzas que he puesto en tu venida!

–¿Conoces a Vronsky desde hace mucho?

–preguntó Ana.

–Sí... ¿Ya sabes que esperamos casarle con Kitty?

–¿Sí? –murmuró Ana en voz baja. Y aña-dió, moviendo la cabeza, como si quisiese alejar algo que la molestara físicamente–: Ahora hablemos de ti. Ocupémonos de tus asuntos. He recibido tu carta y, ya ves, me he apresurado a venir.

–Sí. Sólo en ti confío –contestó Esteban Arkadievich.

–Bien: cuéntamelo todo.

Esteban Arkadievich se lo relató. Al llegar a su casa ayudó a bajar del coche a su hermana, suspiró, le estrechó la mano y se fue a la Audiencia.

XIX

Cuando Ana entró en el saloncito, halló a Dolly con un niño rubio y regordete, muy parecido a su padre, a quien tomaba la lección de francés. El chico leía volviéndose con frecuencia y tratando de arrancar de su vestido un botón a medio caer. La madre le había detenido la mano repetidas veces, pero él persistía en su intento. Al fin Dolly le arrancó el botón y se lo puso en el bolsillo.

–Ten las manos quietas, Gricha –dijo.

Y se entregó a su labor de nuevo. Hacía mucho tiempo que la había iniciado y sólo se ocupaba de ella en momentos de disgusto.

Ahora hacía punto nerviosa, levantando los dedos y contando maquinalmente.

Aunque hubiera dicho el día antes a su marido que la llegada de su hermana nada le importaba, lo había preparado todo para recibirla y la esperaba con verdadera impaciencia.

Dolly estaba abatida, anonadada por el dolor. Recordaba, no obstante, que Ana, su cu-

ñada, era la esposa de uno de los personajes más importantes de San Petersburgo, una grande dame de capital. A esta circunstancia se debió que Dolly no cumpliera lo que había dicho a su esposo y no se hubiera olvidado de la llegada de su cuñada.

«Al fin y al cabo, Ana no tiene la culpa», se dijo. «De ella no he oído decir nunca nada malo y, por lo que a mí toca, no he hallado nunca en ella más que cariño y atenciones.»

Era verdad que la casa de los Karenin, durante su estancia en ella, no le había producido buena impresión; en su manera de vivir le había parecido descubrir alguna cosa de falsedad. «Pero ¿por qué no recibirla?» , se de-cía. «¡Que no pretenda, al menos consolarme!» , pensaba Dolly. «En consuelos, seguridades para el futuro y perdones cristianos he pensado ya mil veces y no me sirven para nada.»

Durante todos esos días, Dolly había permanecido sola con los niños. No quería confiar a nadie su dolor y, sin embargo, con aquel dolor en el alma, no podía ocuparse de otra cosa. Sabía que no hablaría con Ana más que de aquello, y si por un lado le satisfacía la idea, por el otro le disgustaba tener que confesar su humillación y escuchar frases vulgares de tranquilidad y consuelo.

Dolly, que esperaba a su cuñada mirando a cada momento el reloj, dejó de mirarlo, como suele suceder, precisamente en el momento en que Ana llegó. No oyó, pues, el timbre, y cuando, percibiendo pasos ligeros y roce de faldas en la puerta del salón, se levantó, su atormentado semblante no expresaba alegría, sino sorpresa.

–¿Cómo? ¿Ya estás aquí? –dijo, besando y abrazando a su cuñada.

–Me alegro mucho de verte, Dolly.

–Y yo de verte a ti –repuso Dolly, con débil sonrisa, tratando de averiguar por el rostro de la Karenina si estaba o no informada de todo.

«Seguramente lo sabe» , pensó, viendo la expresión compasiva del semblante de su cu-

ñada.

–Vamos, vamos; te acompañaré a tu cuarto –continuó, procurando retrasar el momento de las explicaciones.

–¿Es Gricha éste? ¡Dios mío, cómo ha crecido! –exclamó Ana, besando al niño, sin dejar de mirar a Dolly y ruborizándose. Y aña-dió–: Permíteme quedarme un rato aquí.

Se quitó la manteleta; luego el sombrero.

Un mechón de sus negros y rizados cabellos quedó prendido en él y Ana los desprendió con un movimiento de cabeza.

–¡Estás rebosante de dicha y de salud! –

dijo Dolly, casi con envidia.

–¿Yo? Sí... ¡Dios mío, ésa es Tania! Tiene la edad de mi Sergio, ¿no? –exclamó Ana, dirigiéndose a la niña, que entraba corriendo.

Y, tomándola en brazos, la besó también–.

¡Qué niña tan linda! ¡Es un encanto! Anda, enséñame a todos los niños.

Le hablaba de los cinco, recordando no só-

lo sus nombres, sino su edad, sus caracteres y hasta las enfermedades que habían sufrido.

Dolly no podía dejar de sentirse conmovida.

–Bien; vayamos a verles –dijo–. Pero Vasia está durmiendo; es una lástima.

Después de ver a los pequeños se sentaron, ya solas, en el salón, ante una taza de café. Ana cogió la bandeja y luego la separó.

–Dolly –empezó–, mi hermano me ha hablado ya.

Dolly, que esperaba oír frases de falsa compasión, miró a Ana con frialdad. Pero Ana no dijo nada en aquel sentido.

–¡Querida Dolly! –exclamó–. No quiero de-fenderle ni consolarte. Es imposible. Sólo deseo decir que te compadezco con toda mi al-ma.

Y tras sus largas pestañas brillaron las lá-

grimas. Se sentó más cerca de su cuñada y le tomó la mano entre las suyas, pequeñas y enérgicas. Dolly no se apartó, pero continuó con su actitud severa. Sólo dijo:

–Es inútil tratar de consolarme. Después de lo pasado, todo está perdido; nada se puede hacer.

Mientras hablaba así, la expresión de su rostro se suavizó. Ana besó la seca y flaca mano de Dolly y repuso:

–Pero ¿qué podemos hacer, Dolly?, ¿qué podemos hacer? Hay que pensar en lo mejor que pueda hacerse para solucionar esta terrible situación.

–Todo ha concluido y nada más –contestó Dolly–. Y lo peor del caso, compréndelo, es que no puedo dejarle; están los niños, las obligaciones, pero no puedo vivir con él. El simple hecho de verle constituye para mí una tortura.

–Querida Dolly, él me lo ha contado todo, pero quisiera que me lo explicases tú, tal co-mo fue.

Dolly la miró inquisitiva. En el rostro de Ana se pintaba un sincero afecto, una verdadera compasión.

–Bien, te lo contaré desde el principio –

decidió Dolly–. Ya sabes cómo me casé: con una educación que me hizo llegar al altar, no sólo inocente, sino también estúpida. No sa-bía nada. Dicen, ya lo sé, que los hombres suelen contar a las mujeres la vida que han llevado antes de casarse, pero Stiva... –y se interrumpió, rectificando–, pero Esteban Arkadievich no me contó nada. Aunque no me creas, yo imaginaba ser la única mujer que él había conocido... Así viví ocho años. No sólo no sospechaba que pudiera serme infiel, sino que lo consideraba imposible. Y, figúrate que en esta fe mía, me entero de pronto de este horror, de esta villanía.. Compréndeme... ¡Estar completamente segura de la propia felicidad, para de repente... –continuaba Dolly, reprimiendo los sollozos–, para de repente recibir una carta de él dirigida a su amante, a la institutriz de mis niños! ¡Oh, no; es demasiado horrible!

Sacó el pañuelo, ocultó el rostro en él y prosiguió, tras un breve silencio:

–Aun sería justificable un arrebato de pa-sión. Pero engañarme arteramente, continuar siendo esposo mío y amante de ella. ¡Oh, tú no puedes comprenderlo!

–Lo comprendo, querida Dolly, lo comprendo... –dijo Ana, apretándole la mano.

–¿Y crees que él se hace cargo de todo el horror de mi situación? –siguió Dolly–. ¡Nada de eso! Él vive contento y feliz.

–Eso no –la interrumpió Ana vivamente–.

Es digno también de compasión; el arrepentimiento le tiene abatido.

–Pero ¿crees que es capaz siquiera de arrepentimiento? –interrumpió Dolly, mirando fijamente a su cuñada.

–Sí. Le conozco bien y no pude menos de sentir piedad al verle. Las dos le conocemos.

El es bueno, pero orgulloso. ¡Y ahora se siente tan humillado! Lo que más me conmueve de él (Ana sabía que aquello había de impresionar a Dolly más que nada) es que hay dos cosas que le atormentan: primero, la vergüenza que siente ante sus hijos, y después que, amándote como te ama... Sí, sí, te ama más que a nada en el mundo –dijo Ana precipitadamente, impidiendo que Dolly replicase–

. Pues bien, que amándote como te ama, te haya causado tanto daño. «¡No, Dolly no me perdonará», me decía.

Dolly, pensativa, no miraba ya a su cuñada y sólo escuchaba sus palabras.

–Comprendo –dijo– que su situación es también terrible. Soportar esto es más penoso para el culpable que para el que no lo es, si se da cuenta de que es él el causante de todo el daño. Pero ¿cómo perdonarle? ¿Cómo seguir siendo su mujer, después que ella ...?

Vivir con él sería un tormento para mí, precisamente porque le he amado.

Los sollozos ahogaron su voz.

No obstante, cada vez que se enternecía, y como si lo hiciera intencionadamente, la idea que la atormentaba volvía de nuevo a sus palabras:

–Ella es joven y guapa –continuó–. ¿No comprendes Ana? Mi juventud se ha disipado... ¿Y cómo? En servicio de él y de sus hijos. Le he servido, consumiéndome en ello, y ahora a él le es más agradable una mujer joven, aunque sea una cualquiera. Seguramente que ellos hablarían de mí; o tal vez no, y en este caso es todavía peor. ¿Comprendes?

Y el odio animó de nuevo su mirada.

–Después de eso, ¿qué puede decirme?

Jamás le creeré. Todo ha concluido, todo lo que me servía de recompensa de mi trabajo, de mis sufrimientos... ¿Creerás que dar la lección a Gricha, que antes era un placer para mí, es ahora una tortura? ¿Para qué esforzarme, para qué trabajar? ¡Qué lástima que tengamos hijos! Es horrible, pero te aseguro que ahora, en vez de ternura y de amor, sólo siento hacia él aversión, sí, aversión, y hasta, de poder, te aseguro que llegaría a matarle.

–Todo lo comprendo, querida Dolly. Pero no te pongas así. Te encuentras tan ofendida, tan excitada, que no ves las cosas con claridad.

Dolly se calmó. Las dos permanecieron en silencio unos instantes.

–¿Qué haré, Ana? Ayúdame a resolverlo.

Yo he pensado en todo y no veo solución.

Ana no podía encontrarla tampoco, pero su corazón respondía francamente a cada palabra, a cada expresión del rostro de su cuña-da.

–Soy su hermana –empezó– y conozco bien su carácter: la facilidad con que lo olvida todo –e hizo un ademán señalando la frente–, la facilidad con que se entrega y con que luego se arrepiente. Ahora no imagina, no acierta a comprender cómo pudo hacer lo que hizo.

–Ya, ya me hago cargo –interrumpió Dolly–. Pero ¿y yo? ¿Te olvidas de mí? ¿Acaso sufro menos que él?

–Espera. Confieso, Dolly, que cuando él me explicó las cosas no comprendí aún del todo, el horror de tu situación. Le vi sólo a él, comprendí que la familia estaba deshecha y le compadecí. Pero después de hablar contigo, yo, como mujer, veo lo demás, siento tus sufrimientos y no podría expresarte la piedad que me inspiras. Pero, querida Dolly, por mucho que comprenda tus sufrimientos, ignoro, en cambio, el amor que puedas albergar por él en el fondo de tu alma. Si le amas lo bastante para perdonarle, perdónale.

–¡No...! –exclamó Dolly. Pero Ana la interrumpió cogiéndole la mano y volviendo a be-sársela.

–Conozco el mundo más que tú –dijo– y sé cómo ven estas cosas las gentes como Esteban. Tú crees que ellos hablarían de ti. Nada de eso. Los hombres así pecan contra su fidelidad, pero su mujer y su hogar son sagrados para ellos. Mujeres como esa institutriz son a sus ojos una cosa distinta, compatible con el amor a la familia. Ponen entre ellas y el hogar una línea de separación que nunca se pa-sa. No comprendo bien cómo puede ser eso, pero es así.

–Sí, sí, pero él la besaría y...

–Cálmate, Dolly. Recuerdo cuando Stiva estaba enamorado de ti, cómo lloraba recordándote, cómo hablaba de ti continuamente, cuánta poesía ponía en tu amor. Y sé que, a medida que pasa el tiempo, sentía por ti mayor respeto. Siempre nos reíamos cuando de-cía a cada momento: «Dolly es una mujer extraordinaria» . Tú eras para él una divini-dad y sigues siéndolo. Esta pasión de ahora no ha afectado el fondo de su alma.

–¿Y si se repitiera?

–No lo creo posible.

–¿Le habrías perdonado tú?

–No sé, no puedo juzgar...

Ana reflexionó un momento y añadió:

–Sí, sí puedo, sí puedo. ¡Le habría perdonado! Cierto que yo me habría transformado en otra mujer, sí; pero le perdonaría, como si no hubiese pasado nada, absolutamente na-da...

–Sí, así habría de ser –interrumpió Dolly, como si ya hubiera pensado en ello antes–; de otro modo, no fuera perdón. Si se perdona, ha de ser por completo... En fin, voy a acompañarte a tu cuarto –añadió, levantándose y abrazando a Ana–. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido, querida! Siento el alma mucho más aliviada, mucho más aliviada.

XX

Ana pasó el día en casa de los Oblonsky y no recibió a nadie, aunque algunos de sus conocidos, informados de su llegada,

acudieron a verla.

Estuvo toda la mañana con Dolly y con los niños y envió aviso a su hermano para que fuera a comer a casa sin falta. «Ven –le escribió–. Dios es misericordioso.»

Oblonsky comió en casa, la conversación fue general y su esposa le habló de tú, lo que últimamente no sucedía nunca. Cierto que persistía la frialdad entre los esposos, pero ya no se hablaba de separación y Oblonsky empezaba a entrever la posibilidad de reconciliarse.

Después de comer llegó Kitty. Apenas conocía a Ana Karenina y llegaba algo inquieta ante la idea de enfrentarse con aquella gran dama de San Petersburgo de la que todos hablaban con tanto encomio. Pero en seguida comprendió que la había agradado. Ana se sintió agradablemente impresionada por la juventud y lozanía de la joven, y Kitty se sintió, en seguida, prendada de ella, como suelen prenderse las muchachas de las señoras de más edad. En nada parecía una gran da-ma, ni que fuese madre de un niño de ocho años. Cualquiera, al ver la agilidad de sus movimientos, su vivacidad y la tersura de su cutis, la habría tomado por una muchacha de veinte, de no haber sido por una expresión severa y hasta triste, que impresionaba y subyugaba a Kitty, que ensombrecía a veces un poco sus ojos.

Adivinaba que Ana era de una sencillez absoluta y que no ocultaba nada, pero adivinaba también que habitaba en su alma un mundo superior, un mundo complicado y poético que Kitty no podía comprender.

Después de comer, Dolly marchó a su cuarto y Ana se acercó a su hermano, que estaba encendiendo un cigarrillo.

–Stiva –le dijo jovialmente, persignándole y mostrándole la puerta con los ojos–. Ve y que Dios te ayude.

Él la comprendió, tiró el cigarro y desapareció detrás de la puerta.

Ana volvió al diván donde antes se hallara sentada, rodeada de los niños. Ya fuera porque viesen que la mamá apreciaba a aquella tía o porque sintieran hacia ella un afecto espontáneo, primero los dos mayores y luego los más pequeños, como sucede siempre con los niños, ya después de la comida se pegaron a sus faldas y no se separaban de ella.

Entre los chiquillos surgió una especie de competencia para ver quién se sentaba más cerca de la tía, quién cogía primero su manita, jugaba con su anillo o, al menos, tocaba el borde de su vestido.

–Coloquémonos como estábamos antes –

dijo Ana Karenina sentándose en su sitio.

Y de nuevo Gricha, radiante de satisfacción y de orgullo, pasó la cabeza bajo su brazo y apoyó el rostro en su vestido.

–¿Cuándo se celebra el próximo baile? –

preguntó Ana a Kitty.

–La semana próxima. Será un baile magní-

fico y muy animado, uno de esos bailes en los que se está siempre alegre.

–¿Hay verdaderamente bailes en que se esté siempre alegre? –preguntó Ana con suave ironía.

–Aunque parezca raro, es así. En casa de los Bobrischev son siempre alegres y en la de los Nigitin también. En cambio, en la de los Mechkov son aburridos. ¿No lo ha notado usted?

–No, querida. Para mí ya no hay bailes donde uno esté siempre alegre –dijo Ana, y Kitty observó en los ojos de la Karenina un relámpago de aquel mundo particular que le había sido revelado–. Para mí sólo hay bailes en los que me siento menos aburrida que en otros.

–¿Es posible que usted se aburra en un baile?

–¿Por qué no había yo de aburrirme en un baile?

Kitty comprendió que Ana adivinaba la respuesta.

–Porque será usted siempre la más admirada de todas.

Ana, que tenía la virtud de ruborizarse, se ruborizó y dijo:

–En primer lugar, no es así, y aunque lo fuera, ¿de qué habría de servirme?

–¿Irá usted a este baile que le digo?

–Pienso que no podré dejar de asistir. Tó-

malo –dijo Ana, entregando a Tania el anillo que ésta procuraba sacar de si dedo blanco y afilado, en el que se movía fácilmente.

–Me gustaría mucho verla allí.

–Entonces, si no tengo más remedio que ir, me consolaré pensando que eso la satisface. Gricha, no me tires del pelo: ya estoy bastante despeinada –dijo, arreglándose el mechón de cabellos con el que Gricha jugaba.

–Me la figuro en el baile con un vestido li-la...

–¿Y por qué precisamente lila? –preguntó Ana sonriendo–. Ea, niños: a tomar el té. ¿No oís que os llama miss Hull? –dijo, apartándolos y dirigiéndolos al comedor–. Ya se por qué le gustaría verme en el baile: usted espera mucho de esa noche y quisiera que todos participaran de su felicidad ––concluyó Ana, dirigiéndose a Kitty.

–Es cierto. ¿Cómo lo sabe?

–¡Qué dichoso es uno a la edad de usted!

–continuó Ana–. Recuerdo y conozco esa bruma azul como la de las montañas suizas, esa bruma que lo rodea todo en la época feliz en que se termina la infancia. Desde ese enorme círculo feliz y alegre parte un camino que va haciéndose estrecho, cada vez más estrecho. ¡Cómo palpita el corazón cuando se inicia esa senda que al principio parece tan clara y hermosa! ¿Quién no ha pasado por ello?

Kitty sonreía sin decir nada. «¿Cómo habría pasado ella por todo aquello? ¡Cómo me gustaría conocer la novela de su vida!», pensaba al evocar la presencia poco romántica de Alexis Alejandrovich, el marido de Ana.

–Sé algo de sus cosas –siguió la Karenina–

. Stiva me lo dijo. La felicito. «Él» me gusta mucho. ¿No sabe usted que Vronsky estaba en la estación?

–¿Estaba allí? –dijo Kitty, ruborizándose–.

¿Y qué le dijo Stiva?

–Me lo dijo todo... Y yo me alegré mucho.

Realicé el viaje en compañía de la madre de Vronsky. No hizo más que hablarme de él: es su favorito. Ya sé que las madres son apasionadas, pero...

–¿Qué le contó?

–Muchas cosas. Y desde luego, aparte de la predilección que tiene por él su madre, se ve que es un caballero. Por ejemplo, parece que quiso ceder todos sus bienes a su hermano. Siendo niño, salvó a una mujer que se ahogaba... En fin, es un héroe –terminó Ana, sonriendo y recordando los doscientos rublos que Vronsky entregara en la estación.

Pero Ana no aludió a aquel rasgo, pues su recuerdo le producía un cierto malestar; adivinaba en él una intención que la tocaba muy de cerca.

–Su madre me rogó que la visitara –dijo luego– y me placerá ver a la viejecita. Maña-na pienso ir. Gracias a Dios Stiva lleva un buen rato con Dolly en el gabinete –

murmuró, cambiando de conversación y levantándose algo contrariada, según le pareció a Kitty.

–¡Me toca a mi primero, a mí, a mí! –

gritaban los niños que, concluido el té, se precipitaban de nuevo hacia la tía Ana.

–¡Todos a la vez! –respondió Ana, sonriendo.

Y, corriendo a su encuentro, los abrazó.

Los niños se apiñaron en tomo a ella, gritando alegremente.

XXI

A la hora de tomar el té las personas mayores, Dolly salió de su cuarto. Esteban Arkadievich no apareció. Seguramente se había ido de la habitación de su mujer por la puerta falsa.

–Temo que tengas frío en la habitación de arriba –dijo Dolly a Ana–. Quiero pasarte abajo; así estaré más cerca de ti.

–¡No te preocupes por mí! –repuso Ana, procurando leer en el rostro de su cuñada si se había producido o no la reconciliación.

–Quizá aquí tengas demasiada luz –volvió Dolly.

–Te he dicho ya que duermo en todas partes como un tronco, sea donde sea.

–¿Qué pasa? –preguntó Esteban Arkadievich, saliendo del despacho dirigiéndose a su mujer.

Ana y Kitty comprendieron por su acento que la reconciliación estaba ya realizada.

–Quiero instalar a Ana aquí abajo, pero hay que poner unas cortinas –respondió Dolly–. Tendré que hacerlo yo misma. Si no, nadie lo hará.

«¡Dios sabe si se habrán reconciliado por completo!», se dijo Ana, al oír el frío y tranquilo acento de su cuñada.

–¡No compliques las cosas sin necesidad, Dolly! –repuso su marido–. Si quieres, lo haré yo mismo.

« Sí, se han reconciliado» , pensó Ana.

–Sí: ya sé cómo –respondió Dolly–. Ordenarás a Mateo que lo arregle, te marcharás y él lo hará todo al revés.

Y una sonrisa irónica plegó, como de costumbre, las comisuras de sus labios.

«La reconciliación es completa» , pensó ahora Ana. «¡Loado sea Dios!»

Y, feliz por haber promovido la paz conyugal, se acercó a Dolly y la besó.

–¡Nada de eso! ¡No sé por qué nos desprecias tanto a Mateo y a mí! –dijo Esteban Arkadievich a su mujer, sonriendo casi imperceptiblemente.

Durante toda la tarde, Dolly trató a su marido con cierta leve ironía. Esteban Arkadievich se hallaba contento y alegre, pero sin exceso, y pareciendo querer indicar que, aunque perdonado, sentía el peso de su culpa.

A las nueve y media la agradable conversación familiar que se desarrollaba ante la mesa de té de los Oblonsky fue interrumpida por un hecho trivial y corriente, pero que extrañó a todos. Se hablaba de uno de los amigos comunes, cuando Ana se levantó rápida a inesperadamente.

–Voy a enseñaros la fotografía de mi Sergio ––dijo con orgullosa sonrisa maternal–.

La tengo en mi álbum.

Las diez era la hora en que generalmente se despedía de su hijo y hasta solía acostarle ella misma antes de ir al baile. Y de repente se había entristecido al pensar que se hallaba tan lejos de él, y hablasen de lo que hablasen su pensamiento volaba hacia su Sergio y a su rizada cabeza, y el deseo de contemplar su retrato y hablar de él la acometió de repente.

Por eso se levantó y, con paso ligero y seguro, fue a buscar el álbum donde tenía su retrato.

La escalera que conducía a su cuarto partía del descansillo de la amplia escalera principal en la que reinaba una atmósfera agradable.

Al salir del salón se oyó sonar el timbre en el recibidor.

–¿Quién será? –dijo Dolly.

–Para venir a buscarme es muy pronto, y para que venga gente de fuera, es muy tarde

–comentó Kitty. .

–Será que me traen algún documento ––

dijo Esteban Arkadievich.

Mientras Ana pasaba ante la escalera principal, el criado subía para anunciar al recién llegado, que estaba en el vestíbulo, bajo la luz de la lámpara. Ana miró abajo y, al reconocer a Vronsky, un extraño sentimiento de alegría y temor invadió su corazón. El permanecía con el abrigo puesto, buscándose algo en el bolsillo.

Al llegar Ana a la mitad de la escalera, Vronsky miró hacia arriba, la vio y una expresión de vergüenza y de confusión se retrató en su semblante. Ana siguió su camino, inclinando ligeramente la cabeza.

En seguida, sonó la voz de Esteban Arkadievich invitando a Vronsky a que pasara, y la del joven, baja, suave y tranquila, rehusando.

Cuando volvió Ana con el álbum, Vronsky ya no estaba allí, y Esteban Arkadievich contaba que su amigo había venido sólo para informarse de los detalles de una comida que se daba al día siguiente en honor de una celebridad extranjera.

–Por más que le he rogado, no ha querido entrar –dijo Oblonsky–. ¡Cosa rara!

Kitty se ruborizó, creyendo haber comprendido los motivos de la llegada de Vronsky y su negativa a pasar.

«Ha ido a casa y no me ha encontrado», pensó, «y ha venido a ver si me hallaba aquí.

Pero no ha querido entrar por lo tarde que es y también por hallarse Ana, que es una extraña para él».

Todos se miraron en silencio. Luego comenzaron a hojear el álbum.

Nada había de extraordinario en que un amigo visitase a otro a las nueve y media de la noche para informarse sobre un banquete que había de celebrarse al día siguiente; pero a todos les pareció muy extraño, y a Ana se lo pareció más que a nadie, y aun le pareció que el proceder de Vronsky no era del todo correcto.

XXII

Se iniciaba el baile cuando Kitty entró con su madre en la gran escalera iluminada, adornada de flores, llena de lacayos de em-polvada peluca y rojo caftán. De las salas llegaba el frufrú de los vestidos como el apagado zumbido de las abejas en una colmena.

Mientras ellas se componían vestidos y peinados ante los espejos del vestíbulo lleno de plantar, sonaron suaves y

melodiosos los acordes de los violines de la orquesta comenzando el primer vals.

Un anciano, vestido con traje civil, que arreglaba sus sienes canosas ante otro espejo, despidiendo en torno suyo un fuerte perfume, se encontró con ellas en la escalera y les cedió el paso, mientras contemplaba a Kitty, a quien no conocía, con evidente placer. Un joven imberbe –sin duda uno de los galancetes a quienes el viejo Scherbazky llamaba pisaverdes–, que llevaba un chaleco muy abierto y se arreglaba, andando, la corbata blanca, las saludo y, después de haber dado algunos pasos, retrocedió a invitó a Kitty a danzar. Como tenía la primera contradanza prometida a Vronsky, Kitty hubo de prometer la segunda a aquel joven. Un militar próximo a la puerta, que se abrochaba los guantes y se atusaba el bigote, miró con admiración a Kitty, resplandeciente en su vestido de color rosa.

Aunque el vestido, el peinado y los demás preparativos para el baile habían costado a Kitty mucho trabajo y muchas preocupaciones, ahora el complicado traje de tul le sentaba con tanta naturalidad como si todas las puntillas, bordados y demás detalles de su atavío no hubiesen exigido de ella ni de su familia un solo instante de atención, como si hubiese nacido entre aquel tul y aquellas puntillas, con aquel peinado alto adornado con una rosa y algunas hojas en torno...

La vieja princesa, antes de entrar en la sa-la, trató de arreglar el cinturón de Kitty, pero ella se había separado, como si adivinase que todo le sentaba bien, que todo en ella era gracioso y no necesitaba arreglo alguno.

Estaba en uno de sus mejores días. El vestido no le oprimía por ningún lado, ninguna puntilla colgaba. Los zapatitos color rosa, de alto tacón, en vez de oprimir, parecían

acariciar y hacer más bellos sus piececitos. Los espesos y rubios tirabuzones postizos adornaban con naturalidad su cabecita. Los tres botones de cada uno de sus guantes estaban perfectamente abrochados y los guantes se ajustaban a sus manos sin deformarlas en lo más mínimo. Una cinta de terciopelo negro ceñía suavemente su garganta. Aquella cinti-ta era una delicia; cada vez que Kitty se miraba en el espejo de su casa, sentía la impresión de que la cinta hablaba. Podía caber alguna duda sobre la belleza de lo demás, pero en cuanto a la cinta no cabía. Al mirarse aquí en el espejo, Kitty sonrió también, com-placida. Sus hombros y brazos desnudos le daban la sensación de una frialdad marmórea que le resultaba agradable. Sus ojos brillantes y sus labios pintados no pudieron por menos de sonreír al verse tan hermosa.

Apenas entró en el salón y se acercó a los grupos de señoras, todas cintas y puntillas, que esperaban el momento de ser invitadas a bailar –Kitty no entraba jamás en aquellos grupos– le pidió ya un vals el mejor de los bailarines, el célebre director de danza, el maestro de ceremonias, un hombre casado, guapo y elegante, Egoruchka Korsunsky, que acababa de dejar a la condesa Bónina, con la que danzara el primer vals.

Mientras contemplaba con aire dominador a las parejas que bailaban, vio entrar a Kitty y se dirigió a ella con el paso desenvuelto de los directores de baile. Se inclinó ante ella y, sin preguntarle siquiera si quería danzar, alargó la mano para tomarla por el delicado talle. La joven miró a su alrededor buscando a alguien a quien entregar su abanico y la dueña de la casa lo cogió sonriendo.

–Celebro mucho que haya llegado usted pronto –dijo él, ciñéndole la cintura–. No comprendo cómo se puede llegar tarde.

Kitty apoyó la mano izquierda en el hombro de Korsunsky y sus piececitos calzados de rosa se deslizaron ligeros por el encerado pavimento al ritmo de la música.

–Bailar con usted es un descanso. ¡Qué admirable precisión y qué ligereza! –dijo Korsunsky, mientras giraban a compás del vals.

Eran, con poca diferencia, las palabras que dirigía a todas las conocidas que apreciaba.

Ella sonrió y, por encima del hombro de su pareja, miró la sala. Kitty no era una de esas novicias a quienes la emoción del primer baile les hace confundir todos los rostros que las rodean, ni una de esas muchachas que, a fuerza de frecuentar las salas de danza, acaban conociendo a todos los concurrentes de tal modo que hasta les aburre ya mirarlos.

Kitty estaba en el término medio. Así, pues, pudo contemplar toda la sala con reprimida emoción.

Miró primero a la izquierda, donde se agrupaba la flor de la buena sociedad. Estaba allí la mujer de Korsunsky, la bella Lidy, con un vestido excesivamente descotado; Krivin, con su calva brillante, presente, como siempre, donde se reunía la buena sociedad; más allá, en un grupo que los jóvenes contemplaban sin osar acercarse, Kitty distinguió a Esteban Arkadievich y la arrogante figura y la cabeza de Ana, vestida de terciopelo negro.

También «él» estaba allí. La muchacha no le había vuelto a ver desde la noche en que rechazara a Levin. Kitty le descubrió desde lejos y hasta observó que él también la miraba.

–¿Una vueltecita más si no está cansada?

–preguntó Korsunsky, un tanto sofocado.

–No; gracias.

–¿Adónde la acompaño?

–Me parece que veo a Ana Karenina. Llé-

veme allí.

–Como guste.

Korsunsky, sin dejar de bailar, pero a paso cada vez más lento, se dirigió hacia el ángulo izquierdo del salón, murmurando constantemente:

–Pardon, mesdames, pardon, mesdames...

Y, abriéndose así paso entre aquel mar de puntillas, tules y encajes sin haber enganchado una sola cinta, Korsunsky hizo describir una rápida vuelta a su pareja, de modo que las finas piernas de Kitty, envueltas en medias transparentes, quedaron al descubierto y la cola de su vestido se abrió como un abanico, cayendo sobre las rodillas de Krivin.

Luego Korsunsky la saludó, ensanchó el pecho sobre su abierto frac y le ofreció el brazo para conducirla al lado de Ana Arkadievna.

Kitty, ruborizándose, retiró la cola de su vestido de las rodillas de Krivin y se volvió, algo aturdida, buscando a Ana. Ana no vestía de fila, como supusiera Kitty, sino de negro, con un traje muy descotado, que dejaba ver sus esculturales hombros que parecían tallados en marfil antiguo, su pecho y sus brazos torneados, rematados por finas muñecas.

Su vestido estaba adornado con encajes de Venecia; una guirnalda de nomeolvides adornaba sus cabellos, peinados sin postizo alguno, y prendido en el talle, entre los negros encajes, llevaba un ramo de las mismas flores. Su peinado era sencillo y sólo desta-caban en él los bucles de sus cabellos rizados, que se escapaban por la nuca y las sienes. En el cuello, firme y bien formado, ostentaba un hilo de perlas.

Kitty había visto diariamente a Ana y se había sentido prendada de ella, y la imaginaba siempre con el vestido lila. Sin embargo, al verla vestida de negro, reconoció que no había comprendido todo su encanto. Ahora se le aparecía de una manera nueva a inesperada y reconocía que no podía vestir de lita, porque este color hubiese apagado su personalidad. El traje, negro con su profusión de encajes, no atraía la vista, pero se limitaba a servir de marco y hacía resaltar la figura de Ana, sencilla, natural, elegante, y a la vez animada y alegre.

Cuando Kitty se acercó al grupo, Ana, muy erguida como siempre, hablaba con el dueño de la casa con la cabeza inclinada ligeramente hacia él.

–No, no comprendo... pero no seré yo la que lance la primera piedra... –decía, contestando a una pregunta que, sin duda, le había hecho él y encogiéndose de hombros. Y en seguida se dirigió a Kitty con una sonrisa suavemente protectora.

Con experta mirada femenina contempló rápidamente el vestido de Kitty a hizo un movimiento de cabeza casi imperceptible, pero en el cual la joven leyó que la felicitaba por su belleza y por su atavío.

–Usted –dijo Ana a Korsunsky– hasta entra en el salón y sale de él bailando.

–La Princesita es una de mis mejores cola-boradoras –dijo Korsunsky, inclinándose ante Ana Karenina, a la que no había sido presentado– Contribuye a que el baile sea animado y alegre. ¿Un vals, Ana Arkadievna? –

preguntó.

–¿Se conocen ustedes? –inquirió el dueño de la casa.

–¿Quién no nos conoce a mi mujer y a mí?

–repuso Korsunsky–. Somos como los lobos blancos. ¿Quiere bailar, Ana Arkadievna? –

repitió.

–Siempre que me es posible, procuro no bailar –respondió Ana Karenina.

–Pero eso hoy es imposible.

Vronsky se acercó en aquel momento.

–Pues si es imposible, bailemos –dijo Ana, pareciendo no reparar en el saludo de Vronsky y apresurándose a poner la mano sobre el hombro de Korsunsky.

«Acaso estará enfadada con él», pensó Kitty, observando que Ana había fingido no ver el saludo de Vronsky.

En cuanto a éste, se acercó a Kitty, recordándole su compromiso de la primera contradanza y diciéndole que sentía mucho no haberla visto hasta entonces. Kitty le escuchaba admirando entre tanto a Ana, que danzaba. Esperaba que Vronsky la invitara al vals, pero el joven no lo hizo. Kitty le miró sorprendida. Él, sonrojándose, la invitó

precipitadamente a bailar; pero apenas había en-lazado su fino talle y dado el primer paso, la música dejó de tocar.

Kitty le miró a los ojos, que tenía tan cerca. Durante varios años había de recordar, llena de vergüenza, aquella mirada amorosa que le dirigiera y a la que él no correspondió.

–Pardon, pardon. ¡Vals, vals! –gritó Korsunsky desde el otro extremo de la sala. Y, emparejándose con la primera joven que encontró, comenzó a bailar.

XXIII

Kitty y Vronsky dieron algunas vueltas de vals. Luego Kitty se acercó a su madre y tuvo tiempo de cambiar algunas palabras con Nordston antes de que Vronsky fuese a buscarla para la primera contradanza.

Mientras bailaban no hablaron nada particular. Vronsky hizo un comentario humorístico de los Korsunsky, a los que describía como unos niños cuarentones; luego charlaron del teatro que iba a abrirse al público próxima-mente. Sólo una frase llegó al alma de Kitty, y fue cuando el joven le habló de Levin, asegurándole que había simpatizado mucho con él y preguntándole si continuaba en Moscú.

De todos modos, Kitty no esperaba más de aquella contradanza. Lo que aguardaba con el corazón palpitante era la mazurca, pensando que todo había de decidirse en ella. No la inquietó que él durante la contradanza no la invitara para la mazurca. Estaba segura de que bailaría con él, como siempre y en todas partes, y así rehusó cinco invitaciones de otros tantos caballeros diciéndoles que ya la tenía comprometida.

Hasta la última contradanza, el baile transcurrió para ella como un sueño encantador, lleno de brillantes colores, de

sones, de movimiento. Danzó sin interrupción, menos cuando se sentía cansada y rogaba que la dejasen descansar.

Durante la última contradanza con uno de aquellos jóvenes que tanto la aburrían, pero con los que no podía negarse a bailar, se encontró frente a frente con Ana y Vronsky. No había visto a Ana desde el principio del baile y ahora le pareció otra vez nueva a inesperada. La veía con aquel punto de excitación, que conocía tan bien, producida por el éxito.

Ana estaba ebria del licor del entusiasmo; Kitty lo veía en el fuego que, al bailar, se encendía en sus ojos, en su sonrisa feliz y alegre, que rasgaba ligeramente su boca, en la gracia, la seguridad y la ligereza de sus movimientos.

–«¿Por qué estará así?», se preguntaba Kitty. «¿Por la admiración general que despierta o por la de uno sólo?» Y sin escuchar al joven, que trataba en vano de reanudar la conversación interrumpida, y obedeciendo maquinalmente a los gritos alegremente imperiosos de Korsunsky a los que bailaban:

«Ahora en grand rond, en chaîne», Kitty observaba a la pareja cada vez con el corazón más inquieto.

«No; Ana no se siente animada por la admiración general, sino por la de uno. ¿Es posible que sea por la de él?»

Cada vez que Vronsky hablaba con Ana, los ojos de ésta brillaban y una sonrisa feliz se dibujaba en sus labios. Parecía como si se esforzara en reprimir aquellas señales de alegría y como si ellas aparecieran en su rostro contra su voluntad. Kitty se preguntó qué sentiría él, y al mirarle quedó horrorizada.

Los sentimientos del rostro de Ana se reflejaban en el de Vronsky. ¿Qué había sido de su aspecto tranquilo y seguro y de la despreocupada serenidad de su semblante? Cuando ella le hablaba, inclinaba la cabeza como para caer a sus pies y en su mirada había una expresión de temblorosa obediencia. «No quiero ofenderla –parecía decirle con aquella mirada–; sólo deseo salvarme, y no sé cómo ...»

El rostro de Vronsky transparentaba una expresión que Kitty no había visto jamás en él.

Aunque su charla era trivial, pues hablaban sólo de sus mutuas amistades, a Kitty le parecía que en ella se estaba decidiendo la suerte de ambos y de sí misma. Y era el caso que, a pesar de que en realidad hablaban de lo ridículo que resultaba Iván Ivanovich hablando francés o la posibilidad de que la Elezkaya pudiera hallar un partido mejor, Ana y Vronsky tenían, como Kitty, la impresión de que aquellas palabras estaban para ellos llenas de sentido. Sólo gracias a su rígida educación, pudo contenerse y proceder según las conveniencias, danzando, hablando, contestando, hasta sonriendo.

Pero, al empezar la mazurca, cuando empezaron a colocarse en su lugar las sillas y algunas parejas se dirigieron desde las salas pequeñas al salón, Kitty se sintió horrorizada y desesperada. Después de rehusar cinco invitaciones, ahora se quedaba sin bailar. Hasta podía ocurrir que no la invitasen, porque da-do el éxito que tenía siempre en sociedad, a nadie podía ocurrírsele que careciese de pareja. Era preciso que dijese a su madre que se encontraba mal a irse a casa. Pero se sentía tan abatida que le faltaban las fuerzas pa-ra hacerlo.

Entró en el saloncito y se dejó caer en una butaca. La vaporosa falda de su vestido se hinchó como una nubecilla

rodeándola; su delgado, suave y juvenil brazo desnudo se hundió entre los pliegues del vestido rosa; en la mano que le quedaba libre sostenía un abanico y con movimientos rápidos y breves daba aire a su encendido rostro. A pesar de su aspecto de mariposa posada por un instante en una flor, agitando las alas y pronta a volar, una terrible angustia inundaba su corazón.

«¿Y si me equivocase, si no hubiera na-da?», se decía, recordando de nuevo lo que había visto.

–¡Pero Kitty! No comprendo lo que te pasa

–dijo la condesa Nordston, que se había acercado caminando sobre la suave alfombra sin hacer ruido.

A Kitty le tembló el labio inferior y se puso en pie precipitadamente.

–¿No bailas la mazurca, Kitty?

–No –repuso con voz trémula de lágrimas.

–Él la invitó ante mí a bailar la mazurca –

dijo la Nordston, sabiendo muy bien que a Kitty le constaba a quién se refería–. Y ella le preguntó si no bailaba con la princesita Scherbazky.

–Me es igual –contestó Kitty.

Nadie comprendía mejor que ella su situación, pues nadie sabía que el día anterior había rechazado al hombre a quien acaso amaba, y lo había rechazado por éste.

La Nordston buscó a Korsunsky, con quien tenía comprometida la mazurca, y le rogó que invitase a Kitty en

lugar suyo.

Por fortuna, Kitty no hubo de hablar mucho, porque Korsunsky, como director de baile, había de ocuparse continuamente en la distribución de las figuras y correr sin cesar de una parte a otra dando órdenes. Vronsky y Ana estaban sentados casi enfrente de Kitty.

Los veía de lejos y los veía de cerca, según se alejaba o se acercaba en las vueltas de la danza, y cuanto más los miraba, más se convencía de que su desdicha era cierta. Kitty notaba que se sentían solos en aquel salón lleno de gente, y en el rostro de Vronsky, siempre tan impasible y seguro, leía ahora aquella expresión de humildad y de temor que tanto la había impresionado, que recordaba la actitud de un perro inteligente que se siente culpable.

Ana sonreía y le comunicaba su sonrisa. Si se ponía pensativa, se veía triste a él. Una fuerza sobrenatural hacía que Kitty dirigiese los ojos al rostro de Ana. Estaba hermosísima en su sencillo vestido negro; hermosos eran sus redondos brazos, que lucían preciosas pulseras, hermoso su cuello firme adornado con un hilo de perlas, bellos los rizados cabellos de su peinado algo desordenado, suaves eran los movimientos llenos de gracia de sus pies y manos diminutos, bella la animación de su hermoso rostro. Pero había algo terrible y cruel en su belleza.

Kitty la miraba más subyugada todavía que antes, y cuanto más la miraba más su-fría. Se sentía anonadada, y en su semblante se dibujaba una expresión tal de abatimiento que cuando Vronsky se encontró con ella en el curso del baile tardó un momento en reco-nocerla, de tan desfigurada como se le apareció en aquel momento.

–¡Qué espléndido baile! –dijo él, por decir algo.

–Sí –contestó Kitty.

Durante la mazurca, Ana, al repetir una figura imaginada por Korsunsky, salió al centro del círculo, escogió dcs caballeros y llamó a Kitty y a otra dama. Al acercarse, Kitty levantó los ojos hacia ella asustada. Ana la mi-ró y le sonrió cerrando los ojos mientras le apretaba la mano. Pero al advertir en el rostro de Kitty una expresión de desesperación y de sorpresa por toda respuesta a su sonrisa, Ana se volvió de espaldas a ella y empezó a hablar alegremente con otra señora. «Sí, sí –

se dijo Kitty–, hay en ella algo extraño, hermoso y a la vez diabólico.»

Ana no quería quedarse a cenar, pero el dueño de la casa insistió.

–Ea, Ana Arkadievna –dijo Korsunsky, tomando bajo la manga de su frac el brazo desnudo de Ana–. Tengo una idea magnífica para el cotillón. Un bijoux.

Y comenzó a andar, haciendo ademán de llevársela, mientras el dueño de la casa le animaba con su sonrisa.

–No me quedo –repuso Ana, sonriente. Y, a pesar de su sonrisa, los dos hombres comprendieron en su acento que no se quedaría.

–He bailado esta noche en Moscú más que todo el año en San Petersburgo y debo descansar antes de mi viaje –añadió Ana, volviéndose hacia Vronsky, que estaba a su la-do.

–¿Se

va

decididamente

mañana?

–

preguntó Vronsky.

–Sí, seguramente –respondió Ana, como sorprendida de la audacia de tal pregunta.

Su sonrisa y el fuego de su mirada cuando le contestó abrasaron el alma de Vronsky.

Ana Arkadievna se fue, pues, sin quedarse a cenar.

XXIV

«Sin duda hay en mí algo repugnante, algo que repele a la gente», pensaba Levin al salir de casa de los Scherbazky y dirigirse a la de su hermano. «No sirvo para convivir en sociedad. Dicen que esto es orgullo, pero no soy orgulloso. Si lo fuera, no me habría puesto en la situación que me he puesto.»

Imaginó a Vronsky dichoso, inteligente, benévolo y, con toda seguridad, sin haberse encontrado jamás en una situación como la suya de esta noche.

«Forzoso es que Kitty haya de preferirle.

Es natural; no tengo que quejarme de nadie ni de nada. Yo sólo tengo la culpa. ¿Con qué derecho imaginé que ella había de querer unir su vida a la mía? ¿Quién soy yo? Un hombre inútil para sí y para los otros.»

Recordó a su hermano Nicolás y se detuvo con satisfacción en su recuerdo. «¿No tendrá razón cuando dice que todo en el mundo es malo y repugnante? Acaso no hayamos juzgado

bien a Nicolás. Desde el punto de vista del criado Prokofy, que le vio borracho y con el abrigo roto, es un hombre despreciable; pero yo te conozco de otro modo, conozco su alma y se que nos parecemos. Y yo, en vez de buscarle, he ido a comer primero y después al baile en esa casa.»

Levin se acercó a un farol, leyó la dirección de su hermano, que guardaba en la cartera, y llamó a un coche de punto.

Durante el largo camino hacia el domicilio de su hermano, Levin iba evocando lo que conocía de su vida. Recordaba que durante los cursos universitarios y hasta un año después de salir de la universidad, su hermano, a pesar de las burlas de sus compañeros, había hecho vida de fraile, cumpliendo rigu-rosamente los preceptos religiosos, asistiendo a la iglesia, observando los ayunos y huyendo de los placeres y de la mujer sobre todo. Recordó después cómo, de pronto y sin ningún motivo aparente, empezó a tratar a las peores gentes y se lanzó a la vida más desenfrenada. Recordó también que en cierto caso su hermano había tomado a su servicio un mozo del pueblo y en un momento de ira le había golpeado tan brutalmente que había sido llevado a los Tribunales; se acordó aún de cuando su hermano, perdiendo dinero con un fullero, le había aceptado una letra, denunciándole después por engaño (a aquella letra se refería Sergio Ivanovich). Otra vez Nicolás había pasado una noche en la prevención por alboroto. Y, en fin, había llegado al extremo de pleitear contra su hermano Sergio acusándole de no abonarle la parte que en derecho le correspondía de la herencia materna.

Su última hazaña la realizó en el oeste de Rusia, donde había ido a trabajar, y consistió en maltratar a un alcalde, por lo que fue pro-cesado. Y si bien todo esto era desagradable, a Levin no se lo pareció tanto como a los que desconocían el corazón de Nicolás y su verdadera historia.

Levin se acordaba de que en aquel período de devoción, ayunos y austeri-dad, cuando Nicolás buscaba en la religión un freno para sus pasiones, nadie le aprobaba y todos se burlaban de él, incluso el propio Levin. Le apodaban Noé, fraile, etcétera, y, luego, cuando se entregó libremente a sus pasiones, todos le volvieron la espalda, espantados y con repugnancia.

Levin comprendía que, en rigor, Nicolás, a pesar de su vida, no debía encontrarse más culpable que aquellos que le despreciaban. Él no tenía ninguna culpa de haber nacido con su carácter indomable y con su limitada inteligencia. Por otra parte, su hermano siempre había querido ser bueno.

«Le hablaré con el corazón en la mano, le demostraré que le quiero y le comprendo, y le obligaré a descubrirme su alma», decidió Levin cuando, ya cerca de las once, llegaba a la fonda que le indicaran.

–Arriba. Los números 12 y 13 –dijo el conserje, contestando a la pregunta de Levin.

–¿Está?

–Creo que sí.

La puerta de la habitación número 12 se hallaba entornada y por ella salía un rayo de luz y un espeso humo de tabaco malo. Sonaba una voz desconocida para Levin, y al lado de ella reconoció la tosecilla peculiar de su hermano.

Al entrar Levin, el desconocido decía:

–Todo depende de la inteligencia y prudencia con que se lleve el asunto.

Constantino Levin, desde la puerta, divisó a un joven con el cabello espeso y enmara-

ñado vestido con una poddiovka. Una muchacha pecosa, con un vestido de lana sin cuello ni puños, estaba sentada en el diván. No se veía a Nicolás, y Levin sintió el corazón oprimido al pensar entre qué clase de gente vivía su hermano.

Mientras se quitaba los chanclos, Levin, cuya llegada no había notado nadie, oyó al individuo de la poddiovka hablando de una empresa a realizar.

–¡Que el diablo se lleve las clases privile-giadas! –dijo la voz de Nicolás tras un carras-peo–. Macha, pide algo de cenar y danos vino si queda. Si no, envía a buscarlo.

La mujer se levantó, salió del otro lado del tabique y vio a Levin.

–Nicolás Dmitrievich: aquí hay un señor –

dijo.

–¿Por quién pregunta? –exclamó la voz irritada de Nicolás.

–Soy yo –repuso Constantino Levin, presentándose.

–¿Quién es «yo»? –repitió la voz de Nicolás, con más irritación aún.

Se le oyó levantarse precipitadamente y tropezar, y Levin vio ante sí, en la puerta, la figura que le era tan conocida, la figura delgada y encorvada de su hermano, pero su aspecto salvaje, sucio y enfermizo, la expresión de sus grandes ojos asustados, le aterró.

Nicolás estaba aún más delgado que cuando Levin le viera la última vez, tres años antes. Llevaba una levita que le estaba corta, con lo que sus brazos y muñecas parecían más largos aún. La cabellera se le había aclarado, sus labios estaban cubiertos por el mismo bigote recto, y la misma mirada extra-

ñada de siempre se posaba en el que había entrado.

–¡Ah, eres tú, Kostia! –dijo, al reconocer a su hermano.

Sus ojos brillaron de alegría. Pero a la vez miró al joven de la poddiovka a hizo un movimiento convulsivo con el cuello y cabeza –

como si le apretase la corbata–, que Constantino conocía bien, y una expresión salvaje, dolorida, feroz, se pintó de repente en su rostro.

–Ya he escrito a Sergio diciéndole que no quiero nada con ustedes. ¿Qué deseas... qué desea usted?

Se presentaba bien distinto a como Levin le imaginara. Constantino olvidaba siempre la parte áspera y difícil de su carácter, la que hacía tan ingrato el tratarle. Sólo ahora, al ver su rostro, al distinguir el movimiento convulsivo de su cabeza, lo recordó.

–No deseaba nada concreto, sino verte ––

–dijo con timidez.

Nicolás, algo suavizado, al parecer, por la timidez de su hermano, movió los labios.

–¿Así que vienes por venir? Pues entra y siéntate. ¿Quieres cenar? Trae tres raciones, Macha. ¡Ah, espera! ¿Sabes quien

es este se-

ñor –dijo, indicando al joven de la poddiovka–. Se trata de un hombre muy notable: el señor Krizky, amigo mío, de Kiev, a quien persigue la policía porque no es un canalla.

Y, según su costumbre, miró a todos los que estaban en la habitación. Al ver a la mujer, de pie en la puerta y disponiéndose a salir, le gritó: «¡Te he dicho que esperes!». Y

con la indecisión y la falta de elocuencia que Constantino conocía de siempre, comenzó, mirando a todos, a contar la historia de Krizky, su expulsión de la universidad por formar una sociedad de ayuda a los estudiantes pobres y a las escuelas dominicales, su ingreso como maestro en un colegio popular y cómo después se le procesó sin saber por qué.

–¿,Conque ha estudiado usted en la universidad de Kiev? –dijo Constantino Levin, para romper el embarazoso silencio que siguió a las palabras de su hermano.

–Sí, en Kiev –murmuró Krizky, frunciendo el entrecejo.

–Esta mujer, María Nicolaevna, es mi compañera –interrumpió Nicolás–. La he sacado de una casa de... –movió convulsivamente el cuello y agregó, alzando la voz y arrugando el entrecejo–: Pero la quiero y la respeto y exijo que la respeten cuantos me tratan. Es como si fuera mi mujer, lo mismo.

Ahora ya sabes con quiénes te encuentras. Si te sientes rebajado, «por la puerta se va uno con Dios» .

Y volvió a mirar interrogativamente a todos.

–No veo por qué he de sentirme rebajado.

–En ese caso... ¡Macha: encarga tres raciones, vodka y vino! Espera... No, nada, na-da, ve...

XXV

–Sí, ya ves... –murmuró Nicolás con esfuerzo, arrugando la frente y con movimientos convulsivos.

Se notaba que no sabía qué hacer ni qué decir.

–¿Ves? –siguió, señalando unas vigas de hierro atadas con cordeles que había en un rincón–. Éste es el principio de una nueva empresa que vamos a realizar, una cooperativa obrera de producción...

Constantino, contemplando el rostro tuberculoso de Nicolás, no conseguía prestar atención a sus palabras. Comprendía que su hermano buscaba en aquella empresa un áncora de salvación contra el desprecio que sentía hacia sí mismo.

Nicolás Levin continuaba hablando:

–Ya sabes que el capital oprime al trabajador. Los obreros y campesinos llevan todo el peso del trabajo y no logran salir, por mucho que se esfuercen, de su situación de bestias de carga. Todas las ganancias, todo aquello con que pudieran mejorar su estado, descansar a instruirse, lo devoran los dividendos de los capitalistas. La sociedad está organizada de tal modo que, cuanto más trabaja el obrero, más ganan los comerciantes y los propietarios, y el proletario sigue siendo siempre una bestia de carga. Es preciso cambiar este orden de eosas –terminó, mirando inquisiti-vamente a su hermano.

–Claro, claro –dijo Constantino, contemplando con atención las hundidas mejillas de Nicolás.

–Así vamos a formar una cooperativa de cerrajeros en la que la producción y las ganancias, y, sobre todo, las herramientas, que es lo esencial, sean comunes.

–¿Dónde la instalaréis?

–En Vosdrema, provincia de Kazán.

–¿Por qué en un pueblo? No parece que el trabajo falte en los pueblos. No sé para qué puede necesitar un pueblo una cooperativa de cerrajeros.

–Es preciso hacerlo porque los aldeanos son ahora tan esclavos como antes, y lo que os desagrada a ti y a Sergio es que quiera sacárseles de esa esclavitud –gruñó Nicolás, irritado por la réplica.

Constantino Levin suspiró mientras miraba la sucia y destartalada habitación. Aquel suspiro irritó más aún a Nicolás.

–Conozco las ideas aristocráticas de usted y de Sergio. Sé que él emplea toda la capacidad de su cerebro en justificar la organización existente.

–No es cierto... ¿Por qué me hablas de Sergio? –preguntó, sonriendo, Levin.

–¿Por qué? Ahora lo verás –exclamó Nicolás al oír el nombre de su hermano–. Pero

¿para qué perder tiempo? Dime: ¿a qué has venido? Tú desprecias todo esto. Pues bien:

¡vete con Dios! ¡Vete, vete! –gritó, levantándose de la silla.

–No lo desprecio en lo más mínimo ––dijo Constantino tímidamente–. Preferiría no tratar de esas cosas.

María Nicolaevna entró en aquel momento.

Nicolás la miró con irritación. Ella se le acercó y le dijo unas palabras.

–Me encuentro mal y me he vuelto muy excitable –pronunció Nicolás, calmándose y respirando con dificultad–. ¡Y vienes hablándome de Sergio y de sus artículos! Todo en ellos son falsedades, deseos de engañarse a sí mismo. ¿Qué puede decir de la justicia un hombre que no la conoce? ¿Ha leído usted su último artículo? –preguntó a Krizky, sentándose otra vez a la mesa y separando los cigarrillos esparcidos sobre ella para dejar un espacio libre.

–No lo he leído –repuso sombríamente Krizky, que, al parecer, no deseaba intervenir en la conversación.

–¿Por qué? –preguntó Nicolás, irritado ahora contra Krizky.

–Porque me parece perder el tiempo.

–Perdón, ¿por qué cree usted que es perder el tiempo?

–Para mucha gente ese artículo está por encima de su comprensión.

–Pero yo no estoy en ese caso. Yo sé leer entre líneas y descubrir sus puntos flacos.

Todos callaron. Krizky se levantó lentamente y cogió la gorra.

–¿No quiere cenar? Bien. Venga mañana con el cerrajero,

Cuando Krizky hubo salido, Nicolás sonrió, guiñando el ojo.

–Tampoco él es muy fuerte; lo veo bien.

En aquel momento, Krizky le llamó desde la puerta.

–¿Qué quiere? –dijo Nicolás saliendo al corredor. Constantino, al quedarse solo con Ma-ría Nicolaevna, le preguntó:

–¿Hace mucho que está con mi hermano?

–Más de un año. El señor está muy mal de salud: bebe mucho –––contestó ella.

–¿Qué bebe?

–Mucho vodka. Y le sienta muy mal.

–¿Bebe con exceso?

–Sí –repuso ella, mirando atemorizada hacia la puerta por la que ya entraba Nicolás.

–¿De qué hablabáis? –preguntó éste con severidad y pasando su mirada asustada de uno a otro, Decídmelo.

–De nada –repuso turbado Constantino.

–Si no lo queréis decir, no lo digáis. Pero no tienes por qué hablar con ella de nada. Es una ramera, y tú un señor –exclamó haciendo un movimiento convulsivo con el cuello–. Ya veo que te haces cargo de mi situación y comprendes mis extravíos y me los perdonas.

Te lo agradezco –añadió levantando la voz.

–¡Nicolás Dmitrievich, Nicolás Dmitrievich!

–murmuró María Nicolaevna, acercándose a él.

–¡Está bien, está bien!... ¿Y la cena? ¡Ah, ahí viene! –exclamó, viendo subir al camarero con la bandeja, ¡Póngala aquí! –añadió con irritación. Y llenándose un vaso de vodka, lo vació de un trago.

–¿Quieres beber? –preguntó a su hermano, animándose al punto–. Bueno, dejémosle correr a Sergio Ivanovich; sea como sea, estoy contento de verte. Quieras o no, somos de la misma sangre –prosiguió, mascando con avidez una corteza de pan y bebiendo otra copa–. ¿Qué es de tu vida? Vamos, be-be. Y dime lo que haces.

–Vivo solo en el pueblo, como antes, y me ocupo de las tierras –repuso Constantino, mirando disimuladamente, con horror, la avidez con que comía y bebía su hermano.

–¿Por qué no te casas?

–No se ha presentado aún la ocasión –

respondió Constantino poniéndose rojo.

–¿Por qué no? Tú no eres como yo, que estoy acabado y con la vida perdida. He dicho y diré siempre que si se me hubiese dado mi parte de la herencia cuando la necesitaba, mi existencia habría sido diferente.

Constantino se apresuró a cambiar de te-ma.

–¿Sabes que a tu Vaniuchka lo tengo en Pokrovskoe de tenedor de libros?

Nicolás movió el cuello y quedó pensativo.

–¿Sí? Y dime: ¿qué hay de nuevo en Pokrovskoe? ¿Y la casa? ¿Sigue como antes? ¿Y

los abedules, y el cuarto donde estudiábamos? ¿Es posible que viva aún Felipe, el jardinero? ¡Cómo me acuerdo del pabellón y el diván! Mira: no cambies nada en la casa, cá-

sate y déjalo todo como estaba. Y si tu mujer es buena, iré a verte... Ya habría ido, pero me contuvo siempre el temor de encontrarme con Sergio.

–No le encontrarías. Vivo independiente de él.

–Bien: sea como sea has de escoger entre Sergio y yo –murmuró Nicolás, mirándole tí-

midamente.

Aquella timidez conmovió a Constantino.

–Si quieres que te sea franco, no deseo intervenir en vuestra querella. Tú tienes la culpa en la forma y él la tiene en el fondo.

–¡Has comprendido! –exclamó jovialmente Nicolás.

–Yo, personalmente, aprecio más tu amistad, porque...

–¿Por qué?

Constantino no osó decirle que era porque le veía desgraciado y necesitaba más su amistad que Sergio. Pero Nicolás comprendió y cogió en silencio la botella de vodka.

–Basta ya, Nicolás Dmitrievich –dijo María Nicolaevna, alargando su redondo brazo desnudo hacia la botella.

–¡Déjame o te pego! –gritó Nicolás.

María Nicolaevna sonrió bondadosamente, de un modo suave, que se contagió a Nicolás, y cogió la botella.

–¿Te figuras que Macha no es inteligente?

–dijo Nicolás–. Lo comprende todo mejor que nosotros. ¿Verdad que parece buena y simpá-

tica?

–¿Nunca había estado usted antes en Moscú? –le preguntó Constantino, por decir algo.

–No la trates de usted. Se asusta. Nadie le ha hablado de usted jamas, excepto el juez que la juzgó cuando la llevaron al Tribunal porque trató de huir de aquella casa... ¡Dios mío! –exclamó Nicolás–. ¡Cuánta falta de sentido hay en el mundo! ¿Para qué sirven tantas nuevas instituciones, tantos jueces de paz, tantos zemstvos! ¡Qué estupideces!

Y comenzó a relatar sus luchas con aquellas nuevas instituciones.

Constantino Levin le escuchaba, y las mismas censuras que había expresado él tantas veces le desagradaba oírlas ahora de labios de su hermano.

–Todo eso lo veremos claro en el otro mundo –dijo bromeando.

–¿El otro mundo? Ni me interesa ni lo deseo –dijo Nicolás, posando en el semblante de su hermano sus ojos salvajes y asustados–. Parece que habría de ser motivo de alegría salir de toda la vileza y maldad que nos rodea, de la nuestra y de la de los de-más; y, sin embargo, tengo miedo de la muerte, un miedo terrible –y se estremeció–.

Anda, bebe algo. ¿Quieres champaña? ¿Quieres acaso que salgamos? Podríamos ir a oír a los zíngaros. ¿Sabes? Ahora

me gustan mucho los zíngaros y las canciones populares rusas.

La lengua no le obedecía y su conversación saltaba de un tema a otro. Constantino, ayudado por Macha, le convenció de no ir a sitio alguno y entre los dos le acostaron completamente bebido. Macha prometió escribir a Constantino en caso necesario a intentar convencer a Nicolás de que fuera a vivir con su hermano.

XXVI

Constantino Levin salió de Moscú por la mañana y llegó a su casa por la tarde. En el vagón trabó conversación con sus compañeros de viaje y se habló de política, de los nuevos ferrocarriles y, de cómo en Moscú, le desanimaba la confusión de sus ideas, se sentía descontento de sí mismo y avergonzado no sabía de qué. Pero cuando se apeó en la estación y reconoció a Ignacio, su cochero tuerto, con el cuello del caftán levantado, cuando a la débil luz que salía de las ventanas de la estación vio el trineo cubierto de pieles y los caballos con las colas atadas, cuando Ignacio le contó las novedades del pueblo, la llegada de un comprador y que la vaca «Pava» tenía cría, le parecía a Levin que salía del caos de sus ideas y que poco a poco desaparecían de él su vergüenza y su descontento.

La sola vista de Ignacio y de sus caballos le había supuesto ya un alivio, y, cuando se puso el tulup que le trajeron, cuando se vio acomodado en el trineo, y los caballos comenzaron a trotar, pensó en las órdenes que debía dar a su llegada, examinó a uno de los corceles, muy veloz, pero que comenzaba ya a perder fuerzas y que había sido en otro tiempo caballo de carreras en el Don, y las cosas comenzaron a manifestarse a sus ojos bajo una nueva luz.

Cesó entonces de desear ser otro. Y, satisfecho de sí mismo, sólo deseó ser mejor, Decidió no pensar en la felicidad inasequible que le ofrecía su imposible matrimonio y contentarse con la que le deparaba la realidad presente; resistiría a las malas pasiones, como aquella que se apoderó de él el día en que se decidió a pedir la mano de Kitty.

Se acordó, después, de Nicolás, y resolvió velar por él y estar pronto a ayudarle cuando lo necesitara, cosa que presentía para muy pronto.

La conversación sobre el comunismo sostenida con su hermano, del que Constantino había tratado muy ligeramente, ahora le hacía reflexionar. El cambio de las condiciones económicas presentes le parecía absurdo, pero comparando la pobreza del pueblo con su abundancia personal, resolvió trabajar más para sentirse más justo y permitirse todavía menos gustos superfluos, aunque ya antes trabajaba bastante y vivía con gran sencillez.

Y todo ello se le figuraba ahora tan fácil de hacer que todo el camino se lo pasó sumido en las más gratas meditaciones. Eran las nueve de la noche cuando llegó a su casa, y se sentía animado por un sentimiento nuevo: de la esperanza de una vida mejor.

Una débil claridad salía de las ventanas de la habitación de Agafia Mijailovna, la vieja aya que desempeñaba ahora el cargo de ama de llaves, y caía sobre la nieve de la explanada que se abría frente a la casa. Agafia, que no dormía aún, despertó a Kusmá y éste, medio dormido y descalzo, corrió a la puerta.

« Laska», la perra, salió también, derribando casi a Kusmá, y se precipitó hacia Levin, frotándose contra sus piernas y con

deseos de poner la patas sobre su pecho sin atreverse a hacerlo.

–¡Qué pronto ha vuelto, padrecito! –dijo Agafia Mijailovna.

–Me aburría, Agafia Mijailovna. Se está bien en casa ajena, pero mejor en la propia –

contestó Levin, pasando a su despacho.

En el cuarto, y a la débil luz de una bujía traída por la servidumbre, fueron surgiendo los detalles familiares: las astas de ciervo, las estanterías llenas de libros, el espejo, la estufa con el ventilador hacía tiempo necesitado de arreglo, el diván del padre de Levin, la inmensa mesa y sobre ella un libro abierto, el cenicero roto, un cuaderno escrito con notas de su mano.

Al ver lo que le era tan conocido, Levin dudó un momento de poder organizar su nueva vida como deseara mientras iba por el camino. Todo aquello parecía rodearle y decirle:

«No te alejarás de nosotros, seguirás siendo lo que eres, con tus dudas, con tu eterno descontento de ti mismo, con tus inútiles intentos de modificarte y tus caídas, con tu constante deseo de una imposible felicidad

...» .

Pero, si así le hablaban aquellos objetos, en su alma otra voz le decía que no hay por qué encadenarse al pasado y que le era imposible cambiar. Obedeciendo a esta voz Levin se acercó a un rincón donde tenía dos pesas de un pud cada una y comenzó a le-vantarlas, tratando de animarse con aquel ejercicio gimnástico.

Tras la puerta sonaron pasos y Levin dejó las pesas en el suelo precipitadamente.

Entró el encargado y le dijo que, gracias a Dios, todo marchaba bien; pero que el alforfón se había quemado algo en la secadora nueva. La noticia le llenó de enojo. La nueva secadora había sido construida por él mismo.

El encargado era enemigo de aquella innovación y ahora anunciaba con cierto aire de triunfo que el alforfón se había quemado. Mas Levin estaba seguro de que el quemarse se debía a no haber tomado las precauciones que cien veces recomendara. Molesto, pues, reprendió con severidad al encargado.

En cambio, había una buena noticia: la de la cría de la «Pava», la magnífica vaca comprada en la feria.

–Dame el tulup, Kusmá –pidió Levin y dijo al encargado–: traiga una linterna; quiero ver la cría.

El establo de las vacas de selección estaba detrás de la casa. Levin se dirigió a través del patio por delante de un montón de nieve que se levantaba junto a unas lilas. Al abrir la puerta se sintió el caliente vaho del estiércol, y las vacas, sorprendidas por la luz de la linterna, se agitaron sobre la paja fresca. Destacó en seguida el lomo liso y ancho, negro con manchas blancas, de la vaca holandesa.

«Berkut» , el semental, con el anillo en el belfo, estaba tumbado y pareció ir a incorpo-rarse, pero cambió de opinión y se limitó a mugir profundamente dos veces cuando pasaron junto a él. La magnífica «Pava», grande como un hipopótamo, estaba vuelta de ancas, impidiendo ver la becerra, a la que olfateaba.

Levin examinó a la «Pava» y enderezó a la ternera que tenía la piel con manchas blancas, sobre sus débiles patas. La vaca, inquieta, mugió, pero, calmándose cuando Levin le acercó la cría, comenzó a lamerla con su áspera lengua. La becerra metía la cabeza bajo las ingles de la vaca, agitando la minúscula cola.

–Alumbra, Fedor, acerca la linterna –decía Levin contemplando a la ternera–. Es parecida a su madre, aunque con los colores del padre. ¡Es hermosa! Es grande y ancha de ancas. ¿Verdad que es muy hermosa, Basilio Fedorich? –dijo Levin al encargado, olvidándose, con la alegría que le causaba el buen aspecto de la ternera, del asunto del alforfón.

–¿Cómo podía ser de otro modo? –repuso el hombre–. ¡Oh!, he de decirle también que Semen, el mercader, vino al día siguiente de marchar usted. Tendré que discutir mucho con él, Constantino Dmitrievich. Le decía el otro día, a propósito de la máquina...

Aquella alusión introdujo a Levin en los pormenores de su economía, que era vasta y complicada. Pasó con el encargado al despacho y, tras discutir con él y con Semen, se fue al salón.

XXVII

La casa era grande y antigua, y aunque Levin vivía solo la hacía calentar y la ocupaba toda. Era una casa absurda y errónea que estaba en pugna con sus nuevos planes de vida, lo veía bien; pero en aquella casa se encerraba para él todo un mundo: el mundo donde vivieron y murieron sus padres. Ellos habían llevado una existencia que a Levin le parecía la ideal y que él anhelaba renovar con su mujer y su familia.

Apenas recordaba a su madre. La evocaba como algo sagrado, y en sus sueños su esposa había de ser la continuación de aquel ideal de santa mujer que fuera su madre.

No sólo le era imposible concebir el amor sin el matrimonio, sino que incluso en sus pensamientos imaginaba primero la familia y luego la mujer que le permitiera crear aquella familia. De aquí que sus opiniones sobre el matrimonio fueran tan diferentes de las de sus conocidos, para quienes el casarse no es sino uno de los asuntos corrientes de la vida.

Para Levin, al contrario, era el asunto principal y del que dependía toda su dicha. ¡Y ahora debía renunciar a ello!

Se sentó en el saloncito donde tomaba el té. Cuando se acomodó en su butaca con un libro en la mano y Agafia Mijailovna le dijo, como siempre: «Voy a sentarme un rato, padrecito» y se instaló en la silla próxima a la ventana, Levin sintió que, por extraño que pareciera, no podía desprenderse de sus ilusiones ni vivir sin ellas. Ya que no con Kitty, había de casarse con otra mujer. Leía, pensaba en lo que leía, escuchaba la voz del ama de llaves charlando sin parar, y en el fondo de todo esto, los cuadros de su vida familiar futura desfilaban por su pensamiento sin conexión. Comprendía que en lo más profundo de su espíritu se condensaba, se posaba y se formaba algo.

Oía decir a Agafia Mijailovna que Prójor, con el dinero que le regalara Levin para comprar un caballo, se dedicaba a beber, y que había pegado a su mujer casi hasta matarla.

Levin escuchaba y leía, y la lectura reavivaba todos sus pensamientos. Era una obra de Tindall sobre el calor. Se acordaba de haber censurado a Tindall por la satisfacción

con que hablaba del éxito de sus experimentos y por su falta de profundidad filosófica. Y de repente le acudió al pensamiento una idea agradable:

«Dentro de dos años tendré ya dos vacas holandesas. La misma "Pava" vivirá acaso todavía; y si a las doce crías de "Berkut" se añaden estas tres, ¡será magnífico!».

Volvió a coger el libro.

«Aceptemos que la electricidad y el calor sean lo mismo; pero ¿es posible que baste una ecuación para resolver el problema de sustituir un elemento por otro? No. ¿Entonces? La unidad de origen de todas las fuerzas de la naturaleza se siente siempre por instinto... Será muy agradable ver la cría de "Pava"

convertida en una vaca pinta. Luego, cuando se les añadan esas tres, formarán una hermosa vacada. Entonces saldremos mi mujer y yo con los convidados para verlas entrar. Mi mujer dirá: "Kostia y yo hemos cuidado a esa ternera como a una niña". "¿Es posible que le interesen estos asuntos?", preguntará el visitante. "Sí; me interesa todo lo que le interesa a Constantino..." Pero, ¿quién será esa mujer?»

Y Levin recordó lo ocurrido en Moscú.

«¿Qué hacer? Yo no tengo la culpa. De aquí en adelante las cosas irán de otro modo.

Es una estupidez dejarse dominar por el pasado; es preciso luchar para vivir mejor, mucho mejor .. »

Levantó la cabeza, pensativo. La vieja

«Laska», aún emocionada por el regreso de su dueño, tras recorrer el patio ladrando, volvió, meneando la cola, introdujo la cabeza bajo la mano de Levin y, aullando lastimera-mente, insistió en que la acariciase.

–No le falta más que hablar –dijo Agafia Mijailovna–. Es sólo una perra y sin embargo comprende que el dueño ha vuelto y que está triste.

–¿Triste?

–¿Piensa que no lo veo, padrecito? He tenido tiempo de aprender a conocer a los se-

ñores. ¿No me he criado acaso entre ellos?

Pero ya pasará, padrecito. Con tal que haya salud y la conciencia esté sin mancha, todo lo demás nada importa.

Levin la miraba con fjeza, asombrado de que pudiera adivinar de aquel modo sus pensamientos.

–¿Traigo otra taza de té? –dijo la mujer.

Cogió el cacharro vacío y salió.

Levin acarició a «Laska», que persistía en querer colocar la cabeza bajo su mano. El animal se enroscó a sus pies, con el hocico apoyado en la pata delantera. Y, como en se-

ñal de que ahora todo iba bien, abrió la boca ligeramente, movió las fauces y, poniendo sus viejos dientes y sus húmedos labios lo más cómodamente posible, se adormeció en un beatífico reposo.

Levin había seguido con interés sus últimos movimientos.

–Debo imitarla –murmuró–. Haré lo mismo. Todo esto no es nada... Las cosas marchan como deben...

XXVIII

El día siguiente del baile, por la mañana, Ana Karenina envió un telegrama a su marido anunciándole su salida de Moscú para aquel mismo día.

He de irme, he de irme ––decía explicando su repentina decisión a su cuñada en un tono en el cual parecía dar a entender que tenía tantos asuntos que le esperaban que no po-día enumerarlos–. Sí, es preciso que me vaya hoy mismo.

Esteban Arkadievich no comió en casa, pe-ro prometió ir a las siete para acompañar a su hermana a la estación.

Kitty no fue; envió un billete excusándose con el pretexto de una fuerte jaqueca. Dolly y Ana comieron solas con la inglesa y los niños.

Éstos, fuese que no tuvieran el carácter constante, fuese que apreciaran en su tía Ana un cambio con respecto a ellos, dejaron de repente de jugar con ella y se desinteresaron en absoluto de su partida.

Ana pasó la mañana ocupada en los preparativos del viaje. Escribía notas a sus amigos de Moscú, anotaba sus gastos y arreglaba su equipaje. A Dolly le pareció que no estaba tranquila, sino en aquel estado de preocupación, que tan bien conocía por propia experiencia, que rara vez se produce sin motivo y que en la mayoría de los casos indica sólo un profundo disgusto de sí mismo.

Después de comer, Ana subió a su cuarto a vestirse y Dolly la siguió.

–Te encuentro extraña hoy.

–¿Tú crees? No, no estoy extraña. Lo que pasa es que me siento triste. Esto me sucede de vez en cuando... Tengo como ganas de llorar. Es una tontería; ya pasará –dijo Ana rápidamente, y ocultó su rostro enrojecido de repente, inclinándose hacia el otro lado para rebuscar en un saquito donde guardaba sus pañuelos y su gorro, de dormir. Sus ojos brillaban de lágrimas, que apenas conseguía retener–. Salí de San Petersburgo de mala gana y ahora, en cambio, me cuesta irme de aquí.

–Hiciste bien en venir, porque has realizado una buena obra –repuso Dolly, mirándola con atención.

Ana volvió hacia ella sus ojos llenos de lá-

grimas.

–No digas eso, Dolly. Ni hice ni podía hacer nada. Hay veces en que me pregunto el porqué de que todos se empeñen en mimar-me tanto. ¿Qué he hecho y qué podía hacer?

Has tenido bastante amor en tu corazón para perdonar, y eso fue todo.

–¡Dios sabe lo que habría pasado de no venir tú! ¡Y es que eres tan feliz, Ana...! ¡Hay en tu alma tanta claridad y tanta pureza!

–Todos tenemos skeletons en el alma, co-mo dicen los ingleses.

–¿Qué skeletons puedes tener tú? ¡Todo es tan claro en tu alma! ––exclamó Dolly.

–No obstante, los tengo –dijo Ana. Y una inesperada sonrisa maliciosa torció sus labios a través de sus lágrimas.

–Tus skeletons se me figuran más divertidos que lúgubres –– opinó Dolly, sonriendo también.

–Te equivocas. ¿Sabes por qué me voy hoy en vez de mañana? Es una confesión que me pesa, pero te la quiero hacer ––dijo Ana, sentándose en la butaca y mirando a Dolly a los ojos.

Y, con gran sorpresa de Dolly, su cuñada palideció hasta la raíz de sus cabellos rizados.

–¿Sabes por qué no ha venido Kitty a comer? –preguntó Ana–. Tiene celos de mí; he destruido su felicidad. Yo he tenido la culpa de que el baile de anoche, del que esperaba tanto, se convirtiese para ella en un tormento. Pero la verdad es que no soy culpable, o si lo soy, lo soy muy poco... ––dijo recalcando las últimas palabras.

–Hablas lo mismo que Stiva –dijo Dolly, sonriendo.

–¡Oh, no, no soy como él! Si te cuento es-to, es porque no quiero dudar ni un minuto de mí misma.

Mas al decirlo, Ana tuvo conciencia de su debilidad: no sólo no tenía confianza en sí misma, sino que el recuerdo de Vronsky le causaba tal emoción que decidía huir para no verle más.

–Oui, Stiva, m'a raconté que has bailado toda la noche con Vronsky y que...

–Es cosa que haría reír el extraño giro que tomaron las cosas. Me proponía favorecer el matrimonio de Kitty y en lugar de ello... Acaso yo contra mi voluntad ....

Ana se ruborizó y calló.

–Los hombres notan esas cosas en seguida

––dijo Dolly.

Y yo siento que él lo tomara en serio. Pero estoy segura de que todo se olvidará en seguida y que Kitty me perdonará –añadió Ana.

–Si he de hablarte sinceramente, esa boda no me gusta demasiado para mi hermana. Ya ves que Vronsky es un hombre capaz de enamorarse de una mujer en un día. Siendo así, vale más que haya ocurrido lo que ocurrió.

–¡Oh, Dios mío! ¡Sería tan absurdo eso! –

exclamó Ana. Pero un rubor que delataba su satisfacción encendió sus mejillas al oír expresado en voz alta su propio pensamiento.

–Ahora me voy convertida en enemiga de Kitty, por la que sentía tanta simpatía. ¡Es tan gentil! Pero tú lo arreglarás, ¿verdad, Dolly?

Dolly apenas pudo contener una sonrisa.

Estimaba a Ana, pero le complacía descubrir que también ella tenia debilidades.

–¿Kitty enemiga tuya? ¡Es imposible!

–Me gustaría irme sabiendo que me queréis todos tanto como yo os quiero a vosotros. Ahora os quiero más que antes. ¡Ay, estoy hecha una tonta! –dijo Ana, con los ojos inundados de lágrimas.

Luego se secó los ojos con el pañuelo y comenzó a arreglarse,

Cuando se disponía ya a salir, se presentó Esteban Arkadievich, muy acalorado, oliendo a vino y a tabaco.

Dolly, conmovida por el afecto que Ana le testimoniaba, murmuró a su oído, al abrazar-la por última vez:

–Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Te quiero y te querré siempre como a mi mejor amiga. Acuérdate de ello.

–¿Por qué? –repuso Ana, conteniendo las lágrimas.

–Me has comprendido y me comprendes.

¡Adiós, querida Ana!

XXIX

«¡Gracias a Dios que ha terminado todo esto! », pensó Ana al separarse de su hermano, quien hasta que resonó la campana permaneció obstruyendo con su figura la portezuela del vagón.

Ana se acomodó en el asiento junto a Anuchka, su camarera.

«¡Gracias a Dios que voy a ver mañana a mi pequeño Sergio y a Alexis Alejandrovich!

Al fin mi vida recobrará su ritmo habitual», pensó de nuevo.

Presa aún de la agitación que la dominaba desde la mañana, empezó a ocuparse de ponerse cómoda. Sus manos, pequeñas y hábiles, extrajeron del saco rojo de viaje un

almohadón que puso sobre sus rodillas; se envolvió bien los pies y se instaló con comodidad.

Una viajera enferma se había tendido ya en el asiento para dormir. Otras dos dirigieron vanas preguntas a Ana, mientras una mas vieja y gruesa se envolvía las piernas con una manta mientras emitía algunas opiniones sobre la pésima calefacción.

Ana contestó a las señoras, pero no hallando interés en su conversación, pidió a su doncella que le diese su farolillo de viaje, lo sujetó al respaldo de su asiento y sacó una plegadera y una novela inglesa.

Era difícil abismarse en la lectura. El movimiento en torno suyo, el ruido del tren, la nieve que golpeaba la ventanilla a su izquierda y se pegaba a los vidrios, el revisor que pasaba de vez en cuando muy arropado y cubierto de copos de nieve, las observaciones de sus compañeras de viaje a propósito de la tempestad, todo la distraía.

Pero, por otra parte, todo era monótono: el mismo traqueteo del vagón, la misma nieve en la ventana, los mismos cambios bruscos de temperatura, del calor al frío y otra vez al calor; los mismos rostros entrevistos en la penumbra, las mismas voces, y Ana acabó logrando concentrarse en la lectura y enterándose de lo que leía.

Anuchka dormitaba ya, sosteniendo sobre sus rodillas el saco rojo de viaje entre sus gruesas manos enguantadas, uno de cuyos guantes estaba roto.

Ana Karenina leía y se enteraba de lo que leía, pero la lectura, es decir, el hecho de interesarse en la vida de los demás, le era intolerable, tenía demasiado deseo de vivir por sí misma.

Si la heroína de su novela cuidaba a un enfermo, Ana habría deseado entrar ella misma con pasos suaves en la alcoba del paciente; si un miembro del Parlamento pronunciaba un discurso, Ana habría deseado pronunciarlo ella; si lady Mary galopaba tras su traílla, desesperando a su nuera y sorprendiendo a las gentes con su audacia, Ana habría deseado hallarse en su lugar.

Pero era en vano. Debía contentarse con la lectura, mientras daba vueltas a la plegadera entre sus menudas manos.

El héroe de su novela empezaba ya a alcanzar la plenitud de su británica felicidad: obtenía un título de baronet y unas propiedades, y Ana sentía deseo de irse con él a aquellas tierras. De pronto la Karenina experimentó la impresión de que su héroe debía de sentirse avergonzado y que ella participaba de su vergüenza. Pero ¿por qué?

«¿De qué tengo que avergonzarme?», se preguntó con indignación y sorpresa. Y dejando la lectura, se reclinó en su butaca, oprimiendo la plegadera entre sus manos nerviosas.

¿Qué había hecho? Recordó la sucedido en Moscú, donde todo había sido magnífico. Se acordó del baile, de Vronsky y de su rostro de enamorado enloquecido, de su conducta con respecto a él... Nada había que la pudiese avergonzar. Y, no obstante, al llegar a este punto de sus recuerdos, volvía a renacer en ella el sentimiento de vergüenza. Parecía co-mo si en el hecho de recordarle una voz interior le murmurase, a propósito de él: «Tú ardes, tú ardes. Esto es un fuego, es un fuego». Bueno, ¿y qué?

«¿Qué significa todo eso?», se preguntó, moviéndose con inquietud en su butaca.

«¿Temo mirar ese recuerdo cara a cara? ¿Por ventura, entre ese joven oficial y yo existen otras relaciones que las que

puede haber entre dos personas cualesquiera?»

Sonrió con desdén y volvió a tomar el libro; pero ya no le fue posible comprender nada de su lectura. Pasó la plegadera por el cristal cubierto de escarcha, luego aplicó a su mejilla la superficie lisa y fría de la hoja, y poco faltó para que estallara a reír de la alegría que súbitamente se habla apoderado de ella.

Notaba sus nervios cada vez más tensos, sus ojos cada vez más abiertos, sus manos y pies cada vez más crispados. Padecía una especie de sofocación y le parecía que en aquella penumbra las imágenes y los sonidos la impresionaban con un extraordinario vigor.

Se preguntaba sin cesar si el tren avanzaba, retrocedía o permanecía inmóvil. ¿Era Anuchka, su doncella, la que estaba a su lado o una extraña?

«¿Qué es lo que cuelga del asiento: una piel o un animal? ¿Soy yo a otra mujer la que va sentada aquí?»

Abandonarse a aquel estado de inconsciencia le causaba terror. Sentía, sin embargo, que aún podía oponer resistencia con la fuerza de su voluntad. Haciendo, pues, un esfuerzo para recobrarse se incorporó, dejó su manta de viaje y su capa y se sintió mejor durante un instante.

Entró un hombre delgado, con un largo abrigo al que le faltaba un botón. Ana comprendió que era el encargado de la calefacción. Le vio consultar el termómetro y observó que el viento y la nieve entraban en el vagón tras él. Luego, todo se volvía confuso de nuevo. El hombre alto garabateaba algo apoyándose en el tabique, la señora anciana estiró las piernas y el departamento pareció envuelto en una nube negra. Ana escuchó un terrible ruido, como si algo se rasgase en la oscuridad. Se diría que estaban torturando a

alguien. Un rojo resplandor la hizo cerrar los ojos; luego todo quedó envuelto en tinieblas y Ana sintió la impresión de que se hundía en un precipicio. Aquellas sensaciones eran, no obstante, más divertidas que desagradables.

Un hombre enfundado en un abrigo cubierto de nieve le gritó algunas palabras al oído.

Ana se recobró. Comprendió que llegaban a una estación y que aquel hombre era el revisor.

Pidió a su doncella que le diese el chal y la pelerina y, poniéndoselos, se acercó a la portezuela.

–¿Desea salir, señora? –preguntó Anuchka.

–Sí: necesito moverme un poco. Aquí dentro me ahogo.

Quiso abrir la portezuela, pero el viento y la lluvia se lanzaron contra ella, como si quisieran impedirle abrir, y también esto le pareció divertido. Consiguió al fin abrir la puerta. Parecía como si el viento la hubiese estado esperando afuera para llevársela entre alaridos de alegría. Se asió con fuerza con una mano en la barandilla del estribo y sosteniéndose el vestido con la otra, Ana descendió al andén. E1 viento soplaba con fuerza, pero en el andén, al abrigo de los vagones, había más calma. Ana respiró profundamente y con agrado el aire frío de aquella noche tempestuosa y contempló el andén y la estación iluminada por las luces.

XXX

Un remolino de nieve y viento corrió de una puerta a otra de la estación, silbó furio-samente entre las ruedas del tren y lo anegó todo: personas y vagones, amenazando se-pultarlos en nieve. La tempestad, se calmó por un breve instante, para desatarse de nuevo con tal ímpetu que parecía imposible de resistir. No obstante, la puerta de la estación se abría y cerraba de vez en cuando, dando paso a gente que corría de un lado a otro, hablando alegremente, deteniéndose en el andén, cuyo pavimento de madera crujía bajo sus pies.

La silueta de un hombre encorvado pareció surgir de la sierra a los pies de Ana. Se oyó el golpe de un martillo contra el hierro; después una voz ronca resonó entre las tinieblas.

–Envíen un telegrama –decía la voz.

Otras voces replicaron, como un eco:

–Haga el favor, por aquí. En el número veintiocho –y los empleados pasaron corriendo como llevados por la nieve. Dos señores, con sus cigarrillos encendidos, pasaron ante Ana fumando tranquilamente.

Respiró otra vez a pleno pulmón el aire frío de la noche, puso la mano en la barandilla del estribo para subir al vagón, cuando en aquel momento, la figura de un hombre vestido con capote militar, que estaba muy cerca de ella, le ocultó la vacilante luz del farol. Ana se volvió para mirarle y le reconoció. Era Vronsky.

Él se llevó la mano a la visera de la gorra y le preguntó respetuosamente si podía servirla en algo. Ana le contempló en silencio durante unos instantes. Aunque Vronsky estaba de espaldas a la luz, la Karenina creyó apreciar en su rostro y en sus ojos la misma expresión de entusiasmo respetuoso que tanto la con-moviera en el baile. Hasta entonces Ana se había repetido que Vronsky era uno de los muchos jóvenes, eternamente iguales, que se encuentran en todas partes, y se había prometido no pensar en él. Y he aquí que ahora se sentía poseída por un alegre sentimiento de orgullo. No hacía falta preguntar por qué Vronsky estaba allí. Era para hallarse más cerca de ella. Lo sabía con tanta certeza co-mo si el propio Vronsky se lo hubiera dicho.

–Ignoraba que usted pensase ir a San Petersburgo. ¿Tiene algún asunto en la capital?

–preguntó Ana, separando la mano de la barandilla.

Y su semblante resplandecía.

–¿Algún asunto? –repitió Vronsky, clavando su mirada en los ojos de Ana Karenina–.

Usted sabe muy bien que voy para estar a su lado. No puedo hacer otra cosa.

En aquel momento, el viento, como ven-ciendo un invisible obstáculo, se precipitó contra los vagones, esparció la nieve del techo y agitó triunfalmente una plancha que había logrado arrancar.

Con un aullido lúgubre, la locomotora lanzó un silbido.

La trágica belleza de la tempestad ahora le parecía a Ana más llena de magnificencia.

Acababa de oír las palabras que temía su ra-zón, pero que su corazón deseaba escuchar.

Guardó silencio. Pero Vronsky, en el rostro de ella, leyó la lucha que sostenía en su interior.

–Perdone si le he dicho algo molesto –

murmuró humildemente. Hablaba con respeto, pero en un tono tan resuelto y decidido que Ana en el primer momento no supo qué contestar

–Lo que usted dice no está bien –murmuró Ana, al fin– y, si es usted un caballero, lo olvidará todo, como yo hago.

–No lo olvidaré, ni podré olvidar nunca, ninguno de sus gestos, ninguna de sus palabras.

–¡Basta, basta! –exclamó ella en vano, tratando inútilmente de dar a su rostro una expresión severa.

Y, cogiéndose a la fría barandilla, subió los peldaños del estribo y entró rápidamente en el coche.

Sintió la necesidad de calmarse y se detuvo un momento en la portezuela. No recordaba bien lo que habían hablado, pero comprendía que aquel momento de conversación les había aproximado el uno al otro de un modo terrible, lo que la horrorizaba y la hacía feliz a la vez.

Tras breves instantes, Ana entró en el departamento y se sentó. Su tensión nerviosa aumentaba: parecía que sus nervios iban a estallar.

No pudo dormir en toda la noche. Pero en aquella exaltación, en los sueños que llenaban su mente, no había nada doloroso; al contrario, había algo gozoso, excitante y ardiente.

Al amanecer se durmió en su butaca. Era ya de día cuando despertó. Se acercaban a San Petersburgo. Pensó en su hijo, en su marido, en sus ocupaciones domésticas, y aquellos pensamientos la dominaron por completo.

La primera persona a quien vio al apearse del tren fue su marido.

«¿Cómo le habrán crecido tanto las orejas en estos días, Dios mío?», pensó al ver aquella figura arrogante, pero fría, con su sombrero redondo que parecía sostenerse en los salientes cartílagos de sus orejas.

Su esposo se acercaba a ella, mirándola atentamente con sus grandes ojos cansados, con su eterna sonrisa irónica en los labios, y esta vez la mirada inquisitiva de Alexis Alejandrovich la hizo estremecer.

¿Acaso esperaba encontrar a su marido distinto de como era en realidad? ¿O era que su conciencia le reprochaba toda la hipocresía, toda la falta de naturalidad que había en sus relaciones conyugales? Aquella impresión dormía hacía

largo tiempo en el fondo de su alma, pero sólo ahora se le aparecía en toda su dolorosa claridad.

–Como ves, tu enamorado esposo, tan enamorado como el primer día, anhelaba verte de nuevo –dijo Karenin con su voz lenta y seca, empleando el mismo tono levemente burlón que siempre usaba al dirigirle la palabra, como para ridiculizar aquel modo de expresarse.

–¿Cómo está Sergio? –preguntó ella.

–¡Caramba, qué recompensa a mi entusiasmo amoroso! Pues está bien, muy bien...

XXXI

Vronsky no trató siquiera de dormir. Permaneció sentado en su butaca con los ojos abiertos. Ora mirando fijamente ante él, ora contemplando a los que entraban y salían; y si antes impresionaba a los desconocidos con su inalterable tranquilidad, ahora parecía aún más seguro de sí mismo y más lleno de orgullo. Los seres no tenían para él en aquel momento mayor importancia que las cosas. Tal actitud le atrajo la enemistad de su vecino de asiento, un joven muy nervioso, empleado en el Ministerio de Justicia, que había hecho todo lo posible para que Vronsky reparara en que él pertenecía al mundo de los vivos. En vano le había pedido fuego, en vano le hablaba o le daba golpecitos en el codo. Vronsky no manifestó más interés por él que por el farolillo del vagón. Ofendido por su impasibilidad, su compañero de viaje reprimía su enojo a duras penas.

Aquella olímpica indiferencia no significaba que Vronsky se sintiera feliz creyendo haber impresionado el corazón de Ana. Aun no se atrevía ni a imaginarlo, pero el solo hecho de pensar en ello le inundaba de orgullo y de alegría. No sabía ni quería pensar en lo que podría resultar de todo aquello.

Sólo presentía que sus fuerzas, desperdi-ciadas hasta entonces, iban a unirse para empujarle hacia un único y espléndido destino.

Verla, oírla, estar a su lado, éste era ahora el único objeto de su vida. Estaba tan poseído por aquel pensamiento que, apenas vio a Ana en la estación de Blagoe, donde él bajara a tomarse un vaso de soda, no pudo menos de manifestárselo.

Estaba satisfecho de habérselo dicho, satisfecho porque ahora ella sabía ya que la amaba y no podría dejar de pensar en él.

Ya en el vagón, Vronsky principió a recordar los más nimios detalles de las veces que se habían encontrado: los gestos, las palabras de Ana. Y su corazón palpitó ante las visiones que su imaginación le presentaba para lo porvenir.

Se apeó en San Petersburgo tan fresco y descansado como si saliera de un baño frío, aunque había pasado la noche sin dormir. Se paró junto a un vagón para ver pasar a Ana.

«La volveré a ver», se decía, sonriendo sin darse cuenta. «Acaso me dirija una palabra, un gesto, algo ...»

Pero al primero que vio fue a Karenin, a quien el jefe de estación acompañaba con grandes muestras de respeto.

«¡Ah, el marido!», dijo para sí.

Y, al verle erguido ante él, con sus piernas rectas enfundadas en los pantalones negros, al verle tomar el brazo de Ana con la naturalidad de quien ejecuta un acto al que tiene derecho, Vronsky hubo de recordar que aquel ser cuya existencia apenas considerara hasta entonces existía, era de carne y hueso y estaba unido estrechamente a la mujer que él amaba.

Aquel frío rostro de petersburgués, aquel aire indiferente y seguro, aquel sombrero redondo, aquella espalda ligeramente encorvada, aquel conjunto era una realidad y Vronsky había de reconocerlo, pero lo reconocía como un hombre que, muriendo de sed, al encontrarse con una fuente de agua pura descubriera que estaba ensuciada por un perro, un cerdo o una vaca que habían bebido en ella.

Lo que sobre todo le desesperaba de Alexis Alejandrovich era su manera de andar, moviendo sus piernas de un modo rápido y balanceando algo el cuerpo. A Vronsky le parecía que sólo él tenía derecho a amar a aquella mujer.

Afortunadamente, ella seguia siendo la misma, y al verla, su corazón se sintió conmovido.

El criado de Ana, un alemán que había hecho el viaje en segunda clase, fue a recibir órdenes. El marido le había entregado los equipajes antes de dirigirse resueltamente hacia Ana. Vronsky asistió al encuentro de los esposos y su sensibilidad de enamorado le permitió percibir el leve ademán de contrariedad que hiciera Ana al encontrar a Alexis Alejandrovich.

«No le ama, no puede amarle ...», pensó Vronsky.

Se sintió feliz al notar que Ana, aunque de espaldas, adivinaba su proximidad. En efecto, ella se volvió, le miró y siguió hablando con su marido.

–¿Ha pasado usted la noche bien, señora?

–preguntó Vronsky, saludando a la vez a los dos, y dando así ocasión al esposo de que le reconociese si le placía.

–Muy bien; gracias –repuso ella.

En su fatigado rostro no se dibujaba la animación de otras veces, pero a Vronsky le bastó para sentirse feliz apreciar que los ojos de Ana, al verle, se iluminaban de alegría.

Ella alzó la vista hacia su marido, tratando de descubrir si éste recordaba al Conde. Karenin contemplaba al joven con aire de disgusto y como si apenas le reconociera.

Vronsky se sintió incomodado. Su calma y su seguridad de siempre chocaban ahora contra aquella actitud glacial.

–El conde Vronsky –dijo Ana.

–¡Ah, ya; me parece que nos conocemos!

–se dignó decir Karenin, dando la mano al joven–. Por lo que veo, al ir has viajado con la madre y al volver con el hijo –añadió arrastrando lentamente las palabras como si cada una le costara un rublo–. ¿Qué? ¿Vuelve usted de su temporada de permiso? –y, sin aguardar la respuesta de Vronsky, dijo con ironía, dirigiéndose a su mujer–: ¿Han llorado mucho los de Moscú al separarse de ti?

Creía terminar así la charla con el Conde. Y

para completar su propósito, se llevó la mano al sombrero. Pero Vronsky interrogó a Ana:

–Confío en que podré tener el honor de visitarles.

–Con mucho gusto. Recibimos los lunes –

dijo Alexis Alejandrovich con frialdad.

Y, sin hacerle más caso, prosiguió hablando a su mujer con el mismo tono irónico de antes:

–¡Estoy encantado de disponer de media hora de libertad para testimoniarte mis sentimientos!

–Parece como si me hablaras de ellos para realzar más su valor –repuso Ana, escuchando, involuntariamente, los pasos de Vronsky que caminaba tras ellos.

«En realidad no me preocupan nada», pensó para sí.

Y luego preguntó a su esposo cómo había pasado Sergio aquellos días.

–Muy bien. Mariette me dijo que estaba de muy buen humor. Lamento decirte que no te echó nada de menos. No le sucedía lo mismo a tu amante esposo. Te agradezco que hayas vuelto un día antes de lo que esperaba. Nuestro querido samovar se alegrará mucho también.

Karenin aplicaba el apelativo de «samovar» a la condesa Lidia Ivanovna, por su constante estado de vehemencia y agitación.

Siguió diciendo:

–Me preguntaba diariamente por ti. Te aconsejo que la visites hoy mismo. Ya sabes que su corazón sufre siempre por todo y por todos y ahora está particularmente inquieta con el asunto de la reconciliación de los Oblonsky.

Lidia era una antigua amiga de su marido y el centro de aquel círculo social que, por las relaciones de su esposo, Ana se veía obligada a frecuentar.

–Ya le he escrito.

–Pero quiere saber todos los detalles. Ve, amiga mía, ve a verla, si no estás muy cansada. Ea, te dejo. Tengo que asistir

a una se-sión. Kondreti conducirá tu coche. ¡Gracias a Dios que al fin voy a comer contigo! –y aña-dió con seriedad–: ¡no puedes figurarte lo que me cuesta acostumbrarme a hacerlo so-lo!

Y estrechándole largamente la mano y sonriendo tan afectuosamente como pudo, Karenin la condujo a su coche.

XXXII

El primer rostro que vio Ana al entrar en su casa fue el de su hijo, quien, sin atender a su institutriz, corrió escaleras abajo, gritando con alegría:

–¡Mamá, mamá, mamá!

Y se colgó de su cuello.

–¡Ya decía yo que era mamá! ––dijo luego a la institutriz.

Pero, como el padre, el hijo causó a Ana una desilusión. En la ausencia le imaginaba más apuesto de lo que era en realidad; y sin embargo era un niño encantador: un hermoso niño de bucles rubios, ojos azules y piernas muy derechas, con los calcetines bien estirados.

Ana sintió un placer casi físico en tenerle a su lado y recibir sus caricias, y experimentó un consuelo moral escuchando sus inocentes preguntas y mirando sus ojos cándidos, con-fiados y dulces.

Le ofreció los regalos que le enviaban los niños de Dolly y le contó que en Moscú, en casa de los tíos, había una niña llamada Tania que ya sabía escribir y enseñaba a los otros niños.

–Entonces, ¿es que valgo menos que ella?

–preguntó Sergio.

–Para mí, vida mía, vales más que nadie.

–Ya lo sabía –dijo Sergio, sonriendo.

Antes de que Ana acabara de tomar el ca-fé, le anunciaron la visita de la condesa Lidia Ivanovna. Era una mujer alta y gruesa, de amarillento y enfermizo color y grandes y magníficos ojos negros, algo pensativos.

Ana la quería mucho y, sin embargo, pareció apreciar sus defectos por primera vez.

–¿Conque llevó a los Oblonsky el ramo de oliva, querida? –preguntó Lidia Ivanovna.

–Todo está arreglado –repuso Ana–. Las cosas no andaban tan mal como nos figurá-

bamos. Ma belle soeur toma sus decisiones con demasiada precipitación y...

Pero la Condesa, que tenía la costumbre de interesarse por cuanto no le importaba, y solía, en cambio, no poner atención alguna en lo que debía interesarle más, interrumpió a su amiga:

–Estoy abatida. ¡Cuánta maldad y cuánto dolor hay en el mundo!

–¿Pues qué sucede? –interrogó Ana, dejando de sonreír.

–Empiezo a cansarme de luchar en vano por la verdad, y a veces me siento completamente abatida. Ya ve usted: la obra de los hermanitos (se trataba de una institución be-néfico–patriótico–religiosa) iba por buen camino. ¡Pero no se

puede hacer nada con esos señores! –declaró la Condesa en tono de sarcástica resignación–. Aceptaron la idea para desvirtuarla y ahora la juzgan de un modo bajo a indigno. Sólo dos o tres personas, entre ellas su marido, comprendieron el verdadero alcance de esta empresa. Los demás no hacen más que desacreditarla... Ayer recibí carta de Pravdin.

(Se refería al célebre paneslavista Pravlin, que vivía en el extranjero.) La Condesa contó lo que decía en su carta y luego habló de los obstáculos que se oponían a la unión de las iglesias cristianas.

Explicado aquello, la Condesa se fue precipitadamente, porque tenía que asistir a dos reuniones, una de ellas la sesión de un Comité eslavista.

«Todo esto no es nuevo para mí. ¿Por qué será que lo veo ahora de otro modo?», pensó Ana. «Hoy Lidia me ha parecido más nerviosa que otras veces. En el fondo, todo eso es un absurdo: dice ser cristiana y no hace más que enfadarse y censurar; todos son enemigos suyos, aunque estos enemigos se digan también cristianos y persigan los mismos fines que ella.»

Después de la Condesa llegó la esposa de un alto funcionario, que refirió a Ana todas las novedades del momento y se fue a las tres, prometiendo volver otro día a comer con ella.

Alexis Alejandrovich estaba en el Ministerio. Ana asistió a la comida de su hijo (que siempre comía solo) y luego arregló sus cosas y despachó su correspondencia atrasada.

Nada quedaba en ella de la vergüenza a inquietud que sintiera durante el viaje. Ya en su ambiente acostumbrado se

sintió ajena a todo temor y por encima de todo reproche sin comprender su estado de ánimo del día anterior.

«¿Qué sucedió, a fin de cuentas?», pensaba. «Vronsky me dijo una tontería y yo le contesté como debía. Es inútil hablar de ello a Alexis. Parecería que daba demasiada importancia al asunto.»

Recordó una vez que un subordinado de su marido le hiciera una declaración amorosa.

Creyó oportuno contárselo a Karenin y éste le dijo que toda mujer de mundo debía estar preparada a tales eventualidades, y que él confiaba en su tacto, sin dejarse arrastrar por celos que habrían sido humillantes para los dos.

«De modo que vale más callar», decidió ahora Ana como remate de sus reflexiones.

«Además, gracias a Dios, nada tengo que decirle.»

XXXIII

Alexis Alejandrovich llegó a su casa a las cuatro, pero como le ocurría a menudo, no tuvo tiempo de ver a su esposa y hubo de pasar al despacho para recibir las visitas y firmar los documentos que le llevó su secretario.

Como de costumbre, había varios invitados a comer: una anciana prima de Karenin, uno de los los directores de su ministerio, con su mujer, y un joven que le habían recomendado.

Ana bajó al salón para recibirles. Apenas el gran reloj de bronce de estilo Pedro I dio las cinco, Alexis Alejandrovich apareció vestido de etiqueta, con corbata blanca y dos

condecoraciones en la solapa, pues tenía que salir después de comer. Alexis Alejandrovich tenía los momentos contados y había de observar con estricta puntualidad sus diarias obligaciones.

«Ni descansar, ni precipitarse», era su le-ma.

Entró en la sala, saludó a todos y dijo a su mujer, sonriendo:

–¡Al fin ha terminado mi soledad! No sabes lo « incómodo» –y subrayó la palabra– que es comer a solas.

Durante la comida, Karenin pidió a su mujer noticias de Moscú, sonriendo burlonamente al mencionar a Esteban Arkadievich, pero la conversación, en todo momento de un ca-rácter general, versó sobre el trabajo en el ministerio y la política.

Concluida la comida, Karenin estuvo media hora con sus invitados y después, tras un nuevo apretón de manos y una sonrisa a su mujer, se fue para asistir a un consejo.

Ana no quiso ir al teatro, donde tenía palco reservado aquella noche, ni a casa de la condesa Betsy Iverskaya, que, al saber su llegada, le había enviado recado de que la esperaba. Antes de ir a Moscú, Ana dio a su modista tres vestidos para que se los arreglase, porque la Karenina sabía vestir bien gastando poco. Y, al marcharse los invitados, Ana comprobó con irritación que de los tres vestidos que le prometiera la modista tener arreglados para su regreso, dos no estaban terminados aún y el tercero no había quedado a su gusto.

La modista, llamada inmediatamente, pensaba que el vestido le estaba mejor de aquella manera. Ana se enfureció de tal modo contra ella que en seguida se sintió

avergonzada de sí misma. Para calmarse, entró en la alcoba de Sergio, le acostó, le arregló las sá-

banas, le persignó con una amplia señal de la cruz y dejó la habitación.

Ahora se alegraba de no haber salido y sentía una gran calma ínfima. Evocó la escena de la estación y reconoció que aquel incidente, al que diera tanta importancia, no era sino un detalle trivial de la vida mundana del que no tenía por qué ruborizarse.

Se acercó al lado de la chimenea para esperar el regreso de su esposo leyendo su novela inglesa. A las nueve y media en punto sonó en la puerta la autoritaria llamada de Alexis Alejandrovich y éste entró en la habitación un momento después.

–Vaya, ya has vuelto –dijo ella, tendiéndole la mano, que él besó antes de sentarse a su lado.

–¿De modo que todo ha ido bien en tu viaje? –inquirió Karenin.

–Muy bien.

Ana le contó todos los detalles: la agradable compañía de la condesa Vronsky, la llegada, el accidente en la estación, la compasión que sintiera primero hacia su hermano y luego hacia Dolly.

–Aunque Esteban sea hermano tuyo, su falta es imperdonable –dijo enfáticamente Alexis Alejaridrovich.

Ana sonrió. Su esposo trataba de hacer ver que los lazos de parentesco no influían para nada en sus juicios. Ana

reconocía muy bien aquel rasgo del carácter de su marido y se lo sabía apreciar.

–Me alegro –continuaba él– de que todo acabara bien y de que hayas regresado. ¿Qué se dice por allá del nuevo proyecto de ley que he hecho ratificar últimamente por el Gobierno?

Ana se sintió turbada al recordar que nadie le había dicho cosa alguna sobre una cuestión que su esposo consideraba tan importante.

–Pues aquí, al contrario, interesa mucho –

dijo Karenin con sonrisa de satisfacción.

Ana adivinó que su marido deseaba extenderse en pormenores que debían de ser satis-factorios para su amor propio y, mediante algunas preguntas hábiles, hizo que él le explicara, con una sonrisa de contento, que la aceptación de aquel proyecto había sido acompañada de una verdadera ovación en su honor.

–Me alegré mucho, porque eso demuestra que empiezan a ver las cosas desde un punto de vista razonable.

Después de tomar dos tazas de té con crema, Alexis Alexandrovich se dispuso a ir a su despacho.

–¿No has ido a ningún sitio durante este tiempo? Has debido de aburrirte mucho –

indicó.

–¡Oh, no! –repuso ella, levantándose–. Y,

¿qué lees ahora?

–La poésie des enfers, del duque de Lille.

Es un libro muy interesante.

Ana sonrió como se sonríe ante las debilidades de los seres amados y, pasando su brazo bajo el de su esposo, le acompañó hasta el despacho. Sabía que la costumbre de leer por la noche era una verdadera necesidad para su marido. Pese a las obligaciones que monopolizaban su tiempo, le parecía un deber suyo estar al corriente de lo que aparecía en el campo intelectual, y Ana lo sabía.

Sabía también que su marido, muy compe-tente en materia de política, filosofía y religión, no entendía nada de letras ni belles artes, lo cual no le impedía interesarse por ellas. Y, así como en política, filosofía y religión tenía dudes due procuraba disipar tratando con otros de eilas, en literature, poesía y, sobre todo, música, de todo lo cual no entendía nada, sustentaba opiniones sobre las que no toleraba oposición ni discusión. Le agradaba hablar de Shakespeare, de Rafael y de Beethoven y poner límites a las modernas escuelas de música y poesía, clasificándolas en un orden lógico y riguroso.

–Te dejo. Voy a escribir a Moscú –dijo Ana en la puerta del despacho, en el cual, junto a la butaca de su marido, había preparadas una botella con ague y una pantalla pare la bujía.

El, una vez más, le estrechó la mano y la besó.

«Es un hombre bueno, leal, honrado y, en su especie, un hombre excepcional», pensaba Ana, volviendo a su cuarto. Pero, mientras pensaba así, ¿no se oía en su alma una voz secreta que le decía que era imposible amar a aquel hombre? Y seguía pensando: «Pero no me explico cómo se le ven tanto las orejas.

Debe de haberse cortado el cabello ...».

A las doce en punto, mientras Ana, sentada ante su pupitre, escribía a Dolly, sonaron los pasos apagados de una persona andando en zapatillas, y Alexis Alejandrovich, lavado y peinado y con su rope de noche, apareció en el umbral.

–Ya es hora de dormir –le dijo, con maliciosa sonrisa, antes de desaparecer en la alcoba.

«¿Con qué derecho la había mirado "él" de aquel modo?», se preguntó Ana, recordando la mirada que Vronsky dirigiera a su marido en la estación.

Y siguió a su esposo. Pero ¿qué había sido de aquella llama que en Moscú animaba su rostro haciendo brillar sus ojos y prestando luminosidad a su sonrisa? Ahora aquella llama parecía haberse apagado o, al menos, estaba escondida.

XXXIV

Al irse de San Petersburgo, Vronsky había dejado a su amigo Petrizky su magnífico piso de la calle Morskaya.

Petrizky, un joven de familia modesta, no poseía otra fortuna que sus deudas. Se emborrachaba todas las noches y sus aventuras, escandalosas o ridículas, le costaban frecuentes arrestos. Pese a todo ello, todos los jefes y los compañeros le querían.

Al llegar a su casa hacia las once, Vronsky vio a la puerta un coche que no le era desconocido del todo. Llamó a la puerta y oyó en la escalera risas masculinas, un gracioso acento de mujer y la voz de Petrizky exclamando:

–¡Si es uno de esos miserables, no le de-jéis entrar!

Vronsky entró sin anunciarse, procurando no hacer ruido, y se acercó al salón. La baronesa Chilton, amiga de Petrizky, una rubia de carita sonrosada y acento parisiense, vestida a la sazón con un traje de satén lila, preparaba el café sobre una mesita. Petrizky, de páisano, y el capitán Kamerovsky, de uniforme, estaban a su lado.

–¡Caramba, Vronsky, tú aquí! –exclamó Petrizky, saltando de su silla–. El señor dueño cae de improviso en su casa... Baronesa: prepárale el café en la cafetera nueva. ¡Qué agradable sorpresa! Y, ¿qué me dices de este nuevo adorno de tu salón? Confío en que te gustará ––dijo, señalando a la Baronesa–.

Supongo que os conoceréis...

–¡Vaya si nos conocemos! –dijo, sonriente, Vronsky, estrechando la mano de la mujer–.

Somos antiguos amigos.

–Me voy –dijo ella–. Vuelve usted de viaje y... Si le molesto, me marcho.

–Está usted en su casa, amiga mía, en su casa... Hola, Kamerovsky –añadió Vronsky, estrechando con cierta frialdad la mano del capitán.

–¿Ve usted qué amable? –dijo la Baronesa a Petrizky–. Usted no sería capaz de hablar con tanta gentileza.

–Ya lo creo. Después de comer, sí.

–Después de comer no tiene gracia. Ea, voy a preparar el café mientras usted se arregla –dijo la Baronesa, sentándose y manipulando cuidadosamente la cafetera nueva.

–Pedro: dame el café; voy a poner más –

dijo a Petrizky.

Le llamaba por su nombre propio, sin preocuparse de ocultar las relaciones que le uní-

an con él.

–Le mimas demasiado. ¡Mira que ponerle más café!

–No, no le mimo... ¿Y su mujer? –dijo de pronto la Baronesa, interrumpiendo la conversación de Vronsky con sus camaradas–.

¿No sabe que mientras estaba fuera le hemos casado? ¿No ha traído consigo a su esposa?

–No, Baronesa. He nacido y moriré siendo un bohemio.

–Hace bien. ¡Déme esa mano!

Y la Baronesa, sin dejar de mirar a Vronsky, comenzó a explicarle, bromeando, su último plan de vida y le pidió consejos.

–¿Qué haré si él no quiere consentir en el divorcio? («él» era su marido). Me propongo llevar el asunto a los Tribunales. ¿Qué opina usted? Kamerovsky, eche una mirada al café;

¿ve?, ya se ha vertido... ¿No ve que estoy hablando de cosas serias? Necesito recobrar mis bienes, porque ese señor –dijo con acento despectivo–, con el pretexto de que le soy infiel, se ha quedado con mi fortuna.

Vronsky se divertía mucho oyéndola, le daba la razón, la aconsejaba, medio en serio y medio en broma, como solía hacer con aquella clase de mujeres.

La gente del ambiente en que Vronsky se movía suele dividir a las personas en dos clases: la primera está compuesta por necios, imbéciles y ridículos, que imaginan que los esposos deben ser fieles a sus esposas, las jóvenes puras, las casadas honorables, los hombres decididos, firmes y dueños de sí. Estos estúpidos opinan que hay que educar a los hijos, ganarse la vida, pagar las deudas y cometer otras tonterías por el estilo. La segunda clase, a la que los tipos del mundo de Vronsky se envanecen de pertenecer, sólo da valor a la elegancia, la generosidad, la audacia y el buen humor, entregándose sin recato a sus pasiones y burlándose de todo lo de-más.

Sin embargo, influido ahora por el ambiente de Moscú, tan distinto, Vronsky, de momento, estaba en aquel ambiente, fuera de su centro, y lo encontraba demasiado frívolo y superficialmente alegre. Pero pronto entró en su vida habitual, tan fácilmente como si metiese los pies en sus zapatillas usadas.

El café no llegó nunca a beberse. Se salió de la cafetera, se vertió en la alfombra, ensució el vestido de la Baronesa y salpicó a todos, pero realizó su fin: provocar el regocijo y la risa general.

–¡Bueno, bueno, adiós! Me voy, porque si no tendré sobre mi conciencia la culpa de que usted cometa el más abominable delito que puede cometer un hombre correcto: no lavarse. ¿Así que me aconseja que coja a ese hombre por el cuello y...?

–Exacto; pero procurando que sus manitas se encuentren cerca de sus labios. Así, él las besará y las cosas concluirán a gusto de todos –contestó Vronsky.

–Bien, hasta la noche. En el teatro Francés, ¿verdad?

Kamerovsky se levantó también. Y Vronsky, sin esperar a que saliese, le dio la mano y se fue al cuarto de aseo.

Mientras se arreglaba, Petrizky comenzó a explicarle su situación. No tenía dinero, su padre se negaba a darle más y no quería pagar sus deudas; el sastre se negaba a hacerle ropa y otro sastre había adoptado igual actitud. Para colmo, el Coronel estaba dispuesto a expulsarle del regimiento si continuaba dando aquellos escándalos, y la Baronesa se ponía pesada como el plomo con sus ofrecimientos de dinero... Tenía en perspectiva la conquista de otra belleza, un tipo completamente oriental...

–Una especie de Rebeca, querido. Ya te la enseñaré...

Luego, había una querella con Berkchev, que se proponía mandarle los padrinos, aunque podía asegurarse que no haría nada. En resumen, todo iba muy bien y era divertidí-

simo.

Antes de que su amigo pudiera reflexionar en aquellas cosas, Petrizky pasó a contarle las noticias del dia.

Al escucharle, al sentirse en aquel ambiente tan familiar, en su propio piso, donde residía hacía tres años, Vronsky notó que se su-mergía de nuevo en la vida despreocupada y alegre de San Petersburgo, y lo notó con satisfacción.

–¿Es posible? –preguntó, aflojando el grifo del lavabo, que dejó caer un chorro de agua sobre su cuello vigoroso y rojizo–. ¿Es posible

–repitió con acento de incredulidadque Laura haya dejado a Fertingov por Mileev? Y él,

¿qué hace? ¿Sigue tan idiota y tan satisfecho de sí mismo como siempre? Oye, a propósito,

¿qué hay de Buzulkov?

–¿Buzulkov? ¡Si supieras lo que le pasa! Ya conoces su afición al baile. No pierde uno de los de la Corte. ¿Sabes que ahora se llevan unos cascos más ligeros...? ¡Mucho más!

Pues bien: él estaba allí con su uniforme de gala... ¿Me oyes?

–Te oigo, te oigo –afirmó Vronsky, secándose con la toalla de felpa.

–Una gran duquesa pasaba del brazo de un diplomático extranjero y la conversación recayó, por desgracia, en los cascos nuevos.

La gran duquesa quiso enseñar uno al diplomático y viendo a un buen mozo con el casco en la cabeza –y Petrizky procuró remedar la actitud y los ademanes de Buzulkov– le pidió que le hiciese el favor de dejárselo. Y él, sin moverse ¿Qué significaba aquella actitud?

Empiezan a hacerle signos, indicaciones, le guiñan el ojo... ¡Y él continúa inmóvil como un muerto! ¿Comprendes la situación? Entonces uno... –no sé como se llama, no me acuerdo nunca– va a quitarle el casco. Buzulkov se defiende. Y al fin otro se lo arranca a viva fuerza y lo ofrece a la gran duquesa. «

Éste es el último modelo de cascos» , dice, volviéndolo. Y de pronto ven que del casco sale... ¿Sabes qué? ¡Una pera, chico, una pe-ra! ¡Y bombones, dos libras de bombones! ¡El grandísimo animal iba bien aprovisionado!

Vronsky reía hasta saltarle las lágrimas.

Durante largo rato, cada vez que recordaba la historia del casco, rompía en francas risas juveniles, mostrando al hacerlo sus hermosos dientes.

Una vez informado de las noticias del momento, Vronsky se puso el uniforme con ayuda de su criado y fue a presentarse en la Co-mandancia militar. Luego se proponía ver a su hermano, pasar por casa de Betsy y hacer otra serie de visitas que le reincorporasen a la vida de sociedad y le diesen la posibilidad de encontrar a Ana Karenina. Salió, pues, pensando volver muy entrada la tarde, como es costumbre en San Petersburgo.

SEGUNDA PARTE

I

A últimos de invierno, los Scherbazky tuvieron en su casa consulta de médicos, ya que la salud de Kitty inspiraba temores. Se sentía débil y con la proximidad de la primavera su salud no hizo más que empeorar. El médico de la familia le recetó aceite de híga-do de bacalao, hierro más adelante y, al fin, nitrato de plata. Pero como ninguno de aquellos remedios dio buen resultado, el médico terminó aconsejando un viaje al extranjero.

En vista de ello, la familia resolvió llamar a un médico muy reputado. Éste, hombre joven aún y de buena presencia, exigió el examen detallado de la enferma. Insistió con una complacencia especial en que el pudor de las doncellas era una reminiscencia bárbara, y que no había nada más natural que el que un hombre aunque fuera joven auscultara a una muchacha a medio vestir.

Él estaba acostumbrado a hacerlo cada día y como no experimentaba, por tanto, emoción alguna, consideraba el

pudor femenil no sólo como un resto de barbarie, sino también como una ofensa personal.

Fue preciso someterse, porque, aunque todos los médicos hubiesen seguido igual número de cursos, estudiado los mismos libros y hubiesen, por consiguiente, practicado la misma ciencia, no se sabe por qué razones, y a pesar de que algunos calificaron a aquel doctor de persona no muy recomendable, se resolvió que sólo él podía salvar a Kitty.

Después de un atento examen de la enferma, confusa y aturdida, el célebre médico se lavó escrupulosamente las manos y salió al salón, donde le esperaba el Príncipe, quien le escuchó tosiendo y con aire grave. El Príncipe, como hombre ya de edad, que no era necio y no había estado nunca enfermo, no cre-

ía en la medicina y se sentía irritado ante aquella comedia, ya que era quizá el único que adivinaba la causa de la enfermedad de Kitty.

«Este admirable charlatán sería capaz hasta de espantar la caza» , pensaba, expresando con aquellos términos de viejo cazador su opinión sobre el diagnóstico del médico.

Por su parte, el doctor disimulaba con dificultad su desdén hacia el viejo aristócrata.

Siendo la Princesa la verdadera dueña de la casa, apenas se dignaba dirigirle a él la palabra, y sólo ante ella se proponía derramar las perlas de sus conocimientos.

La Princesa compareció en breve, seguida por el médico de la familia, y el Príncipe se alejó para no exteriorizar lo que pensaba de toda aquella farsa.

La Princesa, desconcertada, sintiéndose ahora culpable con respecto a Kitty, no sabía qué hacer.

–Bueno, doctor, decida nuestra suerte: di-gánoslo todo.

Iba a añadir «¿Hay esperanzas?» , pero sus labios temblaron y no llegó a formular la pregunta. Limitóse a decir:

–¿Así, doctor, que...?

–Primero, Princesa, voy a hablar con mi colega y luego tendré el honor de manifestarle mi opinión.

–¿Debo entonces dejarles solos?

–Como usted guste...

La Princesa salió, exhalando un suspiro.

Al quedar solos los dos profesionales, el médico de familia comenzó tímidamente a exponer su criterio de que se trataba de un proceso de tuberculosis incipiente, pero que...

El médico célebre le escuchaba y en medio de su peroración consultó su voluminoso reloj de oro.

–Bien –dijo–. Pero...

El médico de familia calló respetuosamente en la mitad de su discurso.

–Como usted sabe –dijo la eminencia–, no podemos precisar cuándo comienza un proceso tuberculoso. Hasta que no existen caver-nas no sabemos nada en concreto. Sólo ca-ben suposiciones. Aquí existen síntomas: ma-la nutrición, nerviosismo, etc. La cuestión es ésta: admitido el proceso tuberculoso, ¿qué hacer para ayudar a la nutrición?

–Pero usted no ignora que en esto se suelen mezclar siempre causas de orden moral –

se permitió observar el otro médico, con una sutil sonrisa.

–Ya, ya –contestó la celebridad médica, mirando otra vez su reloj–. Perdone: ¿sabe usted si el puente de Yausa está ya terminado o si hay que dar la vuelta todavía? ¿Está concluido ya? Entonces podré llegar en veinte minutos... Pues, como hemos dicho, se trata de mejorar la alimentación y calmar los nervios... Una cosa va ligada con la otra, y es preciso obrar en las dos direcciones de este círculo.

–¿Y un viaje al extranjero? –preguntó el médico de la casa.

–Soy enemigo de los viajes al extranjero.

Si el proceso tuberculoso existe, lo que no podemos saber, el viaje nada remediaría.

Hemos de emplear un remedio que aumente la nutrición sin perjudicar al organismo.

Y el médico afamado expuso un plan cura-tivo a base de las aguas de Soden, plan cuyo mérito principal, a sus ojos, era evidentemente que las tales aguas no podían en modo alguno hacer ningún daño a la enferma.

–Yo alegaría en pro del viaje al extranjero el cambio de ambiente, el alejamiento de las condiciones que despiertan recuerdos... Además, su madre lo desea...

–En ese caso pueden ir. Esos charlatanes alemanes no le harán más que daño. Sería mejor que no les escuchara. Pero ya que lo quieren así, que vayan.

Volvió a mirar el reloj.

–Tengo que irme ya –dijo, dirigiéndose a la puerta.

El médico famoso, en atención a las conveniencias profesionales, dijo a la Princesa que había de examinar a Kitty una vez más.

–¡Examinarla otra vez! –exclamó la madre, consternada.

–Sólo unos detalles, Princesa.

–Bien; haga el favor de pasar..

Y la madre, acompañada por el médico, entró en el saloncito de Kitty.

Kitty, muy delgada, con las mejillas encendidas y un brillo peculiar en los ojos a causa de la vergüenza que había pasado momentos antes, estaba de pie en medio de la habitación.

Al entrar el médico se ruborizó todavía más y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su enfermedad y la curación se le figuraban una cosa estúpida y hasta ridícula. La cura le parecía tan absurda como querer reconstruir un jarro roto reuniendo los trozos quebrados. Su corazón estaba desgarrado. ¿Cómo compo-nerlo con píldoras y drogas?

Pero no se atrevía a contrariar a su madre, que se sentía, por otra parte, culpable con respecto a ella.

–Haga el favor de sentarse, Princesa –dijo el médico famoso.

Se sentó ante Kitty, sonriendo, y de nuevo, mientras le tomaba el pulso, comenzó a preguntarle las cosas más enojosas.

Kitty, al principio, le contestaba, pero, impaciente al fin, se levantó y le contestó irritada:

–Perdone, doctor, mas todo esto no conduce a nada. Ésta es la tercera vez que me pregunta usted la misma cosa.

El médico célebre no se ofendió.

–Excitación nerviosa ––dijo a la madre de Kitty cuando ésta hubo salido–. De todos modos, ya había terminado.

Y el médico comenzó a explicar a la Princesa, como si se tratase de una mujer de inteligencia excepcional, el estado de su hija desde el punto de vista científico, y terminó insistiendo en que hiciese aquella cura de aguas, que, a su juicio, de nada había de servir.

Al preguntarle la Princesa si procedía ir al extranjero, el médico se sumió en profundas reflexiones, como meditando sobre un problema muy difícil, y después de pensarlo mucho termino aconsejando que se hiciera el viaje. Puso, no obstante, por condición que no se hiciese caso de los charlatanes de allí y que se le consultara a él para todo.

Cuando el médico se hubo ido se sintieron todos aliviados, como si hubiese sucedido allí algún feliz acontecimiento. La madre volvió a la habitación de Kitty radiante de alegría y Kitty fingió estar contenta también. Ahora se veía con frecuencia obligada a disimular sus verdaderos sentimientos.

–Es verdad, mamá, estoy muy bien. Pero si usted cree conveniente que vayamos al extranjero, podemos ir –le dijo, y, para demostrar el interés que despertaba en ella aquel viaje, comenzó a hablar de los preparativos.

II

Después de marchar el médico, llegó Dolly.

Sabía que se celebraba aquel día consulta de médicos y, a pesar de que hacía poco que se había levantado de la cama después de su último parto (a finales de invierno había dado a luz a una niña), dejando a la recién nacida y a otra de sus hijas que se hallaba enferma, acudió a interesarse por la salud de Kitty.

–Os veo muy alegres a todos ––dijo al entrar en el salón, sin quitarse el sombrero–.

¿Es que está mejor?

Trataron de referirle lo que dijera el médi-co, pero resultó que, aunque éste había hablado muy bien durante largo rato, eran incapaces de explicar con claridad lo que había dicho. Lo único interesante era que se había resuelto ir al extranjero.

Dolly no pudo reprimir un suspiro. Su mejor amiga, su hermana, se marchaba. Y su propia vida no era nada alegre. Después de la reconciliación, sus relaciones con su marido se habían convertido en humillantes para ella.

La soldadura hecha por Ana resultó de escasa consistencia y la felicidad conyugal volvió a romperse por el mismo sitio.

No había nada en concreto, pero Esteban Arkadievich no estaba casi nunca en casa, faltaba siempre el dinero para las atenciones del hogar y las sospechas de las infidelidades de su marido atormentaban a Dolly continuamente, aunque procuraba eludirlas para no caer otra vez en el sufrimiento de los celos. La primera explosión de celos no podía volverse a producir, y ni siquiera el descubrimiento de la infidelidad de su marido habría ya de despertar en ella el dolor de la primera vez.

Semejante descubrimiento sólo le habría impedido atender sus obligaciones familiares; pero prefería dejarse engañar, despreciándole y despreciándose a sí misma por su debilidad.

Además, las preocupaciones propias de una casa habitada por una numerosa familia ocupaban todo su tiempo: ya se trataba de que la pequeña no podía lactar bien, ya que de que la niñera se iba, ya, como en la presente ocasión, de que caía enfermo uno de los ni-

ños.

–¿Cómo estáis en tu casa? –preguntó la Princesa a Dolly.

–También nosotros tenemos muchas penas, mamá... Ahora está enferma Lilí, y temo que sea la escarlatina. Sólo he salido para preguntar por Kitty. Por eso he venido en seguida, porque si es escarlatina –¡Dios nos libre!–, quién sabe cuándo podré venir.

Después de marchar el médico, el Príncipe había salido de su despacho y, tras ofrecer la mejilla a Dolly para que se la besase, se dirigió a su mujer:

–¿Qué habéis decidido? ¿Ir al extranjero?

¿Y qué pensáis hacer conmigo?

–Creo que debes quedarte, Alejandro –

respondió su esposa.

–Como queráis.

–Mamá, ¿y por qué no ha de venir papá con nosotras? –preguntó Kitty–. Estaríamos todos mejor.

El Príncipe se levantó y acarició los cabellos de Kitty. Ella alzó el rostro y le miró esforzándose en aparecer sonriente.

Le parecía a Kitty que nadie de la familia la comprendía tan bien como su padre, a pesar de lo poco que hablaba con ella. Por ser la menor de sus hijas, era ella la predilecta del Príncipe y Kitty pensaba que su mismo amor le hacía penetrar más en sus sentimientos.

Cuando su mirada encontró los ojos azules y bondadosos del Príncipe, que la consideraba atentamente, le pareció que aquella mirada la penetraba, descubriendo toda la tristeza que había en su interior.

Kitty se irguió, ruborizándose, y se adelantó hacia su padre esperando que la besara.

Pero él se limitó a acariciar sus cabellos diciendo:

–¡Esos estúpidos postizos! Uno no puede ni acariciar a su propia hija. Hay que contentarse con pasar la mano por los cabellos de alguna señora difunta... ¿Qué hace tu «triunfador», Dolliñka? –preguntó a su hija mayor.

–Nada, papa –contestó ella, comprendiendo que se refería a su marido. Y agregó, con sonrisa irónica–: Está siempre fuera de casa.

No le veo apenas.

–¿Todavía no ha ido a la finca a vender la madera?

–No... Siempre está preparándose para ir..

–Ya. ¡Preparándose para ir! ¡Habré yo también de hacer lo mismo! ¡Muy bien! –dijo dirigiéndose a su mujer, mientras se sentaba–. ¿Sabes lo que tienes que hacer, Kitty? –

agregó, hablando a su hija menor–. Pues cualquier día en que luzca un buen sol te levantas diciendo: «Me siento completamente sana y alegre y voy a salir de paseo con pa-pa, tempranito de mañana y a respirar el aire fresco». ¿Qué te parece?

Lo que había dicho su padre parecía muy sencillo, pero Kitty, al oírle, se turbó como un criminal cogido in fraganti.

«Sí: él lo sabe todo, lo comprende todo, y con esas palabras quiere decirme que, aunque lo pasado sea vergonzoso, hay que so-brevivir a la vergüenza.»

Pero no tuvo fuerzas para contestar. Iba a decir algo y, de pronto, estalló en sollozos y salió corriendo de la habitación.

–¿Ves el resultado de tus bromas? –dijo la Princesa, enfadada–. Siempre serás el mismo... –añadió, y le espetó un discurso lleno de reproches.

El Príncipe escuchó durante largo rato las acusaciones de su esposa y callaba, pero su rostro adquiría una expresión cada vez más sombría.

–¡Se siente tan desgraciada la pobre, tan desgraciada! Y tú no comprendes que cualquier alusión a la causa de su sufrimiento la hace padecer. Parece imposible que pueda una equivocarse tanto con los hombres.

Por el cambio de tono de la Princesa, Dolly y el Príncipe adivinaron que se refería a Vronsky.

–No comprendo que no haya leyes que castiguen a las personas que obran de una manera tan innoble, tan bajamente.

–No quisiera ni oírte –dijo el Príncipe con seriedad, levantándose y como si fuera a marcharse, pero deteniéndose en el umbral–.

Hay leyes, sí; las hay, mujer. Y si quieres saber quién es el culpable, te lo diré: tú y nadie más que tú, Siempre ha habido leyes contra tales personajes y las hay aún. ¡Sí, señora! Si no hubieran ido las cosas como no debían, si no hubieseis sido vosotras las primeras en introducirle en nuestra casa, yo, un viejo, habría sabido llevar a donde hiciera falta a ese lechuguino. Pero como las cosas fueron como fueron, ahora hay que pensar en curar a Kitty y en enseñarla a todos esos charlatanes.

El Príncipe parecía tener aún muchas cosas más por decir, pero apenas le oyó la Princesa hablar en aquel tono, ella, como hacía siempre tratándose de asuntos serios, se arrepintió y se humilló.

–Alejandro, Alejandro... –murmuró, acercándose a él, sollozante.

En cuanto ella comenzó a llorar, el Príncipe se calmó a su vez. Se aproximó también a su esposa.

–Basta, basta... Ya sé que sufres como yo.

Pero ¿qué podemos hacer? No se trata en resumidas cuentas de un grave mal. Dios es misericordioso... démosle gracias... –continuó sin saber ya lo que decía y contestando al húmedo beso de la Princesa que acababa de sentir en su mano. Luego salió de la habitación.

Cuando Kitty se fue llorando, Dolly comprendió que arreglar aquel asunto era propio de una mujer y se dispuso a entrar en funciones. Se quitó el sombrero y, arremangándose moralmente, si vale la frase, se aprestó a obrar. Mientras su

madre había estado in-crepando a su padre, Dolly trató de contener-la tanto como el respeto se lo permitía. Durante el arrebato del Príncipe, se conmovió después con su padre viendo la bondad de-mostrada por él en seguida al ver llorar a la Princesa.

Cuando su padre hubo salido, resolvió hacer lo que más urgía: ver a Kitty y tratar de calmarla.

–Mamá: hace tiempo que quería decirle que Levin, cuando estuvo aquí la última vez, se proponía declararse a Kitty. Se lo dijo a Stiva.

–¿Y qué? No comprendo...

–Puede ser que Kitty le rechazara. ¿No te dijo nada ella?

–No, no me dijo nada de uno ni de otro. Es demasiado orgullosa, aunque me consta que todo es por culpa de aquél.

–Pero imagina que haya rechazado a Levin... Yo creo que no lo habría hecho de no haber pasado lo que yo sé. ¡Y luego el otro la engañó tan terriblemente!

La Princesa, asustada al recordar cuán culpable era ella con respecto a Kitty, se irritó.

–No comprendo nada. Hoy día todas quieren vivir según sus propias ideas. No dicen nada a sus madres, y luego...

–Voy a verla, mamá.

–Ve. ¿Acaso te lo prohíbo? –repuso su madre.

III

Al entrar en el saloncito de Kitty, una habitación reducida, exquisita, con muñecas vieux saxe, tan juvenil, rosada y

alegre como la propia Kitty sólo dos meses antes. Dolly recordó con cuánto cariño y alegría habían arreglado las dos el año anterior aquel saloncito.

Vio a Kitty sentada en la silla baja más próxima a la puerta, con la mirada inmóvil fija en un punto del tapiz, y el corazón se le oprimió.

Kitty miró a su hermana sin que se altera-se la fría y casi severa expresión de su rostro.

–Ahora me voy a casa y no saldré de ella en muchos días; tampoco tú podrás venir a verme –dijo Daria Alejandrovna, sentándose a su lado–. Así que quisiera hablarte.

–¿De qué? –preguntó Kitty inmediatamente, algo alarmada y levantando la cabeza.

–¿De qué quieres que sea, sino del disgusto que pasas?

–No paso ningún disgusto.

–Basta Kitty. ¿Crees acaso que no lo sé?

Lo sé todo. Y créeme que es poca cosa. Todas hemos pasado por eso.

Kitty callaba, conservando la severa expresión de su rostro

–¡No se merece lo que sufres por él! –

continuó Daria Alejandrovna, yendo derecha al asunto.

–¡Me ha despreciado! –dijo Kitty con voz apagada–. No me hables de eso, te ruego que no me hables...

–¿Quién te lo ha dicho? No habrá nadie que lo diga. Estoy segura de que te quería y hasta de que te quiere ahora,

pero...

–¡Lo que más me fastidia son estas com-pasiones! –exclamó Kitty de repente. Se agitó en la silla, se ruborizó y movió irritada los dedos, oprimiendo la hebilla del cinturón que tenía entre las manos.

Dolly conocía aquella costumbre de su hermana de coger la hebilla, ora con una, ora con otra mano, cuando estaba irritada. Sabía que en aquellos momentos Kitty era muy capaz de perder la cabeza y decir cosas superfluas y hasta desagradables, y habría querido calmarla, pero ya era tarde.

–¿Qué es, dime, qué es, lo que quieres hacerme comprender? –dijo Kitty rápidamente–. ¿Qué estuve enamorada de un hombre a quien yo le tenía sin cuidado y que ahora me muero de amor por él? ¡Y eso me lo dice mi hermana pensando probarme de este modo su simpatía y su piedad! ¡Para nada necesito esa piedad ni esa simpatía!

–No eres justa, Kitty.

–¿Por qué me atormentas?

–Al contrario: veo que estás afligida, y...

Pero Kitty, en su irritación, ya no la escuchaba.

–No tengo por qué afligirme ni consolarme. Soy lo bastante orgullosa para no permi-tirme jamás amar a un hombre que no me quiere.

–Pero si no te digo nada de eso –repuso Dolly con suavidad. Dime sólo una cosa –

añadió tomándole la mano–: ¿te habló Levin?

El nombre de Levin pareció hacer perder a Kitty la poca serenidad que le quedaba. Saltó de la silla y, arrojando al suelo el cinturón que tenía en las manos, habló, haciendo rápidos gestos:

–¿Qué tiene que ver Levin con todo esto?

No comprendo qué necesidad tienes de marti-rizarme. He dicho, y lo repito, que soy demasiado orgullosa y que nunca nunca haré lo que tú haces de volver con el hombre que te ha traicionado, que ama a otra mujer. ¡Eso yo no lo comprendo! ¡Tú puedes hacerlo, pe-ro yo no!

Y, al decir estas palabras, Kitty miró a su hermana y, viendo que bajaba la cabeza tristemente, en vez de salir de la habitación, como se proponía, se sentó junto a la puerta y, tapándose el rostro con el pañuelo, inclinó la cabeza.

El silencio se prolongó algunos instantes.

Dolly pensaba en sí misma. Su humillación constante se reflejó en su corazón con más fuerza ante las palabras de su hermana. No esperaba de Kitty tanta crueldad y ahora se sentía ofendida.

Pero, de pronto, percibió el roce de un vestido, el rumor de un sollozo reprimido...

Unos brazos enlazaron su cuello.

–¡Soy tan desventurada, Dolliñka! –

exclamó Kitty, como confesando su culpa.

Y aquel querido rostro, cubierto de lágrimas, se ocultó entre los pliegues del vestido de DariaAlejandrovna.

Como si aquellas lágrimas hubiesen sido el aceite sin el cual no pudiese marchar la má-

quina de la recíproca comprensión entre las dos hermanas, éstas, después de haber llorado, hablaron no sólo de lo que las preocupaba, sino también de otras cosas, y se comprendieron. Kitty veía que las palabras dichas a su hermana en aquel momento de acalora-miento, sobre las infidelidades de su marido y la humillación que implicaban, la habían herido en lo más profundo, no obstante lo cual la perdonaba.

Y a su vez Dolly comprendió cuanto quería saber: comprendió que sus presunciones estaban justificadas, que la amargura, la incu-rable amargura de Kitty, consistía en que ha-bía rehusado la proposición de Levin para luego ser engañada por Vronsky; y comprendió también que Kitty ahora estaba a punto de odiar a Vronsky y amar a Levin.

Sin embargo, Kitty no había dicho nada de todo ello, sino que se había limitado a referir-se a su estado de ánimo.

–No tengo pena alguna ––dijo la joven cuando se calmó–. Pero ¿comprendes que todo se ha vuelto monótono y desagradable para mí, que siento repugnancia de todo y que la siento hasta de mí misma? No puedes figurarte las ideas tan horribles que me inspira todo.

–¿Qué ideas horribles pueden ser esas? –

preguntó Dolly con una sonrisa.

–Las peores y más repugnantes. No sé cómo explicártelo. Ya no es aburrimiento ni nostalgia, sino algo peor. Parece que cuanto había en mí de bueno se ha eclipsado y que sólo queda lo malo. ¿Cómo hacértelo comprender? –continuó al ver dibujarse la perple-jidad en los ojos de su hermana–. Si

papá habla, me parece que quiere darme a entender que lo que debo hacer es casarme. Si mamá me lleva a un baile, se me figura que lo hace pensando en casarme cuanto antes para deshacerse de mí. Y aunque se que no es así, no puedo apartar de mi mente tales pensamientos... No puedo ni ver a eso que se llama «un pretendiente». Me parece que me examinan para medirme. Antes me era agradable ir a cualquier sitio en traje de noche, me admiraba a mí misma... Pero ahora me siento cohibida y avergonzada. ¿Qué quieres?

Con todo me sucede igual... El médico, ¿sabes...?

Y Kitty calló, turbada. Quería seguir hablando y decir que desde que había empezado a experimentar aquel cambio, Esteban Arkadievich le era particularmente desagradable y no podía verle sin que le asaltasen los más bajos pensamientos.

–Todo se me presenta bajo su aspecto más vil y más grosero –continuó– y ésa es mi enfermedad. Quizá se me pase luego...

–¡No pienses esas cosas!

–No puedo evitarlo. Sólo me siento a gusto entre los niños. Por eso sólo me encuentro bien en tu casa.

–Lamento que no puedas ir a ella por ahora.

–Si iré. Ya he padecido la escarlatina. Pediré permiso a mamá.

Kitty insistió hasta que logró que su madre la dejara ir a vivir a casa de su hermana.

Mientras duró la escarlatina, que efectivamente padecieron los niños, estuvo cuidándoles. Las dos hermanas lograron

salvar a los seis niños, pero la salud de Kitty no mejoraba y, por la Cuaresma, los Scherbazky marcharon al extranjero.

IV

La gran sociedad de San Petersburgo es, en rigor, un círculo en el que todos se conocen y se visitan mutuamente. Mas ese amplio círculo posee sus subdivisiones.

Así, Ana Arkadievna tenía relaciones en tres diferentes sectores: uno en el ambiente oficial de su marido, con sus colaboradores y subordinados, unidos y separados de la manera más extraña en el marco de las circunstancias sociales. En la actualidad, Ana difícilmente recordaba aquella especie de religioso respeto que sintiera al principio hacia aquellas personas. Conocía ya a todos como se conoce a la gente en una pequeña ciudad provinciana. Sabía las costumbres y debilidades de cada uno, dónde les apretaba el zapato, cuáles eran sus relaciones mutuas y, con respecto al centro principal; no ignoraba dónde encontraban apoyo, ni como ni por qué lo encontraban, ni en qué puntos coincidían o divergían entre ellos.

Pero aquel círculo de intereses políticos y varoniles no la había interesado nunca y a pesar de los consejos de la condesa Lidia Ivanovna procuraba frecuentarlo lo menos posible.

Otro círculo vecino a Ana era aquel a través del cual hiciera su carrera Alexis Alejandrovich. La condesa Lidia Ivanovna era el centro de aquel círculo. Se trataba de una sociedad de mujeres feas, viejas y muy religiosas y de hombres inteligentes, sabios y ambiciosos.

Cierto hombre de talento que pertenecía a aquel círculo lo denominaba «la conciencia de la sociedad de San Petersburgo». Alexis Alejandrovich estimaba mucho aquel

ambiente y Ana, que sabía granjearse las simpatías de todos, encontró en tal medio muchos amigos en los primeros tiempos de su vida en la capital. Pero a su regreso de Moscú aquella sociedad se le hizo insoportable. Le parecía que allí todos fingían, como ella, y se sentía tan aburrida y a disgusto en aquel mundillo que procuró visitar lo menos posible a la condesa Lidia Ivanovna.

El tercer círculo en que Ana tenía relaciones era el gran mundo propiamente dicho, el de los bailes, el de los vestidos elegantes, el de los banquetes, mundo que se apoya con una mano en la Corte para no rebajarse hasta ese semimundo que los miembros de aquél pensaban despreciar, pero con el que tenían no ya semejanza, sino identidad de gustos.

Ana mantenía relaciones con este círculo mediante la princesa Betsy Tverskaya, esposa de su primo hermano, mujer con ciento veinte mil rublos de renta y que, desde la primera aparición de Ana en su ambiente, la quiso, la halagó y la arrastró con ella, burlándose del círculo de la condesa Lidia Ivanovna.

–Cuando sea vieja, yo seré como ellas –

decia Betsy–, pero usted, que es joven y bonita, no debe ingresar en ese asilo de ancianos.

Al principio, Ana había evitado el ambiente de la Tverskaya, por exigir más gastos de los que podía permitirse y también porque en el fondo daba preferencia al primero de aquellos círculos. Pero desde su viaje a Moscú ocurría lo contrario: huía de sus amigos intelectuales y frecuentaba el gran mundo.

Solía hallar en él a Vronsky y tales encuentros le producían una emocionada alegría. Con frecuencia le veía en casa de

Betsy, Vronskaya de nacimiento y prima de Vronsky.

El joven acudía a todos los sitios donde podía encontrar a Ana y le hablaba de su amor siempre que se presentaba ocasión pa-ra ello.

Ana no le daba esperanzas, pero en cuanto le veía se encendía en su alma aquel sentimiento vivificador que experimentara en el vagón el día en que le viera por primera vez.

Tenía la sensación precisa de que, al verle, la alegría iluminaba su rostro y le dilataba los labios en una sonrisa, y que le era imposible dominar la expresión de aquella alegría.

Al principio, Ana se creía de buena fe molesta por la obstinación de Vronsky en perse-guirla. Mas, a poco de volver de Moscú y después de haber asistido a una velada en la que, contando encontrarle, no le encontró, hubo de reconocer, por la tristeza que experimentaba, que se engañaba a sí misma, y que las asiduidades de Vronsky no sólo no le desagradaban sino que constituían todo el interés de su vida.

La célebre artista cantaba por segunda vez y toda la alta sociedad se hallaba reunida en el teatro.

Vronsky, viendo a su prima desde su butaca de primera fila, pasó a su palco sin esperar el entreacto.

–¿Cómo no vino usted a comer? –preguntó Betsy.

Y añadió con una sonrisa, de modo que só-

lo él la pudiera entender:

–Me admira la clarividencia de los enamorados. Ella no estaba. Pero venga cuando acabe la ópera.

Vronsky la miró, inquisitivo. Ella bajó la cabeza. Agradeciendo su sonrisa, él se sentó junto a Betsy.

–¡Cómo me acuerdo de sus burlas! –

continuó la Princesa, que encontraba particular placer en seguir el desarrollo de aquella pasión–––. ¿Qué queda de lo que usted decía antes? ¡Le han atrapado, querido!

–No deseo otra cosa que eso –repuso Vronsky, con su sonrisa tranquila y benévola–

. Sólo me quejo, a decir verdad, de no estar más atrapado... Empiezo a perder la esperanza.

–¿Qué esperanza puede usted tener? –dijo Betsy, como enojada de aquella ofensa a la virtud de su amiga–. Entendons–nous...

Pero en sus ojos brillaba una luz indicadora de que sabía tan bien como Vronsky la esperanza a que éste se refería.

–Ninguna –repuso él, mostrando, al sonre-

ír, sus magníficos dientes–. Perdón –añadió, tomando los gemelos de su prima y contemplando por encima de sus hombros desnudos la hilera de los palcos de enfrente–.Temo parecer un poco ridículo...

Sabía bien que a los ojos de Betsy y las demás personas del gran mundo no corría el riesgo de parecer ridículo. Le constaba que ante ellos puede ser ridículo el papel de enamorado sin esperanzas de una joven o de una mujer libre. Pero el papel de cortejar a una mujer casada,

persiguiendo como fin llevarla al adulterio, aparecía ante todos, y Vronsky no lo ignoraba, como algo magnífico, grandioso, nunca ridículo.

Así, dibujando bajo su bigote una sonrisa orgullosa y alegre, bajó los gemelos y miró a su prima:

–¿Por qué no vino a comer? –preguntó Betsy, mirándole a su vez.

–Me explicaré... Estuve ocupado... ¿Sabe en qué? Le doy cien o mil oportunidades de adivinarlo y estoy seguro de que no acierta.

Estaba poniendo paz entre un esposo y su ofensor. Sí, en serio...

–¿Y lo ha conseguido?

–Casi.

–Tiene que contármelo –dijo ella, levantándose–. Venga al otro entreacto.

–Imposible. Me marcho al teatro Francés.

–¿No se queda a oír a la Nilson? ––

exclamó Betsy, horrorizada, al considerarle incapaz de distinguir a la Nilson de una coris-ta cualquiera.

–¿Y qué voy a hacer, pobre de mí? Tengo una cita allí relacionada con esa pacificación.

–Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán salvados ––dijo Betsy, recordando algo parecido dicho por alguien–. Entonces, siéntese y cuénteme ahora. ¿De qué se trata?

Y Betsy, a su vez, se sentó de nuevo.

V

–Aunque es un poco indiscreto, tiene tanta gracia que ardo en deseos de relatarlo –dijo Vronsky, mirándola con ojos sonrientes–. Pe-ro no daré nombres.

–Yo los adivinaré, y será aún mejor.

–Escuche, pues: en un coche iban dos jó-

venes caballeros muy alegres.

–Naturalmente, oficiales de su regimiento.

–No hablo de dos oficiales, sino de dos jó-

venes que han comido bien.

–Traduzcamos que han bebido bien.

–Quizá. Van a casa de un amigo con el ánimo más optimista. Y ven que una mujer muy bonita les adelanta en un coche de alquiler, vuelve la cabeza y –o así se lo parece al menos– les sonríe y saluda. Como es de suponer, la siguen. Los caballos van a todo correr. Con gran sorpresa suya la joven se apea ante la misma puerta de la casa adonde ellos van. La bella sube corriendo al piso alto.

Sólo han visto de ella sus rojos labios bajo el velillo y los piececitos admirables.

–Me lo cuenta usted con tanto entusiasmo que no parece sino que era usted uno de los dos jóvenes.

–¿Olvida usted lo que me ha prometido?

Los jóvenes entran en casa de su amigo y asisten a una comida de despedida de soltero. Entonces es seguro que beben, y probablemente demasiado, como siempre sucede en comidas semejantes. En la mesa preguntan por las personas que viven en la misma casa. Pero nadie lo sabe y únicamente el criado del anfitrión, interrogado sobre si habitan arriba mademoiselles, contesta que en la casa hay muchas. Después de comer, los dos jóvenes se dirigen al despacho del anfitrión y escriben allí una carta a la desconocida. Es una carta pasional, una declaración amorosa.

Una vez escrita, ellos mismos la llevan arriba a fin de explicar en persona lo que pudiera quedar confuso en el escrito.

–¿Cómo se atreve usted a contarme tales horrores? ¿Y qué pasó?

–Llaman. Sale una muchacha, le entregan la carta y le afirman que están tan enamorados que van a morir allí mismo, ante la puerta. Mientras la chica, que no comprende na-da, parlamenta con ellos, sale un señor con patillas en forma de salchichones y rojo como un cangrejo, quien les declara que en la casa no vive nadie más que su mujer y les echa de allí.

–¿Cómo sabe usted que tiene las patillas en forma de salchichones?

–Escúcheme y lo sabrá. Hoy he ido para reconciliarles.

–¿Y qué ha pasado?

–Aquí viene lo más interesante. Resulta que se trata de dos excelentes esposos: un consejero titular y la señora consejera titular.

El consejero presenta una denuncia y yo me convierto en conciliador. ¡Y qué conciliador!

Le aseguro que el propio Talleyrand quedaba pequeñito a mi lado.

–¿Surgieron dificultades?

–Escuche, escuche... Se pide perdón en toda regia: «Estamos desesperados; le rogamos que perdone la enojosa equivocación...».

El consejero titular empieza a ablandarse, trata de expresar sus sentimientos y, apenas comienza a hacerlo, se irrita y empieza a decir groserías. Tengo, pues, que volver a poner en juego mi talento diplomático. « Reconozco que la conducta de esos dos señores no fue correcta, pero le ruego que tenga en cuenta su error, su juventud. No olvide, además, que ambos salían de una opípara comida, y... Ya me comprende usted. Ellos se arrepienten con toda su alma y yo le ruego que les perdone.» El consejero vuelve a ablandarse:

«Conforme; estoy dispuesto a perdonarles, pero comprenda que mi mujer, una mujer honrada, ha soportado las persecuciones, groserías y audacias de dos estúpidos mozal-betes... ¿Comprende usted? Aquellos mozal-betes estaban allí mismo y yo tenía que reconciliarles. Otra vez empleo mi diplomacia y otra vez, al ir a terminar el asunto, mi consejero titular se irrita, se pone rojo, se le erizan las patillas... y una vez más me veo obligado a recurrir a las sutilezas diplomáticas ...» .

–¡Tengo que contarle esto! –dice Betsy a una señora que entró en aquel instante en su palco–. Me ha hecho reír mucho. Bonne chance! –le dijo a Vronsky, tendiéndole el único dedo que le dejaba libre el abanico y bajándose el corsé, que se le había subido al sentarse, con un movimiento

de hombros, a fin de que éstos quedasen completamente desnudos al acercarse a la barandilla del palco, bajo la luz del gas, a la vista de todos.

Vronsky se fue al teatro Francés, donde estaba citado, en efecto, con el coronel de su regimiento, que jamás dejaba de asistir a las funciones de aquel teatro, y al que debía informar del estado de la reconciliación, que le ocupaba y divertía desde hacía tres días.

En aquel asunto andaban mezclados Petrizky, por quien sentía gran afecto, y otro, un nuevo oficial, buen mozo y buen camarada, el joven príncipe Kedrov; pero, sobre to-do, andaba con él comprometido el buen nombre del regimiento. Los dos muchachos pertenecían al escuadrón de Vronsky. Un funcionario llamado Venden, consejero titular, acudió al comandante quejándose de dos oficiales que ofendieron a su mujer. Venden contó que llevaba medio año casado. Su joven esposa se hallaba en la iglesia con su madre y, sintiéndose mal a causa de su estado, no pudo permanecer en pie por más tiempo y se fue a casa en el primer coche de alquiler de lujo que encontró.

Al verla en el coche, dos oficiales jóvenes comenzaron a seguirla. Ella se asustó y, sintiéndose peor aún, subió corriendo la escalera. El mismo Venden, que volvía de su oficina, sintió el timbre y voces; salió y halló a los dos oficiales con una carta en la mano.

Él los echó de su casa y ahora pedía al coronel que les impusiera un castigo ejemplar.

–Diga usted lo que quiera, este Petrizky se está poniendo imposible –había manifestado el coronel a Vronsky–. No pasa una semana sin armarla. Y este empleado no va a dejar las cosas así. Quiere llevar el asunto hasta el fin.

Vronsky comprendía la gravedad del asunto, reconocía que en aquel caso no había lugar a duelo y se daba cuenta de que era preciso poner todo lo posible por su parte para calmar al consejero y liquidar el asunto.

El coronel había llamado a Vronsky precisamente por considerarle hombre inteligente y caballeroso y constarle que estimaba en mucho el honor del regimiento. Después de haber discutido sobre lo que se podía hacer, ambos habían resuelto que Petrizky y Kedrov, acompañados por Vronsky, fueran a presentar sus excusas al consejero titular.

Tanto Vronsky como el coronel habían pensado en que el nombre de Vronsky y su categoría de ayudante de campo, habían de influir mucho en apaciguar al funcionario ofendido. Y, en efecto, aquellos títulos tuvieron su eficacia, pero el resultado de la conciliación había quedado dudoso.

Ya en el teatro Francés, Vronsky salió con el coronel al fumadero y le dio cuenta del resultado de su gestión.

El coronel, después de haber reflexionado, resolvió dejar el asunto sin consecuencias.

Luego, para divertirse, comenzó a interrogar a Vronsky sobre los detalles de su entrevista.

Durante largo rato el coronel no pudo contener la risa; pero lo que le hizo reír más fue oír cómo el consejero titular, tras parecer calmado, volvía a irritarse de nuevo al recordar los detalles del incidente, y cómo Vronsky, aprovechando la última palabra de semi-rreconciliación, emprendió la retirada empujando a Petrizky delante de él.

–Es una historia muy desagradable, pero muy divertida. Kedrov no puede batirse con ese señor. ¿De modo que se enfurecía mucho? –preguntó una vez más.

Y agregó, refiriéndose a la nueva bailarina francesa:

–¿Qué me dice usted de Claire? ¡Es una maravilla! Cada vez que se la ve parece distinta. Sólo los franceses son capaces de eso.

VI

La princesa Betsy salió del teatro sin esperar el fin del último acto.

Apenas hubo entrado en su tocador y em-polvado su ovalado y pálido rostro, revisado su vestido y, después de haber ordenado que sirvieran el té en el salón principal, comenzaron a llegar coches a su amplia casa de la calle Bolchaya Morskaya.

Los invitados afluían al ancho portalón y el corpulento portero, que por la mañana leía los periódicos tras la inmensa puerta vidriera para la instrucción de los transeúntes, abría la misma puerta, con el menor ruido posible, para dejar paso franco a los que llegaban.

Casi a la vez entraron por una puerta la dueña de la casa, con el rostro ya arreglado y el peinado compuesto, y por otra sus invitados, en el gran salón de oscuras paredes, con sus espejos y mullidas alfombras y su mesa inundada de luz de bujías, resplandeciente con el blanco mantel, la plata del samovar y la transparente porcelana del servicio de té.

La dueña se instaló ante el samovar y se quitó los guantes. Los invitados, tomando sus sillas con ayuda de los discretos lacayos, se dispusieron en dos grupos: uno al lado de la dueña, junto al samovar; otro en un lugar distinto del salón, junto a la bella esposa de un embajador, vestida de terciopelo negro, con negras cejas muy señaladas.

Como siempre, en los primeros momentos la conversación de ambos grupos era poco animada y frecuentemente interrumpida por los encuentros, saludos y ofrecimientos de té, cual si se buscara el tema en que debía gene-ralizarse la charla.

–Es una magnífica actriz. Se ve que ha seguido bien la escuela de Kaulbach –decía el diplomático a los que estaban en el grupo de su mujer––. ¿Han visto ustedes con qué arte se desplomó?

–¡Por favor, no hablemos de la Nilson! ¡Ya no hay nada nuevo que decir de ella! –

exclamó una señora gruesa, colorada, sin cejas ni pestañas, vestida con un traje de seda muy usado.

Era la princesa Miágkaya, muy conocida por su trato brusco y natural y a la que llamaban l'enfant terrible.

La Miágkaya se sentaba entre los dos grupos, escuchando y tomando parte en las conversaciones de ambos.

–Hoy me han repetido tres veces la misma frase referente a Kaulbach, como puestos de acuerdo. No sé por qué les gusta tanto esa frase.

Este comentario interrumpió aquella conversación y hubo de buscarse un nuevo tema.

–Cuéntanos algo gracioso... pero no inmoral –dijo la mujer del embajador, muy experta en esa especie de conversación frívola que los ingleses llaman small–talk, dirigiéndose al diplomático, que tampoco sabía de qué hablar.

–Eso es muy difícil, porque, según dicen, sólo lo inmoral resulta divertido –empezó él, con una sonrisa–. Pero

probaré... Denme un tema. El toque está en el tema. Si se encuentra tema, es fácil glosarlo. Pienso a menudo que los célebres conversadores del siglo pasado se verían embarazados ahora para poder hablar con agudeza. Todo lo agudo resulta en nuestros días aburrido.

–Eso ya se ha dicho hace tiempo –

interrumpió la mujer del embajador con una sonrisa.

La conversación empezó con mucha corrección, pero precisamente por exceso de corrección se volvió a encallar.

Hubo, pues, que recurrir al remedio seguro, a lo que nunca falla: la maledicencia.

–¿No encuentran ustedes que Tuchkevich tiene cierto «estilo Luis XV»? –preguntó el embajador, mostrando con los ojos a un guapo joven rubio que estaba próximo a la mesa.

–¡Oh, sí! Es del mismo estilo que este sa-lón. Por eso viene tan a menudo.

Esta conversación se sostuvo, pues, porque no consistía sino en alusiones sobre un tema que no podía tratarse alternativamente: las relaciones entre Tuchkevich y la dueña de la casa.

Entre tanto, en torno al samovar, la conversación, que al principio languidecía y su-fría interrupciones mientras se trató de temas de actualidad política, teatral y otros semejantes, ahora se había reanimado también al entrar de lleno en el terreno de la murmuración.

–¿No han oído ustedes decir que la Maltischeva –no la hija, sino la madre– se hace un traje diable rose?

–¿Es posible ...? ¡Sería muy divertido!

–Me extraña que con su inteligencia –

porque no tiene nada de tonta– no se dé cuenta del ridículo que hace.

Todos tenían algo que decir y criticar de la pobre Maltischeva, y la conversación chispo-rroteaba alegremente como una hoguera encendida.

Al enterarse de que su mujer tenía invitados, el marido de la princesa Betsy, hombre grueso y bondadoso, gran coleccionista de grabados, entró en el salón antes de irse al círculo.

Avanzando sin ruido sobre la espesa alfombra, se acercó a la princesa Miágkaya.

–¿Qué? ¿Le gustó la Nilson? –le preguntó.

–¡Qué modo de acercarse a la gente! ¡Va-ya un susto que me ha dado! ––contestó ella–. No me hable de la ópera, por favor: no entiende usted nada de música. Será mejor que descienda... yo hasta usted y le hablé de mayólicas y grabados. ¿Qué tesoros ha comprado recientemente en el encante?

–¿Quiere que se los enseñe? ¡Pero usted no entiende nada de esas cosas!

–Enséñemelas, sí. He aprendido con esos... ¿cómo les llaman?... esos banqueros que tienen tan hermosos grabados. Me han enseñado a apreciarlos

–¿Ha estado usted en casa de los Chuz-burg? –preguntó Betsy, desde su sitio junto al samovar.

–Estuve, ma chère. Nos invitaron a comer a mi marido y a mí. Según me han contado, sólo la salsa de esa comida les costó mil rublos –comentó en alta voz la Miágkaya–. Y

por cierto que la salsa –un líquido verduzco–

no valía nada. Yo tuve que invitarles a mi vez, hice una salsa que me costó ochenta y cinco copecks, y todos tan contentos. ¡Yo no puedo aderezar salsas de mil rublos!

–¡Es única en su estilo! –exclamó la due-

ña, refiriéndose a la Miágkaya.

–Incomparable –convino alguien.

El enorme efecto que producían infalible-mente las palabras de la Miágkaya consistía en que lo que decía, aunque no siempre muy oportuno, como ahora, eran siempre cosas sencillas y llenas de buen sentido.

En el círculo en que se movía, sus palabras producían el efecto del chiste más ingenioso.

La princesa Miágkaya no podía comprender la causa de ello, pero conocía el efecto y lo aprovechaba.

Para escucharla, cesó la conversación en el grupo de la mujer del embajador. La dueña de la casa quiso aprovechar la ocasión para unir los dos grupos en uno y se dirigió a la embajadora.

–¿No toma usted el té, por fin? Porque en este caso podría sentarse con nosotros.

–No. Estamos muy bien aquí –repuso, sonriendo, la esposa del diplomático.

Y continuó la conversación iniciada.

Se trataba de una charla muy agradable.

Criticaban a los Karenin, mujer y marido.

–Ana ha cambiado mucho desde su viaje a Moscú. Hay algo raro en ella –decía su amiga.

–El cambio esencial consiste en que ha traído a sus talones, como una sombra, a Alexis Vronsky –dijo la esposa del embajador.

No hay nada de malo en eso. Según una narración de Grimm, cuando un hombre carece de sombra es que se la han quitado en castigo de alguna culpa. Nunca he podido comprender en qué consiste ese castigo. Pero para una mujer debe de ser muy agradable vivir sin sombra.

–Las mujeres con sombra terminan mal generalmente –contestó una amiga de Ana.

–Calle usted la boca –dijo la princesa Miágkaya de repente al oír hablar de Ana–. La Karenina es una excelente mujer y una buena amiga. Su marido no me gusta, pero a ella la quiero mucho.

–¿Y por qué a su marido no? Es un hombre notable –dijo la embajadora– Según mi esposo, en Europa hay pocos estadistas de tanta capacidad como él.

–Lo mismo dice el mío, pero yo no lo creo

–repuso la princesa Miágkaya–. De no haber hablado nuestros maridos, nosotros habríamos visto a Alexey Alejandrovich tal como es.

Y en mi opinión no es más que un tonto. Lo digo en voz baja, sí; pero, ¿no es verdad que, considerándole de ese modo, ya nos parece todo claro? Antes, cuando me forzaban a considerarle como un hombre inteligente, por más que hacía, no lo encontraba, y, no viendo por ninguna parte su inteligencia, terminaba por aceptar que la tonta debía de ser yo. Pero en cuanto me dije: es un tonto –y lo dijo en voz baja–, todo se hizo claro para mí.

¿No es así?

–¡Qué cruel esta usted hoy!

–Nada de eso. Pero no hay otro remedio.

Uno de los dos, o él o yo, somos tontos. Y ya es sabido que eso no puede una decírselo a sí misma.

–Nadie está contento con lo que tiene y, no obstante, todos están satisfechos de su inteligencia –dijo el diplomático recordando un verso francés.

–Sí, sí, eso es –dijo la princesa Miágkaya, con precipitación–. Pero lo que importa es que no les entrego a Ana para que la despe-llejen. ¡Es tan simpática, tan agradable! ¿Qué va a hacer si todos se enamoran de ella y la siguen como sombras?

–Yo no me proponía atacarla –se defendió la amiga de Ana.

–Si usted no tiene sombras que la sigan, eso no le da derecho a criticar a los demás.

Y tras esta lección a la amiga de Ana, la princesa Miágkaya se levantó y se dirigió al grupo próximo a la mesa donde estaba la embajadora.

La conversación allí giraba en aquel momento en torno al rey de Prusia.

–¿A quién estaban criticando? –preguntó Betsy.

–A los Karenin. La Princesa ha hecho una definición de Alexey Alejandrovich muy característica –dijo la embajadora sonriendo.

Y se sentó a la mesa.

–Siento no haberles oído –repuso la dueña de la casa, mirando a la puerta–. ¡Vaya: al fin ha venido usted! dijo dirigiéndose a Vronsky, que llegaba en aquel momento.

Vronsky no sólo conocía a todos los presentes, sino que incluso los veía a diario. Por eso entró con toda naturalidad, como cuando se penetra en un sitio donde hay personas de las cuales se ha despedido uno un momento antes.

–¿Qué de dónde vengo? –contestó a la pregunta de la embajadora–––. ¡Qué hacer!

No hay más remedio que confesar que llego de la ópera bufa. Cien veces he estado allí y siempre vuelvo con placer. Es una maravilla.

Sé que es una vergüenza, pero en la ópera me duermo y en la ópera bufa estoy hasta el último momento muy a gusto... Hoy...

Mencionó a la artista francesa a iba a contar algo referente a ella, pero la mujer del embajador le interrumpió con cómico espanto.

–¡Por Dios, no nos cuente horrores!

–Bien; me callo, tanto más cuanto que todos los conocen.

–Y todos hubieran ido allí si fuese una cosa tan admitida como ir a la ópera –afirmó la princesa Miágkaya.

VII

Se oyeron pasos cerca de la puerta de entrada. Betsy, reconociendo a la Karenina, mi-ró a Vronsky.

El dirigió la vista a la puerta y en su rostro se dibujó una expresión extraña, nueva. Miró fijamente, con alegría y timidez, a la que entraba. Luego se levantó con lentitud.

Ana entró en el salón muy erguida, como siempre, y, sin mirar a los lados, con el paso rápido, firme y ligero que la distinguía de las otras damas del gran mundo, recorrió la distancia que la separaba de la dueña de la ca-sa.

Estrechó la mano a Betsy, sonrió y al sonreír volvió la cabeza hacia Vronsky, quien la saludó en voz muy baja y le ofreció una silla.

Ella contestó con una simple inclinación de cabeza, ruborizándose y arrugando el entrecejo. Luego, estrechando las manos que se le tendían y saludando con la cabeza a los conocidos, se dirigió a la dueña.

–Estuve en casa de la condesa Lidia. Me proponía venir más temprano, pero me quedé allí más tiempo del que quería. Estaba sir John. Es un hombre muy interesante...

–¡Ah, el misionero!

–Contaba cosas interesantísimas sobre la vida de los pieles rojas.

La conversación, interrumpida por la llegada de Ana, renacía otra vez como la llama al soplo del viento.

–¡Sir John! Sí, sir John. Le he visto. Habla muy bien. La Vlasieva está enamorada de él.

–¿Es cierto que la Vlasieva joven se casa con Topar?

–Sí. Dicen que es cosa decidida.

–Me parece extraño por parte de sus padres, pues según las gentes es un matrimonio por amor.

–¿Por amor? ¡Tiene usted ideas antedilu-vianas! ¿Quién se casa hoy por amor? –dijo la embajadora.

–¿Qué vamos a hacerle? Esta antigua costumbre, por estúpida que sea, sigue aún de moda –repuso Vronsky.

–Peor para los que la siguen... Los únicos matrimonios felices que yo conozco son los de conveniencia.

–Sí; pero la felicidad de los matrimonios de conveniencia queda muchas veces desva-necida como el polvo, precisamente porque aparece esta pasión en la cual no creían –replicó Vronsky.

–Nosotros llamamos matrimonios de conveniencia a aquellos que se celebran cuando el marido y la mujer están ya cansados de la vida. Es como la escarlatina, que todos deben pasar por ella.

–Entonces hay que aprender a hacerse una inoculación artificial de amor, una especie de vacuna...

–Yo, de joven, estuve enamorada del sacristán –dijo la Miágkaya–. No sé si eso me sería útil.

–Bromas aparte, creo que, para conocer bien el amor, hay que equivocarse primero y corregir después la equivocación ––dijo la princesa Betsy.

–¿Incluso después del matrimonio? –

preguntó la esposa del embajador con un ligero tono de burla.

–Nunca es tarde para arrepentirse –alegó el diplomático recordando el proverbio inglés.

–Precisamente –afirmó Betsy– es así como hay que equivocarse para corregir la equivocación. ¿Qué opina usted de eso? –preguntó a Ana, que con leve pero serena sonrisa escuchaba la conversación.

–Yo pienso –dijo Ana, jugueteando con uno de sus guantes que se había quitado–, yo pienso que hay tantos cerebros como cabezas y tantas clases de amor como corazones.

Vronsky miraba a Ana, esperando sus palabras con el pecho oprimido. Cuando ella hubo hablado, respiró, como si hubiese pasado un gran peligro.

Ana, de improviso, se dirigió a él:

–He recibido carta de Moscú. Me dicen que Kitty Scherbazkv está seriamente enferma.

–¿Es posible? –murmuró Vronsky frunciendo las cejas.

Ana le miró con gravedad.

–¿No le interesa la noticia?

–Al contrario, me interesa mucho. ¿Puedo saber concretamemente lo que le dicen? –

preguntó él.

Ana, levantándose, se acercó a Betsy.

–Déme una taza de té –dijo, parándose tras su silla.

Mientras Betsy vertía el té, Vronsky se acercó a Ana.

–¿Qué le dicen? –repitió.

–Yo creo que los hombres no saben lo que es nobleza, aunque siempre están hablando de ello –comentó Ana sin contestarle–. Hace tiempo que quería decirle esto –añadió.

Y, dando unos pasos, se sentó ante una mesa llena de álbumes que había en un rincón.

–No comprendo bien lo que quieren decir sus palabras –dijo Vronsky, ofreciéndole la taza.

Ella miró el diván que había a su lado y Vronsky se sentó en él inmediatamente.

–Quería decirle –continuó ella sin mirarle–

que ha obrado usted mal, muy mal.

–¿Y cree usted que no sé que he obrado mal? Pero ¿cuál ha sido la causa de que haya obrado de esta manera?

–¿Por qué me dice eso? –repuso Ana mi-rándole con severidad.

–Usted sabe por qué –contestó él, atrevido y alegre, encontrando la mirada de Ana y sin apartar la suya.

No fue él sino ella la confundida.

–Eso demuestra que usted no tiene corazón –dijo Ana.

Pero la expresión de sus ojos daba a entender que sabía bien que él tenía corazón y que precisamente por ello le temía.

–Eso a que usted aludía hace un momento era una equivocación, no era amor.

–Recuerde que le he prohibido pronunciar esta palabra, esta repugnante palabra –dijo Ana, estremeciéndose imperceptiblemente, Pero comprendió en seguida que con la palabra «prohibido» daba a entender que se reconocía con ciertos derechos sobre él y que, por lo mismo, le animaba a hablarle de amor.

Ana continuó mirándole fijamente a los ojos, con el rostro encendido por la animación:

–Hoy he venido aquí expresamente, sabiendo que le encontraría, para decirle que esto debe terminar. Jamás he tenido que ru-borizarme ante nadie y ahora usted me hace sentirme culpable, no sé de qué...

Él la miraba, sorprendido ante la nueva y espiritual belleza de su rostro.

–¿Qué desea usted que haga? –preguntó, con sencillez y gravedad.

–Que se vaya a Moscú y pida perdón a Kitty –dijo Ana.

–No desea usted eso.

Vronsky comprendía que Ana le estaba diciendo lo que consideraba su deber y no lo que ella deseaba que hiciera.

Si me ama usted como dice –murmuró ella–, hágalo para mi tranquilidad.

El rostro de Vronsky resplandeció de alegría.

–Ya sabe que usted significa para mí la vi-da; pero no puedo darle la tranquilidad, porque yo mismo no la tengo. Me entrego a usted entero, le doy todo mi amor, eso sí... No puedo pensar por separado en usted y en mí; a mis ojos los dos somos uno. De aquí en adelante, no veo tranquilidad posible para usted ni para mí. Sólo posibilidades de desesperación y desgracia... o de felicidad. ¡Y

de qué felicidad! ¿No es posible esa felicidad?

–preguntó él con un simple movimiento de los labios.

Pero ella le entendió.

Reunió todas las fuerzas de su espíritu pa-ra contestarle como debía, pero en lugar de ello posó sobre él, en silencio, una mirada de amor.

«¡Oh! –pensaba él, delirante–. En el momento en que yo desesperaba, en que creía no llegar nunca al fin... se produce lo que tanto anhelaba. Ella me ama, me lo confiesa...»

–Bien, hágalo por mí. No me hable más de ese modo y sigamos siendo buenos amigos –

murmuró Ana.

Pero su mirada decía lo contrario.

–No podemos ser sólo amigos, esto lo sa-be y muy bien. En su mano está que seamos los más dichosos o los más

desgraciados del mundo.

Ella iba a contestar, mas Vronsky la interrumpió:

–Una sola cosa le pido: que me dé el derecho de esperar y sufrir como hasta ahora. Si ni aun eso es posible, ordéneme desaparecer y desapareceré. Si mi presencia la hace sufrir, no me verá usted más.

–No deseo que se vaya usted.

–Entonces no cambie las cosas en nada.

Déjelo todo como está –dijo él, con voz tré-

mula–. ¡Ah, allí viene su marido!

Efectivamente, Alexey Alejandrovich entraba en aquel momento en el salón con su paso torpe y calmoso.

Después de dirigir una mirada a su mujer y a Vronsky, se acercó a la dueña de la casa y, una vez ante su taza de té, comenzó a hablar con su voz lenta y clara, en su tono irónico habitual, con el que parecía burlarse de alguien:

–Vuestro Rambouillet está completo –dijo mirando a los concurrentes–. Se hallan presentes las Gracias y las Musas.

La condesa Betsy no podía soportar aquel tono tan sneering, como ella decía; y, como corresponde a una prudente dueña de casa, le hizo entrar en seguida en una conversación seria referente al servicio militar obligatorio.

Alexey Alejandrovich se interesó en la conversación inmediatamente y comenzó, en serio, a defender la nueva ley que la princesa Betsy criticaba.

Ana y Vronsky seguían sentados junto a la mesita del rincón.

–Esto empieza ya a pasar de lo conveniente –dijo una señora, mostrando con los ojos a la Karenina, su marido y Vronsky.

–¿Qué decía yo? –repuso la amiga de Ana.

No sólo aquellas señoras, sino casi todos los que estaban en el salón, incluso la princesa Miágkaya y la misma Betsy, miraban a la pareja, separada del círculo de los demás, como si la sociedad de ellos les estorbase.

El único que no miró ni una vez en aquella dirección fue Alexey Alejandrovich, atento a la interesante conversación, de la que no se distrajo un momento.

Observando la desagradable impresión que aquello producía a todos, Betsy se las ingenió para que otra persona la sustituyese en el puesto de oyente de Alexey Alejandrovich y se acercó a Ana.

–Cada vez me asombran más la claridad y precisión de las palabras de su marido –dijo Betsy–. Las ideas más abstractas se hacen claras para mí cuando él las expone.

–¡Oh, sí! –dijo Ana con una sonrisa de felicidad, sin entender nada de lo que Betsy le decía.

Y, acercándose a la mesa, participó en la conversación general.

Alexey Alejandrovich, tras media hora de estar allí, se acercó a su mujer y le propuso volver juntos a casa.

Ella, sin mirarle, contestó que se quedaba a cenar. Alexey Alejandrovich saludó y se fue.

El cochero de la Karenina, un tártaro grueso y entrado en años, vestido con un brillante abrigo de cuero, sujetaba con dificultad a uno de los caballos, de color gris, que iba enganchado al lado izquierdo y se encabritaba por el frío y la larga espera ante las puertas de Betsy.

El lacayo abrió la portezuela del coche. El portero esperaba, con la puerta principal abierta.

Ana Arkadievna, con su ágil manecita, de-sengachaba los encajes de su manga de los corchetes del abrigo y escuchaba animadamente, con la cabeza inclinada, las palabras de Vronsky, que salía acompañándola.

–Supongamos que usted no me ha dicho nada –decía él–. Yo, por otra parte, tampoco pido nada, pero usted sabe que no es amistad lo que necesito. La única felicidad posible para mí en la vida está en esta palabra que no quiere usted oír: en el amor.

–El amor –repitió ella lentamente, con voz profunda.

Y al desenganchar los encajes de la manga, añadió:

–Si rechazo esa palabra es precisamente porque significa para mí mucho más de cuanto usted puede imaginar –y, mirándole a la cara, concluyó–: ¡Hasta la vista!

Le dio la mano y, andando con su paso rá-

pido y elástico, pasó ante el portero y desapareció en el coche.

Su mirada y el contacto de su mano arre-bataron a Vronsky. Besó la palma de su propia mano en el sitio que Ana había tocado y marchó a su casa feliz comprendiendo que aquella

noche se había acercado más a su objetivo que en el curso de los dos meses anteriores.

VIII

Alexey Alejandrovich no encontró nada de extraño ni de inconveniente en que su mujer estuviese sentada con Vronsky ante una mesita apartada manteniendo una animada conversación. Pero observó que a los otros invitados sí les había parecido extraño tal hecho y hasta incorrecto, y por ello, se lo pareció también a él. En consecuencia, Alexey Alejandrovich resolvió hablar de ello a su mujer.

De vuelta a casa, Alexey Alejandrovich pa-só a su despacho, como de costumbre, se sentó en su butaca, tomó un libro sobre el Papado, que dejara antes allí, y empuñó la plegadera.

Estuvo leyendo hasta la una de la noche, como acostumbraba, más de vez en cuando se pasaba la mano por su amplia frente y sacudía la cabeza como para apartar un pensamiento.

Ana no había vuelto aún. Él, con el libro bajo el brazo, subió a las habitaciones del pi-so superior.

Aquella noche no le embargaban pensamientos y preocupaciones del servicio, sino que sus ideas giraban en tomo a su mujer y al incidente desagradable que le había sucedido. En vez de acostarse como acostumbraba, comenzó a pasear por las habitaciones con las manos a la espalda, pues le resultaba imposible ir al lecho antes de pensar detenidamente en aquella nueva circunstancia.

En el primer momento, Alexey Alejandrovich encontró fácil y natural hacer aquella observación a su mujer, pero ahora,

reflexionando en ello, le pareció que aquel incidente era de una naturaleza harto enojosa.

Alexey Alejandrovich no era celoso. Opinaba que los celos ofenden a la esposa y que es deber del esposo tener confianza en ella. El porqué de que debiera tener confianza, el motivo de que pudiera creer que su joven esposa le había de amar siempre, no se lo preguntaba, pero el caso era que no sentía desconfianza. Al contrario: confiaba y se decía que así tenía que ser.

Mas ahora, aunque sus opiniones de que los celos son un sentimiento despreciable y que es necesario confiar no se hubieran que-brantado, sentía, con todo, que se hallaba ante algo contrario a la lógica, absurdo, ante lo que no sabía cómo reaccionar. Se veía cara a cara con la vida, afrontaba la posibilidad de que su mujer pudiese amar a otro y el hecho le parecía absurdo a incomprensible, porque era la vida misma. Había pasado su existencia moviéndose en el ambiente de su trabajo oficial: es decir, que sólo había tenido que ocuparse de los reflejos de la vida. Pero cada vez que se hallaba con ésta tal como es, Alexey Alejandrovich se apartaba de ella.

Ahora experimentaba la sensación del hombre que, pasando con toda tranquilidad por un puente sobre un precipicio, observara de pronto que el puente estaba a punto de hundirse y el abismo se abría bajo sus pies.

El abismo era la misma vida, y el puente, la existencia artificial que él llevaba.

Pensaba, pues, por primera vez en la posibilidad de que su mujer amase a otro y este pensamiento le horrorizó.

Seguía sin desnudarse, paseando de un lado a otro con su paso igual, ora a lo largo del crujiente entablado del

comedor alumbrado con una sola lámpara, ora sobre la alfombra del oscuro salón, en el que la luz se reflejaba únicamente sobre un retrato suyo muy reciente que se hallaba colgado sobre el di-ván. Paseaba también por el gabinete de Ana, donde había dos velas encendidas iluminando los retratos de la familia y de algunas amigas de su mujer y las elegantes chucherías de la mesa-escritorio de Ana que le eran tan conocidas.

A través del gabinete de su mujer, se acercaba a veces hasta la puerta del dormitorio y después volvía sobre sus pasos para continuar el paseo.

En ocasiones se detenía –casi siempre en el claro entablado del comedor– y se decía:

«Sí; es preciso resolver esto y acabar. De-bo explicarle mi modo de entender las cosas y mi decisión».

«Pero, ¿cuál es mi decisión? ¿Qué voy a decirle?» , se preguntaba reanudando otra vez su paseo, al llegar al salón, y no hallaba respuesta.

«A fin de cuentas», volvía a repetirse antes de regresar a su despacho, «a fin de cuentas, ¿qué ha sucedido? Nada. Ella habló con él largo rato. ¿Pero qué tiene eso de particular, qué?

No hay nada de extraordinario en que una mujer hable con todos... Por otra parte, tener celos significa rebajarla y rebajarme» , concluía al llegar al gabinete de Ana.

Más semejante reflexión, generalmente de tanto peso para él, al presente carecía de valor, no significaba nada.

Y desde la puerta de la alcoba volvía a la sala, y apenas entraba en su oscuro recinto una voz interna le decía que

aquello no era así, y que si los otros habían observado algo era señal de que algo existía.

Y, ya en el comedor, se decía de nuevo:

«Sí, hay que decidirse y terminar esto; debo decirle lo que pienso de ello». Mas en el salón, antes de dar la vuelta, se preguntaba:

«Decidirse sí, pero ¿en qué sentido?». Y al interrogarse: «Al fin y al cabo, ¿qué ha sucedido?» , se contestaba: «Nada», recordando una vez más que los celos son un sentimiento ofensivo para la esposa.

Pero al llegar al salón volvía a tener la certeza de que algo había sucedido, y sus pasos y sus pensamientos cambiaban de dirección sin por ello encontrar nada nuevo.

Alexey Alejandrovich lo advirtió, se frotó la frente y se sentó en el gabinete de Ana.

Allí, mientras miraba la mesa, con la carpeta de malaquita en la que había una nota a medio escribir, sus pensandentos se modificaron de repente. Comenzó a pensar en Ana, en lo que podría sentir y pensar.

Por primera vez imaginó la vida personal de su mujer, lo que pensaba, lo que sentía...

La idea de que ella debía tener una vida propia le pareció tan terrible que se apresuró a apartarla de sí. Temía contemplar aquel abismo. Trasladarse en espíritu y sentimiento a la intimidad de otro ser era una operación psicológica completamente ajena a Alexey Alejandrovich, que consideraba como una peligrosa fantasía tal acto mental.

«Y lo terrible es que precisamente ahora, cuando toca a su realización mi asunto», pensaba, refiriéndose al proyecto que estaba llevando a cabo, «es decir, cuando necesitaría toda la serenidad de espíritu y todas mis energías morales, precisamente ahora me cae encima esta preocupación. Pero ¿qué puedo hacer? Yo no soy de los que sufren contrariedades y disgustos sin osar mirarlos cara a cara».

«Debo pensarlo bien, resolver algo y librarme en absoluto de esta preocupación», pronunció en voz alta.

«Sus sentimientos y lo que pasa o pueda pasar en su alma no me incumben. Eso es cuestión de su conciencia y materia de la religión más que mía», se dijo, aliviado con la idea de que había encontrado una ley que aplicar a las circunstancias que acababan de producirse.

«De modo», siguió diciéndose, «que las cuestiones de sus sentimientos corresponden a su conciencia y no tienen por qué interesarme. Mi obligación se presenta clara: como jefe de familia tengo el deber de orientarla y soy, pues, en cierto modo, responsable de cuanto pueda suceder. Por tanto, debo advertir a Ana el peligro que veo, amonestarla y, en caso necesario, imponer mi autoridad. Sí, debo explicarle todo esto».

Y en el cerebro de Karenin se formó un plan muy claro de lo que debía decir a su mujer. Al pensar en ello consideró, sin embargo, que era muy lamentable tener que emplear su tiempo y sus energías espirituales en asuntos domésticos y de un modo que no había de granjearle renombre alguno.

Mas, fuere como fuere, en su cerebro se presentaba clara como en un memorial la forma y sucesión de lo que había de decir:

«Debo hablarle así: primero le explicaré la importancia que tienen la opinión ajena y las conveniencias sociales; en segundo lugar le hablaré de la significación religiosa del matrimonio; en tercer término, si es necesario, le mencionaré la desgracia que puede atraer sobre su hijo; y en cuarto lugar le indicaré la posibilidad de su propia desgracia».

Alexey Alejandrovich, intercalando los dedos de una mano con los de la otra y dando un tirón, hizo crujir las articulaciones.

Este ademán, aquella mala costumbre de unir las manos y hacer crujir los dedos, le calmaba, le devolvía el dominio de sí mismo que tan necesario le era en momentos como los presentes.

Próximo al portal, se sintió el ruido de un coche. Alexey Alejandrovich se detuvo en medio del salón.

Se oyeron pasos femeninos subiendo la escalera. Ya preparado para su discurso, Alexey Alejandrovich se apretaba los dedos, probando para ver si crujían en algún punto, hasta que, en efecto, le crujió una articulación.

Al percibir el ruido ya cercano de los ligeros pasos de Ana, Alexey Alejandrovich, aunque muy satisfecho del discurso que meditara, experimentó terror pensando en la explicación que le iba a dar a ella.

IX

Ana entró con la cabeza inclinada y jugueteando con las borlas de su baslik.

Su rostro resplandecía, pero no de felicidad; la luz que le iluminaba recordaba más bien el siniestro resplandor de un

incendio en una noche oscura.

Al ver a su marido, levantó la cabeza y sonrió, como despertando de un sueño.

–¿No estás acostado aún? ¡Qué milagro!

Se quitó la capucha y, sin volver la cabeza, se encaminó al tocador.

–Es hora de acostarse, Alexey Alejandrovich; es tarde ya –dijo desde la puerta.

–Tengo que hablarte, Ana.

–¿Hablarme? ––dijo ella extrañada.

Y saliendo del tocador, le miró.

–¿De qué se trata? –preguntó, sentándose–. Hablemos, si es preciso. Pero deberíamos irnos ya a dormir.

Ana decía lo primero que le venía a los labios y ella misma se extrañaba, al escuchar-se, de oírse mentir con tanta familiaridad, de comprobar lo sencillas y naturales que parecían sus palabras y de la espontaneidad que aparentemente existía en el deseo que expresara de dormir.

Se sentía revestida de una impenetrable coraza de falsedad y le parecía que una fuerza invisible la sostenía y ayudaba.

–Debo advertirte, Ana...

–¿Advertirme qué?

Le miraba con tanta naturalidad, con una expresión tan jovial, que quien no la hubiera conocido como su esposo no

habría podido observar fingimiento alguno, ni en el sonido ni en la expresión de sus palabras.

Pero él la conocía, sabía que cuando se iba a dormir cinco minutos más tarde que de costumbre, Ana reparaba en ello y le preguntaba la causa. No ignoraba tampoco que su esposa le contaba siempre sus penas y sus alegrías.

Por eso, el hecho de que esta noche no quisiera reparar en su estado de ánimo, ni contarle era para él altamente significativo.

Comprendía que la profundidad de aquel al-ma, antes abierta siempre para él, se había cerrado de repente.

Observaba, por otra parte, que ella no se sentía molesta ni cohibida ante aquel hecho, antes lo manifestaba abiertamente, como si su alma debiera estar cerrada y fuese conveniente que ello ocurriera y debiera seguir ocurriendo en lo sucesivo. Y él experimentaba la impresión de un hombre que, regresando a su casa, se encontrase con la puerta cerrada.

«Quizá encontremos todavía la llave», pensaba Alexey Alejandrovich.

–Quiero advertirte, Ana –le dijo en voz ba-ja– que con tu imprudencia y ligereza puedes dar motivo a que la gente murmure de ti. Tu conversación de hoy con el príncipe Vronsky (pronunció este nombre lentamente y con firmeza) fue tan indiscreta que llamó la atención general.

Y mientras hablaba miraba a Ana, a los ojos, y los ojos de su esposa le parecían ahora terribles por lo impenetrables, y comprendía la inutilidad de sus palabras.

–Siempre serás el mismo –respondió ella, fingiendo no comprender sino las últimas palabras de su marido–. Unas veces te agrada que esté alegre, otras te molesta que lo esté... Hoy no estaba aburrida. ¿Acaso te ofende eso?

Alexey Alejandrovich se estremeció y se apretó las manos intentando hacer crujir las articulaciones.

–¡Por favor, no hagas eso con los dedos!

Ya sabes que me desagrada.

–Ana, ¿eres tú? –le preguntó Alexey Alejandrovich en voz baja; esforzándose suavemente en dominarse y contener el movimiento de sus manos.

–Pero, en fin, ¿qué significa todo eso? –

dijo ella con sorpresa a la vez cómica y sincera–. Habla, ¿qué quieres?

Alexey Alejandrovich calló. Se pasó la ma-no por la frente y los ojos. En lugar de por el motivo por el que se proponía advertir a su mujer de su falta a los ojos del mundo, se sentía inquieto precisamente por lo que se refería a la conciencia de ella y le parecía co-mo si se estrellara contra un muro erigido por él.

–Lo que quiero decirte es esto –continuó, imperturbable y frío–, y ahora te ruego que me escuches. Como sabes, opino que los celos son un sentimiento ofensivo y humillante y jamás me permitiré dejarme llevar de ese sentimiento. Pero existen ciertas leyes, ciertas conveniencias, que no se pueden rebasar impunemente. Hoy, y a juzgar por la impresión que has producido –no fui yo solo en advertirlo, fue todo el mundo–, no te compor-taste como debías.

–No comprendo absolutamente nada –

contestó Ana encogiéndose de hombros.

«A él le tiene sin cuidado» , se decía. «Pe-ro lo que le inquieta es que la gente lo haya notado.»

Y añadió en voz alta:

–Me parece que no estás bien, Alexey Alejandrovich.

Y se levantó como para salir de la habitación, mas él se adelantó, proponiéndose, al parecer, detenerla.

El rostro de Alexis Alejandrovich era severo y de una fealdad como Ana no recordaba haberle visto nunca.

Ella se detuvo y, echando la cabeza hacia atrás, comenzó a quitarse, con mano ligera, las horquillas.

–Muy bien, ya dirás lo que quieres –dijo tranquilamente, en tono irónico–. Incluso te escucho con interés, porque deseo saber de qué se trata.

Al hablar, ella misma se sorprendía del to-no tranquilo y natural con que brotaban de sus labios las palabras.

–No tengo derecho, y considero incluso in-

útil y perjudicial el entrar en pormenores sobre tus sentimientos –comenzó Alexey Alejandrovich–. A veces, removiendo en el fondo del alma sacamos a flote lo que pudiera muy bien haber continuado allí. Tus sentimientos son cosa de tu conciencia; pero ante ti, ante mí y ante Dios tengo la obligación de indi-carte tus deberes. Nuestras vidas están unidas no por los hombres, sino por Dios. Y este

vínculo sólo puede ser roto mediante un crimen y un crimen de esa índole lleva siempre aparejado el castigo.

–¡No comprendo nada! ¡Y con el sueño que tengo hoy, Dios mío! –dijo ella, hablando muy deprisa, mientras buscaba con la mano las horquillas que aún quedaban entre sus cabellos.

–Por Dios, Ana, no hables así ––dijo él, con suavidad–. Tal vez me equivoque, pero créeme que lo que digo ahora lo digo tanto por mi bien como por el tuyo: soy tu marido y te quiero.

Ana bajó la cabeza por un instante y el destello irónico de su mirada se extinguió.

Pero las palabras «te quiero» volvieron a irritarla.

–«¿Me ama?», pensó. «¿Acaso es capaz de amar? Si no hubiera oído decir que existe el amor, jamás habría empleado tal palabra, porque ni siquiera sabe qué es amor.»

–Alexey Alejandrovich, la verdad es que no te comprendo –le dijo ella en voz alta–.

¿Quieres decirme claramente lo que encuentras de...?

–Perdón; déjame terminar. Te quiero, sí; pero no se trata de mí. Los personajes principales en este asunto son ahora nuestro hijo y tú misma... Quizá, lo repito, te parecerán in-

útiles mis palabras o inoportunas; quizá se deban a una equivocación mía. En ese caso, te ruego que me perdones. Pero si tú reconoces que tienen algún fundamento, te suplico que pienses en ello y me digas lo que te dicte el corazón...

Sin darse cuenta, hablaba a su mujer en un sentido completamente distinto del que se había propuesto.

–No tengo nada que decirte. Y además –

dijo Ana, muy deprisa, reprimiendo a duras penas una sonrisa–, creo que es hora ya de irse a acostar.

Alexey Alejandrovich suspiró y sin hablar más se dirigió hacia su dormitorio.

Cuando Ana entró a su vez, su marido estaba ya acostado. Tenía muy apretados los labios y sus ojos no la miraban. Ella se acostó esperando a cada instante que él le diría todavía algo. Lo temía y lo deseaba a la vez.

Pero su marido callaba. Ana permaneció in-móvil largo rato y después se olvidó de él.

Ahora veía otro hombre ante sí y, al pensar en él, su corazón se henchía de emoción y de culpable alegría.

De pronto sintió un suave ronquido nasal, rítmico y tranquilo. Al principio pareció como si el mismo Alexey Alejandrovich se asustase de su ronquido y se detuvo. Los dos con-tuvieron la respiración. Él respiró dos veces casi sin ruido, para dejar oír nuevamente el ronquido rítmico y reposado de antes.

«Claro», pensó ella con una sonrisa. «Es muy tarde ya...»

Permaneció largo rato inmóvil, con los ojos muy abiertos, cuyo resplandor le parecía ver en la oscuridad.

X

Una vida nueva empezó desde entonces para Alexey Alejandrovich y su mujer.

No es que pasara nada extraordinario. Ana frecuentaba, como siempre, el gran mundo, visitando mucho a la princesa Betsy y encontrándose con Vronsky en todas partes.

Alexey Alejandrovich reparaba en ello, pe-ro no podía hacer nada. A todos sus intentos de provocar una explicación entre los dos, Ana oponía, como un muro impenetrable, una alegre extrañeza.

Exteriormente todo seguía igual, pero las relaciones íntimas entre los esposos experimentaron un cambio radical. Alexey Alejandrovich, tan enérgico en los asuntos del Estado, se sentía impotente en este caso. Como un buey, que abate sumiso la cabeza, esperaba el golpe del hacha que adivinaba suspendida sobre él.

Cada vez que pensaba en ello se decía que cabía probar, una vez más, que restaba la esperanza de salvar a Ana con bondad, persuasión y dulzura, haciéndole comprender la realidad, y cada día se preparaba para hablar con ella, pero al ir a empezar sentía que aquel espíritu de falsedad y de mal que pose-

ía a Ana se apoderaba también de él, y entonces le hablaba no de lo que quería decirle ni de lo que debía hacerse, sino con su tono habitual, con el que parecía burlarse de su interlocutor. Y en este tono era imposible decirle lo que deseaba.

XI

Aquello que constituía el deseo único de la vida de Vronsky desde un año a aquella parte, su ilusión dorada, su felicidad,

su anhelo considerado imposible y peligroso –y por ello más atrayente–, aquel deseo, acababa de ser satisfecho.

Vronsky, pálido, con la mandíbula inferior temblorosa, permanecía de pie ante Ana y le rogaba que se calmase, sin que él mismo pudiera decir cómo ni por qué medio,

–¡Ana, Ana, por Dios! –decía con voz tré-

mula.

Pero cuanto más alzaba él la voz, más re-clinaba ella la cabeza, antes tan orgullosa y alegre y ahora avergonzada, y resbalaba del diván donde estaba sentada, deslizándose hasta el suelo, a los pies de Vronsky, y habría caído en la alfombra si él no la hubiese sostenido.

–¡Perdóname, perdóname! –decía Ana, sollozando, y oprimiendo la mano de él contra su pecho.

Sentíase tan culpable y criminal que no le quedaba ya más que humillarse ante él y pedirle perdón y sollozar.

Ya no tenía en la vida a nadie sino a él, y por eso era a él a quien se dirigía para que la perdonase. Al mirarle sentía su humillación de un modo físico y no encontraba fuerzas para decir nada más.

Vronsky, contemplándola, experimentaba lo que puede experimentar un asesino al contemplar el cuerpo exánime de su víctima.

Aquel cuerpo, al que había quitado la vida, era su amor, el amor de la primera época en que se conocieran.

Había algo de terrible y repugnante en recordar el precio de vergüenza que habían pagado por aquellos momentos. La

vergüenza de su desnudez moral oprimía a Ana y se contagiaba a Vronsky. Mas en todo caso, por mucho que sea el horror del asesino ante el cadáver de su víctima, lo que más urge es despedazarlo, ocultarlo y aprovecharse del beneficio que pueda reportar el crimen.

De la misma manera que el asesino se lanza sobre su víctima, la arrastra, la destroza con ferocidad, se diría casi con pasión, así también Vronsky cubría de besos el rostro y los hombros de Ana. Ella apretaba la mano de él entre las suyas y no se movía. Aquellos besos eran el pago de la vergüenza. Y aquella mano, que siempre sería suya, era la mano de su cómplice...

Ana levantó aquella mano y la besó. Él, arrodillándose, trató de mirarla a la cara, pe-ro ella la ocultaba y permanecía silenciosa. Al fin, haciendo un esfuerzo, luchando consigo misma, se levantó y le apartó suavemente.

Su rostro era tan bello como siempre y, por ello, inspiraba aún más compasión...

–Todo ha terminado para mí –dijo ella–.

Nada me queda sino tú. Recuérdalo.

–No puedo dejar de recordar lo que es mi vida. Por un instante de esta felicidad...

–¿De qué felicidad hablas? –repuso ella, con tal repugnancia y horror que hasta él sintió que se le comunicaba–. Ni una palabra más, por Dios, ni una palabra...

Se levantó rápidamente y se apartó.

–¡Ni una palabra más! –volvió a decir.

Y con una expresión fría y desesperada, que hacía su semblante incomprensible para Vronsky, se despidió de él.

Ana tenía la impresión de que en aquel momento no podía expresar con palabras sus sentimientos de vergüenza, de alegría y de horror ante la nueva vida que comenzaba. Y

no quería, por lo tanto, hablar de ello, no quería rebajar aquel sentimiento empleando palabras vagas. Pero después, ya transcurridos dos o tres días, no sólo no halló palabras con que expresar lo complejo de sus sentimientos, sino que ni siquiera encontraba pensamientos con que poder reflexionar sobre lo que pasaba en su alma.

Se decía:

«No, ahora no puedo pensar en esto. Lo dejaré para más adelante, cuando me encuentre más tranquila».

Pero aquel momento de tranquilidad que había de permitirle reflexionar no llegaba nunca.

Cada vez que pensaba en lo que había hecho, en lo que sería de ella y en lo que de-bía hacer, el horror se apoderaba de Ana y procuraba alejar aquellas ideas.

«Después, después» , se repetía. «Cuando me encuentre más tranquila.»

Pero en sueños, cuando ya no era dueña de sus ideas, su situación aparecía ante ella en toda su horrible desnudez. Soñaba casi todas las noches que los dos eran esposos suyos y que los dos le prodigaban sus caricias. Alexey Alejandrovich lloraba, besaba sus manos y decía:

–¡Qué felices somos ahora!

Alexey Vronsky estaba asimismo presente y era también marido suyo. Y ella se asom-braba de que fuese un hecho lo que antes parecía imposible y comentaba, riendo, que aquello era muy fácil y que así todos se sentían contentos y felices.

Pero este sueño la oprimía como una pesadilla y despertaba siempre horrorizada.

XII

En los primeros días que siguieron a su regreso de Moscú, Levin se estremecía y se ruborizaba cada vez que recordaba la vergüen-za de haber sido rechazado por Kitty, y se decía:

«También me puse rojo y me estremecí y me consideré perdido cuando me suspendie-ron en Física, y también cuando eché a perder aquel asunto que mi hermana me confiara... ¿Y qué? Luego pasaron los años y al acordarme de aquellas cosas me asombra pensar que me disgustaran tanto. Con lo de ahora sucederá igual: pasarán los años y luego todo eso me producirá sólo indiferencia» .

Pero al cabo de tres meses, lejos de ser indiferente a aquel dolor, le afligía tanto co-mo el primer día.

No podía calmarse, porque hacía mucho tiempo que se ilusionaba pensando en el casamiento y considerándose en condiciones para formar un hogar. ¡Y sin embargo aún no estaba casado y el matrimonio se le aparecía más lejano que nunca!

Levin tenía la impresión, y con él todos los que le rodeaban, de que no era lógico que un hombre de su edad viviese solo. Recordaba que, poco antes de marchar a Moscú, había dicho a su vaquero Nicolás, hombre ingenuo con el que le gustaba charlar:

–¿Sabes que quiero casarme, Nicolás?

Y Nicolás le había contestado rápidamente, como sobre un asunto fuera de discusión:

–Ya es hora, Constantino Dmitrievich.

Pero el matrimonio estaba más lejos que nunca. El puesto que soñara ocupar junto a su futura esposa estaba ocupado y, cuando con la imaginación ponía en el lugar de Kitty a una de las jóvenes que conocía, comprendía la imposibilidad de reemplazarla en su corazón.

Además, el recuerdo de la negativa y del papel que hiciera entonces le colmaban de vergüenza. Por mucho que se repitiese que la culpa no era suya, este recuerdo, unido a otros semejantes, que también le avergonzaban, le hacían enrojecer y estremecerse.

Como todos los hombres, tenía en su pasado hechos que reconocía ser vergonzosos y de los cuales podía acusarle su conciencia.

Pero los recuerdos de sus actos reprensibles le atormentaban mucho menos que estos recuerdos sin importancia, pero abochornantes.

Estas heridas no se curan jamás.

A la vez que en estos recuerdos, pensaba siempre en la negativa de Kitty y en la lamentable situación en que debieron de verle todos los presentes en aquella velada.

No obstante, el tiempo y el trabajo hacían su obra y los recuerdos iban borrándose, eli-minados por los acontecimientos, invisibles para él, pero muy importantes de la vida del pueblo.

Así, a medida que pasaban los días se acordaba menos de Kitty. Esperaba con impaciencia la noticia de que ésta se hubiese casado o fuese a casarse en breve, confiando que, como la extracción de una muela, el mismo dolor de la noticia había de curarle.

Entre tanto llegó la primavera. Una primavera hermosa, definitiva, sin anticipos ni re-trocesos, una de esas pocas primaveras que alegran a la vez a los hombres, a los animales y a las plantas.

Aquella espléndida primavera animó a Levin, fortaleciéndole en su propósito de prescindir de todo lo pasado y organizar de modo firme a independiente su vida de solitario.

A pesar de que muchos de los planes con que había regresado al pueblo no se habían realizado, uno de ellos –la pureza de vida– lo había conseguido. No sentía la vergüenza que habitualmente se experimenta tras la caída y así podía mirar a la gente a la cara sin rubor.

En febrero había recibido carta de María Nikolaevna anunciándole que la salud de su hermano Nicolás empeoraba, pero que él no quería curarse. Al recibir la carta, Levin se dirigió a Moscú para ver a su hermano y convencerle de que consultara a un médico y fuera a hacer una cura de aguas en el extranjero. Acertó a convencer a Nicolás y hasta supo darle el dinero para el viaje sin que se irritara, con lo cual Levin quedó muy satisfecho de sí mismo.

Además de la administración de las propiedades, lo que exige mucho tiempo en primavera, y además de la lectura, aún le quedó tiempo para empezar a escribir en invierno una obra sobre economía rural.

La base de la obra consistía en afirmar que el obrero, en la economía agraria, debía ser considerado como un valor absoluto, al igual que el clima y la tierra, de modo que los principios de la economía rural debían deducirse no sólo de los factores de clima y terreno, sino también en cierto sentido del carácter del obrero.

Así que, pese a su soledad, o quizá como consecuencia de ella; la vida de Levin estaba muy ocupada.

Rara vez experimentaba la necesidad de transmitir los pensamientos que henchían su cerebro a alguien que no fuera Agafia Mijailovna, con quien tenía frecuentes ocasiones de tratar sobre física, economía agraria y, más que nada, sobre filosofia, ya que la filosofía constituía la materia predilecta de la anciana.

La primavera tardó bastante en llegar. Durante las últimas semanas de Cuaresma, el tiempo era sereno y frío. Por el día los rayos solares provocaban el deshielo, pero por las noches el frío llegaba a siete grados bajo ce-ro. La tierra, pues, estaba tan helada que los vehículos podían andar sin seguir los caminos. Hubo nieve los días de Pascua. Pero el segundo de la semana pascual sopló un viento cálido, se encapotó el cielo y durante tres días y tres noches cayó una lluvia tibia y ru-morosa.

El jueves el viento se calmó y sobrevino una niebla densa y gris, como para ocultar el misterio de las transformaciones que se ope-raban en la naturaleza.

Al amparo de la niebla se deslizaron las aguas, crujieron y se quebraron los hielos, aumentaron la rapidez de su curso los arroyos turbios y cubiertos de espuma, y ya en la Krasnaya Gorka se disipó la niebla por la tarde, las grandes nubes se deshicieron en nubecillas en forma de vellones blancos, el tiempo se aclaró y llegó la auténtica primavera.

Al salir el sol matinal, fundió rápidamente el hielo que flotaba sobre las aguas y el aire tibio se impregnó con las emanaciones de la tierra vivificada. Reverdeció la hierba vieja y brotó en pequeñas lenguas la joven; se hincharon los capullos del viburno y de la grose-lla y florecieron los álamos blancos, mientras sobre las ramas llenas de sol volaban zumbando pubes doradas de alegres abejas, felices al verse libres de su reclusión invernal.

Cantaron invisibles alondras, vocingleras, sobre el aterciopelado verdor de los campos y sobre los rastrojos helados aún; los fraileci-cos alborotaban en los cañaverales de las orillas bajas, todavía inundadas de agua turbia.

Y, muy altos, volaban, lanzando alegres gritos, las grullas y los patos silvestres.

En los prados mugía el ganado menor, con manchas de pelo no mudado aún. Triscaban patizambos corderitos al lado de sus madres, perdidos ya los vellones de su lana, y ágiles chiquillos corrían por los senderos húmedos, dejando en ellos las huellas de sus pies descalzos.

En las albercas se oía el rumor de las voces de las mujeres, muy ocupadas en el lavado de su colada, a la vez que en los patios resonaba el golpe de las hachas de los campesinos, que reparaban sus aperos y sus arados.

Había llegado, pues, la auténtica primavera.

XIII

Levin se calzó las altas botas. Por primera vez no se puso la pelliza, sino una poddevka de paño.

Luego salió para inspeccionar su propiedad, pisando ora finas capas de hielo, ora el barro pejagoso, al seguir las márgenes de los arroyos que brillaban bajo los rayos del sol.

La primavera es la época de los planes y de los propósitos. Al salir del patio, Levin, como un árbol en primavera que no sabe aún cómo y hacia dónde crecerán sus jóvenes tallos y los brotes cautivos en sus capullos, ignoraba aún lo que empezaría ahora en su amada propiedad, pero se sentía henchido de hermosos y grandes propósitos.

Ante todo fue a ver el ganado.

Hicieron salir al cercado las vacas, de reluciente pelaje, que mugían deseando marchar al prado. Una vez examinadas las vacas, que conocía en sus menores detalles, Levin ordenó que las dejasen salir al prado y que pasasen al cercado a los terneros.

El pastor corrió alegremente a prepararse para salin Tras los becerros mugientes, locos de exaltación por el ambiente primaveral, co-rrían las vaqueras, empuñando sus varas, para hacerles entrar en el cercado, pisando presurosas el barro con sus pies blancos no quemados aún por el sol.

Una vez examinadas las crías de aquel año (los terneros lechales eran grandes como las vacas de los campesinos, y la becerra de la

«Pava» , mayor aún), Levin ordenó que se sacaran las gamellas y se pusiera heno detrás de las empalizadas portátiles que les servían de encierro.

Pero sucedió que las empalizadas, que no se habían usado durante el invierno, estaban rotas. Levin mandó llamar al carpintero contratado para construir la trilladora mecánica, mas resultó que éste estaba arreglando los rastrillos que ya debía haber dejado listos pa-ra Carnaval.

Levin se sintió contrariado. Le disgustaba no poder salir de aquella desorganización constante del trabajo, contra la cual luchaba desde hacía años con todas sus fuerzas.

Según se informó, las empalizadas, al no ser empleadas en el invierno, habían sido llevadas a la cuadra y, por ser empalizadas ligeras, construidas para los becerros, se estropearon. Para colmo, los rastrillos y aperos, que había ordenado que reparasen antes de terminar el invierno, y para lo cual habían sido contratados tres carpinteros, no estaban arreglados aún, y los rastrillos sólo los reparaban ahora, cuando ya era hora de empezar los trabajos.

Levin envió a buscar al encargado, pero no pudo esperar, y en seguida salió también él en busca suya.

El encargado, radiante como todo en aquel día, vestido con una zamarra de piel de cordero, volvía de la era rompiendo una brizna de hierba entre las manos.

–¿Cómo es que el carpintero no está arreglando la trilladora?

–Ayer quería decir al señor que era preciso arreglar los rastrillos, que es ya tiempo de labrar.

–¿Por qué no los han arreglado en invierno?

–¿Para qué quería el señor traer entonces un carpintero?

–¿Y las empalizadas del corral de los terneros?

–He mandado llevarlas a su sitio. ¡No sabe uno qué hacer con esta gente! –dijo el encargado, gesticulando.

–¡Con quien no se sabe qué hacer es con este encargado y no con esta gente! –

observó Levin, irritado. Y gritó–: ¿Para qué le tengo a usted?

Pero, recordando que con aquello no resolvía el asunto, se interrumpió, limitándose a suspirar.

–¿Qué? ¿Podemos sembrar ya? –preguntó tras breve silencio.

–Mañana o pasado podremos sembrar de-trás de Turkino.

–¿Y el trébol?

–He enviado a Basilio con Michka, pero no sé si podrán, porque la tierra está todavía muy blanda.

–¿Cuántas deciatinas de trébol ha mandado usted sembrar?

–Seis.

–¿Y por qué no todas?

El saber que habían sembrado seis deciatinas y no veinte le disgustaba todavía más.

Por teoría y por su propia experiencia, Levin sabía que la siembra de trébol sólo daba buenos resultados cuando se sembraba muy pronto, casi con nieve. Y nunca pudo conseguir que se hiciese así.

–No tenemos gente. ¿Qué quiere que hagamos? Tres de los jornaleros no han acudido hoy al trabajo. Ahora Semen...

–Habríais debido hacerles dejar la paja.

–Ya lo he hecho.

–¿Dónde están, pues, los hombres?

–Cinco están preparando el estiércol; cuatro aventan la avena para que no se estro-pee, Constantino Dmietrievich.

Levin entendió que aquellas palabras significaban que la avena inglesa preparada para la siembra se había estropeado ya por no haber hecho lo que él ordenara.

–Ya le dije, por la Cuaresma, que aventase la avena –exclamó Levin.

–No se apure; todo se hará a su tiempo.

Levin hizo un gesto de disgusto y se dirigió a los cobertizos para examinar la avena antes de volver a las cuadras.

La avena no estaba estropeada aún. Los jornaleros la cogían con palas en vez de va-ciarla directamente en el granero de abajo.

Levin dio orden de hacerlo así y tomó dos hombres para encargarles la siembra del tré-

bol, con lo que su irritación contra el encargado se calmó en parte.

Además, en un día tan hermoso resultaba imposible enojarse.

–Ignacio –dijo al cochero, que con los brazos arremangados lavaba la carretela junto al pozo–: ensilla un caballo.

–¿Cuál, señor?

–«Kolpik».

–Bien, señor.

Mientras ensillaban, Levin llamó al encargado, que rondaba por allí, y, para hacer las paces, le habló de sus proyectos y de los trabajos que habían de efectuárse en el campo.

Habría que acarrear pronto el estiércol pa-ra que quedase terminado antes de la primera siega. Había que labrar incesantemente el campo más apartado para mantenerlo en buen estado. La siega debía hacerse con la ayuda de jornaleros y a medias con ellos.

El encargado escuchaba atentamente y se le veía esforzarse para aprobar las órdenes del amo. Pero conservaba el aspecto de desesperación y abatimiento, tan conocido por Levin y que tanto le irritaba, con el que parecía significar: «Todo está muy bien; pero al final haremos las cosas como Dios quiera».

Nada disgustaba a Levin tanto como aquella actitud, pero todos los encargados que había tenido habían hecho igual; todos obraban del mismo modo con respecto a sus planes. Por eso Levin no se enfadaba ya, sino que se sentía impotente para luchar con aquella fuerza que dijérase primitiva del

«como Dios quiera» que siempre acababa por imponerse a sus propósitos.

–Veremos si puede hacerse, Constantino Dmitrievich –dijo, al fin, el encargado.

–¿Y por qué no ha de poder hacerse?

–Habría que tomar quince jornaleros más, y no vendrán. Hoy han venido, pero piden setenta rublos en el verano.

Levin calló. Allí, frente a él, estaba otra vez aquella fuerza. Ya sabía que, por más que hiciera, nunca lograba hallar más de treinta y ocho a cuarenta jornaleros con sala-rio normal. Hasta cuarenta los conseguía, pe-ro nunca pudo tener más. De todos modos, no podía dejar de luchar.

–Si no vienen, enviad a buscar obreros a Sura y á Chefirovska. Hay que buscar.

–Como enviar, enviaré –dijo tristemente Basilio Fedorich–. Pero los caballos están otra vez muy debilitados.

–Compraremos caballos. Ya sé –añadió Levin, riendo– que ustedes lo hacen todo con lentitud y mal, pero este año no les dejaré hacerlo a su gusto. Lo haré yo mismo.

–No sé cómo lo hará, porque ya ahora apenas duerme. Para nosotros es mejor trabajar bajo el ojo del amo.

–Ha dicho usted que están sembrando el trébol detrás de Beresovy Dol; voy a ver có-

mo lo hacen –dijo Levin.

Y montó en « Kolpik», el caballito bayo que le llevaba el cochero.

–¡No podrá usted atravesar el arroyo –le gritó éste.

–Iré por el bosque en ese caso.

Y al rápido paso del caballo, cansado de la larga inmovilidad y de que relinchaba al pasar sobre los charcos, impaciente por galopar, salió del patio cubierto de barro y se halló en pleno campo.

Si en el corral, entre el ganado, se sentía contento, ahora en el campo se sintió más alegre aún.

Al pasar por el bosque, meciéndose suavemente al trote de su caballo, sobre la nieve blanda llena de pisadas que se veía aún aquí y allá, respiraba el aroma a la vez tibio y fresco de la nieve y la tierra; y la vista de ca-da árbol con el musgo nuevo que cubría la corteza y los botones a punto de abrirse le alegraba el alma. Al salir del bosque se abrió ante él la amplia extensión del campo lleno de un aterciopelado y suave verdor, sin cal-veros ni pantanos, sólo, en algunos lugares, con restos de nieve en fusión.

No se enojó siquiera al ver la yegua de un aldeano que, con su potro, pastaba en sus campos, limitándose a mandar a un trabajador que los hiciera salir de allí, ni tampoco con la estúpida y burlona respuesta del campesino Ipat, al que encontró por el camino, y que al preguntarle: «¿Qué, Ipat? ¿Sembrare-mos pronto?», le contestó: «Antes hay que labrar, Constantino Dmitrievich».

Cuanto más se alejaba Levin, más alegre se sentía y sus planes de mejora de la propiedad se le aparecían a cual mejor: plantar estacas en todos los campos, mirando al sur, de modo que la nieve no pudiese amontonar-se; dividir el terreno en seis partes cubiertas de estiércol y tres de hierba, construir un corral en la parte más lejana de las tierras, ca-var un depósito para el abono y hacer cercas portátiles para el ganado. Con ello habría trescientas deciatinas de trigo candeal, cien de patatas, ciento cincuenta de trébol, sin cansar para nada la tierra.

Embargado por estas ilusiones, Levin, con-duciendo cuidadosamente su caballo por los deslindes para no pisar las plantas, se acercó a los jornaleros que sembraban el trébol.

El carro con la simiente no estaba en el prado, sino en la tierra labrada, y el trigo in-vernizo quedaba aplastado y removido por las ruedas y por las patas del caballo. Los jornaleros permanecían sentados en la linde, probablemente fumando todos una misma pipa.

La tierra del carro, con la que se mezclaban las semillas, no estaba bien desmenuzada, y se había convertido en una masa de terrones duros y helados.

Viendo al amo, el jornalero Basilio se dirigió al carro y Minchka empezó a sembrar.

Aquello le hizo muy mal efecto, pero Levin se enojaba pocas veces contra los jornaleros.

Cuando Basilio se acercó, Levin le ordenó que sacase el caballo del sembrado.

–No hace ningún daño, señor. La semilla brotará igualmente ––dijo Basilio.

–Hazme el favor de no replicar y obedece a lo que te digo –repuso Levin.

–Bien, señor –contestó Basilio, tomando el caballo por la cabeza–. ¡Hay una siembra de primera! –dijo, adulador–. Pero no se puede andar por el campo. Parece que lleva uno un pud de tierra en cada pie.

–¿Por qué no está cribada la tierra? –

preguntó Levin

–Lo está, lo hacemos sin la criba –contestó Basilio–. Cogemos las semillas y deshacemos la tierra con las manos.

Basilio no tenía la culpa de que le dieran la tierra sin cribar, pero el hecho indignaba a Levin.

En esta ocasión Levin puso en práctica un procedimiento que había ya empleado más de una vez con eficacia, a fin de ahogar en él todo disgusto y convertir en agradable lo ingrato.

Viendo a Michka, que avanzaba arrastrando enormes masas de barro en cada pie, se apeó, cogió la sembradora de manos de Basilio y se dispuso a sembrar.

–¿Dónde te has parado? –preguntó a Basilio.

Éste le indicó con el pie el sitio al que había llegado y Levin comenzó a sembrar, como pudo, la tierra mezclada con las semillas. Era muy difícil andar: la tierra estaba convertida en un barrizal. Levin, tras recorrer un surco, empezó a sudar y devolvió la sembradora a Basilio.

–En verano, señor, no me riña por este surco –dijo Basilio.

–¿Por qué? –preguntó alegremente Levin, sintiendo que el remedio empleado daba el resultado que esperaba.

–En verano lo verá. El surco será diferente de los otros. Mire usted cómo ha crecido lo que yo sembré la primavera pasada. Yo, Constantino Dmitrievich, procuro hacer el trabajo a conciencia como si fuera para mi propio padre. No me gusta trabajar mal, ni permito que otros lo hagan. Así el amo queda contento y nosotros también. ¡Se le ensancha a uno el corazón viendo esa abundancia! –

añadió Basilio mostrando el campo.

–¡Qué hermosa primavera!, ¿verdad, Basilio?

–Ni los viejos recuerdan otra parecida. He pasado por mi casa porque el viejo ha sembrado tres octavas de trigo. Dice que crece tan bien que no puede distinguirse del centeno.

–¿Hace mucho que sembráis trigo?

–Desde hace dos años, cuando usted nos enseñó a hacerlo. ¿No se acuerda que nos regaló dos medidas? De ello, vendimos una parte y sembramos el resto.

–Bien, desmenuza con cuidado la tierra –

dijo Levin, acercándose al caballo– y vigila a Michka. Si la siembra crece bien, te daré cincuenta copecks por deciatina.

–Muchas gracias. Pero ya estamos contentos de usted sin necesidad de eso.

Levin montó y se dirigió al prado en el que sembraron el trébol el año anterior, y que ahora estaba preparado y arado para sembrar trigo. El trébol, que había crecido mucho en el rastrojo, estaba ya muy alto. Su vivo verdor destacaba entre los secos tallos de trigo del año pasado y la cosecha prometía ser magnífica.

El caballo de Levin se hundía hasta las corvas y, con sus patas, chapoteaba vigorosamente, luchando por salir de la tierra medio helada. Como no se podía pasar por el campo arado, el caballo sólo pisaba fuerte allí donde quedaba algo de hielo, pero en los surcos, ablandados por el deshielo, el animal se hundía hasta los jarretes.

El campo estaba muy bien arado. De allí a dos días se podría trabajar y sembrar. Todo era hermoso y alegre.

Levin regresó vadeando el arroyo. Esperaba que las aguas hubiesen bajado ya y, en efecto, pudo pasar, espantando al

hacerlo a una pareja de patos silvestres.

«Seguramente hay también chochas», pensó Levin, y el guardabosque, al que encontró al doblar el camino dirigiéndose a ca-sa, le confirmó su suposición.

Levin se encaminó a casa al trote largo, a fin de tener tiempo de comer y preparar la escopeta para la tarde.

XIV

Al acercarse a su casa en inmejorable disposición de ánimo, Levin oyó un ruido de campanillas por el lado de la puerta principal.

«Ha venido alguien por ferrocarril» , pensó. «Es la hora del tren de Moscú. ¿Quién se-rá? ¿Mi hermano Nicolás? Me dijo que iría a tomar las aguas en el extranjero o que vendría a mi casa. »

En principio, la idea de la presencia de su hermano le disgustó, sospechando que iba a perturbar su buena disposición de ánimo, tan acorde con la alegría primaveral. Pero, avergonzándose, abrió sus brazos espiritualmen-te, experimentando una sencilla alegría y deseando de corazón que el llegado fuese Nicolás.

Espoleó al caballo y, al salir de las acacias, vio una troika de alquiler que llegaba de la estación y en la que iba un señor con pelliza.

No era su hermano.

«¡Si fuese al menos alguna persona simpá-

tica con la que se pudiese hablar!» , pensó Levin.

Y, al reconocer a Esteban Arkadievich, exclamó alegremente, levantando los brazos:

–¡Qué visita más agradable! ¡Cuánto me complace verte!

Y pensaba:

«Ahora sabré con certeza si Kitty se ha casado o cuándo se casa.»

Y sintió que en aquel día primaveral el recuerdo de Kitty no le era tan penoso.

–¿No me esperabas? –dijo Esteban Arkadievich, saliendo del trineo.

Llevaba barro en la nariz, en las mejillas y en las cejas, pero iba radiante de salud y alegría.

–Ante todo, he venido para verte –dijo, abrazando y besando a Levin–; después, para cazar con perro y, además, para vender el bosque de Erguchovo.

–¡Muy bien! ¿Has visto qué primavera?

¿Cómo has podido llegar en trineo?

–En coche habría sido más difícil aún –

contestó el cochero, que conocía a Levin.

–Estoy contentísimo de verte ––dijo Levin sonriendo con toda el alma, infantilmente.

Levin acompañó a su amigo al cuarto reservado para los invitados, donde ya habían llevado los efectos de Esteban Arkadievich: un saco de viaje, una escopeta enfundada, una bolsa de cigarros...

Dejándole lavarse y cambiar de ropa, Levin pasó a su despacho para dar órdenes relativas a la labranza y al trébol.

Agafia Mijailovna, muy preocupada como siempre del honor de la casa, abordó a Levin en el recibidor, mareándole con preguntas sobre la comida.

–Haga lo que quiera, pero pronto ––dijo Levin.

Y fue en busca del encargado.

A su regreso, Esteban Arkadievich, peinado y lavado y con una sonrisa deslumbradora en los labios, salía de su cuarto. Subieron los dos juntos.

–¡Cuánto me alegro de haber venido! Ahora podré averiguar las cosas misteriosas que haces aquí. Pero te aseguro que te envidio.

¡Qué bien está todo en esta casa! ––decía Esteban Arkadievich, olvidando que no siempre era primavera ni todos los días como aquél–. Tu ama de llaves es un encanto de viejecita... Cierto que sería mejor tener una doncella con delantalito... Pero esa anciana va muy bien con tus costumbres austeras y tu vida monástica.

Esteban Arkadievich contó muchas noticias interesantes y, sobre todo, una interesantísi-ma para Levin: que su hermano Sergio Ivanovich se proponía pasar el verano con él, en el pueblo.

No dijo una palabra de Kitty ni de los Scherbazky, sólo se limitó a transmitirle recuerdos de su mujer.

Levin le agradeció mucho la delicadeza y se sintió feliz de su visita. Como siempre que vivía solo una temporada, había

recogido en aquel tiempo gran cantidad de sentimientos e ideas que no podía compartir con los que le rodeaban, y ahora hablaba a su amigo de la alegría que le causaba la primavera, de sus planes futuros con respecto a la propiedad, de sus fracasos, de sus pensamientos; hacía comentarios sobre los libros que había leído y le habló, sobre todo, de la idea de su obra, la base de la cual consistía, aunque él no lo advirtiese, en una crítica de todas las obras antiguas que se habían escrito sobre el mismo tema. Esteban Arkadievich, que era siempre amable y que todo lo comprendía con una palabra, estaba aquel día más amable que nunca, y Levin notó, además, en su amigo una especie de respeto y ternura hacia él que le encantaban.

Las preocupaciones de Agafia Mijailovna y el cocinero respecto a la comida tuvieron por resultado que los dos amigos, que tenían gran apetito, acometieran los entremeses, comiendo mucho pan con mantequilla, caza ahumada y setas saladas. Para colmo, Levin ordenó servir la sopa sin las empanadillas con las que el cocinero quería deslumbrar al invitado.

Aunque acostumbrado a otras comidas, Esteban Arkadievich lo encontraba todo excelente: el vodka de hierbas, el pan con manteca, la caza ahumada, el vino blanco de Crimea. Sí, todo era espléndido y exquisito.

–¡Admirable admirable! –dijo, encendiendo un grueso cigarro después del asado–––. Se dijera que después de viajar en un vapor, entre ruidos y tambaleos, he arribado a una costa tranquila... ¿De modo que, según tú, el factor obrero debe ser estudiado a inspirar el modo de organizar la economía agraria? Aunque profano en estas materias, me parece que esa teoría y su aplicación van a influir sobre el obrero también.

–Sí; pero no olvides que no hablo de economía política, sino de la ciencia de la explotación de la tierra. Esta última debe, como todas las ciencias naturales, estudiar los fe-nómenos, así como al obrero en los aspectos económico, etnográfico...

Agafia Mijailovna entró con la confitura.

–Agafia Mijailovna –dijo el invitado, haciendo ademán de chuparse los dedos–,

¡qué caza y qué licores tan bien preparados tiene usted! ¿Qué, Kostia? ¿Es hora ya?

Levin miró por la ventana el sol que se po-nía entre las desnudas copas de los árboles del bosque.

–Sí lo es. Kusmá, prepara el charabán –

dijo Levin.

Y descendieron.

Ya abajo, Esteban Arkadievich quitó él mismo la funda de una caja de laca y, una vez abierta, comenzó a armar su escopeta, un arma cara, último modelo.

Kusmá, presintiendo una buena propina para vodka, no se separaba de Esteban Arkadievich. Le ponía las medias y las botas y él le dejaba hacer de buen grado.

–Kostia, si llega el comerciante Riabinin, a quien he mandado llamar, ordena que le reciban y que espere.

–¿Vendes el bosque a Riabinin?

–Sí. ¿Le conoces?

–Le conozco. Tuve con él asuntos que ter-minaron «positivamente y definitivamente».

Esteban Arkadievich rió. Aquellas últimas palabras eran las preferidas del comerciante.

–Sí; habla de un modo muy divertido. ¡Veo que has comprendido a dónde va tu amo! –

añadió, acariciando a «Laska», que ladraba suavemente dando vueltas en torno a Levin y lamiéndole, ya las manos, ya las botas, ya la escopeta.

Cuando salieron, el charabán estaba al pie de la escalera.

–He mandado preparar el charabán, pero no está lejos... ¿Quieres que vayamos a pie?

–No, será mejor que vayamos montados –

dijo Esteban Arkadievich, acercándose al coche.

Sentóse, se envolvió las piernas en una manta de viaje que imitaba una piel de tigre y encendió un cigarro,

–No puedo comprender cómo no fumas.

Un cigarro no es sólo un placer, sino el mejor de los placeres. ¡Esto es vida! ¡Qué bien va aquí todo! ¡Así me gustaría vivir!

–¿Quién te prohíbe hacerlo? –dijo, sonriendo, Levin.

–¡Eres un hombre feliz! Tienes cuanto quieres: si quieres caballos, los tienes; si quieres perros, los tienes; si quieres caza, la tienes; siquieres fincas, las tienes.

–Acaso soy feliz porque me contento con lo que tengo y no me aflijo por lo que me falta –dijo Levin pensando en Kitty.

Esteban Arkadievich le comprendió. Miró a su amigo y no dijo nada.

Levin agradecía a Oblonsky que no le hubiese hablado de los Scherbazky, comprendiendo que no deseaba que lo hiciese.

Pero al presente Levin sentía ya impaciencia por saber lo que tanto le atormentaba, aunque no se atrevía a hablar de ello.

–¿Y qué, cómo van tus asuntos? –prejuntó Levin, comprendiendo que estaba mal por su parte hablar sólo de sí.

Los ojos de su amigo brillaron de alegría.

–Ya sé que tú no admites que se busquen panecillos cuando se tiene ya una ración de pan corriente y que lo consideras un delito; pero yo no comprendo la vida sin amor –respondió, interpretando a su modo la pregunta de Levin–. ¡Qué le vamos a hacer! Soy así.

Esto perjudica poco a los demás y en cambio a mí me proporciona tanto placer...

–¿Hay algo nuevo sobre eso? –preguntó Levin.

–Hay, hay... ¿Conoces ese tipo de mujer de los cuadros de Osián? Esos tipos que se ven en sueños... Pues mujeres así existen en la vida. Y son terribles. La mujer, amigo mío, es un ser que por más que lo estudies te resulta siempre nuevo.

–Entonces vale más no estudiarlo.

–¡No! Un matemático ha dicho que el placer no está en descubrir la verdad, sino en el esfuerzo de buscarla.

Levin escuchaba en silencio, y a pesar de todos sus esfuerzos, no podía comprender el espíritu de su amigo. Le era imposible entender sus sentimientos y el placer que experimentaba estudiando a aquella especie de mujeres. ,

XV

El lugar indicado para la caza estaba algo más arriba del arroyo, no lejos de allí, en el bosquecillo de pequeños olmos.

Al llegar, dejaron el coche y Levin condujo a Oblonsky a la extremidad de un claro pantanoso, cubierto de musgo, donde ya no había nieve. Él se instaló en otro extremo del claro, junto a un álamo blanco igual al de Oblonsky; apoyó la escopeta en una rama seca baja, se quitó el caftán, se ajustó el cinturón y comprobó que podía mover los brazos libremente.

La vieja «Laska», que seguía todos sus pasos, se sentó frente a él con precaución y aguzó el oído. El sol se ponía tras el bosque grande. A la luz crepuscular, los álamos blancos diseminados entre los olmos se destaca-ban, nítidos, con sus botones prontos a florecer.

En la espesura, donde aún había nieve, co-rría el agua con leve rumor formando capri-chosos arroyuelos. Los pájaros gorjeaban saltando de vez en cuando de un árbol a otro.

En los intervalos de silencio absoluto se sentía el ligero crujir de las hojas secas del año pasado, removidas por el deshielo y el crecer de las hierbas.

–¡Qué hermoso es esto! Se siente y hasta se ve crecer la hierba –exclamó Levin, viendo una hoja de color pizarra moverse sobre la hierba nueva.

Escuchaba y miraba ora la tierra mojada cubierta de musgos húmedos, ora a «Laska», atenta a todo rumor, ora el mar de copas de árboles desnudos que tenía delante, ora el cielo que, velado por las blancas vedijas de las nubecillas, se oscurecía lentamente.

Un buitre batiendo las alas muy despacio volaba altísimo sobre el bosque lejano; otro buitre volaba en la misma dirección y desapareció. La algarabía de los pájaros en la espesura era cada vez más fuerte. Se oyó el grito de un búho. «Laska», avanzando con cautela con la cabeza ladeada, comenzó a escuchar con atención. Al otro lado del arroyo se sintió el cantar de un cuclillo. El canto se repitió dos veces, luego se apresuró y se hizo más confuso.

–¡Ya tenemos ahí un cuclillo! –dijo Esteban Arkadievich saliendo de entre los arbustos.

–Ya lo oigo –repuso Levin, enojado al sentir interrumpido el silencio y con una voz que a él mismo le sonó desagradable–. Ahora, pronto...

Esteban Arkadievich desapareció de nuevo en la maleza y Levin no vio más que la llami-ta de un fósforo y la pequeña brasa de un cigarro con una voluta de humo azul.

Chic–chic, sonaron los gatillos de la escopeta que Esteban Arkadievich levantaba en aquel momento.

–¿Qué es eso? ¿Quién grita? –preguntó Oblonsky, llamando la atención a Levin sobre un ruido sordo y prolongado como el piafar de un potro.

–¿No lo sabes? Es el macho de la liebre.

Pero basta de hablar. ¿No oyes? ¡Se oye ya volar! –exclamó Levin alzando a su vez los gatillos.

Se sintió un silbido agudo y lejano y en dos segundos, el espacio de tiempo familiar a los cazadores, sonaron otros dos silbidos y luego el característico cloqueo.

Levin miró a derecha a izquierda, y ante sí, en el cielo azul seminublado, sobre las suaves copas de los arbolillos, divisó un pája-ro.

Volaba hacia él directamente. Su cloqueo, tan semejante al rasgar de un tejido recio, se sintió casi en el mismo oído de Levin, quien veía ya su largo pico y su cuello.

En el momento en que se echaba la escopeta a la cara, tras el arbusto que ocultaba a Oblensky brilló un relámpago rojo. El pájaro bajó, como una flecha, y volvió a remontarse.

Surgió un segundo relámpago y se oyó una detonación.

El ave, moviendo las alas como para sostenerse, se detuvo un momento en el aire y luego cayó pesadamente a tierra.

–¿No le he dado? ¿No he hecho blanco? –

preguntó Esteban Arkadievich, que no podía ver a través del humo.

–Aquí está –dijo Levin, señalando a «Laska» que, levantando una oreja y agitando la cola, traía a su dueño el pájaro muerto, lentamente, como si quisiera prolongar el placer, se diría que sonriendo...

–¡Me alegro de que hayas acertado! –dijo Levin, sintiendo a la vez cierta envidia de no haber sido él quien matara a la chocha.

–¡Pero erré el tiro del cañón derecho, ca-ramba! –contestó Esteban Arkadievich cargando el arma–. ¡Chist! Ya vuelven.

Se oyeron, en efecto, silbidos penetrantes y seguidos. Dos chochas, jugueteando, tratando de alcanzarse, silbando sin emitir el cloqueo habitual, volaron sobre las mismas cabezas de los cazadores.

Se oyeron cuatro disparos. Las chochas dieron una vuelta, rápidas como golondrinas, y desaparecieron.

La caza resultaba espléndida. Esteban Arkadievich mató dos piezas más y Levin otras dos, una de las cuales no pudo encontrarse.

Oscurecía. Venus, clara, como de plata, brillaba muy baja, con suave luz, en el cielo de poniente, mientras, en levante, fulgían las rojizas luces del severo Arturo.

Levin buscaba y perdía de vista sobre su cabeza la constelación de la Osa Mayor. Ya no volaban las chochas. Pero Levin resolvió esperar hasta que Venus, visible para él bajo una rama seca, brillase encima de ella y hasta que se divisasen en el cielo todas las estrellas del Carro.

Venus remontó la rama, fulgía ya en el cielo azul toda la constelación de la Osa, con su carro y su lanza, y Levin continuaba esperando.

–¿Volvemos? –preguntó Esteban Arkadievich.

En el bosque reinaba un silencio absoluto y no se movía ni un pájaro.

–Quedémonos un poco más –dijo Levin.

–Como quieras.

Ahora estaban a unos quince pasos uno de otro.

–Stiva ––dijo de pronto Levin–, ¿por qué no me dices si tu cuñada se casa o se ha casado ya? –y al decir esto, se sentía tan firme y sereno que creía que ninguna contestación había de conmoverle.

Pero no esperaba la respuesta de Oblonsky.

–No pensaba ni piensa casarse. Está muy enferma y los médicos la han enviado al extranjero. Hasta se teme por su vida.

–¿Qué dices? ––exclamó Levin–. ¿Muy enferma? ¿Qué tiene? ¿Cómo es que ...?

Mientras hablaba, «Laska», aguzando los oídos, miraba al cielo y contemplaba a los dos con reproche.

«Ya han encontrado ocasión de hablar», pensaba la perra. «Y mientras tanto el pájaro está aquí, volando. Y no van a verlo. »

Pero en aquel momento los dos cazadores oyeron a la vez un silbido penetrante que parecía golpearles las orejas.

Ambos empujaron sus armas, brillaron dos relámpagos y dos detonaciones se confundie-ron en una.

Una chocha que volaba muy alta plegó las alas instantáneamente y cayó en la espesura, doblando al desplomarse las ramas nuevas.

–¡Magnífico! ¡Es de los dos! –exclamó Levin y corrió con «Laska» en dirección al bosque para buscar la chocha.

«¿No me han dicho ahora algo desagradable?», se preguntó. «¡Ah, sí; que Kitty está enferma! En fin, ¿qué le vamos a hacer? Pero me apena mucho», pensaba.

–¿Ya la has encontrado? ¡Eres un as! ––

dijo tomando de boca de «Laska» el pájaro palpitante aún y metiéndolo en el morral casi lleno.

Y gritó:

–¡Ya la ha encontrado, Stiva!

XVI

De vuelta a casa, Levin preguntó detalles sobre la dolencia de Kitty y sobre los planes de los Scherbazky, y aunque le avergonzaba confesarlo, hablar de ello le producía satisfacción.

Le satisfacía porque en aquel tema sentía renacer en su alma la esperanza, y también por la secreta satisfacción que le proporcionaba el saber que también sufría la que tanto le había hecho sufrir a él. Pero cuando su amigo quiso informarle de las causas de la enfermedad de Kitty y nombró a Vronsky, Levin le interrumpió:

–No tengo derecho alguno y tampoco, a decir verdad, interés en entrar en detalles familiares.

Esteban Arkadievich sonrió imperceptiblemente al observar el rápido –y tan conocido para él– cambio de expresión del semblante de Levin, tan triste ahora como alegre un momento antes.

–¿Has ultimado con Riabinin lo de la venta del bosque? –preguntó Levin.

–Sí, todo ultimado. El precio es excelente: treinta y ocho mil rublos. Ocho mil al contado y los demás pagaderos en seis

años. He esperado mucho tiempo antes de decidirme, pero nadie me daba más.

–Veo que lo das regalado.

–¿Regalado? –dijo Esteban Arkadievich con benévola sonrisa, sabiendo que Levin ahora lo encontraría todo mal.

–Un bosque vale por lo menos quinientos rublos por deciatina –aseveró Levin.

–¡Cómo sois los propietarios rurales! –

bromeó Esteban Arkadievich–. ¡Qué tono de desprecio hacia nosotros, los de la ciudad!

Pero luego, cuando se trata de arreglar algún asunto, resulta que nosotros lo hacemos mejor. Lo he calculado todo, créeme, Y he vendido el bosque tan bien que sólo temo que Riabinin se vuelva atrás. Ese bosque no es maderable – continuó, tratando de convencer a Levin, diciendo que no era « maderable» , de lo equivocado que estaba–. No sirve más que para leña. No se obtienen más de treinta sajeñs por deciatina y Riabinin me da doscientos rublos por deciatina.

Levin sonrió despreciativamente.

«Conozco el modo de tratar asuntos que tienen los habitantes de la ciudad. Vienen al pueblo dos veces en diez años, recuerdan dos o tres expresiones populares y las dicen luego sin ton ni son, imaginando que ya han hallado el secreto de todo. ¡«Maderable» ! ¡«Levantar treinta sajeñs»! Pronuncia palabras que no entiende», pensó Levin.

–Yo no trato de ir a enseñarte lo que tienes que hacer en tu despacho, y en caso necesario voy a consultarte ––dijo en alta voz–.

En cambio, tú estás convencido de que entiendes algo de bosques. ¡Y entender de eso es muy difícil! ¿Has contado los árboles?

–¡Contar los árboles! ––contestó riendo Esteban Arkadievich, que deseaba que su amigo perdiese su triste disposición de áni-mo–. «¡Oh! Contar granos de arena y rayos de estrellas, ¿qué genio lo podría hacer?» ––

declamó sonriente.

–––Cierto; pero el genio de Riabinin es muy capaz de eso. Y ningún comprador compraría sin contar, excepto en el caso concreto de que le regalaran un bosque, como ahora.

Yo conozco bien tu bosque. Todos los años voy a cazar allí. Tu bosque vale quinientos rublos por deciatina al contado y Riabinin te paga doscientos a plazos. Eso significa que le has regalado treinta mil rublos.

–Veo que quieres exagerar ––contestó Esteban Arkadievich–. ¿Cómo es que nadie me los daba?

–Porque Riabinin se ha puesto de acuerdo con los demás posibles compradores, pagándoles para que se retiren de la competencia.

No son compradores, sino revendedores. Riabinin no realiza negocios para ganar el quince o veinte por ciento, sino que compra un rublo por veinte copecks.

–Vamos, vamos; estás de mal humor y...

–No lo creas –––dijo Levin con gravedad.

Llegaban ya a casa.

Junto a la escalera se veía un charabán ta-pizado de piel y con armadura de hierro y uncido a él un caballo robusto, sujeto con sólidas correas. En el carruaje estaba el encargado de Riabinin, que servía a la vez de cochero. Era un hombre sanguíneo, rojo de ca-ra, y llevaba un cinturón muy ceñido.

Riabinin estaba ya en casa; y los dos amigos le hallaron en el recibidor. Era alto, delgado, de mediana edad, con bigote y con la pronllnente barbilla afeitada con esmero. Te-nía los ojos saltones y turbios. Vestía una larga levita azul, con botones muy bajos en los faldones, y calzaba botas altas, arrugadas en los tobillos y rectas en las piernas, protegidas por grandes chanclos.

Con gesto enérgico se secó el rostro y se arregló is levita, aunque no lo necesitaba.

Luego saludó sonriendo a los recién llegados, tendiendo una mano a Esteban Arkadievich como si desease atraparle al vuelo.

–¿Conque ya ha llegado usted? –dijo Esteban Arkadievich–. ¡Muy bien!

–Aunque el camino es muy malo, no osé desobedecer las órdenes de Vuestra Señoría.

Tuve que apresurarme mucho, pero llegé a la hora. Tengo el gusto de saludarle, Constantino Dmitrievich.

Y se dirigió a Levin, tratando también de estrechar su mano. Pero Levin, con las cejas fruncidas, fingió no ver su gesto y comenzó a sacar las chochas del morral.

–¿Cómo se llama ese pájaro? –preguntó Riabinin, mirando las chochas con desprecio–.

Debe de tener cierto regusto de...

Y movió la cabeza en un gesto de desaprobación, como pensando que las ganancias de la caza no debían de cubrir los gastos.

–¿Quieres pasar a mi despacho? –preguntó Levin a Oblonsky en francés, arrugando aún más el entrecejo–. Sí; pasad al despacho y allí podréis hablar más cómodamente y sin testigos.

–Bien, como usted quiera –dijo Riabinin.

Hablaba con desdeñosa suficiencia, como deseando hacer comprender que, si hay quien halla dificultades sobre la manera en hay que terminar un negocio, él no las conocía nunca.

Al entrar en el despacho, Riabinin miró buscando la santa imagen que se acostumbra colgar en las habitaciones, pero, al no verla, no se persignó. Después miró las estanterías y armarios de libros con la expresión de duda que tuviera ante las chochas, sonrió con desprecio y movió la cabeza, seguro ahora de que aquellos gastos no se cubrían con las ganancias.

–¿Qué?, ¿ha traído el dinero? –preguntó Oblonsky–. Siéntese...

–Sobre el dinero no habrá dificultad. Venía a verle, a hablarle...

–¿Hablar de qué? Siéntese, hombre.

–Bueno; nos sentaremos –dijo Riabinin, haciéndolo y apoyándose en el respaldo de la butaca del modo que le

resultaba más molesto–. Es preciso que rebaje el precio, Príncipe.

No se puede dar tanto. Yo traigo el dinero preparado, hasta el último copeck. Respecto al dinero no habrá dificultades...

Levin, después de haber puesto la escopeta en el armario, se disponía a salir de la habitación, pero al oír las palabras del comprador, se detuvo.

–Sin eso se lleva ya usted el bosque regalado. Mi amigo me ha hablado demasiado tarde, si no habría fijado el precio yo –––dijo Levin.

Riabinin se levantó y, sonriendo en silencio, miró a Levin de pies a cabeza.

–Constantino Dmitrievich es muy avaro ––

–dijo, dirigiéndose a Oblonsky y sin dejar de sonreír–––. En definitiva, no se le puede comprar nada. Yo le hubiese adquirido el trigo pagándoselo a buen precio, pero...

–¿Querría acaso que se lo regalara? –

repuso Levin–. No me lo encontré en la tierra ni lo robé.

–¡No diga usted eso! En nuestros tiempos es decididamente imposible robar. Hoy, al fin y al cabo, todo se hace a través del juzgado y de los notarios; todo honesta y lealmente...

¿Cómo sería posible robar? Nuestros tratos han sido llevados con honorabilidad. El señor pide demasiado por el bosque, y no podría cubrir los gastos. Por eso le pido que me rebaje algo.

–¿Pero el trato está cerrado o no? Si lo es-tá, sobra todo regateo. Si no lo está, compro yo el bosque ––dijo Levin.

La sonrisa desaparecio de súbito del rostro de Riabinin y se sustituyó por una expresión dura, de ave de rapiña, de buitre... Con dedos ágiles y decididos, desabrochó su levita, mostrando debajo una amplia camisa, desabrochó los botones de cobre de su chaleco, separó la cadena del reloj y sacó rápidamente una vieja y abultada cartera.

–El bosque es mío, con perdón –dijo, san-tiguándose a toda prisa, y adelantando la mano–. Tome el dinero, el bosque es mío.

Riabinin hace así sus negocios, no se entretiene en menudencias.

–En tu lugar yo no me apresuraría a cogerle el dinero ––dijo Levin.

–¿Qué quieres que haga? –repuso Oblonsky con extrañeza–. He dado mi palabra.

Levin salió de la habitación dando un portazo. Riabinin movió la cabeza y miró hacia la puerta sonriente.

–¡Cosas de jóvenes, niñerías! Si lo compro, crea en mi lealtad, lo hago sólo porque se diga que fue Riabinin quien compró el bosque y no otro. ¡Dios sabe cómo me resultará!

Puede usted creerme. Y ahora haga el favor: fírmeme usted el contrato.

Una hora después, Riabinin, abrochando su gabán cuidadosamente y cerrando todos los botones de su levita, en cuyo bolsillo llevaba el contrato de venta, se sentaba en el pescante del charabán para volver a su casa.

–¡Oh, lo que son estos señores! –dijo a su encargado–. Siempre los mismos.

–Claro –repuso el empleado entregándole las riendas y ajustando la delantera de cuero del vehículo–. ¿Puedo felicitarle por la compra, Mijail Ignatich?

–¡Arte, arte! –gritó el comprador animando a los caballos.

XVII

Esteban Arkadievich subió al piso alto con el bolsillo henchido del papel moneda que el comerciante le había pagado con tres meses de anticipación.

El asunto del bosque estaba terminado, la caza había sido abundante y Esteban Arkadievich, hallándose muy optimista, deseaba disipar el mal humor de Levin. Quería terminar el día como lo había empezado, y cenar tan agradablemente como había comido.

Levin, en efecto, estaba de mal humor y, pese a su deseo de mostrarse amable y cari-

ñoso con su caro amigo, no lograba dominarse. La embriaguez que le produjo la noticia de que Kitty no se había casado se había ido desvaneciendo en él poco a poco.

Kitty no estaba casada y se hallaba enferma, enferma de amor por un hombre que la despreciaba. Parecíale que en lo sucedido había también como una vaga ofensa para él.

Vronsky había desdeñado a quien desdeñara a Levin... Vronsky, pues, tenía derecho a despreciar a Levin. En consecuencia, era enemigo suyo.

Pero Levin no quería razonar sobre ello.

Sentía que había algo ofensivo para él y se irritaba no contra la causa, sino contra cuanto tenía delante. La necia venta del bosque, el engaño en que Oblonsky cayera y que se había consumado en su casa, le irritaba.

–¿Terminaste ya? –preguntó a Esteban Arkadievich al encontrarle arriba–. ¿Quieres cenar?

–No me niego. Se me ha despertado en este pueblo un apetito fenomenal. ¿Por qué no has invitado a Riabinin?

–¡Que se vaya al diablo!

–¡Le tratas de un modo! –dijo Oblonsky–.

Ni le has dado la mano. ¿Por qué haces eso?

–Porque no doy la mano a mis criados y, sin embargo, valen cien veces más que él.

–Eres, decididamente, un retrógrado. ¿Y la confraternidad de clases? –preguntó Oblonsky.

–Quien desee confraternizar, que lo haga cuanto quiera. A mí lo que me asquea, me asquea.

–Eres un reaccionario cerril.

–Te aseguro que no he pensado nunca en lo que soy. Soy Constantino Levin y nada más.

–Y un Constantino Levin malhumorado –

comentó, riendo, Esteban Arkadievich.

–¡Sí: estoy de mal humor! ¿Y sabes por qué? Permíteme que te lo diga: por esa estú-

pida venta que has hecho.

Esteban Arkadievich arrugó las cejas con benevolencia, como hombre a quien acusan y ofenden injustamente.

–Basta –dijo–. Cuando uno vende algo sin decirlo, todos le aseguran después que lo que vende valía mucho más. Pero cuando uno ofrece algo en venta, nadie le da nada. Veo que tienes ojeriza a ese Riabinin.

–Es posible... ¿Y sabes por qué? Vas a decir de nuevo que soy un reaccionario o alguna cosa peor... Pero no puedo menos de afligirme viendo a la nobleza, esta nobleza a la cual, a pesar de esta monserga de la confraternidad de clases, me honro en pertenecer, va arruinándose de día en día... Y lo malo es que esa ruina no es una consecuencia del lu-jo. Eso no sería ningún mal, porque vivir de un modo señorial corresponde a la nobleza y sólo la nobleza lo sabe hacer. Que los aldeanos compren tierras al lado de las nuestras no me ofende. El señor no hace nada; el campesino trabaja, justo es que despoje al ocioso. Esto está en el orden natural de las cosas, y a mí me parece muy bien; me satisface incluso. Pero me indigna que la nobleza se arruine por candidez. Hace poco un arrendatario polaco compró una espléndida propiedad por la mitad de su valor a una anciana señora que vive en Niza. Otros arriendan a los comerciantes, a rublo por deciatina, la tierra que vale diez rublos. Ahora tú, sin motivo alguno, has regalado a ese ladrón treinta mil rublos.

–¿Qué querías que hiciera? ¿Contar los árboles?

–¡Claro! Tú no los has contado y Riabinin sí; y después los hijos de Riabinin tendrán dinero para que les eduquen, y acaso a los tuyos les falte.

–Perdona; pero encuentro algo mezquino en eso de contar los árboles. Nosotros tenemos nuestro trabajo, ellos tienen el suyo y es justo que ganen algo. ¡En fin: el asunto está terminado y basta! Ahí veo huevos al plato de la manera que más me gustan. Y Agafia Mijailovna nos traerá sin duda aquel milagroso néctar de vodka con hierbas.

Esteban Arkadievich, sentándose a la me-sa, comenzó a bromear con Agafia Mijailovna, asegurándole que hacía tiempo que no había comido y cenado tan bien como aquel día.

–Usted dice algo, siquiera –repuso ella–; pero Constantino Dmitrievich nunca dice na-da. Si se le diera una corteza de pan por toda comida, tampoco diría ni una palabra.

Aunque Levin se esforzaba en vencer su mal humor, permaneció todo el tiempo triste y taciturno.

Deseaba preguntar algo a su amigo, pero no halló ocasión ni manera de hacerlo.

Esteban Arkadievich había bajado ya a su cuarto, se había desnudado, lavado, se había puesto el pijama y acostado y, sin embargo, Levin no se resolvía a dejarle, hablando de cosas insignificantes y sin encontrar la fuerza para preguntarle lo que quería.

–¡Qué admirablemente preparan ahora los jabones! dijo Levin, desenvolviendo el trozo de jabón perfumado que Agafia Mijailovna había dejado allí para el huésped y que éste no había tocado– Míralo: es una obra de arte.

–Sí, ahora todo es muy perfecto ––dijo Oblonsky, bostezando con la boca totalmente abierta–. Por ejemplo, los teatros y demás espectáculos están alumbrados con luz eléctrica. ¡Ah,

ah, ah! –y bostezaba más aún–. En todas partes hay electricidad, en todas partes...

–Sí, la electricidad... –respondió Levin–.

Sí... ¿Oye?, ¿dónde está Vronsky ahora? –

preguntó dejando el jabón.

–¿Vronsky? ––dijo Esteban Arkadievich, concluyendo un nuevo bostezo–. Está en San Petersburgo. Marchó poco después que tú y no ha vuelto a Moscú ni una vez. Voy a decirte la verdad, Kostia –continuó Oblonsky, apoyando el brazo en la mesilla de noche junto a su lecho y poniendo el rostro hermoso y rubi-cundo sobre la mano, mientras a sus ojos bondadosos y cargados de sueños parecían asomar los destellos de miríadas de estrellas.

Tú tuviste la culpa, te asustaste ante tu rival.

Y yo, como te dije en aquel momento, aún no sé quién de los dos tenía más probabilidades de triunfar. ¿Por qué no fuiste derechamente hacia el objetivo? Ya te dije entonces que...

Y Esteban Arkadievich bostezó sólo con un movimiento de mandíbulas, sin abrir la boca.

«¿Sabrá o no sabrá que pedí la mano de Kitty?», pensó Levin mirándole. « Sí: se nota una expresión muy astuta, muy diplomática, en su semblante.»

Y, advirtiendo que se ruborizaba, Levin mi-ró a Esteban Arkadievich a los ojos.

–Cierto que entonces Kitty se sentía algo atraída hacia Vronsky –continuaba Oblonsky–

. ¡Claro: su porte distinguido y su futura situación en la alta sociedad influyeron mucho, no sobre Kitty, sino sobre su madre!

Levin frunció las cejas. La ofensa de la negativa que se le había dado le abrasaba el corazón como una herida reciente, pero ahora estaba en su casa, y sentirse entre los muros propios es cosa que siempre da valor.

–Espera –interrumpió a Oblonsky–. Permí-

teme que te pregunte: ¿en qué consiste ese porte distinguido de que has hablado, ya sea en Vronsky o en quien sea? Tú consideras que Vronsky es un aristócrata y yo no. El hombre cuyo padre salió de la nada y llegó a la cumbre por saber arrastrarse, el hombre cuya madre ha tenido no se sabe cuántos amantes... Perdona; pero yo me considero aristócrata y considero tales a los que se me parecen por tener tras ellos dos o tres gene-raciones de familias honorables que alcanzaron el grado máximo de educación (sin hablar de capacidades y de inteligencia, que es otra cosa), que jamás cometieron canalladas con nadie, que no necesitaron de nadie, como mis padres y mis abuelos. Conozco muchos así. A ti te parece mezquino contar los árboles en el bosque, y tú, en cambio, regalas treinta mil rublos a Riabinin; pero tú, claro, recibes un sueldo y no sé cuántas cosas más, mientras yo no recibo nada, y por eso cuido los bienes familiares y los conseguidos con mi trabajo...

Nosotros somos aristócratas y no los que subsisten sólo con las migajas que les echan los poderosos y a los que puede comprarse por veinte copecks.

–¿Por qué me dices todo eso? Estoy de acuerdo contigo –dijo Esteban Arkadievich sincera y jovialmente, aunque sabía

que Levin le incluía entre los que se pueden comprar por veinte copecks. Pero la animación de Levin le complacía de verdad–. ¿Contra quién hablas? Aunque te equivocas bastante en lo que dices de Vronsky, no me refiero a eso. Te digo sinceramente que yo en tu lugar habría permanecido en Moscú y...

–No. No sé si lo sabes o no, pero me es igual y voy a decírtelo. Me declaré a Kitty y ella me rechazó. Y ahora Catalina Alejandrovna no es para mí sino un recuerdo humillante y doloroso.

–¿Por qué? ¡Qué tontería!

–No hablemos más. Perdóname si me he mostrado un poco rudo contigo –dijo Levin.

Y ahora que lo había dicho todo, volvía ya a sentirse como por la mañana.

–No te enfades conmigo, Stiva. Te lo ruego; no me guardes rencor –terminó Levin.

Y cogió, sonriendo, la mano de su amigo.

–Nada de eso, Kostia. No tengo por qué enfadarme. Me alegro de esta explicación. Y

ahora a otra cosa: a veces por las mañanas hay buena caza. ¿Iremos? Podría prescindir de dormir a ir directamente del cazadero a la estación.

–Muy bien.

XVIII

Aunque la vida interior de Vronsky estaba absorbida por su pasión, su vida externa no había cambiado y se deslizaba raudamente por los raíles acostumbrados de las relaciones mundanas, de los intereses sociales, del regimiento.

Los asuntos del regimiento ocupaban importante lugar en la vida de Vronsky, más aún que por el mucho cariño que tenía al cuerpo, por el cariño que en el cuerpo se le tenía. No sólo le querían, sino que le respeta-ban y se enorgullecían de él, se enorgullecían de que aquel hombre inmensamente rico, instruido a inteligente, con el camino abierto hacia éxitos, honores y pompas de todas clases, despreciara todo aquello, y que de todos los intereses de su vida no diera a ninguno más lugar en su corazón que a los referentes a sus camaradas y a su regimiento.

Vronsky tenía conciencia de la opinion en que le tenían sus compañeros y, aparte de que amaba aquella vida, se consideraba obligado a mantenerles en la opinión que de él se habían formado.

Como es de suponer, no hablaba de su amor con ninguno de sus compañeros, no dejando escapar ni una palabra ni aun en los momentos de más alegre embriaguez (aunque desde luego rara vez se emborrachaba hasta el punto de perder el dominio de sí mismo). Por esto podía, pues, cerrar la boca a cualquiera de sus camaradas que intentase hacerle la menor alusión a aquellas relaciones.

No obstante, su amor era conocido en toda la ciudad, Más o menos, todos sospechaban algo de sus relaciones con la Karenina. La mayoría de los jóvenes le envidiaban precisamente por lo que hacía más peligroso su amor: el alto cargo de Karenin que contribuía a hacer más escandalosas sus relaciones.

La mayoría de las señoras jóvenes que envidiaban a Ana y estaban hartas de oírla calificar de irreprochable, se sentían satisfechas y sólo esperaban la sanción de la opinión pública para dejar caer sobre ella todo el peso de su desprecio. Preparaban ya los puñados de barro que lanzarían sobre Ana cuando fuese llegado el momento. Sin embargo, la mayoría de la gente de edad madura y de posición elevada estaba descontenta del escándalo que se preparaba.

La madre de Vronsky, al enterarse de las relaciones de su hijo, se sintió, en principio, contenta, ya que, según sus ideas, nada po-día acabar mejor la formación de un joven como un amor con una dama del gran mundo. Por otra parte, comprobaba, no sin placer, que aquella Karenina, que tanto le había gustado, que le había hablado tanto de su hijo, era al fin y al cabo como todas las mujeres bonitas y honradas, según las consideraba la princesa Vronskaya.

Pero últimamente se informó de que su hijo había rechazado un alto puesto a fin de continuar en el regimiento y poder seguir viendo a la Karenina, y supo que había personajes muy conspicuos que estaban descontentos de la negativa de Vronsky.

Esto la hizo cambiar de opinión tanto como los informes que tuvo de que aquellas relaciones no eran brillantes y agradables, a estilo del gran mundo y tal como ella las aprobaba, sino una pasión a lo Werther, una pasión loca, según le contaban, y que podía conducir a las mayores imprudencias.

No había visto a Vronsky desde la inesperada marcha de éste de Moscú y envió a su hijo mayor para decirle que fuese a verla.

Tampoco el hermano mayor estaba contento. No le importaba qué clase de amor era aquel de su hermano, grande o no, con pa-sión o sin ella, casto o vicioso (él mismo, aun con hijos, entretenía a una bailarina y por ello miraba el caso con indulgencia, pero sí observaba que las relaciones de su hermano disgustaban a quienes no se puede disgustar, y éste era el motivo de que no aprobase su conducta).

Aparte del servicio y del gran mundo, Vronsky se dedicaba a otra cosa: los caballos, que constituían su pasión.

Aquel año se habían organizado carreras de obstáculos para oficiales y Vronsky se inscribió entre los participantes, después de lo cual compro una yegua inglesa de pura sangre. Estaba muy enamorado, pero ello no le impedía apasionarse por las próximas carreras.

Las dos pasiones no se estorbaban la una a la otra. Al contrario: le convenían ocupaciones y diversiones independientes de su amor que le calmasen a hiciesen descansar de aquellas impresiones que le agitaban con exceso.

XIX

El día de las carreras en Krasnoie Selo, Vronsky entró en el comedor del regimiento más temprano que de costumbre, a fin de comer un bistec.

No tenía que preocuparse mucho de no aumentar el peso, porque pesaba precisamente los cuatro puds y medio requeridos.

Pero de todos modos evitaba comer dulces y harinas para no engordar.

Sentado, con el uniforme desabrochado bajo el que se veía el chaleco blanco, con los brazos sobre la mesa en espera del bistec encargado, miraba una novela francesa que había puesto, abierta, ante el plato con el único objeto de no tener que hablar con los oficiales que entraban y salían. Vronsky reflexionaba.

Pensaba en que Ana le había prometido una entrevista para hoy, después de las carreras. No la había visto desde hacía tres días y, como su marido acababa de regresar del extranjero, él ignoraba si la entrevista sería posible o no, y no se le ocurría cómo podría saberlo.

Había visto a Ana la última vez en la casa de veraneo de su prima Betsy. Vronsky evitaba frecuentar la residencia veraniega de los Karenin, pero ahora necesitaba ir y meditaba la manera de hacerlo.

«Bien; puedo decir que Betsy me envía a preguntar a Ana si irá a las carreras o no. Sí, claro que puedo ir», decidió alzando la cabeza del libro.

Y su imaginación le pintó tan vivamente la felicidad de aquella entrevista que su rostro resplandeció de alegría.

–Manda a decir a casa que enganchen en seguida la carretela con tres caballos –ordenó al criado que le servía el bistec en la caliente fuente de plata.

Y acercando la bandeja, empezó a comer.

En la contigua sala de billar se oían golpes de tacos, charlas y risas. Por la puerta entraron dos oficiales: uno un muchacho joven, de rostro dulce y enfermizo, recién salido del Cuerpo de Cadetes, y otro un oficial veterano, grueso, con una pulsera en la muñeca, con los ojos pequeños, casi invisibles, en su rostro lleno.

Al verlos, Vronsky arrugó el entrecejo y, fingiendo no reparar en ellos, hizo como que leía, mientras tomaba el bistec.

–¿Te fortaleces para el trabajo? –dijo el oficial grueso sentándose a su lado.

–Ya lo ves ––contestó Vronsky, serio, limpiándose los labios y sin mirarle.

–¿No temes engordar? –insistió aquél, volviendo su silla hacia el oficial joven.

–¿Cómo? –preguntó Vronsky con cierta irritación haciendo una mueca con la que exhibió la doble fila de sus dientes apretados.

–¿Si no temes engordar?

–¡Mozo! ¡Jerez! –ordenó Vronsky al criado sin contestar.

Y poniendo el libro al otro lado del plato, continuó leyendo.

El oficial grueso tomó la carta de vinos y se dirigió al joven.

–Escoge tú mismo lo que hayamos de beber –dijo, dándole la carta y mirándole.

–Acaso vino del Rin... –indicó el oficial joven, mirando con timidez a Vronsky y tratando de atusarse los bigotillos incipientes.

Viendo que Vronsky no le dirigía la mirada, el oficial joven se levantó.

–Vayamos a la sala de billar ––dijo.

El oficial veterano se levantó, obedeciéndole, y ambos se dirigieron hacia la puerta.

En aquel instante entró en la habitación el capitán de caballería Yachvin, hombre alto y de buen porte. Se acercó a Vronsky y saludó despectivamente, con un simple ademán, a los otros dos oficiales.

–¡Ya le tenemos aquí! –gritó, descargándole en la hombrera un fuerte golpe de su manaza.

Vronsky, irritado, volvió la cabeza. Pero en seguida su rostro recuperó su habitual expresión suave, tranquila y firme.

–Haces bien en comer, Alocha –dijo el capitán con su sonora voz de barítono–. Come, come y toma unas copitas.

–Te advierto que no tengo ganas.

–¡Los inseparables! ––exclamó Yachvin, mirando burlonamente a los dos oficiales, que en aquel momento entraban en la otra sala.

Y se sentó junto a Vronsky, doblando en ángulo agudo sus piernas, enfundadas en pantalones de montar muy estrechos, y que resultaban demasiado largas para la altura de las sillas.

–¿Por qué no fuiste al teatro Krasninsky?

No estuvo mal la Numerova. ¿Dónde estabas?

–Pasé mucho tiempo en casa de los Tversky.

–¡Ah!

Yachvin, jugador y libertino, de quien no podía decirse que fuera un hombre sin principios, porque profesaba principios francamente inmorales, era el mejor amigo que Vronsky tenía en el regimiento.

Vronsky le apreciaba por su extraordinario vigor físico, que demostraba generalmente bebiendo como una cuba, pasando noches sin dormir y permaneciendo inalterable a pesar de todo. Pero también le estimaba Vronsky por su fuerza moral, que demostraba en el trato con jefes y camaradas, a quienes inspiraba respeto y temor. Demostraba también aquella energía en el juego, en el que tallaba por miles y miles, jugando siempre, a pesar de las enormes cantidades de vino bebidas, con tanta destreza y dominio de sí que pasaba por el mejor jugador del Club Inglés. En fin, Vronsky estimaba y quería a Yachvin porque sabía que éste correspondía a su aprecio y afecto, no por su nombre o riquezas, sino por sí mismo.

De todos los conocidos, era Yachvin el úni-co a quien Vronsky habría deseado hablar de su amor. Aunque Yachvin despreciaba todos los sentimientos, Vronsky adivinaba que sólo él sería capaz de comprender aquella pasión que ahora llenaba su vida. Estaba seguro de que Yachvin no encontraría placer en chismo-rrear sobre aquello, ya que no le agradaban la murmuración ni el escándalo. Seguramente habría comprendido su sentimiento en su justo valor, es decir, entendiendo que el amor no es una broma ni una diversión, sino algo serio a importante.

Vronsky, aunque nunca le hablara de su amor, sabía que Yachvin estaba al corriente de todo y que tenía el concepto que debía tener. y le áustaba leerlo en los ojos de su amigo.

–¡Ah! –exclamó Yachvin cuando Vronsky le hubo dicho que había estado en casa de los Tversky.

Brillaron sus ojos negros. se cogió el extremo izquierdo de su bigote y se lo metió en la boca, según la mala costumbre que tenía.

–Y tú, ¿qué hiciste ayer? ¿Ganaste? –

preguntó Vronsky.

–Ocho mil. Pero con tres mil no puedo contar. No van a pagármelos.

–Entonces no importa que pierdas apos-tando por mí –dijo Vronsky, riendo, pues sa-bía que su amigo había apostado una fuerte suma a su favor en aquellas carreras.

–No perderé. Tu único enemigo de cuidado es Majotin.

Y la conversación pasó a las carreras, úni-co tema que aquel día podía interesar a Vronsky.

–Bien, ya he terminado –dijo éste.

Y, levantándose, se dirigió a la puerta.

Yachvin se levantó también, estirando sus largas piernas y su ancha espalda.

–Aún es temprano para comer; pero me apetece beber. Espérame, ahora voy. ¡Eh!

¡Venga vino! –gritó con voz sonora que hacía retemblar los cristales, voz célebre por el estruendo con que daba órdenes–. ¡Pero no, no quiero! –gritó otra vez–. Si vuelves a tu casa, voy contigo.

Y salieron juntos.

XX

Vronsky ocupaba en el campamento una isba finesa, muy limpia y dividida en dos departamentos. En el campamento,

Petrizky vivía también con él. Cuando Vronsky y Yachvin entraron, Petrizky dormía aún.

–Levántate; ya has dormido bastante –dijo Yachvin pasando al otro lado del tabique y sacudiendo por los hombros al desgreñado Petrizky, que dormía con la cabeza hundida en la almohada.

Petrizky se incorporó bruscamente sobre las rodillas y miró a su alrededor.

–Ha estado aquí tu hermano –dijo a Vronsky–. Me despertó. ¡El diablo le lleve! Ha dicho que volvería.

Y atrayendo otra vez la manta hacia sí, apoyó la cabeza en la almohada.

–Déjame en paz, Yachvin –dijo a éste, que insistía en tirar de la manta–. Déjame... –dio media vuelta y abrió los ojos–. Y si no, vale más que digas esto: ¿qué me convendría beber ahora? Tengo en la boca un sabor tan malo que...

–Lo mejor será beber vodka –contestó Yachvin con su voz de bajo–. ¡Tereschenko, trae vodka y pepinos salados para el señor!.

–gritó al ordenanza.

–¿Crees que lo mejor será vodka? –

preguntó Petrizky, haciendo muecas–. ¿Bebes tú? Si bebemos los dos, de acuerdo. Y tú, Vronsky, ¿bebes? –concluyó Petrizky levantándose y envolviéndose hasta el pecho en la manta de rayas.

Salió por la puerta del tabique, levantó los brazos y cantó en francés:

Había en Tule un rey...

–¿Beberás, Vronsky? –insistió.

–Déjame en paz –repuso Vronsky, poniéndose el uniforme que le ofrecía el ordenanza.

–¿Adónde vas? –preguntó Yachvin–. Allí tienes la troika –añadió, viendo acercarse el coche.

–Alas cuadras. Además, tengo que ver antes a Briansky para hablarle de los caballos –

repuso Vronsky.

Vronsky, en efecto, había prometido visitar a Briansky, que vivía a diez verstas de San Petersburgo, para llevarle el dinero de los caballos. Quería aprovechar el tiempo para realizar de paso aquella visita.

Pero sus compañeros comprendieron en seguida que no iba sólo allí.

Petrizky, mientras continuaba cantando, guiñó el ojo y sacó los labios, como diciendo:

«Ya sabemos quién es el Briansky que tienes que visitar».

–Procura no volver tarde –dijo únicamente Yachvin.

Y, cambiando de conversación, preguntó mirando a la ventana y refiriéndose al caballo de varas de la troika que él le había vendido:

–¿Y qué? ¿Cómo te va mi bayo?

–Espera –gritó Petrizky, viendo que Vronsky salía ya–. Tu hermano ha dejado para ti una carta y una nota. Pero

¿dónde están?

Vronsky se paró.

–¿Dónde están?

–Claro, ¿dónde están? Ésa es precisamente la cuestión ––dijo con solemnidad Petrizky, pasándose el dedo índice por encima de la nariz.

–¡Vamos, contesta! Es una estupidez lo que estás haciendo –dijo, sonriendo, Vronsky.

–No he encendido el fuego con ella. Deben de estar en alguna parte.

–Déjate de mentiras. ¿Dónde está la carta?

–De veras que lo he olvidado. O ¿lo habré soñado quizá? Espera, espera... ¿Por qué te enfadas? Si hubieras bebido, como yo ayer, cuatro botellas (cuatro por persona), habrías olvidado también dónde tenías la carta y estarías ahora descansando... Espera; voy a acordarme ahora mismo.

Petrizky pasó tras el tabique y se acostó.

–¿Ves? Yo estaba así cuando entró tu hermano... Sí, sí, sí... ¡Ahi tienes la carta!

Y la sacó de debajo del colchón, que era donde la había guardado.

Vronsky cogió la carta y la nota de su hermano.

Era lo que esperaba. Su madre le escribía reprochándole que no fuese a verla. La nota de su hermano decía que necesitaba hablarle.

Vronsky sabía que ambas cosas hacían referencia a lo mismo.

«¿Qué tienen que ver ellos con todo es-to?», se preguntaba

Estrujó las cartas y las guardó entre dos botones del uniforme para leerlas más detenidamente por el camino.

A la entrada de su casa halló dos oficiales, uno de los cuales pertenecía a su regimiento.

–¿Adónde vas? –le preguntaron.

–Tengo que ir a Peterhof.

–¿Ha llegado el caballo de Tsarkoie Selo? .

–Sí, pero no le he visto.

–Dicen que el « Gladiador» de Majotin cojea.

–No es cierto. ¡Pero no sé cómo vais a saltar con el barro que hay! ––dijo el otro oficial.

–¡Aquí están mis salvadores! –exclamó Petrizky al ver a los oficiales.

El ordenanza estaba ante él trayendo el vodka y los pepinos salados.

–Yachvin me ordena que beba para refres-carme –añadió. –¡Qué noche nos disteis! –

dijo uno de los oficiales–. No me dejasteis dormir ni un momento.

–¡Si supierais cómo terminamos! –refería Petrizky–. Volkov se subió al tejado y decía que estaba triste. Y yo dije entonces:

« ¡Mú-

sica! ¡La marcha fúnebre! ». Y Volkov se durmió en el tejado al arrullo de la marcha fúnebre...

–Bebe primero vodka y luego agua de Seltz con mucho limón –dijo Yachvin, que permanecía ante Petrizkv como una madre que obliga a un niño a tomar una medicina–.

Luego puedes tomar ya una botellita de champaña. Pero una sola, ¿eh?

–¡Eso es definitivo! Espera, Vronsky: vamos a beber.

–No. Adiós, señores. Hoy no bebo.

–¿Temes ganar peso? Entonces beberemos solos. Tráeme agua de Seltz y limón –dijo Petrizky al ordenanza.

–¡Vronsky! ––dijo uno de ellos al joven cuando salía.

–¿Qué?

–Deberías cortarte el cabello. Pesa demasiado. Sobre todo el de la calva.

Realmente Vronsky se estaba quedando calvo antes de tiempo. Él rió jovialmente, en-señando sus dientes apretados, y, cubriéndose la calva con la gorra, salió y se sentó en el coche.

–¡A la cuadra! –ordenó.

Y sacó las cartas para leerlas, pero cambió de opinión a fin de no distraerse antes de ver el caballo.

«Las leeré después», pensó.

XXI

La cuadra provisional donde habían llevado su yegua el día anterior era una construcción de madera al lado mismo del hipódromo.

Vronsky no la había visto aún. Durante los últimos días no la sacaba a pasear él mismo, sino su entrenador, así que ignoraba en qué estado podía hallarse la cabalgadura.

Apenas descendió del cabriolé, el palafrenero, que había reconocido el coche desde lejos, llamó al entrenador.

Éste apareció. Era un inglés seco, que calzaba botas altas y vestía chaqueta corta, con un mechón de pelo en la barbilla. Andaba con el paso algo torpe de los jockeys, muy separados los codos, y le salió al encuentro balanceándose.

–¿Cómo va «Fru–Fru» ? –preguntó Vronsky en inglés.

All rigth, sir –contestó el inglés con voz gutural y profunda–. Será mejor que no pase a verla –añadió, quitándose el sombrero–. Le he puesto el bocado y está agitada. Es preferible no inquietarla.

–Voy, voy. Quiero verla.

–Vayamos, pues –pronunció el inglés, casi sin abrir la boca.

Y, moviendo los codos, penetró en la cuadra con desgarbado andar.

Penetraron en un pequeño patio que precedía al establo. El mozo de servicio, hombre de buena estatura, vestido con un guardapol-vo limpio y empujando una escoba, les siguió.

En la cuadra había cinco caballos en sus respectivos lugares. Vronsky sabía que también estaba allí su competidor más temible,

«Gladiador», el caballo rojo de Majotin.

Más que su caballo, interesaba a Vronsky examinar a «Gladiador», al que nunca había visto hasta entonces. Pero la etiqueta vigente entre los aficionados a caballos prohibía no sólo ver los del antagonista, sino ni siquiera preguntar por ellos.

Mientras avanzaba por el pasillo, el mozo abrió la puerta del segundo departamento a la izquierda y Vronsky vio un enorme caballo rojo, de remos blancos.

Sabía que aquél era «Gladiador», pero Vronsky volvió la cabeza con el sentimiento de un hombre educado que vuelve el rostro para no leer la carta abierta de un tercero, aunque su contenido le intrigue.

Luego se acercó al departamento de «Fru–

Fru».

–Ahí está el caballo de Mah... Mak... ¡No consigo pronunciar ese nombre! –dijo el in-glés, indicando con su pulgar de sucia uña el departamento de «Gladiador».

–¿De Majotin? Sí; es mi competidor más temible –afirmó Vronsky.

–Si usted lo montara, yo apostaría por usted ––dijo el inglés.

–«Fru–Fru» es más nerviosa y «Gladiador»

más fuerte –repuso Vronsky, correspondiendo con una sonrisa a aquel cumplido que se hacía a su pericia de jinete.

–En las cameras de obstáculos es cuestión de saber montar bien y de pluck –dijo el in-glés. Y con esta palabra quería significar osadía y arrojo. Vronsky no sólo creía tener el suficiente, sino que estaba persuadido de que nadie en el mundo podía tener más pluck que él.

–¿Cree usted que es precisa mayor sudo-ración?

–No es necesario. Pero, no hable tan alto, por favor –contestó el inglés–. El caballo se inquieta –añadió señalando con la mano el departamento cerrado ante el cual se hallaban y del que salía un ruido de cascos golpeando la pala.

Abrió la puerta y Vronskv entró en el establo, débilmente iluminado por una ventanita.

En el establo, agitando las patas sobre la paja fresca, estaba la yegua, baya oscura, con el freno puesto.

Ya acostumbrado a la media luz del establo, Vronsky pudo apreciar una vez más, de una ojeada, las características de su animal preferido.

«Fru–Fru» tenía regular alzada y, al parecer, no carecía de defectos. Sus huesos eran demasiado frágiles y, aunque de tórax saliente, resultaba estrecha de pecho. Tenía la grupa algo hundida y en los remos delanteros, y más aún en los traseros, se notaba una evidente tosquedad. Los músculos de las patas no eran fuertes y en cambio el vientre resultaba muy ancho, lo que sorprendía considerando la dieta y también las enjutas ancas del animal. Los huesos de las patas no parecían, bajo las corvas, más anchos que un dedo si se los miraba de frente, pero resultaban muy sólidos si se examinaban de lado.

La yegua, en conjunto, salvo si se la miraba de flanco, resultaba apretada de lados y prolongada hacia abajo. Pero poseía en grado sumo una cualidad que hacía olvidar sus defectos: la «sangre» , como se dice con arreglo a la expresión inglesa. Entre la red de sus nervios, sus prominentes músculos, dibujándose a través de la piel fina, flexible y suave como el raso, parecían tan fuertes como los huesos. La cabeza, flaca, de ojos salientes, alegres y brillantes, se ensanchaba hacia la boca, mostrando en las fosas nasales la membrana rica de sangre.

Toda su figura, y sobre todo su cabeza, tenía una expresión rotunda, enérgica y suave a la vez. Era uno de esos animales que parece que si no hablan es sólo porque la es-tructura de su boca no lo permite.

Al menos a Vronsky se le figuró que la yegua comprendía todas las impresiones que él experimentaba mirándola.

Al entrar Vronsky, el animal aspiró profundamente y torciendo sus ojos hasta que las órbitas se le enrojecieron de sangre, miró a los que entraban por el lado opuesto dando sacudidas al freno y moviendo ágilmente los pies.

–¡Vea usted que nerviosa está! –dijo el in-glés.

–¡Quieta, querida, quieta...! –murmuró Vronsky, acercándose a la yegua y hablándole.

Cuanto más se acercaba Vronsky, más se inquietaba el animal. Al fin, cuando él estuvo a su lado, « Fru–Fru» se calmó y sus músculos temblaron bajo la piel suave y fina.

Vronsky acarició su cuello robusto, arregló un mechón de crines que le caían al lado opuesto y acercó el rostro a las narices del animal, finas y tensas como alas de murciéla-go.

La yegua hizo una ruidosa aspiración, dejó escapar el aire por las narices trémulas, bajó una oreja y alargó hacia Vronsky el belfo negro y fuerte, como si quisiera coger la manga de su amo. Mas, recordando que llevaba el bocado, comenzó a cambiar de posición sus finos remos.

–Cálmate, querida, cálmate –dijo él, acariciándole la grupa.

Y salió del establo satisfecho de hallar al animal en tan buena disposición.

La excitación de la yegua se había comunicado a Vronsky, el cual sentía que la sangre le afluía al corazón y que, igual que al animal, le agitaba un deseo de moverse, de morder.

Era una sensación que infundía temor y alegría a la vez.

–Confío en usted –dijo al inglés–. A las seis y media, en el lugar señalado.

–Todo marchará bien –repuso el inglés–.

¿Adónde va usted ahora, milord? –preguntó de pronto, dando a Vronsky un tratamiento no empleado casi nunca por él hasta entonces.

Vronsky, extrañado, levantó la cabeza y miró, como solía, no a los ojos, sino a la frente del inglés, asombrado de la audacia de su pregunta.

Pero, comprendiendo que al hablar así el entrenador le consideraba no como su señor, sino como un jinete, contestó:

–Voy a ver a Briansky y dentro de una hora estaré en casa.

«Hoy no hacen más que preguntarme todos lo mismo» , pensó sonrojándose, lo que le sucedía en raras ocasiones.

El inglés le miró atentamente y, como si adivinase a dónde iba, añadió:

–Es muy esencial estar tranquilo antes de la carrera. No se enoje ni disguste por nada.

All rigth –repuso Vronsky sonriendo.

Y, saltando a la carretela, ordenó al cochero que le llevase a Peterhorf.

Apenas habían andado algunos pasos, el nublado que desde la mañana amenazaba descargar se resolvió en un aguacero.

«Malo», pensó Vronsky, bajando la capota del carruaje. «Si ya sin esto había barro, ahora el campo será un verdadero cenagal.»

Sentado a solas en la carretela cubierta, sacó la carta de su madre y la nota de su hermano y las leyó.

¡Siempre lo mismo! Todos, incluso su madre y su hermano, encontraban necesario mezclarse en los asuntos de su corazón.

Aquella intromisión despertaba en él ira, que era un sentimiento que experimentaba raras veces.

«¿Qué tienen que ver con esto? ¿Por qué consideran todos como un deber preocuparse por mí? Seguramente porque advierten que se trata de algo incomprensible para ellos.

¡Cuánto me abruman con sus consejos! Si se tratara de relaciones corrientes y triviales, como las habituales en

sociedad, me dejarían tranquilo; pero advierten que esto es diferente, que no se trata de una broma y que quiero a esa mujer más que a mi vida. Y, como no comprenden tal sentimiento, se irritan.

Pase lo que pase, nosotros nos hemos creado nuestra suerte y no nos quejamos de ella», pensaba, refiriéndose con aquel « nosotros»

a Ana y a sí mismo. «Y los demás se empe-

ñan en enseñarnos a vivir, No tienen idea de lo que es la felicidad; ignoran que fuera de este amor no existe ni ventura ni desventura, porque no existe ni siquiera vida», concluyó Vronsky.

Se enojaba tanto contra la intromisión ajena, cuanto, en el fondo, reconocía que todos tenían razón. Sentía que su amor por Ana no era una pasión momentánea, que se disiparía como se disipan las relaciones mundanas, sin dejar en la vida de ambos otras huellas que recuerdos agradables o desagradables.

Reconocía lo terrible de la situación de ambos, la dificultad de ocultar su amor, de mentir y engañar al respecto, hallándose ambos tan a la vista de todos; sí, de mentir y engañar, y estar alerta, pensando siempre en los demás, cuando la pasión que les unía era tan avasalladora que les hacia olvidarse de cuanto no fuera su amor.

Recordaba con claridad la frecuencia con que tenían que hacerlo violentando así su naturaleza, y recordó, sobre todo, con nitidez especial la vergüenza que experimentaba Ana al verse forzada a fingir.

Desde que tenía relaciones con Ana sentía a menudo un extraño sentimiento de repulsión que llegaba a dominarle

por completo.

Repulsión hacia Alexey Alejandrovich, hacia sí mismo, hacia todo el mundo. Le habría costado poder precisar aquel sentimiento, pero lo rechazaba siempre lejos de él.

Movió la cabeza y prosiguió pensando:

«Antes ella era desgraciada, pero se sentía orgullosa y tranquila. Ahora, en cambio, no puede tener orgullo ni tranquilidad, aunque lo aparente. Hay que terminar con esto», resolvió.

Por primera vez, pues, experimentaba la necesidad de concluir con aquella farsa, y cuanto antes mejor.

«Es preciso abandonarlo todo y ocultarnos los dos en algún sitio, a solas con nuestro amor», se dijo.

XXII

El aguacero fue de corta duración, y cuando Vronsky llegaba a su destino al trote largo del caballo de varas, que forzaba a correr los laterales sin necesidad de acicate, el sol lucía de nuevo y los tejados de las casas veraniegas y los añosos tilos de los jardines que flanqueaban la calle principal despedían una claridad húmeda, y el agua goteaba de las ramas y se deslizaba por los tejados con alegre rumor.

Vronsky no pensaba ya en que el chapa-rrón pudiera enlodazar la pista, sino que se regocijaba pensando en que, gracias a la lluvia, encontraría en casa a Ana.

Sabía que su marido, recién llegado de una cura de aguas en el extranjero, no estaba en la casa de verano.

Esperando encontrarla sola, Vronsky, co-mo hacía siempre para atraer menos la atención, dejó el carruaje antes de llegar al puentecillo, avanzó a pie y en vez de entrar por la puerta principal que daba a la calle, entró por la del patio.

–¿Ha llegado el señor? –preguntó al jardinero.

–No, señon La señora, sí, está en casa.

¡Pero entre por la puerta principal! Allí hay criados y podrán abrirle –repuso el hombre.

–No, pasaré por el jardín.

Y, seguro ya de que Ana estaba sola, y deseando sorprenderla, ya que no le había anunciado su visita para hoy y no debía esperar verle antes de las carreras, se dirigió, suspendiendo el sable y pisando con precaución la arena del sendero bordeado de flores, a la terraza que daba al jardín.

Había olvidado cuanto pensara por el camino sobre las dificultades y disgustos de su situación. Sólo sabía que iba a verla y no imaginariamente, sino viva, tal como era.

Ya subía, pisando siempre con cautela, pa-ra no hacer ruido, los lisos peldaños de la escalinata, cuando de pronto recordó lo que olvidaba siempre, lo que más penosas hacía sus relaciones con ella: el hijo de Ana, siempre con su mirada interrogativa que tan desagradable le resultaba.

El niño perturbaba sus citas más que nadie. Cuando estaba con ellos, ni Ana ni Vronsky osaban decir nada que no pudiera repetirse ante terceros, ni empleaban alusiones que el niño no pudiera entenden No lo habían convenido así: la cosa surgió por sí misma.

En su presencia hablaban sólo como si fuesen simples conocidos. Pero, pese a sus precauciones, Vronsky sorprendía a menudo fija en él una mirada atenta y extraña, y comprobaba cierta timidez, cierta desigualdad

–ya excesivo afecto, ya despego– en el trato que le dispensaba el niño. Se diría que el pequeño adivinaba que entre aquel hombre y su madre existía una relación profunda, incomprensible para él.

En realidad, el niño no comprendía aquellas relaciones y se esforzaba en concretar los sentimientos que debía inspirarle Vronsky. Su sensibilidad infantil le permitía notar claramente que su padre, su institutriz, el aya, todos en fin, no apreciaban a Vronsky, sino que le miraban con repugnancia y temor, aunque no dijeran nada de él, en tanto que su madre le trataba siempre como a su mejor amigo.

«¿Qué significa esto? ¿Quién es? ¿Debo quererle? No le comprendo y debe de ser culpa mía; debo de ser un niño malo o tonto», pensaba el pequeño. Y ésta era la causa de su expresión interrogativa y un tanto malévo-la y de la timidez y de la desigualdad de trato que tanto enojaban a Vronsky.

Ver a aquel niño despertaba en él aquel sentimiento de repulsión inmotivada que experimentaba en los últimos tiempos.

En verdad, la presencia del niño inspiraba a Vronsky los sentimientos de un navegante que comprueba, por la brújula, que sigue una ruta equivocada, sin medios para poderla rectificar, sintiéndose cada vez más extraviado y consciente de que el cambio de dirección equivale a su pérdida.

Aquel niño con su ingenua mirada representaba en la vida la brújula que les marcaba a Ana y a él el grado de extravío a

que sabían haber llegado, aunque se negaran a reconocerlo.

Sergio no se hallaba en casa. Había salido de paseo, sorprendiéndole la lluvia en pleno campo. Ana había enviado a un criado y a una muchacha a buscarlo y ahora estaba so-la, sentada en la terraza, esperándole.

Vestía un traje blanco con anchos bordados y, hallándose en un ángulo de la terraza, tras las flores, no veía a Vronsky. Inclinando la cabeza de oscuros rizos, sostenía una regadera entre sus hermosas manos ensortija-das que él conocía tan bien.

La hermosura de su cabeza, de su garganta, de sus manos, de toda su figura, sorprendía siempre a Vronsky como algo nuevo.

Se detuvo, mirándola arrobado. Pero apenas adelantó un paso ella presintió su proximidad, soltó la regadera y volvió a él su encendido semblante.

–¿Qué le pasa? ¿Se encuentra mal! –

preguntó él en francés, acercándose.

Habría querido precipitarse hacia ella, pero pensando que podía haber alguien que les observara, miró primero hacia las vidrieras del balcón y se sonrojó, como siempre que se veía obligado a mirar en torno suyo.

–No. Estoy bien –repuso ella, levantándose y estrechando la mano que le alargaba Vronsky–. Pero no lo esperaba.

–¡Dios mío, qué manos tan frías! ––

exclamó él.

–Me has asustado –dijo Ana–. Estoy sola, esperando a Sergio, que salió de paseo. Vendrán por ese lado.

A pesar de sus esfuerzos para parecer tranquila, sus labios temblaban.

–Perdóneme que viniera. No me fue posible pasar un día más sin verla–dijo Vronsky, siempre en francés, para eludir el ceremonio-so «usted» y el comprometedor « tú» del idioma ruso.

–¿Perdonarte el qué? Estoy muy contenta.

–O se encuentra usted mal o está triste –

continuó Vronsky, sin soltar su mano a inclinándose hacia Ana–. ¿En qué pensaba?

–Siempre en lo mismo –repuso ella, sonriendo.

Decía la verdad. En cualquier momento en que le preguntaran podía contestar sin faltar a la verdad: pienso en uno, en su felicidad y en su desgracia.

Ahora mismo, al llegar Vronsky, Ana pensaba precisamente en cómo era posible que a Betsy, por ejemplo (pues estaba enterada de sus relaciones con Tuchskovich), le resultase todo tan fácil, mientras que a ella le era tan penoso.

Y hoy tal pensamiento la atormentaba particularmente por especiales razones.

Preguntó a Vronsky sobre las carreras y él, viendo nerviosa a Ana, a fin de distraería, le contó todo lo relativo a los preparativos para el concurso hípico.

« ¿Se lo digo o no?» , pensaba ella, contemplando los ojos tranquilos y acariciadores de Vronsky. « Se siente tan feliz, tan ocupado con lo de las carreras, que no lo comprendería en su verdadero sentido, no comprendería la significación que encierra este hecho para nosotros...»

–Aún no me ha dicho usted en qué estaba pensando cuando entré. Dígamelo, se lo ruego –suplicó Vronsky, interrumpiendo su conversación.

Ana no contestó. Inclinando levemente la cabeza, le dirigía, con la frente baja, la mirada de sus brillantes ojos adornados de largas pestañas.

Su mano jugueteaba con una hoja y temblaba. Vronsky reparó en ello y en su rostro se expresó aquella sumisión, aquella obediencia ciega que tanto conmovían a Ana.

–Veo que le pasa algo. ¿Cómo voy a estar tranquilo sabiendo que sufre usted una pena que no comparto? Dígamela, por Dios –

insistió.

«No le perdonaría si no comprendiese toda la importancia de... Vale más callar. ¿A qué probarle?», pensaba Ana, mirándole.

Y su mano y la hoja temblaban cada vez más.

–Se lo ruego, por Dios –insistió él.

–¿Se lo digo?

–Sí, sí, sí.

–Estoy embarazada –murmuró Ana lentamente, en voz baja.

La mano, que jugaba con la hoja, tembló más aún, pero ella no separaba la vista de él para ver cómo recibía la noticia.

Vronsky palideció; quiso decir algo, pero se interrumpió, soltó la mano de Ana y bajó la cabeza.

«Sí, ha comprendido toda la importancia de este hecho», pensó Ana con gratitud.

Y le apretó la mano.

Pero se engañaba creyendo que él había comprendido toda la importancia de aquella noticia tal como ella la comprendía.

En efecto, Vronsky, al oírla, experimentó diez veces más fuertemente que de costumbre la sensación de extraña repugnancia que solía poseerle con frecuencia.

Por otro lado, comprendió que la crisis que él anhelaba había llegado, que era imposible ocultar más los hechos al marido y que de un modo a otro se tenía que acabar por fuerza con aquel estado de cosas.

Además, la emoción de Ana se comunicó a él casi físicamente. Le dirigió una mirada acariciadora y sumisa, besó su mano, se incorporó y comenzó a pasear por la terraza en silencio.

–Sí –dijo al cabo, acercándose a ella–. Ni usted ni yo hemos considerado nuestras relaciones como una broma. Y ahora nuestra suerte está decidida. Hay que terminar –dijo, mirando en torno suyo– esta mentira en que vivimos.

–¿Terminar, Alexey? ¿Y cómo? –preguntó Ana, con voz temblorosa, iluminado el rostro por una débil sonrisa.

–Abandonando a tu marido y uniendo nuestras vidas.

–Ya lo están ahora –repuso ella, con voz casi imperceptible.

–Pero no del todo.

–¿Y qué podemos hacer, Alexey? Dímelo –

repuso Ana, sonriendo con tristeza al pensar en la delicada situación en que se encontraban–. ¿Cómo salir de todo esto? ¿Acaso no soy la esposa de mi marido?

–Para todo hay salida. Es preciso decidirse

–dijo Vronsky–. Cualquier cosa será mejor que vivir de este modo. Yo veo perfectamente cuánto sufres por todo: por el mundo, por tu hijo, por tu marido...

–Por mi marido, no –dijo Ana con ingenua sonrisa–. No le conozco, no pienso en él, no existe para mí.

–No dices la verdad. Te conozco. Sufres por él.

–Además, él no sabe nada –dijo Ana.

Y de pronto sintió que las mejillas, la frente, el cuello, se le cubrían de rubor.

Lágrimas de vergüenza acudieron a sus ojos.

–No hablemos de él –concluyó.

XXIII

Varias veces había probado Vronsky, aunque no tan resueltamente como ahora, a hablar con Ana de su situación. Y cada vez encontraba la misma superficialidad y

la misma ligereza de reflexión que ahora demostraba ella al contestar a la proposición que le hacía.

Se diría que existía algo que Ana no quería o no podía aclarar consigo misma, como si cada vez que empezaba a hablar de aquello la verdadera Ana se ensimismara y resultase otra mujer, extraña a él, una mujer a quien no amaba, a la que temía y que le rechazaba.

Pero Vronsky, hoy, estaba resuelto, pasara lo que pasara, a decirlo todo.

–Lo sepa o no su marido –manifestó con su tono habitual, firme y sereno–, a nosotros nos da igual. Pero no podemos continuar así, sobre todo ahora.

–¿Y qué quiere que hagamos? –preguntó ella, con su acostumbrada sonrisa irónica.

Había temido que Vronsky tomara a la ligera su confidencia y ahora se sentía disgustada contra sí misma, al ver que él deducía del hecho la necesidad absoluta de una resolución enérgica.

–Tiene que confesarlo todo a su marido y abandonarle.

–Bien: imagine que se lo confieso ––dijo Ana–. ¿Sabe lo qué pasaría? Se lo puedo decir desde ahora –y una luz malévola brilló en sus ojos, tan dulces momentos antes–.

«¿Conque ama usted a ese hombre y mantiene con él relaciones ilícitas? –y al imitar a su esposo subrayó la palabra "ilícitas", como habría hecho Alexey Alejandrovich–. Ya le advertí sus consecuencias en el sentido religioso, familiar y social... Usted no ha escuchado mis consejos. Pero yo no puedo deshonrar mi nombre...» –Ana iba a añadir: « ni el de mi hijo», pero no quiso complicar al ni-

ño en su burla, y añadió: «deshonrar mi nombre» , y alguna cosa más por el estilo.

Continuó aún–: En resumen, con su estilo de estadista y sus palabras precisas y claras, me dirá que no puede dejarme marchar y que tomará cuantas medidas estén a su alcance para evitar el escándalo. Y hará, serena y escrupulosamente, lo que diga. No es un hombre, sino una máquina. Y una máquina perversa cuando se irrita –añadió, recordando a Alexey Alejandrovich con todos los detalles de su figura, con su modo de hablar, acusándolo de todo lo que de malo podía encontrar en él, no perdonándole nada por aquella terrible bajeza de que ella era culpable ante su marido.

–Ana –dijo Vronsky, con voz suave y persuasiva, tratando de calmarla–, de todos modos hay que decírselo y después obrar según lo que él decida.

–¿Y tendremos que huir?

–¿Por qué no? No veo posibilidad de seguir así, y no sólo por mí, sino porque veo cuánto sufre usted.

–Claro: huir... y convertirme en su amante

–dijo Ana con malignidad.

–¡Ana! –exclamó él con tierno reproche.

–Sí –continuó ella–: ser su amante y perderlo todo.

Habría querido decir «perder a mi hijo», pero no le fue posible pronunciar la palabra.

Vronsky no podía comprender que Ana, naturaleza enérgica y honrada, pudiera soportar aquella situación de falsedades

y no quisiera salir de ella. No sospechaba que la causa principal la concretaba aquella palabra

«hijo», que Ana no se atrevía ahora a pronunciar.

Cuando Ana pensaba en su hijo y en las futuras relaciones que habría de tener con él si se separaba de su esposo, se estremecía pensando en lo que había hecho y entonces no podía reflexionar; mujer al fn, no buscaba más que persuadirse de que todo quedaría igual que en el pasado y olvidar la terrible incógnita de lo que sería de su hijo.

–Te pido, lo imploro –dijo Ana de repente, en distinto tono de voz, sincero y dulce, y co-giéndole las manos– que no vuelvas a hablarme de eso.

–Pero Ana...

–¡Jamás! Déjame hacen Conozco toda la bajeza y todo el horror de mi situación. ¡Pero no es tan fácil de arreglar como te figuras!

Déjame y obedéceme. No me hables más de esto. ¿Me lo prometes? ¡No, no: prométeme-lo!

–Te prometo lo que quieras, pero no puedo quedar tranquilo, sobre todo después de lo que me has dicho. No puedo estar tranquilo cuando tú no lo estás.

–¿Yo? –repuso ella–. Es verdad que a veces padezco. Pero eso pasará si no vuelves a hablarme de... Sólo con hablar de ello me atormentas...

–No comprendo... –dijo Vronsky.

–Pues yo sí comprendo –interrumpió Ana–

que te es penoso mentir, porque eres de condición honorable, y te compadezco. Pienso a veces que has estropeado tu vida por mí.

–Lo mismo pensaba yo de ti en este momento –dijo Vronsky–. ¿Cómo has podido sacrificarlo todo por mí? No podré nunca perdonarme el haberte hecho desgraciada.

–¿Desgraciada yo? –dijo Ana, acercándose a él y mirándole con una sonrisa llena de amor y de felicidad–. ¡Si soy como un hambriento al que han dado de comer! Podrá quizá sentir frío, tener el vestido roto y experimentar vergüenza, pero no es desgraciado.

¿Yo desgraciada? No, en esto he hallado precisamente mi felicidad.

Oyó en aquel momento la voz de su hijo que se acercaba y, lanzando una mirada que abarcó toda la terraza, se levantó con apre-suramiento.

Sus ojos se iluminaron con un fulgor bien conocido por él, y, con un rápido movimiento, levantó sus manos cubiertas de sortijas, tomó la cabeza de Vronsky, le miró largamente y, acercando su rostro, con los labios abiertos y sonrientes, le besó en la boca y en ambos ojos y luego le apartó.

Quiso marchar de la terraza, pero Vronsky la retuvo.

–¿Hasta cuándo? –murmuró contemplándola enajenado.

–Hasta esta noche a la una –contestó Ana.

Y, suspirando profundamente, se dirigió, con paso rápido y ligero, al encuentro de su hijo.

La lluvia había sorprendido a Sergio en el Parque grande y tuvo que esperar, con el aya, refugiado en el pabellón principal.

–Hasta pronto –dijo Ana a Vronsky–. Dentro de poco tengo que salir para ir a las carreras. Betsy quedó en venir a buscarme.

Vronsky consultó el reloj y salió precipitadamente.

XXIV

Cuando Vronsky había mirado el reloj en la terraza de los Karenin estaba tan perturbado y tan absorto en sus pensamientos que había visto las manecillas, pero no reparó en la hora que era.

Salió a la calle y, con cuidado para no en-suciarse con el barro que cubría el suelo, se dirigió a su coche.

El recuerdo de Ana llenaba hasta tal punto su imaginación que no se daba cuenta de la hora ni de si tenía o no tiempo de ver a Briansky. Como sucede a menudo, no le quedaba sino un sentido instintivo de lo que tenía que hacer, sin que la reflexión entrase en ello para nada.

Se acercó al cochero, que dormitaba a la sombra ya oblicua de un frondoso tilo, miró la nube de mosquitos que volaban sobre los caballos cubiertos de sudor y, después de haber despertado al cochero, saltó al carruaje y le ordenó que se dirigiese a casa de Briansky.

Sólo después de recorrer unas siete verstas se recobró, miró el reloj, vio que eran las cinco y media y se dio cuenta de que iba con retraso.

Había fijadas para aquel día varias carreras: las de los equipos de Su Majestad, las de dos verstas para oficiales, otra de cuatro verstas y al fin la carrera en que él debía tomar parte.

Aún podía llegar a tiempo para la carrera, pero si iba a ver a Briansky muy difícilmente llegaría a tiempo y, desde luego , después de que toda la Corte estuviese ya en el hipódromo, Era algo improcedente. Pero había dado palabra a Briansky y resolvió continuar, ordenando al cochero que no tuviese compasión de los caballos.

Llegó a casa de Briansky, se detuvo cinco minutos en ella y volvió atrás a todo trotar.

La rápida carrera le calmó. Cuanto había de penoso en sus relaciones con Ana, lo indeciso que quedara el asunto después de su conversación, todo se le fue de la memoria y ahora pensaba con placer en la carrera, a la que llegaría a tiempo sin ninguna duda; y, de vez en cuando, la dicha de la entrevista que había de tener con Ana aquella noche pasaba por su imaginación como una luz deslumbradora.

La emoción de la próxima carrera se apoderaba de él cada vez más a medida que se iba adentrando en el ambiente de ella, dejando rezagados los coches de aquellos que, desde San Petersburgo y las casas de veraneo, se dirigían al hipódromo.

En su casa no había nadie: todos estaban en las carreras. El criado le esperaba a la puerta.

Mientras se cambiaba de ropa, el criado le anunció que la segunda carrera había comenzado, que habían estado preguntando por él muchos señores y que el mozo de cuadras había ido ya dos veces a buscarle.

Una vez vestido sin apresurarse, ya que nunca se precipitaba ni perdía su serenidad, Vronsky ordenó al cochero que le condujese a las cuadras.

Se veía desde allí el mar de coches, de peones, de soldados que rodeaban el hipó-

dromo y las tribunas llenas de gente. Debía de estar celebrándose la segunda carrera, porque en el momento que él entraba en las cuadras se oyó sonar una campana.

Acercándose al establo, vio a «Gladiador», el caballo rojo de piernas blancas de su competidor Majotin, al que llevaban al hipódromo cubierto con gualdrapa de color naranja y azul marino. Sus orejas, merced al adorno azul que llevaba encima, parecían inmensas.

–¿Y Kord? –preguntó al palafranero.

–En la cuadra, ensillando el caballo.

El establo estaba abierto y «Fru–Fru» ensi-llada. Iban a hacerla salir.

–¿No llego tarde?

All right, all right! –dijo el inglés–. Todo va bien.

Vronsky miró una vez más las elegantes líneas de su querida yegua, cuyo cuerpo temblaba de pies a cabeza, y salió de la cuadra, costándole separar la vista del animal.

Llegó a las tribunas en el momento oportuno para no atraer la atención sobre sí.

La carrera de dos verstas acababa de terminar y ahora los ojos de todos estaban fijos en un caballero de la Guardia,

seguido de un húsar de la escolta imperial que en aquel momento, animando a sus caballos con todas sus fuerzas, alcanzaba la meta.

Desde el centro de la pista y desde el exterior, la multitud se precipitaba hacia la me-ta. Un grupo de oficiales y soldados expresaba con sonoras aclamaciones su alegría por el triunfo de su oficial y camarada.

Vronsky se mezcló en el grupo, sin atraer la atención, casi a la vez que sonaba la campana anunciando el final de la carrera.

El caballero de la Guardia, alto, cubierto de barro, que había llegado en primer lugar, acomodóse con todo su peso en la silla y comenzó a aflojar el bocado de su potro gris, que respiraba ruidosamente, cubierto todo de sudon

El corcel, moviendo los pies con esfuerzo, refrenó la marcha veloz de su enorme cuerpo. El caballero de la Guardia miró en torno suyo como despertando de una pesadilla y sonrió con esfuerzo. Un grupo de amigos y desconocidos le rodeó.

Vronsky evitaba adrede los grupos de personas distinguidas que se movían pausada-mente charlando ante las tribunas. Divisó a la Karenina y a Betsy, así como a la esposa de su hermano. Pero no se acercó para que no le entretuviesen. Mas a cada paso encontraba conocidos que le paraban, a fin de contarle los detalles de las carreras y de preguntarle la causa de que llegara tan tarde.

Los corredores fueron llamados a la tribuna para recibir los premios y todos se dirigieron hacia allí.

El hermano mayor de Vronsky, Alejandro, coronel del ejército, un hombre más bien ba-jo, pero bien formado, como

el propio Alexey, y más guapo, con la nariz y las mejillas encendidas y el rostro de alcohólico, se le acercó.

–¿Recibiste mi nota? ––dijo–. No pude encontrarte.

A pesar de la vida de libertinaje y, sobre todo, de embriaguez que llevaba, y que le había hecho célebre, Alejandro Vronsky era un perfecto cortesano.

Ahora, al hablar con su hermano de aquel asunto desagradable, sabía que tenían muchos ojos fijos en ellos y, por tanto, afectaba un aspecto sonriente, como si estuviese bromeando con su hermano sobre cosas sin importancia.

–La recibí y no comprendo de qué te preocupas tú –contestó Alexey.

–Me preocupo de que ahora mismo me hayan advertido de que no estabas aquí y de que el lunes se te viera en Peterhof.

–Hay asuntos que sólo deben ser tratados por las personas interesadas en ellos, y el asunto a que te refieres es de esa clase.

–Sí; pero en ese caso no se continúa en el servicio, no...

–Te ruego que no te metas en eso y nada más.

El rostro de Alexey Vronsky palideció y su saliente mandíbula comenzó a temblar, lo que le sucedía raras veces. Hombre de corazón, se enfadaba en pocas ocasiones; pero cuando se enojaba y comenzaba a temblarle la barbilla, era peligroso.

Alejandro Vronsky, que lo sabía, sonrió con jovialidad.

–Lo principal era que quería llevarte la carta de mamá. Contéstala y no te preocupes de nada antes de la carrera. Bonne chance! –

añadió, sonriendo.

Y se separó.

En seguida un nuevo saludo amistoso detuvo a Vronsky.

–¿Ya no conoces a los amigos? Buenos dí-

as, mon cher –dijo Esteban Arkadievich, quien entre la esplendidez petersburguesa brillaba no menos que en Moscú con su semblante encendido y sus patillas lustrosas y bien cuidadas–. He llegado ayer y me encan-tará asistir a tu triunfo. ¿Cuándo nos vemos?

–Podemos comer juntos mañana –repuso Vronsky, y apretándole el brazo por encima de la manga del abrigo, mientras se excusaba, se dirigió al centro del hipódromo, adonde llevaban ya los caballos para la gran carrera de obstáculos.

Los caballos, cansados y sudorosos, que habían corrido ya, regresaban a sus cuadras conducidos por los palafreneros, y uno tras otro iban apareciendo los que iban a correr ahora. Eran caballos ingleses en su mayoría, embutidos en sus gualdrapas que les aseme-jaban a enormes y extraños pajarracos. La esbelta y bella «Fru–Fru» estaba a la derecha y, como en el establo, golpeaba sin cesar el suelo con sus largos y elegantes remos.

No lejos de ella quitaban su gualdrapa a «

Gladiador». Las recias, bellas y armoniosas formas del caballo, su magnífica grupa y sus cortos remos llamaron

involuntariamente la atención de Vronsky.

Fue a acercarse a su caballo, pero una vez más le entretuvo un conocido.

–Por allí anda Karenin buscando a su mujer –dijo el conocido–. Ella está en el centro de la tribuna. ¿La ha visto?

–No, no la he visto –contestó Vronsky.

Y, sin volverse siquiera hacia la tribuna donde le decían que estaba la Karenina, se dirigió hacia su caballo.

Apenas tuvo Vronsky tiempo de mirar la silla, sobre la cual tenía que dar algunas indicaciones, cuando llamaron a los corredores a la tribuna para darles números a instrucciones sobre la carrera.

Diecisiete oficiales, con los rostros serios y reconcentrados y algunos bastante pálidos, se reunieron junto a la tribuna y recibieron los números.

A Vronsky le correspondió el siete.

Sonó la orden:

–¡A caballo!

Notando que, entre los demás corredores, era el centro en que convergían todas las miradas, Vronsky se acercó a su caballo, sintiéndose algo violento, a pesar de su serenidad habitual.

En honor a la solemnidad de la carrera, Kord había vestido su traje de gala: levita negra abrochada hasta arriba, cuello duro, muy almidonado, que sostenía sus mejillas en alto, sombrero negro y botas de montar.

Tranquilo y con aires de importancia, como siempre, estaba ante el caballo, al que sostenía por las riendas. «Fru–Fru» seguía temblando como si tuviera fiebre. Su ojo lleno de fuego miraba de soslayo a Vronsky, que se acercaba.

Vronsky introdujo el dedo bajo la cincha y la yegua torció el ojo más aún y bajó una oreja.

El inglés hizo una mueca con los labios, queriendo insinuar una sonrisa ante la idea de que pudiese dudarse de su pericia en el arte de ensillar.

–Monte; así no estará usted tan agitado.

Vronsky dirigió la vista hacia atrás, para ver por última vez a sus competidores, pues sabía que no podría ya verles durante toda la carrera.

Dos de ellos estaban ya en el lugar de partida. Galzin, amigo de Vronsky y uno de los antagonistas peligrosos, giraba en torno a su potro bayo, que no se dejaba montar.

Un menudo húsar de la Guardia, con estrechos calzones de montar, trotaba muy encorvado sobre la grupa del caballo queriendo imitar a los ingleses. El príncipe Kuzovlev cabalgaba, muy pálido, su yegua de pura sangre, de la yeguada de Grabovsky, que un in-glés llevaba por la brida.

Vronsky y todos sus amigos conocían a Kuzovlev su «debilidad nerviosa» y el terrible amor propio que le caracterizaba.

Sabían que Kuzovlev tenía miedo de todo: miedo incluso de montar un caballo militar corriente. Pero ahora, precisamente porque existía peligro, porque podía uno romperse la cabeza y porque junto a cada obstáculo había

médicos, enfermeras y un furgón con una cruz pintada, había resuelto correr.

Las miradas de los dos se encontraron, y Vronsky le guiñó el ojo amistosamente y con aire de aprobación.

Pero en realidad no veía más que a un hombre, su antagonista más terrible: Majotin sobre «Gladiador».

–No se precipite –dijo Kord a Vronsky– ni se acuerde de usted mismo. No contenga a la yegua ante los obstáculos, no la fuerce; déje-la obrar como quiera.

–Bien, bien –dijo Vronsky, empuñando las riendas.

–A ser posible, póngase a la cabeza de los corredores, pero si no lo logra, no pierda la esperanza hasta el último momento, aunque quede muy rezagado.

Antes de que el caballo se moviera, Vronsky, con un movimiento ágil y vigoroso, puso el pie en el cincelado estribo de acero y asentó, con fume ligereza, su cuerpo recio en la crujiente silla de cuero.

Su pie derecho buscó el estribo con un movimiento maquinal y acomodó las dobles bridas entre los dedos.

Kord apartó las manos.

Como vacilando sobre el pie con que debía pisar antes, «Fru–Fru» estiró el largo cuello, dejando tensas las riendas y se movió como sobre resortes, meciendo al jinete sobre su lomo flexible.

Kord les, seguía apresurando el paso. El caballo, nervioso, como queriendo desconcertar al jinete, tiraba de las riendas,

ora de un lado, ora de otro, y Vronsky trataba en vano de calmarle con la mano y con las palabras.

Se acercaban ya al riachuelo protegido por una barrera donde estaba el lugar de partida.

Muchos de los jinetes iban delante, otros muchos detrás. De improviso, Vronsky sintió tras sí, en el barro del camino, el pisar de un caballo, y Majotin le adelantó sobre su pati-blanco « Gladiador» de grandes orejas.

Majotin sonrió mostrando sus grandes dientes, pero Vronsky le miró con seriedad.

En general, no sentía ningún aprecio por él.

Pero ahora le irritaba, además, el considerarle el más peligroso de los concursantes y el que le hubiese pasado delante.

Excitó a «Fru–Fru», la cual levantó la pata izquierda para trotar y dio dos corvetas. Luego, furiosa contra aquellas bridas tenazmente tensas, trotó con sacudidas que hacían tambalearse en la silla al jinete.

Kord arrugó el entrecejo y echó a correr a grandes zancadas para alcanzar a Vronsky.

XXV

Eran en total diecisiete los oficiales que intervenían en la carrera de obstáculos, la cual se celebraba sobre una enorme elipse de cuatro verstas de longitud.

En aquella elipse había nueve obstáculos: un arroyo, una valla de dos arquinas de alto ante la tribuna, una zanja seca, otra con agua, un montículo de elevada pendiente y un

obstáculo de doble salto, consistente en una valla cubierta de ramaje seco tras la cual había una zanja, invisible para el caballo, que debía saltar, valla y zanja de una vez, so pe-na de matarse. Aquél era el obstáculo más peligroso.

Había dos zanjas más, una con agua y otra sin ella. La meta estaba ante la tribuna.

La carrera no comenzaba en la elipse, sino a unos cien sajens de ella, a un lado. Ya en aquel trayecto se encontraba el primer obstá-

culo: una valla seguida de un arroyo que los jinetes podían, según quisieran, saltar o va-dear.

Por tres veces se alinearon los jinetes, pe-ro siempre se adelantaba algún caballo y era preciso volver a empezar.

El juez de partida, coronel Sestrin, empezaba ya a irritarse.

Al fin, a la cuarta vez, dio la señal y los caballos salieron disparados.

Los ojos de todos, todos los prismáticos, se concentraban en el pequeño grupo de jinetes mientras se alineaban,

–¡Han dado ya la salida! ¡Ya corren! –se oyó gritar por todas partes, tras el silencio que precedió a la señal de partida. Y los grupos de espectadores y los peones aislados comenzaron a correr de un sitio a otro para ver mejor la carrera.

Desde el principio, el grupo de jinetes se dispersó. De dos en dos, de tres en tres, o individualmnte, se acercaban al riachuelo.

Para los simples espectadores, todos los caballos corrían a la vez, mas los expertos apreciaban diferencias de segundos que tení-

an gran importancia para ellos.

«Fru–Fru», nerviosa y demasiado excitada, se retrasó en el primer momento y algunos caballos partieron antes que ella. Pero cuando aún no habían llegado al arroyo, Vronsky, dominando al animal, que tiraba siempre de las bridas, adelantó fácilmente a tres de los jinetes.

«Gladiador», montado por Majotin, le llevaba ventaja. El rojo caballo galopaba, fácil y rítmicamente, ante el propio Vronsky.

Y, delante de todos, la magnífica yegua

«Diana» llevaba sobre sus lomos a Kuzovlev, más muerto que vivo.

Al principio, Vronsky no era dueño del caballo ni de sí mismo; hasta llegar al primer obstáculo, el riachuelo, no pudo dirigir los movimientos del animal.

«Gladiador» y «Diana» llegaban a la vez al obstáculo. Casi en el mismo instante se levantaron, saltaron sobre el riachuelo y pasaron sin esfuerzo al otro lado.

Igualmente, «Fru–Fru» saltó tras ellos.

Vronsky, apenas se sintió levantado en el ai-re, vio de pronto, casi bajo las patas de su cabalgadura, a Kuzovlev, que trataba de desembarazarse de «Diana» , caída a la otra orilla del arroyo.

Kuzovlev había soltado las riendas después de saltar y el caballo cayó cabeza abajo con él.

Los detalles de la caída no los supo Vronsky hasta más tarde. Ahora sólo veía el peligro de que «Fru–Fru» pusiese los cascos sobre la cabeza o una pata de « Diana» .

Pero «Fru–Fru» , como una gata al caer, hizo, mientras saltaba, un esfuerzo de remos y grupa y, dejando a «Diana» a un lado, siguió adelante.

«¡Oh, mi cara yegua!», pensó Vronsky.

Tras el salto del riachuelo, Vronsky dominaba ya completamente al animal. Proponíase saltar el obstáculo principal detrás de Majotin, y en la distancia siguiente, libre de obstáculos, de una longitud de doscientos sajens, tratar de pasarle.

La valla más grande estaba ante la tribuna del Zar.

El Emperador, toda la Corte, grandes masas de público, les contemplaban. Él y Majotin avanzaban galopando. Majotin le llevaba un cuerpo de distancia al llegar al «diablo», co-mo llamaban a aquella barrera.

Vronsky sentía los ojos del público puestos en él desde todas partes, pero no veía nada, excepto las orejas y el cuello de su caballo, excepto la tierra que corría a su encuentro, excepto la grupa roja y las piernas blancas de

« Gladiador», siempre a la misma distancia delante de él.

«Gladiador» se irguió en el aire, agitó su breve cola y desapareció de los ojos de Vronsky sin haber rozado el obstáculo.

–¡Bravo! –se oyó gritar.

En el mismo instante, las tablas de la barrera pasaron ante los ojos de Vronsky. Sin una sola agitación, el caballo se levantó bajo el jinete, las tablas desaparecieron y sólo sintió detrás de él el ruido de un ligero golpe.

«Fru–Fru», inquieta por ver delante a

«Gladiador» , había saltado demasiado pronto, tropezando en la barrera con uno de los cascos traseros.

Pero su carrera no se interrumpió. Vronsky recibió en el rostro una pella de barro, com-probando casi a la vez que le separaba de

«Gladiador» la misma distancia de antes. Ve-

ía otra vez sus ancas ante sí, su cola corta Y

sus patas blancas que se movían rápidamente, pero sin agrandar la distancia.

En el instante en que Vronsky pensaba que era preciso adelantar a Majotin, «Fru–Fru», espontáneamente, adivinando su pensamiento sin que él la excitase, aceleró su carrera acercándose a Majotin por el lado de las cuerdas, que era el más favorable. Pero Majotin corría demasiado cerca de las cuerdas impidiéndole pasar. Pensó Vronsky que el único recurso que le quedaba era pasarle por el lado de fuera, y apenas lo hubo pensado, cuando ya «Fru–Fru» , cambiando de pata, comenzaba a adelantarle por allí precisamente.

Los flancos de «Fru–Fru» , que empezaban a cubrirse de sudor, estaban ya a la altura de la grupa de su rival.

Corrieron un rato muy juntos el uno del otro, pero al llegar al obstáculo, Vronsky, pa-ra pasar más cerca de la cuerda, empleó las bridas y, en el mismo montículo, adelantó a Majotin.

Al pasarle, vio el rostro de su competidor manchado de barro y se le figuró que sonreía.

Vronsky le había adelantado, pero le sentía a sus talones y oía incesantemente el galope sostenido y la respiración tranquila, sin muestra de fatiga alguna, de las narices de

«Gladiador» .

Los dos obstáculos siguientes, una zanja y una valla, se salvaron con facilidad; pero Vronsky comenzó a sentir más cercano el galope y la respiración del caballo rival. Acució a la yegua y notó con alegría que aumentaba la velocidad fácilmente. El ruido de los cascos de «Gladiador» volvió a sonar a la distancia de antes.

Vronsky estaba a la cabeza de la carrera, como se proponía y como le aconsejara Kord, y ahora se sentía seguro del triunfo. Su emoción, su alegría y su afecto por «Fru–Fru»

crecían en él con aquella seguridad. Habría deseado mirar tras sí, pero no se atrevía y procuraba calmarse y no acuciar a la yegua para que corriese más, a fin de conservar sus fuerzas intactas, como adivinaba que las conservaba «Gladiador».

No quedaba ya más que un obstáculo: el más difícil. Si lo salvaba antes que los demás, llegaría el primero a la meta. Estaba ya cerca de él. Vronsky y «Fru–Fru» lo divisaban desde lejos; y a la vez, su yegua y él experimentaron un instante de vacilación.

Notó la inseguridad de su cabalgadura en un movimiento de sus orejas y levantó la fus-ta. Pero comprendió en seguida que su temor no tenía ningún fundamento; la yegua sabía lo que tenía que hacer.

«Fru–Fru» adelantó el paso y, con precisión, exactamente como él lo había deseado, se levantó en el aire con gran impulso y se entregó a la fuerza de la inercia, que le lanzó un buen espacio más allá de la zanja. Al mismo paso, sin esfuerzo, sin cambiar de pie,

«Fru–Fru» continuó la carrera.

–¡Bravo, Vronsky! –oyó gritar desde un grupo.

Eran los compañeros de su regimiento que estaban próximos a aquel obstáculo, y entre sus voces Vronsky reconoció la de Yachvin, pero no le vio.

«¡Qué encanto de animal», pensaba Vronsky por «FruFru» , mientras aguzaba el oído para saber lo que pasaba detrás.

«También ha saltado», se dijo luego, al sentir cerca de él el galope de «Gladiador» .

Quedaba un obstáculo: una zanja con agua, de una anchura de dos arquinas.

Vronsky no la miraba. Para llegar el primero con mucha ventaja sobre los demás, comenzó a mover las bridas de un modo oblicuo a la marcha del caballo, haciéndole levantar y bajar la cabeza.

Notaba que «Fru–Fru» tenía las fuerzas agotadas: no sólo estaba cubierta de sudor por el cuello y el pecho, sino que hasta en la cabeza y en las finas orejas se le veían también algunas gotas, y respiraba con dificultad, de manera entrecortada. Vronsky confiaba, sin embargo, en que para las doscientas sajens que restaban le sobrarían aún energías.

Por la impresión de sentirse más cerca del suelo y por una peculiar suavidad de los movimientos de « Fru–Fru» , Vronsky se dio cuenta de que su caballo había aumentado la velocidad. Voló sobre la zanja casi sin notarlo, como un pájaro. Pero, en el mismo instante, el jinete advirtió con terror que, no habiéndose apresurado a seguir el impulso del animal, él, sin saber cómo, había hecho un movimiento en falso, un movimiento imperdonable, bajándose con violencia en la silla.

Su situación cambió de repente: comprendió que sucedía algo horrible. Antes de darse cuenta de la velocidad, pasaron a su lado, como un relámpago, las patas blancas del caballo rojo, y Majotin, de un salto, le adelantó. Vronsky tocaba el suelo con un pie y su corcel se inclinaba hacia aquel lado.

Apenas tuvo tiempo de libertar su pierna, cuando « Fru–Fru» cayó de costado, respirando con dificultad y haciendo inútiles esfuerzos para levantarse, irguiendo el fino cuello cubierto de sudor.

Ya en tierra, agitó las patas como un pája-ro herido.

El torpe movimiento del jinete le había ro-to la columna vertebral.

Vronsky no lo supo hasta mucho después.

Ahora sólo veía a Majotin alejándose, mientras él, chapoteando en la tierra sucia, permaneció inmóvil junto a la yegua tendida de costado, que respiraba anhelosamente, alargando la cabeza hacia él y mirándole con sus hermosos ojos.

Sin comprender aún lo sucedido, Vronsky tiraba de las bridas del animal.

«Fru–Fru» se agitó de nuevo como un pez fuera del agua, haciendo temblar la silla con la afanosa respiración que henchía sus flancos. Luego levantó las patas delanteras, pero le faltaron fuerzas para erguir las posteriores; vaciló y cayó otra vez de lado.

Con el rostro desfigurado de ira, pálido, temblándole la mandiibula inferior, Vronsky dio un taconazo al animal en el vientre y de nuevo tiró de las riendas. Pero el caballo no se movía. Hundiendo la boca en la tierra miraba a su amo con elocuentes ojos.

–¡Oh! –gimió Vronsky, llevándose las manos a la cabeza–. ¡Oh! ¿Qué he hecho? –

gritó–. ¡He perdido la carrera! ¡Y por mi culpa, por mi vergonzosa a imperdonable culpa!

¡Y he perdido mi yegua, mi pobre y querida «

Fru–Fru» ! ¿Qué he hecho?

La gente, el médico, su ayudante, los oficiales del regimiento de Vronsky corrieron hacia él. Para su desgracia, se sabía ileso.

El caballo tenía rota la columna vertebral y decidieron rematarlo. Vronsky no pudo contestar a las preguntas, no pudo hablar con nadie. Volvió la espalda a todos y, olvidando recoger su gorra, que había caído en tierra, marchó del hipódromo sin saber él mismo a dónde iba. Se sentía desesperado. Por primera vez en su vida era víctima de una desgracia, una desgracia irremediable de la que sólo él tenía la culpa.

Yachvin le alcanzó, llevándole su gorra, y le acompañó hasta la casa. Media hora más tarde, Vronsky había reaccionado. Pero el recuerdo de aquella carrera persistió durante mucho tiempo en su memoria como el más terrible y penoso de su vida.

XXVI

Las relaciones de Alexey Alejandrovich con su mujer eran, en apariencia, las mismas de antes. La única diferencia consistía en que él estaba ahora más ocupado que nunca.

Como en años anteriores, al llegar la primavera Karenin fue al extranjero para una cura de aguas, a fin de fortalecer su salud, agotada por el exceso de trabajo del invierno.

Volvió en julio, según acostumbraba, y se entregó con redobladas energías a su labor habitual. Y también como siempre, su esposa fue a la casa de veraneo, mientras él quedaba en San Petersburgo.

Después de la conversación sostenida al regreso de la velada en casa de la princesa Tverskaya, Karenin no habló de sus sospechas y celos; pero el tono ligeramente burlón habitual en él y con el cual parecía remedar a alguien le resultaba ahora muy cómodo para sus relaciones con su mujer. Se mostraba más frío y parecía que estuviera algo descontento a causa de aquella primera conversación nocturna que ella no quiso continuar.

En su trato con ella apenas exteriorizaba un leve signo de descontento.

«No quisiste explicarte conmigo... Bien: peor para ti... Ahora serás tú quien pida la explicación y yo me negaré a ella... Sí: peor para ti.»

Así parecía hablar consigo mismo, al modo de un hombre que, esforzándose en vano en apagar un incendio, se irritara contra su propia impotencia y dijese: « ¡Ahora vas a quemarte, en justo castigo!» .

Karenin, hombre inteligente y experto en los asuntos ofciales, no comprendía, sin embargo, el error de tratar así a su mujer. Y no lo comprendía porque era demasiado terrible, porque para él era insoportable intuir la realidad de su presente situación.

Había, pues, cerrado aquel secreto cajón de su alma en el que guardaba sus sentimientos hacia su familia, es decir, hacia su mujer y su hijo.

Aunque padre cariñoso, desde fines de aquel invierno estaba muy frío con su hijo, y le trataba del mismo modo irónico que a su mujer.

–¡Eh, muchacho! –solía decir para dirigirse al pequeño.

Alexey Alejandrovich, al reflexionar, se de-cía que ningún año había tenido tanto trabajo como aquel en su oficina, sin reparar en que él mismo inventaba el trabajo para no abrir el cajón en que guardaba los sentimientos hacia su mujer y su hijo, tanto menos naturales cuanto más tiempo los guardaba encerrados en él.

Si alguien se hubiera atrevido a preguntarle lo que pensaba por entonces sobre la conducta de su esposa, el sereno y reposado Alexey Alejandrovich no habría contestado nada, pero se habría incomodado con el que le hubiese dirigido semejante pregunta.

De aquí la altiva y seca expresión de su rostro cuando le interrogaban sobre la salud de su mujer, Alexey Alejandrovich deseaba no pensar en los sentimientos y la conducta de Ana, y lo lograba, en efecto.

La casa veraniega de los Karenin estaba en Peterhof. Generalmente, la condesa Lidia Ivanovna pasaba también el verano allí, vecina a Ana y en continuo trato con ella.

Pero aquel año la Condesa no quiso vivir en Peterhof, no visitó a Ana ni una vez a hizo entender a Alexey Alejandrovich que consideraba inconveniente la amistad de Ana con Betsy y Vronsky.

Alexey Alejandrovich la interrumpió severamente, diciéndole que Ana estaba por encima de todas las sospechas, y desde entonces evitó todo trato con Lidia Ivanovna.

Se empeñaba en no ver, y por tanto no lo veía, que muchas personas de la alta sociedad miraban con cierta prevención a su mujer. Tampoco quería comprender ni comprendía por qué Ana se obstinaba en ir a vivir a Tsarskoie Selo, donde residía Betsy, cerca del campamento de la unidad de Vronsky.

Se prohibía pensarlo y no lo pensaba; pero en el fondo de su alma, aunque no se lo con-fesase ni lo demostrara, no dejando traslucir ni siquiera la más leve sospecha, sabía con certeza que era un marido burlado y ello le colmaba de desventura.

Antes, muchas veces, durante los ocho años de su vida de casado, tan dichosa, Alexey Alejandrovich, observando a las esposas infieles y a los maridos engañados, se había dicho:

«¿Cómo es posible llegar a esto? ¿Cómo pueden vivir sin aclarar tan horrorosa situación?».

Mas, ahora que la desgracia se abatía sobre él, no sólo no pensaba en aclarar situación alguna, sino que no quería darse por enterado de ella. Y no quería precisamente porque la situación era horrorosa en exceso, en exceso ilógica.

Desde su regreso del extranjero había estado dos veces en la casa de verano. Una vez comió allí y otra pasó la tarde con los invitados, pero en ninguna ocasión se quedó por la noche, como hacía en años anteriores.

El día de las carreras Karenin estuvo muy ocupado. Por la mañana se trazó el plan de la jornada, resolviendo ir a ver a su mujer a la casa de verano inmediatamente después de comer. De allí se dirigió a las carreras, a las que, por asistir toda la Corte, Karenin no po-día faltar.

El ir a ver a su esposa se debía a que había resuelto visitarla una vez por semana para guardar las apariencias. Además, aquel día necesitaba entregar a su mujer el dinero preciso para los gastos de la quincena, como acostumbraba hacer.

Con su habitual dominio de sus pensamientos, una vez que hubo pensado en todo lo que se refería a Ana, prohibió a su imaginación ir más adelante en lo que a ella se refería.

Karenin pasó la mañana muy ocupado. El día anterior Lidia Ivanovna le había mandado un folleto de un viajero célebre por sus viajes en China que estaba, a la sazón, en San Petersburgo.

Lidia Ivanovna acompañaba el envío de una carta pidiéndole que recibiese al viajero, hombre interesante y útil en muchos sentidos.

Alexey Alejandrovich no tuvo tiempo de leer el folleto la tarde antes y hubo de termi-narlo por la mañana.

Después empezaron a acudir solicitantes, le presentaron informes, hubo visitas, destinos, despidos, asignación de pensiones, de sueldos, correspondencia... En fin, el trabajo, aquel «trabajo de los días laborables», como decía Alexey Alejandrovich, que le ocupaba tanto tiempo.

Después siguieron dos asuntos personales: recibir al médico y al administrador.

Éste no le robó mucho tiempo; no hizo más que entregarle el dinero necesario y un informe sobre el estado de sus asuntos, los cuales no marchaban demasiado bien. Este año habían salido mucho y gastado, en consecuencia, mucho más, de modo que existía déficit.

El doctor, célebre médico de la capital, amigo de Karenin, le ocupó, en cambio, bastante tiempo.

Alexey Alejandrovich, que no le esperaba, quedó extrañado de su visita, y sobre todo de la manera minuciosa con que le preguntó por su salud. Luego le auscultó, le dio algunos golpecitos en el pecho y le palpó finalmente el hígado.

Alexey Alejandrovich ignoraba que Lidia Ivanovna, observando que la salud de su amigo no marchaba bien aquel año, había pedido al médico que le examinase cuidadosamente.

–Hágalo por mí –había dicho Lidia Ivanovna.

–Lo haré por Rusia, Condesa –repuso el médico.

–¡Es un hombre inapreciable! –concluyó Lidia Ivanovna.

El médico quedó preocupado por Karenin.

El hígado estaba muy dilatado, la nutrición era insuficiente y la cura de aguas no había hecho efecto alguno.

Le prescribió el mayor ejercicio físico posible y el mínimo de esfuerzo cerebral. En especial le dijo que evitara todo disgusto, lo que era tan imposible para Alexey Alejandrovich como prescindir de la respiración.

Finalmente, el médico se fue, dejando a Karenin la desagradable impresión de que en su organismo había algo que no marchaba bien y que era imposible remediarlo.

El médico, al salir, encontró al administrador de Karenin, Sludin, hombre a quien conocía mucho. Habían sido compañeros de universidad y, aunque se veían raras veces, se estimaban recíprocamente y eran buenos amigos. A

nadie, pues, mejor que a Sludin podía exponer el doctor su opinión sobre el enfermo.

–Me alegro de que le haya visitado –dijo Sludin–. Creo que no está bien. ¿Qué le parece?

–Opino –repuso el médico haciendo, por encima de la cabeza de Sludin, señal a su cochero de que acercase el coche– lo siguiente...

Cogió con sus manos blancas uno de los dedos de su guante de piel y lo estiró.

–Es como este guante. Si usted, sin esti-rarlo, trata de romperlo, le parecerá difícil.

Pero tire cuanto pueda, oprima con el dedo y se romperá. Karenin, con su amor al trabajo, su honradez y su tarea, está estirando hasta el máximo... ¡Y hay una presión ajena y bastante fuerte! –concluyo el doctor, arqueando las cejas, significativo.

–¿Estará usted en las carreras? –añadió, mientras bajaba la escalera dirigiéndose a su coche–. ¡Sí, sí, ya comprendo que eso ocupa mucho tiempo! –exclamó en respuesta a algo que le dijera Sludin y no había entendido bien.

Tras el doctor, que estuvo largo rato, co-mo dijimos, llegó el viajero célebre, y Alexey Alejandrovich, gracias al folleto que acaba de leer y a su erudición en la materia, sorprendió al visitante con la profundidad de sus conocimientos y la amplitud de su visión en aquel asunto.

A la vez que al viajero, le anunciaron la visita del mariscal de la nobleza de una provincia, llegado a San Petersburgo para hablar con Karenin.

Cuando éste hubo marchado, Karenin despachó los asuntos del día con su secretario.

Debía, además, hacer una visita a una rele-vante personalidad para un asunto de importancia.

A duras penas llegó a casa a las cinco, hora justa de comer. Comió con su administrador y le invitó a que le acompañase a su casa veraniega, para ir después a las carreras de caballos.

Alexey Alejandrovich, sin darse cuenta, procuraba ahora que las visitas a su mujer fuesen ante terceros.

XXVII

Ana estaba en el piso alto, ante el espejo, prendiendo con alfileres un último lazo a su vestido con ayuda de Anuchka, cuando sintió crujir la grava a la entrada bajo las ruedas de un carruaje.

«Para ser Betsy, es demasiado temprano», pensó.

Asomándose a la ventana, vio el coche, el sombrero negro que se destacaba en él y las orejas tan conocidas de Alexey Alejandrovich.

«¡Qué inoportuno! ¿Será posible que venga a pasar la noche aquí?», pensó Ana.

Y le parecieron tan horribles los resultados que podían derivarse de ello que, para no reflexionar, se apresuró a salir al encuentro de los recién llegados con el rostro radiante y alegre, sintiéndose llena de aquel espíritu de engaño y fingimiento que se apoderaba de ella con frecuencia y bajo cuya influencia comenzó a hablar, sin saber ella misma lo que diría.

–Te agradezco la atención de haber venido

–dijo Ana, dando la mano a su esposo y saludando a su acompañante, Sludin, el amigo de confianza, con una sonrisa–. Espero que te quedarás a dormir, ¿no?

Decía lo primero que le inspiraba su espíri-tu de falsedad.

–Iremos juntos a las carreras... Siento haber quedado con Betsy en que... Vendrá ahora a buscarme.

Alexey Alejandrovich hizo una mueca al oír el nombre de Betsy.

–No separaré a las inseparables –dijo con su habitual acento burlón–. Yo iré con Mijail Vasilievich. Los médicos me recomiendan que pasee. Daré un paseo, pues, y me imaginaré que estoy en el balneario...

–No hay por qué apresurarse; tenemos tiempo –repuso Ana–. ¿Quieres tomar el té?

Y tocó el timbre.

–Sirvan el té y digan a Sergio que ha llegado su papá. ¿Cómo estás de salud? No había usted estado aquí nunca, Mijail Vasilievich... ¡Mire, qué terraza más espléndida tenemos! ¡Vaya usted a verla! –decia Ana, dirigiéndose, ya a uno, ya a otro.

Hablaba con sencillez y naturalidad, pero demasiado y muy deprisa. Ella misma lo notaba, tanto más cuanto que en la mirada de curiosidad de Mijail Vasilievich le pareció leer que trataba de escudriñarla.

Mijail Vasilievich salió a la terraza. Ana se sentó junto a su marido.

–No tienes buena cara –le dijo.

–Hoy me ha visitado el doctor durante una hora –dijo Karenin–. Supongo que le envió alguno de mis amigos. ¡Les preocupa tanto mi salud!

–¿Qué te ha dicho el médico?

Le preguntaba por su salud, por su trabajo; le aconsejaba que fuese a vivir con ella para descansar.

Lo decía alegre y rápidamente, con un brillo peculiar en los ojos. Pero Alexey Alejandrovich no daba importancia alguna a su acento. Escuchaba las palabras de Ana, dándoles la significación literal que tenían, contestándole con sencillez, medio en broma. Y

aunque en aquella conversación no había na-da de particular, jamás en lo sucesivo pudo Ana recordar aquella escena sin experimentar un doloroso sentimiento de vergüenza.

Entró Sergio, precedido de su institutriz.

Si Alexey Alejandrovich se hubiera permitido a sí mismo observarle, habría reparado en la mirada temerosa y confusa con que el niño contemplaba primero a su padre y a su madre después. Pero Karenin no quería ver nada y no lo veía.

–¡Hola, muchacho! Has crecido. Te estás haciendo un hombre. ¿Cómo estás, muchacho?...

Y tendió la mano al asustado Sergio.

Éste era antes ya tímido en sus relaciones con su padre, pero ahora, desde que Karenin le llamaba muchacho y desde que

el niño empezó a meditar en si Vronsky era amigo o enemigo, tendía a apartarse de su padre.

Miró a su madre como buscando protección, ya que sólo a su lado se sentía a gusto.

Entre tanto, Alexey Alejandrovich ponía una mano sobre el hombro de su hijo y hablaba con la institutriz. El pequeño se sentía penosamente cohibido y Ana temía que rompiese a llorar.

Al entrar el niño y verle tan inquieto y temeroso, Ana se había sonrojado. Ahora se levantó con premura, quitó la mano de su esposo del hombro del pequeño, besó a éste, le llevó a la terraza y volvió en seguida.

–Ya es hora –dijo, mirando su reloj–.

¿Cómo tardará tanto Betsy?

–Sí, sí –dijo Alexey Alejandrovich.

Se levantó y cruzándose unos con otros los dedos de las manos hizo crujir las articulaciones.

–He venido a traerte dinero –dijo–, porque el pájaro no se mantiene sólo de cantos...

Supongo que tendrás ya necesidad de él.

–No, no lo necesito... Digo, sí... –replicó Ana, sin mirarle, ruborizándose hasta la raíz del cabello–. ¿Volverás después de las carreras?

–¡Oh, sí! –contestó Alexey Alejandrovich–.

¡Ahí está la beldad de Peterhof, la princesa Tverskaya! –añadió, mirando por la ventana y viendo el coche inglés, con

llantas de goma, de caja muy alta y pequeña–. ¡Qué elegancia!

¡Qué riqueza! ¡Es admirable! Entonces también nosotros nos vamos.

La Princesa no salió del coche. Su lacayo, calzado con botines, vistiendo esclavina y tocado con un sombrero negro, se apeó al llegar a la puerta.

–Me voy –dijo Ana–. Adiós.

Y después de besar a su hijo, se acercó a su marido y le dio la mano.

–Has sido muy amable visitándome ––dijo.

Alexey Alejandrovich le besó la mano.

–Bien; hasta luego. ¡No dejes de venir a tomar el té! –concluyó su esposa.

Y salió, radiante y alegre.

Pero apenas perdió de vista a su marido, recordó la impresión de sus labios en el lugar de su mano que la habían tocado y se estremeció de repugnancia.

XXVIII

Cuando Alexey Alejandrovich llegó a las carreras, Ana estaba sentada ya al lado de Betsy en la tribuna donde se congregaba la alta sociedad.

Ana vio a su marido desde muy lejos.

Dos hombres –su marido y su amante–

formaban como dos centros de su vida. Sentía su proximidad aun sin ayuda de sus sentidos corporales.

Desde lejos presintió la llegada de su esposo a involuntariamente le siguió con los ojos entre las olas de muchedumbre en medio de las cuales se movía.

Le veía acercarse a la tribuna, ora correspondiendo, condescendiente, a los saludos humildes; ora contestando, amistosamente, pero con cierta distracción, a sus iguales; ora espiando con atención la mirada de los poderosos y quitándose su amplio sombrero hongo, calado hasta las puntas de las orejas.

Ana conocía muy bien todas aquellas maneras de saludar a la gente, y todas despertaban en ella el mismo sentimiento de antipatía.

«En su alma no hay más que amor a los honores, ambición de triunfar» , pensaba.

«Las ideas elevadas, el amor a la cultura, a la religión y todo lo demás no son sino medios de llegar a la cumbre.»

Por las miradas que su esposo dirigía a la tribuna, Ana comprendió que la buscaba.

Pero Alexey Alejandrovich no lograba descubrir a su mujer entre el mar de muselina, cintas, plumas, sombrillas y colores.

Ana, aun sabiendo que la buscaba, fingió deliberadamente no verle.

–¡Alexey Alejandrovich! –gritó la condesa Betsy–. Observo que no encuentra usted a su mujer. Está aquí.

Karenin sonrió con su sonrisa fría.

–Deslumbran ustedes tanto que no sabe uno adónde mirar –repuso.

Y se dirigió a la tribuna.

Sonrió a su mujer como debe hacerlo un marido a la esposa que ha visto minutos antes y saludó a la Princesa y a otros conocidos, tratando a cada uno como se había de tratar: es decir, bromeando con las señoras y cambiando cumplidos con los hombres.

Abajo, junto a la tribuna, estaba un ayudante general muy apreciado de Alexey Alejandrovich y muy conocido por su talento a instrucción.

Alexey Alejandrovich le habló.

Estaban en un intermedio entre dos carreras y nada dificultaba su charla. El ayudante general criticaba el deporte hípico. Alexey Alejandrovich lo elogiaba. Ana escuchaba su voz fina y monótona sin perder una palabra, y cada una de ellas le sonaba a falsa y le hería desagradablemente el oído.

Al empezar la carrera de cuatro verstas con obstáculos, Ana se inclinó hacia adelante sin quitar los ojos de Vronsky, que en aquel momento se acercaba a la yegua y montaba.

A la vez oía la voz de su marido, aquella voz repulsiva que hablaba sin parar. El miedo de que Vronsky sufriese algún daño la atormentaba, y la atormentaba más aún, sin embargo, el percibir la aguda voz incansable de Alexey Alejandrovich con sus entonaciones tan conocidas para ella.

«Soy una mala mujer, una mujer caída», pensaba Ana, «pero no me gusta mentir y no puedo con la mentira. ¡Y mi marido se alimenta de ella! Lo sabe todo, lo adivina todo...

¿Cómo puede, pues, hablar con tanta tranquilidad? Si me hubiese matado o matado a Vronsky, le apreciaría. Pero no. No le interesan más que la mentira y las apariencias» .

Así reflexionaba, sin concretar cómo le habría agradado que fuera su marido y lo que habría deseádo hallar en él.

No comprendía tampoco que la facundia de Alexey Alejandrovich, que tanto la irritaba, era, aquel día, una expresión de su desaso-siego y su inquietud interna.

Como un niño que habiéndose hecho daño ejercita sus músculos para calmar el dolor, Alexey Alejandrovich necesitaba aquella actividad cerebral para apagar los recuerdos relativos a su mujer, que en presencia de ella y de Vronsky, y oyendo repetir este último nombre sin cesar, reclamaban su constante atención.

Y así como para un niño es natural saltar, para él era natural hablar bien y con inteligencia.

Ahora decía:

–El peligro es la condición imprescindible de las cameras de caballos entre militares. Si Inglaterra es la nación que puede exhibir en su historia militar los más brillantes hechos de tropas de caballería, se debe a que ha procurado desarrollar desde siempre el vigor de animales y jinetes. En mi opinión, el deporte tiene mucha importancia. Pero nosotros no vemos nunca más que lo superficial...

–¿Dice usted superficial? –interrumpió la Tverskaya–. Me han dicho que un oficial se rompió una vez dos costillas.

Alexey Alejandrovich sonrió con aquella sonrisa suya que descubría los dientes pero no expresaba más.

–Admitamos, Princesa, que no es superficial, sino profundo. Pero no se trata de eso...

Y Karenin se dirigió de nuevo al ayudante general, con el que hablaba en serio.

–No olvidemos que quienes corren son militares, hombres que han elegido esa carrera.

¡Y cada vocación tiene el correspondiente re-verso de la moneda! El peligro entra en las obligaciones del militar. El terrible deporte del boxeo o el riesgo que afrontan los toreros es-pañoles podrá quizá ser signo de barbarie.

Pero el deporte sistematizado es signo de civilización.

–No volveré a estas carreras; son demasiado impresionantes, ¿verdad, Ana? –dijo la princesa Betsy.

–Impresionantes, pero subyugan el ánimo

–repuso otra señora–. Si yo hubiese sido romaná; no habría perdido ni uno de los espectáculos del circo.

Ana, en silencio, miraba con los prismáticos hacia un solo punto.

En aquel momento pasaba por la tribuna un general muy alto. Interrumpiendo la conversación, Alexey Alejandrovich se levantó a toda prisa, aunque no sin dignidad, y saludó profundamente al militar.

–¿No corre usted? –le preguntó el general en broma.

–Mi carrera es mucho más difícil –contestó respetuosamente Karenin.

Y aunque la respuesta no significaba gran cosa, el general tomó el aspecto de quien ha oído algo muy ingenioso de boca de un hombre inteligente y en cuyas palabras sabía él percibir bien la pointe de la sauce...

–En estas cosas –seguía Karenin– hay dos puntos a considerar: los actores y los espectadores. Convengo en que el amor a estos espectáculos es signo indudable del bajo nivel mental del público, pero...

–¡Una apuesta, Princesa! –gritó desde abajo la voz de Esteban Arkadievich–. ¿Por quién apuesta usted?

–Ana y yo apostamos por el príncipe Kuzovlev –contestó Betsy.

–Y yo por Vronsky. ¿Va un par de guantes?

–Va.

–¡Qué hermoso espectáculo! ¿Verdad?

Alexey Alejandrovich calló mientras hablaban junto a él y luego recomenzó:

–Conforme con que los juegos no varoniles...

Iba a continuar, pero en aquel momento dieron la salida a los jinetes y todos se levantaron y miraron hacia el riachuelo.

Karenin no se interesaba por las carreras.

No miró, pues, a los corredores. Sus ojos cansados se dirigieron distraídamente al pú-

blico y se posaron en Ana.

El rostro de su mujer estaba pálido y serio.

Se notaba que Ana no veía sino a uno solo de los corredores. Contenía la respiración y su mano oprimía convulsivamente el abanico.

Karenin, después de haberla mirado, volvió precipitadamente la cabeza, dirigiendo la vista a otros semblantes.

«Aquella otra señora... y esas otras también... Están muy emocionadas; es natural», se dijo Alexey Alejandrovich.

No quería mirar a Ana, pero involuntariamente sus ojos se volvieron hacia ella. Estudiaba su rostro tratando, y no queriendo a la vez, leer lo que en él estaba tan claramente escrito y, contra su deseo, leía lo que deseaba ignorar.

La primera caída –la de Kuzovlev en el riachuelo– impresionó a todos, pero Karenin leía en el pálido y radiante rostro de Ana el júbilo de que aquel a quien ella miraba no hubiera caído. Cuando Majotin y Vronsky saltaron la valla grande y el oficial que les seguía cayó de cabeza quedando muerto en el acto, Karenin observó que Ana no le veía ni casi reparaba en el murmullo de horror que agitaba a los espectadores, y que apenas sentía los comentarios que se hacían en torno a ella.

Alexey Alejandrovich la miraba cada vez con más insistencia. Ana, aunque absorta en seguir la carrera de Vronsky, sintió la fría mirada de su marido, que la contemplaba de soslayo. Se volvió un momento y le miró a su vez, interrogadora, arrugando ligeramente el entrecejo. Luego volvió a contemplar el espectáculo.

«Me da igual», parecía haber contestado a su esposo. Y no le miró ni una vez más.

Las carreras resultaron desafortunadas. De diecisiete hombres que intervinieron en la última, cayeron y se lesionaron más de la mitad. Al terminar la última carrera, todos estaban muy impresionados. Y la impresión aumentó cuando se supo que el Emperador estaba descontento del resultado de la prueba.

XXIX

Todos expresaban su desaprobación en voz alta, repitiendo la frase lanzada por alguien.

–Después de eso, no falta ya más que el circo romano...

El horror se había apoderado de todos, por lo cual el grito de espanto que brotó de los labios de Ana en el momento de la caída de Vronsky a nadie llamó la atención: no había en ello nada extraordinario. Pero poco después, el rostro de Ana expresó un sentimiento más vivo de lo que permitía el decoro, Perdido por completo el dominio de sí misma, comenzó a agitarse como un ave en la trampa, ya queriendo levantarse para ir no se sabía adónde, ya dirigiéndose a Betsy y diciéndole:

–Vámonos, vámonos.

Pero Betsy, inclinada hacia abajo, hablaba con un general y no la oía.

Alexey Alejandrovich se acercó a Ana y le ofreció el brazo galantemente.

–Vayámonos, si quiere –dijo en francés.

Ana escuchaba al general y no reparó en su marido.

–Dicen que se ha roto la pierna. ¡Eso es una barbaridad! ––comentaba el general.

Ana, sin contestar a su marido, tomó los prismáticos y miró hacia el lugar donde Vronsky había caído.

Pero estaba bastante lejos y se había precipitado allí tanta gente que era imposible distinguir nada.

Ana, bajando los gemelos, se dispuso a marchar. Pero en aquel momento llegó un oficial a caballo a informó al Emperador. Ana se inclinó hacia adelante para escuchar lo que decía.

–¡Stiva, Stiva! –gritó, llamando a su hermano. Mas él, aunque no estaba lejos, no la oyó, y ella se dispuso de nuevo a marchar.

–Insisto en ofrecerle mi brazo si quiere ir-se –dijo su marido, tocando el brazo de Ana.

Ésta se separó de él con repulsión y contestó, sin mirarle a la cara:

–No, no, déjame; me quedo.

Veía ahora que, desde donde cayera Vronsky, un oficial corría a través del campo hacia la tribuna.

Betsy le hizo una señal con el pañuelo. El oficial anunció que el jinete estaba ileso, pero que el caballo se había roto la columna vertebral.

Al oírle, Ana se sentó y ocultó el rostro tras el abanico. Karenin veía que su mujer no sólo no podía reprimir las

lágrimas, sino que ni siquiera los sollozos que henchían su pecho. Entonces se puso ante ella, para darle tiempo a reponerse sin que los demás nota-ran su llanto.

–Le ofrezco mi brazo por tercera vez ––

dijo a Ana al cabo de un instante.

Ella le miraba, sin saber qué decir. La princesa Betsy corrió en su ayuda.

–No, Alexey Alejandrovich. Ana y yo hemos venido juntas y le he prometido acompañarla a casa–intervino Betsy.

–Perdón, Princesa –dijo Karenin, sonriendo con respeto, pero mirándola fijamente a los ojos– Observo que Ana no se encuentra bien y quiero que regresé a casa conmigo.

Ana se volvió asustada, se puso en pie sumisa y pasó el brazo bajo el de su marido.

–Enviaré a preguntar cómo está Vronsky y se lo avisaré –le dijo Betsy en voz baja.

Al salir de la tribuna, Karenin hablaba, co-mo de costumbre, con los conocidos que iba encontrando. Ana tenía también que hablar y proceder como siempre, pero se sentía muy agitada y avanzaba del brazo de su marido como en una pesadilla.

«¿Se habría matado o no? ¿Sería cierto lo que decían?»

Se sentó en silencio en el coche de Karenin, que destacó en breve de entre los demás coches.

A despecho de lo que había visto, Alexey Alejandrovich se negaba a pensar en la verdadera situación de su mujer. No

apreciaba más que los signos externos. Ella se había comportado de una manera inconveniente y ahora él consideraba un deber suyo el decírselo. Pero era muy difícil hacerlo sin ir más lejos.

Abrió la boca para decir a Ana que su conducta era digna de censura, mas sin querer él dijo una cosa totalmente distinta.

–¡Parece imposible cómo, en el fondo, nos gustan a todos esos espectáculos tan bárba-ros! ––comentó–. Observo...

–¿Qué? No le comprendo –repuso Ana.

Karenin se sintió ofendido, a inmediatamente comenzó a hablarle de lo que quería.

–He de decirle... –comenzó.

«Ahora viene la explicación», pensó Ana asustada.

–He de decirle que su conducta de hoy no ha sido nada correcta –le dijo su marido en francés.

–¿Por qué no ha sido correcta? –preguntó Ana en voz alta, volviendo rápidamente la cabeza y mirándole a los ojos, pero no con la fingida alegría de otras veces, sino con una resolución bajo la cual difícilmente ocultaba sus temores.

–Cuidado –dijo Alexey Alejandrovich señalando la abierta ventanilla delantera por la que podía oírles el cochero.

Y, levantándose, subió el cristal.

–¿Qué halla usted de incorrecto en mi conducta? –repitió Ana.

–La desesperación que no supo usted ocultar cuando cayo uno de los jinetes.

Karenin esperaba una réplica, pero Ana callaba, mirando fijamente ante sí.

–Ya le he rogado antes que se comporte correctamente en sociedad, para que las malas lenguas no tengan que murmurar de usted. Hace tiempo le hablé del aspecto espiritual de estas cosas. Ahora ya no me refiero a tal aspecto. Hablo de las conveniencias exteriores. Usted se ha comportado incorrectamente y espero que esto no se repetirá.

Ana apenas oía la mitad de aquellas palabras. Temía a su marido y a la vez se preguntaba si Vronsky se habría matado o no, y si se habrían referido a él al decir que el jinete estaba ileso y el caballo se había roto la columna vertebral.

Sólo acertó a sonreír con fingida ironía cuando su marido acabó de hablar. Pero no pudo contestarle nada, porque apenas había entendido nada de lo que él le dijera.

Karenin había comenzado a hablar con mucha energía, mas cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo a su mujer, el temor que ésta experimentaba se le contagió. Vio la sonrisa irónica de Ana y una extraña confusión se apoderó de su mente.

«Sonríe de mis dudas. Ahora va a decirme lo mismo que me dijo entonces: que mis sospechas son infundadas y ridículas...»

Sintiéndose amenazado de oír la verdad, Karenin deseaba vivamente que su mujer le contestase como lo había hecho entonces, que le dijese que sus sospechas eran estúpidas y sin fundamento. Era tan terrible lo que sabía y sufría tanto por ello que en aquel instante estaba pronto a creerlo todo.

Pero la expresión temerosa y sombría del rostro de Ana ahora ni siquiera le prometía el engaño.

–Puede que me equivoque –siguió él–,y en ese caso le ruego que me perdone.

–No se equivoca usted –dijo lentamente Ana, mirando con desesperación el semblante impasible de su marido–. No se equivoca...

Estaba y estoy desesperada. Mientras le escucho a usted estoy pensando en él. Le amo; soy su amante. No puedo soportarle a usted; le aborrezco. Haga conmigo lo que quiera.

E, inclinándose en un ángulo del coche, Ana rompió en sollozos, ocultando la cara entre las manos.

Karenin no se movió ni cambió la dirección de su mirada. Su rostro adquirió de pronto la solemne inmovilidad del de un muerto y aquella expresión no se modificó durante to-do el trayecto hasta la casa de verano. Una vez ante ella, Karenin volvió el rostro hacia su mujer, siempre con la misma expresión.

–Bien. Exijo que guarde usted las apariencias hasta que... –y la voz de Karenin tembló–, hasta que tome las medidas apropiadas para dejar a salvo mi honor. Ya se las comunicaré.

Salió del coche y ayudó a Ana a apearse.

Le apretó la mano, de modo que los criados lo vieran, se sentó en el coche y volvió a San Petersburgo.

Poco después llegaba el criado de la Princesa con un billete para Ana.

«He mandado una carta a Alexey preguntándole cómo se encuentra. Me contesta que está ileso, pero desesperado.»

«Entonces vendrá», pensó Ana. «¡Cuánto celebro habérselo dicho todo á mi marido!»

Miró el reloj. Faltaban tres horas aún para la cita. Los recuerdos de la última entrevista la llenaban de emoción.

«¡Dios mío, cuánta claridad aún! Es terrible, pero, ¡me gusta ver su rostro y me gusta esta luz fantástica!. ¿Y mi marido? ¡Ah, sí!

Gracias a Dios todo ha terminado entre nosotros...»

XXX

Como en todas partes donde se reúne gente, en la pequeña estación balnearia adonde habían ido los Scherbazky se realizó esa especie de cristalización habitual en la sociedad que hace que cada uno de sus miembros ocupe un lugar definido.

Así como el frío da una forma invariable y fija a cada partícula de agua, convirtiéndola en un fragmento determinado de nieve, así cada nuevo cliente que llegaba al balneario ocupaba su correspondiente lugar.

Fürst Scherbazky sammt Gemahlin and Tochter se habían cristalizado en el puesto definido que les correspondía teniendo en cuenta el piso que ocuparon, su nombre y las relaciones que se habían creado.

Aquel año había llegado a las aguas una verdadera Fürstin alemana, gracias a la cual la cristalización se realizó más rápidamente.

La princesa Scherbazky se obstinó totalmente en presentar a Kitty a la princesa alemana y al segundo día de llegar efectuó la ceremonia.

Kitty, ataviada con un vestido muy sencillo, es decir muy lujoso, que había sido encargado expresamente a París, saludó profunda y graciosamente a la Princesa.

La princesa alemana dijo:

–Espero que las rosas iluminen en breve ese hermoso rostro.

Y los caminos de la vida de los Scherbazky en el balneario quedaron tan fijamente traza-dos que ya no les fue posible salirse de ellos.

Los Scherbazky conocieron a una lady inglesa, a una condesa alemana y a su hijo, herido en la última guerra, a un sabio sueco y al señor Canut y a una hermana suya que le acompañaba.

Pero a quien más trataban los Scherbazky era a una señora de Moscú, Marla Evgenievna Rtischeva, a su hija, antipática a Kitty por estar enferma, como ella, de un amor desgraciado, y a un coronel moscovita al que Kitty veía y trataba desde niña y al que recordaba siempre de uniforme y con espuelas, aunque ahora llevaba el cuello al descubierto y usaba corbata de color.

Este hombre, de pequeños ojos, era extraordinariamente ridículo y se hacía pesado porque resultaba imposible desembarazarse de él.

Una vez establecido aquel régimen de vida fijo, Kitty se sintió muy aburrida, y más aún cuando su padre marchó a Carlsbad y quedó sola con su madre.

Kitty no se interesaba por los conocidos, ya que no esperaba nada nuevo de ellos. Su interés principal en el balneario consistía en observar a los que no conocía y hacer conjeturas sobre ellos. Por inclinación natural de su carácter, Kitty suponía siempre buenas cualidades en los demás y sobre todo en los desconocidos. Y ahora, al hacer suposiciones sobre quien pudiera ser aquella gente, sus relaciones mutuas y sus caracteres,imaginaba que éstos eran agradables y excepcionales y en sus observaciones creía encontrar la confirmación de su creencia.

Le interesaba en especial una joven rusa que acompañaba a una señora enferma, rusa también, a quien todos llamaban madame Stal.

Esta dama pertenecía a la alta sociedad.

Estaba tan enferma que no podía andar, y sólo los días muy buenos se la veía en un cochecillo. No trataba nunca con rusos, lo que, según la princesa Scherbazky, no se debía a su enfermedad, sino al excesivo orgullo que alentaba en ella.

Como Kitty pudo observar, la joven rusa que la cuidaba trataba a todos los enfermos graves, muy abundantes allí, y les atendía con la mayor naturalidad. Siempre con arreglo a sus observaciones, la joven no debía de ser ni pariente de madame Stal ni una enfermera a sueldo. La señora Stal la llamaba Vareñka y los otros mademoiselle Vareñka.

Aparte de que a Kitty le interesaban las relaciones entre madame Stal y Vareñka, así como entre ellas y otras personas a quienes no conocía, Kitty sentía por la joven una simpatía explicable, como sucede a menudo, y, por las miradas que Vareñka le dirigía, se ve-

ía que también a ella le agradaba la Princesita.

Vareñka no era lo que puede decirse una muchacha. Parecía un ser sin juventud, a quien tanto se le podían atribuir treinta años como diecinueve. Pero, a juzgar por las líneas de su rostro y pese a su color enfermizo, Va-reñka era más bien linda que fea. Habría incluso sido esbelta a no ser por la delgadez extremada de su cuerpo y el volumen de su cabeza, que no guardaba proporción con su estatura; pero no resultaba atrayente para los hombres. Dijérasela una hermosa flor que aún conservara sus pétalos, pero ya mustia y sin perfume...

Finalmente, no podía cautivar a los hombres porque le faltaba lo que le sobraba a Kitty: un reprimido ardor vital y la consciencia de sus encantos.

Vareñka parecía estar ocupada siempre por algún trabajo que realizaba y le impedía, al parecer, interesarse por ninguna otra cosa.

Era precisamente esta circunstancia, que las hacía distintas, lo que atraía a Kitty más vivamente. Parecía a ésta que en Vareñka, en su manera de vivir, encontraría el modelo de lo que buscaba con tanto ahínco: un interés en la vida, un sentimiento de dignidad personal que nada tuviera de común con aquellas relaciones establecidas en el gran mundo entre muchachos y muchachas, y que ahora le repugnaban pareciéndole una exhibición humillante, como de mercadería en espera del comprador.

Cuanto más observaba Kitty a su desconocida amiga, tanto más creía que era el ser perfecto que ella imaginaba y tanto más deseaba conocerla personalmente.

Cada una de las varias veces que las dos jóvenes se encontraban durante el día, los ojos de Kitty parecían decir:

«¿Quién y qué es usted? ¿Acaso un ser tan bello moralmente como imagino? ¡Pero no piense, por Dios, que deseo imponerle mi amistad! Me basta con quererla y admirarla».

«Yo la quiero también, es usted muy gentil. Y

la querría más si tuviese tiempo ...» , se diría que contestaba la joven rusa con la mirada.

Efectivamente, Kitty veía muy ocupada a Vareňka; ora acompañaba a casa a los niños de una familia rusa, ora llevaba una manta a una enferma y la envolvía en ella, ora trataba de calmar a un enfermo excitado, ora iba a comprar pastas de té para alguien...

A poco de la llegada de los Scherbazky hizo su aparición en el manantial una pareja de nuevos personajes que atrajeron la atención general sin despertar ninguna simpatía.

El era un hombre algo encorvado, de enormes manazas, vestido con un viejo gabán que le quedaba corto, de ojos negros a la vez ingenuos y feroces; y ella una mujer agraciada, de rostro pecoso, vestida pobremente y con escaso gusto.

Kitty, notando que aquella pareja era rusa, empezó a inventar a su propósito una novela bella y entemecedora.

Pero la Princesa, informada por la Kurlist, el diario local, de que los nuevos viajeros eran Nicolás Levin y María Nicolaevna, informó a Kitty de que aquel hombre era una persona poco recomendable, de modo que todas las ilusiones de la muchacha sobre los recién llegados se desvanecieron. No tanto por los informes de su madre como por ser aquel Levin hermano de Constantino, la pareja se hizo todavía más desagradable a Kitty. Para colmo, la

costumbre de Nicolás de estirar la cabeza producía en la joven una repulsión instintiva.

Le parecía, por otra parte, que en aquellos ojos grandes y feroces, que la contemplaban con insistencia, se expresaban sentimientos de odio y de burla, por lo que Kitty procuraba evitar a Nicolás Levin siempre que podía.

XXXI

Era un día desapacible, había llovido toda la mañana y los enfermos, provistos de paraguas, llenaban la galería.

Kitty paseaba con su madre y el coronel moscovita, que presumía mucho con su ame-ricana a la moda europea comprada en Francfort. Iban de un lado a otro de la galería, procurando evitar a Levin, que paseaba por el extremo opuesto.

Vareñka, con su vestido oscuro y su sombrero negro de alas bajas, paseaba con una francesa ciega. Cada vez que se cruzaba con Kitty, ambas cambiaban miradas amistosas.

–¿Puedo hablarle, mamá? –preguntó Kitty, siguiendo con la mirada a su desconocida amiga y observando que se dirigía al manantial donde podrían coincidir.

–Si tanto empeño tienes en conocerla, me informaré primero de quién y cómo es hablándole yo antes –repuso su madre–.

¿Qué encuentras en ella de particular? Si quieres, te presentaré a madame Stal. He conocido a sa bella soeur –añadió la Princesa irguiendo la cabeza con orgullo.

Kitty sabía que su madre estaba ofendida de que madame Stal fingiera no reconocer a los rusos; no quiso, por lo tanto, insistir.

–¡Es verdaderamente encantadora ––dijo Kitty viendo a Vareñka ofrecer un vaso de agua a la francesa–. Cuanto hace resulta en ella espontáneo, agradable...

–Me dan risa tus engouements –dijo la Princesa– Vale más que nos volvamos –

agrego, viendo a Levin que avanzaba en su dirección con su compañera y con el médico alemán, a quien hablaba en alta y enojada voz.

Al volver la espalda oyeron, no ya una voz fuerte, sino gritos. Levin gritaba y el doctor alemán estaba irritado también. La gente les rodeó. La Princesa y Kitty se alejaron precipitadamente y el coronel se unió al corro para saber de qué se trataba.

Instantes más tarde, el coronel alcanzó a las Scherbazky.

–¿Qué pasaba? –preguntó la Princesa.

–¡Una vergüenza! –repuso el coronel–. ¡Es terrible encontrar a un ruso en el extranjero!

Ese señor ruso ha disputado con el médico, diciéndole mil barbaridades, acusándole de que no le cura como debe y hasta amenazándole con el bastón. ¡Es vergonzoso!

–¡Qué cosa tan desagradable! –comentó la Princesa–. ¿Y en qué ha terminado la cosa?

–Gracias a la intervención de aquélla... esa del sombrero que parece una seta. Creo que es una rusa –dijo el coronel.

–¿Mademoiselle Vareñka? –preguntó Kitty con admiración.

–Sí: fue más hábil que todos. Cogió al se-

ñor ruso por el brazo y se lo llevó.

–¿Ve, mamá? –dijo Kitty a su madre–. ¡Y

todavia le extraña a usted que la admire!

Observando al siguiente día a aquella amiga a quien no trataba aún, Kitty comprobó que Vareñka estaba ya en tan buenas relaciones con Levin y su mujer como con sus demás protégés. La muchacha se acercaba a ellos, les hablaba y servía de intérprete a la mujer, que no sabía ningún idioma extranjero.

Kitty insistió a su madre para que le permitiese tratar a Vareñka. Y, pese a lo desagradable que le parecía a la Princesa ser ella quien iniciase el trato con la señora Stal, que adoptaba aquella actitud orgullosa no se sa-bía por qué, le habló y se informó de cuanto concernía a Vareñka, sacando la conclusión de que si bien no había mucho bueno, tampoco había nada malo en conocerla. Acercándose, pues, ella misma a la joven, la interrogó.

Escogió al efecto un momento en que Kitty había ido al manantial y Vareñka se había detenido junto a un vendedor ambulante de dulces y la abordó.

–Permítame presentarme personalmente –

dijo la Princesa, con una sonrisa llena de dignidad, Mi hija está enamorada de usted. Quizá usted no me conozca. Soy...

–Ese sentimiento es recíproco, Princesa –

contestó Vareñka inmediatamente.

–Se portó usted muy bien ayer con nuestro pobre compatriota ––comentó la Princesa.

Vareñka se ruborizó.

–No recuerdo haber hecho nada –repuso.

–¿Cómo no? Evitó usted un lance desagradable a Levin.

–¡Ah, sí! Su compañera me llamó y yo procure calmarle. El está muy enfermo y se encuentra descontento de su medico. Estoy acostumbrada a tratar enfermos así.

–Sé que vive usted en Menton con su tía.

Creo que madame Stal es tía suya, ¿no? He conocido a la belle soeur de su parienta...

–No es tía mía. Aunque la llamo mamam, no soy parienta suya –dijo Vareñka volviendo a ruborizarse, Pero he sido educada por ella.

Lo dijo con tal sencillez, con tanta suavidad y franqueza en su rostro, que la Princesa justificó al punto que Kitty estuviese enamorada de aquella muchacha.

–¿Y qué va a hacer ahora ese Levin? –

preguntó la Princesa.

–Se marcha –respondió Vareñka,

Kitty, radiante de alegría al ver que su madre trataba ya a su desconocida amiga, volvía en aquel momento del manantial.

–Como ves, Kitty, tu ardiente deseo de conocer a la señorita...

–Vareñka –precisó ésta, con una sonrisa–.

Así me llaman todos.

Kitty, ruborizándose de alegría, apretó durante largo rato la mano de su nueva amiga, quien no correspondió al apretón, dejando su mano inerte entre los dedos de Kitty.

Pero, aunque su mano no correspondiese al apretón de la joven, su rostro se iluminó con una viva sonrisa, alegre y a la vez algo melancólica, que dejaba al descubierto unos dientes grandes pero magníficos.

–También yo deseaba conocerla –dijo Va-reñka.

–¡Pero está usted siempre tan ocupada ...!

–¡Quia; no tengo nada que hacer! –

aseguró la muchacha.

Mas en aquel mismo instante hubo de dejar a sus recientes amigos viendo a dos niñitas rusas, hijas de un enfermo, que corrían hacia ella.

–¡La llama mamá, Vareñka! –gritaban.

Y Vareñka las siguió.

XXXII

Los detalles de los que se enteró la Princesa relativos al pasado de Vareñka y de sus relaciones con madame Stal, y que supo por ésta, eran los siguientes:

Madame Stal, de quien unos decían que había amargado la vida de su marido, mientras otros afirmaban que era él quien la atormentaba con su conducta crapulosa, era una mujer siempre enferma y excitada.

Después de divorciarse de su marido dio a luz a un niño, que murió a poco de nacen Los parientes de madame Stal,

conociendo su sensibilidad y temiendo que la noticia la matase, suplantaron el niño muerto por una niña que había nacido la misma noche en San Petersburgo y que era hija del cocinero de la Corte.

La niña era Vareñka. Más adelante, madame Stal averiguó que ésta no era hija su-ya, pero continuó criándola. Vareñka quedó muy pronto sola en el mundo, por muerte de sus padres.

Madame Sial vivía hacía más de dos años en el extranjero, en el sur, sin moverse de la cama.

Unos afirmaban que madame Stal fingía y se hacia un pedestal de su fama de mujer virtuosa y piadosa, mientras otros sostenían que en realidad, en el fondo de su alma, era un ser virtuoso y de moral acendrada, que vivía sólo para el bien del prójimo como aparentaba.

Nadie sabía si su religión era católica, pro-testante a ortodoxa, pero una cosa era cierta: que mantenía una estrecha amistad con los altos dignatarios de todas las iglesias y confesiones.

Vareñka vivía siempre con ella en el extranjero, y cuantos trataban a la Stal estimaban y querían a mademoiselle Vareñka corno la llamaban.

Enterada de tales detalles, la Princesa no vio inconveniente en el trato de su hija con aquella joven, tanto más cuanto que los modales y la educación de la muchacha eran excelentes y hablaba el francés y el inglés a la perfección. En fin, lo principal era que madame Stal había asegurado que sentía mucho que su enfermedad la privase de tratar ínti-mamente a la Princesa como era su deseo.

Kitty, después de conocer a Vareñka, se sentía cada vez más cautivada por su amiga y cada día descubría en ella nuevas cualidades.

Sabiendo que Vareñka cantaba bien, la Princesa le pidió que fuera a su casa una tarde para cantar.

–Tenemos piano, Kitty lo toca. Cierto que no es muy bueno, pero nos complacerá mucho oírla a usted –dijo la Princesa con una sonrisa forzada, tanto más desagradable a Kitty cuanto que advirtió que Vareñka no te-nía ganas de cantar.

No obstante, la joven acudió por la tarde llevando algunas piezas de música. La Princesa invitó también a María Evgenievna y su hija y al coronel.

Vareñka, indiferente por completo a que hubiese gente que no conocía, se acercó al piano. No sabía acompañarse, pero leía las notas muy bien. Kitty, que tocaba el piano a la perfección, la acompañaba.

–Tiene usted un talento extraordinario de cantante –afirmó la Princesa, después que la muchacha hubo cantado de un modo admirable la primera pieza.

María Evgenievna y su hija alabaron a la muchacha y le dieron las gracias por su amabilidad.

–Miren –dijo el coronel, asomándose a la ventana– cuánta gente ha venido a escucharla.

Salieron y vieron que, en efecto, al pie de la ventana se había reunido mucha gente.

–Celebro infinito que les haya gustado –

dijo simplemente Vareñka.

Kitty miraba a su amiga con orgullo. Le entusiasmaban el arte, la voz, el rostro y, más que nada, el carácter de Vareñka, que no daba importancia alguna a lo que había hecho y recibía las alabanzas con indiferencia, con el aspecto de limitarse a preguntar:

«¿Canto más o no?».

«Si yo estuviese en su lugar, ¡qué orgullosa me habría sentido!», pensaba Kitty. «

¡Cuánto me hubiese satisfecho saber que había gente escuchándome bajo la ventana! Y

a ella todo eso la deja fría. Sólo la mueve el deseo de no negarse y de complacer a mamá.

¿Qué hay en esta mujer? ¿Qué es lo que le da fuerza para prescindir de todos y permanecer independiente y serena? ¡Cuánto daría por saberlo y poder imitarla!», se decía Kitty, examinando el rostro tranquilo de su amiga.

La Princesa pidió a la joven que cantase más y ella cantó con la misma perfección y serenidad, de pie junto al piano, llevando el compás sobre el instrumento con su mano fina y morena.

La segunda pieza del papel era una canción italiana. Kitty tocó la introducción y miró a Vareñka.

–Pasemos esto de largo –dijo ruborizándose.

Kitty detuvo la mirada, interrogativa y temerosa, en el rostro de su amiga.

–Bueno, bueno, pasemos a otra cosa... ––

dijo precipitadamente Kitty, volviendo las hojas y adivinando que Vareñka tenía algún recuerdo relacionado con aquella canción.

–No –dijo la muchacha, poniendo la mano sobre la partitura y sonriendo–. Cantemos esto.

Y lo cantó tan serena y fría y con tanta perfección como había cantado antes.

Cuando Vareñka acabó, todos le dieron las gracias y se aprestaron a tomar el té. Las dos jóvenes salieron a un jardincillo que había junto a la casa.

–¿No es cierto que tiene usted algún recuerdo relacionado con esa canción? –

preguntó Kitty–. No me explique nada –se apresuró a añadir–: dígame sólo si es verdad.

–¿Por qué no? Se lo contaré todo –repuso Vareñka con sencillez.

–Tengo, sí, un recuerdo que en tiempos me fue muy penoso. He amado a un hombre y solía cantarle esa romanza.

Kitty, en silencio, con los ojos muy dilatados, miraba conmovida a su amiga.

–Yo le quería a él y él a mí, pero su madre se oponía a nuestra boda y se casó con otra.

Ahora vive cerca de nosotros y a veces le veo. ¿No había imaginado usted que yo pudiera también tener mi novelita de amor? ––

dijo Vareñka.

Y su rostro se iluminó con un débil resplandor que, según presumió Kitty, en otro tiempo debía de iluminarlo por completo.

–¿Qué no lo he pensado? Si yo fuera hombre, después de conocerla a usted no podría amar a otra. No comprendo cómo pudo olvidarla y hacerla desgraciada por complacer a su madre. ¡Ese hombre no tiene corazón!

–¡Oh, sí! Es un hombre muy bueno, y yo no soy desgraciada; al contrario: soy muy feliz. ¿No cantamos más por hoy? –agregó, aproximándose a la casa.

–¡Qué buena es usted, qué buena! –

exclamó Kitty. Y, deteniendo a Vareñka, la besó–. ¡Si yo pudiese parecerme a usted un poco!

–¿Para qué necesita parecerse a nadie? Es usted muy buena tal como es –replicó Vareñ-

ka con su sonrisa suave y fatigada.

–No, no soy buena... Pero dígame... Sentémonos aquí, se lo ruego –dijo Kitty, haciéndola sentarse otra vez en el banco, a su lado–

. Dígame: ¿acaso no es una ofensa que un hombre desprecie el amor de una, que no la quiera?

–¡Si no me ha despreciado! Estoy segura de que me amaba, pero era un hijo obediente...

–¿Y si no lo hubiese hecho por voluntad de su madre, sino por la suya propia? –repuso Kitty, comprendiendo que descubría su secreto y notando que su rostro, encendido con el rubor de la vergüenza, la traicionaba.

–Entonces se habría comportado mal y yo no sufriría al perderle –repuso Vareñka con firmeza, adivinando que ya no se trataba de ella, sino de Kitty.

–¿Y la ofensa? –preguntó Kitty–. La ofensa es imposible de olvidar..

Hablaba recordando cómo había mirado a Vronsky en el intervalo de la mazurca.

–¿Dónde está la ofensa? Usted no ha hecho nada malo.

–Peor que malo. Estoy avergonzada.

Vareñka movió la cabeza y puso su mano sobre la de Kitty.

–¿Avergonzada de qué? –dijo–. Supongo que no diría usted al hombre que le mostró indiferencia que le quería...

–¡Claro que no! Nunca le dije una palabra.

Pero él lo sabía. Hay miradas que... Hay modos de obrar.. ¡Aunque viva cien años no olvidaré esto nunca!

–Pues no lo comprendo. Lo importante es saber si usted le ama ahora o no ––concretó Vareñka.

–¡Le odio! No puedo perdonarme...

–¿Por qué?

–Porque la vergüenza, la ofensa...

–¡Si todas fueran tan sensibles como usted! –repuso Vareñka–. No hay joven que no pase por eso. ¡Y tiene tan poca importancia!

–Entonces, ¿cuáles son las cosas importantes? –preguntó Kitty escrutándole con mirada sorprendida.

–Hay muchas cosas importantes. .

–¿Cuáles son?

–¡Oh, muchas! –dijo Vareñka, como no sabiendo qué contestar.

En aquel momento se oyó la voz de la Princesa que llamaba desde la ventana:

–¡Kitty, hace fresco! Toma el chal o entra en casa.

–Cierto; ya es hora de entrar ––dijo Va-reñka, levantándose–. Tengo que visitar aún a madame Berta que me lo suplicó...

Kitty la retenía por la mano y la miraba apasionadamente, como si le preguntase:

«¿Cuáles son esas cosas importantes? ¿Qué es lo que le infunde tanta serenidad? Usted lo sabe: ¡dígamelo!».

Pero Vareñka no comprendía la pregunta de Kitty, ni en qué consistía. Sólo recordaba que tenía que ver a madame Berta y volver a casa de madame Stal a la hora del té, que allí se tomaba a las doce de la noche. Entró, pues, en la casa, recogió sus papeles de mú-

sica, se despidió de todos y se dispuso a marchar.

–Permítame que la acompañe –dijo el coronel.

–Claro. ¿Cómo va ir sola por la noche? –

apoyó la Princesa–. Por lo menos enviaré a Paracha con usted.

Kitty observaba la sonrisa que Vareñka reprimía con dificultad al oír considerar necesario que la acompañaran.

–No; siempre voy sola y nunca me pasa nada –dijo, tomando el sombrero. Y, besando una vez más a Kitty y omitiendo decirle lo que eran aquellas cosas importantes, desapareció con su paso rápido y sus papeles de música bajo el brazo en la oscuridad de la noche de verano, llevándose consigo el secreto de aquellas cosas importantes y de lo que le proporcionaba aquella dignidad y aquella calma tan envidiables.

XXXIII

Kitty conoció también a madame Stal y es-ta amistad, unida a la de Vareñka, influyó mucho en ella, consolándola en su aflicción.

El consuelo consistía en que, merced a aquella amistad, se abrió un nuevo mundo para ella, un mundo sin nada de común con el suyo anterior, un mundo elevado desde cuya altura se podía mirar el pasado con tranquilidad. Había descubierto que, además de la vida instintiva a que hasta entonces se entregara, existía una vida espiritual.

Esa vida se descubría gracias a la religión, pero una religión que no tenía nada de común con la que profesaba Kitty desde su infancia, y que consistía en asistir a oficios y vísperas en el «Asilo de Viudas Nobles», donde se encontraba gente conocida, y en aprender de memoria con los «padrecitos» ortodoxos los textos religiosos eslavos.

La nueva idea que ahora recibía de la religión era elevada, mística, unida a sentimientos y pensamientos hermosos. Así cabía creer en la religión no porque estuviera ordenado, sino porque la creencia resultaba digna de ser amada.

Kitty no llegó a tal conclusión porque se lo dijeran. Madame Stal hablaba con Kitty como con una niña simpática, admirándola, hallando en ella los recuerdos de su propia juventud. Sólo una vez le dijo que en todas las penas humanas no hay consuelo sino en el amor de Dios y la fe, y que Cristo, en su infinita compasión por nosotros, no encuentra penas tan pequeñas que no merezcan su consuelo. Y poco después, madame Stal cambió de conversación.

Pero en cada uno de sus movimientos, de sus palabras, de sus miradas celestiales, co-mo calificaba Kitty las miradas de madame Stal, y sobre todo en la historia de su vida, que Kitty conoció por Vareñka, aprendió la joven «lo más importante», hasta entonces ignorado por ella.

Así, notó que, al preguntarle por sus padres, la Stal sonreía con desdén, lo que era contrario a la caridad cristiana. También advirtió que, una vez que Kitty halló allí a un cura católico, madame Stal procuraba mantener su rostro fuera de la luz de la lámpara mientras sonreía de un modo peculiar.

Por insignificantes que fueran estas observaciones, perturbaban a Kitty, despertando dudas en ella sobre madame Stal. Vareñka, en cambio, sola en el mundo, sin parientes ni amigos, con su triste desengaño, no esperando nada de la vida ni sufriendo ya por nada, era el tipo de la perfección con que la Princesita soñaba.

Kitty llegó a comprender que a Vareñka le bastaba olvidarse de sí misma y amar a los demás para sentirse serena, buena y feliz. Así habría deseado ser ella. Comprendiendo ya con claridad qué era «lo más importante», Kitty no se limitó a admirarlo, sino que se entregó en seguida con toda su alma a aquella vida nueva que se abría ante ella. Por las

referencias de Vareñka respecto a cómo procedían madame Stal y otras personas que le nombraba, Kitty trazó el plan de su vida para el futuro. Como la sobrina de madame Stal, Alina, de la que Vareñka le hablaba mucho, Kitty se propuso, doquiera que estuviese, buscar a los desgraciados, auxiliarles en la medida de sus fuerzas, regalarles evangelios y leerlos a los enfermos, criminales y moribundos. La idea de leer el Evangelio a los criminales, como hacía Alma, era lo que más seducía a Kitty. Pero la joven guardaba en secreto estas ilusiones sin comunicarlas ni a Vareñka ni a su madre.

En espera del momento en que pudiera realizar sus planes con más amplitud, Kitty encontró en el balneario, donde había tantos enfermos y desgraciados, la posibilidad de practicar las nuevas reglas de vida que se imponía, a imitación de Vareñka.

La Princesa, al principio, no observó sino que su hija estaba muy influida por su engouement, como ella decía, hacia madame Stal y sobre todo hacia Vareñka. Notaba que no sólo Kitty imitaba a la muchacha en su actividad, sino que la imitaba, sin darse cuenta, en su modo de andar, de hablar, hasta de mover las pestañas. Pero después la Princesa reparó en que se operaba en Kitty, aparte de su admiración por Vareñka, un importante cambio espiritual.

Veía a su hija leer por las noches el Evangelio francés que le regalara madame Stal, cosa que antes no hacía nunca; reparaba en que rehuía las amistades del gran mundo y en que trataba mucho a los enfermos protegidos de Vareñka y, en especial, a una familia pobre: la del pintor Petrov, que estaba muy enfermo.

Kitty se mostraba orgullosa de desempe-

ñar el papel de enfermera en aquella familia.

Todo ello estaba bien y la Princesa no te-nía nada que objetar contra aquella actividad de su hija, tanto más cuanto que la mujer de Petrov era una persona distinguida, y que la princesa alemana, al enterarse de lo que hacía Kitty, la había elogiado, llamándola un ángel consolador.

Sí, todo habría estado muy bien de no ser exagerado. Pero la Princesa advertía que su hija tendía a exagerar y hubo de advertirla.

–Il ne faut jamais rien outrer.

Kitty, no obstante, nada contestaba, sino que se limitaba a pensar que no puede haber exageración en hacer obras caritativas. ¿Acaso es exagerado seguir el precepto de presentar la mejilla izquierda al que nos abofetea la derecha o el de dar la camisa a quien le quita a uno el traje?

Pero a la Princesa le desagradaban tales extremos, y más aún el comprender que su hija ahora no le abría completamente el corazón. En realidad, Kitty ocultaba a la Princesa sus nuevas impresiones y sentimientos no porque no quisiera o no respetara a su madre, sino precisamente por ser madre suya.

Mejor habría abierto su corazón ante cualquiera que ante ella.

–Hace mucho tiempo que Ana Pavlovna no viene a casa –dijo una vez la Princesa, refiriéndose a la Petrova–. La he invitado a venir, pero me ha parecido que estaba algo disgustada conmigo...

–No lo he notado ––dijo Kitty ruborizándose.

–¿Hace mucho que no les has visto?

–Mañana tenemos que ir a dar un paseo hasta las montañas –repuso Kitty.

–Bien; id –dijo la Princesa, contemplando el rostro turbado de su hija y esforzándose en adivinar las causas de su confusión.

Aquel mismo día Vareñka comió con ellos y anunció que la Petrova desistía del paseo a la montaña. La Princesa notó que Kitty volvía a ruborizarse.

–¿Te ha sucedido algo desagradable con los Petrov, Kitty? –preguntó la Princesa cuando quedaron a solas, ¿Por qué no envía aquí a los niños ni viene nunca?

Kitty contestó que no había pasado nada y que no comprendía que Ana Pavlovna pudiera estar disgustada con ella.

Y decía verdad. No conocía en concreto el motivo de que la Petrova hubiera cambiado de actitud hacia ella, pero lo adivinaba. Adivinaba algo que no podía decir a su madre, una de esas cosas que uno sabe pero que no puede ni confesarse a sí mismo por lo vergonzoso y terrible que sería cometer un error.

Recordaba sus relaciones con la familia Petrov. Evocaba la ingenua alegría que se pintaba en el bondadoso rostro redondo de Ana Pavlovna cuando se encontraban, recordaba sus conversaciones secretas respecto al enfermo, sus invenciones para impedirle trabajar, lo que le habían prohibido los médicos, y para sacarle de paseo. Se acordaba del afecto que le tenía el niño pequeño, que la llamaba

«Kitty mía» y no quería acostarse si ella no estaba a su lado para hacerle dormir.

¡Qué agradables eran aquellos recuerdos!

Luego evocó la figura delgada de Petrov, su cuello largo, su levita de color castaño, sus cabellos ralos y rizados, sus interrogativos ojos azules que al principio asustaban a Kitty, y recordó también los esfuerzos que hacía para aparentar fuerza y animación ante ella.

Además se acordaba de la repugnancia que él le inspiraba al principio –como se la inspiraban todos los tuberculosos y el cuidado con que escogía las palabras que le tenía que decir. Volvía a ver la mirada tímida y conmovida que le dirigía Petrov y experimentaba de nuevo el extraño sentimiento de compasión y humildad, unido a la consciencia de obrar bien, que la embargaba en aquellos instantes.

Sí: todo ello se había deslizado perfectamente en los primeros días. Ahora, desde hacía poco, todo había cambiado. Ana Pavlovna recibía a Kitty con amabilidad fingida y vigilaba sin cesar a su marido y a la joven.

¿Era posible que la conmovedora alegría que experimentaba Petrov al llegar ella fuera la causa de la frialdad de Ana Pavlovna?

« Sí», pensaba Kitty; había algo poco natural en Ana Pavlovna, algo que no era propio de su bondad en el acento con que dos días antes le dijera enojada:

–Mi marido la esperaba; no quería tomar el café hasta que usted llegase, aunque sentía debilidad...

«Sí; quizá la Petrova se disgustó conmigo por haberle dado la manta a su marido. El hecho en sí carece de importancia...

Pero él la cogió turbándose y me dio tantas veces las gracias que quedé confundida... Y luego ese retrato mío que ha pintado tan admirable... Y

lo peor es su mirada, tan dulce, tan tímida...

Sí, sí; eso es», se repetía Kitty, horrorizada.

« Pero no debe, no puede ser. ¡El pobre me inspira tanta compasión ...!»

Aquella duda envenenaba, ahora, el encanto de su nueva vida.

XXXIV

Poco antes de concluir el período de cura de aguas, el príncipe Scherbazky vino a reunirse con su familia, que desde Carlsbad había ido a Baden y a Kessingen para visitar a unos amigos rusos, para respirar aire ruso, como él decía.

Las opiniones del Príncipe y de su esposa respecto a la vida en el extranjero eran dia-metralmente opuestas.

La Princesa lo encontraba todo admirable y, pese a su buena posición en la sociedad rusa, en el extranjero procuraba parecer una dama europea, lo que conseguía con dificultad, ya que, tratándose en realidad de una dama rusa, tenía que fingir y ello la cohibía bastante.

El Príncipe, por el contrario, encontraba malo todo lo extranjero, le aburría la vida europea, conservaba sus costumbres rusas y fuera de su patria procuraba mostrarse adrede menos europeo de lo que lo era en realidad.

El Príncipe volvió más delgado, con la piel de las mejillas colgándole, pero en excelente disposición de ánimo, que

aún mejoró al ver que Kitty había curado por completo.

Las referencias de la amistad de su hija con madame Stal y Vareñka y las observaciones de la Princesa sobre el cambio operado en Kitty impresionaron al Príncipe, despertando en él su habitual sentimiento de celos hacia todo cuanto atraía a su hija fuera del círculo de sus afectos. Le asustaba que Kitty pudiera substrarse a su influencia, alejándose hasta parajes inaccesibles para él.

Pero tales noticias desagradables se hun-dieron en el mar de alegría y bondad que le animaba siempre y que había aumentado después de tomar las aguas de Carlsbad.

Al día siguiente de su regreso, el Príncipe, vestido con un largo gabán, con sus fofas mejillas sostenidas por el cuello almidonado, se dirigió al manantial con su hija en muy buen estado de espíritu.

La mañana era espléndida; brillaba un sol radiante. Las casas limpias y alegres, con sus jardincitos, el aspecto de las sirvientas alemanas, joviales en su trabajo, de manos rojas, de rostros colorados por la cerveza; todo ello llenaba de gozo el corazón.

Pero al aproximarse al manantial encontraban enfermos de aspecto mucho más deplorable aún por contraste con las condiciones normales de la bien organizada vida alemana.

A Kitty ya no le sorprendía tal contraste. El sol brillante, el vivo verdor, el son de la músi-ca, le resultaban el marco natural de toda aquella gente tan familiar para ella, con sus alternativas de peor o mejor salud, de buen o mal humor a que estaban sujetos.

Pero al Príncipe la luz y el esplendor de la mañana de junio, el sonar de la orquesta que tocaba un alegre vals de moda y,

sobre todo, el aspecto de las rozagantes sirvientas le parecían ilógicos y grotescos en contraste con aquellos muertos vivientes, llegados de toda Europa, que se movían con fatiga y tristeza.

No obstante el sentimiento de orgullo que le inspiraba el llevar del brazo a su hija, lo que le daba la impresión de volver a la juventud, se sentía cohibido y molesto de su andar seguro, de sus miembros sólidos, de su cuerpo de robusta complexión. Experimentaba lo que un hombre desnudo sentiría encontrándose en una reunión de personas vestidas.

–Preséntame a tus nuevas amistades ––

dijo a su hija oprimiéndole el brazo con el co-do–. Hoy siento simpatía hasta por la asquerosa agua bicarbonatada que te ha repuesto de ese modo. ¡Pero es tan triste ver esto!

Oye, ¿quién es ése?

Kitty iba nombrándole las personas conocidas y desconocidas que encontraban en el curso de su paseo.

En la misma entrada del jardín hallaron a madame Berta, la ciega, y el Príncipe se sintió contento ante la expresión que animó el rostro de la anciana francesa al oír la voz de Kitty. Madame Berta habló al Príncipe con su exagerada amabilidad francesa, alabándole aquella hija tan bondadosa, ensalzándola hasta las nubes y calificándola de tesoro, perla y ángel de consuelo.

–En ese caso es el ángel número dos –dijo el Príncipe sonriendo–, porque, según ella, el ángel número uno es la señorita Vareñka.

–¡Oh, la señorita Vareñka es también un verdadero ángel! –afirmó madame Berta.

En la galería encontraron a la propia Va-reñka, que se dirigió precipitadamente a su encuentro. Llevaba un espléndido bolso de costura.

–Ha venido papá –––dijo Kitty.

Vareñka hizo un ademán entre saludo y reverencia, con la sencillez y naturalidad que usaba siempre en todas sus cosas.

Luego empezó a hablar con el Príncipe co-mo con los demás, naturalmente, sin sentirse cohibida.

–Ya la conozco, y bien –dijo el Príncipe con una sonrisa de la que Kitty dedujo, con alegría, que su padre encontraba simpática a Vareñka–. ¿Adónde va usted tan de prisa?

–Es que mamá está aquí ––dijo la muchacha dirigiéndose a Kitty–. No ha dormido en toda la noche y el doctor le ha aconsejado que saliera. Le llevo su labor.

–¿Así que éste es el ángel número uno? –

dijo el Príncipe después de que Vareñka se hubo marchado.

Kitty notaba que su padre habría querido burlarse de su amiga, pero que no se atrevía a hacerlo porque también él la había encontrado simpática y agradable.

–Vamos a ver a todas tus amigas –añadió él–; vamos incluso a saludar a madame Stal, si es que se digna acordarse de mí...

–¿La conoces, papá? –preguntó Kitty con cierto temor, reparando en el fulgor irónico que iluminó los ojos del Príncipe al mencionar a la Stal.

–La conocí, así como a su marido, cuando ella no se había inscrito aún entre los pietistas.

–¿Qué significa pietista, papá? –preguntó la joven, desasosegada al saber que lo que ella apreciaba tanto en madame Stal tenía semejante nombre.

–No lo sé bien, francamente... Sólo sé que ella da gracias a Dios por todas las desventuras que sufre... Por eso cuando murió su marido dio también gracias a Dios... Pero la cosa resulta algo cómica, porque ambos se llevaban muy mal. ¿Quién es ése? ¡Qué cara! ¡Da pena verle! –exclamó el Príncipe reparando en un hombre bajito, sentado en un banco, que vestía un abrigo castaño y pantalones –

blancos que formaban extraños pliegues sobre los descarnados huesos de sus piernas.

Aquel señor se quitó el sombrero, descubriendo sus cabellos rizados y ralos y su ancha frente, de enfermizo matiz, levemente colorada ahora por la presión del sombrero.

–Es el pintor Petrov –respondió Kitty ruborizándose–. Y ésa es su mujer –añadió indicando a Ana Pavlovna.

La Petrova, como a propósito, al aproximarse ellos, se dirigió a uno de sus niños que jugaba al borde del paseo.

–¡Qué pena inspira ese hombre y qué rostro tan simpático tiene! ¿Por qué no te has acercado a él? Parecía querer hablarte.

–Entonces, vamos –dijo Kitty, volviéndose resueltamente–. ¿Cómo se encuentra hoy? –

preguntó a Petrov.

Petrov se levantó, apoyándose en su bastón, y miró con timidez al Príncipe.

–Kitty es hija mía –dijo Scherbazky–. Celebro conocerle.

El pintor saludó, mostrando al sonreír su blanca dentadura que brillaba extraordinariamente.

–Ayer la esperábamos, Princesa –dijo a Kitty. Y al hablar se tambaleó, y repitió el movimiento para fingir que lo hacía voluntariamente.

–Yo iba a ir, pero Vareñka me avisó de que ustedes no salían de paseo.

–¿Cómo que no? –dijo Petrov, sonrojándose. Luego tosió y buscó a su mujer con los ojos–: ¡Anita, Anita! –gritó.

Y en su delgado cuello se hincharon sus venas, gruesas como cuerdas.

Ana Pavlovna se acercó.

–¿Cómo mandaste dar recado a la Princesa de que no íbamos de paseo? –preguntó Petrov irritado.

La emoción ahogaba su voz.

–Buenos días, Princesa –saludó Ana Pavlovna con fingida sonrisa, en tono harto distinto al que había empleado siempre cuando hablaba con ella–. Mucho gusto en conocerle

–dijo al Príncipe–. Hace tiempo que le esperaban...

–¿Por qué has mandado decir a la Princesa que no iríamos de paseo? –repitió su marido en voz baja y ronca, más irritado aún al notar que le faltaba la voz y no podía hablar en el tono que quería.

–¡Dios mío! Creí que no iríamos –repuso su mujer enojada.

–¡Cómo que no! Sí, iremos porque... –y Petrov tosió otra vez y agitó la mano.

El Príncipe se quitó el sombrero y se apartó.

–¡Desgraciados! –murmuró afligido.

–Sí, papá –contestó Kitty–. Has de saber que tienen tres niños, que carecen de criados y que apenas poseen recursos. La Academia le envía algo –seguía diciendo, con animación, para calmar el mal efecto que le produjera la actitud de la Petrova–. Allí está madame Stal –concluyó mostrando un cochecillo en el cual, entre almohadones, envuelta en ropas grises y azul celeste, bajo una sombrilla, se veía una figura humana.

Era madame Stal. Tras ella estaba un robusto y taciturno mozo alemán que empujaba el coche. A su lado iba un conde sueco, un hombre muy rubio a quien Kitty conocía de nombre, Varios enfermos rodeaban el cochecillo, contemplando a madame Stal con vene-ración, como a algo extraordinario.

El Príncipe se acercó y en sus ojos vio Kitty de nuevo el irónico fulgor que tanto la intimi-daba.

Al llegar junto a madame Stal, el Príncipe le habló en excelente francés, como muy pocos lo hablan hoy,

manifestándose con respeto y cortesanía.

–No sé si usted me recuerda; pero en todo caso me permito hacerme recordar para agradecerle sus bondades con mi hija –dijo Scherbazky quitándose el sombrero y conservándolo en la mano.

–Encantada, príncipe Alejandro Scherbazky

–dijo la Stal, alzando hacia él sus ojos celestiales en los que Kitty observó cierto disgusto–. Quiero mucho a su hija.

–¿Sigue mal su salud?

–Sí, pero ya estoy acostumbrada –

contestó madame Stal.

Y presentó al Príncipe el conde sueco.

–Ha cambiado usted un poco ––dijo Scherbazky– desde los diez a once años que no he tenido el honor de verla.

–Sí. Dios, que da la cruz, da también energías para soportarla. A menudo hace que uno piense: ¿para qué durará tanto esta vi-da? ¡Así no; de otro modo! –ordenó con irritación a Vareñka, que le envolvía los pies en la manta de una forma diferente a como ella quería.

–Seguramente dura para permitirle hacer el bien –––dijo el Príncipe riéndose con los ojos.

–Nosotros no somos quiénes para juzgarlo

–repuso madame Stal, observando la expresión del rostro del Príncipe–. ¿Me enviará usted ese libro, querido Conde? Se lo agradeceré mucho –dijo, de repente, dirigiéndose ahora al conde sueco.

–¡Ah! –exclamó el Príncipe, divisando al coronel, que no estaba lejos de allí.

Y, saludando con la cabeza a la señora Stal, se alejó con su hija y con el coronel, que se reunió con ellas.

–He aquí nuestra aristocracia, ¿verdad, Príncipe? –dijo en tono irónico el coronel, que se sentía molesto con la señora Stal porque no se relacionaba con él.

–Está igual que siempre –comentó el Príncipe.

–¿La conocía usted antes de enfermar? Me refiero a antes de que tuviera que guardar cama.

–Sí; la conocí precisamente cuando enfermó y hubo de guardar cama.

–Dicen que no se levanta desde hace diez años.

–No se levanta porque tiene las piernas muy cortas. Es contrahecha.

–¡Imposible, papá! –exclamó Kitty.

–Eso dicen las malas lenguas, querida. ¡Y

qué mal trata a Vareñka! ¡Oh, estas señoras enfermas! –añadió.

–No, papá –replicó Kitty con calor–. Va-reñka la adora. ¡Y madame Stal hace mucho bien! Pregunta a quien quieras. A ella y a Alina Stal todos los conocen.

–Puede ser –dijo el Príncipe, apretándole el brazo con el codo–. Pero yo encuentro mejor hacer el bien sin que nadie se entere.

Kitty calló no porque no supiera qué decir, sino porque no quería confiar a su padre sus pensamientos secretos. Por extraño que fuese, aunque no quería someterse a la opinión de su padre ni abrirle el camino de su santuario íntimo, notó que aquella imagen divina de madame Stal que durante un mes entero llevara dentro de su alma desaparecía definitivamente, como la figura que forma un vestido colgado desaparece definitivamente cuando se repara que no se trata sino de eso: de un vestido colgado.

Ahora en su cerebro no persistía sino la vi-sión de una mujer corta de piernas que permanecía acostada porque era deforme y que martirizaba a la pobre Vareñka porque no le arreglaba bien la manta en tomo a los pies. Y

ningún esfuerzo de su imaginación pudo reconstruir la anterior imagen de madame Stal.

XXXV

El buen estado de ánimo del Príncipe se contagió a su familia, a sus amigos y hasta al alemán dueño de la casa en que habitaban los Scherbazky.

Al volver del manantial, habiendo invitado al coronel, a María Evgenievna y a Vareñka a tomar café, el Príncipe ordenó que sacasen la mesa al jardín, bajo un castaño, y que sirviesen allí el desayuno.

Al influjo de la alegría de su amo, los criados, que conocían la munificencia del Príncipe, se animaron también. Durante media hora un médico de Hamburgo, enfermo, que vivía en el piso alto, contempló con envidia aquel alegre grupo de rusos, todos sanos, reunidos bajo el añoso árbol.

A la sombra movediza de las ramas, ante la mesa cubierta con el blanco mantel, con cafeteras, pan, mantequilla, queso

y caza fambre, estaba sentada la Princesa, tocada con su cofia de cintas lila, llenando las tazas y distribuyendo los bocadillos.

Al otro extremo de la mesa se sentaba el Príncipe, comiendo con apetito y hablando animadamente en voz alta. A su alrededor se veían las compras que había hecho: cajitas de madera labrada, juguetitos, plegaderas de todas clases. Había comprado un montón de aquellas cosas y las regalaba a todos, incluso a Lisgen, la criada, y al casero, con el que bromeaba en su cómico alemán chapurreado, asegurando que no eran las aguas las que habían curado a Kitty, sino la buena cocina del dueño de la casa y sobre todo su compota de ciruelas secas.

La Princesa se burlaba de su marido por sus costumbres rusas, pero se sentía más animada y alegre de lo que había estado hasta entonces durante su permanencia en las aguas.

El coronel celebraba también las bromas del Principe, pero cuando se trataba de Europa, que él imaginaba haber estudiado a fondo, estaba de parte de la Princesa.

La bondadosa María Evgenievna reía de todo corazón con las ocurrencias de Scherbazky y Vareñka reía de un modo suave pero comunicativo, cosa que Kitty no le había visto nunca hasta entonces, ante las alegres chanzas del Principe.

Todo ello animaba a Kitty, pero, no obstante, se sentía preocupada. No sabía cómo resolver el problema que su padre le habla planteado involuntariamente con su modo de considerar a sus amigas y aquel género de vida que ella amaba últimamente con toda su alma.

A este problema se unía el de sus relaciones con los Petrov, hoy puestas en claro de un modo harto desagradable.

Viendo la alegría de los demás, Kitty sentía crecer su agitación; y experimentaba un sentimiento análogo al que sufría en su infancia cuando la castigaban encerrándola en su cuarto desde el que oía a sus hermanos reír alegremente.

–¿Por qué has comprado tantas chucherí-

as? –preguntó la Princesa a su marido, sirviéndole una taza de café.

–Porque, al salir de paseo y acercarme a las tiendas, me rogaban que comprase diciendo: «Erlaucht, Exzellenz, Durchlaucht». Al oír decir Durjlancht, me sentía incapaz de resistir y se me iban diez táleros como por arte de magia.

–No es verdad. Lo comprabas porque te aburrías –dijo la Princesa.

–¡Claro que porque me aburría! Aquí todo es tan aburrido que no sabe uno dónde meterse.

–¿Es posible que se aburra, Príncipe, con el número de cosas interesantes que hay ahora en Alemania? –dijo María Evgenievna.

–Conozco todo lo interesante: la compota de ciruelas, la conozco; el salchichón con gui-santes, lo conozco. ¡Lo conozco todo!

–Diga usted lo que quiera, Príncipe, las instituciones alemanas son muy interesantes

–observó el coronel.

–¿Qué hay de interesante? Los alemanes palmotean y gritan como niños, de contento, porque acaban de vencer a sus enemigos; pero ¿por qué he de estar contento yo? Yo no he

vencido a nadie y, en cambio, tengo que quitarme yo mismo las botas y, además, dejarlas junto a la puerta. Por las mañanas he de levantarme, vestirme a ir al salón para tomar un mal té. ¡Qué distinto es en casa! Se despierta uno sin prisas, y si está enfadado o irritado, tiene tiempo de calmarse, de meditar bien las cosas, sin precipitaciones...

–Olvida usted que el tiempo es oro –dijo el coronel.

–¡Según el tiempo que sea! Hay tiempo que puede venderse a razón de un copeck por mes, y en otras ocasiones no se daría media hora por nada del mundo... ¿No es verdad, Kateñka? Pero ¿qué te pasa? ¿Estás triste?

–No, no estoy triste.

–¿Se va ya? Quédese un poco –dijo el Principe a Vareñka.

–Tengo que volver a casa –repuso ella, levantándose y riendo aún gozosamente.

Cuando le pasó el acceso de risa, se despidió y entró en la casa para ponerse el sombrero.

Kitty la siguió. Hasta la propia Vareñka se le presentaba ahora bajo un aspecto distinto.

No es que le pareciera peor, sino diferente de como ella la imaginara antes.

–¡Hace tiempo que no había reído como hoy! –dijo Vareñka, cogiendo la sombrilla y el bolso–. ¡Qué simpático es su papá!

Kitty callaba.

–¿Cuándo nos veremos? –preguntó Vareñ-

ka.

–Mamá quería visitar a los Petrov. ¿Estará usted allí? –preguntó Kitty mirando a su amiga.

–Estaré –contestó Vareñka–. Están preparándose para marchar y les prometí acudir para ayudarles a hacer el equipaje.

–Entonces iré yo también.

–No. ¿Por qué va a ir usted?

–¿Por qué? ¿Por qué? –repuso Kitty abriendo desmesuradamente los ojos y asiendo la sombrilla de Vareñka para no dejarla marchar–. ¿Por qué no?

–¡Como ha venido su papá! Y además ellos se sienten cohibidos ante usted.

–No es eso. Dígame por qué no quiere que visite a los Petrov a menudo. ¡No, no quiere usted! Dígame el motivo.

–Yo no he dicho esto –replicó Vareñka, sin alterarse.

–Le ruego que me lo diga.

–¿Quiere de verdad que se lo diga todo? –

preguntó la muchacha.

–¡Todo, todo! –aseguró Kitty.

–Pues no hay nada de particular, salvo que Mijail Alexievich –aquél era el nombre del pintor– antes quería marchar sin demora y ahora no se resuelve a partir.

–¿Y qué más? –apremió Kitty mirándola gravemente–. Pues que Ana Pavlovna dijo que su marido no quiere irse porque está usted aquí. Ello lo dijo sin razón alguna, pero por ese

motivo, por usted, hubo una disputa muy violenta entre los esposos. Ya sabe lo irritables que son los enfermos...

Kitty, más taciturna cada vez, guardaba silencio. Vareñka seguía monologando tratando de calmarla y suavizar la explicación, porque veía que Kitty estaba a punto de romper a llorar.

–Ya ve que es mejor que no vaya. Usted se hará cargo; no se ofenda, pero...

–¡Me lo merezco! ¡Me lo merezco! –dijo Kitty rápidamente, arrancando la sombrilla de manos de su amiga sin osar mirarla a los ojos.

Vareñka sentía impulsos de sonreír ante la infantil cólera de su amiga, pero se contuvo por no ofenderla.

–¿Por qué se lo merece? No comprendo –

dijo.

–Lo merezco porque todo esto que he estado haciendo era falso, fingido y no me salía del corazón. ¿Qué tengo yo que ver con ese hombre ajeno a mí? ¡Y resulta que provoco una disputa por meterme a hacer lo que nadie me pedía! Es la consecuencia de fingir.

–¿Qué necesidad había de fingir? –

preguntó, en voz baja, Vareñka.

–¡Qué estúpido y qué vil ha sido lo que he hecho! ¡No, no había necesidad de fingir na-da! –insistía Kitty, abriendo y cerrando nerviosamente la sombrilla.

–Pero ¿con qué fin fingía?

–Para parecer más buena ante la gente, ante mí, ante Dios. ¡Para engañar a todos! No volveré a caer en ello. Es preferible ser mala que mentir y engañar.

–¿Por qué dice usted engañar? –dijo, con reproche, Vareñka–. Lo dice usted como si...

Pero Kitty, presa de un arrebato de excitación, no la dejó terminar.

–No lo digo por usted; no se trata de usted. ¡Usted es perfecta, lo sé! Sí, sé que todas ustedes son perfectas. Pero ¿qué puedo hacer yo si soy mala? Si yo no fuese mala, todo eso no habría sucedido. Seré la que soy, pero sin fingir. ¿Qué me importa Ana Pavlovna? Que ellos vivan como quieran y yo viviré también como me plazca. No puedo ser sino como soy. No es eso lo que quiero, no, no es eso...

–¿Qué es lo que no quiere? ¿A qué se refiere usted? –preguntó Vareñka, sorprendida.

–No, no es eso... No puedo vivir más que obedeciendo a mi corazón, mientras que ustedes viven según ciertas reglas... Yo las he querido a ustedes con el alma y ustedes sólo me han querido a mí para salvarme, para en-señarme...

–No es usted justa –observó Vareñka.

–No digo nada de los demás; hablo de mí.

–¡Kitty! –gritó la voz de su madre–. Ven a enseñar tu collar a papá.

Kitty, altanera, sin hacer las paces con su amiga, tomó de encima de la mesa la cajita con el collar y fue a reunirse con su madre.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan encarnada? –le dijeron, a la vez, su padre y su madre.

–No es nada –contestó Kitty–. En seguida vuelvo.

Y se precipitó de nuevo en la habitación.

«Aún está aquí», pensó. «¡Dios mío¡ ¿Qué he hecho, qué he dicho? ¿Por qué la he ofendido? ¿Y qué hará ahora? ¿Qué le diré?» , y se detuvo junto a la puerta.

Vareñka, ya con el sombrero puesto, examinaba, sentada a la mesa, el muelle de la sombrilla que Kitty había roto en su arrebato.

Al entrar ésta, alzó la cabeza.

–¡Perdóneme, Vareñka, perdóneme! –

murmuró Kitty, acercándose–. No sé ni lo que le he dicho... Yo...

–Por mi parte le aseguro que no quise dis-gustarla... –dijo la muchacha, sonriendo.

Hicieron las paces.

Pero con la llegada de su padre había cambiado por completo todo el ambiente en que Kitty vivía. No renegaba de lo que había aprendido, pero comprendió que se engañaba a sí misma pensando que podría ser lo que deseaba. Le parecía haber despertado de un sueño. Reconocía ahora la dificultad de poder mantenerse a la altura de los hechos sin fingir ni enorgullecerse de su actitud. Sentía, además, el dolor de aquel mundo de penas, de enfermedades, aquel mundo de moribundos en el que vivía. Los esfuerzos que hacía sobre sí misma para amar lo

que la rodeaba le parecieron una tortura y deseó volver pronto al aire puro, a Rusia, a Erguchovo, donde, según la habían informado, había ido a vivir con sus hijos su hermana Dolly.

Pero su cariño a Vareñka no disminuyó. Al despedirse, Kitty le rogó que fuera a visitarla y a pasar una temporada con ella.

–Iré cuando usted se case –dijo la muchacha.

–No me casaré nunca.

–Entonces nunca iré.

–En ese caso lo haré aunque sólo sea para que venga. ¡Pero recuerde usted su promesa!

–dijo Kitty.

Los augurios del doctor se realizaron: Kitty volvió curada a su casa, en Rusia.

No era tan despreocupada y alegre como antes, pero estaba tranquila. El dolor que sufriera en Moscú no era ya para ella más que un recuerdo.

TERCERA PARTE

I

Sergio Ivanovich Kosnichev quiso descansar de su trabajo intelectual y, en vez de marchar al extranjero, según acostumbraba, se fue a finales de mayo al campo para disfrutar de una temporada al lado de su hermano.

Constantino Levin se sintió muy satisfecho recibiéndolo, tanto más cuanto que en aquel verano ya no contaba que

llegase su hermano Nicolás.

A pesar del respeto y cariño que sentía hacia Sergio Ivnovich, Constantino Levin experimentaba al lado de su hermano un cierto malestar. La manera que tenía éste de considerar al pueblo le molestaba y le hacían desagradables la mayoría de las horas pasadas allí en su compañía.

Para Constantino Levin el pueblo era el lugar donde se vive, es decir donde se goza, se sufre y se trabaja.

En cambio, para su hermano, era, de una parte, el lugar de descanso de su labor intelectual, y de otra, como un antídoto contra la corrupción de la ciudad, antídoto que él tomaba con placer comprendiendo su utilidad.

Para Constantino Levin el pueblo era bueno porque constituía un campo de nobles actividades: algo indiscutiblemente útil. Para Sergio Ivanovich era bueno porque allí era posible y hasta recomendable no hacer nada.

Además, Constantino estaba disgustado con su hermano por el modo que tenía éste de considerar a la gente humilde. Sergio Ivanovich decía que él la conocía mucho y la estimaba; a menudo hablaba con los campesinos, lo que sabía hacer muy bien, sin fingir ni adoptar actitudes estudiadas, y en todas sus conversaciones descubría rasgos de carácter que honraban al pueblo y que después se complacía él en generalizar.

Este modo de opinar sobre la gente humilde no placía a Levin, para el cual el pueblo no era más que el principal colaborador en el trabajo común. Era grande su aprecio hacia los campesinos y el entrañable amor que por ellos sentía –amor que sin duda mamó con la leche de su nodriza aldeana, como solía decir él–, y considerábase él mismo como un co-partícipe del trabajo común; y a veces se

entusiasmaba con la energía, la dulzura y el es-píritu de justicia de aquella gente; pero en otras ocasiones, cuando el trabajo requería cualidades distintas, se irritaba contra el pueblo, considerándolo sucio, ebrio y embustero.

Si hubieran preguntado a Constantino Levin si quería al pueblo, no habría sabido qué contestar. Al pueblo en particular, como a la gente en general, la amaba y no la amaba a la vez. Cierto que, por su bondad natural, más tendía a querer que a no querer a los hombres, incluyendo a los de clase humilde.

Pero amar o no a éstos como a algo particular no le era posible, porque no sólo vivía con el pueblo, no sólo sus intereses le eran comunes, sino que se consideraba a sí mismo como una parte del pueblo y ni en sí mismo ni en ellos veía defectos o cualidades particulares, y no podía oponerse al pueblo.

Además, vivía con gran frecuencia en íntima relación con el campesino, como señor y como intermediario y principalmente como consejero, ya que los aldeanos confiaban en él y a veces recorrían cuarenta verstas para pedirle consejos.

Pero no tenía sobre el pueblo opinión definida. Si le hubiesen preguntado si conocía al pueblo o no, habríase visto en la misma per-plejidad que al contestar si le amaba o no le amaba. Decir si conocía al pueblo era para él como decir si conocía o no a los hombres en general.

En principio estudiaba y sabía conocer a los hombres de todas clases y entre ellos a los campesinos, a los que consideraba buenos a interesantes. A menudo, observándolos, descubría en ellos nuevos rasgos de carácter

que le llevaban a modificar su opinión anterior y a formarse nuevas y distintas opiniones.

Sergio Ivanovich hacía lo contrario. Del mismo modo que alababa y amaba la vida del pueblo por contraste con la otra que no amaba, así amaba también a la gente humilde por contraste con otra clase de gente, y de una manera absolutamente idéntica conocía a es-ta gente como algo distinto y opuesto a los hombres en general.

En su metódico cerebro se habían creado formas definidas de la vida popular, deducidas parcialmente de esta misma vida, pero deducidas también, y en mayor parte, por oposición a la contraria.

Jamás, pues, variaba su opinión sobre el pueblo ni la compasión que le inspiraba. En las discusiones que los hermanos mantenían sobre aquel tema siempre vencía Sergio Ivanovich, por poseer una opinión definida sobre los aldeanos sobre sus caracteres, cualidades a inclinaciones, mientras que Constantino Levin no tenía ideas fijas y firmes sobre la gente del pueblo, por lo que siempre se le cogía en contradicción.

Para Sergio Ivanovich, su hermano menor era un buen muchacho, con «el corazón en su sitio» (lo que solía expresar en francés), de cerebro bastante ágil, pero esclavo de las impresiones del momento y lleno, por ello, de contradicciones. Con la condescendencia de un hermano mayor, Sergio Ivanovich le explicaba a veces la significación de las cosas, pe-ro no experimentaba interés en discutir con él porque le vencía demasiado fácilmente.

Constantino Levin tenía a su hermano por un hombre de inteligencia y cultura, noble en el más elevado sentido de la palabra y dotado de grandes facultades de acción en pro de

la sociedad. Pero en el fondo de su alma y a medida que aumentaba en años y conocía mejor a su hermano, tanto más a menudo pensaba que aquella facultad de servir a la sociedad, de la cual Constantino Levin se reconocía privado, quizá, al fin y al cabo, no fuera una cualidad, sino más bien un defecto.

No un defecto de algo, no una falta de buenos, nobles y honrados deseos a inclinaciones, sino una carencia de poder de vida efectiva, de ese impulso que obliga al hombre a escoger y desear una determinada línea de vida entre todas las innumerables que se abren ante él.

Cuanto más conocía a su hermano, más observaba que Sergio Ivanovich, como muchos otros hombres que servían al bien co-mún, no se sentían inclinados a ello de corazón, sino porque habían reflexionado y llegado a la conclusión de que aquello estaba bien, y sólo por tal razón se ocupaban de ello.

La suposición de Constantino Levin se confirmaba por la observación de que su hermano no tomaba más a pecho las cuestiones del bien colectivo y de la inmortalidad del alma que las de las combinaciones de ajedrez o la construcción ingeniosa de alguna nueva má-

quina.

Además, Constantino Levin se sentía a disgusto en el pueblo cuando estaba su hermano allí, sobre todo durante el verano, pues en esta época estaba siempre ocupado en los trabajos de su propiedad y aun en todo el largo día estival le faltaba tiempo para sí mismo, para poder atender a todo, mientras Sergio Ivanovich descansaba. Sin embargo, aunque descansase ahora, es decir no escribiera obra alguna, estaba tan hecho a la actividad cerebral que le

gustaba explicar en forma breve y elegante los pensamientos que acudían a su mente, y le gustaba tener a alguien que le escuchase.

El oyente más continuo era, naturalmente, su hermano. Por este motivo, a pesar de la sencillez amistosa de sus relaciones, Constantino Levin no sabía cómo arreglárselas cuando tenía que dejar solo a Sergio Ivanovich.

A éste le gustaba tenderse en la hierba ba-jo el sol y permanecer así, charlando perezo-samente.

–No sabes qué placer experimento sumer-giéndome en esta pereza ucraniana. Tengo la cabeza completamente vacía de pensamientos. Podría hacerse rodar por ella una pelota.

Pero Constantino Levin se aburría de estar sentado escuchando a su hermano, sobre to-do porque sabía que, mientras ellos hablaban, los campesinos debían de estar lavando el estercolero o trabajando en el campo no preparado aún, y que si él no estaba allí iban a hacerlo de cualquier manera. Pensaba también que seguramente no atornillarían sufi-cientemente las rejas de los arados ingleses y luego las apartarían afirmando que aquellos arados eran invenciones de tontos y que sólo el arado corriente, etcétera.

–¿No has andado ya bastante con este calor? –le decía Sergio Ivanovich.

–No... Tengo que pasar un momento por el despacho... –contestaba Levin.

Y se iba al campo corriendo.

II

A primeros de junio, el aya y ama de llaves Agafia Mijailovna, un día que bajaba al sótano con un tarro de setas recién saladas en las manos, resbaló, cayó y se lastimó la muñeca.

Llegó el joven médico rural, recién salido de la Facultad y muy hablador. Miró la mano, dijo que no estaba dislocada y se apresuró a entablar conversación con el célebre Sergio Ivanovich.

Para mostrarle sus ideas avanzadas, le contó todas las comadrerías de la provincia, quejándose de la mala organización del zemstvo.

Sergio Ivanovich le escuchaba con atención, le preguntaba... Animado por el nuevo auditor, habló y expuso algunas observaciones justas y concretas –que fueron respetuosamente apreciadas por el joven médico–, animándose mucho, como siempre le ocurría después de una conversación agradable y brillante.

Cuando el médico se hubo ido, Sergio Ivanovich quiso ir a pescar con caña; le gustaba la pesca y se mostraba casi orgulloso de que una ocupación tan estúpida pudiera gustarle.

Constantino Levin, que tenía que echar un vistazo a los hombres que estaban arando y también a los prados, ofreció a su hermano llevarle hasta el río en su carretela.

Era la época del año en que el grano llega ya a su madurez, cuando hay que prepararse ya para la siembra de la próxima cosecha; se acerca la siega y el centeno, crecido ya, con su ligero tallo verdegrís y su espiga no acabada aún de llenar, ondea bajo el viento; la época en que las verdes avenas, con las matas de hierba amarillentas que brotan, aisla-das entre ellas, se extienden irregularmente en los sembrados tardíos;

cuando se abre el alforfón y sus granos cubren la tierra; cuando la barbechera, pisoteada por los animales y endurecida como la piedra, con la que no puede la raspa, se ve ya con sus surcos tra-zados hasta la mitad; cuando los secos montones de estiércol llevados a los campos al nacer y al ponerse el sol mezclan su olor al perfume de las hierbas, y cuando en las tierras bajas, esperando la guadaña, se extienden como un mar inmenso los prados ribere-

ños con los negreantes montones de tallos de acederas arrancados.

Era, pues, la época en que se produce un corto descanso en los trabajos del campo antes de la recolección anual que reúne todos los esfuerzos del pueblo.

La cosecha era espléndida; los días, claros y calurosos; las noches, cortas y húmedas de rocío.

Los hermanos tenían que pasar por el bosque para llegar a los prados, Sergio Ivanovich iba admirando la belleza del bosque, magnífi-co de hojas y verdor. Llamaba la atención de su hermano, ora sobre un viejo tilo, oscuro en su parte de sombra, pero rico de colorido con sus amarillos brotes prontos a florecer, ora sobre los tallos nuevos de otros árboles que brillaban como esmeraldas.

A Constantino Levin no le agradaba hablar ni que le hablasen de las bellezas de la naturaleza. Las palabras despojaban de belleza al paisaje.

Respondía, pues, a su hermano con distraídos monosílabos, mientras, contra su voluntad, iba pensando en otras cosas.

Al salir del bosque atrajo su atención el campo en barbecho de una colina: aquí ya cubierto de amarilla hierba, allí

labrado en cuadros, más allá salpicado de montones de estiércol y en otros puntos arado.

Pasaba por el campo una fila de carros.

Levin los contó y se alegró al ver que llevaban todo lo necesario. Contemplando los prados sus pensamientos pasaron a la siega. Es-te momento le producía siempre una intensa emoción.

Al llegar al prado, Levin detuvo el caballo.

El rocío matinal humedecía aún la parte inferior de las hierbas, por lo cual, para no mo-jarse los pies, Sergio Ivanovich pidió a su hermano que le llevase con la carretela hasta el sauce que se alzaba en el lugar señalado para pescar. Constantino Levin, a pesar del disgusto que le producía aplastar la hierba de su prado, dirigió el coche a través de él.

Las altas hierbas se abatían suavemente bajo las ruedas y las patas del caballo, y en los cubos y radios de las ruedas se desgrana-ban las semillas.

Sergio Ivanovich se sentó bajo el sauce, arreglando sus útiles de pesca. Levin ató el caballo no lejos de allí y se internó en el enorme mar verde oscuro del prado, inmóvil, no agitado por el menor soplo de viento. La hierba, suave como seda, en el lugar adonde alcanzaba, en primavera, el agua del río al salirse de madre, le llegaba hasta la cintura.

A través del prado, Constantino Levin saltó al camino y encontró a un viejo, con un ojo muy hinchado, que llevaba una colmena con abejas.

–¿Las has cogido, Tomich? –preguntó Levin.

–¡Quia, Constantino Dmitrievich! ¡Gracias si consigo guardar las mías! Ya se me han marchado por segunda vez. Menos mal que sus muchachos las alcanzaron. Los que están trabajando el campo... Desengancharon un caballo y las cogieron.

–Y qué, Tomich: ¿qué te parece? ¿Conviene segar ya o esperar más?

–A mi parecer, habrá que esperar hasta el día de San Pedro. Ésta es la costumbre. Claro que usted siega siempre antes. Si Dios quiere, todo irá bien. La hierba está muy crecida.

Los animales quedarán contentos.

–¿Y qué te parece el tiempo?

–Eso ya depende de Dios. Quizá haga buen tiempo.

Levin se acercó otra vez a su hermano, que, con aire distraído, estaba con la caña en las manos.

La pesca era mala, pero Sergio Ivanovich no se aburría y parecía hallarse de excelente buen humor.

Levin notaba que, animado por la charla con el médico, su hermano tenía deseos de hablar más. Pero él quería volver a casa lo antes posible para dar órdenes de que los segadores fueran al campo al día siguiente y resolver las dudas relativas a la siega, que constituían en aquel momento su mayor preocupación.

–Vámonos ––dijo.

–¿Para qué apresurarnos? Estemos aquí un rato más. Oye: estás muy mojado. En este sitio no se pesca nada, pero se encuentra uno muy bien. El encanto de estas ocupaciones

consiste en que ponen a uno en contacto con la naturaleza. ¡Qué bella es esta agua! ¡Parece de acero! ––continuó–. Estas orillas de los ríos cubiertas de hierba me recuerdan siempre aquella adivinanza... ¿Recuerdas?, que dice: «la hierba dice al agua: vamos a forcejear, a forcejear»...

–No conozco esa adivinanza–respondió Constantino Levin con voz opaca.

III

–He estado pensando en ti –dijo Sergio Ivanovich–. ¡Hay que ver lo que sucede en tu provincia! Por lo que me contó el médico veo que... Por cierto que ese muchacho no parece nada tonto... Ya te he dicho, y te lo repito, que no está bien que no asistas a las juntas rurales de la provincia y que te hayas alejado de las actividades del zemstvo. Si la gente de nuestra clase se aparta, claro es que las cosas habrán de ir de cualquier modo... Nosotros pagamos el dinero que ha de destinarse a sueldos, pero no hay escuelas, ni médicos auxiliares, ni comadronas, ni farmacias, ni nada...

–Ya he probado –repuso Levin en voz baja y desganada– y no puedo. ¿Qué quieres que haga?

–¿Por qué no puedes? Confieso que no lo comprendo. No admito que sea por indiferencia o ineptitud. ¿Será por pereza?

–Ninguna de las tres cosas. Es que he probado y visto que no puedo hacer nada –

replicó Levin.

Apenas pensaba en lo que le decía su hermano. Tenía la mirada fija en la tierra labrada de la otra orilla, donde distinguía un bulto negro que no podía precisar si era un

caballo solo o el caballo de su encargado montado por aquél.

–¿Por qué no puedes? Probaste y no resultó como querías. ¡Y por eso te consideraste vencido! ¿Es que no tienes amor propio?

–No comprendo a qué amor propio te refieres ––contestó Levin, picado por las palabras de su hermano–. Si en la Universidad me hubieran dicho que los demás comprendían el cálculo integral y yo no, eso sí que habría sido un caso de amor propio. Pero en este caso tienes que empezar por con-vencerte de que no careces de facultades pa-ra esos asuntos y además, y eso es lo principal, tienes que tener la convicción de que son importantes.

–¿Acaso no lo son? –preguntó Sergio Ivanovich, ofendido de que su hermano no diera importancia a lo que tanto le preocupaba a él y ofendido, también, de que Levin casi no le escuchara.

–No me parecen importantes y no me interesan. ¿Qué quieres? –repuso Levin, advirtiendo ya que la figura que se acercaba.era el encargado y que seguramente éste habría hecho retirar a los obreros del campo labrado, ya que éstos regresaban con sus instrumentos de trabajo. «Es posible que hayan terminado ya de arar», pensó.

–Escúchame ––dijo su hermano mayor, arrugando las cejas de su rostro hermoso a inteligente–. Todo tiene sus límites. Está muy bien ser un hombre excepcional, un hombre sincero, no soportar falsedades... Ya sé que todo eso está muy bien. Pero lo que tú dices, o no tiene sentido, o lo tiene muy profundo.

¿Cómo puedes no dar importancia a que el pueblo, al que tú amas, según aseguras...

«Jamás lo he asegurado», pensó Levin.

–... muera abandonado? Las comadronas ineptas ahogan a los niños, y el pueblo en general se ahoga en la ignorancia y está a merced del primer funcionario que encuentra.

Entre tanto, tú tienes a tu alcance el medio de ayudarles y no lo haces por encontrarlo innecesario.

Sergio Ivanovich le ponía en un dilema: o Levin era tan poco inteligente que no comprendía cuanto le era dable hacer o no quería sacrificar su tranquilidad, vanidad o lo que fuera para hacerlo.

Levin reconocía que no le quedaba más remedio que someterse o reconocer su falta de interés por el bien común. Aquello le disgustó y le ofendió.

–Ni una cosa ni otra –contestó rotunda-mente Levin–. No veo la posibilidad de...

–¿Cómo? ¿No es posible, empleando bien el dinero, organizar la asistencia médica al pueblo?

–No me parece posible. En las cuatro mil verstas cuadradas de nuestra circunscripción, con los muchos lugares del río que no se hie-lan en invierno, con las tempestades, con las épocas de trabajo en el campo, no veo modo de llevar a todas partes la asistencia médica.

Además, por principio, no creo en la medicina.

–Permíteme que te diga que eso no es razonable. Te pondría miles de ejemplos. Y luego, las escuelas...

–¿Para qué sirven?

–¿Qué dices? ¿Qué duda puede caber sobre la utilidad de la instrucción? Si es conveniente para ti, es conveniente para todos.

Constantino Levin se sentía moralmente acorralado. Se irritó, pues, más aún a involuntariamente explicó el motivo esencial de su indiferencia por el interés común.

–Bien: todo eso podrá ser muy acertado, pero no sé por qué voy a preocuparme de la instalación de centros sanitarios, cuyos servicios no necesito nunca, y de procurar la instalación de escuelas a las que no voy a mandar a mis hijos jamás. Aparte de que no estoy muy seguro de que convenga enviar a los niños a la escuela –dijo.

Por un momento, Sergio Ivanovich quedó sorprendido ante aquella inesperada objeción, pero en seguida formó un nuevo plan de ataque.

Calló unos intantes, sacó la caña del agua, la cambió de posición y se dirigió, sonriendo, a su hermano.

–Dispensa que te diga: primero, que el auxilio médico lo has necesitado ya. Acabas de enviar a buscar al médico rural para Agafia Mijailovna.

–Pues creo que ésta se quedará con la mano torcida.

–Eso no se sabe aún. Por otra parte, supongo que un campesino no analfabeto, un operario que sepa leer y escribir, te es más útil que los que no saben.

–No. Pregúntaselo a quien quieras –

respondió Constantino Levin–. El campesino culto es mucho peor como operario. No saben ni arreglar los caminos... y en cuanto arreglan los puentes los roban...

–De todos modos... –insistió Sergio Ivanovich.

Y frunció las cejas. No le gustaban las contradicciones, y menos las que saltaban de un tema a otro, presentando nuevas demostraciones inconexas, no sabiendo nunca a cual contestar.

–De todos modos, no se trata de eso.

Permíteme... ¿Reconoces que la instrucción es beneficiosa para el pueblo?

–Lo reconozco –dijo Levin impremedita-damente.

Y en seguida comprendió que había dicho una cosa que no pensaba. Reconoció que, admitido aquel postulado, podía replicársele que entonces decía necedades, cosas sin sentido. Cómo se le pudiera demostrar no lo sa-bía, pero estaba seguro de que iba a demostrársele lógicamente y se dispuso a esperar tal demostración.

Ésta fue mucho más sencilla de lo que aguardaba.

–Si reconoces que es un bien –dijo Sergio Ivanovich–, entonces, como hombre honrado, no puedes dejar de simpatizar con esa obra y no puedes negarte a trabajar para ella,

–No reconozco esa obra como buena –

repuso Constantino Levin sonrojándose.

–¿Cómo? ¡Si has dicho que sí ahora mismo!

–Quiero decir que no me parece que sea conveniente ni posible.

–No puedes saberlo, puesto que no has aplicado tus esfuerzos a ello.

–Supongamos –repuso Levin–, aunque yo no lo supongo, supongamos que todo sea como tú dices. Ni aun así veo por qué habría de ocuparme yo de tal cosa.

–¿Cómo que no?

–Acuérdate de que ya una vez hablamos de esto y ya entonces te dije mi opinión. Pero ya que hemos llegado otra vez a esto, explí-

camelo desde el punto de vista filosófico –dijo Levin.

–No veo qué tiene que ver con esto la filosofía –repuso Sergio Ivanovich.

Y su tono irritó a Levin, porque parecía dar a comprender que él no tenía autoridad para ocuparse de filosofía.

–Ahora te lo diré yo –repuso ya acalorado–

. Supongo que el móvil de todos nuestros actos es, en resumen, nuestra felicidad personal. Y en la institución del zemstvo, yo, como noble, no veo nada que pueda favorecer mi bienestar. Por ello los caminos no son mejores ni pueden mejorarse. Además, mis caballos me llevan muy bien por los

caminos mal arreglados. No necesito al médico ni al puesto sanitario. Tampoco necesito al juez del distrito, a quien nunca me he dirigido ni dirigiré.

No sólo no necesito escuelas, sino que me perjudican, según lo he demostrado. Para mí, el zemstvo se reduce a tener que pagar dieciocho copecks por deciatina de tierra, a la obligación de ir a la ciudad a pasar una noche en cuartos con insectos y luego a tener que oír necedades y disparates. Mi interés personal no me aconseja soportar eso.

–Permíteme –interrumpió Sergio Ivanovich, sonriendo–. El interés personal no nos aconsejaba procurar la liberación de los siervos y, sin embargo, lo hemos procurado.

–¡No! –interrumpió Constantino Levin, animándose–. La liberación de los siervos era otra cosa. Allí había un interés personal. Queríamos quitar un yugo que nos oprimía a toda la gente buena. Pero ser vocal de un consejo para deliberar sobre cuántos deshollinadores son necesarios y sobre la necesidad de instalar tuberías en la ciudad en la que no vivo; tener, como vocal, que juzgar a un aldeano que robó un jamón, escuchando durante seis horas las tonterías que sueltan defensores y fiscales, mientras el presidente pregunta, por ejemplo, a mi viejo Alecha el tonto: «¿Reconoce usted, señor acusado, el hecho de haber robado el jamón?», y Alecha el tonto contesta: «¿Qué...?».

Constantino Levin, ya lanzado por este camino, comenzó a imitar al presidente y a Alecha el tonto, como si todo ello tuviera alguna relación con lo que decían.

Sergio Ivanovich se encogió de hombros.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que los derechos que mi...

que son... que tratan de mis intereses, los defenderé con todas mis fuerzas. Cuando los gendarmes registraban nuestras habitaciones de estudiantes y leían nuestros periódicos, estaba, como estoy ahora, dispuesto a defender mis derechos a la libertad y la cultura. Me intereso por el servicio militar obligatorio, que afecta a mis hijos, a mis hermanos, a mí mismo, y estoy dispuesto a discutir sobre él cuanto haga falta, pero no puedo juzgar sobre cómo han de distribuirse los fondos del zemstvo ni sentenciar a Alecha el tonto. No comprendo todo eso y no puedo hacerlo.

Parecía haberse roto el dique de la elocuencia de Levin. Sergio Ivanovich sonrió.

–Entonces, si mañana tienes un proceso, preferirás que lo juzguen por la antigua au-diencia de lo criminal.

–No tendré proceso alguno. No cortaré el cuello a nadie y no necesito juzgados. El zemstvo –continuaba Levin, saltando a un asunto que no tenía relación alguna con el tema– se parece a esas ramitas de abedul que poníamos en casa por todas partes el día de la Santísima Trinidad para que imitasen la primitiva selva virgen de Europa. Me es imposible creer que, si riego esas ramas de abedul, van a crecen

Sergio Ivanovich se encogió de hombros, expresando en este gesto su sorpresa porque salieran a relucir en su discusión aquellas ramas de abedul, aunque comprendió en seguida lo que su hermano quería dar a entender.

–Perdóname, pero de este modo no se puede hablar –– observó.

Pero Constantino Levin quería disculparse de aquel defecto de su indiferencia hacia el bien común y continuó:

–Creo que ninguna actividad puede ser práctica si no tiene por base el interés personal. Esta verdad es filosófica ––dijo con energía, repitiendo la palabra «filosófica» como subrayando que también él, como todos, te-nía derecho a hablar de filosofía.

Sergio Ivanovich sonrió otra vez.

«También él tiene una filosofía propia: la de servir sus inclinaciones», pensó.

–Deja la filosofía ––dijo en voz alta–. El fin principal de la filosofía de todas las épocas consiste precisamente en encontrar la relación necesaria que debe existir entre el interés personal y el común. Pero no se trata de eso; debo corregir tu comparación. Los abedules que decías no estaban plantados en tierra y éstos sí, aunque, como no están crecidos aún, hay que cuidarlos. Sólo tienen porvenir, sólo pueden figurar en la historia, los pueblos que tienen consciencia de lo que hay de necesario a importante en sus instituciones y las aprecian.

Sergio Ivanovich llevó así el tema a un terreno histórico–filosófico inaccesible para su hermano, demostrándole todo lo injusto de su punto de vista.

–Se trata de que a ti esto no te gusta y ello es, y perdóname, característico de nuestra pereza rusa, de nuestra clase. Mas estoy seguro de que es un error pasajero que no durará.

Levin callaba. Se reconocía batido en toda la línea, pero a la vez comprendía que su hermano no había sabido interpretar su pensamiento. No veía si no había sido comprendido por no saber explicarse mejor y con más claridad o porque el otro no quería comprenderle. Mas no profundizó en aquellos pensamientos y, sin replicar a su hermano, permaneció

pensativo, ensimismado en el asunto personal que entonces le preocupaba.

Sergio Ivanovich volteó una vez más el sedal en tomo a la caña. Luego desataron el caballo y regresaron a casa.

IV

El asunto personal que preocupaba a Levin durante su conversación con su hermano era el siguiente: cuando el año pasado, habiendo ido Levin a la siega, se enfadó con su encargado, empleó su medio habitual de calmarse: coger una guadaña de manos de un campesino y ponerse a segar.

El trabajo le gustó tanto que algunas veces se puso espontáneamente a guadañar; segó todo el prado de frente de casa, y este año, ya desde la primavera, se había formado el plan de pasar días enteros guadañando con los campesinos.

Desde que había llegado su hermano, Constantino Levin no hacía más que pensar si debía hacer lo proyectado o no. No le parecía bien dejar solo a su hermano durante días enteros y además temía que Sergio Ivanovich se burlara de él.

Pero mientras pasaba por el prado, al recordar el placer que le producía manejar la guadaña, resolvió hacerlo. Y tras la disputa con su hermano volvió a recordar su decisión.

«Necesito ejercicio físico», pensó. «De lo contrario, se me agria el carácter.»

Resolvió, pues; tomar parte en la siega, aunque pareciera incorrecto con respecto a su hermano, y miráralo la gente como lo mirara.

Por la tarde se fue al despacho, dio órdenes para el trabajo y envió a buscar segadores en los pueblos cercanos, a fin de segar al día siguiente el prado de Vibumo, que era el mayor y el mejor de todos.

–Hagan también el favor de enviar mi guadaña a Tit, para que la afile y me la tenga lista para mañana. Quizá trabaje yo también

–dijo, tratando de disimular su turbación.

El encargado, sonriendo, repuso:

–Bien, señor.

Por la noche, durante el té, Levin dijo a su hermano:

–Como el tiempo parece bueno, mañana empiezo a segar.

–Es muy interesante ese trabajo –dijo Sergio Ivanovich.

–A mí me encanta. A veces he segado yo con los aldeanos. Mañana me propongo hacerlo todo el día.

Sergio Ivanovich, levantando la cabeza, miró a su hermano con atención.

–¿Cómo? ¿Con los campesinos? ¿Igual que ellos? ¿Todo el día?

–Sí; es muy agradable –contestó Levin.

–Como ejercicio físico es excelente, pero no sé si podrás resistirlo –dijo Sergio Ivanovich sin ironía alguna.

–Lo he probado. Al principio parece difícil, pero luego se acostumbra uno. Espero no quedarme rezagado.

–¡Vaya, vaya! Pero dime: ¿qué opinan de eso los aldeanos? Seguramente se burlarán de las manías de su señor.

–No lo creo. Ese trabajo es tan atrayente y a la vez tan difícil que no queda tiempo para pensar.

–¿Y cómo vas a comer con ellos? Porque seguramente no irán a llevarte allí el vino Laffite y el pavo asado.

–No. Vendré a casa mientras ellos descansan.

A la mañana siguiente, Levin se levantó más temprano que nunca, pero las órdenes que tuvo que dar le entretuvieron y, cuando llegó al prado, los segadores empezaban ya la segunda hilera.

Desde lo alto de la colina se descubría la parte segada del prado, con los bultos negros de los caftanes que se habían quitado los segadores cerca del lugar adonde llegaran en la siega de la primera hilera.

A medida que Levin se acercaba al prado, aparecían a sus ojos los campesinos, unos con sus caftanes, otros en mangas de camisa, que, formando una larga hilera escalona-da, avanzaban moviendo las guadañas cada uno a su manera. Levin los contó y halló que había cuarenta y tres hombres.

Los segadores avanzaban lentamente sobre el terreno desigual del prado, hacia la parte donde estaba la antigua esclusa.

Levin reconoció a algunos de ellos. Allí se veía al viejo Ermil, con una camisa blanca larguísima, manejando la guadaña muy encorvado; luego, el joven Vaska, que servía de cochero a Levin y que guadañaba con amplios movimientos. Allí estaba también Tit, un campesino bajo y delgado que había instruido a Levin en el arte de segar; iba delante y manejaba

la guadaña sin inclinarse, sin esfuerzo alguno y como si jugara.

Levin se apeó, ató al caballo junto al camino y se unió a Tit. Éste sacó de entre los matorrales una segunda guadaña y la ofreció a su dueño.

–Ya está preparada, señor. Corta que da gusto –dijo Tit sonriendo y quitándose la gorra mientras entregaba la guadaña a Levin.

Éste la tomó y empezó a guadañar para probarla. Los segadores que ya habían terminado su hilera salían uno tras otro al camino, sudorosos y alegres, y saludaban, riendo, al señor.

Todos le contemplaban, pero nadie osaba hablar, hasta que un viejo alto, con el rostro arrugado y sin barba, que llevaba una chaqueta de piel de cordero, salió al camino y, dirigiéndose a Levin, le dijo:

–Bueno, señor; ya que ha comenzado, no debe quedarse atrás.

Levin oyó una risa ahogada entre los segadores.

–Procuraré no quedarme –repuso Levin, si-tuándose tras Tit y esperando el momento de empezar.

–Muy bien; veremos cómo cumple –repitió el viejo.

Tit dejó sitio y Levin le siguió. La hierba era baja, como sucede siempre con la hierba que crece junto al camino, y Levin, que hacía tiempo no manejaba la guadaña y se sentía turbado bajo las miradas de los segadores fijas en él, guadañaba al principio con alguna torpeza, a pesar de hacerlo con vigor.

Se oyeron exclamaciones a sus espaldas.

–Tiene mal cogida la guadaña, con el mango demasiado arriba... Mire cómo tiene que inclinarse –dijo uno.

–Apriete más con el talón –indicó otro.

–Nada, nada, ya se acostumbrará –repuso el viejo–. ¡Vaya, vaya, cómo se aplica! Hace el corte demasiado ancho y se cansará. Guadaña demasiado aprisa. ¡Se ve bien que trabaja para usted! Pero, ay, ay, ¡qué bordes va dejando! Antes, por cosas así, nos daban de palos a nosotros.

La hierba ahora era más blanda y mejor y Levin, escuchando sin contestar, seguía a Tit, procurando guadañar lo mejor que podía.

Adelantaron un centenar de pasos. Tit avanzaba siempre sin pararse, sin mostrar el menor cansancio. Levin, en cambio, se sentía tan fatigado que temía no poder resistirlo.

Movía la guadaña sacando fuerzas de flaqueza a iba ya a pedir a Tit que se parase, cuando el otro lo hizo espontáneamente, se inclinó, cogió un puñado de hierba y después de haber secado con ella la guadaña, comenzó a afilarla.

Levin se irguió, respiró fuerte y miró a su alrededor.

Tras él iba otro aldeano, también cansado al parecer, puesto que, sin llegar hasta donde estaba Levin, empezó a su vez a afilar la guadaña.

Tit afiló la suya y la de Levin, y luego continuaron la labor.

A la segunda vuelta pasó lo mismo. Tit caminaba sin detenerse, sin cansarse, moviendo sin cesar su guadaña.

Levin le seguía procurando no retrasarse y sintiéndose más cansado cada vez. Pero cuando llegaba el momento en que le faltaban las fuerzas, Tit se detenía y se ponía a afilar el instrumento.

Así concluyeron la primera hilera. A Levin esta hilera tan larga le pareció muy dura y difícil, pero cuando hubieron llegado al final y Tit, poniéndose la guadaña al hombro, comenzó a caminar sobre las huellas que dejaran en la tierra sus propios talones, y Levin hubo hecho lo propio siguiendo también sus propias huellas, se sintió muy a gusto, a pesar del sudor que le caía en gruesas gotas del rostro y de la nariz y de tener la espalda completamente empapada. Le alegraba, sobre todo, la seguridad que tenía ahora de que podría resistir el trabajo.

Lo único que empañaba su satisfacción era el ver que su hilera no estaba bien segada.

«Moveré menos el brazo y más el conjunto del cuerpo», pensaba Levin, comparando la hilera de Tit, segada como a cordel, con la suya, donde la hierba había quedado desigual.

Según Levin observó, Tit había recorrido muy de prisa la primera hilera, sin duda para probar al dueño. Además, era una hilera más larga que las otras. Las siguientes eran más fáciles, pero, con todo, Levin tenía que poner en juego todas sus fuerzas para no rezagar-se.

No pensaba ni deseaba nada, salvo que los campesinos no le dejasen atrás y trabajar lo mejor posible. No oía más que el rumor de las guadañas; y veía ante sí la figura erguida de Tit que se iba alejando; el semicírculo de hierba segada; la hierba que caía lentamente, como en oleadas; las flores que se ofrecían ante el filo de su guadaña, y al fondo y frente a sí, el término de la hilera, donde podría descansar al llegar.

En medio del trabajo, y sin comprender la causa de ello, experimentó de repente una agradable sensación de frescura en sus hombros ardientes y cubiertos de sudor, y luego rmientras afilaban las guadañas, miró al cielo.

Había llegado una nube baja y pesada y caían gruesas gotas de lluvia.

Algunos segadores corrieron hacia sus caftanes. Otros, como Levin, se encogieron de hombros, satisfechos de sentir la agradable frescura del agua.

Hicieron una hilera más, y otra. Unas hileras eran largas, otras cortas, la hierba ora mala, ora buena.

Levin perdió la noción del tiempo y no sa-bía qué hora era. Su trabajo experimentaba ahora un cambio que le colmaba de placer.

En medio de la tarea había momentos en que olvidaba lo que hacía y trabajaba sin esfuerzo; y entonces su hilera resultaba casi tan igual como la de Tit. Pero en cuanto recordaba lo que estaba haciendo y procuraba trabajar con más cuidado, sentía el peso del esfuerzo y todo resultaba peor.

Terminada una hilera más, iba a empezar de nuevo cuando notó que Tit se detenía y, acercándose al viejo, le hablaba en voz baja.

Ambos miraron al sol.

«¿De qué hablarán y por qué no siguen trabajando?», pensó Levin, sin darse cuenta de que los campesinos llevaban segando sin cesar lo menos cuatro horas y era ya tiempo de descansar.

–Es hora de almorzar, señor –dijo el viejo.

–¿Ya es hora? Bueno, almorcemos.

Levin entregó la guadaña a Tit y, en grupo con los aldeanos que se acercaban a sus caftanes para coger el pan, se dirigió al lugar donde estaba su caballo, pisando la hierba segada, ligeramente húmeda por la lluvia.

Sólo entonces se dio cuenta de que no había previsto bien el tiempo y de que la lluvia estaba mojando el heno.

–La lluvia va a echar a perder el heno –

dijo.

–Eso no es nada, señor. Ya dice el refrán que hay que guadañar con lluvia y rastrillar con sol –respondió el viejo.

Levin desató el caballo y se dirigió a su ca-sa para tomar el café.

Sergio Ivanovich se había levantado unos momentos antes.

Después de tomar su café, Levin se fue otra vez a segar antes de que Sergio Ivanovich tuviera tiempo de vestirse y salir al comedor.

V

Después del almuerzo, Levin ocupó otro lugar en la siega, entre un viejo burlón, que le pidió que se pusiera a su lado, y un joven que se había casado en otoño y segaba aquel verano por primera vez.

El viejo, muy erguido, con las piernas abiertas y firmes, manejaba la guadaña como si jugase, con un movimiento recio y acom-pasado que parecía no costarle mayor esfuerzo

que el de mover los brazos al andar, y amontonaba haces altos de hierba y todos iguales. Dijérase que no era él, sino su guadaña sola, la que segaba la jugosa hierba.

Tras Levin seguía el joven Michka. Su rostro juvenil y agradable, con los cabellos ceñidos por hierbas entrelazadas, mostraba el esfuerzo que le costaba la faena. Pero en cuanto le miraban sonreía. Se notaba que habría preferido morir a mostrar debilidad.

Levin iba entre ambos. A la hora de más calor, el trabajo no le pareció tan difícil. El sudor que le bañaba le producía cierto frescor y el sol que le quemaba las espaldas, la cabeza, los brazos, arremangados hasta el codo, le daba más vigor y más tenacidad en el esfuerzo. Cada vez eran más frecuentes los momentos en que trabajaba como sin darse cuenta, y la guadaña parecía entonces que segase por sí sola. Eran momentos de dicha, más dichosos aún cuando, al acercarse al río en el que terminaba el prado, el viejo secaba la guadaña con la hierba espesa y húmeda, lavaba el acero en el río y, llenando de agua su botijo, se lo ofrecía a Levin.

–¿Qué me dice usted de mi kwass? ¡Es bueno! ¿Eh? ––decía el viejo guiñando el ojo.

Y, efectivamente, nunca había tomado Levin bebida más agradable que aquel agua tibia en la que flotaban hierbas y con el regusto del hierro oxidado del botijo.

Luego seguía el agradable y lento paseo, con la guadaña en la mano, durante el cual podía enjugarse el sudor, respirar a pleno pulmón, contemplar la amplia línea de los segadores, mirar el bosque, el campo, cuanto le rodeaba...

Cuanto más trabajaba, más frecuentes eran en él los momentos de olvido total en los cuales no eran los brazos los que llevaban la guadaña, sino que era ésta la que

arrastraba tras sí en una especie de inconsciencia todo el cuerpo pletórico de vida. Y, como por arte de magia, sin pensar en él, el trabajo más recio y perfecto se realizaba como por sí solo. Aquellos momentos eran los más felices.

En cambio, cuando se hacía preciso interrumpir aquella actividad inconsciente para segar alguna prominencia o agacharse para arrancar una mata de acedera, el retorno a la realidad se hacía más penoso. El viejo lo hacía sin dificultad. Cuando hallaba algún pequeño ribazo, afirmaba el talón y, de unos cuantos golpes breves, segaba con la punta de la guadaña ambos lados del saliente.

Mientras lo hacia así, no apartaba, sin embargo, un momento la atención de lo que había ante él, y ora arrancaba algún fruto silvestre y lo comía o lo ofrecía a Levin, ora separaba una rama con la punta del pie, ora contemplaba un nido del cual, bajo la misma guadaña, salía volando alguna codorniz, o bien cogía con la hoja, como con un tenedor, alguna culebra que encontraba en su camino, la mostraba a Levin y la arrojaba lejos de allí.

Para Levin, así como para el joven que trabajaba a sus espaldas, tales cambios de movimiento se hacían muy difíciles. Los dos, una vez hallada la forma adecuada de moverse, se embebían en el ardor del trabajo y eran incapaces de modificar el ritmo y observar a la vez lo que había ante ellos y segar.

Levin no reparaba en el tiempo que transcurría. Si le hubisen preguntado cuántas horas llevaba trabajando, habría contestado que apenas media, cuando en realidad había llegado ya la hora de comer.

Volviendo por el lado segado ya, el viejo señaló a Levin varios niños de ambos sexos que, por todas partes, incluso

por el sendero, aunque apenas visibles entre las altas hierbas, se acercaban a los segadores llevando saquitos con panes y jarros de kwass sujetos con cintas que apenas podían sostener.

–¡Eh! ¡Ya están aquí los renacuajos! –––

dijo el viejo, indicando a los niños, mientras, protegiendo sus ojos con la mano, miraba el sol.

Trabajaron un poco más. Luego, el viejo se detuvo.

–¡Ea, señor, ya es hora de comer! –dijo decididamente.

Acercándose al río, los segadores se dirigieron a sus caftanes, junto a los que les esperaban los niños que traían la comida. Los aldeanos que llegaban de más lejos se colocaron bajo los carros y los de más cerca a la sombra de los sauces, extendiendo antes en el suelo manojos de hierba.

Levin se sentó junto a ellos. No tenía deseos de irse.

El malestar que imponía a los hombres la presencia del amo se había disipado hacía rato. Los aldeanos se preparaban a comer.

Algunos se lavaban. Los niños se bañaban en el río. Otros preparaban sitios para descansar, desataban los saquitos de pan, destapa-ban los jarros de kwass.

El viejo cortó pan, lo echó en su tazón, lo aplastó con el mango de la cuchara, vertió agua del botijo de lata, volvió a cortar pan y, poniéndole sal, oró de cara a oriente.

–¿Quiere probar mi tiuria, señor? –dijo, sentándose y apoyando el tazón en las rodillas.

La tiuria estaba tan buena que Levin desistió de ir a casa. Comió con el viejo, hablándole de los asuntos que podían interesarle y poniendo en ellos la más viva atención, a la vez que le hablaba también de aquellos asuntos propios que podían interesar a su interlocutor.

Se sentía moralmente más cerca de su hermano y sonreía sin querer, penetrado del sentimiento afectuoso que el viejo le inspiraba.

El anciano se incorporó, rezó y se tendió allí mismo, a la sombra de unas matas, poniendo bajo su cabeza un poco de hierba, y Levin hizo lo propio; y, a pesar de que las fastidiosas moscas y otros insectos que zum-baban bajo el sol le cosquilleaban el rostro sudoroso y el cuerpo, se durmió en seguida y no despertó hasta que el sol, pasando al otro lado de las matas, llegó hasta él.

El viejo, que hacía rato que no dormía, estaba sentado arreglando las guadañas de los mozos.

Levin miró en torno suyo y halló tan cambiado el lugar que apenas lo reconocía. El enorme espacio de prado estaba segado ya y brillaba con una claridad particular, nueva, con hileras de hierbas olorosas a heno bajo los rayos del sol ya en su ocaso. Distinguían-se los arbustos, con la hierba segada en to-mo, próximos al río; el río mismo, no visible antes y ahora brillante como el acero en sus recodos; la gente que se despertaba y se po-nía en movimiento; el alto muro de las hierbas en la parte del prado no segada aún, y los buitres que revoloteaban incesantemente sobre el prado desnudo.

Era un espectáculo completamente nuevo.

Viendo lo que había avanzado el trabajo, Levin comenzó a calcular cuánto se habría segado y cuánto se podría segar

aún en aquel día. Para cuarenta y tres hombres se había adelantado mucho. El enorme prado, que en los tiempos de la servidumbre exigía treinta hombres durante dos días para segarlo, ya estaba terminado todo, salvo en las extremidades, Pero Levin quería tenerlo terminado lo antes posible y le contrariaba que el sol corriese tan rápidamente.

No sentía cansancio alguno y habría deseado seguir trabajando más y más.

–¿Qué le parece? ¿Tendremos tiempo de segar el Machkin Verj? –preguntó al viejo.

–Sí, si Dios quiere, aunque el sol no está ya muy alto. ¿Por qué no ofrece usted a los mozos un poco de vodka?

Hacia media tarde, cuando los trabajadores volvieron a sentarse para merendar y los que fumaban encendieron sus cigarrillos, el viejo anunció que, si segaban y terminaban en el día Machkin Verj, tendrían vodka.

–¡Pues cómo no! Venga, Tit, empecemos...

¡Hala, de una vez! ¡Ya comeremos por la noche! Muchachos, a vuestros sitios –se oyó gritar.

Los guadañadores, terminando rápidamente de comer el pan, corrieron a sus puestos.

–¡A ver quién siega más –gritó Tit. Y, echando a correr, empezó el trabajo antes que ninguno.

–Corre, corre –decia el viejo, siguiéndole en su velocidad sin esfuerzo–––. ¡Cuidado; voy a cortarte!

Jóvenes y viejos segaban en competencia.

A pesar de la prisa con que trabajaban, no estropeaban la hierba y ésta iba cayendo con la misma regularidad y precisión. A los cinco minutos habían terminado de segar el rincón que faltaba.

Todavía los últimos guadañadores estaban terminando su tarea cuando los primeros, echándose sus caftanes al hombro, se dirigí-

an, atravesando el camino, hacia Machkin Verj.

Ya rozaba el sol las copas de los árboles cuando los segadores entraron en la barran-cada boscosa de Machkin Ved. En el centro de la quebrada, las hierbas llegaban hasta la cintura. Era una hierba suave y blanda, jugosa, con flores silvestres diseminadas aquí y allá.

Tras breve consulta sobre si convenía cortar a lo largo o a lo ancho del prado, Projor Ermilin, conocido también como famoso segador, se puso en el primer puesto para iniciar la faena.

Recorrió una hilera, se volvió atrás y todos le imitaron con decisión; unos segando en las laderas de la barranca, hacia abajo; otros arriba, en el mismo límite del bosque.

Empezaba a caer el rocío; el sol daba ya a los que trabajaban en una de las laderas. En el centro de la barranca comenzaba a extenderse una leve bruma. Los que segaban en la otra pendiente se hallaban a la sombra, húmeda por el fresco recio. El trabajo hervía.

La hierba cortada, que con un sonido blando caía bajo el filo de las guadañas despidiendo un fuerte aroma, quedaba amonto-nada en grandes haces. Los segadores trabajaban vigorosamente, codo con codo. No se oía más que el ruido de los botijos de lata, el ruido de las guadañas que

chocaban, el chi-rriar de las piedras al afilar en ellas las guadañas y los gritos alegres de los segadores, animándose unos a otros en el trabajo.

Levin trabajaba, como antes, entre el viejo y el mozo. El viejo, que se había puesto su chaqueta de piel de cordero, seguía tan alegre, animado y ágil en sus movimientos como antes.

En el bosque, entre la hierba jugosa, había muchos hongos hinchados que todos corta-ban con las guadañas. Pero el viejo, cada vez que encontraba una seta se inclinaba, la co-gía y murmuraba, guardándosela en el pecho, entre los pliegues del zamarrón:

–Una golosina para mi vieja.

Resultaba fácil guadañar la hierba aquella, blanda y húmeda, pero resultaba fatigoso subir y bajar las empinadas cuestas de la barranca. Mas ello no incomodaba al viejo. Moviendo la guadaña al paso corto y firme de sus pies calzados con grandes lapti, subía po-co a poco la pendiente y, aunque a veces te-nía que poner en tensión todo el cuerpo hasta parecer que los calzones iban a escurrírsele de las caderas, no dejaba pasar una brizna de hierba ni una seta, y continuaba bromeando con Levin y con los mozos.

Levin le seguía; y aunque temía muchas veces caer al subir con la guadaña aquella pendiente, difícil de escalar aun sin nada en la mano, con todo, trepaba y hacía lo que de-bía hacer. Le parecía como si le empujara una fuerza exterior.

VI

Una vez que hubieron terminado de segar Machkin Verj, los campesinos pusiéronse sus caftanes y regresaron

alegremente a sus viviendas. Levin montó a caballo, se despidió de ellos con cierta tristeza y regresó a su ca-sa.

Al subir la cuesta, volvió la cabeza hacia atrás para mirar el campo. La niebla que ascendía del río ocultaba ya a los labriegos. Só-

lo se oían sus broncas voces joviales, sus risas y el ruido de las guadañas al entrechocar.

Sergio Ivanovich había terminado de comer hacía rato y ahora estaba en su habitación bebiendo agua con limón y hielo mientras hojeaba los diarios y revistas que acababa de recibir por correo.

Con los cabellos enmarañados y pegados a la frente por el sudor, con el pecho y la espalda tostados y húmedos y profiriendo alegres exclamaciones, Levin entró corriendo en el cuarto de su hermano.

–¡Ya hemos segado todo el prado! ¡Ha sido una cosa magnífica! ¿Y tú? ¿Cómo estás? –

preguntó Levin, completamente olvidado de la ingrata conversación del día antes.

–¡Dios mío, qué aspecto tienes! –exclamó su hermano desagradablemente sorprendido al principio por la apariencia de Levin–. ¡Pero cierra la puerta! –exclamó casi gritando–. De seguro que has hecho entrar por lo menos diez moscas.

Sergio Ivanovich aborrecía las moscas. En su habitación sólo abría las ventanas por las noches y cerraba con cuidado las puertas.

–Te aseguro que no ha entrado ni una. Y si ha entrado la cazaré. ¡No sabes qué placer ocasiona trabajar así! ¿Cómo has pasado tú el día?

–Muy bien. Pero ¿es posible que hayas estado segando todo el día? Me figuro que debes de tener más hambre que un lobo. Kusmá te ha preparado la comida.

–No tengo apetito, pues he comido allí. Lo que haré es lavarme.

–Muy bien, ve a lavarte y luego iré yo a tu cuarto –dijo Sergio Ivanovich, moviendo la cabeza y mirando a su hermano–. Ve a lavarte, ve...

Y, recogiendo sus libros, se dispuso a seguir a su hermano, cuyo aspecto optimista le animaba hasta el punto de que ahora sentía separarse de él.

–¿Y dónde te has metido cuando la lluvia?

–preguntó.

–¡Vaya una lluvia! Unas gotas de nada. Ea; vuelvo en seguida. ¿De modo que has pasado bien el día? Me alegro.

Y Levin salió para cambiarse de ropa.

Cinco minutos después los dos hermanos se reunieron en el comedor. Levin creía no sentir apetito y parecíale sentarse a la mesa sólo por no disgustar a Kusmá, pero cuando empezó a comer, los manjares le resultaron muy sabrosos.

Sergio Ivanovich le miraba sonriendo.

–¡Ah! Tienes una carta–dijo–. Kusmá: haga el favor de traerla. ¡Pero cuidado con la puerta, por Dios!

La carta era de Oblonsky, que escribía desde San Petersburgo. Levin la leyó en voz alta:

«He recibido carta de Dolly, que está en Erguechovo, y parece que las cosas no marchan bien allí. Te ruego que vayas a verla y la aconsejes, puesto que tú sabes de todo. Dolly se alegrará de verte. La pobrecilla está muy sola. Mi suegra se halla todavía en el extranjero, con toda su familia» .

–Está bien. Iré a verles –dijo Levin–. Po-dríamos ir los dos. Dolly es muy simpática,

¿verdad?

–¿Está lejos?

–Unas treinta verstas. Quizá cuarenta...

Pero el camino es excelente. Será una magní-

fica excursión.

–Conforme. Me gustará mucho –contestó Sergio Ivanovich, siempre sonriente.

El aspecto de su hermano menor le pre-disponía a la jovialidad.

–¡Qué apetito tienes! –dijo mirando a Levin, quien, con el rostro y cuello atezados y tostados por el sol, se inclinaba sobre el plato.

–¡Excelente! No sabes lo útil que es este régimen para echar de la cabeza toda clase de tonterías. Me propongo enriquecer la medicina con un término nuevo: la arbeitskur.

–Creo que tú no la necesitas.

–Sí, pero sería buena contra muchas enfermedades nerviosas.

–Sí. Tal vez conviniera experimentarlo.

Pensé ir al prado para verte guadaña en ma-no, pero hacía un calor insoportable, así que no pasé del bosque. Estuve sentado allí y luego, me llegué al arrabal y encontré a tu nodriza. La he sondado un poco para saber lo que opinan los aldeanos de tu ocurrencia. Me ha parecido entender que no la aprueban. La nodriza me dijo: «Ese trabajo no es para se-

ñores». En general, creo que el sentir popular define muy estrictamente lo que deben hacer

«los señores», como ellos dicen. Y no admiten que éstos se salgan de los límites en que el criterio de ellos ha fijado su actuación.

–Es posible que sea así. Pero he experimentado un placer como nunca en mi vida lo experimenté. Y en ello no hay nada malo,

¿verdad? –dijo Levin–. Si no les gusta, ¿qué le voy a hacer? En todo caso, creo que no hay en ello nada de particular.

–Noto que en general estás muy satisfecho de tu jornada de hoy –continuó Sergio Ivanovich.

–Muy satisfecho. Hemos segado todo el prado. Y he hecho amistad con un viejo admirable. ¡No puedes figurarte lo admirable que es!

–De modo que estás contento, ¿eh? Yo también. En primer término, he resuelto dos problemas de ajedrez, uno de ellos muy divertido. Se inicia con un peón... Ya te lo explicaré. Luego he pensado en nuestra conversación de ayer...

–¿Qué conversación? –preguntó Levin, entornando los ojos y soplando satisfecho, una vez terminada la comida y sin lograr acordarse en modo alguno de la conversación del día antes.

–Me parece que en parte tienes razón. El desacuerdo entre nosotros estriba en que tú pones como principal móvil el interés personal, en tanto que yo pienso que todo hombre que posea cierto grado de instrucción debe tener como móvil el interés común. Acaso tengas razón en decir que el interés material sería más deseable. Eres, en principio, una naturaleza demasiado primesautière, como dicen los franceses. Quieres la actividad im-petuosa, enérgica, o nada.

Levin escuchaba a su hermano sin comprenderle y sin querer comprender; y lo único que temía era que su hermano le preguntase algo que le permitiera advertir que Levin no le escuchaba.

–Sí, amiguito; así es ––dijo Sergio Ivanovich dándole un golpe en el hombro.

–Sí, claro... Pero, ¿sabes?, no insisto en mi opinión ––dijo Levin con sonrisa infantil, co-mo disculpándose.

«¿De qué discutimos?», pensaba, entre tanto. «Se ve que yo tenía razón y él también. De modo que todo va bien. Ahora tengo que ir un momento al despacho para dar órdenes.»

Se levantó y se estiró, sonriendo.

Sergio Ivanovich sonrió también.

–Si quieres, salgamos a dar una vuelta juntos –sugirió, no deseando separarse de su hermano, tan animado y lozano en aquel momento–. Vamos. Si quieres, podemos pasar antes al despacho.

–¡Dios mío! –exclamó de pronto Levin, con voz tan fuerte que asustó a Sergio Ivanovich.

–¿Qué te pasa?

–¡La mano de Agafia Mijailovna! ––dijo, golpeándose la cabeza–. Me había olvidado de ella.

–Está mucho mejor.

–No obstante, voy en dos saltos a verla.

Antes de que te hayas puesto el sombrero estoy de vuelta.

Y bajó corriendo la escalera levantando, con el golpear rápido de los tacones, un ruido como el de una carraca.

VII

Esteban Arkadievich había ido a San Petersburgo para cumplir con una obligación, tan comprensible para los que trabajan como incomprensible para los que no trabajan: obligación esencial, y sin la cual no se puede trabajar, y que consiste en hacerse recordar en el Ministerio.

Una vez cumplido este deber, como se había llevado casi todo el dinero que había en su casa, pasaba el tiempo muy alegre y divertido, asistiendo a las carreras hípicas y visitando las casas veraniegas de sus amistades.

Mientras tanto, Dolly, con sus hijos, se trasladaba al campo para disminuir, en lo posible, los gastos.

Fue, pues, a Erguchevo, la finca que había recibido en dote, la misma de la cual la primavera pasada habían vendido el bosque y que distaba cincuenta verstas de Pokrovskoe, el pueblo de Levin.

La vieja casa señorial de Erguchevo estaba en ruinas hacía tiempo. Siendo dueño de la propiedad el príncipe, padre de Dolly, se había reparado y se amplió el pabellón inmediato a la casona.

Veinte años atrás, cuando Dolly era niña, aquel pabellón era espacioso y cómodo, a pesar de que, como todas las viviendas de este género, estaba construido lateralmente a la avenida principal y mirando al mediodía. Ahora se derrumbaba por todas partes.

Cuando Oblonsky fue al pueblo para vender el bosque, Dolly le pidió que echase una ojeada a la casa y procurase repararla de manera que quedara habitable.

Como todos los maridos que se sienten culpables, Esteban Arkadievich se preocupaba mucho del bienestar de su esposa. Así, hizo lo que ella le había pedido y dio las órdenes que creyó imprescindibles. A su juicio, había que enfundar los muebles con cretona, colgar cortinas, limpiar el jardín, construir un puentecillo sobre el estanque y plantar flores.

Pero olvidó muchas otras cosas necesarias cuya falta constituyó después un tormento para Daria Alejandrovna.

A pesar de todos los esfuerzos de Oblonsky para ser buen padre y buen esposo, nunca conseguía recordar que tenía mujer a hijos.

Sus inclinaciones eran las de un soltero y obraba siempre de acuerdo con ellas.

Al volver del pueblo declaró con orgullo a su mujer que todo estaba arreglado, que la casa quedaba preciosa y que le aconsejaba que fuese a vivir allí.

La marcha de su esposa al pueblo satisfacía a Esteban Arkadievich en todos los aspectos: por la salud de los niños, para disminuir los gastos y para tener él más libertad.

Daria Alejandrovna, por su parte, consideraba necesario el viaje al pueblo por la salud de los niños, especialmente de la niña, aún no restablecida del todo desde la escarlatina.

Deseaba también huir de Moscú para eludir las humillaciones minúsculas de las deudas al almacenista de leña, al pescadero, al zapate-ro, etcétera, que la atosigaban; y le placía, en fin, ir al pueblo, porque contaba recibir allí a su hermana Kitty, que debía volver del extranjero a mediados de verano y a la que habían prescrito baños de río que podría tomar allí.

Kitty le escribía desde la estación termal diciendo que nada le gustaría tanto como poder pasar el verano con ella, en Erguchevo, lleno de recuerdos de la infancia para las dos hermanas.

Los primeros días en el pueblo fueron muy difíciles para Dolly. Había vivido allí siendo niña y conservaba la impresión de que el pueblo era un refugio contra todos los disgustos de la ciudad, y de que la vida rural, aunque no espléndida (en lo que Dolly estaba de acuerdo), era cómoda y barata y saludable para los niños. Allí debía haber de todo, y to-do económico y al alcance de la mano.

Pero al llegar al pueblo como ama de casa, comprobó que las cosas eran muy distintas de cómo las suponía.

Al día siguiente de llegar hubo una fuerte lluvia y por la noche el agua, calando por el techo, cayó en el corredor y en el cuarto de los niños, cuyas camitas hubo que trasladar al salón. No pudo encontrarse cocinera para los criados. De las nueve vacas del establo resultó que, según la vaquera, unas

iban a tener crías, otras estaban con el primer ternero, otras eran viejas y las demás difíciles de ordeñar. No había, pues, manteca ni leche para los niños. No se encontraban huevos y era imposible adquirir una gallina. Sólo se cocinaban gallos viejos, de color salmón, todos fibras. Tampoco había modo de conseguir mujeres para fregar el suelo, porque estaban ocupadas en la recolección de las patatas. No se podían dar paseos en coche, pues uno de los caballos se desprendía siempre arrancando las correas de las varas.

Tampoco había manera de bañarse en el río, porque toda la orilla estaba pisoteada por los animales y abierta por el lado del camino.

Ni siquiera era posible pasear, ya que los ganados penetraban en el jardín por la cerca rota y había un buey aterrador que bramaba de un modo espantoso y seguramente acometía. No existían armarios para la ropa y los pocos que había no cerraban bien y se abrían cuando uno pasaba ante ellos.

En la cocina faltaban ollas de metal y cal-deros para la colada en el lavadero, y en el cuarto de las criadas no había ni mesa de planchar.

Los primeros días, Daria Alejandrovna, que en lugar del reposo y la tranquilidad que esperaba se encontraba con tan gran número de dificultades y que ella veía como calamidades terribles, estaba desesperada: luchaba contra todo con todas sus energías, pero te-nía la sensación de encontrarse en una situación sin salida y apenas podía contener sus lágrimas.

El encargado, un ex sargento de caballería al que Esteban Arkadievich había apreciado mucho, tomándole de portero en atención a su porte arrogante y respetuoso, no compartía

en nada las angustias de Dolly ni la ayudaba en cosa alguna, limitándose a decir, con mucho respeto:

–No puede hacerse nada, señora... ¡Es tan mala la gente!

La situación parecía insoluble. Mas en casa de Oblonsky, como en todas las casas de familia, había un personaje insignificante pero útil a imprescindible: Matrena Filimonovna.

Ella calmó a la señora asegurándole que «to-do se arreglaría» (tal era su frase, que Mateo había adoptado). Además, Matrena Filimonovna sabía obrar sin precipitarse ni agitarse.

Entabló inmediata amistad con la mujer del encargado, y el mismo día de segar ya tomó el té con ellos en el jardín, bajo las acacias, tratando de los asuntos que le interesaban. En breve se organizó bajo las acacias el club de María Filimonovna, compuesto por la mujer del encargado, del alcalde y del escribiente del despacho. A través de este club comenzaron a solventarse las dificultades y al cabo de una semana todo estaba, efectivamente, «arreglado».

Se reparó el techo, se halló una cocinera, comadre del alcalde, se compraron gallinas, las vacas empezaron a dar leche, se cerró bien el jardín con listones, el carpintero arregló una tabla para planchar, se pusieron en los armarios ganchos que les impedían abrirse solos y la tabla de planchar, forrada de paño de uniforme militar, se instaló entre el brazo de una butaca y la cómoda, mientras en el cuarto de las criadas se sentía ya el olor de las planchas calientes.

–¿Ve usted cómo no había por qué desesperarse así? –dijo Matrena Filimonovna a Dolly indicando la tabla de planchar.

Incluso les construyeron con paja y maderos una caseta de baño. Lily empezó a bañar-se y Dolly a ver realizadas sus esperanzas de una vida, si no tranquila, cómoda al menos, en el pueblo.

Tranquila, con sus seis hijos, no le era posible estarlo en realidad. Uno enfermaba, otro podía enfermar, al tercero le faltaba alguna cosa, el cuarto daba indicios de mal carácter, etcétera.

Los períodos de tranquilidad eran, pues, siempre muy cortos y muy raros.

Pero tales preocupaciones y quehaceres constituían la única felicidad posible para Daria Alejandrovna, ya que, de no ser por ellos, se habría quedado sola con sus pensamientos sobre su marido, que no la amaba. Por otro lado, aparte de las enfermedades y de las preocupaciones que le causaban sus hijos y del disgusto de ver sus malas inclinaciones, los mismos niños la compensaban también de sus pesares con mil pequeñas alegrías.

Cierto que esas alegrías eran tan minúsculas y poco visibles como el oro en la arena y que en algunos momentos ella sólo veía el pesar, sólo la arena; pero en otros, en cambio, veía únicamente la alegría, únicamente el oro.

Ahora, en la soledad del pueblo, reparaba más en tales alegrías. A menudo, mirando a sus hijos, hacía esfuerzos para convencerse de que se equivocaba y de que, como madre, era parcial al apreciar sus cualidades.

Pero, pese a todo, no podía dejar de decirse que tenía unos hijos muy hermosos y que los seis, cada uno en su estilo, eran niños como había pocos. Y Dolly, orgullosa de sus hijos, era feliz.

VIII

A últimos de mayo, cuando bien que mal todo había quedado arreglado, Dolly recibió respuesta de su marido a sus quejas sobre la situación en que encontrara la finca.

Oblonsky le rogaba que le perdonase el no haber pensado en todo y prometía ir al pueblo a la primera oportunidad. Pero la oportunidad tardó largo tiempo en llegar y hasta principios de junio Dolly tuvo que vivir sola en el pueblo.

Un domingo, durante la cuaresma de San Pedro, llevó a sus hijos a la iglesia para que comulgasen.

En sus conversaciones íntimas con su madre, hermana y amigos, Daria Alejandrovna sorprendía a todos por sus ideas avanzadas en materia religiosa. Tenía su propia religión: la metempsicosis, en la que creía firmemente, preocupándose muy poco de los dogmas de la Iglesia.

Pero en la vida familiar, no sólo por dar ejemplo, sino con toda su alma, cumplía todos los mandamientos de la Iglesia. Y a la sazón la inquietaba el hecho de que hiciera casi un año que los niños no hubiesen comul-gado. Así, pues, con el apoyo y asenso absoluto de Matrena Filimonovna, resolvió que lo hiciesen ahora, en verano.

Desde algunos días antes, Dolly venía pensando en cómo vestir a los niños. Al efecto, cosieron, transformaron y lavaron los vestidos, quitaron las costuras y deshicieron los volantes, pegaron botones y prepararon cintas. La inglesa se encargó de hacer a Tania un vestido, cosa que costó a Dolly muchos disgustos; en efecto: la inglesa dispuso mal las piezas, cortó en exceso las mangas y casi estropeó el vestido, el cual caía sobre los hombros de Tania de tal modo que daba pe-na; pero Matrena Filimonovna tuvo la idea de añadir algunos pedazos a la cintura para en-sancharla y

hacer una esclavina, con lo que también esta vez «todo se arregló».

Cierto que hubo un disgusto con la inglesa, pero por la mañana el asunto quedó terminado y a las nueve, hora en que había dicho al sacerdote que acudirían, los niños, radiantes de alegría con sus vestidos de fiesta, estaban en la escalera ante el cabriolé, esperando a su madre.

Engancharon al coche, para la tranquilidad de Matrena Filimonovna, el caballo del encargado, «Pardo», en vez del «Voron», que era menos dócil. Daria Alejandrovna, entretenida largamente con su atavío, apareció al fin en la escalera llevando un vestido blanco de muselina.

Dolly se había peinado y vestido con gran esmero, casi con emoción. Antes lo hacía por sí misma, para parecer más bella y agradar a la gente; luego, a medida que crecía en edad, se arreglaba con menos placer, ya que veía que iba perdiendo la belleza. Ahora se vestía no para su satisfacción, para su propio adorno, sino porque, siendo madre de unos niños tan hermosos, no quería, descuidando su atavío, descomponer el conjunto.

Después de mirarse una vez más al espejo, quedó contenta de sí misma. Estaba muy bien. No bien en el sentido de antes, cuando tenía que estar bella para asistir a un baile, pero sí bien para lo que necesitaba ahora.

En la iglesia no había nadie más que aldeanos, mozos y mujeres del pueblo. Pero Daria Alejandrovna veía o creía ver que ella y sus hijos despertaban en todos admiración.

Los niños no sólo estaban muy hermosos con sus elegantes vestiditos, sino que se hacían también simpáticos por su buen com-portamiento.

A decir verdad, Alecha no procedía del to-do correctamente. Se volvía sin cesar para examinar por detrás su casaquita, pero de todos modos resultaba muy gracioso. Tania, tan seria como una mujercita, vigilaba a los pequeños. Lily estaba bellísima con su ingenua admiración ante todas las cosas. Fue imposible no sonreír cuando, después de comulgar, dijo:

–Please some more.

De regreso a casa, los niños, comprendiendo que se había realizado algo solemne, iban muy quietecitos.

En casa marchó todo bien al principio, pero durante el desayuno Gricha comenzó a silbar, desobedeció a la inglesa y hubo que castigarle privándose del postre de dulce. Dolly no habría permitido que se le castigase en un día como aquel de haber estado presente en el desayuno, pero como no podía desautorizar a la inglesa, confirmó el castigo de dejar a Gricha sin dulce, cosa que estropeó un tanto la alegría general.

Gricha lloraba afirmando que también Nicoleñka había silbado, y que si él lloraba no era porque le hubieran dejado sin dulce, lo cual le daba lo mismo, sino porque le disgustaba que se hubiese sido injusto con él.

La escena resultaba demasiado dolorosa, así que Dolly resolvió hablar con la inglesa a fin de perdonar a Gricha. Pero cuando iba a buscarla, al pasar por la sala, Dolly presenció una escena que le llenó el corazón de tal alegría que le asomaron lágrimas a los ojos y perdonó por sí misma al delincuente.

Éste se hallaba en la sala, sentado sobre el alféizar de la ventana del rincón, y a su lado estaba Tania en pie, con un plato en las manos. So pretexto de hacer comida para las muñecas, Tania consiguió que la inglesa le permitiese llevar

su trozo de pastel al cuarto de los niños y, en lugar de hacerlo así, lo llevó a la sala y lo dio a su hermano. Sin dejar de llorar por lo injusto de su castigo, el chico comía el dulce, repitiendo, entre sollozos:

–Come tú también... Los dos...

Tania, al principio, permanecía bajo el influjo de la compasión hacia su hermano. Luego, con la consciencia de la buena acción que estaba realizando, le asomaron las lágrimas a los ojos y comenzó a comer también parte del dulce.

Al ver a su madre, los niños se asustaron, pero, fijándose en su rostro, comprendieron que obraban bien y rompieron a reír estrepi-tosamente, con las bocas llenas de dulce.

Trataron inútilmente de limpiarse con la ma-no, y entre las lágrimas y la confitura se en-suciaron por completo los radiantes rostros.

–¡Dios mío!, ¿qué hacéis? ¡El vestido blanco nuevo! ¡Tania, Gricha, por Dios! –decía su madre, tratando de salvar la integridad del traje nuevo, pero sonriendo entre sus lágrimas de felicidad y alegría.

Les quitaron los vestidos nuevos, ordenaron a las niñas que se pusiesen las blusitas de diario y a los niños las chaquetilla viejas y después se mandó enganchar la lineika y otra vez, con gran contrariedad del encargado, se puso en varas al caballo «Pardo» para ir a buscar setas y a bañarse después. Una explosión de gritos de entusiasmo llenó el cuarto de los niños y su ruidosa alegría no se calmó hasta que partieron.

Cogieron una cesta llena de setas. Incluso Lily encontró una magnífica. Ordinariamente era miss Hull quien tenía que

indicárselas a Lily, pero ahora ésta la encontró por sí sola, lo que fue acogido con exclamaciones de entusiasmo.

–¡Lily ha encontrado una seta!

Luego se encaminaron al río, dejaron los caballos bajo los álamos y se dirigí eron a la caseta de baño.

Una vez atado al árbol el caballo, que se resistía, el cochero Terenty se tendió en la hierba, después de mullirla, a la sombra de un abedul, y comenzó a fumar su tosco cigarrillo mientras oía los alegres gritos que los niños lanzaban en la caseta.

Daba mucho trabajo vigilar a todos los ni-

ños y evitar sus travesuras y era difícil no confundir todos aquellos pantaloncitos, medias y zapatos de diferentes piececillos, así como desatarlos, desabotonarlos, volverlos a atar y abotonar. Pero a pesar de todo, Dolly, que era muy amante del baño y lo consideraba también muy saludable para los ni-

ños, no conocía placer mayor que el de aquellas excursiones al río para bañarse con todos sus hijos.

Golpear los piececillos desnudos de los pequeños, poner las medias, coger en brazos sus cuerpecitos desnudos, oír sus exclamaciones, ya alegres, ya asustadas, ver sus rostros sofocados, con los ojos muy abiertos, a la vez joviales y como temerosos, al primer contacto con el agua, estrechar contra su pecho a sus querubines, era para ella una inexplicable felicidad.

Cuando la mitad de los niños tenían puestos ya los trajes de baño se acercaron, deteniéndose cerca tímidamente, unas

mujeres del pueblo, bien arregladas, que volvían del bosque de buscar borrajas y otras hierbas.

Matrena Filimonovna llamó a una de las mujeres para que pusiera a secar una sábana y una camisa que habían caído al agua, y DariaAlejandrovna se puso a hablar con ellas. Al principio no hacían más que reír, tapándose la boca con la mano y sin comprender lo que les preguntaban. Pero pronto se sintieron más audaces y comenzaron a hablar, cautivando en seguida la simpatía de Dolly por la sincera admiración que mostraban hacia sus hijos.

–¡Hay que ver qué hermosura de niña! ¡Es blanca como el azúcar! –decía una de las mujeres, contemplando a Tania–. Pero está muy delgadita.

–Sí. Ha estado enferma.

–¿También han bañado a ése? –preguntó otra, señalando al menor de todos.

–No. Éste no tiene más que tres meses –

contestó Dolly con orgullo.

–¡Caramba!

–Y tú, ¿tienes hijos?

–Tenía cuatro. Me han quedado dos: chico y chica. En la última cuaresma he destetado al niño.

–¿Qué edad tiene?

–Más de un año.

–¿Cómo le has dado el pecho tanto tiempo?

–Es nuestra costumbre: tres cuaresmas.

Y se entabló la conversación que más interesante resultaba para Daria Alejandrovna.

¿Cómo había dado a luz? ¿Qué enfermadedes había tenido el niño? ¿Dónde estaba su marido? ¿Iba a casa a menudo?

Dolly no sentía deseo alguno de separarse de aquellas mujeres, tan agradable le resultaba la charla con ellas y tan parecidas eran sus preocupaciones.

Lo que más agradable le resultaba era ver que aquellas mujeres la admiraban por tener tantos hijos y por lo hermosos que eran.

Las mujeres hicieron incluso reír a Daria Alejandrovna ofendiendo a la inglesa, que era la causa de aquellas risas que ella no comprendía.

Una de las mujeres estaba mirando a la inglesa, que se vestía la última de todos, y cuando la vio que se ponía la tercera falda no pudo contener una exclamación:

–Mirad: se pone faldas y más faldas y no acaba nunca de vestirse...

Y todas las mujeres soltaron la carcajada.

IX

Daria Alejandrovna, rodeada de los niños acabados de salir del baño, con los cabellos húmedos y un pañuelo en la cabeza, se acercaba a su casa en la lineika cuando el cochero le dijo:

–Allí viene un señor. Me parece que es el dueño de Pokrovskoe.

Dolly miró el camino que se extendía ante ellos y se alegro al distinguir la bien conocida figura de Levin, vestido con sombrero y abrigo grises, que se dirigía a su encuentro.

Siempre le satisfacía saludarle, pero ahora le satisfacía más, ya que Levin iba a verla rodeada de cuanto constituía su orgullo, orgullo que nadie podía comprender mejor que él.

En efecto, Levin, al distinguirla, se halló ante uno de los cuadros de dicha imaginados por él para su vida futura.

–¡Daria Alejandrovna! ¡Parece usted una gallina rodeada de sus polluelos!

–Celebro mucho verle –dijo ella, sonriendo y alargándole la mano.

–Claro: se siente usted tan feliz que no se le ocurrió ni darme noticias suyas. Ahora está mi hermano conmigo. Y he recibido carta de Esteban Arkadievich diciéndome que está usted aquí.

–¿De Esteban? –preguntó Dolly, extraña-da.

–Sí. Me dice que se ha ido usted de la ciudad y supone que me permitirá ayudarla en lo que necesite –habló Levin. Y dicho esto, quedó confuso, se interrumpió y continuó andando al lado del coche, arrancando al pasar hojas de tilo y mordisqueándolas.

Se sentía turbado porque comprendía que a Daria Alejandrovna no había de serle agradable la ayuda de un extraño en las cosas que habría tenido que ocuparse su marido. Y, en efecto, a Dolly le disgustaba que Esteban

Arkadievich confiase a otros sus asuntos familiares, y adivinó en seguida que Levin lo consideraba también así. Era precisamente por esta facultad de hacerse cargo de las cosas y por su delicadeza por lo que Dolly le tenía en tanto aprecio.

–Yo he supuesto –siguió Levin– que lo que eso significaba es que a usted no le disgustaría verme. Y ello me place infinitamente. Está claro que usted, señora de ciudad, hallará aquí muchas incomodidades. Ya sabe que, si puedo servirla en algo, estoy a su disposición.

–Gracias –repuso Dolly–. Al principio nos faltaban muchas cosas, pero ahora todo marcha perfectamente merced a mi antigua niñe-ra.

Y señaló a Matrena Filimonovna, que, comprendiendo que hablaban de ella, sonreía alegre y amistosamente a Levin. Le conocía, pensaba que era un buen partido para la se-

ñorita Kitty y deseaba que todo terminase según sus deseos.

–Suba, suba. Podemos estrechamos un poco en el asiento.

–Gracias. Prefiero andar. A ver: ¿cuál de los niños quiere apostar conmigo a correr?

Los niños no conocían apenas a Levin y no le recordaban cuando le velan, pero no experimentaban ante él el sentimiento de timidez y aversión que suelen experimentar los niños ante los adultos que fingen y que frecuentemente les hace sufrir mucho.

La ficción puede engañar a un hombre prudente y perspicaz, pero el niño menos despejado la descubre por hábilmente que se la encubran y experimenta ante ella un sentimiento de repugnancia.

Levin podía tener muchos defectos, pero no el de fingir. Y por ello los niños le mostraron la misma simpatía que leyeron para él en el rostro de su madre.

Al oír su propuesta, los dos mayores saltaron del coche en seguida y se pusieron a correr con él con tanta confianza como habrían corrido con la niñera, con miss Hull o con su madre. Lily quiso también descender y la madre accedió, entregándosela a Levin, quien la acomodó sobre sus hombros y se puso a correr con ella.

–No tenga miedo, Daria Alejandrovna; no la dejaré caer –– dijo a la madre sonriendo alegremente.

Y mirando sus movimientos hábiles, vigorosos y prudentes, Dolly se tranquilizó y, contemplándole, sonreía alegre y aprobadora.

En el pueblo, con los niños y Dolly, por la que sentía gran simpatía, Levin encontró aquella disposición de ánimo, infantil y alegre, que tanto gustaba a Daria Alejandrovna.

Corría con los niños, les enseñaba gimnasia, hacía reír a la señorita Hull con su inglés chapurreado y hablaba a Dolly de sus ocupaciones en el pueblo.

Después de comer, Dolly a solas con él en el balcón se puso a hablarle de Kitty.

–¿Sabe usted que Kitty va a venir a pasar el verano conmigo?

–¿De veras? –repuso él poniéndose rojo.

Y, para cambiar de conversación, añadió en seguida:

–¿Qué, le mando dos vacas o no? Si se empeña en pagármelas, puede darme cinco rubios al mes por cada vaca, si es que esto no ha de ser motivo de remordimiento.

–No, gracias. Ya nos hemos arreglado.

–Entonces voy a ver las vacas suyas y, si me lo permite, daré instrucciones sobre la manera cómo hay que alimentarlas. Esto es lo más importante.

Y, para eludir la charla sobre Kitty, Levin explicó a Dolly la teoría de la economía pe-cuaria, que consiste en que la vaca no es sino una máquina para transformar el pienso en leche, etcétera.

Le estaba hablando de todo aquello, pero interiormente ardía en deseos de oír detalles sobre Kitty y a la vez lo temía. Porque, en el fondo, le horrorizaba perder la tranquilidad conseguida con tanto esfuerzo.

–Ya, ya, pero todo eso exige estar muy atentos a ello. ¿Y quién se encargaría de semejante cosa? –preguntó, con poco interés, Daria Alejandrovna.

A la sazón dirigía la casa según la organización establecida por Matrena Filimonovna y no quería cambiar nada. Tampoco, a decir verdad, confiaba demasiado en los conocimientos de Levin sobre economía doméstica.

Las ideas de que la vaca era una máquina de elaborar leche le resultaban extrañas, le parecían que sólo habrían de servir para crear dificultades.

Ella lo veía todo más simplemente: había que alimentar más a la «Pestruja» y a la

«Bielopajaya», que era lo que decía Matrena Filimonovna, y evitar que el cocinero se llevara las sobras de la cocina para darlas a las vacas de la lavandera. Esto era claro.

En cambio, las especulaciones sobre alimento farináceo y vegetal le resultaban dudosas y turbias. Y, además, lo principal de todo era que quería hablar a Levin de Kitty.

–Kitty me escribe que no desea sino soledad y silencio –dijo Dolly.

–¿Está mejor de salud? –preguntó Levin con emoción.

–Gracias a Dios se halla completamente bien. Yo no creí nunca que padeciera una afección pulmonar.

–¡Me alegra mucho saberlo! ––exclamó Levin.

Y Dolly, mirándole en silencio mientras hablaba, leyó en su rostro una expresión suave y conmovedora.

–Escuche, Constantino Dmitrievich ––dijo Daria Alejandrovna, con su sonrisilla bondadosa y un tanto burlona–: ¿está usted disgustado con Kitty?

–¿Yo? No –repuso Levin.

–Pues, si no lo está, ¿cómo no fue a vemos, ni a ellos ni a nosotros, cuando estuvo en Moscú?

–Daria Alejandrovna ~~dijo Levin, sonrojándose hasta la raíz del pelo–, me extraña que usted, que es tan buena, no comprenda... ¿Cómo no siente usted, por lo menos, compasión de mí, sabiendo que ...?

–¿Sabiendo qué?

–Sabiendo que me declaré a Kitty y que ella me rechazó –dijo Levin.

Y la emoción que un instante antes le inspiraba el recuerdo de Kitty se convirtió en irritación al pensar en el desaire sufrido.

–¿Por qué se figura que lo sé?

–Porque todos lo saben.

–Está usted en un error. Yo no lo sabía, aunque lo imaginaba.

–Pues ahora ya lo sabe.

–Yo sólo sabía que había algo que la apenaba, y que Kitty me rogó que no hablara a nadie de su tristeza. Si no me contó a mí lo sucedido, es seguro que no se lo ha contado a nadie. Pero, dígame, ¿qué es lo que pasó entre ustedes?

–Ya se lo he dicho.

–¿Cuándo fue?

–La última vez que estuve en su casa.

–¿Sabe lo que voy a decirle? –repuso Dolly–. Que Kitty me da mucha pena, mucha...

En cambio, usted no siente más que el amor propio ofendido.

–Quizá, pero... –empezó Levin.

Dolly le interrumpió:

–En cambio, por la pobre Kitty siento mucha compasión. Ahora lo comprendo todo.

–Sí, sí, Daria Alejandrovna... Pues, nada, usted me dispensará, pero... –indicó Levin, levantándose–. Hasta la vista, ¿eh?

–Espere, espere y siéntese –dijo ella co-giéndole por la manga.

–Le ruego que no hablemos más de eso –

indicó Levin sentándose y sintiendo a la vez renacer en su corazón la esperanza que creía enterrada para siempre.

–Si yo no le apreciara y no le conociera como le conozco... –dijo Dolly, con lágrimas en los ojos.

El sentimiento que creyera muerto se adueñaba más cada vez del alma de Levin.

–Sí, ahora lo comprendo todo –repitió Dolly–. Ustedes, los hombres, que son libres y pueden siempre escoger, no pueden comprenderlo... Pero una joven, obligada a esperar, con su pudor femenino, con su recato virginal, una joven que sólo les trata a ustedes de lejos y ha de fiarse de su palabra...

Una joven así puede experimentar un sentimiento sin saber explicárselo.

–Pero cuando el corazón habla...

–El corazón puede hablar, piénselo bien: cuando ustedes se interesan por una muchacha, van a su casa, la tratan, la miran, esperan, estudian lo que sienten, analizan sus impresiones y, si están seguros de que aman, entonces piden su mano.

–Las cosas no son precisamente así.

–Es igual. Ustedes se declaran cuando su amor ha madurado lo suficiente o cuando, entre dos que les interesan, su voluntad se inclina por una. Y a ella no se le pregunta na-da. Ustedes desean que ella escoja; pero ella no puede escoger: sólo le cabe decir sí o no.

«Sí; la elección entre Vronsky y yo», pensó Levin.

Y el sentimiento que resucitaba en su alma pareció morir de nuevo y atormentar su corazón.

–Mire, Daria Alejandrovna: así se eligen los vestidos, pero no el amor. La elección se hace por sí sola, y una vez hecha, hecha es-tá. Las cosas no se repiten.

–¡Oh, cuánto orgullo! –exclamó Dolly–,

¡cuánto orgullo! –repitió aún, como si despreciara aquel bajo sentimiento que se manifestaba en Levin, comparándolo al otro que sólo las mujeres conocen–. Cuando usted se declaró a Kitty, ella no estaba en situación de poder decirle nada. Dudaba entre usted y Vronsky. A éste le veía a diario, a usted hacía tiempo que no le veía. Si Kitty hubiese tenido más edad, claro que... Yo, por ejemplo, en su lugar, no habría dudado. Vronsky a mí me fue siempre muy antipático. Y así salió.

Levin recordó la respuesta de Kitty. Le había dicho: «No, no puede ser» .

–Aprecio en mucho su confianza, pero creo que no acierta usted –expuso Levin con sequedad–. Tenga yo razón o no, este orgullo que tanto censura usted en mí me hace imposible pensar en Catalina Alejandrovna,

¿comprende usted?, imposible del todo.

–Quiero decirle aún una cosa. Hágase cargo de que le hablo de mi hermana a la que quiero tanto como a mis hijos. No pretendo asegurarle que ella le ama, pero sí que su negativa de entonces no significa nada.

–No sé –repuso Levin casi con ira–. Pero no sabe usted cuánto me hace sufrir con sus palabras. Esto es para mí como si a la madre de un niño muerto le estuvieran diciendo:

«¿Ves?, tu niño ahora sería de esta o de aquella manera si no hubiese muerto, y tú serías feliz mirando a tu niño...». ¡Pero el ni-

ño ha muerto, ha muerto!

–¡Me hace usted reír! ––dijo Dolly, considerando con melancólica ironía la emoción de Levin–. Sí, ahora cada vez voy comprendiéndolo mejor –continuó, pensativa–. ¿Así que no vendrá usted a vemos cuando esté Kitty?

–No. No es que vaya a huir de Catalina Alejandrovna, pero siempre que me sea posible le evitaré el disgusto de mi presencia.

–Es usted el hombre más extraño ––dijo Dolly, mirando a Levin, con dulzura, a la ca-ra–. En fin, como si no hubiéramos dicho na-da... ¿Qué quieres? –preguntó en francés a la niña, que entraba en aquel momento.

–¿Dónde está mi paleta, mamá?

–Cuando te hable en francés, contéstame en francés.

La niña quería decirlo así, pero había olvidado cómo se llamaba la paleta en francés.

La madre se lo recordó y luego le dijo, siempre en francés, dónde tenía que ir a buscarla.

A Levin todo esto le disgustó.

Al presente, nada de lo que había en aquella casa, ni siquiera los niños, le gustaba co-mo antes.

«¿Por qué hablará a sus niños en francés?», pensaba. «¡Qué poco natural y qué falso es! Los niños lo presienten. ¡Les hacen aprender el francés y a desaprender la sinceridad!», continuaba pensando, sin saber que Daria Alejandrovna había pensado lo mismo mil veces y había creído necesario enseñar así a sus hijos aun a costa de la sinceridad.

–¿Va a marcharse tan pronto? Quédese un poco más.

Levin se quedó hasta el té, pero toda su alegría se había disipado y sentía cierto malestar.

Después del té, Levin salió al portal para mandar que engancharan los caballos y al regresar encontró a Dolly con el rostro descompuesto y llenos de lágrimas los ojos.

En el momento de subir él había sucedido algo que destruyó toda la alegría y el orgullo de sus hijos que había experimentado Dolly aquel día. Gricha y Tania se habían peleado por una pelota. Ella oyó los gritos, corrió al cuarto de los niños y halló un espectáculo lamentable. Tania tenía cogido a Gricha por los cabellos y éste, con el rostro contraído por la cólera, daba a su hermana puñetazos a ciegas.

Al verlo, pareció como si algo se rompiese en el corazón de la madre y las tinieblas en-sombrecieran su vida. Comprendió que aquellos niños de los que tan orgullosa se sentía no sólo eran niños como todos, sino hasta de los

peores y más mal educados, llenos de inclinaciones brutales y perversas, niños malos...

Dolly ahora era incapaz de hablar ni pensar en otra cosa, y no pudo menos de referir sus desdichas a Levin.

Levin comprendió que Dolly sufría y trató de consolarla, asegurando que aquello no significaba nada, que todos los niños se pe-gan, pero, mientras lo decía, pensaba: «No, yo no fingiré ante mis hijos, ni les haré hablar en francés; mis hijos no serán así. No hay que forzarlos y echarlos a perder. Y cuando no se hace eso, los niños son excelentes. Si tengo hijos, no serán como éstos».

Levin se despidió para marcharse. Ella no le retuvo más.

XI

A mediados de julio se presentó a Levin el alcalde del pueblo de su hermano, situado a unas veinte verstas de Prokovskoe, para informarle de cómo iban los asuntos de la siega. El principal ingreso de las fincas de su hermano consistía en los prados. Otros años, los aldeanos arrendaban los prados a razón de veinte rublos por deciatina. Cuando Levin asumió la dirección de la propiedad, encontró que valían más y fijó el precio en veinticinco rublos por deciatina.

Los aldeanos no pagaron aquel precio y, como sospechara Levin, procuraron quitarle otros compradores. Entonces Levin fue allí a hizo segar el heno contratando jornaleros y yendo a la parte con otros. Aunque los aldeanos se oponían con todas sus fuerzas a la innovación, la cosa marchó bien y el primer año ya se sacó de los prados casi el doble.

En los años siguientes continuó la oposición de los campesinos, pero la siega se realizó del mismo modo. Este año los aldeanos habían arrendado los prados yendo a la

tercera parte en las ganancias, y ahora el alcalde venía a comunicar a Levin que la siega estaba concluida y que él, en previsión de que lloviese, había llamado al encargado, en presencia del cual hizo el reparto y separó los once almiares que pertenecían al propietario.

No obstante, por las respuestas inconcretas a la pregunta de cuánto heno había en el mayor de los prados, por la precipitación con que el alcalde había repartido el heno sin habérselo ordenado y por el acento del campesino en general, Levin comprendió que el reparto del heno no había sido cosa clara y decidió ir personalmente a comprobarlo.

Llegó al pueblo a la hora de comer. Dejó el caballo en casa de un anciano, esposo de la nodriza de su hermano, y paso al colmenar para informarse de las pormenores de la siega.

El viejo Parmenov, hombre charlatán y de buen aspecto, acogió a Levin con júbilo, le habló de sus abejas y de la enjambrazón de aquel año. Pero a las preguntas sobre la siega respondió vagamente y con desgana.

Ello confirmó a Levin sus suposiciones. Fue al prado y examinó los almiares. En cada uno de ellos no podía haber cincuenta carretadas de heno. Para desenmascarar a los labriegos, mandó llamar a los carros que habían transportado el heno, ordenó que se cargase un almiar y se llevase a la era.

De cada almiar salieron treinta y dos carros. Pese a las afirmaciones del alcalde de que el heno estaba muy hinchado, de que se aplastaba al cargarlo en los carros, pese a sus juramentos de que todo había sido dividi-do como Dios manda, Levin insistió en que, habiéndose repartido el heno en ausencia su-ya, no lo aceptaba a razón de cincuenta carretadas por almiar.

Tras largas discusiones, se acordó que los aldeanos recibieran aquellos once almiares para ellos, contando en cada uno cincuenta carretadas, y que se separara de nuevo la parte de Levin.

Entre las discusiones y los trabajos de repartir el heno se llegó al mediodía. Una vez terminada la distribución, Levin, confiando la vigilancia de lo que faltaba por hacer a su encargado, se sentó sobre un almiar construido en tomo a una alta pértiga y se hundió en la contemplación del prado y en la animación que ofrecía con las gentes en pleno trabajo.

Ante él, en el recodo que formaba el río tras un pequeño marjal, avanzaba llenando el aire con su alegre vocerío una abigarrada hilera de mujeres, entre el heno removido que se extendía por el rastrojo de un color verde claro en franjas grises y onduladas.

Tras las mujeres seguían hombres con horcas y los montones se convertían en altas y ligeras hacinas. A la izquierda, por el prado ya limpio, sonaba el ruido de los carros, y, uno tras otro, alzados por las grandes horcas, desaparecían los haces y en vez de ellos se levantaban los enormes y pesados carros, cargados de tal modo de heno oloroso que la hierba desbordaba por las grupas de los caballos.

–Es preciso apresurarse mientras dura el buen tiempo. Si se hace así saldrá un heno excelente ––dijo el viejo, que se había sentado junto a Levin–. Mire, mire cómo trabajan los mozos. Lo recogen con tanto interés como si fuera té. ¡No van tan aprisa las aves cuando se les echa el grano, no! –añadió, indicando las gavillas ya cargadas en los carros–.

Desde la hora de comer habrán cargado co-mo la mitad.

Y gritó a un mozo que de pie en la parte delantera de uno de los carros, y con las riendas en la mano, se disponía a

marchar.

–¿Es el último?

–El último, padrecito –contestó el mozo, reteniendo el caballo. Y se volvió para mirar, sonriendo, a una mujer muy colorada y también sonriente que iba sentada en la parte trasera del carro, y ambos continuaron su camino.

–¿Es hijo tuyo? –preguntó Levin.

–El más pequeño ––contestó el viejo con dulce sonrisa.

–¡Es un bravo mozo!

–No puede decirse mal.

–¿Está casado ya?

–En la cuaresma de san Felipe hizo dos años.

–¿Tiene hijos?

–¡Hijos! ¡Si se me ha pasado un año entero sin saber nada de...! Hasta que nos burla-mos de él y... ¡Pero qué heno tan hermoso!

¡Parece verdaderamente té! –continuó el viejo, queriendo cambiar de conversación.

Levin miró con más atención a Vanika Parmenov y a su mujer que, lejos de él, cargaba otro carro de heno. Iván Parmenov, de pie en el carro, recibía, igualaba y aplastaba los enormes haces de heno que, primero a brazadas y luego con la horca, le pasaba su mujer, que era joven y hermosa, y trabajaba sin esfuerzo, con agilidad y alegría. Primero la joven lo ahuecaba, después hundía en él la horca y, con un movimiento rápido y flexible, cargaba sobre la horca todo el

peso de su cuerpo, encorvando el busto, ceñido por un cinturón rojo. Luego se erguía mostrando su pecho lleno bajo el blanco corpiño, y con un hábil ademán empujaba la horca a introducía el heno en el carro.

Rápidamente, para ahorrarle todo esfuerzo superfluo, Iván recogía en sus brazos el haz de heno que le pasaba su mujer y lo arrojaba en el carro.

Una vez que hubo levantado con el rastrillo el heno, la mujer se sacudió las briznas de hierba que le habían penetrado por el cuello de la camiseta, se arregló el pañuelo rojo sobre su blanca frente, no tostada por el sol, y subió al carro para ayudar a su marido a sujetar la carga. Iván le enseñaba el modo de hacerlo, y a una observación de su mujer estalló en una franca carcajada. Sus rostros expresaban un amor intenso y juvenil despertado recientemente.

XII

Una vez sujeto el heno en el carro, Iván bajó de un salto y comenzó a llevar por la brida a su caballo, excelente y bien nutrido.

La mujer echó el rastrillo en el carro y, con vivo paso, moviendo los brazos al andar, se dirigió al encuentro de las otras mujeres, que estaban sentadas en círculo. Iván, al llegar al camino, se unió a la fila de los demás carros.

Las mujeres, con los rastrillos al hombro, radiantes en sus vivos colores, hablaban con voz alegre y sonora mientras seguían a los carros.

Una voz áspera y ruda de mujer entonó una canción repitiendo el estribillo. Entonces, todos a coro, medio centenar de voces sanas, altas y rudas, iniciaron el mismo cantar y lo concluyeron.

Las mujeres se acercaban, cantando, hacia Levin, que sentía la impresión de que una nube cargada de truenos de alegría se aproximaba a él.

Llegó la nube, le alcanzó y el montón de heno en el que estaba tendido, y los demás montones, y los carros, y el prado y hasta los campos lejanos, todo se agitó y onduló bajo el ritmo de aquel cantar salvaje y atrevido, acompañados de gritos, silbidos y exclamaciones de entusiasmo.

Levin sintió envidia de aquella sana alegría. Le habría gustado participar de aquella expresión del júbilo de vivir.

Pero no podía hacerlo, como lo hacían ellos, y tenía que permanecer allí tendido y mirar y escuchar.

Cuando la gente desapareció de su vista y las canciones no llegaban ya a sus oídos, Levin sintió el pesado dolor de su soledad, de su ociosidad física, de los sentimientos de hostilidad que experimentaba hacia aquel mundo de campesinos.

Algunos de ellos habían discutido con él sobre el asunto del heno, le habían tratado de engañar y él les había increpado. Y, sin embargo, le saludaban, alegres, en voz baja, y se veía que no sentían ni podían sentir rencor hacia él, y que ni siquiera recordaban que habían tratado de engañarle. Todo se había hundido en el mar del alegre trabajo común.

Dios ha dado el día, Dios ha dado las fuerzas; y el día y las fuerzas están consagrados al trabajo y en él se halla su propia recompensa.

El objeto que tuviera el trabajo, y cuáles pudieran ser sus frutos, constituían ya cálculos mezquinos y extraños a aquella alegría.

Levin solía admirar esta vida y, con frecuencia, solía experimentar envidia de los que la vivían. Pero especialmente hoy, bajo la impresión de lo que viera en las relaciones de Iván Parmenov con su joven esposa, Levin pensó que de él dependía cambiar su vida de holganza, tan penosa, su vida artificial, vida de trabajo pura y alegre como la de los de-más.

El viejo que estaba a su lado se había marchado a casa hacía rato. Los aldeanos habían desaparecido también: los que vivían más cerca se habían ido a sus hogares; los que vivían más lejos, se habían reunido para comer y pasar la noche en el prado.

Levin, sin que le vieran los labriegos, se tendió sobre el montón de heno, mirando, oyendo, pensando.

Los que quedaron en el prado velaron durante casi toda la corta noche de verano.

Primero se sentía su alegre charla y sus risas mientras cenaban. Luego siguieron canciones y otra vez risas.

El largo día de trabajo no había dejado en ellos más huellas que las de la alegría.

Poco antes de rayar el alba, todo calló. Só-

lo se oían los rumores nocturnos: el continuo croar de las ranas en los charcos y el resoplar de los caballos en la niebla matutina que se deslizaba sobre el prado.

Levin se recobró, se levantó de encima del heno y, mirando las estrellas, comprendió que ya había pasado la noche.

«Bueno, ¿qué haré y cómo lo haré?», se preguntó, tratando de aclarar ante sí mismo cuanto había pasado y sentido de

nuevo en aquella noche.

Cuanto pensara y sintiera de nuevo se dividía en tres directrices mentales: una, la renuncia a su vida anterior, a su cultura, que no le servía para nada. Esta renuncia le agradaba y la encontraba fácil y sencilla.

Otra directriz era la de la vida que había de vivir desde ahora. La sencillez, pureza y legitimidad de esta vida las comprendía claramente, y estaba seguro de encontrar en ellas la satisfacción, la paz y la dignidad cuya falta sentía tan dolorosamente.

Pero la tercera directriz de sus pensamientos giraba en tomo a la manera cómo había de cambiar su vida de antes y emprender su nueva vida. Y aquí no imaginaba nada que fuese claro.

«Tener una mujer. Trabajar y sentir la necesidad de hacerlo... Y entonces, ¿abandonar a Pokrovskoe? ¿Comprar tierras? ¿Inscribirse en la comunidad de los campesinos? ¿Casarse con una aldeana? Pero ¿cómo hacerlo?», se preguntaba sin hallar contestación. « No he dormido en toda la noche y no puedo ver las cosas con claridad», se dijo. «Ya lo aclararé todo después. Pero estoy seguro de que esta noche ha decidido mi suerte. Todas mis ilusiones de antes sobre la vida familiar son tonterías. No es aquello lo que necesito. Todo es más sencillo y mucho mejor.»

«¡Qué hermoso es esto!, pensó mirando la especie de extraña concha de nácar formada por blancas nubecillas retorcidas que se había detenido en el cielo sobre su cabeza. ¡Qué hermoso es todo en esta noche maravillosa!

¿Cuándo ha podido formarse esa concha de nubes? Hace poco he mirado el cielo y no había nada en él, salvo dos franjas blancas.

De igual modo, imperceptiblemente, ha cambiado mi concepción de la vida.»

Salió del prado y por el camino real se dirigió al pueblo. Se levantó un vientecillo y to-do a su alrededor tomó un aspecto apagado y sombrío. Era el momento oscuro que precede generalmente a la salida del sol, a la victoria definitiva de la luz sobre las tinieblas.

Levin, temblando de frío, avanzaba rápidamente mirando al suelo.

«¿Quién vendrá», pensó al oír ruido de cascabeles. Y alzó la cabeza.

A unos cuarenta pasos de distancia avanzaba a su encuentro por el ancho camino cubierto de hierba que Levin seguía un coche con cuatro caballos, enganchados en doble pareja. Los caballos del exterior se apartaban de las rodadas, apretándose contra las varas, y el hábil cochero, sentado a un lado del pescante, guiaba de modo que las varas quedasen sobre el refleje, con lo que las ruedas giraban sobre el suelo liso.

Levin no reparó más que en este detalle y, sin pensar en quién pudiera ir en el coche, miró distraídamente al interior.

En un rincón del asiento dormitaba una viejecita y, junto a la ventanilla, una joven, que al parecer acababa de despertarse, se anudaba con ambas manos las cintas de su cofia blanca. Radiante y pensativa, rebosante de vida interior, elegante y complicada, muy ajena a Levin, miraba, por encima de él, la naciente aurora.

Y en el momento en que esta visión desaparecía, dos ojos límpidos y sinceros se posaron en él, ella le reconoció, y una alegría llena de sorpresa iluminó su rostro.

Levin no podía equivocarse. Aquellos ojos eran únicos en el mundo. Sólo un ser en la tierra podía concentrar para él toda la luz y todo el sentido de la vida. Era ella. Era Kitty, que, por lo que él comprendió, se dirigía a Erguchevo desde la estación del ferrocarril.

Y todo lo que había agitado a Levin en aquella noche de insomnio, cuantas decisiones tomara, todo desapareció de repente.

Recordó con repugnancia sus ideas de casarse con una campesina. Sólo allí, en aquel coche que se alejaba por el otro lado del camino, estaba la posibilidad de solventar el problema de su vida, de hallar aquella solución que hacía tanto tiempo le atormentaba.

Kitty no le miró más. Ya no sonaba el ruido de los muelles del coche y apenas se sentía el rumor de los cascabeles. Por el ladrido de los perros adivinó Levin que el coche pasaba por el pueblo. Y él quedó solo consigo mismo, entre los campos desiertos, cerca del pueblo, ajeno a todo, caminando por un ancho camino abandonado.

Miró al cielo, esperando hallar aquella concha de nubes que despertara su admiración y que simbolizaba sus pensamientos y sentimientos de la pasada noche. En las alturas inaccesibles se había operado un cambio misterioso. Ya no existían ni señales de la concha, sino sólo un tapiz de vellones que cubría la mitad del cielo, vellones que se iban em-pequeñeciendo a cada instante. El cielo fue volviéndose más claro y más azul; y con la misma ternura, pero también con la misma inaccesibilidad, contestaba a la mirada inte-mogadora de Levin.

«No», se dijo Levin. «Por hermosa que sea esta vida de trabajo y sencillez, no puedo vi-virla. Porque la amo a

"ella"...»

XIII

Ni aun los más allegados a Alexey Alejandrovich sabían que aquel hombre de aspecto tan frío, aquel hombre tan razonable, tenía una debilidad: no podía ver llorar a un niño o a una mujer. El espectáculo de las lágrimas le hacía perder por completo el equilibrio y la facultad de razonar.

El jefe de su oficina y el secretario lo sabí-

an y, cuando el caso se presentaba, avisaban a los visitantes que se abstuvieran en absoluto de llorar ante él si no querían echar a perder su asunto.

–Se enfadará y no querrá escucharles –

decían.

Y, en efecto, en tales casos, el desequilibrio moral producido en Karenin por las lá-

grimas se manifestaba en una imitación que le llevaba a echar sin miramientos a sus visitantes.

–¡No puedo hacer nada! ¡Haga el favor de salir! –gritaba en tales ocasiones.

Cuando, al regreso de las carreras, Ana le confesó sus relaciones con Vronsky a inmediatamente, cubriéndose el rostro con las manos, rompió a llorar, Alexey Alejandrovich, a pesar del enojo que sentía, notó a la vez que le invadía el desequilibrio moral que siempre despertaban en él las lágrimas.

Comprendiéndolo, y comprendiendo también que la exteriorización de sus sentimientos estaría poco en consonancia con la situación que atravesaban, Alexey Alejandrovich procuró reprimir toda manifestación de vida, por lo cual no se movió para nada ni miró a Ana.

Y aquél era el motivo de que ofreciese aquella extraña expresión como de muerto que sorprendiera a su mujer.

Al llegar, la ayudó a apearse y, dominándose, se despidió de ella con su habitual cortesía, pronunciando algunas frases que en nada le comprometían y diciéndole que al día siguiente le comunicaría su decisión.

Las palabras de su mujer al confirmar sus sospechas dañaron profundamente el corazón de Karenin, y el extraño sentimiento de compasión física hacia ella que despertaban en él sus lágrimas aumentaba todavía su dolor.

Mas, al quedar solo en el coche, Alexey Alejandrovich, con gran sorpresa y alegría, se sintió libre en absoluto de aquella compasión y de las dudas y celos que le atormentaban últimamente.

Experimentaba la misma sensación de un hombre a quien arrancan una muela que le hubiese estado atormentando desde mucho tiempo. Tras el terrible sufrimiento y la sensación de haberle arrancado algo enorme, algo más grande que la propia cabeza, el paciente nota de pronto, y le parece increíble tal felicidad, que ya no existe lo que durante tanto tiempo le amargara la vida, lo que absorbía toda su atención, y que ahora puede vivir de nuevo, pensar a interesarse en cosas distintas a su muela.

Tal era el sentimiento de Alexey Alejandrovich. El dolor fue terrible a inmenso, pero ya había pasado, y ahora sentía que

podía vivir y pensar de nuevo sin ocuparse sólo de su esposa.

«Es una mujer sin honor, sin corazón, sin religión y sin moral. Lo he sabido y lo he visto siempre, aunque por compasión hacia ella procuraba engañarme», se dijo.

Y en efecto, le parecía haberlo visto siempre. Recordaba los detalles de su vida con ella, y éstos, aunque antes no le parecieron malos, ahora a su juicio demostraban claramente la perversidad de su esposa.

«Me equivoqué al unir su vida a la mía, pero en mi equivocación no hay nada de indigno y por tal razón no he de ser desgraciado. La culpa no es mía, sino suya», se dijo.

«Ella no existe ya para mí.»

Lo que pudiera ser de Ana y de su hijo hacia el que experimentaba iguales sentimientos que hacia su mujer, dejó de interesarle. Lo único que le preocupaba era el modo mejor, más conveniente y más cómodo para él –y como tal, el más justo– de librarse del fango con que ella le contaminara en su caída, a fin de poder continuar su vida activa, honorable y útil.

«No puedo ser desgraciado por el hecho de que una mujer despreciable haya cometido un crimen. únicamente debo buscar la mejor salida de la situación en que me ha colocado.

Y la encontraré», reflexionaba, arrugando el entrecejo cada vez más. «No soy el primero, ni el último...» Y aun prescindiendo de los ejemplos históricos, entre los cuales le venia primero a la memoria el de la bella Elena y Menelao, toda una larga teoría de infidelidades contemporáneas de

mujeres de alta sociedad surgieron en la mente de Alexey Alejandrovich.

«Darialov, Poltavky, el príncipe Karibanob, el conde Paskudin, Dram... Sí, también Dram, un hombre tan honrado y laborioso..., Semenov, Chagin, Sigonin... –recordaba–. Cierto que el más necio ridicule cae sobre estos hombres, pero yo nunca he considerado eso más que como una desgracia y he tenido compasión de ellos», se decía Alexey Alejandrovich.

Esto no era verdad, pues nunca tuvo compasión de desgracias tales, y tanto más se había apreciado hasta entonces a sí mismo cuantas más traiciones de mujeres habían llegado a sus oídos.

«Es una desgracia que puede suceder a todos, y me ha tocado a mí. Sólo se trata de saber cómo puedo salir mejor de esta situación.»

Y comenzó a recordar cómo obraban los hombres que se hallaban en casos como el suyo de ahora.

«Darialov se batió en duelo.»

En su juventud el duelo le preocupaba mucho, precisamente porque físicamente era débil y le constaba. Alexey Alejandrovich no podía pensar sin horror en una pistola apuntada a su pecho, y nunca en su vida había usado arma alguna. Tal horror le obligó a pensar en el duelo desde muy temprano y a calcular cómo había que comportarse al ponerse en frente de un peligro mortal. Luego, al alcanzar el éxito y una posición sólida en la vida, hacía tiempo que había olvidado aquel sentimiento. Y como la costumbre de pensar así se había hecho preponderante, el miedo a su cobardía fue ahora tan fuerte que Alexey Alejandrovich,

durante largo tiempo, no pensó más que en el duelo, aunque sabía muy bien que en ningún caso se batiría.

«Cierto que nuestra sociedad, bien al contrario de la inglesa, es aún tan bárbara que muchos –y en el número de estos "muchos"

figuraban aquellos cuya opinión Karenin apreciaba más– miran el duelo con buenos ojos.

Pero ¿a qué conduciría? Supongamos que le desafío», continuaba pensando. E imaginó la noche quo pasaría después de desafiarle, imaginó la pistola apuntada a su pecho, y se estremeció, y comprendió que aquello no sucedería nunca. Pero seguía reflexionando:

«Supongamos que me dicen lo que tengo que hacer, que me colocan en mi puesto y aprieto el gatillo», se decía, cerrando los ojos. « Supongamos que le mato ...»

Alexey Alejandrovich sacudió la cabeza pa-ra apartar tan necios pensamientos.

«Pero ¿qué tiene que ver que mate a un hombre con lo que he de hacer con mi mujer y mi hijo? ¿No tendré también entonces que pensar lo que he de decidir referente a ella?

En fin: lo más probable, lo que seguramente sucederá, es que yo resulte muerto o herido.

Es decir, yo, inocente de todo, seré la víctima. Esto es más absurdo. Pero, por otro lado, provocarle a duelo no sería por mi parte un acto honrado. ¿Acaso ignoro que mis amigos no me lo permitirían, que no consentirían que la vida de un estadista, necesaria a Rusia, se pusiera en peligro? ¿Y qué pasaría entonces?

Pues que parecerá que yo, sabiendo bien que el asunto nunca llegará a implicar riesgo para mí, querré darme un inmerecido lustre con este desafío. Esto no es honrado, es falso, es engañar a los otros y a mí msmo. El duelo es inadmisible y nadie espere que yo lo provo-que. Mi objeto es asegurar mi reputación, que necesito para continuar mis actividades sin impedimento.»

Su trabajo político, que ya antes le parecía muy importante, ahora se le presentaba co-mo de una importancia excepcional.

Una vez descartado el duelo, Karenin estudió la cuestión del divorcio, salida que eligieran otros maridos que él conocía.

Recordando los casos notorios de divorcios (y en la alta sociedad existían muchos que él conocía perfectamente), Alexey Alejandrovich no encontró ninguno en que el fin del divorcio fuera el mismo que él se proponía. En todos aquellos casos, el marido cedía o vendía a la mujer infiel; y la parte que, por ser culpable, no tenía derecho a casarse de nuevo, afirmaba falsas relaciones del esposo. En su propio caso, Alexey Alejandrovich veía imposible obtener el divorcio legal de modo que fuera castigada la esposa culpable. Comprendía que las delicadas condiciones de vida en que se movía no hacían posibles las demostraciones demasiado violentas que exigía la ley para probar la culpabilidad de una mujer.

Su vida, muy refinada en cierto sentido, no toleraba pruebas tan crudas, aunque existie-sen, ya que el ponerlas en práctica le rebajaría más a él que a ella ante la opinión general.

El intento del divorcio no habría valido más que para provocar un proceso escandaloso que aprovecharían bien

sus enemigos a fin de calumniarle y hacerle descender de su posición en el gran mundo. De modo que el objeto esencial, obtener la solución del asunto con las mínimas dificultades, no lo llenaba el divorcio. Además, con el divorcio o su planteamiento se evidenciaba que la mujer rompía sus relaciones con el marido y nada le impedía ya unirse a su amante. Y en el alma de Karenin, pese a la completa indiferencia que hacia su mujer creía experimentar ahora, restaba aún un sentimiento que se expresaba por el deseo de que ella no pudiese unirse libremente con Vronsky, con lo que su delito habría redundado en beneficio de ella.

Tal pensamiento irritaba tanto a Alexey Alejandrovich que sólo al imaginarlo se le escapó un gemido de íntimo dolor. Se irguió, cambió de sitio en el coche y durante un prolongado instante permaneció con el entrecejo fruncido mientras envolvía sus pies huesudos y friolentos en la suave manta de viaje.

En vez del divorcio legal podía, como Kari-banov, Paskudin y el buen Dram, separarse de su mujer, siguió pensando Alexey Alejandrovich cuando se sintió un poco calmado.

Pero este procedimiento tenía los mismos efectos deshonrosos que el divorcio, y lo peor era que, como el divorcio legal, arrojaba a su mujer en brazos de Vronsky.

« ¡No: es imposible, imposible!», dijo en alta voz, mientras comenzaba a desenrollar otra vez la manta de viaje. «Yo no he de ser desgraciado, pero no quiero que ni él ni ella sean dichosos.»

El sentimiento de celos que experimentara mientras ignoraba la verdad se disipó en cuanto las palabras de su mujer le arrancaran la muela con dolor. A aquel sentimiento lo sustituía otro: el de que su mujer no sólo no debía

triunfar, sino que debía ser castigada por el delito cometido. No reconocía que experimentara tal sentimiento, pero en el fondo de su alma deseaba que ella sufriese, en castigo a haber destruido la tranquilidad y man-cillado el honor de su marido. Y, estudiando de nuevo las posibilidades de duelo, divorcio y separación, y rechazándolas todas otra vez, Alexey Alejandrovich concluyó que sólo quedaba una salida: retener a Ana a su lado, ocultar lo sucedido ante la sociedad y procurar por todos los medios poner fin a aquellas relaciones, lo que era el medio más eficaz de castigarla, aunque esto no quería confesárselo.

«Debo decirle que mi decisión es, una vez examinada la posición en que ha puesto a la familia, y considerando que cualquier otra medida sería peor para ambas partes, mantener el exterior «statuto quo», con el cual estoy conforme, a condición inexcusable de que cumpla enteramente mi voluntad, es decir, suspenda toda relación con su amante.»

Y cuando hubo adoptado definitivamente esta resolución, acudió, como un refuerzo de ella, un pensamiento muy importante a la mente de Alexey Alejandrovich:

«Sólo con esta decisión obro de acuerdo con las prescripciones de la Iglesia», se dijo.

«Únicamente con esta solución no arrojo de mi lado a la mujer criminal y le doy probabilidades de arrepentirse, a incluso, aunque esto me sea muy penoso, consagro parte de mis fuerzas a su corrección y salvación.»

Alexey Alejandrovich sabía que carecía de autoridad moral sobre su mujer y que de aquel intento de corregirla no resultaría más que una farsa, y, a pesar de que en todos aquellos tristes instantes no había pensado ni una sola vez

en buscar orientaciones en la religión, ahora, cuando la resolución tomada le parecía coincidir con los mandatos de la Iglesia, esta sanción religiosa de lo que había decidido le satisfacía plenamente y, en parte, le calmaba.

Le era agradable pensar que, en una decisión tan importante para su vida, nadie po-dría decir que había prescindido de los mandatos de la religión, cuya bandera él había sostenido muy alta en medio de la indiferencia y frialdad generales.

Reflexionando acerca de los demás detalles, Alexey Alejandrovich no veía motivo pa-ra que sus relaciones con su mujer no pudiesen continuar como antes. Cierto que jamás podría volver a respetarla, pero no había ni podía haber motivo alguno para que él des-trozara su vida y sufriese porque ella fuera mala a infiel.

«Sí; pasará el tiempo, que arregla todas las cosas, y nuestras relaciones volverán a ser las de antes», se dijo Alexey Alejandrovich.

Y añadió:

«Es decir, esas relaciones se reorganizarán de tal modo que no experimentaré desorden alguno en el curso de mi vida. Ella debe ser desgraciada, pero yo no soy culpable y no tengo por qué ser desgraciado a mi vez».

XIV

Al acercarse a San Petersburgo, no sólo Karenin había adoptado su decisión de una manera definitiva, sino que hasta redactó mentalmente la carta que iba a escribir a su mujer.

Entró en la portería, vio las cartas y documentos que le habían llevado del Ministerio y ordenó que los llevarán a su gabinete.

–Apaguen y no reciban a nadie –contestó a la pregunta del portero, con satisfacción que denotaba su buen humor, acentuando la frase

«no reciban».

Ya en su gabinete, Karenin paseó recorriéndolo dos veces en toda su longitud y se detuvo ante su gran mesa escritorio, en la que había seis velas encendidas que había puesto allí su ayuda de cámara.

Luego hizo crujir las articulaciones de sus dedos, se sentó y comenzó a arreglar los objetos que había en el escritorio. Con los codos sobre la mesa y la cabeza inclinada de lado, reflexionó un momento y luego escribió sin detenerse ni un segundo. Escribía en francés, sin dirigirse directamente a ella, y empleando el «usted», que no posee en aquel idioma la frialdad que posee en el ruso:

En nuestra última entrevista le indiqué mi intención de comunicarle lo que he decidido respecto a lo que hablamos.

Después de reflexionar detenidamente, le escribo como le prometí. Mi decisión es ésta: sea cual sea su proceder, no me considero autorizado a romper lazos con los que nos ha unido un poder superior. La familia no puede ser deshecha por el capricho, el deseo o incluso el crimen de uno de los cónyuges.

Nuestra vida, pues, debe seguir como antes.

Eso es necesario para usted, para mí y para nuestro hijo. Estoy seguro de que usted se arrepiente de lo que motiva la

presente carta y que me ayudará a arrancar de raíz la causa de nuestra discordia y a olvidar el pasado. En caso contrario, puede suponer lo que le espera a usted y a su hijo. De todo ello espero hablarle en nuestra próxima entrevista. Como termina la temporada veraniega, le pido que vuelva a San Petersburgo lo antes posible, el martes a más tardar. Se darán las órdenes necesarias para su regreso. Le ruego que tenga en cuenta que doy una especial importancia al cumplimiento de este deseo mío.

A. Karenin.

P. S. Acompaño el dinero que pueda necesitar para sus gastos.

Releyó la carta y se sintió contento, sobre todo por haberse acordado de enviar dinero; no había un reproche ni una palabra dura, pero tampoco ninguna condescendencia. Lo principal era que en ella había como un puente dorado para que pudiese volven

Plegó y alisó la carta con la grande y pesada plegadera de marfil, la puso en un sobre, en el que metió el dinero, y llamó con la particular satisfacción que le producía el adecuado empleo de sus bien ordenados útiles de escritorio.

–Llévala al ordenanza para que la entregue mañana a Ana Arkadievna en la casa de verano –dijo, levantándose.

–Bien. ¿Tomará vuecencia el té en el gabinete?

Alexey Alejandrovich ordenó que llevasen el té allí y, jugueteando con la plegadera, se dirigió a la butaca junto a la que había una lámpara y a su lado el libro francés que había empezado a leer, relativo a inscripciones antiguas.

Sobre la butaca, en un marco dorado, pendía el magnífico retrato de Ana hecho por un célebre pintor.

Alexey Alejandrovich lo miró. Los ojos impenetrables le miraban burlones, insolentes, como en aquella última noche en la que habí-

an tenido la explicación.

Todo en aquel retrato le parecía imperti-nente y provocador: desde los encajes de la cabeza, con los cabellos negros, exce-lentemente pintados, hasta la hermosa mano blanca, cuyo dedo anular estaba cubierto de sortijas, todo le causaba la misma desagradable impresión. Después de mirarlo durante un instante, Karenin se estremeció de tal modo que sus labios temblaron y hasta emi-tieron un sonido casi imperceptible:

–¡Brrr!

Volvió la cabeza, se sentó precipitado en la butaca y abrió el libro. Trató de leer, pero en modo alguno consiguió que despertara en él su anterior interés por las inscripciones antiguas. Mientras miraba el libro, pensaba en otra cosa. No en su mujer, sino en una complicación de su actividad gubernamental que surgiera últimamente y en la que radicaba el interés principal de su trabajo del momento.

Ahora le parecía penetrar más profundamente que nunca en aquella complicación y parecíale que en su cerebro surgía la idea capital –lo podía decir sin presunción–, el pensamiento que debía aclarar todo el asunto, haciéndole ascender en su camera, abatiendo a sus enemigos, convirtiéndole más útil aún al Estado.

En cuanto el criado, después de llevarle el té, hubo salido del aposento, Alexey Alejandrovich se levantó y se dirigió a

la mesa escritorio.

Apartó a un lado la cartera que contenía los asuntos corrientes y, con una sonrisa de satisfacción apenas perceptible, sacó el lápiz y se sumió en la lectura de los documentos relativos a aquella complicación.

El rasgo característico de Alexey Alejandrovich como alto funcionario del Estado, el que le distinguía especialmente y el que, unido a su moderación, su probidad, su confianza en sí mismo y su amor propio excesivo, había contribuido más a encumbrarle, era su absoluto desprecio del papeleo oficial, su firme voluntad de suprimir en lo posible los escritos inútiles y tratar los asuntos directamente, solucionándolos con la mayor rapidez y con la máxima economía.

Ocurrió, con esto, que en la célebre Comisión del 2 de junio se expuso el asunto de la fertilización de la provincia de Zaraisk, asunto perteneciente al Ministerio de Karenin y que constituía un claro ejemplo de los gastos es-tériles que se hacían y de los inconvenientes de resolver los asuntos sólo en el papel.

Alexey Alejandrovich sabía que eso era justo.

El asunto de la fertilización de Zaraisk había sido iniciado por el antecesor de Karenin. Y en él se habían gastado y gastaban muchos fondos totalmente en balde, ya que estaba fuera de duda que todo ello no había de conducir a nada.

Al ocupar aquel cargo, Alexey Alejandrovich lo comprendió en seguida y pensó en ocuparse de ello. Pero hacerlo al principio, cuando se sentía aún poco seguro, no era razonable, teniendo en cuenta que con ello las-timaba muchos intereses. Luego, absorbido ya por otros asuntos, simplemente se había olvidado de aquél, que, como tantos

otros, seguía su camino por fuerza de inercia. Mucha gente comía en torno a él, y en especial una familia muy honrada y distinguida por sus dotes musicales, ya que todas las hijas tocaban algún instrumento de cuerda.

(Alexey Alejandrovich no sólo les conocía, si-no que incluso era padrino de boda de una de las hijas mayores.)

Los enemigos del Ministerio se ocuparon del asunto y se lo reprocharon, con tanta menos justicia cuanto que en todos los Ministerios los había mucho más graves y que nadie tocaba por no faltar a los conveniencias en las relaciones interministeriales.

Pero, puesto que ahora le lanzaban aquel guante, él lo recogería gallardamente y pediría una comisión especial que estudiase el asunto de la fertilización de Zaraisk. No quería, sin embargo, que la cosa quedase en manos de aquellos señores, por lo cual exigió ante todo el nombramiento de otra comisión especial para estudiar el asunto de la organización de la población autóctona.

Aquel asunto se había planteado también ante la Comisión del 2 de junio, y Alexey Alejandrovich lo presentaba con energía como muy urgente por el deplorable estado de la citada población.

En la Comisión, el asunto motivó discusiones de varios Ministerios entre sí. El Ministerio enemigo de Karenin demostraba que el estado de los autóctonos era excelente y que los cambios propuestos podían resultar funes-tos para la prosperidad de aquellas poblaciones; que si algo iba mal, se debía a que el Ministerio de Alexey Alejandrovich no cumplía las disposiciones legales. Y ahora Karenin se proponía exigir: primero, que se nombrara otra comisión que estudiara sobre el terreno la situación de las poblaciones autóctonas;

segundo, que si se demostraba que su situación era efectivamente la que se desprendía de los datos oficiales que poseía la Comisión, se formara un nuevo comité técnico que estudiara las causas de aquella situación desde el punto de vista político, administrativo, económico, etnográfico, material y religioso; tercero, que el Ministerio adversario presentase datos de las medidas adoptadas durante los últimos años para evitar las malas condiciones en que ahora se encontraban los autóctonos, y cuarto, que se pidiera a dicho Ministerio explicaciones sobre por qué –según informes presentados a la Comisión con los números 17017 y 18308, fechas 5 de diciem-bre de 1863 y 7 de junio de 1864– procedía abiertamente contra la ley orgánica, artículo 18, y observación en el 36.

Un animado color cubrió las mejillas de Alexey Alejandrovich mientras anotaba rápidamente aquellas ideas. Una vez escrita la primera hoja de papel, se levantó, llamó y mandó una nota al jefe de su despacho para que le enviasen los informes necesarios.

Y tras levantarse y pasear por la habitación, volvió a mirar el retrato, arrugó las cejas y sonrió con desprecio. Leyó de nuevo el libro sobre inscripciones antiguas y a las once se fue a dormir. Cuando, una vez en la cama, recordó lo sucedido con su mujer, ya no le pareció tan terrible.

XV

Aunque Ana contradecía a Vronsky con terca irritación cuando él le aseguraba que la situación presente era imposible de sostener, en el fondo de su alma también ella la consideraba como falsa y deshonrosa y de todo corazón deseaba modificarla.

Al volver de las carreras con su marido, en un momento de excitación se lo había dicho todo, y, pese al dolor que experimentara al hacerlo, se sintió aliviada. Cuando Karenin se hubo ido, Ana se repetía que estaba contenta; que ahora todo quedaba aclarado, y que ya no tendría necesidad de engañar y fingir.

Le parecía indudable que su posición quedaría ya, a partir de ahora, definida para siempre; podría ser mala, pero era definida, y en ella no habría ya sombras ni engaños.

El daño que se había causado a sí misma y el que causara a su marido al decirle aquellas palabras sería recompensado por la mayor claridad en que habían quedado sus relaciones.

Cuando, aquella misma noche, se vio con Vronsky, no le contó lo sucedido entre ella y su marido, aunque habría debido decírselo para definir la situación.

Al despertar a la mañana siguiente, pensó antes que nada en lo que había dicho a su marido, y le parecieron de tal manera duras y terribles sus palabras que no podía comprender cómo se había decidido a pronunciarlas.

Pero ahora estaban ya dichas y era imposible adivinar lo que podría resultar de aquello, ya que Alexey Alejandrovich se había ido sin decirle nada.

«He visto a Vronsky y no le he contado lo ocurrido», reflexionaba.

«Incluso cuando se disponía a marchar estuve a punto de llamarle y decírselo todo, pe-ro no lo hice porque pensé que encontraría extraño que no se lo hubiese explicado en el primer momento. ¿Por qué no se lo dije?»

Y al tratar de contestar a tal pregunta, el rubor encendió sus mejillas. Comprendió lo que se lo impedía, comprendió que sentía vergüenza. La situación, que le había parecido aclarada la tarde anterior, se le presentaba de repente no sólo como sin aclarar, sino, además, sin salida. Quedó aterrada ante el deshonor en que se veía hundida, cosa en la cual ni siquiera había pensado. Y al detenerse a reflexionar sobre lo que haría su marido, se le ocurrían las más terribles ideas.

Imaginaba que iba a llegar ahora el administrador para echarla de casa, y que su deshonra iba a ser publicada ante todos. Se preguntaba a dónde iría cuando la echaran de allí y no encontraba contestación.

Al recordar a Vronsky, se figuraba que él no la quería, que empezaba a sentirse cansado, que ella no podía ofrecérsele, y esto le hacía experimentar animosidad contra él. Le parecía como si las palabras dichas a su marido, que continuamente acudían a su imaginación, las hubiera dicho a todos y todos las hubiesen oído.

No se atrevía a mirar a los ojos a quienes vivían con ella. No osaba llamar a la criada ni bajar a la planta baja para ver a la institutriz y a su hijo.

La muchacha, que esperaba hacía tiempo en la puerta, escuchando, decidió entrar en la alcoba.

Ana la miró interrogativamente a los ojos y, sintiéndose cohibida, se ruborizó. La criada pidió perdón, diciendo que creía que la señora la había llamado.

Traía la ropa y un billete de Betsy, quien recordaba a Ana que aquel día irían a su casa por la mañana Lisa Merkalova y la baronesa Stalz con sus admiradores: Kaluchsky y el viejo Stremov, para jugar una partida de cricket.

«Venga, aunque sea sólo para aprender algo de nuestras costumbres. La espero», concluía el billete.

Ana leyó y suspiró dolorosamente.

–No necesito nada, nada –dijo a la muchacha, que colocaba frascos y cepillos en la mesita del tocador–. Váyase. Voy a vestirme y salir. No necesito nada, nada...

Anuchka salió de la alcoba, pero Ana, sin vestirse, continuó sentada en la misma posición, con la cabeza baja y los brazos caídos, estremeciéndose de vez en cuando de pies a cabeza como si fuese a hacer o decir algo y se sintiera incapaz de ello. Repetía sin cesar, para sí: « ¡Dios mío, Dios mío! » .

Pero tales palabras nada significaban para ella. La idea de buscar consuelo en la religión le resultaba tan extraña como la de buscar consuelo en su propio marido, aunque no dudaba de la religión en que la habían educado.

Sabía bien que el consuelo de la religión sólo era posible a base de prescindir de aquello que era el único objeto de su vida. Y no sólo sentía dolor, sino que comenzaba a experimentar miedo ante aquel terrible estado de ánimo que nunca hasta entonces experimentara. Le parecía que todo en su alma comenzaba a desdoblarse, como a veces se desdoblan los objetos ante una vista cansada.

A ratos no sabía ya lo que deseaba ni lo que temía, ni si temía o deseaba lo que era o más bien lo que había de ser después. Y no podía precisar qué era concretamente lo que deseaba.

«¿Qué hacer?», se dijo al fin, sintiendo que le dolían las sienes. Y al recobrarse se dio cuenta de que se había cogido

con las dos manos sus cabellos cercanos a las sienes y tiraba de ellos.

Se levantó de un salto y empezó a pasear por la habitación.

–El café está servido y mademoiselle y Sergio esperan –dijo Anuchka, que había entrado de nuevo, hallando a Ana en la misma posición.

–¿Sergio? ¿Qué hace Sergio? –preguntó Ana, animándose de repente y recordando, por primera vez durante la mañana, la existencia de su hijo.

–Parece que ha cometido una falta –dijo Anuchka sonriendo.

–¿Qué falta?

–Pues ha cogido uno de los melocotones que había en la despensa y se lo ha comido a escondidas.

El recuerdo de su hijo hizo que Ana saliese de aquella situación desesperada en que se encontraba. Se acordó del papel, en parte sincero, aunque más bien exagerado, de madre consagrada por completo a su hijo que viviera en aquellos últimos años, y notó con alegría que en el estado en que se encontraba aún poseía una fuerza independiente de la posición en que se hallara respecto a su marido y a Vronsky, y esta fuerza era su hijo. Fuera la que fuera la situación en que hubiera de encontrarse no podría dejar a su hijo; aun cuando su marido la cubriese de oprobio, y aunque Vronsky continuara viviendo independiente de ella –y de nuevo le recordó con amargura y reproche–, Ana no po-dría separarse de su Sergio. Tenía un objetivo en la vida. Debía obrar, obrar para asegurar su posición con su hijo, para que no se lo qui-tasen. Y había de actuar inmediatamente si quería evitarlo. Debía coger a su hijo y marchar. No le cabía hacer otra cosa. Tenía que calmarse y salir de tan penosa

situación. El pensamiento de que urgía hacer algo, que tenía que tomar a su hijo inmediatamente y marchar con él a cualquier sitio, le proporcionó la calma que necesitaba.

Se vistió deprisa, bajó y con paso seguro entró en el salón, donde, como de costumbre, le esperaban el café y Sergio con la institutriz.

Sergio, vestido de blanco, estaba de pie ante la consola del espejo, con la espalda y cabeza inclinadas, expresando aquella atención concentrada que ella conocía y que señalaba más su semejanza con su padre, manipulando unas flores que había llevado del jardín.

La institutriz presentaba un aspecto severo. Sergio exclamó, chillando como solía:

–¡Mamá!

Y se interrumpió, indeciso. ¿Debía saludar primero a su madre, dejando las flores, o terminar la corona antes y acercarse a su madre ya con las flores en la mano?

Después de saludar, la institutriz comenzó a relatar, lenta y detalladamente, la falta cometida por el niño. Pero Ana no la escuchaba y pensaba si convendría o no llevársela consigo.

«No, no la llevaré», decidió. «Me iré sola, con mi hijo.»

–Sí, eso está muy mal ––dijo Ana, tomando al niño por el hombro y mirándole no con severidad, sino con timidez, lo que confundió al pequeño y le llenó de alegría.

Ana le dio un beso.

–Déjele conmigo –indicó a la extrañada institutriz.

Y, sin soltar las manos de Sergio, se sentó a la mesa en que estaba servido el café.

–Yo, mamá... no, no... –murmuró el niño, pensando en lo que podría esperarle por haber cogido sin permiso el melocotón.

–Sergio –dijo Ana, cuando la institutriz hubo salido del aposento–. Eso está muy mal, pero no lo harás más, ¿verdad? ¿Me quieres?

Sentía que le acudían las lágrimas a los ojos. «¿Cómo puedo dejar de quererle?», pensó, sorprendiendo la mirada, asustada y al mismo tiempo jubilosa, de su hijo. « ¿Es posible que se una a su padre para martiri-zarme? ¿Es posible que no me compadezca?»

Las lágrimas corrían ya por su rostro, y para disimularías se levantó bruscamente y salió a la terraza.

Después de las lluvias y tempestades de los últimos días, el tiempo era claro y frío.

Bajo el sol radiante que iluminaba las hojas húmedas de los árboles, se sentía la frescura del aire.

Al contacto con el exterior, el frío y el terror se adueñaron de ella con fuerza nueva y la hicieron estremecer.

–Ve, ve con Mariette –––dijo a Sergio, que la seguía.

Y comenzó a pasear arriba y abajo por la estera de paja que cubría el suelo de la terraza.

«¿Será posible que no me perdonen? ¿No comprenderán que esto no podía ser de otro modo?», se dijo.

Se detuvo, miró las copas de los olmos agitadas por el viento, con sus hojas frescas y brillantes bajo la fría luz del sol, y le pareció que en ningún lugar del mundo hallaría piedad para ella, que todo había de ser duro y sin compasión, como aquel cielo frío y aquellos árboles... Y de nuevo sintió que su alma se desdoblaba.

«No, no pensemos en ello», se dijo. «He de preparar mi viaje: tengo que irme. ¿Adón-de? ¿Y cuándo? ¿Quién me acompañará? Sí; me iré a Moscú en el tren de la noche, llevándome a Anuchka y a Sergio y las cosas más necesarias. Pero antes debo escribirles a los dos.»

Entró en casa precipitadamente, pasó a su gabinete, se sentó a la mesa y escribió a su marido:

Después de lo sucedido, no puedo continuar en casa. Me marcho llevándome al niño.

Ignoro las leyes y no sé si el hijo debe quedarse con el padre o con la madre. Pero le llevo conmigo porque no puedo vivir sin él.

Sea generoso y déjemelo.

Hasta llegar aquí escribió rápidamente y con naturalidad, pero la apelación a una generosidad que Ana no reconocía a su marido y la necesidad de terminar la carta con algo conmovedor la interrumpieron.

No puedo hablarle de mi culpa y de mi arrepentimiento, porque...

Se detuvo otra vez, no hallando conexión en sus pensamientos.

«No», se dijo, «no es preciso escribir nada de esto».

Y rompiendo la hoja, la redactó de nuevo, excluyendo la alusión a la generosidad, y ce-rró la carta.

Tenía que escribir otra a Vronsky.

«He dicho a mi marido ...», empezó, y permaneció un rato sentada sin hallar fuerzas para continuar. ¡Aquello era tan indelicado, tan poco femenino ...!

«Además, ¿qué puedo escribirle?», se preguntó. Y otra vez la vergüenza cubrió de rubor sus mejillas. Recordó la tranquilidad de Vronsky y un sentimiento de irritación contra él le hizo romper en pequeños pedazos la hoja con la frase ya escrita.

«No hay necesidad de escribir nada», se dijo. Y cerrando la carpeta, subió a anunciar a la institutriz y a la servidumbre que salía aquella noche para Moscú. Y comenzó a hacer los preparativos del viaje.

XVI

En todas las habitaciones de la casa de verano se movían lacayos, jardineros y porteros, llevando cosas de un lado a otro. Armarios y cómodas estaban abiertos y dos veces hubo que ir corriendo a la tienda o comprar cordel. Por el suelo se veían pedazos de pe-riódicos esparcidos, dos baúles, sacos y mantas de viaje plegadas habían sido bajados al recibidor. El coche propio y dos de alquiler esperaban a la puerta.

Ana, olvidando con los preparativos del viaje su inquietud interna, estaba en pie ante la mesa de su gabinete, preparando su saco de viaje, cuando Anuchka llamó su atención sobre el ruido de un coche que se acercaba.

Ana miró por la ventana y vio junto a la escalera al ordenanza de Alexey Alejandrovich, que tocaba la

campanilla de la puerta.

–Ve a ver de qué se trata –ordenó Ana.

Y serenamente dispuesta a todo, se sentó en la butaca, con las manos plegadas sobre las rodillas.

El lacayo llevó un abultado sobre con la dirección escrita de mano de Karenin.

–El ordenanza espera la contestación ––

dijo el lacayo.

–Bien –repuso Ana.

Y en cuanto hubo salido el criado, abrió el sobre con trémulos dedos y un paquete de billetes sin doblar, sujetos por una cinta, cayó al suelo.

Ana separó la carta y la leyó empezando por el final.

«Se darán las órdenes necesarias para su regreso. Le ruego que tenga en cuenta que doy especial importancia al cumplimiento de mi deseo ...» , leyó.

Siguió leyéndola al revés, y volvió después a empezar la lectura desde el principio. Al terminar, se sintió helada, y tuvo la impresión de que una gran desgracia mucho mayor de lo que esperaba se abatía sobre ella.

Por la mañana estaba arrepentida de lo que había confesado a su marido y deseaba no haber pronunciado aquellas palabras. Y

ahora la carta daba las palabras por no dichas: le concedía lo que ella deseaba. Pero ahora esta carta le parecía a Ana lo más terrible que podía imaginar.

«¡Tiene razón, tiene razón!», pronunció para sí. «¡Siempre, siempre tiene razón! Es cristiano, es generoso... Pero, ¡cuán vil y despreciable! ¡Y nadie lo comprende, excepto yo! Jamás podrán comprenderlo, ni yo explicarlo. Para los demás es un hombre religioso, moral, honrado, inteligente... Pero no ven lo que yo he visto. No saben que durante ocho años ese hombre ha ahogado mi vida, cuanto en mí había de vivo, sin pensar jamás que soy una mujer de carne y hueso que necesita amor. No saben que me ofendía constantemente y se sentía satisfecho de sí mismo.

¿No he procurado con todas mis fuerzas hallar la justificación de mi vida? ¿No he tratado de amarle y luego de amar a mi hijo cuando ya no podía amarle a él? Pero llegó el momento en que comprendí que no podía seguir engañándome, que vivo, que no tengo la culpa de que Dios me haya hecho así, que necesito vida y amor. Si me hubiera matado, si hubiera matado a Vronsky, yo lo habría soportado todo, le habría perdonado... Pero él no es así...

»¿Cómo no adiviné lo que iba a decidir?

Hace lo que es propio de su ruin carácter.

Seguirá viviendo conmigo ya caída. Él se quedará con la razón y a mí me hará sucum-bir, me humillará cada vez mas... –y recordó las palabras de la carta: "puede suponer lo que la espera a usted y a su hijo"–. Esta es la amenaza por la que me va a quitar el niño, y seguramente su ley estúpida lo hace posible.

¿Acaso no sé por qué me lo dice? No cree en mi amor a mi hijo, o más bien lo desprecia.

Siempre se burlaba de este amor. Sí, desprecia este sentimiento, pero sabe que no he de abandonar a mi hijo, porque sin el no me es posible vivir, ni siquiera con el

hombre a quien amo; y, en todo caso, si le dejara y huyera, había de obrar como una mujer más baja y más deshonrada aún. Sí, lo sabe y le consta que no tendré fuerzas para hacerlo.

»Nuestra vida debe seguir como antes –

continuó pensando, al recordar otra frase de la carta–. ¡Pero esa vida, antes, era penosa y, últimamente, horrible! ¿Cómo será, pues, de ahora en adelante? Y él no lo ignora, sabe que no puedo arrepentirme de lo que siento, de lo que he hecho por amor. Sabe que nada puede resultar de esto sino mentira y enga-

ño, pero él necesita continuar martirizándome. Le conozco: se que goza y nada en la mentira como un pez en el agua. Pero no le proporcionaré ese placer. Romperé la red de mentiras en que quiere envolverme y será lo que Dios quiera... Todo antes que la ficción y el engaño.

»¿Pero, ¿cómo lo podré hacer? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Habrá habido nunca en el mundo mujer tan desgraciada como yo?»

–¡Pero, basta: voy a romper con todo! –

exclamó, levantándose de un salto y conteniendo las lágrimas.

Y se acercó a la mesa para escribirle otra carta. Pero presentía, en el fondo, que no tendría fuerzas ya para romper nada, que no tendría fuerzas para salir de su situación anterior por falsa y deshonrosa que fuera.

Se sentó a la mesa, mas en vez de escribir apoyó los brazos en ella, ocultó la cabeza entre las manos y lloró, con sollozos y temblores que agitaban todo su pecho, como lloran los

niños. Lloraba al pensar que su ilusión de que las cosas habían quedado aclaradas estaba destruida para siempre. Sabía de antemano que todo continuaría como antes o peor. Comprendía que la posición que ocupaba en el mundo aristocrático, y que por la mañana le parecía tan despreciable, le era muy preciosa, y que no tendría fuerzas para cambiarla por la despreciable de una mujer que ha abandonado a su hijo y a su esposo para unirse a su amante. Y comprendía también que, por más que quisiera, no podría ser más fuerte de lo que era en realidad.

Jamás tendría libertad para amar y viviría eternamente como una mujer culpable, bajo la amenaza de ser descubierta a cada momento, una mujer que engaña a su marido a fin de continuar sus relaciones deshonrosas con un extraño, un hombre libre, cuya vida no podía ella compartir. Sabía que todo marcharía así, pero le parecía terrible y no imaginaba de qué modo podría terminar. Y Ana lloraba, sin contenerse, como llora un niño al que se castiga.

Oyó los pasos del lacayo y se recobró y, ocultando el rostro, fingió que escribía.

–El ordenanza pide la contestación –

anunció el lacayo,

–¿La contestación? ––dijo Ana–. ¡Ah, sí!

Que espere. Ya avisaré.

«¿Qué escribiré?», pensaba. «¿Qué puedo decidir por mí misma? ¿Sé yo acaso lo que quiero ni lo que deseo?»

Otra vez le pareció que su alma se desdoblaba. Asustada de aquel sentimiento, se aferró al primer pretexto de actividad que se le ofrecía para no pensar en si misma.

«Debo ver a Alexey», se dijo mentalmente, refiriéndose a Vronsky, al que siempre llamaba así», «él podrá decirme lo que conviene hacer. Iré a casa de Betsy. Quizá le vea allí».

Olvidaba en absoluto que el día antes había dicho a Vronsky que no iría a casa de la princesa Tverskaya y que él había contestado que en tal caso no iría tampoco.

Se acercó a la mesa y escribió a su marido.

«He recibido su carta–. A.»

Y llamando al lacayo, le dio la carta.

–Ya no nos vamos ––dijo a Anuchka cuando ésta entró.

–¿Definitivamente?

–No; no deshagan los paquetes hasta ma-

ñana, y que me reserven el coche ahora. Voy a casa de la Princesa.

–¿Qué vestido debo preparar?

XVII

La reunión que iba a jugar la partida de cricket a la que la princesa Tverskaya había invitado a Ana consistía en dos señoras con sus admiradores.

Aquellas dos señoras representaban un nuevo y muy selecto círculo que se autode-nominaba, a imitación de no se sabía de qué, Les sept merveilles du monde. A decir verdad, tales señoras pertenecían a una capa muy elevada de la sociedad, pero muy diferente a la que frecuentaba Ana. Además, el viejo Stremov, admirador de Lisa Merkalova y uno de los hombres más influyentes de San Petersburgo, era,

ministerialmente, enemigo de Karenin. Por todas esas consideraciones, Ana no deseaba ir, y a esas consideraciones aludían las indirectas de la carta de la Princesa. Pero ahora se resolvió a acudir con la esperanza de encontrar a Vronsky.

Llegó a casa de la Tverskaya antes que los otros invitados.

En el momento en que entraba lo hacía también el lacayo de Vronsky, que, con sus patillas muy bien peinadas, casi parecía un caballero.

El criado se detuvo junto a la puerta y, quitándose su gorra de visera, le cedió el pa-so. Ana le reconoció y sólo entonces recordó que Vronsky le había dicho que no iría. Probablemente enviaba aviso de ello.

Mientras se quitaba el abrigo en el recibidor, Ana oyó que el lacayo decía, pronunciando las en es a la manera de las personas distinguidas:

–Para la señora Princesa, de parte del se-

ñor.

Ella habría querido preguntarle dónde estaba ahora su señor; habría querido volverse y darle una carta pidiendo a Vronsky que fuese a su casa o bien ir Ana misma a casa de él. Pero nada de lo que pensaba podía hacerse, porque ya sonaba la campanilla anunciando su llegada y ya el criado de la Princesa se colocaba, de pie, junto a la puerta abierta, esperando que Ana entrase en las habitaciones interiores.

–La Princesa está en el jardín. Ahora mismo la avisan. ¿Acaso la señora desea pasar al jardín? ––dijo otro lacayo en la siguiente estancia.

Sentía la misma impresión de inseguridad y vaguedad que sintiera en su casa. Era imposible ver a Vronsky; había que continuar aquí, en esta sociedad tan ajena y distante de su estado de ánimo.

Ana llevaba el vestido que sabía que le sentaba mejor; no estaba sola; la rodeaba ese ambiente de ociosidad suntuosa que le era habitual, y en ella se sentía más a gusto que en su casa, pues aquí no tenía que discurrir sobre lo que había de hacer. Aquí todo se hacía solo.

Cuando Betsy salió a recibirla, vestida de blanco y con una elegancia que la sorprendió, Ana le sonrió como siempre. A la princesa Tverskaya la acompañaban Tuchkevich y una señorita pariente suya que, con gran satisfacción de sus provincianos padres, pasaba el verano en casa de la célebre princesa.

Ana debía de tener un aspecto especial, porque Betsy manifestó notarlo en seguida.

–He dormido mal –repuso Ana, mientras miraba al lacayo que se les acercaba y que, como ella supusiera, traía la carta de Vronsky.

–¡Cuánto me alegro de que haya venido usted! –dijo Betsy–. Me siento fatigada. Quiero tomarme una taza de té mientras llegan los demás. Usted –––dijo a Tuchkevich– po-dría ir con Macha a ver cómo está el campo de cricket, ahí, donde han cortado la hierba.

Entre tanto, nosotras podremos hacernos confidencias durante el té. We'll have a cosy chat, ¿verdad? –sonrió a Ana, mientras le apretaba la mano con que ésta sujetaba la sombrilla.

–Pero no puedo quedarme mucho rato.

Tengo que visitar a la vieja Vrede. Hace un siglo que se lo tengo prometido.

La mentira, tan ajena a su carácter, le resultaba ahora tan sencilla y natural en sociedad que hasta le daba placer. No habría podido explicarse por qué lo había dicho, ya que un segundo antes ni siquiera pensaba en ello.

En realidad, sólo la movía el pensamiento de que, como Vronsky no estaba allí, debía asegurarse su libertad para poder verle. Pero decir por qué precisamente había nombrado a la vieja dama de honor, a la que no tenía más motivo de visitar que a mochas otras, era imposible para Ana. Sin embargo, resultó después que, por muchos medios que hubiese imaginado para ver a Vronsky, no habría podido dar con ninguno mejor.

–De ningún modo le dejaré marchar –

repuso Betsy, escrutando el rostro de Ana–.

Le aseguro que me molestaría con usted si no fuera por lo que la quiero. Parece que teme usted que el trato conmigo pueda comprome-terla. Hagan el favor de servirnos el té en el saloncito –ordenó, entornando los ojos, como hacía siempre que hablaba a los criados.

Y tomando la carta la leyó.

–Alexey nor ha jugado una mala partida –

dijo en francés–. Me escribe que no puede venir –añadió con un acento tan natural como si no pensara ni remotamente en que el cricket pudiera tener para Vronsky otro significado que el de ver a Ana.

Ana sabía que Betsy estaba enterada de todo, pero al oírla hablar así de Vronsky en presencia suya quiso persuadirse por un momento de que Betsy no sabía nada.

–¡Oh! –dijo Ana, con indiferencia, sonriendo y como si ello le interesara poco– ¿Cómo puede su trato comprometer a nadie?

Aquel juego de palabras, aquel oculta-miento de secretos, tenía para Ana, como pa-ra todas las mujeres, muchos atractivos. No era la necesidad de ocultar ni el fin para que se fingía, sino el proceso del fingimiento en sí lo que le agradaba.

–Yo no puedo ser más papista que el Papa

–agregó–. Lisa Merkalova y Stremov son la crema de la sociedad. Además, a ellos los reciben en todas partes, y yo –y subrayó el yo–

nunca he sido intolerante y severa. No me ha quedado tiempo para ello.

–¿Acaso no quiere usted encontrarse con Stremov? Déjele que rompa lanzas con su marido en la comisión. A nosotras no nos importa eso. Como hombre de mundo, es el más amable que conozco y un apasionado jugador de cricket, ya lo verá. Y a pesar de su ridícula situación de viejo galanteador de Lisa, hay que ver lo bien que afronta la situación. ¡Es un hombre simpatiquísimo! ¿No conoce usted a Safo Stolz? Es de un estilo nuevo, nuevo completamente.

Mientras Betsy hablaba así, Ana comprendía, por su mirada alegre e inteligente, que su amiga adivinaba en parte su situación y estaba tratando de inventar algo para ayudarla. Ahora se hallaban en el saloncito.

–Entre tanto escribiré a Alexey ––dijo Betsy.

Se sentó ante una mesa, escribió unas lí-

neas en un papel y lo puso en un sobre.

–Le digo que venga a comer, si no, una de las señoras se quedará sin caballero. Espere, verá usted cómo le convenzo. Perdone que la deje sola un instante. Le suplico que me cierre la carta –dijo desde la puerta–. Yo tengo que dar algunas órdenes...

Ana, sin un instante de vacilación, se sentó a la mesa y escribió al pie de la carta de Betsy, sin leerla:

Necesito verle. Espéreme al lado del jardín de Vrede. Estaré allí a las seis.

Cerró la carta y Betsy, al volver, la entregó en presencia suya para que la llevasen.

Efectivamente, durante el té que sirvieron en una mesa bandeja en el saloncito, muy fresco entonces, entre las dos mujeres medió a cosy chat que había prometido la Tverskaya antes de que llegaran los invitados. Comenzaron a pasar revista a los que esperaban y la conversación se detuvo en Lisa Merkalova.

–Es muy agradable; siempre he simpatizado con ella –decía Ana.

–Hace usted bien en apreciarla, Lisa también la quiere mucho a usted. Ayer se me acercó después de las carreras, desesperada porque no la pudo ver. Dice que es usted una verdadera heroína de novela y que si ella fuera hombre habría cometido por usted mil locuras. Stremov le contesta siempre que ya las comete sin necesidad de serlo.

–Dígame, se lo ruego, porque no lo he comprendido nunca... –insinuó Ana, tras un corto silencio, con acento que indicaba claramente que lo que preguntaba era más importante para ella de lo que parecía–. Dígame, se lo ruego: ¿qué clase de relaciones hay entre Lisa y el príncipe Kaluchsky? Ese a quien llaman Michka... ¡Apenas les he visto nunca juntos! ¿Qué hay entre ellos?

Betsy, sonriendo con los ojos, miró atentamente a Ana.

–Es un nuevo estilo –dijo–. Todas lo han adoptado... Se han liado la manta a la cabeza. Ahora, que hay muchos modos de liársela...

–Sí, ya; pero ¿qué relaciones mantiene con el príncipe Kaluchsky`?

Betsy, súbitamente, rompió a reír con jovialidad y sin contenerse, lo que le acontecía muy contadas veces.

–Invade usted los dominios de la princesa Miágkaya. ¡Vaya una pregunta de niño travieso! –y Betsy, a pesar de sus esfuerzos, no pudo contenerse y estalló al fin en una risa contagiosa propia de la gente que ríe poco.

–¡Habría que preguntárselo a ellos! –

añadió a través de las lágrimas que la risa arrancaba a sus ojos.

–Usted ríe –dijo Ana, contagiada contra su voluntad por aquella risa–––, pero yo no he podido comprenderlo nunca. No comprendo el papel del marido...

–¿El marido? El marido de Lisa Merkalova lleva a su esposa la manta de viaje y se desvive por atenderla. En cuanto a lo demás, nadie quiere darse por enterado. ¿Usted sa-be? En la

sociedad selecta no se habla, ni se piensa siquiera, en ciertos detalles de tocador.. En esto sucede lo mismo...

–¿Asistirá usted a la fiesta de Rolandaky?

–preguntó Ana para cambiar de conversación.

–Creo que no –repuso Betsy sin mirar a su amiga.

Y comenzó a llenar de té aromático las pequeñas tazas transparentes. Luego acercó una taza a Ana, sacó un cigarrillo y, ajustándolo a una boquilla de plata, empezó a fumar.

–¿Ve usted? Yo soy feliz –dijo, sin reír ya, sosteniendo su taza en la mano–. La comprendo a usted y comprendo a Lisa. Lisa es una de esas naturalezas ingenuas que no dis-tinguen el bien del mal. Al menos, no lo comprenden mientras son jóvenes. Además, ahora sabe que esa ignorancia le conviene y tal vez ponga en ello alguna intención... –agregó Betsy, con fina sonrisa–. Sea lo que sea, le interesa no comprenderlo. Vera usted: una misma cosa se puede mirar desde un punto de vista trágico, convirtiéndola en un tormento, como cabe mirarla con sencillez y hasta con alegría. Acaso usted se incline a considerar las cosas demasiado trágicamente...

–Quisiera conocer a los demás como a mí misma –dijo Ana, seria y reconcentrada–.

¿Seré peor o mejor que las demás? Yo creo que peor...

–¡Es usted una niña! ¡Una verdadera niña!

–exclamó Betsy–. ¡Mire: ya vienen!

XVIII

Se oyeron pasos, una voz de hombre, luego otra femenina y risas, y a continuación entraron los invitados que se esperaban: Safo Stolz y un joven llamado Vaska, radiante, re-bosando salud, y en quien se advertía que le aprovechaba la nutrición de carne cruda, tru-fas y vino de Borgoña.

Vaska saludó a las señoras y las miró, pero sólo por un momento. Entró en el salón siguiendo a Safo y ya en él la siguió constantemente, sin apartar de ella sus brillantes ojos, como si quisiera comérsela.

Safo Stolz era una rubia de ojos negros.

Entró andando a pasos rápidos y menudos sobre sus pies calzados con zapatitos de altos tacones y estrechó fuertemente, como un hombre, las manos de las señoras.

Ana no había visto nunca hasta entonces a esta nueva celebridad y le sorprendían tanto su belleza como la exageración de su vestido y el atrevimiento de sus modales. Con sus cabellos propios y los postizos, de un color suavemente dorado, se había levantado un monumento tal de peinados sobre su cabeza que ésta había adquirido un volumen casi mayor que el del busto, bien modelado y firme y bastante escotado por delante. Sus movimientos, al caminar, eran tan impetuosos que a cada uno de ellos se dibujaban bajo su vestido las formas de sus rodillas y de la parte superior de sus piernas. Involuntariamente, el que la veía se preguntaba dónde, en aquella mole artificial, empezaba y terminaba su lindo cuerpo, menudo y bien formado, de movimientos vivos, tan descubierto por delante y tan disimulado y envuelto por debajo y por detrás.

Betsy se apresuró a presentarlas.

–¿No sabe? Casi hemos aplastado a dos soldados –empezó Safo a contar en seguida, haciendo guiños con los ojos,

sonriendo y echando hacia atrás la cola de su vestido, que había quedado algo torcida–. He venido con Vaska... ¡Ah, sí!, es verdad que no se conocen. Se me olvidaba.

Y, después de nombrar a la familia del joven, le presentó Ruborizándose de su indis-creción al llamarle Vaska ante una señora desconocida, rió sonoramente.

Vaska saludó a Ana una vez más, pero ella, sin decirle nada, se dirigió a Safo:

–Ha perdido usted la apuesta. Hemos llegado antes. Págueme –dijo, sonriendo.

Safo rió con más júbilo aún.

–Supongo que no pretenderá que lo haga ahora –dijo.

–Es igual... Lo recibiré luego...

–Bueno, bueno... ¡Ah! –dijo Safo, dirigiéndose a Betsy–. Se me olvidaba decirle que le he traído un invitado: mírelo.

El inesperado y joven invitado al que Safo había traído y olvidara presentar, era, sin embargo, un huésped tan importante que, a pesar de su juventud, ambas señoras se levantaron para saludarle.

Era el nuevo admirador de Safo y, como Vaska, la cortejaba también.

Llegaron luego el príncipe Kaluchsky y Lisa Merkalova con Stremov. Lisa era una morena delgada, de tipo y rostro orientales, indolente, de hermosos ojos enigmáticos, según todos decían. Su oscuro vestido armonizaba con su belleza, como Ana notó con agrado en seguida. Todo lo que Safo tenía de brusca y viva, lo tenía Lisa de suave y negligente.

Pero para el gusto de Ana, Lisa resultaba mucho más atractiva.

Betsy aseguraba a Ana que Lisa era como un niño ignorante, pero Ana al verla comprendió que Betsy no decía verdad. Lisa era en efecto una mujer viciosa a ignorante, pero suave y resignada. Su estilo, eso sí, era el de Safo: como a Safo, la seguían, cual cosidos a ella, dos admiradores devorándola con los ojos, uno joven y otro viejo; pero había en Lisa algo superior a lo que la rodeaba; algo que era como el resplandor brillante de aguas puras entre un montón de vidrios vulgares.

Aquel resplandor brotaba de sus hermosos ojos, verdaderamente enigmáticos. La mirada cansada y al mismo tiempo llena de pasión de aquellos ojos rodeados de un círculo oscuro sorprendía por su absoluta sinceridad. Mirando sus ojos, sentíase la impresión de conocerla toda y, una vez conocida, parecía imposible no amarla.

Al ver a Ana, su rostro se iluminó con una clara sonrisa.

–Celebro mucho conocerla –dijo, acercándose a ella–. Ayer, en las carreras, intenté acercarme hasta usted, pero ya se había ido.

Tenía mucho interés en verla, y precisamente ayer. ¿Verdad que fue una cosa terrible? –

dijo mirando a Ana con una expresión que parecía descubrir toda su alma.

–Sí. Nunca me imaginé que una cosa así pudiera ser tan emocionante –contestó Ana ruborizándose.

Los invitados se levantaron en aquel momento para salir al jardín.

–Yo no voy –dijo Lisa, sonriendo y sentándose al lado de Ana–. ¿Usted no va tampoco?

¡Mire que gustarles jugar al cricket!

–A mí me gusta –aseguró Ana.

–¿Cómo se arregla para no aburrirse? Sólo con mirarla a usted, ya se siente uno alegre.

Usted vive y yo me aburro.

–¿Se aburre usted, que pertenece a la sociedad más animada de la capital? –preguntó Ana.

–Acaso los que no son de nuestro círculo se aburran aún más, pero nosotros, y desde luego yo, nos aburrimos... Me aburro horriblemente...

Safo encendió un cigarrillo y salió al jardín con dos de los jóvenes. Betsy y Stremov quedaron ante las tazas de té.

–Sí: ¡qué aburrido es todo! –dijo Betsy–.

Pero Safo dice que ayer se divirtieron mucho en su casa.

–¡Pero si fue aburridísimo! –afirmó Lisa Merkalova–. Fuimos todos a mi casa después de las carreras. ¡Y siempre la misma

gente, la misma, y siempre lo mismo!... Pasamos el tiempo tendidos en los divanes. ¿Hay alguna diversión en eso? No. ¿Qué hace usted para no aburrirse? –siguió, dirigiéndose a Ana de nuevo–. Basta mirarla para comprender que es usted una mujer que puede ser feliz o desgraciada, pero que no se aburre. Dígame,

¿cómo se arregla para ello?

–No hago nada –contestó Ana ruborizándose ante preguntas tan llenas de equívoco.

–Es el mejor modo de no aburrirse –

intervino Stremov.

Stremov era un hombre de unos cincuenta años, entrecano, lozano aún, muy feo, pero de rostro inteligente y de fuerte personalidad.

Lisa Merkalova era sobrina de su mujer y él pasaba con ella todas sus horas libres.

Ahora, al hallar a Ana Karenina, la esposa de su enemigo ministerial Alexey Alejandrovich, procuró, como hombre de mundo a inteligente, mostrarse especialmente amable con la mujer de su adversario.

–No hacer nada es el mejor remedio para no aburrirse – continuó sonriendo cortésmente–. Hace tiempo que le digo – añadió dirigiéndose a Lisa Merkalova– que para no sentir el aburrimiento lo mejor es no pensar que va a aburrirse. Es como cuando uno teme sufrir de insomnio: lo mejor es no pensar en que no va a dormir. Es esto precisamente lo que ha dicho Ana Arkadievna...

–Me habría gustado decirlo, porque no sólo es muy ingenioso, sino también la pura verdad –repuso Ana, sonriendo.

–Le ruego que me diga cómo ha de hacerse para dormir cuando se tiene sueño y para no aburrirse constantemente.

–Para dormir, lo mejor es haber trabajado y para no aburrirse, también.

–¿Y para qué voy a trabajar si nadie necesita mi trabajo? Por eso finjo, a propósito, que no sé ni quiero trabajar.

–¡Es usted incorregible! –dijo Stremov, sin mirarla, volviéndose hacia Ana de nuevo.

Como veía pocas veces a Ana Karenina, no podía decirle más que vulgaridades, y ahora se las decía a propósito de su vuelta a San Petersburgo, preguntándole cuándo sería y hablándole del aprecio en que la tenía la condesa Lidia Ivanovna; pero se lo decía de un modo que demostraba el interés que tenía en hacérsele agradable y más aún en mostrarle su respeto.

Entró Tuchkevich anunciando que la reunión aguardaba a los jugadores para el cricket.

–¡No se vaya, por favor! –dijo Lisa, al enterarse de que Ana se iba.

Stremov unió su súplica a la de Lisa.

–Es un contraste demasiado vivo –dijo–

pasar de esta reunión a casa de la vieja Vrede. Además, usted allí no será sino un motivo de murmuración, mientras

que aquí inspira usted sentimientos mucho mejores. Es decir, completamente opuestos –concluyó Stremov.

Ana, indecisa, reflexionó un momento.

Las palabras lisonjeras de aquel hombre tan inteligente, la simpatía ingenua a infantil que le mostraba Lisa Merkalova, todo este ambiente habitual del gran mundo resultaba tan agradable en comparación con las terribles dificultades que la esperaban que por un momento vaciló. ¿No sería mejor quedarse, alejando más, así, el espinoso instante de las explicaciones?

Pero recordando lo que la aguardaba luego, a solas en su casa, si no adoptaba una decisión; recordando aquel gesto, terrible pa-ra ella, con que se había asido los cabellos con las manos, se despidió y se fue.

XIX

Vronsky, a pesar de su vida en el gran mundo, aparentemente superficial, era un hombre que odiaba el desorden. En su primera juventud, estando todavía en el Cuerpo de Pajes, experimentó la humillación de una negativa cuando, habiéndose endeudado, pidió prestado dinero. Desde entonces procuró no colocarse nunca en una situación como aquella.

Para ello, con cierta frecuencia, variable según las circunstancias, aunque generalmente unas cinco veces al año, se apartaba de la sociedad y ponía orden en todas sus cosas.

A esto lo llamaba hacer cuentas o faire la lessive.

Al día siguiente de la cita se despertó tarde. Sin afeitarse ni bañarse, se vistió la guerrera blanca del uniforme de verano,

puso sobre la mesa dinero, cartas y cuentas, y comenzó a ocuparse en ello.

Petrizky, que sabía que mientras efectuaba tal operación su amigo solía estar irritado, viéndole al despertar ocupado en el escritorio se vistió sin hacer ruido y se fue para no estorbarle.

Todo hombre sabe con detalle las complicaciones que le rodean y supone, sin querer, que esas complicadas condiciones y su aclaración son una particularidad personal suya, sin sospechar que los demás viven también entre condiciones personales tan complicadas como las propias.

Así le sucedía a Vronsky. Y, no sin orgullo íntimo y tampoco sin motivo, pensaba que cualquier otro, de haberse encontrado con tantas y tan grandes dificultades, se habría visto perdido y obligado a obrar del peor mo-do.

Vronsky, en cambio, comprendía que precisamente ahora debía estudiar el estado de sus asuntos y su situación para no complicar las cosas. Primero, y como más fácil, estudió los asuntos de dinero.

Con su letra menuda apuntó lo que debía sobre un pliego de papel de escribir. Sumó y halló que sus deudas alcanzaban diecisiete mil rublos y algunos centenares, de los que prescindió para más claridad. Luego contó su dinero y examinó las notas del banco, y halló que sólo poseía mil ochocientos rublos y que no tendría ingreso alguno hasta año nuevo.

Volvió a leer la lista de deudas y la copió, dividiéndola en tres categorías. A la primera categoría pertenecían las que había de pagar en seguida o para las cuales, por lo menos, había de tener el dinero preparado por no permitir su pago ni un minuto de dilación.

Estas deudas ascendían a unos cuatro mil rubios. Mil quinientos por el caballo y dos mil quinientos de una fianza por su joven compa-

ñero Venevsky, que en presencia suya los ha-bía perdido jugando con un tramposo. Vronsky había querido pagar el dinero en el momento, puesto que lo llevaba encima, pero Venevsky y Jachvin insistieron en que pagarí-

an ellos y no Vronsky, que no jugaba.

Todo ello estaba muy bien, pero Vronsky sabía que con motivo de aquel sucio negocio, y a pesar de no haber tenido en él otra parti-cipación que el responder de palabra por Venevsky, tenía que tener preparados dos mil quinientos rublos para echárselos al rostro al fullero y no discutir más con él.

De modo que para esta primera y principal clase de deudas necesitaba disponer de cuatro mil rubios. Otro grupo, de ocho mil, comprendía deudas también importantes, en su mayoría relativas a su cuadra de carreras: el proveedor de heno y avena, el inglés, el guarnicionero, etc. De éstas, necesitaba pagar al menos dos mil rubios si quería quedar tranquilo. Y quedaba la última clase de débitos –tiendas, hoteles, sastre, etcétera – de las que no tenía que preocuparse.

Necesitaba, de todos modos, un mínimo de seis mil rubios para los gastos corrientes y sólo poseía mil ochocientos. Para un hombre con cien mil de renta, como todos le atribuí-

an, parecía que no había de tener importancia. Pero en realidad no poseía los cien mil rubios. Los inmensos bienes de su padre, que representaban por sí solos doscientos mil, eran propiedad indivisa de los dos hermanos.

Cuando su hermano mayor, cargado de deudas, se casó con la princesa Varia Chirkova, hija de un decembrista, sin dinero alguno, Alexey le cedió todas las rentas de la propiedad de su padre, reservándose únicamente veinticinco mil rubios al año. Vronsky dijo entonces a su hermano que le bastaría con este dinero mientras no se casara, lo que probablemente no haría nunca. Y su hermano, comandante, por aquellos días de uno de los regimientos de lanceros mas caros para un aristócrata y recién casado, no pudo rechazar aquel regalo.

Su madre, que poseía un capital propio, daba a Alexey anualmente veinte mil rubios más, que, añadidos a aquellos veinticinco mil, no bastaban aún para sus gastos. Ultimamente, habiendo su madre discutido con él por su marcha de Moscú y sus relaciones con Ana, dejó de enviarle dinero. Como consecuencia, estando Vronsky acostumbrado a gastar cuarenta y cinco mil rubios anuales y no habiendo recibido este año más que veinticinco mil, se encontraba en una situación algo apurada. No había que pensar en recurrir a su madre. La última carta de ella, recibida el día antes, le irritó aún más, porque contenía la insinuación de que estaba dispuesta a ayudarle para que obtuviera éxitos en el mundo y en su carrera, pero no para que llevase aquella vida que escandalizaba a toda la buena sociedad.

Aquella tentativa de su madre para comprarle le ofendió hasta lo más profundo de su alma y enfrió todavía más el poco afecto que sentía por ella.

No podía, sin embargo, desdecirse de su generosidad hacia su hermano, a pesar de presentir ahora vagamente, previendo alguna posibilidad de nuevos gastos en sus relaciones con la Karenina, que aquella generosidad había sido concedida demasiado irreflexiva-mente; y que él, aun

soltero, podía tener muy bien necesidad de los cien mil rubios de renta.

Era imposible, sin embargo, retirar la palabra dada. Le bastaba recordar a la mujer de su hermano, la dulce y simpática Varia, que le hacía presente siempre que venía al caso cuánto estimaba su generosidad y cuánto le apreciaba, para que Vronsky se sintiera en la imposibilidad de dar el menor paso en aquel sentido. Hacerlo le parecía entonces tan imposible como pegar a una mujer, robar o mentir.

Lo que sí podía y debía hacer, y así lo decidió Vronsky inmediatamente, sin ninguna vacilación, era pedir diez mil rubios a un usurero, cosa que encontraría sin dificultad, disminuir sus gastos generales y vender su cuadra de carreras. Esto resuelto, envió en seguida una carta a Rolandaky, que le había ofrecido más de una vez comprarle los caballos, mandó buscar al inglés y a un usurero a hizo cuentas sobre el dinero que tenía. Terminados todos estos asuntos escribió a su madre dándole una respuesta áspera y fría.

Sacó al fin de la cartera tres notas de Ana, las quemó y quedó pensativo al recordar la conversación sostenida el día anterior con ella.

XX

La vida de Vronsky era tanto más feliz cuanto que poseía un código particular de reglas que definían lo que debía y no debía hacer.

Este código contenía las reglas en un nú-

mero muy limitado, y Vronsky, dentro de ese círculo, no vacilaba un momento en hacer lo que debía.

Sus reglas definían claramente que debía pagar a los fulleros y no al sastre; que no de-bía mentir a los hombres, aunque sí podia mentir a las mujeres; que no era lícito enga-

ñar a nadie, mas sí a los maridos; que era imposible perdonar las ofensas y que estaba permitido ofender, etc. Tales reglas podían ser ilógicas y malas, Pero eran concretas, y Vronsky, cumpliéndolas, se sentía tranquilo y con derecho a llevar la cabeza muy alta.

Pero últimamente, a causa de sus relaciones con Ana, Vronsky empezaba a notar que el código de sus reglas de vida no preveía todas las posibilidades y que se le presentaban en el futuro complicaciones y dudas, y que para vencerlas no hallaba el halo conductor que le guiara.

Sus relaciones del momento con Ana y su marido se le aparecían sencillas y claras, y el código que le servía de norma las definía con precisición.

Ella era una mujer honrada que le había hecho presente de su amor y que, por tanto, puesto que él, además, la amaba, merecía su máximo respeto: tanto, si no más, como habría merecido su mujer legal. Antes se habría dejado cortar una mano que permitirse, ni siquiera a sí mismo, ni aun con una palabra, no sólo ofenderla, sino no guardarle todo el respeto que puede exigir una mujer.

Sus relaciones con la sociedad también eran claras. Todos podían sospechar y saberlo, pero nadie debía atreverse a decírselo. De lo contrario, estaba dispuesto a hacer callar a los que hablasen y a obligarles a respetar el inexistente honor de la mujer a quien amaba.

Sus relaciones con el marido eran más claras aún. Puesto que Ana quería a Vronsky, él consideraba su derecho a ella como indiscutible. El marido no era más que un personaje

engomoso que estaba de sobra. Cierto que se hallaba en una situación lamentable, pero

¿qué podia hacerse? A lo único que el marido tenía derecho era a exigirle una satisfacción con las arenas, a lo que Vronsky se había sentido siempre dispuesto.

Últimamente habían surgido, sin embargo, entre él y Ana relaciones nuevas que le asustaban por su aspecto indefinido.

Hasta ayer, ella no le había dicho que estaba embarazada. Y Vronsky comprendió que esta noticia, y lo que Ana esperase de él, exigían algo que no estaba previsto en el código que regulaba su vida. La noticia, en efecto, le había cogido desprevenido. Al principio de anunciarle ella su estado, el corazón de Vronsky le dictó que Ana debía abandonar a su marido, y así se lo había manifestado. Pe-ro ahora, al reflexionar, comprendió que era preferable no hacerlo sin dejar de temer obrar mal al pensarlo.

«Si le he dicho que deje a su marido, ello significa que ha de unirse a mí. ¿Y estoy en condiciones de hacerlo? ¿Cómo puedo mantenerla si no tengo dinero? Pero supongamos que arreglo esa cuestión material. ¿Cómo llevármela si tengo que ocuparme de mi carrera? Para decide eso tenía que haber estado preparado antes: es decir tener dinero y pedir el retiro.»

Quedó pensativo. La cuestión de si debía o no pedir el retiro le hizo meditar en otro interés secreto de su vida, sólo conocido para él, pero que era el principal estímulo que le guiaba: la ambición, ilusión acariciada desde su infancia y su juventud. Y su ambición, que ni a sí mismo se confesaba, era tan fuerte que aun ahora mismo luchaba con su amor.

Sus primeros pasos en el mundo y en su carrera habían sido afortunados; pero dos años antes había cometido un gran error: queriendo demostrar su independencia y ascender más, renunció a un cargo que le ofrecían, esperando que la negativa le daría más valor aún.

Pero resultó que había sido demasiado audaz y le dejaron de lado; y como quiera que, a pesar suyo, se había creado con ello la posición de un hombre independiente, la soportaba lo mejor que podía, con inteligencia y sagacidad, procediendo como si no se sintiera ofendido por nadie y no deseara otra cosa que vivir tranquilo su alegre existencia.

Pero la verdad era que desde que el año pasado había vuelto de Moscú ya no se sentía alegre. Notaba que aquella posición independiente de hombre que lo ha podido tener todo y no quiere nada perdía mérito y que muchos empezaban ya a pensar que nunca habría conseguido otra cosa que ser un joven bueno y honorable.

Sus relaciones con la Karenina, que habían provocado tantos comentarios, atrajeron sobre él la atención general y le dieron un nuevo brillo, en que se calmó por algún tiempo el gusano de la ambición que le roía.

Mas, desde hacía una semana, aquel gusano despertaba con nuevo brío. Un amigo de la infancia, hombre de su misma sociedad y círculo, camarada suyo en el cuerpo de cade-tes, y oficial de la misma promoción, Serpujovskoy, con el que Vronsky rivalizara en las clases, en el gimnasio, en las diabluras y en las ilusiones ambiciosas, aquel amigo había vuelto en aquellos días del Asia central, habiendo logrado allí dos ascensos seguidos, distinción pocas veces obtenida por los militares tan jóvenes.

En cuanto Serpujovskoy llegó a San Petersburgo, empezó a hablarse de él como de una estrella de primera magnitud en curso ascendente.

De la misma edad de Vronsky y perteneciente a la misma promoción, Serpujovskoy era ya general y esperaba un nombramiento que le diese autoridad en los asuntos públicos, mientras Vronsky, aunque independiente, brillante y amado por una admirable mujer, no era más que un simple capitán de caballería al que se le dejaba ser tan libre como quisiera.

«Por supuesto, no envidio ni puedo envidiar a Serpujovskoy», pensó, «pero su elevación me demuestra que hay que moverse y que entonces la carrera de un hombre como yo puede ser muy rápida. Hace años, él estaba en mi misma situación. Si pido el retiro, quemo mis naves. Quedándome en el servicio, no pierdo nada. Ana misma me ha dicho que no quiere alterar mi situación. Y yo, poseyendo su amor, no tengo nada que envidiar a Serpujovskoy».

Atusándose lentamente los bigotes, se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

Sus ojos brillaban vivamente. Se sentía en aquel estado de ánimo fuerte, tranquilo y alegre que tenía siempre después de aclarar su situación. Todo estaba tan neto y despejado como sus deudas después de haberlas revisado. Vronsky se afeitó, tomó un baño frío, se vistió y se fue.

XXI

–Vengo a buscarte. Tu aseo ha durado hoy mucho ––dijo Petrizky–. ¿Qué? ¿Has terminado?

–Sí –respondió Vronsky, sonriendo sólo con los ojos y atusándose las puntas del bigote con tanto esmero como si,

después del orden en que había dejado sus asuntos, cualquier movimiento brusco pudiese destruirlo.

–Tras esa ocupación quedas siempre como después de un buen baño –siguió Petrizky–

.Vengo de ver a Crisko –llamaba así al coronel del regimiento–, que lo está esperando.

Vronsky miraba a su compañero sin contestarle, pensando en otra cosa.

–¡Ah! ¿Viene de su casa esta música? –

preguntó, sintiendo las notas del trombón, en valses y polkas, que llegagan a sus oídos–.

¿Dan alguna fiesta?

–Es que ha llegado Serpujovskoy.

–¡Ah, no lo sabía! –dijo Vronsky.

Una vez decidido que era feliz con su amor, sacrificando a él su ambición, Vronsky no podía sentir ni envidia de Serpujovskoy ni enojo al pensar que, al llegar al cuartel, su camarada no hubiera ido a visitarle antes que a ninguno. Serpujovskoy era un buen amigo y Vronsky se alegraba de su triunfo.

–Me satisface mucho...

Denin, el coronel del regimiento, ocupaba una gran casa perteneciente a unos propietarios rurales. Los reunidos estaban en el amplio mirador del piso bajo.

Lo primero que atrajo la atención de Vronsky al entrar en el patio fueron los cantores militares vistiendo sus uniformes

blancos de verano, todos de pie junto a un pequeño barril de aguardiente, y, con ellos, la figura sana y alegre del coronel del regimiento rodeado de los oficiales. Saliendo al primer peldaño, el coronel, en voz alta que dominaba el son de la orquesta, que tocaba entonces un rigodón de Offenbach, daba órdenes y hacía señales con el brazo a unos soldados que estaban algo separados.

El grupo de soldados, un sargento de caballería y algunos oficiales, se acercaron al balcón a la vez que Vronsky. El coronel, que había vuelto a la mesa, reapareció de nuevo con una copa en la mano y pronunció un brindis:

–A la salud de nuestro ex compañero, el bravo general Serpujovskoy. ¡Hurra!

Tras el coronel, y también con la copa en la mano, salió Serpujovskoy a la escalera.

–Estás cada vez más joven, Bondarenko –

–dijo, dirigiéndose al sargento de caballería que estaba ante él, hombre de buena presencia y coloradas mejillas que prestaba servicio como reenganchado.

Vronsky, que no había visto a Serpujovskoy desde hacía tres años, ahora le notaba un aspecto más varonil. Se había dejado crecer las patillas; se había hecho más hombre, pero conservaba su esbeltez de siempre a impresionaba tanto por su belleza como por la dulzura y nobleza de su rostro y aspecto.

El único cambio que Vronsky observó en él fue el brillo radiante, tranquilo y persistente, aquel brillo que Vronsky conocía bien y que había observado en seguida en su amigo, que adquieren los rostros de los que triunfan y están convencidos además de que los demás no ignoran su éxito.

Serpujovskoy, al bajar la escalera, vio a Vronsky y una sonrisa alegre iluminó su rostro. Alzó la cabeza y levantó el vaso, saludándole y mostrando con este gesto que no podía dejar de acercarse primero al sargento de caballería, que ya se estiraba conmovido y plegaba los labios para besar al General.

–¡Ya está aquí! –gritó el coronel–. Jachvin me ha dicho que estás de mal humor.

Serpujovskoy besó los labios frescos y húmedos del gallardo sargento y, secándose la boca con el pañuelo, se acercó a Vronsky.

–¡Cuánto me alegro de verte! –dijo, estrechándole la mano y llevándole aparte.

–¡Ocúpese de él! –gritó el coronel a Jachvin, mostrándole a Vronsky.

Y se dirigió a los soldados.

–¿Cómo es que no se te vio ayer en las carreras? Pensaba haberte visto allí –dijo Vronsky, mirando a su amigo.

–Estuve, pero llegué tarde, perdona –

añadió, volviéndose hacia el ayudante para decirle–: Haga el favor de ordenar que se dis-tribuya esto de mi parte, a lo que toquen ca-da uno, entre la tropa.

Y, sonrojándose, sacó precipitadamente de su cartera tres billetes de cien rublos.

–Vronsky. ¿Quieres tomar algo? –preguntó Jachvin–. ¡Hola: traed algo de comer para el Conde! ¡Y bébete esto!

La orgía en casa del coronel continuó largo rato. Mantearon a Serpujovskoy y al coronel.

Luego, ante los cantores, bailaron el coronel y Petrizky. Finalmente, aquél, algo cansado ya, se sentó en el banco del patio y empezó a demostrar a Jachvin la superioridad de Rusia sobre Prusia, sobre todo en las cargas de caballería. El bullicio se calmó por un momento.

Serpujovskoy pasó un instante al tocador de la casa para lavarse las manos y halló allí a Vronsky, que, habiéndose quitado la guerrera y poniendo su cuello, sobre el que caían abundantes cabellos, bajo el grifo del lavabo, se frotaba con las manos cuello y cabeza.

Una vez que Vronsky hubo terminado de lavarse, sentóse junto a Serpujovskoy y, acomodados los dos allí mismo en un peque-

ño diván, empezaron una charla muy interesante para ambos.

–Estaba informado de todos tus asuntos por mi mujer –dijo Serpujovskoy–. Me alegro de que la hayas visitado a menudo.

–Es muy amiga de Varia. Son las únicas mujeres de San Petersburgo a las que me agrada tratar –contestó Vronsky, sonriendo, al prever el tema que iba a tocar la conversación y que le era en extremo agradable.

–¿Las únicas? –dijo Serpujovskoy sonriendo igualmente.

–También yo sabía de ti por tu mujer –

repuso Vrosnky, con el rostro serio, cortando así la alusión–. Me alegro mucho de tus éxitos, pero no me han sorprendido.

Esperaba tanto o más de ti.

Serpujovskoy sonrió de nuevo. Era evidente que le halagaba que se tuviese de él tal opinión y no creía necesario ocultarlo.

–Yo, al contrario: confieso que esperaba menos. Pero estoy muy satisfecho. Mi debilidad es ser ambicioso, lo confieso.

–Acaso no te confesaras de no haber triunfado –––dijo Vronsky.

–No lo creo –contestó Serpujovskoy sonriendo otra vez–. No diré que no valiera la pena vivir sin esto, pero sí que sería muy aburrido. Claro que, aunque puede que me equivoque, creo tener algunas facultades pa-ra el campo de actividad que he escogido y que el mando en mis manos estará sin duda mejor que en las de otros muchos que conozco ––dijo Serpujovskoy, con radiante conciencia de su éxito–. Y por ello, cuanto más me acerco a eso, más satisfecho estoy.

–Quizá te pase a ti así, pero no a todos.

Antes también pensaba yo lo mismo; mas ahora encuentro que no vale la pena vivir só-

lo por eso ––dijo Vronsky.

–¡Claro, claro! –––exclamó Serpujovskoy, riendo–. Ya he oído hablar de tu negativa a aceptar un cargo. Te aprobé, naturalmente que sí; pero hay modos de hacer las cosas...

Creo que está bien lo que hiciste, aunque no del modo que...

–Lo hecho, hecho. Ya sabes que no me arrepiento jamás. Y, por otra parte, me encuentro admirablemente bien así.

–Sí, por algún tiempo. Pero no te pasará siempre lo mismo. No hablo de lo que renun-ciaste en favor de tu hermano. Es un buen chico, como este «huésped nuestro». ¿Oyes?

–añadió escuchando los hurras–. También él está alegre. Mas a ti esto sólo no te satisface.

–No digo que me satisfaga.

–Además, no es eso únicamente. Hombres como tú son necesarios...

–¿A quién?

–¡A quién! A la sociedad a Rusia. Rusia necesita gente, necesita un partido. Si no, todo se irá al diablo.

–¿Así que crees que es necesario un partido como el de Bertenev contra los comunistas rusos?

–No –contestó Serpujovskoy, rechazando, con una mueca, que le atribuyesen tal necedad–. Tout ça est une blague. Lo ha sido y lo será siempre. No hay tales comunistas. Pero los intrigantes necesitan inventar partidos peligrosos, dañinos. Es un truco viejo. No, no: lo necesario es un partido de la gente independiente, como tu y yo.

–¿Mas, para qué? –y Vronsky nombró a algunos que ejercían autoridad–. ¿Acaso esos no son independientes?

–No lo son porque, desde su nacimiento, no tienen ni han tenido una situación independiente. No nacieron en esa proximidad a las alturas en que hemos nacido tú y yo. A ellos se les puede comprar con dinero o con halagos. Y, para poder sostenerse, tienen que inventar la necesidad de una doctrina, desarrollar un programa o un pensamiento en el que no creen y que es pernicioso. Pero para ellos sus

doctrinas son el modo de gozar de un sueldo y de una residencia oficial. Cela n'est pas plus malin que ça, cuando ves su juego. Quizá yo sea más tonto y peor que ellos, aunque no veo por qué lo voy a ser.

Pero tú y yo tenemos una ventaja muy importante: que a nosotros es más difícil com-pramos. Y gente así es más necesaria que nunca.

Vronsky escuchaba con atención, menos atento al sentido de las palabras que al modo que tenía Serpujovskoy de exponerlas, a su pensamiento de luchar ya contra el poder y a la manifestación de sus simpatías y antipatías en este punto. Mientras el otro poseía ideas al respecto, Vronsky no ponía interés más que en los asuntos de su escuadrón.

Vronsky reconocía que Serpujovskoy podía ser fuerte por su facultad de pensar, de ver las cosas claras, Por aquella inteligencia y don de palabra tan raros en el ambiente en que vivía. Y, por vergüenza que le causara, Vronsky en este sentido envidiaba a su camarada.

–En todo caso, para ello me haría falta una cosa esencial –contestó Vronsky–: el deseo del poder. Lo he sentido antes, pero ahora se me ha disipado.

–Dispensa, pero no es verdad –dijo Serpujovskoy, sonriendo.

–Es verdad, es verdad... por ahora al menos; te lo digo con sinceridad –añadió Vronsky.

,–Ese «por ahora» ya es otra cosa. Y no durara siempre.

–Puede ser –repuso Vronsky.

–Dices «puedes ser» –continuó Serpujovskoy, como adivinando sus pensamientos– y yo te digo que es seguro.

Por eso quería verte. Tú has obrado como debías. Pero no debes «perseverar». Sólo te ruego que me des carte blanche... No trato de protegerte, aunque, ¿por qué no había de hacerlo? ¿Cuántas veces no me has protegido tú? Pero nuestra amistad está sobre todo eso. Sí ––dijo con una dulzura femenina, sonriéndole–. Dame carte blanche, deja el regimiento y te situaré sin que se den cuenta...

–Pero ¡si no necesito nada! Con que las cosas sigan como hasta ahora... –dijo Vronsky.

Serpujovskoy, incorporándose, se plantó ante él.

–Dices que con que las cosas sigan como hasta ahora te basta. Te comprendo. Pero escúchame: ambos somos de la misma edad y quizá tú hayas conocido más mujeres que yo –la sonrisa y los ademanes de Serpujovskoy indicaban que Vronsky no debía temer nada, ya que él iba a tocar con suavidad y prudencia el punto neurálgico–. Pero soy casado y créeme que (como ha escrito no sé quién), conociendo sólo a una mujer a la que ames, sabes más que si hubieras conocido millares de mujeres.

–Ahora vamos –dijo Vronsky al oficial que se presentó en la habitación para decirles que el Coronel les llamaba.

Vronsky deseba ahora escuchar hasta el final lo que Serpujovskoy iba a decirle.

–Mi opinión es ésta: la mujer es la piedra de toque esencial en la actividad del hombre.

Es difícil amar a una mujer y hacer a la vez algo útil. Para ello hay un remedio: desviar el amor por ellas casándose. ¿Cómo te diría ...?

–agregó Serpujovskoy, al que le gustaba hacer comparaciones–. Espera, espera... Llevar un paquete en la mano y hacer algo a la vez no es posible, pero sí lo es si te lo echas a la espalda. El matrimo-nio es así. Lo he visto cuando me he casado. Me sentí de pronto con las manos libres. Pero sin estar casado, y llevando ese fardo contigo, estás con las manos tan ocupadas que no puedes hacer nada de provecho. Fíjate en Masankov y en Kru-pov, que han estropeado sus carreras por las mujeres...

–¡Vaya unas mujeres! –dijo Vronsky, recordando a la francesa y a la artista con las que tenían relaciones los dos mencionados.

–Tanto peor cuanto más alta es la posición de la mujer en la sociedad, porque entonces no se tratará ya de llevar el paquete, sino de quitárselo a otro.

–Tú no has amado jamás –le dijo Vronsky suavemente, mirando ante sí y pensando en Ana.

–Puede ser. Pero acuérdate de lo que te he dicho. Y, además, piensa que todas las mujeres son más materialistas que los hombres.

Nosotros miramos el amor como algo inmenso y ellas lo consideran siempre terre–à–

terre... ¡Ahora, ahora! –––dijo al lacayo, que se acercaba.

Pero el lacayo no iba a llamarles, como Serpujovskoy había imaginado, sino que llevaba una carta para Vronsky.

–La trajo el criado de la princesa Tverskaya.

Vronsky abrió la carta y se ruborizó.

–Me duele la cabeza; me voy a casa ––dijo a Serpujovskoy.

–Entonces, adiós. ¿Me das carte blanche?

–Ya hablaremos después. Nos veremos en San Petersburgo.

XXII

Eran más de las cinco y, para llegar a tiempo y no ir con sus caballos, conocidos por todos, Vronsky tomó el coche de alquiler que llevara a Jachvin y le ordenó ir lo más deprisa posible.

El viejo coche de alquiler, de cuatro asientos, era muy espacioso. Vronsky se sentó en un ángulo, extendió las piernas sobre el asiento delantero y quedó pensativo.

La vaga conciencia de la claridad con que había planteado sus asuntos, el confuso recuerdo de la amistad y alabanzas de Serpujovskoy, que le consideraba como un hombre necesario, y principalmente la espera de la próxima entrevista, todo se unió para infun-dirle una viva impresión general de la alegría de vivir.

Y aquella impresión era tan fuerte que Vronsky, sin querer, sonreía.

Bajó las piernas, pasó una sobre otra y con la mano se palpó la fuerte pantorrilla que se había lastimado el día antes al caer. Después, reclinándose en el respaldo, respiró varias veces a pleno pulmón.

« Bien, muy bien...» , se dijo.

Antes de ahora había experimentado también con frecuencia la alegre consciencia de su cuerpo, pero nunca se había querido a sí mismo, a su cuerpo, como hoy. Le era

agradable sentir aquel ligero dolor en su vigorosa pierna, le era agradable la sensación del movimiento de los músculos de su pecho al respirar.

El mismo día, claro y frío, de agosto, que tanta desesperación infundía en Ana, a él le excitaba y le refrescaba el rostro y el cuello, ardiente aún por el lavado reciente.

En aquel aire fresco, el perfume del cosmético que se aplicara en el bigote resultába-le particularmente agradable. Todo lo que ve-

ía por la ventanilla, en el ambiente frío y pu-ro, a la pálida luz del ocaso, era lozano, alegre y fuerte como él mismo.

Los tejados de los edificios, brillantes a los rayos del sol poniente, las líneas destacadas de muros y esquinas las figuras de los transeúntes y los coches que encontraban de vez en cuando, el inmóvil verdor de árboles y hierbas, los campos de patatas, con sus surcos regulares, y las sombras oblicuas que árboles, arbustos y casas proyectaban sobre aquellos mismos surcos, todo era hermoso, como un lienzo de paisaje recién terminado y acabado de barnizar.

–¡Deprisa, más deprisa! –dijo al cochero, sacando la cabeza por la ventanilla y dándole un billete de tres rublos. La mano del cochero hurgó un instante en el farol asegurando el cierre, chasqueó el látigo y el coche se deslizó veloz por el liso camino empedrado.

«No necesito nada, nada, excepto esta felicidad –pensaba Vronsky, mirando el tirador de hueso de la campanilla, que pendía entre ambas portezuelas a imaginando a Ana tal como la viera por última vez–. Y cuanto más pasa el tiempo, más la amo. Aquí está el jardín de la casa veraniega oficial en que vive Vrede. ¿Dónde estará Ana? ¿Qué habrá

sucedido? ¿Por qué me habrá citado aquí escribiendo en la carta de Betsy?», se dijo Vronsky al llegar. Pero ya no quedaba tiempo para pensar en ello. Mandó parar antes de llegar a la avenida que conducía a la casa, abrió la portezuela y saltó a tierra.

En la avenida no había nadie, pero al volver el rostro a la derecha la descubrió. Tenía el semblante cubierto con un velo, pero por su manera de andar, inconfundible, por la inclinación de su espalda, por el modo de levantar la cabeza, la reconoció, y le pareció en el acto que una sacudida eléctrica estremecía todo su cuerpo. Se sintió de nuevo ser él mismo con una fuerza renovada, desde los movimientos elásticos de las piernas hasta el de sus pulmones al respirar, y una sensación especial de cosquilleo en los labios. Acercóse a Ana y le estrechó fuertemente la mano.

–¿No te ha molestado que te llame? Necesitaba verte –dijo ella.

Y el modo grave y severo con que plegó los labios, y que Vronsky percibió bajo el ve-lo, hizo cambiar en el acto su estado de áni-mo.

–¿Molestarme dices? Pero ¿por qué has venido aquí?

–Eso nada importa –dijo Ana, poniendo su brazo sobre el de él–. Vamos. Necesito hablarte.

Vronsky comprendió que pasaba algo y que la entrevista no sería alegre. En presencia de ella carecía de voluntad propia; desconocía la causa de la inquietud de Ana, pero notaba ya que, a su pesar, se le comunicaba.

–¿Qué pasa, pues? –preguntaba, apretando el brazo de ella con el codo y procurando leerle en el rostro los

pensamientos.

Ana dio algunos pasos en silencio, cobrando ánimo, y de pronto se detuvo.

–Ayer no te dije –empezó, respirando precipitada y dificultosamente– que, al volver a casa con mi marido, se lo conté todo. Le dije que no podía ser su mujer y que... Se lo dije todo...

Vronsky la escuchaba, inclinando el cuerpo hacia ella sin darse cuenta, como deseando así suavizarle las dificultades de su situación.

–Vale más, mil veces más –dijo–, pero comprendo lo penoso que te habrá sido.

Ana no escuchaba sus palabras; le miraba sólo al rostro, tratando de leer en él sus pensamientos. No adivinaba que lo que el rostro de Vronsky reflejaba era el primer pensamiento que se le había ocurrido: la inminencia del duelo. Ana no pensaba nunca en semejante cosa y por ello dio una explicación diferente a aquella expresión de momentánea gravedad.

Al recibir la carta de su marido comprendió en el fondo que todo iba a seguir como antes, que le faltarían fuerzas para renunciar a su posición en el gran mundo, abandonar a su hijo y unirse a su amante. La mañana pasada en casa de Betsy le afirmó más aún en esta convicción. No obstante, la entrevista con Vronsky tenía para ella una importancia excepcional, pues confiaba en que después de ella variaría su situación y ella se sentiría sal-vada.

Si al recibir la noticia Vronsky, sin vacilar un momento, decidido y apasionado, hubiese contestado: «déjalo todo y

huyamos juntos», ella habría abandonado a su hijo y se habría ido con él.

Pero la noticia no produjo en Vronsky la impresión que esperaba Ana; él parecía sólo sentirse ofendido por algo.

–No me fue nada penoso. Todo sucedió del modo más natural –dijo Ana con irritación–. Y

mira... ––dijo sacando del guante la carta de su marido.

–Comprendo,

comprendo

–interrumpió

Vronsky, tomando la carta, pero sin leerla y esforzándose en calmar a Ana–. Yo sólo deseaba una cosa y te la he pedido: terminar con esta situación para poder consagrar mi vida a tu felicidad.

–¿Por qué me lo dices? –repuso ella–.

¿Cómo puedo dudarlo? Si lo dudara...

–¡Allí viene alguien! –exclamó Vronsky de pronto, mostrando a dos señoras que avanzaban hacia ellos–. Acaso nos conozcan.

Y precipitadamente se dirigió a un paseo lateral arrastrando a Ana.

–Me es igual –dijo ésta, y sus labios temblaban. A Vronsky le pareció que sus ojos le examinaban con extraña irritación bajo el ve-lo–. Te digo que no se trata de eso, ni lo du-do, pero lee lo que me escribe. Léelo.

Y Ana volvió a detenerse.

De nuevo, como en el primer momento de recibir la noticia de que Ana había roto con su marido, Vronsky, leyendo la carta, se entregó involuntariamente a la impresión espontánea que sintiera respecto al esposo ultrajado.

Ahora, mientras tenía en las manos la carta, imaginaba involuntariamente aquel desafío que irían a proponerle hoy o mañana en su casa, se figuraba el mismo duelo, en el cual, con la misma expresión fría y orgullosa que ahora mostraba su rostro, dispararía al aire, esperando la bala del ofendido. Y en seguida pasó por su cerebro el recuerdo de lo que acabara de decirle Serpujovskoy por la ma-

ñana: más valía no estar ligado. Pero sabía bien que no podía comunicar a Ana tal pensamiento.

Después de leer la carta, Vronsky alzó la vista. En sus ojos no había firmeza. Ana comprendió en seguida que Vronsky había pensado antes en aquella posibilidad. Ella sa-bía que, por mucho que Vronsky pudiera decirle, nunca le diría lo que pensaba. Y comprendió también que su última esperanza estaba perdida. No era esto lo que esperaba.

–¿Ya ves de qué clase de hombre se trata?

––dijo, con voz temblorosa–. Ya lo ves...

–Perdona, pero yo me alegro de ello –

repuso Vronsky–. Déjame explicarme, por Dios... –añadió, rogándole con la mirada que le diese tiempo de aclarar sus palabras–. Me alegro porque las cosas en ningún modo pueden quedar como él supone.

–¿Por qué no? –dijo Ana, conteniendo las lágrimas y evidenciando que no daba ya ninguna importancia a lo que él pudiera decirle.

Adivinaba que su suerte estaba ya decidida.

Vronsky quería decir que después del duelo, inminente a su juicio, aquello no podría seguir así, pero dijo otra cosa.

–No puede seguir así. Supongo que ahora le abandonarás... –y Vronsky se sonrojó–, supongo que ahora me dejarás arreglar nuestra vida, pensar en ella... Mañana... ––dijo.

Pero Ana no le dio tiempo a terminar:

–¿Y mi hijo? –exclamó–. ¿No ves lo que me escribe? Tendría que abandonar a mi hijo, y esto no quiero ni puedo hacerlo.

–¡Por Dios! ¿Qué vale más? ¿Dejar a tu hijo o continuar esta situación humillante?

–¿Humillante para quién?

–Para todos, y en especial para ti.

–No digas que es humillante... no me lo digas. Esas palabras para mí carecen de sentido ––dijo Ana, con voz temblorosa, deseando ahora que Vronsky hablase con sinceridad, ya que sólo le quedaba su amor y deseaba seguir amándole–. Comprende que desde el día en que lo acepté todo ha cambiado para mí. Sólo tengo una cosa: tu amor. Siendo mío tu cariño, me siento tan elevada y tan firme que nada puede humillarme. Estoy orgullosa de mi situación porque... porque...

orgullosa por... por... –y no supo decir por qué se sentía orgullosa. Lágrimas de vergüenza y desesperación ahogaron

su voz; se detuvo y estalló en sollozos.

Vronsky sintió también la sensación de al-go que subía a su garganta, le cosquilleaba la nariz y le hacía sentirse, por primera vez en su vida, a punto de llorar. No podía decir qué era concretamente lo que le había conmovido. Sentía lástima de Ana, sabía que no podía ayudarla y a la vez reconocía que él era la causa de su desgracia y que había procedido mal.

–¿Acaso no es posible el divorcio? –

preguntó con voz

Ana movió la cabeza en silencio.

–¿No es posible llevarte a tu hijo y dejar a tu marido?

–Sí, pero todo eso depende de él. Por ahora debo vivir en su casa –dijo Ana secamente.

No la habían engañado sus presentimientos. Las cosas quedaban como antes.

–El martes iré yo a San Petersburgo y se decidirá todo –indicó Vronsky.

–Sí –repuso Ana–. Pero no hablemos más de esto.

El coche de Ana, que ella había despedido con orden de ir a buscarla junto a la verja del jardin de Vrede, llegaba en aquel momento.

Ana se despidió de Vronsky y se fue a ca-sa.

XXIII

El lunes celebraba sesión extraordinaria la Comisión del 2 de junio.

Alexey Alejandrovich entró en la sala de reunión, saludó a los miembros y al presidente, como de costumbre, y ocupo su puesto, poniendo las manos sobre los documentos que había preparados ante él.

Entre ellos estaban los informes que necesitaba, el resumen de la declaración que se proponía formular.

En realidad le sobraban los informes. Lo recordaba todo y no creía necesario repetir en su memoria lo que había de decir. Sabía que, llegado el momento y viendo ante sí el rostro del adversario, que en vano trataba de aparentar una expresión indiferente, el discurso saldría por sí solo mejor que todo lo que pudiera preparar.

Pensaba que el fondo de su discurso sería grandioso y que cada palabra tendría suma importancia. Y, sin embargo, mientras escuchaba el informe oficial, el aspecto de Karenin no podía ser más inocente y más inofensivo.

Nadie pensaba, mirando sus manos blancas, de hinchadas venas, que tan suavemente acariciaban con sus largos dedos las hojas de papel blanco puestas ante él, y viendo su cabeza, inclinada de lado, con expresión de cansancio, que iban a brotar inmediatamente de su boca palabras que producirían una tempestad, obligando a gritar a los miembros, a interrumpirse unos a otros y al presidente a reclamar orden.

Cuando la declaración concluyó, Karenin anunció, con su voz suave y fina, que tenía que manifestar algo relativo al asunto de los autóctonos.

La atención se concentró en él.

Alexey Alejandrovich tosió y, sin mirar a su adversario, escogiendo, como hacía siempre al pronunciar sus discursos, la primera persona sentada ante él –un viejecito tranquilo y menudo que nunca exponía en la Comisión opiniones propias–, comenzó él a explicar con voz firme y muy clara sus ideas.

Cuando aludió a la ley básica y orgánica, su adversario se levantó de un salto y empezó a formular objeciones. Stremov, miembro también de la Comisión, herido en lo vivo, empezó igualmente a justificarse. La sesión se hizo tempestuosa. Pero Karenin triunfaba y su proposición fue aceptada; quedaron nombradas nuevas comisiones y al día siguiente, en determinados círculos de San Petersburgo, no se hablaba más que de aquella sesión. El éxito de Alexey Alejandrovich fue mayor de lo que él mismo esperaba.

A la mañana siguiente, martes, Karenin, al despertar, recordó con placer su victoria del día antes; y a pesar de querer mostrarse indiferente, no pudo menos de sonreír cuando el jefe de su despacho, queriendo halagarle, le habló de los rumores que corrían referentes a su triunfo en la Comisión.

Ocupado en su trabajo cotidiano, Karenin olvidó por completo que hoy, martes, era el día fijado por él para el regreso de Ana Arkadievna, por lo que quedó sorprendido y desagradablemente impresionado cuando un sirviente le anunció su llegada.

Ana había llegado a San Petersburgo por la mañana; al recibir su telegrama se le había mandado el coche. Alexey Alejandrovich de-bía pues de estar enterado de su llegada.

Sin embargo, cuando llegó él no fue a recibirla. Le dijeron que estaba ocupado con el jefe del despacho. Ana ordenó

que le avisa-sen de su regreso, pasó a su gabinete y comenzó a arreglar sus cosas, esperando que él fuese a verla.

Transcurrió una hora sin que Karenin apareciese. Ana salió al comedor, con el pretexto de dar órdenes, y habló en voz alta con intención, esperando que su marido acudiese.

Pero él no fue, a pesar de que Ana le oía acercarse a la puerta de su despacho acompañado de su jefe de oficina.

Sabía que su esposo había de salir en seguida por asuntos del servicio y quería hablarle antes de que se fuera para concretar sus relaciones.

Cruzó, pues, la sala y se dirigió con decisión a su gabinete. Cuando entró, Alexey Alejandrovich, de medio uniforme y al parecer ya pronto a salir, estaba sentado a una mesita sobre la que tenía apoyados los codos y miraba ante sí con tristeza. Ana le vio antes que él la viera y comprendió que era en ella en quien pensaba.

Al verla, él, inició un movimiento para levantarse, cambió de decisión, su rostro se sonrojó, lo que nunca viera antes Ana, y al fin, incorporándose precipitadamente, se dirigió a su encuentro, mirándola no a los ojos, sino más arriba, a la frente y al cabello.

Acercándose a su mujer, le tomó la mano y le pidió que se sentara.

–Me alegro de que haya usted llegado –

dijo, y se sentó a su lado, y quiso decirle al-go, pero no pudo.

Varias veces intentó de nuevo hacerlo, pe-ro siempre se interrumpía. A pesar de esperar esta entrevista, Ana estaba

preparada pa-ra despreciar a inculpar a su marido, pero ahora no sabía qué decirle y le compadecía...

El silencio, pues, duró largo rato.

–¿Está bien Sergio? –preguntó él, añadiendo, sin esperar respuesta–: No como hoy en casa; tengo que salir.

–Yo quería irme a Moscú ––dijo Ana.

–No; ha hecho usted mejor viniendo aquí –

–dijo él, y calló de nuevo.

Ana, en vista de que su esposo no tenía fuerzas para empezar, se decidió a hacerlo ella misma.

–Alexey Alejandrovich –dijo, mirándole y sin bajar los ojos, mientras él dirigía los suyos al cabello de su esposa–, soy una mujer culpable, una mujer mala; pero soy la misma que era, la misma que le dije, y he venido para decirle que no puedo cambiar.

–Nada le pregunto de eso –respondió él de pronto, con decisión, mirándola con odio a los ojos–. Demasiado lo suponía.

Se advertía que, bajo la influencia de su irritación, él había recobrado el dominio de sus facultades.

–Pero, como le dije ya por escrito –habló crudamente con su voz delgada–, le repito ahora. que no estoy obligado a saberlo. Lo ignoro. No todas las esposas son tan amables como para apresurarse a comunicar a sus maridos esa «agradable» noticia –y Karenin acentuó la palabra «agradable»–. Lo ignoraré mientras el mundo lo ignore, mientras mi nombre no quede deshonrado. Y por eso le

advierto que nuestras relaciones deben ser las de siempre, y sólo en caso de que usted se «comprometa» tomaré medidas para sal-vaguardar mi honor.

–Sin embargo, nuestras relaciones no pueden ser las de siempre –dijo Ana, tímidamente, mirándole con temor.

Cuando ella vio de nuevo aquellos gestos tranquilos, aquella voz infantil, penetrante a irónica, su repugnancia hacia él hizo desaparecer su compasión. Y sólo tenía miedo, pero quería aclarar su situación costara lo que cos-tase.

–No puedo ser su mujer, mientras yo... –

empezó.

Alexey Alejandrovich rió con risa malévola y fría.

–Sin duda la clase de vida que usted ha escogido ha influido en sus concepciones.

Respeto y desprecio una y otra cosa tan vivamente... respeto tanto su pasado y desprecio tanto su presente... que estaba muy lejos de indicar lo que usted ha creído interpretar en mis palabras.

Ana, suspirando, bajó la cabeza.

–En todo caso –continuó él, exaltándose–, no comprendo cómo, poseyendo la desenvoltura suficiente para declarar su infidelidad a su marido y no encontrando en ello, a lo que parece, motivo alguno de vergüenza, lo encuentra, en cambio, en el cumplimiento de sus deberes de esposa con respecto a su marido.

–Alexey Alejandrovich, ¿qué quiere usted de mí?

–Necesito que ese hombre no la visite y que usted proceda de modo que ni el mundo ni los criados puedan criticarla, quiero que deje de ver a ese hombre. Creo que no pido mucho. Y a cambio de ello, disfrutará usted de los derechos de esposa honrada sin cumplir sus deberes. Es cuanto tengo que decirle.

Y ahora debo salir. No como en casa.

Y dicho esto, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Ana se levantó también. Saludándola en silencio, su marido la dejó pasar delante.

XXIV

La noche pasada por Levin sobre el montón de heno no dejó de tener consecuencias.

Los trabajos de la propiedad en que hasta entonces se ocupara le aburrían y perdieron todo interés para él. A pesar de la excelente cosecha, nunca, a su parecer, se habían producido tantos choques ni tantas disputas con los labriegos como este año, y la causa de todo ello se le ofrecía ahora con claridad. El placer que sintiera en las tareas agrícolas, la aproximación que a causa de ella se había producido entre él y los campesinos, la envidia que tenía de la vida sencilla de aquellos seres, el deseo de adoptarla, que en aquella noche pasó de deseo a intención, y sobre cuyos detalles meditara, todo ello cambió de tal modo su punto de vista respecto al modo de llevar su propiedad que ya no podía encontrar en estos trabajos el interés de antes, ni podía dejar de ver su actitud desagradable ante los trabajadores, que eran la base de todo.

Los rebaños de vacas seleccionadas, como

«Pava» ; la tierra bien labrada y bien abona-da; los nueve campos rastrillados y encam-bronados; las noventa deciatinas de tierra cubierta de estiércol bien preparado; las sembradoras

mecánicas,

etcétera,

todo

habría salido espléndido si lo hubiese hecho él mismo o con compañeros que tuvieran las mismas ideas que él.

Pero ahora veía claramente (mientras escribía su libro sobre economía rural que se basaba en que el principal elemento de ella era el trabajador, lo comprendía más) que aquel modo de llevar las cosas de la propiedad se reducía a una lucha feroz y tenaz entre él y los trabajadores, en la que había de su lado un continuo deseo de transformar las cosas de acuerdo con el sistema que él consideraba mejor, mientras que los obreros se inclinaban a mantenerlas en su estado natural.

Y Levin observaba que en esta lucha, llevada con el máximo esfuerzo por su parte y sin esfuerzo ni intención siquiera por la otra, lo único que se conseguía era que la explotación no diese resultado alguno y se echasen a perder, en cambio, de un manera totalmente inútil, unas máquinas y una tierra magníficas y unos animales excelentes.

Lo más grave era que no sólo se perdía es-térilmente la energía empleada en ello, sino que él mismo no podía dejar de reconocer, ahora que el sentido de su obra aparecía claro ante sus ojos, que el fin de sus actividades no era lo suficiente digno. Porque ¿en qué consistía la lucha? Él defendía hasta la última migaja (no podía, por otra parte,

dejar de hacerlo, porque por poco que aflojara no habría tenido con qué pagar a los trabajadores), mientras ellos sólo defendían la posibilidad de trabajar tranquila y agradablemente, es decir, según como estaban acostumbrados.

Convenía a su interés que cada hombre trabajara cuanto más mejor, que no se dis-trajera ni se precipitara, procurando no estropear las aventadoras, rastrillos, trilladoras, etcétera, y, por tanto, que pensase siempre en lo que hacía.

En cambio, el obrero quería trabajar del modo más fácil y agradable, sin preocupaciones sobre todo, sin pensar en nada, sin detenerse un momento a reflexionar. Este verano, Levin lo había visto a cada paso. Mandaba guadañar el trébol para heno, escogiendo las peores deciatinas, en que había mezcladas hierba y cizaña, y los trabajadores guadañaban a la vez las mejores deciatinas, destinadas para el grano, disculpándose con que se lo había mandado el encargado y tratando de consolarle con decirle que el heno sería magnífico. Pero él sabía que la verdad consistía en que aquellas deciatinas eran más fáciles de guadañar. Cuando enviaba una aventadora para aventar el heno, la estropeaban en seguida, porque al aldeano le parecía aburrido estar sentado en la delantera mientras las aletas se movían tras él. Y le decían: «No se apure; las mujeres lo aventarán en un momento».

Los arados quedaban inservibles, porque el labrador no acertaba a bajar la reja y al moverla cansaba los caballos y estropeaba la tierra. Y, sin embargo, aseguraban a Levin que no había por qué preocuparse. Dejaban a los caballos invadir el trigo, porque ningún trabajador quería ser guarda nocturno. Y

cuando una vez, a pesar de sus órdenes en contra, los trabajadores velaron por turno, Vañka, que había trabajado todo el día, se durmió y luego pedía perdón de su falta diciendo: «Usted lo ha querido».

Llevaron las tres mejores terneras a pastar al campo de trébol guadañado, sin darles antes de beber, y los animales enfermaron. No querían creer que las terneras estuvieran hinchadas por el trébol y contaban como consuelo que el propietario vecino había perdido en tres días ciento doce cabezas de ganado.

Todo ello no era porque desearan mal a Levin o a su finca. Al contrario, él sabía que los labriegos le apreciaban y le consideraban un propietario sin orgullo, lo que es entre ellos la mejor alabanza. Todo sucedía porque deseaban trabajar alegremente, sin preocupaciones, y los intereses de Levin no sólo les resultaban ajenos a incomprensible!, sino fatalmente contrarios a los suyos, que eran los más justos.

Hacía tiempo que Levin se sentía descontento de cómo llevaba su propiedad. Veía que su barco hacía agua, pero no encontraba ni buscaba por dónde, acaso engañándose voluntariamente, ya que nada le habría quedado en la vida si dejaba de creer en su trabajo.

Pero ahora no podía seguir engañándose.

Su actividad no sólo había dejado de tener interés para él, sino que le repugnaba y le resultaba imposible ocuparse de ella.

A esto se añadía la presencia, a treinta verstas de él, de Kitty Scherbazkaya, a la que quería y no podía ven

Cuando estuvo en casa de Dolly, ella le invitó a ir, sin duda para que pidiese la mano de su hermana, que ahora, según

le daba a entender Daria Alejandrovna, le aceptaría. Al ver a Kitty, Levin comprendió que seguía amándola; pero no podía ir a casa de Oblonsky sabiendo que Kitty estaba allí. El hecho de que él se hubiese declarado y ella le rechazara creaba entre ambos un obstáculo insuperable.

«No puedo pedirle que sea mi esposa sólo porque no ha podido serlo de aquel a quien amaba», se decía Levin.

Y este pensamiento enfriaba sus sentimientos y experimentaba casi hostilidad hacia Kitty.

«No sabré hablar con ella sin hacerle sentir mi reproche, no podré mirarla sin aversión, y entonces ella me odiará más, como es natural. Y luego, ¿cómo puedo ir allí después de lo que me ha dicho Daria Alejandrovna? ¿Cómo fingir que ignoro lo que ella me contó? Parecerá que voy en plan de hombre magnánimo para perdonarla. ¿Y cómo puedo mostrarme ante ella en el papel de un hombre generoso que se digna ofrecerle su amor? ¿Para qué me habrá dicho eso Daria Alejandrovna?

Habría podido ver a Kitty por casualidad y entonces todo habría sucedido de una manera natural. Pero ahora es imposible, imposible...»

Dolly le envió una carta pidiéndole una silla de montar de señora para su hermana.

«Me han dicho que tiene usted una excelente.

Espero que la traiga en persona», escribía.

Aquello le pareció insoportable. ¿Cómo era posible que una mujer inteligente y delicada pudiese rebajar a su hermana hasta aquel punto?

Escribió una decena de esquelas, las rompió todas y envió la silla sin contestación. No quería prometer que iría porque no podía ir, y escribir que no iba por algún impedimento o porque se marchaba le parecía peor.

Mandó, pues, la silla sin respuesta, convencido de que procedía mal, y al día siguiente, dejando los asuntos de la finca, que tan ingratos le eran ahora, en manos de su encargado, se fue a ver a su amigo Sviajsky, que vivía en un distrito provincial muy alejado, poseía unos espléndidos pantanos, llenos de chochas, y el cual le había escrito hacía poco pidiéndole que cumpliese su promesa de ir a visitarle.

Las chochas de los pantanos del distrito de Surovsk tentaban a Levin desde mucho atrás, pero, absorto en los asuntos de su finca, había aplazado siempre el viaje. Ahora le placía ir allí, huyendo de la vecindad de las Scherbazky y de las actividades de su hacienda, para entregarse a la caza, que en sus pesares había sido siempre el mejor consuelo.

XXV

Para ir al distrito de Surovsk no había ferrocarril ni camino de postas, así que Levin hizo el viaje en coche descubierto con sus propios caballos.

A medio camino se detuvo para darles pienso en casa de un labrador rico. Un viejo calvo y fresco, de ancha barba roja, canosa en las mejillas, le abrió los portones, apretándose contra la pared para dejar pasar la troika.

Después de haber indicado al cochero un lugar bajo el sobradillo en el amplio patio, nuevo, limpio y bien arreglado, en el cual se veían algunos arados inservibles, el viejo invitó a Levin a pasar a la casa.

Una mujer joven, muy limpia, calzando zuecos en los pies desnudos, fregaba el suelo de la entrada. Al ver entrar corriendo al perro, que seguía a Levin, se asustó y dio un grito. Pero en seguida se rió de su susto, ya que sabía que nada tenía que temer.

Y después de indicar a Levin, con su brazo con las mangas de su blusa recogidas, la puerta de la casa, ocultó de nuevo su hermoso rostro inclinándose para seguir lavando.

–¿Quiere el samovar? –preguntó el viejo.

–Sí, hágame el favor.

La habitación era espaciosa y en ella se veía una estufa holandesa enladrillada y una mampara. Bajo los iconos, en el rincón santo, había una mesa pintada con motivos rurales, una banqueta y dos sillas, y junto a la entrada se veía un pequeño armario con vajilla.

Los postigos estaban cerrados, había pocas moscas y todo se hallaba tan limpio que Levin procuró que «Laska», que, mientras corría por los caminos, se bañaba en los charcos, no ensuciase el suelo y le mostró un lugar en el rincón próximo a la puerta.

Después de examinar la habitación, Levin salió al patio de detrás de la casa. La gallarda moza de los zuecos, balanceando en el aire los cubos vacíos, le adelantó corriendo para sacar agua del pozo.

–¡Hazlo en seguida! –gritó el viejo, jovialmente. Y se dirigió a Levin–: ¿Qué, señor, va a ver a Nicolás Ivanovich Sviajsky? También él viene a veces por aquí –empezó, con evidentes ganas de charlar, acodándose en la balaustrada de la escalera.

Mientras el viejo le estaba contando que conocía a Sviajsky llegaron los labriegos, con rastrillos y arados. Los caballos que tiraban de éstos eran grandes y robustos. Dos de los mozos, vestidos con camisas de indiana y gorras de visera, debían seguramente de pertenecer a la familia. Los otros dos, uno de edad y joven el otro, eran, sin duda, jornaleros y vestían camisas de tela basta.

El viejo, separándose de la escalera, se acercó a los caballos y comenzó a desenganchar.

–¿Qué, han arado? –preguntó Levin.

–Hemos arado las patatas. Tenemos también algunas tierras. Fedor, no dejes escapar al caballo grande; átale al poste. Engancha-remos otro caballo.

–Padrecito, ¿han traído las rejas de arado que encargaste? –preguntó uno de los mozos, de enorme estatura, probablemente hijo del viejo.

–Están en el trineo –contestó el anciano, arrollando las riendas quitadas a los caballos y echándolas al suelo–. Arréglalas mientras éstos comen.

La moza de antes, sonriente, con las espaldas inclinadas bajo el peso de los cubos, se paró en el zaguán. De no se sabía dónde salieron más mujeres, jóvenes y hermosas, de mediana edad y viejas feas, algunas con niños.

El samovar hirvió en la chimenea. Los mozos y la gente de la casa, una vez arreglados los caballos, se fueron a comer.

Levin sacó del coche sus provisiones a invitó al viejo a tomar el té juntos.

–Ya lo hemos tomado hoy, pero por acompañarle... –dijo el viejo, con evidente satisfacción.

Mientras tomaban el té, Levin se enteró de toda la historia del viejo. Diez años atrás, és-te había arrendado a la propietaria de las tierras ciento veinte deciatinas y el año anterior las había comprado, arrendando, además, trescientas deciatinás al propietario vecino.

La parte más pequeña de las tierras, la peor, la subarrendaba, y él mismo con su familia y dos jornaleros, araba cuarenta deciatinas. El viejo se quejaba de que las cosas iban mal.

Pero Levin adivinó que lo hacía por disimular y que en realidad su casa prosperaba. De haber ido mal las cosas, el viejo no habría comprado la tierra a ciento cinco rublos, no habría casado a sus tres hijos y a un sobrino ni habría reconstruido tres veces la casa después de haberse incendiado tres veces, y ca-da vez mejor.

A pesar de las quejas se veía que el labrador estaba justamente orgulloso de su bienestar, de sus hijos, de su sobrino, de sus nueras, de sus caballos, de sus vacas y, sobre todo, de la prosperidad de su casa.

Por la conversación, Levin dedujo que el anciano no era enemigo de las innovaciones.

Sembraba mucha patata, que Levin, al llegar, vio que acababa ya de florecer, mientras que la suya sólo comenzaba entonces a echar flor.

El viejo labraba la tierra de patata con «la arada» , según decía, que le prestaba el propietario. También sembraba trigo candeal y uno de los detalles que más impresionó a Levin en las explicaciones del viejo fue el que éste

aprovechase para las caballerías el centeno recogido al escardar. Levin, viendo cómo se perdía tan magnífico forraje, había pensado muchas veces en aprovecharlo, pero nunca lo había podido conseguir. Aquel hombre, en cambio, lo hacía y no se cansaba de alabar la excelencia de aquel forraje.

–¡En algo han de ocuparse las mujeres!

Sacan los montones al camino y el carro los recoge.

–A nosotros, los propietarios, todo nos va mal con los trabajadores –dijo Levin, ofreciéndole un vaso de té.

–Gracias –dijo el viejo, tomándolo, pero negándose a coger el azúcar y mostrando un terrón ya mordisqueado por él–. ¡Es imposible entenderse con los jornaleros; son la ruina! Vea, por ejemplo, al señor Sviajsky: tiene una tierra como una flor, pero nunca puede coger buena cosecha. ¡Y es que falta el ojo del amo!

–¡Pero tú también trabajas con jornaleros!

–Sí, pero nosotros somos aldeanos; y tra-bajamos nosotros mismos, y si el jornalero es malo, le echamos en seguida y nos arregla-mos solos.

–Padrecito, Finogen necesita alquitrán –

dijo, entrando, la mujer de los zuecos.

–Sí, señor, sí... –dijo el viejo disponiéndose a salir.

Se levantó, persignóse lentamente, dio las gracias a Levin y salió.

Cuando Levin entró en el cuarto de los trabajadores para llamar al cochero, vio a todos los hombres de la familia

sentados a la mesa. Las mujeres, en pie, servían.

El joven y robusto hijo del viejo contaba, con la boca llena de espesa papilla, algo muy chistoso y todos reían, y en especial la mujer de los zuecos, que añadía en aquel momento sopa de coles en el tazón.

Era muy posible que el atrayente rostro de la mujer de los zuecos contribuyese mucho a aquella sensación de bienestar que produjo en Levin la casa de los labriegos; pero, en todo caso, tal impresión había sido tan fuerte que no podía olvidarla.

Durante todo el camino hacia la finca de Sviajsky fue recordando aquella casa, como si hubiese algo en la impresión sentida digno de un interés especial.

XXVI

Sviajsky era el representante de la nobleza de su distrito. Tenía muchos más años que Levin y estaba casado hacía ya tiempo. Vivía en su casa su joven cuñada, mujer muy simpática a Levin, quien no ignoraba que Sviajsky y su mujer deseaban casarle con aquella joven.

Lo sabía con certeza, como lo saben siempre los jóvenes considerados casaderos, aunque no hubiera osado decirlo a nadie, y sabía también que, aunque él deseaba casarse y creía que aquella joven habría sido una excelente esposa en todos los sentidos, tenía tantas probabilidades de casarse con ella, aun no estando enamorado de Kitty Scherbazkaya, como de subir al cielo.

Este pensamiento le amargaba un tanto la satisfacción que se había prometido de aquel viaje a las tierras de Sviajsky.

Al recibir la carta de éste invitándole a cazar, Levin pensó en ello en seguida, pero también pensó que tales miras de su amigo eran un mero deseo sin fundamento y resolvió ir. Además, en el fondo de su alma, deseaba probarse una vez más volviendo a ver de cerca a la joven cuñada de Sviajsky.

La vida de su amigo era muy grata y el propio Sviajsky, el mejor prototipo de miembro activo de zemstvo que conociera Levin, le resultaba muy interesante.

Sviajsky era uno de esos hombres, incomprensibles para Levin, cuyos pensamientos, eslabonados y nunca independientes siguen un camino fijo y cuya vida, definida y firme en su dirección, sigue un camino completamente distinto y hasta opuesto al de sus ideas.

Sviajsky era muy liberal. Despreciaba a la nobleza y consideraba que la mayoría de los nobles eran, in petto, partidarios de la servidumbre y que sólo por cobardía no lo decla-raban. Creía a Rusia un país perdido, una segunda Turquía, y al Gobierno lo tenía por tan malo que ni siquiera llegaba a criticar sus actos en serio. Esto no le impedía, por otra parte, ser un modelo de representante de la nobleza ni cubrirse, siempre en sus viajes, con la gorra de visera con escarapela y el galón rojo distintivos de la institución.

Creía que sólo era posible vivir bien en el extranjero, adonde se iba siempre que tenía ocasión y, a la vez, dirigía en Rusia una propiedad por procedimientos muy complejos y perfeccionados, siguiendo con extraordinario interés todo lo que se hacía en su país.

Opinaba que el aldeano ruso, por su desarrollo mental, pertenecía a un estadio intermedio entre el mono y el hombre y, sin embargo, en las elecciones para el zemstvo es-trechaba con gusto la mano de los aldeanos y escuchaba

sus opiniones. No creía en Dios ni en el diablo, pero le preocupaba mucho la cuestión de mejorar la suerte del clero. Y era partidario de la reducción de las parroquias sin dejar de procurar que su pueblo conser-vase su iglesia.

En el aspecto feminista, estaba al lado de los más avanzados defensores de la completa libertad de la mujer, y sobre todo de su derecho al trabajo; pero vivía con su esposa de tal modo que todos admiraban la vida familiar de aquella pareja sin hijos en la que él se había arreglado para que su mujer no hiciera ni pudiese hacer nada, fuera de la ocupación, común a ella y a su marido, de pasar el tiempo lo mejor posible.

Si Levin no hubiera tenido la facultad de querer ver a los hombres por su lado mejor, el carácter de Sviajsky no habría ofrecido pa-ra él la menor dificultad ni enigma. Habría pensado: «Es un miserable o un tonto», y el asunto habría quedado claro. Pero no podía decir «tonto» porque Sviajsky era, sin duda, además de inteligente, muy instruido y sabía llevar su cultura con una extraordinaria naturalidad. No había ciencia que no supiese, pero sólo mostraba sus conocimientos cuando se veía obligado.

Menos aún podía Levin calificarle de miserable, porque Sviajsky era, indudablemente, un hombre honrado, bueno o inteligente, consagrado con ánimo alegre a una labor muy estimada por cuantos le rodeaban y que nunca, a sabiendas, había hecho ni podía hacer mal alguno.

Levin se esforzaba, pues, en comprenderle y no le comprendía, considerándole como un enigma, y su modo de vivir como no menos enigmático.

Eran amigos y, por tanto, Levin tenía ocasiones de sondar a Sviajsky, de llegar hasta la base misma de su concepto de la

vida. Pe-ro siempre sus esfuerzos resultaban vanos.

Cada vez que Levin trataba de penetrar más allá de las habitaciones de recepción del cerebro de Sviajsky, notaba que éste se turbaba algo, que su mirada expresaba un recelo casi imperceptible, como si temiera que Levin le comprendiese. E iniciaba una resistencia jovial.

A raíz de su desengaño en sus actividades de propietario, Levin experimentó particular placer en visitar a su amigo. El solo hecho de ver aquella pareja de tórtolos felices y contentos de sí mismos, y de su nido conforta-ble, satisfacía ya a Levin, el cual, ahora que se sentía tan descontento de su propia vida, trataba de descubrir el secreto de Sviajsky, que daba una claridad, una alegría y un sentido tan preciso a su vida.

Además, Levin sabía que en casa de Sviajsky vería a los propietarios vecinos, y esto le permitiría lo que tanto le interesaba: discutir, escuchar sus conversaciones sobre cosechas, contratos de jornaleros, etcétera.

Aunque consideradas algo vulgares, como no ignoraba Levin, estas charlas le parecían a la sazón muy importantes.

«Acaso esto no tuviera importancia en los tiempos de la servidumbre o ahora en Inglaterra. En ambos casos, las condiciones son definidas, pero aquí, en nuestro país, cuando todo está trastornado y apenas empieza a organizarse el nuevo orden, saber en qué condiciones se hará es el único problema importante que existe en Rusia», pensaba.

La caza resultó peor de lo que él esperaba.

El pantano estaba ya seco y las chochas habían huido. Tras un día entero de caza, só-

lo trajo tres piezas y, como siempre, un excelente apetito, muy buena disposición de áni-mo y el estado mental de grata excitación que despertaba en él el ejercicio físico.

Incluso durante la caza, cuando aparentemente no había que pensar en nada, recordaba de vez en cuando al viejo y a su familia, y al evocarlos parecía despertar no sólo su atención, sino una especie de decisión relacionada con ella.

Por la noche, al tomar el té, en compañía de algunos propietarios de tierras que visita-ban a Sviajsky por asuntos de tutelaje, se entabló, como Levin esperaba, una interesante conversación.

En la mesa de té Levin se sentaba junto a la dueña y hubo de hablar con ella y con la cuñada, instalada frente a él. La dueña era una mujer de rostro redondo, rubia y bajita, toda radiante de sonrisas y hoyuelos.

Levin trataba de indagar por mediación de ella la solución del problema que constituía para él su marido, pero no poseía su completa libertad de ideas; no se sentía lo suficiente desembarazado porque ante él se sentaba la cuñada. Ésta llevaba un vestido muy especial, que a Levin le pareció que se había puesto por él, y en el cual se abría un escote en forma de trapecio.

Aquel escote cuadrangular, a pesar de la blancura del pecho, y acaso por ello, privaba a Levin de la facultad de pensar. Imaginaba, errando probablemente, que aquel escote tendía a influirle, y no se consideraba con derecho a mirarlo, y procuraba no hacerlo; pero tenía la impresión de ser culpable, aunque sólo fuera por el simple hecho de que aquel escote existiese, que era preciso que explicara algo y le era imposible hacerlo, Y, a causa de esto, se sonrojaba y se sentía torpe e inquieto. Su estado de ánimo se

comunicaba también a la linda cuñada. La dueña, en cambio, parecía no reparar en ello y, a propósito, le obligaba a entrar en el tema de la conversación.

–Decía usted –manifestaba continuando la charla iniciada– que a mi marido no le interesa nada ruso... ¡Al contrario! En el extranjero está alegre, pero nunca tanto como cuando vive aquí. Aquí se halla en su ambiente.

¡Como tiene tanto que hacer y se interesa por todo! ¿No ha estado usted en nuestra escuela?

–La he visto. ¿No es esa casa cubierta de hiedra?

–Sí. Es obra de Nastia–dijo, señalando a su hermana.

–¿Les enseña usted misma? –preguntó Levin, esforzándose en no mirar el escote, pero sintiendo que mirase o no hacia allí tendría que verlo igualmente.

–Sí: enseñaba y enseño, pero tenemos, además, una buena maestra. Hemos introducido también clases de gimnasia.

–Gracias, no quiero más té –dijo Levin.

Y, a pesar de reconocer que cometía una incorrección, pero sintiéndose incapaz de continuar aquella charla, se levantó sonrojándose.

–Oigo una conversación muy interesante –

añadió– y...

Se acercó al otro extremo de la mesa, donde estaba sentado el dueño con dos propietarios.

Sviajsky, acomodado de lado a la mesa, sostenía la taza con la mano y apoyaba el co-do sobre la madera. Con la otra

mano empujaba su barba, subiéndola hasta la nariz como para olerla y dejándola luego caer. Sus brillantes ojos negros miraban a un propietario de canosos bigotes que hablaba con agitación y, a juzgar por su rostro, debía de encontrar divertido lo que decía.

El propietario se quejaba de los aldeanos.

Levin veía claramente que Sviajsky podía contestar muy bien a aquellas quejas y ani-quilar a su interlocutor con pocas palabras, pero su posición se lo impedía y por ello escuchaba, no sin placer, las cómicas lamenta-ciones del propietario.

El hombre de los bigotes canosos era un evidente partidario de la servidumbre, un hombre que no había salido de su pueblo y a quien apasionaba dirigir los trabajos de su finca. Esto se deducía por su vestido, una levita anticuada y algo raída en la que el propietario no se sentía a gusto; por sus ojos, entornados y perspicaces; por su conversación, en buen ruso; por el tono imperativo adquirido a través de una larga práctica de mando; por los ademanes seguros de sus manos, grandes y bien formadas, tostadas por el sol, con un único y antiguo anillo de boda en su dedo anular.

XXVII

–De no inspirarme pena dejar esto, tan bien arreglado y en lo que he puesto tantos afanes, lo habría abandonado todo, vendiéndolo y marchando como hizo Nicolás Ivanovich. Sí, me habría ido a oír «La bella Elena»

–––dijo el propietario con una sonrisa agradable que iluminó su rostro viejo a inteligente.

–Pero cuando no lo deja ––dijo Nicolás Ivanovich Sviajsky– es señal de que le va bien.

–Me va bien porque la casa donde vivo es mía, porque no he de comparar nada ni alquilar brazos para el trabajo, porque no he perdido aún la esperanza de que el pueblo acabe teniendo sensatez. Pero ¿han visto ustedes qué manera de beber, qué libertinaje?... Todos han repartido sus bienes... Nadie posee un caballo ni una vaca. Se mueren de hambre, pero tome usted a uno como jornalero y verá cómo aprovecha la primera ocasión para estropeárselo todo y le demanda todavía ante el juez.

–Pues la solución es que también le demande usted –dijo Sviajsky.

–¿Quejarme yo? ¡Por nada del mundo!

Contestan a uno de tal modo que hasta le hacen arrepentirse de haberse quejado. Y si no, un ejemplo: los obreros de la fábrica pidieron dinero adelantado y luego se fueron.

¿Y qué hizo el juez? ¡Les absolvió! Los únicos que sostienen con firmeza la autoridad son el Juzgado comarcal y el síndico mayor. Éste sí; les ajusta las cuentas como en el buen tiempo antiguo, y, si no fuera así, más valdría dejarlo todo y huir al otro extremo del mundo.

Era evidente que el propietario trataba, con sus palabras, de excitar a Sviajsky, pero éste, en vez de excitarse, se divertía.

–Pues nosotros, Levin aquí presente, el señor, yo... –dijo, señalando al otro propietario y sonriendo–, dirigimos nuestras tierras sin esos procedimientos.

–Sí, las cosas van bien en la finca de Mijail Petrovich, pero pregúntele cómo... ¿Es eso por ventura una explotación «racional»? –

exclamó el viejo, al parecer envanecido por haber empleado la palabra «racional».

–Mi modo de administrar la finca es muy sencillo –dijo Mijail Petrovich–, y he de dar gracias a Dios. Toda mi preocupación es preparar dinero para las contribuciones de oto-

ño. Luego vienen los aldeanos: « Padrecito, por Dios, ayúdenos». Vienen todos, amigos míos, y me dan lástima. Yo les doy para pasar el próximo trimestre y les digo: «Muchachos, acuérdense de que les he ayudado y ayúdenme cuando les necesite para sembrar avena, arreglar el heno o segar». Y así les pongo condiciones por cada contribución que les pago. Es verdad que también hay desagradecidos entre ellos...

Levin, que conocía desde mucho atrás aquellos métodos «patriarcales», cambió una mirada con Sviajsky a interrumpió a Mijail Petrovich, dirigiéndose al de los bigotes canosos.

–¿Cómo opina usted –preguntó– que hay que dirigir las fincas?

–Como lo hace Mijail Petrovich, o dando las tierras a medias o arrendándolas a los campesinos. Todo esto es posible, pero con ello se destruye la riqueza del país. Allí donde la tierra, bien cuidada durante la servidumbre, me daba nueve, a medias me da tres.

¡La emancipación ha arruinado a Rusia!

Sviajsky miró a Levin sonriendo y hasta le hizo una leve señal irónica.

Pero Levin no hallaba en las palabras del propietario ningún motivo de risa. Le comprendía mejor que a Sviajsky. Y lo

demás que agregó el propietario, demostrando por qué Rusia estaba arruinada por la emancipación, le pareció incluso muy justo, nuevo para él a indiscutible.

Se veía que aquel hombre expresaba sus propios pensamientos –cosa que sucede con poca frecuencia– y que tales ideas no nacían en un cerebro ocioso en el deseo de buscarse una ocupación, sino que tenían su origen en las condiciones de su vida y habían sido larga y profundamente meditadas en su soledad rural.

–La cosa es ésta: todo progreso se introduce desde arriba –decía el propietario, con evidente deseo de probar que no era un hombre inculto–. Fijémonos en las reformas de Pedro, Catalina y Alejandro; fijémonos en la historia europea... Cuantas más reformas se introducen desde arriba, más mejoras hay en la vida rural. La misma patata ha sido introducida en nuestro país a la fuerza. Tampoco se ha labrado siempre con el arado de madera. Probablemente éste fue intróducido a la fuerza en tiempo de los señores feudales. En nuestra época, durante la servidumbre, nosotros, los propietarios, introdujimos innovaciones: secadoras, aventadoras y otras máquinas modernas. Estas cosas las hemos implantado gracias a nuestra autoridad, y los aldeanos, que al principio se resistían, nos imita-ban después. Pero, al suprimir la servidumbre nos han quitado la autoridad, y nuestras propiedades, que estaban a un nivel muy alto, bajarán a un estado primitivo y salvaje. Ésta es mi opinión.

–Pero ¿por qué? Si la explotación es racional, puede usted recurrir a los jornaleros –

dijo Sviajsky.

–¿Con qué poder, quiere usted decírmelo?

¿De quién podré servirme para ello?

« Claro: el trabajo del obrero es el primer factor de la economía rural», pensó Levin.

–De los jornaleros.

–Los jornaleros no quieren trabajar bien ni con buenas máquinas. Nuestro obrero sólo piensa en una cosa: en beber como un cerdo y, en estando borracho, estropear cuanto se le confía. A los caballos les da demasiada agua, rompe las buenas guarniciones, cambia una rueda enllantada por otra y se bebe el dinero, afloja el tomillo principal de la trilladora mecánica para estropearla... Le repugna todo lo que no se hace según sus ideas. Y por ello ha bajado tanto el nivel de la economía rural. Las tierras se abandonan, se deja crecer el ajenjo en ellas o se regalan a los campesinos, y allí donde se producía un millón de cuarteras ahora se producen sólo unos pocos centenares de miles. La riqueza general ha disminuido. Si hubiésemos hecho lo mismo, pero con tino...

Y comenzó a explicar un plan para la ma-numisión de siervos con el que se habrían remediado tales males.

A Levin esto no le interesaba. Pero cuando el viejo terminó, Levin volvió a sus primeros propósitos y dijo a Sviajsky, para forzarle a dar su opinión en serio:

–Que el nivel de nuestra economía baja y que con nuestras relaciones con los campesinos es imposible dirigir las propiedades es cosa que no está fuera de duda –afirmó.

–Yo no lo veo así –repuso seriamente Sviajsky–. Sólo veo que no sabemos administrar bien nuestras fincas y que, por el contrario, el nivel de la economía durante la servidumbre no era elevado, sino muy bajo. No tenemos buenas máquinas ni buenos animales de labor, ni buena dirección, ni sabemos

hacer cálculos. Pregunte a un propietario y no sabrá decirle lo que es ventajoso y lo que no.

–¡Sí: contabilidad a la italiana! –repuso el propietario irónicamente–. Pero, cuente usted como quiera, si se lo estropean todo, no sacará ningún beneîicio.

–¿Por qué van a estropeárselo? .Una porquería de trilladora, una apisonadora rusa, se la estropearán, pero no mi máquina de vapor.

Un caballejo ruso... ¿cómo se llaman?, los de esa endiablada raza a los que hay que arrastrar por la cola, esos podrán estropeárselos, pero si tiene usted buenos percherones, no se los estropearán. Y todo así. Es preciso elevar el nivel de la vida rural.

–Para eso hay que tener dinero, Nicolás Ivanovich. En usted está bien, pero yo tengo un hijo, a quien debo educar en la Universidad, y otros pequeños a quienes pago el colegio. De modo que no puedo comprar percherones.

–Para eso están los bancos.

–¿Para que me vendan en pública subasta lo último que me quede? No, gracias.

–No estoy conforme con que sea posible y necesario elevar el nivel de la economía rural

–dijo Levin–. Yo me ocupo de ello, tengo medios, y, sin embargo, no consigo nada. Ni sé para quién son útiles los bancos. Por mi parte, en todo lo que he gastado dinero he tenido pérdidas: en los animales, pérdidas; en las máquinas, pérdidas.

–Lo que dice usted es muy cierto –afirmó, riendo con satisfacción, el propietario de los bigotes canosos.

–Y no sólo me pasa a mí –continuó Levin–.

Puedo nombrar otros propietarios que dirigen sus propiedades de una manera racional. Todos, con raras excepciones, tienen pérdidas en sus fincas. Díganos: ¿gana usted con su propiedad? –preguntó a Sviajsky. Y en seguida notó en los ojos de éste la momentánea expresión de temor que notaba siempre que trataba de penetrar más allá de las habitaciones de recibir del cerebro de Sviajsky.

Además, tal pregunta no era muy leal por parte de Levin. Durante el té, la dueña le había dicho que habían hecho venir aquel verano de Moscú a un contable alemán que por quinientos rublos hizo el balance de las cuentas de la propiedad, del que resultaba que habían tenido tres mil rublos de pérdida y al-go más. Ella no lo recordaba con exactitud, pero el alemán, al parecer, había contado hasta el último cuarto de copeck.

El viejo propietario sonrió al oír hablar de las ganancias de Sviajsky. Se veía claramente que sabía muy bien las ganancias que su vecino y jefe de la nobleza podía tener.

–Quizá yo no obtenga beneficios –contestó Sviajsky–, pero ello sólo indicaría que soy un mal propietario o que invierto el capital para aumentar la renta.

–¡La rental –exclamó Levin, horrorizado–.

Puede ser que exista renta en Europa, donde ha mejorado la tierra a fuerza de trabajarla, pero nuestra tierra empeora cuanto más trabajo ponemos en ella, es decir que la agotamos y en este caso ya no hay renta.

–¿Cómo que no hay renta? Pues la ley...

–Nosotros estamos fuera de la ley. La renta, para nosotros, no aclara nada; al contrario, lo confunde todo. Dígame: ¿cómo el estudio de la renta puede ...?

–¿Quieren leche cuajada? Macha, haz que nos traigan leche cuajada y frambuesas –dijo Sviajsky a su mujer–––. Este año tenemos una gran abundancia de frambuesas.

Y Sviajsky se levantó y se alejó en inmejorable disposición de espíritu, dando por terminada la conversación donde Levin la daba por empezada.

Al quedarse sin interlocutor, Levin continuó la charla con el propietario, tratando de demostrarle que la dificultad estribaba en que no se querían conocer las cualidades y costumbres del obrero.

Pero, como todos los hombres que piensan con independencia y viven aislados, el propietario era muy reacio a admitir las opiniones ajenas y se atenía en exceso a las propias.

Insistía en que el aldeano ruso es un cerdo y le gustan las porquerías, y que para sacarle de ellas se necesitaba autoridad y, a falta de ésta, palo; pero que como entonces se era tan liberal, se había sustituido el palo, que durara mil años, por abogados y conclusiones con cuya ayuda se alimentaba con buena so-pa a aquellos campesinos sucios a inútiles y hasta se les medían los pies cúbicos de aire que necesitaban.

–¿Cree usted –respondía Levin, tratando de volver a la cuestión– que no se puede encontrar un aprovechamiento de la energía del trabajador que haga productivo su trabajo?

–Con el pueblo ruso, no teniendo autoridad, no será posible nunca –contestó el propietario.

–¿Cómo es posible encontrar nuevas condiciones? ––dijo Sviajsky, después de tomar la leche cuajada, encendiendo un cigarrillo y acercándose a los que dialogaban–. Todos los modos de emplear la energía de los trabajadores han sido definidos y estudiados. Ese resto de barbarie, la comunidad primitiva de caución solidaria, se descompone por sí sola; la esclavitud ha sido aniquilada; el trabajo es libre; sus formas, concretas, y hay que aceptarlas así. Hay peones, jornaleros, colonos, y fuera de eso, nada.

–Pues Europa está descontenta de tales formas. Tan descontenta, que trata de hallar otras.

–Yo sólo digo esto –intervino Levin–. ¿Por qué no buscar nosotros por nuestra parte?

–Porque sería igual que si pretendiéramos volver a inventar procedimientos para la construcción de ferrocarriles. Estos procedimientos están ya inventados.

–Pero ¿si no convienen a nuestro país, si resultan perjudiciales? –insistió Levin.

Y otra vez observó la expresión de temor en los ojos de Sviajsky.

–¡En este caso celebremos nuestro triunfo y proclamemos que hemos encontrado lo que Europa buscaba! Todo eso está muy bien, pe-ro ¿saben ustedes lo que se ha hecho en Europa referente a la organización obrera?

–Muy poco.

–La cuestión apasiona ahora a los mejores cerebros europeos. Tenemos la escuela de Schulze–Delich... Existe además una amplia literatura sobre la cuestión obrera en el sentido más liberal, debida a Lassalle. En cuanto a la organización de Mulhouse, es un hecho.

Seguramente no la ignoran ustedes.

–Tengo una idea... pero muy vaga.

–Aunque diga eso, seguramente lo sabe tan bien como yo. No soy un profesor de sociología, pero eso me interesa y le aconsejo que, si le interesa también, la estudie.

–Y ¿a qué conclusiones ha llegado?

–Perdón, pero...

Los propietarios se levantaron. Sviajsky, habiendo detenido una vez más a Levin en su molesta costumbre de escrutar en las habitaciones interiores de su cerebro, saludó a los invitados que se marchaban.

XXVIII

Aquella noche Levin se aburría terriblemente en compañía de las señoras; le agitaba el pensamiento de que la insatisfacción que sentía por los asuntos de sus tierras no era exclusiva suya sino general en toda Rusia; que encontrar una organización en la que los obreros trabajasen como en la propiedad del campesino que vivía a mitad de camino de casa Sviajsky no era una ilusión, sino un problema que había que resolver, que era posible resolver y que había que intentarlo.

Después de saludar a las señoras y haber prometido quedarse todo el día siguiente, pa-ra ir juntos a caballo a ver

un derrumbamien-to que se había producido en un bosque del Estado, Levin, antes de retirarse, pasó al despacho de su amigo para coger los libros sobre cuestiones obreras que Sviajsky le había ofrecido.

El despacho era una pieza enorme, con muchas estanterías de libros y dos mesas, una grande, de escritorio, en el centro de la habitación, y otra redonda, con periódicos y revistas en todos los idiomas dispuestos en círculo en tomo a la lámpara.

Junto a la mesa escritorio se veía un archi-vador en cuyos cajones rótulos dorados indicaban los distintos documentos que contení-

an.

Sviajsky cogió unos libros y se sentó en una mecedora.

–¿Qué busca usted? –preguntó a Levin, que, parandose junto a la mesa redonda, miraba las revistas–. ¡Ah, sí! Ahí hay un artículo muy interesante –agregó, refiriéndose a la revista que Levin tenía en la mano–. Resulta

–añadió con alegre animación– que el principal culpable del reparto de Polonia no fue Fe-derico. Parece que...

Y Sviajsky, con su peculiar claridad, refirió brevemente aquellos nuevos a interesantes descubrimientos de indudable importancia.

Aunque a Levin le importaba sobre todo lo de la propiedad rural, oyendo a su huésped, se preguntaba: « ¿Cómo será el interior de este hombre? ¿En qué puede interesarle la división de Polonia?».

Y cuando terminó, Levin le preguntó, involuntariamente:

–Bueno, ¿y qué?... Pero no pudo obtener nada más.

Lo único interesante era que «resultaba»...

Sviajsky no explicó, sin embargo, ni lo creyó necesario, por qué le interesaba aquello.

–Me interesó mucho ese propietario rural tan enfadado –dijo Levin suspirando–. Es muy inteligente y en muchas de sus cosas tiene razón.

–¿Qué dice usted? Es un antiguo partidario de la servidumbre, como todos ellos –repuso Sviajsky.

–Todos ellos son los que usted representa...

–Sí, soy el representante de la nobleza, pero los llevo en otra dirección diferente a la que desean –rió Sviajsky.

–El asunto me interesa mucho ––dijo Levin–. Ese hombre acierta en que el cultivo racional de fincas va mal y que las únicas que prosperan son las de usureros, como las de aquel otro, tan callado, y la pequeña propiedad. ¿Quién tiene la culpa?

–Sin duda nosotros mismos. Y, además, no es cierto que la propiedad racional no prospere. Por ejemplo, Vasilchikov...

–Prospera la fábrica, no las tierras.

–No sé por qué se extraña, Levin. El pueblo ruso está a un nivel moral y material tan bajo que es natural que se resista a aceptar lo que necesita. En Europa la propiedad racional prospera porque el pueblo está educado, lo cual significa que nosotros debemos educar al pueblo y nada más.

–¿Es posible, acaso, educar al pueblo?

–Para educar al pueblo se necesitan tres cosas: escuelas, escuelas y escuelas.

–Usted ha dicho que el pueblo tiene un nivel muy bajo de desarrollo material. ¿En qué pueden servirle para eso las escuelas?

–Me recuerda usted la anécdota de los consejos sobre la enfermedad. «Pruebe a dar al enfermo un purgante.» «Ya se lo hemos dado y se siente peor.» «Póngale sanguijue-las.» «También, y empeora.» «Recen.» «Ya hemos rezado, y empeora...» Nosotros somos así. Yo le menciono la economía política y usted dice que eso es peor. Le hablo de socia-lismo y me contesta que es peor. Le hablo de la educación y me dice que es peor.

–¿De qué pueden servir las escuelas?

–Las escuelas despertarán en el pueblo nuevas necesidades.

–Eso no he podido comprenderlo nunca –

repuso Levin con animación–. ¿Cómo van a ayudar las escuelas al pueblo a mejorar su estado material? Dice usted que las escuelas y la educación despertarán en el pueblo otras necesidades? Pues peor que peor, porque el pueblo no podrá satisfacerlas. En qué el su-mar y restar y el catecismo puedan servir pa-ra mejorar el estado material no he podido entenderlo jamás. Anteayer encontré a una aldeana con un niño de pecho en brazos y le pregunté de dónde venía. Me contestó que el niño tenía tos ferina y le había llevado a la curandera para que le curase. «¿Y qué ha hecho la mujer para curar la tos ferina a la criatura?», le pregunté. «Ha puesto el niñito sobre la pértiga del gallinero y ha murmurado no sé qué palabras.»

–¿Lo ve usted? ¡Usted mismo lo ha dicho!

Para que la aldeana no lleve a curar a su niño a la pértiga de un gallinero es preciso...

–¡No! ––dijo Levin irritado–––. Esa curación del niño en la pértiga es para mí como la curación del pueblo en las escuelas. El pueblo es pobre a inculto. Eso lo vemos ambos con tanta claridad como la mujer ve la tos ferina porque el niño tose. Pero es tan incomprensible que las escuelas puedan hacer algo por la incultura y la miseria del pueblo como lo es que el niño cure de la tos ferina por ponérsele en la pértiga del gallinero. Lo que hay que aclarar es el motivo de la miseria del labriego.

–En eso, al menos, coincide usted con Spencer, que tan poco le gusta. También opina que la cultura sólo puede ser el resultado del bienestar y las comodidades de la vida y los frecuentes baños, como dice él, pero nunca del saber leer y contar.

–Celebro, o mejor dicho lamento, coincidir con Spencer. Pero sabía lo que dice hace mucho... Las escuelas no valen para nada; sólo serán útiles cuando el pueblo, siendo más ri-co y teniendo más tiempo libre, pueda fre-cuentarlas.

–Sin embargo, ahora, en toda Europa la enseñanza es obligatoria.

–¿Está usted de acuerdo en eso con Spencer o no? –repuso Levin.

Pero en los ojos de su amigo brilló otra vez la expresión de temor y dijo sonriendo:

–¡Lo que usted me ha contado de la tos ferina es maravilloso! ¿Es posible que lo haya oído usted mismo?

Levin comprendió que no podría hallar la relación entre la vida de aquel hombre y sus ideas. Se comprendía que le era indiferente la conclusión a la que le llevaran sus razonamientos; él necesitaba únicamente el proceso de pensar. Y se molestaba cuando éste le conducía a un callejón sin salida. Esto era lo único que no quería admitir y lo evitaba, cambiando la conversación con alguna sugestión graciosa y agradable.

Todas las impresiones del día, empezando por la del aldeano en cuyas tierras se había detenido y la cual le servía de base de todas sus ideas y sensaciones de hoy, agitaron profundamente a Levin. Aquel amable Sviajsky, que sostenía opiniones sólo para use general y que, evidentemente, poseía otros fundamentos de vida, ocultos para Levin, formaba parte de una innumerable legión de gente que dirigía la opinión pública mediante ideas que no sentían. Aquel enfadado propietario, acertado en sus reflexiones, deducidas a través de su experiencia de la vida, era injusto en sus apreciaciones sobre una clase entera –

y la mejor– de los habitantes de Rusia. Todo ello, más el descontento de sus ocupaciones y la vaga esperanza de que se hallara a todo remedio, se fundía en Levin en un sentimiento de interior inquietud y la espera de una pronta resolución.

Al quedar solo en el cuarto que le habían destinado, sobre el colchón de muelles que le hacía saltar inesperadamente pies y brazos a cada movimiento, Levin permaneció despierto largó rato. La conversación con Sviajsky, a pesar de haber dicho cosas muy atinadas, no logró en ningún momento interesarle, pero las ideas del viejo propietario merecían que se pensase en ellas. Involuntariamente recordaba sus palabras y corregía las respuestas que él le diera.

«Sí», pensaba, «debí decirle: Usted afirma que nuestras propiedades van mal porque el aldeano odia todos los perfeccionamientos, y en eso tiene razón. Pero el asunto va bien donde el aldeano obra según sus costumbres, como en la casa del viejo que vive a la mitad del camino. Nuestro descontento de las cosas demuestra que los culpables somos nosotros y no los trabajadores. Ya hace tiempo que obramos al modo europeo sin considerar las cualidades de la mano de obra. Probemos a reconocer la fuerza obrera no como una fuerza ideal de trabajadores, sino como un conjunto de aldeanos rusos, con sus instintos propios, y organicemos la explotación de nuestras propiedades con arreglo a ello. Imagine usted –debí decirle– que usted llevara su propiedad como el viejo del camino, y que hubiera sabido interesar en el éxito de la labor a los trabajadores y que hubiese aplicado el sistema de trabajo que ellos admiten. Entonces obtendría usted, sin agotar la tierra, dos o tres veces más que ahora. Divídalo en dos, dé la mitad a los obreros y usted recibirá más y la mano de obra también. Para ello hay que disminuir el nivel de ganancias a interesar a los obreros en el éxito. El cómo es cuestión de detalles, pero indudablemente esto es posible» .

Aquellas ideas agitaban de un modo extraordinario a Levin. Pasó sin dormir la mitad de la noche, reflexionando sobre la manera de realizar su pensamiento. No pensaba volver a casa al día siguiente, pero ahora resolvió marchar de madrugada. Además, aquella cu-

ñada del escote le despertaba un sentimiento análogo a la vergüenza y al arrepentimiento de haber hecho algo malo.

Sobre todo, tenía que volver pronto a casa para presentar a los campesinos un nuevo proyecto, antes de la sementera de otoño, a fin de poder sembrar ya en las nuevas condiciones.

Había decidido cambiar radicalmente el modo de dirigir su propiedad.

XXIX

La ejecución del plan de Levin ofrecía muchas dificultades, pero trabajó en ello activamente y aunque no llegó a lo que anhelaba, llegó a lo menos, a poder creer, sin engañar-se a sí mismo, que aquel asunto merecía sus desvelos. Uno de los principales obstáculos consistía en que la explotación estaba ya en marcha y era imposible interrumpirlo todo para volver a empezar de nuevo. Había que reparar la máquina mientras trabajaba.

Cuando, la misma tarde que llegó, comunicó sus planes al encargado, éste mostró visible satisfacción en la parte del discurso de Levin en que afirmaba que todo lo que había hecho hasta entonces era absurdo y no ofrecía ventaja alguna. El encargado afirmó que él venía diciéndolo desde tiempo atrás, aunque no se le escuchaba. Pero al manifestarle Levin sus deseos de que él tomara parte co-mo consocio, con todos los trabajadores, en la economía de la propiedad, el hombre se sintió invadido de un gran desánimo, y no dio opinión determinada; y como en seguida se puso a hablar de que había que recoger y llevar mañana las restantes gavillas de centeno y mandar que fuesen a ordeñar las vacas, Levin comprendió que no era momento oportuno para hablarle de la nueva organización.

Al tratar del asunto con los aldeanos proponiéndoles el arriendo de la tierra en nuevas condiciones, Levin hallaba el mismo obstáculo esencial: estaban tan ocupados en las tareas que no tenían tiempo para pensar en las ventajas o desventajas de la empresa.

El ingenuo Iván, el vaquero, pareció comprender muy bien la proposición de Levin de participar él y toda su familia en las ganancias de la vaquería, y manifestó al punto su conformidad. Pero cuando Levin le explicaba las ventajas del nuevo sistema, el rostro del campesino expresaba inquietud y pesar y, para no escucharle hasta el fin, pretextaba algún trabajo inexcusable: o bien había de echar pienso a la vaca madre, o llevar agua o barrer el estiércol.

Otra dificultad consistía en la invencible desconfianza de los aldeanos, que no podían creer que el propietario persiguiese otro objeto sino sacarles lo más posible. Estaban seguros de que su verdadero fin lo callaba y que sólo les decía lo que mejor convenía a sus planes.

Ellos, al explicarse, hablaban siempre mucho, pero nunca decían lo que se proponían en realidad. Además –y Levin pensaba que el amargado propietario tenía razón– los aldeanos imponían siempre como condición inexcusable de cualquier trato que no se les obligaría a emplear en el trabajo nuevos métodos ni nuevas máquinas.

Estaban conformes en que el arado moderno trabajaba mejor, en que el arado me-cánico era preferible, pero hallaban mil causas para justificar el no emplearlos ellos.

Levin comprendía que tendría que rebajar el nivel de la economía rural y renunciar a perfeccionamientos de una evidente ventaja.

Pero pese a las dificultades, se salió con la suya y en otoño la cosa marchaba a su gusto o, cuando menos, así se lo parecía.

En principio pensó arrendar toda la propiedad, tal como estaba, a los labriegos, jornaleros y encargado, en nuevas condiciones, co-mo consocios. Pero pronto vio que ello era

imposible y decidió dividir en partes la propiedad. El corral, jardín, huertas, prados y campos fueron repartidos en parcelas que debían corresponder a diversos grupos. El ingenuo Iván, el vaquero, que, según pareciera a Levin, comprendía la cosa mejor que nadie, escogió un grupo compuesto en su mayor parte por sus familiares y se convirtió en consocio del establo.

El campo apartado, dedicado a pastos, inculto desde hacía ocho años, fue elegido por el inteligente carpintero Fedor Resunov, con seis familias de aldeanos en nuevas condiciones de cooperación. El aldeano Churaev arrendó en iguales condiciones todas las huertas. El resto seguiría como antes, pero aquellas tres partes eran el principio del nuevo orden y ocupaban completamente a Levin.

Cierto que las cosas en el establo no iban mejor que anteriormente y que Iván se oponía tenazmente a que el local de las vacas tuviera calefacción y a que se elaborara manteca de leche fresca, afirmando que las vacas con el frío comerían menos y que la mantequilla de leche agria era más cómoda de guardar. Además insistía en hablar del suelo y no le interesaba que el dinero recibido por él no fuera sueldo, sino anticipos a cuenta de futuras ganancias. Verdad es que el grupo de Fedor Resunov no trabajó la tierra con arados, como estaba convenido, disculpándose con que quedaba poco tiempo. Verdad también que, aunque los aldeanos de este grupo habían convenido llevar la tierra en nuevas condiciones, no la consideraban común, sino arrendada, y más de una vez tanto los campesinos del grupo como el propio Fedor solían decir a Levin: «Tal vez fuera mejor entregarle dineros por esta tierra: sería más cómodo y nosotros tendríamos más libertad». También, con distintos pretextos, estos aldeanos apla-zaban la construcción convenida de una granja y corral, y así llegó el invierno. Era verdad que Churaev, que sin duda había comprendido mal

las condiciones en que recibía la tierra, quiso subarrendar los huertos, en parte, a los campesinos.

Era verdad, en fin, que, hablando a veces con los labriegos sobre las ventajas de la nueva explotación, Levin veía que ellos no hacían más que escuchar el sonido de su voz, dejando comprender que él podría decir lo que quisiera, pero que a ellos no había quien les engañase.

Lo notaba particularmente cuando hablaba con Resunov, que era el más inteligente de los campesinos, descubriendo en sus ojos un brillo especial que evidenciaba que se reía de Levin y que estaba seguro de que, si alguien iba a ser engañado, no sería ciertamente Fedor.

Pero, a pesar de todo esto, Levin creía que la empresa prosperaba y que, llevando las cuentas en regla a insistiendo en sus propósitos con miras al futuro, podría demostrarles las ventajas de aquel sistema, en cuyo caso las cosas marcharían por sí solas.

Aquellas ocupaciones, más las de la parte de su propiedad con que se quedó y la actividad literaria desplegada en su obra, le llenaron de tal modo todo el verano que apenas salió a cazar.

A finales de agosto se enteró por un criado que fue a devolverle su silla de que las Oblonsky se habían ido a Moscú. Comprendió que al cometer la grosería, de la que no podía acordarse sin enrojecer de vergüenza, de no contestar a Daria Alejandrovna, había quemado sus naves y no podría volver nunca a casa de los Oblonsky. Del mismo modo había obrado con los Sviajsky, de cuya casa se fuera sin despedirse. Pero tampoco a aquella ca-sa contaba volver nunca.

Todo ello, ahora, le era igual. Su tarea de organizar la propiedad sobre nuevos principios le ocupaba tan completamente como nunca en la vida lo hiciera actividad alguna.

Leyó los libros que le prestara Sviajsky, tomando notas de lo que no conocía; leyó también otros libros político–económicos y sociológicos que trataban del mismo asunto; pero, como suponía, no halló nada que se re-firiese a lo que le interesaba.

En los libros de economía política, por ejemplo en los de Mill, que fue el primer autor que Levin leyó con apasionamiento, esperando hallar a cada instante la solución de los problemas que le preocupaban, encontró leyes deducidas de la situación de la economía europea, pero no pudo aceptar que leyes inaplicables a Rusia habrían de ser generales.

Lo mismo vio en los libros socialistas: o eran hermosas e irrealizables fantasías, que ya le sedujeran de estudiante, o simples arreglos y reparaciones del estado de cosas que existía en Europa con el que la cuestión agraria rusa nada tenía de común.

La economía política decía que las leyes que regían y determinaban la riqueza europea eran leyes generales a indudables, mientras la escuela socialista afirmaba que el desarrollo según aquellas leyes conduce a la ruina. Y ni unos ni otros daban ni siquiera la menor indicación sobre lo que Levin y los campesinos rusos debían hacer con sus millones de brazos y de deciatinas a fin de que diesen el máximo rendimiento para el bienestar común.

Una vez que empezó, Levin leyó a conciencia cuanto se refería a su asunto y tomó la decisión de ir en otoño al extranjero para estudiar las cosas sobre el terreno y evitar

que le sucediera con aquel problema lo que con tanta frecuencia le había sucedido con los otros. En efecto, cuantas veces había discutido con alguien y, empezando a comprender a su interlocutor, se disponía a exponer su punto de vista, tantas otras se le había interrumpido diciéndole: «¿No ha leído a Kauffman, Dubois y Michelet? Léalos; han resuelto ya la cuestión».

Pero Levin veía ahora claramente que aquellos autores no habían resuelto nada. Ve-

ía que Rusia tenía tierras espléndidas y es-pléndidos trabajadores, y que, en algunos casos, como el de aquel viejo del camino, la tierra daba mucho, pero que, en la mayoría de las ocasiones, cuando el capital se aplicaba a la tierra al modo europeo, tierra y trabajadores producían poco, lo que dependía de que los trabajadores no querían trabajar ni trabajaban más que a su manera, y que esta resistencia no era casual, sino constante y basada en el propio espíritu del pueblo. Levin creía que el pueblo ruso llamado a poblar y cultivar enormes espacios no ocupados, hasta el momento en que todos lo estuviesen, empleaba,

conscientemente,

procedimientos

adecuados, se atenía a las costumbres necesarias para ello, y que tales procedimientos no eran, ni con mucho, tan malos como generalmente se creía. Y pretendía demostrarlo teóricamente en su libro y prácticamente en su propiedad.

XXX

A fines de septiembre llevaron madera pa-ra construir los establos en la tierra trabajada a medias, vendieron la mantequilla y se re-partieron los beneficios.

En la práctica, todo iba bien en la propiedad, o así se lo parecía a Levin. Y para acla-rarlo teóricamente y terminar la obra que, según sus ilusiones, no sólo produciría una revolución en la economía política, sino que destruiría completamente esta ciencia y ci-mentaría otra nueva, basada en las relaciones del pueblo y la tierra, sólo necesitaba ir al extranjero, estudiar sobre el terreno cuanto se hubiese hecho en aquel sentido y encontrar las pruebas evidentes de que todo lo realizado en este sentido era superfluo.

Levin no esperaba más que la venta del trigo candeal para cobrar el dinero y marcharse. Pero empezaron las lluvias, que no permitieron recoger el grano ni las patatas que habían quedado en el campo, se interrumpieron todos los trabajos y hasta la venta del trigo quedó suspendida. Los caminos estaban impracticables de barro, el agua arrastró dos molinos y el tiempo era cada vez peor.

El 30 de septiembre salió el sol desde por la mañana y Levin, confiando en un cambio de tiempo, comenzó seriamente a preparar el viaje.

Ordenó vender el trigo, envió a su encargado a cobrar en casa del comprador y salió a recorrer la propiedad para dar las últimas instrucciones antes de marchar al extranjero.

Lo arregló todo y, mojado del agua que ca-

ía a chorros sobre su gabán de cuero, filtrándosele por el cuello y por las aberturas de las botas, pero en excelente estado de ánimo, regresó a casa por la tarde.

El tiempo empeoró más aún por la noche.

El granizo castigaba de tal modo al caballo, ya empapado, que el animal marchaba de lado, sacudiendo la cabeza y las

orejas.

Pero Levin se sentía a gusto bajo su capucha y miraba alegremente, ora los turbios arroyos que corrían por las rodadas, ora las gotas de lluvia que pendían de cada ramita seca, ora las manchas blancas del granizo no fundido sobre las tablas del puente, ora las hojas, abundantes aún, de los olmos, que rodeaban de una capa espesa los troncos desnudos.

A pesar del tono sombrío de la naturaleza que le rodeaba, Levin se sentía agradablemente excitado. Su conversación con los labriegos en el pueblo lejano le había mostrado que iban acostumbrándose al nuevo orden de cosas.

El viejo guarda en cuya casa entró Levin a secarse parecía aprobar el actual sistema y hasta se ofreció para entrar como consocio en la compra de animales de labor.

«Insistiendo con tenacidad en mi fin, lo conseguiré», pensaba Levin. «Hay que trabajar. No es un interés personal, se trata del bien común. La manera de trabajar las tierras, la situación de todo el pueblo, deben cambiar. En vez de pobreza habrá riqueza y bienestar generales; en vez de enemistades, unión y comunidad de intereses. En una palabra, será una revolución incruenta, pero una gran revolución, primero en nuestro pequeño distrito provincial, luego en la provincia, más tarde en Rusia y en todo el mundo.

Porque una idea justa no puede ser infructuo-sa. Sí, para tal fin vale la pena trabajar. Y es-to lo hago yo, Kostia Levin, el mismo que fue al baile con corbata negra y a quien la princesa Scherbazky negó su mano; y el hecho de que sea un hombre tan insignificante y digno de lástima nada significa. Estoy seguro de que también Franklin se sentía

pequeño y no confiaba en sí mismo al recordar lo poco que era. No: esto no significa nada. También Franklin tenía seguramente su Agafia Mijailovna a la que confiaba sus secretos.»

Absorto con estas ideas, Levin llegó a casa ya oscurecido.

El encargado había ido a ver al comprador del trigo y venía con parte del dinero. El trato con el guarda había quedado hecho y por el camino el encargado supo que en todas partes el trigo estaba aún sin recolectar, así que los ciento sesenta almiares propios que habí-

an quedado sin recoger no eran nada comparados con lo que tenían los demás.

Levin, como siempre, después de comer se sentó en la butaca con su libro y, mientras leía, continuó pensando en el viaje que iba emprender relacionado con su obra. Hoy veía con especial claridad toda la importancia de su empresa, y la esencia de sus pensamientos se iba traduciendo en su cerebro en redondos períodos, en frases concretas.

«Tengo que apuntarlo», pensó. «Esto constituirá la breve introducción que antes he considerado innecesaria.»

Se levantó para acercarse a su mesa escritorio y «Laska», que estaba tendida a sus pies, se levantó también, estirándose, y le miró como preguntándole adónde tenía que ir.

No tuvo tiempo de apuntar nada, porque llegaron los capataces y Levin hubo de salir al recibidor para hablar con ellos.

Después de darles órdenes para el día siguiente fue a su despacho y empezó a trabajar. «Laska» se acomodó a sus

pies y Agaña Mijailovna se sentó en su puesto de siempre a hacer calceta.

Después de escribir un rato, Levin recordó de pronto a Kitty con extraordinaria claridad, evocando su negativa y su último encuentro, y con este recuerdo se levantó y empezó a pasearse por la estancia.

–Está usted aburriéndose –dijo Agafia Mijailovna–. ¿Por qué se queda en casa? Habría hecho bien en irse a las aguas, puesto que tiene el viaje preparado.

–Me voy pasado mañana. Pero antes tengo que dejar arreglados mis asuntos de aquí.

–¿Qué asuntos? ¿Le parece poco lo que ha hecho por los campesinos? ¡Por algo dicen que su señor va a recibir una buena recompensa del Zar! Pero ¡qué raro es que se preocupe usted de ellos!

–No me preocupo sólo de ellos; hago también una cosa útil para mí.

Agafia Mijailovna conocía con detalle todos los planes de Levin sobre su finca. Éste explicábale a menudo minuciosamente sus pensamientos y a veces discutía con ella cuando no estaba de acuerdo con sus explicaciones.

Pero ahora Agafia Mijailovna había dado a sus palabras una interpretación muy diferente al sentido con que él las dijera.

–Sabido es que de aquello que uno debe preocuparse más es de su alma –dijo suspirando–. Pero, mire, Parfen Denisich, que no sabía leer ni escribir, murió hace poco con una muerte que así nos mande Dios a todos –

y añadió, refiriéndose a aquel criado fallecido recientemente–: Le confesaron y le dieron la extremaunción.

–No me refiero a eso –repuso Levin–. Digo que trabajo por mi propio provecho. Cuanto mejor trabajen los campesinos más gano yo.

–Haga usted lo que quiera: el perezoso continuará en su pereza. El que tiene conciencia trabaja bien. Si no la tiene, es inútil hacer nada.

–Pues usted misma dice que Iván cuida mejor ahora los animales.

–Una cosa le digo –respondió Agafia Mijailovna, y se notaba que no lo decía por azar, sino que era el fruto de un pensamiento muy madurado–. Necesita usted casarse. Eso es lo que tiene que hacer.

Que ella mencionase lo que él pensaba en aquel momento disgustó y enojó a Levin.

Arrugó el entrecejo y, sin contestarle, comenzó de nuevo a trabajar, repitiéndose cuanto pensaba sobre la trascendencia de aquel trabajo.

De vez en cuando escuchaba, en el silencio, el rumor de las agujas de Agafia Mijailovna que le llevaban a recordar lo que no quería. Y fruncía de nuevo las cejas.

A las nueve se oyó un ruido de campanillas y el sordo traqueteo de un carruaje avanzando por el barro.

–Vaya, ya tiene usted visitas. Así no se aburrirá tanto –––dijo Agafia Mijailovna dirigiéndose a la puerta.

Pero Levin se adelantó. Su trabajo no prosperaba de momento y se alegraba de que llegase un visitante, fuera quien fuera.

XXXI

En la mitad de las escaleras, Levin oyó en el recibidor una conocida tosecilla, aunque no muy clara, porque la apagaban sus propios pasos. Esperaba haberse equivocado; vio luego una silueta alta y huesuda que le era familiar, y parecíale que no podía engañarse, pero continuaba confiando en que sufría un error y que aquel hombre alto que se quitaba el abrigo tosiendo no era su hermano Nicolás.

Levin quería a su hermano, pero vivir con él siempre había constituido para él un tormento. Ahora, bajo el influjo del pensamiento que de pronto le acudió a la mente y en virtud de la indicación de Agafia Mijailoyna, se encontraba en un estado de ánimo muy confuso, y ver a su hermano le era particularmente penoso.

En vez de un visitante, extraño, sano y alegre, que Levin esperaba que pudiera dis-traerle de su preocupación, se veía obligado a tratar a su hermano, que le comprendía a fondo, y que leería en sus pensamientos más recónditos y le forzaría a hablar con toda sinceridad. Y Levin no lo deseaba.

Irritado contra sí mismo por aquel mal sentimiento, bajó al recibidor. Pero apenas vio a su hermano, aquel sentimiento de decepción personal se desvaneció en él sustituido por la compasión.

Antes, el aspecto de su hermano, con su terrible delgadez y su estado enfermizo, era aterrador; pero ahora había adelgazado todavía más y se le veía completamente agotado.

Era un esqueleto cubierto sólo con la piel.

Nicolás, de pie en el recibidor, sacudía su cuello delgado, quitándose la bufanda, mientras sonreía de un modo lastimero y extraño.

Viendo aquella sonrisa débil y sumisa, Levin sintió que un sollozo le oprimía la garganta.

–¡Al fin he venido a tu casa –dijo Nicolás, con voz apagada, sin apartar un segundo los ojos del rostro de su hermano–. Hace tiempo que me lo proponía, pero me hallaba muy mal. Ahora mi salud ha mejorado mucho –

concluyó secándose la barba con las grandes y flacas palmas de sus manos.

–Bien, bien –contestó Levin.

Y se asustó más aún cuando, al besar a su hermano, sintió en sus labios la sequedad de su cuerpo y vio de cerca el extraño brillo de sus grandes ojos.

Algunas semanas antes, Constantino Levin había escrito a Nicolás diciéndole que había vendido la pequeña parte de tierras que quedaba sin repartir y que podía cobrar lo que le correspondía, que eran unos dos mil rublos.

Nicolás dijo que venía a cobrar aquella cantidad y, sobre todo, a pasar algún tiempo en la casa natal, tocar con su planta la tierra y, como los antiguos héroes, recibir fuerzas de ella para su futura actividad.

A pesar de su mayor encorvamiento, de su increíible delgadez, sorprendente en su estatura, sus movimientos eran, como siempre, rápidos a impulsivos.

Levin le acompañó a su despacho. Su hermano se mudó con especial cuidado –cosa que antes no hacía nunca–, peinó sus cabellos escasos y rígidos y subió, sonriendo, al piso alto.

Estaba de excelente humor, alegre y cari-

ñoso como su hermano le recordaba en su infancia, y hasta mencionó sin rencor a Sergio Ivanovich. Al ver a Agafia Mijailovna, bromeó con ella y le preguntó por los antiguos servidores. Se impresionó al saber la muerte de Parfen Denisich y en su rostro se dibujó una expresión de temor; pero recobró-

se en seguida.

–Era muy viejo –observó, cambiando de conversación–. Pues sí, pasaré contigo un par de meses y luego me volveré a Moscú. Miag-kov me ha prometido un empleo; trabajaré...

Quiero modiîîicar mi vida –continuó diciendo–.

¿Sabes que me he separado de aquella mujer?

–¿De María Nicolaevna? ¿Por qué?

–Porque era una mala mujer. Me dio muchos disgustos.

No dijo cuáles, sintiéndose incapaz de confesar que se había separado de ella por hacerle un té demasiado flojo y principalmente por cuidarle como a un enfermo.

–En una palabra, quiero cambiar de raíz mi modo de vivir. He cometido tonterías, como todos, pero no me arrepiento de ninguna. He perdido mis bienes, pero tampoco esto me interesa. La salud es lo principal y, gracias a Dios, ahora me he repuesto.

Levin le oía sin saber qué decir. Seguramente Nicolás sentía lo mismo y se puso a hacerle preguntas sobre sus asuntos. Y Levin, contento de poder hablar de sí mismo, porque de este modo ya no necesitaba fingir, le expuso sus planes futuros y el sentido de su actividad.

Su hermano le escuchaba, pero era evidente que aquello no le interesaba.

Los dos hombres se sentían tan próximos el uno al otro que el más insignificante movimiento, hasta el tono de su voz, decía más para ambos que cuanto pudieran expresar las palabras.

Ahora los dos sentían lo mismo: la inminencia de la muerte de Nicolás, que pesaba sobre todo lo demás y lo borraba. Ni uno ni otro osaban, sin embargo, hablar de ello, y por esto todo lo que hablaban eran falsedades, pues que no expresaban lo que había en sus pensamientos. Jamás Levin se alegró tanto como aquel día de que llegase la hora de irse a dormir; jamás ante ningún extraño, en ninguna visita de cumplido, estuvo tan falso y artificial.

La conciencia de su falta de naturalidad y el arrepentimiento de ella aumentaban cada vez más. Sentía ganas de llorar viendo a su hermano tan querido próximo a la muerte y, no obstante, había de escucharle contar sus planes de vida.

La casa era húmeda y sólo una pieza tenía calefacción, por lo cual Levin acomodó a su hermano en su propio dormitorio, detrás de una mampara.

Durmiera o no, su hermano se agitaba como un enfermo, tosía y, cuando la tos no le aliviaba, gemía. De vez en cuando exhalaba un suspiro y exclamaba: «¡Ay, Dios mío!». Y

cuando la expectoración le ahogaba decía irritado: «¡Ah, diablo!» .

Levin, oyéndole, no pudo dormirse hasta muy tarde. Sus diversos pensamientos se resumían en uno: el de la muerte.

La muerte, como fin inmediato de todo, surgió en su cerebro por primera vez. Y la muerte estaba aquí, con aquel hermano querido que, a medio dormir, invocaba a Dios o al diablo, con indiferencia y por costumbre.

La muerte, pues, no se hallaba tan lejos co-mo creyera antes. Estaba en sí mismo. Levin la sentía. Si no hoy, mañana, y si no dentro de treinta años. Pero la muerte vendría. ¿Qué más daba cuando viniera? Y lo que fuera aquella muerte inevitable no sólo Levin no lo sabía ni lo meditaba nunca, sino que ni se atrevía a pensar en ella.

«Trabajo, trato de hacer algo y olvido que todo termina, que existe la muerte.»

Estaba sentado en la cama, en la oscuridad, encorvado, abrazando sus rodillas. Retenía la respiración para concentrar su mente y pensaba. Pero cuanto más forzaba su pensamiento, con más claridad veía que aquello era así, que había olvidado un pequeño detalle: que la muerte llegaría y que contra la muerte nada se podría hacer. Era terrible, pero era así.

«Sin embargo, todavía estoy vivo. ¿Qué debo hacer? ¿Qué haré ahora?», se decía desesperado.

Encendió la bujía, se levantó con precaución y se miró al espejo cabellos y rostro. Sí: en las sienes había canas. Abrió la boca. Las muelas posteriores empezaban a cariarse.

Descubrió sus musculosos brazos. Tenía mucha fuerza, sí, pero también Nicoleñka, que ahora respiraba a su lado con los restos de sus pulmones, había tenido un día el cuerpo vigoroso.

Recordó de repente cuando, de niños, dormían ambos en la misma habitación y sólo esperaban que Fedor Bogdanovich saliera pa-ra poder tirarse los almohadones mutuamente y reír, reír sin freno, sin que el miedo.a Fedor Bogdanovich pudiera reprimir aquella conciencia de la alegría de vivir que desbordaba de ellos y crecía como la espuma...

« Y ahora Nicoleñka tiene el pecho hundido y vacío y yo... yo no sé para qué debo vivir ni qué puedo esperar.»

–¡Ejem, ejem! ¡Ah, diablo! –exclamó su hermano–. ¿Por qué das tantas vueltas y no te duermes?

–No sé. Tengo insomnio.

–Pues yo he dormido muy bien. Ni siquiera tengo sudor. Mira, toca mi camisa. ¿Verdad que no tengo sudor?

Levin tocó la camisa, se fue detrás de la mampara y apago la luz, pero no pudo dormirse en mucho rato.

Apenas había solucionado el problema de cómo vivir, se le presentaba ya otro insoluble: la muerte.

«Mi hermano está muriéndose. Morirá quizá para la primavera. ¿Y cómo puedo ayudarle? ¿Qué puedo decirle? ¿Qué sé yo de la muerte, si hasta había olvidado que existiese? ...»

XXXII

Levin había observado que cuando los hombres extreman su condescendencia y docilidad hasta el exceso no tardan en hacerse insoportables con sus exigencias y su susceptibilidad exageradas, y tenía la sensación de que así había de suceder también con su hermano.

Y, en efecto, la docilidad de Nicolás duró poco. Desde la mañana siguiente volvió a mostrarse irritable y se aplicaba a buscar pendencias con su hermano, hiriéndole en los puntos más delicados de su sensibilidad.

Levin, sin poderlo remediar, se sentía culpable. Adivinaba que, de no haber fingido y de haberse hablado los dos, como se dice, con el corazón en la mano, esto es, expresando sinceramente lo que pensaban y sentí-

an, se habrían mirado a los ojos el uno al otro y Constantino habría pronunciado una interminable retahíla de «Vas a morir, a morir, a morir...», mientras Nicolás le habría contestado siempre: «Lo sé y tengo miedo, tengo miedo...».

Nada más que esto podían haberse dicho de haber hablado con el corazón en la mano.

Pero así habría sido imposible vivir y por ello Constantino se esforzaba en hacer lo que había intentado durante toda su existencia y lo que había observado que otros hacían tan bien, aquello sin lo cual la vida era imposible: decir lo que no pensaba. Continuamente se daba cuenta de que no conseguía su propósi-to, de que su hermano le adivinaba el juego, y ello le llenaba de irritación.

Al tercer día, Nicolás pidió a su hermano que le explicase su plan y, no sólo lo criticó, sino que, adrede, lo empezó a confundir con el comunismo.

–Has tomado un pensamiento ajeno, lo has estropeado y quieres aplicarlo aquí en donde es inaplicable.

–Te digo que no tiene nada que ver con el comunismo, el cual niega la propiedad, el capital y la herencia. Yo no niego ese estímulo esencial –aunque Levin odiaba estas palabras, desde que se ocupaba de aquella cuestión empleaba con más frecuencia terminolo-gía extranjera–. Yo no aspiro más que a regular el trabajo.

–Es decir, que has tomado una idea ajena, quitándole cuanto tenía de sólido, y aseguras que es algo nuevo –dijo Nicolás, arreglándose nerviosamente la corbata.

–Mi idea no tiene nada de común con...

–En aquello otro –decía Nicolás, con los ojos brillantes de irritación y sonriendo con ironía– hay por lo menos el encanto de lo geométrico, el encanto de lo claro y evidente.

Quizá sea una utopía, pero imaginemos que pueda hacerse tabla rasa de todo lo pasado y no haya ya ni propiedad ni familia, y según eso se organiza el trabajo. ¡Pero tú no ofreces nada de eso!

–¿Por qué te empeñas en confundir las cosas? Jamás he sido comunista.

–Yo lo he sido y la idea me pareció prema-tura, pero razonable para el porvenir, como el cristianismo en los primeros tiempos.

–Pues yo no creo sino que hay que considerar la mano de obra desde el punto de vista de la Naturaleza, estudiarla, conocer sus características y...

–Es del todo inútil. Esa fuerza halla por sí sola, a medida que se desarrolla, el empleo propio de su actividad. En todas partes ha habido primero esclavos y luego trabajadores a medias. También nosotros los tenemos; existen peones, colonos... ¿Qué buscas aún?

Levin se agitó súbitamente al oírle porque en el fondo de su ser adivinaba que el reproche era cierto, que acaso trataba de situarse entre el comunismo y el sistema establecido y que probablemente ello era imposible.

–Busco medios de trabajar con provecho para mí y para el trabajador. Quiero arreglar... –empezó animadamente.

–No quieres arreglar nada. Has vivido siempre así, tratando de ser un hombre original y mostrar que si explotas a los campesinos es en nombre de una idea.

–Bien: si lo crees así, déjame en paz contestó Levin, sintiendo que el músculo de su mejilla izquierda temblaba involuntariamente.

–No has tenido ni tienes opiniones personales, y no aspiras más que a satisfacer tu amor propio.

–Bien; supongamos que así sea y déjame en paz.

–Muy bien, te dejo en paz y ya puedes irte al diablo. Lamento profundamente haber venido.

Pese a todos los esfuerzos de Levin para calmar a su hermano, Nicolás ya no quiso escuchar nada más, diciendo que valía más separarse, y Constantino comprendió que su hermano estaba ya harto de vivir allí.

Ya se hallaba Nicolás preparado para marcharse cuando Levin entró en su cuarto y le pidió, algo forzadamente, que

le perdonara si le había ofendido en algo.

–¡Oh, qué alma tan magnánima! –dijo Nicolás, sonriendo–. Si quieres quedar como justo, te concedo ese placer. Tienes razón; admito tus excusas, pero, de todos modos, me marcho.

Antes de despedirse, Nicolás besó a su hermano y le dijo, mirándole con gravedad a los ojos:

–A pesar de todo, no me guardes rencor, Kostia.

Y su voz temblaba.

Fueron éstas las únicas palabras sinceras que pronunciaron.

Levin entendió que debía interpretarlas así: «Ya ves y sabes lo mal que estoy, y que acaso no volvamos a vernos». Lo comprendió y las lágrimas brotaron de sus ojos. Besó una vez más a su hermano, pero no supo ni pudo decirle nada.

A los tres días de haberse ido Nicolás, Levin marchó al extranjero.

En el tren encontró a Scherbazky, el primo hermano de Kitty, quien se extrañó del aspecto sombrío de Levin.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

–Nada. Pero en este mundo hay muy pocas cosas alegres. –¿Que hay pocas cosas alegres? ¿Quieres venir conmigo a París en lugar de ir a ese Mulhouse? ¡Ya verás si aquello es alegre o no!

–Para mí todo esto ha pasado y es hora ya de ir pensando en la muerte.

–¡Caramba! ¡Dices unas cosas! ¡Y yo que me dispongo a comenzar a vivir!

–También yo pensaba así hace poco. Pero ahora estoy seguro de que no tardaré en morir.

Las palabras de Levin reflejaban sinceramente su pensamiento de estos últimos tiempos. En todas partes veía sólo la muerte o su proximidad.

No obstante, la obra iniciada le preocupaba. Debía vivir de un modo a otro el resto de su vida hasta que llegara la muerte. La oscuridad le cerraba todo camino, pero precisamente, a consecuencia de aquella oscuridad, comprendía que la única luz que podía guiarle en ella era su empresa. Y Levin se aferraba a ella con todas las energías.

CUARTA PARTE

I

Los Karenin, marido y mujer, seguían viviendo en la misma casa y se veían a diario; pero eran completamente extraños entre sí.

Alexey Alejandrovich se impuso la norma de ver diariamente a su esposa para evitar que los criados adivinasen lo que sucedía, aunque procuraba no comer en casa.

Vronsky no visitaba nunca a los Karenin, pero Ana le veía fuera y su esposo lo sabía.

La situación era penosa para los tres y ninguno la habría soportado un solo día de no esperar que cambiase, como si se tratara de una dificultad pasajera y amarga que había de disiparse sin tardar.

Karenin confiaba en que aquella pasión pasaría, como pasa todo, que todos habían de olvidarse de ella y que su nombre continuaría sin mancha.

Ana, de quien dependía principalmente aquella situación y a quien le resultaba más penosa que a nadie, la toleraba porque, no sólo esperaba, sino que creía firmemente que iba a tener un pronto desenlace y a quedar clara. No sabía cómo iba a producirse tal desenlace, pero estaba absolutamente convencida de que ocurriría sin tardar.

Vronsky, involuntariamente sometido a Ana, confiaba también en una intervención exterior que había de zanjar todas las dificultades.

A mediados de invierno, Vronsky pasó una semana muy aburrida. Fue destinado a acompañar a un príncipe extranjero que visitó San Petersburgo, y al que debía llevar a ver todo lo digno de ser visto en la ciudad. Este honor, merecido por su noble apostura, el gran respeto y dignidad con que sabía comportarse y su costumbre de tratar con altos personajes, le resultó bastante fastidioso. El Príncipe no quería pasarse por alto ninguna de las cosas de interés que pudiera haber en Rusia y sobre las cuales pudiera ser preguntado después en su casa. Quería, además, no perder ninguna de las diversiones de allí. Era preciso, pues, orientarle en ambos aspectos.

Así, por las mañanas, salían a visitar curiosidades y por las noches participaban en las diversiones nacionales. El Príncipe gozaba de una salud excelente y hasta extraordinaria en hombres de su alta jerarquía, y, gracias a la gimnasia y a los buenos cuidados había infundido a su cuerpo un vigor tal, que, pese a los excesos con que se entregaba en los placeres, estaba tan lozano como uno de esos enormes pepinos holandeses, frescos y verdes.

Viajaba mucho y opinaba que una de las grandes ventajas de las modernas facilidades de comunicación consistía en la posibilidad de gozar sobre el terreno de las diferentes diversiones de moda en cualquier país.

En sus viajes por España había dado serenatas y había sido el amante de una española que tocaba la guitarra. En Suiza, había matado un rebeco en una cacería. En Inglaterra, vestido con una levita roja, saltó cercas a caballo, y mató, en una apuesta, doscientos fai-sanes. En Turquía, visitó los harenes, en la India montaba elefantes y ahora, llegado aquí, esperaba saborear todos los placeres típicos de Rusia.

A Vronsky, que era a su lado una especie de maestro de ceremonias, le costaba mucho organizar todas las diversiones rusas que diferentes personas ofrecían al Príncipe. Hubo paseos en veloces caballos, comidas de blini, cacerías de osos, troikas, gitanas y franca-chelas acompañadas de la costumbre rusa de romper las vajillas. El Príncipe asimiló el ambiente ruso con gran facilidad: rompía las bandejas con la vajilla que contenían, sentaba en sus rodillas a las gitanas y parecía preguntar:

«¿No hay más? ¿Sólo consiste en esto el espíritu ruso?»

A decir verdad, de todos los placeres rusos, el que más agradaba al Príncipe eran las artistas francesas, una bailarina de bailes clá-

sicos y el champaña carta blanca. Vronsky estaba acostumbrado a tratar a los príncipes, pero, bien porque él mismo hubiera cambiado últimamente, o por tratar demasiado de cerca a aquel personaje, la semana le pareció terriblemente larga y penosa. Durante toda ella experimentaba el sentimiento de un hombre al lado de un

loco peligroso, temiendo, a la vez, la agresión del loco y perder la razón por su proximidad.

Se hallaba, pues, en la continua necesidad de no aminorar ni un momento su aire de respeto protocolario y severo para no mostrarse ofendido. Con gran sorpresa suya, el Príncipe solía tratar despectivamente a las personas que se afanaban en ofrecerle diversiones típicas. Sus opiniones sobre las mujeres rusas, a las que se proponía estudiar, más de una vez encendieron de indignación las mejillas de Vronsky.

La causa principal de que el Príncipe le resultase tan insoportable era que Vronsky, sin él quererlo, se veía reflejado en el otro, y lo que veía en aquel espejo no halagaba en manera alguna su amor propio. Veía a un hombre necio muy seguro de sí mismo, rebosante de salud, y esmerado en el cuidado de su persona y nada más. Era, es verdad, un caballero, y eso Vronsky no podía negarlo. Era, como él, llano y no adulador con sus superiores, natural y sencillo con sus iguales y despectivamente bondadoso con sus inferiores.

Vronsky era también así y lo consideraba como un gran mérito; pero como, en comparación con el Príncipe, él era inferior, el trato despectivamente bondadoso que se le dispensaba le ofendía.

«¡Qué necio! ¿Es posible que también yo sea así?», se preguntaba.

Fuese como fuese, al séptimo día, en una estación intermedia, de regreso de una cacería de osos en la que durante toda la noche había el Príncipe ensalzado la bravura rusa, pudo al fin Vronsky despedirse de él, que partía para Moscú; el joven, después de haberle oído expresar su agradecimiento, se sintió feliz de que aquella situación

enojosa hubiese concluido y de no tener que mirarse más en aquel espejo detestable.

II

Al volver a casa, Vronsky halló un billete de Ana, que le escribía:

Estoy enferma y soy muy desgraciada. No puedo salir, pero tampoco vivir sin verle.

Venga esta noche. A las siete, Alexey Alejandrovich sale para ir a un consejo y estará fuera hasta las diez.

Vronsky reflexionó un momento. La invitación de Ana a que fuera a verle a su casa, a pesar de la prohibición de su marido, le parecía extraña, pero, no obstante, decidió ir.

Aquel invierno, Vronsky, nombrado coronel, había dejado el regimiento y vivía solo.

Después de almorzar, se tendió en el diván y, a los cinco minutos, los recuerdos de las grotescas escenas que viviera en los últimos dí-

as, se mezclaron en su cerebro con imágenes de Ana y del campesino que desempeñara el papel de batidor en la caza del oso, y se durmió.

Despertó en la oscuridad, sobrecogido de terror, y encendió precipitadamente una bu-jía.

«¿Qué pasa? ¿Qué he soñado ahora? ¡Ah, sí! El campesino que organizaba la batida, aquel campesino sucio, de barbas desgreñadas, hacia no sé qué cosa, inclinándose, y de pronto empezó a hablar en francés... Unas palabras muy

extrañas... Pero no había en ello nada terrible. ¿Por qué me lo pareció tanto?», se dijo.

Recordó vivamente al campesino y las incomprensibles palabras en francés que pronunciara, y un escalofrío de horror le hizo es-tremecen

«¡Qué tontería! » , pensó.

Miró el reloj. Eran los ocho y media. Llamó al criado, se vistió precipitadamente y salió, olvidando el sueño y con la sola preocupación de que acudía tarde. Cuando llegaba a casa de los Karenin, eran las nueve menos diez.

Un coche estrecho y alto, con dos caballos grises, estaba parado junto a la puerta, y Vronsky reconoció el carruaje de Ana.

«Se proponía ir a mi casa», pensó. «Y

hubiera sido mejor. Me es desagradable entrar aquí. Pero, es igual. No puedo es-conderme.» Y con la desenvoltura, adquirida desde la infancia, del hombre que no tiene nada de qué avergonzarse, descendió del trineo y se acercó a la puerta. Ésta se abrió en aquel momento. El portero, con la manta de viaje bajo el brazo, apareció llamando el coche.

Vronsky, aunque no solía fijarse en pormenores, notó la expresión de sorpresa con que aquél le miraba. Casi en el umbral, el joven tropezó con Alexey Alejandrovich, cuyo rostro, exangüe y enflaquecido bajo el sombrero negro, y la corbata blanca que brillaba entre la piel de su abrigo de nutria, quedaron un momento iluminados por la luz del gas.

Karenin fijó por un momento sus ojos apagados a inmóviles en el rostro de Vronsky, movió los labios, como si masticase, se tocó el sombrero con la mano y paso. Vronsky vio cómo,

sin volver la cabeza, subía al coche, cogía por la ventanilla la manta y los prismá-

ticos y desaparecía.

El joven entró en el recibidor, con el entrecejo fruncido y los ojos brillantes de orgullo y de animosidad.

«¡Qué situación!», pensaba. «Si este hombre se hubiera decidido a luchar, a defender su honor, yo habría podido obrar, expresar mis sentimientos... Pero, por debilidad o bajeza, me coloca en la desairada posición de un burlador, cosa que no soy ni quiero ser.»

Desde su entrevista con Ana junto al jardín de Vrede, los sentimientos de Vronsky habían experimentado un cambio. Imitando involuntariamente la debilidad de Ana, que se había entregado toda a él y de él esperaba la decisión de su suerte, resignada a todo de antemano, hacía tiempo que había dejado de pensar que aquellas relaciones pudieran terminar, como había creído en aquel momento.

Sus planes ambiciosos quedaron de nuevo relegados y, reconociendo que había salido de aquel círculo de actividad en el que todo estaba definido, se entregaba cada vez más a sus sentimientos, y sus sentimientos le liga-ban más y más a Ana.

Ya desde el recibidor, Vronsky sintió los pasos de ella alejándose, y comprendió que le esperaba, que había estado escuchando y que ahora volvía al salón.

–¡No! –exclamó Ana al verle, y apenas lo hubo dicho, las lágrimas afluyeron a sus ojos–. No, si esto continúa, lo que ha de pasar pasará muchísimo antes de lo debido.

–¿A qué te refieres, querida?

–¿A qué? Llevo esperando y sufriendo una o dos horas. No, no continuaré así. Pero no quiero enfadarme contigo. Seguramente no habrás podido venir antes. Me callaré...

Le puso ambas manos en los hombros y le contempló con profunda y exaltada mirada, aunque escrutadora a la vez. Estudiaba el rostro de Vronsky buscando los cambios que pudieran haberse producido en el tiempo que hacía que no se habían visto. Porque, en todos sus encuentros con Vronsky Ana confundía

la

impresión

imaginaria

–

incomparablemente superior, excesivamente buena para ser verdadera–, que él le producía, con la impresión real.

III

–¿Le has encontrado –preguntó ella, cuando se sentaron junto a la mesa, en la que ar-día una lámpara–. Es el castigo por tu tardanza.

–Pero, ¿qué ha sucedido? ¿No tenía que asistir al consejo?

–Estuvo allí y volvió, y ahora otra vez se va no sé adónde. Es igual. No hablemos de eso. ¿Dónde has estado? ¿Has estado siempre con el Principe?

Ana conocía todos los detalles de su vida.

Vronsky se proponía decirle que, no habiendo descansando en toda la noche, se había quedado dormido; pero, mirando

aquel rostro conmovido y feliz, se sintió avergonzado y, cambiando de idea, dijo que había tenido que ir a informar de la marcha del Principe.

–¿Ha terminado todo? ¿Se ha ido?

–Sí, gracias a Dios. No sabes lo molesto que me ha sido.

–¿Por qué? Al fin y al cabo llevabais la vida habitual de todos vosotros, los jóvenes –dijo Ana, frunciendo las cejas. Y, cogiendo la labor que tenía sobre la mesa, se puso a hacer cro-ché, sin mirarle.

–Hace tiempo que he dejado esa vida–

repuso él, extrañado por el cambio de expresión del rostro de Ana y tratando de comprender su significado–. Te confieso ––

continuó, sonriendo y mostrando, al hacerlo, sus dientes blancos y apretados– que durante esta semana me he mirado en el Principe como en un espejo, y he sacado una impresión desagradable.

Ana tenía la labor entre las manos, pero no hacía nada y le miraba con ojos extrañados, brillantes.

–Esta mañana ha venido Lisa, que aún no teme invitarme, a pesar de la condesa Lidia Ivanovna ––dijo Ana– y me habló de la noche de ustedes en «Atenas». ¡Qué asco!

–Quisiera decirte...

Ella le interrumpió:

–¿Estaba Teresa, esa Thérèse con la que ibas antes?

–Quisiera decirte...

–¡Cuán bajos sois todos los hombres! ¿Es posible que imaginéis que una mujer pueda olvidar eso? ––decía Ana, agitándose más cada vez y explicándole así la causa de su inquietud–. ¡Sobre todo, una mujer como yo, que no puede saber lo pasado! ¿Qué sé yo?

¡Sólo lo que tú me has dicho! ¿Y quién me asegura que dices la verdad?

–Me ofendes, Ana. ¿Es que no me crees?

¿No te he dicho que no te oculto ningún pensamiento?

–Sí, sí –repuso ella, esforzándose visiblemente en alejar sus celos–. Pero ¡si supieras lo que siento! Te creo, te creo... Bueno, ¿qué me decías?

Pero Vronsky había olvidado lo que quería decirle. Aquellos accesos de celos que, con más frecuencia cada vez, sufría Ana, le asustaban, y, aunque se esforzaba en disimularlo, enfriaban su amor hacia ella, a pesar de saber que la causa de sus celos era la pasión que por él sentía.

Muchas y muchas veces se había repetido que la felicidad no existía para él sino en el amor de Ana, y ahora que se sentía amado apasionadamente, como puede serlo un hombre por quien lo ha sacrificado todo una mujer, ahora Vronsky se sentía más lejos de la felicidad que el día en que había salido de Moscú en pos de ella. Entonces se consideraba desgraciado, pero veía la dicha ante él.

Ahora, en cambio, sentía que la felicidad mejor había ya pasado. Ana no se parecía en nada a la Ana de los primeros tiempos. Moral y físicamente había empeorado. Estaba más gruesa y ahora mismo, mientras le estaba hablando de la artista, una expresión malévo-la afeaba sus facciones.

Vronsky la contemplaba como a una flor que, cortada por él mismo, se le hubiese marchitado entre las manos, y en la cual apenas se pudiese reconocer la belleza que incitara a cortarla. Y, no obstante, experimentaba la sensación de que aquel amor que antes, cuando estaba en toda su fuerza, hubiese podido arrancar de su alma, de habérselo propuesto firmemente, ahora le sería imposible arrancarlo. No; ahora no po-día separarse de ella.

–Bueno, ¿y qué ibas a decirme del Príncipe? –preguntó Ana–. ¿Ves? Ya he arrojado el demonio de mí. (Así llamaban entre ellos a los celos)–. Sí, ¿qué habías empezado a decirme del Príncipe? ¿Por qué te ha sido tan desagradable?

–Era insoportable –dijo Vronsky, tratando de reanudar el hilo roto de sus pensamientos–. El Príncipe no sale ganando cuando se le conoce bien. Podría definirle como un animal bien nutrido, de esos que obtienen medallas en las exposiciones, y nada más–

concluyó, con un enojo que suscitó el interés de Ana.

–¿Es posible? –contestó–. ¡Pero, si se dice que es muy culto y que ha visto mucho mundo!

–Esa cultura de... ellos, es una cultura especial. Está instruido sólo para tener derecho a despreciar la instrucción, como se desprecia todo entre ellos, excepto los placeres animales.

–A todos os gustan los placeres animales –

dijo Ana. Y Vronsky vio de nuevo en ella aquella mirada sombría que la alejaba de él.

–¿Por qué le defiendes? –preguntó, sonriendo.

–No le defiendo. Me tiene sin cuidado. Sólo creo que si a ti mismo no te hubieran gustado esos placeres, habrías podido no tomar parte en ellos. Pero te gusta ver a Thérèse en el vestido de Eva.

–¡Otra vez el demonio! –dijo Vronsky, cogiendo y besando la mano que Ana puso sobre la mesa.

–No puedo evitarlo. No sabes cuánto he sufrido esperándote. No creo ser celosa. ¡No, no lo soy! Te creo cuando estás a mi lado.

Mas cuando estás lejos de mí, entregado a esta vida tuya que yo no puedo comprender...

Se interrumpió; se soltó de Vronsky, y volvió a su labor. Bajo el dedo anular, comenzaron a moverse velozmente los hilos de lana blanca, brillante bajo la luz de la lámpara y su fina muñeca se movía también rápidamente en la manga de encajes.

Su voz sonó de pronto, como forzada:

–¿Dónde has encontrado a mi marido?

–Nos hemos cruzado en la puerta.

–¿Y lo ha saludado así?

Ana alargó el rostro y, entornando los ojos, cambió la expresión de su semblante y plegó las manos. Vronsky quedó sorprendido al ver en sus hermosas facciones el mismo aspecto que asumiera Karenin al saludarle.

Sonrió, mientras ella reía a carcajadas, con aquella dulce risa que era uno de sus mayores encantos.

–No le comprendo –dijo Vronsky–. Si después de vuestra explicación en la casa veraniega hubiese roto contigo o me hubiese mandado los padrinos, me habría parecido natural. Pero ahora no comprendo su conducta. ¿Cómo soporta esta situación? Porque se ve que sufre mucho.

–¿Él? –dijo Ana con ironía–. Al contrario: está contento.

–Al fin y al cabo no sé por qué nos atormentamos tanto, cuando podía arreglarse perfectamente y en beneficio de los tres.

–Esto no lo hará. ¡Conozco demasiado bien esa naturaleza hecha toda de mentiras! ¿Se-ría posible, si sintiese algo, vivir conmigo co-mo vive? ¿Podría un hombre que tuviese algún sentimiento habitar bajo el mismo techo que su esposa culpable? ¿Podría, por ventura, hablar con ella? ¿Tratarla de tú?

E involuntariamente, Ana volvió a imitarle:

–Tú, ma chère, tú, Ana... –y siguió–: No es un ser humano; es un muñeco. Sólo yo lo sé, porque nadie como yo le conoce tan profundamente. Si yo estuviese en su lugar, a una mujer como yo, hace tiempo que la habría matado y hecho pedazos en vez de llamarla ma chére Ana. No es un hombre, es una máquina burocrática. No comprende que soy tu mujer, que él es un extraño, que está de sobra. En fin, no hablemos más de ese...

no hablemos más...

–Eres injusta, amiga mía –dijo Vronsky, procurando calmarla–. Pero no importa; no hablemos de él. Dime lo que has hecho estos días. ¿Qué tienes? ¿Qué hay de tu enfermedad? ¿Qué te ha dicho el médico?

Ana le miraba con irónica jovialidad. Se notaba que había hallado aún otros aspectos ridículos de su marido y que esperaba la ocasión de hablar de ellos.

Vronsky continuaba:

–Adivino que no se trata de enfermedad, sino de tu estado. ¿Cuándo será?

Se apagó el brillo irónico de los ojos de Ana y otra sonrisa, indicadora de que sabía algo que él ignoraba, y una suave tristeza, substituyeron a la anterior expresión de su semblante.

–Pronto, pronto... Como tú has dicho, nuestra situación es penosa y hay que acla-rarla. ¡Si supieras qué insoportable me resulta y cuánto daría por el derecho de amarte libre y abiertamente! Yo no me torturaría ni te torturaría con mis celos. Respecto a lo que dices, será pronto, pero no como esperamos...

Al pensar en ello, Ana se consideró tan desdichada que las lágrimas brotaron de sus ojos y no pudo continuar. Puso su mano, brillante de blancura y de sortijas bajo la lámpara, en la manga de Vronsky.

–No será como esperamos. No quería de-círtelo, pero me obligas a ello. Pronto, muy pronto, llegará el desenlace y todos nos sepa-raremos y dejaremos de sufrir.

–No comprendo –repuso Vronsky, aunque sí comprendía.

–Me has preguntado cuándo. Y yo te contesto: pronto. Y te digo además que no so-breviviré a ello. No me interrumpas –y Ana se precipitaba al hablar–. Lo sé, estoy segura...

Voy a morir y me alegro de dejaros libres a los dos.

Las lágrimas brotaban sin cesar de sus ojos.

Vronsky se inclinó sobre su mano y la be-só, tratando en vano de dominar su emoción, la cual –lo sentía bien– no tenía ningún fundamento.

–Vale más así –dijo Ana, apretándole enérgicamente la mano–. Es el único recurso, el único que nos queda.

Él se recobró y levantó la cabeza.

–¡Qué tontería! ¡Qué bobadas dices!

–Es la verdad.

–¿El qué es la verdad?

–Que voy a morir. Lo he soñado.

–¿Lo has soñado? –repitió Vronsky, recordando en el acto al campesino con quien había soñado él.

–Sí, lo soñé. Hace tiempo... Soñé que entraba corriendo en mi alcoba, donde tenía que coger no sé qué, o enterarme de algo...

Ya sabes lo que pasa en los sueños... dijo Ana, abriendo los ojos con horror–. Al entrar en mi dormitorio, en un rincón del mismo, vi que había...

–¿Cómo puedes creer en esas necedades?

Pero lo que decía era demasiado importante para ella, y Ana no dejó que la interrum-piera.

–Y he aquí que lo que había allí se movió y vi entonces que era un campesino, pequeño y terrible, y con una barba

desgreñada... Quise huir, pero él se inclinó sobre unos sacos que tenía allí y empezó a rebuscar en ellos con las manos.

Ana imitaba los movimientos del campesino rebuscando en los sacos, y el horror se pintaba en su semblante. Vronsky recordaba su sueño y sentía que también se apoderaba de su alma el mismo horror.

–El campesino agitaba las manos y hablaba en francés, muy deprisa, arrastrando las erres: Il faut le battre le fer, le broyer, le pé-

trir. Y era tanta mi angustia, que quise con toda mi alma despertarme y desperté, o, mejor dicho, soñé que despertaba. Aterrada, me preguntaba a mí misma: «¿Qué significa es-to?». Y Korney me contestaba: «Morirá usted de parto, madrecita». Y entonces desperté de verdad.

–¡Qué tontería! –repetía Vronsky, sintiendo que su voz carecía de sinceridad.

–No hablemos más de esto. Llama y mandaré servir el té. Pero aguarda, ya no queda mucho tiempo, y yo...

De repente se detuvo, su rostro mudó de expresión y a la agitación y el espanto sucedió una atención suave y reposada, llena de beatitud. Vronsky no pudo comprender el significado de aquel cambio. Era que Ana sentía que la nueva vida que llevaba en ella se agitaba en sus entrañas.

IV

Después de su encuentro con Vronsky en la puerta de su casa, Karenin fue a la ópera italiana como se proponía. Estuvo allí durante dos actos completos y vio a quien deseaba.

De regreso a casa, miró el perchero y, al ver que no había ningún capote de militar, pasó a sus habitaciones. Contra su costumbre, no se acostó, sino que estuvo paseando por la estancia hasta las tres de la madrugada.

La irritación contra su mujer, que no quería guardar las apariencias y dejaba incumpli-da la única condición que él impusiera –

recibir en casa a su amante–, le quitaba el sosiego.

Puesto que Ana no cumplía lo exigido, te-nía que castigarla y poner en práctica su amenaza: pedir el divorcio y quitarle su hijo.

Alexey Alejandrovich sabía las muchas dificultades que iba a encontrar, pero se había jurado que lo haría y estaba resuelto a cumplirlo. La condesa Lidia Ivanovna había aludido con frecuencia a aquel medio como única salida de la situación en que se encontraba.

Además, últimamente la práctica de los divorcios había alcanzado tal perfección que Karenin veía posible superar todas las dificultades.

Como las desgracias nunca llegan solas, el asunto de los autóctonos y de la fertilización de Taraisk le daban por entonces tales disgustos que en los últimos tiempos se sentía continuamente irritado.

No durmió en toda la noche, y su cólera, que aumentaba sin cesar, alcanzó el límite extremo por la mañana. Se vistió precipitadamente y, como si llevara una copa llena de ira y temiera derramarla y perderla, quedándose sin la energía necesaria para las explicaciones que le urgía tener con su esposa, se dirigió rápidamente a la habitación de Ana apenas supo que ésta se había levantado.

Ana creía conocer bien a su marido, pero, al verle entrar en su habitación, quedó sorprendida de su aspecto. Tenía la frente contraída, los ojos severos, evitando la mirada de ella, la boca apretada en un rictus de firmeza y desdén, y en su paso, en sus movimientos, y en el sonido de su voz había una decisión y energía tales como su mujer no viera en él jamás.

Entró en la habitación sin saludarla, se dirigió sin vacilar a su mesa escritorio y, cogiendo las llaves, abrió el cajón.

–¿Qué quiere usted? –preguntó Ana.

–Las cartas de su amante –repuso él.

–No hay ninguna carta aquí –contestó Ana cerrando el cajón. Por aquel ademán, Karenin comprendió que no se equivocaba y, rechazando bruscamente la mano de ella, cogió con rapidez la cartera en que sabía que su mujer guardaba sus papeles más importantes.

Ana trató de arrancarle la cartera, pero él la rechazó.

–Siéntese; necesito hablarle –dijo, poniéndose la cartera bajo el brazo y apretándola con tal fuerza que su hombro se levantó.

Ana le miraba en silencio, con sorpresa y timidez.

–Ya le he dicho que no permitiría que recibiera aquí a su amante.

–Necesitaba verle para...

–No necesito entrar en pormenores, ni siquiera saber para qué una mujer casada necesita ver a su amante.

–Sólo quería... –siguió Ana irritándose.

La brusquedad de su marido la excitaba y le daba valor.

.¿Le parece, por ventura, una hazaña ofenderme? –le preguntó.

–Se puede ofender a una persona honrada, o a una mujer honrada; pero decir a un ladrón que lo es significa sólo la constatation d'un fait.

–No conocía aún en usted esa nueva capacidad para atormentar.

–¿Llama usted atormentar a que el marido dé libertad a su mujer, concediéndole un nombre y un techo honrados sólo a condición de guardar las apariencias? ¿Es crueldad eso?

–Si lo quiere usted saber le diré que es peor: es una villanía– exclamó Ana, en una explosión de cólera.

E incorporándose, quiso salir.

–¡No! –gritó él, con su voz aguda, que ahora sonó más penetrante, en virtud de su excitación. Y la cogió por el brazo con sus largos dedos, con tanta fuerza que quedaron en él las señales de la pulsera, que apretaba bajo su mano, y la obligó a sentarse.

–¿Una villanía? Si quiere emplear esa palabra, le diré que la villanía es abandonar al marido y al hijo por el amante y seguir comiendo el pan del marido.

Ana bajó la cabeza. No sólo no dijo lo que había dicho a su amante, es decir, que él era su esposo, y que éste sobraba, sino que ni pensó en ello siquiera.

Abrumada por la justicia de aquellas palabras, sólo pudo contestar en voz baja:

–No puede usted describir mi situación peor de lo que yo la veo. Pero, ¿por qué dice usted todo eso?

–¿Por qué lo digo? –continuó él, cada vez más irritado–. Para que sepa que, puesto que no ha cumplido usted mi voluntad de que salvase las apariencias, tomaré mis medidas a fin de que concluya esta situación.

–Pronto, pronto concluirá –murmuró ella.

Y una vez más, al recordar su muerte próxima, que ahora deseaba, las lágrimas brotaron de sus ojos.

–Concluirá mucho antes de lo que usted y su amante pueden creer. ¡Usted busca sólo la satisfacción de su apetito carnal!

–Alexey Alejandrovich: no sólo no es generoso, es poco honrado herir al caído.

–Usted sólo piensa en sí misma. Los sufrimientos del que ha sido su esposo no le interesan. Si toda la vida de él está deshecha, eso le da igual. ¿Qué le importa lo que él haya so... so... sopor... poportado?

Hablaba tan deprisa, que se confundió, no pudo pronunciar bien la palabra y concluyó diciendo «sopoportado». Ana tuvo deseos de reír, pero en seguida se sintió avergonzada de haber hallado algo capaz de hacerla reír en aquel momento. Y por primera vez y durante un instante se puso en el lugar de su marido y sintió compasión de él.

Pero, ¿qué podía hacer o decir? Inclinó la cabeza y calló.

Él calló también por unos segundos y después habló en voz, no ya aguda, sino fría, recalcando intencionadamente algunas de las palabras que empleaba, incluso las que no tenían ninguna particular importancia.

–He venido para decirle... –empezó.

Ana le miró. «Debí de haberme engañado

–pensó, recordando la expresión de su rostro de un momento antes cuando se confundió con las palabras–. ¿Es que un hombre con esos ojos turbios y esa calma presuntuosa puede, por ventura, sentir algo?»

–No puedo cambiar–murmuró ella.

–He venido para decirle que mañana marcho a Moscú y no volveré más a esta casa. Le haré comunicar mi decisión por el abogado, a quien he encargado tramitar el divorcio. Mi hijo irá a vivir con mi hermana –concluyó Alexey Alejandrovich, recordando a duras penas lo que quería decir de su hijo.

–Se lleva usted a Sergio sólo para hacerme sufrir –repuso ella, mirándole con la frente baja–. ¡Usted no le quiere! ¡Déjeme a Sergio!

–Sí: la repugnancia que siento por usted me ha hecho perder hasta el cariño que tenía a mi hijo. Pero, a pesar de todo, le llevaré conmigo. Adiós.

Quiso marchar, pero ella le retuvo.

–Alexey Alejandrovich: déjeme a Sergio –

balbuceó una vez más–. Sólo esto le pido...

Déjeme a Sergio hasta que yo... Pronto daré a luz... ¡Déjemelo!

Alexey Alejandrovich se puso rojo, desasió su brazo y salió del cuarto sin contestar.

V

La sala de espera del célebre abogado de San Petersburgo estaba llena cuando Karenin entró en ella.

Había tres señoras: una anciana, una joven y la esposa de un tendero; esperaban también un banquero alemán con una gruesa sortija en el dedo, un comerciante de luengas barbas y un funcionario público con levita de uniforme y una cruz al cuello.

Se veía que todos esperaban hacía rato.

Dos pasantes sentados ante las mesas escribían haciendo crujir las plumas. Karenin no pudo dejar de observar que los objetos de escritorio –su máxima debilidad– eran excelentes.

Uno de los pasantes, sin mirarle, arrugó el entrecejo y preguntó con brusquedad:

–¿Qué desea?

–Consultar con el abogado.

–Está ocupado –contestó el pasante severamente mostrando con la pluma a los que aguardaban.

Y siguió escribiendo.

–¿No tendrá un momento para recibirme?

–preguntó Karenin.

–Nunca tiene tiempo libre. Siempre está ocupado. Haga el favor de esperar.

–Tenga la bondad de pasarle mi tarjeta –

dijo Karenin, con dignidad, disgustado ante la necesidad de descubrir su incógnito.

El pasante tomó la tarjeta, la examinó con aire de desaprobación, y se dirigió hacia el despacho.

Karenin, en principio, era partidario de la justicia pública, pero no estaba conforme con algunos detalles de su aplicación en Rusia, que conocía a través de su actuación ministerial y censuraba tanto como podían censurar-se cosas decretadas por Su Majestad.

Como toda su vida transcurría en plena actividad administrativa, cuando no aprobaba algo suavizaba su desaprobación reconociendo las posibilidades de equivocarse y las de rectificar todo error. Respecto a las instituciones jurídicas rusas no era partidario de las condiciones en que se desenvolvían los abogados. Pero como hasta entonces nada había tenido que ver con ellos, su desaprobación era sólo teórica. Más la impresión desagradable que acababa de recibir en la sala de espera del abogado le afirmó más en sus ideas.

–Ahora sale ––dijo el empleado.

En efecto, dos minutos después la alta figura de un viejo jurista que había ido a consultar al abogado y éste aparecieron en la puerta.

El abogado era un hombre bajo, fuerte, calvo, de barba de color negro rojizo, con las cejas ralas y largas y la frente abombada.

Vestía presuntuosamente como un lechuguino, desde la corbata y la cadena del reloj hasta los zapatos de charol. Tenía un rostro inteligente con una expresión de astucia campesina, pero su indumentaria era osten-tosa y de mal gusto.

–Haga el favor ––dijo, con gravedad, dirigiéndose a Karenin.

Y, haciéndole pasar, cerró la puerta de su despacho. Una vez dentro, le mostró una butaca próxima a la mesa de escritorio cubierta de documentos.

–Haga el favor –repitió. Y al mismo tiempo se sentaba él en el lugar preferente, frotándose sus manos pequeñas, de dedos cortos poblados de vello rubio, a inclinando la cabeza de lado.

Apenas se acomodó en aquella actitud, sobre la mesa voló una polilla. El ahogado, con rapidez increíble en él, alargó la mano, atrapó la polilla y quedó de nuevo en la posición primitiva.

–Antes de hablar de mi asunto ––dijo Karenin, que había seguido con sorpresa el ademán del abogado– debo advertirle que ha de quedar en secreto.

Una imperceptible sonrisa hizo temblar los bigotes rojizos del abogado.

–No sería abogado si no supiese guardar los secretos que me confían. Pero si usted necesita una confirmación...

Alexey Alejandrovich le miró a la cara y vio que sus inteligentes ojos grises reían corno queriendo significar que lo sabían todo.

–¿Conoce usted mi nombre? –preguntó Karenin.

–Conozco su nombre y su utilísima actividad –y el abogado cazó otra polilla– como la conocen todos los rusos –terminó, haciendo una reverencia.

Karenin suspiró. Le costaba un gran esfuerzo hablar, pero ya que había empezado, continuó con su aguda vocecilla, sin vacilar, sin confundirse y recalcando algunas palabras.

–Tengo la desgracia –empezó– de ser un marido engañado y deseo cortar legalmente los lazos que me unen con mi mujer, es decir, divorciarme, pero de modo que mi hijo no quede con su madre.

Los ojos grises del abogado se esforzaban en no reir, pero brillaban con una alegría incontenible, y Karenin descubrió en ella, no sólo la alegría del profesional que recibe un encargo provechoso; en aquellos ojos había también un resplandor de entusiasmo y de triunfo, algo semejante al brillo maligno que había visto en los ojos de su mujer.

–¿Desea usted, pues, mi cooperación para obtener el divorcio?

–Eso es, pero debo advertirle que, aun a riesgo de abusar de su atención, he venido para hacerle una consulta previa. Quiero divorciarme, pero para mí tienen mucha importancia las formas en que el divorcio sea posible. Es fácil que, si las formas no coinciden con mis deseos, renuncie a mi demanda legal.

–¡Oh! ––dijo el abogado, Siempre ha sido así... Usted quedará perfectamente libre.

Y bajó la mirada hasta los pies de Karenin comprendiendo que la manifestación de su incontenible alegría podría ofender a su cliente. Vio otra polilla que volaba ante su nariz

y extendió el brazo, pero no la cogió en atención a la situación de su cliente.

–Aunque, en líneas generales, conozco nuestras leyes sobre el particular –siguió Karenin–, me agradaría saber las formas en que, en la práctica, se llevan a término tales asuntos.

–Usted quiere –contestó el abogado, sin levantar la vista, y adaptándose de buen grado al tono de su cliente que le indique los caminos para realizar su deseo.

Karenin hizo una señal afirmativa con la cabeza. El abogado, mirando de vez en cuando el rostro de su cliente, enrojecido por la emoción, continuó:

–Según nuestras leyes –y su voz tembló aquí con un leve matiz de desaprobación para tales leyes–, el divorcio es posible en los siguientes casos...

El pasante se asomó a la puerta y el abogado exclamó:

–¡Que esperen!

No obstante, se levantó, dijo algunas palabras al empleado y volvió a sentarse.

–... En los casos siguientes: defectos físicos de los esposos, paradero desconocido durante cinco años –y empezó a doblar uno a uno sus dedos cortos, cubiertos de vello– y adulterio –pronunció esta palabra con visible placer y continuó doblando sus dedos–. En cada caso hay divisiones: defectos físicos del marido y de la mujer, adulterio de uno o de otro...

Como ya no tenía más dedos a su disposición para continuar enumerándolos, el abogado los juntó todos y prosiguió:

–Esto en teoría. Pero creo que usted me ha hecho el honor de dirigirse a mí para conocer la aplicación práctica. Por esto, ateniéndome a los precedentes, puedo decir que los casos de divorcio se resuelven todos así...

Doy por sentado que no existen defectos físicos ni ausencia desconocida –indicó.

Alexey Alejandrovich hizo una señal afirmativa con la cabeza.

–Entonces hay los casos siguientes: adulterio de uno de los esposos estando convicto el culpable; adulterio por consentimiento mutuo y, en defecto de esto, consentimiento forzoso. Debo advertir que este último caso se da muy pocas veces en la práctica –dijo el abogado, mirando de reojo a Karenin y guardando silencio, como un vendedor de pistolas que, tras describir las ventajas de dos armas distintas, espera la decisión del comprador.

Pero como Alexey Alejandrovich nada contestaba, el abogado continuó:

–Lo más corriente, sencillo y sensato consiste en plantear el adulterio por consentimiento mutuo. No me habría permitido ex-presarme así de hablar con un hombre de po-ca cultura –dijo el abogado–, pero estoy seguro de que usted me comprende.

Alexey Alejandrovich estaba tan confundido que no pudo comprender de momento lo que pudiera tener de sensato el adulterio por consentimiento mutuo y expresó su incomprensión con la mirada. El abogado, en seguida, acudió en su ayuda:

–El hecho esencial es que marido y mujer no pueden seguir viviendo juntos. Si ambas partes están conformes en esto,

los detalles y formalidades son indiferentes. Este es, por otra parte, el medio más sencillo y seguro.

Ahora Karenin comprendió bien. Pero sus sentimientos religiosos se oponían a esta medida.

–En el caso presente esto queda fuera de cuestión ––dijo–. En cambio, si con pruebas (correspondencia, por ejemplo) se puede establecer indirectamente el adulterio, estas pruebas las tengo en mi poder.

Al oír hablar de correspondencia, el abogado frunció los labios y emitió un sonido agudo, despectivo y compasible.

–Perdone usted –empezó–. Asuntos así los resuelve, como usted sabe, el clero. Pero los padres arciprestes, en cosas semejantes, son muy aficionados a examinarlo todo hasta en sus menores detalles ––dijo con una sonrisa que expresaba simpatía por los procedimientos de aquellos padres–. La correspondencia podría confirmar el adulterio parcialmente; pero las pruebas deben ser presentadas por vía directa, es decir, por medio de testigos. Si usted me honrara con su confianza, preferiría que me dejase la libertad de elegir las medidas a emplear. Si se quiere alcanzar un fin, han de aceptarse también los medios.

–Siendo así... –dijo Karenin palideciendo.

En aquel instante el abogado se levantó y se dirigió a la puerta a hablar con su pasante, que interrumpía de nuevo:

–Dígale a esta mujer que aquí no estamos en ninguna tienda de liquidaciones.

Y volvió de nuevo a su sitio, cogiendo, al instalarse en el asiento, una polilla más.

«¡Bueno quedaría mi reps en este despacho, para primavera!», pensó, arrugando el entrecejo.

–¿Me hacía usted el honor de decirme...? –

preguntó.

–Le avisaré mi decisión por carta –dijo Alexey Alejandrovich, levantándose y apoyándose en la mesa.

Quedó así un instante y añadió:

–De sus palabras deduzco que la tramita-ción del divorcio es posible. También le agradeceré que me diga sus condiciones.

–Todo es posible si me concede plena libertad de acción –repuso el abogado sin contestar la última pregunta–. ¿Cuándo puedo contar con noticias de usted? –concluyó, acercándose a la puerta y dirigiendo la vista a sus relucientes zapatos.

–De aquí a una semana. Y espero que al contestar aceptando encargarse del asunto me manifeste sus condiciones.

–Muy bien.

El abogado saludó con respeto, abrió la puerta a su cliente y, al quedar solo, se entregó a su sentimiento de alegría.

Tan alegre estaba que, contra su costumbre, rebajó los honorarios a una señora que regateaba y dejó de coger polillas, firmemente decidido a tapizar los muebles con terciopelo al año siguiente, como su colega Sigonin.

VI

Karenin obtuvo una brillante victoria en la sesión celebrada por la Comisión el 1 de agosto, pero las consecuencias de su victoria fueron muy amargas para él.

La nueva comisión que había de estudiar en todos sus aspectos el problema de los au-tóctonos, fue designada y enviada al terreno con la extraordinaria rapidez y energía propuesta por él, y a los tres meses redactó el informe.

La vida de los autóctonos fue estudiada allí en todos los sentidos: político, administrativo, económico, etnográfico, material y religioso.

A cada pregunta se daban bien redactadas respuestas que no dejaban lugar a duda alguna, porque no eran producto del pensamiento humano, siempre expuesto al error, sino obra del servicio oficial.

Cada respuesta dependía de datos oficiales, de informes de gobernadores, obispos, jefes provinciales y superintendentes eclesiásticos, que se basaban a su vez en los datos de los alcaldes y curas rurales, de modo que las respuestas no podían ofrecer más ga-rantías de verdad.

Preguntas como: «¿Por qué los interesados recogen malas cosechas?». O «¿Por qué los habitantes de esas regiones conservan su religión?» , que jamás habrían podido contestarse sin las facilidades dadas por la máquina administrativa y que permanecían incontes-tadas siglos enteros, recibieron ahora respuesta clara y definida. Y esa respuesta coincidía con las opiniones de Alexey Alejandrovich.

Pero Stremov, que en la última sesión se había sentido muy picado, al recibir los informes de la comisión apeló a una táctica inesperada para Karenin. Se pasó al partido de éste, arrastrando consigo a varios otros, y apoyó con calor las

medidas propuestas por él, sugiriendo otras, más audaces aún, en el mismo sentido.

Tales medidas, más extremas que las de-fendidas por Karenin, fueron aprobadas, y entonces se descubrió la táctica de Stremov.

Aquellas medidas extremas resultaron tan irrealizables en la práctica, que los políticos, la opinión pública, los intelectuales y los pe-riódicos cayeron, unánimes, sobre ellas, expresando su indignación contra las medidas en sí y contra su propugnador, Alexey Alejandrovich.

Stremov, en tanto, se apartaba, aparentando haber seguido ciegamente el proyecto de su rival y sentirse ahora sorprendido y consternado por lo que ocurría.

Esto cortó las alas a Karenin. Pero, a despecho de su vacilante salud y de sus disgustos domésticos, no se daba por vencido. En la Comisión surgieron divisiones. Varios de sus miembros, con Stremov a la cabeza, se dis-culpaban de su error alegando haber creído en la Comisión que, dirigida por Karenin, había presentado el informe. Y sostenían que aquel informe no tenía ningún valor, que eran sólo deseos de malgastar papel inútilmente.

Alexey Alejandrovich y otros que consideraban peligroso aquel punto de vista revolucionario en la manera de considerar los documentos oficiales, continuaban sosteniendo los datos aportados por la comisión inspectora.

Así que en los altos ambientes y hasta en la sociedad se produjo una gran confusión, y, aunque todos se interesaban mucho en el problema, nadie sabía a punto fijo si los au-tóctonos padecían o si vivían bien.

En consecuencia de esto y del desprecio que cayó sobre él por la infidelidad de su mujer, la posición de Alexey Alejandrovich volvió a ser muy insegura.

Entonces Karenin tuvo el valor de adoptar una resolución importantísima. Con sorpresa enorme de los comisionados declaró que iba a pedir permiso para ir personalmente a estudiar el asunto. Y, obteniendo, en efecto, el permiso, se trasladó a aquellas provincias lejanas.

Su marcha produjo gran revuelo, tanto más cuanto que, al marchar, devolvió ofcial-mente la cantidad que el Gobierno le había asignado para los gastos de viaje calculados teniendo en cuenta que habría de necesitar doce caballos.

–Eso me parece de una gran nobleza –

decía Betsy, comentando el asunto con la princesa Miagkaya–. ¿Por qué han de señalarse gastos de postas cuando es sabido que ahora puede irse a todas partes en ferrocarril?

La princesa Miagkaya no estaba conforme y la opinión de la Tverskaya casi la irritó.

–Usted puede hablar así porque posee muchos millones, pero a mí me conviene que mi marido salga de inspección durante el verano.

A él le es agradable y le va bien para la salud; y a mí me vale para pagar el coche y tener otro alquilado.

Karenin, de paso para las provincias lejanas, se detuvo tres días en Moscú.

Al día siguiente de su llegada, fue a visitar al general gobernador. Pasaba por la encruci-jada del callejón de

Gazetny, rebosante siempre de coches particulares y de alquiler, cuando oyó que le llamaban por su nombre en voz tan alta y alegre que no pudo dejar de volver la cabeza.

Al borde de la acera, con un corto abrigo de moda, con un sombrero de copa baja también de moda, sonriendo satisfecho y mostrando los dientes blancos entre los labios rojos, estaba Esteban Arkadievich, joven y radiante, gritando con insistencia para que su cuñado mandase parar el coche.

Con la mano, Oblonsky sujetaba la portezuela de un carruaje detenido en la esquina, por cuya ventanilla aparecían la cabeza de una señora con sombrero de terciopelo y las cabecitas de dos niños. La señora sonreía bondadosamente y hacía también señas con la mano. Era Dolly con los niños.

Alexey Alejandrovich no deseaba ver a nadie en Moscú y menos que a nadie al hermano de su mujer. Levantó el sombrero y quiso continuar; pero Esteban Arkadievich mandó al cochero de Karenin que parase y corrió hacia el coche sobre la nieve.

–¿No te da vergüenza no habernos avisado de tu llegada? ¿Desde cuándo estás aquí?

Ayer pasé por el hotel Dusseau y vi en el tar-jetero «Karenin», pero no pensé que fueras tú –dijo Oblonsky, introduciendo la cabeza por la portezuela del coche de su cuñado––

de lo contrario, habría subido a verte. ¡Cuán-to me alegro de encontrarte! –repetía, golpeando un pie contra otro, para sacudirse la nieve–. ¡Has hecho mal en no avisarnos! –

insistió.

–No tuve tiempo. Estoy muy ocupado –

repuso secamente Karenin.

–Vamos allá con mi mujer; tiene deseos de verte.

Karenin desplegó la manta en que se envolvía las heladas piernas, se apeó y, pisando la nieve, se acercó a Daria Alejandrovna.

–¿A qué es debido que nos eluda usted de esa manera, Alexey Alejandrovich? –preguntó Dolly sonriendo.

–Estuve muy ocupado. Celebro verla –

repuso él con tono que indicaba claramente que sentía lo contrario–. ¿Cómo está usted?

–Bien. ¿Y nuestra querida Ana?

Alexey Alejandrovich murmuró unas palabras confusas excusándose y trató de alejarse. Pero Esteban Arkadievich le retuvo.

–¿Qué haremos mañana? ¡Ya! Dolly: inví-

tale a comer. Llamaremos a Kosnichev y a Peszov y así conocerá a la intelectualidad moscovita.

–Venga, por favor –dijo Dolly–. Le esperamos a las cinco o a las seis. Cuando quiera.

Pero, ¿cómo está mi querida Ana? Hace tanto tiempo que...

–Está bien –contestó Alexey Alejandrovich–. Encantado de verla...

Y se dirigió a su coche.

–¿Vendrá usted? –le gritó Dolly.

Karenin murmuró algo que ella no pudo distinguir entre el ruido de los coches.

–¡Iré a verte mañana! –gritó a su vez Esteban Arkadievich.

Alexey Alejandrovich se hundió en su coche de tal modo que no pudiese ver a nadie ni le viesen a él.

–¡Qué hombre tan raro! –dijo Oblonsky a su mujer.

Miró el reloj, hizo un movimiento con la mano ante el rostro, significando que la saludaba cariñosamente a ella y a sus hijos, y se alejó por la calle con su paso fanfarrón.

–¡Stiva, Stiva! –le llamó Dolly ruborizándose.

Su marido volvió la cabeza.

–Hay que comprar abrigos a Gricha y Tania. Dame dinero.

–Es igual. Di que ya los pagaré yo.

Y desapareció saludando alegremente con la cabeza a un conocido que pasaba en coche.

VII

Al día siguiente era domingo. Esteban Arkadievich se dirigió al Gran Teatro para asistir a la repetición de un ballet, y entregó a Macha Chibisova, una linda bailarina que había entrado en aquel teatro por recomendación suya, un collar de corales.

Entre bastidores, en la obscuridad que reinaba allí incluso de día, pudo besar la bella carita de la joven, radiante al recibir el regalo. Además de entregarle el collar, Oblonsky tenía que convenir con ella la cita para después del baile. Le dijo que

no podría estar al principio de la función, pero prometió acudir al último acto y llevarla a cenar.

Desde el teatro, Esteban Arkadievich se dirigió en coche a Ojotuj Riad, y él mismo eligió el pescado y espárragos para la comida. A las doce ya estaba en el hotel Dusseau, donde había de hacer tres visitas que, por fortuna, coincidían en el mismo hotel. Primero debía visitar a Levin, que acababa de volver del extranjero y paraba allí, y después a su nuevo jefe, el cual, nombrado recientemente para aquel alto cargo, había venido a Moscú para tomar posesión de él, y, en fin, a su cuñado Karenin para llevarle a comer a casa.

A Esteban Arkadievich le placía comer bien; pero aún le gustaba más ofrecer buenas comidas no muy abundantes, pero refinadas, tanto por la calidad de los manjares y bebidas como por la de los invitados.

La minuta de hoy le satisfacía en gran manera: peces asados vivos, espárragos y la pièce de résistance: un magnífico pero sencillo rosbif, y los correspondientes vinos.

Entre los invitados figurarían Kitty y Levin, y, para disimular la coincidencia, otra prima y el joven Scherbazky. La piéce de résistance de los invitados serían Sergio Kosnichev y Alexey Alejandrovich, el primero moscovita y filósofo, el segundo petersburgués y práctico.

Se proponía, además, invitar al conocido y original Peszov, hombre muy entusiasta, liberal, orador, músico, historiador y, al mismo tiempo, un chiquillo, a pesar de sus cincuenta años, el cual serviría como de salsa a orna-mento de Kosnichev y Karenin. «Ya se encargaría él», pensaba Oblonsky, «de hacerles discutir entre sí».

El dinero pagado como segundo plazo por el comprador del bosque se había recibido ya y no se había gastado aún.

Dolly se mostraba últimamente muy amable y buena, y la idea de esta comida alegraba a Esteban Arkadievich en todos los sentidos.

Se hallaba, pues, de inmejorable humor.

Existían, no obstante, dos circunstancias ingratas que se disolvían en el mar de su bené-

vola alegría. La primera era que, al hallar el día antes en la calle a su cuñado, le había visto muy seco y frío con él y, relacionando la expresión del rostro de Karenin y el hecho de no haberles avisado su llegada a Moscú con los chismes que sobre Ana y Vronsky habían llegado hasta él, adivinaba que algo había ocurrido entre marido y mujer.

Ésta era la primera circunstancia ingrata.

La segunda consistía en que su nuevo jefe, como todos los nuevos jefes, tenía fama de hombre terrible. Decían que se levantaba a las seis de la mañana, que trabajaba como una caballería y que exigía lo mismo de sus subalternos. Además, se le consideraba como un oso en el trato social y se afirmaba que seguía una norma opuesta en todo a la del jefe anterior que tuviera hasta entonces Esteban Arkadievich.

El día antes, Oblonsky se había presentado a trabajar con uniforme de gala y el nuevo jefe habíase mostrado amable y le había tratado como a un amigo, por lo cual hoy Esteban Arkadievich se creía obligado a visitarle vistiendo levita. El pensamiento de que su nuevo jefe pudiera recibirle mal era también una circunstancia desagradable. Pero Esteban Arkadievich creía instintivamente que «todo se arreglaría».

«Todos somos hombres; somos humanos y todos tenemos faltas. ¿Por qué hemos de enfadamos y disputar?», pensaba

al entrar en el hotel.

–Hola, Basilio ––dijo, saludando al ordenanza, a quien conocía, y avanzando por el pasillo con el sombrero de través–. ¿Te dejas las patillas? Levin está en el siete, ¿verdad?

Acompáñame, haz el favor. Además, entérate de si el conde Anichkin –era su nuevo jefe–

podrá recibirme y avísame después.

–Muy bien, señor. Hace tiempo que no hemos tenido el gusto de verle por aquí –

contestó Basilio sonriendo.

–Estuve ayer, pero entré por la otra puerta. ¿Es éste el siete?

Cuando Esteban Arkadievich entró, Levin estaba en medio de la habitación, con un aldeano de Tver, midiendo con el archin una piel fresca de oso.

–¿Lo has matado tú? –gritó Oblonsky–. ¡Es magnífico! ¿Es una osa? ¡Hola, Arjip!

Estrechó la mano al campesino y se sentó sin quitarse el abrigo ni el sombrero.

–Anda, siéntate y quítate esto –––dijo Levin quitándole el sombrero.

–No tengo tiempo; vengo sólo por un momento–repuso Oblonsky.

Y se desabrochó el abrigo. Pero luego se lo quitó y estuvo allí una hora entera, hablando con Levin de cacerías y de otras cosas interesantes para los dos.

–Dime: ¿qué has hecho en el extranjero?

¿Dónde has estado? –preguntó a Levin cuando salió el campesino.

–En Alemania, en Prusia, en Francia y en Inglaterra, pero no en las capitales, sino en las ciudades fabriles. Y he visto muchas cosas. Estoy muy satisfecho de este viaje.

–Ya conozco tu idea sobre la organización obrera.

–No es eso. En Rusia no puede haber cuestión obrera. La única cuestión importante para Rusia es la de la relación entre el trabajador y la tierra. También en Europa existe, pero allí se trata de arreglar lo estropeado, mientras que nosotros...

Oblonsky escuchaba con atención a su amigo.

–Sí, sí ––contestaba––. Puede que tengas razón. Me alegro de verte animado y de que caces osos, y trabajes, y tengas ilusiones.

¡Scherbazky que me dijo que te encontró muy abatido y que no hacías más que hablar de la muerte!...

–¿Qué tiene eso que ver? Tampoco ahora dejo de pensar en la muerte –repuso Levin–.

Verdaderamente, ya va llegando el momento de morir; todo lo demás son tonterías. Te di-ré, con el corazón en la mano, que estimo mucho mi actividad y mi idea, pero que sólo pienso en esto: toda nuestra existencia es como un moho que ha crecido sobre este mi-núsculo planeta. ¡Y nosotros imaginamos que podemos hacer algo enorme! ¡Ideas, asuntos!

Todo eso no son más que granos de arena.

–Lo que dices es viejo como el mundo.

–Es viejo, sí; pero cuando pienso en ello todo se me aparece despreciable. Cuando se comprende que hoy o mañana has de morir y que nada quedará de ti, todo se te antoja sin ningún valor. Yo considero que mi idea es muy trascendente y, al fin y al cabo, aun realizándose, es tan insignificante como, por ejemplo, matar esta osa. Así nos pasamos la vida entre el trabajo y las diversiones, sólo para no pensar en la muerte.

Esteban Arkadievich sonrió, mirando a su amigo con afecto y leve ironía.

–¿Ves cómo participas de mi opinión? ¿Recuerdas que me afeabas que buscase los placeres de la vida? Ea, moralista, no seas tan severo...

–Sin embargo, en la vida hay de bueno...

lo... que... –y Levin, turbado, no pudo terminar–. En fin: no sé; sólo sé que moriremos todos muy pronto.

–¿Por qué muy pronto?

–Mira: cuando se piensa en la muerte, la vida tiene menos atractivos, pero uno se siente más tranquilo.

–Al contrario... Divertirse en las postrimerías es más atractivo aún. En fin, tengo que marcharme –dijo Esteban Arkadievich, levantándose por décima vez.

–Quédate un poco más –repuso Levin, reteniéndole–. ¿Cuándo nos veremos? Me marcho mañana.

–¡Caramba! ¿En qué pensaba yo? ¡Y venía especialmente para eso ! Ve hoy sin falta a comer a casa. Estará tu hermano. También estará mi cuñado Karenin.

–¿Está aquí? –indagó Levin. Y habría querido preguntar por Kitty. Sabía que a principios de invierno ella había estado en San Petersburgo, en casa de su otra hermana, la esposa del diplomático, y ahora ignoraba si estaba ya de vuelta.

Dudaba si preguntar o callarse. «Vaya o no, es igual», se dijo.

–¿Vendrás?

–Desde luego.

–Pues acude a las cinco, de levita.

Y Oblonsky, levantándose, se dirigió al cuarto de su nuevo jefe. El instinto no le en-gañaba. El nuevo y temible jefe resultó ser un hombre muy amable. Esteban Arkadievich almorzó con él y permaneció en su habitación tanto tiempo que sólo después de las tres en-tró en la de Alexey Alejandrovich.

VIII

Karenin, de vuelta de misa, pasó toda la mañana en su cuarto. Tenía que hacer dos cosas aquella mañana: primero, recibir y despedir la diputación de los autóctonos que se hallaba en Moscú y debía seguir hacia San Petersburgo; y segundo, escribir al abogado la carta prometida.

Aquella comisión, a pesar de haber sido creada por iniciativa de Karenin, ofrecía muchas dificultades y hasta riesgos, de modo que él se sentía satisfecho de haberla hallado en Moscú.

Los miembros que la formaban no tenían la menor idea de su misión ni de sus obligaciones. Eran tan ingenuos, que creían que su deber era explicar sus necesidades y el verdadero estado de las cosas pidiendo al Gobierno que les ayudase. No comprendían en modo alguno que ciertas declaraciones y peti-ciones suyas favorecían al partido enemigo, lo que podía echar a perder todo el asunto.

Alexey Alejandrovich pasó mucho tiempo con ellos, redactando un plan del que no de-bían apartarse; y, después de haberlos despedido, escribió cartas a San Petersburgo pa-ra que allí se orientasen los pasos de la conú-

sión. Su principal auxiliar en aquel asunto era la condesa Lidia Ivanovna, ya que, es-pecializada en asuntos de delegaciones, nadie mejor que ella sabía encauzarlas como hacía falta.

Terminado esto, Alexey Alejandrovich escribió al abogado. Sin la menor vacilación le autorizaba a obrar como mejor le pareciese.

Añadió a su misiva tres cartas cambiadas entre Ana y Vronsky que había hallado en la cartera de su mujer.

Desde que Karenin había salido de su casa con ánimo de no volver a ver a su familia, desde que estuviera en casa del abogado y confiara al menos a un hombre su decisión, y, sobre todo, desde que había convertido aquel asunto privado en un expediente a ba-se de papeles, se acostumbraba más cada vez a su decisión y veía claramente la posibilidad de realizarla.

Acababa de cerrar la carta dirigida al abogado cuando oyó el sonoro timbre de la voz de su cuñado, que insistía en que el criado de Karenin le anunciara su visita.

«Es igual», pensó Alexey Alejandrovich.

«Será todavía mejor. Voy a anunciarle ahora mismo mi situación con su hermana y le explicaré por qué no puedo comer en su casa.»

–¡Hazle pasar! –gritó al criado, recogiendo los papeles y colocándolos en la cartera.

–¿Ves? ¿Por qué me has mentido si tu se-

ñor está? –exclamó la voz de Esteban Arkadievich apostrofando al criado que no lo dejaba pasar. Y Oblonsky entró en la habitación–.

Me alegro mucho de encontrarte. Espero que... –empezó a decir alegremente.

–No puedo ir –dijo fríamente Alexey Alejandrovich, permaneciendo en pie, sin ofrecer una silla al visitante.

Se proponía iniciar sin más las frías relaciones que debía mantener con el hermano de la mujer a quien iba a entablar demanda de divorcio.

Pero no contaba con el mar de generosidad que contenta el corazón de Esteban Arkadievich.

Éste abrió sus ojos claros y brillantes.

–¿Por qué no puedes? ¿Qué quieres decir?

–preguntó con sorpresa en francés–. ¡Pero si prometiste que vendrías! Todos contamos contigo.

–Quiero decir que no puedo ir a su casa porque las relaciones de parentesco que había entre nosotros deben terminar.

–¿Cómo? ¿Por qué? No comprendo ––dijo, sonriendo, Esteban Arkadievich.

–Porque voy a iniciar demanda de divorcio contra su hermana y esposa mía. Las circunstancias...

Pero Karenin no pudo terminar su discurso, porque ya Esteban Arkadievich reaccionaba y no precisamente como esperaba su cu-

ñado.

–¿Qué me dices, Alexey Alejandrovich? ––

exclamó Oblonsky con apenada expresión.

–Así es.

–Perdona, pero no lo creo, no lo puedo creer.

Karenin se sentó, viendo que sus palabras no causaban el efecto que presumiera, comprendiendo que había de explicarse, y convencido de que, fuesen las que fuesen sus explicaciones, su relación con su cuñado iba a continuar como antes.

–Sí, me he encontrado en la terrible necesidad de pedir el divorcio –dijo.

–Sólo una cosa quiero decirte, Alexey Alejandrovich: sé que eres un hombre bueno y justo. Conozco también a Ana y no puedo modificar mi opinión sobre ella. Perdona, pero me parece una mujer excelente, perfecta. De modo que no puedo creerte... Debe de haber algún error –afirmó.

–¡Si sólo hubiera un error!

–Bien; lo comprendo –interrumpió Oblonsky–. Se comprende... Pero, mira: no hay que precipitarse. No, no hay que precipitarse.

–No me he precipitado –contestó fríamente Karenin–. Mas en asuntos así no se puede seguir el consejo de nadie. Mi decisión es irrevocable.

–¡Es terrible! –exclamó Esteban Arkadievich, suspirando tristemente–. Yo, en tu lugar, haría una cosa... ¡Te ruego que lo hagas, Alexey Alejandrovich! Por lo que he creído entender, la demanda no está entablada aún.

Pues antes de entablarla, habla con mi mujer.. ¡Habla con ella! Quiere a Ana como a una hermana, te quiere a ti y es una mujer extraordinaria. ¡Háblale, por Dios! Hazlo co-mo una prueba de amistad hacia mí; te lo ruego.

Karenin quedó pensativo. Oblonsky le miraba con compasión, respetando su silencio.

–¿Irás a verla?

–No sé. Por eso no he ido a su casa. Creo que nuestras relaciones deben cambiar.

–No veo porqué. Permíteme suponer que, aparte de nuestro trato como parientes, tienes hacia mí los sentimientos de amistad que yo siempre lo he profesado, además de mi sincero respeto –dijo Esteban Arkadievich estrechándole la mano–. Aun siendo verdad tus peores suposiciones, nunca juzgaré a ninguna de las dos partes, y no veo por qué han de cambiar nuestras relaciones. Y ahora haz eso: ve a ver a mi mujer.

–Los dos consideramos este asunto de distinto modo –repuso fríamente Karenin–. No hablemos más de ello.

–¿Y por qué no puede ir hoy a comer? Mi mujer te espera. Te ruego que vayas y, sobre todo, que le hables. Es una mujer extraordinaria. ¡Por Dios, te lo pido de rodillas, te lo ruego ...!

–Si tanto se empeña, iré –dijo, suspirando, Alexey Alejandrovich.

Y, para cambiar de conversación, le habló de asuntos que interesaban a ambos, preguntándole por su nuevo jefe, un hombre no viejo aun para el alto cargo al que había sido destinado.

Karenin, ya desde mucho antes, no había sentido nunca ningún aprecio por el conde Anichkin, y siempre había estado en pugna con sus opiniones, pero ahora no pudo contener su odio, muy comprensible en un funcionario público que ha sufrido un fracaso en su cargo, hacia otro que ha obtenido un puesto más alto que él.

–¿Qué? ¿Le has visto? –preguntó con ve-nenosa ironía.

–Por supuesto. Ayer asistió a la sesión del juzgado. Parece muy enterado de los asuntos y es muy activo.

–Sí; pero ¿a qué encamina su actividad? –

preguntó Karenin–. ¿A obrar, o a modificar lo que está establecido? La gran calamidad de nuestro país es la administración a base de papeleo, de la que ese hombre es el más digno representante.

–A decir verdad, no veo nada censurable en él. No sé en qué sentido orienta sus ideas, pero es un buen muchacho –contestó Esteban Arkadievich–. He estado ahora mismo en su habitación y te aseguro que es un buen muchacho. Hemos almorzado juntos y le he en-señado a preparar aquel brebaje, que conoces ya, compuesto de vino y naranjas, que

es un refresco exquisito. Es extraño que no lo conociera ya. Le ha gustado extraordinariamente. Te aseguro que es un hombre muy simpático.

Esteban Arkadievich miró el reloj.

–¡Dios mío, más de las cuatro y aún he de visitar a Dolgovuchin! Ea, por favor, ven a comer con nosotros. No sabes cuánto nos disgustarías a mú mujer y a mí si faltaras.

Alexey Alejandrovich se despidió de su cu-

ñado de un modo muy distinto a como le recibiera.

–Te he prometido ir a iré –repuso tristemente.

––Créeme que lo agradezco y espero que no te arrepentirás –dijo Oblonsky sonriendo.

Y, mientras se ponía el abrigo, dio un ligero golpecito en la cabeza al lacayo de su cu-

ñado, se puso a reír y salió.

–¡A las cinco y de levita! ¿Oyes? –gritó una vez más volviéndose desde la puerta.

IX

Eran más de las cinco y ya estaban presentes algunos invitados cuando llegó el due-

ño de la casa. Entró con Sergio Ivanovich Kosnichev y con Peszov, que en aquel momento se habían encontrado en la puerta.

Como Oblonsky decía, eran los dos principales representantes de la intelectualidad de Moscú, y ambos

gozaban de mucho respeto por su carácter a inteligencia.

Se estimaban mutuamente, pero eran contrarios casi en todo. Nunca estaban de acuerdo, y no por pertenecer a distintas corrientes de ideas, sino precisamente por sustentar las mismas. Los enemigos de su partido les consideraban iguales. Pero dentro de su partido cada uno tenía su propio matiz. Y como nada hay más difícil que entenderse en cuestiones casi abstractas, jamás coincidían en sus ideas, aunque estaban acostumbrados, desde mucho tiempo atrás, a reírse mutuamente, sin enfadarse, del error en que cada uno consideraba al otro.

Entraban, hablando del tiempo, cuando Oblonsky les alcanzó. En el salón estaban ya el príncipe Alejandro Dmitrievich Scherbazky, el joven Scherbazky, Turovzin, Kitty y Karenin. Esteban Arkadievich observó en seguida que, sin su presencia, la conversación languidecía. Daria Alejandrovna, vestida de seda gris, estaba evidentemente preocupada por los niños, que comían solos en su cuarto; pe-ro lo estaba sobre todo por la tardanza de su marido, ya que ella no sabía organizar bien aquellas reuniones. Todos estaban allí, según la expresión del viejo Príncipe, como muchachas en visita, sin comprender el motivo que les reunía y esforzándose en buscar palabras para no permanecer mudos.

El bondadoso Turovzin se encontraba, y ello se veía en seguida, fuera de su ambiente, y sonreía con sus labios gruesos, mirando a Oblonsky, como diciéndole:

«¡Vaya, hombre! Me has traído a una sociedad de sabios... Ya sabes que mi especialidad es ir a echar un trago o asistir al Château des Fleurs ...»

El anciano Príncipe callaba, mirando de soslayo a Karenin con sus ojos brillantes. Esteban Arkadievich adivinó que ya había inventado alguna palabra con la que pasmar a aquel personaje para ver al cual se invitaba a la gente, como si se tratara de comer estu-rión.

Kitty miraba hacia la puerta, preocupada por no ruborizarse cuando apareciera Levin.

El joven Scherbazky, a quien no habían presentado a Karenin, procuraba demostrar que ello le era completamente indiferente.

Karenin, según la costumbre pertersbur-guesa en las conlIdas donde figuraban señoras, llevaba frac y corbata blanca. Oblonsky comprendió por su rostro que sólo acudía por cumplir su palabra, y que concurriendo a la reunión lo hacia como quien cumple un deber penoso.

El era, pues, el causante de la impresión glacial que sintieron los invitados hasta la llegada del anfitrión.

Esteban Arkadievich al entrar en el salón, disculpó su ausencia afirmando que le había retenido cierto príncipe a quien todos conocí-

an, que era como el testaferro de todos sus retrasos y faltas.

En seguida, en un momento, presentó a todos, procurando relacionar a Karenin con Sergio Kosnichev a iniciando una charla sobre la rusificación de Polonia en la que ambos se enzarzaron inmediatamente, así como Peszov. Dio una palmada en el hombro a Turovzin, le cuchicheó algo muy gracioso al oído y le sentó entre su mujer y el Príncipe.

Después dijo a Kitty que estaba muy bonita aquel día y presentó a Karenin y Scherbazky. Tan bien se arregló, que un

momento después el salón tenía un aire agradable y las voces sonaban alegres y animadas.

Sólo faltaba Constantino Levin. Pero su falta resultó aún beneficiosa, porque, al dirigirse Esteban Arkadievich al comedor, donde le encontró, se dio cuenta al mismo tiempo de que el oporto y el jerez que habían traído eran de la casa Desprês y no de Levé, y ordenó que el cochero fuese en seguida a esta casa para que trajesen vinos.

–¿Me he retrasado? –preguntó Levin, a Oblonsky, mientras se dirigían al salón.

–¿Acaso es posible que no lo retrases alguna vez? –repuso su amigo cogiéndole del brazo.

–¿Tienes muchos invitados? ¿Quiénes son?

–preguntó Levin sonrojándose a su pesar y quitándose con el guante la nieve de su gorro de piel.

–Todos son conocidos. Está Kitty también.

Ven, que te presente a Karenin.

A pesar de su liberalismo, Oblonsky sabía que a todos halagaba conocer a su cuñado, y por esto se esforzaba en proporcionar a sus mejor amigos, presentándoselo, un placer que Levin no estaba en aquel momento en condiciones de apreciar plenamente.

No había visto a Kitty, fuera del momento en que la entreviera en el camino de Erguchovo, desde aquella infausta noche en que se había encontrado con Vronsky. En el fondo de su alma sabía que hoy iba a verla aquí.

Pero, tratando de defender la libertad de sus pensamientos, insistía en decirse a sí mismo que no lo sabía.

Ahora, al enterarse de que en efecto estaba, sintió tal alegría y tal temor a la vez que se le cortó la respiración y no supo decir lo que quería.

«¿Cómo será ahora? ¿Estará como antes o como la vi en el coche? ¿Será verdad lo que me dijo Daria Alejandrovna?», pensaba.

–Sí; haz el favor de presentarme a Karenin

–logró decir al fin. Y con paso desesperadamente decidido, penetró en el salón y la vio.

Kitty no era ya la muchacha de antes; no era la que había visto en el coche, sino completamente distinta.

Parecía avergonzada, temerosa, tímida, y por ello más bella aún. Ella divisó a Levin en el mismo momento en que entraba en el sa-lón. Le esperaba. Se alegró y su alegría la turbó hasta tal extremo, que hubo un momento, precisamente aquel en que Levin se dirigía hacia la dueña de la casa y la volvió a mirar, que a ella misma, a él y a Dolly, que los estaba observando, les pareció que no podía contenerse y que iba a ponerse a llorar.

Se ruborizó, palideció, volvió a ruborizarse y quedó inmóvil, con un ligero temblor en los labios, mirando a Levin. El se acercó, la saludó y le dio la mano en silencio. Sin aquel temblor de los labios y aquella humedad que hacía más vivo el brillo de sus ojos, la sonrisa de Kitty habría sido casi tranquila cuando le dijo:

–Hace mucho que no nos vemos.

Y, con el atrevimiento de la desesperación, apretó con su mano fría la de Levin.

–Usted a mí, no; pero yo a usted, sí –

contestó él, con una sonrisa radiante de dicha–. La vi cuando iba desde la estación a Erguchovo.

–¿Cuándo? –preguntó ella sorprendida.

–Por el camino de Erguchovo –repuso Levin, sintiendo que la felicidad que le llenaba el alma ahogaba su voz. ¿Cómo había podido asociar la idea de algo que no fuese inocente y puro a aquella encantadora criatura?

«Sí; parece cierto lo que me dijo Daria Alejandrovna», pensó.

Esteban Arkadievich, cogiéndole del brazo, le acercó a Karenin.

–Permítanme presentarles –y enunció sus nombres.

–Celebro volver a verle –dijo Alexey Alejandrovich estrechando con frialdad la mano de Levin.

–¿Se conocen ustedes? –preguntó Oblonsky sorprendido.

–Hemos pasado juntos tres horas en el tren –aclaró Levin sonriendo–, pero salimos de él intrigados como de un baile de máscaras, al menos yo.

–¡Ah! No lo sabía –dijo Oblonsky, y añadió, señalando al comedor–: Pasen, hagan el favor.

Los hombres pasaron al comedor y se acercaron a la mesa de los entremeses, preparada a un lado, y en la que había seis clases de vodka, otras tantas de queso, con pa-lillos de plata

y sin ellos, caviar, arenques, conservas de todas clases y platos con pequeñas rebanadas de pan francés.

Todos permanecieron un rato ante la me-sa, bebiendo el aromático vodka. La charla sobre la rusificación de Polonia, entre Kosnichev y Karenin, se calmó en espera de la comida.

Sergio Ivanovich sabía muy bien cambiar una conversación seria y elevada vertiendo en ella inesperadamente algunas gotas de sal ática, lo que hizo en esta ocasión, modifi-cando así el estado de ánimo de sus interlocutores.

Alexey Alejandrovich opinaba que la rusificación de Polonia sólo se podía lograr mediante principios superiores introducidos por la administración rusa. Peszov sostenía que un pueblo sólo asimila a otro cuando está más poblado. Kosnichev reconocía una cosa y otra, pero con limitaciones. Y, cuando salían del salón, dijo, con una sonrisa para cerrar la discusión:

–Para la rusificación de Polonia, sólo hay un medio: poner en el mundo el mayor nú-

mero posible de niños rusos. Mi hermano y yo obramos en ese sentido peor que nadie. Pero ustedes, señores casados, y sobre todo usted, Esteban Arkadievich, se portan como perfectos patriotas. ¿Cuántos hijos tiene usted ahora? –preguntó, dirigiéndose con afable sonrisa al dueño de la casa y presentándole su copita para brindar con él.

Todos rieron, y Oblonsky más que ninguno.

–Sí; ése es el mejor medio –dijo, masti-cando el queso y vertiendo un vodka especial en la copa de uno de los invitados.

La discusión, en efecto, concluyó con aquella broma.

–No está mal este queso –dijo el anfitrión–

. Permítanme que les ofrezca. ¿Has empezado otra vez a hacer gimnasia? ––dijo a Levin, palpándole con su mano izquierda los bíceps.

Este sonrió, contrajo el brazo y, entre los dedos de Esteban Arkadievich, se levantó un bulto, redondo como un queso, bajo el fino paño de la levita de su amigo.

–¡Menudos bíceps! ¡Eres un Sansón!

–Para cazar osos debe de necesitarse seguramente una fuerza poco común –dijo Karenin, que tenía una idea muy vaga de la ca-za, mientras untaba pan con queso, rompiendo, al hacerlo, la rebanada, delgada como una telaraña.

Levin sonrió.

–Ninguna. Al contrario. Hasta un niño puede matar un oso ––dijo.

Y, haciendo un leve saludo, dejó paso a las señoras, que se acercaban a la mesa para tomar bocadillos.

–Me han dicho que ha matado usted un oso –dijo Kitty, tratando en vano de pinchar con el tenedor una seta lisa y rebelde, y sacudiendo las puntillas entre las cuales brillaba su mano blanca–. ¿Hay osos en su propiedad? –añadió, volviendo a medias su hermosa cabecita y sonriendo.

Al parecer, nada había de extraordinario en lo que había dicho, pero ¡qué inexplicable significación palpitaba para él en cada sonido y cada movimiento de sus labios, de sus ojos, de su mano, al hablar! Había en ellos súplica de que la perdonara, confianza en él, caricia, una caricia suave y

tímida, promesa esperanza... y amor, un amor que le anegaba en felicidad.

–No. He ido a la provincia de Tver. Al regreso encontré en el tren a su cuñado, o mejor dicho, al cuñado de su cuñado. Fue un encuentro divertido.

Y relató animadamente, divirtiéndole mucho, que, después de no haber dormido en toda la noche, se introdujo en el departamento de Karenin vistiendo su pelliza de piel de oveja.

–Al contrario del refrán, el revisor, viendo mi indumentaria, trató de impedirme el paso, pero empecé a soltar algunas expresiones algo fuertes... También usted –dijo Levin dirigiéndose a Karenin, cuyo nombre había olvidado– quiso primero hacerme salir, juzgándome por mi pelliza de piel de cordero. Pero luego intervino en mi favor y se lo agradecí profundamente.

–En general, los derechos de los viajeros a los asientos son muy inconcretos –repuso Alexey Alejandrovich limpiándose los dedos con el pañuelo.

–Yo notaba que usted estaba indeciso con respecto a mí –dijo Levin, riendo bonachón–.

Por eso me apresuré a iniciar una charla culta para tratar de borrar el aspecto de mi zamarra.

Sergio Ivanovich, que hablaba con la due-

ña y atendía a medias a su hermano, le miró de reojo.

«¿Qué le pasará? Tiene el aspecto de un triunfador», pensó. Ignoraba que Levin sentía como si le crecieran alas. Sabía que Kitty oía sus palabras y que el oírlas la halagaba, y esto

le absorbía completamente. Le parecía que no sólo en aquella estancia sino en todo el mundo, no existían más que dos seres: él, que había alcanzado ahora ante sí mismo una enorme trascendencia, y ella. Sentíase a una altura tal que experimentaba vértigos. Y abajo, muy abajo, parecíale ver a aquellos simpáticos y bondadosos amigos: los Karenin, los Oblonsky y todos los demás...

De un modo natural, sin reparar en ello, sin mirarles, como si no hubiese otro sitio donde ponerles, Esteban Arkadievich hizo sentar a Kitty y Levin uno al lado del otro a la mesa.

–Puedes sentarte aquí –dijo a Levin.

La comida fue tan buena como la vajilla, a la que Oblonsky era muy aficionado. La sopa Marie–Louise resultó excelente, las diminutas empanadillas, que se deshacían en la boca como agua, no tenían reproche. Dos lacayos y Mateo, con corbatas blancas, servían vinos y manjares sin que se reparase en ellos apenas, hábil y silenciosamente. Si la comida resultó bien en el aspecto material, no fue peor en lo espiritual. La conversación, ya generali-zada, ya parcial, no cesaba. Al final de la comida, los hombres se levantaron de la mesa sin dejar de hablar, y hasta Karenin se animó.

X

A Peszov le gustaba llevar los razonamientos hasta la última consecuencia, y no quedó contento con las palabras finales de Sergio Ivanovich, sobre todo porque comprendía la falta de solidez de su propia opinión.

–En ningún momento he querido referirme exclusivamente –dijo mientras tomaba su so-pa y dirigiéndose a Karenin– a la densidad de población como medio para la asimilación de un pueblo, sino también a la superioridad de principios.

–A mí me parece que viene a ser lo mismo

–repuso, lentamente y sin interés, su interlocutor–. A mi juicio, un pueblo sólo puede influir sobre otro cuando posee un desarrollo superior, en cuyo caso...

–Pero, ¿en qué consiste ese desarrollo superior? –interrumpió Peszov, que siempre se precipitaba al hablar y ponía su alma entera en cuanto decía–––. Entre ingleses, franceses y alemanes ¿quién tiene un desarrollo superior? ¿Quién podría asimilarse a los demás? El Rin está afrancesado y los alemanes, no obstante, no son inferiores. ¡Tiene que haber otro principio! ––exclamó.

–Creo que la influencia depende siempre de la mayor cultura–respondió Karenin arqueando levemente las cejas.

–¿Y en qué se notan las señales de la cultural –preguntó Peszov.

A mi juicio son bien conocidas –repuso Alexey Alejandrovich.

–¿Cree, en efecto, que son bien conocidas?

–intervino Sergio Ivanovich sonriendo con fina ironía–. Ahora se admite que la verdadera cultura ha de ser clásica; pero hay fuertes debates al respecto, y no cabe negar que el campo opuesto posee sólidos argumentos en su favor.

–Usted, Sergio Ivanovich, ¿es partidario de la cultura clásica...? Permítame que le sirva vino tinto ––dijo Esteban Arkadievich.

–No expongo mi opinión en favor de ninguna de ambas culturas –dijo Sergio Ivanovich, sonriendo condescendiente, como si hablara con un niño, y presentando su copa–.

Digo sólo que ambas partes ofrecen sólidos argumentos –continuó, dirigiéndose a Karenin–. Por mi formación, soy clásico, pero en esa discusión no hallo lugar para mí. No veo razones de peso que expliquen la superioridad de los clásicos sobre los realistas.

–Las ciencias naturales ejercen también una influencia pedagógicoformativa –añadió Peszov–. Por ejemplo: la astronomía, la botá-

nica, la zoología, con sus sistemas de leyes generales.

–No puedo estar de acuerdo –contestó Alexey Alejandrovich–. Opino que no es posible negar que el simple proceso del estudio de las manifestaciones idiomáticas influye sobre el desarrollo espiritual. Tampoco puede negarse que la influencia de los escritores clásicos es en sumo grado moral, mientras que, por desgracia, a la enseñanza de las ciencias naturales se añaden nocivas y erró-

neas doctrinas que constituyen la plaga de nuestra época.

Sergio Ivanovich iba a alegar algo, pero Peszov se adelantó, hablando con su profunda voz de bajo, y comenzó a demostrar lo equivocado de aquella opinión. Sergio Ivanovich esperaba pacientemente el momento de poder hablar, con evidente expresión de triunfo en su semblante.

–Pero –dijo al fin, sonriendo de nuevo con fina ironía y dirigiéndose a Karenin– nos es imposible negar que es muy difícil pesar todo lo que en pro y en contra de esas ciencias puede decirse. La cuestión de a cuál de ambas educaciones hay que dar la preferencia no habría sido resuelta tan fácil y definitivamente si del lado de la formación clásica no hallábramos el argumento que acaba usted de exponer: la ventaja moral–disons le mot– de la influencia antinihilista.

–Sin duda.

–De no ofrecer esa ventaja antinihilista las ciencias clásicas, habríamos pesado y pensado más –dijo Sergio Ivanovich, siempre con su fina sonrisa– y habríamos dejado que una y otra tendencia se desarrollaran libremente.

Pero ahora sabemos que las píldoras de la educación clásica contienen una fuerza cura-tiva contra el nihilismo y por eso las receta-mos con toda seguridad a nuestros pacientes.

¿Y si en realidad no tuvieran tal poder terapéutico? –concluyó, añadiendo de este modo a la charla su acostumbrada dosis de sal áti-ca.

Cuando Kosnichev mencionó las píldoras, todos rieron y, más alto y alegremente que todos, Turovzin, que esperaba desde el principio la parte divertida de la conversación.

Esteban Arkadievich había acertado al invitar a Peszov, porque, gracias a él, la conversación sobre temas elevados no cesó un momento. Apenas Sergio Ivanovich hubo cortado con su broma la conversación, ya Peszov abordaba otro tema.

–Ni siquiera podemos estar seguros de que tales sean las opiniones del Gobierno –decía ahora–. El Gobierno probablemente se guía por la opinión general, siendo indiferente a la eficacia de las medidas que adopta. Así, por ejemplo, la cuestión de la instrucción femenina suele ser considerada como perjudicial y, sin embargo, el Gobierno abre escuelas y universidades para la mujer.

Y la conversación pasó en seguida al tema de la educación femenina.

Alexey Alejandrovich manifestó que generalmente se confundía la educación femenina con la cuestión de la libertad de la mujer, y que sólo por este sentido podía considerase perjudicial.

–Yo opino, al contrario, que ambas cuestiones van indisolublemente unidas ––dijo Peszov–. Es un círculo vicioso. La mujer no tiene derechos por la insuficiencia de su instrucción, y su insuficiencia de instrucción procede de su falta de derechos. No olvidemos que la esclavitud de la mujer es algo tan arraigado y antiguo que a menudo no queremos comprender el abismo que nos separa de ellas.

–Dice usted derechos... –repuso Sergio Ivanovich, que esperaba a que Peszov callase–. ¿Derechos a ocupar puestos de jurados, vocales, alcaldes, funcionarios y miembros del Parlamento?

–Sin duda.

–Como rara excepción, puede admitirse la posibilidad de que las mujeres ocupen tales puestos, pero creo que usted ha dado a la expresión un sentido demasiado amplio al decir «derechos». Más justo sería decir «obligaciones». Todos estarán de acuerdo conmigo en que cuando somos jurados, vocales o telegrafistas, creemos estar cumpliendo una obligación. Por eso es más justo decir que las mujeres tratan de cumplir deberes, y tienen razón. En ese sentido, hay que simpatizar con su deseo de ayudar al hombre en su trabajo.

–Me parece muy justo –confirmó Alexey Alejandrovich–. La cuestión consiste, en mi opinión, en saber si serán capaces de cumplir con esos deberes.

–Estoy seguro de que serán muy capaces de hacerlo cuando la instrucción se extienda entre ellas, como ya lo vemos –opinó Oblonsky.

–¿Y la sentencia? –medió el anciano Príncipe, que hacía tiempo escuchaba, mirando con sus ojos pequeños y brillantes, llenos de ironía, No me importa repetirla en presencia de mis hijas: «La mujer es un animal de cabellos largos y de...».

–Algo por el estilo se decía de los negros antes de emanciparlos –alegó, malhumorado, Peszov.

–Por mi parte encuentro muy extraño que las mujeres busquen nuevas obligaciones –

manifestó Sergio Ivanovich–, mientras vemos que, por desgracia, los hombres huyen de ellas.

–Las obligaciones comportan derechos. Las mujeres buscan autoridad, dinero, honores –

repuso Peszov.

–Es como si yo buscase un puesto de nodriza y me ofendiese de que se me negase, mientras a las mujeres las pagan por ello ––

dijo el anciano Príncipe.

Turovzin rió a carcajadas y Sergio Ivanovich lamentó no haber tenido él aquella ocurrencia.

Hasta Karenin sonrió.

–Sí, pero un hombre no puede amamantar

–contestó Peszov– mientras que la mujer..

–Perdón, un inglés que viajaba en un vapor llegó a amamantar él mismo a su hijo –

repuso el príncipe Scherbazky, permitiéndose esta libertad a pesar de estar presentes sus hijas.

–Pues podrá haber tantas mujeres funcio-narias como ingleses como ése –atajó Sergio Ivanovich.

–¿Y qué ha de hacer una joven sin familial

–intervino Esteban Arkadievich, apoyando a Peszov en su defensa de la mujer, al acordarse de la Chibisova, en la que ahora pensaba constantemente.

–Si se estudiase bien la vida de esa joven, se vería que seguramente había dejado a su familia o la de sus parientes, donde tendría sin duda la posibilidad de hallar un trabajo propio para mujeres –terció inesperadamente Dolly, sin duda adivinando en qué joven pensaba su marido.

–Nosotros defendemos el principio, el ideal

–alegó Peszov, con su sonora voz de bajo–.

La mujer quiere tener derecho a ser independiente y culta, y se siente oprimida y aplas-tada con la idea de que ello le es imposible.

–Y yo me siento oprimido y aplastado por la idea de que no me acepten como nodriza en el orfelinato –insistió el anciano Principe, con gran alborozo de Turovzin, que, en su risa, dejó caer un grueso espárrago en la salsa.

XI

Todos participaban en la conversación general excepto Kitty y Levin.

Este, al principio, cuando se habló de la influencia de un pueblo sobre otro, pensó que podría opinar sobre el tema. Pero aquellas ideas, que antes le parecían de tanta importancia, pasaban ahora como un sueño por su cerebro sin despertar en él el menor interés.

Incluso le pareció extraño que hablasen tanto de lo que a nadie le importaba.

Kitty, a su vez, encontraba interesante habitualmente la cuestión de los derechos femeninos. ¡Cuántas veces pensaba en esto, recordando a su amiga del extranjero, Vareñ-

ka, y su penosa dependencia; cuántas veces meditaba en lo que podia ser de ella de no casarse, y cuántas veces había discutido el asunto con su hermana!

Pero ahora todo ello la tenía sin cuidado.

Hablaba con Levin, o mejor dicho no hablaba; sólo mantenía con él una especie de misteriosa comunicación que cada vez les acercaba más, despertando en ambos un sentimiento de gozosa incertidumbre ante el mundo desconocido en que se disponían a entrar.

Al iniciar su conversación, Levin, contestando a Kitty, le dijo que la había visto el año pasado en el coche cuando él regresaba a su casa por el camino real, de vuelta de las faenas del campo.

–Era muy temprano. Usted debía de acabar de despertarse. Su mamá dormía en el rincón del coche. La mañana era espléndida.

Y yo iba por el camino pensando: «¿Quién vendrá en ese coche de cuatro caballos?». El coche pasó con un alegre

sonar de cascabeles, y yo vi por un instante su rostro en la ventanilla, y su mano, que ataba las puntas del lazo de su cofia, mientras usted, sentada, parecía pensar en algo... –contaba Levin, riendo–. ¡Cuánto habría dado por saber lo que pensaba! ¿Era algo importante?

«¡A lo mejor estaba despeinada! », pensó Kitty. Pero viendo la embelesada sonrisa que aquellos recuerdos despertaban en Levin, comprendió que el efecto producido no podía haber sido malo. Se ruborizó y rió jovialmente.

–Le aseguro que no me acuerdo.

–¡Qué a gusto ríe Tuovzin! –exclamó Levin, viendo los ojos húmedos y el cuerpo tembloroso de risa del aludido.

–¿Le conoce hace mucho? –preguntó Kitty.

–¡Quién no le conoce!

–Me parece que le considera usted una mala persona.

–No, eso no; le considero sólo un miserable.

–No es cierto. ¡Le prohibo que piense eso de él! –dijo Kitty–. Yo también le consideraba antes lo mismo; pero es un hombre muy simpático y bueno. Tiene un corazón de oro.

–¿Cómo conoce usted su corazón?

–Somos muy amigos suyos. Le conozco bien. El invierno pasado, poco después de que... usted estuviera en nuestra casa –dijo Kitty con una sonrisa culpable, pero a la vez confiada– Dolly tuvo a todos los niños enfermos de escarlatina. Un día Turovzin pasó por su casa. Y sintió tanta compasión de Dolly, que se quedó allí durante tres semanas cuidando como un aya a los pequeños –refirió en voz baja.

E inclinándose hacia su hermana, añadió:

–Estoy contando a Constantino Dmitrievich lo que hizo Turovzin cuando tuviste a los ni-

ños enfermos de la escarlatina.

–Es un hombre extraordinariamente bueno

–repuso Dolly mirando con dulce sonrisa a Turovzin, que comprendió que hablaban de él.

Levin le miró a su vez, sin poder explicarse cómo era posible que no hubiese reparado antes en las cualidades de aquel hombre.

–Perdóneme, perdóneme; no volveré a pensar mal de nadie –dijo, jovial y sinceramente, expresando lo que sentía realmente en aquel momento.

XII

En la conversación que se había iniciado sobre los derechos de la mujer, surgían puntos delicados, relativos a la desigualdad que existía entre los cónyuges en el matrimonio, cuestiones que era difícil tratar en presencia de las señoras. Peszov durante la comida to-có más de una vez aquellos puntos, pero Sergio Ivanovich y Esteban Arkadievich desviaron siempre con mucho tacto la conversación.

Cuando se levantaron de la mesa y las se-

ñoras salieron del comedor, Peszov no las siguió y se dirigió a Karenin exponiéndole el motivo esencial de aquella desigualdad, que consistía, según él, en que las

infidelidades de marido y mujer se castigan de modo distinto por la ley y por la opinión pública.

Esteban Arkadievich se acercó precipitadamente a su cuñado ofreciéndole tabaco.

–No fumo –repuso Karenin con calma.

–Creo que las bases de esa opinión están en la esencia misma de las cosas –dijo.

E intentó pasar al salón, pero en aquel momento Turovzin le habló inesperadamente.

–¿Sabe usted lo de Prianichnikov? –

preguntó, sintiéndose animado ya por el champaña a romper el silencio en que hacía rato permaneciera–. Me han contado –siguió, sonriendo bonachonamente con sus labios húmedos y rojos y dirigiéndose a Karenin, como invitado de más respeto– que Vasia Prianichnikov se ha batido en Tver con Krits-ky y le ha matado.

Oblonsky observaba que, así como todos los golpes van siempre al dedo lastimado, hoy todo iba a parar al punto dolorido de Karenin. Trató de llevarle fuera, pero su cuñado preguntó:

–¿Por qué se ha batido Prianichnikov?

–Por culpa de su mujer. ¡Se comportó co-mo un hombre! Desafió al otro y le mató.

–¡Ah! –murmuró Alexey Alejandrovich. Y

arqueando las cejas pasó al salón.

–Me alegro de que haya venido hoy –dijo Dolly, que le encontró en la pequeña antesala contigua–. Quiero hablarle. Sentémonos aquí.

Karenin, siempre con aquella expresión indiferente que le daban sus cejas arqueadas, sonrió y se sentó junto a Daria Alejandrovna.

–Muy bien –dijo–, porque precisamente quería pedirle perdón por no haberla visitado antes y despedirme de usted. Me voy de viaje mañana.

Dolly creía en la inocencia de Ana y en su palidez se adivinaba que estaba irritada contra aquel hombre frío a indiferente que con tanta tranquilidad iba a causar la ruina de su inocente cuñada.

–Alexey Alejandrovich –dijo, con desesperada decisión mirándole a los ojos–. Le he preguntado por Ana y no me ha contestado.

¿Cómo está?

–Creo que bien, Daria Alejandrovna –

contestó Karenin sin mirarla.

–Perdone, Alexey Alejandrovich. No tengo derecho a... Pero quiero y respeto a Ana co-mo a una hermana. Le pido... le ruego que me diga lo que ha pasado entre ustedes. ¿De qué la acusa?

Karenin arrugó el entrecejo, entornó los ojos a inclinó la cabeza.

–Supongo que su marido le habrá explicado los motivos por los cuales quiero cambiar mis relaciones con Ana Arkadievna

–dijo, siempre sin mirar a Dolly, y dirigiendo la vista sin querer al joven Scherbazky, que pasaba por el salón.

–No creo, no puedo creer que... –

pronunció Dolly, uniendo sus manos huesudas en un ademán enérgico–. Aquí nos molestarán. Pase a este otro cuarto, haga el favor –dijo, levantándose y poniendo la mano en la manga de Karenin.

La emoción de Dolly influyó en Alexey Alejandrovich. Levantándose, la siguió sumisa-mente al cuarto de estudio de los niños.

Se sentaron ante la mesa cubierta de hule rasgado por todas partes por los cortaplumas.

–No lo creo, no lo creo –insistió Dolly, procurando fijar la mirada huidiza de Karenin.

–Es imposible no creer en los hechos, Daria Alejandrovna – respondió Alexey Alejandrovich, recalcando la palabra «hechos».

–¿Qué le ha hecho? ¿Qué ha hecho Ana? –

preguntó Dolly.

–Olvidar sus deberes y traicionar a su marido. Eso ha hecho.

–Es imposible. ¡Ha debido usted engañar-se! –dijo Dolly cerrando los ojos y llevándose las manos a las sienes.

Karenin sonrió fríamente, sólo con los labios, queriendo probar a Dolly y a sí mismo la firmeza de su convicción; pero aquella calu-rosa defensa de su mujer, aunque no le hacía

vacilar, abría de nuevo la herida de su alma, y se puso a hablar con gran excitación.

–Es imposible equivocarse cuando la propia mujer se lo confiesa al marido, añadiendo que los ocho años de vida conyugal y el hijo que tiene han sido un error, y que desea empezar una nueva vida –concluyó enérgicamente, produciendo al hablar un sonido nasal.

–Me resulta imposible, no puedo creerlo...

¡Ana y el vicio unidos! ¡Oh!

–Daria Alejandrovna –dijo Karenin, mirando ahora de frente el rostro bondadoso y conmovido de Dolly y sintiendo que su lengua adquiría más libertad–, habría dado cualquier cosa por poder seguir dudando. Mientras dudaba sufría, pero no tanto como ahora.

Cuando dudaba, tenía esperanzas. Ahora ya nada espero; y, a pesar de todo, nuevas dudas se han añadido a las que sentía y he llegado a odiar a mi hijo, a querer incluso pensar que no es mío. Soy muy desgraciado.

Sobraba decirlo. Dolly lo comprendió en cuanto Karenin la miró a la cara. Sintió lástima de él y su fe en Ana vaciló.

–¡Es horrible, horrible! ¿Y es cierto que se ha decidido usted por el divorcio?

–Estoy decidido a ese recurso extremo. No cabe hacer otra cosa.

–¡Que no cabe hacer otra cosa! ¡Que no cabe hacerla! –murmuró ella, con lágrimas en los ojos.

–Lo terrible de esta desgracia es que no se pueda, como en otros casos, incluso la muerte, soportar la cruz. Aquí hay que obrar –dijo él, adivinando el pensamiento de Dolly–. Hay que salir de la situación humillante en que le ponen a uno. Es imposible compartir con otro...

–Comprendo, comprendo bien –repuso Dolly bajando los ojos. Y calló, pensando en sí misma, en sus dolores familiares. Pero, de pronto, con ademán enérgico, alzó la cabeza y juntó las manos implorándole–: Escuche: usted es cristiano. Piense en ella. ¿Qué será de Ana si la abandona?

–Ya lo he pensado, y mucho, DariaAlejandrovna–dijo Karenin, cuyo rostro se había cubierto de manchas rojas y cuyos ojos turbios la miraban de frente. Dolly ahora le tenía compasión–. Lo hice después de que ella misma me hubo anunciado mi deshonra. Lo dejé todo como estaba, le di la posibilidad de enmendarse, de guardar las apariencias –

siguió, exaltándose–. Es posible salvar al que no quiere perderse, pero si una naturaleza es tan viciosa y está tan corrompida que hasta la misma perdición le parece una salvación,

¿qué se puede hacer?

–Todo, menos divorciarse.

–¿Qué es todo?

–¡Es horrible! Ana no será la esposa de ninguno. ¡Se perderá!

–¿Y qué puedo hacer? –repuso Alexey Alejandrovich levantando las cejas y los hombros.

Y el recuerdo de la última falta de su mujer le irritó tanto que recobró su frialdad del principio de la conversación.

–Agradezco mucho su simpatía, pero tengo que irme ––dijo levantándose.

–Espere. No debe usted causar la perdición de Ana. Quiero hablarle de mí misma. Me ca-sé y mi marido me engañaba. Enojada y celosa quise abandonarlo todo, marcharme... Pe-ro recobré el buen sentido... ¿y sabe quién me salvó? La propia Ana. Ahora ya ve: voy viviendo, los niños crecen, mi marido vuelve al hogar, reconoce su falta, es cada vez mejor, y yo... He perdonado y usted debe perdonar también.

Karenin la escuchaba, pero aquellas palabras no despertaban en él eco alguno. En su alma se elevaba otra vez la ira del día en que resolviera divorciarse. Se recobró, Y exclamó, con voz fuerte y vibrante:

–No quiero ni puedo perdonarla; lo considero injusto. Lo he hecho todo por esa mujer y ella lo ha pisoteado todo en el barro, en ese barro que es el elemento natural de su alma.

No soy malo. No he odiado a nadie jamás, pero a ella la odio con toda el alma, y el odio inmenso que le tengo por todo el mal que me ha causado me impide perdonarla –concluyó, con la voz sofocada por un sollozo de cólera.

–Amad a los que os odian –murmuró Dolly tímidamente.

Karenin sonrió con desprecio. Conocía la máxima hacía mucho, pero sabía que no convenía a su caso.

–Podemos muy bien amar a los que nos odian, pero a los que nosotros odiamos no.

Perdóneme haberle causado este sufrimiento.

Cada uno tiene bastante con sus propias penas.

Y, recobrando el dominio de sí mismo, Alexey Alejandrovich se despidió tranquilamente y se fue.

XIII

Al levantarse de la mesa, Levin se proponía seguir a Kitty al salón, pero temía que a ella le molestase que la cortejara tan ostensiblemente.

Se quedó, pues, con el círculo de los hombres, interviniendo en la conversación general y, sin dirigir la vista a Kitty, seguía sus movimientos, sus miradas y el lugar que ocupaba en el salón.

Ahora, sin esfuerzo alguno, cumplía la promesa que le había hecho de no pensar mal de nadie y estimar siempre a todos.

La conversación versó sobre la comunidad rusa, en la que Peszov veía un principio particular que él llamaba el principio del coro. Levin no estaba conforme con él ni con su hermano, quien, según su modo de pensar, admitía y no admitía la comunidad rusa. Mas Levin hablaba con ellos con intención de aproximarlos y de suavizar sus divergencias.

No se interesaba ni lo más mínimo en lo que les decía, y menos aún en lo que decían ellos, y sólo deseaba que todos se sintieran a gusto y satisfechos.

A la sazón, únicamente una cosa le parecía importante. Y aquella cosa estaba al principio en el salón y luego empezó a acercarse y se detuvo en la puerta. Levin, de espaldas, sintió una mirada y una sonrisa dirigidas a él y no pudo dejar de volverse. Kitty estaba en el umbral, con Scherbazky, y le miraba.

–Creí que iba usted al piano –dijo Levin aproximándose–. La música es lo que más echo de menos en el pueblo.

–No. Veníamos a buscarle –respondió Kitty, dirigiéndole una sonrisa–. ¡Qué ganas de discutir! No van a convencerse nunca unos a otros...

–Es verdad –repuso Levin–. La mayoría de las veces se discute únicamente porque no se comprende lo que quiere decir el antagonista de uno.

Levin solía observar que en las discusiones entre hombres inteligentes, después de grandes esfuerzos y de enorme cantidad de sutilezas dialécticas y de palabras, los interlocutores llegaban a la conclusión de que se esforzaban en demostrarse mutuamente lo que sabían ya desde el principio. Veía también que el motivo de las discusiones era siempre que les agradaban diferentes cosas y no querían reconocerlo para no ser vencidos en el debate.

Levin, a veces, cuando discutía, si adivinaba de repente lo que agradaba a su adversario, comenzaba también él a verlo con agrado, se unía a su opinión y todas las demostraciones resultaban innecesarias. Pero en otras ocasiones sucedía lo contrario. Exponía las convicciones en cuya defensa inventaba argumentos y, si acertaba a explicarlas bien y sinceramente, el antagonista se convencía y abandonaba la discusión. Era esto lo que había querido decir a Kitty.

Ella arrugó el entrecejo tratando de comprender. Pero apenas él hubo iniciado la explicación, Kitty vio claro lo que quería decir.

–Ya. Es preciso saber lo que sostiene el contrincante, lo que le agrada, y entonces es posible...

Había adivinado y expresado el pensamiento tan mal expuesto por Levin, quien rió jovialmente al oírla. Era sorprendente aquella transición del elocuente debate entre Peszov y su hermano a esta lacónica manera de exponer, casi sin palabras, las ideas más complicadas.

Scherbazky se separó de ellos. Kitty, acercándose a la mesa de juego, que estaba desplegada, se sentó y empezó a dibujar con tiza círculos sobre el nuevo tapete verde.

Volvieron a la conversación iniciada en la comida sobre la libertad y ocupaciones de la mujer. Levin coincidía con Dolly en que una joven soltera podía encontrar trabajo femenino en la familia. Y esto se lo confirmaba el que ninguna casa puede prescindir de una ayudanta; que toda familia, pobre o rica, necesita tener niñera, ya sea a sueldo, ya alguna parienta.

–No –dijo Kitty, ruborizándose, pero mirando aún más fijamente a Levin con sus ojos sinceros–. Una joven puede hallarse en situación de no poder vivir con su familia, de ser despreciada, y entonces...

El comprendió lo que se ocultaba bajo aquellas palabras.

–Sí –dijo–, tiene usted razón, sí, sí...

Y le bastó adivinar lo que se ocultaba en sus palabras: el miedo a quedar soltera, la humillación .... para comprender en seguida la verdad que había sostenido Peszov durante la comida sobre la libertad de la mujer. Amaba a Kitty y por aquella humillación adivinó al punto lo que pasaba en su corazón, y rectificó sin vacilar sus opiniones.

Siguió un silencio. Kitty continuaba dibujando en la mesa. Sus ojos brillaban con dulzura y Levin sentía que la felicidad le inundaba más cada vez.

–¡Oh! He ensuciado toda la mesa –

exclamó Kitty.

Y dejando la tiza, hizo ademán de levantarse.

«¿Será posible que me deje solo?», se preguntó Levin, atemorizado. Y, cogiendo la tiza, se sentó a la mesa y dijo:

–Espere. Hace tiempo que quería preguntarle una cosa.

La miraba a los ojos, acariciantes, aunque ligeramente asustados.

–Bien; pregunte –repuso Kitty.

–Mire –repuso él, y comenzó a escribir las letras siguientes: c, u, m, d, n, p, s, s, r, a, e, o, a, s. Estas letras significaban: «Cuando usted me dijo: no puede ser, ¿se refería a entonces o a siempre?».

Parecía imposible que ella pudiese descifrar el significado de aquellas letras; pero él la miró de un modo tal como si su vida de-pendiese de que Kitty las comprendiera.

La joven le contempló con gravedad, inclinó la frente, frunciéndola y examinó las letras. De vez en cuando, le miraba como preguntándole: «¿Es lo que me figuro?».

–Comprendo ––dijo, al fin, ruborizándose.

–¿Sabe qué palabra es ésta? –preguntó él, señalando la s, con la que indicara « siempre», que significaba el fin de sus esperanzas.

–Significa «siempre» –contestó Kitty–; pe-ro no es así.

Levin limpió rápidamente lo escrito, ofreció la tiza a la joven y se levantó. Ella trazó estas letras: e, n, p, d, o, c.

Dolly se consoló totalmente del dolor que le causara la conversación con Karenin viendo las figuras de Kitty y Levin: ella con la tiza en la mano, mirándole con una sonrisa, temerosa y feliz, y Levin inclinado sobre la mesa, y mirando con encendidos ojos, ora a la mesa, ora a la muchacha.

De pronto, el rostro de Levin se iluminó: había comprendido. Las letras significaban:

«entonces no podía decir otra cosa».

La miró, interrogativo y tímido.

–¿Sólo entonces? –preguntó.

–Sí ––contestó la sonrisa de Kitty.

–¿Y a... ahora?

–Lea. Le diré lo que quisiera, lo que quisiera con toda mi alma...

Y escribió: q, u, o, 1, q, p, que significaba

« que usted olvidara lo que pasó».

Levin cogió la tiza con sus rígidos y temblorosos dedos, y la emoción le hizo romper la barrita de yeso. Luego escribió las iniciales de la siguiente frase: «No tengo nada que olvidar ni perdonar y no he dejado nunca de amarla».

Kitty le miró con extática sonrisa.

–He comprendido ––dijo.

Levin se sentó y escribió una larga frase en iniciales. Kitty lo comprendió todo y, sin pedirle confirmación, tomó la tiza y le contestó inmediatamente.

Durante largo rato Levin no pudo adivinar lo que ella quería decide y de vez en cuando la miraba a los ojos. La felicidad que sentía velaba su mente. Le fue imposible encontrar las palabras a que correspondían las iniciales de Kitty, pero en los hermosos y radiantes ojos de la joven leyó cuanto quería saber.

Entonces escribió sólo tres letras. Antes de que terminase de trazarlas, Kitty, cogiendo la mano de Levin, le hizo poner la respuesta:

«Sí».

–¿Están ustedes juzgando al secrétaire? –

preguntó el anciano príncipe Scherbazky, acercándose a ellos–. Vamos, Kitty. Si no, llegaremos tarde al teatro.

Levin se levantó y acompañó a Kitty hasta la puerta.

En su conversación había sido dicho todo: que ella le quería y que diría a sus padres que Levin iría a verles al día siguiente por la mañana.

XIV

Cuando Kitty hubo salido, Levin, solo, sintió en ausencia de la joven tal inquietud y tan vivo deseo de que llegara cuanto antes la mañana siguiente, en que volvería a verla y a unirse con ella para siempre, que las catorce horas que le separaban de aquel momento le llenaron de temor. Necesitaba estar con alguien, hablar, no sentirse solo, engañar el tiempo. El más agradable interlocutor para él

habría sido Oblonsky, pero éste afirmaba tener que asistir a una reunión, aunque en realidad iba al baile. Levin tuvo tiempo, sin embargo, de decirle que era feliz, que le apreciaba mucho y que jamás olvidaría lo que había hecho por él. La mirada y la sonrisa de su amigo le demostraron que éste había comprendido perfectamente el estado de su alma.

–¿Qué? ¿Ya no está próximo el momento de morirse? –preguntó Esteban Arkadievich con amable ironía, estrechando la mano de Levin.

–¡Nooo! –repuso éste.

Al despedirse de él, también Dolly le felicitó, diciéndole:

–Estoy muy contenta de que se haya vuelto a ver con Kitty. No hay que olvidar a los antiguos amigos...

A Levin casi le molestaron las palabras de Daria Alejandrovna, la cual no podía comprender en cuán alto a inaccesible lugar colocaba él aquel acontecimiento, ya que se atrevía a mencionar en estos momentos el pasado.

Levin se despidió de ellos y, por no quedar solo, se fue con su hermano.

–¿Adónde vas?

–A una reunión.

–¿Puedo acompañarte?

–¿Por qué no? –repuso, sonriendo, Sergio Ivanovich–. Pero, ¿qué tienes hoy?

–¿Qué tengo? ¡Soy feliz! ––dijo Levin, mientras bajaba el cristal de la ventanilla del coche en que iban–. ¿No te importa que abra? Me ahogo... Soy muy feliz... ¿Por qué no te has casado tú?

Sergio Ivanovich sonrió.

–Me alegro; ella parece una muchacha muy simpática... –– empezó.

–¡Calla, calla, calla! –gritó Levin, cogiendo con ambas manos el cuello de la pelliza de su hermano y cerrándola sobre su boca.

¡Eran tan vulgares, tan ordinarias, armoni-zaban tan mal con sus sentimientos aquellas palabras: «Es una muchacha muy simpáti-ca»!

Sergio Ivanovich rió alegremente, lo que rara vez le sucedía.

–En todo caso, celebro mucho...

–Mañana, mañana me lo dirás. ¡Silencio ahora! –insistió Levin, cerrando otra vez la pelliza de su hermano. Y añadió–: ¡Cuánto te quiero! ¿Puedo asistir a la reunión?

–Claro que puedes.

–¿De qué ha de tratarse? –preguntó Levin, sin dejar de sonreír.

Llegaron a la reunión. Levin oyó cómo el secretario tropezaba en las palabras al leer el acta, que al parecer no entendía ni él mismo.

Pero Levin creía adivinar a través del rostro del secretario que era un hombre bueno, simpático y agradable, lo que se

demostraba, según él, por la manera como se azoraba y se confundía en aquella lectura.

Empezaron los discursos. Se discutía la asignación de unas sumas y la colocación de unas tuberías. Sergio Ivanovich atacó vivamente a dos miembros de la junta y habló largo rato con aire de triunfo. Uno de los miembros, que había tomado notas en un papel, quedó por un momento como asustado, pero luego contestó a Kosnichev con tanta cortesía como mala intención. Sviajsky, presente también, dijo algunas palabras nobles y elocuentes.

Levin, escuchando, comprendía claramente que allí no había nada, ni sumas asignadas, ni tuberías, pero que no se enfadaban por ello, que eran todos gente muy amable y que todo marchaba perfectamente entre ellos. No molestaban a nadie y se sentían a gusto. Lo más notable era que hoy le parecía verles a través de una bruma y que por minúsculos, casi imperceptibles detalles, creía adivinar el alma de todos y percibir que todos rebosaban bondad.

Ellos, a su vez, sin duda, sentían también hoy una gran simpatía por Levin, ya que al hablar con él, hacíanlo con exquisita amabilidad, incluso aquellos que no le conocían.

–¿Estás contento? –le preguntó su hermano.

–Mucho. No imaginaba que llevarías esto con tanto interés, con tanto...

Sviajsky se acercó a Levin y le invitó a tomar el té en su casa. Levin no veía ahora por qué estaba antes descontento con Sviajsky, ni qué era lo que se obstinaba en buscar en él. ¡Era un hombre tan inteligente y bondadoso!

–Con mucho gusto –repuso, y le preguntó por su esposa y su cuñada. Por extraña asociación de ideas, al unir en su mente

el pensamiento de la cuñada de su amigo y de su matrimonio, se le figuró que a nadie podía confiar mejor su dicha que a la cuñada y la mujer de Sviajsky, por lo cual la idea de ir a verles le colmaba de satisfacción.

Sviajsky le preguntó por los asuntos de su pueblo, suponiendo, corno siempre, que no podría habérsele ocurrido nada que no existiese ya en Europa, sin que tal motivo pareciera hoy molestar a Levin. Reconocía, por el contrario, que su amigo tenía razón, que aquello era cosa de poca monta, y que eran muy de estimar el extraordinario tacto y suavidad con que Sviajsky procuraba eludir la demostración de la razón que le asistía.

Las señoras se mostraron amabilísimas.

Levin experimentaba la impresión de que sa-bían todo lo que concernía a su dicha, que se alegraban y que no se lo decían por delicadeza.

Permaneció allí una, dos y hasta tres horas, tratando de diversos temas, pero aludiendo constantemente a lo único que inundaba su alma, sin darse cuenta de que les tenía ya a todos fatigados y de que era hora de irse a acostar.

Sviajsky le acompañó hasta el recibidor, bostezando y extrañado de la rara disposición de ánimo que su amigo manifestaba aquel día.

Era la una dada. Levin, al encontrarse en el hotel, se asustó con la idea de que había de pasar a solas diez horas aún, consumiéndose de impaciencia. El criado de turno encendió las bujías y se dispuso a salir, pero Levin le retuvo. Resultó después que aquel criado, Egor, en quien antes él no reparaba nunca, era un muchacho inteligente y simpático y, sobre todo, amabilísimo.

–Y dime, Egor: debe de ser difícil pasar la noche sin dormir, ¿no?

–¿Qué se le va a hacer? Es la obligación.

Más tranquilo es trabajar en casas de señores. Pero la cuentas salen mejor trabajando aquí.

Levin supo entonces que Egor tenía familia: tres hijos y una hija, costurera, a la que pensaba casar con el dependiente de una tienda de guarnicionería.

Con este motivo, Levin participó a Egor su opinión de que lo esencial en el matrimonio es el amor, y que con amor siempre se es feliz, puesto que la felicidad está en uno mismo.

Egor escuchó con atención, pareciendo comprender muy bien la idea de Levin, y, como para confirmarlo, hizo el comentario, inesperado para éste, de que cuando él servía en casa de unos señores, que eran personas excelentes, siempre había estado satisfecho de ellos, y que ahora lo estaba también, a pesar de ser francés el dueño.

«¡Es un hombre admirable este Egor!», reflexionaba Levin.

–Cuando te casaste, ¿querías a tu mujer, Egor?

–¿Cómo no iba a quererla?

Y veía que Egor se exaltaba y se disponía a descubrirle todos sus sentimientos recónditos.

–Mi vida ha sido extraordinaria. Desde chiquillo... –empezó Egor, con los ojos brillantes, tan visiblemente contagiado por el entusiasmo de Levin como cuando uno se contagia viendo bostezar a otro.

Pero en aquel momento sonó un timbre.

Egor salió y Levin quedó solo. No había comido apenas en casa de Oblonsky, no tomó té ni quiso cenar en la de Sviajsky y ahora no podía ni pensar en la cena. Tampoco había dormido la noche anterior, y tampoco podía pensar en el sueño. En la habitación hacía fresco, pero se ahogaba de calor. Abrió las dos hojas de la ventana y se sentó a la mesa ante ellas. Sobre el tejado cubierto de nieve se veía una cruz labrada con cadenas, y encima de la cruz el triángulo de la constelación del Cochero con Cabra, la brillante estrella amarilla. Levin ora contemplaba la cruz, ora aspiraba el aire helado que entraba suavemente en la habitación y, como en sueños, seguía las imágenes y los recuerdos que le iba sugeriendo su imaginación.

Hacia las cuatro oyó pasos en el corredor; miró por la puerta y descubrió a Miakin. Era éste un jugador a quien conocía que en aquel momento regresaba del Círculo. Su aspecto era taciturno y tosía.

«¡Pobre desgraciado!», pensó Levin.

Y el afecto y la compasión que sentía por aquel hombre hicieron afluir las lágrimas a sus ojos.

Se propuso hablarle y consolarle, pero, recordando que estaba en camisa, cambió de decisión y se sentó de nuevo ante la ventana para bañarse en el aire fresco, para mirar aquella cruz silenciosa, de admirable forma y llena para él de significación, para contemplar aquella brillante estrella amarilla.

A las seis, comenzó a sentirse en los pasillos el ruido de los enceradores, sonaron campanas llamando a misa, y Levin comenzó a sentir frío.

Cerró la ventana, se lavó y vistió, y salió a la calle.

XV

Las calles estaban desiertas aún. Levin se dirigió a casa de los Scherbazky. La puerta principal se hallaba cerrada y todo dormía.

Volvió al hotel, subió a su alcoba y pidió café. El camarero de día, que ya no era Egor, se lo trajo. Levin quiso iniciar una conversación con él, pero llamaron y el camarero hubo de salir.

Levin probó a beber el café y se llevó una pasta a la boca, pero sus dientes no sabían qué hacer con la pasta. La escupió, se puso el abrigo y se fue a errar por las calles. Eran algo mas de las nueve cuando se halló otra vez ante las puertas de los Scherbazky. En la casa apenas había despertado nadie aún. El cocinero salía en aquel momento a la compra.

Era, pues, preciso esperar todavía más de dos horas.

Toda la noche y aquella mañana las había pasado Levin en estado de inconsciencia, sintiéndose fuera de las condiciones de la existencia material. No comió en todo el día, llevaba dos noches sin dormir, había pasado varias horas medio desnudo al aire frío, y, sin embargo, no sólo se sentía fresco y fuerte, sino completamente desligado de su cuerpo.

Se movía sin esfuerzo muscular y tenía la sensación de que lo podía todo. Estaba seguro de que, de necesitarlo, habría conseguido volar o mover los muros de una casa.

Pasó el tiempo que faltaba paseando por las calles, mirando sin cesar el reloj y volviendo la cabeza a todos lados.

Entonces vio algo muy hermoso que no volvió a ver jamás: Unos niños que iban a la escuela –que fue lo que más le conmovió–, vio unas palomas de color azul oscuro que volaban desde los tejados a la acera, y unos panecillos blancos, espolvoreados con harina, expuestos por una mano invisible en una ventana.

Los panecillos, los niños, las palomas, todo cuanto veía tenía algo prodigioso. Uno de los niños corrió a la ventana y miró, sonriendo a Levin: una paloma sacudió las alas con suave rumor y se levantó brillando al sol, entre el luminoso polvo de escarcha que flotaba en el aire, y un aroma de pan recién cocido llegó desde la ventana donde estaban expuestos los panecillos.

El cuadro era tan extraordinariamente hermoso que Levin, mirándolo, sintió que le afluían a los ojos lágrimas de alegría.

Describió un gran círculo por las calles de Gazetny y Kislovka, volvió a su habitación y se sentó en espera de las doce. En el cuarto contiguo hablaban de máquinas y de engaños y tosían con una de esas frecuentes toses mañaneras. Aquella gente no comprendía que las manecillas del reloj iban acercándose a las doce.

En la calle, los cocheros de punto sabían sin duda que Levin era dichoso, porque le rodearon con rostros satisfechos, disputando entre sí y ofreciéndole sus servicios. Él, procurando no molestar a los demás, y prometiendo utilizar sus servicios en otra ocasión, eligió a uno de ellos y le ordenó que le llevase a casa de los Scherbazky. El cochero llevaba muy estirado bajo su gabán el blanco cuello postizo de su camisa que cubría su cuello ro-jo, fuerte a hinchado. Y el trineo era alto, ligero y tan excelente, que Levin no vio nunca más otro trineo como aquél. Hasta el caballo era

bueno y se esforzaba en galopar, aunque apenas se movía del mismo sitio.

El cochero conocía la casa de los Scherbazky y mostraba un gran respeto a su cliente. Al llegar, hizo un ademán circular con los brazos y exclamando: «¡Sooo!», detuvo el caballo ante la escalera.

El portero de los Scherbazky debía de saberlo todo, según creyó Levin, a juzgar por la sonrisa de sus ojos y por el modo especial que tuvo de decir:

–Hace tiempo que no venía usted, Constantino Dmitrievich.

No sólo lo sabía todo, sino que por ello estaba radiante de alegría, aunque se esforzaba en disimularla. Mirando los ojos amables del viejo, Levin experimentó una nueva sensación de felicidad.

–¿Están levantados?

–Pase, pase, haga el favor. Y esto puede usted dejarlo aquí –le dijo, observando que se volvía para coger su gorro de piel. Levin descubrió en este detalle un motivo más de ventura.

–¿A quién le anuncio? –preguntó el criado.

El joven criado era uno de esos lacayos de nuevo estilo, muy fatuos, pero era asimismo un muchacho excelente y simpático y también lo comprendía todo...

–A la Princesa... al Príncipe... a la Princesa... –dijo Levin.

La primera persona a quien vio fue a la señorita Linon, que avanzaba por la sala con sus ricitos y su rostro radiante. Iba ya a dirigirle la palabra, cuando se sintió un ruido tras una puerta y la señorita Linon desapareció de su vista, y Levin se

sintió invadido por el ligero sobresalto de la próxima felicidad.

Apenas la señorita Linon, dejándole, salió por la puerta opuesta, unos pasos ligerísimos sonaron en el entarimado y la felicidad de Levin, su vida, lo que era como él mismo, más que él mismo, lo esperado y anhelado tanto tiempo, se acercó deprisa, muy deprisa.

No andaba: volaba a su encuentro, impulsado por una fuerza invisible.

Levin vio dos ojos claros, sinceros, llenos también de la n–isma alegría de amar, que llenaba su corazón; aquellos ojos, brillando cada vez más cerca, le cegaban con su resplandor.

Kitty se paró a su lado rozándole. Sus manos se levantaron y se posaron en los hombros de Levin. Todo esto lo hizo sin decir palabra, corriendo hacia él y ofreciéndosela toda ella, tímida y gozosa. Él la abrazó y juntó sus labios con los de ella, que esperaban su beso.

Kitty no había dormido tampoco en toda la noche. Sus padres habían dado su consentimiento y se sentían felices con su dicha.

Ella, queriendo ser la primera en anunciárselo, había estado esperándole toda la maña-na. Deseaba verle a solas y esto la complacía y a la vez la avergonzaba y llenaba de timidez, porque no sabía lo que hada cuando él apareciese ante sus ojos.

Sintió los pasos de Levin, oyó su voz y esperó tras la puerta a que se fuese la señorita Linon. En cuanto ésta hubo salido, Kitty, sin pensarlo, sin vacilar, sin preguntarse lo que iba a hacer, se aproximó a él a hizo lo que había hecho.

–Vamos a ver a mamá –dijo cogiéndole de la mano.

Levin, durante mucho rato, fue incapaz de decir nada, no tanto porque temiese estropear con palabras la elevación de su sentimiento, cuanto porque cada vez que iba a decir alguna cosa, sentía que en lugar de frases le brotaban lágrimas de felicidad.

Tomó la mano de Kitty y la besó.

–¿Es posible que sea verdad? –dijo con voz profunda–. No puedo creer que tú me ames...

Al oír aquel «tú» y al ver la timidez con que Levin la miraba, Kitty sonrió.

–Sí –dijo ella en voz baja–. ¡Soy tan feliz hoy!

Y, llevándole de la mano, entró en el sa-lón; la Princesa, al verlos, respiró apresuradamente y rompió a llorar, y en seguida después rió, y con pasos más decididos de lo que Levin esperaba, corrió hacia él y, tomándole la cabeza entre sus manos, le besó, humedeciéndole las mejillas con sus lágrimas.

–¡Por fin! Está ya todo arreglado. Me siento muy dichosa. Quiérala mucho. Soy feliz, muy feliz, Kitty.

–¡Con qué presteza lo habéis arreglado! –

exclamó el Príncipe tratando de fingir indiferencia.

Pero cuando el anciano se dirigió hacia él, Levin advirtió que tenía los ojos humedeci-dos.

–Siempre ha sido éste mi deseo –dijo el Príncipe, tomando a su futuro yerno de la mano y atrayéndole hacia sí–. Incluso

en la época en que esta locuela inventó...

–¡Papá! –exclamó Kitty tapándole la boca con las manos.

–Bien; me callo –repuso su padre–. Me siento muy dicho... so... ¡Ay, qué tonto...

soy!

El anciano abrazó a Kitty, le besó la cara, luego la mano, el rostro de nuevo y, al fin, la persignó.

Y Levin, viendo como Kitty, durante largo rato y con dulzura, besaba la mano carnosa del anciano Príncipe, sintió despertar en él un vivo sentimiento de afecto hacia aquel hombre que hasta entonces había sido para él un extraño.

XVI

La Princesa, sentada en la butaca, callaba y sonreía. Kitty, en pie junto a la de su padre, mantenía la mano del anciano entre las suyas.

Todos callaban.

La Princesa fue la primera en hablar y en dirigir los pensamientos y sentimientos generales hacia los planes de la nueva vida. Y a todos, en el primer momento, les pareció aquello igualmente doloroso y extraño.

–¿Y qué, cuándo va a ser la boda? Hay que recibir la bendición, publicar las amonestacio-nes... ¿Qué te parece, Alejandro?

–En este asunto el personaje principal es él –repuso el Príncipe señalando a Levin.

–¿Que cuándo? –repuso éste, sonrojándose–. ¡Mañana! A mí me parece que la bendición puede ser hoy y la boda mañana.

–Basta, mon cher, déjese de tonterías.

–Entonces, dentro de una semana.

–Está loco, no hay duda...

–¿Por qué no puede ser?

–Pero, hombre, espere... –dijo la madre de Kitty, sonriendo jovialmente ante aquella precipitación–. Ha de tratarse aún del ajuar.

«¿Es posible que haya que tratarse del ajuar y de todas esas cosas?», se dijo Levin horrorizado. «¿Es posible que el ajuar, y la bendición, y todo lo demás, vaya a estropear mi felicidad? No: nada es capaz de estropearla.»

Miró a Kitty y vio que la idea del ajuar no parecía molestarla en lo más mínimo.

«Sin duda será necesario», pensó Levin.

–Yo no sé nada. Sólo digo lo que deseo –

repuso, disculpándose.

–Ya hablaremos. De momento, se puede preparar la bendición y anunciar la boda,

¿no?

La Princesa se acercó a su marido, le besó y se dispuso a salir, pero él la retuvo y la abrazó y besó suavemente, sonriendo con dulzura, como un joven enamorado.

Parecía que los ancianos se hubieran confundido por un momento y no supiesen bien si los enamorados eran ellos o su hija.

Cuando los padres hubieron salido, Levin se acercó a su novia y le cogió la mano. Due-

ño ya de sí mismo, capaz de hablar, tenía mucho que decirle. Pero no le dijo, ni con mucho, lo que deseaba.

–¡Cómo lo sabía que esto había de terminar así! Parecía que hubiese perdido toda esperanza pero en el fondo de mi ser nunca de-jé de alimentar esta seguridad –dijo–. Creo que era una especie de predestinación.

–Yo también –repuso Kitty . Hasta cuando...

Se interrumpió; luego continuó mirándole con decisión con sus ojos incapaces de mentir.

–Hasta cuando rechacé la felicidad... Nunca he amado más que a usted. Pero confieso que me sentía deslumbrada... ¿Podrá usted olvidarlo?

–Quizá haya sido mejor así. También usted debe perdonarme mucho... He de decirle...

Lo que quería decirle, lo que tenía decidido manifestarle desde los primeros días, eran dos cosas: que no era tan puro como ella y que no tenía fe en Dios.

Ambas cosas resultaban muy penosas, pe-ro se consideraba obligado a conferírselas.

–¡Ahora no!, luego –añadió.

–Bueno, luego... Pero no deje de decírmelo. Ahora no temo nada. Quiero saberlo todo, porque todo está ya resuelto...

Levin concluyó la frase:

–... Resuelto que me tomará tal como soy,

¿verdad? ¿No me rechazará?

–No, no.

Su conversación fue interrumpida por la señorita Linon, la cual, riendo suavemente, con amable risa, entró para felicitar a su discípula predilecta. Antes de que ella saliera, entraron los criados también a felicitarles.

Luego llegaron los parientes, y con ello se anunció para Levin el comienzo de aquel estado de ánimo insólito y de bienaventuranza del que no salió hasta el segundo día de su boda.

Levin se sentía continuamente turbado y confundido, pero su felicidad se hacía cada vez mayor. Tenía la impresión constante de que exigían de él muchas cosas que no sabía, pero hacía cuanto le pedían y el hacerlo le colmaba de ventura. Creía que su matrimonio no habría de parecerse en nada a los otros, que el hecho de desarrollarse en las circunstancias tradicionales en las bodas habría de estorbar a su felicidad. Pero, a pesar de haberse hecho exactamente lo que se hacía en todas las bodas, su felicidad no hizo con ello sino crecer, convirtiéndose en más especial, y, sin duda, en nada parecida a la experimentada por los otros novios.

–Ahora deberíamos comer bombones –––

decía la señorita Linon.

Y Levin iba a comprar bombones.

–Sí; su boda me satisface mucho –

afirmaba Sviajsky–. Le recomiendo que compre las flores en casa de Fomin.

–¿Es necesario? –preguntaba Levin.

Y las iba a comprar.

Su hermano le aconsejaba que tomase dinero prestado, porque habría muchos gastos, muchos regalos que hacer..

–¡Ah! ¿Hay que hacer regalos?

Y Levin se dirigió corriendo a la joyería de Fouldré.

En la confitería, en la joyería, en la tienda de flores, Levin notaba que le esperaban, que estaban contentos de verle y que compartían su dicha como todos los que trataba en aquellos días.

Era extraordinario que, no sólo todos le apreciaban, sino que hasta personas antes frías, antipáticas a indiferentes, estaban ahora entusiasmadas con él, le atendían en todo, trataban con suave delicadeza su sentimiento y participaban de su opinión de que era el hombre más feliz del mundo, porque su novia era un dechado de perfecciones.

Kitty se sentía igual que él. Cuando la condesa Nordston se permitió insinuar que habría deseado para ella algo mejor, la muchacha se exaltó tanto, demostró con tal calor que nada en el mundo podía ser mejor que Levin, que la Nordston se vio obligada a reconocerlo y en presencia de Kitty ya nunca acogía a Levin sin una sonrisa de admiración.

Una de las cosas más penosas de aquellos días era la explicación prometida por Levin.

Consultó al Príncipe y, con autorización de éste, entregó a Kitty su Diario, en el que se contenía lo que le atormentaba. Hasta aquel Diario parecía escrito pensando en su futura novia. En él se expresaban las dos torturas de Levin: su falta de inocencia y su carencia de fe.

La confesión de su incredulidad pasó inad-vertida. Kitty era religiosa, no dudaba de las verdades de la religión, pero la exterior falta de religiosidad de su novio no le afectó lo más mínimo.

Su amor le hacía comprender el alma de Levin, adivinaba lo que quería y el hecho de que a aquel estado de ánimo quisiera llamársele incredulidad en nada la conmovía.

En cambio, la otra confesión le hizo llorar lágrimas amargas.

Levin no le entregó su Diario sin una previa lucha consigo mismo. Pero sabía que entre él y ella no podía haber secretos, y este pensamiento le decidió a obrar como lo había hecho. No se dio cuenta, sin embargo, del efecto que aquella confesión había de causar en su prometida; no supo adivinar sus sentimientos.

Sólo cuando una tarde, al llegar a casa de los Scherbazky para ir al teatro, entró en el gabinete de Kitty y vio su amado rostro deshecho en lágrimas, dolorido por la pena irreparable que él le produjera, comprendió Levin el abismo que mediaba entre su deshonroso pasado y la pureza angelical de su prometida.

Y se horrorizó de lo que había hecho.

–Tome, tome esos horribles cuadernos –

dijo la joven, rechazando los que tenía ante sí–. ¿Para qué me los ha dado?... Pero no; vale más así –añadió, sintiendo lástima al ver la desesperación que se retrataba en el semblante de su novio–. Pero es horrible, horrible...

Levin bajó la cabeza en silencio. ¿Qué po-día hacer?

–¿No me perdona usted? –murmuró, al fin.

–Sí. Le he perdonado ya. ¡Pero es horrible!

No obstante, la felicidad de Levin era tan grande que aquella confesión, en vez de des-truirla, le dio un nuevo matiz.

Kitty le perdonó; pero él desde entonces se consideraba indigno de la joven, se inclinaba más y más ante ella y apreciaba como mayor su inmerecida ventura.

XVII

Recordando sin querer la impresión de las conversaciones que sostuviera durante la comida y después de ella, Alexey Alejandrovich volvió a la solitaria habitación del hotel.

Las palabras de Dolly respecto al perdón no le produjeron sino un sentimiento de pesar.

Aplicar o no a su caso las normas cristianas era cosa ardua de la que no podía hablarse superficialmente. Y la cuestión estaba resuelta por él hacía tiempo.

De todo lo que allí se dijera, lo que más impresión le había producido fueron las palabras del ingenuo y bondadoso Turovzin: «Se portó como un hombre: le desafió y le mató».

Evidentemente, todos compartían tal opinión, aunque no la expresaban por delicadeza.

«En fin: es cosa resuelta; no hay que pensar más en ello», se dijo.

Y, meditando en su futuro viaje y en el asunto que iba a estudiar, entró en su cuarto y preguntó al conserje por su criado, que le acompañaba, El conserje contestó que el criado había salido hacía ya algún rato.

Alexey Alejandrovich ordenó que le sirviesen té, se sentó a la mesa y tomó la guía de ferrocarriles para estudiar el itinerario de su viaje.

–Hay dos telegramas –dijo el criado cuando volvió y entró en la habitación–. Pido perdón a vuecencia por haberme tomado la libertad de salir un momento.

Alexey Alejandrovich cogió los despachos y los abrió.

El primero contenía la noticia de haber sido designado Stremov para un cargo ambiciona-do por Karenin.

Tiró el telegrama, se sonrojó e, incorporándose, comenzó a pasear por la habitación.

Quos vult perdere Jupiter dementat prius, se dijo incluyendo en el tal quos a las personas que habían favorecido el nombramiento.

No sólo le disgustaba el hecho de que le dejaran de lado, sino que le extrañaba y no comprendía que no viesen todos que cualquier otro habría servido mejor que aquel charlatán de Stremov para semejante cargo.

¿Cómo no comprendían que trabajaban para su propia ruina, que perjudicaban su propio prestigio con aquel nombramiento?

«Será algo por el estilo» , se dijo con amargura al coger el segundo telegrama.

Era de su mujer. La palabra «Ana» trazada con el lápiz azul de telégrafos fue lo primero que hirió su vista.

«Ana» , leyó. Y luego: « Me muero. Pido, suplico venga. Perdonada, moriré más tranquila» .

Karenin sonrió con desdén y tiró el telegrama. Así, al primer momento, no le cabía duda alguna de que se trataba de una argu-cia, de un engaño.

«No se detiene ante ningún embuste. Pero va a dar a luz. Quizá padezca una fiebre puerperal. Y, ¿qué fin persigue? Que yo reconozca al niño, que me comprometa y no plan-tee el divorcio» , pensaba. «Pero ahí dice:

"Me muero"...»

Volvió a leer el telegrama y, de pronto, el sentido directo de lo que en él estaba escrito le sorprendió.

«¿Y si fuera cierto?» , se preguntó. «¿Y si es verdad que en un momento de dolor, ante la muerte próxima, se arrepiente sinceramente y yo, considerándolo un engaño, me niego a acudir...? No sólo sería cruel y todos me condenarían por ello, sino que resultaría necio por mi parte...»

–Pida el coche, Pedro. Me voy a San Petersburgo –dijo al criado.

Había decidido ir a San Petersburgo y ver a su esposa. Si la enfermedad era un engaño, se marcharía sin decir nada. Si estaba efectivamente enferma y quería verle antes de morir, la perdonaría, de hallarla viva; y si llegaba tarde, cumpliría los últimos deberes para con ella.

Durante el camino no pensó más en lo que debía hacer.

Al día siguiente, con un sentinúento de fatiga y de desaseo corporal, como consecuencia de la noche pasada en el vagón, Alexey Alejandrovich avanzaba en coche, entre la neblina matinal de San Petersburgo, por la Perspectiva Nevsky, desierta a aquella hora, mirando ante sí, sin pensar en lo que le esperaba.

No podía reflexionar en ello, porque, al calcular lo que podría ocurrir, no lograba alejar de sí la idea de que la muerte de Ana resolvería las dificultades de su situación.

Pasaban ante sus ojos las tiendas cerradas, los panaderos, los cocheros nocturnos, los ayudantes de los porteros que barrían las aceras. Miraba todo aquello procurando apagar en su interior el pensamiento de lo que le esperaba y de lo que no osaba desear y, a pesar de todo, deseaba.

Llegó a la puerta de su casa. Un coche de alquiler y otro particular, con el cochero dormido, estaban junto a la escalera.

Al entrar en el portal, Karenin pareció co-mo si sacara del lugar más recóndito de su cerebro la decisión tomada, y consultó con ella. En su decisión estaba escrito que de haber engaño, marcharía conservando un sereno desdén, y, de ser verdad, guardaría las apariencias.

El portero abrió antes de que Alexey Alejandrovich llamara. El portero Petrov, a quien llamaban Kapitonich, tenía hoy un aspecto muy extraño. Vestía una levita vieja, no llevaba corbata a iba en pantuflas.

–¿Cómo está la señora?

–Ayer dio a luz felizmente.

Alexey Alejandrovich se detuvo y palideció.

Y sólo ahora comprendió que deseaba con toda su alma que Ana muriese.

–¿Y de salud?

Korvey, con su delantal de mañana, bajaba corriendo la escalera.

–Muy mal –contestó–. Ayer hubo consulta de médicos. El doctor está ahora en casa.

–Suban el equipaje –ordenó Karenin.

Y, sintiendo cierto alivio al saber que existía aún la posibilidad de la muerte, entró en el recibidor.

En el perchero había un capote militar. Karenin, viéndolo, preguntó:

–¿Quién está en casa?

–El médico, la comadrona y el príncipe Vronsky.

Alexey Alejandrovich pasó a las habitaciones interiores.

En el salón no había nadie. Al oír el rumor de sus pasos, la comadrona, tocada con una cofia de cintas color lila, salió del cuarto de Ana. Se acercó a Karenin y con la familiaridad que da la inminencia de la muerte, le tomó por el brazo y le llevó a la alcoba.

–¡Gracias a Dios que ha llegado! No hace más que hablar de usted ––dijo la mujer.

–¡Traed hielo en seguida! –pidió desde la alcoba la voz autoritaria del médico.

Alexey Alejandrovich entró en el gabinete de Ana. Junto a la mesa, sentado de lado en una silla baja, Vronsky, con el rostro oculto entre las manos, lloraba. Al oír la voz del mé-
dico, saltó de la silla, apartó las manos de su rostro y vio a Karenin. Al verle ante sí, quedó tan confundido que se sentó otra vez, hundiendo la cabeza entre los hombros como si quisiera desaparecer.

Poco después, sobreponiéndose, se levantó y dijo:

–Se muere. Los médicos dicen que no hay salvación. Estoy a su disposición en todo, pe-ro permítame quedarme aquí... Al fin y al ca-bo... es su voluntad... y yo...

Karenin, al ver las lágrimas de Vronsky, se sintió invadido por aquel desconcierto espiritual que le producía siempre el aspecto del sufrimiento. Sin terminar de escuchar las palabras de Vronsky, cruzó precipitadamente el umbral de la alcoba.

Desde el cuarto llegaba la voz de Ana, y su voz era animada, alegre, con una entonación muy definida. Alexey Alejandrovich entró y se acercó al lecho. Ana yacía en él con el rostro vuelto hacia su marido. Sus mejillas ardían, sus ojos brillaban, las pequeñas y blancas manos salían de las mangas de la camisola y jugaban con las puntas de las sábanas retorciéndolas.

No sólo parecía gozar de lozanía y buena salud, sino hallarse en excelente estado de ánimo. Hablaba deprisa, en voz alta, con in-flexiones muy precisas y llenas de sentimiento.

–Alexey... Me refiero a Alexey Alejandrovich...¡Qué extraño y terrible sino que los dos se llamen Alexey!, ¿verdad? Pues Alexey no me lo rehusaría. Yo lo habría olvidado todo y él me perdonaría. ¿Por qué no viene? Es bueno, aunque él mismo no sabe que lo es. ¡Dios mío, qué pena! Denme agua ... ¡Pronto! Pero esto será malo para ella, para mi niña. Bueno, entonces llévenla a la nodriza. Sí: estoy conforme, valdrá más... Cuando él llegue se disgustará viéndola. Llévensela...

–Ya ha llegado, Ana Arkadievna. Está aquí

––dijo la comadrona, tratando de llamar la atención de Ana sobre su marido.

–¡Qué tonterías! –continuaba ella, sin verle–. Denme, denme la niña. ¡No ha llegado aún! Dice usted que no me perdonará, porque no le conoce... Nadie le conocía, únicamente yo... Y me daba pena. ¡Oh, sus ojos!

Sergio tiene los ojos como él; por eso no quiero mirárselos... ¿Han dado de comer a Sergio? Estoy segura de que van a olvidarle...

Y él no le habría olvidado. Hay que trasladar a Sergio a la alcoba del rincón y decir a Mariette que duerma allí.

De pronto, Ana se hizo un ovillo y con temor, cual si esperase un golpe, se cubrió con las manos la cara, como para defenderse.

Había visto a su marido.

–¡No, no! –exclamó–. No la temo, no temo la muerte. Acércate, Alexey. Hice que te apresuraras porque tengo poco tiempo... po-co tiempo de vida... En seguida vendrá la fiebre y no comprenderé nada. Pero ahora lo entiendo todo y todo lo veo..,

En el rostro arrugado de Alexey Alejandrovich se dibujo una expresión de sufrimiento.

Cogió la mano de Ana y trató de decirle algo, pero no pudo pronunciar una sola palabra. Su labio inferior temblaba. Luchaba con su emoción y sólo de vez en cuando miraba a su esposa. Y cada vez que lo hacía, veía los ojos de ella mirándole con tanta suavidad y dulzura como nunca le había mirado.

–Espera, no sabes... Espera, espera... –y Ana se interrumpió coi–no para concentrar sus ideas–. Sí, sí, sí... –empezó–, es lo que quería decirte. No te extrañe, soy la misma de siempre... Pero dentro de mí hay otra, y la temo. Es esa otra la que amó a aquel hombre y trataba de odiarte, sin poder olvidar la que antes había sido. Pero aquélla no era yo.

Ahora soy la verdadera, soy yo misma... toda yo... Me muero, ya lo sé, puedes preguntar-lo... Siento un peso en los brazos, las piernas, los dedos...¡Mira qué dedos tan enormes! Pero todo esto va a acabar pronto. Sólo necesito una cosa: que me perdones, que me perdones sin reservas. Soy muy mala... El aya me decía que una santa mártir... ¿cómo se llamaba? era peor aún... Quiero ir a Roma; allí hay un desierto... No quiero estorbar a nadie. Sólo llevaré conmigo a

Sergio y a la niña. ¡No, no puedes perdonarme!... ¡Yo ya sé que esto no se puede perdonar! No... no vete... eres demasiado bueno...

Con una de sus ardientes manos, Ana retenía la de su marido mientras le rechazaba con la otra.

La turbación de Karenin aumentaba de instante en instante, y llegó a un grado tal que desistió de luchar. Y de pronto sintió que lo que siempre consideraba como un desconcierto espiritual, era, por el contrario, un estado de ánimo tan venturoso que le daba una nueva felicidad antes desconocida.

No pensó en que la doctrina cristiana, que él practicaba, le ordenaba perdonar y amar a sus enemigos; pero ahora el sentimiento de amarlos y perdonarlos le colmaba el alma.

Permanecía arrodillado, con la cabeza apoyada sobre la articulación de uno de los brazos de su mujer, que le quemaba como fuego a través de la camisola, y lloraba como un niño.

Ana abrazó su cabeza, que empezaba a perder el cabello, se acercó a él y con audaz orgullo levantó la mirada.

–¡Así es él!, ¿lo veis? ¡Ya lo sabía yo! Y

ahora, ¡adiós todos, adiós! ¿Para qué han venido todos esos? ¡Que se marchen! Pero, ¡sa-cadme esas mantas!

El médico separó sus manos, la recogió cuidadosamente en las almohadas y tapó sus hombros. Ella, obediente, se inclinó y miró ante sí con los ojos radiantes.

–Recuerda una cosa... que sólo deseaba tu perdón... No pido más... ¿Por qué no viene él? –y miraba a la puerta del cuarto

donde estaba Vronsky–. Acércate, acércate y dale la mano.

Vronsky se acercó a la cama, contempló a Ana y se cubrió el rostro con las manos.

–¡Descúbrete la cara y mírale: es un santo! ––dijo Ana–. ¡Descúbrete la cara! –repitió con irritación–. ¡Alexey Alejandrovich, descú-

brele la cara! ¡Quiero verle!

Karenin separó las manos de Vronsky de su rostro, que resultaba terrible por la expresión de pena y vergüenza que transparentaba.

–Dale la mano. Perdónale.

Alexey Alejandrovich dio la mano a Vronsky sin reprimir ya las lágrimas que acudían a sus ojos.

–¡Gracias a Dios, gracias a Dios! Ahora to-do está arreglado. Quiero estirar un poco las piernas... Así, así estoy bien... ¡Con qué mal gusto han sido pintadas esas flores! No se parecen en nada a las violetas de verdad ––

dijo, señalando los papeles pintados que cu-brían las paredes de la habitación–. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cuándo terminará esto?

Denme morfina. Doctor: déme morfina. ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Y se agitaba en el lecho.

El médico de cabecera y los otros doctores decían que aquello era una fiebre puerperal de la cual el noventa y nueve por cien de los casos terminan con la muerte. Todo el

día lo había pasado Ana con fiebre, delirio y frecuentes desvanecimientos. A medianoche la enferma había perdido el conocimiento y estaba casi sin pulso.

Esperaban el fin de un momento a otro.

Vronsky se fue a su casa. Por la mañana acudió para saber cómo seguía la enferma.

Karenin, hallándole en el recibidor, le dijo:

–Quédese; quizá ella pregunte por usted.

Y él mismo le acompañó al gabinete de su esposa.

Por la mañana Ana entró de nuevo en un período de exaltada animación, de conversación rápida y agitada que terminó de nuevo en un desvanecimiento.

El tercer día el hecho se repitió, y los mé-

dicos dijeron que empezaba a haber esperanzas.

Este día Karenin se dirigió al gabinete donde estaba Vronsky, cerró la puerta y se sentó frente a él.

–Alexey Alejandrovich –dijo Vronsky, comprendiendo que llegaba el momento de las explicaciones–, no puedo ni hablar. No sabría hacerme cargo de las cosas. ¡Tenga piedad de mí! Por terrible que sea para usted esta situación, créame, lo es todavía más para mí.

E hizo ademán de levantarse. Pero Karenin le sujetó por el brazo y le dijo:

–Le ruego que me escuche; es necesario.

He de manifestar los sentimientos que me han guiado y me guían para que usted no se llame a engaño respecto a mí. Usted sabe que opté por el divorcio y que incluso había iniciado este asunto. No le ocultaré que antes de entablar la demanda vacilé y sufrí mucho.

Confieso que me atormentaba el deseo de vengarme, de hacerles daño a usted y a ella.

Cuando recibí el telegrama, llegué con iguales sentimientos. Más diré: he deseado la muerte de Ana. Pero...

Alexey Alejandrovich calló un momento, reflexionando si debía o no abrirle su corazón.

–Pero la vi y la perdoné. Y la felicidad que experimenté perdonándola me indicó mi deber. He perdonado sin reservas, sincera y plenamente. Quiero ofrecer la mejilla izquierda al que me ha abofeteado la derecha. Quiero dar la camisa al que me quita el caftán.

Sólo pido a Dios que no me quiten la dicha de perdonar.

Las lágrimas llenaban sus ojos. Su mirada lúcida y serena sorprendió a Vronsky.

–Mi decisión está tomada. Puede usted pisotearme en el barro, hacerme objeto de irri-sión ante el mundo; pero no abandonaré a Ana y no le dirigiré jamás a usted una palabra de reproche –continuó Alexey Alejandrovich–. Mi obligación se me aparece ahora con claridad: debo permanecer al lado de mi esposa y permaneceré. Si ella desea verle, le avisaré, pero ahora me parece mejor que usted se vaya...

Karenin se levantó, y los sollozos ahogaron sus últimas palabras.

Vronsky se levantó también, y, medio encorvado, miraba con la frente baja a Alexey Alejandrovich.

No comprendía los sentimientos de aquel hombre, pero adivinaba que eran muy elevados, incluso inaccesibles para él.

XVIII

Después de su conversación con Karenin, Vronsky salió a escalera y se detuvo, sin darse cuenta apenas de dónde estaba ni a dónde debía ir.

Se sentía avergonzado, culpable, humillado y sin posibilidades de lavar aquella humillación. Se veía lanzado fuera del camino que siguiera hasta entonces tan fácilmente y con tanto orgullo. Sus costumbres y reglas de vi-da, que siempre creyera tan firmes, se convertían de pronto en falsas a inaplicables.

El marido engañado, que hasta aquel momento le pareciera un ser despreciable, un estorbo incidental –y un tanto ridículo– de su dicha, era elevado de pronto por la propia Ana a una altura que inspiraba el máximo respeto, apareciendo repentinamente, no como malo, o falso, o ridículo, sino como bueno, sencillo y lleno de dignidad.

Vronsky no podía dejar de reconocerlo.

Sus papeles respectivos, súbitamente, habían cambiado. Vronsky veía la elevación del otro y su propia caída; comprendía que Karenin tenía razón y él no. Tenía que admitir que el marido mostraba grandeza de alma hasta en su propio dolor y que él era bajo y mezquino en su engaño.

Pero esta conciencia de su inferioridad an-te el hombre que antes despreciara injustamente constituía la parte mínima

de su pena.

Se sentía incomparablemente más desgraciado ahora, porque su pasión por Ana, que últimamente parecíale que empezaba a enfriarse, ahora, al saberla perdida, se hacía más fuerte que nunca.

La vio durante toda su enfermedad tal co-mo era, leyó en su alma y le pareció que nunca hasta entonces la había amado. Y ahora, precisamente ahora, cuando la conocía bien, quedaba humillado ante ella y la perdía, dejándole de él sólo un recuerdo vergonzoso.

Lo más terrible de todo fue su posición humillante y ridícula cuando Karenin separó sus manos de su rostro avergonzado.

De pie en la escalera de la casa de los Karenin, Vronsky no sabía qué hacer.

–¿Mando buscar un coche? –le preguntó el portero.

–Sí... un coche.

Una vez en casa, fatigado después de las tres noches que llevaba sin dormir, Vronsky se tendió boca abajo en el diván apoyándose sobre los brazos. Le pesaba la cabeza. Los más extraños recuerdos, pensamientos a imágenes se superponían con extraordinaria rapidez y claridad: ora la poción que daba a la enferma, y de la que llenó en exceso la cuchara; ora las manos blancas de la comadrona; ora la extraña actitud de Karenin arrodillado ante el lecho.

«Quiero dormir y olvidar», se dijo con la tranquila convicción de un hombre sano seguro de que si resuelve dormirse lo conseguirá inmediatamente.

Y, en efecto, en aquel mismo instante todo se confundió en su cerebro y comenzó a hundirse en el precipicio del olvido. Las olas del mar de la vida comenzaban en su inconsciencia a cerrarse sobre su cabeza, cuando de repente pareció como si la descarga de una fuerte corriente eléctrica atravesara su cuerpo.

Se estremeció de tal modo que hasta dio un salto sobre los muelles del diván y, al buscar un punto de apoyo, quedó de rodillas, asustado. Tenía los ojos muy abiertos y parecía que no hubiera llegado a dormirse. La pesadez de cabeza y la flojedad muscular que sintiera un momento antes desaparecieron repentinamente.

«Puede usted pisotearme en el barro ...»

Oía las palabras de Alexey Alejandrovich y le veía ante sí; veía el rostro febril y ardiente de Ana, con sus ojos brillantes, que miraban con amor y dulzura, no a él, sino a Alexey Alejandrovich; veía su propia figura, estúpida y ridícula, como sin duda había aparecido en el momento en que Karenin le apartara las manos del rostro.

Estiró las piernas de nuevo, se acomodó sobre el diván en la misma postura de antes y cerró los ojos.

«Quiero dormir, dormir...», se repitió. Pero con los ojos cerrados veía el rostro de Ana más claramente aún, tal como lo tenía en la tarde memorable para él de las carreras.

«Esos días no volverán más, nunca mis...

Ella quiere borrarlos de su recuerdo. ¡Y yo no puedo vivir sin ellos! ¿Cómo reconciliarnos, cómo?», pronunció Vronsky en voz alta, y repitió varias veces aquellas palabras inconscientemente. Haciéndolo,impedía que se pre-sentasen los nuevos recuerdos e imágenes que le parecía sentir

acumularse en su mente. Pero la repetición de aquellas palabras só-

lo pudo contener por un breve instante el vuelo de su imaginación. De nuevo aparecieron en su mente, uno tras otro, con extrema rapidez, los momentos felices y junto con ellos su reciente humillación.

«Apártale las manos», decía la voz de Ana.

Alexey Alejandrovich se las apartaba y sentía la expresión ridícula y humillante de su propio rostro.

Continuaba tendido en el diván, tratando de dormir, aunque estaba convencido de que no lo conseguiría, y repetía en voz baja las palabras de cualquier pensamiento casual, intentando evitar así que aparecieran nuevas imágenes. Prestaba atención y oía el murmullo extraño, enloquecedor, de las palabras que iba repitiendo:

«No supiste apreciarla, no has sabido hacerte valer, no supiste apreciarla, no has sabido hacerte valer...»

«¿Qué es esto?», se preguntó. «¿Es que me estoy volviendo loco? Puede ser... ¿Por qué enloquece la gente y por qué se suicida sino por esto?», se contestó.

Abrió los ojos, vio junto a su cabeza el almohadón bordado obra de Varia, la esposa de su hermano. Tocó el borlón de la almohada y se esforzó en recordar a Varia, queriendo precisar cuándo la había visto por última vez.

Pero cualquier esfuerzo por pensar le era doloroso. «No; debo dormirme», decidió.

Acercó el almohadón de nuevo y apoyó la cabeza en él, y procuró cerrar los ojos, cosa que no podía conseguir sino con

gran esfuerzo. Se levantó de un salto y se sentó.

«Eso ha terminado para mí», pensó. «De-bo reflexionar en lo que me conviene hacer.

¿Qué me queda?»

Y su pensamiento imaginó rápidamente todo lo que sería su vida separado de Ana.

«¿La ambición, Serpujovskoy, el gran mundo, la Corte?»

No pudo fijar el pensamiento en nada. To-do aquello tenía importancia antes, pero ahora carecía de ella por completo.

Se levantó del diván, se quitó la levita, se aflojó el cinturón y, descubriendo su velludo pecho, para poder respirar con más facilidad, comenzó a pasear por la habitación.

«Así se vuelve loca la gente», repitió, «y así se suicidan los hombres... para no avergonzarse ...» , añadió lentamente.

Se acercó a la puerta y la cerró. Luego, con la mirada fija y los dientes apretados, se acercó a la mesa, cogió el revólver, lo examinó, volvió hacia él el cañón cargado y se sintió invadido por una profunda tristeza. Como cosa de dos minutos permaneció inmóvil y pensativo, con el revólver en la mano, la cabeza baja y en el rostro la expresión de un inmenso esfuerzo de concentración mental.

«Está claro», se dijo, como si el curso de un pensamiento lógico, nítido y prolongado le hubiese llevado a una conclusión indudable.

En realidad, aquel «está claro» sólo fue para él la consecuencia de la repetición de un mismo círculo de recuerdos a imágenes que pasaran por su mente decenas de

veces en aquella hora. Eran los mismos recuerdos de su felicidad, perdida para siempre, la misma idea de que todo carecía de objeto en su vida futura, la misma conciencia de su humillación. Era siempre una sucesión idéntica de las mismas imágenes y sentimientos.

«Está claro», repitió cuando su cerebro hubo recorrido por tercera vez el círculo má-

gico de recuerdos y pensamientos.

Y aplicando el revólver a la parte izquierda de su pecho, con un fuerte tirón de todo el brazo, apretando el puño de repente, Vronsky oprimió el gatillo.

No sintió el ruido del disparo, pero un violento golpe en el pecho le hizo tambalearse.

Trató de apoyarse en el borde de la mesa, soltó el revólver, vaciló y se sentó en el suelo, mirando con sorpresa en tomo suyo. Visto todo desde abajo, las patas curvadas de la mesa, el cesto de los papeles y la piel de tigre, no reconocía su habitación.

Oyó los pasos rápidos y crujientes de su criado cruzando el salón y se recobró. Hizo un esfuerzo mental, comprendió que estaba en el suelo y, al ver la sangre en la piel de tigre y en su brazo, recordó que había disparado sobre sí mismo.

«¡Qué estupidez! No apunté bien», murmuró, buscando el arma con la mano. El re-vólver estaba a su lado, pero él lo buscaba más lejos. Continuando su busca, se estiró hacia el lado opuesto, no pudo guardar el equilibrio y cayó desangrándose.

El elegante criado con patillas, que más de una vez se había quejado ante sus amigos de la debilidad de sus nervios, se

asustó tanto al ver a su señor tendido en el suelo que corrió a buscar ayuda, dejándole entre tanto perder más y más sangre.

Al cabo de una hora llegó Varia, la mujer del hermano de Vronsky, y con ayuda de tres médicos, a los que envió a buscar a distintos sitios y que llegaron todos a la vez, instaló al herido en el lecho y se quedó en su casa para cuidarle.

XIX

La equivocación cometida por Alexey Alejandrovich consistía en que, al prepararse a ver a su mujer, no pensó en la posibilidad de que su arrepentimiento pudiera ser sincero, de que él la perdonara y ella no muriese.

Dos meses después de su vuelta de Moscú aquel error se le presentó en toda su crude-za. La equivocación no había consistido sólo en no prever tal posibilidad, sino también en no haber conocido su propio corazón antes del día en que había visto a su mujer mori-bunda.

Junto al lecho de la enferma se entregó por primera vez en su vida al sentimiento de humillada compasión que despertaban siempre en él los sufrimientos ajenos y del que se avergonzaba como de una perjudicial debilidad.

La compasión por Ana, el arrepentimiento de haber deseado su muerte y sobre todo la alegría de perdonar, hicieron que repentinamente sintiera no sólo terminado su sufrimiento, sino, además, una tranquilidad de espíritu nunca experimentada antes. Notaba que, de repente, lo que había sido origen de sus dolores se convertía en origen de la alegría de su alma. Lo que le pareciera insoluble cuando condenaba, reprochaba y odiaba, le resultaba sencillo ahora que perdonaba y amaba.

Perdonaba a su mujer, compadeciéndola por sus pesares y por su arrepentimiento.

Perdonaba a Vronsky y le compadecía, sobre todo después de haberse enterado de su acto de desesperación. Compadecía también a su hijo más que antes. Se reprochaba haberse ocupado muy poco de él hasta entonces; incluso hacia la niña recién nacida experimentaba un sentimiento especial, mezcla de piedad y de ternura.

Al principio atendió sólo a la recién nacida, movido por la compasión hacia aquella niña infeliz, que no era hija suya, que había sido olvidada por todos durante la enfermedad de su madre y que seguramente habría muerto si Karenin no se hubiera ocupado de ella.

Luego, poco a poco, sin darse cuenta, empezó a querer a la pequeña. Muchas veces al día entraba en el cuarto de los niños y allí permanecía sentado largo rato. De modo que la niñera y el aya, al principio cohibidas en su presencia, se acostumbraron a él insensible-mente.

En ocasiones pasaba hasta media hora mirando la carita rojiza como el azafrán, fofa y aún arrugada, de la pequeña, examinando sus manitas gordezuelas, de dedos crispados, con el dorso de los cuales se frotaba los ojos y el arranque de la nariz.

Alexey Alejandrovich se sentía más sereno que nunca en aquellos momentos; estaba en paz consigo mismo; no veía nada de extraordinario en su situación ni creía que tuviera que cambiarla para nada,

Pero, a medida que pasaba el tiempo, iba reconociendo con claridad que, por muy natural que a él pudiera parecerle tal estado de cosas, los demás no permitirían que quedasen así. Además de la bondadosa fuerza moral que guiaba su alma,

había otra tan fuerte, si no más, que guiaba su vida, y esta segunda fuerza no podía darle la tranquilidad pacífica y humilde que deseaba.

Advertía que todos le miraban con interrogativa sorpresa sin comprenderle, como esperando algo de él. Y, particularmente, comprobaba la fragilidad y poca consistencia de sus relaciones con su mujer.

Al desvanecerse aquel momento de enternecimiento producido por la proximidad de la muerte, Alexey Alejandrovich comenzó a comprobar que Ana le temía, se sentía inquieta en su presencia y no osaba arrostrar su mirada. Era como si la atormentase el deseo de decirle algo y no se decidiera a decirlo, y también como si esperara alguna cosa de él, como si presintiese que aquellas relaciones no podían perdurar de aquel modo.

A finales de febrero, la recién nacida, a quien también llamaron Ana, enfermó. Karenin fue por la mañana al dormitorio, ordenó que se avisase al médico y marchó al Ministerio. Terminadas sus ocupaciones, volvió a ca-sa hacia las cuatro. Al entrar en el salón, vio que el criado, hombre muy arrogante, vestido de librea con una esclavina de piel de oso, sostenía en las manos una capa blanca de cebellina.

–¿Quién ha venido? –preguntó Karenin.

–La princesa Isabel Fedorovna Tverskaya –

contestó el lacayo, sonriendo, según se le figuró a Alexey Alejandrovich.

En aquella dolorosa etapa, Karenin venía observando que sus amistades del gran mundo les trataban ahora, tanto a él como a su mujer, con un interés particular. En todos aquellos amigos descubría una especie de alegría que sólo con

dificultad conseguían ocultar, la misma alegría que viera en los ojos del abogado y ahora en los del sirviente.

Parecía que todos se hallasen entusiasmados, como preparando la boda de alguien. Cuando encontraban a Alexey Alejandrovich le preguntaban por la salud de Ana con alegría difí-

cilmente reprimida.

La presencia de la princesa Tverskaya, tanto por los recuerdos que evocaba como por no simpatizar con ella, era desagradable a Karenin.

En la primera de las habitaciones de los niños, Sergio, inclinado sobre la mesa, con los pies sobre una silla, dibujaba, acompa-

ñando su propio trabajo de palabras alentadoras. La inglesa que sustituyera a la francesa durante la enfermedad de Ana estaba sentada junto al niño haciendo labor. Al ver entrar a Karenin se levantó con precipitación, hizo una reverencia y dio un leve empujón a Sergio.

Alexey Alejandrovich acarició la cabeza de su hijo, contestó a las preguntas de la institutriz sobre la salud de su esposa y le preguntó lo que había dicho el médico sobre la pequeña.

–El doctor asegura que no es nada serio y ha recetado baños, señor.

–Pero la niña padece aún –repuso Karenin, oyéndola gemir en la habitación contigua.

–Creo, señor, que esa nodriza no sirve ––

dijo osadamente la inglesa.

–¿Por qué lo piensa así? –preguntó él, deteniéndose.

–Lo mismo pasó en casa de la condesa Paul, señor. Se sometió a la criatura a tratamiento y resultó que el niño padecía hambre.

La nodriza no tenía bastante leche, señor.

Alexey Alejandrovich quedó pensativo y, tras reflexionar unos momentos, cruzó la puerta.

La niña estaba tendida, volvía la cabecita y se revolvía inquieta entre los brazos de la nodriza, negándose a tomar el enorme pecho que se le ofrecía y a callar, a pesar del doble

«¡Chist!» de la nodriza y del aya inclinadas sobre ella.

–¿No ha mejorado? –preguntó Karenin.

–Está muy inquieta –contestó el aya en voz baja.

–Miss Edward dice que acaso la nodriza no tenga leche suficiente.

–También lo creo yo, Alexey Alejandrovich.

–¿Y por qué no lo decía?

–¿A quién? Ana Arkadievna está enferma aún –dijo el aya con descontento.

El aya servía hacía muchos años en casa de los Karenin. Y hasta en aquellas sencillas palabras creyó Karenin notar una alusión al presente estado de cosas.

La niña gritaba más cada vez, se ahogaba y enronquecía. El aya, moviendo la mano con aire de disgusto, se acercó a la

nodriza, cogió en brazos a la criatura y empezó a mecerla, paseando con ella.

–Hay que decir al médico que examine a la nodriza –indicó Karenin.

La nodriza, mujer de saludable aspecto y bien ataviada, sintiéndose temerosa de que la despidiesen, murmuró algo a media voz, mientras ocultaba, con desdeñosa sonrisa, su pecho opulento. Y también en aquella sonrisa vio Alexey Alejandrovich una ironía hacia su situación.

–¡Pobre niña! –dijo el aya, tratando de calmar a la pequeña y continuando su paseo con ella en brazos.

Alexey Alejandrovich se sentó en una silla y con el rostro triste, apenado, miraba al aya pasear por la habitación.

Cuando al fin se calmó la niña, y el aya, tras ponerla en la blanda camita y arreglarle la almohada bajo la cabeza, se alejó de ella, Alexey Alejandrovich, penosamente, andando sobre las puntas de los pies, se acercó a la niña. Permaneció en silencio, contemplándola con tristeza. De repente, una sonrisa asomó a su rostro, haciendo moverse sus cabellos y fruncirse la piel de su frente. Luego salió del cuarto sin hacer el menor ruido.

Una vez en el comedor, llamó y ordenó al criado que se había apresurado a acudir, que fuese en seguida a buscar de nuevo al médi-co.

Sentíase irritado contra su mujer, que se preocupaba tan poco de aquella hermosísima niña. No quería verla en aquel estado de irritación, ni tampoco a la princesa Betsy. Pero como Ana podía extrañarse de que no fuese a su cuarto, hizo un esfuerzo y se dirigió allí.

Al acercarse a la puerta pisando la tupida alfombra, llegaron sin querer a sus oídos las palabras de una conversación que nó habría querido escuchar.

–Si él no se marchase, yo comprendería su negativa y la de su marido. Pero Alexey Alejandrovich debe mostrarse por encima de to-do esto ––decía Betsy.

–No me niego por mi marido, sino por mí misma –contestó la voz conmovida de Ana.

–No es posible que usted no desee despedirse del hombre que ha querido matarse por usted.

–Por eso mismo no quiero.

Alexey Alejandrovich se detuvo. Su rostro expresaba un temor casi culpable. Trató de alejarse sin ser visto. Pero reflexionando en que aquello sería poco noble, volvió sobre sus pasos, tosió y avanzó hacia la alcoba.

Las voces callaron; él entró. Ana estaba sentada en el sofá, envuelta en una bata gris, con los cabellos negros, recién cortados, formando una espesa maraña sobre su cabeza ovalada.

Como siempre que veía a su marido, su animación desapareció de repente. Bajó la vista y miró a Betsy con inquietud.

Ésta, vestida a la última moda, con un sombrero colocado sobre su cabeza como una pantalla sobre una lámpara, vistiendo un traje azul rojizo de amplias y llamativas líneas en diagonal trazadas de un lado sobre el corpiño y de otro sobre la falda, estaba sentada junto a Ana, manteniendo erguido el liso busto. Inclinó la cabeza y sonriendo burlonamente, saludó a Karenin.

–¡Oh! –exclamó, como sorprendida–. ¡Me alegra mucho hallarle en casa...! No se le ve nunca en ninguna parte. Yo no le he encontrado desde la enfermedad de Ana. Ya lo sé todo, sus cuidados... su... ¡Es usted un esposo admirable! –dijo con tono significativo y afectuoso, como si le condecorara con la medalla de la bondad por su conducta con su mujer.

Alexey Alejandrovich saludó fríamente y besó la mano de su esposa preguntándole cómo se encontraba.

–Parece que me encuentro mejor –

contestó Ana rehuyendo su mirada.

–Pero, por el color encendido de su rostro diría que tiene usted fiebre –dijo Karenin, recalcando la palabra «fiebre».

–Hemos hablado en exceso –repuso Betsy–. Comprendo que esto es demasiado ego-

ísmo por mi parte; me marcho ya.

Se levantó, pero Ana, ruborizándose de repente, le cogió el brazo.

–No, quédese, haga el favor... Debo decirle... Y a usted también... –añadió dirigiéndose a su marido, mientras el rubor se extendía a su frente y a su cuello–. No puedo ni quiero ocultarle nada...

Alexey Alejandrovich hizo crujir sus dedos y bajó la cabeza.

–Betsy me ha dicho que el príncipe Vronsky quería visitamos antes de marcharse a Tachkent –Ana hablaba sin mirar a su marido, y cuanto más penosos eran sus sentimientos más se apresuraba–. Le he dicho que no puedo recibirle.

–Me ha dicho usted, querida amiga, que eso dependía de su esposo –corrigió Betsy.

–Pues no, no puedo recibirle, ni sirve de...

Se interrumpió de pronto y contempló, interrogadora, a su marido, que ahora no la miraba.

–En una palabra, no quiero...

Alexey Alejandrovich, acercándose, trató de cogerle la mano.

Ana, dejándose llevar del primer impulso, retiró su mano de la de su esposo –grande, húmeda y con gruesas venas hinchadas–, que buscaba la suya. Después, haciendo un evidente esfuerzo sobre sí misma, la oprimió.

–Le agradezco mucho su confianza, pero...

–repuso Karenin, turbado, comprendiendo con enojo que lo que podía explicar y decir a solas no era posible ante Betsy. Esta se le presentaba en aquel momento como la personificación de aquella fuerza incontrastable que había de guiar su vida a los ojos del gran mundo, estorbándole el que se entregara libremente a sus sentimientos de perdón y de amor.

Se interrumpió, pues, y quedó mirando a la princesa Tverskaya.

–Entonces, adiós, querida –––dijo Betsy levantándose.

Besó a Ana y salió. Karenin la acompañó.

–Alexey Alejandrovich: le tengo por un hombre generoso –dijo Betsy, deteniéndose en el saloncito y apretándole la

mano una vez más significativamente–. Soy una extraña, pero quiero tanto a Ana y siento tanto respeto por usted, que me permito darle un consejo. Acéptelo. Alexey Vronsky es el honor en persona y ahora se va a Tachkent.

–Le agradezco, Princesa, su interés y sus consejos. Pero la cuestión de a quien reciba o no mi mujer ha de resolverla ella misma.

Habló, según acostumbraba, con dignidad, arqueando las cejas, pero pensó en seguida que, dijera lo que dijese, no podía haber dignidad en su situación.

Lo comprobó con la sonrisa contenida, iró-

nica, malévola, con que le miró Betsy después de haber oído sus palabras.

XX

Karenin se despidió de Betsy en la sala y volvió al lado de su mujer. Ana estaba tendida en el diván, pero al sentir los pasos de su marido recobró precipitadamente su posición anterior y le miró con temor. Alexey Alejandrovich notó que ella había llorado.

–Te agradezco tu confianza en mí –dijo, repitiendo en ruso lo que dijera ante Betsy en francés.

Y se sentó a su lado.

Cuando Karenin hablaba en ruso y la trataba de tú, este «tú» producía en Ana un irresistible sentimiento de irritación.

–Agradezco mucho tu decisión. Creo también que, puesto que se marcha, no hay necesidad alguna de que el príncipe Vronsky venga aquí. De todos modos...

–Sí, ya lo he dicho yo. ¿Para qué insistir? –

interrumpió de pronto Ana.

«¡No hay ninguna necesidad», pensaba,

«de que venga un hombre para despedirse de la mujer a quien ama, por la que quiso matarse, por la que ha deshecho su vida! ¡La mujer que no puede vivir sin él! ¡Y dice que no hay ninguna necesidad!».

Ana apretó los labios y puso la mirada de sus ojos brillantes en las manos de Alexey Alejandrovich, con sus venas hinchadas, que en aquel momento se frotaba lentamente una contra otra.

–No hablemos más de esto –añadió, más sosegada.

–Te he dejado resolver la cuestión por ti misma y me alegro de que... ––empezó Alexey Alejandrovich.

–De que mi deseo coincida con el suyo –

concluyó Ana, molesta de que su marido hablara tan despacio cuando ella sabía bien lo que iba a decirle.

–Sí –afirmó él– Y la princesa Tverskaya hace mal en intervenir en los asuntos de una familia ajena, que son siempre delicados...

Sobre todo, ella...

–No creo nada de lo que murmuran de Betsy –interrumpió precipitadamente Ana–.

Sólo sé que me quiere sinceramente.

Alexey Alejandrovich suspiró y calló. Ana jugueteaba, inquieta, con las borlas de su ba-ta, mirando a su marido con el doloroso sentimiento de repulsión física que tanto se reprochaba pero que no podía dominan Ahora no deseaba más que una cosa: verse libre de su desagradable presencia.

–He enviado a buscar al médico –dijo Karenin.

–Me encuentro bien. ¿Para qué necesito al médico?

–La pequeña sigue quejándose y aseguran que la nodriza tiene poca leche.

–¿Por qué no me permitiste que la ama-mantase cuando te lo rogué? Pero da igual: a la niña la matarán.

Alexey Alejandrovich comprendió muy bien lo que significaba aquel «da igual».

Ana llamó y mandó que le trajesen a la ni-

ña.

–Pedí –dijo– que se me dejase amaman-tarla; no se me dejó hacerlo y ahora se me reprocha.

–No te lo reprocho, Ana.

–¡Sí me lo reprocha usted! ¡Dios mío! ¿Por qué no habré muerto? –sollozó Ana–. Perdó-

name; estoy irritada y hablo sin razón. Déja-me sola ahora, haz el favor –dijo, recobrando la serenidad.

«Esto no puede continuar así» , se dijo resueltamente Alexey Alejandrovich al salir del cuarto de su mujer.

Jamás lo insostenible de su situación ante los ojos del gran mundo, jamás la aversión de su mujer hacia él, jamás todo el poder de aquella fuerza misteriosa que, contrapesando su estado de ánimo, guiaba su vida obligándole a ejecutar su voluntad y a cambiar sus relaciones con su mujer, jamás todo aquello se le presentó con tan absoluta claridad como en aquel momento.

Comprendía con toda evidencia que el mundo y su mujer exigían de él algo, aunque no pudiera decir concretamente qué. Y sentía elevarse en su alma un impulso de irritación que destruía su tranquilidad y anulaba el mé-

rito de cuanto había hecho.

A su juicio, valía más para Ana romper sus relaciones con Vronsky; pero, si todos se em-peñaban en que ello era imposible, estaba dispuesto hasta a permitirlas con tal que no se deshonrase el nombre de los niños, que no los perdiese, que no cambiase su situación.

Por malo que ello fuese, peor era romper sus relaciones, poniendo a Ana en una posición sin salida, deshonrosa, y perdiendo él cuanto amaba.

Pero se sentía sin fuerzas. Sabía de antemano que todos estaban contra él y que no le permitirían hacer lo que ahora le parecía tan favorable y natural. Adivinaba que iban a forzarle a hacer lo que, siendo peor, a los demás les parecía necesario.

XXI

Antes de que Betsy saliera de casa de los Karenin, se halló con Esteban Arkadievich, que acababa de llegar de casa Eliseev, donde aquel día habían recibido ostras frescas.

–¡Qué encuentro tan agradable, Princesa!

–exclamó Oblonsky–. Yo vengo aquí de visita...

–Un encuentro de un momento –dijo Betsy, sonriendo y poniéndose los guantes– porque tengo que irme en seguida.

–Espere, Princesa. Antes de ponerse los guantes déjeme besar su linda mano. Nada me agrada más en la vuelta actual a las costumbres antiguas que esta de besar la mano de las damas –y se la besá–. ¿Cuándo nos veremos?

–No se lo merece usted –contestó ella sonriendo.

–Sí me lo merezco, porque me he vuelto un hombre formal; no sólo arreglo mis asuntos personales de familia, sino los ajenos también –dijo él con intencionada expresión en su semblante.

–Me alegro mucho –repuso Betsy, comprendiendo que hablaba de Ana.

Y, volviendo a la sala, se pararon en un rincón.

–La va a matar –dijo Betsy, en un significativo cuchicheo–. Esto es imposible, imposible...

–Me complace que lo crea usted así –

mañifestó Esteban Arkadievich, moviendo la cabeza con aire de dolorosa aquiescencia–.

Precisamente para eso he venido a San Petersburgo.

–Toda la ciudad lo dice –añadió Betsy–. Es una situación imposible. Ella está consumiéndose. Él no comprende que Ana es una de esas mujeres que no pueden jugar con sus sentimientos. Una de dos: o se la lleva de aquí, a obra

enérgicamente y se divorcia. Es-ta situación está acabando con ella.

–Sí, sí, claro –respondió Oblonsky, suspirando–. Ya lo he dicho; he venido por eso.

Bueno, no sólo por eso, sino también porque me han nombrado chambelán y tengo que dar las gracias... Pero lo principal es que hay que arreglar este asunto.

–¡Dios le ayude! –exclamó Betsy.

Esteban Arkadievich acompañó a la Princesa hasta la marquesina, le besó de nuevo la mano más arriba del guante, donde late el pulso y, después de decirle una broma tan indecorosa que ella no supo ya si ofenderse o reír, se dirigió a ver a su hermana, a la que encontró deshecha en llanto.

A pesar de su excelente estado de ánimo, que le hacía derramar alegría por doquiera que pasaba, Oblonsky asumió en seguida el acento de compasión poéticamente exaltado que convenía a los sentimientos de Ana. Le preguntó por su salud y cómo había pasado la mañana.

–Muy mal, muy mal... Mal la mañana y el día... y todos los días pasados y futuros –dijo ella.

–Creo que te entregas demasiado a tu me-lancolía. Hay que animarse; hay que mirar la vida cara a cara. Es penoso, pero...

–He oído decir que las mujeres aman a los hombres hasta por sus vicios –empezó de repente–, pero yo odio a mi marido por su bondad. ¡No puedo vivir con él! Compréndelo:

¡sólo el verle me destroza los nervios y me hace perder el dominio de mí misma! ¡No puedo vivir con él! ¿Y qué puedo hacer? He sido tan desgraciada que creía imposible serlo más. Pero nunca pude imaginar el horrible estado en que me encuentro ahora. ¿Quieres creer que, aunque es un hombre tan excelente y bueno que no merezco ni besar el suelo que pisa, le odio a pesar de todo? Le odio por su grandeza de alma. No me queda nada, excepto...

Iba a decir «excepto la muerte», pero su hermano no le permitió terminar.

–Estás enferma a irritada y exageras –

dijo– Créeme que las cosas no son tan terribles como imaginas.

Y sonrió. Nadie, no siendo Esteban Arkadievich, se habría permitido sonreír ante tanta desesperación, porque la sonrisa habría parecido completamente extemporánea; pero en su modo de hacerlo había tanta benevolencia y una dulzura tal, casi femenina, que no ofendía, sino que calmaba y proporcionaba un dulce consuelo.

Sus palabras suaves y serenas, sus sonrisas, obraban tan eficazmente, que se las po-día comparar con la acción del aceite de almendras sobre las heridas. Ana lo experimentó en seguida.

–No, Stiva, no ––dijo– Estoy perdida; más que perdida, pues no puedo aún decir que todo haya terminado; al contrario, siento que no ha terminado aún. Soy como una cuerda tensa que ha de acabar rompiéndose. No ha llegado al fin, ¡y el fin será terrible!

–No temas. La cuerda puede aflojarse poco a poco. No hay situación que no tenga salida.

–Lo he pensado bien y sólo hay una...

Esteban Arkadievich, comprendiendo, por la mirada de terror de Ana, que aquella salida era la muerte, no le consintió terminar la frase.

–Nada de eso –repuso–. Permíteme... Tú no puedes juzgar la situación como yo. Dé-

jame exponerte mi opinión sincera –y repitió su sonrisa de aceite de almendras–. Empezaré por el principio. Estás casada con un hombre veinte años mayor que tú. Te casaste sin amor, sin conocer el amor. Supongamos que ésa fue tu equivocación.

–¡Y una terrible equivocación! ––dijo Ana.

–Pero eso, repito, es un hecho consumado.

Luego has tenido la desgracia de no querer a tu marido. Es una desgracia, pero un hecho consumado también. Tu marido, reconociéndolo, te ha perdonado...

Esteban Arkadievich se detenía después de cada frase, esperando la réplica, pero Ana no respondía.

–Las cosas están así –continuó su hermano–. La pregunta ahora es ésta: ¿puedes continuar viviendo con tu marido? ¿Lo deseas tú? ¿Lo desea él?

–No sé... no sé nada...

–Me has dicho que no puedes soportarle.

–No, no lo he dicho... Retiro mis palabras... No sé nada, no entiendo nada...

–Permite que...

–Tú no puedes comprender. Me parece hundirme en un precipicio del que no podré salvarme. No, no podré...

–No importa. Pondremos abajo una alfombra blanda y te recogeremos en ella. Ya comprendo que no puedes decidirte a exponer lo que deseas, lo que sientes...

–No deseo nada, nada... Sólo deseo que esto acabe lo más pronto posible.

–Pero él lo ve y lo sabe. ¿Y crees que sufre menos que tú soportándolo? Tú sufres, él sufre... ¿En qué puede terminar esto? En cambio, el divorcio lo resuelve todo –terminó, no sin un esfuerzo, Esteban Arkadievich, Y, tras haber expuesto su principal pensamiento, la miró de un modo significativo.

Ana, sin contestar, movió negativamente su cabeza, con sus cabellos cortados. Pero él, por la expresión del rostro de su hermana, súbitamente iluminado con su belleza anterior, comprendió que si ella no hablaba de tal solución era sólo porque le parecía una dicha inaccesible.

–Os compadezco con toda mi alma. Sería muy feliz si pudiese arreglarlo todo –dijo Esteban Arkadievich sonriendo ya con más seguridad–. No, no me digas nada... ¡Si Dios me diera la facilidad de expresar a tu marido lo que siento y convencerle! ¡Voy a verle ahora mismo!

Ana le miró con sus ojos brillantes y pensativos y no contestó.

XXII

Con una ligera expresión de solemnidad en el rostro, tal como se sentaba en su puesto de presidente en las sesiones del juzgado, Oblonsky entró en el despacho de Alexey Alejandrovich.

Este, con las manos a la espalda, paseaba por la habitación pensando en lo mismo de lo que su cuñado había hablado con su mujer.

–¿No te estorbo? –preguntó Esteban Arkadievich, que al ver a Karenin experimentó un sentimiento de turbación insólito en él.

Para disimularlo, sacó la petaca de cierre especial que acababa de comprar y, tras oler la piel nueva, extrajo un cigarrillo.

–No. ¿Puedo servirte en algo? –dijo Karenin con desgana.

–Sí. Quisiera... necesito... hablarte –

repuso Esteban Arkadievich, sorprendido al notar que sentía una timidez que nunca había sentido.

Aquel sentimiento era tan inesperado y extraño, que Oblonsky no pudo creer que fuera la voz de la conciencia diciéndole que iba a cometer una mala acción. Sobreponiéndose con un esfuerzo, consiguió dominarse.

–Supongo que creerás en el cariño que profeso a mi hermana y en el particular afecto y respeto que siento por ti –dijo sonrojándose.

Alexey Alejandrovich se detuvo, sin contestar, pero la expresión de víctima resignada que se dibujaba en su semblante sorprendió a Esteban Arkadievich.

–Quería... deseaba... hablarte de mi hermana y de vuestras mutuas relaciones –

añadió Oblonsky, luchando aún con su confusión.

Alexey Alejandrovich sonrió con leve ironía, miró a su cuñado y, sin contestarle, se acercó a la mesa, cogió una carta empezada que había en ella y la mostró a su interlocutor.

Esteban Arkadievich la tomó, miró con asombro aquellos ojos turbios que se fijaban en él, inmóviles, y comenzó a leer.

Observo que mi presencia le es penosa.

Por triste que me haya sido convencerme de ello, comprendo que es así y que no puede ser de otro modo. No la inculpo. Dios es testigo de que, viéndola enferma, resolví con toda mi alma olvidar cuanto ha pasado entre nosotros y empezar una vida nueva. No me arrepiento ni me arrepentiré nunca de lo hecho. Sólo quería una cosa: el bien de usted, la paz de su alma. Y veo que no lo he conseguido. Dígame usted misma que es lo que puede procurarle la dicha y la paz del es-píritu. Me entrego a su voluntad y a sus sentimiento de justicia.

Esteban Arkadievich devolvió la carta a su cuñado y siguió contemplándole perplejo sin saber qué decirle.

Aquel silencio era tan penoso para los dos que por los labios de Oblonsky pasó un temblor dolorido. Sin apartar la mirada del rostro de Karenin, continuaba callando.

–Eso es lo único que puedo decir –habló Alexey Alejandrovich volviendo la cabeza.

–Sí, sí ––dijo Esteban Arkadievich, sin fuerzas para contestar, sintiendo que los sollozos se agolpaban a su garganta–. Sí, sí, lo comprendo... –pronunció al fin.

–Deseo saber lo que ella quiere –repuso Karenin.

–Temo que ella misma no comprenda su propia situación. Ahora no puede ser juez...

Está consternada... sí, consternada por tu grandeza de alma... Si lee esta carta, no sa-brá qué decir, salvo inclinar la cabeza con más humillación aún.

–Sí, mas, ¿qué puedo hacer entonces?

¿Cómo explicar...? ¿Cómo saber lo que quiere?

–Si me permites exponerte mi opinión, creo que depende de ti adoptar las medidas que encuentres necesarias para resolver esta situación.

–¿De modo que crees que hay que acabar con este estado de cosas? –interrumpió Karenin–. Pero ¿cómo? –añadió, pasándose la mano ante los Ojos, con ademán insólito en él–. No veo salida posible.

–Todas las situaciones tienen salida –

afirmó Esteban Arkadievich, levantándose, animado ya–. Hubo un momento en que tú quisiste romper... Si estás convencido de que es imposible haceros mutuamente dichosos...

–La felicidad puede comprenderse de diferentes modos... Pero supongamos que estoy conforme con todo y que no quiero nada.

¿Qué salida puede tener nuestra situación?

–¿Quieres saber mi opinión? –repuso Esteban Arkadievich, con la misma sonrisa de aceite de almendras que empleara al hablar con Ana.

Y aquella sonrisa era tan persuasiva y bondadosa que, notando involuntariamente su propia debilidad, Alexey Alejandrovich, su-gestionado por ella, se sintió dispuesto a creer cuanto le dijera su cuñado.

–Ana no lo dirá nunca –continuó Oblonsky–. Pero sólo hay una salida posible; sólo hay algo que ella puede desear. Y es la interrupción de vuestras relaciones y de los recuerdos unidos a ellas. Creo que en vuestra situación es preciso aclarar las ulteriores relaciones recíprocas, relaciones que sólo pueden establecerse basándose en la libertad de ambas partes.

–O sea el divorcio ––dijo, con repugnancia, Karenin.

–Sí, a mi juicio sí; el divorcio –repitió, sonrojándose, Esteban Arkadievich–. Es, en todos los sentidos, la mejor salida para un matrimonio que se halla en vuestra situación.

¿Qué puede hacerse cuando los esposos encuentran imposible vivir juntos? Es algo que puede sucederle a todo el mundo...

Alexey Alejandrovich, respirando penosamente, cerró los ojos.

–Aquí sólo puede haber una consideración:

¿desea o no uno de los cónyuges contraer nuevo matrimonio? Si no se desea, la cosa es muy sencilla –– continuó Esteban Arkadievich, sintiéndose cada vez más dueño de sí.

Alexey Alejandrovich, con el rostro contraído por la emoción, murmuró algo para sus adentros; pero no contestó.

Lo que a su cuñado le parecía tan sencillo, él lo había pensado mil veces; y no sólo no le parecía muy sencillo, sino completamente imposible. El divorcio, cuyos detalles de realización conocía ahora, parecíale a la sazón inaceptable, porque el sentimiento de su propia dignidad y la religión que profesaba le impedían tomar sobre sí la responsabilidad de un adulterio ficticio. Y menos aún podía tolerar que la mujer amada y a quien había perdonado, fuese inculpada y cubierta de oprobio. Luego, el divorcio aparecía también como iniposible por otras causas más trascendentales aún. ¿Qué sería de su hijo si se divorcia-ban? Dejarle con su madre era imposible. La madre divorciada tendría su propia familia ilegítima, y en ella la situación y educación del hijastro tenían que ser malas forzosamente.

¿Retener a su hijo consigo? Habría sido una venganza por su parte y no lo deseaba.

Y, además, el divorcio parecía aún más imposible a Karenin pensando que, al consentir en él, causaba con ello la perdición de Ana. Habían llegado al fondo de su alma las palabras que le dijera Dolly en Moscú, cuando afirmó que, al optar por el divorcio, Karenin no pensaba más que en sí mismo y causaba la ruina definitiva de su mujer. Y él, uniendo estas palabras a su perdón y a su cariño a los pequeños, las entendía ahora a su manera.

Consentir en el divorcio, dejar libre a Ana, significaba, a su juicio, prescindir de lo último que le hacía amar la vida: los niños, a los que tanto quería. Y para ella representaba quitarle el último apoyo en el camino del bien y empujarla hacia el abismo.

Si Ana se convertía en una mujer divorciada, Karenin sabía que iría a reunirse con Vronsky en unas relaciones ilícitas y

antirreli-giosas, porque para la mujer, según la religión, no puede haber otro esposo mientras el primero vive.

«Ana se unirá a él y, de aquí a dos o tres años, él la abandonará, o ella tendrá relaciones con otro», pensaba Alexey Alejandrovich.

«Y yo, consintiendo en ese ilícito divorcio, habré sido causa de su perdición.»

Sí, lo pensaba muchas veces y se persuadía de que la cuestión del divorcio, no sólo no era muy sencilla, como decía su cuñado, sino completamente imposible.

No creía en ninguna de las palabras de Oblonsky, se le ocurrían mil objeciones a ca-da una y, con todo, le escuchaba, sintiendo que en ellas se expresaba aquella fuerza incontrastable y enorme que guiaba ahora su vida y a la que tenía que obedecer.

–La única cuestión es saber en qué condiciones consientes en el divorcio. Ella no desea nada, nada se atreve a pedirte y confía en tu bondad.

«¡Dios mío, Dios mío, qué terrible castigo!», pensaba Karenin recordando los detalles sobre el modo de plantear el divorcio cuando el marido se achacaba la culpa.

Y, con el mismo ademán con que Oblonsky se ocultaba el rostro, escondió él el suyo entre las manos.

–Estás conmovido; lo comprendo... Pero, si lo piensas bien...

«Al que te hiere la mejilla izquierda, preséntale la derecha; al que te quite el caftán, dale la camisa», recordó Alexey Alejandrovich.

–Bien –exclamó con voz aguda– tomaré toda la responsabilidad sobre mí... Hasta les daré mi hijo... Pero ¿no valdría más dejarlo todo como está? En fin, haz lo que quieras...

Y volviéndose de espaldas a su cuñado a fin de que éste no le pudiese ver, se sentó en una silla cerca de la ventana. Sentía una gran amargura y una profunda vergüenza, pero junto con aquella vergüenza y aquella amargura, se sentía enternecido y gozoso por su propia humildad tan elevada.

–Créeme, Alexey Alejandrovich, Ana apreciará mucho tu bondad. Pero se ve que ésta era la voluntad divina –añadió.

Y una vez que hubo dicho tales palabras, se dio cuenta de que eran una tontería, y apenas pudo contener una sonrisa pensando en su propia necedad.

Alexey Alejandrovich quiso contestar, pero las lágrimas se lo impidieron.

–Es una desgracia inevitable y hay que aceptarla. Acéptala como un hecho consumado, procurando ayudar a Ana y ayudarte a ti mismo –dijo Esteban Arkadievich.

Cuando salió de la habitación de su cuña-do, estaba profundamente conmovido, pero ello no le impedía sentirse alegre por haber logrado resolver aquel asunto, pues tenía el convencimiento de que Karenin no rectificaría sus palabras.

A su satisfacción se unía el pensamiento de que, cuando el asunto quedara terminado, podría decir a su mujer y a los amigos: «¿En qué nos diferenciamos un mariscal y yo? En que el mariscal dirige la parada de la guardia, sin beneficio de nadie, y yo he conseguido un divorcio en beneficio de tres».

O bien: «¿En qué nos parecemos un mariscal y yo? En que ...».

« ¡Bah! Ya se me ocurrirá algo mejor», se dijo Oblonsky, sonriendo.

XXIII

La herida de Vronsky era peligrosa y, aunque la bala no había alcanzado el corazón, el herido estuvo varios días luchando entre la vida y la muerte.

Cuando pudo hablar por primera vez, únicamente Varia, la mujer de su hermano, estaba junto al lecho.

–Varia –dijo él, mirándola con gravedad–: el arma se me disparó por un descuido. Te ruego que no me hables nunca de esto. Y dilo a todos así. Otra cosa sería demasiado estú-

pida.

Varia, sin contestarle, se inclinó hacia él y le miró a la cara con una sonrisa de contento.

Los ojos de Vronsky eran ahora claros, sin fiebre, pero en ellos se dibujaba una expresión severa.

–¡Gracias a Dios! –exclamó Varia–. ¿Te duele algo?

Y Vronsky indicaba el pecho.

–Un poco aquí.

–Voy a anudarte mejor la venda.

Vronsky, en silencio, apretando con fuerza las recias mandi'bulas, la miraba mientras ella le arreglaba el vendaje. Cuando terminó, Vronsky dijo:

–Oye: no deliro. Y te ruego que procures que, cuando se hable de esto, no se diga que disparé deliberadamente.

–Nadie lo dice. Pero espero que no vuelvas a tener un descuido –repuso ella con interrogativa sonrisa.

–No lo haré, probablemente, pero más habría valido que... Y Vronsky sonrió con tristeza.

Pese a tales palabras y a la sonrisa que tanto asustara a Varia, cuando la inflamación cesó, el herido, reponiéndose, se sintió libre de una parte de sus penas.

Con lo que había hecho, parecíale haber borrado parcialmente la vergüenza y la humillación que experimentara antes. Ahora podía pensar con más serenidad en Alexey Alejandrovich, de quien reconocía toda la grandeza de alma sin sentirse, sin embargo, rebajado por ella. Podía además, mirar a la gente a la cara sin avergonzarse, reanudar su habitual género de existencia, vivir con arreglo a sus costumbres.

Lo único que no podía arrancar de su al-ma, a pesar de que luchaba constantemente contra este sentimiento que le sumía en la desesperación, era el haber perdido a Ana.

Ahora, expiaba su falta ante Karenin, estaba, es verdad, firmemente resuelto a no interponerse nunca entre la esposa arrepentida y su marido; pero no podía arrancar de su alma la pena de haber perdido su amor; no podía borrar de su memoria los momentos pasados con Ana, que antes apreciara en tan poco, y cuyo recuerdo le perseguía ahora incesantemente.

Serpujovskoy le había buscado un destino en Tachkent y Vronsky lo había aceptado sin la menor vacilación. Pero, a medida que se acercaba el momento de partir, tanto más

penoso le resultaba el sacrificio que ofrecía a lo que consideraba su deber.

La herida quedó curada. Empezó a salir y a realizar sus preparativos de viaje a Tachkent.

«Quiero verla una vez y luego desaparecer, morir ...», pensaba Vronsky, mientras hacía sus visitas de despedida.

Expresó aquel pensamiento a Betsy. Ésta lo transmitió a Ana y volvió con una respuesta negativa.

«Tanto mejor», se dijo Vronsky, al saberlo.

«Era una debilidad que habría consumido mis últimas fuerzas.»

Al día siguiente, por la mañana, Betsy fue a su casa y le manifestó que había recibido por Oblonsky la afirmación de que Karenin entablaba el divorcio. Y por tanto, Vronsky podía ver a Ana.

Olvidándose incluso de acompañar a Betsy hasta la puerta, olvidándose de todas sus resoluciones, sin preguntar cuándo podía visitarla ni dónde estaba el marido, Vronsky se dirigió inmediatamente a casa de los Karenin.

Subió corriendo la escalera, sin ver nada ni a nadie, y con paso rápido, conteniéndose para no seguir corriendo, pasó a la habitación de Ana.

Sin reflexionar, sin mirar si había o no alguien en la habitación, Vronsky la estrechó contra su pecho y cubrió de besos su rostro, manos y garganta.

Ana estaba preparada para recibirle y había pensado en lo que le debía hablar, pero no tuvo tiempo para decirle nada

de lo que había pensado. La pasión de él la arrebató.

Habría querido calmarse, pero era tarde ya.

El mismo sentimiento de Vronsky se le había comunicado a ella.

Sus labios temblaban y durante largo rato no pudo hablar.

–Te has adueñado de mí... Soy tuya... –

murmuró al fin, oprimiéndole el pecho con las manos.

–Tenía que ser así –respondió Vronsky–.

Mientras vivamos, tiene que ser así. Ahora lo comprendo.

–Es verdad ––dijo Ana, palideciendo cada vez más y besándole la cabeza–. Pero de todos modos, esto, después de lo sucedido, es terrible.

–Todo pasará... ¡Todo pasará y seremos felices! Nuestro amor, después de todo eso, ha crecido, si cabe, por terrible que sea –

afirmó Vronsky, alzando la cabeza y mostrando al sonreír, sus fuertes dientes.

Y Ana no pudo contestarle ni con palabras ni con una sonrisa, sino con la expresión amorosa de sus ojos. Luego tomó la mano de Vronsky a hizo que la acariciase sus mejillas frías y sus cabellos cortados.

–Con el cabello corto no pareces la misma... Te encuentro guapa; pareces una ni-

ña... Pero ¡qué pálida estás!

–Me siento muy débil –respondió Ana sonriendo. Y sus labios temblaron otra vez.

–Iremos a Italia y allí te repondrás –dijo él.

–¿Es posible que vivamos juntos, como esposos, formando una familia? –repuso Ana, mirándole muy de cerca a los ojos.

–Lo único que me extraña es que antes haya sido posible lo contrario ––contestó Vronsky.

–Stiva dice que «él» consiente en todo, pero no puedo aceptar su magnanimidad –

indicó Ana, mirando a otro lado, melancólicamente–. No quiero el divorcio. Todo me da igual. Sólo me preocupa lo que va a decidir respecto a Sergio.

Vronsky no comprendía que, aun en aquella entrevista, Ana pensase en su hijo y en el divorcio... ¿Qué le importaba todo aquello?

–No hables de eso, ni lo pienses ––dijo atrayendo hacia sí la mano de su amada para que se ocupase sólo de él. Pero Ana no le miraba.

–¿Por qué no habré muerto? Habría sido mejor –dijo ella–. Y lágrimas silenciosas corrieron por sus mejillas. Mas se sobrepuso y procuró sonreír para no entristecerle.

Según las antiguas ideas de Vronsky, renunciar al puesto de ventaja y peligro que le ofrecían en Tachkent era vergonzoso e imposible. Pero ahora renunció a él sin un titubeo y, notando que en las altas esferas le des-aprobaban, pidió el retiro.

Un mes más tarde, Ana y Vronsky marchaban al extranjero. Karenin quedó solo en su casa con su hijo. Había renunciado al divorcio para siempre.

QUINTA PARTE

La princesa Scherbazky consideraba imposible celebrar la boda antes de Cuaresma, para la que sólo faltaban cinco semanas, da-do que la mitad del ajuar de la novia no podía estar preparado antes de aquel término. Mas no podía dejar de estar de acuerdo con Levin en que aplazar la boda hasta fines de Cuaresma era esperar demasiado, ya que la anciana tía del príncipe Scherbazky estaba gravemente enferma y podía fallecer de un momento a otro, en cuyo caso el luto aplazaría la boda aún más tiempo.

Por esto, después de decidir que el ajuar se dividiría en dos partes, una mayor que se prepararía con más calma y otra menor que estaría dispuesta en seguida, la Princesa accedió a celebrar las bodas antes de la Cuaresma, aunque no sin molestarse repetidas veces con Levin por no contestar nunca con seriedad a sus preguntas ni decirle si estaba de acuerdo o no con lo que se hacía.

La decisión era tanto más cómoda cuanto que, después de casados, los novios se irían a su propiedad, donde para nada necesitarían la mayoría de las cosas correspondientes a la parte mayor del ajuar.

Levin continuaba en aquel estado de trastorno en el que le parecía que él y su felicidad constituían el único y principal fin de todo lo existente y que no debía pensar ni preocuparse de nada, ya que los demás lo harían todo por él.

No tenía ni siquiera formado un plan para su vida futura, dejando la decisión a los otros, convencido de que todo marcharía a la perfección.

Su hermano Sergio Ivanovich, Esteban Arkadievich y la Princesa, le orientaban en cuanto debía hacer. Y él se limitaba a conformarse con lo que decían.

Sergio Ivanovich tomó para él dinero prestado, la Princesa le aconsejó irse de Moscú después de la boda y Esteban Arkadievich le sugirió que fuese al extranjero. Levin se mostró de acuerdo con todo.

«Ordenad lo que más os agrade», se de-cía. «Soy feliz y mi felicidad no puede ser mayor ni menor por lo que vosotros hagáis o dejéis de hacer.»

Y cuando comunicó a Kitty que Esteban Arkadievich les aconsejaba ir al extranjero, le pareció sorprendente que ella no estuviese de acuerdo y que tuviera para su vida futura sus propósitos determinados.

Kitty sabía que en el pueblo Levin se ocupaba en una empresa que le apasionaba. Ella no comprendía aquellas actividades de su esposo ni quería comprenderlas, pero no por esto dejaba de considerarlas importantes; y como sabía que ellas exigirían su presencia en el pueblo, el deseo de Kitty era ir, no al extranjero donde nada tenían que hacer, sino a la casa de su futura residencia.

Tal decisión, expresada muy concretamente, extrañó a Levin. Pero, como le daba igual marchar a un sitio que a otro, pidió inmediatamente a Oblonsky, cual si éste tuviera tal obligación, que fuese al pueblo y lo arreglase todo como mejor le pareciera y con aquel buen gusto que era natural en él.

–Oye –dijo Esteban Arkadievich a Levin, al volver del pueblo donde lo dejó dispuesto to-do para la llegada de los recién casados–,

¿tienes el certificado de confesión y comunión?

–No. ¿Porqué?

–Porque sin él no puedes casarte.

–¡Caramba! –exclamó Levin–. Pues hace nueve años que no comulgo. No había pensado en eso.

–¡Bueno estás tú! –––exclamó, riendo Oblonsky–. ¡Y me acusas a mí de nihilista!

Esto no puede quedar así. Tienes que confesar y comulgar.

–¡Pero si sólo quedan cuatro días!

Esteban Arkadievich le arregló esto también. Levin comenzó a asistir a los oficios de la iglesia.

Para Levin, que no tenía fe, sin dejar por ello de respetar las creencias de los otros, era muy penosa la asistencia a los actos religiosos. Pero ahora, en aquel estado de ánimo, condescendiente y sensible a todo, en el que se encontraba, la obligación de fingir no sólo le resultaba penosa, sino completamente imposible. Parecíale que en la cúspide de su felicidad, de su esplendor íntimo, iba a cometer un sacrilegio.

Sentíase, pues, incapaz de cumplir ninguno de aquellos deberes. Pero a todos sus ruegos de que le procurasen el certificado sin cumplir los actos, Esteban Arkadievich le contestaba que era imposible.

–Por otra parte, ¿qué te cuesta? Al fin y al cabo es cuestión de dos días. El sacerdote es un anciano muy simpático y muy inteligente.

¡Te sacará ese diente sin que te des cuenta!

Al acudir a la primera misa, Levin procuró refrescar sus recuerdos de juventud, renovar en él aquel fuerte sentimiento religioso que experimentara a los dieciséis o diecisiete años. Mas ahora comprobaba que le era imposible.

Trató de considerarlo como una simple fórmula secundaria, análoga a la de hacer visitas, pero tampoco esto pudo conseguir.

Respecto a la religión, Levin, como la mayoría de sus contemporáneos, se hallaba en una situación indefinida. No podía creer, pero a la vez no tenía la certeza de que la religión no fuese justa y necesaria.

Y por ello, incapaz de creer en la importancia de lo que hacía, ni de mirarlo con indiferencia como mera formalidad, todo el tiempo que pasaba estos días en la iglesia experimentaba cierto malestar y vergüenza. La voz de su conciencia le decía que hacer una cosa sin comprenderla era una acción des-honesta, una falsedad.

Durante los oficios religiosos, Levin, escuchaba las oraciones procurando darles un significado no distinto de sus propias ideas, o, reconociendo que no podía comprenderlas y que debía censurarlas, procuraba no oírlas, abstrayéndose en pensamientos, observaciones y recuerdos que con particular claridad pasaban por su cerebro durante aquella ociosa permanencia en la iglesia.

Asistió a misa y vísperas, y, aquella misma tarde, a la lectura de las reglas de confesión; al día siguiente, levantándose más temprano que de costumbre y sin tomar su desayuno, fue a la iglesia a las ocho, a fin de confesarse después de las oraciones matinales.

En la iglesia no había nadie, salvo un soldado, un mendigo, dos ancianas y los clérigos.

Un joven diácono, de ancha y bien formada espalda bajo la leve sotana, se acercó a Levin y, luego, acercándose a la mesita próxima a la pared, comenzó a leerle las reglas.

Oyendo la lectura y sobre todo la repetición de las mismas palabras, « Señor, ten misericordia ...» , que se unían en un mo-nótono «Señor da... Señor da ...», Levin sentía la impresión de tener su pensamiento cerrado y sellado sin poder tocarlo ni moverlo, porque de lo contrario le parecería que habría de ser aún mayor su confusión. Y por ello, en pie tras el diácono, sin escucharle ni compenetrarse con sus palabras, continuaba entregado a sus reflexiones.

«¡Es extraordinaria la expresión que tienen sus manos! », se decía, recordando el día anterior, en que estuviera sentado con Kitty cerca de la mesa, en un rincón del salón.

Como sucedía casi siempre por aquellos días, no tenían nada que decirse, y Kitty, poniendo la mano en la mesa, la cerraba y la abría, y, reparando ella misma en tal movimiento, se puso a reír.

Levin recordó que le había besado la ma-no, fijándose en las líneas que se unían sobre la palma, de color suavemente sonrosado.

«¡Otra vez "Señor da"!» , pensó, persignándose y mirando el movimiento de la espalda del diácono, que se inclinaba al santi-guarse.

«Luego ella me cogió la mano y dijo, examinando sus líneas: "Tiene unas manos muy bellas"...»

Y Levin contempló su mano, luego la del diácono de cortos dedos.

–«Sí, ahora va a terminar», se dijo. «¡Ah, no!; empieza otra vez», rectificó, fijándose en las oraciones. «No, ya termina. Ahora marca una genuflexión y toca el suelo con la frente.

Esto señala siempre el fin.»

Una vez recibido discretamente en su ma-no, que ostentaba puños de terciopelo, un billete de tres rubios, el diácono dijo que se encargaría de inscribirle para la confesión y se alejó hacia el altar, haciendo resonar fuertemente sus zapatos nuevos sobre el pavimento de la iglesia desierta.

Al cabo de un momento, volvió la cabeza y llamó con la mano a Levin. Los pensamientos de éste encerrados hasta aquel momento, se agitaron de nuevo en su cerebro, pero se apresuró a alejarlos de sí, y se adelantó hacia la gradería, mientras pensaba: «Ya se arreglará de un modo a otro».

Al poner los pies en las gradas, volvió la mirada hacia la derecha y vio al sacerdote, un anciano de barba entrecana, de ojos bondadosos y fatigados, que de pie ante el analoy hojeaba el misal.

Haciendo un leve saludo a Levin, el sacerdote comenzó a leer las oraciones con vez monótona.

Al terminar, hizo un saludo hasta el suelo y, volviéndose hacia él y mostrándole un crucifijo, le dijo:

–«Aquí está Cristo, en presencia invisible, para recibir su confesión. ¿Cree usted en lo que nos enseña nuestra Santa Iglesia Apostó-

lica?» –continuó el sacerdote, apartando los ojos del rostro de Levin y cruzando las manos bajo la estola en ademán de orar.

–Dudaba y dudo de todo –contestó Levin, en voz que le sonó desagradable incluso a él.

Y calló.

El sacerdote esperó unos segundos, para ver si decía todavía algo, y, cerrando los ojos y pronunciando las oes a la manera de la provincia de Vladimir, dijo:

–La duda es propia de la debilidad humana, pero debemos orar para que Dios misericordioso nos ilumine. ¿Cuáles son sus principales pecados? –añadió el sacerdote sin hacer una sola pausa, como no queriendo perder tiempo.

–Mi pecado principal es la duda. Dudo de todo. La duda me persigue casi en todo momento.

–La duda es propia de la debilidad humana

–repitió el cura con iguales palabras–. ¿De qué duda usted en especial?

–De todo. A veces dudo de la existencia de Dios –dijo Levin, sin querer.

Y se horrorizó de la inconveniencia de lo que decía. Pero tas palabras de Levin no parecieron causar al sacerdote impresión alguna.

–¿Qué duda puede caber de la existencia de Dios? –dijo el sacerdote rápidamente, casi con una imperceptible sonrisa.

Levin callaba.

–¿Qué duda puede caber sobre el Creador cuando

se

contemplan

sus

obras?

–

continuaba el sacerdote con su hablar rápido y monótono–. ¿Quién adornó con astros la bóveda celeste? ¿Quién revistió la tierra de sus bellezas? ¿Cómo podrían existir todas estas cosas sin un Creador?

Y miró interrogativamente a Levin.

Éste comprendía que era poco delicado entrar en discusiones filosóficas con el sacerdote y sólo contestó lo que se refería directamente a la cuestión.

–No lo sé –repuso.

–Pues si no lo sabe ¿cómo puede dudar de que Dios lo ha creado todo? –preguntó el sacerdote con alegre sorpresa.

–No comprendo nada –dijo Levin, sonrojándose al advertir la necedad de sus palabras y lo inadecuadas que eran a la situación.

–Rece a Dios e implore su misericordia...

Hasta los Santos Padres tenían dudas y pedí-

an a Dios que fortaleciese su fe. El diablo posee un inmenso poder y hemos de defender-nos de caer bajo su dominio.

Rece a Dios, implore su gracia... ¡Rece! –añadió el sacerdote con precipitación.

Y calló un momento pensativo.

–He oído decir que se propone usted casarse con la hija de mi feligrés a hijo espiritual, el príncipe Scherbazky –añadió sonriendo–. Es una excelente joven.

–Sí –contestó Levin.

Y pensaba, sonrojándose por el sacerdote:

«¿Por qué me dice esto durante la confesión?» .

Y, como si contestase a su pensamiento, el sacerdote habló:

–Piensa usted contraer matrimonio y acaso Dios le conceda descendencia, ¿no es eso?

Pues, ¿qué educación podrá dar a sus hijos si no vence la tentación del diablo que le arrastra a la incredulidad? –dijo con dulce reproche–. Si quiere usted a sus hijos, como buen padre, deseará para ellos no sólo las riquezas, el lujo y los honores, sino también la salvación, la clarividencia espiritual en la luz de la verdad. ¿No es esto? ¿Y qué contestará a sus inocentes hijos cuando le pregunten:

«Papá, ¿quién ha creado todo lo que he hallado en este mundo, la tierra, las aguas, el sol, las flores, las plantas?». ¿Por ventura les dirá usted: «No lo sé»? Usted no puede ignorar lo que el Señor, en su gran bondad, le revela. También pueden preguntarle sus hijos: «¿Qué me espera en la vida futura después de morir?». Y ¿qué contestará usted si lo ignora todo? ¿Qué les dirá? ¿Va a entregarles a la seducción del mundo y del diablo?

¡Eso sería un grave mal!

Y el sacerdote, inclinando la cabeza a un lado, calló, mirando a Levin con sus ojos dulces y bondadosos.

Levin no contestaba nada, no ya por no querer entrar en discusiones con el sacerdote, sino porque nadie le había hecho nunca preguntas así y pensaba que para cuando su hijo se las formulase, ya habría tenido él tiempo de resolver lo que debía contestar.

El sacerdote continuó:

–Entra usted en un momento de su vida en el que hay que escoger un camino y seguirlo. Rece para que Dios le ayude y le perdone en su misericordia –concluyó–. Nuestro Señor Jesucristo te perdone en su inmensa misericordia y amor a los hombres, hijo mío...

Y, terminada la oración absolutoria, el sacerdote le bendijo y le despidió.

Aquel día, al volver a casa, Levin se sintió alegre viendo que aquella situación forzada había terminado sin necesidad de mentir.

Además le quedó la vaga impresión de que lo que le dijera aquel anciano simpático y bueno no era tan necio como al principio le había parecido, y que en sus palabras había algo que necesitaba una aclaración.

«Naturalmente que ahora no», pensaba Levin, «pero después, algún día ...».

Sentía más que antes que su alma estaba turbia y no pura del todo y, con respecto a la religión, se hallaba en el mismo

estado que él veía en las almas de los demás, en aquel estado que reprochaba a su amigo Sviajsky.

Pasó la velada con su novia en casa de Dolly. Levin, muy alegre, explicando a Oblonsky el estado de excitación en que se hallaba, dijo que estaba alborozado como un perro al que enseñan a saltar por el aro y el cual, al comprender lo que esperan de él, ladra, mueve la cola y salta con entusiasmo sobre las mesas y los alféizares de las ventanas.

II

El día de la boda, según costumbre (ya que la Princesa y Daria Alejandrovna insistían mucho en que todo se hiciese según la costumbre) Levin no vio a su novia y comió en su cuarto del hotel con tres amigos solteros que fueron a verle: Sergio Ivanovich, Katavasov –ex compañero de Universidad y ahora profesor de Ciencias naturales, a quien Levin halló en la calle y llevó consigo– y Chirikov, su testigo de boda, juez municipal en Moscú y compañero de Levin en la caza del oso.

La comida transcurrió muy alegre. Sergio Ivanovich estaba en excelente estado de ánimo y se divertía con las originalidades de Katavasov. Este, notando que las apreciaban y comprendían, hacía más y más alarde de ellas. Chirikov, benévolo y jovial, se ponía a tono con la conversación.

–De modo –decía Katavasov, alargando las palabras, según costumbre contraída en la cátedra– que podemos decir que nuestro amigo Constantino Dmitrievich era un muchacho muy bien dotado. Hablo de ausentes, porque él no está aquí. Al salir de la Universidad amaba la ciencia y los intereses de la Humanidad, pero ahora la mitad de sus facultades está

dedicada a engañarse a sí mismo y la otra mitad a justificar ese engaño.

–No he visto enemigo más acérrimo del matrimonio que usted –repuso Sergio Ivanovich.

–No soy enemigo de él. Soy amigo de la distribución del trabajo. La gente que no puede hacer otra cosa, debe hacer hombres, y los demás contribuir a su instrucción y felicidad. Así lo creo. Hay muchos que quieren confundir esas dos actividades, pero yo no me cuento entre ellos.

–¡Cómo me alegraré cuando sepa que usted está enamorado! –––dijo Levin–. ¡No deje de invitarme a la boda!

–Ya estoy enamorado.

–Sí, de la jibia –indicó Levin a su hermano–. Miguel Semenich está escribiendo ahora una obra sobre la nutrición y...

–No confundamos las cosas. No porque se trate de mi obra, pero en realidad aprecio la jibia...

–La jibia no le impedirá amar a su mujer.

–La jibia no, pero la mujer sí.

–¿Por qué?

–Ya lo verá por sí mismo. A usted le gustan la caza, los trabajos de la finca... Ya lo verá, ya...

–Hoy ha venido Arjip, y dice que en Prud-noe hay una enormidad de alces y de osos –

afirmó Chirikov.

–Pues los cazarán ustedes sin mí.

–Claro: en el futuro dará usted el adiós a la caza del oso. Su mujer no le dejará ir.

Levin sonrió. La idea de que su mujer no le dejara ir a cazar le era tan agradable que estaba dispuesto a renunciar a aquella diversión para siempre.

–De todos modos, es lástima cazar esos osos sin usted. ¿Recuerda la última vez en Yapilovo? ¡Qué caza tan espléndida hicimos!

–dijo Chirikov.

Levin, no queriendo decepcionarle diciéndole que dudaba que hubiese algo bueno allí donde no estuviese Kitty, optó por callar.

–Por algo existe esta costumbre de despedirse de la vida de soltero –dijo su hermano–.

Puedes ser muy feliz, pero, de todos modos, siempre es lamentable perder la libertad.

–Confiéselo: ¿no es verdad que siente el deseo del novio de la comedia de Gogol que quiere huir de la boda saltando por la ventana?

–Seguro que sí, pero no quiere confesarlo

–afirmó Katavasov.

Y rió a carcajadas.

–¿Por qué no? La ventana está abierta.

¡Vámonos ahora mismo a Tver! La osa está sola y podemos buscarla en su cubil. Ea, marchémonos en el tren de las cinco y que se arreglen aquí como quieran –dijo, riendo, Chirikov.

–Les juro –aseguró Levin sonriente– que por más que hago no consigo encontrar en mi alma ese sentimiento de dolor por la pérdida de mi libertad.

–En su alma reina tal caos ahora que es imposible encontrar nada en ella –dijo Katavasov–. Aguarde un poco y cuando la tenga algo más en orden, ya me lo dirá...

–No. Bien podía, aparte de mi sentimiento

–no quiso decir «de mi amor» – y de la felicidad que experimento, lamentar perder la libertad. Pero, por el contrario, me siento satisfecho de perderla.

–¡Malo! ¡Es un caso desesperado! –

exclamó Katavasov–. ¡Bebamos por su curación o porque se realice, siquiera, la centési-ma parte de sus ilusiones! Con esto ya, tendrá tanta felicidad como es posible hallar en la tierra.

Después de comer, los amigos se marcharon para tener tiempo de vestirse antes de la boda.

Al quedar solo y recordar la conversación de aquellos solterones, Levin se preguntó una vez más si existía en su alma algún sentimiento de dolor por la libertad que perdía y del que ellos hablaban tanto, y sonrió al formularse aquella pregunta. «¡Libertad! ¿Para qué quiero la libertad? La dicha consiste en amar y desear, y pensar con los sentimientos de ella, es decir, en no tener libertad alguna.

¡Eso es la felicidad!»

«Pero, ¿acaso conoces sus pensamientos y deseos?» , murmuró una voz en su interior.

La sonrisa desapareció de su rostro y Levin quedó pensativo. De repente le invadió una extraña sensación de temor y de duda, una duda que se extendía a todas las cosas. «¿Y

si ella no me quiere y se casa sólo por casarse? ¿Y si ella misma no sabe lo que se hace?»

, se preguntaba. «¿Y si sólo se da cuenta después de casarse conmigo de que no me quiere ni me puede querer?»

Y los peores y más extraños pensamientos acerca de Kitty invadieron su cerebro. Sentía celos de Vronsky, como hacía un año, como si la velada en que la había visto con él hubiera sido el día antes. Sospechaba que ella no le había dicho todo lo que tenía que decirle.

Se levantó precipitadamente.

«No, es imposible quedar así», se dijo, desesperado. «Voy a verla y le preguntaré por última vez. Le diré: "Aún somos libres...

¿No valdría más suspenderlo todo? Esto sería inejor que la infelicidad eterna, la deshonra, la infidelidad"...»

Con el corazón dolorido, enojado contra todos, contra sí mismo y contra ella, salió del hotel y se dirigió a casa de su novia.

La encontró en las habitaciones posteriores, sentada sobre un baúl, dando órdenes a una muchacha y revolviendo

montones de multicolores vestidos puestos sobre los respaldos de las sillas y tirados por el suelo.

–¡Oh! –exclamó Kitty, radiante de alegría al verle–. ¿Cómo? Tú... usted –hasta aquel último día le había hablado indistintamente de «usted» y de «tú» –. No te esperaba. Estoy repartiendo mis vestidos de soltera, mirando a quién puedo regalárselos...

–Muy bien –dijo él mirando súbitamente a la muchacha.

–Sal, Duniascha... Ya te llamaré cuando...

–ordenó Kitty–. Pero, ¿qué te pasa? –

preguntó, continuando decididamente su tuteo después de que la criada hubo salido. Ella veía la extraña expresión de su rostro, agitado y sombrío, y tuvo miedo.

–Kitty, sufro mucho y no puedo soportarlo solo... –repuso Levin, con desesperación, deteniéndose ante ella y mirándola suplicante.

Veía bien, por la mirada franca y cariñosa de su novia que no le saldría nada de lo que quería decirle, pero necesitaba que ella misma le sacase de dudas.

–He venido a decirte que todavía estamos a tiempo, que aún es posible deshacer y arreglar...

–¡No lo comprendo! ¿Qué te pasa?

–Lo que te he dicho mil veces y no puedo dejar de pensar: que no te merezco... No es posible que consientas en casarte conmigo.

Piénsalo bien. Te has equivocado, no puedes amarme... Vale más que me lo digas –seguía Levin sin mirarla–. Seré desgraciado. Que di-ga lo que quiera la gente; todo será preferible a la infelicidad. Mejor será que lo hagamos ahora que estamos todavía a tiempo.

–No te comprendo –repuso Kitty asustada–. ¿Es posible que quieras renunciar y que no... ?

–Sí, si no me amas.

–¿Estás loco? ––exclamó ella enrojeciendo de indignación.

Pero el rostro de Levin inspiraba en aquel momento tanta compasión que Kitty, conteniendo su enojo, quitó los vestidos de la butaca y se sentó a su lado.

–¿Qué piensas? Dímelo todo.

–Pienso que no puedes amarme. ¿Por qué me habrías de amar?

–¡Dios mío! ¿Qué puedo decir? –exclamó Kitty llorando.

–¡Oh! ¿Qué he hecho? –se lamentó Levin.

Y arrodillándose ante ella le besó las manos.

Cuando cinco minutos después entró la Princesa en la habitación los halló reconciliados por completo. No sólo Kitty aseguró a su novio que le quería, sino que, al preguntarle el motivo de que le quisiera, se lo explicó. Le dijo que le quería porque le comprendía plenamente, porque sabía cuáles eran sus anhelos y porque sabía también que todo lo que él anhelaba era justo.

A Levin la explicación le pareció bastante clara. Cuando la Princesa entró en la estancia, los dos estaban sentados al borde del baúl revisando los trajes y discutiendo a propósito de si la joven debía regalarle a Duniascha el vestido de color castaño que llevaba cuando Levin se le declaró, o si, como quería él, no debía regalar a nadie aquel vestido y regalar a la muchacha el azul.

–¿No comprendes que Duniascha es morena y no le sentaría bien el azul? Ya lo he pensado todo.

Al enterarse del motivo de la visita de Levin, la Princesa casi se enfadó, y riendo le envió a su casa para que se vistiera y no es-torbara el peinado de Kitty, ya que estaba a punto de llegar Charles, el peluquero francés.

–Está ya bastante desmejorada de estos días que no come nada, y aún vienes a molestarla con tus tonterías –le dijo la Princesa–

. ¡Vete, vete, querido!

Levin, avergonzado, pero ya tranquilo, volvió a su hotel. Su hermano, Daria Alejandrovna y Esteban Arkadievich le estaban esperando para bendecirle con el icono. No había tiempo que perder. Daria Alejandrovna tenía que ir a casa para recoger a su hijo, el cual, muy compuesto y pulido, con el pelo rizado, debía llevar la santa imagen acompa-

ñando a la novia.

Además, había que buscar un coche para enviarlo al padrino de boda y hacer volver al que se llevaría Sergio Ivanovich... Había, pues, muchas cosas importantes en que pensar. Era preciso no perder tiempo, porque eran ya las seis y media.

La ceremonia de la bendición careció de seriedad. Oblonsky se puso al lado de su mujer en una actitud solemne y cómica a la vez, levantó la imagen y, ordenando a Levin que se arrodillase, le bendijo con bondadosa a irónica sonrisa y le besó tres veces. Dolly hizo lo mismo, pero de una manera precipitada y disponiéndose a partir en seguida, preocupada con el enredado asunto de los coches.

–He aquí lo que podemos hacer –dijo dirigiéndose a su marido––: tú ve con nuestro coche a buscar al niño, y Sergio Ivanovich tendrá la amabilidad de ir allá y hacemos enviar el coche después.

–Con mucho gusto.

–Y nosotros iremos en seguida con el chiquillo... ¿Está todo preparado? –preguntó Esteban Arkadievich.

–Sí –contestó Levin.

Y ordenó a Kusmá que le ayudase a vestirse.

III

Mucha gente, mujeres sobre todo, rodeaban la iglesia, deslumbrante con todas las luces encendidas para la boda. Los que no habían podido entrar se agrupaban junto a las ventanas, empujándose, discutiendo y mirando a través de las rejas.

Más de veinte coches se habían alineado ya a lo largo de la calle, bajo la vigilancia de los guardias. Un oficial de policía, ufano con su uniforme de gala, desafiaba el frío a la entrada del templo.

Llegaban carruajes sin cesar. Ora entraban señoras adornadas con flores, recogiéndose las colas de los vestidos,

ora llegaban caballeros que se quitaban sus sombreros negros o sus gorras de uniforme al entrar en la iglesia.

En el interior habían sido ya encendidas las arañas y todos los cirios ante los ¡conos. El dorado brillo de la luz sobre el fondo rojo del iconostasio y de los soportes de los cirios, las baldosas, las alfombrillas, las banderas situa-das arriba, junto a ambos coros, las graderías del analoy, los antiguos libros ennegrecidos por el tiempo, las sotanas y casullas, todo estaba inundado de luz.

A la derecha de la iglesia caldeada, entre fracs y corbatas blancas, uniformes de gala, sedas, terciopelos, satenes, cabellos,flores, hombros y brazos descubiertos y largos guantes, se elevaba un murmullo contenido y animado que resonaba extrañamente bajo la alta cúpula.

Cada vez que se sentía el chirrido de la puerta al abrirse, disminuía el murmullo y todos volvían la cabeza esperando ver aparecer a los novios.

Pero la puerta se abóió aún más de diez veces y siempre era un invitado o invitada atúasados que se sumaban al círculo de los concurrentes, a la derecha; o bien alguna se-

ñora del público que, engañando al oficial de policía o con permiso de él, se unía a los extraños, a la izquierda.

Los allegados y el público en general habí-

an pasado por todas las fases de la espera.

Suponían al principio que los novios llegarían de un instante a otro y no daban importancia al retraso. Pero luego miraban más frecuentemente hacia las puertas preguntándose si no habría sucedido algo.

A1 fin, la tardanza comenzó a parecer ya inconveniente y parientes a invitados procuraron simular que no se preocupaban ya de los novios y que sólo les interesaban las propias conversaciones.

El arcediano tosía con impaciencia, como recordando el valor del tiempo, y su tos hacía vibrar los cristales de las ventanas. En el coro se oía ahora a los cantores que, irritados, probaban la voz o se sonaban.

El sacerdote enviaba constantemente al diácono o al sacristán para informarse de si había llegado ya el novio, y hasta él mismo, con su sotana color lila y su cinturón bordado, se acercaba a menudo hasta las puertas laterales del altar.

A1 fin una señora, mirando el reloj, dijo:

-Esto es muy extraño.

Todos los invitados, inquietos, empezaron a expresar en alta voz su descontento y sorpresa. Uno de los testigos salió a enterarse de lo que pasaba.

Entre tanto, Kitty vestida con su traje blanco, su largo velo y su corona de flores de azahar, acompañada de la madrina de boda y de su hermana Lvova, estaba en la sala de casa de los Scherbazky y miraba por la ventana aguardando en vano desde hacía media hora el aviso de su testigo de boda de que el novio había llegado a la iglesia.

Por su parte, Levin, con los pantalones puestos, pero sin chaleco ni frac, paseaba de una parte a otra por su habitación del hotel asomándose sin cesar a la puerta y mirando el pasillo. Pero en el pasillo no aparecía aquel a quien esperaba, y había de volver, desesperado, a la alcoba,

agitando los brazos y dirigiéndose a Esteban Arkadievich, que fumaba tranquilamente.

-¿Habrá habido alguna vez hombre en tan necia situación? --decía Levin.

-Sí, es bastante necia --convenía Oblonsky, sonriendo con suavidad-. Pero cálmate; lo la traerán ahora mismo.

-¡Oh! --exclamaba Levin, con ira contenida-. ¡Y estos absurdos chalecos, tan abiertos!

¡Es imposible! -decía, mirando la pechera arrugada de su camisa-. ¿Y qué hacemos si se han llevado ya los equipajes a la estación del ferrocarril? --exclamaba exasperado.

-Entonces te pondrás la mía.

-¡Ya podíamos haberlo hecho hace tiempo!

-No conviene dar motivo de burla. Cálmate, todo se arreglará.

Había sucedido que, cuando Levin llamó a Kusmá para que le ayudase a vestirse, el viejo criado le llevó el frac, chaleco y lo demás necesario excepto la camisa.

–¿Y la camisa? –preguntó Levin.

–La lleva usted puesta –contestó Kusmá con tranquila sonrisa.

Kusmá no había tenido la previsión de preparar una camisa limpia y, al recibir orden de arreglar las cosas y mandarlas a casa de los Scherbazky, de la que los recién casados saldrían aquella misma noche, lo cumplió a la letra, colocándolo todo en las maletas menos el traje de frac.

La camisa que Levin llevaba desde por la mañana estaba arrugada y era imposible em-plearla en la boda, dada la moda reinante de los chalecos abiertos. Pensaba mandar a buscar una en casa de los Scherbazky, pero tuvieron que desistir de ello en vista de lo lejos que vivían.

Mandaron, pues, a comprar una camisa, pero el criado volvió al cabo de un momento diciendo que, por ser domingo, estaban cerradas todas las tiendas.

Fueron a casa de Esteban Arkadievich, pe-ro trajeron una camisa muy ancha y corta, con lo que, al fin, no les quedó otra solución que mandar a casa de los Scherbazky a que abrieran los baúles.

Y, mientras esperaban al novio en la iglesia, él, como una fiera enjaulada, paseaba por la habitación, se asomaba al pasillo y recordaba con horror y desesperación lo que había dicho a Kitty y lo que ella podía pensar ahora.

Al fin, el culpable Kusmá entró en la habitación, casi sin aliento, trayendo la camisa.

–Por poco no la alcanzo. Estaban ya poniendo las cosas en el carro –dijo.

Tres minutos después, sin mirar el reloj para no irritar aún más la herida, Levin se halló corriendo por el pasillo.

–Con correr ya no ganas nada –decía Esteban Arkadievich, siguiéndole sin precipitarse y sonriendo–. Te aseguro que todo se arreglará, todo...

IV

–¡Ya han llegado! –¡Ya están! –¿Quién es?

–¿Aquél, el más joven? –Y ella, la pobrecita está más muerta que viva... –Estas exclamaciones brotaban de la multitud, cuando Levin, uniéndose a la novia en la entrada, penetró con ella en la iglesia.

Esteban Arkadievich contó a su mujer la causa del retraso. Los invitados sonreían, haciendo comentarios a media voz. Levin no veía a nadie ni nada. Miraba a su novia sin apartar los ojos de ella.

Todos afirmaban que la joven estaba muy desmejorada desde estos últimos días, y que con la corona estaba menos bella que de costumbre, pero Levin no lo creía así.

Miraba el alto peinado de Kitty, con su largo velo blanco, con blancas flores; miraba la alta gorguera que, con singular gracia virginal, cubría los lados de la garganta, dejando al descubierto la parte delantera; miraba su cintura finísima y le parecía su novia más hermosa que nunca, no porque las flores, el velo y el vestido traído de París añadieran nada a su belleza, sino porque, pese al artificial esplendor de su atavío, la expresión de su querido rostro, de su mirada, de sus labios, era la misma ingenua sinceridad de siempre.

–Empezaba ya a creer que te habías esca-pado –dijo Kitty sonriéndole.

–Me ha pasado una cosa tan necia que me avergüenza referírtela –dijo él.

Y se dirigió a Sergio Ivanovich, que se le acercaba.

–¡Vaya una historia esa de la camisa! –dijo éste a su hermano, moviendo la cabeza y sonriendo.

–Sí, sí –contestó Levin sin comprender lo que le decían.

–Hay que tomar una decisión, Kostia –

intervino Esteban Arkadievich, con aire de fingida preocupación– acerca de un asunto muy importante. Me preguntan si encienden cirios nuevos o ya quemados.

Y, plegando los labios en una sonrisa, aña-dió:

–La diferencia es de diez rublos. Yo he resuelto ya, pero temo que no estés conforme...

Levin, comprendiendo que se trataba de una broma, sonrió.

–Ea, ¿quemados o no? Es cosa muy importante.

–Sí, sí, nuevos...

–¡Oh, encantados! ¡Cosa resuelta! –dijo, sonriendo, Oblonsky–. Pero ¡cómo se atonta la gente en estos casos! –comentó, dirigiéndose a Chirikov, mientras Levin le miraba desconcertado y se volvía hacia su novia.

–Pon atención en ser la primera en pisar la alfombra, Kitty –aconsejó la condesa Nordson acercándose–. ¡Vaya unas bromas que gasta usted! –afirmó dirigiéndose a Levin.

–¿Estás muy impresionada? –preguntó Ma-ría Dmitrievna, la anciana tía.

–¿Sientes frío? Estás pálida... Aguarda; in-clínate un poco ––dijo Lvova, la hermana de Kitty.

Y, con un ademán circular de sus hermosos y redondos brazos, arregló las flores de la cabeza de la novia y la miró sonriendo.

Dolly, se acercó, quiso decir algo, pero no pudo pronunciar ni una palabra, y se puso a llorar, y en seguida después rió,

aunque sin naturalidad.

Kitty contemplaba a todos con los mismos ojos abstraídos de Levin.

Entre tanto, los clérigos se revestían con sus hábitos sacerdotales, y el sacerdote, acompañado por el diácono, salieron al analoy, levantado en el atrio de la iglesia, mientras aquél se dirigió a Levin y le dijo algo que éste no entendió.

–Dé usted la mano a la novia y condúzcala al altar –le dijo el testigo.

Levin, durante un momento, no pudo entender lo que le indicaban que hiciera. O bien cogía a Kitty con la mano que no debía, o le tomaba la izquierda en vez de la derecha.

Sus amigos, que le corregían constantemente, viendo que sus indicaciones resultaban inútiles, estaban ya por dejar que se las compusiera como mejor supiera cuando él comprendió finalmente que tenía que coger la de la novia sin cambiar de posición. Entonces el sacerdote dio algunos pasos ante ellos y se detuvo frente al analoy.

Los parientes y conocidos les siguieron, entre cuchicheos y rumor de roces de vestidos.

Alguien, agachándose, arregló la cola del traje de la novia. Luego se hizo en la iglesia tal silencio que se sentía hasta el caer de las gotas de cera de los cirios.

El sacerdote, un anciano, con el solideo, con los mechones de plata de sus cabellos peinados tras ambas orejas, sacando sus menudas manos arrugadas de la pesada casulla recamada de plata con una cruz dorada en la espalda, cambiaba la disposición de algunos objetos en el analoy.

Esteban Arkadievich se acercó al sacerdote, le habló en voz baja y, guiñando un ojo a Levin, retrocedió de nuevo.

El sacerdote –que era el mismo que había confesado a Levin–, encendió dos cirios ornados con flores, manteniéndolos inclinados en la mano izquierda, de modo que la cera fuese cayendo en gotas lentamente, y se volvió hacia los novios. Después de mirarles con ojos tristes y cansados, suspiró y, sacando la mano derecha de la casulla, bendijo al novio, y del mismo modo, pero con cierta blanda dulzura, puso los dedos doblados para la bendición sobre la cabeza de Kitty. En seguida les ofreció los cirios encendidos y, tomando el incensario, se alejó de ellos con pasos mesurados.

«¿Es posible que todo esto sea verdad?», se dijo Levin mirando a su novia.

La veía de perfil algo desde arriba y por el apenas perceptible movimiento de sus labios y de sus pestañas comprendió que ella sentía su mirada. Kitty no volvió la vista pero su gorguera arrugada se levantó un tanto hacia su pequeña oreja sonrosada, y Levin, en este movimiento apenas perceptible, creyó adivinar el suspiro ahogado en el pecho de Kitty, y vio temblar su manecita cubierta con el largo guante.

Su inquietud por lo sucedido con la camisa, las conversaciones con parientes y amigos, el descontento de su ridícula situación, todo desapareció en un momento, y experimentó, a la vez, temor y alegría.

El arcediano, alto y arrogante, con una dalmática de brocado de plata, bien peinados los rizos que ornaban su cabeza, se adelantó decididamente y, levantando el horario entre los dedos con un ademán familiar, se detuvo ante el sacerdote.

–¡Bendícenos, padre!

Y su voz resonó solemne, lenta, agitando las capas del aire. –Bendito sea Dios, Nuestro Señor, por los siglos de los siglos –contestó el anciano sacerdote con voz suave y melodiosa sin dejar de arreglar los objetos en el analoy.

Y, llenando toda la iglesia desde los venta-nales hasta las bóvedas, el acorde del coro invisible se elevó, armonioso y amplio, creció, se detuvo un momento y luego se apagó suavemente:

Como siempre, se oró por la paz de todos, por la salvación, por el Sínodo, por el Zar y por los siervos de Dios, Constantino y Catalina, que iban a casarse.

Parecía que la iglésia toda retumbara y lanzara hacia el cielo la voz del arcediano:

–Oremos porque Dios les conceda un amor perfecto y tranquilo y no los abandone jamás.

Levin escuchaba con sorpresa aquellas palabras.

«¿Cómo han adivinado que lo que necesito es precisamente la ayuda de Dios?», pensaba recordando sus temores y dudas recientes.

«¿Qué sé ni qué puedo hacer, si me falta esa ayuda en esta terrible preocupación? Sí, la ayuda divina es lo que necesito ahora ...»

Cuando el arcediano concluyó la oración, el sacerdote se dirigió a los desposados.

«Dios eterno, que uniste a los que estaban separados», leía en su libro, con voz blanda y melodiosa, «que les diste la

unión del amor indestructible, que otorgaste tu bendición a Isaac y Rebeca, como lo hemos leído en los libros santos. Bendice a tus siervos Constantino y Catalina y condúcelos por el sendero del bien, y derrama sobre ellos los beneficios de tu misericordia y tu bondad. Alabados sean el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos.»

«¡Amén!» llenaron de nuevo el aire las voces del coro.

«Unió a los que estaban separados y les dio la unión del amor indestructible... ¡Qué profunda significación tienen estas palabras y en qué armonía están con mis sentimientos de este momento» , pensaba Levin. «¿Sentirá ella lo que siento yo?»

Volviéndose, encontró la mirada de su novia, y por su expresión le pareció que sí lo sentía. Pero se engañaba. Kitty no comprendía apenas las palabras de la oración, ni casi las escuchaba. No podía escucharlas ni en-tenderlas por el inmenso sentimiento de alegría que llenaba su alma con creciente intensidad, alegría de ver realizarse plenamente lo que hacía mes y medio estaba consumado en su alma; lo que durante aquellas seis semanas había constituido su gozo y su tortura.

Su alma, aquel día en que con su vestido castaño, en la sala de la casa de la calle Ar-bat, se acercara a Levin ofreciéndosele sin decir nada; su alma, aquel día y en aquel momento, rompió con todo el pasado a inició una vida nueva, desconocida para ella, a pesar de que su vida continuaba, en apariencia, la misma de siempre.

Aquellas seis semanas fueron la época más dichosa y más atormentada de su vida. Y to-da ella, sus anhelos y sus esperanzas se concentraban en aquel hombre a quien aún no comprendía, al que le unía un sentimiento menos

comprensible aún que el hombre en sí, un sentimiento que ora la repelía ora la atraía y le inspiraba una completa indiferencia hacia su vida anterior: las cosas, las costumbres, las personas que antes la querían como ahora y a quienes ella quería también; indiferencia hacia su madre, entristecida por aquel sentimiento, hacia su querido padre, tan bueno, a quien antes amara más que a nada en el mundo.

Y Kitty pasaba de asustarse de tal indiferencia a alegrarse de la causa que la motivaba. No podía pensar ni desear nada fuera de su vida con aquel hombre.

Pero aquella nueva vida no había llegado aún y ni siquiera se la imaginaba con claridad. Sólo existía la espera, el temor y la alegría de algo nuevo y desconocido.

Ahora, la espera, lo desconocido y el dolor de renunciar a su vida pasada, todo iba a acabar para empezar lo nuevo. Lo nuevo no podía, sin embargo, dejar de despertar en ella un cierto temor, por lo que tenía de ignorado, pero fuese como fuese, ahora en su al-ma no se verificaba más que la consagración de lo que hacía ya seis semanas se había realizado en ella.

Volviéndose al analoy, el sacerdote tomó con dificultad el pequeño anillo de Kitty y, pidiendo la mano a Levin, le colocó el anillo sobre la primera falange. ,

–El siervo de Dios Constantino se une con la sierva de Dios Catalina.

Y, poniendo el anillo grande en el dedo de Kitty, un dedo pequeño y sonrosado de una increíble fragilidad, el sacerdote repitió las mismas palabras.

A pesar de sus esfuerzos los contrayentes no conseguían nunca adivinar lo que tenían que hacer. Cada vez se equivocaban y el sacerdote se veía obligado a cada momento a corregirles.

Al fin, una vez hecho lo necesario y trazadas las cruces con los anillos, el sacerdote entregó a Kitty el anillo grande y a Levin el pequeño. Ellos volvieron a confundirse y por dos veces se entregaron mutuamente los anillos, siempre al contrario de como lo debían hacer.

Dolly, Chirikov y Esteban Arkadievich se adelantaron para corregirles. Hubo un poco de confusión, la gente cuchicheaba y sonreía, pero la solemnidad y la humilde expresión de los rostros de los novios no se modificaron.

Por el contrario, al equivocarse de mano, los dos miraban con mayor gravedad que antes, y la sonrisa con la que Oblonsky anunció que cada uno debía ponerse su propio anillo, ex-piró involuntariamente en sus labios, comprendiendo que cualquier sonrisa podía ser una ofensa para los desposados.

–¡Oh, Dios! que desde el principio creaste al hombre –leía el sacerdote después de cambiar los anillos– y le has dado a la mujer por compañera para la continuación del géne-ro humano. Tú, Dios y Señor Nuestro, que enviaste tu verdad a tus siervos, a nuestros padres, elegidos por ti de generación en generación para conservarla y obedecerte. Díg-nate mirar a tus siervos Constantino y Catalina y santifica sus desposorios en una misma fe y un mismo pensamiento de concordia y de amor.

Levin tenía cada vez más clara la sensación de que todo lo que había pensado sobre el matrimonio, sus sueños sobre la manera en que organizaría su vida eran cosas pueriles, y

que esta nueva situación de ahora no la había comprendido jamás, y a la sazón la comprendía menos que nunca.

Sentía en su pecho una opresión más viva por momentos, y las lágrimas afluyeron a sus ojos contra su voluntad.

V

En la iglesia estaban todos los parientes y conocidos, todo Moscú.

Durante la ceremonia, bajo la clara ilumi-nación de la iglesia, en el grupo de señoras y señoritas elegantemente ataviadas y de hombres con corbata blanca, fraques o uniformes, no cesaba de oírse un continuo murmullo, discretamente sostenido en voz baja, iniciado en su mayor parte por los hombres, mientras las mujeres preferían observar los detalles de ese acto religioso que siempre despierta en ellas tan vivo interés.

En el grupo más próximo a la novia estaban sus dos hermanas. Dolly, la mayor, y la bella y serena Lvova llegada del extranjero.

–¿Por qué Mary va de color lila, casi de negro, en una boda? –preguntó la Korsunskaya.

–Es el único color que va bien con el de su cara –contestó la Drubeskaya–. Me extraña que celebren la boda por la noche. Es costumbre de comerciantes.

–Es más hermoso. Yo también me casé por la noche –repuso la Korsunskaya suspirando al recordar lo bella que estaba aquel día, lo ridículamente enamorado de ella que estaba entonces su marido y lo distinto que era todo ahora.

–Dicen que quien es testigo de boda más de diez veces ya no se casa. Quise serlo ahora por décima vez para asegurarme, pero ya estaba ocupado el puesto –afirmó el conde Siniavin a la linda princesa Charskaya, que alimentaba ilusiones con respecto a él.

Esta contestó sólo con una sonrisa. Miraba a Kitty pensando en el momento en que ella estuviera con el conde Siniavin como ahora Kitty y calculando de qué modo recordaría al Conde su broma.

Scherbazky decía a la Nicolaeva, la antigua dama de honor de la Emperatriz, que él estaba resuelto a colocar la corona nupcial sobre el peinado de Kitty para que fuera feliz.

–No tenía que haberse puesto postizos. No me gusta ese fasto –replicó la Nicolaeva, bien resuelta a casarse con boda sencilla si el viejo viudo a quien perseguía hacía tiempo se decidía a unirse con ella.

Sergio Ivanovich decía a Daria Dmitrievna, en broma, que la costumbre de emprender un viaje después de la boda se imponía por esa vergüenza que siempre experimentan los recién casados.

–Su hermano puede estar orgulloso. La novia es muy hermosa. ¿No le envidia usted?

–Ya he pasado por ese sentimiento, Daria Dmitrievna –repuso Sergio Ivanovich.

Y su rostro adoptó inesperadamente una expresión severa y melancólica.

Oblonsky relataba a su cuñada una anécdota sobre un divorcio.

–Tenemos que arreglar la corona de flores

–repuso ella sin escucharle.

–Es lástima que Kitty haya perdido tanto –

decía la condesa Nordston a Lvova–. ¿Verdad que, de todos modos, él no merece ni un de-do de tu hermana?

–A mí él me gusta mucho –contestó Lvova–. No porque sea ya mi futuro beau frére.

Vea con qué naturalidad se mueve. Es muy difícil comportarse así en esta situación y no parecer ridículo. Él no parece ridículo ni afectado; se le ve sólo conmovido.

–¿Contaba usted que se casase con él?

–Casi. Siempre me ha gustado Levin.

–Ya veremos quién de los dos pisa primero el tapiz. He aconsejado a Kitty...

–Lo mismo da. En nuestra familia todas somos esposas obedientes.

–Pues yo, cuando me casé con Basilio, pisé la primera, con intención. ¿Y usted, Dolly?

Dolly estaba a su lado y las oía, pero no contestó. Sentíase profundamente conmovida, y las lágrimas llenaban sus ojos.

No podía decir nada sin llorar. Alegre por Kitty y por Levin, evocaba su boda, miraba a su marido, olvidaba lo presente y recordaba sólo su primer a inocente amor.

Recordaba no sólo su boda, sino la de cuantas mujeres conocía; las evocaba en el momento solemne y único en

que, como Kitty ahora, estaban ellas bajo la corona nupcial, con el corazón henchido de amor, de temor y de esperanza, renunciando al pasado y entrando en el desconocido futuro.

Y entre todas las novias que recordaba, estaba su querida Ana, sobre los detalles de cuyo divorcio se había informado poco antes.

También Ana, pura como Kitty, había estado un día con corona de flores de azahar, con velo blanco... Y ahora... «¡Es terrible!», murmuró.

No sólo las hermanas, amigos y parientes seguían con atención todos los pormenores de la ceremonia: los seguían también las mujeres del público que no conocían a Kitty y que les miraban conteniendo la respiración, temiendo perder un solo movimiento o una expresión del rostro de los novios. Llenas de enojo, dejaban sin respuesta los comentarios de los hombres, indiferentes, que bromeaban o hablaban de otra cosa.

–¿Por qué llora? ¿La casan a disgusto?

–¿Obligarla, con lo buen mozo que es?

¿Será tal vez un príncipe?

–Esa que va vestida de satén blanco, ¿es hermana suya? Escucha, escucha, cómo grita el diácono: «La esposa debe temer a su marido.»

–¿El coro es el del monasterio de Chudov?

–No; del Sínodo.

–He preguntado a un criado. Dicen que se la lleva en seguida a sus tierras. Aseguran que es muy rico. Por eso la

casan...

–Pues hacen muy buena pareja.

–¿Decía usted, María Vasilievna, que los miriñaques se llevan huecos? Pues mire a aquella del traje encarnado... Dicen que es la mujer de un embajador. ¡Qué recogida lleva la falda! Mire, otra vez...

–¡Qué bonita está la novia! La han adoma-do como a una corderita. Digan lo que quieran, en estas ocasiones da lástima miramos a nosotras, las mujeres.

Así hablaban los espectadores de ambos sexos que habían podido introducirse en la iglesia.

VI

Concluida la ceremonia de los desposorios, el sacristán puso ante el analoy un trozo de tela rosa; el coro cantó un salmo complicado y difícil en el que el tenor y el bajo se daban la réplica, y el sacerdote, volviéndose hacia los esposos, les señaló la alfombra en el suelo.

Pese a haber oído con frecuencia que quien pisara primero el tapiz sería el que regiría la familia, ni Levin ni Kitty lo recordaron al dar aquellos pocos pasos. No oyeron tampoco los comentarios y discusiones que se suscitaron en aquel momento sobre quién había pisado el primero, o si lo habían hecho los dos a la vez, como algunos afirmaban.

Después de las preguntas de rigor respecto a si querían contraer matrimonio y no lo habían prometido a otros, y de las respuestas que tan extrañas les sonaban, empezó otra ceremonia religiosa.

Kitty se esforzaba en oír las oraciones y comprender su sentido, pero no pudo. Una impresión de solemnidad y radiante alegría inundaba su alma cada vez más, a medida que transcurría la ceremonia, privándola de poder concentrarse.

Ahora rezaban:

«Dios haga que sean puros y bondadosos los frutos de tu vientre y que os sintáis alegres mirando a vuestros hijos ...»

Las plegarias recordaban que Dios había creado a la mujer de una costilla de Adán, y que por eso « el hombre dejará padre y madre, y se unirá a la mujer, y formará con ella una misma carne y una misma sangre, lo que era un gran misterio». Luego se deseaba que Dios bendijera a los desposados y les hiciese fecundos, como a Isaac y Rebeca, Moisés y Séfora, y que vieran a los hijos de sus hijos.

«¡Cuán hermoso es todo esto!», pensaba Kitty, oyéndolo. «No, no puede ser de otro modo.»

Y su animado rostro irradiaba una sonrisa alegre que involuntariamente se transmitía a cuantos la miraban.

«¡Pongánselas del todo!», se oyó aconsejar cuando el sacerdote colocó sobre la cabeza las coronas nupciales, y Scherbazky, con mano temblorosa, sostuvo en el aire la corona sobre la cabellera de Kitty.

–Póngamela –murmuró ella sonriendo.

Levin, mirándola, se sorprendió de la alegre irradiación del rostro de Kitty. Sin querer, aquel sentimiento se le comunicó y se notó radiante y dichoso como ella.

Escucharon con alegría la lectura de la epístola de san Pablo y el resonar de la voz del arcediano en la última estrofa, tan esperada por el público. Con alegría, también, bebieron en un cáliz redondo el vino caliente y aguado, y se sintieron más alegres aún cuando, apartando la casulla y tomándolos a los dos bajo ella, el sacerdote les hizo andar en tomo al analoy mientras el bajo cantaba:

«Alégrate, Isaías...»

Scherbazky y Chirikov, que sostenían las coronas nupciales, enredándose en la cola del vestido de la novia, sonreían también, joviales, ya atrasándose, ya tropezando en los novios, al pararse el sacerdote.

La chispa de alegría encendida en Kitty parecía comunicarse a todos los presentes en la iglesia, y a Levin se le figuraba que hasta el sacerdote y el diácono tenían también como él deseos de sonreír.

Una vez quitadas las coronas de las cabezas, el sacerdote leyó la última oración y felicitó a los jóvenes desposados. Levin miró a Kitty. Jamás la había visto antes tal como estaba ahora, encantadora en la luz nueva y radiante de la felicidad que animaba su rostro.

Levin quería hablarle, pero ignoraba si habían terminado ya las ceremonias. El sacerdote le sacó de dudas, sonriéndole bondadosamente y diciéndoles en voz baja:

–Bese usted a su esposa, y usted, esposa, a su marido.

Y les cogió los cirios de las manos.

Levin besó suavemente los labios sonrientes de Kitty, la ofreció el brazo y, sintiéndola extrañamente próxima a él, la sacó de la iglesia. No podía creer que todo lo sucedido fuese

real, y sólo comenzó a darle fe cuando sus miradas, tímidas y asombradas, se encontraron, y sintió en aquel momento con plena verdad que los dos no formaban ya más que uno.

Después de la cena, aquella misma noche, los recién casados se fueron al campo.

VII

Hacía tres meses que Ana y Vronsky viaja-ban por el extranjero.

Después de visitar Venecia, Roma y Nápoles, llegaron a una pequeña ciudad italiana donde pensaban permanecer algún tiempo.

El maestresala, arrogante mozo de pelo brillante partido por una raya que comenzaba en el mismo cogote, con frac y camisa blanca de batista, colgantes sobre su vientre varias baratijas, metidas las manos en los bolsillos y arrugando las cejas desdeñosamente, hablaba con altanería a un señor que estaba ante él.

Al oír los pasos que subían la escalera lejos de la entrada, y viendo que era el conde ruso que ocupaba las mejores habitaciones del hotel, sacó respetuosamente las manos del bolsillo e, inclinándose, le explicó que el enviado había vuelto y que el alquiler del palacio era cosa resuelta. El encargado estaba conforme con las condiciones.

–Lo celebro –dijo Vronsky–. ¿Está en el hotel la señora?

–Salió a paseo y ha vuelto ya –repuso el maestresala.

Vronsky se quitó el sombrero flexible de anchas alas, se enjugó con el pañuelo el sudor de la frente y de los cabellos, que se dejaba crecer hasta la mitad de la oreja, peinándolos

hacia atrás para cubrirse la calva, y después de mirar al hombre que hablaba con el maestresala, que parecía muy turbado, y el cual le miraba a su vez, se dispuso a salir.

–Este caballero es ruso y desea hablarle –

–dijo el mayordomo.

Con un sentimiento de enojo de no poder rehuir en ningún sitio a los conocidos, y satisfecho a la vez de encontrar algún entretenimiento en la monotonía de su vida, Vronsky miró otra vez a aquel señor que se había apartado y por un momento brillaron los ojos de los dos.

–¡Golenischev!

–¡Vronsky!

Era, en efecto, Golenischev, compañero de Vronsky en el Cuerpo de Pajes.

Durante su estancia allí, Golenischev había pertenecido al partido liberal. Del Cuerpo de Pajes había salido con un título civil, sin ninguna intención de entrar en servicio. Desde entonces se habían visto sólo una vez, y en aquella ocasión, Vronsky comprendió que su amigo, habiendo elegido una actividad liberal a intelectual, despreciaba su título y su camera militar. Por esto, al verle, le trató con aquella fría altivez que él sabía y con la cual parecía querer decir: «Puede gustarte o no mi modo de vivir; me es igual. Pero, si quieres tratarme, me has de respetar».

Golenischev se había mantenido despectivamente indiferente al tono de Vronsky. De modo que aquel encuentro les separó aún más. Y, no obstante, ahora los dos, al verse, lanzaron una exclamación de alegría. Vronsky no podía esperar que le alegrase tanto el encuentro con aquel

amigo, pero se debía seguramente a que él mismo ignoraba hasta qué punto se aburría. Olvidó la ingrata impresión del último encuentro y con rostro alegre y franco tendió la mano a su ex compañero.

Igual expresión de contento substituyó a la expresión inquieta que un momento antes se dibujaba en el rostro de Golenischev

–¡Cuánto celebro verte! –dijo Vronsky, mostrando, al sonreír amistosamente, sus dientes blancos y fuertes.

–Yo supe que había aquí un Vronsky, pero ignoraba que fueras tú. Siento una alegría sincera.

–Entra, haz el favor... Y ¿qué haces aquí?

–Trabajar. Llevo aquí más de un año.

–¡Ah! ––dijo Vronsky con interés–. Pasa, pasa.

Y, siguiendo la costumbre rusa de hablar en francés cuando no se quiere ser entendido por los criados, Vronsky dijo en aquella lengua:

–¿Conoces a la Karenina? Viajamos juntos

–y, al hablar, miraba intencionadamente a Golenischev–. Voy a verla ahora.

–No lo sabía –––contestó indiferente Golenischev, aunque estaba enterado––. ¿Hace mucho que estás aquí? –preguntó.

–Tres días –repuso Vronsky, mirando de nuevo con atención el rostro de su amigo.

«Es un hombre correcto y considera el asunto como debe», se dijo, comprendiendo el significado de la expresión del semblante de su amigo y su cambio de conversación.

«Puedo presentárselo a Ana. Tomará las cosas en el sentido más razonable.»

En los tres meses que Ana y Vronsky llevaban juntos en el extranjero, tratando gentes nuevas, Vronsky se preguntaba siempre cómo consideraría tal o cual persona sus relaciones con Ana.

En la mayoría de los casos, encontraba en los hombres la debida «comprensión» . Pero si a ellos y a él les hubiesen preguntado en qué consistía aquella «debida comprensión», unos y otro se habrían visto en un grave aprieto.

En general, los que comprendían «debidamente», según Vronsky, no comprendían de ningún modo, y procedían como suele proceder la gente educada tratándose de las cosas difíciles a insolubles de que está llena la vida: se mantenían en una actitud correcta, evitando alusiones y preguntas desagradables. Fingían comprender el sentido de la situación, la aceptaban y hasta la aprobaban, considerando inoportuno y superfluo entrar en explicaciones.

Vronsky adivinó en seguida que Golenischev era una de estas personas, y por ello se sintió doblemente contento al hallarle. Y, en efecto, Golesnichev trató a la Karenina, cuando su amigo le pasó a las habitaciones de ella, tan correctamente como Vronsky pudiera desear, evitando sin esfuerzo toda charla que pudiese motivar la menor molestia.

No conocía de antes a Ana y le sorprendió su belleza, y sobre todo la sencillez con que aceptaba su situación.

Ana se ruborizó cuando Vronsky le presentó a su amigo, y el infantil rubor que cubrió su rostro bello y franco cautivó a Golenischev. Lo que más le impresionó, sin embargo, fue que ella, como para no dejar duda alguna en presencia de extraños, llamó en seguida «Alexey» a Vronsky y dijo que iban a vivir juntos en una casa alquilada que allí llamaban palazzo.

Tan simple y recto modo de proceder impresionó agradablemente a Golenischev, quien, reparando en los modales de Ana, resueltos, francos y alegres, y conociendo como conocía a Karenin y a Vronsky, pareció comprenderla muy bien; y hasta pareció comprender lo que ella no podía en modo alguno: el que pudiese mostrarse tan decididamente alegre y feliz a pesar de haber causado la desgracia de su esposa, abandonándole a él y a su hijo, y haber perdido su buena fama.

–Ese palacio se menciona en la guía –dijo Golenischev, refiriéndose al que alquilaba Vronsky–. Hay un excelente Tintoretto de los últimos años del pintor.

–Hoy hace muy buen día. Vayamos y veremos la casa una vez más –propuso Vronsky a Ana.

–Con mucho gusto. Voy a ponerme el sombrero. ¿Dice que hace calor? –preguntó ella, parándose en la puerta y mirando a Vronsky interrogativa.

Y el rubor cubrió otra vez sus mejillas.

Por la mirada de Ana, Vronsky comprendió que ella no sabía los términos en que él deseaba quedar con Golenischev y que temía no comportarse como él deseaba.

La contempló con mirada larga y suave.

–No, no mucho –contestó.

Ana creyó comprender que él estaba satisfecho de ella; y, dirigiéndole una sonrisa, sa-lió con rápido paso.

Los amigos se miraron con cierta confusión en el rostro, como si Golenischev, admirando a Ana, quisiera decir algo de ella sin saber qué, y como si Vronsky lo deseara y a la vez lo temiera.

–Sí... –empezó Vronsky, para entablar conversación–. ¿Conque vives aquí? ¿Sigues trabajando en lo mismo? –continuó, recordando que Golenischev le había dicho que escribía.

–Sí, estoy escribiendo la segunda parte de Los dos principios –respondió Golenischev, satisfechísimo al oír la pregunta–. Para ser más exacto, no escribo aún: preparo y selec-ciono el material. Será un libro muy vasto.

Tratará casi sobre todos los problemas. En Rusia no quieren comprender que somos herederos de Bizancio.

Y Golenischev inició una explicación larga y animada.

Vronsky se sintió avergonzado al principio, ignorando de qué trataba la primera parte de Los dos principios, de la que el autor le hablaba como de algo muy conocido.

Pero luego, cuando Golenischev se explicó y Vronsky pudo seguirle, aun sin conocer la obra, le escuchó con gran interés, porque su amigo se expresaba con gran claridad. Sólo le disgustaba y extrañaba la irritada emoción con que Golenischev trataba el objeto que le interesaba.

A medida que iba hablando, le brillaban más los ojos, con mayor rapidez replicaba a imaginarios contrincantes y más inquieta y ofendida expresión iluminaba su semblante.

Recordando a su amigo como un niño delgado y vivo, bondadoso y noble, siempre el primero en el Cuerpo de Pajes, Vronsky no podía comprender ni aprobar la causa de tal irritación. Le disgustaba, sobre todo, que Golenischev, hombre distinguido, se pusiese al nivel de aquellos escritores venales que le irritaban. Él creía que no valía la pena, aunque por otra parte no dejaba de comprender que su amigo era desgraciado, y le compadecía. La desgracia, casi la locura, se leía en su rostro animado, incluso hermoso, cuando, sin apenas notar que Ana había salido, seguía exponiendo sus ideas con precipitado ardor.

Al salir Ana con capa y sombrero y, con un rápido ademán de su bella mano que jugaba con el quitasol, ponerse al lado de Vronsky, éste, con un sentimiento de alivio, separo sus ojos de la doliente nada de Golenischev y los puso con renovado amor en su hermosa amiga, llena de vida y de alegría.

Golenischev, tranquilizándose a duras penas, permaneció unos momentos triste y taciturno. Pero Ana, que estaba entonces en una excelente disposición de ánimo, le distrajo en seguida con su trato sencillo y alegre.

Probando varios temas de conversación, le llevó, al fin, a la pintura, de la que Golenischev hablaba con mucho conocimiento. Ana le escuchaba con atención.

Andando, llegaron a la casa que iban a alquilar y la visitaron.

Cuando volvían, Ana dijo a Golenischev:

–Estoy contenta de una cosa... Alexey tendrá un buen atelier. No dejes de quedarte con aquella habitación –indicó a Alexey, en ruso, comprendiendo que Golenischev, en la soledad en que vivían, se convertía en un amigo ante quien no tenía por qué fingir.

–¿Pintas? –preguntó Golenischev dirigiéndose a Vronsky.

–Sí. Hace tiempo lo practiqué y ahora empiezo de nuevo –repuso éste sonrojándose.

–Tiene mucho talento –dijo Ana con alegre sonrisa–. Claro, que yo no soy quién para decirlo... Pero los entendidos se lo dicen también.

VIII

En este primer período de su libertad y de su rápida convalecencia, Ana se sentía inde-ciblemente feliz.

El recordar la desgracia de su marido no estorbaba su felicidad. De una parte, tal recuerdo era demasiado terrible para pensar en él, y de otra, aquella desventura había sido fuente de tanta dicha que no sentía remordimiento.

El recuerdo de cuanto le había sucedido tras la enfermedad, la reconciliación con su esposo, la ruptura, la noticia de la herida de Vronsky, su visita, la preparación del divorcio, la marcha de la casa conyugal, el adiós a su hijo, todo le parecía una pesadilla de la que no despertó sino al hallarse con Vronsky en el extranjero.

El recuerdo del mal causado a su marido le producía un sentimiento como de repugnancia análogo al de quien, ahogándose, lograra desprenderse de otro que se hubiera aferrado a él y viera entonces que el otro se ahogaba.

Esto era un mal, pero también la única salvación, y más valía no recordar los terribles detalles.

Un pensamiento consolador acudía a su cerebro al pensar en lo que había hecho al principio de su ruptura con Karenin. Ahora, evocando el pasado, sólo se atenía a este pensamiento: «He causado la inevitable desgracia de ese hombre, pero no me aprovecho de ella, ya que también sufro y sufriré en el futuro al perder lo que más aprecio: mi nombre de mujer honrada y mi hijo. He obrado mal y por eso no quiero el divorcio ni la felicidad, y sufriré mi deshonra y la separación del ser a quien tanto quiero».

Pero, pese a su intenso deseo de sufrir, no sufría ni notaba para nada la deshonra. Con el vivo tacto que ambos poseían, eludían en el extranjero a los rusos, no se ponían nunca en falsas situaciones y siempre hallaban gente que fingía comprender su posición mutua mucho mejor que epos.

La separación de su hijo, a quien tanto quería, tampoco la atormentó demasiado al principio. La niña, hija de Vronsky, era muy graciosa y cautivó su cariño desde que quedó sola con ella, así que rara vez se acordaba de Sergio.

Su deseo de vivir, acrecido con la convalecencia, era tan fuerte y las condiciones de su vida tan nuevas y agradables, que Ana se sentía inmensamente dichosa.

Cuanto más conocía a Vronsky, más le amaba. Le amaba por sí mismo y por el amor en que él la tenía. El poseerle por completo colmaba su ventura. Su proximidad le alboro-zaba. Los rasgos de su carácter, que cada vez conocía mejor, se le hacían más queridos.

Su aspecto físico, muy cambiado al vestir de hombre civil, le era tan atractivo como podía serlo para una joven

enamorada. En cuanto hacía, decía o pensaba Vronsky, Ana hallaba algo especial, elevado y noble.

La admiración que sentía por él llegaba a veces a asustarla. Ana trataba de hallar en su amado algo que no fuera agradable. No se atrevía a dejarle ver la conciencia que tenía de su propia insignificancia. Parecíale que, al verlo, Vronsky había de dejar de amarla más pronto, y ella nada temía tanto como perder su amor, aunque no tenía motivo alguno de temor a este respecto.

No podía dejar de estarle agradecida por su nobleza para con ella, de mostrarle cuánto la respetaba... Admirábale que, teniendo tanta vocación para las armas, en las que podía haber llegado a ocupar un elevado cargo, hubiera sacrificado su ambición por ella sin mostrar el mas pequeño arrepentimiento.

Vronsky se mostraba más atento y cariñoso que nunca, y la preocupación de que ella no se diera cuenta de la irregularidad de su situación no le abandonaba jamás.

Él, tan enérgico en su trato con ella, no só-

lo no la contrariaba nunca, sino que parecía no tener voluntad y ocuparse únicamente de cumplir sus deseos. Y Ana, aunque la intensidad de la atención que le consagraba, la at-mósfera de cuidados en que la envolvía, llegaran, a veces, a fatigarla, no podía dejar de agradecérselo.

En cuanto a Vronsky, aunque se había realizado lo que deseara por tanto tiempo, no era feliz. No tardó en advertir que la realización de sus deseos no le procuraba más que un grano de la montaña de dicha que esperó.

¡Eterna equivocación del hombre que espera la felicidad del cumplimiento de sus anhelos!

Al principio de unirse Vronsky a Ana y vestir el traje civil, sintió el atractivo de una libertad general que antes no conocía, así como la libertad en el amor, y fue feliz, mas por poco tiempo.

En breve sintió nacer en su alma el deseo de los deseos: la añoranza. Involuntariamente se asía a todos los caprichos pasajeros considerándolos como deseo y fin. Tenía que ocupar en algo las dieciséis horas hábiles del día, ya que vivían en plena libertad, fuera del círculo de vida social que ocupara su tiempo en San Petersburgo.

Era imposible pensar en las distracciones de soltero que en sus anteriores viajes fuera de su patria había buscado siempre, ya que un solo ensayo produjo en Ana, al retrasarse él en la cena con los amigos, una insólita tristeza.

Resultaba imposible relacionarse con la sociedad local y rusa por la situación equivoca en que estaban. Visitar las curiosidades del país, aparte de que las habían va visto todas, no tenía para él, hombre inteligente y ruso, la inexplicable importancia que le dan los ingleses.

Así como un animal hambriento coge cualquier objeto que halla esperando encontrar alimento en él, Vronsky, sin darse cuenta, se asía, ya a la política, ya a los libros nuevos, ya a los cuadros.

Como en su juventud había mostrado alguna aptitud para la pintura y, no sabiendo en qué gastar su dinero, había empezado a coleccionar grabados, ahora se entregó a aquella afición, poniendo en ella su voluntad sin objetivo que necesitara satisfacerse.

Tenía el don de comprender el arte a imi-tarlo con buen gusto. Pensando poseer facultades de pintor, meditó en la clase de pintura por la cual optaría: religiosa, histórica, de

costumbres o realista, y, tras corta vacilación, empezó a trabajar.

Comprendía todos los estilos y era capaz de interesarse por uno a otro, pero no le era posible comprender que era preciso ignorar las diversas clases que hay de pintura a inspi-rarse únicamente en lo que brota del alma, sin preocuparse del género a que pertenecie-ra. Desconociendo esto, Vronsky, al pintar, no se inspiraba en la vida, sino en el medio de vida ya delimitado por el arte. Así se inspiraba rápidamente y con suma facilidad, y pronto y sin dificultad conseguía que lo que pintaba se pareciese al género pictórico deseado.

Le gustaba, más que ninguna, la escuela francesa, graciosa y efectista, y en tal estilo comenzó a pintar el retrato de Ana en traje italiano. El retrato pareció excelente a cuantos lo vieron y también a él.

IX

El viejo y abandonado palazzo –de altos techos, frescos en los muros y suelo de mo-saico, con grandes cortinas de seda en las altas ventanas, jarrones en las consolas y chimeneas de puertas esculpidas con lóbre-gas y desiertas estancias llenas de cuadros–, desde que se instalaron en él, mantenía en Vronsky la agradable equivocación de que no era un propietario ruso y un coronel retirado, sino un aficionado exquisito, un mecenas, y hasta un pintor modesto que abandonaba el mundo, relaciones y ambiciones por la mujer amada.

Al trasladarse al palacio, el papel elegido por él halló su ambiente adecuado. Por medio de Golenischev conoció a varias personas interesantes, y durante los primeros tiempos se sintió a gusto.

Pintaba apuntes del natural bajo la dirección de un profesor italiano y estudiaba la vi-da medieval de Italia. Últimamente, aquélla le había cautivado hasta el punto de empezar a usar el sombrero al descuido y la capa sobre los hombros, como en el medievo italiano, lo que le sentaba admirablemente.

–Vivimos sin saber nada –dijo Vronsky a Golenischev una mañana en que éste fue a visitarle–. ¿Has visto el cuadro de Mijailov? –

preguntó, mostrándole un periódico de Rusia recibido aquel día. En él figuraba un artículo sobre un pintor ruso que vivía en aquella misma ciudad y había terminado un cuadro del que se hablaba hacía tiempo y que se había adquirido ya por anticipado.

En el artículo se reprochaba al Gobierno y a la Academia de Bellas Artes el que un pintor tan notable careciera de estímulo y ayuda.

–Lo he leído –repuso Golenischev–. Claro que a Mijailov no le faltan aptitudes, pero su orientación es completamente equivocada: considera la figura de Cristo y la pintura religiosa según las ideas de Ivanov, Strauss y Renan.

–¿Qué representa el cuadro? –preguntó Ana.

–Cristo ante Pilatos. Cristo está presentado como un hebreo, con todo el realismo de la nueva escuela.

Llevado por aquella pregunta a uno de sus temas favoritos, Golenischev empezó a explicar:

–No comprendo tales errores. Cristo ya tiene su encarnación definida en el arte de los maestros antiguos. Si quieren presentar, en vez de a Dios, a un revolucionario o un santo,

que muestren a Sócrates, a Franklin o a Car-lota Corday, pero no a Cristo. Escogen para el arte a un personaje que no puede llevarse al arte, y luego...

–¿Es cierto que es tan pobre ese Mijailov?

–preguntó Vronsky, pensando que él, como mecenas ruso, aparte de que el cuadro fuera malo o bueno, debía ayudar a aquel pintor.

–No lo creo. Es un retratista notable. ¿Has visto su retrato de la Vasilchikova? Pero parece que ahora no quiere pintar más retratos, con lo cual es posible que necesite dinero...

Claro que...

–¿Podríamos pedirle que hiciera el retrato de Ana Arkadievna? –dijo Vronsky.

–¿Para qué? –repuso ella–. Después de pintarme tú, no quiero otros retratos. Más vale que pinte a Anny –así llamaban a la ni-

ña–. Ahí viene –añadió, mirando por la ventana a la nodriza, una belleza italiana, que había sacado a la niña en brazos aljardín.

Y luego volvió la cara para contemplar a Vronsky.

La hermosa nodriza, cuya cabeza pintaba él para su cuadro, era el único dolor oculto que había en la vida de Ana.

Vronsky, pintándola, admiraba su hermosura y su aire medieval, y Ana había de reconocer que temía tener celos de la italiana, y por ello trataba con especial afecto tanto a la nodriza como a su hijita.

Vronsky miró por la ventana, puso sus ojos en los de Ana y luego, volviéndose hacia Golenischev, le preguntó:

–¿Conoces a ese Mijailov?

–Le veo a veces. Pero es un hombre raro y sin instrucción alguna, uno de esos hombres que se encuentran ahora con frecuencia, de esos librepensadores, educados d'emblée en las concepciones de la incredulidad, la negación y el materialismo.

Y Golenischev, sin ver o no queriendo ver que también Ana y Vronsky deseaban hablar, prosiguió:

–Antes, sucedía que el hombre de ideas libres estaba educado en normas religiosas, en la ley y la moralidad, llegando a las ideas libres mediante luchas y trabajos. Pero ahora surge un tipo nuevo de gente de ideas libres que crece sin saber siquiera que existen leyes de moral y religión y que hay autoridad. Se desarrollan en la negación de todo, es decir, como salvajes. Mijailov es de ésos. Al parecer, es hijo de un mayordomo de Moscú y no recibió instrucción alguna. Al entrar en la Academia y adquirir fama, como no es tonto, se quiso cultivar. Y se dirigió a lo que le parecía la fuente de la cultura: los periódicos. En otros tiempos, un hombre, supongamos un francés, que hubiera querido– instruirse, se habría dedicado a estudiar a los clásicos: teó-

logos, trágicos, historiadores y filósofos, y comprendería todo el esfuerzo intelectual que habría tenido que desarrollar. Pero en Rusia, éste cayó en derechura sobre la literatura negativa, absorbió rápidamente todo el ex-tracto de la ciencia negativa, y he aquí formado al hombre... Veinte años atrás habría encontrado en esa literatura los signos de la lucha con la autoridad, con las creencias se-culares, y en esta lucha habría comprendido que antes había existido

algo más. Pero ahora da con una literatura que no hace dignas de discusión tales ideas, sino que dice sencillamente: «No hay nada. Sólo existen la evolución, la selección, la lucha por la vida y na-da más». Yo, en mis artículos...

–¿Saben –dijo Ana, que por las miradas que hacía rato cambiaba con Vronsky, comprendía que a éste no le interesaba la cultura del pintor, sino que no tenía más intención que ayudarle–, saben lo que debemos hacer?

–sugirió, interrumpiendo decididamente a Golenischev, entusiasmado en sus explicaciones–. Vayamos a verle.

Golenischev, serenándose, consintió, gozoso, en ir. Pero como el pintor vivía en un lugar muy apartado de la ciudad, resolvieron tomar un coche.

Una hora después, Ana, al lado de Golenischev y Vronsky en el asiento delantero, se acercaban a una fea casa de moderna construcción en un barrio apartado.

Informados por la mujer del portero de que Mijailov permitía visitar su estudio, pero que ahora estaba en su casa, cercana a él, le enviaron sus tarjetas pidiéndole que les dejara examinar sus cuadros.

X

El pintor Mijailov estaba trabajando, como de costumbre, cuando le llevaron las tarjetas del conde Vronsky y de Golenischev. Por la mañana no se había movido de su estudio, trabajando en su gran lienzo. De vuelta a su casa, se enfadó con su mujer por no haber sabido ésta contestar adecuadamente a la dueña de la casa, que pedía el dinero del alquiler.

–¡Ya lo he dicho veinte veces que no tienes que darle explicación alguna! Eres una tonta rematada, pero lo eres todavía más cuando te pones a explicarte en italiano –dijo, después de una larga disputa.

–Pues no dejes pasar tanto tiempo sin pagar. Yo no tengo la culpa. Si hubiera tenido dinero...

–¡Déjame en paz, por Dios! –exclamó Mijailov con voz lastimera.

Y, tapándose los oídos con las manos, se fue a su cuarto de trabajo, tras el tabique, y cerró la puerta, diciéndose que su mujer era una necia.

Se sentó a la mesa, abrió la carpeta y empezó a dibujar con extraordinaria animación.

Nunca trabajaba con tanto ardor y acierto como cuando la suerte le era adversa y, sobre todo, como cuando discutía con su mujer.

«¡Quisiera desaparecer!», pensaba, mientras continuaba su tarea.

Estaba dibujando la figura de un hombre encolerizado. Ya había hecho el dibujo antes, pero no había quedado contento de él.

«No, el otro era mejor. ¿Dónde estará?»

Salió de su cuarto con aspecto sombrío y, sin mirar a su esposa, preguntó a la niña mayor dónde estaba el papel que les había dado.

El papel con el dibujo desdeñado apareció, pero sucio y manchado de estearina. No obstante, Mijailov tomó el

dibujo, lo puso en la mesa, se apartó y lo miró entornando los ojos.

De pronto sonrió y agitó alegremente las manos.

–¡Esto es, esto! –exclamó.

Y, cogiendo el lápiz, empezó a dibujar con gran entusiasmo. La mancha de estearina daba al hombre una nueva actitud.

Mientras trazaba aquella nueva actitud, recordó de pronto el rostro enérgico, de saliente barbilla, del comerciante a quien compraba los cigarros, y Mijailov dio aquel rostro y aquella barbilla a la figura que dibujaba. Una vez hecho, rió con júbilo. De repente, la figura, antes muerta y artificial, cobraba vida y se le aparecía con carácter tan definido que no podía pedirse más.

Cabía, no obstante, corregir el dibujo se-gún las exigencias de la figura; podíase y se debía abrir más las piernas, cambiar del todo la posición del brazo izquierdo, descubrir la frente levantando algo los cabellos. Al hacer tales correcciones, no cambiaba, sin embargo, la figura, sino que prescindía de lo que la ocultaba. Era como si le quitase los celos que la envolvían y la hacían imprecisa.

Cada nueva línea que trazaba el pintor da-ba más relieve a la figura, mostrándola en todo su vigor, tal como se le apareciera de pronto bajo la mancha de estearina.

Cuando, cuidadosamente, daba la última mano al dibujo, le llevaron las tarjetas.

–Voy en seguida...

Se acercó a su mujer.

–Mira, Sacha, no te enfades –dijo, sonriendo con dulce timidez–. La culpa ha sido de los dos. Ya lo arreglaré todo.

Y, después de reconciliarse con su esposa, se vistió el abrigo color de aceituna con cuello de terciopelo, se puso el sombrero y marchó al estudio.

La figura que, al fin, había conseguido fijar sobre el cartón quedaba olvidada. Ahora, la visita de aquellos rusos distinguidos, que habían llegado en coche a su estudio le tenía alegre y agitado.

De aquel cuadro suyo, colocado en un ca-ballete en el estudio, Mijailov, en el fondo de su alma, tenía una sola opinión: que nadie había pintado nunca un cuadro semejante. No creía que valiese más que los de Rafael, pero sí que lo que él quería expresar en el lienzo nadie lo había expresado aún.

Esta convicción estaba firmemente arrai-gada en su ánimo desde hacía mucho tiempo, desde que lo empezara a pintar, pero, a pesar de ello, la opinión ajena, fuese la que fuese, tenía para él una enorme importancia y despertaba en su alma una emoción muy vi-va.

La más leve observación que le demostrara que los críticos veían una mínima parte de lo que él encontraba en su cuadro le agitaba hasta lo más profundo de su ser. En general atribuía a sus jueces más capacidad de comprensión que la que él poseía, y siempre esperaba que, en sus palabras, había de descubrir algo que él no había podido ver en su cuadro.

Se acercó con paso rápido a la puerta del estudio, y, a pesar de su emoción, la figura suavemente iluminada de Ana, que estaba a la sombra de la entrada, escuchando las animadas explicaciones de Golenischev, mientras trataba de dirigir

una mirada al pintor que se aproximaba, hizo en éste una viva impresión.

Sin que ni él mismo se diera cuenta, Mijailov captó y asimiló toda la gracia de aquella figura, como cazara al vuelo la barbilla del vendedor de cigarros, guardándola en el rincón de su cerebro de donde había de extraerla cuando la necesitó.

Los visitantes, ya desilusionados por lo que Golenischev les contara del pintor, quedaron aún más decepcionados ante su aspecto.

De mediana estatura, corpulento, de andar balanceante y amanerado, Mijailov, con su sombrero castaño y su abrigo color de aceituna, con sus pantalones estrechos cuando hacía tiempo que se llevaban anchos, producía una impresión que la vulgaridad de su ancho rostro y la mezcla de timidez y pretensiones de dignidad que se pintaban en él hacían aún más desagradable.

–Hagan el favor –les dijo, tratando de adoptar un aire indiferente, mientras hacía pasar a sus visitantes y les abría la puerta del estudio.

XI

Al entrar en el estudio, el pintor Mijailov miró una vez más a los visitantes. La expresión del rostro de Vronsky, sobre todo de sus pómulos, se grabó en su imaginación.

Aunque su sensibilidad artística trabajaba sin cesar, acumulando más y más materiales, aunque sentía una emoción cada vez mayor al acercarse el momento de exponer su cuadro, Mijailov, rápida y sutilmente, se formó una idea sobre aquellas tres personas basándose en apenas perceptibles indicios.

Sabía que Golenischev era un ruso que vi-vía en la ciudad. No recordaba su apellido ni dónde le había visto, ni lo que había hablado con él. Sólo recordaba su rostro, como el de todas las personas que encontraba, y sabía que lo había clasificado ya en la inmensa categoría de los rostros sin expresión, a pesar de su falso aire de originalidad.

Los cabellos largos y la frente despejada daban una aparente individualidad a aquel semblante de expresión minúscula, infantil, inquieta y concentrada sobre el arranque de la nariz.

A juicio de Mijailov, Vronsky y Ana debían de ser rusos de la alta sociedad y muy ricos, artísticamente tan ignorantes corno todos aquellos rusos opulentos que fingían amar y apreciar el arte.

«Seguramente han visto todas las antigüedades; ahora están visitando los estudios de los pintores modernos –el charlatán alemán, el prerrafaelista inglés– y han venido a ver mi estudio para completar la revista», pensaba.

Conocía bien las costumbres de los dilet-tanti –tanto peores cuanto más informados–

de visitar los estudios de los pintores modernos sólo con el fin de poder decir que el arte decae y que cuanto más conocen a los modernos más se persuaden de lo inimitables que son los maestros antiguos.

Esperaba esto, lo veía en sus rostros, en la indiferente negligencia con que hablaban entre sí, mirando los maniquíes y bustos y paseando de un lado a otro en espera de que él descubriese su cuadro.

Y, no obstante, cuando removió sus estudios, levantó las cortinas y descubrió el lienzo, Mijailov se sintió invadido por

una viva emoción, tanto más cuanto que, a pesar de su juicio de que todos los nobles y ricos rusos tenían forzosamente que ser unos estúpidos, Vronsky, y sobre todo Ana, habían causado en él una excelente impresión.

–Aquí... ¿Quieren verlo? –dijo Mijailov, apartándose del cuadro con su andar balanceante–. Es Cristo ante Pilatos...

Mateo, capítulo XXVII –murmuró, sintiendo que sus labios empezaban a temblar de emoción.

Y retrocedió, colocándose detrás de ellos.

Durante los pocos segundos en que los visitantes miraron en silencio el cuadro, él lo contemplaba también con ojo indiferente a imparcial. Parecíale ahora que el juicio superior y justo sobre su pintura había de ser pronunciado por aquellos tres visitantes a quienes había despreciado un momento antes.

Olvidó cuanto había pensado de su cuadro anteriormente, en los tres o cuatro años que llevaba pintándolo; olvidó todos sus méritos, fuera de duda para él, contemplándolo con la mirada severa, crítica y desapasionada de sus visitantes y no hallaba en él nada bueno.

Veía en primer término el rostro de Pilatos, impaciente en su despecho, y el rostro sereno de Cristo; veía después las figuras de los criados de Pilatos y el semblante de Juan observando la escena.

Cada rostro lentamente surgido en su interior, en medio de búsquedas y errores, con su carácter peculiar; cada figura tantas veces cambiada de sitio, para la armonía del conjunto; los tonos, matices y colores conseguidos con tanto trabajo, todo, mirado por los ojos de sus visitantes, le parecía trivial y repetido ya mil veces.

Lo que más estimaba de él, el semblante de Cristo, centro del cuadro, que tanto le en-tusiasmara cuando lo descubrió, perdió todo su mérito al mirarlo con ojos ajenos.

Veía una repetición, bien pintada –y aún no muy bien, porque ahora notaba en ella muchos defectos– de los innumerables Cristos de Tiziano, Rafael, Rubens, de los mismos guerreros y del invariable Pilatos. Todo aquello era trivial, mezquino y viejo a incluso mal pintado, con excesivo color y poca energía.

Los visitantes tendrían razón en proferir algunas frases de fingido elogio en presencia del pintor, y compadecerle y burlarse de él cuando quedaran solos.

Le pareció pesar durante largo rato aquel dilatado silencio, aunque en realidad no duró más de un minuto. Para interrumpirles y mostrar que no estaba conmovido, Mijailov, con un esfuerzo sobre sí mismo, habló a Golenischev.

–Creo que ya he tenido el gusto de conocerle ––dijo, mirando con inquietud, ora a Ana, ora a Vronsky, a fin de no perder un detalle de la expresión de sus rostros.

–Así es: nos vimos en casa de Rossi. ¿No se acuerda? En la velada en que declamó aquella señorita italiana, la nueva Raquel... –

–dijo con naturalidad Golenischev, apartando sin pesar los ojos del cuadro para hablar con el pintor.

Advirtiendo, sin embargo, que Mijailov esperaba su juicio sobre el lienzo, dijo:

–Su cuadro ha mejorado mucho desde la última vez que lo vi. Y como entonces, también

ahora

me

sorprende

extraor-

dinariamente la figura de Pilatos. ¡Es tan comprensible este hombre, bueno, simpático, pero, en el fondo de su alma, un funcionario

«que no sabe lo que se hace» ! No obstante, me parece...

El movible rostro de Mijailov se iluminó de repente. Sus ojos brillaron. Fue a decir algo, pero la emoción no se lo permitió y fingió una tos.

A pesar de lo poco que apreciaba el gusto artístico de Golenischev, a pesar de la insignificancia de aquella justa observación sobre la expresión del rostro de Pilatos como funcionario, a pesar de lo humillante que pudiese parecer un comentario tan minúsculo silen-ciando lo principal, Mijailov se sintió entusiasmado de aquella observación.

Él opinaba sobre la figura de Pilatos lo mismo que Golenischev le había dicho. Que aquel comentario fuese uno de los millones de comentarios justos que pudieran hacerse sobre su pintura no disminuía a sus ojos la importancia de la observación de Golenischev. Sentía que sus palabras despertaban su simpatía hacia el otro y le hacían pasar del estado de abatimiento en que se encontraba a un estado de alegre entusiasmo.

El cuadro, en el acto, se animaba a sus ojos con inexplicable complejidad en cuanto tenía de vivo.

Trató de decir que él entendía también así a Pilatos, pero le temblaron los labios y fue incapaz de pronunciar una palabra.

Vronsky y Ana hablaban en voz baja, como suele hacerse en las exposiciones, en parte por respeto al pintor y en parte por no decir en voz alta alguna tontería, tan fácil de decir en cuestiones de arte.

Mijailov, pareciéndole que el lienzo les había impresionado también, se les acercó.

–¡Qué extraordinaria expresión la de Cristo! ––dijo Ana.

De cuanto veía, era aquello lo que más le gustaba. Le parecía, además, que, tratándose de la figura principal del cuadro, el elogio había de placer al pintor.

–Se le nota que siente compasión de Pilatos –añadió.

Tal observación pertenecía también a los millones de ellas que podían hacerse sobre un cuadro y sobre la figura de Cristo. Había dicho que sentía compasión de Pilatos, y era ló-

gico que se viera en él la expresión de amor, de serenidad ultraterrena, de sentimiento de la proximidad de la muerte y de conciencia de la inutilidad de las palabras.

Estaba claro que Pilatos debía tener una expresión de funcionario y Cristo había de tenerla de compasión, ya que uno encamaba la vida mortal y otro la vida espiritual. Todo esto y mucho más pasó por la mente de Mijailov, y, no obstante, su rostro volvió a ilu-minarse de entusiasmo.

–Sí. Está muy bien pintada esa figura. ¡Y

cuánta atmósfera en tomo de ella! Parece que habría de ser posible darle la vuelta –dijo Golenischev, seguramente queriendo signifcar que no estaba conforme con el significado a idea de la figura.

–Es de una maestría excepcional –afirmó Vronsky–. ¡Cómo se destacan estas figuras del segundo término! ¡Esto tiene una técnica perfecta! –agregó, dirigiéndose a Golenischev, como dándole a entender, siguiendo su charla de antes, que él desesperaba de adquirir aquella habilidad.

–Sí, es excepcional –confirmaron Golenischev y Ana.

Pese al estado de exaltación en que se hallaba, la referencia a la técnica hirió dolorosamente a Mijailov.

Mirando con enojo a Vronsky, se puso serio de repente. Oía con frecuencia la expresión «técnica» a ignoraba por completo lo que la gente entendía por ella. Sabía que indicaban así la facultad mecánica de pintar y dibujar completamente fuera de la idea del cuadro. Observaba a menudo, como en la presente alabanza, que contraponían la técnica al verdadero mérito, como si fuera posible pintar con arte una mala composición. Sabía que hay que tener mucha atención y esmero para, al quitar todas aquellas pinceladas que no expresaban nada interno, no estropear la obra de arte, pero en ello aquí no había ni arte pictórico ni técnica alguna.

Si a un niño o a una cocinera se les hubiera revelado lo que veía él, también ellos habrían podido expresar lo que veían. Y el más hábil y diestro pintor técnico no habría podido pintar nada sólo con su facultad me-cánica de no haber descubierto antes los límites del argumento y el contenido.

Además, sabía que, hablando de técnica, era imposible elogiarle por ella. En cuanto había pintado y pintaba,

reconocía defectos que saltaban a la vista, hijos de la escasa atención con que corregía sus cuadros de detalles materiales y que ya no podía corregir sin estropear la obra. Y en casi todas las figuras y rostros veía aún restos de defectos no bien corregidos que afeaban el cuadro.

–Sólo objetaría una cosa, si me lo permitiera –notó Golenischev.

–Lo celebro y se lo ruego –dijo Mijailov esforzándose en sonreír.

–Que, en su cuadro, Cristo es un hombre–

Dios y no un Dioshombre. Aunque ya sé que era eso lo que usted se proponía.

–No puedo pintar un Cristo que no llevo en mi alma –repuso Mijailov, huraño.

–Sí; pero entonces permítame expresar mi idea. Su cuadro es tan bueno, que mi observación no puede perjudicarle, y, además, es sólo mi opinión personal. En usted, el motivo mismo es diferente. Tomemos por ejemplo a Ivanov. Yo considero que si se reduce a Jesús al papel de figura histórica, habría sido preferible que Ivanov hubiese elegido otro tema histórico, más fresco, no tocado todavía por nadie.

–¡Pero si es el tema más grande que se presenta al arte!

–Sabiéndolos buscar se encuentran también otros. Sucede, no obstante, que el arte no admite discusión ni razones. Y ante el lienzo de Ivanov, tanto para el creyente como para el que no lo es, se presenta la misma duda: «¿Es Dios o no es Dios?». Y eso destruye el conjunto de la impresión.

–¿Por qué? A mí me parece –dijo Mijailov–

que para las personas cultas no puede ya haber discusión.

Golenischev se mostró disconforme con esta opinión y, aferrándose a su primera idea sobre la unidad de impresión necesaria en el arte, venció a Mijailov, que, excitado, no supo decir nada en favor de su tesis.

XII

Hacía tiempo que Ana y Vronsky cambiaban miradas, cansados de la erudita charla de su amigo.

Al fin, Vronsky se acercó a un pequeño cuadro sin esperar a que el pintor le invitara.

–¡Oh, qué hermoso, qué hermoso! ¡Qué encanto! ¡Qué maravilla! –exclamaron al uní-

sono él y Ana.

«¿Qué les habrá gustado tanto?», se preguntó Mijailov, que no se acordaba ya de aquel cuadro, pintado por él tres años antes.

Los sufrimientos que le había costado y los entusiasmos que despertara en él en aquellos meses que le tuvo absorbido noche y día, estaban olvidados, como los olvidaba siempre apenas terminaba su obra. En cuanto a aqué-

lla, incluso le desagradaba verla y la había expuesto únicamente porque esperaba la visita de un inglés que quería comprarlo.

–Es un estudio de hace tiempo –dijo.

–Es admirable –afirmó Golenischev, no-tándose que sentía con sinceridad la fascina-ción de aquel lienzo.

Dos niños, al pie de un alto arbusto, pes-caban con caña. El mayor acababa de tender la suya y en aquel instante, colocado detrás de un arbusto, iba sacando el hilo con atención concentrada a fin de no perder el corcho de vista.

El otro, menor, tendido en la hierba y aco-dado en ella, con su cabecita de cabellos rubios y enmarañados apoyada en sus manos, miraba el agua con pensativos ojos azules.

¿En qué pensaba?

El entusiasmo ante aquel cuadro despertó en Mijailov la emoción de antes, pero no le placía aquel inútil sentimiento referente a al-go ya pasado y así, aunque le halagaban los elogios, trató de desviar la atención de aquel cuadro y concentrarla en un tercero.

Pero Vronsky le preguntó si quería venderlo. A Mijailov, emocionado con la visita, le resultaba desagradable hablar ahora de dinero.

–Está expuesto para la venta, claro... –

repuso con gravedad frunciendo el entrecejo.

Cuando todos los visitantes se hubieron ido, Mijailov se sentó frente al cuadro de

«Cristo ante Pilatos» y mentalmente se repitió lo que le dijeran y lo que podía sobreen-tender en las palabras de los visitantes.

Y, cosa extraña, lo que tanto valor tenía para él cuando estaban presentes, perdía de pronto toda importancia ahora que mentalmente se ponía fuera del punto de vista de ellos.

Ahora, mirando el cuadro con ojo de artista, adquiría la certeza absoluta de su perfección y la seguridad de su transcendencia, sentimiento que necesitaba para alcanzar aquella tensión que excluía todo otro interés y sin la cual no le era posible trabajar.

No obstante, el pie de Cristo le parecía ahora algo desproporcionado. Cogió la paleta y empezó a trabajar. Mientras corregía el pie, miraba sin cesar la figura de Juan, en segundo término, y en el que no se fijaron los visitantes, pero que él sabía que era un modelo de perfección.

Concluido el pie, pensó en trabajar en aquella figura, pero se sentía demasiado conmovido para poder hacerlo. No podía trabajar ni en frío ni cuando se sentía emocionado y lo veía todo exageradamente. De la frialdad a la inspiración había sólo un pelda-

ño, y era entonces cuando le resultaba posible pintar. Hoy tuvo, pues, que abandonar el trabajo.

Fue a tapar el cuadro, pero se detuvo con el paño en la mano mirando embelesado la figura de Juan.

Al fin, apartó la mirada con pena, dejó caer el paño, y cansado, pero feliz, volvió a su casa.

Vronsky, Ana y Golenischev, de regreso, iban animados y alegres.

Hablaban de Mijailov y de sus cuadros. La palabra «talento», que ellos definían como una facultad natural, casi física, independiente del alma y el corazón, y con la que nombraban cuanto produjera el pintor, surgía en su charla con frecuencia, ya que necesitaban nombrar algo que no comprendían, pero de lo que deseaban hablar.

Afirmaban que no se podía negar talento a Mijailov, pero que tal talento no había podido desarrollarse por falta de cultura, desgracia común a los pintores rusos. Mas el cuadro de los niños quedó grabado en su memoria, y de vez en cuando lo mencionaban de nuevo.

–¡Qué maravilla! ¡Qué bien logrado y qué sencillo es! Él mismo no comprende el mérito que tiene. No hay que perder la ocasión. Debemos comprarlo ––dijo Vronsky.

XIII

Mijailov vendió el cuadro a Vronsky y aceptó hacer el retrato de Ana.

El día fijado acudió y empezó a trabajar.

Desde la quinta sesión, el retrato sorprendió a todos, y más que a nadie a Vronsky, no sólo por el parecido con el original sino en especial por su belleza.

Asombraba el acierto con que Mijailov había sabido reproducir la peculiar belleza de Ana.

«Parecía necesario conocerla y amarla co-mo yo para encontrar lo más querido a íntimo de su expresión espiritual», pensaba Vronsky, aunque en realidad sólo a través de aquel retrato había conocido lo querido a ínfimo de tal expresión. Pero era tan exacta que a él y a otros les parecía conocerla desde mucho antes.

–¡Tanto tiempo luchando para no hacer nada! –decía Vronsky, refiriéndose al retrato de Ana que pintaba él–. Y este hombre la ha captado apenas la ha visto. ¡He aquí lo que significa la técnica!

–Eso se adquiere –le consolaba Golenischev, a juicio del cual Vronsky tenía talento y, sobre todo, la cultura que da un concepto elevado del arte.

La convicción de que Vronsky tenía talento se afirmaba tanto más en Golenischev cuanto que él mismo necesitaba elogios y apoyo moral de parte de su amigo para obtener elogios de sus ideas en artículos de prensa. Y Golenischev opinaba que los elogios y ayuda de-bían ser recíprocos.

Mijailov, en casa ajena, y sobre todo en el palazzo de Vronsky, resultaba un hombre diferente por completo a como era en su estudio. Se mostraba desagradablemente respetuoso, cual si temiera mantener amistad con gente a quien no respetaba.

Trataba de excelencia a Vronsky y jamás, pese a las repetidas invitaciones de él y de Ana, se quedaba a comer cuando iba a las sesiones.

Ella mostraba a Mijailov, a causa de su retrato, una profunda gratitud y le trataba más amablemente que a los otros.

Vronsky iba más allá de la amabilidad y era evidente que le interesaba conocer la opinión que el pintor tenía sobre su cuadro.

Golenischev no perdía ocasión de imbuir a Mijailov las verdaderas ideas sobre el arte.

Pero Mijailov era igualmente frío con todos. Ana notaba por su mirada que le agradaba contemplarla; pero él rehuía el conversar con ella. Y cuando Vronsky le hablaba de pintura, Mijailov callaba, tozudo, como igualmente calló ante el cuadro de Vronsky y ante las conversaciones de Golenischev, que, por lo que se comprendía, no le interesaban en absoluto.

En general, al conocer más a Mijailov le perdieron completamente la simpatía, por su carácter reservado y desagradable, casi hostil; y se sintieron todos satisfechos cuando, concluidas las sesiones, dejó de acudir al palacio, dejando un espléndido retrato en su poder.

Golenischev fue el primero en anunciar el pensamiento general de que Mijailov tenía celos y envidia de Vronsky.

–Si no envidia, ya que es hombre de talento, le irrita que un cortesano, un hombre rico, un conde (pues todos ésos odian estas cosas) haga sin esfuerzo especial lo mismo, si no mejor que él, a lo que ha consagrado toda su vida. Lo esencial es la cultura que él no posee.

Vronsky defendía a Mijailov, pero en el fondo de su alma creía lo mismo, ya que, se-gún sus ideas, un hombre de más baja extracción que él debía necesariamente envi-diarle.

El retrato de Ana, una figura pintada por ambos, debía mostrar sus respectivas diferencias, pero Vronsky no las veía. Mas, después de concluir Mijailov el retrato, dejó él de pintar el suyo, considerándolo superfluo.

Continuaba trabajando en su lienzo de te-ma medieval. Él, Golenischev y, sobre todo Ana, encontraban que el cuadro era excelente, porque se parecía mucho más a los cuadros célebres que el de Mijailov.

Mijailov, por su parte, a pesar de que el retrato de Ana le había proporcionado momentos deliciosos, estaba más satisfecho que ninguno de que hubieran concluido las sesiones y de no estar obligado a oír las disgresio-nes de Golenischev sobre arte, así como de poder olvidar la pintura de Vronsky.

Sabía que no era posible prohibir a Vronsky que jugase con la pintura, comprendía que éste y todos los aficionados tenían derecho a pintar cuanto quisieran, pero ello le molestaba. Es imposible impedir a un hombre que haga una gran muñeca de cera y la bese. Pe-ro si este hombre llega con su muñeca, se sienta ante dos enamorados y acaricia la figura como el enamorado a su amante, el enamorado se sentirá profundamente molesto.

Este mismo sentimiento experimentaba Mijailov al ver la pintura de Vronsky, que encontraba ridícula; le producía enojo y piedad y le hacía sentirse ofendido.

La pasión de Vronsky por la pintura y la Edad Media duró poco. Tenía el suficiente buen gusto en cuestión de pintura para advertir que era mejor no continuar. Presentía vagamente que los defectos del lienzo, no muy visibles al principio, serían horribles si llegaba al final.

Le pasó lo mismo que a Golenischev, quien comprendía en el fondo que no tenía nada que decir y que se engañaba con la idea de que su pensamiento no estaba maduro y que debía desarrollarlo y elegir materiales.

Pero ello irritaba y fatigaba a Golenischev, mientras que Vronsky no se engañaba ni atormentaba, y, sobre todo, no se irritaba contra sí mismo. Con su decisión característica, dejó de pintar sin explicarlo ni tratar de justificarse.

Pero, sin tal ocupación, su vida y la de Ana, que estaba extrañada del desengaño de Vronsky, le pareció tan monótona en la ciudad italiana que encontró de pronto el palacio tan viejo y sucio, tan desagradables las manchas de las cortinas, las grietas del suelo y el yeso desconchado de las comisas; y le resultó tan ingrato tratar siempre, a Golenischev, al mismo profesor italiano y al mismo viajero

alemán, que experimentaron una imperiosa necesidad de cambiar de existencia y decidieron regresar a Rusia.

Vronsky quería dividir las propiedades con su hermano y Ana deseaba ver a su hijo. Se proponían pasar el verano en la gran propiedad de la familia Vronsky.

XIV

Levin llevaba casado más de dos meses.

Era feliz, pero no tan completamente como había esperado. A cada momento le salía al paso una decepción de sus antiguas ilusiones, o bien encontraba en otro un encanto inesperado.

Aunque dichoso, veía, al hacer vida familiar, que ésta era muy diferente de lo que él había creído. Experimentaba lo que un hombre que, admirando primero los suaves movimientos de una barca en un lago, entrara luego él mismo en la embarcación.

Veía que había poco tiempo para estar in-móvil sobre las aguas, que había que pensar, sin olvidarlo ni un momento, en el rumbo, que no podía tampoco echar en olvido que debajo había agua, que era preciso remar y que las manos, no acostumbradas, sentían dolor, y, en fin, que lo que es muy fácil de ver, resulta difícil de hacer aunque sea agradable.

De soltero, ante la vida conyugal de los otros, con sus pequeñas miserias, sus disputas y celos, Levin se limitaba a sonreír con ironía desde el fondo de su alma. Pensaba que en su futura vida de casado no sólo no podría haber nada parecido, sino que incluso creía que sus formas exteriores habían de ser en todo distintas a las de los demás.

Y de pronto, en vez de esto, resultaba que su vida de casado no sólo no se organizaba de un modo peculiar, sino que se componía precisamente de aquellas mismas pequeñeces que tanto despreciara antes, y que ahora, contra su deseo adquirían una importancia extraordinaria. Ahora veía que su solución no era empresa tan fácil como antes le había parecido. Aunque pensaba conocer muy bien la vida familiar, él, como todos los hombres, no la imaginaba sino como un goce del amor no obstaculizado por nada y del que debían apartarse todas las pequeñas preocupaciones.

Según él, una vez hecho su trabajo, debía descansar en la dicha del amor. Kitty debía ser amada y nada más. Pero Levin olvidaba, como todos los hombres, que ella también tenía que trabajar. Y le sorprendía que aquella gentil y poética Kitty pudiera, no ya en las primeras semanas, sino en los primeros días de su vida conyugal, pensar, acordarse y preocuparse de manteles, muebles, colchones para los huéspedes, bandejas, comidas, etc.

Ya de novios le había impresionado la firmeza con que Kitty se había negado a hacer el viaje al extranjero, prefiriendo ir al campo, como si pensara ya en algo que era preciso hacer, y pudiese, aparte del amor, pensar en otras cosas.

Esto le ofendió entonces y ahora le ofendía: su preocupación por detalles materiales a los que él no daba ninguna importancia. Y

Levin, que la amaba, aunque burlándose de su esposa por todo ello, no podía dejar de admirarla.

Sonreía al verla colocar muebles llevados de Moscú, arreglar de un modo personal y nuevo su habitación común, colgar las cortinas, ordenar las habitaciones destinadas en el futuro a los invitados y a Dolly, aderezar el cuarto de su nueva

doncella, encargar la comida al viejo cocinero, discutir con Agafia Mijailovna retirándole la custodia de las provisiones.

Observaba cómo el viejo cocinero sonreía admirado, cómo Agafia Mijailovna movía la cabeza, cariñosa y pensativa ante las nuevas disposiciones de la joven señora referentes a la despensa, y encontraba gentilísima a Kitty cuando, entre risas y lágrimas, decía que la doncella Macha, acostumbrada a considerarla corno una señorita, no la obedecía.

Levin sonreía entre divertido y extrañado, pero, a pesar de todo, le parecía que habría sido mejor que su joven esposa no se ocupara de aquellas cosas.

No comprendía Levin lo que representaba para ella, el cambio que se había producido en su vida, el hecho de que antes, cuando estaba en su casa, si quería col con Kwass o bien bombones no podía conseguir a veces ni una cosa ni otra; y que ahora le fuese posible encargar todo lo que quería, comprar monta-

ñas de bombones, gastar cuanto se le antojaba, comer coles con Kwass o bombones a su gusto y hacer traer los dulces que le gus-tasen.

Ahora Kitty pensaba con alegría en la llegada de Dolly con los niños; sobre todo porque encargaría para éstos sus golosinas preferidas, mientras Dolly podría apreciar el nuevo orden que reinaba allí.

Sin saber porqué, los quehaceres de la ca-sa le interesaban en extremo. Sintiendo por instinto la proximidad de la primavera y sabiendo que aún habría días de mal tiempo, arreglaba su nidito lo mejor que podía, apresurándose a construir y a aprender cómo había que construir.

La preocupación de Kitty por las cosas pequeñas del hogar, tan distinta al elevado ideal de felicidad que Levin se había formado al principio de su matrimonio, era uno de sus desengaños. Pero la gentileza con que ella se entregaba a tales ocupaciones –sin que Levin comprendiera porqué, aunque le encantaba–

constituía a la vez uno de los atractivos de su nueva vida.

Otra decepción mezclada de encanto eran las discusiones.

Levin no había imaginado nunca que entre su mujer y él pudiera haber otras relaciones que las dulces y amorosas, y de pronto, desde los primeros días de su casamiento, desde que ella le dijo que él no la quería, que sólo se quería a sí mismo, lo que afirmaba llorando, y agitando las manos con desesperación,empezaron entre ellos las disputas. La primera se produjo un día en que Levin había ido a la granja nueva: queriendo volver por el atajo se extravió y estuvo ausente media hora más de lo esperado.

Volvía a casa pensando en ella, en su amor, en su dicha, y, cuanto más se acercaba, más ternura sentía hacia Kitty. Al entrar corriendo en la habitación, henchido de tales sentimientos, más vivos aún que el día en que se dirigiera a casa de los Scherbazky a pedir su mano, la halló inesperadamente seria, como no la viera nunca.

Intentó besarla y ella le rechazó.

–¿Qué te pasa?

–Traes muchas ganas de fiesta –repuso ella queriendo aparecer tranquila y mordaz.

Pero, apenas abrió la boca, las reconvenciones dictadas por unos celos absurdos, todo lo que la había atormentado

durante aquella media hora que había pasado sentada a la ventana, brotó como un torrente en sus palabras.

Sólo entonces comprendió Levin lo que no comprendiera antes, cuando la sacó de la iglesia después de la boda: es decir, que no sólo Kitty era algo muy suyo, sino que él mismo no sabía dónde terminaba ella y empezaba él. Lo comprendió por el doloroso sentimiento de escisión que experimentó en aquel instante. Primero se ofendió, pero en seguida después se dijo que no podía ofenderle que Kitty fuera una parte de sí mismo.

Experimentó al principio lo que un hombre que, sintiendo un violento golpe por detrás y volviéndose enojado y anheloso de venganza en busca del agresor, halla que él mismo se ha lastimado por descuido; no tiene contra quien volverse, y le es preciso calmarse y soportar el dolor.

Nunca en los días que siguieron había de experimentarlo tan vivamente, pero entonces tardó mucho en recobrar su tranquilidad.

Ahora debía justificarse y mostrar a Kitty su error, pero hacerlo significaba enfadarla más aún, aumentando la separación que motivaba su pena.

Su natural impulso le aconsejaba disculparse; pero algo más fuerte le pedía que nó agravase la separación entre los dos. Quedar bajo una inculpación injusta era doloroso, pe-ro herirla con el pretexto de justificarse lo era todavía más.

Como un hombre medio dormido que sufre un dolor, quería arrancar de sí lo que le dolía y, al despertar, notaba que lo que le dolía era su propio cuerpo. Debía, pues, procurar ayudar al punto dolorido a sufrir el dolor, y eso fue lo que Levin procuró.

Hicieron las paces. Ella, reconociendo su culpa, sin decirlo, se mostró más cariñosa aún y ambos experimentaron en su amor una felicidad redoblada.

Mas ello no impidió que tales disputas se repitiesen por los motivos más fútiles a inesperados. Sucedían a menudo, porque aún ignoraban los dos lo que era importante para ambos y porque al principio estaban frecuentemente en mala disposición de ánimo. Si uno estaba de buen humor y otro de malo, la paz no se alteraba, pero si ambos coincidían en su mal humor, surgían disputas por motivos inconcebiblemente baladíes, hasta el punto de que luego, a veces, no podían recordar por qué habían discutido.

Cierto que cuando los dos estaban de buen humor, sentían redoblada la alegría de vivir; pero, con todo, aquel primer tiempo fue penoso para los dos, y durante él sintieron más fuertemente la opresión de la cadena que los ligaba.

En conjunto, la luna de miel, esto es, el mes siguiente a la boda, del que Levin esperaba tanto, no sólo no fue de miel, sino que quedó en el recuerdo de ambos como la épo-ca más penosa y humillante de toda su vida.

Los dos procuraron tachar, en su existencia futura, todas las líneas grotescas y vergonzosas de aquellos primeros tiempos, en que ambos, pocas veces en un estado de es-píritu tranquilo, no se mostraban casi nunca tal como eran.

Sólo al tercer mes de matrimonio, después de un viaje a Moscú, donde pasaron un mes, su vida entró en un terreno de mayor comprensión.

XV

Habían vuelto hacía poco de Moscú y estaban satisfechos de su soledad. El, sentado ante el escritorio de su gabinete,

escribía.

Ella, con el vestido color lila que llevaba en los primeros días de su matrimonio, el vestido que Levin recordaba y quería especialmente, se hallaba sentada bordando en el divan de cuero que había estado siempre en el despacho del padre y el abuelo de Levin, y trabajaba en una labor de broderie anglaise.

Levin pensaba y escribía, sin dejar de sentir la presencia de su mujer. Los trabajos de su hacienda y la obra en que debía exponer su nuevo modo de dirigir las fincas, no habían quedado olvidados. Pero así como antes tales ideas y ocupaciones le parecían insignificantes en comparación a la oscuridad que rodeaba la vida, ahora le parecían secundarias y mínimas en comparación a la vida que le esperaba inundada de radiante luz.

Continuando sus trabajos, notaba que el centro de gravedad de su atención había pasado a otro objeto, y en consecuencia de ello veía las cosas con más claridad.

Antes, su trabajo era para él la justificación de la vida, pareciéndole que, sin él, la existencia era demasiado sombría. Y ahora necesitaba el trabajo para que su existencia no fuese demasiado monótona por exceso de luz.

Trabajando otra vez y releyendo lo escrito, halló con satisfacción que era un asunto del que valía la pena ocuparse. Muchos de sus pensamientos de antes le parecían superfluos y exagerados, pero muchos puntos dudosos le resultaban evidentes ahora que en su memoria repasaba nuevamente todo lo hecho en aquellos días.

Escribía a la sazón un nuevo capítulo sobre las causas de la mala situación del cultivo agrícola en Rusia. Demostraba que la pobreza rusa no procedía sólo del mal reparto de

tierras y de la orientación equivocada, sino que contribuía a ella la civilización extranjera, adoptada de una manera anómala en los últimos tiempos en el país, sobre todo en los medios de comunicación, en los ferrocarriles, que implicaron la centralización en las ciudades, en el desarrollo del lujo y, por consiguiente en la creación, en detrimento de la agricultura, de nuevas industrias; en la explotación exagerada del crédito y su acompa-

ñante el juego de bolsa.

A su juicio, en un desarrollo normal de la riqueza de un estado, aquellos elementos de-bían surgir sólo cuando estuviera bien des-arrollado el cultivo agrícola y elevado a condiciones normales o al menos defnidas, entendiendo que la riqueza de un país debe crecer progresivamente y procurando que otras fuentes de riqueza no adelanten al cultivo agrario. En fin, creía que los medios de comunicación debían corresponder a un determinado estado de la agricultura, y que, dado el mal sistema ruso de explotar el campo, los ferrocarriles, resultado de una necesidad polí-

tica y no económica, llegaron antes de tiempo, y, en lugar de ayudar al cultivo agrícola, como se e'speraba, y provocar el desarrollo de las industrias y el crédito, lo habían parali-zado.

Sostenía que así como el desarrollo parcial y prematuro de una parte del organismo animal estorbaría el normal crecimiento, así en Rusia al desarrollo de la riqueza general lo habían perjudicado el crédito, los transportes, el aumento industrial, sin duda necesarios en Europa, pero inoportunos en Rusia donde no habían causado más que perjuicios, elimi-nando lo esencial y corriente, que era la organización de la agricultura.

Mientras Levin escribía, Kitty pensaba en la poca espontánea amabilidad con que su marido había tratado al joven príncipe Charsky, que en Moscú se había permitido cortejar-la con tan escaso tacto, el día antes de marchar.

«Tiene celos», pensaba. «¡Dios mío qué tonto es y qué encantador! ¡Celos! Si supiera que todos son para mí tan indiferentes como Pedro, el cocinero» , se decía, mientras miraba la nuca y el cuello rojo de Levin. «Siento mucho interrumpir su trabajo, pero ya tendrá tiempo de volver a él. Quiero verle la cara.

¿Se molestará si le miro? Quiero que se vuelva. ¡Vuélvete, vuélvete, lo quiero!»

Y Kitty abrió más los ojos, para aumentar el efecto de su mirada.

«Sí: todo eso se lleva el jugo y produce una falsa apariencia de prosperidad», murmuró Levin, dejando de escribir. Y notando que Kitty le miraba, sonrió.

–¿Qué? –preguntó levantándose.

«Se ha vuelto», pensó ella.

–Nada, quería que volvieras la cabeza –

dijo en voz alta, y mirándole y tratando de averiguar si estaba descontento de que le hubiera interrumpido el trabajo.

–¡Qué bien estamos aquí los dos solos!

¡Quién me lo hubiera dicho! –repuso él, acercándose a su esposa con sonrisa radiante de felicidad.

–Yo también me siento muy a gusto –

repuso ella–. No quiero ir a ningún sitio, y menos a Moscú.

–¿Qué pensabas? –preguntó Levin.

–Pensaba... Pero no; anda, trabaja, no te distraigas –respondió Kitty, frunciendo los labios–. Además, yo también tengo que cortar unas piezas.

Y comenzó a hacerlo con las tijeras.

–Dime lo que pensabas –insistió él, sentándose a su lado y mirando el movimiento de las tijeritas.

–¿En qué? En Moscú, en tu nuca...

–¿En pago de qué poseo esta felicidad? Es demasiado hermoso para ser natural –dijo Levin besándole la mano.

–Creo lo contrario: lo natural es siempre lo mejor.

–Te sale un rizo por aquí –dijo Levin, volviendo suavemente la cabeza de Kitty–.

¿Ves? Pero no, no, estamos trabajando y...

Mas ya no hicieron nada, y, cuando Kusmá entró anunciando que el té estaba servido, se separaron bruscamente como dos culpables.

–¿Han venido los criados de la ciudad? –le preguntó Levin a Kusmá.

–Ahora mismo. Están arreglando las cosas.

–Vuelve pronto ––dijo Kitty–. Si no, leeré sola el correo. Luego podemos tocar el piano a cuatro manos...

Una vez solo, guardando sus papeles en una cartera nueva, comprada por Kitty, fue a lavarse las manos en un nuevo lavabo, y con nuevos efectos de tocador que también con ella habían aparecido.

Levin sonreía a sus pensamientos y a la vez movía la cabeza con reproche. Le atormentaba una sensación parecida al remordimiento.

En su vida, ahora, había algo vergonzoso, afeminado...

«No está bien vivir así» , pensaba. «En ca-si tres meses no he hecho nada. Hoy me puse por primera vez a trabajar y apenas empezado lo dejé... Hasta descuido mis ocupaciones diarias. Nunca visito la finca a pie ni a caballo. Unas veces por mí, otras por ella, jamás dejo sola a Kitty, creyendo que va a aburrirse. ¡Y cuando pienso que antes suponía que la vida de soltero no valía nada y que la verdadera empezaba con el matrimonio! Pero en tres meses transcurridos jamás he vivido de manera tan ociosa a inútil. Esto es imposible.

Hay que empezar a trabajar. Claro que ella no es culpable; no puedo reprochárselo. Yo debía ser más firme, defender mi libertad masculina. Si no, me acostumbraré a esto.

Pero ella no tiene la culpa», se repetía.

Mas a un hombre descontento le es difícil no culpar de algo a los demás y, sobre todo, al más próximo, el motivo de su descontento.

Y Levin se decía que Kitty no era la culpable («es imposible que ella sea culpable de nada»), sino su educación superficial y libre.

(«¡Aquel tonto de Charsky! Ya sé que ella quería atajarle, pero no pudo.») Y concluía:

«Sí, fuera del interés de la casa (y éste es innegable que lo tiene), aparte de sus vestidos y su broderie anglaise, Kitty no se interesa seriamente ni por los asuntos propios, ni por la economía doméstica, ni por los campesinos, ni por la música, a pesar de que es en-tendida en ella, ni por la lectura. No hace na-da y está completamente satisfecha» .

Y Levin la censuraba en el fondo de su al-ma sin comprender aún que Kitty se preparaba a aquel período de actividad en que sería a la vez esposa y dueña de casa y habría de cuidar, nutrir y educar a sus hijos. No comprendía que ella sentía esto por instinto y que, al prepararse para aquel tremendo trabajo, no reconvenía los felices momentos de despreocupación y de dicha de amar que gozaba ahora, mientras construía alegremente su futuro nido.

XVI

Cuando Levin subió, su mujer estaba ante un nuevo samovar de plata y un servicio de tazas también nuevo. Había hecho sentar a Agafia Mijailova ante la mesita de té, y leía una carta de Dolly, con la que cruzaba continua y frecuente correspondencia.

–¿Ve? Su señora me ha hecho sentarme con ella –dijo Agafia Mijailovna, sonriendo amistosamente a Kitty. Y en las palabras de la anciana, Levin leyó el final del drama des-arrollado últimamente entre ambas mujeres.

Veía que, a pesar del dolor ocasionado por Kitty al aya al quitarle las riendas del gobierno doméstico, ella había vencido al fin, consi-guiendo hacerse querer.

–Toma, aquí hay una carta para ti –dijo Kitty tendiéndole una llena de faltas ortográ-

ficas–. Es de una mujer... al parecer aquella de tu hermano. No la he leído. Y ésta es de mi familia. Dolly ha llevado al baile infantil de casa de Sarmatsky a Gricha y a Tania. Tania vestía de marquesa...

Levin no la escuchaba. Sonrojándose, to-mó la carta de María Nicolaevna, la ex amante de su hermano Nicolás.

En su primera carta, ella le dijo que Nicolás la había echado a la calle sin culpa, añadiendo con flema ingenuidad que, aunque vi-vía en la miseria, no pedía ni deseaba nada, atormentándola sólo el pensamiento de que Nicolás, a causa de su decaída salud, iría ca-da día peor, y pedía a Levin que se preocupase por él.

Ahora decía otra cosa. Había encontrado a su hermano en Moscú, se habían unido de nuevo y habían marchado a una capital de provincia en donde Nicolás había hallado un empleo. últimamente, había, sin embargo, discutido con el jefe y había tomado la decisión de trasladarse de nuevo a Moscú, pero había enfermado en el camino y era muy po-co probable que pudiera reaccionar. «Siempre se acuerda de usted y además no tenemos ya dinero.»

–Mira lo que Dolly dice de ti... –empezó Kitty, sonriente.

Pero de pronto se detuvo, observando el cambio en la expresión del rostro de su esposo.

–¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

–Mi hermano Nicolás se está muriendo.

Tengo que irme.

–¿Cuándo?

–Mañana.

–¿Puedo ir contigo?

–¿Para qué, Kitty? –dijo Levin con reproche.

–¿Para qué? –repuso ella ofendida por la desgana con que Levin acogía su ofrecimiento–––. ¿Acaso no puedo ir? ¿Es que voy a es-torbarte?

–Yo me voy porque mi hermano se muere.

Pero tú...

–¡Lo mismo que tú!

« En un momento tan grave para mí, ella no piensa más que en que se aburrirá sola», se dijo Levin. Y este pensamiento le llenó de aflicción.

–Es imposible ––dijo severamente.

Agafia Mijailovna previendo una disputa conyugal, dejó la taza y salió.

Kitty no la vio siquiera. El tono de las últimas palabras de su esposo la ofendía, en especial porque era evidente que él no daba ninguna importancia a lo que ella decía.

–Pues yo te digo que si te vas, me voy contigo por encima de todo –insistió con irritada precipitación–. ¿Por qué dices que es imposible? ¿Por qué lo es?

–Porque tengo que ir Dios sabe a dónde, por Dios sabe qué caminos, pernoctando en las posadas... Me estorbarás –dijo Levin procurando conservar su sangre fría.

–No estorbaré. No necesito nada especial.

Donde tú estés, puedo estar yo.

–Además, está allí esa mujer con la que no puedes intimar...

–No sé nada y no quiero saber nada de nadie. Sólo sé que mi cuñado se muere, que mi marido se va y que yo voy con él para...

–Kitty, no te enfades. Pero este asunto es grave y me enoja que confundas un sentimiento de simpatía con el afán de no quedar sola. Si temes aburrirte sola aquí, vete a Moscú.

–¿Lo ves? Siempre me atribuyes pensamientos viles y bajos –repuso Kitty, irritada, llorosa y ofendida–. No he pensado en nada de eso. Sólo sé que mi deber es acompañar a mi marido en sus penas. Pero tú quieres ofenderme adrede, adrede no quieres enten-derme...

–¡Es horrible! ¡Soy un esclavo! ––exclamó Levin, levantándose, sin poder reprimir su enfado. Pero inmediatamente comprendió que se hacía daño a si mismo.

–Entonces, ¿por qué te has casado? Para arrepentirte, bien podías haber seguido libre

–repuso ella. Y levantándose de un salto, corrió al salón.

Cuando él la siguió, Kitty lloraba. Él trató de calmarla, buscando palabras que, si no lograran convencerla, la tranquilizaran al menos. Pero ella no le escuchaba ni aceptaba ninguno de sus argumentos.

Levin se inclinó, cogió su mano, que se le resistía, y la besó, besó sus cabellos, la mano otra vez... Ella continuaba callando.

Pero cuando él le cogió la cabeza con ambas manos y dijo: «¡Kitty!», ella, repentinamente, se serenó, lloró un poco y ambos hicieron las paces.

Resolvieron ir juntos al día siguiente. Levin aseguró a su mujer que creía que ella sólo deseaba ir para ser útil y admitió que la presencia de María Nicolaevna junto a su hermano no representaba ninguna inconveniencia.

Pero, en el fondo, Levin estaba descontento de Kitty y de sí mismo. De ella, porque no había sabido aceptar el dejarle marchar solo cuando así le convenía. (¡Y qué extraño le era pensar que él, que hacía tan poco tiempo no osaba aún creer en la felicidad de que ella pudiera amarle, ahora se sentía desgraciado porque le amaba en exceso!) Y descontento de sí mismo, porque no había sabido mostrar firmeza de carácten

Además, en el fondo de su ser, no podía aceptar que Kitty tuviese que ver algo con la mujer que vivía con su hermano; y pensaba con horror en las complicaciones que podían producirse.

El solo hecho de que su esposa hubiese de estar en una misma habitación con aquella mujer le hacía estremecerse de repugnancia y horror.

XVII

La fonda de la capital de provincia en que estaba Nicolás Levin era una de esas fondas provincianas que se construyen según ade-lantos modernos, con las mejores intenciones de limpieza, confort y hasta elegancia, pero, que, debido al público que las frecuenta, se convierten en sucias tabernas con pretensiones de modernidad, resultando por ello aún peores que las antiguas fondas en las que nada se hacía para disimular el desaseo.

Ésta había llegado ya a aquel estado. En la entrada, fumando un cigarrillo, estaba un soldado de sucio uniforme que debía de ser el portero; se veía después una escalera de hierro colado, sombría y desagradable, un camarero de expresión desvergonzada, vistiendo un raído frac, una sala con un ramo de flores de cera cubiertas de polvo sobre la vieja me-sa. La suciedad, el descuido y el polvo que reinaban por todas partes con, al lado de ello, cierta presunción de modernidad que olía a estación de ferrocarril, produjeron en Levin, por contraste con su vida de recién casado, una penosa impresión, en especial porque la impresión de falsedad que causaba la fonda no estaba en relación con lo que les esperaba.

Resultó como siempre que, después de haberles preguntado de qué precio querían la habitación, no había ninguna buena: una de éstas la ocupaba un revisor del ferrocarril, otra un abogado de Moscú y la tercera la princesa Astafieva, que se había detenido allí de regreso de sus propiedades.

Sólo había disponible una sucia alcoba a cuyo lado les prometieron otra libre para la noche.

Enojado contra su mujer al ver que sucedía lo que había temido, es decir, que en el momento de su llegada, cuando más preocupado estaba por la situación de su hermano, había de ocuparse de ella en vez de precipitarse hacia Nicolás, Levin la acompañó a la habitación que les destinaban.

–Ve, ve –dijo Kitty, en voz baja y tímida, mirándole como si comprendiera su culpa.

Levin salió en silencio y halló en el pasillo a María Nicolaevna, que, informada de que habían llegado, acudía, sin osar entrar. Se-guía igual que cuando la vio en Moscú: el

mismo vestido de lana, los brazos y la garganta descubiertos, y el mismo rostro bondadoso, con pecas, algo más lleno que antes.

–¿Cómo está? ¿Cómo se siente?

–Muy mal; ya no se levanta. Todo el tiempo le ha estado esperando. Pero usted... su señora...

Como Levin al principio no entendió lo que la inquietaba, ella se explicó:

–Me iré a la cocina –murmuró–. Su señor hermano estará muy contento. Ha oído hablar de la señorita y la conoce de cuando estábamos en el extranjero.

Levin, comprendiendo que le hablaba de su mujer, no supo qué contestar.

–Vamos, vamos –dijo.

Pero apenas dieron un paso, se abrió la puerta de la habitación y apareció Kitty.

Levin se sonrojó de vergüenza a ira contra su mujer, que se ponía y le ponía en situación tan embarazosa. Maria Nicolaevna se ruborizó más aún. Sofocada, encarnada hasta saltársele las lágrimas, cogió con ambas manos las puntas de su pañuelo y empezó a arrollarlas con sus dedos rojos sin saber qué hacer ni qué decir.

Primero, Levin sólo vio la mirada de ávido interés con que Kitty escudriñaba a aquella mujer,

a

aquella

terrible

mujer

in-

comprensible para ella.

Pero eso sólo duró un momento.

–¿Qué, cómo está? –dijo Kitty, dirigiéndose primero a su marido y luego a la mujer.

–El pasillo no es un lugar a propósito para hablar –dijo Levin, mirando con irritación a un hombre que pasaba, muy estirado y al parecer absorto en sus preocupaciones.

–Entonces, pasen –indicó Kitty a Maria Nicolaevna, ya serena. Pero viendo el rostro espantado de su esposo, añadió–: Y si no, es mejor que vayan ustedes y envíen luego pormí.

Volvió a su habitación y Levin fue a la de su hermano.

Lo que vio allí y lo que experimentó fue muy distinto de lo que esperaba. Creía que encontraría a Nicolás en el mismo estado de confianza, propio de los tuberculosos, y que tanto le había sorprendido durante la estancia de su hermano en el campo, en otoño.

Esperaba hallar los síntomas físicos de la muerte próxima aumentados: más debilidad y enflaquecimiento, pero, en fin, la misma apariencia aproximada. Y suponía que había de experimentar ante su hermano el mismo sentimiento de perderlo, el mismo horror an-te la muerte que antes notara, aunque en mayor grado.

En la habitación, pequeña y sucia, cubiertas de salivazos sus paredes pintadas, se oía hablar tras el delgado tabique. En la atmósfera impregnada de olor a suciedad, sobre la cama, separada de la pared, había un cuerpo cubierto con una manta. Una de las manos de este cuerpo, y unida de un modo incomprensible al antebrazo igualmente delgado en toda su longitud, estaba sobre la manta. La cabeza descansaba de lado en la almohada.

Levin veía los cabellos, ralos y cubiertos de sudor, sobre las sienes y la frente, lisa, que parecía transparente.

«Es imposible que ese terrible cuerpo sea mi hermano Nicolás», pensó. Pero, acercándose más, le vio el rostro y se disiparon sus dudas. A pesar del horrible cambio del semblante, le bastó a Levin contemplar los vivos ojos, que Nicolás alzó para mirar al que entraba, le bastó observar un leve movimiento bajo los bigotes, para comprender la terrible verdad: que aquel cuerpo muerto era su hermano vivo.

Los brillantes ojos se posaron con seriedad y reproche en el hermano, que acababa de entrar. Y al punto se estableció entre ambos una interna comunicación. Levin, en aquella mirada, percibió un reproche y le remordió su propia felicidad.

Cuando Constantino le cogió la mano, Nicolás sonrió. Era una sonrisa débil, apenas perceptible y, no obstante la sonrisa, la severa expresión de sus ojos no cambió.

–No esperarías encontrarme así... ––dijo con dificultad.

–Sí... no... –respondió Levin, sin hallar palabras–. ¿Por qué no me avisaste antes?

Quiero decir, en mi boda. Pregunté por ti en todas partes...

Hablaba por no callar, pero no sabía qué decin Su hermano no le respondía nada, mi-rándole con fijeza y esforzándose evidentemente en penetrar en el sentido de ca-da palabra.

Levin dijo a su hermano que su mujer había llegado con él. Nicolás manifestó su alegría, pero arguyó que temía hacerla pasar dado el estado en que se encontraba.

Hubo un silencio. De pronto, Nicolás se movió y empezó a decir algo. Por la expresión de su rostro, Levin creyó que iba a oír algo significativo a importante, pero su hermano sólo habló de su salud. Culpaba al médico y lamentaba que no estuviese allí cierto célebre doctor moscovita, y Levin comprendió, por aquellas palabras, que Nicolás albergaba esperanzas aún.

Aprovechando el primer silencio, Levin se levantó para librarse por un instante de aquel sentimiento penoso y dijo que iba a llamar a su mujer.

–Bueno; diré que hagan un poco de limpieza. Aquí todo está sucio y lleno de mal olor. Macha, arregla esto ––dijo el enfermo con dificultad–. Y cuando lo hayas arreglado, vete –añadió, mirando interrogativamente a su hermano.

Levin no contestó. Se paró en el pasillo.

Había dicho a Nicolás que iba a traer a Kitty, pero, ahora, comprendiendo lo que sentía, decidió, al contrario, tratar de persuadirla de que no entrara en el cuarto del enfermo.

«¿Para qué ha de atormentarse como yo?», se dijo.

–¿Cómo está? –preguntó Kitty con aterro-rizado semblante.

–¡Es terrible! ¿Por qué has venido? –dijo Levin.

Ella calló unos momentos, mirándole con timidez y compasión. Luego, acercándose a él, le cogió por el codo con ambas manos.

–Acompáñame allí, Kostia. Los dos sopor-taremos mejor el dolor. Sólo te pido que me lleves y te vayas. Comprende que verte a ti sin verle es doblemente doloroso. Allí, quizá podré seros útil a ti y a él. Te suplico que me lo permitas –rogó a su marido como si la dicha de su vida dependiera de aquello.

Levin hubo de consentir, y, repuesto y olvidando por completo a María Nicolaevna, se dirigió con Kitty al cuarto de su hermano.

Andando con paso ligero, sin cesar de mirar a su marido y mostrándole su rostro ani-moso y lleno de piedad, Kitty entró en la alcoba del enfermo y, volviéndose suavemente, cerró la puerta sin ruido. Siempre silenciosa, se aproximó al lecho donde aquél yacía y se puso de modo que él no necesitase volverse para verla. Tomó con su mano joven y fresca la enorme manaza de él, se la apretó con aquel calor con que saben hacerlo las mujeres, calor que expresa compasión sin ofender, y empezó a hablar al doliente.

–Nos vimos en Soden, pero no fuimos presentados –dijo–. No pensaría usted entonces que iba a ser hermana suya...

–Y usted, ¿me habría reconocido? –

preguntó él, iluminado su rostro por una sonrisa.

–¡En el acto! Ha hecho muy bien en avi-samos. No pasaba día sin que Kostia me hablase de usted y se preocupase por su estado...

La animación del enfermo duró poco. Apenas ella concluyó de hablar, el rostro de Nicolás recobró su expresión severa y

de reproche, la expresión de la envidia del moribundo a los que quedan vivos.

Temo que no esté usted bien aquí –dijo Kitty, volviéndose y exaniinando la habitación con rápida mirada–. Hay que pedir otro cuarto al dueño de la fonda. Debemos estar más cerca ––dijo a su marido.

XVIII

Levin no podía mirar con calma a su hermano ni permanecer tranquilo en su presencia. Al entrar en la alcoba del paciente, sus ojos y su atención se nublaban y no lograba ver ni comprender los detalles del estado de Nicolás.

Notaba el terrible olor, veía la suciedad y el desorden, su actitud, sus geniidos, pero tenía la sensación de que no podía hacer na-da.

No se le ocurría, para ayudarle, la idea de estudiar cuidadosamente el estado de su hermano, de observar cómo se hallaba bajo la manta el cuerpo del enfermo, cómo tenía dobladas sus enfaquecidas piernas y espaldas, a fin de hacerle adoptar una posición que le aliviara en algo los sufrimientos.

Cuando pensaba en estos detalles, un escalofrío le recorría hasta la medula. Estaba persuadido de que era imposible hacer nada, ni para prolongar la vida de Nicolás, ni para atenuar sus sufrimientos.

El enfermo adivinaba el sentimiento de su hermano, su conciencia respecto a la inutilidad de toda ayuda, y se irritaba, cosa que apenaba doblemente a Levin. Estar en el cuarto del enfermo le atormentaba, y no estar en él le parecía peor aún. No hacía, pues, más que entrar y salir bajo diferentes pretextos, sintiéndose incapaz de quedarse solo.

Kitty sentía, pensaba y obraba muy diver-samente. El enfermo había despertado en ella compasión, y la compasión produjo en su al-ma de mujer un sentimiento que nada tenía que ver con el de repugnancia y horror que había despertado en su marido, y que se expresaba en la necesidad de obrar, enterarse con todo detalle del estado del paciente y hacer lo posible para ayudarle.

No dudando de que debía hacerlo, no dudaba tampoco de la posibilidad de realizarlo, y, en seguida, puso manos a la obra.

Los detalles cuyo pensamiento aterraban a su marido, ocuparon desde el primer momento la atención de Kitty. Envió a uno a buscar el médico, envió a otro a la farmacia, mandó a la criada que venía con ella y a María Nicolaevna barrer el suelo, limpiar el polvo y fregar. Por su parte, no se quedaba tampoco atrás: limpiaba un objeto, ponía en orden otro, arreglaba las ropas bajo la manta... Por orden suya se sacaban cosas de la habitación del enfermo y se llevaban otras de más utilidad.

Entraba ella misma en la habitación sin preocuparse de hallar clientes en el pasillo, traía a la alcoba del enfermo sábanas, toallas, almohadas, camisas, y otras veces, ya usadas, las sacaba de ella.

El criado que servía la comida a los inge-nieros en la sala común, acudía a veces a la llamada de Kitty con irritado semblante, pero no podía desatender las órdenes que ella le daba, porque lo hacía con tan suave insistencia que no se la podía desobedecer.

Levin no la aprobaba, ni creía que lo que hacía fuera útil para el paciente. Sobre todo, temía que su hermano pudiera enojarse. Pero Nicolás permanecía sosegado, si bien algo

confuso, y seguía con interés las ¡das y venidas de su cuñada.

Al volver de casa del médico, adonde le enviara Kitty, Levin halló que estaban, por orden de la joven, mudando de ropa al enfermo. Su tronco largo y blanco, con salientes omoplatos y prominentes costillas, estaba al descubierto, y María Nicolaevna y el criado luchaban inútilmente por colocar las mangas de la camisa en el flaco brazo, caído contra la voluntad del enfermo.

Kitty, al entrar Levin, cerró con precipitación la puerta. No miraba al enfermo, pero cuando éste volvió a gemir se acercó a él.

–¡Vamos! –dijo.

–No se acerque... Yo mismo... –repuso él irritado.

Kitty comprendió que Nicolás se avergonzaba de aparecer desnudo en su presencia.

–No le miro, no... –repuso ella arreglándole la manga–. María Nicolaevna: pase allí y póngale ese lado –añadió.

–Ve, por favor, a mi cuarto y, trae un frasco que hay en el saquito, en el bolsillo del la-do –dijo a su marido–. Entre tanto, terminarán de limpiar aquí.

Al volver con el frasco, Levin halló al enfermo ya en la cama. Todo a su alrededor te-nía otro aspecto. El olor desagradable había sido sustituido por el de una mezcla de perfume y vinagre que Kitty, sacando los labios a hinchando sus encarnadas mejillas, esparcía a través de un tubito por la habitación.

En ningún sitio había ya polvo; al pie del lecho se veía una alfombra. En la mesa estaban ordenados los frascos, la botella y la ropa necesaria, bien plegada, así como la broderie anglaise en que trabajaba Kitty.

En otra mesa había agua, medicamentos y una bujía. Lavado y peinado, entre las sábanas blancas y los almohadones mullidos, vistiendo la camisa limpia con cuello blanco del que salía su garganta delgadísima, el enfermo descansaba mirando a Kitty fijamente, con una expresión llena de renovada esperanza.

El médico, a quien Levin halló en el casino, no era el que hasta entonces atendiera a Nicolás y del que éste se sentía descontento.

El nuevo médico aplicó el fonendoscopio, escuchó la respiración del enfermo, meneó la cabeza, prescribió una medicina insistiendo con especial meticulosidad en el modo de administrarla y después ordenó el régimen a observar. Aconsejó huevos crudos o apenas pasados por agua y agua de Seltz con leche recién ordeñada, a una determinada temperatura.

Cuando el médico se fue, Nicolás dijo a su hermano algo de lo que éste sólo percibió las últimas palabras: «Tu Katia...» .

Pero en la mirada de Nicolás, Levin comprendió que el enfermo la estaba alabando.

En seguida Nicolás hizo venir a su lado a Katia, como él la llamaba.

–Katia –dijo–, me siento mucho mejor.

Con usted me habría curado hace tiempo. Estoy muy bien...

Le tomó la mano y fue a llevarla a sus labios, pero, temiendo que ello la desagradase, desistió de su propósito y soltándole la mano se limitó a acariciarla. Kitty, con ambas manos, estrechó la del enfermo.

–Ahora, póngame del lado izquierdo y vá-

yanse a dormir –dijo Nicolás.

Nadie le entendió, excepto Kitty. Y lo comprendió porque estaba en todo momento con la atención puesta en las necesidades del enfermo.

–Ponle del otro lado –dijo a su marido–.

Siempre duerme de ese... Ayúdale. Llamar a los criados es desagradable y yo no puedo...

¿Usted no puede hacerlo? –preguntó a María Nicolaevna.

–Le tengo miedo –repuso la mujer.

Pese al horror que inspiraba a Levin enlazar aquel cuerpo terrible y asir bajo la manta aquellos miembros cuya delgadez le asustaba, animado por el ejemplo de su mujer y con una decisión en el rostro que ella no le conocía, introdujo las manos entre las ropas y cogió a su hermano.

A despecho de su fuerza extraordinaria, le asombró el peso de aquellos miembros sin vida. Mientras le volvía al otro lado, sintiendo en tomo a su cuello aquel brazo delgado y enorme, Kitty, rápidamente, sin que lo nota-sen, volvió la almohada, la sacudió y arregló la cabeza y cabellos del enfermo, que otra vez se le pegaban a las sienes.

Nicolás retuvo en su mano la de Levin y éste notó que su hermano quería hacer algo con ella, llevándola no sabía a

dónde.

Le dejó hacer, con el corazón estremecido...

Nicolás llevó la mano de su hermano a la boca y la besó. Agitado por los sollozos y sin fuerzas para hablar, Levin salió de la habitación.

XIX

«Ha descubierto a los niños y a los pobres de espíritu, lo que ha ocultado a los sabios», pensaba Levin de su mujer, mientras hablaba con ella aquella noche.

Evocaba las palabras del Evangelio no porque se considerase sabio, sino porque no po-día ignorar que era más inteligente que su mujer y que Agafia Mijailovna, ni podía desconocer tampoco que, cuando pensaba en la muerte, lo hacía con todas las fuerzas de su alma. Constábale también que muchos cerebros de hombres habían filosofado sobre la muerte y no sabían sobre ella ni la centésima parte que su mujer y Agafia Mijailovna.

Por diferentes que fueran Agafia Mijailovna y Kafa, como la llamaba su hermano y como ahora le gustaba también llamarla a Levin, en aquel asunto eran completamente iguales.

Ambas sabían, sin duda, lo que era la vida y la muerte, y aunque no pudiesen contestar ni comprender las preguntas que Levin pudiera formularse a aquel respecto, ninguna de las dos dudaba de la trascendencia de tal fenó-

meno, y no sólo se lo explicaban de una manera completamente igual sino que compartían esta opinión con millares de personas.

Y la prueba de que ambas sabían muy bien lo que era la muerte era que las dos conocían cómo se tenía que obrar con los moribundos sin asustarse de ellos. En cambio, Levin y otros que hablaban a menudo de la muerte era indudable que la ignoraban, puesto que la temían y no sabían cómo obrar en su presencia. De haber estado Levin a solas con su hermano, nada habría hecho sino mirarle con horror y esperar con horror mayor aún, incapaz de hacer otra cosa.

Ni aun sabía qué decir, cómo mirar, cómo andar. Hablar de cosas secundarias le parecía ofensivo para el enfermo, y hablar de la muerte, de cosas sombrías, le resultaba imposible también.

«Si le miro, pensará que le estudio; si no le miro, que pienso en otra cosa. Si ando de puntillas se molestará, y andar con naturalidad sería vergonzoso.»

Kitty, al contrario, no tenía tiempo de pensar en ello; ocupada sólo de su enfermo, parecía tener clara conciencia de la conducta que había de seguir con él y lograba salir airosa en todo lo que intentaba.

Hablaba al enfermo de sí misma, de su boda; sonreía compasiva, le acariciaba y refería casos de curación, y lo decía de una manera tan adecuada que también en ello demostraba que conocía la muerte.

La prueba de que la actividad de Kitty y de Agafia Mijailovna no era maquinal, consistía en que no se reducía a cuidados físicos, al deseo de aliviar los sufrimientos del enfermo, sino que, además de esto, ambas querían pa-ra el paciente algo más, más importante y sin relación alguna con tales cuidados materiales.

Agafia Mijailovna, hablando del anciano criado fallecido, decía:

«Gracias a Dios, comulgó y recibió la extremaunción... Dios nos dé a todos una muerte semejante.»

Además de cuidarse de la ropa, las medicinas y la bebida, Kitty, ya el primer día, supo persuadir al enfermo de la necesidad de comulgar y recibir la extremaunción.

Al dejar a su hermano por la noche, Levin pasó a sus habitaciones y se sentó, con la cabeza baja, sin saber qué hacen No pensaba en que no había cenado, en que no estaba arreglado para dormir, y no osaba ni hablar a su esposa, ante la cual se sentía como avergonzado.

Kitty, al contrario, estaba más activa a incluso más animada que nunca. Ordenó que les sirviesen la cena, arregló las cosas y ayudó a preparar las camas sin olvidarse de poner en ellas polvos insecticidas.

Estaba llena de esa animación y agilidad mental que se despierta en los hombres la víspera de un combate, de una lucha, de un momento peligroso y decisivo de su vida, una de esas ocasiones en que los hombres prueban su valor para siempre y que acreditan que todo su pasado no ha transcurrido en balde, sino que sirvió de preparación para tal momento.

Trabajaba bien y con rapidez, y antes de media noche todos los objetos estaban limpios y ordenados de tal modo que la habitación de la fonda parecía su propia casa: las camas hechas, los cepillos, peines y espejitos sacados del baúl y las toallas en sus sitios. La mesa estaba preparada.

Levin sentía que todo, comer, hablar, dormir, era imperdonable, y parecíale que cada uno de sus movimientos resultaba in-adecuado a la situación. Pero cuando Kitty ordenaba los cepillos, por ejemplo, lo hacía con tanta naturalidad que no se descubría en ello nada de irreverente.

Sin embargo, no probaron bocado y, aunque tardaron mucho en acostarse, en largo rato les fue imposible dormir.

–Estoy muy contenta de haberle convencido de que reciba la extremaunción –decía Kitty, sentada, con su ropa de noche, ante un espejo plegable, peinando con un peine apretado sus cabellos perfumados y suaves–. Yo no he asistido nunca a esa ceremonia, pero mamá dice que rezan por la curación...

–¿Crees que má hermano se puede curar?

–preguntó Levin, mirando la fina raya de los cabellos de su mujer, que desaparecía a medida que ella pasaba el peine más abajo por su cabeza.

–He preguntado al médico y dice que no vivirá más de tres días. Pero, ¿qué saben ellos? No obstante, me alegro de haberle convencido ––dijo Kitty, mirando a su marido bajo sus cabellos–. Todo es posible –añadió, con la expresión astuta que podría decirse que había en su rostro siempre que hablaba de religión.

Después de la conversación que sobre temas religiosos habían sostenido siendo novios, no habían vuelto a tocarlos jamás, pero Kitty continuaba asistiendo a la iglesia y rezando sus oraciones, siempre con el tranquilo convencimiento de que cumplía con un deber.

A pesar de las seguridades en contra dadas por Levin, Kitty estaba segura de que él era tan buen cristiano como ella, si no mejor, y que cuanto le decía al respecto era una de esas tontas bromas masculinas, como las que decía sobre la broderie anglaise: que las gentes razonables cosen los agujeros y ella los hacía a propósito, y otras cosas por el estilo.

–Esa mujer –dijo Levin, aludiendo a María Nicolaevna–, no supo arreglar nada. Confieso que estoy muy contento de que hayas venido. Eres tan pura que...

Tomó su mano y no la besó, porque, hacerlo hallándose la muerte tan próxima, le parecía una especie de profanación, y se limitó a estrechársela y a contemplar con mirada llena de arrepentimiento los ojos de Kitty, que se aclararon al notario.

–Encontrándote solo aquí, habrías sufrido más ––dijo ella, alzando sus manos para ocultar el alegre rubor que cubrió sus mejillas.

Anudó los cabellos en su nuca y los sujetó con horquillas.

–Antes ––continuó –no sabía nada de esto.

Pero aprendí mucho en Soden.

–¿Es posible que hubiera allí enfermos co-mo él?

–Los había peores.

–Me resulta terrible no poder verle como de joven. ¡No sabes lo buen muchacho que era! Yo entonces no le comprendía.

–Lo creo... Me parece que habríamos sido muy amigos.

Y miró a su marido, asustada de lo que había dicho. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Lo « habríais sido ...» –repuso él, tristemente–. Era de esos hombres de los que se dice que no están hechos para este mundo.

–Tenemos muchos días de fatigas por delante. Vamos a dormir –repuso Kitty, consul-tando su minúsculo reloj.

XX

Al día siguiente, el enfermo comulgó y recibió la extremaunción. Durante la ceremonia, Nicolás oró con fervor. En sus grandes ojos, fijos en el icono puesto sobre la mesa, plegada y cubierta con un paño de color, había tanta imploración vehemente, tanta esperanza, que Levin le miraba aterrado, porque sabía que aquella imploración y aquella esperanza harían más dolorosa la separación de la vida que su hermano amaba tanto.

Levin conocía a Nicolás y su modo de pensar, le constaba que su falta de fe no procedía de que le fuera más cómodo vivir sin ella, sino de que, poco a poco, las explicaciones científicas de los fenómenos universales la habían borrado de su alma.

El retorno, pues, de su hermano a la fe no era sincero, hijo de la reflexión, sino momentáneo, egoísta, nacido de una vana esperanza de curarse.

Levin sabía que Kitty había avivado aquella esperanza relatándole casos extraordinarios de curaciones oídas por ella, y esto hacia aun mas penosa para él la mirada llena de ruego y esperanza de su hermano, y la vista de aquella mano que se levantaba con dificultad para trazar la señal de la cruz sobre aquella frente de piel tirante y ante aquellos hombros salientes y aquel pecho hueco y ronco que ya no podía abrigar en sí la vida por la que oraba el enfermo.

Durante la ceremonia, Levin hizo lo que, a pesar de su incredulidad, había hecho en tantas ocasiones: dirigirse a Dios y suplicarle:

«Si existes, haz que cure este hombre, y así nos salvarás a él y a mí.»

A raíz de la extremaunción, el paciente experimentó una repentina mejoría. En una hora no tosió ni una vez, sonreía, besaba la mano de Kitty, le daba las gracias con lágrimas en los ojos, decía que se sentía bien y fuerte, que no le dolía nada y tenía apetito.

Incluso se incorporó él mismo en la cama cuando le llevaron la sopa y pidió una croqueta de carne más.

A pesar de su estado desesperado, y de lo evidente que parecía, con sólo mirarle, que no podía curar, Kitty y Levin le hallaron, durante una hora, en un estado indescriptible, de feliz y temerosa emoción.

–Está mejor.

–Sí, mucho mejor.

–Es extraordinario.

–No hay nada de extraordinario. Sea como sea, está mejor.

Así se decían el uno al otro en voz baja.

El engaño duró poco. El enfermo durmió tranquilamente media hora y luego despertó la tos. De repente en él y en todos los que le rodeaban desaparecieron todas las esperanzas. La realidad del sufrimiento las había destruido por completo, y ni en Levin, ni en Kitty, ni en el moribundo quedó rastro alguno de lo que sintieran en aquel momento.

Sin ni siquiera aludir a lo que creía media hora antes, hasta como si se avergonzase de recordarlo, Nicolás pidió que le dieran a respirar el frasco de yodo cubierto de un papel agujereado.

Levin se lo dio y la misma mirada de emocionada esperanza con que el enfermo recibió la extremaunción, se pinto en su rostro al insistir sobre las palabras del médico de que el aspirar yodo produce nIllagros.

–¿No está Katia aquí? –preguntó Nicolás, mirando la habitación cuando su hermano repitió de mal grado las palabras del médico–

––. Si no está, te diré que he hecho todo esto por ella. ¡Es tan buena! Pero ni tú ni yo podemos engañamos. En esto sí que creo...

Y oprimiendo el frasco con su mano huesuda comenzó a aspirar el yodo.

A las ocho de la noche, mientras Levin y su mujer tomaban el té en su habitación, Ma-ría Nicolaevna llegó corriendo sofocada.

–Ha perdido el color y le tiemblan los labios –dijo–. Está muriéndose. Temo que muera en seguida.

Los tres se apresuraron, Nicolás estaba in-corporado en la cama, apoyado en el brazo, con la larga espalda inclinada y la cabeza muy baja.

–¿Qué sientes? –preguntó Levin después de un silencio.

–Siento... que me voy –repuso el enfermo con dificultad, pero con gran precisión, pronunciando lentamente las palabras, sin alzar la cabeza y no dirigiendo más que los ojos hacia arriba, sin llegar al nivel del rostro de su hermano–. Katia, váyase –añadió luego.

Levin se levantó de un salto y en voz baja, pero decidida, suplicó a su mujer que saliera.

–Me voy –dijo de nuevo Nicolás.

–¿Por qué te lo figuras? –respondió Levin, por decir algo.

–Porque... me voy –insistió Nicolás, como si hubiese tomado apego a la palabra–––. Es-to es el fin.

María Nicolaevna se acercó a él.

–Harías mejor en tenderte en la cama. Te encontrarías más cómodo ––dijo.

–Pronto estaré tendido –repuso Nicolás en voz baja– y muerto... –agregó con amarga ironía–. Bueno: tendedme si queréis.

Levin colocó a su hermano de espaldas, se sentó a su lado y, conteniendo la respiración, le miró a la cara. El moribundo yacía con los ojos cerrados y de vez en cuando los músculos de su frente se movían, como en el hombre que piensa en algo con insistencia y profundidad.

Involuntariamente, Levin, junto a su hermano, pensaba en lo que en el espíritu de éste se cumplía en aquel momento, pero, pe-se a todos sus esfuerzos mentales, por la expresión de aquel rostro tranquilo y sereno, por el movimiento de los músculos de su frente, comprendía que para el moribundo se aclaraba, se aclaraba lo que para Levin permanecía oscuro.

–Sí, sí... eso es –pronunció lentamente el agonizante–. Esperad –y calló de nuevo–.

¡Eso es! –volvió a decir, tranquilizado, como si todo se hubiese ya hecho claro para él–.

¡Oh, Dios mío! –exclamó con un hondo suspiro.

María Nicolaevna le tocó los pies.

–Se le están poniendo fríos –dijo.

Durante un rato muy largo, según le pareció a Levin, el enfermo permaneció inmóvil.

Pero aún vivía y de vez en cuando suspiraba.

Levin se sentía cansado de su tension mental.

Pero, a pesar de ello, no podía comprender lo que su hermano definía con aquel «eso es», y veía que el moribundo le había dejado atrás hacía rato.

Ya no pensaba en la muerte en sí, sino en lo que debía hacer ahora: cerrarle los ojos, vestirle, tapar el ataúd...

Y, lo que era más extraño, se sentía indiferente del todo; no experimentaba ni pena ni dolor por la muerte de su hermano, y menos aún piedad por él. Más bien experimentaba un sentimiento de envidia por lo que sabía ahora el agonizante y él ignoraba.

Mucho tiempo permaneció junto al lecho, esperando el fin. Pero el fin no llegaba.

La puerta se abrió y Kitty apareció en el umbral. Levin se levantó para detenerla, mas, al disponerse a hacerlo, sintió un movimiento del moribundo.

–No te vayas –dijo Nicolás adelantando la mano.

Levin se la cogió y con la otra hizo a su mujer una enojada señal para que saliera.

Media hora, una hora, permaneció con la mano del agonizante en la suya. Ya no pensaba en la muerte. Pensaba

en lo que estaría haciendo Kitty, que se encontraba en la habitación de al lado; en si el médico tendría casa propia. Y sentía deseos de comer y dormir.

Soltó suavemente la mano de Nicolás y to-có sus pies. Estaban fríos, pero el enfermo respiraba aún.

Otra vez Levin se dispuso a irse hacia la puerta, y otra vez su hermano se movió y dijo:

–No te vayas...

Amaneció. El enfermo seguía lo mismo.

Levin, con cuidado, soltó su mano, se fue a su cuarto, sin mirar al moribundo, y se durmió.

Al despertar, en vez del anuncio de la muerte de Nicolás, como esperaba, supo que seguía igual.

Había vuelto a sentarse en la cama, tosía, comía, hablaba, no mencionaba la muerte a insistía en sus esperanzas de curarse. Estaba más huraño a irritable que anteriormente.

Nadie, ni aun su hermano ni Kitty, podían calmarle. Se enfadaba contra todos, decía a todos cosas desagradables, les reprochaba sus sufrimientos a insistía en que llamaran a un médico de Moscú.

A todas las preguntas, contestaba con la misma rencorosa expresión de reproche:

–Sufro horriblemente, de un modo insoportable...

Sufría cada vez más, en efecto, sobre todo de desolladuras que ya no era posible curar, y sentía una irritación creciente

contra los que le rodeaban, a quienes culpaba de todo y en especial de que no hicieran venir el médi-co de Moscú.

Kitty procuraba ayudarle con todas sus fuerzas, pero era en vano, y Levin veía que, aunque no quisiese reconocerlo, ella misma se atormentaba física y moralmente.

El sentimiento de que aquel hombre había de morir, experimentado por todos la noche en que se había despedido de la vida, cuando llamó a su hermano, había casi desaparecido.

Todos sabían que el fin era inevitable y que no podía tardar. El único deseo de todos era que muriese cuanto antes; pero lo ocultaban y le daban medicinas, buscaban médicos y drogas; y le engañaban y se engañaban a sí mismos.

Todo era una mentira vil; ultrajante, sacrí-

lega. Y la mentira causaba tanto mayor dolor a Levin cuanto que era entre todos quien más amor sentía por el enfermo.

Preocupado desde tiempo atrás por la idea de reconciliar a sus dos hermanos, antes de que muriese Nicolás, había escrito a Sergio Ivanovich, y al recibir respuesta de éste, la leyó al enfermo.

Sergio Ivanovich decía que le era imposible ir, pero pedía perdón a su hermano con las expresiones más conmovedoras.

El enfermo no dijo nada.

–¿Qué contesto? –preguntó Levin–. Supongo que ya no estarás enfadado contra él.

–Ni lo más mínimo –repuso Nicolás, con irritación, al oír la pregunta de Levin–. Escrí-

bele que me envíe el médico.

Pasaron otros tres terribles días. El enfermo seguía igual. Cuantos le veían experimentaban ahora el deseo de que muriese pronto: el dueño y el criado de la fonda, todos los huéspedes, el médico, María Nicolaevna, Levin y Kitty. El único que no lo expresaba era él, que continuaba, por el contrario, indignándose de que no hiciesen venir el médico de Moscú, seguía tomando medicinas y hablaba continuamente de vivir.

Sólo en algunas ocasiones, cuando el opio le proporcionaba el olvido de sus sufrimientos, decía, medio dormido, lo que los demás pensaban en su interior: «¡Ojalá venga el final cuanto antes!». O bien: « ¿Cuándo terminará todo esto?».

Los sufrimientos, aumentando gradual-mente, le preparaban para la muerte.

Cualquier posición que adoptase le hacía sufrir, no perdía en ningún momento la conciencia de su estado, y no había un lugar ni un músculo de su cuerpo que no padeciera y le atormentara. Hasta el recuerdo, la impresión, la idea de aquel cuerpo despertaban en él tanta repugnancia como el cuerpo mismo.

La presencia de los demás, sus conversaciones, los propios recuerdos, todo eran para él motivo de martirio.

Cuantos le rodeaban lo sentían y, en su presencia, se constreñían inconscientemente en sus ademanes y conversaciones y en la expresión de sus deseos. La vida del enfermo les unía en un mismo sentimiento de que su-frían y en el deseo de librarse de aquel sufrimiento.

En él se cumplía evidentemente esa transformación que lleva a mirar la muerte como la satisfacción de los deseos, como una felicidad.

Antes, cualquier deseo producido por un dolor o una necesidad: hambre, sed, fatiga, se satisfacía por función de su cuerpo produciéndole un placer, pero ahora sus privaciones y sufrimientos no obtenían satisfacción, y el intento de satisfacerlos no hacía sino producir nuevas torturas. Y por esto, todos sus deseos se juntaban ahora en un único deseo: librarse de todos sus sufrimientos librándose de su cuerpo, que era el origen de ellos.

Mas, como no encontraba palabras para expresar aquel deseo, continuaba, por costumbre, reclamando la satisfacción de aquellos deseos que no podían ya satisfacerse.

–Volvedme del otro lado –decía. Y a continuación pedía que le pusiesen de nuevo del lado de antes–. Traedme caldo. Llevaos ese caldo. Contadme algo; ¿por qué calláis? –yen cuanto empezaban a hablar cerraba los ojos y expresaba cansancio, indiferencia y repugnancia.

El décimo día de llegar a la ciudad, Kitty enfermó. Tenía dolor de cabeza y mareo y en toda la mañana no pudo levantarse. El médi-co afirmó que la enfermedad provenía de fatiga y emociones y le recomendó tranquilidad espiritual.

Pero después de comer, Kitty se levantó y fue como siempre; con su labor, a la habitación del enfermo.

El la miró seriamente al verla entrar y sonrió con desagrado cuando Kitty le dijo que se sentía mal.

Todo aquel día el enfermo estuvo sonándose sin cesar y gimiendo. De repente, su rostro se aclaró por un momento y bajo el bigote se dibujó una sonrisa. Las mujeres allí presentes comenzaron a arreglarlo.

–¿Cómo se encuentra? –le preguntó Kitty.

–Me duele –repuso él con dificultad.

–¿Dónde?

–En todas partes.

–Ya verán como hoy se muere –dijo María Nicolaevna en voz baja. Pero el enfermo, muy sensible, pudo oírlo, como observó Levin.

Nicolás lo oyó, en efecto, mas tales palabras no le produjeron impresión. Su mirada seguía teniendo la misma expresión concentrada y de reproche.

–¿Por qué piensa usted eso? –le preguntó Levin cuando salió con ella al pasillo.

–Porque ha estado cogiéndose –respondió María Nicolaevna.

–¿Qué quiere decir «cogiéndose»?

–Esto –dijo María Nicolaevna, tirando de los pliegues de su vestido.

Levin notó que, en efecto, Nicolás se pasaba el día cogiéndose las ropas y tirando de ellas como para arrancárselas.

La predicción de la mujer fue exacta.

Al anochecer, el enfermo ya no tenía fuerzas para alzar las manos y no hacía más que mirar ante sí con reconcentrada expresión en su mirada.

Incluso cuando Kitty y su hermano se inclinaban sobre él de modo que pudiera verles, seguía mirando de la misma manera. Kitty llamó al sacerdote para rezar la oración de los agonizantes.

Mientras el sacerdote recitó la oración, el enfermo no dio señal alguna de vida, pero hacia el final se estiró, suspiró y abrió los ojos. Levin, Katia y María Nicolaevna estaban junto a su lecho.

Concluida la oración, el sacerdote tocó la fría frente con el crucifijo, luego la envolvió lentamente en la estola y tras un silencio de un par de minutos tocó la manaza fría y exangue.

–Ha muerto –dijo el sacerdote.

Y se dispuso a alejarse. Pero entonces los labios de Nicolás se movieron y, claros en el silencio, brotando de las profundidades del pecho, se oyeron unos sonidos decisivos y penetrantes:

–Todavía no... Pronto...

Su rostro se aclaró por un momento y, ba-jo su bigote, se dibujó una sonrisa. Las mujeres allí presentes comenzaron a arreglarlo.

El aspecto de su hermano y la proximidad de la muerte renovaron en Levin el sentimiento de horror que le invadiera aquella noche de otoño en que Nicolás había llegado a la finca, en el pueblo, ante lo que había de enigmático, de próximo a inevitable en la muerte.

Ahora este sentimiento era más vivo que antes. Se sentía menos capaz aún de penetrar en su misterio y veía su inminencia más terrible aún.

Pero ahora sentía que la proximidad de su mujer le salvaba de la desesperación. A despecho de la muerte, experimentaba la necesidad de vivir y de amar. Sentía que el amor le salvaba y que, bajo aquella amenaza, el amor renacía siempre más fuerte y más puro.

Apenas se produjo ante sus ojos el ines-crutable misterio de la muerte, sobrevino otro igualmente insondable: el del amor y la vida.

El médico, confirmando lo que había ya supuesto antes, les comunicó que Kitty estaba encinta.

XXI

Desde que Alexey Alejandrovich comprendió por las palabras de Betsy y Oblonsky que lo que se exigía de él era que dejase tranquila a su mujer y no la importunara con su presencia, cosa que también ella deseaba, se sintió tan anonadado que nada pudo decir por sí mismo.

Él mismo no sabía lo que quería y, entregándose en manos de los que tanto placer hallaban en organizar sus asuntos, aceptaba cuanto le proponían.

Únicamente cuando Ana se fue de casa y la inglesa envió a preguntarle si ella debía comer con él o sola, comprendió su situación por primera vez y se horrorizó.

Lo que era peor en su situación es que en modo alguno podía unir y relacionar lo pasado con lo que ahora sucedía. No le atormentaba el recuerdo de aquellos días en que viviera feliz con su mujer, pues el tránsito de aquel pasado,

el estado presente de cosas, al saber la infidelidad de ella, lo había sobre-pasado con sus sufrimientos, y si bien aquella situación se había hecho penosa para él, también por otra parte, se le había hecho comprensible.

Si en aquel momento, al anunciarle su infidelidad, su mujer le hubiera abandonado, se habría sentido desgraciado y triste pero no en la situación sin salida, inexplicable para él mismo, en que se hallaba al presente.

Le era imposible de todo punto, ahora, relacionar su reciente perdón, su ternura, su amor a la esposa enferma y a la niña de otro, con lo que al presente sucedía, en que, como recompensa a todo ello, se veía solo, cubierto de oprobio, deshonrado, inútil para todo y objeto del desprecio general.

Los dos primeros días siguientes a la marcha de su mujer, Karenin recibió visitas, vio al encargado del despacho, asistió a la comisión y fue al comedor, como de costumbre.

Sin darse cuenta de por qué lo hacía, concentraba todas las fuerzas de su alma en simular aspecto tranquilo y hasta indiferente.

Contestando a las preguntas del servicio sobre el destino que debía darse a los efectos y habitaciones de Ana, Alexey Alejandrovich se esforzaba en afectar la actitud de un hombre para quien lo sucedido no tenía nada de imprevisto ni salía en nada de la órbita de los sucesos corrientes. Y preciso es confesar que lo lograba: nadie pudo descubrir en él el menor síntoma de desesperación.

Al día siguiente de la marcha de Ana, cuando Korney le presentó la cuenta de un almacén de modas que ella olvidara pagar, anunciándole que estaba allí el encargado, Alexey Alejandrovich dio orden de hacerle pasar.

–Perdone, Excelencia, que me permita mo-lestarle. Pero si debo dirigirme a su señora esposa, le ruego que me dé su dirección.

Karenin quedó pensativo, así le pareció al menos al encargado y, de pronto, volviéndose, se sentó a la mesa; permaneció un rato en la misma actitud, con la cabeza entre las manos, probó a hablar repetidas veces, pero no lo consiguió.

Comprendiendo los sentimientos de su se-

ñor, Korney rogó al encargado que volviera otro día.

Una vez solo, Karenin se dio cuenta de que le faltaban las fuerzas para seguir mostrándose firme y tranquilo como se había propuesto.

Dio orden de desenganchar el coche, que le esperaba, dijo que no recibiría a nadie y no salió a comer.

Reconocía que era imposible soportar la presión del desprecio general, la animosidad que leía en el rostro del encargado de la tienda, de Korney, y de todos, sin excepción, de cuantos encontraba desde hacía dos días.

Comprendía que no podría hacer frente al odio de la gente concitado contra él, porque tal odio procedía, no de que él hubiera sido malo (en cuyo caso podía procurar ser mejor), sino de que era vergonzosa y desprecia-blemente desgraciado. Sabía que por lo mismo que su corazón estaba destrozado, la gente no tendría compasión de él. Tenía la impresión de que sus semejantes le aniquila-rían como los perros ahogan al animal herido que aúlla de dolor.

Le constaba que su única salvación respecto a la gente consistía en ocultarles sus heridas. Y eso había intentado

durante dos días, pero ahora le faltaban las fuerzas para proseguir lucha tan desigual.

Su desesperación aumentaba con la conciencia que tenía de encontrarse completamente solo con su dolor. Ni en San Petersburgo ni fuera de allí tenía persona alguna a quien pudiera hacer participe de sus sentimientos, alguien que pudiese comprenderle, no como a un alto funcionario y miembro del gran mundo, sino simplemente como a un hombre afligido.

Alexey Alejandrovich había crecido huérfa-no. Eran dos hermanos. No recordaba a su padre, y su madre había muerto cuando él no contaba diez años aún. No eran ricos. El tío Karenin, alto funcionario y favorito del Zar en otros tiempos, había cuidado de su educación.

Terminados los cursos en el instituto y la universidad, con diplomas, Alexey Alejandrovich, ayudado por el tío, emprendió una brillante carrera, y a partir de entonces se consagro por entero a la ambición del cargo oficial.

Ni en el instituto, ni en la universidad, ni en el trabajo entabló Karenin amistad con nadie. Su hermano, el más cercano a él en espíritu, empleado en el ministerio de Asuntos Exteriores, que había vivido casi siempre en el extranjero, murió a poco del casamiento de Alexey Alejandrovich.

Siendo Karenin gobernador, la tía de Ana, señora rica de su provincia, se ingenió para poner en relación con su sobrina a aquel hombre que, aunque ya no joven, lo era todavía para gobernador, y le puso en situación que no le quedó otra alternativa que declararse o dejar la ciudad.

Alexey Alejandrovich dudó mucho. Midió todos los aspectos en pro y en contra y observó que no había motivo alguno

que le obligase a prescindir de su regla general: la de abstenerse en la duda.

Pero la tía de Ana le hizo saber, mediante un conocido, que había comprometido ya la reputación de la joven y que su deber de caballero le obligaba a pedir su mano. Alexey Alejandrovich lo hizo así, pidió la mano de Ana y le consagró, de novia y de esposa, todo el afecto de que era capaz.

Aquel sentimiento de cariño hacia Ana excluyó de su corazón sus últimas necesidades de mantener relaciones cordiales con los hombres. Y ahora no tenía íntimo alguno entre sus conocidos. Contaba con muchas de las llamadas relaciones, pero no con amistades.

Había numerosas personas a las que podía invitar a comer, a participar en algo que le interesase, recomendar a algún protegido su-yo, criticar con ellas en confianza a otras personas y a los miembros más destacados del Gobierno, pero las relaciones con esas personas estaban limitadas por un círculo muy definido por las costumbres y las conveniencias y del que era imposible salir.

Tenía, es verdad, un íntimo amigo de la universidad con el que conservó amistad a través del tiempo y con el que habría podido hablar de sus amarguras personales, pero ese amigo era inspector de Enseñanza de un distrito universitario lejano de la capital. De modo que las personas más allegadas y con quienes parecía más posible desahogar su tristeza eran su médico y el jefe de su departamento.

Mijail Vasilievich Sliudin, el jefe de su departamento, era un hombre sencillo, inteligente, bueno y honrado por el que Alexey sentía simpatía y afecto, pero un trabajo continuado

en común durante cinco años había levantado entre ellos una barrera que impedía las explicaciones cordiales.

Karenin, al terminar de firmar los documentos, guardó silencio largo rato, mirando a Mijail Vasilievich, a punto de desahogarse con él, pero no se supo decidir. Ya había preparado la frase: «¿Ha oído hablar de lo que me pasa?», pero terminó diciéndole, como siempre:

–Bien; prepáremelo todo para mañana.

Y con esto le despidió.

La otra persona bien dispuesta hacia él, el médico, había acordado un pacto tácito con Karenin: que los dos tenían mucho que hacer y no podían perder tiempo en bagatelas.

En sus amigas, empezando por la condesa Lidia Ivanovna, Karenin no pensó siquiera.

Las mujeres, por el hecho de serlo, no despertaban en él sino sentimientos de repulsión.

XXII

Karenin olvidaba a la condesa Lidia Ivanovna, pero ella no se olvidaba de él, y en aquel momento de terrible desesperación y soledad, acudió a casa de Alexey Alejandrovich y entró en su despacho sin hacerse anunciar.

Le encontró sentado, con la cabeza entre las manos.

–J'ai forcé la consigne –dijo ella, entrando con pasos rápidos y respirando con dificultad por la emoción y por la rapidez de su marcha.

–Lo sé todo, Alexey Alejandrovich, amigo mío –continuó, apretando con fuerza la mano de él y poniendo en los de Karenin sus ojos hermosos y pensativos.

Alexey Alejandrovich, con el entrecejo arrugado, se levantó, soltó su mano y le ofreció una silla.

–Haga el favor de sentarse, Condesa. No recibo porque me encuentro mal...

Y sus labios temblaron.

–¡Amigo mío! –repitió la Condesa sin apartar su mirada de él.

De pronto sus cejas se levantaron por su extremo interior formando un triángulo sobre su frente; su rostro amarillo y feo se afeó todavía más, pero Alexey Alejandrovich comprendió que ella le compadecía y que estaba a punto de llorar.

Se sintió conmovido; cogió la mano regordeta de la Condesa y se la besó.

–Amigo mío –siguió ella, con voz entrecortada por la emoción –no se entregue al dolor.

Su pena es muy grande, pero debe consolar-se.

–Estoy deshecho, muerto, ya no soy un hombre –respondió Karenin, soltando la ma-no de la Condesa, sin dejar de mirar sus ojos llenos de lágrimas–. Mi situación es terrible, porque no encuentro en ninguna parte, ni aun en mí mismo, un punto de apoyo.

–Ya lo encontrará... No lo busque en mí, aunque le pido que crea en mi sincera amistad –dijo ella con un suspiro–: Nuestro apoyo es el amor divino, el amor que El nos legó...

¡Su carga es fácil!... –agregó con la mirada entusiasta que tan bien conocía Karenin–. El le ayudará y le socorrerá.

Aunque en tales palabras había aquella exagerada humildad ante los propios sentimientos y aquel estado de espíritu místico, nuevo, exaltado, introducido desde hacía po-co en San Petersburgo, y que a Karenin le parecía superfluo, el oír en labios de la Condesa, y en aquel momento, le conmovió.

–Me siento débil, aniquilado. No pude prever nada, y tampoco ahora comprendo nada.

–¡Amigo mío! –repetía Lidia Ivanovna.

–No me apena lo que he perdido, no... No lo siento. pero no puedo dejar de avergonzarme ante la gente de la situación en que me hallo. Es lamentable, pero no puedo, no puedo...

–No fue usted quien realizó aquel acto su-blime. ¡Fue El quien lo dictó a su corazón!

¡Aquel acto de perdón que ha despertado la admiración de todos! –––exclamó la condesa Lidia Ivanovna, alzando la vista, exultante–.

¡Por esto no puede usted avergonzarse de su acto!

Alexey Alejandrovich frunció el entrecejo y juntando los dedos comenzó a hacer crujir las articulaciones.

–Es preciso conocer todos los pormenores

–dijo con su voz delgada–––. Las fuerzas de un hombre tienen su límite, Condesa, y yo he llegado al de las mías. Todo el día de hoy he tenido que dar órdenes en casa, derivadas –

recalcó la palabra «derivadas» –de mi nuevo estado de hombre solo. Los criados, la institutriz, las cuentas... Este fuego minúsculo me ha abrasado y no puedo más. Ayer mismo, durante la comida... casi abandoné la mesa.

No podía sostener la mirada de mi hijo. No me preguntaba qué era lo que había pasado, pero quería preguntármelo y no me atrevía a mirarle... y aun esto no es todo...

Karenin iba a hablar de la cuenta que le habían llevado, pero su voz tembló y se interrumpió. El recordar aquella cuenta en papel azul, por un sombrero y unas cintas, le fue tan penoso que sintió lástima de sí mismo.

–Comprendo, amigo mío –dijo la condesa Lidia Ivanovna–. Lo comprendo. Espero que usted reconozca la sinceridad de mis sentimientos hacia usted. En todo caso, sólo he venido para ofrecerle mi ayuda, si en algo le puedo ayudar. ¡Si pudiera librarle de esas pequeñas y humillantes preocupaciones!... Lo que hace falta aquí es una mujer, una mano femenina. ¿Permite que me encargue de ello?

Karenin, en silencio, le apretó la mano con gratitud.

–Ocupémonos de Sergio. Yo no estoy fuerte en asuntos prácticos, pero lo haré. Seré su ama de llaves. No me lo agradezca. No soy yo quien lo hago.

–No puedo dejar de agradecerle...

–Y ahora, amigo mío, no se entregue al sentimiento de que me ha hablado, no se avergüence de lo que representa el más alto grado de la perfección cristiana. «Los que se humillan, serán ensalzados.» Y no me agradezca nada. Hay que agradecérselo todo a Él y pedir su ayuda. Sólo en Él encontraremos calma, consuelo, salvación y amor ––dijo ella, alzando los ojos al cielo. Y Karenin, de su silencio, dedujo

que rezaba. Alexey Alejandrovich la había escuchado atentamente, y las mismas expresiones que antes, si no desagradables, le parecían superfluas, ahora le resultaban naturales y consoladoras. Cierto que no le placía la exageración puesta de moda en aquellos días. Era un creyente que se interesaba por la religión ante todo en el sentido político, y la nueva doctrina, que permitía ciertas interpretaciones nuevas abriendo la puerta a discusiones y análisis, le era desagradable por principio.

Antes le habló de ella con frialdad y hasta con aversión, nunca discutía con la Condesa, una de las más fervientes adeptas, y contestaba siempre con un silencio obstinado a todas sus insinuaciones.

Pero hoy escuchaba todas sus palabras con placer, sin que se levantara en su alma la menor objeción.

–Le estoy infinitamente agradecido, tanto por lo que hace como por sus palabras ––dijo ella cuando acabó de rezar.

La condesa Lidia Ivanovna estrechó una vez más las dos manos de su amigo.

–Ahora empezaremos a obrar –dijo, tras un silencio, secándose los restos de sus lá-

grimas.

Y prosiguió:

–Voy a ver a Sergio. Sólo en caso de extrema necesidad apelaré a usted.

Y dicho esto, se levantó y salió.

Subió al cuarto de Sergio y, cubriendo de lágrimas las mejillas del asustado niño, le dijo que su padre era un santo y que su madre había muerto.

La Condesa cumplió lo prometido, tomando sobre sí todas las preocupaciones relacionadas con la casa.

Mas no había exagerado al decir que no estaba fuerte en asuntos prácticos. Cuantas órdenes daba tenía que rectificarlas después por imposibles de cumplir. Korney, el criado de Karenin, sin que nadie lo observase, era el que ahora llevaba en realidad la dirección de la casa de su amo, y era también él quien anulaba las órdenes de la Condesa.

Pero, con todo, la ayuda de Lidia Ivanovna era efectiva: dio un apoyo moral a Alexey Alejandrovich en la conciencia del cariño y el respecto que sentía por él, y, sobre todo, en el hecho de que ella le hubiese convertido, de creyente frío a indiferente, en un adepto de la nueva doctrina cristiana tan en boga últimamente en San Petersburgo, lo que le proporcionaba un gran consuelo. La conversión no fue nada difícil, ya que él, como Lidia Ivanovna y otros que compartían tales ideas, carecían por completo de profundidad de imaginación, facultad en virtud de la cual las mismas representaciones de la imaginación exigen, para hacerse aceptar, una cierta verosi-militud.

No le parecía imposible y absurdo que la muerte eterna, existente para los incrédulos, no existiera para él, y que, una vez poseedor de la fe completa, de la que él mismo era juez, su alma se hallase libre de pecado, y tuviese, aun en vida, la certeza de la salvación.

Cierto que Alexey Alejandrovich sentía vagamente la ligereza y error de tal doctrina.

Sabía que cuando perdonó a su mujer, sin pensar que lo hacía obedeciendo a una fuerza superior, se entregó a tal sentimiento por completo y experimentó más felicidad que ahora que pensaba a cada momento que Cristo estaba en su alma y que él cumplía su voluntad incluso cuando firmaba documentos.

Pero ahora le era necesario pensar así, sentir en su humillación aquella elevación imaginaria desde la que, despreciado por los demás, podía despreciarlos a su vez, aferrándose a su quimérica salvación, como si fuese verdadera.

XXIII

A la condesa Lidia Ivanovna la habían casado con un hombre rico, noble, más bueno que noble y más libertino que bueno. Ella era entonces una muchacha muy joven aún y de naturaleza exaltada. Al segundo mes, su marido la dejó, respondiendo a sus efusiones de ternura con la burla y hasta muchas veces con una hostilidad que los que conocían el buen corazón del Conde y no veían defecto alguno en el carácter entusiasta de Lidia, no podían comprenden Desde entonces, aunque no divorciados, vivían aparte, y cuando el marido hallaba a su mujer la trataba con una emponzoñada ironía cuya causa era difícil comprender.

Hacía tiempo que la Condesa había dejado de amar a su marido, pero desde entonces siempre había estado enamorada de alguien.

Con frecuencia estaba enamorada de varias personas a la vez, tanto de hombres como de mujeres, generalmente de los que destaca-ban por una determinada actividad. Se enamoraba de cuantos nuevos príncipes y princesas emparentaban con la familia imperial.

Ahora estaba enamorada de un arzobispo, de un vicario, de un cura, de un periodista, de un eslavófilo, de Komisarov, de un ministro, de un médico, de un misionero inglés y de Karenin.

Todos esto amores, con sus alternativas de entusiasmo o enfriamiento, no le impedían sostener las más complicadas relaciones con la Corte y el mundo distinguido. Pero desde que, a raíz de la desgracia de Karenin, comenzó a ocuparse del bienestar de éste, Lidia Ivanovna comprendió que ninguno de aquellos amores era verdadero y que sólo de Alexey Alejandrovich estaba en realidad enamorada.

El sentimiento que experimentaba por él le parecía más fuerte que todos los precedentes. Analizándolo y comparándolo con aqué-

llos, veía claramente que no se habría enamorado de Komisarov si éste no hubiese salvado la vida del Zar, ni de Ristich Kudjizky de no existir la cuestión eslava, mientras que amaba a Karenin por sí mismo, por su alma elevada e incomprendida, por el querido sonido de su fina voz, de prolongadas entonaciones, por su mirada cansada, por su carácter, por sus manos blancas de hinchadas venas.

No sólo se alegraba al verle, sino que buscaba en el rostro de él las muestras de la impresión que ella suponía que debía producirle.

Quería agradarle no sólo por su conversación, sino también por su persona.

En obsequio a Karenin, cuidaba más su apariencia y se complacía en forjarse ilusiones sobre lo que habría podido pasar de no estar ella casada y de ser él libre.

Cuando él entraba en la estancia, se ruborizaba de emoción, y no podía reprimir una sonrisa de gozo cuando le decía algo agradable.

Estos últimos días se había enterado de que Ana y Vronsky estaban en San Petersburgo, y la Condesa vivía sus días de más intensa emoción. Tenía que salvar a Karenin impidiéndole ver a Ana; incluso debía evitarle la penosa noticia de que aquella terrible mujer se hallaba en la misma ciudad que él y donde en cada momento podía encontrarla.

Lidia Ivanovna, mediante sus conocidos, se informaba de lo que pensaba hacer aquella

«gente asquerosa», como llamaba a Ana y Vronsky, y procuró durante aquellos días orientar todos los movimientos de su amigo de modo que no les encontrara.

Un joven ayudante de regimiento que faci-litaba a Lidia Ivanovna las noticias de cuanto Vronsky hacía, a cambio de una recomendación que esperaba de ella, le dijo que Ana y Vronsky, arreglados sus asuntos, se disponí-

an a partir al día siguiente.

Lidia Ivanovna empezaba, pues, a tranqui-lizarse, cuando al día siguiente recibió una carta cuya letra reconoció en seguida: era de Ana.

El sobre era grueso como un libro, y la carta, escrita en papel oblongo y amarillo, estaba muy perfumada.

–¿Quién la ha traído? –preguntó la Condesa.

–El criado de un hotel.

Lidia Ivanovna no pudo sentarse durante un rato para leer la carta. La emoción le produjo hasta un ataque del asma que padecía.

Una vez calmada, leyó la siguiente misiva en francés:

Madame la Comtesse:

Los sentimientos cristianos de su corazón me animan al imperdonable impulso de escribirle. La separación de mi hijo me hace muy desgraciada. Le ruego que me permita verle por una vez antes de marchar. Perdóneme que le recuerde mi existencia. Me dirijo a usted y no a Alexey Alejandrovich, porque no quiero hacer sufrir a ese hombre generoso con un recuerdo mío. Conozco su amistad hacia Alexey Alejandrovich y sé que usted me comprenderá. ¿Me enviará usted a Sergio?,

¿voy yo a verle a la hora que usted me fije, o bien preferiría indicarme usted cuándo y dón-de puedo verle fuera de casa?

Conociendo la grandeza de alma de aquel de quien depende la decisión de este asunto, estoy segura de que no se me negará. No puede usted imaginar el deseo que tengo de ver a mi hijo. Y por eso no puede usted figu-rarse la gratitud que despertará en mí su ayuda.

Ana.

Todo en aquella carta irritabá a Lidia Ivanovna: el contenido, la alusión a la grandeza de alma de Karenin y el tono desenvuelto con que le parecía estar escrita.

–Diga que no hay contestación –ordenó la Condesa.

Y en seguida se fue al escritorio y redactó un billete para Karenin diciéndole que esperaba hallarle a la una en la recepción de Palacio.

«Necesito hablarle de un asunto grave y doloroso. Allí nos pondremos de acuerdo sobre dónde podemos vernos. Más vale que sea en mi casa donde haga preparar "su té". Es necesario. El nos da la cruz y las fuerzas para soportarla», añadió, a fin de prepararle poco a poco.

Generalmente, la Condesa enviaba dos o tres billetes al día a Karenin. Le agradaba es-te procedimiento por estar para ella rodeado de cierta distinción y misterio de que carecían las comunicaciones personales.

XXIV

La recepción de Palacio había terminado.

Al marchar, todos comentaban las últimas noticias, los honores otorgados y los cambios de destino de varios altos funcionarios.

–¿Qué diría usted si a la condesa María Bo-risvna le hubieran dado el ministerio de la Guerra y nombrado jefe de Estado Mayor a la princesa Vatkovskaya? ––decía un anciano de uniforme bordado en oro a una dama de honor, alta y bella, que le preguntaba por los nuevos nombramientos.

–Que en este caso me habrían debido de nombrar a mí ayudanta de regimiento –

repuso, sonriendo, la dama de honor.

–Para usted hay otro destino: el ministerio de Cultos, con Karenin como ayudante.

Y el anciano saludó a un hombre que se acercaba:

–Buenos días, Príncipe.

–¿Qué decían de Karenin? –preguntó el Príncipe.

–Que él y Putiakov han recibido la condecoración de Alejandro Nevsky.

–¿No la tenía ya?

–No. Mírenle –dijo el anciano.

Y mostró con su sombrero bordado a Karenin, en uniforme de corte, con una nueva banda cruzada al hombro, que se había parado en una de las puertas de la sala con un alto miembro del Consejo Imperial.

–Se siente feliz y satisfecho como una moneda nueva –añadió el anciano apretando la mano de un arrogante chambelán que llegaba.

–Ha envejecido mucho –repuso el chambelán.

–Las preocupaciones... Siempre está redactando proyectos... Ahora, al desgraciado que atrapa no le suelta hasta habérselo explicado todo, punto por punto.

–¿Dice que ha envejecido? Claro. Il fait des passions. Creo que la condesa Lidia Ivanovna tiene ahora celos de su mujer.

–Vamos, no hable mal de Lidia Ivanovna...

–¿Es un mal que esté enamorada de Karenin?

–¿Es cierto que está aquí la Karenina?

–Aquí, en Palacio, no, pero sí en San Petersburgo. La encontré con Vronsky en la calle Morskaya, bras dessus, bras dessous...

–C'est un homme qui n'a pas... ––

comenzó el chambelán.

Pero se detuvo para dejar paso y saludar a un personaje de la familia imperial.

Mientras así hablaban de Karenin, criticándole y burlándose de él, éste, cerrando el pa-so al miembro del Consejo Imperial de quien se había apoderado, no interrumpía ni por un momento la explicación de su proyecto financiero a fin de que no pudiese marcharse.

Casi por los mismos días en que su mujer le dejó, a Karenin le sucedió lo peor que puede ocurrirle a un funcionario: el dejar de ascender en la escala de su Ministerio.

Era un hecho real, y todos, menos él, veí-

an claramente que su carrera había terminado.

Fuera por su lucha con Stremov, por la desgracia sufrida con su mujer, o simplemente porque hubiese llegado al límite que había de alcanzar, aquel año era evidente para todos que no alcanzaría ya ningún ascenso en el servicio.

Cierto que aún ocupaba un cargo elevado y que era miembro de muchos consejos y comisiones, pero se le consideraba un hombre acabado del que nadie esperaba nada ya.

Escuchaban cuanto hablaba y proponía como si fuera cosa conocida hacía mucho tiempo a innecesaria. Mas él no lo

notaba y, por el contrario, viéndose alejado de la actividad directa de la máquina gubernamental, apreciaba más claramente los defectos y errores en la actividad ajena, y consideraba un deber mostrar los medios de corregirlos.

A poco de separarse de su mujer, escribió una memoria sobre los nuevos tribunales, la primera de toda una larga serie, que nadie le había pedido, sobre los diversos aspectos de la administración.

Alexey Alejandrovich no sólo no se daba cuenta de su situación en el mundo burocráti-co, lo que pudiera haberle afligido, sino que estaba más satisfecho que nunca de sus actividades.

«El casado se preocupa de las cosas mundanas y de cómo hacerse más agradable a su mujer, pero el no casado se preocupa de las cosas de Dios y de cómo servirle mejor» , dice el apóstol San Pablo. Alexey Alejandrovich, que ahora se guiaba en todo por la Santa Escritura, recordaba a menudo aquel texto.

Parecíale que, desde que le abandonara su esposa, servía mejor que antes al Señor en todos sus proyectos.

La evidente impaciencia que mostraba el miembro del Consejo no molestaba a Karenin. Y no interrumpió sus explicaciones hasta que aquél, aprovechando que pasaba un miembro de la familia imperial, se le escapó.

Una vez solo, Karenin bajó la cabeza, se absorbió en sus pensamientos y miró distraí-

damente a su alrededor. Luego se dirigió hacia donde esperaba hallar a Lidia Ivanovna.

«¡Qué sanos están y qué fuertes están físicamente!», pensó Karenin mirando al chambelán de buen porte y bien peinadas patillas y al príncipe de rojo cuello oprimido en el uniforme, junto a los que debía pasar.

«Con razón se dice que todo va mal en el mundo», se dijo, mirando otra vez de reojo las piernas del chambelán.

Y moviendo los pies lentamente, con su habitual aspecto de fatiga y dignidad, Alexey Alejandrovich saludó a aquellos dos hombres que hablaban de él y buscó con los ojos, en la puerta, a la condesa Lidia Ivanovna.

–Alexey Alejandrovich –le dijo el anciano, con un brillo maligno en los ojos, cuando Karenin pasó ante él, saludándole con una fría inclinación de cabeza–, todavía no le he fe-licitado.

Y señaló la condecoración.

–Gracias –contestó Karenin–. Hoy hace un día muy hermoso –añadió, subrayando, como acostumbraba, la expresión «hermoso».

Sabía que se burlaban de él, pero como no esperaba de ellos otra cosa, se mostraba perfectamente indiferente.

Al ver los amarillentos hombros de Lidia Ivanovna emergiendo del corsé –la Condesa llegaba en aquel instante a la puerta–, al ver sus hermosos ojos pensativos que le llamaban, Karenin sonrió mostrando sus dientes blancos y fuertes y se acercó a ella.

Lidia Ivanovna ––como siempre le sucedía últimamentehabía tardado mucho en vestirse.

El fin que perseguía haciéndolo con tanto esmero era ahora distinto del de treinta años atrás. Entonces lo que quería era embellecer-se con lo que fuera y cuanto más mejor. Ahora, por el contrario, había de adornarse forzosamente de modo que no correspondía a sus años y aspecto, y debía, por

tanto, preocuparse de que el contraste de su atavío con su apariencia no fuera demasiado ostensible. Por lo que toca a Karenin lo había conseguido; él, no sólo no lo notaba, sino que la encontraba incluso atractiva.

Para Alexey Alejandrovich la Condesa era, en el mar de enemistad y burla que le rodeaba, la única isla de buena disposición y hasta de amor hacia él.

A lo largo de toda una hilera de miradas irónicas, los ojos de Alexey Alejandrovich se dirigían a la enamorada mirada de ella con tanta naturalidad como una planta hacia la luz.

–Le felicito –dijo ella indicándole la banda.

Karenin, conteniendo una sonrisa de placer, se encogió de hombros y cerró los ojos, como dando a entender que tal cosa no le importaba. Sin embargo, la Condesa sabía que él, aunque no lo confesara, hallaba en ello sus principales alegrías.

–¿Cómo está nuestro ángel? –preguntó Lidia Ivanovna, aludiendo a Sergio.

–No puedo decir que esté muy contento de él –repuso Karenin, arqueando las cejas y abriendo los ojos–. Tampoco Sitnikov lo está.

Sitnikov era el profesor a quien estaba confiada la educación de Sergio.

–Como ya le he dicho, en Sergio hay cierta indiferencia hacia las cuestiones fundamentales que deben interesar el espíritu de todos los hombres y de todos los niños –siguió Alexey Alejandrovich, tratando de lo único que le interesaba después del servicio: la educación de su hijo.

Cuando Karenin, ayudado por la Condesa, volvió a la vida activa, lo primero en que hubo de pensar fue en la educación de aquel hijo que había quedado a su cuidado.

No habiéndose ocupado nunca antes de problemas de educación, Alexey Alejandrovich consagró algún tiempo al estudio teórico del asunto. Después de leer varios libros antropológicos, pedagógicos y didácticos, elaboró un plan de educación y, buscando al mejor profesor de San Petersburgo para instruir al niño, comenzó la obra, que le preocupaba constantemente.

–Pero, ¿y su corazón? Yo encuentro en el niño el corazón de su padre, y con un corazón así no puede ser malo –dijo la Condesa afectuosamente.

–Tal vez tenga razón... En cuanto a mí, cumplo mi deber. No puedo hacer otra cosa.

–Venga a mi casa –dijo Lidia Ivanovna tras un largo silencio–. Tenemos que hablar de algo muy penoso para usted. Yo lo habría da-do todo por librarle de ciertos recuerdos, pero otros no opinan así. He recibido una carta de ella. Está aquí, en San Petersburgo.

Karenin se estremeció al oír aludir a su mujer, pero en seguida se dibujó en su rostro la impasibilidad que expresaba su completa impotencia en aquel asunto.

–Lo esperaba –dijo.

La condesa Lidia Ivanovna le miró extasiado. Lágrimas de admiración ante la grandeza de alma de aquel hombre asomaron a sus ojos.

XXV

Cuando Karenin entró en el pequeño y acogedor gabinete de la Condesa, lleno de porcelanas antiguas y con las paredes cubiertas de retratos, la dueña no se hallaba aún allí. Estaba cambiándose de traje. Sobre la mesa redonda había un mantel, un servicio de china y una tetera de plata que funcionaba con alcohol.

Karenin miró, distraído, los innumerables y bien conocidos retratos que ornaban el gabinete y, sentándose a la mesa, abrió el Evangelio que había en ella.

El roce del vestido de seda de la Condesa le distrajo de su ocupación.

–Ahora sentémonos tranquilamente –dijo ella, sonriendo, al pasar con prisas entre la mesa y el diván–. Y hablaremos durante el té.

Tras una palabras preparatorias, respirando con dificultad y ruborizándose, Lidia Ivanovna entregó a su amigo la carta que recibiera.

Él la leyó y luego guardó un prolongado silencio.

–Creo que no tengo derecho a negarle esto

–dijo con timidez, alzando la vista.

–Usted no ve mal en nada, amigo mío.

–Por el contrario, todo me parece mal. Pe-ro, ¿es justo esto?

Su rostro expresaba indecisión, súplica de consejo, ayuda y orientación en aquel asunto que no sabía resolves

–¡No! –interrumpió la Condesa–. Todo tiene sus limites. Comprendo la inmoralidad –no era sincera del todo, ya que

nunca había comprendido lo que lleva a las mujeres a la inmoralidad–, pero la crueldad, no. ¿Y con quién? ¿Con usted...? ¿Es posible que ose habitar en la misma ciudad que usted? Nunca se es demasiado viejo para aprenden Ahora empiezo a comprender su superioridad y la bajeza de ella.

–¿Quién puede tirar la primera piedra? –

repuso Karenin, visiblemente satisfecho de su papel–. La he perdonado todo y no puedo privarla de una exigencia de su amor... su amor hacia su hijo.

–¿Amor realmente, amigo mío? ¿Es sincero eso? Supongamos que usted la ha perdonado y la perdona. Pero, ¿tenemos derecho a influir en el alma de ese ángel? Él imagina que su madre está muerta, reza por ella y pide a Dios que le perdone sus pecados. Y más vale que sea así... ¿Qué va a pensar el niño ahora?

–No sé –contestó Karenin visiblemente conturbado.

La Condesa se cubrió el rostro con las manos y calló. Rezaba.

–Si quiere usted oír mi consejo –dijo después de haber rezado, descubriéndose el rostro– le diré que no le recomiendo que haga tal cosa. ¿Acaso no veo cómo sufre usted, cómo sangran de nuevo sus heridas? Admitamos que prescinda usted de sí mismo, pero esto, ¿a qué le conduciría? A nuevos sufrimientos para usted y torturas para el niño. Si quedase en ella algo humano, ella misma lo debería desear. Así se lo aconsejo sin vacila-ciones. Si me lo permite, le escribiré.

Karenin consintió y Lidia Ivanovna escribió, en francés, la siguiente carta: Señora:

El hacer que su hijo la recuerde puede provocar en él preguntas imposibles de contestar sin despertar en el alma del niño sentimientos reprobatorios de lo que debe ser sagrado para él. Le ruego por eso que considere la negativa de su marido en un sentido de amor cristiano.

Ruego a Dios Omnipotente que sea misericordioso con usted.

La Condesa Lidia.

La carta obtuvo el secreto fin que la Condesa se ocultaba incluso a sí misma: ofender a Ana en lo más profundo de su alma.

En cuanto a Karenin, al volver de casa de la Condesa, no pudo aquel día entregarse a sus ocupaciones habituales con la tranquilidad de ánimo propia de un creyente salvado, tal como antes se sentía.

El recuerdo de su mujer, tan culpable ante él, y ante la que se había conducido como un santo, como con razón decía Lidia Ivanovna, no habría debido turbarle, pero, a pesar de todo, no se sentía tranquilo, no comprendía el libro que estaba leyendo, no podia alejar de sí la evocación torturadora de sus relaciones con ella, de las faltas que con respecto a Ana le parecía haber cometido.

El recuerdo de cómo recibiera, volviendo de las cameras, la confesión de su infidelidad le atormentaba como un remordimiento, en especial al acordarse de que él únicamente le había pedido que guardase las apariencias y al pensar en que no había desafiado a Vronsky.

También le torturaba el recuerdo de la carta que le escribiera entonces, sobre todo, el perdón que le había concedido, perdón completamente estéril, y el recuerdo de la piña del

otro, que hacía arder su corazón de vergüenza y arrepentimiento.

El mismo sentimiento de vergüenza y arrepentimiento experimentaba ahora al evocar su pasado con ella y las torpes palabras con que, tras larga indecisión, había pedido su mano.

«¿Qué culpa tengo yo?», se preguntaba.

Tal pregunta motivaba siempre otra: ¿có-

mo sienten, aman y se casan hombres como Vronsky, Oblonsky o aquel chambetán de gruesas piernas?

Y recordaba toda una procesión de hombres de aquellos, fuertes, pictóricos, seguros de sí mismos, que siempre despertaban en todas partes su curiosa atención.

Apartaba de sí tales pensamientos, tratando de convencerse de que no vivía para la existencia terrestre, pasajera, sino para la eterna, y que en su alma reinaban la paz y el amor.

Mas el hecho de que en tal vida, pasajera a insignificante según le parecía, hubiera cometido algunos errores le atormentaba tanto como si no existiese la salvación eterna en que creía. La tentación duró, no obstante, porn, y de nuevo se restableció en el alma de Karenin la tranquilidad y elevación gracias a las cuales podia olvidar lo que no deseaba recordar para nada.

XXVI

–Kapitonich –dijo Sergio, colorado y alegre, al volver de pasear la víspera del día de su cumpleaños, entregando su poddievska al viejo portero, que le sonreía desde lo alto de

su estatura–––. ¿Ha venido hoy aquel empleado de la mejilla vendada? ¿Le ha recibido papá?

–Le recibió, señorito. En cuanto salió el secretario, le anuncié –dijo el portero, guiñando jovialmente el ojo–. Déjeme que le ayude a quitarse...

–Sergio –dijo el preceptor eslavo, parándose en la puerta que dabs a las habitaciones interiores–. Quítese usted mismo los chanclos.

Aunque Sergio oyó la voz débil del preceptor, no le hizo caso. De pie, agarrándose al cinturón del portero agachado, le miraba el rostro.

–¿Y le concedió papá lo que necesitaba?

Kapitonich hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Tanto Sergio como el portero se interesaban por aquel empleado, que había ido allí ya siete veces a pedir no se sabía qué a Alexey Alejandrovich. El niño le había encontrado en el vestíbulo y oyó cómo suplicaba con voz lastimera al portero que le anunciase, diciendo que a él y a sus hijos no les quedaba otro recurso que dejarse morir.

Sergio encontró al funcionario otra vez y, a partir de entonces, se interesó por él.

–¿Y estaba muy alegre? –preguntó.

–Figúrese. Salía casi saltando...

–¿Han traído algo? –preguntó Sergio, después de una pausa.

–Una cosa de la Condesa, señorito –dijo el portero en voz baja.

Sergio comprendió en seguida que aquello de que hablaba el portero era el regalo que Lidia Ivanovna le hacía por su cumpleaños.

–¿Dónde está?

–Korney se lo llevó a papá. Debe de ser una cosa muy buena.

–¿Cómo es de grande? ¿Así?

–Algo menos, pero muy buena...

–¿Un libro?

–No, otra cosa... Ande, ande; le está llamando Basilio Lukich ––dijo el portero, oyendo los pasos del preceptor, que se acercaba, y librándose suavemente de la manita calza-da a medias con un guante azul, que se asía a su cinturón, y señalando con la cabeza a Lukich.

–Voy en seguida, Basilio Lukich –dijo Sergio con la sonrisa alegre y afectuosa que des-armaba siempre al severo preceptor.

Sergio estaba demasiado alegre; se sentía demasiado feliz para no compartir con el portero la satisfacción familiar de que le había informado en el jardín de Verano la sobrina de la condesa Lidia Ivanovna.

Tal alegría le parecía particularmente importante, sobre todo por coincidir con la del humilde funcionario y la que le proporcionaba la idea de los juguetes que le habían traído. A Sergio le parecía que en este día todos habí-

an de estar alegres y satisfechos.

–¿Sabes que papá ha recibido la condecoración de Alejandro Nevsky?

–Sí. Ya han venido a felicitarle.

–¿Y está contento?

–¡Cómo no va a estar contento recibiendo esa condecoración del Zar? Eso significa que lo merece –repuso el portero, severo y grave.

Sergio quedó pensativo y escudriñó el conocido rostro del portero hasta en sus menores detalles, en especial su barbita entre las dos patillas, en la que nadie reparaba excepto Sergio, que la miraba siempre desde abajo.

–¿Hace mucho que no te visita tu hija?

La hija del portero era bailarina en el Teatro Imperial.

–Entre semana no puede venir. También ellas estudian. Y usted tiene que estudiar igualmente. Váyase, señorito.

Entrando en la habitación, Sergio, en vez de sentarse a estudiar, expresó al maestro su suposición de que lo que le habían regalado debía de ser una máquina.

–¿Qué piensa usted? –le preguntó.

Basilio Lukich sólo pensaba que tenía que estudiar la lección de gramática, porque el profesor llegaba a las dos.

–Dígame, Basilio Lukich –suplicó el niño, ya sentado a la mesa de estudio, con el libro en la mano–: ¿qué condecoración hay más importante que la de Alejandro Nevsky? ¿Sa-be usted que se la han otorgado a papá?

Basilio Lukich contestó que la condecoración superior era la de Vladimiro.

–¿Y más que ésa?

–La de Andrés Pervosvanny es superior a todas.

–¿Y no hay otra más alta?

–No lo sé.

–¿Cómo? ¿Tampoco usted lo sabe?

Sergio, apoyando los codos en la mesa, quedó pensativo.

Sus pensamientos eran complejos y varios. Imaginaba que su padre iba a recibir de repente las condecoraciones de Andrés y Vladimiro y que, en consecuencia, se mostraría mucho más indulgente para la lección de hoy; pensaba que cuando fuera mayor, recibiría él también todas aquellas condecoraciones y asimismo las que se crearan superiores a la de Andrés. Apenas las crearan, Sergio las merecería. Y si las creaban más altas aún, también él había de obtenerlas al punto.

Pensando así pasó el tiempo y, cuando llegó el profesor, la lección de tiempo, lugar y modo no estaba estudiada, y el profesor quedó, no sólo descontento, sino hasta triste, ya que hizo afligirse al niño.

No se creía culpable de no haber estudiado la lección, ya que, a pesar de todo su deseo, no había podido hacerlo.

Mientras su maestro había estado con él, parecíale comprender; pero en cuanto quedó solo no pudo recordar ni entender más que una frase tan breve y obvia como que «de

repente» era un modo adverbial; pero comprendió, en todo caso, que había disgustado al maestro.

Escogió un momento en que el profesor miraba, en silencio, el libro.

–Mijail Ivanovich, ¿cuándo es su santo? –le preguntó bruscamente.

–Mejor sería que atendiese usted a sus lecciones. El día del santo de uno no tiene importancia para una persona inteligente. Es un día como otro cualquiera en el que hay que trabajar como siempre.

Sergio miró atentamente al profesor, examinó su barba rala, sus lentes que descendí-

an más abajo de la señal que le hacían sobre la nariz, y quedó tan hundido en sus reflexiones que no entendió ya nada de lo que le explicaba.

Se hacía cargo de que el profesor no pensaba lo que decía, y lo adivinaba por el tono en que habían sido pronunciadas aquellas palabras.

«¿Por qué se habrán puesto todos de acuerdo en hablar de un modo aburrido a in-

útil? ¿Por qué me rechaza? ¿Por qué no me quiere?»

Así se preguntaba con tristeza sin hallar contestación.

XXVII

A esta lección seguía la de su padre. Mientras él venía, Sergio se sentó a la mesa, jugueteando con el cortaplumas y pensando.

En el número de las ocupaciones predilectas de Sergio figuraba la de buscar a su madre en el paseo. No creía en la muerte en general, ni en particular en la de su madre, aunque Lidia Ivanovna se lo dijera y papá se lo hubiera confirmado. Por eso, aun después de decirle que había muerto, cuantas veces salía a pasear continuaba buscándola.

Toda mujer llena, graciosa, de cabellos oscuros, le parecía su madre. En cuanto veía una mujer así, se elevaba en él un sentimiento tan dulce que se ahogaba, y las lágrimas le acudían a los ojos. Esperaba que ella, en aquel momento, se acercase a él y se levantase el velo. Vería todo su rostro sonreírle, la abrazaría, percibiría su perfume y la suavidad de su mano y lloraría de dicha, como una noche en que se tendió a sus pies y ella le hacía cosquillas y él reía mordiéndole su blanca mano llena de sortijas.

Cuando supo casualmente por el aya que su madre no había muerto y que su padre y Lidia Ivanovna se lo habían dicho así porque ella era mala (en lo cual él, como la quería tanto, no creyó en modo alguno), siguió esperándola y buscándola todavía con más ahínco.

Hoy, en el Jardín de Verano, había visto una señora alta, con velo lila, a la que había seguido con la mirada, sintiendo el corazón estremecido, pensando que era ella, mientras la estuvo viendo avanzar a su encuentro por el caminito.

Pero la señora no llegó a su lado; desapareció no se sabía por dónde. Y hoy Sergio sentía más cariño que nunca hacia su madre y, mientras esperaba a su padre, sin darse cuenta, rayó con el cortaplumas todo el borde de la mesa, mirando ante sí con ojos brillantes y pensando en ella.

–Ya viene papá –interrumpió Basilio Lukich.

Sergio se levantó de un salto, corrió hacia su padre y, después de besarle la mano, le miró atentamente, esperando descubrir en su rostro señales de alegría relativas a la condecoración de Alejandro Nevsky.

–¿Te has divertido en el paseo? –preguntó Karenin, sentándose en su butaca, acercando la Biblia y abriéndola.

Aunque Alexey Alejandrovich decía a menudo a Sergio que todo cristiano debe conocer bien la Historia Sagrada, él mismo solía consultar la Biblia a menudo, y su hijo no dejaba de observarlo.

–Sí, me divertí mucho, papá –repuso el ni-

ño, sentándose de lado en la silla y balanceándola, lo cual le estaba prohibido–. He visto a Nadeñka –se refería a una sobrina de Lidia Ivanovna que vivía en casa de ésta– y me ha dicho que le han dado a usted una nueva condecoración. ¿Está usted satisfecho, papá?

–Ante todo, no te balancees así –repuso su padre–. Y luego, lo que debe agradar es el trabajo y no su recompensa. Desearía que te fijaras mucho en esto. Si trabajas y estudias tus lecciones sólo por el premio, el trabajo te parecerá muy pesado. Pero cuando trabajes por amor al trabajo, hallarás en él la mejor recompensa.

Alexey Alejandrovich hablaba así recordando cómo se había sostenido a sí mismo con la idea del deber durante el aburrido trabajo de aquella mañana, consistente en firmar ciento dieciocho documentos.

El dulce y alegre brillo de los ojos de Sergio se apagó, y bajó la vista al encontrar la de su padre. Aquel tono, bien conocido, era el que empleaba siempre con él, y Sergio sabía cómo debía acogerlo. Su padre le hablaba como

dirigiéndose a un niño imaginario –o así le parecía a Sergio–, a un niño como los que se hallan en los libros y a los que Sergio no se parecía en nada.

Pero el niño procuraba entonces fingir que era uno de aquellos niños de los libros.

–Espero que lo comprendas –concluyó su padre.

–Sí, papá –respondió Sergio, fingiendo ser aquel niño imaginario.

La lección consistía en escribir de memoria algunos versículos del Evangelio y en dar un repaso al Antiguo Testamento.

Sergio conocía bastante bien los versículos del Evangelio, pero ahora, mientras los reci-taba, se fijó en el hueso de la frente de su padre, y al observar el ángulo que formaba con la sien, el chiquillo se confundió en los versículos y el final de uno lo colocó en el principio de otro que empezaba con la misma palabra.

Karenin notó que el niño no comprendía lo que estaba diciendo y se irritó.

Arrugó el entrecejo y empezó a decir lo que Sergio oyera ya cien veces y no podía recordar por comprenderlo demasiado bien, al estilo de la frase «de repente», que era un modo adverbial.

Miraba, pues, a su padre con asustados ojos pensando sólo en una cosa: en sí le obligaría a repetir lo que decía ahora, como sucedía a veces.

Pero su padre no le hizo repetir nada y pa-só a la lección del Antiguo Testamento, Sergio recitó bien los hechos, pero

cuando pasó a explicar la significación profética que tenían algunos, manifestó una total ignorancia, a pesar de que ya había sido otra vez castigado por no saber la misma lección.

Y cuando no pudo ya contestar absolutamente nada y quedó parado, rayando la mesa con el cortaplumas, fue al tratar de los patriarcas antediluvianos. No recordaba a ninguno de ellos, excepto a Enoch, arrebatado vivo a los cielos. Antes recordaba los nombres, pero ahora los había olvidado completamente, sobre todo porque de todas las figuras del Antiguo Testamento la que prefería era la de Enoch, y porque junto a la idea del rapto del profeta se mezclaba en su cerebro una larga cadena de pensamientos a los que se entregaba también ahora, mientras miraba con ojos extáticos la cadena del reloj y un botón a medio abrochar del chaleco de su padre.

Sergio se negaba en redondo a creer en la muerte, de la que le hablaban tan a menudo.

No creía que pudieran morir las personas a quienes quería, y, sobre todo, él mismo. Le parecía imposible a incomprensible.

Pero como le decían que todos terminaban muriendo, lo preguntó a personas en quienes confiaba y todos se lo confirmaron. El aya de-cía también que sí, aunque de mal grado. Pe-ro Enoch no había muerto, lo que probaba que no todos mueren.

«¿Por qué no puede todo el mundo hacerse agradable a Dios para ser llevado vivo a los cielos?», pensaba Sergio. Los malos, es decir, los que Sergio no quería, sí podían morir, pero los buenos debían ser todos como Enoch.

–A ver: ¿cuáles fueron los patriarcas?

–Enoch, Enoch...

–Ya lo has dicho. Mal, muy mal, Sergio...

Si no tratas de saber lo que más importancia tiene para un cristiano, ¿cómo puede intere-sarte lo demás? –dijo el padre, levantándose–. Estoy descontento de ti y también lo es-tá Pedro Ignatievich –se refería al sabio pedagogo–. Tendré que castigarte.

Padre y profesor estaban, en efecto, descontentos de Sergio. Y, a decir verdad, el ni-

ño era bastante desaplicado. Pero no podía decirse que fuera un niño de pocas aptitudes.

Al contrario: era más despejado que otros a los que el profesor le ponía como ejemplo. A juicio de su padre, Sergio no quería estudiar lo que le mandaban. Pero en realidad no po-día estudiar porque en su alma había exigencias más apremiantes que las que le imponí-

an su padre y su profesor. Y como aquellas dos clases de exigencias estaban en oposición, Sergio luchaba contra sus educadores abiertamente.

Tenía nueve años, era un niño, pero conocía su alma, la quería y la cuidaba como el párpado cuida del ojo y, sin la llave del afecto, no permitía a nadie penetrar en ella. Sus educadores se quejaban, pero él no quería estudiar y, sin embargo, su alma rebosaba de ansia de saber. Y aprendía de Kapitorich, del aya, de Nadeñka, de Basilio Lukich, mas no de sus maestros. El agua con que el padre y el pedagogo trataban de mover las ruedas de su molino, ya goteaba y trabajaba por otro lado.

El padre castigó a Sergio prohibiéndole ir a casa de la sobrina de Lidia Ivanovna, pero el castigo más que entristecerle le alegró. Basilio Lukich estaba de buen humor y le enseñó a hacer molinos de viento.

Pasó, pues, toda la tarde trabajando y meditando en cómo podría hacer un molino en el cual uno pudiese girar asiéndose a las aspas o atándose a ellas.

No pensó en su madre en toda la tarde, pero una vez acostado la recordó de pronto y rogó a Dios, a su manera, para que dejara de ocultarse y le visitara al día siguiente, que era el de su cumpleaños.

–Basilio Lukich, ¿sabe por lo que he rezado, además de lo de todos los días?

–Por estudiar mejor.

–No.

–Por recibir juguetes.

–No. No lo adivinará. Es una cosa magnífi-ca... pero es un secreto. Cuando llegue, se lo diré... ¿No lo adivina?

–No, no, no lo adivino. Dígamelo... –

repuso Basilio Lukich, sonriendo, lo cual ocurría pocas veces–. En fin, duérmase, más valdrá... Voy a apagar la vela.

–Sin la vela veo mejor lo que quiero ver y por lo que he rezado. ¡Por poco le descubro mi secreto! –exclamó Sergio, riendo alegremente.

Cuando se llevaron la vela, Sergio vio y sintió a su madre. Estaba de pie ante él y le acariciaba con su mirada amorosa.

Luego había molinos, cortaplumas... En la mente de Sergio todo se fue confundiendo hasta que se durmió.

XXVIII

Vronsky y Ana, al llegar a San Petersburgo, se hospedaron en uno de los mejores hoteles. Vronsky se instaló en el piso bajo, y Ana, con la niña, la nodriza y la doncella, en un departamento de cuatro habitaciones.

El mismo día de su llegada, Vronsky visitó a su hermano, y encontró allí a su madre, venida de Moscú para sus asuntos.

Su madre y su cuñada le recibieron como siempre, le preguntaron por su viaje al extranjero, hablaron de sus conocidos y no dijeron ni una palabra de sus relaciones con Ana.

Pero cuando su hermano le visitó al siguiente día, le preguntó por ella. Alexey Vronsky le declaró francamente que consideraba sus relaciones con Ana como un matrimonio legal y que esperaba arreglar el divorcio y casarse entonces, pero que para él Ana era ya su mujer como cualquier otra, y le rogaba que lo dijese así a su madre y a su cu-

ñada.

–Si la buena sociedad no lo aprueba, me da igual –añadió Vronsky–. Pero si mi familia quiere conservar conmigo relaciones de parentesco, debe hacerlas extensivas a mi mujer.

Su hermano mayor, que respetaba siempre las ideas del otro, no sabía qué decir, hasta que el mundo sancionara o no esta decisión. Pero, como él personalmente no tenía nada que oponer, entró con Alexey a ver a Ana.

En presencia de su hermano, como ante los demás. Vronsky la trató de usted, como a una amiga íntima. Pero quedaba sobreenten-dido que el hermano conocía aquellas relaciones y se habló de que Ana fuera a la finca de los Vronsky.

Pese a su tacto mundano, Vronsky, en virtud de la falsa posición en que se encontraba, incurría en un extraño error. Debía haber comprendido que el mundo estaba cerrado para él y para Ana. Pero actualmente nacía en su cerebro la vaga idea de que, si eso era así antiguamente, ahora, dado el rápido progreso humano (a la sazón era muy partidario de todos los progresos), el punto de vista de la sociedad había cambiado y por tanto la cuestión de si ellos serían recibidos en sociedad o no, no estaba aún decidida.

«Claro que los círculos de la Corte no la recibirán», se decía, «pero los allegados deben y pueden comprendernos».

Se puede muy bien estar sentado con las piernas encogidas y sin cambiar de posición durante varias horas sabiendo que nada impedirá cambiar de postura. Pero si se sabe que obligatoriamente se ha de permanecer sentado con las piernas encogidas, se sufren calambres y los pies tiemblan y necesitan es-tirarse.

Lo mismo sentía Vronsky respecto al gran mundo. Aunque en el fondo de su alma sabía que estaba cerrado para ellos, quería probar a ver si, con el cambio de las costumbres, los aceptaba.

No tardó en darse cuenta de que el mundo seguía abierto para él personalmente, pero no para Ana. Como en el juego del gato y el ratón, los brazos que se alzaban para darle paso se bajaban al ir a pasar ella.

Una de las primeras mujeres distinguidas a quienes Vronsky vio, fue a su prima Betsy.

–¡Al fin! –exclamó alegremente Betsy–. ¿Y

Ana? ¡Cuánto me alegro de verle! ¿Dónde han estado? Deben de encontrar muy feo San Petersburgo después de su espléndido viaje.

¡Ya me imagino su luna de miel en Roma! ¿Y

el divorcio? ¿Lo han obtenido?

Vronsky notó que el entusiasmo de Betsy decaía algo cuando le contestó que aún no habían conseguido el divorcio.

–Van a lapidarme –dijo Betsy–, pero, no obstante, visitaré a Ana. Sí, iré de todos modos. ¿Permanecerán aquí por mucho tiempo?

El mismo día, en efecto, visitó a Ana. Pero su tono era totalmente distinto del de antes.

Se la notaba orgullosa de su atrevimiento y quería que Ana apreciase la fidelidad de sus sentimientos amistosos.

Sólo estuvo unos diez minutos. Habló de las novedades del mundo y al marcharse di-jo:

–No me han dicho cuándo obtendrán el divorcio. Aunque yo me he liado la manta a la cabeza habrá algunas orgullosas que la recibirán fríamente mientras no estén casados. Y

con lo sencillo que es eso ahora... Ça se fait... ¿Así que se van el viernes? Siento que no nos podamos ver más por ahora...

Por el acento de Betsy, Vronsky podía comprender lo que debía esperar del gran mundo, pero aun hizo una prueba

más con la familia.

No ponía mucha esperanza en su madre.

Sabía que ésta, tan entusiasmada con Ana cuando la conoció, era ahora inflexible con ella pensando que había arruinado la carrera de su hijo. Pero Vronsky confiaba mucho en su cuñada Varia. Parecíale que ella, incapaz de tirar la primera piedra, resolvería con toda naturalidad ver a Ana y recibirla en su casa.

Al día siguiente de llegar, fue, pues, a visitarla y, hallándola sola, le expuso francamente su deseo.

Varia, después de oírle, le contestó:

–Ya sabes, Alexey, que te aprecio y estoy dispuesta a hacer por ti todo lo que sea. Pero he callado porque en nada puedo seros útil a Ana Arkadievna y a ti –pronunció «Arkadievna» con una entonación particular–. No pienses, te lo ruego –prosiguió– que la cen-suro. Eso nunca. Quizá yo en su lugar habría hecho lo mismo. No puedo entrar en detalles

–continuó con timidez mirando el rostro grave de Vronsky–; pero las cosas hay que llamarlas por su nombre. Tú quieres que yo va-ya a su casa, que lá reciba y que con eso la rehabilite ante el mundo. Pero, compréndelo, esto «no puedo hacerlo». Tengo hijos, debo vivir en sociedad por mi marido. Si visito a Ana Arkadievna ella comprenderá que no puedo invitarla a casa o que debo hacerlo de manera que no se encuentre aquí con nadie, y eso la ofenderá también No puedo levantar-la de...

–No creo que Ana haya caído más bajo que cientos de mujeres que vosotros recibís –

interrumpió Vronsky con mayor gravedad.

Y se levantó, adivinando que la decisión de su cuñada era irrevocable.

–Te ruego, Alexey, que no te enfades conmigo. Comprende que no tengo la culpa...

Y Varia le miraba con tímida sonrisa.

–No me enfado contigo –repuso él, siempre serio–, pero esto en ti me es doblemente penoso y lo siento porque rompe nuestra amistad. Ya comprenderás que para mí no puede ser de otro modo.

Y con esto, Vronsky la dejó.

Reconoció, pues, que sus esfuerzos eran vanos y que debía pasar aquellos días en San Petersburgo como en una ciudad desconocida, evitando su relación con el mundo de antes, para no sufrir escenas desagradables y no soportar dolorosas ofensas.

Una de las cosas principalmente ingratas en su situación era que su nombre y el de Karenin se oían en todas partes. Imposible hablar de nada sin que el nombre de Alexey Alejandrovich surgiera en la conversación, imposible ir a parte alguna sin riesgo de encontrarle.

Así, al menos, le parecía a Vronsky, de la misma manera que a un enfermo a quien le duele el dedo se le antoja que todos los golpes van a parar a él.

A Vronsky la existencia en San Petersburgo le fue todavía más penosa, porque durante todo aquel tiempo advirtió en Ana una actitud incomprensible para él.

Algo la atormentaba, sin duda, y algo le ocultaba. No mostraba reparar en las afrentas que emponzoñaban la vida

de él y que, dada su aguda sensibilidad, debían forzosamente de haberle sido también a ella muy dolorosas.

XXIX

Uno de los fines principales del viaje a Rusia, era, para Ana, ver a su hijo.

Desde que salió de Italia, la idea de verle no dejó un momento de conmoverla, y, cuanto más se acercaba a San Petersburgo, mayor le parecía el encanto y la transcendencia de aquel encuentro con el niño.

Figurábasele sencillo y natural ver a su hijo hallándose en la misma ciudad que él; pero, una vez en San Petersburgo, se hizo evidente su situación ante la sociedad y comprendió que no sería nada fácil arreglar aquella entrevista.

Llevaba ya dos días en la ciudad, y aunque la idea de verle no la dejaba un momento, no había adelantado ni un solo paso en aquel camino.

Ana reconocía que no tenía derecho a ir abiertamente a casa de Karenin, a riesgo de encontrarle, y que podía muy bien suceder que le prohibieran la entrada, cosa que la habría llenado de vergüenza.

Sólo el pensar en escribir a su marido y cruzar cartas con él, le suponía ya un tormento. únicamente cuando no se acordaba de su marido podía estar tranquila. Ver a su hijo en el paseo, enterándose de a dónde y cuándo salía el niño, no le bastaba. ¡Se preparaba tanto para esa entrevista, tenía tantas cosas que decirle, deseaba tan ardientemente besarle y poderle estrechar entre sus brazos!

La vieja aya de Sergio podía orientarla y aconsejarla en ello. Pero el aya no estaba en casa de Karenin. Estas dudas y en

la búsqueda del aya, pasaron dos días.

Al informarse de las relaciones que unían ahora a Karenin y a Lidia Ivanovna, Ana decidió al tercer día escribir a la Condesa.

Aquella carta, que le costó tanto trabajo, y en la que mencionaba intencionadamente la grandeza de alma de su marido, estaba escrita con la esperanza de que la viese él y, continuando en su papel magnánimo, le conce-diera lo que pedía.

El enviado que llevara la carta trajo una respuesta cruel e inesperada: que no había contestación.

Jamás se sintió tan humillada como en aquel momento en que, llamando al enviado, le oyó detallar cómo le habían hecho esperar y cómo luego le dijeron que no había respuesta.

Ana se sintió humillada y ofendida, pero reconocía que, desde su punto de vista, la condesa Lidia Ivanovna tenía razón.

Su dolor era tanto más hondo, cuanto que había de soportarlo ella sola. No podía ni quería compartirlo con Vronsky. Sabía que, aunque era él la causa principal de su desventura, la entrevista con su hijo había de parecerle una cosa sin importancia. A su juicio, Vronsky no podría comprender nunca toda la intensidad de su sufrimiento, y temía, como nunca había temido, experimentar hacia él un sentimiento hostil al notar el tono frío en que habría, sin duda, de hablarle de aquello.

Ana pasó en casa todo el día, meditando medios para conseguir su propósito, hasta que, al fin, decidió escribir una

carta a su marido. Ya la tenía redactada cuando le llevaron la de Lidia Ivanovna.

El silencio de la Condesa la había hecho conformarse, pero su carta y lo que pudo leer en ella entre líneas la irritaron tanto, le pareció tan excesiva aquella maldad ante su natural cariño a su hijo, que se indignó contra los demás y dejó de inculparse a sí misma.

«¡Qué frialdad! ¡Qué fingimiento!», se de-cía. «Quieren ofenderme y hacer sufrir al ni-

ño. ¿Y he de obedecerles? ¡Jamás! Ella es peor que yo, que, al menos, no miento.»

Y decidió en seguida que al día siguiente, cumpleaños de Sergio, iría a casa de su marido, sobornaría a los criados, los engañaría; pero vería a su hijo, costara lo que costara, y destruiría el terrible engaño de que rodeaban a la desgraciada criatura.

Fue a un almacén de juguetes, compró un sinfín de cosas y estudió un plan.

Temprano, a cosa de las ocho de la maña-na, antes de que Alexey Alejandrovich se hubiera levantado, acudiría a la casa. Llevaría en la mano dinero para el portero y el lacayo, a fin de que ellos la dejasen entrar y, sin levantarse el velo, les diría que iba de parte del padrino de Sergio para felicitarle y que le ha-bían encargado que pusiera los juguetes por sí misma junto a la cama del niño.

Lo único que no preparó fue las palabras que diría a su hijo, pues por más que lo había meditado no se le ocurrió lo que le había de decir.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Ana, apeándose de un coche de alquiler, llamó a la puerta principal de la casa que un día fuera suya.

–Vaya a ver quién es. Parece una señora –

dijo Kapitonich aún a medio vestir, con abrigo y chanclos, mirando por la ventana a la mujer que había junto a la puerta.

El ayudante del portero era un hombre desconocido para Ana. Apenas abrió la puerta, ella entró, sacó rápidamente del manguito un billete de tres rublos y se lo deslizó en la mano.

–Sergio, Sergio Alejandrovich –dijo Ana.

Y continuó rápida su camino.

El criado, una vez examinado el dinero, la detuvo en la puerta siguiente.

–¿A quién desea ver? ––dijo.

Notando la turbación de la desconocida, salió Kapitonich en persona al encuentro de la desconocida, la hizo pasar y le preguntó qué quería.

–Vengo de parte del príncipe Skeradumov a ver a Sergio Alejandrovich.

–El señorito no está levantado aún –

repuso el portero mirándola con atención.

Ana no esperaba que el aspecto invariable de la casa donde había vivido nueve años pudiera causarle tan vivo efecto. Recuerdos alegres y penosos se elevaron uno tras otro en su

alma, haciéndole olvidar por un momento el objeto de su visita.

–¿Desea esperar? –preguntó Kapitonich, ayudándole a quitarse el abrigo de pieles.

Al hacerlo, la miró al rostro, la reconoció y, sin decirle nada, la saludó con respeto.

–Haga el favor de entrar, Excelencia –dijo después.

Ana quiso hablarle, pero la voz se le ahogó en la garganta. Y, mirando al viejo con aire culpable, subió la escalera con pasos leves y rápidos.

Kapitonich, inclinándose hacia delante y tropezando con los chanclos en los escalones, la seguía corriendo, tratando de alcanzarla.

–Está allí el preceptor. Quizá no se haya vestido. Iré a anunciarla.

Ana seguía subiendo la escalera tan conocida sin entender lo que le decía el anciano.

–Aquí, a la izquierda, haga el favor. Perdone que no esté limpio aún... El señorito duerme ahora en el cuarto del diván –

murmuró el portero, esforzándose en recobrar la respiración–. Perdone, Excelencia, pe-ro conviene esperar un poco. Iré a mirar..

Y, adelantándose a Ana, abrió a medias una alta puerta y desapareció tras ella.

Ana esperó.

El portero salió de nuevo.

–El señorito acaba de despertar ––dijo.

En el mismo momento en que el anciano portero pronunciaba estas palabras, Ana oyó un bostezo infantil. En aquel sonido reconoció a su hijo y le pareció ya verle ante ella.

–¡Déjeme! ¡Déjeme, y váyase! –pronunció Ana, cruzando la alta puerta.

A la derecha de la entrada había una cama y en ella estaba sentado el niño que, vestido sólo con una camisita, terminaba de despere-zarse, inclinando el cuerpo.

En el momento en que sus labios se junta-ron de nuevo, se dibujó en ellos una sonrisa feliz, y con aquella sonrisa el niño se dejó caer otra vez en el lecho, vencido por un suave sueño.

–¡Sergio! –llamó Ana, acercándose con pa-so cauteloso.

Durante su separación, y más aún en aquellos días en que la inundaba tan viva ternura por su hijo, Ana le imaginaba como un niño de cuatro años, ya que fue a aquella edad cuando más le había querido. Pero ahora no, estaba tal como le dejó.

Su aspecto difería mucho del de un niño de cuatro años; había crecido y adelgazado. ¡Oh, qué delgado tenía el rostro, qué cortos los cabellos y qué largos los brazos! ¡Cuán diferente era de cuando ella le había dejado!

Pero era él, con su misma forma de cabeza, con sus labios, con su suave cuello y sus anchos hombros.

–¡Sergio! –repitió al oído mismo del niño.

Sergio se incorporó sobre un codo, movió la cabeza a ambos lados como buscando algo y abrió los ojos.

Por algunos segundos miró silencioso a interrogativo a su madre, inmóvil ante él.

De pronto, rió lleno de dicha y, cerrando de nuevo sus ojos cargados de sueño, se dejó caer otra vez, pero no hacia atrás, sino en los brazos de su madre.

–¡Sergio, querido niño mío! –exclamó Ana, sofocada, abrazando el amado cuerpecito.

–¡Mamá! –contestó el niño, moviéndose en todas direcciones para que su cuerpo rozara por todas partes los brazos de su madre.

Sonriendo medio dormido, siempre con los ojos cerrados, y apoyándose con sus manos gordezuelas en la cabecera de la cama, se asió a los hombros de su madre y se dejó caer sobre su regazo, exhalando ese agradable olor que sólo tienen los niños en el lecho.

En seguida empezó a frotarse el rostro contra el cuello y los hombros de su madre.

–Ya sabía ––dijo, abriendo los ojos–, que habías de venir. Hoy es el día de mi cumplea-

ños... Me he despertado ahora mismo y voy a levantarme...

Y, mientras hablaba, se quedó de nuevo dormido.

Ana le miraba con afán, viendo cuánto había crecido y cambiado en su ausencia. Reconocía y desconocía a la vez

sus piernas desnudas, ahora tan largas, sus mejillas en-flaquecidas, los cortos rizos de su nuca, que tantas veces había besado.

Estrechaba todo aquello contra su corazón y no podía hablar, ahogada por las lágrimas.

–¿Por qué lloras, mamá? –preguntó el ni-

ño, despertando por completo, ¿Por qué lloras, mamá? –gritó con voz quejumbrosa.

–No lloraré más. Lloro de alegría. ¡Hace tanto que no te he visto! No, no lloraré más, no lloraré... –dijo, devorando sus lágrimas y volviendo la cabeza–. Ea, ya es hora de ves-tirte –añadió, recobrando algo de su serenidad, después de un silencio.

Y, sin soltar sus manos, se sentó al lado de la cama en una silla, sobre la que estaba la ropa del pequeño.

–¿Cómo te vistes sin mí? ¿Cómo ...? –dijo, tratando de expresarse con voz natural y alegre.

Pero no pudo terminar y volvió una vez más la cara.

–No me lavo ya con agua fría; papá no me deja. ¿Has visto a Basilio Lukich? Vendrá ahora... ¡Ah, te has sentado sobre mi vestido!

Sergio rió a carcajadas. Ana le miró, sonriendo.

–¡Mamá, querida mamá! –gritó el chiquillo, lanzándose de nuevo a ella y abrazándola.

Parecía que sólo ahora, al ver su sonrisa, comprendió lo que pasaba.

–Esto no te hace falta –siguió el niño quitándole el sombrero.

Y cuando Ana estuvo sin él, Sergio como si en aquel momento la viese por primera vez, se precipitó a ella para besarla.

–¿Qué pensabas de mí? ¿Creías que había muerto?

–No lo creí nunca.

–¿No lo creíste, hijito mío?

–¡Sabía que no, sabía que no! –respondió el niño empleando su frase predilecta.

Y cogiendo la mano de su madre, que acariciaba sus cabellos, la oprimió contra sus labios y la besó.

XXX

Entre tanto, Basilio Lukich que, al principio no había comprendido quién era aquella se-

ñora, suponiendo por la conversación que aquella era la esposa que había abandonado a su marido, y a la que no conocía, por no estar ya en la casa cuando él llegara allí, dudaba si debía entrar o no y si procedía avisar a Karenin.

Pensando, al fin, que su deber era despertar diariamente a Sergio a una hora fija y que para hacerlo no debía preocuparse de quien estuviese allí, fuera su madre o cualquier otra persona, ya que a él sólo le incumbía cumplir su obligación, Basilio Lukich vistióse, se acercó a la puerta y la abrió.

Pero las caricias de madre a hijo, el tono de su voz y lo que se decían, le forzó a cambiar de decisión. Movió la cabeza y

cerró la puerta, con un suspiro.

«Esperaré diez minutos más», se dijo, tosiendo y secándose las lágrimas.

Entre los criados, mientras tanto, reinaba gran agitación Todos sabían que había llegado la señora, que Kapitonich la había dejado entrar, que ahora estaba en el cuarto del ni-

ño, y que el señor entraba a verle todos los días a cosa de las nueve...

Todos comprendían que el encuentro de los esposos era una cosa imposible, y que debían hacer cuanto estuviese en sus manos para impedirlo.

Korney, el ayuda de cámara, bajó a la portería para saber quién había dejado pasar a Ana, y al saber que era Kapitonich dirigió al viejo una severa represión.

El portero callaba obstinadamente, pero cuando Korney dijo que merecía que le despidiesen, Kapitonich se acercó al criado y, agitando las manos ante su rostro, le dijo:

–¿Acaso tú no la habrías dejado entrar? He servido diez años aquí y sólo he visto en ella bondad. ¡Me habría gustado verte a ti decirle que hiciera el favor de marcharse! ¡Claro, que tú sabes nadar en todas las aguas! Más valdría que pensaras en lo que robas al señor y en los abrigos de castor que le quitas...

–¡Soldado! ––exclamó Korney con desprecio, y se volvió hacia el aya, que entraba en aquel instante.

–¿Sabe María Efinovna que la ha dejado entrar sin decir nada a nadie? Y Alexey Alejandrovich va a salir ahora mismo e irá al cuarto del chico...

–¡Qué cosas, qué cosas! –exclamaba el aya–. Podía usted entretener un rato al se-

ñor, Korney Vasilievich, mientras yo subo corriendo para hacerla salir.. ¡Qué cosas, Dios mío, qué cosas!

Cuando el aya penetró en el cuarto de Sergio, éste contaba a su madre que él y Na-deñka se habían caído en la montaña rusa y dieron tres volteretas.

Ana escuchaba el sonido de su voz, veía su rostro y el juego de su expresión, sentía su mano, pero no entendía lo que le hablaba.

Tenía que marchar y dejarle. No pensaba ni comprendía otra cosa. Oía los pasos de Basilio Lukich, que se acercaba a la puerta tosiendo, oía los del aya, que llegaba ya, pero continuaba sentada, como convertida en piedra, sin fuerzas para hablar ni para levantarse.

–¡Oh, mi señora! –––dijo el aya, acercándose, y besando sus manos y hombros–.

¡Qué alegría ha dado Dios a nuestro niño el día de su cumpleaños! No ha cambiado usted nada, nada...

–No sabía que usted vivía ahora en casa, aya querida ––dijo Ana, serenándose por un momento.

–No vivo aquí, vivo con mi hija. He venido para felicitar a Sergio, mi querida señora Ana Arkadievna.

De pronto, rompió a llorar y volvió a besar las manos de Ana.

Sergio, con ojos y sonrisa radiantes, asiéndose con una mano a su madre y con la otra al aya, pisoteaba el tapiz con

sus piernas llenas y descalzas. El efecto conmovedor con que su querida aya trataba a su madre, le colmaba de júbilo.

–Mamá: el aya viene mucho a verme y cuando viene... –– empezó a contar el niño.

Pero se detuvo al observar que el aya hablaba en voz baja a Ana, en cuyo rostro se dibujó el terror y algo parecido a la vergüenza, lo cual le sentaba muy mal.

Se inclinó hacia su hijo.

–Queridito mío... –murmuro.

No dijo «adiós», pero el niño lo leyó en la expresión de su rostro,

–¡Oh querido, queridísimo Kutik! ––

continuó Ana, dando al niño el nombre con que le llamaba de pequeño–. ¿No me olvidarás? Tú...

No pudo hablar más.

¡Cuántas palabras pensó después que po-día haberle dicho en este momento! Pero ahora no sabía ni podía decirle nada.

Y, sin embargo, Sergio comprendió cuanto ella hubiera querido decirle. Comprendió que era desgraciada y que le quería, y hasta comprendió que el aya decía en voz baja a su madre:

–Siempre viene hacia las nueve...

Y adivinó que hablaban de su padre y que ella y él no debían verse.

Todo esto lo comprendía, mas no comprendía el motivo, ni por qué se dibujaba el terror en el semblante de su madre. Sin duds ella no era culpable de nada, pero temía a su marido y se avergonzaba de algo.

Habría deseado hacer una pregunta que le aclarase aquellas dudas, pero no se atrevía a hacerla porque veía que su madre sufría, y sentía piedad de ella. Apretándose contra su cuerpo, murmuró en voz baja.

–No te vayas todavía. El tardará algo en venir..

La madre le apartó un poco para ver si el niño se daba cuenta de lo que decía, y en su rostro asustado leyó que el niño no sólo hablaba de su padre, sino que hasta parecía preguntar qué debía pensar de él.

–Sergio, querido hijito, ama mucho a tu padre. Es mejor y más bueno que yo. Yo me he portado mal con él. Cuando seas mayor lo comprenderás.

–¡No hay nadie más bueno que tú! –gritó el niño con desesperación a través de sus lá-

grimas.

Y cogiéndola por los hombros, la apretó con toda su fuerza con sus brazos temblorosos y tensos.

–¡Mi pequeño, n–ú querido Sergio! –dijo Ana.

Y se puso a llorar débilmente, como un ni-

ño, como lloraba él.

En aquel instante se abrió la puerta y apareció Basilio Lukich.

Próximos a otra puerta sonaron pasos. El aya dijo en voz baja:

–Ya viene.

Y entregó el sombrero a Ana.

Sergio se deslizó en la cama y rompió a llorar, cubriéndose el rostro con las manos.

Ana separó aquellas manos, besó una vez más el rostro húmedo de lágrimas y con rápi-do paso salió de la alcoba.

Alexey Alejandrovich avanzaba en dirección opuesta. Al verla, se detuvo a inclinó la cabeza.

Aunque sólo un momento antes Ana afirmaba que él era mejor y más bueno que ella, en la mirada rápida que le dirigió, al distinguir su figura en todos sus detalles, la invadieron los habituales sentimientos de aversión, de odio y de envidia de que le hubiera quitado a su hijo.

Con rápido ademán se bajó el velo y salió de allí casi a la carrera.

No había tenido tiempo de desenvolver los paquetes que con tanta ternura y tristeza comprara el día anterior en la tienda para su hijo y se los llevó consigo en el mismo estado.

XXXI

A pesar de su inmenso deseo de ver a su hijo, a pesar del mucho tiempo que hacía que meditaba y preparaba la entrevista, Ana no esperaba que hubiese de impresionarla tan profundamente.

De vuelta a su solitario cuarto del hotel, no pudo comprender durante largo rato por qué estaba allí.

«Todo aquello ha terminado y vuelvo a estar sola», se dijo al fin.

Y, sin quitarse el sombrero, se dejó caer en una butaca próxima a la chimenea.

Fijó la mirada en el reloj de bronce próxi-mo a la ventana y comenzó a reflexionar. La doncella francesa que trajera del extranjero entró para saber si debía vestirla.

Ana la miró sorprendida y dijo:

–Luego.

El criado llevó el café.

–Luego –volvió a decir.

La nodriza italiana, que acababa de vestir a la niña, entró y se la presentó a Ana.

La pequeña, llenita y bien nutrida, al ver a su madre tendió como siempre sus bracitos hacia ella, con las palmas de las manos vueltas hacia abajo y, sonriendo con su boca sin dientes, comenzó a mover las manitas como un pez las aletas, produciendo un ruido seco con los pliegues almidonados de su faldón.

Era imposible no sonreír, no besar a la ni-

ña; imposible no dejarle coger el dedo, al que ella se asió chillando y saltando con todo su cuerpo, imposible también no ofrecerle los labios que ella, persiguiendo un beso, tomó con su boquita.

Ana la cogió en brazos, la hizo saltar en ellos, besó su fresca mejilla... Pero, al ver a la pequeña, comprendió con claridad que lo que sentía por ella no era ni siquiera afecto comparado con lo que experimentaba por Sergio.

Todo en aquella niña era gracioso, pero, sin saber por qué, no llenaba su corazón. En el primer hijo, aunque fuera de un hombre a quien no amaba, había concentrado todas sus insatisfechas ansias de cariño. La niña había nacido en circunstancias más penosas y no se había puesto en ella ni la milésima parte de los cuidados que se dedicaran al primero.

Además, la niña no era aún más que una esperanza, mientras que Sergio era ya casi un hombre, un hombre querido, en el cual se agitaban ya pensamientos y sentimientos.

Sergio la comprendía, la amaba, la estudiaba, pensaba Ana, recordando las palabras y las miradas de su hijo.

¡Y estaba separada de él para siempre!, no sólo materialmente, sino también en lo moral, y esta situación no tenía remedio.

Ana entregó la niña a la nodriza, dejó marchar a ésta y abrió el medallón que contenía el retrato de Sergio casi con la misma edad que ahora tenía la niña.

Luego se levantó y, quitándose el sombrero, tomó de una mesita el álbum en que había fotografías de él a diferentes edades, y, para compararlas, las sacó todas.

Quedaba una, la última y la mejor. Sergio, vestido con camisa blanca, sentado a horca-jadas sobre la silla entornaba los ojos y sonreía. Era su expresión más

característica y aquella en la que había salido con más naturalidad.

Ana trató de sacar aquella fotografía con sus pequeñas manos blancas, con sus dedos largos y delgados, tirando de las puntas de la cartulina. Pero la fotografía se resistió y no pudo sacarla. Como no tenía plegadera a ma-no, sacó la fotografía inmediata, que era un retrato de Vronsky 'con sombrero redondo y cabellos largos, hecho en Roma, para empujar con ella el de Sergio.

«¡Ah, es él!», se dijo al ver la fotografía.

Y de pronto recordó quién era la causa de su actual dolor. En toda la mañana no le había recordado una sola vez.

Pero ahora, viendo aquel rostro noble y varonil, tan conocido y querido, Ana sintió de pronto que la inundaba una ola de ternura hacia Vronsky.

«¿Dónde estará? ¿Por qué me deja sola con mis penas?», pensó de pronto, con un sentimiento de reproche, olvidando que ella misma ocultaba a Vronsky todo lo referente a su hijo.

Envió a buscarle, rogándole que subiera en seguida, y le esperó imaginando, con el corazón palpitante, las palabras con que iba a contárselo todo, y las expresiones de amor con que él la consolaría.

El criado subió diciendo que el señor tenía una visita, pero que iría en seguida, y que deseaba saber si ella podía recibirle en compañía del príncipe Jachvin, que había llegado a San Petersburgo.

«No vendrá solo... ¡Y no me ha visto desde ayer a la hora de comer! » , pensó. «No po-dré explicárselo todo... Vendrá con

Jachvin...»

De pronto le acudió a la mente un terrible pensamiento. ¿Habría dejado Vronsky de amarla?

Recordando los hechos de los últimos días, parecíale ver en cada uno de ellos la confirmación de sus sospechas.

El día antes Vronsky no había almorzado en casa; además insistió en que en San Petersburgo se instalaran separadamente; y ahora no venía solo, para evitar verla cara a cara.

« Debería decírmelo, debo saberlo... Si lo supiera, ya acertaría yo lo que me convendría hacer», se decía Ana, sintiéndose sin fuerzas para imaginar la situación en que quedaría cuando se cerciorase de la indiferencia de Vronsky.

Pensando que él había dejado de amarla, sentíase en un extraño estado de excitación, casi desesperada.

Llamó a la doncella y se fue al tocador. Al vestirse, se ocupó de su atavío más que todos aquellos días, como si Vronsky, en caso de que la hubiera dejado de amar, pudiese enamorarse de nuevo viéndola mejor vestida y peinada.

El timbre sonó antes de que hubiera terminado.

Cuando salió al salón, no fue la mirada de Vronsky, sino la de Jachvin, la primera que halló.

Vronsky contemplaba las fotografías de su hijo que ella había dejado sobre la mesa y no se apresuró a mirarla.

–Ya nos conocemos ––dijo Ana, poniendo su manecita en la manaza de Jachvin, que la saludaba confuso, ya que, en

contraste con su enorme estatura, era un hombre de una gran timidez.

–Nos conocimos en las carreras, el año pasado. ¡Démelas! ––dijo Ana, dirigiéndose ahora a Vronsky y asiendo con un rápido ademán los retratos que él examinaba, y mi-rándole significativamente con sus ojos brillantes.

–¿Qué tal este año las carreras? –preguntó luego a Jachvin–. Yo he asistido a las del Cor-so, en Roma. Ya sé que a usted no le gusta la vida extranjera –agregó, sonriendo dulcemente–. Le conozco bien y sé todas sus preferencias a pesar de las pocas veces que nos hemos visto.

–Lo siento, porque todas mis preferencias son, en general, de muy mal gusto –dijo Jachvin, mordiéndose la guía izquierda del bigote.

Después de charlar un rato, y viendo que Vronsky consultaba el reloj, Jaclivin preguntó a Ana si estaría mucho tiempo en San Petersburgo e, irguiendo su imponente figura, cogió su gorra de uniforme.

–Creo que no mucho –repuso Ana mirando a Vronsky con inquietud.

–¿De modo que ya no nos veremos? –

preguntó a su amigo levantándose–. ¿Dónde comes hoy?

–Vengan a comer los dos conmigo ––dijo Ana, enfadándose consigo misma al notar que se ruborizaba como siempre que mostraba su situación ante una persona más–. La comida aquí no es gran cosa, pero así se ve-rán ustedes... Alexey, de sus compañeros de regimiento, es a usted a quien aprecia más.

–Muchas gracias –contestó Jaclivin con una sonrisa en la que Vronsky leyó que Ana le había agradado.

Jachvin saludó y salió. Vronsky quedó un poco atrás.

–¿Te vas también? –preguntó Ana.

–Se me hace tarde ––contestó él.

Y gritó a Jachvin:

–¡Ahora te alcanzo!

Ana cogió la mano de Vronsky y, sin apartar la mirada de él, buscando en su mente lo que pudiera decir para retenerle, dijo:

–Espera, quiero decirte una cosa.

Le cogió la mano y la apretó contra su rostro.

– ¿Te disgusta que le haya invitado a comer? –añadió.

–Has hecho muy bien –repuso Vronsky, con tranquila sonrisa, descubriendo las apretadas hileras de sus dientes y besándole la mano.

–Alexey, ¿sigues siendo el mismo para mí?

–preguntó Ana, apretando la mano de él entre las suyas–. Sufro mucho aquí, Alexey.

¿Cuándo nos vamos?

–Pronto, pronto... No sabes lo penosa que me resulta también a mí la vida aquí–dijo él retirando su mano.

–Ve, ve –repuso Ana ofendida.

La dejó y salió de la habitación rápidamente.

XXXII

Cuando Vronsky volvió, Ana no estaba aún en casa.

A poco de irse él, según le dijeron, había llegado una señora y ambas se habían marchado juntas.

Que ella saliera sin decirle a dónde iba, lo que no había sucedido hasta ahora, y que por la mañana hubiese hecho lo mismo, todo ello unido a la extraña expresión del rostro de Ana y al tono hostil con que por la mañana, en presencia de Jachvin, le había arrebatado las fotografías de su hijo, obligó a Vronsky a reflexionar.

Se dijo que debía hablar con ella y la esperó en el salón.

Pero Ana no volvió sola, sino con su tía, la vieja solterona princesa Oblonskaya, que era la señora que había ido allí por la mañana y con la que Ana había salido de compras.

Al parecer, ella no veía la expresión, interrogativa y preocupada, del rostro de Vronsky, mientras le contaba alegremente lo que había comprado por la mañana. Él notó que le pasaba algo extraño. En sus ojos brillantes, cuando por un momento se detuvieron en Vronsky, había una atención forzada, y hablaba y se movía con aquella rapidez nerviosa que en los primeros tiempos de sus relaciones con ella le seducía y que ahora le inquietaba y llenaba de disgusto.

La mesa estaba servida para cuatro. Todos se preparaban a pasar al comedorcito, cuando llegó Tuschkevich con un recado de la princesa Betsy para Ana.

Betsy le pedía perdón por no poder ir a saludarla antes de que marchase, ya que estaba indispuesta, y rogaba a su amiga que fuese a visitarla de seis y media a nueve.

Vronsky la miró al advertir que la hora que se le señalaba indicaba que se tomaban medidas para impedir que Ana coincidiese con nadie, pero ella pareció no advertirlo.

–Siento que no me sea posible ir precisamente a esa hora –dijo Ana con sonrisa imperceptible.

–La Princesa lo sentirá mucho.

–También yo.

–¿Irá usted a oír a la Patti? –preguntó Tuschkevich.

–¿La Patti? Me da usted una idea. Iría con gusto si fuese posible encontrar un palco.

–Yo lo puedo buscar –ofreció Tuschkevich.

–Se lo agradecería mucho. ¿Quiere comer con nosotros?

Vronsky se encogió levemente de hombros.

Decididamente, no comprendía la actitud de Ana. ¿Por qué había hecho venir a la vieja Princesa, por qué invitaba a comer a Tuschkevich y –lo que era más sorprendente–, por qué le pedía el palco?

¿Cómo era posible, en su situación, ir a oír a la Patti en un espectáculo de abono al que asistiría todo el gran mundo conocido? La mi-ró con gravedad, y ella le correspondió con una mirada atrevida cuya significación Vronsky no pudo comprender y no supo si era alegre o desesperada.

Durante la comida, Ana estuvo agresiva-mente alegre, y hasta pareció coquetear con Tuschkevich y con Jachvin.

Cuando se levantaron de la mesa, mientras Tuschkevich iba a buscar el palco, y Jachvin salió para fumar, Vronsky bajó con él a sus habitaciones.

Permaneció allí unos minutos y volvió rá-

pidamente arriba.

Ana estaba ya vestida con un traje de terciopelo claro que se había hecho en París y que dejaba ver parte de su busto. En la cabeza llevaba una rica mantilla blanca que real-zaba su rostro y conjuntaba muy bien con su belleza resplandeciente.

–¿Es que está usted realmente decidida a ir al teatro? –preguntó Vronsky, procurando eludir su mirada.

–¿Por qué me lo pregunta con ese temor?

–repuso ella, ofendida de nuevo al notar que él no la miraba ¿Es que me está prohibido ir?

Al parecer, ella no comprendía el significado de sus palabras.

–Claro que nada lo prohibe –contestó Vronsky frunciendo el entrecejo.

–Lo mismo digo yo –repuso Ana, con intención, sin comprender la ironía de su tono y desplegando calmosamente su guante largo y perfumado.

–¡Por Dios, Ana! ¿Qué le pasa? –exclamó Vronsky, como si tratase de despertarla a la realidad en el mismo tono que lo

hacía su marido en otros tiempos.

–No comprendo lo que me pregunta.

–Bien sabe que no es posible ir.

–¿Por qué? No voy sola. La princesa Bárbara ha ido a vestirse y me acompañará.

Vronsky se encogió de hombros, perplejo y desesperado.

–¿No sabe ...? ––empezó.

–Ni lo quiero saber –contestó Ana, casi a gritos–. No quiero... ¿Acaso me arrepiento de lo hecho? ¡No, no y no! Y si hubiera empezado así desde el principio, habría sido mejor.

Para usted y para mí lo único importante es una cosa: si nos amamos o no. ¡Y nada más!

¿Por qué vivimos aquí separados, sin apenas vemos? ¿Por qué no he de ir al teatro? Te quiero y todo lo demás me da igual –añadió en ruso, mirándole con un brillo en los ojos incomprensible para Vronsky–con tal que tú no hayas cambiado. ¿Por qué me miras así?

Él la miraba, en efecto, examinando la belleza de su rostro y su vestido, que le sentaba admirablemente. Pero ahora su belleza y su elegancia eran, precisamente, lo que despertaba su irritación.

–Usted sabe que mis sentimientos no pueden cambiar pero le pido, le ruego, que no vaya –––dijo otra vez en francés con una suave súplica en su voz, pero con fría mirada.

Ana no oía sus palabras; sólo veía el frío de su mirada, y contestó con enfado:

–Le ruego que me diga por qué no puedo ir.

–Porque esto puede motivar.. algún... al-go...

Vronsky titubeó.

–No le entiendo. Jachvin n'est pas com-promettant y la princesa Bárbara no vale menos que otras. ¡Ah, aquí viene!

XXXIII

Vronsky experimentó por primera vez un sentimiento de enojo contra Ana por su voluntaria incomprensión de la situación presente, sentimiento que se hacía más vivo por la imposibilidad de explicarle la causa de su disgusto.

De decir francamente lo que pensaba, habría debido decirle:

«Presentarse con ese vestido en unión de la Princesa, tan conocida por todos, significa, no sólo reconocer su papel de mujer perdida, sino, además, desafiar a toda la alta sociedad, es decir, renunciar a ella para siempre.»

Y eso no se lo podía decir.

«Pero, ¿cómo es posible que ella no lo comprenda? ¿Qué le sucede?», se preguntaba Vronsky, sintiendo a la vez que su respeto hacia Ana disminuía tanto como aumentaba su admiración por su belleza.

Con el entrecejo arrugado volvió a su habitación y, sentándose junto a Jachvin –quien, con los pies estirados sobre una silla, bebía coñac con agua de Seltz–, ordenó que le llevaran la misma bebida.

–Volviendo a lo de «Moguchy», el caballo de Lankovsky –dijo Jachvin–, es un buen animal y te aconsejo que lo compres.

Y prosiguió, mirando el rostro grave de su amigo:

–Es un poco caído de grupa, pero de cabeza y de patas no deja nada que desear.

–Creo que lo compraré –repuso Vronsky.

Se interesó en la charla sobre caballos, pe-ro continuamente pensaba en Ana, escuchando sin querer los pasos que sonaban en el corredor y mirando el reloj de la chimenea.

–Ana Arkadievna ha ordenado que les diga que sale para el teatro –dijo el criado, entrando.

Jachvin vertió una copa más de coñac en el agua de Seltz, bebió y se levantó, abrochándose el uniforme.

–¿Vamos? –dijo, sonriendo levemente bajo el bigote y mostrando con su sonrisa que comprendía el descontento de Vronsky, aunque no le daba importancia.

–Yo no voy –repuso Vronsky, serio.

–Yo no puedo dejar de ir. Lo he prometido.

Hasta luego, pues. Y, si no, ¿por qué no vas a butacas? Quédate con la de Krasinsky –dijo Jachvin, saliendo.

–Tengo que hacer.

«La mujer propia da muchas preocupaciones y la que no lo es, más aún», pensó Jachvin, al salir del hotel.

Vronsky, una vez solo, se levantó de la silla y se puso a pasear por la habitación.

«Hoy es la cuarta de abono. Eso significa que asistirá todo San Petersburgo. Seguramente estarán allí mi madre y Egor

con su mujer.. Ahora Ana entra, se quita el abrigo, aparece en plena luz... Y con ella Tuschkevich, Jachvin, la princesa Bárbara ...» , pensaba Vronsky, imaginando la entrada de Ana en el teatro.

«¿Y yo? O dirán que tengo miedo, o que me he librado en Tuschkevich de la obligación de protegerla. Por donde quiera que se mire, es absurdo. ¡Absurdo, absurdo! ¿Por qué se empeñará en ponerme en esta situación?», se preguntó, agitando violentamente las manos.

Este ademán le hizo tropezar con la mesita en la que estaba la botella de coñac y el agua de Seltz, y faltó poco para que la derribase.

Al tratar de sostenerla, la hizo caer y, enojado, dio un puntapié a la mesa y llamó al ayuda de cámara.

–Si quieres estar a mi servicio, acuérdate de lo que debes hacer. ¡Que no vuelva a pasar esto! ¡Llévatelo! –dijo al criado que entraba.

El sirviente, sabiendo que la culpa no era suya, trató de justificarse; pero, al mirar a su señor, comprendió por su rostro que valía más callan Así, pues, inclinándose sobre la alfombra, balbuceó unas excusas y comenzó a separar las botellas y copas rotas de las que habían quedado intactas.

–Eso no es cosa tuya. Manda al lacayo que lo recoja y prepárame el frac.

Vronsky entró en el teatro a las ocho y media.

La función estaba en su apogeo. El anciano acomodador, al quitar a Vronsky el abrigo de piel, le reconoció, le llamó «Vuecencia» y le dijo que no era necesario que recogiese el

número del abrigo, sino que bastaba con que al salir llamase a Fedor.

En el pasillo, bien iluminado, no había nadie, fuera del acomodador y de dos lacayos que, con sendas pellizas al brazo, escuchaban junto a la puerta.

Tras la puerta entomada oíanse los acordes de un staccato de la orquesta y una voz femenina que cantaba una frase musical.

La puerta se abrió dando paso al acomodador y la frase, que concluía, hirió el oído de Vronsky. Pero la puerta se cerró en seguida y Vronsky no oyó el final de la frase ni la cadencia, y sólo por la explosión de aplausos que retumbó comprendió que la romanza estaba terminando.

Al entrar en la sala, iluminada por arañas y lámparas de gas, continuaban aún los aplausos. En el escenario, la cantante, espléndida con sus hombros escotados y sus brillantes, se inclinaba y sonreía. El tenor, que la tenía de la mano, la ayudaba a coger los ramos de flores que volaban sobre la orquesta. Luego ella se acercó a un señor de cabellos peinados a raya y lustrosos de cosmético, que extendía sus largos brazos por encima del borde del escenario brindándole un objeto.

El público de palcos y butacas se agitaba, se echaba hacia delante, gritaba, aplaudía.

El director de orquesta, desde su altura, ayudaba a transmitir los objetos y se arreglaba cada vez la blanca corbata.

Vronsky pasó al centro de la platea, se detuvo y miró en derredor. Se fijo con menos interés que de costumbre en el ambiente, tan conocido y habitual, en el escenario, en el

bullicio, en el poco atrayente rebaño de los espectadores del teatro, que estaba lleno a rebosar.

Como siempre, se veían las mismas señoras en los mismos palcos, y como siempre, tras ellas se veían oficiales; en butacas, las mismas mujeres multicolores, uniformes, levitas; la misma sucia gentuza en el paraíso; y entre toda aquella gente, en las primeras filas y los palcos, unas cuarenta personas, unos cuarenta hombres y mujeres «de verdad».

Fue en este oasis donde Vronsky detuvo al punto su atención, dirigiéndose allí al momento.

El acto terminaba cuando entró, por lo que, sin pasar al palco de su hermano, cruzó ante él y se colocó próximo a la rampa, al lado de Serpujovskoy, quien, doblando la rodilla y golpeando con el tacón en la rampa, le llamó sonriendo al verle de lejos.

Vronsky no había visto a Ana todavía, y, a propósito, no miraba hacia ella, pero por la dirección de las miradas sabía dónde se encontraba.

Discretamente empezó a observar, esperando lo peor: buscaba a Alexey Alejandrovich. Afortunadamente, éste no estaba hoy en el teatro.

–¡Qué poco te ha quedado de militar! Pareces un artista, un diplomático o algo por el estilo –le dijo Serpujovskoy.

–En cuanto he vuelto a Rusia, he adoptado el frac –contestó Vronsky, sonriendo y sacando lentamente los gemelos.

–Confieso que en eso te envidio. Yo, cuando vuelvo del extranjero, me pongo esto ––

dijo Serpujovskoy, tocándose las charrete-ras– y siento en seguida que no soy libre.

Hacía tiempo que Serpujovskoy había desesperado de que su amigo hiciese carrera, pero le quería como siempre y ahora se mostraba particularmente amable con él.

Vronsky, escuchándole a medias, pasaba los gemelos de los palcos de platea a los del primer piso.

Junto a una señora con turbante y un anciano calvo, que pestañeaba, malhumorado ante el binóculo de Vronsky, en continua busca, vio de pronto a Ana, orgullosa, bellísima y sonriente, entre sedas y encajes.

Estaba en el quinto palco de platea, a unos veinte pasos de él, y sentada en la delantera del palco, ligeramente inclinada, hablaba en aquel momento con Jachvin.

La postura de su cabeza sobre sus amplios y hermosos hombros y la radiación conteni-damente emocionada de sus ojos y todo su rostro, le recordaban a Vronsky tal como era cuando la vio por primera vez en el bade en Moscú.

Pero a la sazón consideraba su belleza de otro modo, con un sentimiento privado de todo misterio, y, por ello, su belleza, si bien le atraía más que antes, le disgustaba a la vez.

No miraba hacia él, pero Vronsky sabía que ya le había visto.

Cuando dirigió de nuevo los gemelos hacia allí, vio que la princesa Bárbara, muy encarnada, reía forzadamente, mirando sin cesar al palco próximo. Pero Ana, plegando el abanico y dando golpecitos con él en el terciopelo en-camado de la barandilla del palco, no veía ni quería ver lo que pasaba en aquel palco.

El rostro de Jachvin presentaba igual expresión que cuando perdía en el juego. Frunciendo las cejas y mordiendo cada vez más la guía izquierda de su bigote, miraba también de reojo al palco inmediato.

En éste, el de la izquierda, estaban los Kartasov. Vronsky los conocía y sabía que Ana los conocía también. La Kartasova, una mujer pequeña y delgada, estaba de pie en el palco, de espaldas a Ana, poniéndose la capa que le sostenía su marido. Mostraba un rostro pálido y enojado y hablaba con agitación.

Kartasov, un hombre grueso y calvo, trataba de calmar a su mujer, mirando sin cesar hacia Ana.

Cuando su esposa salió, Kartasov tardó mucho en seguirla, buscando la mirada de Ana, con evidente deseo de saludarla. Pero, probablemente a propósito, Ana, volviéndose sin mirarle, hablaba a Jachvin, que le escuchaba inclinando la cabeza hacia ella.

Kartasov salió sin saludar y el palco quedó vacío.

Vronsky no podía saber lo que había sucedido entre Ana y ellos, pero sí que era algo terriblemente ofensivo para su amada. No sólo lo adivinó por lo que había visto, sino principalmente por el rostro de Ana, que sin duda había reunido todas sus fuerzas para mantenerse en el papel que se había impuesto: mostrar una completa calma exterior.

Y en ello había triunfado plenamente.

Quien no la conociera, quienes no conocieran su mundo, quienes nada supieran de las exclamaciones de indignación y sorpresa de las mujeres que comentaban que osara presentarse en su mundo, tan llamativa con su mantilla de encajes, en toda su belleza –esos habrían admirado la

impasibilidad y hermosura de Ana, sin sospechar que se sentía como una persona expuesta a la vergüenza pública.

Vronsky, comprendiendo que había sucedido algo a ignorando a punto fijo lo que fuera, experimentaba una torturadora inquietud, y en la esperanza de saberlo decidió ir al palco de su hermano.

Eligiendo la salida de la platea más alejada del palco de Ana, Vronsky tropezó al pasar con el coronel del regimiento en que servía antes, que estaba hablando con dos conocidos suyos.

Oyó mencionar el nombre de los Karenin y notó que el coronel se apresuraba a pronunciar

el

suyo

propio,

mirando

in-

tencionadamente a los que hablaban.

–¡Hola Vronsky! ¿Cuándo se va a pasar por el regimiento? No podemos despedirnos de usted sin celebrarlo... Usted es uno de los nuestros –dijo el coronel.

–No tengo tiempo. Lo siento mucho...

Hablaremos otra vez –repuso Vronsky.

Y subió corriendo la escalera para dirigirse al palco de su hermano. La anciana condesa, madre de Vronsky, siempre

peinando sus ricitos de color de acero, estaba también en aquel palco. En el pasillo del primer piso, Vronsky encontró a Varia con la princesa Sorokina.

Apenas divisó a su cuñado, Varia condujo a su acompañante al lado de su madre y, dando la mano a Vronsky, mostrando una emoción que pocas veces había visto en ella, empezó a hablarle de lo que tanto le interesaba.

–Eso ha sido bajo y vil. Madame Kartasova no tenía derecho a... Porque madame Karenin... ––empezó Varia.

–¿Qué ha pasado? No sé nada.

–Pero, ¿no te lo han dicho?

–Comprende que debo ser lógicamente el último en enterarme.

–¿Habrá alguien más malvado que esa Kartasova?

–¿Qué ha hecho?

–Me lo contó mi marido. Ha injuriado a la Karenina. Su esposo empezó a hablar con ésta desde su palco y la Kartasova le armó un escándalo. Cuentan que dijo en voz alta palabras ofensivas para la Karenina y salió.

–Le llama su mamá, Conde –anunció la princesa Sorokina apareciendo en la puerta del palco.

–Te esperaba –dijo su madre sonriendo con ironía–. No se te ve en ningún sitio...

Su hijo notaba que la anciana no podía reprimir una sonrisa alegre.

–Buenas noches, mamá. Venía a saludarla

–dijo él, fríamente.

–¿Por qué no vas à faire la cour à madame Karenina –añadió su madre cuando la princesa Sorokina se hubo alejado–. Elle fait sensation. On oublie la Patti pour elle.

–Ya le he rogado, mamá, que no me hable de eso –respondió Vronsky arrugando el entrecejo.

–Digo lo que dicen todos.

Vronsky, sin responder, tras cambiar unas palabras con la princesa Sorokina, se alejó.

En la puerta encontró a su hermano.

–¡Oh, Alexey! –––exclamó éste. Esa mujer es una idiota y nada más. ¡Qué asco! Precisamente ahora iba a ver a Ana. Vayamos juntos.

Vronsky no le escuchaba. Bajó rápidamente la escalera, comprendiendo que debía hacer algo, aunque no sabía qué.

Estaba irritado contra Ana, que se había puesto y le había puesto en aquella falsa situación, y a la vez la compadecía.

Bajó a la platea y se acercó al palco de Ana. Stremov, en pie ante el palco, hablaba con ella.

–Ya no hay tenores. Le moule en est brisé.

Vronsky saludó a Ana y a Stremov.

–Me parece que ha llegado usted tarde y se ha perdido la mejor aria –dijo ella, mirándole con ironía, según él pensó.

–Soy poco entendido ––contestó Vronsky, mirándola con gravedad.

–Como el príncipe Jachvin, que opina que la Patti canta demasiado alto –repuso Ana, sonriendo–. Gracias –añadió, tomando con su pequeña mano cubierta por el largo guante el programa que él había cogido del suelo.

Pero, de pronto, su hermoso rostro se estremeció; se levantó y se retiró al fondo del palco.

Viendo que en el acto siguiente el palco quedaba vacío, Vronsky, seguido por los

«¡chist!» del público que escuchaba en silencio los suaves sones de la cavatina, dejó la platea y se fue a casa.

Ana había llegado ya.

Cuando Vronsky entró en sus habitaciones, ella vestía aún el mismo traje que en el teatro, Sentada en la butaca más cercana a la puerta, junto a la pared, miraba ante sí. Le vio, y al punto adoptó la postura de antes.

–¡Ana! –exclamó Vronsky.

–¡Tú tienes la culpa de todo! –gritó ella, entre lágrimas de ira y desesperación, levantándose.

–Te pedí, te rogué, que no fueras al teatro. Sabía que surgirían disgustos.

–¡Disgustos! –exclamó Ana–. Fue algo terrible. No lo olvidaré ni en la hora de mi muerte. Dijo que era deshonroso sentarse a mi lado.

–Palabras de una estúpida –contestó Vronsky–. Pero tú no debiste arriesgarte a provocar..

–Detesto tu calma. No debías haberme conducido a esto. Si me amases...

–¿A qué viene ahora hablar de amor, Ana?

–Si me amases como te amo, si sufrieras como yo sufro... –siguió ella, mirándole con expresión de temor.

Vronsky sentía piedad y despecho a la vez.

Le aseguró que la amaba, comprendiendo que era lo único que la podía tranquilizar por el momento, y, aunque la reprochaba en el fondo, no le dijo nada que pudiera disgustarla.

Y aquellas seguridades de amor, que, de puro triviales, le avergonzaban, Ana las oía con emoción y se calmaba poco a poco escuchándolas.

Al día siguiente, ya completamente reconciliados, se fueron al campo, a la hacienda de los Vronsky.

SEXTA PARTE

I

Daria Alejandrovna pasaba el verano con Bus hijos en Pokrovskoe, en casa de su hermana Kitty Levina.

Como la casa de los Oblonsky estaba completamente en ruinas, Kitty y Levin convencieron a Dolly de que se instalara allí con ellos, decisión que fue aprobada de buen grado por Esteban Arkadievich. Afirmaba éste que sentía mucho que el trabajo no le permitiera pasar el verano con su familia, lo que habría sido para él la máxima felicidad.

Quedó, pues, en Moscú, y de vez en cuando iba al campo y pasaba allí un par de días.

Además de los Oblonsky, sus niños y la institutriz, también estaba allí aquellos días la anciana princesa madre de Kitty, que consideraba deber suyo velar por la hija inexperta que se hallaba «en aquel estado».

Estaba también con ellos Vareñka, la ami-guita de Kitty en el extranjero, la cual, cumpliendo su promesa de visitarla cuando se casase, había ido a pasar una temporada con ella. Todos eran parientes y amigos de la mujer de Levin. Y, aunque éste los quería a todos, lamentaba que se turbase su ambiente y orden habituales con aquel «elemento Scherbazky», como solía decir para sí.

De allegados propios sólo estaba en su ca-sa aquel verano Sergio Ivanovich, pero aun éste no tenía, en realidad, en su modo de ser nada de los Levin, sino de los Kosnichev, de modo que el ambiente de los suyos desaparecía por completo.

En aquella casa, durante tanto tiempo desierta, había tanta gente ahora, que casi todas las habitaciones estaban ocupadas, y a diario la anciana princesa, al sentarse a la mesa, tenía que contar a todos y poner a comer en una mesita aparte a alguno de sus decimosegundo o decimotercero nietos.

Kitty, que se ocupaba activamente de la casa, tenía no poco trabajo en encontrar gallinas, pavos y patos, que se consumían en enormes cantidades dado el apetito que mostraban los invitados, y en particular los niños, aquel verano.

Durante la comida de aquel día, toda la familia estaba reunida a la mesa. Los hijos de Dolly, la institutriz y Vareñka

trazaban planes sobre los sitios donde habían de ir a buscar Betas. Sergio Ivanovich, a quien todos tenían por su sabiduría e inteligencia un respeto ra-yano en adoración, sorprendió a todos interviniendo en la charla sobre las setas.

–Permítanme que les acompañe. Me gusta mucho buscar setas –dijo, mirando a Vareñ-

ka–. Me parece una agradable ocupación.

–¿Por qué no? Con mucho gusto –repuso ella ruborizándose.

Kitty cambió con Dolly una significativa mirada. Aquella proposición de Sergio Ivanovich confirmaba ciertas sospechas que Kitty albergaba hacía algún tiempo.

Temiendo que advirtiesen su gesto, se pu-so a hablar en seguida con su madre.

Después de comer, Sergio Ivanovich se sentó ante su taza de café junto a la ventana del salón, continuando la charla iniciada con su hermano y, mirando de vez en cuando hacia la puerta por la que habían de pasar los niños al salir de excursión. Levin se había instalado en el alféizar de la ventana, junto a él.

Kitty, en pie cerca de su marido, esperaba el momento de que cesase aquella conversación, que le interesaba poco, para decirle unas palabras.

–Has mejorado mucho desde que te casaste –empezó Sergio Ivanovich, mirando a Kitty con una sonrisa y evidentemente poco interesado en el coloquio con su hermano, aunque siguiera fiel a su pasión de discutir las cosas más paradójicas.

–No te conviene para la salud estar de pie, Katia –le dijo su marido, acercándole una silla y mirándola significativamente.

–Es verdad. Mas yo debo dejaros –dijo Sergio Ivanovich, viendo que los niños salían corriendo, con gran algazara.

Tania, con sus medias muy estiradas, agitando el cesto y el sombrero de Sergio Ivanovich, se precipitó rápidamente hacia éste.

Una vez junto a él, con atrevimiento, brillándole los ojos, tan parecidos a los hermosos ojos de su padre, la niña alargó el sombrero a Sergio Ivanovich y fue a ponérselo ella misma, suavizando su audacia con una sonrisa tímida y dulce.

–Vareñka espera –dijo, poniéndole cuidadosamente el sombrero al leer en la mirada de Sergio Ivanovich que se lo permitía.

Vareñka se hallaba en la puerta vistiendo un trajecito de algodón amarillo, con un pa-

ñuelo blanco a la cabeza.

–Ya voy, Bárbara Andrievna –––dijo Sergio, terminando la taza de café y echándose al bolsillo el pañuelo y la pitillera.

–¡Cuán encantadora es mi Vareñka! ––dijo Kitty a su marido, apenas se levantó Sergio Ivanovich, y de modo que éste lo pudiese oír.

–¡Qué hermosa es, qué notablemente bella! ¡Vareñka! – llamó Kitty–. ¿Estaréis en el bosque del molino? Iremos allí luego...

–Olvidas tu estado por completo, Kitty –

dijo la anciana princesa cruzando la puerta con precipitación–. ¡No grites tanto!

Vareñka, al oír la voz de Kitty y la reprensión de la madre, se acercó rápidamente a aquélla. La ligereza de sus movimientos, los colores que cubrían su animado rostro, todo denotaba en ella un estado de espíritu excepcional.

Kitty, que sabía bien la causa de ello y lo observaba con interés, no la había llamado ahora sino para bendecirla mentalmente por el importante hecho que, a su juicio, debía suceder hoy, después de comer, en el bosque.

Le dijo, pues, en voz baja:

–Vareñka, sería muy feliz si sucediera una cosa.

–¿Vendrá usted con nosotros? –dijo Va-reñka a Levin, conmovida y fingiendo no haber oído a Kitty.

–Iré hasta la era y me quedaré allí.

–¿Para qué necesitas ir a la era? –

preguntó su mujer.

–Para ver los furgones nuevos y revisarlos

–dijo Levin–. Y tú, Kitty, ¿dónde estarás?

–En la terraza.

II

Toda la sociedad femenina estaba reunida en la terraza.

En general, les gustaba sentarse allí, pero hoy tenían, por otra parte, una tarea concreta. Además de la costura de

camisitas, faldones y mantillas en que estaban ocupadas todas, tenían que hervir la confitura por un mé-

todo ignorado por Agafia Mijailovna, es decir, sin añadir agua.

Agafia Mijailovna, encargada hasta entonces de aquel menester, convencida de que lo que se hacía en casa de Levin no podía hacerse mejor, había, a escondidas, aguado las fresas y fresones, segura de que no podía prepararse de otro modo.

La habían sorprendido en esta operación y ahora se hacía la preparación en presencia de todos, y a fin de que la vieja criada se con-venciera de que también la confitura sin agua resultaba excelente.

Agafia Mijailovna, con el rostro encarnado y afligido, los cabellos revueltos y los delgados brazos descubiertos hasta el codo, hacía girar lentamente la cacerola sobre el hornillo y miraba tristemente las fresas, deseando con toda su alma que quedaran duras y no se pudiesen comer.

La anciana princesa, comprendiendo que en ella, autora principal de aquella innovación, se centraba el enojo de Agafia Mijailovna, fingía estar ocupada en otras cosas y no interesarse por las fresas, y hablaba de asuntos indiferentes con sus hijos, pero no apartaba la vista del fogón.

–Siempre compro yo misma los vestidos para las muchachas cuando hay saldos en las tiendas –decía la Princesa, continuando la conversación iniciada.

Y añadió, dirigiéndose a Agafia:

–¿No cree usted que conviene espumarlo ahora, querida? No lo hagas tú, Kitty; hace demasiado calor junto al hornillo.

–Yo lo haré –dijo Dolly.

Y, levantándose, comenzó a pasar la cuchara sobre la espuma del azúcar, dando de vez en cuando golpecitos con la cuchara y desprendiendo lo que se había pegado en ella en un plato, ya cubierto por una espuma de tono amarillo rosado, bajo la que corría la melaza color de sangre.

«¡Con cuánto gusto tomarán esto mis ni-

ños, después, a la hora del té!», pensaba Dolly, recordando que a ella de niña le extraña-ba que a las personas mayores no les gustara lo mejor: lo que se espumaba al hacer las confituras.

–Stiva dice que lo mejor es regalarles dinero –manifestó en voz alta, siguiendo la interesante conversación acerca de lo que era mejor regalar a los criados.

–¿Es posible? ¡Dinero! ––exclamaron a la vez la Princesa y Kitty–. Lo que ellos aprecian más es un regalo...

–Yo, por ejemplo, compré el año pasado a nuestra Matrena Semenovna un vestido que no era de popelín, pero sí muy parecido –

añadió la Princesa.

–Ya me acuerdo. Lo llevaba el día del santo de usted.

–Un modelo encantador, con un dibujo sencillo y fino... De no llevarlo ella, me habría encargado uno igual para mí. Es bonito y no cuesta caro; es del estilo del de Vareñka.

–Creo que ya está –dijo Dolly, dejando deslizar el jarabe de la cuchara.

–Cuando empieza a caer en grumos, ya está a punto... Habrá que hervirlo un poco más, Agafia Mijailovna.

–¡Qué moscas tan pesadas! –exclamó Agafia–. Sí, sí, parece que resulta lo mismo...

–¡Qué bonito es; no lo espantéis! –

exclamó de pronto Kitty, mirando un gorrión que se había posado en la balaustrada y que, alcanzando un fresón, había empezado a pi-carlo.

–No te acerques tanto al hornillo –insistió su madre.

À propos de Vareñka –dijo Kitty, hablando en francés, como hacían siempre cuando querían que Agafia Mijailovna no les entendiese–, no sé por qué me parece, mamá, que hoy va a decidirse algo. Ya sabe usted a lo que me refiero. ¡Cuánto me alegraría!

–¡Vaya casamentera –dijo Dolly–, ¡Y con cuánta habilidad y prudencia arregla sus entrevistas!

–Dígame lo que opina, mamá.

–¿Qué voy a opinar? Él –por «él» sobreen-tendían siempre a Sergio Ivanovich– puede aspirar al mejor partido de Rusia. Aunque ya no es muy joven, todavía muchas le aceptarían con gusto. Vareñka es muy buena, pero él podía...

–Creo que es imposible imaginar una mejor que ella. Primero, porque es encantadora... –empezó Kitty, doblando un dedo.

–Desde luego a él le gusta mucho. Eso es verdad –confirmó Dolly.

–Además él goza en el gran mundo de una situación que le permite casarse con quien quiera, dejando de lado consideraciones de fortuna y de posición. Sólo necesita una cosa: una esposa buena, simpática, tranquila...

–Desde luego, con ella puede uno vivir muy tranquilo –afrmó Dolly.

–En tercer lugar, ella le amará. No hay que olvidar esto. Así que todo irá bien. Espero que cuando vuelvan del bosque esté todo arreglado. Lo veré en seguida en sus ojos.

¡Cuánto me alegraré! ¿Qué piensas tú, Dolly?

–No te excites tanto; no te conviene –dijo su madre.

–No me excito, mamá. Me parece que él se declarará hoy.

–¡Es tan extraño el momento que suelen elegir los hombres para declararse! Siempre se atienen a un límite, que luego rompen de pronto ––dijo Dolly, pensativa, sonriendo al recordar sus relaciones con Esteban Arkadievich.

–¿Cómo se te declaró a ti papá? –preguntó de repente Kitty a su madre.

–No hubo nada de extraordinario. Fue la cosa más natural del mundo ––contestó la Princesa.

Pero su rostro se iluminaba al recordarlo.

–Bien, pero ¿cómo? ¿Le quería usted antes de que le dejaran hablar con él?

Kitty experimentaba un placer especial pudiendo hablar con su madre de igual a igual de estas cosas esenciales en la vida de una mujer.

–Claro que él me quería. Iba a vemos al pueblo donde teníamos la propiedad...

–Pero, ¿cómo se decidió la cosa, mamá?

–¿Creéis haber inventado vosotras algo nuevo? Siempre ha sido igual. La cosa se decide con miradas, con sonrisas.

–¡Qué bien se explica usted, mamá!

–Precisamente con miradas y sonrisas ––

confirmó Dolly.

–¿Qué le decía él?

–¿Y qué te decía a ti Kostia?

–Me lo escribía con tiza. ¡Es maravilloso!

¡Oh, cuánto tiempo me parece haber transcurrido ya desde entonces!

Y las tres mujeres quedaron silenciosas pensando en lo mismo.

Kitty fue la primera en romper el silencio.

Recordó el invierno anterior a su boda y su pasión por Vronsky.

–¡Aquel primer amor de Vareñka! –dijo, recordándolo por natural asociación de ideas–

. Quisiera hablar con Sergio Ivanovich, prepararle... Todos los hombres tienen tantos celos de nuestro pasado, que...

–No todos –repuso Dolly–. Tú lo crees así por tu marido. Estoy segura de que está todavía atormentado por el recuerdo de Vronsky.

–Cierto –contestó Kitty, con pensativa mirada, sonriendo.

–¡No sé en qué puede inquietarle tu pasado! –––exclamo la Princesa, pronta a la susceptibilidad, apenas su vigilancia maternal parecía ser puesta en duda–. ¿Que Vronsky te hacía la corte? Eso les pasa a todas las jó-

venes.

–No es eso a lo que nos referíamos –

repuso Kitty ruborizándose.

–Espera –continuó su madre–. Tú misma no quisiste dejarme hablar con Vronsky. ¿Te acuerdas?

–¡Oh, mamá! –––dijo Kitty con apenada expresión.

–¿Quién puede deteneros en estos tiempos?... Vuestras relaciones no podían pasar de ciertos límites. En caso contrario, yo misma le habría detenido. Por otra parte, no debes excitarse... Haz el favor de recordar con calma y tranquilidad cómo pasaron las cosas...

–Estoy del todo tranquila, mamá.

Dolly sugirió:

–¡Qué conveniente fue para Kitty que Ana llegara entonces! ¡Y qué lamentable para Ana! Precisamente pasó lo contrario de lo que parecía –añadió, sorprendida de su pensamiento–. ¡Qué feliz se consideraba Ana entonces y qué desgraciada

Kitty! Y todo ha resultado al revés... Yo pienso mucho en Ana.

–No se lo merece. Es una mujer perversa, odiosa, sin corazón –dijo la madre, incapaz de olvidar que Kitty, por culpa de ella, se había casado con Levin y no con Vronsky.

–¿A qué hablar de todo eso? –repuso Kitty enojada–––. Yo no pienso en ello, ni quiero pensar. No, no quiero pensar –repitió.

Y prestó oído a los pasos, tan conocidos, de su esposo, que subía la escalera.

–¿De qué hablaban y a qué viene ese «no quiero pensar»? –preguntó Levin entrando en la terraza.

Pero nadie contestó y él no insistió en la pregunta.

–Siento haber perturbado este reino femenino –dijo Levin, mirándolas a todas involuntariamente y comprendiendo que hablaban de algo de lo que no habrían hablado en su presencia.

Por un momento pareció compartir los sentimientos de Agafia Mijailovna, su descontento porque no hiciesen la confitura con agua, y de un modo general por la influencia de los Scherbazky.

No obstante, sonrió y se acercó a su mujer.

–¿Qué tal? –preguntó, mirándola con la misma expresión con que actualmente la miraban todos.

–Estoy muy bien –––contestó Kitty, sonriendo–. ¿Y tú?

–Los furgones que han llegado cargan tres veces más que los carros. ¿Vamos a buscar a los niños? He ordenado que enganchen.

–¿Cómo quieres que Kitty vaya en la tartana? –dijo la madre con reproche.

–Iremos al paso, Princesa.

Levin nunca trataba a su suegra de mamá, como todos los yernos, lo que desagradaba a la Princesa. Pero él, aunque la quería y respetaba como ninguno, no podía decidirse a hacerlo, porque con ello le habría parecido pro-fanar el recuerdo de su madre difunta.

–Venga con nosotros, mamá –dijo Kitty.

–No quiero ser testigo de esas imprudencias.

–Pues iré a pie. Me sentará bien –y Kitty, levantándose, se acercó a su esposo y tomó su brazo.

–Te sentará bien, pero todo tiene sus límites.

–¿Ya está hecha la confitura? –preguntó Levin, sonriendo, a Agafia Mijailovna y queriendo ponerla de buen humor–. ¿Resulta bien por el nuevo método?

–Parece que sí. Para nosotros, está demasiado hervida.

–Así resulta mejor, Agaîia Mijailovna, porque no se pondrá agria. Si no, como no tenemos hielo, no habría donde guardarla –dijo Kitty, comprendiendo en seguida el intento de su marido y procurando también calmar a la vieja–. En cambio, sus conservas saladas son tan buenas que mamá dice que no las ha comido iguales en ninguna parte.

Y, sonriendo, arregló la pañoleta de la anciana.

Agafia Mijailovna miró a Kitty con cierto enfado.

–No trate de consolarme, señorita. Me basta verla a usted con él para sentirme contenta.

Aquella brusca expresión: «con él», conmovió a Kitty.

–Venga a buscar setas con nosotros y nos enseñará dónde las hay.

Agafia Mijailovna sonrió y movió la cabeza como diciendo: «Quisiera enfadarme con usted, pero es imposible» .

–Haga el favor de hacer lo que voy a aconsejarle –dijo la Princesa–. Encima de cada pote ponga un papel empapado en ron. Así, aunque le falte hielo, nunca se echará a perder la confitura.

III

Kitty se alegró de quedar sola con su marido, porque en el rostro de él, que reflejaba tan vivamente todos sus sentimientos, vio una sombra de tristeza en el momento en que, entrando en la terraza, le preguntó de qué habían hablado y ella no contestó.

Cuando, marchando ante todos, a pie, perdieron de vista la casa y salieron al camino polvoriento, llano, cubierto de espigas y granos de centeno, ella se apoyó más en el brazo de su esposo y le apretó contra sí.

Levin olvidó la reciente impresión desagradable y, a solas con Kitty, el recuerdo de cu-yo estado no le abandonaba jamás, experimentó una vez más el sentimiento, alegre y puro, de hallarse próximo a la mujer querida.

No tenía de qué hablarle, pero deseaba oír el sonido de su voz, que había cambiado durante su embarazo.

En su voz y en sus ojos había ahora la dulzura y la gravedad de las personas concentradas en una ocupación que les es grata.

–¿No te cansarás? Apóyate más en mi brazo –dijo Levin.

–No me canso. Me alegro de estar a solas contigo. Aunque me siento a gusto con los demás, añoro nuestras veladas invemales en que quedábamos los dos solos...

–Entonces estábamos bien y ahora mejor.

Las dos cosas son excelentes –repuso Levin apretándole el brazo.

–¿Sabes de lo que hablábamos cuando llegaste?

–¿De la confitura?

–De eso y de cómo suelen declararse los hombres.

–Ya –dijo Levin.

Escuchaba más el sonido de la voz de Kitty que las palabras que le decía, pensando siempre en el camino que iba al bosque y evitando los sitios en que Kitty pudiera dar un mal paso.

–Hablábamos de Sergio Ivanovich y de Va-reñka. ¿Te has dado cuenta de que... Yo deseo vivamente... –continuó ella–. ¿Qué te parece?

Y Kitty le miró a la cara.

–No sé qué pensar. Sergio, en ese sentido, me resulta muy raro. Ya lo he referido...

–Sí, que estuvo enamorado de una muchacha que murió.

–Cierto. Eso sucedió siendo yo niño. Y lo sé porque me lo contaron. Me acuerdo bien de cómo era en aquella época: un hombre apuesto y atrayente. Desde entonces le veo cómo procede con las mujeres. Se muestra amable con ellas, incluso le gustan algunas...

pero las considera personas, no mujeres concretamente. Ya me entiendes...

–Ahora, con Vareñka, parece, sin embargo, que es diferente...

–Quizá. Pero es preciso conocerle. Es un hombre muy extraño. Sólo vive una vida espiritual. Tiene un alma demasiado pura y elevada.

–¿En qué puede rebajarle ese sentimiento?

–No le rebajaría. Pero él está habituado a llevar una existencia puramente espiritual; no sabría reconciliarse con la realidad, y Vareñ-

ka, al fin y al cabo, es una realidad...

Levin se había acostumbrado ahora a expresar directamente sus pensamientos sin tomarse el trabajo de revestirlos de palabras precisas. Sabía que su mujer, en momentos como éste, le entendía con medias palabras.

Y Kitty, en efecto, le comprendió.

–Oh, no, Vareñka pertenece más a la vida espiritual que a la real. No es como yo. Comprendo que una mujer como yo no puede gustarle a tu hermano.

–No, él te quiere mucho y a mí me es muy grato que los míos te quieran.

–Sí, es muy bueno conmigo, pero...

–Pero no como el difunto Nikoleñka. Lle-gasteis a quereros mucho –concluyó Levin. Y

añadió–: ¿Por qué no confesarlo? A veces me reprocho al pensar que acabaré olvidándole.

¡Qué hombre tan admirable y tan terrible era mi hermano Nicolás! Sí... Y ¿de qué hablá-

bamos? –preguntó tras un silencio.

–Entonces, ¿crees que él no puede enamorarse? –insistió Kitty, traduciendo a su idioma las palabras de Levin.

–No es que no pueda enamorarse –repuso él sonriendo–. Pero no es lo bastante débil para... Siempre le he envidiado; hasta ahora, que soy feliz, le envidio.

–¿Le envidias que no sea capaz de enamorarse?

–Le envidio porque vale más que yo –

contestó Levin sonriendo–. No vive más que para sí. Toda su vida obedece al deber. Y por eso puede estar siempre tranquilo y contento,

–¿Y tú no? –dijo Kitty con sonrisa irónica y afectuosa. No habría podido decir qué camino seguían sus pensamientos para llevarla a sonreír, pero consideraba que su marido, al

elogiar de aquel modo a su hermano y rebajarse tanto él no era sincero. Sabía que esta falta de sinceridad procedía del cariño a su hermano, de una especie de vergüenza de ser demasiado feliz y, sobre todo, de su deseo constante de ser mejor.

–¿Así que tú estás descontento? –insistió, con la misma sonrisa, feliz de descubrir en él aquellos sentimientos.

La incredulidad de ella respecto a su satisfacción alegraba a Levin, porque involuntariamente le obligaba a exponer las causas de su descontento.

–Soy feliz, pero no estoy contento de mí mismo.

–¿Cómo puedes estar descontento si eres feliz?

–No sé cómo explicarlo. Ahora no siento en mi alma otro interés sino el que tú, por ejemplo, no des un paso en falso. ¡No saltes así! ––exclamó, interrumpiendo el diálogo para reprocharle al verla que realizaba un movimiento demasiado vivo para pasar sobre una gruesa rama seca caída en el camino–.

Pero cuando pienso en mí y me comparo con otros, sobre todo con mi hermano, siento que no valgo nada...

–¿Por qué? ––exclamó Kitty con la misma sonrisa–. ¿No haces lo mismo que los demás?

¿Y tu granja, y tu propiedad, y tu libro?

–No... Ahora lo noto sobre todo por culpa tuya ––dijo él, apretándole el brazo–. Sí, es por culpa tuya... Todo lo hago de cualquier manera. Si pudiese apasionarme por esas cosas como por ti... Pero últimamente lo hago todo como una lección que me obligaran a aprender de memoria...

–Entonces, ¿qué dirás de papá? –preguntó Kitty–. No debe de valer nada tampoco, puesto que no ha hecho nada en beneficio de la Humanidad.

–¿El? ¿Pero acaso tengo yo la bondad, la sencillez, la claridad de ideas de tu padre?

Yo, al no hacer nada, me atormento. ¡Y todo eso te lo debo a ti! Cuando tú no estabas, cuando no existía esto –dijo Levin, indicando con una mirada el vientre de Kitty, lo que ella comprendió en seguida–, todas mis fuerzas se empleaban en mi actividad, pero ahora no puedo hacerlo y me avergüenzo de ello. Lo hago todo como quien recita una lección, finjo...

–Entonces, ¿querrías cambiarte por Sergio Ivanovich? –preguntó Kitty–. ¿Habrías querido ocuparte del bien colectivo y dedicarte a esta tarea señalada, y nada más?

–Claro que no –repuso Levin–. En cualquier caso, soy tan feliz, que no sé nada de nada... ¿Crees que se declarará hoy mi hermano? –interrogó, después de un silencio.

–Sí y no. Pero me agradaría mucho que sucediese. Espera...

Kitty se inclinó para coger una margarita silvestre que crecía al borde del camino.

–Mira a ver si se declarará o no –dijo, dándole la flor.

–Sí, no... –empezó Levin, deshojando los blancos y recios pétalos de la flor.

–¡Alto! –exclamó Kitty, que seguía con afán el movimiento de sus dedos, cogiéndole la mano–. ¡Has arrancado dos de una vez!

–Entonces este pequeño no se cuenta –

dijo él, arrancando un pequeño pétalo apenas crecido–. Mira, la tartana: ¡nos ha alcanzado!

–¿Estás cansada, Kitty? –gritó su madre.

–En modo alguno.

–Si lo estás, siéntate aquí. Los caballos son mansos y andan despacio.

Pero no valía la pena subir; estaban ya cerca del lugar y continuaron el camino todos a pie.

IV

Vareñka estaba muy atractiva, con su pa-

ñuelo blanco sobre la negra cabellera, rodeada de niños, ocupándose alegremente de ellos y visiblemente conmovida por la posibilidad de que el hombre que le gustaba se le declarase.

Sergio Ivanovich, a su lado, la miraba sin cesar, recordando las agradables conversaciones que había mantenido con ella y comprendiendo cada vez más claramente que experimentaba por la joven un sentimiento especial, que ya sintiera otra vez, mucho tiempo hacía, en su primera juventud. Sí, sólo una vez...

La impresión de alegría que le causaba su proximidad fue creciendo sin cesar hasta el momento en que, al darle una seta, una enorme seta de tallo delgado, con los bordes vueltos hacia afuera, la miró a los ojos y observó el rubor que su emoción tímida y albo-rozada hacía subir a su rostro. Él mismo se turbó y le sonrió con una de aquellas sonrisas que dicen tantas cosas.

«De ser así», se dijo, «debo pensarlo antes de resolverme, sin dejarme llevar, como un chiquillo, de la influencia del momento».

–Voy a separarme de todos para buscar setas por mi cuenta –pronunció en voz alta Sergio Ivanovich–, porque, si no, mis hallaz-gos van a pasar inadvertidos.

Y se alejó del lindero del bosque por cuya suave alfombra pasaban, entre los viejos álamos poco frondosos, hacia el interior, donde a los troncos blancos de los álamos se unían los grises de los olmos y los oscuros de los avellanos.

Habiéndose apartado unos cuarenta pasos, Sergio Ivanovich se encontró detrás de un avellano en pleno florecimiento, cuyas ramas con sus racimos de un rojo rosado le ocultaban a los ojos de sus acompañantes, y se detuvo.

Todo estaba en calma en tomo suyo. Sólo en torno de los álamos a cuya sombra se encontraba, zumbadores moscas volaban como un enjambre de abejas, y a lo lejos se oían de vez en cuando las voces de los niños.

De pronto, muy cerca, en el lindero del bosque, sonó la voz de contralto de Vareñka llamando a Gricha. Una sonrisa alegre iluminó el rostro de Sergio Ivanovich y, al tener conciencia de su sonrisa, movió la cabeza en se-

ñal de desaprobación, y, sacando un cigarro del bolsillo, se dispuso a fumar.

Estuvo mucho rato sin conseguir inflamar el fósforo que frotaba en el tronco de un abedul. La suave pelusa de la blanca corteza se pegaba al fósforo y apagaba la llama.

Al fin consiguió encender uno y el aromáti-co humo del cigarro se elevó ante él como un ondulante velo hacia las

ramas colgantes del abedul.

Siguiendo con la vista las volutas del humo, Sergio Ivanovich continuó su camino pensando en su situación.

«¿Por qué no?», se decía. «Si esto fuera una explosión de sentimientos, una pasión, si hubiera sentido esta inclinación, que ya puedo llamar recíproca, y notara, a la vez, que ello iba contra mi modo de vivir; si, entregándome a esta inclinación observara que traiciono mi vocación y mú deber.. Pero no hay nada de eso... Sólo puedo alegar en contra que, al perder a María, prometí ser fiel a su memoria. Sólo esto puedo oponer a mi sentimiento y desde luego comprendo que es importante.»

Pero mientras se hacía estas reflexiones advertía a la vez que para él no podían tener ninguna importancia, salvo tal vez la de que estropearía a los ojos de los demás su papel de fiel enamorado.

«Aparte de esto, por mucho que busque, no encontraré nada contra mi sentimiento. Si hubiera escogido sólo ateniéndome a la ra-zón, no habría hallado nada mejon»

Pensando en cuantas mujeres conocía, no lograba recordar ninguna que reuniese aquellas cualidades que él, reflexionando fríamente, había siempre deseado para su esposa.

Vareñka tenía el encanto y lozanía de la juventud, pero no era una niña, y si le amaba era conscientemente, como debe amar una mujer.

Pero había algo todavía mejor, y era que ella no sólo estaba apartada de las opiniones del gran mundo, sino que, evidentemente, el gran mundo le repugnaba, sin prejuicio de conocerlo y de saberse mover en él dignamente, sin lo

cual Sergio Ivanovich no podía concebir a la compañera de su vida.

Además, Vareñka era religiosa, pero no como una niña, al modo de Kitty, religiosa y buena por instinto, sino con conocimiento de causa, ordenando su vida según los principios religiosos.

Incluso en otros detalles, Sergio Ivanovich hallaba en ella cuanto pudiera desear en su esposa: Vareñka era pobre y vivía sola en el mundo, y no traería con ella una caterva de parientes y su influencia en casa del marido, como sucedía con Kitty, y estaría obligada en todo a su marido, cosa que había deseado también siempre para su futura vida conyugal.

Y la joven que reunía todas aquellas condiciones le amaba, lo que él, aunque modesto, no podía dejar de observar. Y Sergio Ivanovich la amaba también.

Había un obstáculo: su edad. Pero en su familia eran todos fuertes y vivían muchos años. No representaba apenas cuarenta y recordaba que sólo en Rusia se considera viejos a los hombres cincuentones.

En Francia un cincuentón está dans la force de l'âge y un cuarentón es un jeune homme. ¿Qué significaba la edad si él se sentía tan joven de espíritu como veinte años atrás?

¿Acaso no era juvenil el sentimiento que experimentaba ahora cuando, al salir desde el centro del bosque a su límite, veía bajo los oblicuos rayos del sol, inundada en su luz, la graciosa figura de Vareñka, con su vestidito amarillo?

Ella, con el cesto al brazo, pasó con rápido andar ante el tronco de un abedul. La impresión que le causara Vareñka se unió en él a una perspectiva que le sorprendió por su belleza: el campo de avena que empezaba a amarillear, anegado en los rayos oblicuos del sol, y más allá, el añoso bosque, también salpicado de manchas amarillas, que desaparecía en la lejanía azul...

Su corazón se estremeció de alegría, su alma se llenó de ternura y Sergio Ivanovich se decidió.

En aquel momento, Vareñka, que se había inclinado para coger una seta, se erguía con gentil ademán.

Sergio Ivanovich tiró el cigarro con un rá-

pido movimiento y se dirigió hacia ella.

V

«Bárbara Andrievna: cuando yo era muy joven aún, forjé un ideal de mujer a quien amar y a quien hacer mi esposa. Después de largos años de vida, he hallado en usted lo que buscaba. La amo y le ofrezco mi nombre.»

Así se preparaba a hablar Sergio Ivanovich cuando estaba a diez pasos de Vareñka, la cual, arrodillada y defendiendo una seta de los asaltos de Gricha, llamaba a la pequeña Macha.

–Ven, ven, pequeña, ven. ¡Aquí hay muchas! ––decía con su agradable voz.

Viendo acercarse a Sergio Ivanovich no cambió de postura, pero él advirtió en todo su aspecto que sentía su proximidad y se alegraba.

–¿Ha

encontrado

usted

muchas?

–

preguntó,–volviendo hacia él su hermoso rostro, que sonreía con dulzura enmarcado en el blanco pañuelo.

–Ninguna. ¿Y usted? –repuso Sergio Ivanovich.

Vareñka, ocupada con los niños que la rodeaban, no contestó.

–¡Otro! –dijo, mostrando a la pequeña Macha un hongo minúsculo sobre un delgado tallo cortado en la mitad de su esponjosa cabeza rosada por una brizna de hierba seca que había crecido bajo el hongo.

Vareñka se incorporó cuando Macha cogió el honguito, rompiéndolo en dos frescos pedazos.

–Esto me recuerda mi infancia –dijo Va-reñka, dejando a los niños para aproximarse a Sergio Ivanovich.

Anduvieron unos pasos en silencio.

Vareñka adivinaba que él quería hablar; sabía ya de qué, y la alegría y el temor le oprimían el alma.

Se alejaron tanto que todos les perdieron de vista; pero él seguía callando. Vareñka optó por callar también. Después de un silencio, resultaba más fácil hablar de lo que les interesaba que a raíz de unas palabras sobre las setas.

Pero, como involuntariamente, Vareñka di-jo de improviso:

–¿De modo que usted no ha encontrado nada? Claro... En el bosque siempre hay menos setas que en los linderos.

Sergio Ivanovich suspiró sin contestar. Le desagradaba que ella hablara de las setas.

Habría querido hacerla volver a sus primeras palabras sobre su infancia; pero, también como a la fuerza, tras una pausa le contestó:

–He oído decir que los hongos blancos crecen en los linderos del bosque, pero no sé distinguirlos.

Pasaron otros varios minutos. Se alejaron más de los niños y ahora estaban completamente solos.

El corazón de Vareñka latía de tal modo que ella percibía sus latidos. Se daba cuenta de que se ruborizaba, palidecía y volvía a ruborizarse.

Ser esposa de un hombre como Kosnichev después de la posición en que viviera con la señora Stal, le parecía que era más de lo que podía desear. Estaba, por otra parte, convencida de que le amaba.

Sentía que ahora iba a decidirse todo, y se asustaba de lo que le diría y de lo que le dejaría de decir.

Sergio Ivanovich comprendía también que había que explicarse ahora o no lo harían nunca. Todo en la mirada, el rubor y los ojos de Vareñka delataba una fuerte emoción.

Kosnichev la compadecía.

Pensaba aun que no decirle nada ahora, sería ofenderla. Se repitió mentalmente todo lo aducido en pro de su decisión; se repitió incluso las palabras con las que quería expresársela.

Pero, por una inesperada asociación de ideas, en vez de decirle lo que pensaba, le preguntó:

–¿Qué diferencia hay entre el hongo blanco y el hongo de álamo?

Los labios de Vareñka temblaron de emoción al contestar:

–La cabeza no difiere apenas, pero el tallo sí.

Y, después de pronunciar estas palabras, comprendieron ambos que todo había terminado, que lo que debía decirse no se diría. Y

su mutua emoción, que había alcanzado su punto máximo, empezó a calmarse.

–El tallo del hongo de álamo recuerda la barba de un hombre moreno sin afeitar –dijo, ya completamente tranquilo, Sergio Ivanovich.

–Es cierto –repuso Vareñka sonriente.

Y, sin darse cuenta, cambiaron el rumbo de su paseo y se acercaron a los niños.

Vareñka sentía dolor y vergüenza, pero a la vez experimentaba cierta sensación de alivio.

De vuelta a casa y repasando todos los motivos que podía tener para casarse, Sergio Ivanovich halló que había pensado equivoca-damente. No podía traicionar la memoria de María.

–¡Calma, calma, calma, niños! –gritó Levin, casi irritado, poniéndose ante su mujer para defenderla cuando los chiquillos, entre gritos de alegría, venían corriendo a su encuentro.

Detrás de los niños salieron del bosque Sergio Ivanovich y Vareñka.

Kitty no necesitó preguntar nada. En los rostros serenos y como avergonzados de los dos la joven comprendió que sus esperanzas no se habían realizado.

–¿Y qué? –preguntó su marido cuando volvían a casa.

–No toma –dijo Kitty, recordando a su padre en el modo de reír y hablar, lo que Levin observaba a menudo en ella con placer.

–¿Qué quiere decir «no toma»?

–Esto; mira lo que hacen –repuso Kitty, cogiendo la mano de su marido, llevándosela a la boca y tocándola con sus labios cerrados–. Le besa la mano como se le besa a un obispo.

–Pero, ¿quién es el que « no toma»? –

preguntó Levin riendo.

–Ni el uno ni el otro. Mira, es así como de-be hacerse.

Y Kitty besó la mano de su marido.

–Cuidado. Ahí vienen unos aldeanos.

–No, no han visto nada...

VI

Mientras los niños tomaban el té, los mayores, sentados en el balcón, hablaban como si nada hubiera sucedido, a pesar de que todos, en especial Sergio Ivanovich y Vareñka, sabían que se había producido un hecho muy importante, aunque negativo.

Tanto él como ella experimentaban un sentimiento análogo al de un alumno después de un examen desfavorable, cuando queda en la misma clase o le hacen salir del colegio.

Todos los presentes, comprendiendo también que había sucedido algo, hablaban con animación de cosas indiferentes.

Levin y Kitty esta tarde se sentían particularmente felices y enamorados. El que ellos fueran felices con su amor, parecía una desagradable alusión a los que querían serlo y no podían, por lo que experimentaban un sentimiento de pesar.

–Acuérdense de lo que les digo. Alexandre no vendrá hoy –aseguró la Princesa.

Aguardaban para aquella tarde la llegada de Oblonsky y el anciano príncipe había escrito que quizá fuera él también.

–Y sé muy bien por qué –continuó la anciana señora–; según él a los recién casados hay que dejarlos solos durante los primeros tiempos.

–Papá nos tiene abandonados. Hace mucho que no le vemos –dijo Kitty–. Además,

¿acaso somos recién casados? ¡Si somos veteranos ya!

–Pues si él no viene, yo os dejaré, hijas ––

dijo la Princesa suspirando melancólicamente.

–¿Por qué, mamá? ––exclamaron ellas.

–Pensad en lo triste que se sentirá él ahora...

Insólitamente, la voz de la anciana tembló.

Sus hijas callaron y cruzaron una mirada, con la que querían significar:

«Mama siempre encuentra algún motivo de tristeza.»

Ignoraban que, por bien que ella se hallara en casa de Kitty y por útil que se considerara allí, sufría y estaba apenada

por sí misma y por su esposo desde que su hija menor, la preferida, se había casado dejando su hogar tan vacío.

–¿Qué quiere usted? –preguntó Kitty a Agafia Mijailovna, que se acercaba con aire de importancia y de misterio.

–Es que la cena...

–Anda, ve a dar órdenes mientras yo le tomo la lección a Gricha. Hoy no ha estudiado nada –dijo Dolly.

–Esa lección debo darla yo. Ya voy, Dolly –

repuso Levin levantándose de un salto.

Gricha había ingresado ya en el instituto y tenía que preparar sus lecciones durante el estío. Dolly, que en Moscú estudiaba hasta latín con su hijo, al llegar al campo se impuso la norma de repetir con él al menos las lecciones más difíciles de aritmética y latín.

Levin se ofreció a hacerlo en su lugar, pero ella, viendo una vez cómo Levin tomaba la lección al niño, y notando que no lo hacía como el profesor repasador en Moscú, se disgustó y, procurando no ofender a su cuñado, le dijo resueltamente que había que repasar las lecciones tal como estaban en el libro, se-gún hacía el profesor de Moscú, y que por ello prefería dar ella misma las lecciones a su hijo.

Levin se sentía enojado contra Esteban Arkadievich, que en su despreocupación descui-daba la vigilancia de los estudios de sus hijos, dejando a la madre aquel cuidado del que ella no entendía nada, y lo estaba también contra los profesores que enseñaban tan mal a los niños.

No obstante, prometió a su cuñada dirigir los estudios de su hijo como ella quería, y seguía dando clase a Gricha, pero no

por su método propio, sino por el del libro, motivo por el cual no lo hacía de buena gana y a menudo, como había sucedido hoy, olvidaba la hora de la clase.

–Iré yo, Dolly quédate aquí –dijo–. Lo re-pasaremos todo con arreglo al libro. Únicamente cuando venga Stiva y salgamos de ca-za dejaremos un porn las lecciones.

Y Levin se dirigió al cuarto de Gricha.

Vareñka, a su vez, se ofreció a cumplir el trabajo de Kitty. También allí, en la casa feliz y bien administrada de los Levin, había sabido hacerse útil.

–Yo me cuidaré de la cena. Usted siéntese

–dijo.

Y se dirigió a Agafia Mijailovna.

–Seguramente no han encontrado pollos y tendremos que apelar a los nuestros –dijo Kitty.

–Ya lo veremos Agafia Mijailovna y yo.

Y Vareñka desapareció con el ama de llaves.

–¡Qué muchacha tan simpática! –dijo la Princesa.

–No es simpática, mamá, sino, encantadora como pocas.

–¿De modo que viene Esteban Arkadievich? –preguntó Sergio Ivanovich, que al parecer no quería continuar la charla sobre Va-reñka–. Es difícil hallar dos cuñados menos semejantes –agregó con fina sonrisa–. El uno es animadísimo, vive en sociedad como pez en el agua, y el otro, nuestro Kostia, es entusiasta, sensible; pero, en

sociedad, o permanece extático, o se agita sin ton ni son como un pez fuera de su elemento.

–Sí, es muy poco prudente –dijo la Princesa, dirigiéndose a él–. Precisamente quería decide que a ella –e indicó a Kitty– le es imposible permanecer aquí y tendrá que trasladarse a Moscú. Él dice que más vale mandar venir al médico.

–Kostia hará todo lo necesario, mamá, es-tá conforme con todo –atajó Kitty, molesta al ver que su madre hacía a Sergio Ivanovich juez en aquel asunto.

Mientras hablaban, en el camino se oyeron relinchos de caballos y ruido de ruedas sobre la arena.

Aún no había tenido tiempo Dolly de levantarse a ir al encuentro de su marido, cuando Levin saltó del piso de abajo, donde Gricha estudiaba y ayudó a bajar al chiquillo.

–¡Es Stiva! –gritó Levin bajo el balcón–. No te apures, Dolly; ya hemos terminado.

Y como un niño, echó a correr hacia el coche.

–¡Hola, bola, hola! –gritaba Gricha, dando saltos po el camino.

–Viene otro... ¡Debe de ser papá! –gritó Levin, deteniéndose–. Kitty, no bajes la escalera. Es muy empinada. Más vale que des la vuelta.

Pero Levin se equivocó tomando por su suegro al que venía en el landolé.

Al llegar al carruaje, vio junto a Oblonsky, no al Principe, sino a un joven, guapo, grueso, tocado con una gorra escocesa de la que pendían largas cintas.

Era Vaseñka Veselovsky, primo de los Scherbazky, brillante joven tan petersburgués como moscovita, «muchacho excelente y apasionado cazador», según le presentó Esteban Arkadievich.

Nada turbado por la decepción que produjo al aparecer sustituyendo al anciano príncipe, Veselovsky saludó alegremente a Levin, recordándole que se habían conocido en otra ocasión, y cogió a Gricha al vuelo, levantándolo sobre el perdiguero que traía consign Esteban Arkadievich.

Levin no subió al landolé y lo siguió a pie por el camino.

Se sentía algo disgustado por el hecho de que no hubiese acudido su suegro, a quien apreciaba más cuanto más trataba, y disgustado también por la llegada de aquel Veselovsky, hombre extraño a la familia, que, a su juicio, no hacía otra cosa que estorbar.

Y aún le pareció más ajeno y superfluo cuando, al llegar a la escalinata donde estaban todos, observó que Veselovsky besaba la mano de Kitty con especial afecto y galantería.

–Su esposa y yo somos cousins y, además, viejos amigos –afirmó Vaseñka, apretando de nuevo con fuerza la mano de Levin.

–¿Cómo estamos de caza? –preguntó Esteban Arkadievich a su amigo.

A Oblonsky casi no le quedaba tiempo de decir una palabra amable a cada uno de los presentes.

–Vaseñka y yo –añadió– venimos con intenciones infernales... ¿Sabe, mamá, que él, desde hace no sé cuánto, no estaba en Moscú? Allí tienes una cosa para ti, Tania. Sácala de la zaga del landolé.

Y Esteban Arkadievich se volvía a todos lados.

–Estás mucho mejor, Doleñka –dijo a su mujer, besándole la mano una vez más, reteniéndosela en una de las suyas y acariciándosela con la otra.

Levin, un momento antes de excelente humor, miraba ahora a todos sombríamente, encontrándolo todo mal.

«¿A quién besaría ayer con esos mismos labios?» , se dijo, observando el cariño con que Oblonsky trataba a su mujen Y, contemplando a Dolly, experimentó la misma sensación de desagrado.

«Puesto que ella no cree en su amor, ¿por qué está tan alegre? ¡Es abominable!», pensó.

Miró a la Princesa, a quien tanta simpatía tuviera unos momentos antes, y se sintió ve-jado por el modo cómo saludaba a aquel Va-seňka con su gorra de cintas, tratándole co-mo si estuviera en su propia casa.

Incluso su hermano, que salió a la escalera, le desagradó, al observar la fingida amistad con que saludaba a Oblonsky, ya que Levin sabía que no le apreciaba ni sentía ningún respeto por él.

También Vareñka le disgustó, viéndola saludar a aquel hombre, con su aspecto de sainte–nitouche, cuando no pensaba en el fondo más que en casarse lo antes posible.

Pero lo que llevó al colmo su despecho fue el ver a Kitty, que dejándose arrastrar por el entusiasmo general, contestaba con una sonrisa, que a él le pareció llena de significación, a la sonrisa feliz de aquel individuo que consideraba su llegada al pueblo como una fiesta para él y para los demás.

Todos entraron en la casa hablando ruidosamente. Pero apenas se hubieron sentado, Levin volvió la espalda y salió.

Kitty comprendió que a su marido le pasaba algo. Trató de hallar un momento para hablarle a solas, pero él la dejó, pretextando tener que trabajar en el despacho. Hacía tiempo que los asuntos de la finca no le parecían tan importantes como hoy.

«Ellos están de fiesta, pero yo debo atender a cosas que no tienen nada de festivas, que no pueden esperar y sin las que es imposible vivir», pensaba.

VII

Levin no volvió hasta que le llamaron para la cena.

En la escalera, Kitty hablaba con Agafia Mijailovna de los vinos necesarios para cenar.

–¿A qué tantos rentilgos? Que sirvan el de siempre.

–No, a Stiva no le gusta ése... ¿Qué te pa-sa, Kostia? –dijo Kitty, dirigiéndose a él.

Pero Levin, fríamente, sin esperarla, entró en el comedor a grandes pasos y se unió a la conversación que mantenían Oblonsky y Veselovsky.

–¿Vamos de caza mañana? –preguntó Esteban Arkadievich.

–Vayamos, sí –dijo Veselovsky, sentándose de lado en una silla y poniendo una de sus robustas piernas sobre la otra.

–Por mi parte, con mucho gusto. ¿Ha ido usted de caza ya este año? –preguntó Levin a Vaseñka, mirando con atención

sus piernas y desplegando una fingida amabilidad que Kitty conocía y que la disgustó.

–No sé si hallaremos chochas –siguió–; pero fúlicas hay muchísimas. Tendremos que salir temprano. ¿No se fatigará usted? Y tú, Stiva, ¿no estás cansado?

–¿Cansado yo? ¡Aún no me he sentido cansado nunca! Si queréis, esta noche, en vez de dormir, salimos a pasear...

–Muy bien... ¡Esta noche no se duerme! –

apoyó Veselovsky.

–¡Oh, ya estamos bien seguros de que tú eres muy capaz de no dormir y de no dejar dormir al prójimo! –afirmó Dolly, con la ligera ironía con la que ahora trataba siempre a su marido–. Pero a mí me parece que es hora ya de acostarse, y me voy. No quiero cenar.

–¡Quédate, Dolleñka! –exclamó su esposo, pasando a su lado, en la mesa–. Tengo muchas cosas que contarte.

–Seguramente no serán más que tonterí-

as.

–Mira; Veselovsky ha estado en casa de Ana y va a ir otra vez. Viven sólo a setenta verstas de aquí. También yo me propongo visitarles. Ven, Veselovsky.

Veselovsky, aproximándose a las señoras, se sentó junto a Kitty.

–Puesto que ha pasado usted por su casa, cuéntenos qué tal está –le dijo Dolly.

Levin quedó al otro extremo de la mesa y, mientras hablaba con la Princesa y Vareñka, veía cómo entre Oblonsky, Dolly, Kitty y Veselovsky se mantenía una charla animada y misteriosa. Y notaba, además, en el rostro de su mujer la expresión de un sentimiento serio, mientras, sin apartar los ojos, miraba el agradable semblante de Veselovsky, quien hablaba con animación.

–Están muy bien –iecía Veselovsky, refiriéndose a Vronsky y Ana–. No soy quién pa-ra juzgar, pero en su casa se siente la impresión de vivir como en una verdadera familia.

–¿Y qué piensan hacer?

–Parece que se proponen pasar el invierno en Moscú.

–Me gustaría que nos encontráramos en su casa. ¿Cuándo piensas ir? –preguntó Oblonsky a Vaseñka.

–Pasaré el mes de julio con ellos.

–¿Tú irás? –preguntó Esteban Arkadievich a su mujer.

–Hace tiempo que me lo proponía y no dejaré de hacerlo –repuso Dolly–. Conozco a Ana y la compadezco. Es una mujer excelente. Iré sola, cuando tú te marches, para no estorbar a nadie. Sí, es mejor que vaya cuando tú no estés allí.

–¡Magnífico! –aprobó Esteban–. ¿Y tú, Kitty?

–¿Para qué voy a ir yo? –repuso ella, ruborizándose y mirando a su marido.

–¿Conoce usted a Ana Arkadievna? –

preguntó Veselovsky–. Es una mujer admirable.

–Sí –dijo Kitty, ruborizándose más aún.

Se levantó y se acercó a su marido.

–¿De modo que mañana vas de caza?

Durante aquellos breves instantes en que Kitty había estado con Veselovsky, ruborizándose, los celos de Levin habían ido creciendo con rapidez.

Ahora, al escuchar las palabras que ella le dirigía, las interpretó de un modo especial.

Por extraño que luego al recordarlo le pareciese, a la sazón pensaba que, al preguntarle Kitty si iba a cazar, sólo le interesaba saber si esto sería del agrado de Veselovsky, de quien Kitty, a su juicio, estaba ya enamorada.

–Iré –contestó Levin con voz forzada, que hasta a él le sonó desagradablemente.

–Más vale que paséis aquí el día de maña-na, porque, si no, Dolly no tendrá tiempo de estar ni un momento con su marido. Podéis salir de caza pasado... –propuso Kitty.

Levin traducía así tales palabras: «No me separes de él. No me importa que te vayas tú, pero déjame disfrutar del trato de este muchacho tan agradable».

–Si quieres, esperaremos hasta pasado mañana –contestó Levin con exagerada amabilidad.

Entre tanto, y sin sospechar las torturas que producía su presencia, Vaseñka se levantó de la mesa y siguió a Kitty, mirándola, sonriente y afectuoso.

Levin sorprendió su mirada, palideció y por un momento se le cortó la respiración. Su corazón hervía de ira.

«¿Cómo se permite mirar así a mi mujer?»

, se decía.

–Entonces, ¿vamos mañana? –preguntó Vaseñka, sentándose junto a Levin y cruzando las piernas, como tenía por costumbre.

Los celos de Levin aumentaron. Ya se veía convertido en un marido engañado, al que la mujer y el amante sólo necesitan para que les procure placeres y vida cómoda.

Y, sin embargo, como buen huésped, interrogó amablemente a Veselovsky sobre cuestiones de caza; le habló de su escopeta y sus botas y consintió en ir a cazar el siguiente día.

Afortunadamente para Levin, la Princesa acabó con sus sufrimientos aconsejando a Kitty que se acostara. Pero aun esto le proporcionó un nuevo motivo de tormento. Al despedirse de la joven, Vaseñka fue a besarle de nuevo la mano. Mas Kitty, con ingenua brusquedad –que su madre le reprochó luego–– retiró la mano, diciendo:

–En nuestra casa no existe esta costumbre...

A juicio de Levin, la culpa era de ella, por haber consentido en que la tratara de aquel modo, y también por la poca destreza con que le demostró después que aquel trato no le placía.

–¿Quién puede tener deseos de ir a la ca-ma con este tiempo? –comenzó Oblonsky, que ahora, después de los vasos de vino bebidos en la cena, se hallaba en un estado

de alma dulce y poético–. Mira, Kitty –dijo, mostrándole la luna que asomaba entre los tilos–.

¡Qué maravilla! Veselovsky, éste es el momento adecuado para una serenata. ¿Sabéis que tiene una voz estupendá? Por el camino hemos cantado mucho los dos... Además, trae unas magníficas romanzas nuevas... Po-dría cantar con Bárbara Andrievna.

Cuando todos se hubieron acostado, Oblonsky pasó bastante tiempo aún paseando con Veselovsky. Desde la casa se oían sus voces tratando de cantar a dúo una nueva pieza.

Levin, sentado en el dormitorio conyugal, les oía cantar, frunciendo las cejas, y escuchaba sin contestar las preguntas que Kitty le dirigía a propósito de su actitud, que la tenía preocupada.

Al fin le preguntó, sonriendo tímidamente:

–¿Quizá te ha molestado alguna cosa de Veselovsky?

Entonces, sin poder contenerse, él se lo di-jo todo, y como lo que decía le ofendía a él mismo, ello no hacía sino aumentar su irritación.

Permanecía ante Kitty con un terrible brillo en los ojos bajo el arrugado entrecejo, y oprimiéndose el pecho con sus manos vigorosas, como para contenerse. La expresión de su rostro habría resultado severa y hasta feroz si a la vez no expresara un sufrimiento que conmovió a Kitty. Los pómulos le temblaban, se le entrecortaba la voz.

–Como supondrás, no tengo celos, ni puedo tenerlos. Esa palabra es detestable. No es que crea que... En fin, no puedo decir lo que siento, pero es terrible. No tengo celos, pero me

siento ofendido, afrentado por el hombre que osa mirarte de ese modo.

–Pero, ¿de qué modo me ha mirado? –

preguntaba Kitty, tratando de recordar todas las palabras y ademanes de aquella noche en sus menores detalles.

En el fondo, reconocía que hubo algo inconveniente en el modo con que Veselovsky la había seguido al otro extremo de la mesa, pero no se atrevía a confesárselo, y menos aún a decírselo a Levin, por no acrecentar sus sufrimientos.

–¿Qué atractivos puedo tener para...?

–¡Oh! –exclamó Levin, llevándose las manos a la cabeza–. ¡Más valdría que callases!

¡De modo que si fueras atractiva... !

–Óyeme, Kostia, no seas así... –dijo Kitty, mirándole con expresión compasiva–. ¿Cómo puedes pensar...? ¡Si para mí los hombres no existen, no existen, no existen! ¿O es que quieres que no me trate con nadie?

Al principio le habían ofendido sus celos, disgustada de que hasta la más pequeña a inocente diversión le fuera prohibida, pero ahora habría sacrificado con gusto, no tales pequeñeces, sino todo, por devolverle la tranquilidad y librarle de la pena que experimentaba.

–¿Comprendes lo cómico y horrible de mi situación –seguía él en voz baja, desesperado–. Está en mi casa, no ha hecho nada malo en realidad, aparte de esa costumbre suya de cruzar las piernas, que él considera como un detalle más de elegancia, y tengo que ser amable con él...

–¡Cómo exageras, Kostia! –exclamó Kitty, contenta en el fondo del amor inmenso que Levin le demostraba con sus celos.

–Lo horrible es que ahora, cuando eras más que nunca sagrada para mí, cuando éramos tan felices, tan infinitamente felices, llega ese hombre insignificante y... ¿Y qué puedo decir contra él? ¡No tengo nada que ver con hombre semejante! ¡Pero mi felicidad, tu felicidad...!

–Ya sé por qué ha pasado todo esto –dijo Kitty.

–¿Por qué? Dímelo...

–He notado cómo nos mirabas mientras hablábamos durante la cena.

–¡Ah! –exclamó Levin, inquieto.

Ella le explicó de lo que hablaban. Al contarlo, le sofocaba la emoción.

Levin calló. Luego miró el rostro pálido y disgustado de su esposa y se llevó las manos a la cabeza.

–¡Qué dolor te he causado! Perdóname, Katia. Ha sido una locura. ¡Qué mal me he portado, Katia! ¿Es posible que me haya torturado semejante tontería?

–No sabes cuánto lo siento. ¡Te compadezco con toda mi alma!

–¿A mí, a mí? ¡Si estoy loco! Pero, ¡que hayas sufrido tú! Es horrible pensar que un extraño pueda destruir así nuestra felicidad.

–Claro, esto es lo que ofende...

–Bien, para castigo de mi culpa, le invitaré a pasar con nosotros todo el verano y le col-maré de amabilidades –dijo Levin, besándole las manos–. Ya verás... Mañana... ¡Ah, es verdad que mañana vamos de caza!

VIII

Al día siguiente, muy de mañana, antes de que los niños se levantasen, los vehículos en que iban a cazar el charabán y un carro– estaban ante la entrada.

«Laska», adivinando que había cacería, después de ladrar y saltar a su antojo, estaba ahora en el charabán al lado del cochero, mirando con inquietud y reproche la puerta, por la que tanto tardaban en aparecer los cazadores.

El primero en salir fue Veselovsky, con flamantes botas altas que le llegaban hasta la mitad de sus robustas piernas, con camisa verde de cazador, tocado con una gorra con cintas, ciñendo una canana nueva, que olía a cuero, y empuñando su escopeta inglesa nueva también, sin cordón ni correa.

«Laska» corrió a su encuentro, festejándole y preguntándole a su modo, con sus saltos, si los demás saldrían en breve, pero, no recibiendo contestación, volvió a su puesto de espera y allí aguardó de nuevo, con la cabeza de lado y una oreja aguzada.

Al fin, la puerta se abrió con estrépito y salió, dando saltos y cabriolas, «Krak» , el pointer de Oblonsky, y tras él el propio Oblonsky, con un cigarro en la boca y la escopeta en la mano.

–¡Calla, « Krak» , calla! –ordenó afectuosamente a su perro, que le ponía las patas sobre el vientre y el pecho, aferrándose a su morral.

Esteban Arkadievich llevaba botas viejas, bandas hechas de ropa usada, unos calzones rotos y una zamarra. En la cabeza ostentaba los restos de un sombrero. En cambio, su escopeta de nuevo sistema era un verdadero primor, y su morral y canana, aunque gastados, eran de cuero de primera calidad.

Veselovsky, hasta entonces, no había comprendido la verdadera elegancia del cazador, consistente en llevar ropa y zapatos viejos y en cambio efectos de caza inmejorables. Ahora, mirando a Oblonsky, esplendoro-so entre aquellos andrajos, con su figura distinguida y jovial de verdadero señor, decidió que para la próxima cacería se vestiría del mismo modo.

–Veo que nuestro huésped se retrasa–dijo Vaseñka Veselovsky.

–Hombre, piense en su joven esposa... –

repuso Oblonsky, sonriendo.

–Por cierto que es encantadora.

–Ya estaba vestido. Debe de ser que ha ido otra vez a verla.

Esteban Arkadievich acertaba. Levin había vuelto a despedirse de nuevo de su mujer y a preguntarle otra vez si le perdonaba la san-dez de la noche anterior, así como para rogarle que hiciese el menor ejercicio posible.

Sobre todo, debía apartarse de los niños, que podían empujarla y hacerle daño. Además, quería saber una vez más de labios de Kitty que no la disgustaba que él se fuera por un par de días; y finalmente le hizo prometer que al día siguiente, y por un hombre a caballo, le mandaría una nota, aunque fuesen sólo dos líneas, para informarle de cómo seguía.

Kitty, como siempre, sentía separarse por aquellos dos días de su marido, pero, al ver su figura corpulenta y vigorosa, con sus botas de cazador y su blusa blanca, irradiando esa animación peculiar de los cazadores que ella no podía comprender, olvidó su tristeza, compensada por la alegría de él, y le despidió con jovialidad.

–Perdonen, señores –dijo Levin, corriendo al encuentro de sus compañeros–. ¿Han puesto ahí el almuerzo? ¿Y cómo es que han enganchado al «Rojo» a la derecha? En fin, es igual. ¡Cállate, «Laska» ! Anda, acuéstate.

–Llévalos al rebaño de becerros –agregó, dirigiéndose al vaquero, que le esperaba al pie de la escalera para preguntarle lo que de-bía hacer con los ternerillos.

–Perdonen ––concluyó–. Allí viene otro a fastidiarme.

Saltó del charabán en que ya se había acomodado y saltó al encuentro del maestro carpintero, quien, con una vara de medir en la mano, se acercaba a él.

–Ayer no pasaste por el despacho y hoy vienes a entretenerme... ¿Qué quieres?...

–Permítanos añadir unos peldaños a la escalera. Con tres más habrá bastante. Así lo arreglaremos bien. Será mucho más descansado...

–¡Más valdría que me hubieses obedecido!

–contestó Levin con enfado–. Te dije que pusieras los soportes y luego colocarás los peldaños. Ahora ya no hay arreglo. Haz lo que te he ordenado y construye una escalera nueva.

Ocurría que el maestro carpintero había estropeado una escalera, que construía para el pabellón, haciendo los soportes por separado sin calcular la pendiente. Los peldaños quedaron demasiado inclinados, y ahora el carpintero quería agregar tres más, dejando la misma armazón.

–Esto sería mejor ––dijo.

–¿Cómo vas a arreglarte con tus tres escalones?

–No se preocupe ––contestó el otro, con sonrisa desdeñosa–; ya cuidaré yo de que quede bien. La iremos montando desde abajo, y llegará arriba –añadió con gesto persua-sivoprecisamente donde ha de llegar.

–Pero los tres peldaños la alargarán. ¿Hasta dónde va a llegar?

–La pondremos desde abajo, y ya verá cómo queda bien –repitió el carpintero con persuasión y terquedad.

–¡Llegará al techo!

–No llegará. La subiremos de modo que quede justa.

Levin, con la baqueta del arma, empezó a dibujar la escalera en el polvo del camino.

–¿Lo ves? –preguntó al carpintero.

–Como usted quiera –repuso el hombre, cambiando de expresión repentinamente y mostrando que había comprendido al fin–. Ya veo que hay que hacer una escalera nueva.

–Pues hazlo como te mando –exclamó Levin, sentándose en el charabán–. ¡Vamos! –

ordenó al cochero–. Felipe: sujeta los perros.

Ahora que dejaba tras sí todas las preocupaciones familiares y domésticas, experimentaba tan viva alegría de vivir que no tenía ni deseos de hablar. Sentía la emoción concentrada que experimenta todo cazador acercándose al cazadero.

Lo único que le interesaba era pensar si hallarían piezas en las marismas de Volpino, si «Laska» se portaría bien o no en comparación con «Krak», y si él mismo tendría buena puntería. ¿Cómo arreglarse para quedar bien ante un invitado nuevo? ¿Se mostraría Oblonsky mejor cazador que él? Tales eran los pensamientos que le ocupaban en aquel momento.

Oblonsky, sintiendo lo mismo, iba taciturno también. Sólo Veselovsky hablaba alegremente sin cesar.

Escuchándole, Levin se avergonzaba de lo injusto que había sido el día antes con él. Va-seňka era un buen muchacho, sencillo, bondadoso y muy jovial. Si Levin le hubiera conocido de soltero, de seguro que los dos habrían sido buenos amigos.

Cierto que a Levin le contrariaba algo su modo despreocupado de considerar la vida y su elegancia un poco desenvuelta. Parecía concederse una especial importancia por el hecho de tener largas uñas y llevar una gorrita escocesa y por lo demás que le distinguía.

Pero todo podía perdonársele por su simplici-dad y honradez.

Levin admiraba además su buena educación, su excelente pronunciación francesa a inglesa y su elegancia mundana.

Vaseñka, entusiasmado con el caballo del Don que corría al lado izquierdo, lo elogiaba sin cesar.

–¡Qué hermoso sería montar un caballo de la estepa y galopar por ella! ¿Verdad? –decía.

Y, aunque de manera imprecisa, se veía ya cabalgando por la estepa sobre aquel caballo, en una carrera salvaje y poética.

Además de su buen porte, agradable presencia y de la gracia de sus ademanes, resultaba atractiva su ingenuidad. Bien porque su carácter fuera realmente simpático a Levin, o porque éste quisiera hoy encontrarlo todo bueno en Vaseñka para redimir su falta de anoche, el caso era que Levin esta mañana se sentía a gusto con él.

Cuando habían recorrido unas tres verstas, Vaseñka reparó en que no tenía sus cigarros ni su billetero; ignoraba si los había dejado sobre la mesa o los había perdido. El billetero contenía trescientos setenta rublos, y, dada la importancia de la suma, Vaseñka deseaba asegurarse de que no lo había perdido.

–Oiga, Levin. ¿Podría llegarme a casa en un momento montando en ese caballo de la izquierda? ¡Sería admirable! –dijo, preparándose ya a cabalgar.

–No. ¿Para qué? –repuso Levin, calculando que Vaseñka debía pesar lo menos seis puds–

. Que vaya el cochero.

El cochero se fue montado a buscar el billetero y los cigarros y Levin tomó en sus manos las riendas.

IX

–Dinos qué itinerario vamos a seguir –

preguntó Oblonsky. –El plan es éste: ahora nos dirigiremos a las tierras pantanosas donde abundan las fúlicas. Después de Grozdevo empiezan magníficas marismas llenas de chochas y también de fúlicas. Ahora hace calor, pero como hay unas veinte verstas, llegaremos al oscurecer, y a esa hora podremos cazar... Pasaremos la noche allí y mañana seguiremos hacia los grandes pantanos.

–¿No hay nada por el camino?

–Sí; pero tendríamos que detenernos, y hace tanto calor... Hay dos lugares excelentes, pero dudo que hallemos algo en ellos.

Levin sentía deseos de pararse en aquellos lugares, pero como distaban poco de casa, podía ir a ellos siempre que quisiera. Además eran sitios reducidos, y había poco espacio para los tres. Por esta causa les mintió di-ciéndoles que allí había poca caza. Mas, al pasar ante una de las pequeñas marismas, ante las cuales Levin trataba de pasar de largo, el experto ojo de cazador de Oblonsky distinguió en seguida la hierba del pantano.

–¿Y si nos detuviéramos ahí? –exclamó señalando el lugar.

–¡Vayamos, Levin! ¡Es un lugar magnífico!

–gritó Vaseñka. Y Levin tuvo que acceder.

Apenas se detuvieron, los perros, corriendo a porfía, se dirigieron hacia el pantano.

–¡«Krak», «Laska»!

Los perros regresaron.

–Para los tres habrá poco espacio. Me quedaré aquí dijo Levin, confiando en que sus amigos no hallarían más que las cercetas que se habían remontado asustadas por los perros, y volaban, con su vuelo balanceante, graznando lúgubremente sobre las marismas.

–No, Levin, vayamos juntos –insistió Veselovsky.

–Les aseguro que estaremos aprestados.

¡Ven, «Laska» ! ¿Necesitan el otro perro?

Levin permaneció junto al charabán, mirando con envidia a los cazadores. Uno y otro recorrieron todo el cazadero, pero excepto una fúlica y varias cercetas, una de las cuales mató Vaseñka, no había nada.

–Ya han visto que no trataba de ocultarles el lugar –dijo Levin–. Ya sabía yo que era perder el tiempo.

–De todos modos nos hemos divertido –

repuso Vaseñka, subiendo torpemente al charabán, con el arma y la cerceta en la mano–.

¿La he alcanzado bien, verdad? ¿Falta todavía mucho para llegar al pantano?

De pronto los caballos se encabritaron, lanzándose a correr; Levin dio con la cabeza contra el cañón de una de las

escopetas, y en aquel momento le pareció oír un disparo. Pero, en realidad, el disparo se había producido antes.

Lo sucedido fue que Vaseñka, había olvidado bajar uno de los gatillos, que se disparó. La carga fue, afortunadamente, a dar en tierra sin herir a nadie.

Oblonsky meneó la cabeza y miro con reproche a Veselovsky, aunque riendo, pero Levin no tuvo valor para decirle nada, especialmente porque cualquier reproche habría parecido motivado por el riesgo que había corrido y por el bulto que el choque con el arma le había producido en la frente.

Veselovsky se mostró al principio sinceramente disgustado, pero luego rió de la alarma de tan buena gana, y tan contagio-samente, que Levin no pudo tampoco contener la risa.

Al llegar a las marismas de más allá, que por ser bastante grandes debían entretener-les cierto tiempo, Levin trató de nuevo de persuadirles de que no, pero Veselovsky se empeñó en detenerse también aquí.

El lugar era angosto y Levin, como buen huésped, volvió a quedarse con los coches.

Apenas llegaron, « Krak» corrió hacia unos pequeños montículos de tierra. Veselovsky fue el primero en seguir al perro. Aún no había llegado Oblonsky, cuando salió volando una fúlica.

Oblonsky falló el tiro y el ave se ocultó en un prado no segado. Entonces se la dejó a su compañero. «Krak» volvió a encontrarla, la hizo levantar y Veselovsky la mató, regresando después a los coches.

–Ahora vaya usted y yo cuidaré de los caballos ––dijo.

Levin empezaba a sentir la envidia natural en un cazadon Entregó las riendas a Veselovsky y se dirigió hacia las marismas.

«Laska» ladraba hacía tiempo, quejándose de su injusta preterición. Ahora corrió rectamente al sitio donde había caza, paraje ya conocido por Levin, entre los montículos, a los que aún no había llegado «Krak».

–¿Por qué no detienes a tu perro? –gritó Oblonsky.

–No espantará la caza –respondió Levin alegremente, mirando a su perra y siguiéndola.

«Laska», a medida que se aproximaba, buscaba con mayor interés. Un pajarillo de las marismas la distrajo por un momento. El perro describió un círculo ante los montículos, luego otro, y, de repente, se estremeció y se quedó parado.

–¡Ven Stiva! –llamó Levin, sintiendo que su corazón latía con más fuerza.

Dijérase que en su oído se había descorri-do un cerrojo y que todos los sonidos comenzaban a impresionarlo desmesuradamente y en desorden, pero de un modo preciso. Oía los pasos de Esteban Arkadievich confundiéndolos con el lejano pisar de los caballos, sintió un crujido en el montículo de tierra que pisó y lo tomó por el vuelo de un pájaro, y, más lejos, percibió un chapoteo que no podía explicarse.

Eligiendo sitio donde apostarse, se acercó al perro.

–¡Listo! ––ordenó a «Laska».

Se levantó una chocha. Levin apuntó, pero en aquel momento el sonido del chapoteo, que había oído antes, se hizo más fuerte, uniéndosela ahora la voz de Vaseñka, que gritaba de un modo extraño.

Levin, aunque veía que apuntaba a la chocha un poco bajo, disparó. Una vez convencido de que había fallado el tiro, miró a sus espaldas y vio que los caballos del charabán, que estaban en el camino, se habían internado en el terreno pantanoso, donde se hallaban atascados. Veselovsky, para presenciar la caza, los había hecho entrar allí.

«¡Parece que le impulsa el mismísimo diablo!», gruñó Levin dirigiéndose al carruaje.

–¿Por qué diablos los ha hecho entrar? –le preguntó secamente. Y llamó al cochero para que le ayudase a sacar los caballos.

A Levin le disgustaba que le hubieran estorbado el disparo, que le empantanaran los animales y, sobre todo, que ni Veselovsky ni Oblonsky les ayudaran, al cochero y a él; aunque, a decir verdad, ni uno ni otro tenían la menor idea de cómo habían de desengan-charse.

Sin contestar palabra a las afirmaciones de Vaseñka de que allí todo estaba seco, Levin trabajaba junto al cochero tratando de sacar los caballos. Pero, luego, enardecido ya por el esfuerzo y viendo que Veselovsky se esforzaba con tanto ardor en tirar del charabán que hasta rompió un guardabarros, Levin se reprochó su actitud, debida en gran parte a su resentimiento del día anterior, y procuró suavizar su trato con especial amabilidad.

Cuando todo estuvo arreglado y los coches volvieron a la carretera, Levin ordenó sacar el almuerzo.

–Bon appétit, bonne conscience! Ce poulet va tomber jusqu'aufond de mes bottes! –dijo Vaseñka, ya alegre de nuevo, al concluir el segundo pollo–. Nuestras desventuras han terminado y todo marchará por buen camino.

Pero, como debo ser castigado por mis culpas, me sentaré en el pescante. ¿Verdad?

Aunque no soy Automedonte, verá qué bien les llevo –insistió, cuando Levin le pidió que dejara las riendas al cochero–. No, no. Debo pagar mi culpa. ¡Voy muy bien en el pescante!

Y lanzó los caballos al galope.

Levin temía que Vaseñka fatigase a los caballos, sobre todo al rojizo de la izquierda, al que el joven no sabía guiar, pero involuntariamente se plegó a su jovialidad escuchando las canciones que, en el pescante, fue cantando durante todo el camino, oyéndole contar cosas divertidas, escuchando sus explicaciones sobre la manera de guiar, a la inglesa four–in–hand.

Sintiéndose en la mejor disposición de ánimo deseable, llegaron los cuatro a las grandes marismas de Grozdevo.

X

Vaseñka apresuró tanto a los caballos que llegaron a las marismas demasiado pronto, con mucho calor aún.

Al acercarse a los grandes pantanos objetivo principal de los cazadores, Levin pensó, inconscientemente, en el modo de deshacerse de Vaseñka y cazar solo, sin estorbos. Oblonsky parecía desear lo mismo. En su rostro, Levin leyó la preocupación propia de todo verdadero cazador antes de

empezar la caza, así como cierta expresión de bondad maliciosa peculiar en él.

–¿Cómo nos distribuimos? –preguntó Esteban Arkadievich–. El lugar es magnífico y veo que hasta hay buitres en él –añadió se-

ñalando varias grandes aves que volaban en círculo sobre las marismas–. Donde hay buitres, hay caza.

–Escuchen ––dijo Levin con gravedad, arreglándose las altas botas y repasando los gatillos de su escopeta–. ¿Ven aquel islote?

Señalaba uno que destacaba por su oscuro verdor sobre el vasto prado húmedo, a medio segar, que se veía a la derecha del río.

–Las marismas empiezan ante nosotros, aquí mismo, ¿ven?, donde se ve ese verdor, y se extienden hacia la derecha, allí donde es-tán los caballos. Allí, en aquellos montículos de tierra, hay fúlicas, y también en torno al islote, junto a aquellos álamos, y hasta en las cercanías del molino, ¿ven?, allí donde forma como una pequeña ensenada... Ese sitio es el mejor. Allí cacé una vez diecisiete fúlicas. Nos encontraremos junto al molino.

–¿Quién sigue la derecha y quién la izquierda? –preguntó Oblonsky–. Puesto que el lado derecho es más ancho, id los dos por él y yo seguiré el izquierdo –dijo con tono indiferente en apariencia.

–¡Muy bien! Vayamos por aquí y cazare-mos a gusto. ¡Vamos, vamos! –exclamó Va-señka.

Levin no tuvo más remedio que acceder y ambos se separaron de Oblonsky.

Apenas entraron en las marismas, los dos perros comenzaron a correr y buscar ahí donde los matorrales eran más espesos. Por el modo de husmear de «Laska» , lenta a indecisa, Levin comprendió que no tardarían en ver levantarse una bandada de aves.

–Veselovsky: vaya a mi lado ––dijo en voz baja, al compañero que chapoteaba detrás, y cuya dirección del arma, después del disparo involuntario en el pantano de Kolpensoe, era natural que interesara a Levin.

–No tema que dispare sobre usted...

Pero Levin lo pensaba así sin poder evitarlo, y recordaba las palabras de Kitty al despedirse:

–No vayáis a mataros uno a otro sin querer...

Los perros se acercában cada vez más, muy apartados entre sí y cada uno en una dirección.

La espera era tan intensa que Levin confundió con el graznar de un ave el chapoteo de su propio tacón al sacarlo del barro, y apretó el cañón del arma.

«¡Cua, cua!», sintió encima de su cabeza.

Vaseñka disparó contra un grupo de patos silvestres que revoloteaban sobre las marismas y que se acercaron de repente a los cazadores.

Apenas Levin tuvo tiempo de volver la cabeza cuando se levantó una chocha, luego otra, después una tercera y, en fin, hasta ocho piezas que se elevaron sucesivamente.

Oblonsky mató una al vuelo, cuando el animal iba a describir su zigzag, y el ave cayó como un bulto informe en

el barrizal.

Sin

precipitarse,

Esteban

Arkadievich

apuntó a otra que volaba bajo hacia el islote.

Sonó el tiro y el ave cayó. Se la veía saltar entre la hierba segada, agitando el ala, blanca por debajo, que no había sido alcanzada por el disparo.

Levin no fue tan afortunado. Disparó sobre la primera chocha demasiado cerca y erró el tiro. La encajonó cuando volaba más alta, pe-ro en aquel momento otra chocha saltó a sus pies y Levin se distrajo y erró nuevamente el tiro.

Mientras cargaban las escopetas, surgió otra chocha, y Veselovsky, que ya había cargado, disparó, y la descarga fue a dar en el agua. Oblonsky recogió las aves que había matado y miró a Levin con los ojos brillantes de alegría.

–Separémonos ahora ––dijo Oblonsky.

Silbó a su perro, preparó el arma y, cojeando ligeramente, se alejó en una dirección, mientras sus compañeros seguían la opuesta.

Con Levin pasaba siempre lo mismo: que cuando marraba los primeros tiros, se ponía nervioso, se irritaba y no acertaba ya ni uno en todo el día. Así sucedió también esta vez.

Había gran números de chochas, que volaban a cada momento a los pies de los cazadores y a ambos lados del perro. Levin, pues, podía resarcirse, pero cuando más disparaba, más avergonzado se sentía ante Veselovsky, que tiraba como Dios le daba a entender, alegremente, sin hacer blanco casi nunca, pero sin desconcertarse por ello ni perder su calma.

Levin, impaciente, se precipitaba, estaba cada vez más nervioso y disparaba con la certeza de no matar ave alguna.

«Laska» parecía comprenderlo también.

Buscaba con menos interés y se habría dicho que miraba a los cazadores con reproche y sorpresa. Los disparos se seguían unos a otros. Los cazadores estaban envueltos en humo de pólvora y, sin embargo, en el morral no había más que tres chochas.

Una de ellas había sido cazada por Veselovsky y las otras dos pertenecían a ambos.

Mientras tanto, al otro lado de las marismas sonaban disparos menos frecuentes, pe-ro a juicio de Levin, más eficaces. Casi siempre, tras cada disparo de Oblonsky, se oía su voz, gritando:

–¡«Krak», «Krak»!

Y Levin, oyéndole, se sentía cada vez más excitado.

Las chochas volaban ahora en bandadas.

Constantemente se percibían sus chapoteos en el cieno y en el aire se escuchaban sus graznidos. Se levantaban, giraban y luego volvían a posarse, a la vista de los cazadores.

Los buitres no se veían ya por parejas, sino a docenas, que volaban sin cesar sobre las marismas.

Llegados hacia la mitad de los terrenos pantanosos, Levin y Veselovsky se encontraron en el límite de un prado perteneciente a unos campesinos. Largas franjas que arrancaban del lado mismo del carrizal dividían el prado, la mitad del cual estaba ya segado.

Aunque en la parte sin guadañar había menos probabilidades de hallar caza que en la segada, Levin, habiendo convenido con Oblonsky en encontrarse, siguió adelante con su compañero.

–¡Eh! ¡Cazadores! –gritó un campesino que se sentaba junto a un carro desenganchado–. ¡Vengan a comer con nosotros, que tenemos buen vino!

Levin volvió la cabeza.

–¡Vengan! ¡Vengan! –gritó alegremente otro labriego barbudo, de colorado rostro, mostrando al sonreír sus blancos dientes y alzando en el aire una verdosa botella que brillaba al sol.

–Qu'est–ce

qu'ils

disent?

–preguntó

Veselovsky.

–Nos convidan a beber vodka. Seguramente han hecho hoy el reparto del heno... Yo bebería con gusto –dijo Levin no sin

malicia, mirando a su compañero y esperando que éste se sintiera seducido por el vodka y quisiera ir.

–¿Y por qué nos convidan?

–Ya ve: son buena gente... Vaya, vaya. Le divertirá.

–Allons, c'est curieux…

–Vaya; encontrará allí el sendero que lleva al molino exclamó Levin.

Y al volverse vio con placer que Vaseñka, encorvándose y tropezando con sus cansados pies, y llevando el fusil a brazo, salía del carrizal para acercarse a los labriegos,

–¡Ven tú también! –llamó el campesino a Levin–. Te daremos empanada.

Levin dudó por un momento. Comenzó a andar hundiendo los pies en el fango, pues se sentía fatigado y apenas los podía levantar.

Con gusto se habría comido, sin embargo, un pedazo de pan y se habría bebido detrás un vaso de vodka. Pero en aquel momento su perro se detuvo y Levin sintió que su cansancio desaparecía de repente, y a paso ligero se dirigió a su encuentro.

A sus pies se alzó una chocha. Disparó y la mató, pero el perro seguía inmóvil. Apenas tuvo tiempo de azuzarle, cuando de los mismos pies del animal voló otra chocha. Levin hizo fuego. Pero el día era poco afortunado.

Erró el tiro, y al ir a buscar el ave muerta tampoco la halló.

Recorrió el carrizal de arriba abajo, pero sin fruto. «Laska» no creía que su amo hubiese matado al animal y, cuando le mandaba que lo buscase, fingía hacerlo, pero en realidad no buscaba nada.

De modo que tampoco sin Vaseñka, al que Levin achacaba su mala suerte, iba la cosa mejor. Aunque aquí había también muchas becadas, Levin erraba lastimosamente tiro tras tiro.

Los rayos oblicuos del sol poniente eran muy calurosos aún. El traje, chorreante de sudor, se le pegaba al cuerpo. La bota izquierda, llena de agua, le pesaba enormemente. Las gotas de sudor le corrían por el rostro manchado de pólvora; se notaba la bo-ca amarga, sentía el olor de pólvora y de cieno, y a sus oídos llegaba el incesante chapoteo de las chochas.

Los cañones de la escopeta estaban tan recalentados que era imposible tocarlos; el corazón de Levin palpitaba en breves y rápidos latidos; sus manos temblaban de emoción, y sus pies cansados tropezaban y se enredaban en hoyos y montículos. Pero seguía andando y disparando.

Por fin, tras un tiro errado vergonzosa-mente, Levin arrojó al suelo la escopeta y el sombrero.

«Necesito serenarme», se dijo.

Cogió de nuevo el arma y el sombrero, llamó a « Laska» y salió del carrizal.

Ya en un sitio seco, se sentó en una prominencia del terreno, se descalzó, quitó el agua de la bota, se acercó al pantano, bebió de aquel agua que sabía a moho, humedeció los cañones calientes del arma y se lavó las manos y la cara.

Una vez fresco y animado con el firme propósito de no perder su sangre fría, volvió a un lugar donde había visto posarse un ave.

Mas, aunque se esforzaba en estar tranquilo, sucedía lo mismo de antes. Su dedo oprimía el gatillo antes de apuntar bien. Todo iba de peor en peor.

Sólo tenía cinco piezas en el morral cuando salió de las marismas para dirigirse al álamo donde debía encontrar a Esteban Arkadievich.

Antes de divisarle, Levin vio a su perro,

«Krak», que salió corriendo de entre las raí-

ces de un álamo, sucio del barro negro y pestilente de la ciénaga. Con aspecto triunfante, olfateó a «Laska».

Detrás de «Krak», surgió, a la sombra del álamo, la gallarda figura de Oblonsky. Avanzaba rojo, sudoroso, con el cuello desabrochado, cojeando como antes.

–¡Qué! ¿Habéis disparado mucho? –––dijo, sonriendo alegremente.

–¿Y tú? –preguntó Levin.

La pregunta era superflua, porque su amigo llevaba el morral rebosante.

–No me ha ido mal.

Llevaba catorce piezas.

–Es un excelente cazadero. A ti seguramente te ha estorbado Veselovsky. Es muy molesto cazar dos con un solo

perro –––dijo Esteban Arkadievich, para atenuar el efecto de su triunfo.

XI

Cuando Levin y Oblonsky entraron en casa del aldeano donde Levin solía parar, ya se hallaba allí Veselovsky.

Sentado en el centro de la habitación y asiéndose con ambas manos al banco en que se sentaba, reía con su risa contagiosa, mientras el hermano de la dueña, un soldado, tiraba de sus botas llenas de cieno tratando de quitárselas.

–He llegado ahora mismo. Ils ont été charmants. Me han dado de beber, de comer... ¡Y qué pan! Délicieux! Tienen un vodka tan bueno como nunca lo he bebido. ¡No qui-sieron aceptarme dinero! Y no cesaban de decirme que no me ofendiera.

–¿Por qué iban a aceptarle dinero? ¿No le han convidado? ¿Acaso tienen el vodka para venderlo? –dijo el soldado, logrando al fin sacar la bota ennegrecida.

A pesar de la suciedad de la vivienda, manchada por las botas de los cazadores y por los perros enfangados, que se lamían mutuamente; a pesar del olor mixto de ciénaga y pólvora que llenó la casa; a pesar de la falta de cuchillos y tenedores, los amigos tomaron el té y cenaron con el agrado con que só-

lo se come cuando se está de caza.

Una vez aseados, se dirigieron al pajar, ya bien barrido, donde los cocheros les habían improvisado camas.

Después de fluctuar sobre perros, escopetas y recuerdos e historias de caza, la conversación se centró en un tema

interesante para todos.

Vaseñka exteriorizó su entusiasmo sobre aquella noche pasada en un pajar, entre el olor del heno, el encanto del carro roto –que así se lo parecía, porque le habían bajado la delantera para convertirlo en lecho–, entre los simpáticos campesinos que le invitaran a vodka y los perros que se tendían cada uno al pie de la cama de su amo. Oblonsky contó después la deliciosa cacería en que participara el verano anterior en las tierras de Maltus.

Maltus era una conocida personalidad de las compañías de ferrocarriles que poseía una gran fortuna.

Esteban Arkadievich habló de las marismas que el tal personaje tenía arrendadas en la provincia del Tver, de cómo aguardó a los invitados, de los dogcarts en que les llevó y de la tienda cercana al pantano en que estaba preparado el almuerzo.

–Yo no comprendo –––dijo Levin, incorporándose sobre su montón de heno– cómo no te repugna toda esa gente. Reconozco que la comida con vino Laffitte es muy grata, pero,

¿no te disgusta ese lujo en tales personas?

Toda esa gente gana el dinero como lo gana-ban en otro tiempo nuestros arrendatarios de aguardientes, y se burlan del desprecio público porque saben que sus riquezas mal adquiridas les salvarán, al fin y al cabo, de este desprecio.

–Tiene usted razón. ¡Mucha razón! –

exclamó Veselovsky–. Cierto que Oblonsky va a sitios así por bonhomie, pero no falta quien diga: Puesto que Oblonsky va...

–No es eso –y Levin adivinaba en la oscuridad que Oblonsky sonreía al hablar de aquello–. No considero ese medio de ganar dinero menos honrado que el de nuestros campesinos, comerciantes o nobles. Unos y otros se han hecho ricos con su trabajo y su inteligencia...

–¿Qué trabajo? ¿El de obtener una concesión y revenderla?

–Trabajo es, ya que, si no existieran personas como Maltus y otros parecidos, no tendríamos aún ferrocarriles.

–Pero no es un trabajo comparable con el de un campesino o el de un sabio.

–Admitámoslo; pero es un trabajo, puesto que su actividad produce frutos: los ferrocarriles. Claro, que tú crees que los ferrocarriles son inútiles.

–Eso es otra cosa. Estoy dispuesto a reconocer su utilidad. Pero toda ganancia despro-porcionada al trabajo hecho es deshonrosa.

–¿Quién puede definir en eso las proporciones justas?

–La ganancia por trabajos deshonrosos, lograda con malas artes –repuso Levin, comprendiendo que no podía marcar el límite entre lo honrado y lo no honrado–, como, por ejemplo, la de los bancos, es injusta. Es parecida a las enormes fortunas que se hacían cuando existía el sistema de los arrendamientos, sólo que ha variado de forma. Le roi est mort, vive le roi! Apenas desaparecidos los arrendamientos, surgieron los bancos y los ferrocarriles, modos análogos de ganar dinero sin trabajar.

–Quizá sea así; pero en todo caso es muy ingeniosa.. ¡Quieto «Krak» ! –gritó Oblonsky a su perro, que se rascaba y se agitaba en el heno. Y continuó serenamente, sin

precipitarse, convencido de la verdad de lo que de-cía–: No hay una línea divisoria entre el trabajo honroso y el deshonroso. ¿Es honrado que gane yo más sueldo que mi jefe de sección, que entiende más que yo del trabajo?

–No lo sé.

–Te lo explicaré mejor. Supongamos que lo que tú recibes de beneficio por trabajar tu propiedad son cinco mil rubios y que el aldeano que nos alberga, dueño de su finca, no saca de ella, a pesar de todo su trabajo, más que cincuenta rubios. Esto es tan poco honrado como que yo gane más que el jefe de sección de mú departamento y como que Maltus gane más que un obrero ferroviario. A mi parecer, la hostilidad que existe en la sociedad contra esa gente no tiene fundamento, y creo que procede de celos, de envidia...

–Eso no es verdad –repuso Veselovsky–.

Aquí, no cabe envidia. Es que se trata de algo poco limpio...

–Perdonen –interrumpió Levin–. Dices que no es honrado que este aldeano gane cincuenta rubios y yo cinco mil. Eso no es justo, lo confieso y...

–Verdaderamente; nosotros pasamos el tiempo comiendo, bebiendo, cazando y sin hacer nada de provecho, mientras los campesinos se matan a trabajar –dijo Veselovsky, quien se notaba que pensaba en ello por primera vez en su vida y que por eso hablaba con tanta sinceridad.

–Ya sé que tú piensas y sientes así, pero no por eso le darás tus propiedades –agregó Oblonsky, con intención deliberada de molestar a Levin. últimamente había surgido cierta hostilidad entre los dos cuñados. Dijérase que desde que cada uno estaba casado con una hermana, existía cierta rivalidad sobre quién había organizado mejor su vida.

Y ahora esta rivalidad se traslucía en la conversación, que derivaba a aspectos personales.

–No les doy mis tierras porque no me las piden y, de querer hacerlo, no habría podido, no tengo a quien regalarlas –dijo Levin.

–Ofréceselas a este labriego. Verás cómo las acepta.

–¡Cómo? ¿Buscándole y firmando un acta de venta?

–No sé cómo, pero si estás convencido de que no tienes derecho a...

–No estoy convencido. Al contrario: considero que a lo que no tengo derecho es a regalarlas, que me debo a mi propiedad, a mi familia...

–Perdona. Si consideras que tal desigualdad es injusta, ¿por qué no obras en consecuencia?

–Ya lo hago, en el sentido negativo de procurar no hacer mayor la diferencia que existe entre el campesino y yo.

–Dispensa que te diga que eso es un sofisma.

–Realmente, es una explicación algo sofística –apoyó Veselovsky–. ¿Cómo? ¿No duermes todavía? –dijo al campesino, que entraba en el pajar.

–¡Qué voy a dormir! Creía que los señores estaban durmiendo, pero como les oigo charlar.. Tengo que sacar el garabato. ¿No me morderán los perms? –preguntó, andando con cautela sobre sus pies descalzos.

–¿Y dónde vas a dormir tú?

–Hoy pernoctamos en el campo.

–¡Qué magnífica noche! –dijo Vaseñka, contemplando por la puerta, abierta ahora, de la casa, el charabán desenganchado y el paisaje iluminado por la luz crepuscular.

¿Oyen esas voces de mujeres que cantan...?

¡Y, en verdad, que no lo hacen nada mal!

¿Quiénes cantan? –preguntó al labriego.

–Las muchachas de la propiedad cercana.

–Vamos a pasear. No podremos dormir...

Anda, Oblonsky.

–¡Si pudiéramos imos y descansar a la vez! –suspiró Esteban Arkadievich, estirándose sobre su lecho–. ¡Pero se reposa tan a gusto aquí!

–Entonces iré solo –dijo Vesolovsky, levantándose con presteza y poniéndose las botas–

. Hasta luego, señores. Si me divierto, les llamaré. Me han invitado ustedes a cazar y no les olvidaré ahora...

–Es un muchacho muy simpático –dijo Oblonsky, cuando su amigo se marchó y el campesino cerró la puerta.

–Sí, muy simpático –convino Levin, pensando en su reciente conversación.

Le parecía haber expresado lo más claramente posible sus pensamientos a ideas, y sin embargo los otros dos, hombres inteligentes y sinceros, le habían contestado al uníso-no que se consolaba con sofismas. Esto le desconcertaba.

–Sí, amigo mío –siguió Oblonsky–. Una de dos: o reconocemos que la sociedad actual está bien organizada, y entonces hemos de defender nuestros derechos, o reconocemos que gozamos de ventajas injustas, como hago yo, y las aprovechamos con placer.

–No, si sintieses la injusticia de estos bienes, no podrías aprovecharlos con placer... o al menos no podría yo. Lo esencial para mí es no sentirme culpable.

–Oye: ¿y si nos fuéramos con Vaseñka? –

dijo Oblonsky, visiblemente cansado por el esfuerzo mental que exigía la discusión–. Me parece que ya no dormiremos. ¡Ea, vamos allá!

Levin no contestó. Le preocupaba la expresión que había empleado de que él obraba con justicia aunque en sentido négativo.

«¿Cabe ser justo sólo negativamente?» , se preguntaba.

–¡Qué aroma exhala el heno fresco! –dijo su cuñado levantándose–. No podré dormir...

Vaseñka debe de hacer de las suyas. ¿No oyes su voz y cómo ríen? ¿Qué, vamos? ¡An-da!

–No, no voy –respondió Levin.

–¿Acaso lo haces también por principio? –

tlijo Oblonsky, buscando su gorra en la obscuridad.

–No es por principio, pero, ¿a qué voy a ir?

–Vas a tener muchas contrariedades en la vida... –dijo Esteban Arkadievich, incorporándose, después de haber

encontrado la gorra.

–¿Por qué?

–¿Crees que no he notado los términos en que estás con tu mujer? Me parece haber oí-

do que entre vosotros es importantísima la cuestión de si te vas dos días de caza o no...

Eso en la luna de miel está bien, pero para toda la vida sería insoportable. El hombre tiene sus propios intereses como tal y debe ser independiente. El hombre ha de ser enérgico

–concluyó, abriendo las puertas del pajar.

–¿Quieres decir con eso que debo cortejar a las criadas? –preguntó Levin.

–¿Por qué no, si es divertido? Ça ne tire pas à conséquence... A mi mujer eso no le perjudica y a mí me divierte. Lo importante es que se guarde respeto a la casa, que en ella no suceda nada. Pero no hay que atarse las manos.

–Acaso aciertes... –repuso secamente Levin, volviéndose del otro lado–. Bueno: ma-

ñana hay que levantarse temprano. Yo no despertaré a ninguno. Al amanecer, saldré a cazar.

–Messieurs, venez–vite! –gritó la voz de Vaseñka, que llegaba a buscarles–. Charmante! ¡La hé descubierto yo! Charmante! Es una verdadera Gretchen... Y ya somos amigos...

Les aseguro que es una preciosidad –continuó diciendo, en un tono de voz con el que parecía dar a entender que

aquella encantadora criatura había sido creada especialmente para él y se sentía satisfecho de que se la hubieran creado tan a su gusto.

Levin fingió dormir.

Oblonsky, poniéndose las pantuflas y encendiendo un cigarro, salió del pajar, y sus voces se fueron perdiendo.

Levin tardó mucho en dormirse. Oía a los caballos masticar el heno, y luego sintió al dueño de la casa y a su hijo mayor marcharse al campo. Finalmente, percibió cómo el soldado se arreglaba para dormir al otro lado del pajar, con su sobrino, hijo menor del amo.

Oyó al niño explicar a su tío la impresión que le habían causado los perros, que le parecieron enormes y terribles, y preguntarle que a quién iban a coger aquellos animales.

El soldado, con voz ronca y soñolienta, contestó que los cazadores se irían por la maña-na al carrizal y harían fuego con sus escopetas, y al fin, para librarse de las preguntas del chiquillo, le dijo:

–Duerme, Vasika, duerme. Si no, ya verás lo que te pasa...

A poco el soldado empezó a roncar; todo estaba en calma. Sólo se oía el relinchar de los caballos y el graznar de las chochas en las marismas.

Levin se preguntaba: «¿Es posible que yo no sea más que un ser negativo? Y si es así,

¿qué culpa tengo?».

Comenzó a pensar en el día siguiente.

«Saldré muy temprano y procuraré serenarme. Hay muchas chochas y también fúlicas.

Al volver, encontraré la cartita de Kitty. Quizá Stiva tenga razón. Me muestro poco enérgico con ella. Pero, ¿qué puedo hacer? Otra vez lo negativo...»

Entre sus sueños oyó la risa y el animado charlar de sus amigos. Abrió los ojos por un momento. En la puerta del pajar charlaban los dos, a la luz de la luna, muy alta ya. Esteban Arkadievich comentaba la lozanía de la muchacha, comparándola con una avellanita recién sacada de la cáscara, y Veselovsky, con su risa alegre, repetía unas palabras probablemente dichas por el labriego: «Usted procure salirse con la suya ...».

Levin repitió, medio dormido:

–Mañana al amanecer, señores...

Y se durmió.

XII

Al despertarse a la aurora, Levin trató de hacer levantar a sus compañeros.

Vaseñka de bruces, con las medias puestas y las piernas estiradas, dormía tan profundamente que fue imposible obtener de él respuesta alguna.

Oblonsky, entre sueños, se negó a salir tan temprano. Incluso «Laska», que dormía enroscada en el extremo del heno, se levantó, perezosa y desganada, estirando y enderezando a disgusto las patas traseras.

Levin se calzó, cogió el arma, abrió la puerta con cuidado y salió.

Los cocheros dormían junto a los coches; los caballos dormitaban también. Sólo uno de ellos comía indolentemente su ración de avena. Aún se sentía mucha humedad.

–¿Por qué te has levantado tan pronto, hijo? –preguntó la vieja casera, con tono amistoso, como a un viejo conocido.

–Voy a cazar tiíta. ¿Por dónde he de ir pa-ra salir al carrizal? –preguntó él.

–Llegarás en seguida por detrás de casa, cruzando nuestras eras, buen hombre, y luego por los cáñamos, donde hallarás un sendero, que es el que debes seguir.

Pisando con cuidado, con los pies descalzos, la vieja acompañó a Levin, a través de las eras, hasta el camino que había indicado, y una vez en él, habló:

–Siguiendo este sendero, llegarás derechi-to al carrizal. Nuestros mozos ayer llevaron allí los caballos.

«Laska» corría alegre por el camino. Levin le seguía con paso ligero, rápido, siempre mirando hacia el cielo. Quería llegar a los pantanos antes de la salida del sol. Pero el sol no perdía el tiempo. La media luna, que aún iluminaba el paisaje cuando Levin salió de la casa, ya no brillaba mas que como un trozo de mercurio. Apuntaba la aurora. Las manchas indefinidas sobre el campo vecino aparecían ya claramente como montones de centeno. El rocío, invisible aún en la penumbra matinal, y que llenaba los altos cáñamos, mojaba a Levin los pies y el cuerpo hasta más arriba de la cintura. En el silencio diáfano de la campiña dormida se oían los más tenues sonidos. Una abeja pasó, volando, al lado mismo de

una de sus orejas. Levin miró con atención y vio otras muchas. Todas salían desde el seto del colmenar, volaban por encima del cáñamo y desaparecían en dirección del carrizal. El camino, como había indicado la vieja, llevó a Levin directamente a los pantanos. Se adivinaban éstos desde lejos por el vapor que despedían y bajo el cual aparecían indefinidos como islas los esparanganios y las matas de codeso.

Al borde de las marismas y a ambos lados del camino, se veían hombres y chiquillos que habían pernoctado allí. Estaban echados, durmiendo, abrigados con sus caftanes. No lejos de ellos distinguíanse tres caballos trabados, uno de los cuales hacía resonar las cadenas que le sujetaban. «Laska» iba al lado de su amo, mirándole de cuando en cuando, como pidiéndole permiso para alejarse.

Al llegar al primer montículo del carrizal, Levin revisó los pistones de la escopeta y de-jó marchar al perro. Uno de los caballos –un robusto potro de tres años– al ver a «Laska»

se espantó y, levantando la cola y relinchan-do, trató de huir. Los otros caballos se asustaron también, y a saltos, con las patas tra-badas, salieron del carrizal, produciendo con sus cascos, en el agua y la tierra arenosa, un ruido como de latigazos.

«Laska» se paró, miró a los caballos y luego a Levin como preguntándole qué había de hacer. Éste la acarició y, con un silbido, dio la señal de que podía comenzar la caza. La perra corrió alegremente por la tierra blanda, penetró en los aguazales, y no tardó en percibir el olor a ave, que, ente los otros mil de hierbas pantanosas, raíces, moho y estiércol de caballos, era el que la excitaba más. Ahora este olor se extendía por todas partes sobre las tierras pantanosas, sin que fuera fácil precisar de dónde salía. « Laska» corría de un

lado para otro, venteando, muy abiertas sus narices. El olor se percibió, de pronto, más fuerte. La perra se paró en seco y miró atentamente, vacilante, como sin poder precisar todavía dónde se hallarían las aves, pero seguro que estaban cerca y debían de ser en gran número. «Laska» avanzó cautelosamen-te, husmeando todas las matas, cuando la distrajo la voz de su dueño:

–¡«Laska» allí! –tiijo Levin indicando al otro lado.

La perra miró a Levin como preguntándole si no sería mejor que continuase la búsqueda que estaba llevando a cabo, pero el amo repitió la orden con voz severa. «Laska» corrió al ribazo de tierra cubierto de agua que le indicaba su dueño. Sabía que allí no podía haber nada, pero tenía que obedecer. Lo recorrió todo, segura de no encontrar nada, y volvió al lugar que había dejado. Ahora, cuando Levin no la estorbaba, sabía bien lo que tenía que hacer, y sin mirar a sus pies, tropezando con los montoncillos de tierra que encontraba en su camino y hundiéndose en el agua, pero levantándose al punto con un fuerte impulso de sus patas elásticas y fuertes, comenzó a describir círculos en tomo a un punto determinado.

El olor de los pájaros se percibía cada vez más fuerte y definido. De repente, la perra, pareció comprender con claridad que una de las aves estaba allí, a cinco pasos, detrás de un saliente de tierra, y quedó inmóvil. Sus cortas piernas no le permitían ver nada frente a ella, pero el olfato no la engañaba. Inmóvil, la boca y las narices muy abiertas, el oído alerta y la cola tensa agitada sólo en su extremidad, respiraba penosamente; pero, con cautela, gozábase en la espera y, con más cautela aún, miraba a su dueño, volviéndose más con los ojos que con la cabeza. Levin, con el semblante que el perro conocía, pero con una mirada que

le parecía terrible, avanzaba tropezando y con una lentitud extraordinaria, según le parecía al animal.

Al advertir que «Laska» se bajaba al suelo y entreabría la boca, comprendió Levin que las chochas estaban allí y, rogando a Dios que no le fallase la caza, sobre todo en aquel primer pájaro, se dirigió corriendo, aunque con precaución, hacia donde se encontraba el perm. Subió la pequeña loma y al mirar entre dos montecillos de tierra descubrió con los ojos lo que «Laska» había olfateado: una chocha bastante grande, que en aquel momento volvió la cabeza hacia ellos, alargó el cuello y permaneció en actitud de escuchar.

Luego abrió ligeramente las alas, las volvió a cerrar, y, moviendo pesadamente la cola, se alejó, desapareciendo detrás de uno de los montecillos.

–¡Busca, «Laska»! ¡Busca! –gritó Levin, azuzando al perro.

«Pero, si no puedo ir! », pensaba el animal. «¿Adónde iré? Desde aquí las olfateo y si avanzo no sabré dónde están ni qué son.»

Pero el dueño la empujó con la rodilla y con voz excitada le volvió a gritar:

–¡Busca, « Laska»! ¡Busca!

«Bueno, lo haré como quieres», pareció pensar aún el animal, « pero no respondo del éxito». Y salió disparado hacia adelante. Ahora ya no olfateaba nada, no seguía rastro alguno–, sólo veía y sentía sin comprender.

A diez pasos del lugar donde se encontraba antes se levantó una fúlica. Su agudo chi-llido y su ruido de alas característico estremeció el aire. Se oyó un disparo y el pájaro se desplomó en la hondonada húmeda. Otro pájaro se

levantó detrás de él, sin que el perro interviniese. Cuando Levin le vio estaba ya lejos. Pero el disparo le alcanzó. El pájaro voló unos veinte pasos más, se levantó como una pelota y, luego, dando vueltas, cayó pesadamente en el carrizal.

«Laska» trajo a Levin las dos aves y aquél las metió en el zurrón, pensando: «Vaya, hoy ya es otra cosa».

–Tendremos buena caza, «Laska», ¿verdad?

Levin volvió a cargar su escopeta y se pu-so de nuevo en camino.

El sol había salido ya por completo. La lu-na había perdido su brillo, si bien blanqueaba aún sobre el ciclo. No se veía ni una estrella.

Los montoncillos de tierra, que antes relucían cubiertos por el rocío plateado, ahora estaban como dorados, El azul nocturno de las hierbas se había convertido en un verdor amarillento.

Las avecillas del pantano buscaban las sombras de los arbustos, cerca del arroyo. Un buitre estaba posado sobre un montón de centeno, mirando a un lado y otro del carrizal. Las chochas volaban en todas direcciones. Un chiquillo, descalzo, hacía correr a los caballos, trabados aún, riéndose de sus torpes movimientos. Un viejo, sentado, se rascaba bajo el caftán. Otro chiquillo corrió hacia Levin y le dijo:

–Señor, ayer había aquí muchos patos.

Levin continuó su cacería, seguido de lejos por el pequeño.

De un solo disparo, afortunado, mató tres chochas ante el chiquillo, que expresó su entusiasmo haciendo varias

cabriolas.

XIII

El proverbio de los cazadores que dice que si se mata la primera pieza, la caza será feliz, resultó cierto. Levin tuvo una cacería afortunada.

A las diez de la mañana regresó a la casa, fatigado y hambriento, pero feliz, después de haber andado unas treinta verstas, con diecinueve piezas y un grueso pato que llevaba atado a la cintura porque no cabía ya en el morral.

Sus compañeros se habían levantado ya y hasta habían comido.

Levin entró gritando alegre y jactanciosa-mente:

–¡Eh! ¡Mirad! ¡Diecinueve piezas! ¡Traigo diecinueve!

Y se puso a contarlas ante ellos, gozando con la admiracion, y gozando también con la envidia de Esteban Arkadievich. Las aves no tenían el hermoso aspecto de cuando iban volando o se movían graciosamente sobre el suelo, sino que estaban ya con las plumas lacias y muchas apelmazadas y cubiertas de negruzca sangre; pero representaban, efectivamente, una buena caza.

Levin se sintió todavía más feliz al recibir una carta de su esposa, que le había traído un hombre.

Kitty le decía:

Estoy completamente bien y alegre. No te preocupes por mí; puedes estar más tranquilo que antes, pues tengo otro ángel guardián.

Vlasievna (era la comadrona, un nuevo a importante personaje en la vida de Levin) vino a verme y la hemos hecho quedarse aquí hasta que vuelvas. Me encontró completamente bien. Todos los demás están también contentos y sanos. No te apresures por volver y, si la caza es buena, quédate un día más.

Las dos alegrías que había recibido –la buena caza y la carta de Kitty– eran tan grandes, que le pasaron casi inadvertidos dos contratiempos. Uno era que el caballo rojo, que al parecer había trabajado demasiado el día antes, no comía y tenía un aspecto abatido. El cochero decía que estaba reventado.

–Ayer le fatigaron demasiado, Constantino Dmitrievich. Recuerde usted que le hicieron correr durante diez verstas sin ningún miramiento.

Otra circunstancia le produjo de momento un disgusto: de las provisiones que Kitty había preparado, con tal abundancia que creían que habían de tener víveres para una semana, no quedaba nada ya. Levin regresaba de la caza, como antes dijimos, con intenso apetito y, recordando con tal precisión las ricas empanadillas que les había cocinado su mujer, que, al acercarse a la casa, percibía ya el olor y el gusto en la boca, de igual modo que su perra percibía el olfato de la caza. En cuanto se hubo despojado de sus arreos, gritó, pues, a Filip:

–¡Eh! A ver esas empanadillas, que tengo un hambre canina.

La decepción fue grande cuando le dijeron que no sólo no quedaban empanadillas, sino que tampoco quedaban pollos.

–¡Vaya un apetito! ––comentó Esteban Arkadievich, riéndose a indicando a Vaseñka–.

Yo no sufro por falta de apetito, pero lo que es ése... Parece imposible lo que come.

–¡Qué le vamos a hacer! –exclamó Levin, mirando sombríamente a Veselovsky. Y pidió:

–Filip, tráeme carne, pues.

–La carne se la han comido y los huesos los han echado a los perros –contestó Filip.

–¡Hubieran podido, al menos, dejarme al-go! –lamentó, casi llorando, el hambriento, Levin–. Entonces, prepara un ave –añadió– y pide para mí aunque sea sólo un porn de leche.

Cuando se hubo bebido la leche, en buena cantidad, se le pasó el enojo y hasta se sintió avergonzado de haberlo mostrado ante un extraño y rió el trance.

Por la tarde, salieron de nuevo al campo a cazar y hasta Veselovsky mató algunas piezas.

Ya de noche, regresaron a la casa.

Tanto la ida como la vuelta la pasaron divertidísimos. Veselovsky cantaba alegremente; refería su estancia entre los campesinos que le ofrecieron vodka y constantemente le imploraban « que no ofendiese»; el fracaso que tuvo al querer coger avellanas; su plática picaresca con la chica de la propiedad vecina y la sentencia de otro labriego, que le preguntó si era casado y, al contestarle que no, le dijo: «pues más que mirar a las mujeres de otros, debías procurarte una propia». Todo lo cual le divertía de tal modo que, recordándolo, no cesaba de reír.

–En general, estoy muy contento con nuestro viaje –decía–. ¿Y usted, Levin? –

preguntó.

–Yo lo estoy también mucho –contestó Levin sinceramente, pues ya no sentía animosidad contra Vaseñka, sino que, por el contrario, comenzaba a cobrarle afecto.

XIV

Al día siguiente, a las diez de la mañana, habiendo ya recorrido toda su finca, Levin llamó a la habitación donde dormía Vaseñka.

–Entrez! –gritó aquél.

Levin entró y le halló en paños menores.

–Perdóneme –se disculpó Veselovsky–, estaba acabando mis ablutions.

–No se apresure –contestó Levin, sentándose en el alféizar de la ventana. ¿Ha dormido usted bien?

–Como un leño. No me he despertado ni una sola vez.

–¿Qué toma usted, té o café?

–Ni una cosa ni otra: almuerzo sólido.

Créame que estoy avergonzado de esto, pero es mi costumbre. También desearía dar antes un paseíto. Ha de enseñarme usted los caballos.

Habiendo Levin y su huésped paseado por el jardín y hasta hecho gimnasia en el trapecio, volvieron a la casa y entraron en el salón, donde estaban ya las señoras.

–¡Qué magnífica cacería! ¡Cuántas y qué agradables impresiones! –dijo Veselovsky al saludar a Kitty, que se

hallaba sentada ante el samovar–. ¡Qué lástima que las señoras estén privadas de estos placeres!

Otra vez le pareció a Levin ver algo humillante en la sonrisa, en la expresión de triunfo con que Veselovsky se dirigió a su mujer.

La Princesa, que estaba sentada al extremo opuesto de la mesa, junto a María Vlasievna y Esteban Arkadievich, hablaba de la necesidad de trasladar a Kitty a Moscú para la época del parto, y Oblonsky llamó cerca de sí a Levin para hablarle de la cuestión. A Levin, que en los días que precedieron a su casamiento le disgustaban los preparativos, que, por su insignificancia, ofendían la grandeza de lo que se iba a realizar, le disgustaban todavía más los que se hacían para el parto que se acercaba, cuya llegada contaban todos con los dedos. Hacía cuanto podía para no oír las conversaciones sobre la manera de envolver al niño, volvía el rostro para no ver las vendas infinitas y misteriosas, los pedazos triangulares de tela, a los que Dolly daba gran importancia, y otras cosas semejantes.

El acontecimiento del nacimiento del hijo (pues no le cabía duda de que sería niño), que se le había prometido, pero en el cual, a pesar de todo, no podía creer –tan extraordinario le parecía–, se le presentaba de un lado como una inmensa felicidad, tan inmensa, que le parecía imposible; y, del otro, como un suceso tan misterioso, que aquel supuesto conocimiento de lo que había de venir, y, como consecuencia, los preparativos que se hacían, como si se tratara de un acontecimiento ordinario producido por los hombres, despertaba en él un sentimiento de ira y de humillación.

La Princesa no comprendía, sin embargo, estos sentimientos y atribuía a ligereza y a indiferencia los escasos deseos que

mostraba su yerno de pensar en las cosas que a ella tanto le interesaban, y de hablar de ellas. Así no le dejaba tranquilo. Insistía continuamente en sus consultas, en explicarle lo que había hecho, que había encargado a Esteban Arkadievich buscar el piso, cómo pensaba arreglarlo...

Levin rehuía:

–No sé nada de eso, Princesa... Hagan lo que quieran...

–Pues hay que decidir. Si no, ¿cuándo se va a hacer la mudanza?

–No sé... No sé... Sólo sé que nacen millones de niños sin ser llevados a Moscú, hasta sin médicos... Pero hagan como quiera Kitty.

–Con Kitty es imposible hablar de esto.

¿Quieres que la asustemos? Esta primavera, Natalia Galizina murió a consecuencia de un mal parto.

–Bien, bien. Como usted diga, así se hará.

Y mostraba un gesto sombrío.

Pero lo que le tenía así no era la conversación con la Princesa, por mucho que le desagradara, sino la que sostenían Vaseñka y Kitty.

Veselovsky estaba inclinado hacia su mujer, hablándole casi al oído con su sonrisa sarcástica, de dominador, y ella le escuchaba ruborizada y con emoción bien visible. Había algo impuro en la actitud de ambos.

«No, esto no es posible», se decía Levin.

Y de nuevo se le oscurecieron los ojos; de nuevo, sin la más leve transición, descendió de la altura de su felicidad, de la calma y la dignidad, y se hundió en el abismo de la desesperación, la humillación y la ira, y sintió asco de todo y de todos.

–Obren ustedes como quieran, Princesa –

dijo, volviendo a mirar hacia su mujer.

–¡Qué pesada eres, corona de Monomaj! –

le dijo Esteban Arkadievich, en tono de broma y aludiendo, no sólo a la conversación con la Princesa, sino a la actitud que tenía Levin y que aquél había advertido bien.

Entró Daria Alejandrovna y todos se levantaron para saludarla.

Vaseñka se levantó sólo un instante, y, con la falta de cortesía propia de los jóvenes modernos, se limitó a hacer una leve inclinación de cabeza y volvió junto a Kitty, continuando su conversación con ella sin dejar de reír.

–¡Qué tarde te has levantado hoy, Dolly! –

dijo Levin.

–Macha me ha dado muy mala noche. Ha dormido muy mal y hoy está de un pésimo humor –explicó Dolly.

Vaseñka hablaba con Kitty de lo mismo que el día anterior: de Ana. Afirmaba que el amor debe ser puesto por encima de las conveniencias sociales.

Esta conversación era desagradable a Kitty por su fondo y por el tono en que era llevada y, sobre todo, porque sabía

que el verla así con Veselovsky molestaba a su marido.

Habría querido cortarla. Pero Kitty era demasiado sencilla e inocente para saber lo que había de hacer a fin de conseguirlo y hasta para ocultar el pequeño a inocente placer que le causaban –mujer al fin– las atenciones de Veselovsky. Pensaba, incluso, que acaso lo que hiciera con tal fin sería mal interpretado.

Efectivamente, cuando preguntó a Dolly «qué tenía Macha» y Vaseñka, al ser cortada su conversación, se puso a mirar a Dolly con indiferencia, a Levin la pregunta le pareció una astucia falta de naturalidad y repugnante.

–¿Qué, pues? ¿Iremos hoy a buscar setas?

–preguntó Dolly.

–Vamos... Yo también iré ––dijo Kitty.

Kitty habría preguntado a Vaseñka si él iba también. No hizo la pregunta, pero sólo con pensarlo se ruborizó.

En aquel momento Levin pasó a su lado con andar decidido.

–¿Adónde vas, Kostia? –le preguntó, in-tranquila, a su marido.

La expresión culpable de Kitty confirmó a Levin sus sospechas.

Contestó desabridamente, sin mirar siquiera a su esposa.

–En mi ausencia llegó el mecánico alemán y todavía no le he visto.

Bajó al piso inferior y aun no había salido de su gabinete, cuando oyó los pasos, tan conocidos por él, de Kitty, que iba

rápidamente a su encuentro.

–¿Qué quieres? –preguntó Levin–. Este señor y yo estamos ocupados.

–Perdone usted –dijo ella al mecánico–, necesito decir algunas palabras a mi marido.

El alemán quiso salir, pero Levin le contuvo:

–No se moleste.

–El tren sale a las tres –objetó el otro–.

Temo no poder llegar a tiempo.

Levin no le contestó y salió de la estancia en unión de Kitty.

–¿Qué tienes que decirme? –preguntó a ésta en francés y sin mirarla.

Kitty sentía un temblor irresistible en todo su cuerpo; tenía lívido el semblante; y en general, un aspecto lamentable de abatimiento.

Levin lo presentía y no quería verlo.

–Quiero decir... quiero decirte –balbuceó ella–. Quiero decir que así... así es imposible... imposible vivir. Que esto es un martirio...

–No hagas escenas aquí –le atajó Levin con irritación–. Puede venir gente...

Estaban, efectivamente, en una habitación de paso. Kitty quiso entrar en la contigua, pero allí estaba la inglesa dando lección a Tania.

–Salgamos al jardín –propuso, en vista de ello.

En el jardín hallaron al campesino que cuidaba de él y que estaba limpiando el sendero.

Sin tener en cuenta ya que el jardinero le ve-

ía, que ella lloraba y él estaba conmovido y los dos tenían aspecto de sufrir una gran desgracia, siguieron adelante, rápidos. Sólo pensaban en que necesitaban darse explicaciones, de disuadirse mutuamente y de es-te modo librarse del martirio que ambos experimentaban.

–Así es imposible vivir. Yo sufro, tú sufres... ¿Y por qué? ––dijo Kitty cuando, al fin, se hubieron sentado en un banco solitario, en un rincón del paseo de los tilos.

–Dime una cosa –replicó Levin, poniéndose delante de ella en la misma forma que la noche anterior: los puños crispados, apretados contra el pecho, las piernas abiertas, erguidos el torso y la cabeza, la mirada muy fija en los ojos de su mujer–. ¿No había en su postura, en su tono, algo inconveniente, impuro, humillante para mí? Dime la verdad.

–Había –confesó Kitty, con voz temblorosa–. Pero Kostia –se disculpó–, ¿qué puedo hacer yo? Esta mañana quise tomar otro to-no; pero ese hombre... ¿Para qué habrá venido? –añadió entre sollozos que sacudían todo su cuerpo, que ya iba abultándose por el embarazo–. ¡Tan felices que éramos!

El jardinero pudo observar, con sorpresa, cómo primero iban los dos presurosos, aunque nadie los perseguía, y cariacontecidos y que, luego, cuando nada particularmente alegre podían haber encontrado en aquel banco, volvían con rostros tranquilos y hasta radiantes.

XV

Una vez que hubo acompañado a su mujer al piso de arriba, Levin entró en la parte de la casa habitada por Dolly. Ésta estaba también muy disgustada aquel día. Daria Alejandrovna se paseaba por la habitación y decía airada y enérgicamente, hasta con saña, a la niña, que permanecía acurrucada en un rincón y sollozando.

–Y te quedarás aquí, en este mismo sitio, todo el día. Y comerás sola. Y no verás ninguna muñeca. Y no te haré ningún vestido nuevo. ¡Ah! Es una niña muy perversa –

explicó a Levin–. ¿De dónde sacará estas malas inclinaciones?

Levin se sintió contrariado. Quería consultar a Dolly su asunto y vio que llegaba en mala ocasión.

–Pero, ¿qué es lo que ha hecho? –

preguntó con indiferencia.

–Ella, con Gricha, han ido a donde crece la frambuesa y allí... ni te puedo decir lo que estaban haciendo. Mil veces echo de menos a miss Elliot. Esta otra inglesa no vigila nada, es una máquina. Figurez–vous que la petite...

Y Daria Alejandrovna contó lo que ella llamaba el «crimen de Macha».

–Eso no demuestra nada, no demuestra ninguna mala inclinación; es una travesura de niños y nada más –la calmó Levin.

–Pero veo que tú también estás disgustado

–advirtió Dolly–. ¿Por qué has venido? –le preguntó–. ¿Qué pasa en el salón?

Por el tono de las preguntas comprendió Levin que le sería fácil decir a Dolly lo que quería.

–No estuve allí, en el salón –explicó–. He estado en el jardín, hablando a solas con Kitty... Hemos reñido otra vez, ya la segunda desde que vino Stiva.

Dolly le miró con sus ojos inteligentes y comprensivos.

–Y dime, con la mano puesta en el corazón

–continuó Levin–, ¿no había... no en Kitty, no, pero sí en este señor... un tono que puede ser desagradable y hasta ofensivo para el marido?

–¿Cómo te diré...? –dudó Daria Alejandrovna–. Quédate en el rincón –ordenó a Macha, la cual, al observar una sonrisa en el rostro de su madre, se había vuelto–. En el ambiente del gran mundo –siguió Dolly diciendo a Levin– es así como se comporta toda la juventud; a una mujer joven y linda hay que hacerle la corte, y el marido mundano debe, además, estar contento del éxito de su mujen

–Sí, sí –comentó Levin sombrío–. Pero, ¿tú lo has observado?

–No sólo yo, sino también Stiva lo observó. En seguida, después del té, me dijo: Je crois que Veselovsky fait un petit brin de cour à Kitty.

–Está bien, ya estoy tranquilo. Voy a echarle en seguida de casa.

–¿Qué dices? ¿Estás loco? –clamó Dolly, horrorizada–. Vamos, Kostia, serénate –le suplicó. Luego, dirigiéndose a la chiquilla, riéndose, le dijo–: Ahora puedes ir con Fan-ny. –Y añadió a Levin–: No. Si quieres, voy a hablar con Stiva. Él se

lo llevará de aquí. Le puedo decir que estás esperando invitados...

que no conviene para nuestra casa...

–No, no. Quiero decírselo yo.

–Pero, ¿vas a reñir con él?

–No será nada trágico; al contrario, me divertiré. De verdad. Sí, sí, será muy divertido

–aseguró, los ojos brillantes entre alegres y amenazadores.

–Ahora –defendió a la chiquilla– has de perdonar a la pequeña criminal.

La culpable les miró y quedó indecisa, baja la cabeza, mirando de reojo a su madre, buscando su mirada.

Daria Alejandrovna miró, en efecto, a la chiquilla y ésta, llorando, vino a refugiarse en el regazo de su madre. Dolly le puso su ma-no, delgada y fina, suavemente, cariñosamente, sobre la cabeza y la acarició con dulzura.

Levin salió pensando: «¿Qué tenemos en común con él?». Y se dirigió resuelto, derechamente, a buscar a Veselovsky.

Al llegar al vestíbulo, dio orden de enganchar el landolé para ir a la estación.

–Ayer se rompió el muelle ––contestó el lacayo.

–Entonces, otro coche corriente. Pero, pronto... ¿Dónde está el invitado?

Levin encontró a Vaseñka en el momento en que éste, habiendo sacado de su baúl las cosas, se probaba las

polainas de montar.

Ya fuera que en el rostro de Levin hubiera algo especial o bien que el mismo Vaseñka hubiese comprendido que ce petit brin de cour que había emprendido resultaba inoportuno en aquella familia, lo cierto es que la entrada de Levin en la habitación le conturbó, tanto como es posible en un hombre del gran mundo.

–¿Usted monta con polainas? –le preguntó Levin.

–Sí, es mucho más limpio ––contestó Va-señka, poniendo su gruesa pierna sobre una silla y abrochando el último corchete de la polaina. Y sonreía a la vez, aparentando estar alegre y tranquilo.

Indudablemente Vaseñka era un buen mo-zo, y en aquel momento tenía una mirada de bondad y hasta de timidez.

Levin sintió compasión de él y vergüenza de sí, del paso que iba a dar siendo el dueño de la casa.

Sobre la mesa estaba el bastón que ellos habían roto por la mañana, al querer levantar algunas pesas. Levin tomó en la mano aquel resto del bastón y, sin decir palabra, se puso a romper más la punta.

Tras un largo silencio, muy embarazoso para los dos, Levin continuó:

–Quería...

Calló otra vez.

De repente, recordó a Kitty y todo lo que había pasado, y mirando fijamente a los ojos a Veselovsky, le dijo:

–He ordenado enganchar los caballos para usted.

–¿Qué quiere decir eso? –preguntó Vaseñ-

ka–. ¿Adónde debo ir?

–A la estación del ferrocarril –––contestó Levin, sombrío y arrancando pedacitos de madera al bastón.

–¿Se marcha usted? ¿Ha pasado algo?

–Resulta que estoy esperando a unos invitados –pronunció Levin con energía. Y rápidamente, a la vez que arrancaba más pedacitos de madera del bastón con las puntas de sus fuertes dedos, siguió–: No, no espero invitado alguno ni ha pasado nada; pero le pido que se marche de aquí sin tardanza... Usted puede explicarse como quiera n–ú escasa cortesía.

Vaseñka se irguió, altivo, habiendo comprendido al fin.

–Pero yo le pido a usted una explicación –

dijo, con acento fume.

–No puedo explicarle nada –replicó Levin tranquila y lentamente, reprimiendo el temblor de sus pómulos–. Mejor será para usted no preguntarme.

Y como había acabado de desgajar los pedazos de bastón que ya estaban tronchados, Levin agarró los extremos del trozo que quedaba y, aunque resistente, lo rompió también en pedacitos. Por último, cogió al vuelo una astilla que caía al suelo.

Seguramente el aspecto de aquellos forni-dos brazos, de los músculos en fuerte tensión, la decisión que denotaban los

ojos brillantes, la tranquilidad y seguridad de la voz, pausada y serena, convencieron a Vaseñka más que las palabras. Así, se encogió de hombros, sonrió con desdén y sólo dijo:

–¿Podré ver a Oblonsky?

–Le mandaré aquí ahora mismo.

–¡Qué idiotas! ––comentó Esteban Arkadievich al contarle su amigo que le echaban de la casa; y, habiendo encontrado a Levin en el jardín, donde aquél se paseaba en espera de ver la salida de su huésped, le dijo: –Mais c'est ridicule! ¿Qué mosca te ha picado? Mais c'est du demier ridicule! Qué tiene de particular que un joven...

Pero el punto en el cual la mosca había picado a Levin todavía dolía, sin duda, porque éste palideció de nuevo y replicó rápidamente:

–Por favor, no me digas nada. No puedo hacer otra cosa. Siento mucha vergüenza an-te ti y ante él. Pero pienso que para él no se-rá una gran pena marcharse y, en cambio, su presencia nos es desagradable a mi mujer y a mí.

–Pero esto es ofensivo para él. Et puis c'est ridicule.

–Su estancia aquí es para mí, ofensiva y penosa (y no por culpa mía). Yo no sé por qué deba sufrir...

–Pues yo no esperaba esto de tu parte. On peut être jaloux, mais à ce point c'est du dernier ridicule!

Levin dio rápidamente media vuelta y se marchó al fondo del jardín, donde continuó, solo, sus paseos.

No tardó en oír el ruido de la tartana, y, entre los árboles, vio cómo Vaseñka, sentado sobre un montón de heno (por desgracia la tartana no tenía el asiento bien arreglado) con su gorra escocesa encasquetada, bamboleándose por el traqueteo del coche al cruzar los baches o salvar piedras, se alejaba por la avenida.

Luego vio que el lacayo salía corriendo de la casa y paraba el carruaje.

–¿Qué sucederá?, pensó Levin.

Se trataba del mecánico alemán, del cual él se había olvidado por completo.

El mecánico, tras muchos saludos, dijo al-go a Veselovsky, subió a la tartana y ésta siguió con los dos viajeros.

Esteban Arkadievich y la Princesa estaban indignados por la conducta de Levin. Él mismo se sentía no sólo ridicule en cierta manera, sino hasta culpable y avergonzado. Pero recordando lo que él y su mujer habían sufrido, al preguntarse si habría hecho lo mismo otra vez, Levin se contestaba que en ocasión análoga procedería de la misma manera.

Pero, al final del día, y a despecho del incidente, todos, excepto la Princesa, que no perdonaba a su yerno aquella descortesía, estaban extraordinariamente animados y alegres, como suele ocurrir con los niños finali-zando su castigo, o con los mayores que asisten a una recepción oficial al terminar las ceremonias.

Así que por la noche, en ausencia de la Princesa, hablaban de la salida forzosa de Va-señka como de una cosa ocurrida hacía mucho tiempo. Y Dolly, que heredara de su padre el don de contar las cosas con gracia, les hacía estallar de risa

cuando, por enésima vez, y siempre con nuevas invenciones humorísticas, contaba que ella estaba a punto de ponerse lacitos para lucirse ante el huésped y salir así al salón, cuando oyó el ruido del carruaje.

–¿Y quién iba en él? –decía–. ¡El propio Vaseñka! Con su gorrita escocesa y las polainas, sentado sobre el heno. ¡Si al menos hubiesen ordenado prepararle el landolé!... Y

luego oigo: « Esperen, esperen». Pensé: han tenido compasión de él. Pero véo que sientan a un grueso alemán y a él le levantan, le hacen que vaya de pie. ¡Y adiós mis lacitos! –

terminaba simulando hallarse muy contrariada–. Mi fracaso era cierto.

XVI

Daria Alejandrovna realizó su propósito de ir a visitar a Ana. Comprendía que los Levin tenían razones bien fundadas para no desear relacionarse para nada con Vrosky y estaba segura de que su viaje afligiría a su hermana y causaría un disgusto a su cuñado; pero, por otra parte, consideraba un deber suyo visitar a Ana y deseaba demostrarle que, a pesar del cambio en su situación, sus sentimientos para con ella no habían variado.

Para no causar a Levin nuevas molestias, Daria Alejandrovna mandó alquilar en el pueblo los caballos necesarios. Pero, su cuñado, al enterarse de ello, se sintió disgustado y se lo censuró vivamente.

–¿Por qué piensas que ha de desagradar-me tu viaje? No me has dicho ni una vez que querías ir. Además, si me resultara desagradable, más me resultaría aún si no aprovechas mis caballos. El que los alquiles en el pueblo es un motivo de

disgusto para mí. Pe-ro, hay otra cosa peor, y es que se comprometerán y no cumplirán su palabra. Tengo, como sabes, caballos suficientes y buenos, y coches; si no quieres ofenderme: tómalos para tu viaje.

Daria Alejandrovna hubo de aceptar el ofrecimiento de su cuñado y éste, el día fijado preparó para el viaje cuatro caballos, y con un acompañamiento de trabajadores de la finca que iban a pie y en caballerías, salieron para aquel destino.

Constituía un gran trastorno para Levin, pues necesitaba los caballos para la Princesa y la comadrona, que habían de marcharse entonces también; mas el deber de hospitali-dad le impedía permitir que Daria Alejandrovna recurriese a otras gentes. Sabía, además, que los veinte rublos que pedían a su cuñada por los caballos constituían para ella una pesada carga, dada su difícil situación económica.

La comitiva era muy abigarrada y nada brillante, pero Daria llegaría así con seguridad absoluta, fácilmente y dentro del mismo día, a la propiedad de Vronsky.

Por consejo de Levin, Daria Alejandrovna salió antes del amanecer. El camino era bueno y el coche cómodo; los caballos corrían ágiles; y en la delantera, junto al cochero, en el lugar del lacayo, iba el encargado que, en vez de aquél, había destacado Levin, para mayor seguridad. Dolly se durmió y no despertó hasta la posada en la que habían de cambiar de tiro.

Daria Alejandrovna tomó el té en la misma casa de Sviajsky donde Levin se detenía durante sus viajes. Charló con las mujeres, los niños y el viejo sobre el conde Vronsky, de quien el viejo hizo grandes elogios.

A las diez de la mañana continuó su viaje.

Cuando estaba en casa, ocupada constantemente en los quehaceres que le daban los niños, Daria Alejandrovna no tenía tiempo para pensar en ninguna otra cosa; pero ahora, durante las cuatro horas que duró esta parte del viaje, acudieron a su mente todos los recuerdos de su vida y los fue repasando en sus aspectos más diversos. Sus pensamientos –que a ella misma le parecían extra-

ños– volaron también hacia los niños. La Princesa y Kitty (más conîiaba en la última) le habían prometido cuidarles. Sin embargo, estaba preocupada por ellos. «Quizá», temía, «

Macha empezaría con sus travesuras. Acaso un caballo pisara a Gricha, o Lilly padeciese otra indigestión» . Luego pensó en el futuro.

Primero, en el inmediato. « En Moscú, para este invierno, habría que mudarse de piso.

Habremos de cambiar los muebles del salón, y hacer un abrigo a la hija mayor.» Después, el porvenir de sus hijos: «Las niñas, menos mal, no ofrecen tantas complicaciones; pero,

¡los niños!» . Y se dijo: « Está bien que me ocupe de Gricha ahora porque estoy más libre y no he de tener ningún hijo. Con Stiva, naturalmente, no hay que contar. Siguiendo así y con ayuda de la buena gente, sacaré adelante a mis hijos. Pero si vuelvo a estar embarazada...» .Y Dolly reflexionó que era muy injusto considerar los dolores del parto como señal de la maldición que pesa sobre la mujer. «¡Es tan poca cosa en comparación con lo que cuesta el criarlos!» , se dijo, recordando la última prueba por la que había pasado en este aspecto y la muerte de su último niño. Y

le vino a la memoria la conversación que, a propósito de esto, había tenido con la nuera de la casa donde habían

cambiado los caballos. Aquélla, a la pregunta de Dolly de si te-nía niños, contestó alegremente:

–Tuve una niña, pero Dios se me la llevó.

Esta cuaresma la enterré.

–¿Y lo sientes mucho? –preguntó, también, Daria Alexandrovna.

–¿Por qué lo he de sentir? –contestó la joven–. El viejo tiene muchos nietos aun sin ella. Y me daba mucho trabajo. No podía atender a otros quehaceres más importantes... No podía trabajar ni hacer nada más que ocuparme de ella... Era un fastidio.

A Daria Alejandrovna esta contestación le había parecido repugnante en labios de aquella simpática muchacha, cuyo rostro expresaba bondad; pero ahora, al recordar involuntariamente aquellas palabras, se dijo que, a pesar del cinismo que había en ellas no dejaban de tener un fondo de verdad. Pensaba entonces Daria Alejandrovna en sus embarazos: en el mareo, la pesadez de cabeza, la indiferencia hacia todo y, principalmente, en la deformación, en su fealdad. «La misma Kitty, jovencita y tan linda, ha perdido mucho. Yo, cuando estoy embarazada, me vuelvo horrible.» «Luego los partos, los terribles sufrimientos y el momento más terrible aún de dar a luz... Y el dar el pecho, las noches sin dormir, las grietas, los dolores irresistibles si se retira la leche...» Y recordando aquellos dolores por que ella había pasado en casi todos sus alumbramientos, Daria Alejandrovna se estremeció. «Y por otro lado» , siguió, «

las enfermedades de los pequeños, las noches en vela, los días enteros sin descanso, con la constante inquietud del miedo a la muerte». « ¿Y los mil disgustos de la educación de los hijos? El "crimen" de la pequeña Macha en el jardín,

las clases con los niños, el latín difícil, incomprensible para ellos.» «Y si, como final, llega la muerte...» Y Daria Alejandrovna rememoró, con horror y dolor profundo, el fallecimiento y el entierro de su último niño, atacado por la terrible difteria: los gestos horrorosos provocados por la tos y los ahogos; el resuello de la garganta oprimida, llena de purulentas e inflamadas llagas; el último y supremo esfuerzo con la inminente asfixia –desorbitados y sanguinolentos los ojos; congestionadas las facciones, hinchadas, reventando las venas; crispadas las manos; enarcados el torso y las piernecitas–.

Luego, el pequeño ataúd, tan fúnebre aun con sus colores claros –rosa y blanco– y sus adornos de pasamanería; el yerto cuerpecito, de frentecilla lívida con ricitos rubios; la boquita, morada, abierta como en gesto de extrañeza. Después el desgarrador adiós final, el lúgubre martilleo sobre los clavos que sujetaban la tapa de la caja, la partida del corte-jo; todo entre la indiferencia de la gente. Y

mientras, ella, en su dolor de madre, en la angustiosa opresión de su pecho, que le po-nía un nudo en la garganta, se sentía morir, y lágrimas de fuego corrían por sus mejillas.

«¿Y todo para qué?» , seguía la mente de Daria Alejandrovna. «¿Qué resultará de todo ello? Vivir sin un momento de tranquilidad, ora embarazada, ya dando el pecho; siempre de mal humor, riñendo, torturándome yo y torturando a los demás, causando repugnancia a mi marido. Así habré pasado mi vida y saldrán niños infelices, mal educados, acaso niños mendigos. Ya este año, si no hubiéramos pasado el verano en casa de Levin, no sé qué habríamos hecho. Es verdad que Kostia y Kitty son tan delicados que no nos damos cuenta de nada, pero esto no puede durar.

También ellos tendrán niños y no podrán ayudamos; ahora mismo van ya algo mal de recursos. ¿Quién nos ayudará? ¿Papá, que se ha quedado sin nada? De modo que ni educar a los niños podré. Quizá lo llegaría a hacer con la ayuda de otros, pero humillándome...

Y supongamos lo mejor: que los niños no se mueren y puedo educarlos de algún modo. En este caso lo único que conseguiré es que no vayan por mal camino. ¿Y para esto tuve tanto trabajo, pasé tanto sufrimiento? ¡Para esto perdí mi vida!»

De nuevo Dolly recordó las palabras de la joven campesina y otra vez pensó que eran repugnantes; pero no pudo dejar de repetirse que en ellas había una parte de verdad.

–¿Qué? ¿Aún estamos lejos? –preguntó de repente al encargado, para distraerse de aquellos pensamientos.

–Desde este pueblo, según dicen, hay siete verstas.

El landolé, tras atravesar la calle principal del pueblo, llegó a un puentecillo, por el cual, hablando con voces alegres y sonoras, pasaba un grupo de mujeres, con bultos atados sobre las espaldas. Las mujeres se pararon mirando con interés al coche. Todos aquellos rostros le parecieron a Daria Alejandrovna sanos y alegres y que pregonaban la alegría de vivir.

«Todos viven, todos gozan» , continuó pensando, en tanto que pasaba ante las mujeres, atravesaba el puentecillo y, llevada con buen trote, entraba en la montaña. Iba có-

moda, suavemente, dulcemente mecida, pero seguía con negros pensamientos. «Todos gozan, sí, y yo voy como si hubiera salido de la prisión, como si estuviese abandonando

el mundo. Solamente ahora, por un momento, me he dado cuenta de todo... Todos viven...

estas mujeres; y la hermana Nataly; y Va-reñka y Ana, a la cual voy a ver; sólo yo no vivo.

»Y criticar a Ana...» , pensó después. «¿Y

por qué? ¿Soy yo mejor? Por lo menos, tengo un marido al cual amo... No como quisiera yo, pero le amo... Mientras que Ana no amaba al suyo. ¿Qué culpa tiene ella? Ella quiere vivir. Dios nos ha impreso este deseo en el alma. Es muy posible que yo hubiese hecho lo mismo. Hasta ahora no sé si hice bien o mal escuchándola en aquel trance terrible en que vino a mi casa, en Moscú. Entonces debí dejar a mi marido y empezar de nuevo mi vida. Podía amar y ser amada verdaderamente. ¿Es por ventura más honrado lo que hago ahora? No me inspira ningún respeto. Lo necesito» , pensó, refiriéndose a su marido, «y lo soporto. ¿Es esto mejor? En aquel tiempo podía yo agradar aún; me quedaba belleza».

Daria Alejandrovna sintió ahora deseos de mirarse en el espejito que llevaba en su saco de viaje y fue a sacarlo. Pero viendo al cochero y al encargado en el pescante, pensó que alguno de ellos podía volver la cabeza y verla en aquella actitud y se sintió vergonzada de su propósito.

Daria Alejandrovna desistió de aquella idea, pero, aun sin mirarse en el espejo, pensaba que todavía no era tarde para un nuevo amor; y recordó a Sergio Ivanovich, que estaba particularmente amable con ella; y al amigo de Stiva, el bueno de Turovsin, que cuidó a su lado a los niños cuando éstos tuvieron la escarlatina y que estaba enamorado de ella; y también a un hombre, muy joven aún, el cual decía, como le contó su propio marido, que «ella era la más guapa

de todas las hermanas». Y las aventuras mis pasionales a irrealizables se presentaron a su imaginación.

«Ana obró bien y no seré yo quien la cen-sure. Es feliz, hace feliz a otro hombre y no estará abatida como yo. Seguramente que, como siempre, estará fresca, espiritual y llena de interés por todo», pensaba Daria Alejandrovna. Y una sonrisa de picardía fruncía sus labios, sobre todo porque, al pensar en el idilio de Ana, imaginaba para sí misma un idilio semejante con el hombre que forjaba su imaginación locamente enamorado de ella.

También ella, como Ana, lo revelaría a su marido. Y las imaginarias sorpresas y consiguiente turbación de Esteban Arkadievich le hicieron sonreír.

En estos pensamientos llegaron a la revuelta en que habían de dejar el camino para entrar en Vosdvijenskoe.

XVII

El cochero paró los caballos y miró a ver si encontraba a quién preguntar por la finca.

Detrás, en un campo de centeno, cerca de un carro, sentados sobre la tierra, se veían varios campesinos.

El encargado fue a saltar para ir hacia ellos, pero, cambiando de opinión, se puso a llamarles a gritos.

El vientecillo que producía el caminar del coche, parado éste, se había desvanecido, y el aire estaba en calma. Los tábanos se pegaron a los caballos, cubiertos de sudor, y éstos se defendían de ellos rabiosamente movimiento constantemente la cabeza, las patas, sacudiéndose con la cola. Cesó el ruido metá-

lico de las guadañas, que estaban cabruñan-do los campesinos.

Uno de éstos se levantó y se dirigió al coche, andando poco a poco, con precaución por ir con los pies descalzos sobre un camino reseco y lleno de guijos.

–¡Más deprisa, gandul! –gritó el encargado, ¡A ver si llegas de una vez!

El viejo –de cabellos blancos, ondulados y atados con una tirita de corteza de árbol, de espalda curvada, manchada de sudor– apresuró el paso, andando a pequeños saltos y, llegando al coche, con su mano derecha, re-negrida y arrugada por el sol, el aire y los años, agarrada al guardabarro, y con el pie izquierdo en vilo, dijo con gesto obsequioso:

–¿Preguntan por Vosdvijenskoe, la casa de los señores, la finca del Conde? Pues en cuanto salgan de aquí, encontrarán un recodo a la izquierda. Sigan derechamente el camino que les llevará allí. ¿Y a quién van a ver? ¿Al mismo Conde?

–Y dígame: ¿están en casa, buen hombre?–, preguntó Daria Alejandrovna no sabiendo de qué modo, aun con aquel labriego, había de hablar de Ana.

–Creo que están –dijo el viejo, bajando el pie izquierdo y alzando el derecho para dar ahora descanso a éste, que dejó en el polvo su huella, marcando claramente los cinco dedos. Creo que están en casa –siguió, con ganas de hablar–––. Ayer también vinieron invitados... Tienen siempre una barbaridad de invitados... ¿Qué quieres? ––chilló a su vez, a un mozo que le gritaba algo desde el carro.

Luego continuó–: Esto es... Hace poco que pasaron todos por aquí, montados a caballo.

Querían ver el rastrojo... Ahora seguramente están en casa... ¿Y ustedes quiénes son?

–Nosotros venimos de muy lejos –dijo el cochero–. ¿De modo que está cerca de aquí?

–Te digo que aquí mismo. A poca distancia

–decía el campesino, pasando su mano derecha por la aleta...

Un joven, sano, fuerte, se acercó también y le interrumpió:

–¿Saben si habrá trabajo por la cosecha?

–No lo sé, amigo.

–Así, pues, vas hacia la izquierda y llegarás directamente allí –terminó el campesino, separándose de mala gana de los viajeros.

El cochero hizo correr a los caballos, pero, cuando tomaba la revuelta, el viejo, les gritó:

–¡Párate! ¡Eh, querido, vuélvete!

El cochero paró los caballos.

–Allí viene el mismo señor –volvió a gritar el campesino–. Vean cómo corren.

Y mostraba a cuatro jinetes y a dos personas que iban en un charabán, y que eran Vronsky, su jockey, Veselovsky y Ana montados en sendos cáballos, y la princesa Bárbara y Sviajsky, que ocupaban el carruaje. Habían salido de la finca

para dar un paseo y ver cómo trabajaban en el rastrojo las máquinas recientemente adquiridas.

Al ver el coche, los jinetes apresuraron el andar de sus caballos. Delante, al lado de Veselovsky, iba Ana, que llevaba con paso tranquilo su caballo inglés, pequeño y fuerte, de crines y cola cortas. La hermosa cabeza de Ana, con los cabellos negros, que desborda-ban del alto sombrero, sus hombros rectos, el talle fino, su actitud tranquila y graciosa, formaban una bonita estampa de amazona que, a la vez que la admiraron, llenaron a Dolly de sorpresa.

En el primer momento le pareció algo inconveniente que Ana montara a caballo. Daria Alejandrovna consideraba aquello como una coquetería que no iba bien con su situación. Pero, cuando la vio de cerca, rectificó aquel juicio. Era todo tan sencillo, tranquilo y digno en la figura y la actitud de Ana que na-da podía resultar más natural.

Al lado de ella, sobre el fogoso caballo militar, alargando hacia delante sus gruesas piernas, con su gorrita escocesa de largas cintas que flotaban por detrás, visiblemente orgulloso de sí mismo, iba Vaseñka Veselovsky.

Daria Alejandrovna, al reconocerle, no pu-do reprimir una sonrisa.

Detrás iba Vronsky. Montaba un caballo de pura sangre, de color bayo oscuro y que aparecía agitado por el galope. Para retenerle, Vronsky tenía que tirar fuertemente de las riendas.

Les seguía un hombre vestido de jockey.

Sviajsky con la Princesa, en un charabán nuevo, llevado por un magnífico caballo negro de carreras, iban a los alcances

de los jinetes.

Cuando Ana reconoció a Dolly en la pequeña figura de mujer acurrucada en un rincón del viejo landolé, su rostro se iluminó de alegría.

–¡Ella! –exclamó.

Y lanzó su caballo al galope.

Al llegar junto al coche, saltó sin ayuda de nadie, y, recogiendo el vuelo de sus faldas de amazona, corrió al encuentro de Dolly.

–Yo esperaba y no osaba esperar... ¡Qué alegría! No puedes imaginarte mi alegría –

decía Ana, ora juntando su rostro al de Dolly y besándola, ora separándose un poco y mi-rándola sonriente, con cariño–. ¡Qué alegría, Alexey! –dijo a Vronsky, que saltaba del caballo y se acercaba a ellas.

Vronsky, quitándose su alto sombrero gris, saludó a Dolly.

–No sabe usted cuánto nos alegra su llegada –dijo, dando un particular significado a las palabras y con franca sonrisa, que descubría sus fuertes y blancos dientes.

Vaseñka Veselovsky, sin bajarse del caballo, se quitó su gorrita y saludó a Dolly, agitando alegremente las cintas por encima de su cabeza.

–Es la princesa Bárbara –contestó Ana a la mirada interrogativa de Dolly, cuando se acercó a ellos el charabán.

–¡Ah! –dijo Daria Alejandrovna. Y, contra su deseo, su rostro expresó descontento.

La princesa Bárbara era tía de su marido.

Dolly la conocía desde hacía mucho tiempo y no le inspiraba ningún respeto. Sabía que había pasado toda su vida viviendo como un parásito en las casas de sus parientes ricos; pero el que ahora viviera en la de Vronsky, hombre completamente ajeno a ella, lo sintió como una ofensa para la familia de su marido. Ana se dio cuenta de la expresión de disgusto que se pintaba en el rostro de su amiga y se confundió; se puso roja y tropezó con el vuelo de su falda de amazona, que había soltado en aquel momento.

Daria Alejandrovna se acercó al charabán, que se había parado, y saludó fríamente a la Princesa.

Sviajsky, a quien también conocía, le preguntó cómo estaban el extravagante de su amigo y su joven esposa; y después de echar una ojeada a los caballos, que no formaban pareja, y al landolé que tenía las aletas re-compuestas, Sviasky propuso a las damas que pasasen al charabán.

–No, seguiré en este vehículo –rehusó Dolly.

–El caballo es tranquilo y la Princesa guía bien –insistieron.

–No. Quédense como están –decidió Ana–.

Nosotras iremos en el landolé.

Y, cogiendo a Dolly del brazo, se la llevó consigo a aquel coche.

Daria Alejandrovna miraba con interés el charabán, tan lujoso como no lo había visto nunca; a los magníficos caballos; a todas aquellas personas que la rodeaban, tan elegantemente vestidas, tan bien ataviadas. Pe-ro lo que más la admiraba era el cambio que advertía en su querida Ana. Otra mujer menos observadora o que no hubiese conocido antes a su cuñada y, sobre todo, que no hubiera pensado lo que durante su viaje pensó Dolly, no habría observado nada de particular en ella. Pero ahora Dolly estaba sorprendida de encontrar en Ana aquella belleza que solamente en los momentos de delirio amoroso se ve en las mujeres. Todo en ella era bello: los hoyuelos de las mejillas y de la barbilla; la forma y el color de los labios; la sonrisa alada; el brillo de los ojos; la rapidez y la gracia de los movimientos; el tono de la voz; hasta la manera en que,

medio en serio, medio en broma, contestara a Veselovsky al pedirle éste permiso para montar su caballo y enseñarle a galopar con las cuatro patas estiradas. Todo en ella respiraba un encanto del que Ana parecía consciente y que la colmaba de gozo.

Cuando se sentaron en el landolé, las dos mujeres se sintieron algo turbadas: Ana, por la mirada atenta a interrogadora de Dolly, y ésta porque, después de las palabras de desdén de Sviasky para su landolé, sentía vergüenza y también pesar de no haber podido ofrecer a Ana otro carruaje mejor.

El cochero y el encargado sentían, también, rubor por la pobreza, el mal estado y la mala presencia de su equipo.

El encargado, para ocultar su confusión, se dedicó a ayudar a las señoras a acomodarse en el carruaje. Filip se puso sombrío y se hizo propósito de no doblegarse ante aquella superioridad. Por lo pronto, sonrió con ironía al negro caballo de carrera. «Este caballo», se decía, «está bien únicamente para paseo y no podría ni hacer cuarenta verstas con calor y solo».

Los campesinos abandonaron sus carros y se acercaron a mirar, llenos de curiosidad y alegres, haciendo diversos y sabrosos comentarios.

–¡Qué contentos se ponen al verla ...! Se ve que hacía tiempo que no se veían ––dijo el viejo de los cabellos ceñidos con la tira de corteza.

–Tío Gerasim; vaya por ese potro negro y tráigalo para llevar las gavillas, pues lo hará en un momento.

–Mire, mire. Aquel de los calzones, ¿es un hombre o una mujer? ––dijo uno de ellos, indicando a Vaseñka, que se

sentaba en la silla de señora del caballo de Ana.

–No, hombre, no. ¿No ves cómo ha saltado a la silla?

–¿Qué, mozos, hoy ya no dormimos?

–¿Qué es eso de dormir hoy? –dijo el viejo. Y mirando al sol, la cabeza ladeada y la mano derecha haciendo visera sobre los ojos, añadió: –Seguro que ya pasa de mediodía.

Tomad los garabatos y a la faena.

XVIII

Ana miraba el rostro de Dolly, delgado, con huellas de cansancio y polvo del camino en las arrugas. Iba a decir lo que estaba pensando (que Dolly había adelgazado mucho), pero recordó que ella estaba mucho más guapa que antes (la misma mirada admirati-va de su cuñada se lo había advertido), suspiró, y en vez de ello, se puso a hablar de sí misma.

–Me miras –dijo– y piensas si puedo ser feliz en mi situación. Pues bien: da vergüenza confesarlo, pero, sí, soy feliz, imperdonable-mente feliz. Me ha sucedido una cosa maravillosa; algo así como despertar de un sueño espantoso y darme cuenta de que todo aquello que me aterraba era cosa de un sueño. Yo he despertado de mi pesadilla. Pasé por momentos dolorosos, aterradores, pero ahora, sobre todo, desde que estamos aquí, ¡soy tan feliz!

Y, sonriendo tímidamente, dirigió sus ojos al rostro de Daria Alejandrovna, con mirada interrogadora.

–Estoy muy contenta –contestó Dolly, sonriendo, aunque con poco entusiasmo–. Estoy muy contenta, sí, por ti. ¿Por qué no me has escrito?

–¿Por qué? Porque no me atrevía a hacerlo. Te olvidas de mi situación.

–¿Conmigo no te atreviste? Si hubieses sabido como yo... Considero que...

Daria Alejandrovna quiso contarle sus pensamientos de aquella mañana, pero sin saber por qué, en aquel momento le parecieron fuera de lugar.

–Bueno, de esto ya hablaremos luego –

eludió–. ¿Y qué son estas construcciones? –

preguntó en seguida para cambiar de conversación y señalando a los techos, rojos y verdes, que se veían entre las acacias y las lilas–

. Parece una pequeña ciudad.

Pero Ana no le contestó.

–No, no, dime cómo consideras mi situación. ¿Qué piensas de ello?

–Pienso que... –empezó a decir Dolly.

En este momento, Vaseñka Veselovsky, enseñando al caballo a galopar con las patas extendidas, pasó ante ellas.

–Va bien, Ana Arkadievna –gritó.

Ana ni lo miró siquiera, para volver a la conversación interrumpida.

Pero Daria Alejandrovna pensó de nuevo que era poco conveniente una larga conversación sobre aquello en el coche y expresó su pensamiento en pocas palabras.

–No considero nada –dijo–. Siempre te he querido, y cuando se ama a una persona se la ama tal como es, aunque no sea como uno quisiera que fuese.

Ana separó su mirada de Daria Alejandrovna y, con el ceño fruncido (su nueva costumbre, que Dolly no conocía aún) quedó pensativa, queriendo descifrar el significado de aquellas palabras.

Al cabo de un rato, habiendo comprendido lo que Daria Alejandrovna había querido decir, volvió a mirarla y, lentamente y con firmeza, le dijo:

–Si tuvieses pecados, te serían perdonados por haber venido aquí y por estas palabras.

Dolly vio que brotaban abundantes lágrimas de los ojos de Ana y le estrechó la mano en silencio.

–¿Pero qué son estas construcciones? –

insistió para cortar aquella situación–. ¡Cuántas hay!

–Son las casas de los empleados –explicó Ana–, la fábrica, las cuadras. Aquí empieza el paseo. Todo estaba abandonado y Alexey lo arregló. Tiene mucho cariño a esta hacienda y –lo que no esperaba de él en modo alguno–

se interesa en gran manera por los trabajos.

Desde luego, tiene una inteligencia pri-vilegiada y una gran voluntad. Todo lo que emprende lo hace admirablemente. Y, no sólo no se aburre, sino que trabaja con pasión. Se ha convertido en un amo ordenado, económi-co y hasta avaro con las cosas de la propiedad. Sólo en esto, ¿eh?

Ana hablaba con aquella sonrisa y alegría con las que hablan las mujeres de los secretos que sólo ellas conocen o de las cualidades del hombre amado.

–¿Ves esta gran construcción? Es el nuevo hospital. Calculo que costará más de cien mil rublos. En estos momentos es su dada. ¿Y

sabes por qué lo hace? Los campesinos le pidieron que les rebajase el arriendo de unos prados; él se negó a ello; yo se lo reproché, llamándole avariento y entonces él, para demostrar que no se negaba a aquella pretensión por avaricia, sino por no considerarla justa, comenzó este hospital que, como digo, le costará una buena cantidad. Si quieres, esto c'est une petitesse; pero, después de esto, le quiero más. Ahora verás la casa –siguió–. Es la de sus abuelos y está por fuera tal y como se la dejaron, pues Vronsky no quiere hacer en ella cambio alguno.

–¡Es soberbia! –exclamó Dolly, viendo la casa, grande, pero bien proporcionada en sus tres dimensiones, en sus huecos; con esbeltas columnas y otros bellos adornos; y que resaltaba, con aspecto grandioso, entre el verdor, de diferentes matices, de los árboles del jardín.

–¿Verdad que es bonita? Y desde arriba tiene unas vistas maravillosas.

Entraron en un camino cubierto de grava menuda, al borde del cual dos jardineros iban colocando piedras huecas para formar con flores, tiestos rústicos, vistosos, que adoma-ran el paseo.

El coche se paró a la entrada de la casa, bajo un gran pórtico, al pie de una escalinata.

–¡Mira! Ellos ya han llegado –dijo Ana, viendo allí los caballos que montaban sus compañeros de paseo–. ¿Verdad que este caballo es magnífico? Es «Kol», mi preferido.

Llévenlo de aquí y dénle azúcar. ¿Dónde está el Conde? –preguntó a dos lacayos que, vestidos de lujosos uniformes, salieron presuro-samente a su encuentro–. ¡Ah! Está aquí –se contestó, al ver a Vronsky y Veselovsky, que venían hacia ellas.

–¿Dónde piensas alojar a la Princesa? –

preguntó Vronsky, en francés, a Ana. Y, sin esperar contestación, saludó una vez más a Dolly, besándole la mano y dijo–: Creo que lo mejor sería instalarla en la habitación grande, la del balcón.

–¡Oh, no! Eso sería demasiado lejos –

objetó Ana, a la vez que daba a su caballo el azúcar traído por un criado–. Mejor será –

añadió– en la habitación del ángulo. Así estaremos más cerca. Vamos –instó a Daria Alejandrovna, cogiéndola del brazo–. Et vous oubliez votre devoir –dijo a Veselovsky, el cual también había salido a la escalinata.

–Pardon, j'en ai tout plein les poches –

contestó éste, sonriendo, a introduciendo los dedos en los bolsillos del chaleco.

–Pero ha llegado usted demasiado tarde –

insistió Ana, secándose la mano derecha, que el caballo le había llenado de baba al tomar el azúcar–. ¿Y por cuánto tiempo has venido? –

preguntó a Dolly–. ¿Por un día? Eso es imposible.

–Así lo he prometido. Además, los niños...

–quiso explicar Dau–ia Alejandrovna.

–No, Dolly, queridita. Bueno, ya lo veremos... Vamos, vamos.

Y Ana llevó a su cuñada a la alcoba que le destinaban.

No tenía aquella habitación la solemnidad que Vronsky había propuesto, y Ana se creyó obligada a excusarse por no proporcionarle otra mejor, y no obstante, estaba amueblada con un lujo que Dolly no había visto en parte alguna y que le recordaba las de los mejores hoteles del extranjero.

Ana llevaba todavía puesto su traje de amazona. Dolly no había recompuesto aún su rostro, fatigado, cubierto de polvo por el viaje. Pero charlaban animadamente.

–¡Qué contenta estoy de que hayas venido! Háblame de los tuyos. A Stiva le he visto aquí, de paso. Pero él no sabe decir nada de los niños. ¿Cómo está mi querida Tania? Me figuro que estará ya muy crecida.

–Sí, es ya muy mayor ––contestó Daria Alejandrovna cortamente, con frialdad sin saber por qué, al extremo de que ella misma se extrañaba de hablar así de sus hijos–. Vivimos muy bien en la casa de los Levin –siguió explicando.

–Pues si hubiera sabido –dijo Ana– que no me despreciabais... podíais haber venido todos aquí. Stiva es un buen y viejo amigo de Alexey.

De repente, algo confusa, se ruborizó.

–Es la alegría de verte la que me hace decir todas estas necedades –siguió–. En verdad, queridita, estoy muy contenta de verte (y besaba a Dolly). No me has dicho todavía lo que piensas de mí y quiero saberlo. Pero estoy contenta de que me veas así, tal como soy. Lo que principalmente deseo es que no piensen que quiero demostrar algo. No quiero demostrar nada: solamente quiero vivir. No quiero mal a nadie, excepto a mí misma... A esto tengo derecho, ¿verdad? De todos modos, éste es tema para una conversación muy larga; luego hablaremos de todo ello. Ahora voy a vestirme. Te mandaré la muchacha.

XIX

Al quedarse sola, Daria Alejandrovna examinó detenidamente la habitación. Tanto ésta como todas las demás de la casa que había visto daban la impresión de abundancia y de un lujo del cual sólo sabía algo Dolly por las novelas inglesas, pues nunca lo había visto tal, no ya en el campo, sino en ningún otro lugar de Rusia. Todo era nuevo allí, empezando por los papeles pintados y el tapiz que cubrían las paredes. La cama tenía muelles, colchón y una cabecera especial. Por almohadas había pequeños cojines con finísimas fundas. El lavabo era de mármol y había también, en la habitación, tocador, sofá, mesillas de noche, mesas y mesitas, un reloj de bronce sobre la chimenea, visillos y cortinas, todo nuevo, lujoso, muy caro.

La doncella, muy presumida, que vino a ofrecerle sus servicios, estaba peinada y vestida a la moda y con mayor lujo que la misma Dolly. Su cortesía, limpieza y buena disposición para servirle le eran agradables, pero a Daria Alejandrovna le molestaba su presencia, pues le producía vergüenza que le viera la blusita remendada que había tenido la ma-la ocurrencia de ponerse para el viaje. Dolly se avergonzaba ahora de los mismos remiendos y zurcidos por

los cuales se vanagloriaba en su casa de buena administradora, que calculaba que para su blusita necesitaba veinticinco arquinas de batista, que, a sesenta y cinco copecks, importaban más de quince rublos, aparte de los adornos y el trabajo, y guardaba este dinero para otras necesidades.

Daria Alejandrovna se sintió muy aliviada de esta molestia cuando entró en la habitación su antigua conocida Anuchka diciendo que a la presumida doncella la llamaba su señora y que ella se quedaría allí para susti-tuirla.

Anuchka parecía sentirse feliz de la llegada de Daria Alejandrovna y charlaba sin cesar.

Dolly observó que la sirvienta ardía en deseos de dar su opinión respecto a la situación de su señora y, sobre todo, referente al amor del Conde por Ana Arkadievna, y varias veces inició ese tema. Pero Dolly la cortaba, sin vacilar, en seguida.

–He crecido al lado de Ana Arkadievna; ella es para mí lo más caro del mundo... No somos nosotros quienes debemos juzgar..

Pero amar, sí que parece que la ama.

–Entrega esto para lavar, si es posible –

atajó Daria Alejandrovna.

–Sí, señora. Toda la ropa se lava con má-

quina, y para los pequeños lavados tenemos dedicadas dos mujeres... El Conde mismo lo vigila todo... Es un marido...

La entrada de Ana puso fin a las expansio-nes de Anuchka con gran satisfacción de Daria Alejandrovna.

Ana se había puesto un vestido sencillo de batista que Dolly examinó con admiración.

Sabía lo que significaba en cuanto a dinero aquella sencillez.

–Tu antigua conocida –dijo Ana a Dolly, señalando a Anuchka.

Ana ahora ya no se turbaba, estaba completamente tranquila. Dolly veía que se había repuesto de la impresión que le produjo su llegada y se expresaba en aquel tono superficial, indiferente, con el cual creía cerrar el sagrario de sus sentimientos y de sus pensamientos más íntimos y queridos.

– ¿Y cómo va tu pequeña, Ana? –preguntó Dolly.

–¿Any? –así llamaba Ana a su hija–. Está bien. Se ha puesto mucho mejor. ¿Quieres verla? Vamos y la verás. Hemos tenido muchos contratiempos con las niñeras. Ahora tenemos una buena ama –una italiana–. Muy buena, sí, pero, ¡tan tonta! que quisimos volver a mandarla a su país, pero la niña está tan acostumbrada a ella que hemos desistido de hacerlo.

–¿Y cómo lo habéis arreglado... ?

Dolly iba a hablar respecto al apellido de la niña, pero, al ver que se ensombrecía el rostro de Ana, cambió el sentido de la pregunta.

–¿Cómo lo habéis arreglado para separarla del pecho? –dijo.

–Has querido preguntar otra cosa, ¿no? –

dijo Ana, frunciendo el ceño de modo que de sus ojos no se le veían más que las pestañas pintadas–. Has querido preguntar por su apellido, ¿verdad? Esto atormenta a Alexey. Ella no tiene apellido. Es decir, tiene uno: Karenina. De todos modos –siguió, esclarecido ya el rostro–––, de esto ya hablaremos luego. Vamos a que veas la pequeña. Verás qué linda está. Ya anda a gatas.

El lujo que tanto admiraba a Daria Alejandrovna lo advirtió aún más en esta habitación. Allí había cochecitos que habían hecho enviar de Inglaterra, diversos aparatos para enseñar a andar, un diván especial, mecedoras y bañeras. Todo muy moderno, nuevo, inglés, sólido, excelente y costoso. La habitación era grande, muy alta y clara.

Cuando ellas entraron, la niña, vestida solamente con camisetita, estaba sentada en una pequeña butaca cerca de la mesa y tomaba su caldo, con el que se manchaba profusamente. A su lado se veía a una muchacha rusa que le daba de comer, comiendo ella al mismo tiempo, y que estaba destinada exclusivamente a la habitación de la niña.

Ni la nodriza ni el aya estaban allí. Las dos se encontraban en la habitación contigua, de donde llegaba el eco de una conversación, sostenida en un francés sui géneris, en el cual sólo ellas podían expresarse y comprenderse.

Al oír la voz de Ana, la inglesa, bien vestida, alta, de rostro desagradable, peinada con bucles, entró precipitadamente. Se apresuró a disculparse ante Ana, a pesar de que ésta no le había hecho observación alguna, y a cada palabra de su dueña, repetía: Yes, yes, my lady.

La niña tenía cejas y cabellos negros, rostro colorado, con su cuerpecito fuerte, rojizo como la piel de una gallina. No

obstante el gesto ceñudo con que las miró al entrar, la pequeña gustó a Daria Alejandrovna, y hasta envidió su aspecto sano. Le gustó también la manera cómo se arrastraba. Ninguno de sus niños –comparó– se arrastraron de aquella manera. Cuando se la ponía sobre la alfombra y se la sostenía cogiéndole por detrás de su vestidito, estaba verdaderamente encantadora. Mirando a Dolly y a su madre, con el vivo mirar de sus ojos negros y grandes, sonriente, visiblemente contenta (sin duda intuía que estaban admirándola), caminaba por el suelo a cuatro pies, con sus piernecitas muy abiertas y apoyada, también, en sus bracitos.

Lo hacía sin dificultad, moviendo ágilmente y con rapidez sus miembros y todo su cuerpo robusto.

Pero la forma de criar y educar a la niña no gustaron a Daria Alejandrovna, y menos aún le gustó la inglesa que cuidaba de ella.

Lo único que explicaba que Ana, tan conoce-dora de la gente, pudiera tener para su niña un aya tan antipática y poco respetable, era que ninguna buena aya habría querido entrar en una familia tan irregular como aquella.

Daria comprendió, también, que Ana, la nodriza, la niñera y la niña no estaban acostumbradas las unas a las otras, que las visitas de la madre debían de ser poco corrientes.

Ana quiso dar a la niña un juguete y no lo encontró.

Lo que más extrañó a Dolly fue que, al preguntar cuántos dientes tenía la niña, la madre no lo supo decir, pues no estaba enterada de los dos dientes que le habían salido últimamente.

–A veces tengo la impresión de que aquí sobra mi presencia ––dijo Ana saliendo de la habitación y levantando la cola de su vestido para no tocar los juguetes que había al lado de la puerta–. No estaba así con mi primer niño...

–Y yo pensaba que sería lo contrario –

comentó, tímidamente, Dolly.

–¡Oh, no! ¿Sabes? Vi a Sergio –dijo Ana entornando los ojos como si viera en su interior algo lejano. De esto hablaremos también después –siguió–. Bueno, no vayas a creer...

No parezco yo misma. Estoy como una ham-brienta a la cual pusieran ante una comida abundante y no supiera por dónde empezar.

La comida abundante eres tú y las conversaciones que hemos de cambiar y que no puedo tener con nadie. Pues bien: no sé por cuál empezar. Mais je ne vous ferai grâce de rien.

Habrás de escuchármelo todo. ¡Ah! Además, debo hacerte un bosquejo de la sociedad que encontrarás aquí. Verás. Empecemos por las señoras. La princesa Bárbara. La conoces y sé la opinión que tenéis de ella tú y Stiva. Tu marido dice que toda su vida se reduce a demostrar su superioridad sobre la tía Katerina Paulovna. Esto es la pura verdad. Pero es buena y le estoy agradecida. En San Petersburgo hubo un momento en que yo necesité una chaperon. En aquel instante llegó ella.

Pero te aseguro que es buena. Facilitó mucho mi situación allí, en San Petersburgo. Aquí estoy tranquila, soy completamente feliz. De esto hablaremos también luego. Pero volvamos a nuestros huéspedes. ¿Conoces a Sviajsky? Es el representante de la Nobleza de la provincia y un

hombre muy digno, aunque creo que necesita algo de Alexey. Comprenderás que, dada su fortuna y viviendo aquí, Alexey puede tener mucha influencia.

Luego tenemos a Tuchkevich. Ya le has visto.

Estaba con Betsy; ahora le han dejado y se han venido aquí. Como dice Alexey, Tuchkevich es uno de esos hombres que son agradables si se les toma por lo que ellos quieren aparentar. Et puis, il est comme il faut, como dice la princesa Bárbara. Tenemos, también, a Veselovsky. A éste ya le conoces. Es un chico muy agradable –y una sonrisa picaresca frunció los labios de Ana–. ¿Que historia rara tuvo con Levin? Él nos ha contado algo, pero no le creemos. Il est très gentil et naif –

añadió con la misma sonrisa–. Los hombres –

siguió Ana– necesitan distracciones y Alexey no puede vivir sin tener gente a su lado, y por eso tenemos esta sociedad. Es preciso que haya en la casa animación y alegría para que Alexey no desee algo nuevo. Luego verás al encargado de los negocios de Alexey, un alemán, un hombre muy bueno que conoce bien el asunto. Él le aprecia mucho. Luego el médico, un hombre joven. No es completamente nihilista; pero, ¿sabes?, es de los que andan en el asunto. Ahora, que es un médico excelente. Luego viene el arquitecto... Une petite cour.

XX

–Aquí tiene, Princesa, a Dolly, a la que tanto quería usted ver –dijo Ana, saliendo, junto con Daria Alejandrovna, a la gran terraza de piedra donde, sentada ante el bastidor, bordando un antimacasar para el conde Alexey Kirilovich, estaba la princesa Bárbara.

–Dice –añadió Ana– que no quiere tomar nada antes de la comida, pero usted ordenará que sirvan el desayuno. Mientras, yo voy a buscar a Alexey y les traeré a todos aquí.

La princesa Bárbara acogió a Dolly cariñosamente y, con tono algo protector, se puso a explicarle en seguida que vivía en la casa de Ana porque ésta la amaba, de siempre, más que a su hermana, Katerina Paulovna, que la había educado. Ahora, cuando todos habían abandonado a Ana, ella había considerado un deber ayudarla en este período transitorio, el más penoso de su vida.

–Cuando se ultime el divorcio, volveré de nuevo a mi sociedad, pero ahora, mientras pueda ser útil, cumpliré mi obligación por más penoso que pueda ser, y no haré como hacen los demás. ¡Y qué buena eres! ¡Qué bien has hecho viniendo! Ellos viven como los mejores esposos. Dios los juzgará. No vamos a juzgarlos nosotros. ¿Y Birinsovsky con Ave-neva? ¿Y el mismo Nicandrov? ¿Y Vasiliev y Mamonova? ¿Y Lisa Neptunova? De ellos nadie dijo nada y todos les recibían. Y, además, c'est un interieur si joli, si comme il faut. Tout à fait à l'anglaise. On se réunit au matin au breakfast, et puis on se sépare. Todos hacen lo que quieren hasta la cena. La cena es a las siete. Stiva ha hecho bien en dejarte venir.

Es preciso que mantenga relaciones con ellos.

¿Sabes? Por medio de su madre y hermano, puede hacer mucho. Además, ellos hacen muy buenas obras. ¿No te han hablado de su hospital? Será admirable. Todo viene de París.

La conversación fue interrumpida por Ana, que encontró a los hombres de la casa en la sala de billar y ahora volvía con ellos. Hasta la comida aún faltaban dos horas, y se dedi-

caron a buscar un medio de pasar aquel tiempo. El día era hermoso y en Vosdvijenskoe había muchos modos de distraerse, todos distintos de los que estaban en use en Pokrovskoe.

–¿Una partida de tenis? –propuso, con su bella sonrisa, Veselovsky–. Nosotros dos ju-garemos de compañeros, Ana Arkadievna.

–No. Hace calor. Sería mejor pasear por el jardín o dar un paseo en la barca para ense-

ñar las orillas a Daria Alejandrovna –indicó Vronsky.

–Estoy conforme con todo –aprobó Sviajsky.

–Pienso que para Dolly lo más agradable sería pasear por el jardín, ¿no es verdad?

Luego ya iremos en la barca –––dijo Ana.

Se decidieron por esto último.

Veselovsky y Tuchkevich se dirigieron a la caseta de baños, prometiendo preparar la barca y esperarles allí.

En parejas –Ana con Sviajsky y Dolly con Vronsky– pasearon por la avenida del jardín.

Dolly estaba algo cohibida y preocupada por aquel ambiente completamente nuevo para ella. El principio, teóricamente, no ya justificaba sino que hasta aprobaba lo hecho por Ana. Como sucede a menudo a las mujeres, aun a las completamente honradas y a las más virtuosas, cansadas de la vida normal, Dolly, no solamente perdonaba el amor culpable sino que hasta lo envidiaba. Pero, en realidad, en aquel medio que le era extraño, entre aquella refinada

elegancia, desconocida para ella, Daria Alejandrovna se sentía a disgusto. Sobre todo le era desagradable ver a la princesa Bárbara, que lo perdonaba todo con tal de disfrutar de las comodidades de que gozaba.

En general, Dolly aprobaba, como decimos, lo hecho por Ana, pero ver al hombre que había sido la causa de todo le producía un sentimiento de malestar.

Además, Vronsky nunca le había gustado.

Le consideraba un orgulloso que no tenía na-da de qué enorgullecerse como no fuera su capital. Pero, contra su voluntad, aquí, en su propia casa, se imponía aún más que antes a ella, y Dolly se sentía a su lado cohibida, privada de libertad.

Con Vronsky experimentaba un sentimiento parecido a lo que sentía ante la camarera a causa de su blusita vieja. No era que se avergonzara ante la doncella, pero sentía que ésta advirtiera sus remiendos. Tampoco con Vronsky se avergonzaba, pero se sentía molesta por ella misma.

Ahora, confusa, buscaba un tema de conversación. A pesar de que consideraba que a causa de su orgullo habrían de serle desagradables los elogios de su casa y del jardín, no encontrando otro tema mejor, le dijo que le había gustado la casa.

–Sí, es una bonita construcción, de buena arquitectura antigua –dijo Vronsky satisfecho por la alabanza.

–Me ha gustado, también, mucho el jardín.

¿Estaba antes así, delante de la casa? –

continuó Daria Alejandrovna.

–¡Oh, no! –contestó Alexey.

Su rostro se iluminó de placer.

–¡Si hubiese usted visto esto en primavera! –indicó.

Luego atrajo su atención sobre los diferentes detalles que adornaban la casa y el jardín.

Hablaba y mostraba aquello con verdadera emoción.

Se adivinaba que, habiendo consagrado mucho trabajo, tiempo y dinero a arreglar y adornar su finca, Vronsky sentía necesidad de hablar de ello, y que le alegraban el alma las alabanzas que Daria Alejandrovna le prodigaba.

Si quiere ver el hospital y no está usted cansada... No está lejos... ¿Vamos? –propuso tras mirar el rostro de Dolly y ver que no denotaba cansancio ni aburrimiento.

Daria Alejandrovna aceptó de buen grado.

–Ana, ¿tú vendrás también? –preguntó Vronsky a Ana.

–Vamos, ¿no? –consultó Ana a Sviajsky–.

Pero será necesario avisar –añadió– a Veselovsky y Tuchkovich, para que no estén los pobres preparando inútilmente la barca. Es un monumento –dijo a Dolly con aquella astuta sonrisa con la que antes le hablara del hospital.

–¡Oh! Es una obra capital –––comentó Sviajsky.

Y, para que no pareciera que adulaba a Vronsky, en seguida hizo una observación que podía contener una ligera censura.

–Sin embargo, Conde –le dijo– me sorprende que haciendo tanto por el pueblo en sentido sanitario, se muestre tan indiferente por las escuelas.

–C'est devenu tellement commun, les écoles! –replicó Vronsky–. Pero no es sólo por este motivo, sino porque me he ido entu-siasmando con la idea. Es por aquí –indicó a Daria Alejandrovna indicándole la salida lateral del paseo.

Las señoras abrieron sus sombrillas y, después de unas cuantas vueltas, salieron a un sendero que coma por el límite de la finca.

Al salir de la puertecilla, Daria Alejandrovna vio ante ella, sobre un altozano, una construcción grande, roja, de forma caprichosa, casi ya terminada, cuyo tejado, de zinc, sin pintar brillaba todavía al sol.

Al lado de aquella construcción ya acabada se estaba levantando otra.

Subidos sobre los andamios, los obreros vertían masa de los cubos, las alisaban con las paletas o ponían ladrillos.

–¡Qué rápidas van las obras! –dijo Sviajsky. Cuando estuve aquí la última vez no había techo todavía.

–En otoño estará terminado. En el interior está ya listo casi todo –explicó Ana.

–Y esta nueva construcción, ¿qué es?

–Son los locales destinados para el médico y la farmacia ––contestó Vronsky.

Al ver al arquitecto, que se acercaba, con su clásico abrigo corto, pidió permiso a las señoras, fue a su encuentro y

sostuvo con él una animada conversación.

–Le digo que el frontis resulta demasiado bajo –dijo Vronsky a Ana, que, aproximándose, le preguntaba de qué trataban.

–Ya le dije yo –comentó– que tenían que levantar los cimientos.

–Sí, está claro que habría sido mejor, Ana Arkadievna; pero ya es tarde. No podemos hacer nada.

–Sí, me interesa mucho esta obra –

contestó Ana a Sviajsky, el cual había expresado su sorpresa por sus conocimientos de arquitectura–. Hay que obrar de modo que la nueva construcción armonice con la del hospital. Pero ha sido ideada demasiado tarde y empezada sin plan.

Habiendo terminado la conversación con el arquitecto, Vronsky se unió, de nuevo, a las señoras y las acompañó por el interior del hospital.

Aunque, por fuera aún se estaban terminando algunos detalles, como las comisas, y en el piso de abajo pintaban todavía, en el piso superior casi todo estaba terminado. Subiendo por la ancha escalera de hierro fundido entraron en la primera habitación. Era una pieza de vastas dimensiones. Las paredes estaban pintadas imitando mármol; las enormes ventanas, de cristal, ya estaban puestas.

únicamente el suelo, que debía ir entarimado, estaba aún sin terminar. Los carpinteros, que cepillaban unas tablas, dejaron su trabajo y, quitándose las cintas que sujetaban sus cabellos, saludaron a las señoras.

–Es el recibidor –explicó Vronsky. Aquí habrá un gran pupitre, una mesa, un armario y nada más.

–Vamos aquí. No os acerquéis a la ventana

–dijo Ana.

Luego probó si la pintura estaba fresca, y dijo:

–Alexey, esto ya está seco.

Del recibimento pasaron al corredor, donde Vronsky les enseñó la ventilación, que te-nía un sistema modernísimo. Desde de allí les llevó a ver las bañeras, de mármol; las camas, con magníficos muelles. Después les fue mostrando una tras otra las diversas salas, la despensa, el ropero, las estufas, de nuevo modelo; las carretillas que, sin producir ruido, habían de llevar por el pasillo los objetos necesarios, y muchas otras cosas curiosas.

Sviajsky lo apreciaba todo como un buen co-nocedor en cosas modernas.

Dolly estaba realmente sorprendida de cuanto veía, y queriendo comprenderlo todo no cesaba de hacer preguntas, lo que procuraba a Vronsky un visible placer.

–Sí. Me parece que su hospital será el úni-co bien organizado en toda Rusia –dijo Sviajsky.

–¿Y no tendrá usted aquí un departamento de maternidad –preguntó Dolly–. Es tan necesario en un pueblo –añadió–. Cuantas veces yo...

No obstante su cortesía, Vronsky la interrumpió:

–Esto no es una casa de maternidad: es un hospital y está destinado sólo a enfermedades. Eso sí, para todas, excepto las contagiosas ––explicó luego–. ¿Y esto? Mírelo –

siguió, haciendo rodar hacia Daria Alejandrovna una butaca que acababa de recibir, para los convalecientes–. Mírelo solamente –

insistió. Y se sentó en la butaca y la puso en movimiento–. El enfermo –dijo– no puede andar, está débil aún, tiene los pies en cura o simplemente doloridos; pero le es necesario tornar el aire. Pues bien: con esto puede moverse, pasear, dirigirse a donde quiera.

Daria Alejandrovna se interesaba por todo.

Todo le gustaba; y más que nada el propio Vronsky, con su animación tan natural a ingenua.

«Sí, es un hombre bueno, simpático», pensaba Dolly, a veces sin escucharle, pero mirándole, observando la expresión de su rostro. Y mentalmente se ponía en el lugar de Ana y comprendía que ésta hubiera podido enamorarse de él.

XXI

–No. Pienso que la Princesa está cansada y que los caballos no le interesan ––dijo Vronsky a Ana, que propuso ir a las cuadras, pues Sviajsky quería ver el nuevo patio allí habilitado–. Vayan ustedes y yo acompañaré a ca-sa a la Princesa. Así charlaremos por el camino. Digo, si quiere usted –consultó a Dolly.

–No entiendo nada de caballos y con mucho gusto iré con usted –contestó Dolly algo sorprendida porque, por el rostro de Vronsky y su tono, adivinó que quería algo de ella.

No se equivocó. Apenas entraron en el jardín, después de haber atravesado la verja, Vronsky miró hacia donde se habían ido Ana y Sviajsky y, seguro de que aquéllos no podí-

an oírle ni verles, le dijo sonriendo y con mirar animado:

–Habrá usted adivinado ya que quería hablarle reservadamente. No creo equivo-carme pensando que es usted una verdadera amiga de Ana.

Se quitó el sombrero y se secó, con el pa-

ñuelo, la incipiente calva.

Daria Alejandrovna no le contestó; tan só-

lo le miró algo asustada. Ahora que se habían quedado solos, los ojos sonrientes y la expresión decidida del rostro de Vronsky sólo despertaban en ella un sentimiento de temor.

Las más diferentes suposiciones acerca de lo que él quería decirle pasaron rápidas por su mente. «Va a pedirme que venga aquí a pasar el verano, junto con mis niños, y me veré obligada a negarme... O me dirá que, una vez en Moscú, abra círculo para Ana... O quizá me hable de Vaseñka Veselovsky y de sus relaciones con Ana... O de Kitty... ¿De qué se sentirá culpable?...»

Dolly sólo preveía cosas desagradables, pero no adivinaba aquello de que Vronsky quería realmente hablarle.

–Usted tiene mucha influencia con Ana.

Ella la quiere entrañablemente –siguió él–.

Deseo que me ayude...

Daria Alejandrovna miró interrogativamente y con timidez el rostro enérgico de Vronsky, el cual en algunos momentos aparecía radiante, iluminado, parcial o totalmente, por los rayos de sol que pasaban entre los tilos y, en otros, de nuevo en la sombra, adquiría tonos duros. Esperaba que el Conde explicara qué era lo que quería de ella, en qué le había de ayudar, pero éste calló y siguió andando en silencio, mientras jugueteaba con el bastón levantando piedrecitas de las que cubrían el paseo.

Al cabo de largo rato, le dijo:

–Usted ha venido a nuestra casa. Usted es la única de entre las antiguas amigas de Ana que lo ha hecho. No cuento a la princesa Bárbara, que lo ha hecho por otros motivos, no: ella ha venido a buscar comodidad, placeres, y usted ha venido, no porque considere normal nuestra situación actual, sino porque quiere a Ana como siempre y desea ayudarla... ¿Lo he comprendido bien? Y miraba interrogativamente a Dolly.

–¡Oh, sí! –dijo Daria Alejandrovna cerrando su sombrilla– pero...

–No... –le interrumpió Vronsky, y olvidando que, de aquel modo, dejaba en mala situación a su interlocutora, se detuvo y la obligó a detenerse también–. Nadie siente mejor que yo ni más profundamente lo terrible de la situación de Ana... Lo comprenderá usted si me hace el honor de considerarme hombre de corazón. ¡Soy la causa de esta situación y lo siento en el alma!

–Lo comprendo –dijo Daria Alejandrovna, admirando con cuánta sinceridad y firmeza había dicho Vronsky aquellas palabras–. Pero precisamente por ser la causa de todo esto –

añadió Dolly– usted exagera sin duda. Temo yo que... Su posición es muy delicada en el mundo, lo comprendo.

–¡El mundo es un infierno! –dijo Vronsky frunciendo las cejas sombrío–. Imposible imaginarse los sufrimientos morales que ha tenido ella que pasar en San Petersburgo en dos semanas. Le pido que me crea...

–Sí, pero desde que están ustedes aquí, y mientras ni usted ni Ana sientan la necesidad de la vida mundana...

–¡La vida mundana! –dijo Vronsky con desdén–. ¿Qué necesidad puedo tener yo de esa vida?

–Entre tanto, ustedes son felices y están tranquilos. Y es muy posible que sea siempre así. En cuanto a Ana, es feliz, completamente feliz. Ha encontrado ya el tiempo de decírmelo.

Y Daria Alejandrovna sonrió involuntariamente porque, al decir aquello, le acudió la duda de si, efectivamente, Ana era feliz.

Vronsky parecía sin embargo no dudar de ello.

–Sí, sí –dijo–. Yo sé que después de todos esos sufrimientos se ha animado de nuevo y es feliz. Es feliz en el presente. Pero, ¿y yo?

Temo lo que nos espera... Perdón, ¿usted quiere ir a algún sitio concreto?

–No... Es igual...

–Entonces, sentémonos aquí.

Daria Alejandrovna se sentó en un banco, en un rincón del paseo. Vronsky se quedó de pie, ante ella.

–Veo que Ana es feliz –dijo–. Pero no sé si podrá continuar así.

La duda de si realmente sería feliz Ana asaltó de nuevo y con más fuerza a Dolly.

Vronsky continuó:

–¿Hemos hecho bien o mal? Ésta es otra cuestión. La suerte está echada –sentenció, hablando parte en ruso y parte en francés–.

Estamos unidos para toda la vida. Sí, estamos unidos inseparablemente por los lazos más sagrados para nosotros –los del amor–.

Tenemos una niña, podemos tener otros hijos, a los cuales la ley y las condiciones de nuestra situación reservan severidades que Ana, ahora, respirando por todos los sufrimientos, de todas las penas pasadas, no ve, no quiere ver. Y se comprende... Pero, yo no puedo cerrar los ojos. Mi hija no es mi hija según la ley: ¡es una Karenina! Y yo no puedo soportar este engaño –terminó Vronsky con gesto enérgico y sombrío. Dirigió una mirada interrogativa a Dolly, que le miró a su vez, pero permaneció callada.

Alexey continuó:

–Mañana podemos tener un hijo. Por la naturaleza será hijo mío; por la ley, será Karenin, y no podrá ser el heredero de mi fortuna. Ni de mú nombre siquiera. Y con cuantos hijos pudiéramos tener, resultaría lo mismo: que entre ellos y yo no habría lazo legal alguno. Ellos serían Karenin. ¡Imagine cuán terrible es esta situación! He probado a exponerle todo esto a Ana, pero oír hablar de esto la irrita. Ella no comprende y yo no puedo explicárselo todo. Ahora no ve más que es feliz.

«Soy feliz con tu amor; lo demás no me importa.» Así piensa, sin duda. Yo también sería feliz así, pero... Yo debo tener mis ocupaciones. He encontrado una aquí que me gusta y de la que estoy orgulloso, pues considero que mi trabajo es más noble que los empleos de mis compañeros en la Corte o en el servicio militar. Es indudable que no cambiaría mi trabajo por el de ellos. Con esto estoy contento y no necesitamos más para nuestra dicha. Me gusta esta actividad. Cela n'est pas un pis–aller; al contrario...

Daría Alejandrovna creyó que en este punto de su explicación, Vronsky se confundía, se alejaba del tema principal de la conversación.

No comprendía bien el sentido de lo que le decía. Vronsky había empezado a hablar de sus más sagrados sentimientos y preocupaciones –de Ana, de sus hijos, de la imposibilidad de hablar de todo esto con ella–; ahora trataba de sus actividades en el pueblo, resultando que esta cuestión formaba parte, también, al igual que las relaciones con Ana, de sus íntimos pensamientos.

Él, recobrándose, continuó:

–Lo principal, trabajando así, es estar convencido de que la obra no va a morir con uno, que tendrá herederos. Y, precisamente, esto es lo que yo no tengo. Imagínese usted la situación del hombre que sabe que los hijos suyos y de la mujer amada legalmente no serán sus hijos, sino que aparecerán como hijos de otro; y hasta en este caso, precisamente de aquél que les odia, que no quiere saber... ¡Es terrible!

Vronsky calló de nuevo, visiblemente conmovido.

–Sí... Claro que lo comprendo. Pero, ¿qué puede hacer Ana? –dijo Daria Alejandrovna.

–Bien. Esto precisamente me lleva al fin que persigue esta conversación –contestó Vronsky, calmándose con un esfuerzo–. Esto depende de Ana. El marido de ella estaba conforme con el divorcio; tanto, que el de usted casi nos arregló el asunto. Ahora estoy seguro de que no se negaría, tampoco, a hacerlo. Sólo hace falta que le escriba Ana.

En aquel tiempo, él dijo clara y terminante-mente que, si ella le decía que quería el divorcio, él no se opondría. Se comprende –dijo Vronsky, sombrío––: es una de esas crueldades farisaicas de las cuales sólo es capaz la gente de sus sentimientos. Él sabe lo penoso que es para Ana todo recuerdo suyo y, conociendo esto, le exige una carta. Comprendo que para ella eso ha de ser muy doloroso.

Pero los motivos son tan importantes que es preciso passer par dessus toutes ces fineses de sentiments. Il y va du bonheur et de l'existence d’Anne et de ses enfants. No hablo de mí, aunque sufro, sufro mucho –y Vronsky, con los puños crispados, los ojos cente-lleantes, hizo un gesto amenazador a alguien causante de tales sufrimientos–. Así, Princesa, me agarro a usted como a un áncora de salvación. Ayúdeme a convencer a Ana para que escriba esa carta a su marido pidiéndole que acceda al divorcio.

–Sí, lo haré de buen grado –balbuceó Daria Alejandrovna, pensativa, recordando su último encuentro con Alexey Alejandrovich–.

Sí, está claro –añadió con decisión, recordando a Ana.

–Emplee su influencia en ello, convénzala de que escriba esa carta... Yo no quiero ni casi puedo hablarle de ello.

–Bien. Lo haré, le hablaré. Pero, ¿cómo es que ella misma no lo piensa? –preguntó Daria Alejandrovna recordando de repente la extra-

ña costumbre que había adquirido Ana de fruncir las cejas. Y advirtió que este gesto lo había hecho precisamente cuando su conversación tocaba estos temas, tan sagrados para ella. «Dijérase que cierra los ojos», pensó Dolly, «para no ver su propia vida».

–Le hablaré sin falta –prometió firmemente Daria Alejandrovna.

Vronsky, hondamente conmovido, con mirada significativa y un fuerte apretón de manos, le expresó su agradecimiento.

Se levantaron y se dirigieron a la casa.

XXII

Cuando Dolly llegó a la casa, Ana, que estaba ya allí, le miró con atención a los ojos, queriendo averiguar la conversación que había tenido con Vronsky, pero no le preguntó nada.

–Parece que ya es la hora de comer –dijo–

y nosotras todavía no hemos hablado de nuestras cosas. Confío en que podremos hacerlo por la noche. Ahora debemos ir a arreglarnos para pasar al comedor. Pienso que también querrás cambiarte de traje.

Hemos ensuciado éstos en la construcción...

Dolly se dirigió a su cuarto y sintió deseos de reír: no tenía otra vestido que ponerse. Lo que llevaba era lo mejor de su ropero. A fin de señalar algún cambio en su atavío, pidió a la doncella que le limpiara el traje, cambió los puños y se puso otro lacito y puntillas sobre la cabeza.

–Es todo lo que he podido hacer –dijo Dolly sonriendo a Ana, la cual salió con otro vestido muy sencillo, que, según

advirtió Dolly, era el tercero de aquella mañana.

–Sí, nosotros observamos una etiqueta demasiado rígida –comentó Ana, como excusándose por su elegancia–. Alexey está muy contento de tu llegada –dijo luego–. Nunca ni por nada le he visto tan feliz. Decididamente está enamorado de ti –añadió en tono de broma, sonriente–. ¿No estás cansada? –se interesó después.

Comprendieron que antes de la comida no podrían hablar nada.

Al entrar en el salón, ya encontraron allí a la princesa Bárbara y a los hombres, con levitas negras todos, excepto el arquitecto, que iba de frac.

Vronsky presentó a Dolly al encargado de su finca y también al arquitecto, aunque éste ya se lo había presentado durante la visita al hospital.

Deslumbrante con su oronda y afeitada ca-ra, su cuello y su camisa almidonados y el lacito de su corbata blanca, el mayordomo anunció que la comida estaba servida; y todos se dirigieron al comedor.

Vronsky pidió a Sviajsky que diese su brazo a Ana Arkadievna y él se acercó a Dolly.

Veselovsky, adelantándose a Tuschkevich, ofreció el brazo a la princesa Bárbara; así que Tuschkovich, el encargado de la finca y el doctor no tuvieron pareja y entraron solos.

La comida, el comedor, vajilla, criados, vi-no y viandas, no solamente estaban en armonía con el tono lujoso general de la casa, sino que aun eran más ricos y nuevos los objetos, y más costosos, escogidos y abundantes los manjares servidos.

Daria Alejandrovna observaba este lujo, tan nuevo para ella, y, como dueña de casa, aunque no tenía esperanza de aplicar algún día nada de lo que veía a la suya propia –

¡aquel lujo estaba tan lejos de su modo de vivir!– involuntariamente entraba en todos los detalles y se preguntaba quién sería el que lo disponía. Vaseñka Veselovsky, su marido, incluso Sviajsky y otros hombres que ella conocía jamás pensaban en estas cosas a incluso procuraban que sus invitados creye-ran que todo estaba tan bien arreglado en la casa que no les había costado trabajo alguno organizarlo, que todo se había hecho como por sí mismo. Y Daria Alejandrovna sabía bien que por sí mismas no se hacen ni las más sencillas papillas para los niños; se decía que, por tanto, para que en aquella comida tan complicada estuviera todo tan bien dispuesto, alguien debía de haber puesto en ello muy aplicada atención. Y por la mirada con que Alexey Alejandrovich revisó la mesa a hizo señal al mayordomo para comenzar a servir, y la manera en que la invitó a ella a elegir entre el potaje de verdura y el.caldo, Dolly comprendió que todo aquello se hacía y sostenía por los cuidados del mismo dueño. Se veía que Ana no participaba en ello más que Veselovsky, o Sviajsky, o la Princesa, todos los cuales no eran allí más que invitados que, sin preocupación alguna, alegremente, gozaban de lo que otro había preparado para ellos.

Ana sólo era la dueña para llevar la conversación.

Y esta conversación, sumamente difícil de sostener en esta mesa, no muy grande, pero con personas, como el encargado y el arquitecto, que pertenecían a otro ambiente muy distinto y se esforzaban en no mostrarse in-timidados ante aquel lujo desacostumbrado, y no se atrevían a tomar parte en la charla ni sostener largo tiempo un diálogo, esta conversación, Ana la llevaba, a pesar de todo, con su tacto

habitual, con naturalidad y hasta con placer, como observaba Daria Alejandrovna.

Comentaron jocosamente cuánto se habían aburrido Tuschkevich y Veselovsky paseando los dos solos en la barca; Tuschkevich contó anécdotas a incidencias de los últimos concursos de canoas en el Yacht–Club de San Petersburgo. Ana, aprovechando una pausa, se dirigió al arquitecto para hacerle hablar.

–Nicolás Ivanovich –dijo–. Sviajsky se ha sorprendido de los progresos de la nueva construcción desde que él estuvo aquí la última vez, y hasta a mí, que las veo cada día, me asombra la rapidez con que van las obras.

–¡Se trabaja tan bien con Su Excelencia! –

––dijo el arquitecto con sonrisa cortés (era un hombre de gran dignidad, respetuoso y tranquilo). Es muy distinto tener asuntos con las autoridades de la provincia. Allí hay que emplear montones de papel, mientras que aquí expongo al señor Conde mis ideas, las estu-diamos juntos y en tres palabras todo queda comprendido y resuelto.

–Vamos, al estilo americano –dijo Sviajsky, sonriendo.

–Sí, señor. Allí elevan los edificios de modo racional.

La conversación derivó a los abusos de las autoridades de los Estados Unidos, pero Ana en seguida la llevó a otro tema para interrumpir el silencio del encargado.

–¿Has visto alguna vez las máquinas sega-doras? –dijo a Dolly–. Volvíamos de verlas cuando lo encontramos. Yo no las había visto hasta entonces.

–¿Y cómo funcionan? –preguntó Daria Alejandrovna.

––Completamente igual que unas tijeras.

Hay una plancha y sobre ella muchas tijeras pequeñas. Así:

Y Ana, con sus manos, blancas y hermosas, cubiertas de sortijas, tomó un cuchillo y un tenedor y se puso a hacer una demostración del trabajo de las máquinas. Estaba segura de que su explicación no serviría para adquirir ningún conocimiento sobre el particular, pero, persuadida también de que hablaba de modo agradable y de que eran admiradas sus bellas manos, continuaba explicando.

–Más bien se parece eso a los cortaplumas

–dijo provocativamente Veselovsky, que no apartaba sus ojos de Ana.

Ana sonrió imperceptiblemente y no le contestó.

–¿No es verdad, Karl Federevich, que se parecen a las tijeras? –preguntó al encargado.

–Ja –contestó el alemán–. Es ist ein ganz einfaches Ding.

Y se puso a explicar la construcción de la máquina.

–Es lástima que esta máquina no ate también. En la Exposición de Viena vi otras que, además de segar, ataban las gavillas con alambre –dijo Sviajsky–. Aquéllas serían aún más provechosas.

–Es kommt drauf an... Der Preis vom Draht muss ausgerechnet werden.

Y el alemán, alterado ya su silencio, se dirigió a Vronsky:

–Das lässt sich ausrechnen, Erlaucht.

Karl Fedorovich quiso sacar de su bolsillo una libreta con un lápiz, en la cual hacía todos sus cálculos, pero, recordando que estaba en la mesa y observando la fría mirada de Vronsky, se abstuvo.

–Zu kompliziert, macht zu viel Klopot –

concluyó.

–Wünscht man Dochods so hat man auch Klopots –dijo Vaseñka Veselovsky haciendo burla del alemán–. Adoro el alemán –añadió con su acostumbrada risita y dirigiendo una mirada a Ana.

–Cessez –le impuso ella medio serio medio en broma.

–Nosotros pensábamos encontrarle a usted en el campo, Vas¡l¡ Semenich ––dijo luego Ana al doctor, un hombre de aspecto enfermizo–. ¿Estaba usted allí?

–Estuve y desaparecí –contestó el doctor con hosca ironía.

–Entonces ha dado usted un estupendo paseo.

–Estupendo.

–¿Y cómo está la salud de la «vieja»? Espero que no tenga el tifus.

–Aunque no tiene el tifus, no está bien.

–¡Qué lástima! ––dijo ella.

Y habiendo cumplido de aquel modo con la gente de fuera de la casa, Ana dirigió su atención a sus amigos.

–De todos modos, Ana Arkadievna, será muy difícil construir la máquina con su explicación ––dijo en broma Sviajsky.

–¿Por qué? –replicó Ana con sonrisa que decía claramente que ella sabía que en su explicación había un punto de afectación no desprovista de gracia, observada también por Sviajsky.

Este nuevo rasgo de coquetería en el ca-rácter de Ana sorprendió desagradablemente a Dolly.

–Pero, en cambio, los conocimientos de Ana Arkadievna en arquitectura son sorprendentes ––dijo Tuschkevich.

–¡Claro que sí! Ayer le oí hablar de «colocar el cabrío», y « los plintos» –dijo irónicamente Veselovsky–. ¿Es así como se pronuncia?

–No hay nada de particular en ello cuando tengo que verlo y oírlo tantas veces ––dijo Ana–. Y usted –agregó dirigiéndose a Veselovsky– estoy segura de que no sabe ni siquiera de qué se hacen las casas.

Daria Alejandrovna advertía que, aunque reprobando el tono de coquetería en que le hablaba Veselovsky, Ana, involuntariamente, lo adoptaba a su vez.

En esta ocasión, Vronsky obraba de modo completamente distinto al de Levin. Se veía que no daba ninguna importancia a las charlas de Veselovsky con su mujer y hasta, al contrario animaba a aquél en sus bromas.

–Sí, díganos, Veselovsky, ¿con qué se unen las piedras? –le preguntó.

–Está claro: con cemento.

–¡Bravo! ¿Y qué es el cemento?

–Algo así como... ¿cómo diré?, una masa líquida y pegajosa ––expuso Veselovsky pro-vocando la risa general.

La conversación entre los comensales, excepto el doctor, el arquitecto y el encargado, sumidos de nuevo en un obstinado silencio, no paraba, ora deslizándose placenteramente o punzante, a hiriendo a alguien. En cierto punto, fue Daria Alejandrovna la que se sintió herida en sus sentimientos. Se acaloró de tal modo que llegó a ponerse roja, y hasta un poco después, no se le ocurrió que acaso habría

proferido

alguna

palabra

in-

conveniente. Sviajsky había aludido a Levin, refiriendo sus extrañas ideas de que las má-

quinas son nocivas en la propiedad rusa.

–No tengo el gusto de conocer a ese señor

–dijo Vronsky, sonriendo con ironía–, pero seguramente él no ha visto nunca las máquinas que censura. Y si ha visto alguna, seguramente no era una máquina extranjera sino cualquiera rusa... Pues, ¿qué dudas pueden caber sobre esta cuestión?

–En general, tiene ideas turcas –dijo Veselovsky dirigiéndose, con su eterna sonrisa, a Ana.

–No puedo defender sus ideas porque no sabría –dijo Daria Alejandrovna acalorada, pero con energía–. Lo que sí puedo decir es que es un hombre culto, y que si él estuviera aquí, le contestaría debidamente...

–Le quiero mucho y somos buenos amigos

–dijo

Sviajsky

bonachonamente–.

Mais

pardon, il est un peu toqué. Por ejemplo, afirma que el zemstvo y los jueces municipales no son necesarios y no quiere intervenir en nada.

–Es nuestra indiferencia rusa –comentó Vronsky, echando agua helada de una botella en su alta copa. Es no sentir las obligaciones que nos imponen nuestros derechos, es negar esas obligaciones.

–No conozco hombre más severo en el cumplimiento de sus obligaciones –opuso Daria Alejandrovna, irritada por el tono de superioridad con que el Conde había hablado.

–Yo, al contrario –continuó Vronsky, a quien, al parecer interesaba vivamente la conversación–. Yo, por el contrario, digo, estoy muy agradecido por el honor que me han hecho, gracias a Nicolás Ivanovich (indicando a Sviajsky) de haberme elegido juez municipal honorario. Considero para mí muy importante la obligación de ir a la Junta para juzgar las cuestiones de los campesinos, aunque se trate sólo de un caballo. Y consideraré un gran honor que me nombren vocal del zemstvo. Sólo de este modo podré pagar los beneficios

de que disfruto como propietario de tierras. Por desgracia, no se comprende la importancia que deben alcanzar en el Estado los grandes terratenientes.

A Daria Alejandrovna le extrañaba que Vronsky hablara en aquella forma de sí mismo, de sus ideas sentado a su mesa, en su propia casa. Era verdad que Levin, cuyas ideas, eran completamente opuestas, las defendía también con igual energía y también en su casa, sentado a la mesa... Pero a Levin le quería y, por eso, lo encontraba natural en él.

–¿Así, Conde, que podremos contar con usted para la próxima sesión? –preguntó Sviajsky–. Pero hay que ir pronto, para estar ya allí el día ocho. Si me hubiera otorgado el honor de venir a mi casa...

–Pues yo estoy en parte conforme con tu cuñado –dijo Ana a Dolly–. Temo que actualmente el número de obligaciones sociales haya aumentado de una manera exagerada, aunque probablemente por motivos diferentes, –añadió con una sonrisa–. Como antes había tantos empleados que parecía que se necesitaba uno para cada asunto, así ahora necesitan para todo la actividad de la gente.

Alexey sólo lleva aquí seis meses y me parece que es ya miembro de cinco o seis distintas instituciones sociales: la tutoría, juez, vocal, agregado, hasta algo que trata de los caballos. Du train que cela va, todo el tiempo se le irá en esas obligaciones. Temo, sin embargo, que toda esa cantidad de cargos sea sólo una fórmula. ¿De cuántas sociedades es usted miembro, Nicolás Ivanovich? –preguntó a Sviajsky–. Me parece que de más de veinte,

¿no?

Ana hablaba en broma, pero en su tono se advertía una cierta irritación.

Daria Alejandrovna, que observaba con atención a Ana y a Vronsky, en seguida lo notó. Observó, también, que durante esta conversación el rostro de Vronsky adquiría al punto una expresión severa y obstinada. Al advertirlo y darse también cuenta de que la princesa Bárbara se apresuraba a hablar de los conocidos de San Petersburgo para cambiar de conversación, recordó que Vronsky le había hablado en el jardín muy poco oportunamente de su actividad social, y Dolly comprendió en seguida que en aquella cuestión iba ligada una disensión íntima entre los dos amantes.

La comida, los vinos, la vajilla, el servicio, todo esto estaba muy bien, pero el carácter impersonal y de tirantez que se notaba en ella, Dolly lo había visto ya en las comidas de gala, en los bailes de gran mundo, de los que había perdido ya la costumbre. Verlo, no obstante, en un día corriente, en una sociedad reducida, casi en familia, despertaba en ella una impresión desagradable.

Después de la comida pasaron, a reposar, a la terraza. Luego jugaron una partida de lawn–tennis.

Los jugadores, separados en dos grupos, se pusieron sobre el croquet ground cuidadosamente apisonado y nivelado, a ambos lados de la red tendida entre dos columnitas doradas.

Daria Alejandrovna probó a jugar, pero no pudo en mucho tiempo entender el juego.

Cuando acabó de comprenderlo, estaba cansada ya y lo abandonó y se sentó junto a la princesa Bárbara, observando las incidencias de las jugadas. Su compañero de partida tampoco jugó más, pero los otros continuaron.

Svianjsky y Vronsky jugaban bien y seriamente. Vigilaban la pelota que les tiraban sin precipitarse ni perder tiempo, corrían con destreza a su encuentro, se estiraban, saltaban y

paraban con habilidad y la devolvían diestramente con la raqueta, al otro lado de la red.

Veselovsky jugaba peor que los demás. Se excitaba demasiado; pero, con su alegría, animaba a los otros jugadores. Sus risas y exclamaciones no cesaban de oírse un momento. Como los otros hombres, tras pedir permiso a las señoras, se había quitado la levita, y sù recia y hermosa figura, en mangas de camisa, el rostro colorado y cubierto de sudor y sus movimientos impresionaban de tal modo, que aquella noche Daria Alejandrovna tardó mucho en dormirse recordando la figura de Veselovsky moviéndose sobre la pista.

Durante el juego, Daria Alejandrovna no se sintió alegre: no le agradaba el trato algo libre que observaba entre Veselovsky y Ana; y le desagradaba, también, aquella falta de naturalidad que se nota en las personas mayores cuando se divierten en un juego infantil sin niños. Pero, para no desanimar a los de-más y pasar el tiempo de algún modo, después de descansar un rato, de nuevo se unió a los jugadores y fingió divertirse.

Todo aquel día tuvo la impresión de que estaba representando en un teatro con actores mejores que ella y que la torpeza con que desempeñaba su papel estropeaba toda la obra.

Había ido con intención de pasar dos días allí, si se encontraba muy bien; pero, durante la partida de tenis, tomó la resolución de marcharse al día siguiente.

Aquellas mismas preocupaciones de madre que aborreciera tanto durante el camino, ahora, después del día pasado sin sus hijos, se le presentaban bajo otro aspecto y la ins-taban a volver junto a ellos.

Cuando, después del té de la tarde y el paseo en barca que dieron por la noche, Daria Alejandrovna entró en su habitación, se quitó el vestido y se arregló sus cabellos, ya escasos, para pasar la noche, experimentó un gran alivio.

Hasta le era desagradable pensar que Ana iba a entrar entonces en su habitación. En aquel momento Dolly ansiaba quedar a solas con sus pensamientos.

XXIII

Iba ya a meterse en la cama, cuando entró Ana, en camisón.

Durante el día, en varias ocasiones, había intentado hablar a Dolly de sus cosas íntimas, sobre las cuales quería su opinión, y cada vez, después de pocas palabras, se había interrumpido. «Luego, cuando nos quedemos solas, hablaremos... ¡Tenemos que decimos tantas cosas!»

Ahora se hallaban solas y Ana no sabía de qué hablar. Estaba sentada cerca de la ventana, mirando a Dolly, y repasaba mentalmente aquellas reservas de conversaciones cordiales, íntimas, que antes le habían parecido inagotables, y no encontraba nada. En este momento le parecía que todo lo que te-nían que hablar se lo habían ya dicho.

–¿Y cómo está Kitty? –preguntó, por fin, tras un suspiro profundo y mirando a Dolly con aire culpable.

Y en seguida, precipitadamente, reflejando una gran ansiedad,añadió:

–Dime la verdad. ¿No está enfadada conmigo?

–¿Enfadada? No –contestó Daria Alejandrovna.

–No está enfadada, pero me desprecia.

–¡Oh, no! Pero ya sabes que en estos casos no se perdona.

–Sí, sí –suspiró Ana volviendo el rostro y mirando a la ventana–. Pero no es mía la culpa –siguió–. ¿Y quién tiene la culpa? ¿Qué significa tener la culpa? ¿Cómo podía pasar de otro modo?... Pues, ¿qué piensas? Por ejemplo, ¿acaso podía ocurrir que tú no hubieses sido la mujer de Stiva?

–De verdad, no lo sé... Pero dime...

–Sí, sí. No hemos acabado de hablar de Kitty. ¿Es feliz? Dicen que él es un hombre excelente.

–¡Oh! Es poco decir « es un hombre excelente»: no conozco un hombre mejor que él.

–¡Ah! ¡Cuánto me alegra lo que dices! No sabes lo que me satisface, Dolly. «Es poco decir que es un hombre excelente» –repitió.

Dolly sonrió.

–Pero hablemos de ti ––dijo–. Has de tener como castigo una larga y quizá enojosa conversación conmigo. He hablado con...

con...

Dolly no sabía cómo nombrar a Vronsky, porque tan desagradable le era llamarle Conde como Alexey Kirilovich llanamente.

–Con Alexey –le apuntó Ana–. Ya sé que habéis hablado. Pero yo quisiera preguntarte qué te parece mi vida.

–¿Cómo podré decirlo así, de una vez? No sé...

–No, dímelo, a pesar de todo... Ya ves mi vida. Pero no olvides que nos ves viviendo durante el verano y no estamos solos. Nosotros llegarnos aquí cuando apenas comenzaba la primavera y vivimos solos, y solos volve-remos a vivir, luego, porque no aspiro a nada mejor que esto. Pero imagínate que vivo sola, sin él, lo cual sucederá. Veo, por todos los indicios, que se va a repetir a menudo, que la mitad del tiempo se lo va a pasar fuera de casa –dijo Ana, levantándose y sentándose más cerca de su cuñada–. Naturalmente –

siguió, interrumpiendo a Dolly que quiso re-plicarle–, naturalmente, yo no le retendré por la fuerza. Y no le retengo. ¿Que hay carreras en las cuales toman parte sus caballos ...?

Pues tendrá que asistir. Ello me satisface, pe-ro pienso en mí... Pienso en mí, en mi situación... Pero, ¿por qué te hablo de todo es-to? –y, sonriendo, le preguntó––: ¿De qué te habló, pues, Alexey?

–Me habló de lo mismo que yo quería hablarte y por esto me es fácil ser su abogado. De si hay alguna posibilidad, de si es posible... –Daria Alejandrovna se paró buscando las palabras– de si cabe arreglar mejor tu situación... Ya sabes cómo considero las cosas... Pero de todos modos, si es posible, hay que casarse...

–Es decir, ¿el divorcio? –––dijo Ana–. ¿Sabes que la única mujer que vino a verme en San Petersburgo fue Betsy Tverskaya? ¿La conoces? Au fond c'est la femme la plus dépravée qui existe. Estaba en relaciones con Tuschkevich, más que nada por placer de en-gaitar a su marido. Y ella me dijo que no volvería a verme más hasta que mi situación estuviera regularizada. ¡Ella me dijo eso! No pienses que te comparo. Te conozco, querida Dolly. Pero, involuntariamente, he recordado... Entonces, ¿qué te ha dicho Alexey? –

insistió.

–Ha dicho que sufre por ti y por él... Puede ser que digas que esto es egoísmo, pero ¡es un egoísmo tan legítimo, tan noble! Antes que nada, quiere legalizar a su hija y ser tu marido, tener sus derechos sobre ti.

–¿Qué esposa puede ser esclava hasta el grado en que lo soy yo por mi situación? –le interrumpió Ana sombríamente.

–Y lo que quiere sobre todo es que tú dejes de sufrir.

–Esto es imposible... ¿Y qué más?

–Pues lo más legitimo: quiere que vuestros hijos lleven su nombre.

–¿Qué hijos? ––dijo Ana, sin mirar a Dolly y frunciendo los ojos.

–Anny y los que vengan.

–Por lo que se refiere a lo último, puede estar tranquilo: no tendré más hijos.

–¿Cómo lo puedes decir?

–No tendré hijos porque no quiero.

A pesar de su agitación, Ana no pudo menos de sonreír al ver las expresiones ingenuas de sorpresa, interés y espanto que se dibujaron sucesivamente en el rostro de Dolly.

–El doctor me dijo, después de mi enfermedad...

–¡No puede ser! ––exclamó Dolly con los ojos desmesuradamente abiertos.

Para ella, aquél era uno de esos descubrimientos cuyos efectos y consecuencias son tan enormes que en el primer momento nos dejan anonadados, sintiendo solamente que es imposible comprenderlos bien y que será preciso pensar en ellos detenidamente.

Este descubrimiento, que le explicaba de súbito lo que hasta entonces le había resultado incomprensible, cómo en muchas familias había sólo uno o dos niños, despertó en ella tantos pensamientos, ideas y sentimientos contrapuestos que, de momento, no pudo decir nada a Ana, y sí mirarla con sus grandes ojos abiertos enormemente, con una expresión de profunda extrañeza.

Era eso mismo lo que ella había deseado, pero ahora, al enterarse de cómo era posible, estaba horrorizada. Sentía que era una solución demasiado sencilla para una cuestión tan complicada.

–Nest–ce pas immoral? –pudo decir, al fin, después de un largo silencio.

–¿Por qué? Piensa que tengo para escoger dos cosas: o estar embarazada, es decir, co-mo enferma inútil, o ser la amiga, la compa-

ñera de mi marido –dijo Ana pronunciando las últimas palabras en tono intencionadamente superficial y ligero.

«Sí, está claro, está claro» , se decía Daria Alejandrovna.

Eran los mismos argumentos que ella se había hecho, pero ahora no encontraba en ellos ninguna persuasión.

–Para ti, para otras, puede haber dudas aún, pero para mí... –dijo Ana, adivinando los pensamientos de Dolly–. ¿No comprendes?

No soy su esposa, me ama, sí, y me amará...

ntientras me ame. ¿Y cómo podré retener su amor? ¿Con esto? –y Ana adelantó sus blancos brazos ante su vientre.

Con la rapidez extraordinaria con que sucede en los momentos de emoción, los pensamientos y recuerdos pasaban en torbellino por la mente de Daria Alejandrovna.

«Yo» , pensaba, « no, atraía a Stiva y, claro, se fue con otra, y asimismo, como aquella primera mujer con quien me traicionó no su-po retenerle, y estar siempre hermosa y alegre, la dejó y tomó otra. ¿Y es posible que Ana pueda atraer y retener con esto al conde Vronsky? Desde luego, si él busca esto, encontrará maneras y vestidos más atractivos y alegres; y por blancos, por magníficos que sean sus brazos desnudos, por hermoso que sea su cuerpo, su rostro animado bajo la negra cabellera, él encontrará siempre algo mejor, como lo busca y encuentra mi marido, mi repugnante, miserable y querido marido».

Dolly no contestó y suspiró profundamente.

Ana advirtió que suspiraba, y se afirmó en su idea de que Dolly, aun estando conforme con sus argumentos, no aprobaría su decisión.

–Dices que esto no está bien ––continuó, creyendo que lo que iba a exponer era tan firme que no admitía réplica alguna–. Hay que reflexionar, que pensar en mi situación.

¿Cómo puedo desear niños? No hablo de los sufrimientos, que no los temo. Pero pienso,

«¿qué serán mis hijos?» . Unos desgraciados que llevarán un apellido ajeno. Por su estado

¡legal, serán puestos en trance de tener que avergonzarse de su madre, de su padre, y hasta de haber nacido...

–Pero precisamente por esto –insinuó Dolly– te es conveniente, necesario, el divorcio y vuestro casamiento.

Ana no la escuchaba: pensaba exponerle los mismos argumentos con que tantas veces había querido persuadirse a sí misma.

–¿Para qué me servirá la razón, si no la empleo en no traer desgraciados al mundo?

Miró a Dolly y, sin esperar contestación, continuó:

–Me sentiría siempre culpable ante estas criaturas desdichadas. Si no vienen al mundo no hay desventura, pero si naciesen y fuesen desgraciados, solamente yo sería la culpable.

También estos argumentos se los había hecho Dolly a sí misma; y, no obstante, ahora no los entendía.

«¿Cómo se puede ser culpable ante seres que no existen?», pensaba.

De repente, le acudió este pensamiento:

«¿Podría haber sido mejor en algún sentido, para mi querido Gricha, que no hubiese venido al mundo?»

Esto le pareció tan extraño, tan terrible, que sacudió su cabeza para disipar la confusión de sus pensamientos.

–No sé... No lo sé... Esto no está bien –

sólo pudo decir Dolly, con expresión de repugnancia en su rostro.

–Sí... Pero no olvides lo principal: que ahora no me encuentro en la misma situación que tú. Para ti la cuestión es «si quieres todavía tener hijos», para mí es « si me está permitido tenerlos». Hay, pues, entre ambos casos, una gran diferencia. Yo, comprenderás, que en mi situación, no puedo desearlos.

Daria Alejandrovna no replicó. Comprendió de repente, que se encontraba ya tan alejada de Ana, que entre ellas existían cuestiones sobre las cuales no se pondrían nunca de acuerdo, que era mejor no hablar más.

XXIV

–Por esto es aún más necesario normalizar tu situación si es posible –insistió Dolly.

–Sí... Sí es posible... –dijo Ana en un tono completamente distinto, suave y tristemente.

–¿Es acaso imposible el divorcio? Me han dicho que tu marido consiente.

–Dolly, no quiero hablar de esto.

–Bien, no hablemos –se apresuró a decir Daria Alejandrovna, al ver la expresión de sufrimiento del rostro de Ana–. Veo –añadió–

que tomas las cosas demasiado sombríamente.

–¿Yo? Nada de eso. Estoy muy alegre...

muy contenta... Ya lo has visto. Je fais même des passions. Veselovsky.

–Sí. Y, si he de decirte la verdad, no me gusta el tono de ese hombre –dijo Daria Alejandrovna, queriendo cambiar de conversación.–¡ Bah! Nada. Esto hace cosquillas a Alexey y nada más... Él es un chiquillo y le tengo absolutamente en mis manos. ¿Sabes?

Hago de él lo que quiero. Es igual que tu Gricha...

De repente, Ana volvió al tema del divorcio:

–¡Dolly! Dices que me tomo las cosas demasiado sombríamente... No puedes comprender.. Es demasiado terrible... Lo que hago es esforzarme en no ver nada.

–Pues a mí me parece que es preciso mirar. Hay que hacer todo lo que sea posible.

–Pero, ¿qué es posible?... Nada... Dices

«debes casarte con Alexey» y que yo no pienso en esto. ¡Que yo no pienso en esto! –

repitió Ana. La emoción coloreó sus mejillas.

Se levantó, enderezó el busto, suspiró profundamente y se puso a pasear por la habitación, deteniéndose de cuando en cuando.

–¿Qué yo no pienso? No hay ni un día ni una hora que no piense en ello. Y me irrito contra mí misma al pensarlo, porque estos pensamientos pueden volverme loca. ¡Volverme local –repitió Ana exaltadamente–.

Cuando lo pienso, ya no puedo dormir sin morfina... Pero está bien: hablemos de ello con la mayor tranquilidad posible. Me dicen

«el divorcio». Primero, él no accederá. «El»

está ahora bajo la influencia de la condesa Lidia Ivanovna..

Recostada sobre el respaldo de la silla, Daria Alejandrovna seguía, volviendo la cabeza y con la mirada, los movimientos de Ana con ojos llenos de comprensión.

–Hay que probar –––dijo con voz débil.

–Supongamos que hemos probado –siguió Ana–. ¿Qué significa esto? –––dijo, repitiendo una idea sobre la cual había, evidentemente, meditado mil veces y que se sabía de memoria–. Esto significa que yo, aunque le odio, reconozco, no obstante, mi culpa, que le considero un hombre generoso y debo rebajarme para escribirle... Supongamos que, haciendo un esfuerzo, me decido a hacerlo. O bien recibiré una contestación humillante o su consentimiento... Pues bien, he recibido su consentimiento...

Ana estaba en este momento en el rincón más lejano de la habitación y se había detenido allí jugando distraídamente con la cortina.

–Hemos supuesto que recibo el consentimiento. ¿Y mi hijo? No me lo darán. Y crecerá, despreciándome, en la casa de su padre, al cual he abandonado. ¿Comprendes que quiero a dos seres, a Sergio y a Alexey igualmente, más que a mí misma?

Ana volvió al centro de la habitación y se paró ante Dolly, oprin–tiéndose el pecho con las manos. Dentro del blanco salto de cama su figura resaltaba particularmente alta y ancha. Bajó la cabeza y, con los ojos brillantes de lágrimas, miraba de arriba abajo la figura pequeña, delgadita, miserable de Dolly, que se encontraba ante ella con su

blusita escocesa y su cofia de dormir, temblorosa toda de emoción.

–Amo sólo a estos dos seres –siguió– y uno de ellos excluye al otro. No puedo unir-los, y esto es lo único que necesito. Y si no lo tengo, todo me da igual. Todo, todo, me da igual... Se terminará de uno a otro modo, pe-ro de esto no quiero ni hablar. Así que no me reproches nada, no me critiques. Con tu pureza no puedes comprender lo que sufro...

Ana se acercó a Dolly, se sentó a su lado, y, mirándola con ojos que expresaban un hondo sufrimiento, un inmenso pesar por su culpa, tomó la mano de su cuñada.

–¿Qué piensas? ¿Qué piensas de mí? No me desprecies... No merezco desprecio... Soy muy desgraciada. Si hay en el mundo un ser desgraciado, ése soy yo –dijo, y, volviendo el rostro, lloró amargamente.

Cuando Dolly se quedó sola, rezó sus oraciones y se metió en la cama.

Mientras había oído hablar a Ana, la había compadecido con toda su alma; pero ahora le era imposible pensar en ella: los recuerdos de su casa, de sus hijos, se presentaron en su imaginación con un nuevo encanto, con una luz nueva y radiante.

Aquel mundo suyo le pareció ahora tan querido, que se propuso no pasar por nada fuera de él ni un día más, y decidió partir al siguiente, sin falta.

Mientras tanto, Ana había vuelto a su habitación, cogió una copita, vertió en ella algunas gotas de una medicina cuya parte principal era morfina y, habiéndola bebido, se sentó y permaneció así inmóvil algún tiempo, y se dirigió a la cama con el ánimo calmado y alegre.

Cuando entró en el dormitorio, Vronsky la miró atentamente, buscando en su rostro las huellas de la larga conversación que suponía había tenido con Dolly. Pero en la expresión del rostro de Ana, que ocultaba su emoción, no encontró nada fuera de su belleza que, aunque acostumbrada, ofrecía siempre un nuevo atractivo para él. Fuese simplemente por quedar admirado, absorto, ante la belleza de su amada o porque ésta despertara en él deseos que absorbieron sus pensamientos, Vronsky nada preguntó. Esperó a que ella misma le hablara.

Pero Ana se limitó a decir:

–Estoy muy contenta de que te haya agradado Dolly... ¿No es verdad?

–La conozco desde hace mucho tiempo.

Parece

que

es

muy

buena,

mais

excessivement terre–à–terre. De todos mó-

dos, me place mucho que haya venido.

Tomó la mano de Ana y le miró interrogativamente a los ojos.

Ana, interpretando en otro sentido esta mirada, le sonrió.

A la mañana siguiente, no obstante los ruegos de los dueños de la casa, Daria Alejandrovna partió.

Con su caftán ya viejo, su gorra parecida a las de los cocheros de alquiler, sobre los des-aparejados caballos enganchados al landolé de aletas remendadas, con aire sombrío, llegó Filip de mañana, a la entrada, cubierta de arena, de la casa de los Vronsky.

La despedida de la princesa Bárbara y los hombres resultó a Daria Alejandrovna desagradable.

Después de haber pasado juntos un día, tanto ella como ellos sentían claramente que no se comprendían, no congeniaban, y que lo mejor para unos y otros era mantenerse alejados.

Sólo Ana estaba triste.

Sabía que ahora, tras la marcha de Dolly, nunca más iban a despertar en su alma, la emoción, la alegría que había despertado en ella la llegada de aquella amiga. Había sido doloroso, remover ciertos sentimientos, pero, de todos modos, Ana sabía que éstos eran la mejor parte de su alma y que rápidamente se cubriría con los sufrimientos, el pesar, la tristeza, de aquella vida de lucha que llevaba.

Al salir al campo, Daria Alejandrovna experimentó en su alma una agradable sensación de alivio. Sentía deseos de preguntar si les había gustado la estancia en la casa de Vronsky, cuando, de repente, el cochero Filip, dijo, hablando el primero:

–Son ricos, pero sólo nos dieron tres medidas de avena... Los caballos se la habían comido ya antes de que despertaran los gallos. ¡Claro! Con tres medidas no hay para nada... Hoy

día, la avena la venden los guardas por cuarenta y cinco copecks solamente.

En nuestra casa, a los que vienen de fuera les damos tanta avena cuanta quieren comer los caballos...

–Es un señor muy avaro –––comentó el encargado.

–¿Y sus caballos, te gustaron? –preguntó Dolly.

–Los caballos, a decir verdad, son buenos... Y la comida no es mala... Pero, no sé por qué, me pareció todo muy triste, Daria Alejandrovna... No sé cómo le habrá parecido a usted... –dijo, volviendo a aquélla su rostro bonachón.

–A mí también... ¿Qué, llegaremos para la noche?... Tenemos que llegar.

Al entrar en casa y habiendo encontrado a todos completamente bien y particularmente afectuosos y alegres, Daria Alejandrovna, con gran animación, contó todo su viaje: lo bien que la habían recibido; el lujo y buen gusto de la vida de los Vronsky; sus diversiones... Y

no dejó que hiciera nadie la menor observación contra ellos.

–Hay que conocer a Ana y a Vronsky. Ahora les he conocido bien y sé cuán amables y buenos son –decía Dolly, sinceramente, olvidando aquel sentimiento indefinido de disgusto y malestar que había experimentado cuando estaba allí.

XXV

Siempre en las mismas condiciones, sin tomar medidas para el divorcio, Vronsky y Ana pasaron el verano y parte del otoño en el campo.

Habían decidido no ir a ningún otro lugar; pero cuanto más tiempo se quedaban solos y sobre todo en el otoño, sin invitados, tanto más veían los dos que tendrían que cambiar de vida, que no podrían resistir la que llevaban.

Aparentemente, era tan buena que no ca-bía otra mejor: había abundancia de todo, salud, tenían una hija en quien mirarse y ocupaciones en qué emplearse y distraerse.

Aunque no había invitados a quienes deslumbrar, Ana se ocupaba igualmente de ameglarse y adornarse.

Leía mucho, tanto novelas como otros libros que estaban de moda. Se hacía enviar todas las obras de las cuales se hablaba en la prensa y en las revistas extranjeras y las leía con aquella atención profunda que se tiene solamente en la soledad. Además, todas las cuestiones en que se ocupaba Vronsky, ella las estudiaba en los libros y revistas de la especialidad; así que sucedía a menudo que aquél se dirigía a ella con preguntas sobre agricultura, arquitectura o asuntos deporti-vos, e incluso acerca de cuestiones de las yeguadas.

Vronsky se maravillaba de su memoria, de sus conocimientos, que había comprobado más de una vez, pues, incluso, al principio, dudando de ello, le pedía confirmación de sus explicaciones y ella se la daba con gran seguridad, buscándola en los libros correspondientes.

Había tomado también gran interés en la instalación del hospital. No sólo ayudaba, sino que ella misma había concebido y organizado muchas cosas.

Pero, de todos modos, su preocupación principal era ella misma, su persona, el deseo de aparecer siempre hermosa a los ojos de su amado, para que no echara de menos todo lo que él había dejado por ella. El deseo, no sólo de agradarle,

sino de servirle, se había convertido en el fin primordial de su vida.

Vronsky se sentía conmovido ante tanta abnegación; pero, al mismo tiempo, le pesa-ban las redes amorosas con las cuales Ana quería retenerle. Cuanto más tiempo pasaba, más cogido se sentía en ellas y tanto más deseaba librarse o, al menos, probar si estaban estorbando su libertad.

Sin este deseo, que aumentaba constantemente, de ser fibre, de no tener escenas desagradables cada vez que había de salir a la ciudad, para las juntas o las cameras, Vronsky habría estado completamente satisfecho de su vida. El papel que había escogido, de rico propietario de tiemas, clase social que debía componer el núcleo esencial de la aristocracia rusa, no solamente lo había encontrado de su gusto, sino que al cabo de medio año de estar viviéndolo, le procuraba cada vez mayor placer. Sus asuntos, que le atraían más y más, ocupándole continuamente, llevaban una marcha próspera. No obstante las enormes sumas que le costaban el hospital, las máquinas, las vacas que había hecho traer de Suiza y muchas otras cosas, Vronsky estaba seguro de que no disminuiría su fortuna, sino que la vería aumentada.

Cuando se trataba de la venta de las maderas, trigo, lanas, arriendo de tierras, Vronsky sabía mantenerse firme como el pe-dernal y obtener precios altos, remunerado-res. En los asuntos de administración, tanto en aquella finca como en las demás propiedades, empleaba siempre los procedimientos más sencillos, menos peligrosos, y se mostraba económico y calculador hasta en las cosas más insignificantes. No obstante toda la astucia y habilidad del alemán, que le llevaba a hacer compras y le presentaba unas cuentas según las cuales al principio en un negocio había más gastos que ingresos, pero que, obrando con

cautela, podía hacerse con menos dinero, en la forma que él indicaba, y obtener mayores y más seguros beneficios, Vronsky no cedía si consideraba que los gastos eran exagerados. Solamente daba su conformidad a tales dispendios cuando lo que iban a traer o tenían que arreglar era nuevo o desconocido en Rusia y destinado a despertar admiración. Por otra parte, no se decidía a grandes gastos más que cuando tenía las sumas necesarias disponibles sin quebranto de otras atenciones, y para decidirse a estos gastos entraba en todos los pormenores, buscando y rebuscando el mejor empleo de su dinero.

Era evidente que con este modo de llevar la propiedad no derrochaba sus bienes, sino que, por el contrario, los hacía crecer.

En el mes de octubre tenían que celebrarse las elecciones de la Nobleza en la provincia de Kachin, donde estaban las propiedades de Vronsky, Sviajsky, Kosnichev, Oblonsky y una pequeña parte de las de Levin.

Por las personas que tomaban parte en ellas y otras circunstancias, estas elecciones atraían la atención general. De ellas se hablaba mucho, y se hacían grandes preparativos, y habitantes de Moscú, San Petersburgo y aun del extranjero, se trasladaron allí para tomar parte en ellas.

Hacía mucho tiempo que Vronsky había prometido a Sviajsky asistir, y diez días antes de las elecciones, éste, que le visitaba con mucha frecuencia, fue a buscarle a sus tierras.

La víspera, entre Vronsky y Ana se había producido una discusión con motivo de este viaje.

Era el de otoño, el tiempo más triste y aburrido para la vida en el campo. Por esto calculaba Vronsky que su ausencia

había de ser desagradable a Ana y, preparado ya para la marcha, se la anunció con una expresión fría y decidida, como nunca empleara hasta entonces con ella.

Pero, con gran sorpresa suya, Ana recibió la noticia con gran tranquilidad; sólo le preguntó cuándo pensaba volver y se limitó a sonreír cuando él la miró con atención y sin comprenderla.

Vronsky sabía que cuando ella se encerraba en sí misma de aquel modo, era señal de que había tomado alguna importante resolución y no quería que le descubriesen lo que meditaba. Temía, pues, que ahora se encontrase en este caso; pero deseaba de tal modo evitar una escena de enojosas explicaciones, que fingió creer, y en parte lo creía sinceramente, que ella le había comprendido.

–Espero que no te aburras– le dijo.

–Eso espero yo –dijo Ana–. Ayer recibí una caja de libros de Gottier. No me aburriré.

–«¿Quiere adoptar ese tono? Tanto mejor», pensó Vronsky. «Si no, siempre estaríamos con las mismas historias.»

Vronsky, se marchó, pues, a Kachin sin hablar con Ana. Era la primera vez, desde que habían comenzado sus relaciones, que esto sucedía, pero, aunque le inquietaba y le dolía, en el fondo Vronsky se dijo que, a pesar de todo, era lo mejor.

«Al principio será como ahora» , pensaba.

«Algo indefinido, vago; luego, ella se acostumbrará. De todos modos, puedo dárselo todo, pero no mi independencia de hombre.»

XXVI

En septiembre, Levin se trasladó a Moscú para estar presente en el parto de Kitty.

Ya llevaba viviendo allí, sin hacer nada, un mes entero, cuando Sergio Ivanovich, que se ocupaba de la propiedad de su hermano en la provincia de Kachin y que tomaba gran interés en la cuestión de las futuras elecciones, se presentó allí, requiriéndole para ir a votar, ya que tenía derecho a ello en la comarca de Selesnov. A Levin le interesaba ir a Kachin por tener allí pendiente un asunto de una hermana suya que vivía en el extranjero, relacionado con una tutela y la obtención de una cantidad en concepto de indemnización.

Levin estaba indeciso, pero Kitty, que veía que su marido se aburría en Moscú, le aconsejó ir y hasta, sin consultarle, puesto que esperaba una negativa, le encargó el uniforme de la Nobleza. El gasto de ochenta rublos, que costó el uniforme, determinó a Levin a ir a Kachin a intervenir en las elecciones.

Llevaba ya seis días en aquella provincia asistiendo diariamente a la reunión a intentando a la vez arreglar los asuntos de su hermana, que no se enderezaban, sin embargo, de ningún modo. Los representantes de la Nobleza estaban todos muy ocupados en las elecciones y resultaba imposible arreglar un asunto por sencillo que fuese como aquel que gestionaba Levin, que dependía del tutelaje.

Y para el otro asunto –la indemnización– encontraba también obstáculos. Tras prolongadas gestiones, consiguióse hallar la solución, y estaba ya el dinero preparado, pero el notario, aunque hombre muy amable y servicial, no pudo entregar el talón porque necesitaba la firma del presidente, el cual se hallaba en las sesiones de las elecciones y no había otorgado poderes a nadie.

Todas estas gestiones, el ir de aquí para allá, el hablar con hombres muy amables, que comprendían lo desagradable de la posición del solicitante pero no podían ayudarle, todo esto, que no daba resultado alguno, producía en Levin un sentimiento penoso, parecido al fastidioso estado de debilidad que se siente cuando se quiere emplear la fuerza corporal en un sueño. Lo había experimentado con frecuencia, mientras hablaba con el abogado, el hombre más bondadoso que pudiera hallarse, el cual hacía todo lo posible a imaginable, sin omitir ningún medio que pudiera sacar a Levin del apuro.

–Pruebe esto –decía–. Vaya a tal parte.

Y formulaba un plan tan completo como era posible para salvar el obstáculo fatal que se oponía a la solución. Pero en seguida aña-día:

–No creo, sin embargo, que consiga nada, pero pruebe.

Y Levin probaba, iba allí donde le indicaba.

Todos eran buenos y amables, pero resultaba que aquel obstáculo, que quería evitar, se levantaba de nuevo desbaratándolo todo.

Lo que sobre todo le molestaba, lo que no podía comprender de ningún modo era con quién estaba luchando, a quién aprovechaba que aquel asunto no se ultimase. Parceía que nadie, ni siquiera su mismo abogado, lo supiera. Si Levin hubiera podido comprenderlo, como comprendía, por ejemplo, que para llegar a la ventanilla de la estación de ferrocarril es preciso esperar turno, no se habría sentido tan molesto y enojado. Pero nadie sabía o no quería explicarle por qué existían aquellas dificultades que tanta contrariedad le producían.

No obstante, Levin, desde su casamiento, había cambiado mucho de carácter; era paciente, y si no comprendía por qué todo estaba arreglado de aquel modo, se decía con to-da tranquilidad que, sin saberlo todo, no se podía juzgar, y que, probablemente, sería, sin duda, necesario que fuera así. Y procuraba no indignarse.

Ahora, estando presente en las elecciones y tomando parte en ellas, Levin tampoco formaba juicio alguno, y, al contrario, procuraba comprender lo mejor posible aquellas cuestiones de las cuales hombres honrados y a quienes respetaba se ocupaban con tanta seriedad a interés.

Desde su casamiento, a Levin se le descubrían muchos nuevos y serios aspectos de la vida que antes, por su manera superficial de considerarlos, le parecían despreciables. Así, suponía ahora también una gran importancia a las elecciones y se esforzaba en descubrirla.

Sergio Ivanovich le explicó su significación y la trascendencia del cambio que esperaban de ellas. El, representante provincial de la Nobleza tenía en sus manos, según la Ley, muchos a importantes asuntos (las tutorías –

por una de las cuales sufría Levin ahora–; las enormes sumas de los nobles; las escuelas mixtas, femeninas, masculinas y militar; la educación popular para el nuevo orden de cosas; y, por fin, el zemstvo). El entonces presidente de la Nobleza –Snetkovera un hombre a la antigua, recto y sincero, un hombre que había gastado su fortuna haciendo muchas buenas obras; bondadoso, honrado a su modo, pero que no comprendía las necesidades del nuevo tiempo. En todo y siempre, se ponía de parte de los nobles y obstaculizaba abiertamente la educación popular y daba al zemstvo, que tanta importancia había de tener, un espíritu de casta. Por ello, en el lugar de este representante de la Nobleza, tenían

que colocar un hombre moderno, culto, activo, completamente nuevo en aquel ambiente y que llevara las cuestiones en forma de poder sacar de los derechos otorgados a la nobleza, no como tal, sino co-mo elemento del zemstvo, todas las ventajas de autonomía que fuera posible. En la rica provincia de Kachin, que siempre iba delante de las otras en estas cuestiones, estaban las fuerzas necesarias para llevar el asunto con provecho y de modo que sirviera de ejemplo a otras provincias y a toda Rusia. Por esto tenían gran importancia aquellas elecciones, en las que se proponía nombrar presidente, en lugar de a Snetkov, a Sviajsky o, aun mejor, a Nievedovsky, catedrático, hombre extraordinariamente inteligente, gran amigo de Sergio Ivanovich.

La sesión inaugural la abrió el Gobernador con un discurso en el que exhortó a los nobles a que eligieran los funcionarios, no por simpatía personal, sino por sus méritos y mirando el bien de la Patria. Añadió que él, el Gobernador, su esposa y la alta nobleza de Kachin, cumplirían, como en otras ocasiones, tan sagrado deber y no traicionarían la honrosa confianza del Monarca.

Al terminar su discurso, el Gobernador se dirigió a la salida y los nobles le siguieron entre gran animación, hasta con entusiasmo, y le rodearon mientras se ponía la pelliza y hablaba amistosamente con el Presidente de la Nobleza.

Levin, que deseaba comprenderlo todo y no dejar que escapase nada a su atención, estuvo allí, entre la gente y así pudo oír cómo el gobernador decía:

–Haga el favor de decir a María Ivanovna que mi mujer siente mucho que tenga que ir al asilo.

Luego, los nobles se pusieron sus abrigos y se dirigieron a la catedral.

En la catedral, levantando el brazo con los demás y repitiendo las palabras del arcipreste, Levin juró firmemente cumplir sus deberes según los deseos del Gobernador.

Las ceremonias religiosas impresionaban siempre a Levin y cuando pronunció las palabras «beso la cruz» y vio que la gente allí reunida, viejos y jóvenes, repetían lo mismo, se sintió conmovido.

Al día siguiente y durante el tercero, se trató de las cuentas de la Nobleza y del colegio femenino. Eran asuntos que, según Sergio Ivanovich, no tenían ninguna importancia, y Levin, ocupado en los propios, dejó de asistir a la reunión.

El cuarto día, en la mesa presidencial se procedió a la revisión de las cuentas de la Nobleza de la provincia. Y entonces, por primera vez, hubo lucha entre el partido nuevo y el viejo. La Comisión a la cual estaba con-fiado comprobar las cuentas informó que estaban conformes, justas. El presidente de la Nobleza se levantó y, con los ojos humedeci-dos por las lágrimas, dio las gracias a los nobles por la confianza que le otorgaban. Los nobles le aplaudieron con entusiasmo y le es-trecharon la mano... Pero en aquel momento, uno de los del partido de Sergio Ivanovich dijo que él había oído decir que la Comisión no había revisado las cuentas, considerando esto como una ofensa al Presidente. Uno de los miembros de la Comisión, imprudente-mente, confirmó el hecho. Seguidamente, un señor pequeño y muy joven, en apariencia inofensivo, pero vivo de genio, batallador y dialéctico, dijo que «al Presidente de la Nobleza le habría resultado agradable dar informe de las cuentas, pero que la delicadeza excesiva de los

miembros de la Comisión, le había privado de esta satisfacción moral» .

Los miembros de la Comisión renunciaron a su declaración y Sergio Ivanovich comenzó a demostrar lógicamente que era preciso declarar que las cuentas habían sido comprobadas o que no lo habían sido, y desarrolló detalladamente este dilema. A Sergio Ivanovich le replicó un orador muy elocuente, del partido contrario. Luego habló Sviajsky, y de nuevo el joven batallador. La discusión duró largo tiempo y terminó sin que, en resumen, ocurriera nada.

Levin estaba sorprendido de que sobre aquello se discutiera tanto, sobre todo porque, cuando preguntó a su hermano si efectivamente había habido malversación de fondos, Sergio Ivanovich le contestó:

–¡Oh! ¡No! Es un hombre honrado. Pero este modo de obrar, tan antiguo, de gobernar paternalmente, como en familia, los asuntos de la Nobleza, hay que cambiarlo.

Al día siguiente habían de celebrarse las elecciones de los presidentes comarcales, y la jornada, en algunas comarcas, resultó bastante tumultuosa.

En la de Selesnov, Sviajsky fue elegido sin votación y aquel día se dio en su casa una espléndida y alegre comida.

XXVII

Al sexto día debían celebrarse las elecciones de Presidente provincial de la Nobleza.

Las salas grandes y las pequeñas estaban llenas de nobles vestidos de diferentes uniformes. Muchos de ellos habían llegado allí aquel mismo día. Conocidos y amigos que no se habían visto desde hacía mucho tiempo, unos venidos de

Crimea, otros de San Petersburgo, otros del extranjero, se encontraban en las salas.

Los debates se celebrarían cerca de la me-sa presidencial, bajo el retrato del Emperador.

Los nobles se agrupaban en dos partidos.

Por la animosidad y desconfianza de las miradas, por las conversaciones, interrumpidas cuando se aproximaba gente del otro bando, y porque algunos se iban entonces, hablando en voz baja, hasta el pasillo lejano, se veía que cada partido ocultaba secretos al otro.

Por su aspecto exterior, los nobles se dividían en dos clases: los viejos llevaban sus antiguos uniformes de nobleza, con espadas y sombreros, o los uniformes correspondientes a sus empleos en la marina, la caballería o la infantería. Los uniformes de los viejos nobles estaban hechos al estilo antiguo: con pliegues sobre las hombreras. A muchos les estaban pequeños, cortos de talla o estrechos, como si sus portadores hubieran crecido desde que les habían sido confeccionados.

Los jóvenes llevaban uniformes desabrochados con el talle bajo, anchos los hombros, chalecos blancos, o bien, los uniformes con cuellos negros y laureles bordados, distintivo del ministerio de Justicia. Los uniformes de la Corte que aquí y allá adornaban la sala pertenecían al partido joven.

Pero la división en jóvenes y viejos no coincidía con la agrupación en partidos. Como observó Levin, algunos de los clasificados como jóvenes por su vestir pertenecían al partido «viejo»; y, al contrario, algunos de los nobles más viejos hablaban en voz baja con Sviajsky y se veía que eran adictos a és-te, de los más decididos partidarios del partido nuevo.

Levin había seguido a su hermano hasta una sala pequeña, donde los de su grupo fumaban, bebían, tomaban bocadillos y charlaban. Se había acercado a uno de los corros y escuchaba su conversación, y ponía en tensión todas sus fuerzas tratando de comprender lo que decían.

Sergio Ivanovich estaba en el centro del grupo.

Ahora escuchaba a Sviajsky y a Kliustov, el presidente de otra comarca, que pertenecía, también, a su partido.

Kliustov no quería ir a pedir a Snetkov que se presentara a la elección, y Sviajsky trataba de convencerle, explicándole la conveniencia de hacerlo. Sergio Ivanovich, por su parte, dio su aprobación a aquel plan.

Levin no comprendía para qué querían pedir al partido enemigo que presentase a la elección a aquel a quien querían derrotar.

Esteban Arkadievich, que acababa de tomar un bocadillo y beber, secando su boca con un pañuelo perfumado, de batista con rayas en el borde, y que vestía uniforme de gentilhombre, se acercó a ellos.

–Estamos en nuestro puesto, Sergio Ivanovich –dijo, alisándose las patinas.

Y, escuchando lo que hablaban, apoyó la opinión de Sviajsky.

–Basta tener una comarca: la de Sviajsky, que pertenece abiertamente a la oposición –

dijo, en palabras bien comprensibles para todos menos para Levin.

–¿Qué, Kostia? Parece que vas tomando gusto a estas cosas –añadió Sergio Ivanovich, dirigiéndose a Levin y tomándole el brazo.

Levin, en efecto, se habría alegrado de tomar gusto a aquella cuestión, pero no pudo comprender de qué se trataba y, separándose unos pasos de los que hablaban, expresó a Esteban Arkadievich su sorpresa de que pi-dieran al Presidente provincial que presentase su candidatura.

–Oh, sancta simplicitas! –dijo Esteban Arkadievich. Y explicó a Levin claramente y en pocas palabras de qué se trataba–. ¿No comprendes que con las medidas que hemos tomado es preciso que Snetkov se presente? Si Snetkov renunciara a presentarse, el partido viejo podría escoger otro candidato y desba-ratar nuestros propósitos. Si el distrito de Sviajsky es el único que se abstiene de pedir que se presente, habrá empate, y entonces nosotros lo aprovecharemos para proponer un candidato de los nuestros.

Levin no comprendió bien lo que le explicaba su cuñado y quiso pedir algunas aclara-ciones.

Pero en aquel momento, entre ruidosas conversaciones, se dirigieron todos a la sala grande.

–¿Qué? –¿Qué pasa? –¿A quién? –¿La confianza? –¿A quién? –¿Qué? –¿Deniegan? –No es confianza; es que niegan a Flerov. –¿Qué es esto de que está juzgado? –Así nadie tendrá derecho. –¡Es una vileza! ¡La ley! –oyó Levin gritar por todas partes y, junto con todos, que se apresuraban no sabía hacia dón-de, y que al parecer tenían que oír algo y no sabía qué, se dirigió al gran salón, y, casi llevado en vilo por los otros nobles, se acercó a la mesa de las elecciones provinciales, junto a la cual discutían el Presidente de los nobles, Sviajsky y otros cabecillas.

XXVIII

Levin se hallaba bastante lejos de la mesa electoral. Un noble, que estaba a su lado y respiraba fatigosamente, y otro que metía gran ruido con sus zapatos, le impedían oír lo que se decía.

De lejos le llegaba la voz suave del Presidente. Luego oyó la voz agria del señor batallador y también la de Sviajsky.

Fue cuanto Levin pudo comprender que estaban discutiendo sobre el espíritu de un artículo de la ley y sobre la significación que había de darse a las palabras «hacer objeto de una encuesta».

La gente dejó pasar a Sergio Ivanovich, que se dirigía a la mesa.

Éste, después de haber escuchado el discurso del señor batallador, dijo que lo mejor era consultar el artículo de la ley y pidió al secretario que lo buscase.

Sergio Ivanovich lo leyó y se puso a explicar su significación, pero entonces le interrumpió un propietario de tierras alto, grueso, encorvado, con los bigotes teñidos, vestido con un uniforme estrecho que le levantaba el cuello por detrás. Éste se acercó a la mesa y, dando un golpe sobre ella con su sortija, gritó:

–¡A votar! ¡En seguida a votar! No hay por qué hablar más.

De pronto, se levantaron varias voces a la vez.

El noble alto, el de la sortija, gritaba más que ninguno, poniéndose más y más irritado.

Era imposible en aquel guirigay apreciar lo que unos y otros decían.

Aquel señor opinaba lo mismo que Sergio Ivanovich, pero, por lo que se veía, odiaba a éste y su partido, y este sentimiento se lo comunicó a los de su bando y despertó en ellos una resistencia muy tenaz, aunque de carácter menos agresivo. Hablaban a gritos, con gran irritación, y por un momento se produjo un terrible alboroto, que obligó al Presidente provincial a gritar también, reclamando orden.

–¡A votar! ¡A votar! El que sea noble lo comprenderá. Nosotros vertimos nuestra sangre... La confianza del Monarca... ¡No hay que escuchar al Presidente!... No puede mandarnos... No se trata de eso. ¡A votar en seguida! ¡Qué asco!... –decían gritos irascibles que sonaban por todas partes. Las miradas y los rostros estaban aún más irritados e inflamados que las palabras y expresaban un odio irreconciliable.

Levin seguía sin comprender de qué se trataba y le pareció imposible que se pusiera tanta pasión en discutir si se debía o no votar la opinión referente a Flerov.

Como después le explicó Sergio Ivanovich, Levin había olvidado aquel silogismo según el cual, para el bien general, era preciso que se destituyera al Presidente; para destituir al Presidente necesitaban la mayoría de votos; para tener mayoría de votos, debían dar el derecho de votar a Flerov; y por otorgar o no a Flerov este derecho a votar se había discutido el artículo de la ley.

–Un voto puede decidirlo todo y, cuando se quiere ser útil a la causa común –dijo Sergio Ivanovich–, hay que ser serio y conse-cuente.

Pero Levin había olvidado la explicación y estaba apesadumbrado de ver en tal estado de irritación a aquellos hombres, todos simpáticos, buenos y todos respetables. Y para librarse de aquel sentimiento, salió de la sala sin esperar el final, y se dirigió a otra, donde no había más que los camareros cerca de los mostradores.

Al ver a los criados que, con rostros tranquilos y animados, se ocupaban en secar y disponer la vajilla, experimentó un sentimiento de alivio, como si hubiera dejado una habitación de olor sofocante y pestilente para pasar al aire puro.

Levin se puso a pasear por la sala, mirando a todos ellos con placer.

Le divirtió el ver a un criado, de patillas canosas, que, para mostrar desdén a otros que se mofaban de él, les enseñaba de qué forma habían de plegar las servilletas.

Estaba a punto de entablar conversación con el viejo lacayo, cuando el secretario del tutelaje de la Nobleza –un viejecillo que pose-

ía la facultad de conocer completos los nombres de todos los nobles de la provincia– le distrajo de aquella idea.

–Haga el favor de venir Constantino Dmitrievich –le dijo–. Le está buscando su hermano. Se vota la opinión...

Levin entró otra vez en la sala, recibió una bolita blanca y, siguiendo a su hermano, se acercó a la mesa, cerca de la cual, con rostro significativo, irónico, pasándose continuamente la mano derecha por la barba y oliéndola luego, estaba Sviajsky.

Sergio Ivanovich puso la mano en el cajón y metió su bolita procurando ocultar dónde lo hacía. Hecho esto, dejó paso a Levin, quedándose allí mismo.

–¿Dónde la he de meter?

Lo dijo en voz baja, mientras que a su lado estaban hablando y esperaba que su pregunta no fuera oída por los demás; pero los que hablaban callaron de súbito y su pregunta, tan inconveniente, fue oída por los que estaban allí.

Sergio Ivanovich frunció las cejas y le contestó muy serio y secamente:

–Allí donde le dicten sus convicciones.

Algunos sonrieron. Levin se sonrojó y, precipitadamente, metió una mano bajo el paño (la derecha, que eran donde tenía la bolita).

Luego recordó que debía meter también la otra mano (la izquierda) y la metió. Pero ya era tarde y, aún más confuso, se alejó, con precipitación, hasta las filas de atrás.

–Ciento veintiséis votos en pro y noventa y ocho en contra – se oyó decir al secretario que no pronunciaba nunca la erre.

En aquel momento estalló una carcajada general: en el cajón había encontrado un bo-tón y dos nueces.

Estaba otorgado a Flerov el permiso para votar. El partido nuevo había ganado la lucha.

Pero el viejo no se daba por vencido. Levin oyó que pedían a Snetkov que presentara la candidatura; vio cómo los nobles

le rodeaban y vio cómo él hablaba con los nobles sin entender lo que decían.

Snetkov les estaba diciendo, en efecto, que les agradecía mucho la confianza y el ca-riño que le mostraban y que él creía inmerecido, pues todo lo que había hecho era por afecto a la Nobleza, a la cual había consagrado doce años de trabajo. Repitió varias veces estas palabras:

«He trabajado con todas mis fuerzas, con todo mi corazón, y les aprecio y les estoy agradecido», y, de repente, se detuvo porque las lágrimas le sofocaban y salió de la sala.

Aquellas lágrimas provocadas por la conciencia de la injusticia, que con él se cometía, por su amor a la Nobleza, o bien por la tirantez de la situación en la cual se encontraba, sintiéndose rodeado de enemigos, conmovie-ron a la mayoría de los nobles, y también Levin experimentó hacia Snetkov un sentimiento de afecto y simpatía.

Al salir, el Presidente provincial tropezó con Levin a la puerta.

–Perdón, perdón –le dijo como a un desconocido. Pero, al reconocerle, le sonrió tímidamente. A Levin le pareció que había querido decirle algo, pero no había podido por la emoción que experimentaba. La expresión de su rostro, toda su figura –vestía de uniforme, con medallas y pasamanería y con pantalones blancos–, le recordaron a Levin el animal perseguido que ve crecer el peligro en torno a él.

Esta expresión del rostro del Presidente era más conmovedora para él porque no más lejos que el día anterior había ido a casa de Snetkov para el asunto del tutelaje y lo había visto con toda su dignidad de hombre honrado, rodeado de toda su familia. Habitaba una casa espaciosa, con muebles antiguos de familia; los lacayos, algo sucios,

pero muy correctos, eran antiguos siervos que, aunque liberados, no habían cambiado de señor. Levin vio cómo Snetkov acariciaba dulcemente, con gran cariño, a su nietecita, una niña muy hermosa, hija de su hija. Recordó a la esposa del Presidente, una señora gruesa, bondadosa, que llevaba una cofia con puntillas y se abrigaba con un chal turco; recordó al hijo, un excelente muchacho, estudiante del sexto curso, el cual al volver del colegio, saludó a su padre besándole la mano con respeto y cariño, y las frases afectuosas de aliento que el anciano le dirigió y sus ademanes, que habían despertado en Levin un vivo sentimiento de simpatía hacia Setkov. Ahora, conmovido por aquellos recuerdos, buscaba decir algo agradable al anciano.

–Así que será usted de nuevo nuestro Presidente –le dijo para animarle.

–Lo dudo –contestó Snetkov mirando de reojo alrededor suyo. Estoy cansado... Ya soy viejo... Hay gente más digna y joven que yo... Que trabajen ellos.

Y el Presidente desapareció por la puerta de al lado.

Llegó el momento más solemne. Iba a empezar la votación. Los cabecillas de uno y otro bando contaban las bolas blancas y negras con los dedos.

Las discusiones por causa de Flerov no só-

lo dieron al nuevo partido la ventaja del voto de éste, sino que, además, les permitió ganar tiempo y hacer venir a otros tres nobles más, los cuales, por los manejos de los del partido viejo, no habían asistido a la anterior votación. Para ello, los de este partido, habían emborrachado a dos de aquellos nobles, que tenían debilidad por el vino, y al tercero le habían quitado el uniforme. Pero los del nuevo

partido, al enterarse de esto, tuvieron tiempo durante las discusiones respecto a Flerov, para mandar vestir al noble dejado sin uniforme, recoger a los que se habían emborrachado, y llevarlos a la votación.

–He traído a uno. Le he echado un cubo de agua encima y parece que podrá pasar –dijo el noble al que habían enviado a buscar al borracho, explicando el caso a Sviajsky.

–¿No está demasiado ebrio? ¿No se caerá?

–preguntó Sviajsky meneando la cabeza.

–No. Está bastante bien. Sólo temo que aquí puedan darle más de beben Ya he dado orden en la cantina de que de ningún modo le sirvan más bebida.

XXIX

La estrecha sala en la cual se bebía y tomaban bocadillos estaba llena de nobles. La agitación iba constantemente en aumento y en todos los rostros se leía la inquietud.

Los más animados eran, sin embargo, los cabecillas, que sabían todos los detalles y el número de bolas. Eran los dirigentes del combate en perspectiva. Los demás, como los soldados, se preparaban para la batalla, pero en tanto que comenzaba ésta buscaban pasar el rato divirtiéndose. Unos tomaban algo de pie o sentados a una de las mesitas; otros se paseaban por la sala o charlaban con sus amigos a quienes hacía tiempo que no habían visto.

Levin no tenía ganas de comer; no era fu-mador. No quería juntarse con los suyos, es decir, con Sergio Ivanovich, Esteban Arkadievich, Sviajsky y otros, que mantenían animada conversación, porque con ellos estaba Vronsky, vestido con su uniforme de caballe-rizo del Emperador. Aun

el día antes Levin le había visto en las elecciones y había evitado su encuentro, no queriendo saludarle.

Ahora se acercó a la ventana y se sentó observando a los grupos y escuchando lo que se decía a su alrededor. Le entristecía el ver que todos hablaban animados, preocupados a interesados, y únicamente él y un viejecito de boca sin dientes, con uniforme de la Marina, sentado a su lado, solitario, moviendo con un tic nervioso sus labios, estaban indiferentes, inactivos.

–¡Es un canalla!... Le voy a contar... Pero no. ¿Es decir que en tres años no ha podido reunir el dinero? –decía un propietario de tierras, bajito, encorvado, de cabellos alisados con pomada y que le caían sobre el cuello bordado del uniforme. Y al mismo tiempo da-ba golpes en el suelo con los tacones de sus botas nuevas, seguramente compradas para las elecciones. Y, después de lanzar una mirada de fuego a Levin dio media vuelta rápidamente y se alejó.

–Sí, es un asunto poco limpio –exclamó con voz débil un pequeño propietario de tierras.

Luego, un grupo de terratenientes, rodeando a un grueso general, se aproximó rá-

pidamente, hacia Levin, en busca, evidentemente, de un sitio donde poder hablar sin ser oídos.

–¿Cómo se atreve a decir que ordené que le robasen los pantalones? Presumo que de-bió de venderlos para beber. Y quiero escu-pirle por muy príncipe que sea. ¡No tiene derecho a decirlo! ¡Es una porquería!

–Pero, y perdone, ellos se basan en el artí-

culo de la ley. Su mujer debe ser inscrita co-mo noble – hablaban en otro grupo.

–¡Al diablo con el artículo de la ley! Lo digo con el corazón en la mano... Para eso hay nobles... Hay que tener confianza.

–Excelencia, vamos a tomar un fine cham-pagne.

Otro grupo iba tras uno de los nobles a quienes habían emborrachado, que pasaba gritando.

–Y yo le aconsejé siempre a María Semenovna que lo arrendase, porque ella no po-dría obtener nunca ganancias – decía, con voz agradable, un propietario de tierras, de bigotes canosos, con uniforme de coronel de Estado Mayor.

A aquel propietario Levin le había visto ya otra vez en casa de Sviajsky y en seguida le reconoció. El noble le miró también, y se saludaron afectuosamente.

–Mucho gusto. Le recuerdo muy bien,

¿cómo no? Nos vimos el año pasado en casa del Presidente.

–¿Y cómo van las cosas de su propiedad?

–preguntó Levin.

–Como siempre, perdiendo ––contestó el hombre poniéndose a su lado y con la sonrisa sumisa y la expresión tranquila y resignada del que está convencido de que las cosas no pueden ir de otra manera. Y usted, ¿cómo es que está en nuestra provincia? ¿Ha venido a tomar parte en nuestro pequeño coup d'État?

–preguntó a su vez, pronunciando mal pero con seguridad las palabras francesas.

–Aquí ha venido toda Rusia. Hasta gentileshombres y casi ministros –siguió el propietario, indicando la figura representativa de Esteban Arkadievich, que, con uniforme de gentilhombre, en pantalones blancos, se paseaba con un general.

–Debo confesarle que comprendo muy po-co la importancia de las elecciones de la Nobleza –––dijo Levin.

El propietario de tierras le miró.

–¿Y qué tiene que comprender? No tiene ninguna importancia. Es una institución en decadencia, que sigue su movimiento por la fuerza de la inercia. Mire usted los uniformes.

Parecen decir: «Es una reunión de jueces, de miembros de comisiones, pero no de nobles».

–¿Y por qué, entonces, viene usted? –

preguntó Levin.

–Por la fuerza de la costumbre. Luego, que hay que sostener las relaciones. Es una obligación moral en cierto sentido. Y además, a decir verdad, tengo mi interés: mi yerno quiere presentar su candidatura para los miembros obligatorios de la Comisión. No es rico y quiero ayudarle a pasar. Y estos señores, ¿para qué vienen? –dijo indicando al se-

ñor batallador que hablaba ante la mesa electoral.

–Es la nueva generación de la nobleza.

–Que es nueva, conformes... pero no es nobleza. Son propietarios de tierras por haberlas comprado y nosotros lo somos por haberlas heredado... ¿Pueden ser considerados

como gentileshombres los que atacan de este modo a la nobleza?

–Pero usted dice que es una institución caduca...

–Caduca o acabada. Pero, sea como sea, hay que tratarla con más respeto. Tenemos el caso de Snetkov... Somos Buenos o malos; pero hace miles de años que existimos. ¿Sa-be usted? Por ejemplo: nosotros queremos delante de la casa un jardincillo y debemos alisar para ello la tierra y allí tenemos un árbol centenario... Es un árbol todo torcido, viejo; pero por plantar florecillas y hacer un jardín no va usted a cortar el viejo árbol; dis-pondrá usted la tierra en forma que le permita aprovecharlo. En un año no es posible hacer crecer un árbol igual –dijo el propietario. Y en seguida cambió de tema.

–¿Y cómo van las cosas de su propiedad?

–No van bien. Me producen ¡un cinco por ciento!

–Pero usted no cuenta su trabajo, que también vale algo. Le diré de mí mismo que antes de ocuparme de la propiedad trabajaba y ganaba tres mil rublos. Ahora trabajo más que cuando estaba en el servicio, y, como usted, gano el cinco por ciento y ¡gracias a Dios! Y mi trabajo lo doy de balde.

–Entonces, ¿para qué lo hace? Si es sólo para perder..

–¿Qué quiere que haga? Es costumbre y sé que debo obrar así... le diré más –continuó el propietario apoyado en la ventana y animado ya–. Mi hijo no tiene inclinación alguna al cultivo de las tierras. Seguramente será un sabio. Entonces no habrá quien lo continúe. Y, de todos modos, sigo trabajando. Ahora he plantado un jardín.

–Sí, sí –repuso Levin. Es la pura verdad.

Siempre digo que no hay verdadera ganancia y sigo cultivando mi hacienda. Siente uno cierta obligación respecto a las tierras.

–Y más le contaré –siguió el propietario–.

Un día vino a visitarme un vecino, comerciante. Dimos un paseíto por la propiedad, por el jardín... «No», me dijo, « Esteban Vasilievich, todo lo tiene usted en orden, pero el jardín está abandonado (y conste que yo lo cuido muy bien). Yo en su lugar» , siguió diciendo el comerciante, «los tilos los cortaría, naturalmente cuando hay que cortarlos: cuando tienen savia. Posee usted un millar; de cada uno saldrán dos buenas cestas, y hoy esto representa un capital... También cortaría los troncos de los tilos».

–Y con este dinero compraría vacas o tierras a bajo precio y las arrendaría a los campesinos –terminó Levin, con sonrisa que demostraba que más de una vez había hecho él cálculos semejantes–. Y con ello se haría una fortuna mientras –que usted y yo... Que Dios nos ayude solamente a guardar lo que tenemos y dejarlo así a nuestros hijos.

–He oído que se ha casado usted... –indicó el propietario.

–Sí –contestó Levin con orgullo y placer–.

Es muy extraño en el actual estado de cosas,

¿no? Nosotros vivimos sin ganar y somos como las antiguas vestales, puestas solamente para guardar un fuego sagrado.

El propietario sonrió bajo sus bigotes blancos.

–Entre nosotros –siguió la conversación–

está también, por ejemplo, nuestro amigo Nicolás Ivanovich Sviajsky o el conde Vronsky, que ahora vive aquí. Éstos quieren organizar la agricultura en mayor escala, pero hasta ahora, fuera de goner el capital, no han obtenido otro resultado.

–¿Y por qué nosotros no hacemos como los comerciantes? ¿Por qué no cortamos los jardines para vender la madera? –preguntó Levin, volviendo al pensamiento que le había asaltado antes.

–Pues por la razón de que, como ha dicho usted muy bien, somos una especie de vestales para guardar el fuego sagrado. Vender la madera no es asunto de nobles. Y nuestra obra de noble se hace, no aquí, en las elecciones, pero sí allí, en nuestro rincón. Hay también un instinto nuestro, propio, que nos indica lo que debemos hacer y lo que no. Con los campesinos pasa lo mismo; según vengo observando, cuando el campesino es bueno arrienda cuantas tierras puede... Puede ser mala la tierra, pero él sigue labrándola...

También lo hace sin calcular que ha de perder en ella...

–Así somos nosotros –dijo Levin.

Y terminó, al ver que Sviajsky se le acercaba.

–He tenido una gran satisfacción en encontrarle.

–Nos vemos por primera vez desde que nos conocimos en su casa de usted, y está-

bamos charlando como dos Buenos amigos –

dijo el noble a Sviajsky.

¿Qué? ¿Han criticado las nuevas instituciones? –dijo éste humorísticamente, con una sonrisa.

–Algo de eso hemos hecho.

–Nos hemos desahogado.

XXX

Sviajsky cogió por el brazo a Levin y le llevó a su grupo. Ahora Levin ya no podia rehuir a Vronsky, el cual estaba con Esteban Arkadievich y Sergio Ivanovich y le miraba directamente mientras se aproximaba a ellos.

–Mucho gusto. Me parece que tuve el placer de encontrarle en la casa de la princess Scherbazky –dijo Vronsky dándole la mano.

–¡Oh, sí! Me acuerdo muy bien de nuestro encuentro ––contestó Levin enrojeciendo.

Y en seguida se volvió a su hermano y se puso a hablar con él.

Con ligera sonrisa, Vronsky continuó hablando con Sviajsky, evidentemente sin ningún deseo de proseguir la conversación con Levin; pero éste, mientras charlaba con su hermano, no dejaba de observar a Vronsky con propósito de decide algo y reparar, con esto, su brusquedad.

–¿Y de qué se trata ahora? –dijo mirando a Vronsky y a Sviajsky.

–De Snetkov: de si se decide o se niega a presentar su candidatura.

–¿Y él está conforme o no?

–Es, precisamente, esto: que no dice que sí ni que no – repuso Vronsky.

–Y si él se niega, ¿quién presentará su candidatura?

–Quien quiera ––contestó Sergio Ivanovich.

–Sólo que no seré yo –dijo Vronsky dirigiendo, confundido, una mirada irascible a un señor de aspecto irritado que estaba al lado de Sergio Ivanovich.

–Entonces,

¿quién?

¿Neviedovsky?

–

preguntó Levin, sintiéndose interesado por la cuestión.

Esta pregunta le resultó aún peor ya que Neviedovsky y Sviajsky eran los dos que se disputaban la candidatura.

–Por lo que se refiere a mí –afirmó el se-

ñor irritado––– de ningún modo.

Era el mismo Neviedovsky. Sviajsky se lo presentó a Levin y se saludaron cortésmente.

–¿Qué? Parece que la cosa también te entusiasma –dijo Esteban Arkadievich a Levin, guiñando al mismo tiempo el ojo a Vronsky–.

Esto es una especie de carrera... Se pueden hacer apuestas.

–Sí, esto me exalta –dijo Vronsky–. Y una vez que se empieza hay ganas de ver la terminación. ¡La lucha! ––exclamó frunciendo las cejas y apretando sus fuertes mandíbulas.

–Este Sviajsky es un hombre de un gran sentido práctico. Lo ve todo con una claridad...

–¡Oh, sí! ––contestó Vronsky distraídamente.

Hubo un silencio durante el cual, por mirar algo, Vronsky dirigió su mirada a Levin, a sus pies, a su uniforme, luego a su rostro, y al ver sus ojos puestos en él, contemplándole sombríamente dijo:

–¿Y cómo es que usted que habita en su pueblo, no es su juez de paz? Pues no veo que su uniforme sea el que corresponde a este cargo.

–Porque considero que la institución de los jueces de paz es una tontería –contestó Levin, que esperaba ocasión para hablar con Vronsky y corregir la falta de cortesía que había cometido al saludarle.

–Pienso lo contrario –dijo Vronsky con tranquila sorpresa.

–Es un juguete –insistió Levin–. No necesitamos jueces de paz. Durante siete años no he tenido más que un asunto. Y el que tuve fue arreglado de la peor manera. El juez está a cuarenta verstas de mi propiedad. Se está obligado por un asunto en el que se discuten dos rublos a mandar a buscar un abogado que nos cuesta quince.

Y Levin contó como un campesino había robado harina al molinero y, cuando éste se lo afeó al labriego, el tal presentó pleito a aquél, acusándole de difamación. Todo esto era inoportuno y ridículo y él mismo se dio cuenta apenas había terminado de contarlo.

–¡Oh, eres un hombre muy original! –le di-jo Esteban Arkadievich con su sonrisa más dulce. Pero... Vamos. Parece que ya están votando.

Y los dos se separaron del grupo.

–No comprendo –dijo Sergio Ivanovich, que había observado la brusquedad de Levin en el momento de saludar a Vronsky– no comprendo cómo se puede estar privado hasta tal punto de tacto político. Esto es lo que nosotros los rusos no tenemos. El Presidente de la Nobleza es nuestro adversario y tú es-tás con él, ami cochon, y le pides que presente su candidatura... Mientras que el conde Vronsky... No quiero decir que me haré amigo suyo. Me ha invitado a comer en su casa, pero está claro que no iré. Ahora bien: él es nuestro, de nuestro partido. ¿Por qué, pues, hacer de él un enemigo? Luego has preguntado a Neviedovsky si va a presentar su candidatura. Esto es improcedente.

–¡Ah! No comprendo nada... Todo esto son tonterías –contestó Levin sombrío.

–Dices que todo esto son tonterías, pero cuando empiezas a hacerlas lo confundes to-do.

Levin calló y los dos juntos entraron en la sala.

No obstante sentir el ambiente un poco falso y aunque no todos se lo habían pedido, el Presidente de la Nobleza se decidió a presentar su candidatura. Toda la sala estaba en silencio y el Secretario declaró, en voz alta, que se iba a votar para la presidencia de la Nobleza al comandante de caballería de la Guardia, Mijail Stepanovich Snetkov.

Los presidentes comarcales de la Nobleza, con los platitos que contenían las bolas, se pusieron en marcha, yendo

desde sus mesas a la del Presidente provincial; y las elecciones comenzaron.

–Pon la bola en la mano derecha –

murmuró Esteban Arkadievich a Levin cuando, siguiendo a su presidente y junto con su hermano, se acercaban a la mesa.

Pero Levin había olvidado la explicación que le dieron de la forma en que habían de actuar para ganar las elecciones; y pensó que Esteban Arkadievich quizá se habría equivocado indicándole que pusiera la bola en el mano derecha, ya que Snetkov era el enemigo. Al acercarse a la mesa, tenía la bola en la mano derecha, pero temiendo que, en efecto, Esteban Arkadievich hubiera sufrido un error, delante mismo del cajón la cambió de mano.

El perito puesto al lado de la mesa para inspeccionar la votación y que sólo por el movimiento del codo conocía dónde se ponía la bola, hizo una mueca de descontento. No, no tenía necesidad de desarrollar demasiado su facultad de penetración para conocer dón-de la había metido Levin.

Todos callaron y se oyó el ruido de las bolas al moverlas para contarlas.

Luego una voz proclamó el resultado, el número de bolas en pro y las que había en contra.

El Presidente resultaba elegido por gran mayoría.

Todos, con gran estruendo, tumultuosamente, se dirigieron a las puertas.

Snetkov entró y muchos nobles le rodearon felicitándole.

–Bueno, ¿ya hemos terminado? –preguntó Levin a su hermano.

–No ha hecho sino empezar –le contestó sonriendo Sviajsky en vez de Sergio Ivanovich. El–candidato para presidente puede aún obtener más bolas.

Levin se olvidó completamente de estas palabras. Sólo recordó ahora que allí se decidía una cuestión muy delicada, pero no quería averiguar en qué consistía. De pronto, se sintió triste y tuvo deseos de huir de toda aquella gente. Ya que no se le prestaba atención y nadie le necesitaba, se dirigió, procurando pasar inadvertido, a la sala pequeña en que se tomaban los bocadillos. Y cuando vio a los criados, se sintió aliviado. El más anciano de ellos le ofreció algo de comer y él aceptó.

Comió croquetas con alubias y, después de charlar con el lacayo, que le habló de los se-

ñores a quienes servía, Levin, no queriendo entrar de nuevo en la sala, donde se sentía tan a disgusto, se dirigió a las tribunas con la intención de ver qué sucedía allí.

Las tribunas estaban llenas de damas muy compuestas, adornadas con ricos vestidos, las cuales se inclinaban sobre las balaustradas y, con gran interés, procuraban no perder ni una palabra de lo que se hablaba abajo, en la sala. Al lado de las señoras estaban, sentados o de pie, profesores de colegios, con sus clásicas levitas, y oficiales.

En todas partes hablaban de las elecciones, de que el Presidente estaba cansado y de la rnarcha de los debates.

En un grupo, Levin oyó alabar a su hermano. Una señora decía a un abogado:

–¡Qué dichosa me siento de haber oído hablar a Kosnichev! Vale la pena quedarse sin comer. ¡Es maravilloso! ¡Con qué tono habla y con qué claridad! En el Palacio de Justicia ninguno de ustedes habla como él. Sólo Maindel lo hace algo bien, pero ni siquiera él llega a la elocuencia de Kosnichev.

Habiendo encontrado un sitio libre cerca de la balaustrada, Levin se inclinó y se puso a mirar y escuchar.

Todos los personajes estaban sentados, separados, en razón de comarcas, por pequeños tabiques.

En el centro de la sala estaba un hombre de uniforme que, con voz alta y suave, pro-clamaba:

–Presenta su candidatura para Presidente provincial de la Nobleza el comandante de caballería del Estado Mayor, Eugenio Ivanovich Apujtin.

Después de un rato de silencio, se oyó la voz débil de un viejo:

–Rehúsa.

–Candidatura del Consejero de la Corte, Pedro Petrovich –proclamó de nuevo el hombre que estaba en el centro.

–Rehúsa ––contestó una voz joven y chillona.

Se oyó el nombre de otro candidato y de nuevo un «rehúsa».

Así pasó cerca de una hora.

Levin, apoyado en la balaustrada, estaba mirando y escuchando.

Primero, la ceremonia le sorprendió y quiso comprender lo que significaba; luego, convencido de que no podría entenderlo nunca se sintió aburrido. Y, al recordar la emoción a irritación que veía en todos los rostros, se entristeció, decidió marcharse y salió de la tribuna.

Al pasar por la puerta, vio a un colegial de aspecto abatido, con los ojos hinchados por el llanto, que paseaba arriba y abajo. En la escalera encontró a una señora que corría, cal-zada con zapatitos de altos tacones y seguida del ayudante del Procurador de los Tribunales.

–¡Ya la dije que no llegara usted tarde! –

exclamaba el jurista mientras Levin daba pa-so a la señora.

Levin estaba ya en la escalera de la salida principal y sacaba el número del guardarropa cuando le alcanzó el Secretario y le instó:

–Constantino Dmitrievich, haga el favor de venir. Ya están votando.

Se votaba al mismo Neviedovsky, que tan categóricamente habíarehusado.

Levin se dirigió a la sala, que encontró cerrada. El Secretario llamó; abrieron la puerta y antes de entrar él, salieron dos propietarios de tierras con el rostro encendido, sofocado.

–Ya no puedo más –dijo uno de ellos.

Detrás de los propietarios apareció el rostro descompuesto del Presidente, que reflejaba un gran cansancio y hondo disgusto.

–Te he mandado que no dejaras salir a nadie –dijo el Presidente al ujier.

–He abierto para dejar entrar, Excelencia.

–¡Dios mío! –y con un suspiro profundo, andando penosamente, pausado y con la cabeza inclinada, el Presidente se dirigió a través de la sala a la mesa electoral.

Como daban por seguro sus partidarios, Neviedovsky, habiendo obtenido mayor nú-

mero de votos que su rival, fue proclamado Presidente provincial de la Nobleza.

Muchos estaban animados, alegres, llenos de entusiasmo; otros muchos se mostraban descontentos y apesadumbrados. El antiguo Presidente era presa de gran desesperación.

Cuando Neviedovsky salía de la sala, la gente le rodeó y le siguió con entusiasmo, del mismo modo como había seguido al Gobernador el primer día, al abrir las elecciones, y del mismo modo que había seguido a Snetkov cuando éste, en su día, había sido elegido presidente.

XXXI

Aquel día Vronsky ofreció una comida al Presidente provincial elegido y a muchos de los adeptos del partido nuevo.

Vronsky había ido a la ciudad por las elecciones y porque se aburría en el pueblo, por mostrar a Ana su derecho a la libertad, y también porque quería pagar a Sviajsky, con su ayuda, los esfuerzos que había hecho a su favor en las elecciones del zemstvo. Pero más que nada había ido por

cumplir con todos sus deberes de noble y agricultor, la posición que había elegido ahora como campo de su actividad. Pero Vronsky no esperaba de ningún modo que las elecciones le hubieran interesado en tanta manera. Era un hombre completamente nuevo entre los nobles rurales, mas, a pesar de ello, alcanzaba un éxito indudable y no se equivocaban pensando que había ya adquirido una gran influencia en aquel medio.

Contribuían a ello su riqueza y distinción, su cualidad de noble de alta categoría; el es-pléndido departamento que en la ciudad había dejado a su disposición su antiguo conocido Schirkov, que ahora se ocupaba de asuntos financieros y había abierto en Kachin un banco que marchaba prósperamente; el estupendo cocinero que Vronsky se había traído de su finca; la amistad con el Gobernador, que era amigo íntimo suyo y además protegido de otro amigo de Vronsky; y, sobre todo, le ayudaba a ello su trato sencillo, afable a igual, que obligó a la mayoría de los nobles a modificar la opinión de soberbio en que casi todos le tenían.

Él mismo sentía que, excepto aquel señor tan raro, casado con Kitty Scherbazky que, à propos de bottes le había dicho, con desen-frenada irritación, una porción de tonterías, cada noble que él conocía se convertía en seguida en partidario y amigo suyo.

Vronsky sabía fijamente –y los demás se lo reconocían de buen grado– que Neviedvsky le debía mucho de su éxito. Y ahora, en la mesa de su casa festejando la elección de aquél, experimentaba, por su protegido, el sentimiento agradable de la victoria.

Las mismas elecciones le habían interesado de tal modo que había resuelto que si estaba casado ya cuando se celebraran las próximas, dentro de tres años presentaría su

candidatura. Era como si, después de haber ganado el premio en las carreras de caballos por medio del jockey, le entrasen ganas de tomar parte en las pruebas personalmente.

Ahora, celebrando la victoria de su jockey Neviedovsky en la carrera electoral, Vronsky presidía la mesa. A su derecha estaba sentado el joven gobernador, general del séquito del Emperadon El Gobernador era para todos los comensales el amo de la provincia, el hombre que había abierto solemnemente las elecciones pronunciando el discurso y que, como observara Vronsky había despertado el respeto y hasta el servilismo de la mayoría.

Pero para Vronsky era Maslov Kátika, apodo con el que era conocido en el Cuerpo de pajes, que ahora se sentía confuso delante de Vronsky, y a quien procuraba éste mettre à son aise.

A la izquierda, estaba sentado Neviedovsky, con su rostro joven, impasible y como lleno de hiel, a quien Vronsky trataba con naturalidad y respeto.

Sviajsky soportaba su fracaso con buen humor. Para él no era un fracaso –decía, levantando su copa y dirigiéndose a Neviedovsky–. Habría sido imposible –explicaba–

encontrar un representante mejor para la nueva dirección que debía seguir la Nobleza.

Y por esto estaba de todo corazón al lado del éxito de hoy y lo celebraba sinceramente.

Esteban Arkadievich también se sentía feliz de haber pasado el tiempo de una manera tan agradable y de que todos estuviesen satisfechos.

Durante la comida, que fue espléndida, se recordaron los episodios de las elecciones.

Sviajsky imitó cómicamente el discurso lacri-moso del antiguo Presidente y, de paso, dijo a Neviedovsky que «Su Excelencia» tendría que elegir un modo mejor y no tan sencillo como las lágrimas para justifcar la inversión de los fondos.

Otro noble, gran humorista, dijo que había hecho venir a sus lacayos calzados de medias para el baile del Presidente, ya que éste tenía la costumbre de dar las fiestas así; y ahora habría de vestirlos de nuevo si el Presidente actual no daba baile con los lacayos calzando medias.

Al dirigirse a Neviedovsky, lo hacían continuamente llamándole «nuestro Presidente provincial» y «Vuestra Excelencia». Y lo decí-

an con el mismo placer con el cual se dirigían a una señora joven llamándola madame o por el apellido de su marido.

Neviedovsky aparentaba que no sólo le era indiferente el nombramiento, sino que hasta tenía en poco este título; pero se veía claramente que le hacía feliz su elección y que hacía esfuerzos para no demostrar un entusiasmo poco conveniente en el medio liberal en que se encontraba.

Durante la comida se enviaron algunos telegramas a la gente conocida que se interesaba por las elecciones y Esteban Arkadievich, el cual estaba muy animado y alegre, mandó uno a Daria Alejandrovna que decía así: «Neviedovsky elegido por mayoría de diecinueve bolas. Enhorabuena. Lo comunicarás». Esteban Arkadievich, muy ufano, leyó el telegrama en voz alta y dijo: «Quiero ale-grarles con esta agradable noticia». Y, en efecto, Daria Alejandrovna, al recibir el telegrama, se limitó a suspirar por

el rublo que habían gastado en ello y pensó que su marido lo había mandado después de una comida, ya que Esteban Arkadievich tenía la debilidad de, al final de cada banquete a que asistía, faire jouer le télégraphe.

Todo, junto con la espléndida comida, y los vinos extranjeros, resultó digno, sencillo y animado. Veinte personas, todas de las mismas ideas, gente liberal, activa, nueva y, al mismo tiempo, espiritual y honrada, habían sido las elegidas por Sviajsky para esta fiesta. Se brindó con alegría «por el nuevo Presidente» y «por el Gobernador» y «por el Director del Banco» y «por nuestro amable anfitrión».

Vronsky estaba contento, porque nunca había imaginado encontrar un ambiente tan agradable en la provincia.

Al final, la alegría se hizo aún más general.

El Gobernador pidió a Vronsky que fuera al concierto que, a beneficio de los «Hermanos Eslavos», había organizado su esposa, la cual, por su parte, deseaba conocer al Conde.

–Habrá un gran baile y verá usted a nuestras bellezas. Será algo extraordinario.

–Not in my line –contestó Vronsky, al cual agradaba mucho esta expresión. Pero sonrió y prometió ir.

Un momento antes de levantarse de la mesa, cuando todos reposaban, fumando, el ayuda de cámara de Vronsky se acercó a éste trayéndole una carta sobre una bandeja.

–Acaba de llegar de Vosdvijenskoe con un enviado especial ––dijo con expresión significativa.

–Es sorprendente cómo se parece a Sven-tizky, el vicepresidente de los Tribunales –

dijo en francés uno de los invitados refiriéndose al ayuda de cámara, mientras Vronsky leía la carta. A medida que leía su rostro se iba ensombreciendo.

La carta era de Ana.

Aun antes de haberla leído, Vronsky conocía su contenido. Suponiendo que las elecciones iban a terminar en cinco días, él había prometido a Ana volver a su casa el viernes.

Era sábado y Vronsky sabía que la carta estaría llena de reproches por no haber vuelto en el día indicado. Sin duda la nota que él había enviado explicando el retraso no habría llegado aún a poder de ella.

El contenido de la carta era, efectivamente, el que Vronsky había imaginado. Pero, además, le decía algo inesperado y doloroso; Any estaba muy enferma. « El doctor dice que puede tratarse de una pulmonía. Sola, yo pierdo la cabeza. La princesa Bárbara no es una ayuda, sino un estorbo. Te he esperado anteayer y ayer, y ahora mando ésta para saber dónde estás y qué haces. Quise ir yo misma, pero cambié de idea pensando que acaso lo desagradara. Dime algo para saber qué debo hacer.»

«La niña enferma y Ana queriendo venir.

¡La hija está enferma y ella emplea aún este tono hostil!», pensó Vronsky.

El contraste entre la alegría inocente de las elecciones y el recuerdo de aquel amor sombrío, agobiador, al cual debía volver, hundió a Vronsky en una gran confusión.

Pero debía volver, y aquella misma noche, en el primer tren, regreso a su casa.

XXXII

Antes del viaje de Vronsky para asistir a las elecciones, Ana había reflexionado en que las escenas que se repetían con ocasión de cada viaje que él hacía, en vez de estrechar los

lazos que les unían, podían debilitarlos aún más, y decidió hacer todo el esfuerzo posible sobre sí misma para soportar tranquila la separación.

Pero el tono frío y severo que empleó Vronsky aquella vez para anunciarle su viaje y la mirada que le dirigió, la ofendieron, y ya antes de su partida Ana había perdido la tranquilidad.

Luego, al quedarse sola, recordando y analizando aquel tono y aquella mirada, que expresaban el deseo de Vronsky de hacer use de su derecho a la libertad, Ana llegó a la misma conclusión de siempre: a la conciencia de su humillación.

«Tiene, claro está, perfecto derecho a marcharse adonde y cuando quiera. Y, no só-

lo a marcharse, sino, también, a dejarme so-la. Él tiene todos los derechos y yo ninguno.

Pero, sabiéndolo, no debía hacerlo... De todos modos, ¿que ha hecho? Me miró con expresión fría y severa. Esto, naturalmente, es una cosa indefimda, impalpable; pero ante esto no ocurría y esta mirada suya significa mucho», pensaba. «Esa mirada dice bien claramente que empieza enfriarse su pasión.» No obstante, a pesar de estar convencida de que Vronsky comenzaba a perderle cariño, no ve-

ía cómo podría ella cambiar, modificar su actitud con él, hacer que ésta fuera igual que antes cuando, con sólo su amor y sus atractivos, ella le sabía retener.

Y, como antes, trabajando de día y tomando morfina por la noche, conseguía Ana ahogar sus terribles pensamientos sobre la situación en que quedaría si Vronsky dejara de amarla.

«Es verdad», pensó, «que queda todavía un remedio para retenerle». Ana fuera de su amor no deseaba nada. Este remedio era el divorcio y su casamiento, y Ana empezó a desearlo y se decidió a consentir en la primera ocasión en que Vronsky o su hermano le hablaran de ello.

Con tales pensamientos pasó cinco días, que fueron los que había de durar la ausencia de él.

Los paseos, las conversaciones con la princesa Bárbara, las visitas al hospital y, principalmente, la lectura –un libro tras otro– ocuparon todo su tiempo.

Pero al sexto día, cuando llegó el cochero sin él, Ana sintió que no podía ya ahogar más su pena y su inquietud por lo que Vronsky pudiera estar haciendo allí. En este tiempo enfermó su hija. Ana quiso atenderla y tampoco en esto halló distracción, porque la enfermedad de la niña no era de cuidado. Además, no obstante sus esfuerzos, no llegaba a querer a la niña, y el amor no podía ni sabía fingirlo.

Al anochecer de aquel día, al encontrarse sola, el terror de que él la abandonase se hizo en Ana tan vivo que casi se decidió a ir a la ciudad ella misma, pero, después de pensarlo mucho, se limitó a escribir aquella carta contradictoria que Vronsky había recibido, y que, sin releerla, le fue mandada por un mensajero.

A la mañana siguiente, al recibir la contestación, Ana se arrepintió de haberlo hecho.

Pensaba ahora con terror en la posibilidad de que Vronsky volviese a dirigirle la mirada severa del día de la partida, sobre todo al enterarse de que el estado de la niña no inspiraba ningún cuidado.

Sin embargo, a pesar de todo, estaba contenta por haberle escrito. Él se sentía molesto, renunciaría de mala gana a su libertad pa-ra volver a su lado, pero, al fin y al cabo, volvería, que es lo que Ana ansiaba con toda el alma, porque de este modo lo tendría con ella, le vería, podría seguir cada uno de sus movimientos...

Estaba sentada en el salón y, a la luz de la lámpara, leía un nuevo libro de Taine, con el oído atento a los ruidos del exterior, donde soplaba un fuerte viento, esperando a cada punto la llegada del coche. Repetidas veces le había parecido oír el ruido de las ruedas, pero era siempre un engaño; hasta que, al fin, no sólo oyó el ruido de las ruedas, sino también las exclamaciones del cochero y el traqueteo del carruaje, que se detuvo en la entrada cubierta delante de la casa. Hasta la princesa Bárbara, que disponía su solitario, lo afirmó.

Ana, con el rostro encendido por la emoción, se levantó para dirigirse a su encuentro, como otras veces cuando regresaba Vronsky de viaje, pero, antes de llegar a la puerta, se detuvo y permaneció en la misma habitación.

De repente se sintió avergonzada de su engaño y, mas que nada, temerosa, pensando en qué forma le recibiría. Todos sus temores se le habían desvanecido y ya no temía sino el descontento de Vronsky. Recordó que la hija llevaba ya dos días completamente bien y hasta se sintió irritada contra ella de que se hubiera restablecido precisamente cuando había mandado la carta anunciando que se hallaba gravemente enferma.

Al recordar, sin embargo, que él estaba allí, él, con sus brazos, con sus ojos, se olvidó de todo, y al oír su voz corrió a su encuentro alegre, inundada de felicidad.

–¿Y Any? ¿Cómo está? –le preguntó Vronsky, desde abajo, con temor, viendo a Ana que bajaba corriendo las escaleras a su encuentro.

Él estaba sentado en una silla mientras el lacayo le sacaba sus botas forradas.

–Está mejor.

–¿Y tú? –le preguntó él, sacudiéndose el traje.

Ana, con ambas manos, tomó una de las de Vronsky, la pasó por su espalda para que el brazo de él le rodeara el talle y, estrechados así, le nIlró fijamente, embelesada.

–Bueno, estoy contento –le dijo Vronsky, examinando fríamente su peinado, el vestido, sus adornos, que sabía que se había puesto para él.

Aquellas atenciones le placían; pero, ¡lo había visto todo tantas veces!

Y la expresión severa, como de piedra, aquella expresión que Ana temía tanto, se fijó en el rostro de Vronsky.

–Estoy contento –repitió–. ¿Y tú estás bien? –le preguntó, y, después de secarse con el pañuelo su barba mojada, le besó la mano.

«Es igual», pensaba Ana; «lo que yo quería era que estuviera él aquí, porque cuando está aquí no se atreve, no puede no amarme».

El resto de la velada transcurrió animado y alegre, con la presencia también de Bárbara, la cual se lamentó de que, en ausencia de él, Ana tomara morfina.

–¿Qué queréis que haga? No podía dormir.

Me estorbaban los pensamientos. Cuando él está aquí, no la tomo nunca... Casi nunca...

Vronsky contó los diversos episodios de las elecciones, y con sus preguntas, Ana supo llevarle a lo que más le gustaba: a hablar de sus éxitos.

Ella le refirió, por su parte, cuanto de interesante había sucedido en la casa, y sus noticias fueron todas felices y alegres.

Pero cuando, ya tarde, los dos quedaron solos, al ver que de nuevo le tenía a su lado, Ana quiso borrar la mala impresión de su carta y le preguntó:

–Confiesa que el recibir mi carta te fue desagradable. ¿Me has creído o no?

Apenas lo hubo dicho, comprendió que por grande que fuese su cariño, Vronsky no se lo perdonaba.

–Sí, la carta era muy extraña. Me decías que Any estaba grave y que querías venir tú en persona...

–Las dos cosas eran verdad.

–No lo dudo.

–No; sí lo dudas... Veo que estás descontento.

–En modo alguno. Lo que me contraría es que no quieras comprender que uno tiene obligaciones...

–¿Es obligación ir al concierto?

–Bueno, no hablemos más de esto...

–¿Y por qué no hablar? –insistió Ana,

–Sólo quiero decir que se presentarán deberes imperiosos... Ahora mismo, muy pronto, tendré que ir a Moscú por los asuntos de la casa... Ana, ¿por qué te irritas? ¿No sabes que no puedo vivir sin ti?

–Si es así... –, dijo Ana, cambiando súbitamente de tono–. Si vienes aquí, estás un día y luego te marchas de nuevo, si estás cansado de esta vida...

–Ana, eres cruel. Ya sabes que estoy pronto a sacrificarlo todo, hasta mi vida...

Pero ella no le escuchaba.

–Si vas a Moscú, iré yo también. No quiero quedarme aquí. Debemos separarnos definitivamente, o vivir juntos.

–Tú sabes que ése es mi único deseo. Pero para esto...

–¿Hay que obtener el divorcio? Voy a escribir en seguida a mi marido. Veo que no puedo vivir así... Pero iré contigo a Moscú.

–Parece que me amenazas... Pues bien: mi más ardiente deseo es separarme de ti ––dijo Vronsky sonriendo.

Pero en sus ojos, al pronunciar aquellas dulces palabras, brillaba no sólo una mirada fría, sino irritada, la mirada de un hombre exasperado por aquella obstinación.

Ana vio su mirada y comprendió hasta el fondo su significado: «¡Qué desgracia!», leyó en los ojos de Vronsky

Fue una impresión que duró un instante, pero Ana no la olvidó nunca más.

Ana escribió la carta a su marido pidiéndole que accediera al divorcio.

Y a fines de noviembre, separándose de la princesa Bárbara, la cual debía ir a San Petersburgo, marchó con Vronsky a Moscú, donde, esperando cada día la contestación de Alexey Alejandrovich y luego el divorcio, se instalaron juntos como marido y mujer.

SÉPTIMA PARTE

I

Más de dos meses llevaban los Levin viviendo en Moscú, y el término fijado por los entendidos para el parto de Kitty había pasado ya, sin que nada hiciera prever que el alumbramiento hubiera de producirse en un término inmediato.

El médico y la comadrona, y Dolly y su madre y, sobre todo, el mismo Levin, que no podían pensar sin terror en aquel acontecimiento, empezaban ya a sentirse impacientes e inquietos. únicamente Kitty se sentía completamente tranquila y feliz.

Distintamente sentía ahora nacer en sí un gran afecto, un gran amor para el niño que había de venir, y, también, un gran orgullo de sí misma; y se complacía en estos nuevos sentimientos.

Su niño, a la sazón, era, no sólo una parte de ella, sino que a veces vivía ya por sí mismo, independiente de la madre. En estas ocasiones, con el rebullir del nuevo ser, solía experimenter fuertes dolores, pero al mismo tiempo gozaba con nueva a intense alegría.

Todos aquellos a quienes ameba estaban a su lado, y todos eran buenos con ella, la cui-daban con tan tiernas solicitudes y se lo hací-

an todo tan agradable, que a no saber que todo debía terminar muy pronto, Kitty no habría deseado vide mejor y más agradable.

Sólo una cosa le enturbiaba el encanto de aquella vide: que su marido no fuese como ella le quería, que hubiese cambiado tanto.

A Kitty le agradaba el tono tranquilo, cari-

ñoso y acogedor con que se mostraba siempre en la finca. En la ciudad, en cambio, parecía estar siempre inquieto y preocupado, temiendo que alguien pudiera ofenderle o –y esto era lo principal– ofenderla a ella.

Allí, en el campo, sintiéndose en su lugar, jamás se precipitaba y no se le veía nunca preocupado. En cambio, aquí andaba siempre apresurado, como temiendo no tener nunca tiempo de hacer lo que llevara entre manos, aunque casi nunca tuviera nada que hacer.

A Kitty le parecía casi un extraño, y la transformación que se había operado en su marido despertaba en ella un sentimiento de piedad.

Nadie sino ella experimentaba, sin embargo, este sentimiento, pues no había nada en la persona de él que excitara la compasión, y cada vez que en sociedad había querido Kitty conocer la impresión que producía Levin en los demás, pudo ver, casi con un sentimiento de celos, que no sólo no producía lástima, sino que, por su honradez, por su tímida cortesía, algo anticuada, con las mujeres, su recia figura y su rostro expresivo, se atraía la simpatía general.

No obstante, como había adquirido el hábi-to de leer en su alma, estaba convencida de que el Levin que veía ante ella no era el verdadero Levin.

A veces, en su interior, Kitty le reprochaba el no saber adaptarse a la vida de la ciudad; pero, también, a veces, se confesaba a sí misma que le sería muy difícil ordenar su vida en la ciudad de tal forma que la satisficiera a ella.

En realidad, ¿qué podía hacer? No le gustaba jugar a las cartas. No iba a ningún círculo. ¿Tener amistad con los hombres alegres, ser una especie de Oblonsky? Kitty sabía ahora que aquello significaba beber y luego, una vez bebidos, ir Dios sabía adónde. Y ella nunca había podido pensar sin horror en los lugares a donde debían ir los hombres en tales ocasiones. Tampoco el « gran mundo» le atraía. Para atraerle habría debido frecuentar el trato de mujeres jóvenes y bellas, cosa que a Kitty no podía en modo alguno gustarle.

¿Quedarse en casa con ella, con su madre y sus hermanas? Pero por muy agradables y divertidas que fueran para ella estas conversaciones de Alin y Nadin, como llamaba el viejo Príncipe a tales charlas entre hermanos, Kitty sabía que a su esposo le habían de aburrir. ¿Qué debía, pues, hacer? Al principio iba a la biblioteca para tomar apuntes y anotaciones, pero, como él confesaba, cuanto menos hacía, tanto menos tiempo tenía libre, y además, se quejaba de que, habiendo hablado de su libro demasiado, ahora tenía una gran confusión de pensamientos y hasta había perdido para él todo interés.

Esta vida en Moscú tenía, sin embargo, una ventaja: aquí no se suscitaba entre ellos ninguna discusión.

Ya fuese por las condiciones especiales de la vida de la ciudad o porque, tanto él como ella, se hubiesen hecho más prudentes y razonables a este respecto, el caso era que su temor de que en Moscú se renovasen las escenas de celos había resultado completamente injustificado.

En este aspecto se había producido un hecho muy importante para los dos: el encuentro de Kitty con Vronsky.

La vieja princesa María Borisovna, madrina de Kitty, que quería mucho a su ahijada, hizo presentes sus deseos de verla. Kitty que, por su estado, no salía a ninguna parte, fue, sin embargo, acompañada por su padre, a ver a la honorable anciana y encontró a Vronsky en su casa.

De lo ocurrido en este encuentro, Kitty no pudo reprocharse a sí misma sino que, cuando reconoció los rasgos tan familiares de Vronsky en su traje de paisano, se le cortó la respiración, le afluyó al corazón toda la sangre y sintió el rostro encendido de rubor. Pero esto duró sólo algunos segundos. Todavía su padre, que intencionadamente se había puesto a hablar con Vronsky en voz alta, no había terminado de saludarle, cuando Kitty estaba ya completamente repuesta de su emoción y dispuesta a mirar a Vronsky y hasta a hablarle, si era preciso, del mismo modo que hablaría con la princesa María Borisovna, a hacerlo de forma –y esto era lo principal– que todo, hasta la entonación y la más leve sonrisa pudieran ser aprobadas por su marido, la presencia invisible del cual parecíale presentir en todos los momentos de aquella escena.

Cruzó, pues, algunas palabras con su antiguo amado y sonrió tranquila cuando bromeó sobre la asamblea de Kachin, llamándola

«nuestro Parlamento» (era preciso sonreír para mostrar que había comprendido la broma). En seguida volvióse hacia María Borisovna y no miró ya a Vronsky ni una vez más hasta que él se levantó para despedirse, porque no hacerlo entonces habría sido evidentemente una falta de consideración.

Kitty estaba agradecida a su padre por no haberle dicho nada acerca de su encuentro con Vronsky. Durante el paseo que según costumbre dieron juntos y por la particular dulzura con que la trató, Kitty comprendió que su padre estaba satisfecho de ella. También ella misma estaba satisfecha de sí. Nunca se había creído capaz de poder manifestar ante su antiguo amado la firmeza y tranquilidad que manifestó, de poder dominar los sentimientos que en presencia de él había sentido despertar en su alma.

Levin se sonrojó mucho más que ella cuando le dijo que había encontrado a Vronsky en la casa de María Borisovna.

Le fue difícil decírselo y aún más contarle los detalles de aquel encuentro, porque él nada le preguntó y sólo la miraba con las cejas fruncidas.

–Siento mucho que no hayas estado presente –dijo Kitty–. No en la misma habitación, porque con tu presencia no habría podido obrar tan naturalmente. Ahora mismo me ruborizo más, mucho más, que entonces –

decía, conmovida hasta el punto de saltársele las lágrimas–. Lo que siento es que no pudieras verlo desde un lugar oculto...

Los ojos, que le miraban tan francamente, dijeron a Levin que Kitty estaba contenta de sí misma; y a pesar de que allí, ahora, se ruborizaba, él se sintió tranquilo y empezó a dirigirle preguntas, que era precisamente lo que ella quería.

Cuando lo supo todo, hasta aquel detalle de que, en el primer momento, Kitty no había podido dominar su emoción, pero que luego se había sentido tan tranquila como si se encontrara ante cualquier hombre, Levin se calmó totalmente, y dijo que a partir de entonces no se conduciría ya con Vronsky tan estúpidamente como lo había hecho en su primer encuentro en las elecciones, sino que, incluso, pensaba buscarle y mostrarse con él lo más amable posible.

–¡Es un sentimiento penoso el de huir, el de encontrarse con un hombre y tener que considerarle casi un enemigo! –dijo Levin–.

Me siento dichoso, muy dichoso.

II

–Por favor, haz una visita, aunque sólo sea de paso, a los Bolh –dijo Kitty a su marido cuando éste, a las once de la mañana, entró en su habitación para despedirse al salir de casa–. Sé que comes en el Círculo, que papá lo ha inscrito de nuevo. ¿Y por la mañana qué vas a hacer?

–Sólo voy a ver a Katavasov –contestó Levin.

–¿Y por qué sales tan temprano?

–Katavasov me prometió presentarme a Metrov. Quiero hablarle de mi obra. Es un sabio muy conocido en San Petersburgo –

explicó Levin.

–¡Ah! ¿Es el autor del artículo que has ala-bado tanto? –inquirió Kitty.

–Además, quizá vaya al Juzgado por el asunto de mi hermana.

–¿Y el concierto? –preguntó Kitty.

–¿Qué voy a hacer solo en el concierto?

–Tendrías que ir. Es una fiesta magnífica, toda a base de piezas modernas que tanto te interesan... Yo en tu lugar no dejaría de ir...

–En todo caso, antes de comer vendré aquí.

–Ponte la levita. Así podrás ir directamente a casa de la condesa de Bolh.

–¿Y es necesaria esa visita?

–Sí, es necesaria. El Conde estuvo en nuestra casa. ¿Y qué trabajo te cuesta? Vas allí, te sientas, hablas cinco minutos del tiempo, te levantas y te vas.

–¿Quieres creer que he perdido tanto esas costumbres que hasta dudo de saber compor-tarme debidamente? Fíjate: va a verles un hombre casi desconocido, se sienta, se queda allí sin tener ninguna necesidad. Estorba a aquella gente, se molesta él mismo y luego se marcha...

Kitty rió de buena gana.

–Pero, ¿cuando estabas soltero no hacías esas visitas? –lo dijo sonriendo aún.

–Las hacía, pero siempre experimentaba vergüenza; y ahora estoy tan desacostumbrado, que te juro que preferiría quedarme dos días sin comer y no hacer esta visita.

¡Siento tanta vergüenza! Me parece incluso que se van a enfadar y que dirán: «¿Y para qué vendrá este hombre sin tener necesidad de vernos?».

–No, no se enfadarán. De esto yo te respondo –––dijo Kitty, mirando al rostro a su marido y sonriéndole, burlona y cariñosa.

Luego le tomó una mano y le dijo:

–Adiós. Te pido que hagas esa visita.

Ya iba a marcharse, tras haber besado la mano a su mujer, cuando ella le paró.

–Kostia. ¿Sabes que sólo me quedan cincuenta rublos?

–Bien. Pasaré por el banco. ¿Cuánto quieres? ––contestó Levin con la expresión de desagrado que Kitty conocía ya en él.

–No, espera –dijo ella reteniéndole por la mano–. Hablemos. Esto me inquieta. Creo que no pago nada que no deba pagar, pero el dinero desaparece con tanta rapidez que a veces pienso que gastamos más de lo que podemos.

–Nada de eso –contestó Levin, aunque mi-rándola ceñudo y tosiendo ligeramente.

Kitty conocía también aquel modo de toser. Aquel gesto y aquella tosecilla eran señal de descontento, si no de ella, de sí mismo.

En efecto, Levin estaba descontento no de que hubieran gastado mucho dinero, sino de que Kitty le hubiese recordado que –como él sabía bien, pero procuraba olvidarlo– sus cosas no marchaban como él quería.

–He ordenado a Sokolov –dijo a su esposa– vender el trigo y cobrar adelantado el arriendo del molino. No te preocupes; de todos modos, tendremos dinero.

–Temo que gastamos demasiado...

–No... Nada... Nada, querida... Adiós querida –repitió Levin.

–Te aseguro que a veces siento que hayamos dejado el pueblo. Me arrepiento de haber escuchado a mamá. ¡Estábamos tan bien allí! En cambio aquí molesto a todos, y, por otra parte, gastamos tanto dinero...

–No, no... En manera alguna... Desde que estoy casado no he dicho ni una sola vez que me haya arrepentido de nada.

–¿Y es verdad que piensas así? –preguntó ella mirándole a los ojos.

Levin lo había dicho sin pensarlo, sólo para tranquilizarla; pero cuando vio que los ojos, claros, puros, de ella le miraban interrogativamente, lo repitió con toda su alma. Recordó luego lo que esperaban para pronto y se dijo entre sí: «La olvido demasiado».

Y tomándola por las manos, le preguntó cariñosamente y con cierta ansiedad:

–¿Y cuándo ...? ¿Cómo te sientes?

–He contado tantas veces y me he equivocado, que ahora ya no sé ni pienso nada.

–¿Y no temes ...?

Kitty sonrió con despreocupación.

–Nada.

–En todo caso, estaré en la casa de Katavasov.

–No, no pasará nada. No pienses en ello.

Iré a dar un paseo en coche con papá, por la avenida. Pasaremos a ver a Dolly. Antes de la comida te espero. ¡Ah! ¿Sabes que la situación económica de Dolly vuelve a ser insostenible? Debe en todas partes, no tiene dinero... Ayer hablé con mamá y con Arsenio (así llamaba ella al marido de su hermana Lvova) y decidimos mandaros a ti y a él a hablar seriamente con Stiva. Es absolutamente imposible que las cosas sigan de este mo-do... Con papá no se puede hablar de esto...

Pero si tú y Arsenio...

–Pero, ¿qué podemos hacer nosotros? –––

objetó Levin.

–De todos modos, pasa a ver a Arsenio y háblale. Él te dirá lo que hemos decidido.

–Bien pasaré a verle. Con él siempre me pongo de acuerdo. A propósito: si voy al concierto, iré con Nataly. Adiós, pues.

En la escalinata, Kusmá, el criado que te-nía ya cuando estaba soltero, detuvo a Levin.

–A «Krasavchik» le han herrado de nuevo

–«Krasavchik» era el caballo que enganchaban a la izquierda del tiro que los Levin habí-

an llevado del pueblo– y todavía cojea –dijo Kusmá–. ¿Qué hago, señor?

En los primeros días de su estancia en Moscú, Levin se ocupaba continuamente de los caballos que había traído del campo. Quería organizar este asunto de lá mejor manera y más económica, pero, al fin, había tenido que recurrir a los caballos de alquiler, porque los suyos le resultaban demasiado caros.

–Manda a buscar al veterinario. Quizá tenga una magulladura en ese casco.

–¿Y

para

Katerina

Alejandrovna?

–

preguntó Kusmá.

A Levin le sorprendió, como en el primer tiempo de su estancia en Moscú, que para ir de Vosdvijenskoe a Sivzev Vrajek hubiera que enganchar un pesado carruaje con un par de fuertes caballos que salvasen el barro pega-joso y la nieve y, después de un cuarto de versta, dejarlos allí cuatro horas pagando por ello cinco rublos.

–Ordena al cochero de alquiler que traiga un par de caballos para nuestro coche –dijo.

–Sí, señor.

Y después de haber resuelto tan fácilmente, con tanta sencillez, gracias a las condiciones de vida en la ciudad, aquella cuestión que en el pueblo hubiera requerido tanto

trabajo y atención personal, Levin salió a la escalera y, habiendo llamado a un coche de alquiler, se sentó en él y se dirigió a la calle Nikitska-ya.

Una vez instalado en el coche, dejó de pensar en el dinero para pensar únicamente en aquel sabio petersburgués que se dedicaba a sociología y en la conversación que había de tener con él.

Al principio de llegar a Moscú, a Levin le sorprendieron aquellos gastos extraños para él, habitante de un pueblo; gastos sin utilidad, pero imprescindibles que había que hacer a cada paso. Pero ahora ya estaba acostumbrado. Le pasó en este aspecto lo mismo que dicen que ocurre a los borrachos: la primera copa –se dice– les sienta como un tiro; la segunda como si se tragaran un hal-cón; y, al pasar de la tercera, las otras copitas parecen pajarillos. Cuando Levin cambió por primera vez cien rublos en Moscú para comprar las libreas al lacayo y al portero, libreas que, contra la opinión de Kitty y la Princesa, juzgaba él perfectamente inútiles, pensó que el dinero que estas libreas iban a costar correspondía a la labor de dos obreros durante todo el verano, es decir, de trescientos días de labor –desde la Pascua hasta la Cuaresma, en otoño–, de trabajo penoso, diario, desde bien temprano, en el amanecer, hasta ya caída la tarde, y también este gasto fue para él un trago amargo. En cambio los otros cien, cambiados para comprar las provisiones de la comida que dieron a los parientes y que costó veintiocho rublos, aunque despertaron en él el recuerdo de que aquel dinero correspondía a nueve cuartas de avena, las cuales la genie, con sudor y rudo trabajo, había segado, ligado, trillado, aventado y tamizado, los gastó, a pesar de todo, con más facilidad.

Y ahora, hacía ya tiempo, los billetes que cambiaba no le despertaban estas reflexiones y volaban como pajarillos

ligeros. Levin no se preguntaba ya si el placer que el dinero le procuraba correspondía al esfuerzo que costaba obtenerlo.

Había olvidado también su principio de que había que vender el trigo al más alto precio posible.

El centeno, cuyo precio Levin había sostenido alto durante tanto tiempo, era vendido ahora a cincuenta cópecs el cuarto, más ba-rato que lo daban hacía un mes, y ni el pensamiento de que con gastos como aquellos les sería imposible vivir todo el año sin contraer deudas le precupaba ya.

Necesitaba sólo una coca: tener dinero en el banco, saber que al día siguiente podían hacer frente a las necesidades de la vida y no preocuparse de nada más.

Hasta entonces las cosas se habían deslizado sin obstáculos, las necesidades de la casa habían quedado siempre cubiertas. De pronto, Levin había descubierto que en la cuenta corriente no quedaba dinero, ni sabía tampoco dónde lo podría obtener; por lo cual no era extraño que al mentárselo Kitty se pusiera de mal humor.

Ahora no tenía, sin embargo, tiempo de pensar en ello.

Pensaba sólo en Katavasov y en Metrov, al cual iba a conocer inmediatamente.

III

En esta su nueva estancia en Moscú, Levin reanudó la gran amistad que le unía con su compañero de universidad, el profesor Katavasov, al cual no había visto desde su casamiento.

Katavasov le atraía por la claridad y sencillez de sus ideas.

Levin pensaba que la claridad de pensamiento de Katavasov provenía de la escasez de ideas, mientras que el profesor pensaba que la falta de coordinación en los pensamientos de Levin era debida a indisciplina de su cerebro.

Pero la claridad de Katavasov le era agradable a Levin, como la abundancia de ideas indisciplinadas lo era para Katavasov, y los dos se encontraban y discurian con evidente satisfacción.

Levin le había leído algunas partes de su obra a su amigo, el cual la encontró de mucho interés.

El día anterior, al encontrar a Levin en una conferencia pública, Katavasov le dijo que el famoso Metrov, uno de cuyos recientes artí-

culos habían entusiasmado a Levin, se encontraba en Moscú y estaba muy interesado por lo que le había dicho él de su obra; que al día siguiente por la mañana, a las once, Metrov les esperaría en su casa y se alegraría mucho de conocerle.

–¡Hola! ¿Ya está usted aquí? Decididamente, amigo mío, veo que va haciéndose usted puntual. Bueno, hombre, me agrada mucho verle –dijo Katavasov al encontrar a su amigo en el saloncito–. Oí la campanilla, pero pensé

« no puede ser que sea ya él». ¿Y qué? ¿Qué me dice de los montenegrinos? Son guerreros de raza, ¿no?

–¿Qué ha pasado? –preguntó Levin.

Katavasov, en pocas palabras, le informó de las últimas noticias, y, entrando en el despacho, le presentó a un señor

de alta estatura, fuerte y de presencia muy agradable. Era Metrov.

La conversación versó un momento sobre la política y los comentarios que en las altas esferas de San Petersburgo habían suscitado los últimos acontecimientos. Metrov refirió una conversación, una fuerte discusión, que se aseguraba había habido entre el Emperador y uno de los ministros. Katavasov dijo haber oído también, como cosa muy segura, que el Emperador había dicho todo lo contrario. Levin buscó una explicación que, tomando algo, lo más verosímil, de cada versión, diera la justa, la más aproximada a la realidad de lo ocurrido. Y seguidamente cambiaron de terra.

–Mi amigo tiene casi terminado un libro sobre la economía rural –dijo Katavasov–. Yo no soy un especialista en la materia, pero, como naturalista, la idea fundamental del libro ha despertado mi interés. Lo que más me ha gustado de él es que no toma al hombre como algo que está fuera de las leyes zooló-

gicas, sino que, al contrario, examina su situación y el medio en que se encuentra y en esta relación busca las leyes para el desarrollo de su teoría.

–Es muy interesante –comentó Metrov.

–A decir verdad –explicó Levin– empecé a escribir un libro sobre economía rural, pero, por fuerza, habiéndome ocupado de la primera máquina de la agricultura –del obrero-llegué a resultados completamente insospe-chados –dijo sonrojándose.

Y poniendo un gran cuidado en sus palabras, pues sabía que Metrov había escrito un artículo contra su punto de vista, Levin se puso a explicar sus opiniones sobre la cuestión. Miraba en tanto con gran atención a su interlocutor, como

explorando el terreno que pisaba, queriendo ver cómo reaccionaba aquél ante tales ideas, mas en el rostro tranquilo a inteligente del sabio nada lograba adivinar.

–Pero, ¿en qué ve usted condiciones particulares al obrero ruso? –preguntó Metrov, al fin–. ¿En sus cualidades zoológicas, por decirlo así, o en las condiciones en las cuales se encuentra?

Levin veía que esta pregunta, en sí misma, contenía ya una oposición a sus ideas sobre aquel asunto, pero continuó explicando su pensamiento, que consistía en creer que el campesino ruso tiene un punto de vista respecto a la tierra muy distinto del que susten-tan los campesinos de otros pueblos. Y, para demostrarlo Levin se apresuró a añadir que este punto de vista del pueblo ruso proviene de considerarse predestinado a poblar los enormes espacios libres de Oriente.

–Es muy fácil equivocarse extrayendo conclusiones de la predestinación general de un pueblo –dijo Metrov interrumpiéndole–. El estado del obrero siempre depende de sus relaciones con la tierra y el capital.

Y ya, no dejando hablar más a Levin, Metrov se puso a exponer la particularidad de su ciencia.

En qué consistía la particularidad de tal ciencia, Levin no lo entendió, en primer lugar, porque no se esforzó en comprenderlo.

Levin veía que, como otros, y no obstante su artículo en que refutaba la ciencia de los economistas, Metrov consideraba la posición del obrero ruso sólo desde el punto de vista de capital, sueldo y renta. Y lo hacía así a pesar de reconocer que en la mayor parte de Rusia –la zona oriental–, la renta era aún nu-la; que el sueldo para las nueve décimas partes

de la población rusa –de ochenta millones de habitantes– significaba sólo no morirse de hambre, que, en fin, el capital no estaba re-presentado sino por los instrumentos de trabajo más primitivos.

En muchas cosas, Metrov no estaba de acuerdo con los economistas, y tenía su teoría propia respecto a la remuneración de los obreros, teoría que expuso de manera detallada.

Levin le escuchaba de mal grado y hasta le replicaba, le interrumpía para exponerle su idea, la cual pensaba que haría innecesaria la explicación de Metrov. Luego, convencido de que cada uno de ellos consideraba la cuestión de un modo tan distinto que nunca podrían comprenderse, dejó de oponer objeciones y se limitó a escuchar.

A pesar de que ahora no le interesaba ya lo que estaba diciendo, Levin le escuchaba con gusto, halagado en el fondo de que un sabio de tanto renombre le expusiera sus ideas con el calor, atención y confianza con que lo hacía. Levin lo atribuía a sus méritos, sin saber que Metrov, después de haber hablado de ello con todos sus íntimos, no dejaba de aprovechar cuantas ocasiones se le presentaban para tratarlo con cada hombre que encontraba dispuesto a escucharle, y que hallaba, por otra parte, un gran placer en hablar de una cuestión que le apasionaba y que él, el gran sabio, no veía aún clara.

–Con todo eso se nos va a hacer tarde –

dijo Katavasov, mirando el reloj, cuando Metrov acabó la exposición de sus ideas–. Hoy se da en la Sociedad de Amigos de la Ciencia una conferencia para conmemorar el cincuen-tenario de la muerte de Sviatich –añadió–.

Pedro Ivanovich y yo vamos allí. He prometido presentar una comunicación acerca de la obra de Sviatich en la Zoología. Vente con nosotros. Será muy interesante.

–Sí, es verdad; ya es tiempo de ir –dijo Metrov–. Vamos todos juntos y de allí iremos a mi casa, si usted quiere, Levin. Allí podría usted leerme su obra. Me gustaría mucho.

–En cuanto a esto, me es imposible com-placerle, pues todavía no la tengo terminada.

Pero con mucho gusto iré a la conferencia –

contestó Levin.

–Y esto, ¿lo ha oído usted? –le preguntó Katavasov en otra habitación, donde había ido a ponerse el frac.

Y les explicó una opinión que se apartaba de todas las expuestas anteriormente.

Luego hablaron de los asuntos de la universidad.

La cuestión universitaria era un acontecimiento muy importante aquel invierno en Moscú.

En el Consejo, tres catedráticos ancianos no habían aceptado la opinión de los jóvenes, y los jóvenes habían presentado una memoria particular.

Según la opinión de algunos, esta memoria era detestable; según otros, no podía ser más justa y sencilla.

Los catedráticos se dividieron en dos grupos: unos, a los cuales pertenecía Katavasov, veían en el campo adversario el engaño y la delación; los otros veían en sus contrarios puerilidad y poco respeto a las autoridades universitarias.

Aunque Levin no pertenecía ya a la universidad, muchas veces desde que vivía en Moscú, había escuchado, hablado y hasta discutido sobre aquel asunto y tenía formada su opinión sobre él, por lo que, ahora, tomó también parte en la conversación de Katavasov y Metrov, que se continuó en la calle mientras se dirigían los tres a pie al edificio de la universidad antigua, al lado de la cual se había construido la nueva universidad.

La conferencia había empezado ya. A la mesa donde tomaron asiento Katavasov, Metrov y Levin, estaban sentados seis hombres, y uno de ellos muy inclinado sobre el papel, leía un manuscrito.

Levin se sentó en una de las sillas desocu-padas que había alrededor de la mesa y, en voz baja, dirigiéndose a un estudiante que estaba sentado a su lado, preguntóle de qué trataba la exposición.

–La biografía –contestó secamente, con cierto descontento, el estudiante.

A pesar de que a Levin no le interesaba la biografía del sabio, hubo de escucharla, quieras que no, y conoció, de este modo, detalles nuevos a interesantes de la vida de aquel famoso hombre de ciencia.

Cuando el lector hubo terminado, el Presidente le dio las gracias y leyó, a su vez, unos versos que el poeta Ment había escrito para aquel jubileo a quien dedicó algunas palabras de gratitud.

Luego, Katavasov, con su voz fuerte y aguda, leyó su memoria sobre las obras científicas del sabio.

Cuando Katavasov hubo terminado, Levin miró el reloj, vio que era ya la una dada, y pensó que no tendría tiempo de

leer a Metrov su obra antes del concierto, cosa que por otra parte había dejado de ofrecer interés para él.

Durante la conferencia meditó también sobre la conversación que habían sostenido. Ahora veía claro que sus ideas eran al menos tan importantes como las del sabio, y que los pensamientos de los dos podrían ser aclarados y llegar a algo práctico con la condición de trabajar cada cual separadamente en la orientación elegida. Comunicarse mutuamente sus ideas y emplearse en discutirlas, le parecía ahora perfectamente inútil.

Decidió, por lo tanto, rehusar la invitación de Metrov y, al final de la conferencia, se acercó a éste para hacérselo saber.

Metrov le presentó al Presidente, con el cual estaba hablando en aquel momento de las últimas noticias políticas; le repitió lo mismo que había dicho anteriormente a Levin, y éste formuló las mismas objeciones que había formulado ya por la mañana, aunque y, para variarlas en algo, expuso una nueva idea que, en aquel momento precisamente, había acudido a su cerebro.

Luego pasaron a hablar de la cuestión universitaria.

Como quiera que Levin había ya oído todo aquello infinidad de veces y no le interesaba, se apresuro a decir a Metrov que sentía mucho no poder aceptar su invitación, saludó y se dirigió a casa de Lvova.

IV

Casado con Natalia, hermana de Kitty, Lvov había pasado toda su vida en las capitales y en el extranjero, donde se había educado y había actuado después como diplomáti-co.

El año anterior había dejado el servicio diplomático, no porque le hubiese sucedido na-da desagradable (cosa imposible en él), sino para pasar al servicio del ministerio de la Corte, en Moscú, y tener así la posibilidad de dar una educación superior a sus dos hijos.

No obstante la diferencia bien marcada entre sus costumbres a ideas, y aunque Lvov era mucho más viejo que Levin, durante aquel invierno los dos cuñados se habían sentido unidos por una sincera amistad.

Lvov estaba en casa y Levin entró en su gabinete sin anunciarse.

Vestido con una bata, con cinturón y zapatillas de gamuza, Lvov estaba sentado en una butaca y con su pincenez de cristales azules leía en un libro colocado sobre un pupitre, mientras que, con una mano, entre dos dedos, sostenía con cuidado, a distancia, un cigarrillo encendido a medio consumir.

Su rostro, joven aún, al cual los cabellos rizados, blancos y brillantes, daban un aire aristocrático, al aparecer Levin se iluminó con una sonrisa de alegría.

–Ha hecho usted muy bien en venir. Precisamente quería mandarle una carta... ¿Cómo está Kitty? Siéntese aquí, por favor. (Lvov se levantó y acercó a Levin una mecedora.) ¿Ha leído usted la última circular en el Journal de Saint-Petersburg? La encuentro muy bien –

comentó con acento ligeramente afrancesado.

Levin refirió a su cuñado lo que había dicho a Katavasov sobre los rumores que circu-laban en San Petersburgo y, después de haber charlado de otras cuestiones políticas, le contó su encuentro con Metrov y su impresión de la

conferencia, cosa que despertó en el otro un extraordinario interés.

–Le envidio que pueda frecuentar ese mundo tan interesante de la ciencia –dijo, y animándose, continuó, en francés ahora, porque en este idioma se explicaba con más comodidad–. A decir verdad, tampoco tendría tiempo; mi trabajo y mis ocupaciones con los niños no me lo permitirían y, además (lo confieso sinceramente) no tengo la suficiente preparación.

–No lo pienso así –dijo Levin con una sonrisa y conmovido como siempre ante las palabras de su cuñado, por saber que respondí-

an, no a un deseo de aparentar modestia, sino a un sentimiento profundo y sincero.

–Repito que es así, y ahora me doy cuenta de mi escasa cultura. Hasta para enseñar a mis niños tengo que refrescar frecuentemente mi memoria y aun a veces repasar mis estudios. Porque, para educar a los hijos, no basta procurarles maestros; hay que ponerles también observadores, tal como en su propiedad tiene usted obreros y capataces. Ahora estoy leyendo esto –Lvov indicó la gramá-

tica de Buslaev que, por ejemplo, tenía sobre el pupitre–. Se lo exigen a Michka y es tan difícil... ¿Quiere usted explicarme qué es lo que dice aquí?

Levin le objetó que se trataba de materias que debían ser aprendidas sin intentar pro-fundizar en ellas, pero Lvov no se dejó convencer.

–Usted se ríe de mí...

–Al contrario. Usted me sirve de ejemplo para tu porvenir y, viéndole, aprendo a pensar en lo que habré de hacer cuando tenga que encargarme de la educación de mis hijos.

–Poco podrá usted aprender de mí.

–Sólo puedo decirle una cosa: no he visto niños mejor educados que los suyos y no quisiera más sino que los míos lo fueran como ellos.

Lvov quiso contenerse para no expresar la satisfacción que le causaban aquellas palabras, pero su rostro se iluminó con una sonrisa.

–Eso sí; quisiera que fuesen mejores que yo. Es todo lo que deseo. Usted no se figura el trabajo que dan chicos como los míos, que por nuestra forma de vivir, casi siempre en el extranjero, estaban tan atrasados en sus estudios.

–Ya adelantarán. Son muchachos despiertos a inteligentes. Lo principal es la educación moral, y en este aspecto he aprendido mucho viendo a sus hijos.

–Usted dice «la educación moral»... Es imposible imaginar hasta qué punto es difícil eso. Apenas ha salvado usted una parte, se enfrenta con otra y de nuevo comienza la lucha. Si no fuera por el apoyo de la religión (se acordará usted de lo que hablamos sobre este asunto), ningún padre podría, con sus medios solamente, llevar adelante la educación de sus hijos.

Esta conversación, que interesaba siempre a Levin, fue interrumpida por la bella Natalia Alejandrovna, que entraba vestida ya para ir al concierto.

–No sabía que estuviese usted aquí –dijo desviando aquella conversación tan repetida y aburrida para ella. ¿Y cómo está

Kitty? Hoy como en casa de ustedes –dijo a Levin–. ¿Lo sabías, Arseny? Tú tomarás el coche... –se dirigió a su marido.

Los esposos se pusieron a discutir sobre lo que tenían que hacer aquel día. Como el marido, por obligaciones del servicio, debía ir a la estación a recibir a un personaje y la mujer quería asistir al concierto y luego a una conferencia pública de la Comisión del Sudeste, tenían que meditar y resolver varias cuestiones relacionadas con todo ello, en las cuales entraba también Levin como persona de la casa. Decidieron, al fin, que Levin iría al concierto con Natalia Alejandrovna y a la conferencia, y desde allí mandarían el coche a Arsenio, el cual, a su vez, iría a buscar a su mujer para llevarla a casa de Kitty. En el caso de que Lvov no terminara a tiempo sus quehaceres, mandaría el coche y Levin acompa-

ñaría a Natalia Alejandrovna a su casa.

–Levin quiere halagarme –dijo Lvov–. Me asegura que nuestros niños están muy bien dotados, cuando yo les reconozco tantos defectos.

–Arseny exagera, lo digo siempre –

comentó la mujer–––. Si buscas la perfección

–dijo luego a su marido–, nunca estarás contento. Eso es imposible. Papá dice, y yo lo pienso también, que cuando nos educaban a nosotros se pecaba en un sentido, nos tenían en el entresuelo mientras los padres habitaban en el principal; ahora, por el contrario, los padres viven en la despensa y los hijos en el principal. Ahora los padres ya no han de vivir, sino sacrificarlo todo por los hijos.

–¿Y por qué no ha de ser así si es agradable? –dijo Lvov, sonriendo con su hermosa sonrisa y acariciando la mano de su mujer–––

. Quien no lo conozca podría pensar que no eres madre sino madrastra.

–No, la exageración no va bien en ningún caso – insistió Natalia Alejandrovna con tranquilidad, poniendo en su sitio la plegadera.

–Ahí les tiene usted. ¡Ea, pasen acá los ni-

ños perfectos! ––dijo Lvov dirigiéndose a sus dos hermosos hijos, que entraban en aquel momento.

Los niños saludaron a Levin y se acercaron a su padre con evidente deseo de decirle al-go.

Levin quiso hablarles y oír lo que iban a decir a Lvov, pero en este momento Natalia Alejandrovna se puso a hablar con él y en seguida entró en la habitación Majotin, compa-

ñero de Lvov en el servicio, el cual, vestido con el uniforme de la Corte, venía a buscarle para ir juntos a recibir al personaje que llegaba. Al punto se entabló entre ellos una conversación, que resultó interminable, sobre la Herzegovina, la princesa Korinskaya, el Ayuntamiento y sobre la muerte inesperada de la Apraxina.

Levin, con todo esto, se olvidó del encargo que le había dado Kitty para Arsenio, pero, cuando se disponía a salir, lo recordó:

–¡Ah! Kitty me encargó hablarle sobre Oblonsky –dijo ahora, al detenerse Lvov en la escalera, acompañándoles a su esposa y a él.

–Sí, sí, maman quiere que nosotros, les beaux fréres, le dirijamos una reprimenda –

dijo Lvov, poniéndose rojo–. ¿Y por qué debo hacerlo yo?

–Entonces lo haré yo –repuso, sonriendo, Natalia Alejandrovna, que esperaba el final de la conversación, habiéndose puesto ya su ca-pa de zorro blanco... Ea, vamos.

V

En el concierto ejecutaban dos piezas interesantes.

Una era El rey Lear en la estepa y otra el cuarteto dedicado a la memoria de Bach.

Las dos obras eran nuevas, compuestas en estilo moderno, y Levin desaba fomar juicio acerca de ellas. Con esta intención, después de haber acompañado a su cuñada a la butaca, se puso al lado de una columna, decidido a escuchar con toda atención.

Procuró no distraerse, no estropear la impresión de la obra mirando los movimientos del director de orquesta, solemne con su corbata blanca, lo que entretiene tanto la atención en los conciertos. Tampoco quería mirar a las mujeres, tocadas con sombreros, cuyas cintas, especialmente destinadas a tales fiestas, ocultaban delicadamente sus lindas orejas, ni a todas aquellas fisonomías no preocupadas por nada o sólo por las cuestiones más diversas fuera de la música. Quiso sobre todo evitar a los aficionados, grandes habladores casi todos, y con los ojos fijos en el espacio se puso a escuchar.

Pero cuanto más oía la fantasía de « El rey Lear» tanto más lejos se sentía de poder formar una opinión definida. Juntándose las melodías sin cesar, empezaba la expresión musical del sentimiento para en seguida di-luírse en los

principios de nuevas expresiones según el capricho del compositor, dejando como única impresión la de la búsqueda penosa de una difícil instrumentación. Pero estos trozos que a veces encontraba excelentes, otras le eran desagradables por inesperados, o bien provocados sin ninguna preparación. Alegría y tristeza, y desesperación, y dulzura, y exaltación, se sucedían con la incoherencia de las ideas de un loco para desaparecer después de la misma manera.

Durante la audición, Levin experimentaba continuamente la impresión de un sordo contemplando una danza.

Cuando la pieza hubo terminado, se sintió perplejo a invadido de una inmensa fatiga provocada por la tensión nerviosa a que in-

útilmente se había sometido.

Desde todas partes se escucharon grandes aplausos. Todos se levantaron, se movieron de una parte a otra y empezaron a hablar.

Queriendo aclarar su desconcierto con la impresión de otros, Levin se dirigió al encuentro de los inteligentes en música y tuvo la suerte y la alegría de ver a uno de los que gozaban de más crédito hablando con su amigo Peszov.

–Es pasmoso –decía Peszov, con su profunda voz de bajo. Buenos días, Constantino Dmitrievich... El pasaje más vivo, el más rico en melodías, es aquel en que aparece Cordelia, en que la mujer, das ewig Weibisgche, entra en lucha con el Destino... ¿No es cierto?

–¿Y qué tiene que ver con esto Cordelia? –

preguntó tímidamente Levin, olvidando por completo que aquella fantasía presentaba al rey Lear en la estepa.

–Aparece Cordelia... Mire: aquí... –dijo Peszov, dando golpecitos con los dedos al programa satinado que tenía en la mano y alargándolo a Levin.

Sólo entonces Levin recordó el título de la fantasía y se apresuró a leer, traducidos al ruso en el programa, al dorso de éste, los versos de Shakespeare.

–Sin esto, es imposible seguir la música –

dijo Peszov dirigiéndose a Levin porque su otro interlocutor se había marchado y no te-nía con quién hablar.

En el intermedio, entre Levin y Peszov se entabló una discusión sobre las cualidades y los defectos de las directrices seguidas por Wagner en su música. Levin decía que el error de Wagner, como el de todos sus segui-dores, consiste en querer introducir la música en el campo de otro arte, y que yerra también la poesía cuando describe los rasgos de un rostro, lo que debe dejarse a la pintura.

Como ejemplo de tal error Levin adujo el del escultor que quiso cincelar en mármol rodeando la figura del poeta en el pedestal las pretendidas sombras de sus inspiraciones.

–Estas sombras del escultor tienen tan po-co de sombras, que se tiene la impresión de que se sostienen merced a la escalera ––

concluyó Levin. Y se sintió satisfecho de su frase.

Pero apenas la había dicho, cuando se dio cuenta de que acaso la había dicho ya en otra ocasión y precisamente al mismo Peszov, y se sintió turbado.

Peszov, por su parte, demostraba que el arte es único y que puede llegar a su máxima expresión sólo en la unión de todos sus aspectos.

La segunda obra del concierto, Levin no pudo escucharla. Peszov, a su lado, le habló casi todo el tiempo, criticando esta composición por su sencillez, demasiado exagerada, azucarada, artificial, y comparándola con la ingenuidad de los prerrafaelistas en la pintura.

A la salida, Levin encontró muchos conocidos, con los cuales habló de política, de músi-ca y de amigos y conocidos comunes.

Entre otros, encontró al conde Bolh, de la visita al cual se había ya olvidado por completo.

–Bueno, pues, vaya ahora –le indicó Lvova, a la que habló de aquel olvido–. Puede ser que no le reciban, con lo que ganaría tiempo, y podría ir a buscarme en seguida a la Comisión. Yo estaré todavía allí.

VI

–¿Acaso no reciben hoy? –preguntó Levin a la entrada de la casa de la condesa de Bohl.

Sí, reciben. Haga el favor de pasar –dijo el portero quitando el abrigo a Levin.

«Que lástima», pensó suspirando Levin. Se quitó un guante y, arreglándose el sombrero, se dirigió al primer salón. «¡Para qué habré venido!», iba diciéndose para sí. «¿Y qué les diré?»

Pasado el primer salón, Levin encontró, a la puerta del siguiente, a la condesa de Bohl, que con el rostro grave y

severo daba órdenes a su criado.

Al ver a Levin, la Condesa sonrió y le rogó que pasara al saloncito contiguo, del cual sa-lían rumores de conversación.

En él estaban sentados, en sendas butacas, los dos hijos de la Condesa y un coronel moscovita que ya conocía Levin. Este se acercó a ellos, saludó y se sentó con su sombrero sobre las rodillas.

–¿Cómo está su esposa? ¿Estuvo usted en el concierto? Nosotros no hemos podido ir.

Mamá tuvo que asistir a un funeral.

–Sí, lo he oído decir. ¡Qué muerte tan inesperada! –dijo con indiferencia Levin.

Vino la Condesa, se sentó en un diván y le preguntó también por su mujer y por el concierto.

Levin repitió su sorpresa por la muerte repentina de la Apraxina.

–De todos modos, siempre había tenido una salud muy frágil ––comentó.

–¿Estuvo usted ayer en la ópera?

–Sí. La Lucca estuvo soberbia.

–Sí, estuvo muy bien –dijo Levin. Y, sin importarle lo que pudieran pensar de él, se puso a repetir lo que había oído decir respecto al talento particular de la cantante.

La condesa Bohl fingía escucharle.

Le pareció que había dicho ya bastante, se calló, y entonces el Coronel, que hasta entonces había guardado silencio, comenzó a hablar a su vez. Habló de la ópera, del nuevo alumbrado, y, tras hacer alegres pronósticos acerca de la folle journée que se preparaba en casa de Tiurnin, rió, recogió su sable con gran ruido, se levantó y se fue.

Levin se levantó también, pero por el gesto que hizo la Condesa, comprendió que aún era pronto para irse, que debía quedarse un par de minutos más por lo menos. Se sentó, pues, de nuevo, atormentado por la estúpida figura que hacía a incapaz de encontrar un motivo de conversación.

–¿Usted no va a la conferencia pública de la Comisión del Sudeste? –le preguntó la Condesa–. Dicen que es muy interesante.

–No estaré en la conferencia, pero he prometido a mi cuñada pasar a buscarla allí –

contestó Levin.

Hubo otro silencio.

La madre y el hijo cambiaron una mirada.

«Bueno, parece que ahora ya es tiempo», pensó Levin. Y se levantó.

La Condesa y los dos hijos le dieron la ma-no, rogándole que dijera mille choses de su parte a su mujer.

El portero, al ponerle su abrigo, le preguntó: «¿Dónde para el señor en Moscú?». Y en seguida lo anotó en una libreta grande y elegantemente encuadernada.

«A mí me da igual», pensó Levin, « pero, de todos modos, me molesta y ¡es tan ridícu-lo todo esto!». Se consoló, no obstante, pensando que todo el mundo hacía visitas como aquélla.

Se dirigió de allí a la conferencia pública donde había de encontrar a su cuñada para ir juntos a su casa una vez terminado el acto.

Había allí una numerosa concurrencia, y se veía a casi toda la alta sociedad.

Al llegar él, todavía hacían la exposición general, la cual le aseguraron que era muy interesante.

Cuando se dio fin a la lectura y el Comité se reunió para tratar diversas cuestiones, Levin encontró también a Sviajsky, el cual le invitó a ir a la Sociedad de Agricultores, donde, según él, se daba también aquel día una conferencia de gran interés. Encontró, asimismo, a Esteban Arkadievich, que venía de las carreras de caballos y a otros muchos conocidos suyos, con todos los cuales conversó sobre la conferencia sobre una nueva obra teatral que acababa de estrenarse y sobre un proceso que apasionaba a la gente, y a propósito del cual, seguramente a causa del cansancio que empezaba a experimentar, cometió un error que, después, tuvo que lamentar.

Comentando la pena impuesta a un extranjero juzgado en Rusia y hablando de que sería injusto castigarle con la expulsión del país, Levin repitió esta frase, que había oído anteriormente conversación con un conocido:

«Me parece que mandarle fuera de Rusia es igual que castigar al sollo echándole al río.»

Y luego recordó aun que este pensamiento, que él había presentado como propio, era tomado de una fábula de Krilov, y que el conocido de quien lo oyera lo había recogido, a su vez, de un artículo publicado en un perió-

dico.

Después de haber ido a su casa, junto con su cuñada, y habiendo encontrado a Kitty alegre y en perfecto estado de salud, Levin se fue al Círculo.

VII

Llegó al Círculo a la hora justa, en el momento en que socios a invitados se reunían en él.

Levin no había estado allí desde el tiempo en que, habiendo salido ya de la universidad, vivía en Moscú y frecuentaba la alta sociedad.

Recordaba con todo detalle el local, y cómo estaban dispuestas todas las dependencias; pero había olvidado por completo la impresión que antes le producía.

Seguro de sí y sin vacilar, llegó al patio, ancho, semicircular y, dejando el coche de alquiler, subió la escalinata. Cuando le vio el portero, de flamante uniforme con ancha banda, le abrió la puerta sin hacer ruido y le saludó.

Levin vio en la portería los chanclos y abrigos de los miembros del Círculo, que, ¡al fin!, habían comprendido que cuesta menos trabajo despojarse de aquellas prendas y dejarlas abajo, en el guardarropa, que subir con ellas al piso de arriba. En seguida oyó el campanillazo misterioso que sonaba siempre al subir la escalera, de pendiente moderada y cubierta con una rica alfombra. Vio en el rellano la estatua, que recordaba bien, y en la puerta de arriba al tan conocido

y ya envejecido tercer portero, con la librea del Círculo, el cual abría siempre la puerta sin precipitarse pero sin tardanza, examinando detenidamente al que llegaba. Y Levin sintió de nuevo la sensación de descanso, de tranquilidad, de bienestar que experimentaba siempre hacía años al entrar en el Círculo.

–Haga el favor de dejarme el sombrero –le dijo el portero, viendo que había olvidado es-ta costumbre del Círculo de dejar los sombreros en la porteria–. Hace tiempo que el señor no ha venido por aquí... El Príncipe le inscribió ayer. El príncipe Esteban Arkadievich no ha llegado todavía.

El portero conocía, no sólo a Levin, sino, también, a todos sus parientes y amigos, y en seguida le fue nombrando, de entre epos, a todos los que en aquel momento se encontraban allí.

Después de haber pasado por la primera sala, en la que se veían grandes biombos, y por la habitación de la derecha, donde estaba sentado el vendedor de frutas, y adelantando a un viejo que iba despacio, entró en el comedor, lleno de animación y de ruido.

Levin pasó por delante de las mesas, casi todas ya ocupadas, mirando a los concurrentes. Aquí y allá veía las gentes más diversas, jóvenes y viejos, unos íntimos, otros conocidos. No había ni un rostro enfadado ni preocupado. Parecía que todos habían dejado en la portería sus disgustos y preocupaciones y se habían juntado allí para gozar, sin cuidados, de los bienes materiales de la vida. Allí estaban Sviajsky, y Scherbazky, y Neviedovsky, y el viejo príncipe, y Vronsky, y Sergio Ivanovich.

–¡Ah! ¿Por qué has tardado tanto? –le preguntó el viejo Principe dándole una palmadita cariñosa en el hombro–.

¿Cómo está Kitty? –

añadió, arreglando la servilleta y colocándosela en el ojal del chaleco.

–Está bien. Las tres comen en casa.

–¡Ah! « Alinas–Nadinas...» Aquí ya no tenemos sitio para ti... Ve allí, a aquella mesa, y ocupa en seguida el puesto que hay vacante –dijo el viejo Príncipe volviendo la cabeza.

Y, con gran cuidado, tomó de manos del lacayo el plato de sopa de lota.

–Levin, ven aquí –le llamó, de algo lejos, una voz alegre.

Era Turovzin.

Estaba sentado junto a un joven militar desconocido para Levin, y a su lado había dos sillas reservadas inclinadas contra la mesa.

Después de las fatigosas conversaciones de aquel día, la vista de aquel amable libertino, por quien había sentido siempre simpatía y que le recordaba el día de su declaración a Kitty, a la que había estado presente, fue pa-ra Levin un motivo de particular alegría.

–Son las sillas para usted y Oblonsky, que vendrá ahora mismo –le dijo su antiguo amigo.

El militar, que permanecía sonriente, de pie, era el petersburgués Gagin.

Turovzin les presentó.

–Oblonsky siempre llega tarde –dijo luego–. ¡Ah! Allí viene.

–¿Has llegado ahora? –preguntó Oblonsky acercándose a ellos y dirigiéndose a Levin.

¡Buenas! ¿Has bebido ya vodka? ¿No? Pues vamos...

Levin se levantó y, junto con Oblonsky, se acercó a una gran mesa, donde había bocadillos y garrafas llenas de vodka y otras bebidas. Parecía que entre dos docenas de bocadillos de diversas clases, ya se podía elegir a gusto; pero Esteban Arkadievich pidió otra cosa especial, que en seguida le trajo uno de los criados.

Los dos cuñados bebieron unas copitas de vodka, tomaron unos bocadillos y volvieron a su mesa.

En seguida, cuando aún comían la sopa de pescado, a Gagin le sirvieron el champaña y ordenó que llenaran cuatro copas.

Levin no rehusó el vino que le ofrecía su amigo y pidió, por su parte, otra botella.

Tenía apetito y sed y comía y bebía con gran gusto; y con mayor gusto aún, tomaba parte en las conversaciones, sencillas y alegres, de sus compañeros de mesa.

Bajando la voz, Gagin contó una de las últimas anécdotas de San Petersburgo, la cual, aunque indecente y simple, era tan divertida, que Levin estallo en una fuerte carcajada que atrajo la atención de los que estaban en las mesas, aun los más lejanos.

–Es por el estilo de «esto precisamente no me gusta...» ¿Conoces ese chiste? –dijo Esteban Arkadievich–. ¡Ah! Es estupendo. Trae una botella más –ordenó al criado. Y empezó a contar la anécdota.

–De parte de Pedro Illich Vinovsky, quien les ruega que acepten –le interrumpió un criado viejecito, ofreciéndole dos finas copas llenas de burbujeante champaña.

Esteban Arkadievich tomó una de las copas y, mirando por encima de la mesa, cambió una mirada con un hombre calvo, de bigotes rubios, que estaba sentado unas mesas más alla, y le hizo, con la cabeza, una señal de agradecimiento y saludo.

–¿Quién es? –preguntó Levin.

–Le encontraste un día en mi casa... ¿No recuerdas? Es un buen mozo.

Levin repitió el gesto de su cuñado y tomó la copa que le ofrecían.

La anécdota de Esteban Arkadievich era también divertida. Levin contó otra que agradó igualmente. Luego hablaron de caballos, de las carreras que se habían celebrado aquel día y de la brillante victoria obtenida por el

«Atlasny» de Vronsky, que había ganado el premio. La comida transcurrió con todo ello tan agradablemente para Levin que apenas se dio cuenta de nada.

–¡Ah! ¡Aquí están! –dijo Esteban Arkadievich, ya al final de la comida, alargando su mano, por encima de la silla, a Vronsky y a un alto coronel de la Guardia Imperial que se dirigían hacia ellos.

La alegría que reinaba en el Círculo se reflejaba también en el rostro de Vronsky, el cual, muy animado, se apoyó en el hombro de Esteban Arkadievich y le dijo algo al oído.

Y con la misma sonrisa alegre adelantó la mano a Levin, que se la estrechó efusivamen-te.

–Estoy muy contento de encontrarle de nuevo –dijo Vronsky–. Aquel día, el de las elecciones, estuve buscándole, pero me dijeron que ya se había marchado usted.

–Sí, me marché aquel mismo día –

contestó Levin–. Ahora mismo hablábamos de su caballo –siguió–. Le felicito.

–Usted también tiene caballos, ¿no?

–No. Mi padre sí tenía, yo no. Pero me acuerdo y entiendo de ellos.

–¿Dónde has comido? –preguntó Esteban Arkadievich a Vronsky.

–Estamos en la segunda mesa. Detrás de las columnas.

–Le han festejado –––dijo el coronel–. Ga-nó el segundo premio del Emperador. Si tuviese yo tanta suerte con las cartas como él con los caballos... Pero, estoy perdiendo un tiempo precioso. Voy a la «sala infernal» –

añadió. Y se alejó de la mesa.

–Es Jachvin –––contestó Vronsky a Turovzin, que le había preguntado quién era aquel jefe militar. Y se sentó al lado de ellos, en la silla que había vacante.

Habiendo bebido la copa de champaña que le ofrecieron, Vronsky pidió otra botella.

Ya fuera por la impresión que le produjo el Círculo, ya por el vino que había bebido, Levin se sentía feliz. Entabló con

Vronsky una animada conversación sobre caballos y se sintió aún más feliz al comprobar que no experimentaba animosidad alguna contra él.

Hasta le dijo, entre otras cosas, que su mujer le había dicho que le había encontrado en la casa de la princesa María Borisoyna.

–¡Ah! La princesa María Borisovna... ¡Es un encanto! –comentó Esteban Arkadievich. Y

contó una anécdota referente a ella que hizo reír a todos.

Con tanta gana, tan francamente rió Vronsky, que Levin se sintió completamente reconciliado con él.

–¿Qué? ¿Hemos terminado? –preguntó Esteban Arkadievich–. Vamos, pues –añadió sonriente.

VIII

Al dejar la mesa, Levin se dirigió, con Gagin, a la sala de billares. Sentíase extraordinariamente ligero.

En el salón grande encontró a su padre po-lítico.

–¿Qué? ¿Cómo encuentras nuestro templo de la ociosidad? –le preguntó el Príncipe to-mándole del brazo–. Vamos. Echaremos un vistazo... daremos una vuelta y visitaremos el local...

–Sí, también yo tenía esa intención. Me parece muy interesante.

–Sí, para ti es interesante. Ahora, yo ya tengo otros intereses... Cuando miras a aquellos viejecitos, seguro que piensas que han nacido así, «machacados» –––dijo el

Príncipe mostrándole un miembro del Círculo con el labio inferior colgando y que al andar apenas movía los pies, calzados con zapatos flexibles.

–¿Qué quiere decir «machacado»?

–Es un apodo que damos en el Círculo,

¿sabes? Cuando en las Pascuas se juega con huevos, si éstos chocan fuertemente, quedan machacados. Así somos nosotros: a fuerza de frecuentar el Círculo nos vamos «machacan-do». ¿Conoces al príncipe Chechensky? A ti esto te hace reír, pero a mí no, porque, mi-rándoles pienso que muy pronto seré también uno de epos –añadió. Y Levin comprendió por el rostro de su suegro que éste quería contarle alguna anécdota divertida.

–No, no le conozco.

–¿Cómo? ¿No conoces al famoso príncipe Chechensky? Bien, es igual... Es un hombre que siempre juega al billar. Hace tres años no estaba todavía entre los « machacados» y lanzaba bravatas, y llamaba « machacados»

a los demás. Pero un día llegó al Círculo y a nuestro portero, ¿sabes?, Vasili, ese grueso, que gusta tanto de decir palabras chistosas; pues bien: el príncipe Chechensky, se acerca a él y le pregunta: «¿Qué, Vasili, quién hay en el Círculo? ¿Han llegado ya algunos de los

"machacados"? Y nuestro hombre le contesta: "Usted es el tercero"». ¿Qué te parece?

De este modo, hablando, y saludando a los amigos y conocidos que encontraban a su pa-so, Levin, junto con el Príncipe recorrió todas las salas: la grande, donde ya estaban puestas las mesas, y se habían organizado diversas

partidas con los jugadores de siempre; la sala de los divanes, donde se jugaba al ajedrez y donde estaba Sergio Ivanovich, hablando con un desconocido; la sala de los billares, en cuyo recodo había un diván, en el cual, con alegre compañía y bebiendo champaña, estaba Gagin. Echaron, también, una ojeada a la « sala infernal», donde rodeando una mesa, sentados o de pie, se hallaban muchos socios, entre ellos Jachvin, haciendo

«apuestas» en el juego de azar o entreteni-dos mirando el juego.

Procurando no hacer ruido, entraron en la obscura biblioteca, donde, cerca de las lámparas con pantalla, estaban sentados un se-

ñor joven, con el rostro sofocado y leyendo periódico tras periódico, y un general calvo que parecía muy interesado por lo que estaba leyendo.

Estuvieron también en la sala que el Príncipe llama «de los sabios». En ella había tres señores que discutían animadamente las últimas noticias de política.

–Príncipe, haga el favor de venir. Todo es-tá ya dispuesto –le dijo en aquel momento uno de sus compañeros de diversiones. Y el Príncipe se marchó con su tertulio.

Levin se sentó y se puso a recordar todas las conversaciones que había tenido durante la mañana; pero se sintió aburrido; y, levantándose precipitadamente, salió en busca de Oblonsky y Turovzin pensando que con ellos hallaría al menos distracción.

Turovzin estaba sentado en un diván en la sala de los billares, teniendo cerca de él, en una mesita, un cubilete con un brebaje.

Esteban Arkadievich y Vronsky hablaban de algo cerca de la puerta, en un rincón de la sala.

–No es que ella se aburra, pero esta posición tan indefinida... –oyó Levin al pasar.

Quiso alejarse, pero Esteban Arkadievich le llamó.

–¡Levin! –le gritó, con los ojos humedeci-dos, como solía tenerlos siempre que bebía mucho o estaba emocionado. Esta vez la causa era, sin embargo, otra.

–Levin, no te marches ––dijo y apretó a éste fuertemente el brazo bajo su codo para impedirle que se marchara.

–Es mi amigo más sincero y mejor –dijo luego a Vronsky–. Tú también me eres muy querido. Y deseo que os hagáis buenos amigos, porque los dos sois excelentes personas.

–¿Por qué no? Sólo nos falta besamos –

dijo Vronsky con bondadosa y burlona sonrisa, dando a Levin la mano, que él estrechó afectuoso, fuertemente, mientras decía:

–Me alegro, me alegro mucho.

–¡Mozo! Trae una botella de champaña ––

ordenó Esteban Arkadievich al criado.

–Yo también me alegro mucho –dijo Vronsky.

Pero, a pesar de los deseos de Esteban Arkadievich y de ellos dos mismos, de entablar conversación, no encontraron de qué hablar y aparecían mustios y aburridos.

–¿Sabes? Levin no conoce a Ana ––dijo Esteban Arkadievich a Vronsky–. Y yo quiero llevarle a tu casa para presentarles y que se conozcan.

–¿Es posible? ––dijo Vronsky–. Ana se sentirá muy contenta... Yo iría con vosotros, también, a casa, pero me preocupa Jachvin.

Me quedaré aquí hasta que termine su juego.

–¿Y qué, va mal?

–Está perdiendo, como siempre, y soy el único que puede contenerle.

– ¿Qué? ¿Jugamos una partida? –propuso Esteban Arkadievich–. Levin, ¿quieres jugar?

Coloca los bolos ––ordenó al marcador.

–Ya hace rato que están preparados –

contestó éste que, en efecto, había ya dispuesto los bolos en triángulo y se entretenía en rodar la roja.

–Bien; vamos a jugar.

Después de la partida, Vronsky y Levin se sentaron a la mesa, al lado de Gagin, y Levin, aceptando la propuesta de Esteban Arkadievich, se puso a jugar a las cartas apuntando a los ases.

Vronsky estaba sentado al lado de la me-sa, rodeado de conocidos que sin cesar vení-

an a hablarle o iba, de cuando en cuando, a la «sala infernal» para ver cómo marchaba en su juego Jachvin.

Levin, después de la fatiga cerebral que había sentido por la mañana, experimentaba ahora una sensación agradable de descanso.

El hecho de no sentir ya animosidad alguna contra Vronsky, le hacía sentirse dichoso, y una impresión de tranquilidad y de placer invadía continuamente su espíritu.

Terminada la partida, Esteban Arkadievich le tomó por el brazo.

–¿Vamos a ver a Ana? Ahora mismo, ¿no?

Ella estará en casa. Hace tiempo que le prometí llevarte. ¿A dónde vas esta noche?

–A decir verdad, a ninguna parte. He prometido a Sviajsky ir a la Asociación de Agricultores. Pero es igual. Podemos ir a ver a Ana.

–¡Estupendo! Vamos. Entérate de si ha llegado mi coche –encargó Esteban Arkadievich al criado.

Levin se acercó a la mesa, pagó la apuesta perdida a los ases ––cuarenta rublos–; pagó, de una manera particularmente misteriosa, el gasto que había hecho en el Club, que el criado viejecito que había en la puerta conocía, y moviendo mucho los brazos, a través de diversas salas, se dirigió hacia la puerta.

IX

–¡El coche de Oblonsky! –gritó, con voz de bajo profundo, el portero.

El carruaje se adelantó hasta la entrada del Círculo y Levin y Esteban Arkadievich subieron a él y se dirigieron a la casa

de Ana.

Solamente algunos momentos más –en tanto que el coche salía del zaguán– le duró a Levin la sensación de bienestar que había experimentado en el Círculo. Apenas el carruaje salió a la calle y sintió las sacudidas que daba rodando sobre un pavimento desigual, y oyó los gritos de un cochero de alquiler con el que se cruzaron, y percibió, a la luz tenue de los faroles la muestra roja de un café y tienda de comestibles, aquella sensación placentera se le desvaneció.

Reflexionó ahora sobre los hechos de aquel día y se preguntó si hacía bien yendo a la ca-sa de Ana. ¿Qué iba a decir de esto Kitty?

Pero Esteban Arkadievich no le dejó que se preocupara, y, como si hubiese adivinado sus pensamientos, le dijo:

–No sabes lo que me alegra que vayas a ver a Ana. ¿Sabes? Dolly hacía tiempo que lo deseaba. Lvov estuvo ya en su casa y ahora la visita de vez en cuando. Aunque es mi hermana, puedo decir que es una mujer inteligente,y agradable, muy interesante. Su situación, sin embargo, es muy penosa, sobre todo ahora...

–¿Y por qué lo es sobre todo ahora?

–Porque llevamos unas negociaciones con su marido para tramitar el divorcio. Él está conforme, pero hay complicaciones a causa del hijo. Y el asunto, que debió quedar terminado en poco tiempo, dura ya más de tres meses. En cuanto se ultime el divorcio, Ana se casará con Vronsky. ¡Qué tonta es esta antigua costumbre de andar a vueltas con los cánticos! «Regocíjate, Isaías.» Nadie cree ya en el divorcio, Ana vive en Moscú. Aquí todos les conocen a él y a ella. Y no sale a ninguna parte, ni ve a parientes ni amigas, excepto Lvov y Dolly, porque, ¿comprendes?, estas

cosas estorban la felicidad de la gente. Entonces, casada ya con Vronsky, la posición de Ana será tan regular como la tuya y la mía.

–¿Y a qué se deben esas complicaciones?

–preguntó Levin.

–¡Ah! Es una historia larga y aburrida. To-do está tan poco claro, indefinido... Lo cierto es que, esperando, Ana no quiere que la tra-ten sólo por compasión. Hasta esa idiota de la princesa Bárbara se ha marchado de la ca-sa considerando inconveniente permanecer con ella. Otra mujer, en su situación, no ha-bría podido encontrar recursos morales para vivir... Y ya verás cómo ha arreglado ella su vida con tranquilidad y dignamente. A la izquierda, por la calle pequeña, enfrente de la iglesia –ordenó Esteban Arkadievich sacando la cabeza por la ventanilla.

–¡Oh, qué calor tengo! –dijo a continuación. Y, no obstante el frío (doce grados bajo cero), echó atrás su pelliza, que llevaba ya bastante desabrochada.

–Pero Ana tiene, según creo, una hija –dijo Levin–. Esto debe también de ocuparla mucho.

–¿Imaginas que toda mujer ha de ser una hembra, une couveuse –replicó Esteban Arkadievich––– que ha de pasarse el día al lado de sus hijos? No. Ana cría y educa a su hija, y, a mi parecer, de una manera excelente, pero no es ésta su ocupación principal. En primer lugar, Ana escribe. Ya veo que sonríes irónicamente, pero no tienes motivo. Escribe un libro para niños. No habla a nadie de esto, pero a mí me lo ha leído y yo le he dado a leer el manuscrito a Vorkuev. ¿Sabes a quién me refiero? El editor ese que me parece que escribe también. Es un hombre que entiende de estas cosas y me ha dicho que la obra es interesante. No pienses, por

esto, que Ana es una escritora. Nada de eso. Antes que nada es una mujer de gran corazón... Ya la verás...

Ahora tiene recogidos en su casa una niña inglesa y una familia entera, de los cuales se ocupa ella personalmente.

–¿Se dedica, pues, a la filantropía?

–Ya quieres ver en ello algo malo, ¿no? No es una cosa al estilo de los «filantrópicos», sino hecha de todo corazón y bien. Ellos tení-

an, o mejor dicho, Vronsky tenía un entrenador inglés, un hombre muy entendido en su especialidad pero un borracho, delirium tremens. Llegó a tal extremo de embrutecimien-to, que abandonó a su familia, dejándola en la miseria. Ana se enteró, se interesó por ellos y ha terminado por encargarse de todos.

No sólo les ayuda con dinero, sino que ella misma enseña a los chicos el ruso para que puedan ingresar en el colegio, y a la niña la recogió en su casa... Ya la verás.

El coche entró en el patio de la casa de Ana, y Esteban Arkadievich llamó con un fuerte campanillazo.

A la entrada de la casa había un trineo.

Sin preguntar al hombre que les abrió la puerta si estaba en casa o no Ana, Oblonsky entró en el primer vestíbulo. Levin le seguía, dudando aún si hacía bien en ir allí.

Al mirarse en el espejo, vio que estaba muy sofocado. Pero seguro de que no estaba ebrio, siguió a Esteban Arkadievich, que subió por la escalera alfombrada.

Una vez en el piso superior, Oblonsky preguntó al criado, que le saludó como a persona de la casa, que quién estaba de visita con Ana Arkadievna y aquél le contestó que era el señor Vorkuev.

–¿Dónde están?

–En el despacho.

Tras atravesar el pequeño comedor, de paredes de madera oscura, Esteban Arkadievich y Levin entraron en una pieza débilmente iluminada por una lámpara cuya pantalla amortiguaba casi por completo la luz. Otra lámpara con reflector estaba fijada en la pared a iluminaba un retrato de mujer, pintado al óleo y de tamaño natural, que llamó en seguida la atención de Levin.

Era el retrato de Ana Arkadievna hecho en Italia por el pintor Mijailov.

Oblonsky continuó hacia donde estaba su hermana y la voz de hombre que se oía se calló.

Entre tanto Levin continuaba junto al cuadro, fascinado, sin poder apartar los ojos de él. Estaba admirado y conmovido hasta el punto de olvidar dónde se hallaba y de no oír a los que estaban hablando cerca de él. Lo que tenía ante sí no le parecía un cuadro, si-no una mujer viva, deliciosa, con preciosos cabellos negros rizados; bellos hombros y brazos descubiertos; ligera y encantadora sonrisa en sus labios finos, rojos y sombreados por ligero vello; una mujer en fin que parecía mirarle dulce y dominadora, con ojos ensoñadores que le conturbaban. ¿Era posible que aquella hermosa criatura existiera en realidad?

De repente, oyó tras de sí la voz de aquella misma mujer cuya efigie estaba contemplando.

–Me alegra mucho su visita –le dijó Ana Arkadievna saliendo a su encuentro.

Y Levin vio, a la media luz del gabinete, la misma imagen del retrato con vestido de color azul oscuro alternado con otros colores.

Su actitud y sus ademanes eran distintos a los que tenía en el retrato, pero sí la misma expresión en el rostro y la misma belleza que tan bien había sabido captar el pintor.

En la realidad estaba menos brillante que en el retrato, pero, en cambio, había en ella algo nuevo y atrayente que faltaba en aquél: una alegre y dulce animación.

X

Ana Arkadievna no ocultó a Levin la alegría que experimentaba al verle.

Y en la forma con que ella le dio la mano, en cómo le presentó a Vorkuev y le mostró la niña –muy bonita, de cabellos rojizos– que estaba sentada allí, haciendo labor, llamándola «su pequeña y querida protegida», en todo esto, Levin reconoció los modales que tanto le admiraban de una mujer de gran mundo, siempre tranquila y natural.

–Me alegra mucho su visita –repitió. Y en sus labios estas palabras, tan sencillas, ad-quirieron para él una significación particular.

–Ya le conocía a usted hace tiempo –siguió Ana, dirigiéndose a Levin–y le quiero por su amistad con Stiva y por su mujer de usted.

La traté muy poco tiempo, pero me dejó la impresión de una hermosa flor, precisamente de una flor. ¡Y pronto será

madre!

Ana hablaba con soltura, sin precipitarse, mirando ya a Levin, ya a su hermano. Levin comprendió que producía en ella una excelente impresión, se sintió desembarazado y feliz y le habló con naturalidad, agradablemente.

Le parecía conocerla desde la infancia.

–Ivan Petrovich y yo nos hemos quedado aquí en el despacho de Vronsky para poder fumar –dijo Ana a Esteban Arkadievich, que le preguntó si les estaba permitido fumar. Y, mirando a Levin y sin preguntarle si fumaba o no, cogió una lujosa pitillera y le alargó un cigarrillo.

–¿Cómo te encuentras hoy? –le preguntó su hermano.

–Nada... Nervios... Como siempre.

–¿No es verdad que este retrato es una obra maestra? –preguntó Esteban Arkadievich a Levin, viéndole contemplar el cuadro.

–No he visto en mi vida un retrato mejor –

contestó Levin.

–Se parece mucho, ¿verdad? –dijo Vorkuev.

Levin comparó el retrato con el original.

El rostro de Ana, en el momento en que Levin la miró, resplandeció con una claridad particular; y éste, al cruzar su mirada con la de ella, se sonrojó.

Para ocultar su emoción, quiso preguntar a Ana si hacía mucho tiempo que no había visto a Daria Alejandrovna, pero precisamente en aquel instante ella le dijo:

–Ahora mismo hablábamos con Ivan Petrovich de los últimos cuadros de Vaschenkov. ¿Usted los ha visto?

–Sí, los he visto –contestó Levin.

–¡Oh! Perdón, le he interrumpido... Usted quería decir..

Levin hizo la pregunta que había pensado respecto a Daria Alejandrovna.

Ana contestó que hacía poco tiempo que Daria Alejandrovna le había visitado.

–Por cierto que cuando estuvo aquí, parecía muy disgustada de lo que le pasaba a Gricha en el colegio. Al parecer, el maestro de latín era poco justo con el muchacho –añadió.

Levin volvió a la conversación sobre los cuadros de Vaschenkov.

–Sí, he visto los cuadros y no me gustaron

–dijo.

Ya no hablaba ahora torturándose continuamente, como lo había hecho aquella ma-

ñana. Cada palabra de Ana adquiría para él una significación particular. Y. si agradable le era hablarle, escucharla le era más agradable todavía.

Ana conversaba con naturalidad y desenvoltura, sin dar importancia alguna a lo que decía, y dándola en cambio grande a lo que decía su interlocutor.

Hablaron de las directrices que seguía el arte; de la nueva ilustración de la Biblia hecha por un pintor francés. Vorkuev criticaba a este pintor por su crudo realismo. Levin le objetó

que aquel realismo era una reacción natural y beneficiosa contra el conventiona-lismo, que los franceses habían llevado en el arte hasta un extremo al que no había llegado ninguna nación. Y añadió que los pintores franceses, en el hecho de no mentir, veían ya poesía.

Nunca una idea espiritual expuesta por él había procurado a Levin tanto placer como ésta.

Ana, comprendiéndole, se sintió animada, le aprobó, y, sonriendo, dijo:

–Río, como se ríe cuando se ve un retrato muy parecido. Lo que usted ha dicho ahora caracteriza completamente el actual arte francés –la pintura y hasta la literatura: Zola, Daudet–. Tal vez haya sido siempre así: Se empieza por realizar sus conceptions por medio de figuras convencionales, imaginarias; pero, luego, todas las combinaisons artificiales, todas las figuras imaginarias, acaban por fatigar, y entonces se empiezan a concebir figuras más justas y naturales.

–Esto es verdad ––dijo Vorkuev.

–Entonces, ¿ustedes estuvieron en el Círculo? –preguntó Ana a su hermano.

«Sí, sí, he aquí una mujer», pensaba Levin, olvidándose de todo y mirando absorto el rostro bello y animado de Ana, el cual en aquel momento, a inopinadamente, cambió de expresión.

Levin no oyó lo que Ana decía en voz baja a su hermano, al oído, pero el cambio que se había manifestado en su rostro le impresionó.

Aquel rostro antes tan hermoso en su tranquilidad, expresó de pronto una curiosidad extraña y después ira y orgullo. Pero eso du-ró sólo un instante. Ana frunció las cejas co-mo recordando algo desagradable,

–Pues, al fin y al cabo, eso no le interesa a nadie –comentó para sí. Y, dirigiéndose a la inglesa, dijo:

–Please order the tea in the drawing–

room.

La niña se levantó y salió de la habitación.

–¿Qué tal ha hecho sus exámenes? –

preguntó Esteban Arkadievich, señalando a la pequeña.

–Muy bien. Es una niña inteligente y tiene muy buen carácter ––contestó Ana.

–Acabarás queriéndola más que a tu propia hija.

–Se ve bien que eso lo dice un hombre. En el amor no hay más y menos... A mi hija la quiero con un amor y a ésta con otro diferente.

–Y yo digo a Ana Arkadievna –intervinó Vorkuev– que si ella hubiera puesto una centésima parte de la energía que emplea para esta inglesa en la obra común de educación de los niños rusos, habría hecho una obra grande y útil.

–Diga usted lo que quiera, yo no puedo hacer eso. El conde Alexey Kirilovich me animaba mucho a ello –y al pronunciar estas palabras, Ana miró tímidamente y como interrogándole a Levin, que le contestó con una mirada afirmativa y respetuosa–. El Conde, co-mo digo, me animaba

a ocuparme de la escuela del pueblo y he ido varias veces allí...

Son muy simpáticos, sí; pero no pude interesarme por ellos. Usted dice: «energía». La energía se basa en el amor y no es posible adquirir amor a la fuerza; no se puede ordenar que se ame. A esta niña le tomé cariño sin saber yo misma porqué.

Ana miró de nuevo a Levin. Y su sonrisa y su mirada le dijeron claramente que hablaba sólo para él, que tenía en mucho su opinión, y que sabía de antemano que se comprendí-

an.

–La entiendo muy bien –dijo Levin–. En la escuela y en otras instituciones semejantes no es posible poner el corazón y pienso que, precisamente por esta razón, todas las instituciones filantrópicas dan tan malos resultados.

Ana sonrió.

–Sí, sí –afirmó después–. Por mi parte, nunca lo pude hacer. Je n'ai pas le coeur as-sez large como para querer a un asilo entero de niños, incluyendo los malos. Cela ne m'a jamais réussi! ¡Y, no obstante, hay tantas mujeres que se han creado con esto una position sociale! Y ahora, precisamente ahora, cuando tan necesaria me sería una ocupación cualquiera, es cuando puedo menos ––dijo con expresión melancólica y confiada, dirigiéndose a su hermano, pero hablando en realidad para Levin.

De pronto frunció las cejas y cambió de conversación.

Levin comprendió por aquel gesto que Ana estaba descontenta de sí misma, pesarosa de haber hablado de sí.

–¿Y usted qué hace? –dijo dirigiéndose ahora directamente a Levin–. Pasa usted por ser un mal ciudadano, pero yo he tomado siempre su defensa...

–¿Y cómo me defendía usted?

–Según los ataques... Bueno, ¿quieren ustedes tomar el té?

Ana se levantó y cogió un libro encuader-nado en tafilete.

–Démelo usted, Ana Arkadievna –dijo Vorkuev indicando el libro–. Es merecedor de...

–¡Oh, no! No está bien terminado...

–Ya le he hablado a Levin de él –dijo Esteban Arkadievich a su hermana.

–No debiste hacerlo. Mis escritos son por el estilo de aquellas cestitas de madera que me vendía Lisa Markalova, hechas por los presos. A fuerza de paciencia, aquellos desgraciados hacían milagros –dijo, dirigiéndose también ahora a Levin.

Y éste descubrió un rasgo nuevo en aquella mujer que tanta admiración había ya despertado en él. Además de ser inteligente, espiritual y hermosa, tenía una sinceridad admirable que le llevaba a no disimular en nada todo lo que de penoso tenía su situación.

Dicho aquello, Ana suspiró y, de repente, su rostro adquirió una expresión seria y triste, y quedó inmóvil, como petrificada.

Con ese aspecto parecía aún más bella que antes; pero esta expresión era nueva, estaba fuera de aquel círculo de expresiones que irradiaban alegría y producían felicidad y que el pintor había sabido reproducir tan bien en el retrato.

Levin miró una vez más al cuadro, mientras Ana tomaba por el brazo a su hermano, y un sentimiento de ternura y de compasión, que le sorprendieron a él mismo, se despertó en su alma por aquella mujer.

Ana pidió a Levin y Vorkuev que pasaran al salón y ella se quedó en la habitación a solas con su hermano para hablar secretamente con él.

«Hablarán ahora del divorcio, de Vronsky, de lo que hace éste en el Círculo, de mí...» , pensó Levin. Y le preocupaba tanto lo que pudieran estar hablando los dos hermanos, que no atendía a lo que Vorkuev le decía en aquel momento de las cualidades de la novela para niños escrita por Ana.

Durante el té continuó la conversación, agradable y llena de interés.

No sólo no hubo un momento de silencio, sino que, al contrario, se desenvolvía tan rá-

pida y agradablemente como si hubiera de faltarles tiempo para decir todo lo que querí-

an exponer.

Y todo lo que decía Ana a Levin le parecía interesante, a incluso los relatos o comentarios de Vorkuev y Esteban Arkadievich adquirían para él una profunda significación por el interés que ponía en ellos y las atinadas observaciones que hacía.

Mientras seguía la interesante conversación, Levin se extasiaba continuamente ante la belleza, la inteligencia y la cultura y a la vez la sencillez y sinceridad de Ana.

Él escuchaba o hablaba, pero incluso entonces pensaba constantemente en ella, en su vida interior, y no apartaba de Ana sus ojos, queriendo, por sus gestos y su mirada, adivinar sus sentimientos. Y él, que antes la juzgaba con severidad, ahora la justificaba y, al mismo tiempo, la compadecía; y la idea de que Vronsky no llegara a comprenderla completamente le oprimía el alma.

Habían dado ya las diez de la noche cuando Esteban Arkadievich se levantó para marcharse. (Vorkuev se había marchado ya.) A Levin le había pasado el tiempo tan agradablemente, que le pareció que acababan de llegar y se levantó pesaroso.

–Adiós –dijo Ana, reteniendo la mano de Levin y mirándole a los ojos con una mirada que le conturbó–. Me siento muy dichosa de que la glace soit rompue.

Mas, seguidamente, ella retiró su mano y frunció el ceño.

–Dígale a su esposa –encargó a Levin– que la quiero como siempre. Y que si ella no puede perdonarme, le deseo que no me perdone nunca. Para perdonar es preciso padecer lo que yo he padecido. Y de esto deseo de corazón que la libre Dios.

–Sí, se lo diré... se lo diré... repuso Levin sonrojándose.

XI

«¡Qué mujer tan extraordinaria, tan simpática y digna de compasión!», pensaba Levin mientras salía, acompañado de Esteban Arkadievich, al aire frío de la calle.

–¿Qué te ha parecido? ¿No te lo dije yo? –

preguntó Oblonsky, observando que su cuña-do estaba completamente entregado al recuerdo de Ana.

–Sí –contestó Levin pensativo–. Es una mujer extraordinaria. No sólo es inteligente sino, también, de una admirable cordialidad.

La compadezco con toda el alma.

–Ahora, si Dios quiere, todo se arreglará. Y

puesto que ves lo que te ha pasado en este caso, en adelante no formes juicios prematuros sobre la gente –añadió Esteban Arkadievich en tanto que abría la puerta de su carruaje.

–Y adiós –se despidió–, que vamos por caminos diferentes.

Levin se dirigió a su casa, en la que entró sin dejar de pensar en Ana, en la conversación tan sencilla que con ella había tenido, en todos los cambios que había observado en su fisonomía, en su situación, que despertaba en él una piedad profunda.

Al entrar en su casa, Kusmá le comunicó que Katerina Alejandrovna se encontraba bien, que hacía pocos momentos que se habían marchado de allí las hermanas, y le entregó dos cartas. Una era de su encargado, Sokolov, el cual le decía que no había vendido el trigo porque ofrecían tan sólo cinco rublos y medio y que no tenía de dónde sacar más dinero; la otra carta era de su hermana reprochándole el que su asunto no estuviera aún terminado.

Levin, con el ánimo alegre, resolvió en seguida, con extraordinaria facilidad, la cuestión del trigo, que en otra ocasión le habría dado mucho que pensar.

«Pues bien: si no dan más, lo venderemos a cinco rublos y medio.»

En cuanto a las quejas de su hermana no despertaron en él más que este pensamiento:

«Es extraordinario lo ocupado que tenemos aquí todo el tiempo».

Se sentía culpable ante su hermana por no haber hecho aún lo que ésta le había pedido, pero encontró fácil disculpa.

«Es verdad que hoy no he ido tampoco al Juzgado», se acusaba. «Pero es que hoy», se disculpaba luego, « no he tenido, realmente, tiempo de hacerlo».

Y, después de haber decidido ocuparse de aquel asunto al día siguiente, se dirigió a las habitaciones que ocupaba su esposa.

Mientras se dirigía hacia allí, repasaba mentalmente todo lo que había hecho durante el día; las conversaciones que había escuchado y aquellas en las que había tomado parte. En todas ellas –se confesaba– habían tratado de cuestiones por las cuales no se habría interesado en otra ocasión, sobre todo estando solo, en el pueblo, pero ahora, aquí, le habían resultado interesantes. Tan sólo en dos ocasiones encontraba haber hecho algo que no le satisfacía plenamente: una era su símil del sollo en los comentarios respecto a la pena impuesta a un extranjero; la otra era

«algo no bien definido» que había en aquella dulce compasión o tierno afecto que se había despertado en él hacia Ana.

Levin encontró a su mujer triste y aburrida.

La comida entre las tres hermanas había resultado animada, pero se habían cansado de esperarle, y la animación fue decayendo hasta no saber qué decirse. Luego las hermanas

se marcharon, y Kitty quedó sola con sus pensamientos, preocupada por la tardanza de su marido.

–¿Y tú qué has hecho durante todo el día?

–le preguntó Kitty, mirándole a los ojos, en los que advertía cierto brillo sospechoso. No obstante, y a fin de no contenerle en su efusión, disimuló y escuchó con dulce sonrisa de aprobación la referentecia de lo que había hecho aquella noche.

–En el Círculo me encontré con Vronsky –

explicó Levin–, y me alegré de verle. Todo sucedió de la manera mas natural. ¿Lo comprendes, verdad? La tirantez que había entre nosotros ha dejado ya de existir. Era una situación absurda que tenía que terminar. No vayas a creer por esto que intente ahora buscar su sociedad –y mientras decía estas palabras Levin se puso rojo, pensando que «por no buscar su sociedad» había ido a visitar a Ana a la salida del Círculo.

–¡Y decimos que el pueblo bebe! –exclamó después–. No sé quién bebe más, si el pueblo o nuestra clase... El pueblo bebe en los días de fiesta, pero nosotros...

Kitty oía extrañada las incoherencias de su marido. ¿A qué venía aquello de si el pueblo bebía o si los aristócratas bebían? ¿Qué les importaba a ellos? A ella, lo que le interesaba ahora era averiguar por qué causa se había él sonrojado, cosa que había observado muy bien.

–¿Y luego dónde estuviste?

–Esteban Arkadievich me pidió con gran interés que visitara a su hermana.

Y al decir esto se sonrojó de nuevo y sintió que las dudas sobre si habría hecho bien o mal visitando a Ana se le desvanecían para dejar paso al convencimiento de que había obrado de una manera inconveniente.

Los ojos de Kitty relampaguearon, pero se contuvo, disimuló su emoción y exclamó sencillamente:

–¡Ah!

–Espero que no te enfades porque haya ido allí. Me lo pidió, como te digo, Esteban Arkadievich, y Dolly también lo deseaba –

continuó Levin.

–¡Oh, no! –dijo ella con una mirada que nada bueno predecía.

–Es una mujer muy simpática, digna de compasión –dijo Levin tratando de convencer a Kitty–. Me dio para ti un encargo conmovedor. –Y le repitió las palabras que le había dicho para su esposa.

–Sí, sí, está claro. Es una mujer digna de compasión –dijo Kitty con voz indiferente. Y, en seguida, le preguntó–: ¿De quién has recibido carta?

Levin explicó la correspondencia que había recibido, y sosegado por el tono tranquilo de su esposa, se marchó al gabinete para cambiarse de traje.

Al volver, encontró a su mujer en la misma butaca, en la misma actitud en que la había dejado. Cuando Levin se le acercó, ella le mi-ró con tristeza y rompió a sollozar.

–¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? –preguntó él, que ya había adivinado lo que «le pasaba».

–Te has enamorado de esa mala mujer –

decía Kitty entre sollozos–. Te ha hechizado...

Lo he visto en tus ojos... Sí, sí... ¿Qué puede resultar de eso? Has ido al Círculo... Has bebido... Has bebido... Has jugado a las cartas... Y luego has ido... ¡Adónde has ido!...

¡No, vámonos de aquí...! ¡Esto no puede durar! ¡Yo me voy mañana mismo!

Durante un largo rato Levin trató inútilmente de calmarla.

No lo consiguió sino prometiéndole no visitar más a Ana, cuya perniciosa influencia junto con el vino que había bebido, habían perturbado su razón. Lo que más sinceramente reconoció fue, sin embargo, que el vivir tanto tiempo en Moscú, dedicado sólo a conversar, a fumar en exceso, a comer abunda-mentemente y a beber más abundantemente aún, habían acabado por hacer de él un estú-

pido. Y con igual sinceridad le prometió que nada de aquello volvería a suceder.

Así hablaron hasta altas horas de la noche.

Cuando se acostaron, ya completamente reconciliados, eran las tres.

XII

Cuando Esteban Arkadievich y Levin se hubieron marchado, Ana se puso a pasear a lo largo de la habitación.

Aunque inconscientemente (como lo hacía todo en los últimos tiempos), Ana había hecho durante toda la noche cuanto le había sido posible para enamorar a Levin. Sabía que había logrado su propósito tanto como era posible en una noche y tratándose de un hombre casado y honesto enamorado de su mujer.

También él le había gustado y, a pesar de la gran diferencia que existía entre Vronsky y Levin, su tacto de mujer le había permitido descubrir en ambos aquel rasgo común gracias al cual Kitty había podido sentirse atraída por los dos. Y, no obstante, apenas se hubo despedido, Ana dejó de pensar en él para pensar en Vronsky de nuevo.

Un solo pensamiento la perseguía de una manera obsesiva: «Si tal efecto causo en un hombre casado», se decía, «y enamorado de su mujer, ¿por qué sólo él se muestra tan frío conmigo? Yo sé que Alexey me ama», siguió pensando» . «Pero ahora hay algo nuevo que nos separa. ¿Por qué no ha estado aquí en toda la noche? Encargó a Stiva que me dijera que no podía dejar a Jachvin en su juego...

¿Es que es un niño ese Jachvin? Supongamos que sea así, puesto que él nunca miente. Sin embargo, dentro de esta verdad hay alguna otra cosa. Aprovecha todas las ocasiones pa-ra mostrarme que tiene otras obligaciones que le impiden estar más conmigo. Sé que es así y estoy conforme... Mas, ¿por qué ese afán de decírmelo? ¿Quiere hacerme comprender que su amor hacia mí no debe coar-tar su libertad? Pues bien: no necesito esas demostraciones; lo que preciso que me de-muestre es su cariño. Debía comprender todo lo penosa que es mi vida aquí, en Moscú. ¿Es que esto es vivir? No, no vivo; paso el tiempo esperando este desenlace que nunca acaba de llegar. ¡Otra vez estoy sin contestación!

Stiva dice que no puede ir a casa de Alexey Alejandrovich, y yo no puedo escribir de nuevo. No puedo hacer nada, no puedo emprender nada para salir de esta situación. Tan sólo puedo

procurarme

pequeños

entrete-

nimientos –la familia inglesa, leer, escribir–

para ir mal pasando el tiempo, pues todo esto no es sino un engaño, como la morfina.

Vronsky debía tener compasión de mí», terminó. Y lágrimas de piedad por su propia suerte le inundaron los ojos.

Oyó el nervioso campanillazo de Vronsky, y, precipitadamente, se secó las lágrimas, se sentó en una butaca al lado de la lámpara, abrió un libro y fingió leer para que él creyese que estaba tranquila. Creía conveniente mostrar algún descontento porque él no había vuelto a la hora prometida, pero no extremar el enfado, y, sobre todo, no despertar en él compasión. Ella se compadecía a sí misma, pero no quería en manera alguna compasión de él; de él sólo quería amor. No quería tampoco luchar, pero, involuntariamente, se colocaba en plan de combate.

–¿No te has aburrido? –le preguntó él, acercándose a Ana, animado y alegre–. ¡Qué pasión más terrible es el juego! –comentó luego.

–No, no me he aburrido –contestó Ana–.

Ya hace tiempo que aprendí a no aburrirme en estas largas esperas. Además, han estado aquí Stiva y Levin.

–Sí, me dijeron que venían a visitarte. ¿Te ha gustado Levin? –preguntó Vronsky, sentándose al lado de Ana.

–Mucho. Hace poco que se han marchado.

¿Qué ha hecho Jachvin?

–Al principio ganó diecisiete mil rublos. Le llamé para que abandonara el juego. Casi se decidió, pero, luego volvió a jugar, y ahora está perdiendo.

–Entonces, ¿a qué te quedaste tú allí? –

dijo Ana, levantando sus ojos hacia él.

Su mirada se cruzó con la de Vronsky, que en aquel momento era fría y agresiva.

–Has dicho a Stiva –siguió– que te quedabas allí para evitar que Jachvin jugara demasiado, y resulta que esto no era verdad, que fue sólo un pretexto, puesto que ahora le has dejado en el juego y perdiendo por añadidu-ra.

Y sus palabras, su entonación, sus ademanes, todo en ella reflejaban deseos de discusión, de lucha...

Vronsky contestó fríamente y con firmeza:

–Primero, no le he pedido a Stiva que te dijera nada. Segundo, nunca digo lo que no es verdad. Y tercero y principal: he tenido ganas de quedarme en el círculo y me quedé.

–Y después de un breve silencio añadió–: Ana, ¿a qué vienen estas recriminaciones? –Y

se inclinó hacia ella y extendió, abierta, su mano derecha esperando que ella pondría entre aquélla las suyas.

Ana se sintió conmovida y dichosa ante aquel gesto de ternura; pero una fuerza extraña y maligna –un sentimiento de lucha– la impelía a no dejarse dominar.

No correspondió, pues, a aquel gesto de su amado, sino que le dijo con más irritación:

–Naturalmente: has querido quedarte allí y te has quedado. Haces todo lo que quieres.

Está bien. Pero, ¿para qué me lo dices? ¿Para qué? –dijo más enardecida cada vez–. ¿Acaso te discute alguien tus derechos? Si quieres tener razón, quédate con ella.

La mano de Vronsky se cerró con enojo, su cuerpo se enderezó y en su rostro se pintó una expresión más decidida aún y tenaz.

–Para ti es una cuestión de tozudez –dijo Ana de repente, al encontrar una palabra que definiera justamente los pensamientos y el sentir de Vronsky, un calificativo para aquella expresión de su rostro que tanto la irritaba–.

Para ti se trata sólo de salir vencedor en esta lucha conmigo, mientras que para mí...

La invadió una inmensa compasión por sí misma, y, casi llorando, continuó:

–¡Si supieras lo que representa esto para mí! ¡Si pudieras comprender lo que significa para mí tu hostilidad, esta hostilidad, que ahora, en este instante, siento tan cruelmente! ¡Me encuentro al borde de una gran desgracia y siento miedo de mí misma!

Ana volvió la cabeza para ocultar sus sollozos.

–Pero, ¿a qué te refieres? –pregúntó Vronsky, horrorizado de sus pensamientos. Y, asustado ante la desesperación que ella manifestaba, se le acercó de nuevo, le tomó la mano acariciándosela, a inclinándose, se la besó. Luego le dijo cariñosamente, esforzándose en convencerla:

–¿De qué te quejas? ¿Acaso busco diversiones fuera de casa? ¿Es que no huyo del trato con otras mujeres?

–¡No faltaría más! –exclamó Ana.

–Pues dime: ¿qué debo hacer para que es-tés contenta? Estoy pronto a hacer todo lo que me digas con tal de que seas feliz –decía Vronsky– ¡Qué no haría yo, Ana, para librarte de todas tus penas!

–No es nada... no es nada... –dijo ella, sintiéndose dichosa de nuevo–. Ni yo misma sé lo que quiero... Acaso la soledad... Los nervios... Pero no hablemos más de esto –y cambió la conversación procurando disimular la victoria conseguida–. ¿Cómo han ido las carreras? No me has contado nada todavía.

Vronsky pidió la cena y se puso a contar las incidencias de las carreras de caballos, pero por su tono y por sus miradas, que se hacían a cada momento más fríos, Ana comprendió que, a pesar de su precaución, Vronsky no le perdonaba la derrota sufrida, que reaparecía en él aquel sentimiento de tozudez contra el cual venía luchando. Parecía incluso que estaba más frío y duro que antes, como arrepentido de haberse dejado dominar por ella.

Ana recordó las palabras que le habían proporcionado el triunfo sobre él («estoy al borde de una gran desgracia, y siento miedo de mí misma»), mas comprendió que este

recurso era peligroso, quizá contraproducente, y desistió de emplearlo otra vez.

Ana percibía claramente en ambos, a la par de su amor, otro sentimiento antagónico formado por recelos y dudas en ella y ansias de libertad y voluntad de dominio por parte de él; y desesperó de poder dominar en ella aquel sentimiento, y sabía que tampoco él lo podría dominar.

XIII

No hay situación a la que el hombre no se acostumbre, especialmente si todos los que le rodean la soportan como él.

Tres meses antes, Levin no se hubiera creído capaz de dormir tranquilo en las condiciones en que estaba viviendo ahora (sin fin definido, desordenadamente, con gastos superiores a sus recursos econónimos, emborrachándose como lo había hecho aquella noche en el Círculo, y, sobre todo, sosteniendo relaciones amistosas con el hombre del cual, en algún tiempo, había estado enamorada su mujer). Le habría quitado el sueño, también, pensar que había visitado a una mujer a la que se consideraba como una mujer perdida, sentirse cautivado por ella, y se lo habría quitado, sobre todo, el pesar de haber disgustado a su querida Kitty.

No, Levin antes no habría dormido tranquilo con el peso de todo aquello sobre la conciencia, pero esta noche, ya fuera por el cansancio del ajetreo que había tenido durante todo el día, ya por no haber dormido la noche anterior o por los efectos del vino, se durmió en un sueño profundo.

A las cinco de la mañana, el ruido de una puerta que se abría le despertó. Se incorporó de un salto y miró alrededor.

Kitty había abandonado la cama. Pero en el gabinete contiguo se veía luz y sintió los pasos de ella, que se movía por aquella estancia.

–¿Qué hay Kitty? –le preguntó, alarmado–.

¿Qué haces?

–No pasa nada –contestó Kitty entrando en el cuarto con la luz encendida–. Me sentí algo indispuesta –explicó sonriente y con acento cariñoso.

–¿Qué, ya empieza eso? ¿Hay que ir a buscar a la comadrona? –preguntó él. Y comenzó a vestirse apresuradamente.

–No, no –contestó Kitty sonriendo. Y le detuvo y le obligó a acostarse de nuevo.

–No es nada –explicó–. Sentí un pequeño malestar. Pero ya ha pasado.

Y Kitty apagó la luz y se metió otra vez en la cama, quedando quieta y tranquila.

A Levin le resultaba sospechosa aquella tranquilidad en la respiración, pareciéndole que Kitty hacía esfuerzos por no aparecer agitada, y más que nada consideraba extraña la expresión dulce y animada con que ella, al volver a la habitación, le había dicho « no es nada», sin duda –pensaba élpara tranquilizarle.

Pero Levin tenía tanto sueño que, apenas hubo acabado de hablar, se quedó dormido en seguida.

Solamente después se acordó del acento tranquilo de Kitty y comprendió lo que había pasado en el alma de su mujer

durante aquellos momentos en que ella, inmóvil pero con el alma llena de inquietudes, de dudas, de temores, de alegrías y de sufrimientos físicos, esperaba el hecho más transcendental de su vida.

A las siete sintió la mano de Kitty sobre su hombro y le oyó decir algo, aunque no la entendió, porque hablaba en voz baja, con un débil murmullo, dudando entre la necesidad de despertarle y la lástima de estropearle el tranquilo sueño de que estaba gozando.

–Kostia, no te asustes –le dijo, al fin–, pe-ro me parece que habrá que mandar a buscar a Elisabeta Petrovna.

La luz estaba otra vez encendida y Kitty, sentada en la cama, tenía en sus manos la labor en que estaba trabajando aquellos días (una prenda para el niño que esperaba).

–Por favor, no te asustes. Yo no tengo miedo alguno –dijo ella al ver la cara de espanto de Levin. Y cariñosamente le apretó la mano contra su pecho y luego se la llevó a los labios.

Levin se incorporó precipitadamente, se ti-ró de la cama, se puso la bata y se quedó sentado en el lecho, sin saber lo que hacía, sin apartar los ojos de su esposa.

Sabía lo que tenía que hacer, tenía que ocuparse en seguida de todo lo preciso para aquel trance, pero no se movía, no podía apartar la mirada de aquel rostro querido que tantas veces había contemplado. Ahora descubría en él una expresión nueva, mezcla de ansiedad y de alegría. ¡Cuán miserable se consideraba al recordar el disgusto que aquella misma noche le había ocasionado al verla ahora ante sí tal como estaba en aquel instante! El rostro de Kitty le parecía más bello que nunca, encendido y rodeado de los rubios cabellos que se escapaban de su cofia de noche, radiante de alegría y de resolución.

Nunca aquel alma cándida y transparente se le había aparecido ante los ojos con tanta claridad, toda entera y sin velo alguno, y Levin se sentía ante ella maravillado y sorprendido.

Kitty le miraba sonriendo.

De pronto, sus cejas temblaron, levantó la cabeza y, acercándose rápidamente a su esposo, lo cogió por la mano, le atrajo hacia sí, le abrazó fuertemente y le besó, sofocándole con su aliento. Debía de sentir fuertes dolores, y le abrazaba como buscando un lenitivo, y a Levin le pareció, como siempre, que él era el culpable de aquel dolor.

Sin embargo, la mirada de Kitty, en la que había una gran dulzura, le decía que ella, no sólo no le reprochaba, sino que le amaba más por aquellos mismos sufrimientos.

«Pues si no soy yo el culpable, ¿quién es?», se dijo involuntariamente Levin, como buscando al culpable con ánimo de darle su castigo.

Pero en seguida se dio cuenta de que allí no había culpable a quien castigar.

Kitty sufría, se quejaba, mas se sentía orgullosa de sus sufrimientos, que la colmaban de alegría, y hacían que los deseara.

Levin presentía que en el alma de ella na-cía y se desarrollaba algo cuya grandeza y sublimidad escapaba a su comprensión.

–Yo haré avisar a mamá mientras corres en busca de El¡sabeta Petrovna... ¡Kostia!...

No, no es nada, ya ha pasado.

Se apartó de Levin para llegar al timbre y oprimió el botón.

–Ahora ya puedes ¡rte. Pacha vendrá en seguida. Ya estoy bien –terminó.

Y Levin vio, con sorpresa, que Kitty tomaba su labor y se ponía a trabajar tranquilamente.

En el instante en que él salía por una de las puertas de la habitación, entraba la criada de servicio por la otra. Se paró y oyó cómo Kitty daba órdenes precisas a la muchacha y, junto con ésta, empezaba a mover la cama.

Levin se vistió y, mientras enganchaban los caballos, porque a aquella hora no había coches de alquiler, subió corriendo al dormitorio. Entró en la habitación de puntillas (co-mo llevado por alas le pareció). Dos sirvientas iban de un lado a otro de la habitación atareadas, trasladando cosas y arreglándolas, mientras Kitty se paseaba dando órdenes y sin dejar de hacer labor a la vez.

–Ahora voy a casa del médico. Han ido ya a buscar a Elisabeta Petrovna. De todos modos, pasaré yo por allí. ¿Necesitas algo más?

–le preguntó.

Kitty le miró sin contestar, y, frunciendo las cejas a causa del intenso dolor que experimentaba, le despidió con un ademán.

–¡Sí, sí... ve ...!

Cuando atravesaba el comedor, oyó un débil gemido que salía del dormitorio, y de nuevo se restableció el silencio. Se detuvo, y, durante un largo rato, no pudo comprender lo que sucedía.

«Sí, es ella», se dijo al fin. Y, llevándose las manos a la cabeza, corrió escaleras abajo.

« ¡Señor, Dios mío, perdóname y ayúdanos! » , imploró.

Y el hombre sin fe repetió varias veces la misma imploración, y le brotaba de lo más profundo del alma.

En momentos como aquel, de incertidumbre y angustia, Levin olvidaba todas sus dudas respecto a la existencia de Dios y, considerándose impotente, recorría al Todopode-roso implorándole que le ayudase. Su escep-ticismo había desaparecido al punto de su alma, como el polvo barrido por el vendaval.

Él no se sentía con fuerzas para afrontar debidamente aquel trance, ¿y a quién podría recurrir mejor que a Aquel en cuyas manos creía ahora entregada a la que era todo su amor, su alma y aun su propia vida?

El caballo no estaba todavía enganchado y Levin, con la gran ansiedad y tensión nerviosa que le dominaba, no quiso esperar y comenzó a caminar a pie, encargando a Kusmá que le alcanzase con el carruaje.

En la esquina encontró un trineo de alquiler del servicio de noche que se acercaba veloz. Sentada en él iba Elisabeta Petrovna, con una capa de terciopelo y la cabeza cubierta con un pañuelo de lana.

–¡Loado sea Dios! ––dijo Levin con alegría al reconocer el rostro, pequeño y rosado de la comadrona, cuya expresión era entonces severa y hasta preocupada. Salió al encuentro del trineo y sin hacerle parar, le fue siguiendo a pie sin dejar de correr.

–¿Sólo dos horas dice usted? ¿Sólo dos? –

preguntó ella–. A Pedro Dmitrievich le encontrará en su casa, pero no hace falta que le dé prisa. ¡Ah!, oiga: entre en una farmacia y compre opio.

–¿Cree usted que todo irá bien? ¡Dios mío, perdóname y ayúdanos! –exclamó Levin.

En aquel momento su trineo salía del portal de su casa. De un salto se colocó al lado de Kusmá y ordenó a éste que le llevara a casa de Pedro Dmitrievich lo más rápidamente posible.

XIV

El médico no estaba levantado aún.

El criado, ocupado en limpiar los cristales de sus lámparas de petróleo y sin dejar su trabajo, dijo a Levin que «el señor había ido a dormir tarde y le había ordenado que no le despertara. Ahora», añadió, «que creo que se levanta pronto». Absorto en su trabajo, apenas le había mirado, y aquella atención hacia las lámparas y su indiferencia ante las palabras de Levin, al primer momento indignaron a éste. Pero reflexionó en seguida y comprendió que nadie sabía lo que ocurría en su interior ni estaba obligado a compartir sus sentimientos, y se dijo que, por esta razón, debía obrar con tranquilidad y firmeza para romper el hielo de la indiferencia de los otros y alcanzar el fin que perseguía.

«No debo precipitarme ni omitir nada, tal debe ser mi regla de conducta», se dijo, satisfecho de sentir toda su atención todos sus fuerzas físicas absorbidas por la tarea que se había impuesto.

Puesto que el médico no estaba levantado todavía, Levin cambió su plan. Así, decidió ordenar a Kusmá que fuera, con una carta suya, a buscar a otro médico. Él iría a la farmacia

para adquirir el opio y si, a su regreso, Pedro Dmitrievich no estaba aún levantado, trataría de conseguir del criado como fuera, de grado o por fuerza, que despertara a su señor y le diese su recado.

En la farmacia el mancebo ponía en unas obleas cierta medicina que esperaba un cochero, y lo hacía con la misma atención con que el criado de Pedro Dmitrievich limpiaba las lámparas; y, con igual indiferencia que el criado, dijo a Levin que no podía atenderle en aquel momento, que esperase.

Procurando no irritarse ni precipitarse, Levin explicó al farmacéutico para qué necesitaba el opio, le hizo ver que se trataba de un caso de urgencia y le rogó que le despachara cuanto antes. El mancebo consultó en alemán a alguien que se encontraba detrás de un biombo, y, habiendo recibido el consentimiento de aquella persona, tomó sin prisas un frasco, vertió una pequeña cantidad de su contenido en otro frasco pequeño, le puso una etiqueta, lo cerró con precinto y, no obstante las indicaciones y apremios de Levin, se dispuso a envolverlo en un papel.

Levin, intranquilo, nervioso, no pudo soportar ya más aquella dilación, arrebató el frasco de las manos del mancebo y salió de la farmacia corriendo, derribando sillas, y cerrando violentamente las grandes puertas con cristales.

Pedro Dmitrievich no estaba aún levantado y el criado se ocupaba en colocar un tapiz, y también esta vez se negó a despertar a su señor.

Sin precipitarse, Levin sacó de su cartera un billete de diez rublos, se lo dio al criado, y pronunciando las palabras lentamente, pero sin perder tiempo, le explicó que su señor (¡qué grande a importante le parecía a Levin ahora aquel Pedro Dmitrievich, a quien tan insignificante había visto

siempre!) el propio Pedro Dmitrievich, le había prometido ir a la hora que fuese y que seguramente no se enfadaría porque le despertaran en aquel momento.

El criado consintió en ello y se dirigió a las habitaciones de arriba, indicando a Levin que pasara a la sala de espera.

A través de la puerta, éste oyó cómo el doctor se levantaba, iba de un lado a otro, se lavaba y decía algo.

Pasaron unos tres minutos, que a él le parecieron más de una hora, y no pudiendo esperar más, se levantó y dijo, con acento suplicante, desde la puerta de la sala:

–¡Pedro Dinitrievich! ¡Pedro Dmitrievich!

¡Por Dios! Perdóneme y recíbame como esté.

Han pasado más de dos horas...

–En seguida... en seguida ––contestó la voz del doctor.

Levin adivinó, sorprendido, que el doctor sonreía, y se sintió algo aliviado de su angustia.

Sin embargo, insistió:

–Permítame un momento.

Pasaron otros diez minutos mientras el médico se ponía las botas y el traje y se pei-naba.

–¡Pedro Dmitrievich! –comenzó a hablar de nuevo Levin, con voz lastimera. Pero, en aquel momento, el médico vestido ya y peinado, penetró en la sala.

«Esta gente no tienen conciencia», se dijo para sí, «mientras los otros se mueren, ellos se están peinando».

–¡Buenos días! –le saludó el doctor, dándole la mano, y como queriendo burlarse de él con su calma–. No se apresure usted.

Luego, con gran traquilidad, le preguntó:

–Bueno, ¿qué ha pasado hasta ahora?

Procurando no omitir detalle alguno a interrumpiéndose constantemente para rogarle que fuera con él a asistir a Kitty cuanto antes, inmediatamente si era posible, Levin contó al doctor todo lo que había ocurrido hasta el momento en que había salido de ca-sa.

–No se apresure usted, hombre, no se apresure –le dijo el doctor con calma–. Ustedes no entienden de esas cosas... A pesar de que seguramente no habrá necesidad de mí, he prometido ir a iré... Pero no hay ningún motivo para apresurarse... Siéntese usted, hágame el favor. ¿Quiere café?

Levin le dirigió una mirada, mezcla de asombro a ira, pensando si aquel hombre estaría chanceándose de él.

El doctor lo comprendió y dijo sonriendo:

–Ya sé... Ya sé lo que son estos casos, puesto que he asistido a muchos y yo mismo tengo hijos. Nosotros, los maridos, somos en estos momentos la gente más torpe Ïlor. El marido de una de mis clientes, habitualmente, . el parto de su esposa, corre a refugiarse en la cuadra.

–¿Qué cree usted que ocurrirá, Pedro Dmitrievich? ¿Cree que todo saldrá bien?

–Todo indica un feliz desenlace.

–¿Así que va usted a venir en seguida? –

preguntó, mirando con ira al criado, que traía al doctor el café.

–Dentro de una hora.

–¡No, por Dios! –suplicó Levin.

El médico empezó a tomar su café, mientras él callaba, intranquilo y angustiado.

–A los turcos les zurran de lo lindo. ¿No ha leído usted los telegramas de ayer? –dijo Pedro Dmitrievich mientras mojaba, con gran calma, el panecillo en el café y se lo iba comiendo poco a poco.

–No, no puedo más –exclamó Levin, levantándose de un salto–. ¿Así que vendrá usted dentro de un cuarto de hora? –volvió a preguntar.

–De una media hora.

–¿Palabra de honor?

Levin llegó a su casa al mismo tiempo que la Princesa, y los dos se acercaron a la puerta del dormitorio. La Princesa tenía lágrimas en los ojos y sus manos temblaban. Al verle, le abrazó y se puso a llorar.

–¿Cómo va eso, querida Elisabeta Petrovna? –preguntó la Princesa a la comadrona, que salía en aquel momento de la habitación de Kitty con el rostro radiante aunque preocupada.

–Todo va bien –dijo la comadrona–. Pero persuádanla –añadió– a que se esté en la cama. Así sentirá menos los dolores.

Cuando Levin, al despertar aquella maña-na, comprendió que había llegado el momento del alumbramiento, resuelto a sostener el valor de su esposa, se había prometido no pensar en nada, ocultar sus emociones y, sobre todo, su intranquilidad y su incertidumbre durante las cinco horas que, según los entendidos, debía durar la prueba, y mantener el ánimo sereno para consolarla y animarla con su presencia.

Pero, cuando al volver de la casa del médi-co vio que Kitty continuaba sufriendo, empezó a suspirar y a levantar los ojos al cielo, a temer que no podría resistirlo y se pondría a llorar o tendría que huir, y con mirada suplicante repitió con insistencia sus invocaciones a Dios:

«¡Señor, perdóname y ayúdanos!»

Pasó una hora de horrible tortura para él, pasó otra y otra, hasta las cinco que le habí-

an indicado que duraría el parto, y al cabo de las cuales esperaba el final de su tribulación, pero después de aquel tiempo el estado de Kitty seguía igual.

Se sentía desesperado. Sufría horriblemente no viendo término a los dolores de su esposa. A menudo pensaba, contando las palpitaciones, que su corazón iba a estallar, y sentía agotarse su paciencia.

Y pasaban minutos tras minutos, horas y más horas sin que se aclarara aquella situación.

Todas sus condiciones habituales de vida, comidas, sueño, aseo, distracciones –de las cuales Levin creía que no podría prescindir, habían desaparecido, no existían para él.

Perdió la noción del tiempo. Aquellos momentos en que Kitty le llamaba a su lado y con sus manos sudorosas apretaba las suyas con gran ansia, con fuerza extraordinaria, y se las abandonaba después, con expresión de agotamiento, le parecían horas; o bien el tiempo se le pasaba sin sentirlo. Levin se sorprendió cuando Elisabeta Petrovna encendió la luz y en un reloj que había tras de un biombo, vio que eran las cinco de la tarde. Si le hubieran dicho que eran las diez de la mañana, igualmente se habría sorprendido.

Advertía tan poco el paso del tiempo como lo que en él ocurría. Veía el rostro de Kitty, ya excitado, ya sorprendido, o sonriente, o con gesto de dolor. Veía también a la Princesa, encendida, angustiada, sin voluntad, con el rostro enmarcado de bucles blancos, cubierto de lágrimas que devoraba mordiéndose los labios. Veía a Dolly y al doctor, que fumaba gruesos cigarros, y a Elisaveta Petrovna, con el rostro firme, decidido y tranquilizador; y al viejo Príncipe, que se paseaba por la sala con el ceño fruncido. Pero Levin no se daba cuenta de que cuando cada uno de ellos entraba en la habitación, cambiaba de sitio o postura, o se marchaba. La Princesa tan pronto estaba en la habitación junto al doctor, como en el gabinete, donde habían puesto la mesa. Y en el sitio que ocupaba la Princesa veía, después, a Dolly, sin que se diese cuenta para nada de sus entradas y salidas.

Si le hacían algún encargo lo ejecutaba inconscientemente.

Recordaba que le habían enviado a alguna parte y no podía precisar para qué, ni cuán-do, ni adónde había ido. También, en otro momento, le habían mandado llevar una me-sa y un diván a la habitación. Lo había hecho deprisa, y sólo después se dio cuenta de que los había llevado para pasar él la noche.

Le habían mandado al gabinete a preguntar algo al doctor, y éste, después de haberle contestado, se puso a hablar del desorden que reinaba en el Ayuntamiento.

Le habían mandado también al dormitorio para llevar a la Princesa la Santa Imagen de la casulla de plata dorada, y Levin, en unión de la vieja camarera de la Princesa, subió al sagrario para sacar la imagen y rompió la lamparilla. La vieja camarera le consoló de aquel accidente y le dio ánimo respecto al estado de Kitty. Levin llevó la Santa Imagen y la colocó con gran cuidado a la cabecera de su mujer, detrás de los almohadones. Pero, dónde, cómo y por qué había hecho todo aquello no lo recordaba. Tampoco comprendía por qué la Princesa le cogía la mano, le miraba con compasión y le pedía que se calmase; por qué Dolly le pedía que comiera; ni por qué el médico le miraba tan serio y con tanta compasión y le hacía beber unas gotas.

Sabía y sentía que estaba en la misma situación, en igual estado de inconsciencia que hacía casi un año en la fonda de aquella capital de provincia, cerca del lecho de muerte de su hermano Nicolás. Entonces se trataba de una muerte y ahora de una vida. Pero igual que antes el dolor, la alegría abría ahora en la vida habitual de Levin un claro en el cual advertía algo superior que no acababa de comprender pero que le elevaba el alma a una altura a que no llegara nunca y adonde su razón no alcanzara.

«¡Señor, perdóname y ayúdanos!», repetía sin cesar, con la naturalidad y la fe con que lo había hecho en su infancia y durante su juventud, aquellos períodos de su vida tan lejanos que parecían definitivamente olvidados, pero que hábían dejado en su alma un sedi-mento que ahora le subía a los labios.

Durante aquellas horas interminables, Levin conoció alternativamente dos diferentes estados de ánimo: uno, cuando alejado de Kitty estaba con el doctor, que fumaba uno tras otro gruesos cigarros, apagándolos en el borde del cenicero, lleno ya de ceniza, o bien cuando estaba con Dolly o con el Príncipe y hablaban de política, de la enfermedad de María Petrovna o sobre otro tema cualquiera, en animada conversación. En estos momentos, Levin olvidaba por completo lo que le estaba –ocurriendo a su esposa y sentía firme su ánimo y despierto su pensamiento. El otro estado de espíritu por que pasaba era cuando estaba en presencia de Kitty, cerca de su cabecera, y se sentía otro ser completamente distinto: sentía como si su corazón fuera a romperse y rezaba sin cesar. Cada vez que en un momento de olvido oía de nuevo un grito que le llegaba del dormitorio, Levin caía en el mismo error: al oírlo, daba un salto y corría allí, con intención de disculparse; luego, por el camino, se acordaba de que no era el causante de aquellos sufrimientos, y sentía deseos de defender y de ayudar a su mujer.

Al mirarla veía, sin embargo, que le era imposible ayudarla, se horrorizaba y clamaba una vez más: «¡Señor, perdóname y ayú-

danos!».

Cuanto más tiempo pasaba, tanto más doloroso sentía Levin el contraste de aquellos dos sentimientos; más tranquilo se sentía fuera de su presencia, hasta el punto de olvidarse de todo; y más vivo era su sentimiento de impotencia cuanto más hondos eran los sufrimientos de su mujer. Pero, a pesar de todo, cuando oía su voz, corría al lado de ella a ayudarla.

A veces, cuando le llamaba, sentía ira y deseos de increparla, pero, al ver el rostro de Kitty sumiso y sonriente y

oyendo sus palabras: «¡Cómo te atormento, Kostia! Perdó-

name», Levin quería volverse contra Dios; y al recordar a Dios, en seguida le imploraba que le perdonara y les ayudase.

XV

Levin no sabía si era tarde o temprano.

Las velas estaban ya casi consumidas. Dolly, que salía entonces del gabinete, rogó al doctor que descansara.

Levin, sentado cerca del doctor, escuchaba una anécdota que éste le refería de un charlatán magnetizador, y miraba a la vez y con aire abstraído la ceniza que se iba formando en su cigarro.

Era un período de tranquilidad y Levin se había olvidado por completo del parto. Ahora escuchaba las palabras del doctor y las comprendía plenamente.

De súbito se oyó un grito estremecedor. El grito era tan terrible que Levin ni siquiera pu-do levantarse, como otras veces –de un salto– y correr a la alcoba, sino que se quedó sentado, inmóvil, con la respiración cortada, mirando al doctor aterrada a interrogativa.

Pedro Dmitrievich, ladeando la cabeza, escuchó. Luego sonrió a hizo un gesto de satisfacción.

Todo lo que ocurría era tan extraordinario que ya nada podía sorprender a Levin.

«Sin duda debe de ser así», se dijo. Y continuó sentado.

Pero, poco después, no pudiendo, a pesar de todo, explicarse aquel grito, se levantó y, de puntillas, entró en el dormitorio, pasó por detrás de Elisabeta Petrovna y la Princesa y se colocó en su sitio de siempre, a la cabecera de la cama.

No se oía ya ningún grito, pero comprendió que allí, por más que nada advirtiese ni comprendiese nada, había sucedido algo extraordinario. El rostro de Elisabeta Petrovna estaba severo y pálido; sus mandíbulas temblaban ligeramente y sus ojos estaban fijos en Kitty. El rostro congestionado, atormentado, de su mujer, cubierto de sudor y con un mechón de cabellos pegados a la frente, se había vuelto hacia él, buscaba la mirada de su esposo, y con sus manos, levantadas por encima de la cama, le pedía su mano.

–No te marches... No te marches... Yo no temo, no temo... –dijo rápidamente, tomando entre las suyas sudorosas las manos frías de su marido y acercándoselas a la cara–. Mamá... Toma mis pendiente que me están estorbando... Tú no temas... ¿Será pronto, Elisabeta Petrovna?

Hablaba precipitadamente y con voz entrecortada. Quería sonreír, pero de pronto su rostro se alteró horriblemente y de su garganta brotó un quejido horrible, fuerte, agudo y prolongado.

–¡No! Es terrible... Voy a morir... Voy a morir... Vete, vete –dijo a Levin.

Y de su garganta brotó de nuevo el mismo grito estremecedor.

Levin se cogió la cabeza con las manos y salió corriendo de la habitación.

–No es nada, no es nada, todo va bien ––

oyó decir a Dolly detrás de él. Pero, a pesar de lo que le decían, él pensaba que todo estaba perdido.

Se quedó en la habitación contigua, apoyando su cabeza en el quicio de la puerta.

Seguía oyendo aquel grito nunca escuchado, semejante a un espantoso aullido, y sabiendo que la que gritaba de aquel modo era su Kitty.

Ya hacía tiempo que, ante tanto dolor, había renegado de su deseo de tener un hijo.

Ahora le odiaba y no pedía a Dios sino que salvase la vida de ella; lo única que deseaba era que cesaran sus sufrimientos.

–¿Qué es esto, Dios mío? Doctor, ¿qué es esto? –decía Levin cogiendo de la mano al doctor, que entraba en aquel momento, en la habitación.

–Se está terminando ––dijo el doctor. Y

tenía un rostro tan serio cuando dijo estas palabras, que Levin entendió que aquel «se está terminando» significaba que Kitty estaba muriéndose.

Fuera de sí, corrió al dormitorio, donde lo primero que vio fue el rostro de Elisabeta Petrovna, más fruncido y severo que el del mé-

dico. Kitty, su querida Kitty, no estaba ya allí.

En su lugar había una criatura atormentada, con el rostro descompuesto y terrible, de cu-ya boca brotaban sin cesar estremecedores gritos, y a la que era imposible reconocer.

Levin apoyó su cara contra la madera de la cama y le parecía que su corazón iba a estallar.

Los horribles lamentos sonaron sin interrupción durante algún tiempo, cada vez más estremecedores. Pero de pronto, y como habiendo llegado ya su último límite, se dejaron de oír.

Levin no quería dar crédito a sus oídos, pero la duda no era ya posible: los lamentos habían cesado y sólo se oía un suave ruido de ropas removidas y respiraciones fatigadas y, por último, la voz de Kitty, su viva y suave voz, llena de inefable felicidad que decía: «¡ Se terminó!».

El levantó la cabeza con temor.

Con los brazos caídos, desmayados, sobre la colcha extraordinariamente hermosa y dulce, ella le miraba en silencio, iniciando una sonrisa que no llegaba a terminar.

Y de repente, de aquel mundo misterioso y terrible, tan lejos de la vida ordinaria, en el que había vivido aquellas últimas veintidós horas, Levin se sintió transportado a su mundo habitual, a su mundo de antes, y que ahora encontraba iluminado por una luz de felicidad tan radiante que no la pudo soportar. Lá-

grimas de alegría le inundaron los ojos, y los sollozos le brotaron con tanta intensidad que sacudieron todo su cuerpo y durante largo rato le impidieron pronunciar palabra.

Arrodillado ante la cama, ponía sus labios sobre las manos de su mujer y las besaba frenéticamente, mientras ella respondía a estas caricias con un movimiento débil de sus dedos exangües.

En tanto, a los pies de la cama, entre las manos hábiles de Elisabeta Petrovna, se agitaba cual la luz vacilante de una pequeña lámpara la débil llama de aquel ser que un segundo antes no existía, pero que muy pronto haría valer sus derechos a la vida y engendraría a su vez a otros semejantes.

–¡Vive! ¡Vive! ¡Y es un niño! ¡No se apure!

– oyó Levin a Elisabeta Petrovna, que con una mano golpeaba ligeramente la espalda del niño.

–Mamá, ¿es verdad? –preguntó con voz débil Kitty.

Le contestaron sólo los sollozos de la Princesa.

Y en el silencio, como respuesta indudable a la pregunta de la madre, se oyó una voz, bien distinta de las que hablaban, en tono bajo, en la habitación contigua. Era el vagido del que acababa de nacer.

Si un momento antes le hubieran dicho a Levin que Kitty había muerto y él también, que estaban juntos los dos en la gloria y tení-

an hijos que eran ángeles, y que Dios estaba allí mismo, con ellos, él no habría mostrado ninguna extrañeza. Pero, ahora, vuelto al mundo de lo real, hacía esfuerzos en su pensamiento para no dudar de que ella estaba viva y sana y comprender que aquel ser que chillaba tan desesperadamente era un hijo suyo. Sí: Kitty estaba viva, y

sus sufrimientos habían terminado, y él era infinitamente feliz.

Todo esto lo comprendía con claridad. Pero,

¿y el niño? ¿Qué era el niño? ¿De dónde y para qué venía? Levin no pudo asimilar este pensamiento en mucho tiempo. Le parecía que aquel ser sobraba.

XVI

A las nueve de la noche, el viejo príncipe, Sergio Ivanovich y Esteban Arkadievich estaban sentados con Levin y, habiendo hablado ya respecto a la joven madre, trataban ahora de otras cuestiones relativas al caso.

Levin les escuchaba sin prestarles atención alguna. Mientras hablaban, él recordaba los temores y sufrimientos que había experimentado hasta la mañana de aquel día. Recordaba su estado de la víspera, antes de que pasara nada de todo aquello, y le parecía que desde entonces habían transcurrido cien años.

Se sentía en una altura inaccesible de la cual quería descender para no ofender, con su falta de atención, a aquellos que estaban hablándole. Pero mientras seguía aquella conversación relativa a la nueva situación de su familia, Levin no dejaba de pensar en su mujer, en el estado de su salud; y pensaba también en su hijo, de cuya existencia, aunque procurando convencerse, dudaba todavía.

Aquel mundo femenino, al que ya desde su boda consideraba con otra significación, bajo el aspecto de futuras esposas, ahora lo veía a una altura tal, formado por madres, que ni siquiera podía llegar a él en su imaginación.

Estaba escuchando cómo hablaban de la comida que habían tenido el día anterior en el Círculo y, entre tanto, pensaba: «¿Qué hará ahora Kitty? ¿Estará durmiendo? ¿Cómo se sentirá? ¿Qué estará pensando? ¿Chillará aún el pequeño Dimitri?»

Y, cortando inopinadamente la conversación, se levantó y salió de la estancia.

–Mándame aviso de si puedo verla –le encargó el Príncipe.

–Bien, ahora –contestó Levin sin detenerse y se dirigió apresuradamente a la habitación de su mujer.

Kitty no dormía. Hablaba con su madre, en voz baja, referente al próximo bautizo del ni-

ño. En tanto, descansaba, arreglados su rostro y su cuerpo; peinada de nuevo, con una cofia azul celeste cubriéndole la cabeza, los brazos sobre la colcha y recostada dulcemente en la almohada.

Al ver a Levin, que se quedó en la puerta mirándola, le indicó con los ojos que se acercara. Su mirada, siempre tan clara, hacíase más clara todavía a medida que él se aproximaba. En su rostro se advertía aquel cambio de terrenal a ultraterreno, aquella expresión de serenidad que se observa en los rostros de los muertos, con la diferencia de que en éstos es de despedida y en el de Kitty era de alegre salutación, de bienvenida.

La emoción que había experimentado durante el parto, volvió a apoderarse de él. Kitty le tomó su mano y le preguntó si había dormido.

Levin, vencido por la emoción, no pudo contestar, y avergonzado de su debilidad, volvió el rostro.

–Pues yo he dormido un buen rato ––dijo ella– y he olvidado todo lo que he sufrido, y ahora, Kostia, me siento tan bien otra vez...

Le miraba y, de repente, llegaron hasta ella los gritos del niño, y la expresión de su rostro cambió.

–Démelo, Elisabeta Petrovna, démelo.

Quiero que Kostia lo vea.

–Bien, que el papá lo vea –dijo Elisabeta Petrovna, levantando y acercando una forma extraña, colorada, que se movía–––. Pero esperen un momento; antes tenemos que arreglarle.

Y Elisabeta Petrovna puso aquella forma movible y colorada –el niño– sobre la cama, le desenvolvió, le echó polvos en sus carneci-tas, separando, cuidadosamente con un dedo, sus junturas, sus arruguitas, y le vistió de nuevo.

Mirando a aquel minúsculo y lamentable ser, Levin hacía vanos esfuerzos en su alma para encontrar en ella algún sentimiento paternal. Sentía sólo repugnancia. Pero cuando dejaron desnudo al niño y vio sus brazos, tan delgaditos, tan diminutos, los pies de color azafranado, hasta en los dedos mayores, que eran muy distintos de otros dedos; y al ver, también, que la comadrona apretaba aquellos brazos que querían abrirse y los cerraba co-mo si tuvieran muelles blandos, y cómo le movía para envolverle en las vestiduras de hilo, Levin sintió tanta lástima de aquel ser y tanto temor de que Elisaveta Petrovna le hiciera daño, que retuvo las manos de la comadrona.

Elisabeta Petrovna no.

–No tema, hombre, no tema –le dijo.

Cuando el niño estuvo arreglado y convertido en una especie de crisálida, Elisabeta Petrovna le hizo girar, presentándole por todos sus lados, como si estuviera orgullosa de él y de su labor, y apartándose para que Levin pudiera verle en toda su belleza.

Kitty, que no separaba un momento los ojos del recién nacido, exclamó de nuevo:

–Démelo, démelo –y hasta quiso levantarse para coger a su hijo.

–¿Qué hace usted, Catalina Alejandrovna?

No debe usted hacer estos movimientos. Espere, que se lo daré. Ahora, en cuanto acabe de verle su papaíto... Qué buen mozo, ¿eh?

Y Elisabeta Petrovna levantó en una de sus manos (la otra, con sólo los dedos, sostenía la débil nuca para evitar cualquier movimiento peligroso) a aquella extraña figura, rojiza y movible. Tenía el rostro oculto por los bordes de los pañales, pero se le veían las naricillas, los ojos, cerrados y algo torcidos, y los labios que hacían ademán de chupar.

–¡Es una criatura magnífica! –volvió a en-salzar Elisabeta Petrovna.

Levin suspiró con pesar. Aquella criatura magnífica le despertaba solamente un sentimiento de repugnancia y compasión. Cuando Elisabeta Petrovna lo acercó al pecho de la madre, y auxilió a ésta en su inexperiencia, Levin no quiso mirar.

De repente, una risa nerviosa de Kitty, provocada por la impresión que le causaba el niño tomando el pecho, hizo volverle la cabeza.

–Ya basta, basta ya ––decía Elisabeta Pe-troyna; pero Kitty dejó mamar al niño hasta que quedó dormido en sus brazos.

–Mírale ahora –dijo la madre, volviendo el niño de forma que Levin pudiera verle el rostro.

El niño arrugó aún más su carita de viejecillo y estornudó.

Levin, conteniendo con dificultad las lágrimas de enternecimiento que acudían a sus ojos, besó a su mujer y salió de la habitación.

Los sentimientos que le inspiraba aquel pequeño ser eran completamente distintos de lo que él esperaba. No se sentía alegre, y mucho menos feliz. Por el contrario, experimentaba un miedo nuevo y atormentador.

Miedo a que Kitty pudiera verse de nuevo en el trance de tener que pasar por los sufrimientos que había pasado. Miedo al nuevo rincón vulnerable que habría a partir de ahora en su vida, en el temor de que aquella criatura hubiese de sufrir. Y este sentimiento era tan fuerte en él que no le dejó percibir la extraña sensación de alegría irracionable mezclada con un orgullo que había experimentado oyendo estornudar al niño.

XVII

Los asuntos de Esteban Arkadievich marchaban de mal en peor.

Dos terceras partes del dinero que debía percibir por la venta de su bosque estaban ya gastadas y, con un descuento del diez por ciento, Oblonsky tomó por adelantado casi todo lo que le faltaba cobrar de la parte restante. El comerciante que había comprado el bosque no le daba más dinero, principalmente porque, por primera vez

en su vida, Daria Alejandrovna, haciendo valer sus derechos a aquellos bienes, se había negado a firmar en el contrato haber recibido dinero a cuenta de aquella tercera parte del bosque.

Todo el sueldo de Esteban Arkadievich se había ido en los gastos de la casa y en pagar pequeñas deudas que él tenía siempre. Los Oblonsky habían quedado, pues, sin un céntimo y sin tener dónde encontrar dinero.

«Esto es desagradable y fastidioso y no debe continuar así», pensaba Esteban Arkadievich. Y pensaba también que la causa de aquella situación tan difícil era el escaso sueldo que percibía. El puesto que ocupaba resultaba muy bien remunerado hacía cinco años, pero, con el encarecimiento de la vida, su sueldo no llegaba para nada. Petrov, director de un banco, percibía doce mil rubios; a Sventisky, como miembro de una sociedad, le daban diecisiete mil; Mitin, fundador de un banco, cobraba cincuenta mil. «Se ve que estoy dormido y me han olvidado», pensaba Esteban Arkadievich.

Entonces

decidió

escuchar,

observar,

orientarse hacia otros cargos más remunera-dores. Al final del invierno había puesto ya la mirada en uno muy bien retribuido y comenzó las gestiones para obtenerlo. Inició las primeras desde Moscú, por mediación de sus tíos, tías y amigos; y luego, cuando el asunto estuvo ya madurado, se trasladó a San Petersburgo para darle fin.

Existían puestos de todas las categorías, desde mil hasta cincuenta mil rubios de sueldo anual. El que quería Esteban Arkadievich era el de miembro de la Comisión de las Agencias Reunidas de Balances de Crédito Mutuo y de los Ferrocarriles del Sur. Este puesto, como todos los de esta índole, exigía unos conocimientos y una actividad tales como difícilmente podían hallarse en un hombre solo. Como este hombre no se encontraba, procuraban al menos encontrar para ellos un hombre «honrado» .

Esteban Arkadievich, no sólo era un hombre honrado, sino un honradísimo hombre, con la especial significación que tiene esta palabra en Moscú cuando dicen « honradísi-mo hombre de acción», « honradísimo escritor», «honradísima institución» «honradísima dirección de ideas», lo que significaba que la institución o el hombre, no sólo son probos, sino también, si llegare el caso, capaces de oponerse al propio Gobierno. En Moscú, Esteban Arkadievich frecuentaba la sociedad donde esta palabra estaba en boga, y era considerado como un «honradísimo ciudadano» .

Por esta razón, más que por otra, tenía más derecho que otros a ocupar aquel cargo.

El cargo, que producía de seis a diez mil rublos anuales, y que Oblonsky podía ocupar-lo sin dejar su puesto oficial en el Ministerio, dependía de dos ministerios, de una señora y de dos judíos. Todas estas personas estaban preparadas ya en su favor, pero, no obstante, necesitaba verlas en San Petersburgo. Además, Esteban Arkadievich había prometido a su hermana obtener una respuesta definitiva de su marido con respecto al divorcio. Dolly le dio cincuenta rublos, y con este dinero, Oblonsky se marchó a San Petersburgo.

Sentado en el gabinete de Karenin, Esteban Arkadievich escuchaba la lectura que és-te le hacía de su memoria

relativa al mal estado de las finanzas rusas, y esperaba el momento en que Alexey Alejandrovich terminara de leer y comentar para tratar con él de los asuntos que allí le llevaban: el divorcio y la obtención del cargo a que aspiraba.

–Sí, todo esto es muy justo –dijo Oblonsky, cuando su cuñado, quitándose los pincenez, sin los cuales ahora no podía leer, le mi-ró interrogativamente después de haber terminado la lectura–. Pero de todos modos el principio esencial de nuestros tiempos es la libertad.

–Sí, mas yo establezco otro principio que abraza, también, el de libertad –dijo Alexey Alexandrovich, recalcando las palabras « que abraza» . Y se puso de nuevo los pince–nez, y, después de haber hojeado el manuscrito, escrito con buena Tetra, de anchos y claros caracteres, leyó otra vez lo referente a aquel principio a que aludía.

–Si no acepto el sistema de protecciones, no es para favorecer a los particulares –

explicó–, sino para que las clases superiores a inferiores, en el mismo grado, encuentren un medio mejor de vida –decía Karenin mirando a Oblonsky por encima de los pincenez–. Pero «ellos» no lo comprenden, no lo quieren comprender. «Ellos» están muy ocupados en otras cosas: unos en sus intereses personales; otros en tratar de deslumbrar con sus frases huecas... Esteban Arkadievich sa-bía que cuando Karenin se ponía a hablar de lo que estaban pensando o haciendo «ellos»

(aquellos mismos que no querían aceptar sus proyectos y, según decía, eran la causa de todo el mal que padecía Rusia), significaba que la conversación tocaba a su fin. Por este motivo, con mucho gusto renegó del principio de

libertad y se mostró de acuerdo con Alexey Alejandrovich, el cual, al fin, quedó callado, hojeando su manuscrito.

–¡Ah! A propósito –dijo Esteban Arkadievich entonces, aprovechando aquel estado de ánimo de su cuñado–, quería pedirte que, cuando tengas ocasión de ver a Pomoszky, le digas que tengo un gran interés en ser designado para el puesto que van a instituir de miembro de la Comisión de las Agencias Reunidas de Balances de Crédito Mutuo y de los Ferrocarriles del Sur. (Esteban Arkadievich estaba tan encariñado con este puesto, que pronunciaba ya su título rápidamente y sin equivocarse.)

Alexey Alejandrovich le preguntó en qué consistía la labor de aquella Comisión y quedó pensativo, reflexionando si en la actividad de ella había algo contrario a sus proyectos.

Pero como la actividad de la nueva institución era muy complicada y los proyectos de Karenin alcanzaban un amplio campo, no pudo de momento decidir y, quitándose otra vez los pincenez, dijo:

–Indudablemente, podré decirle algo a Pomozsky, pero, ¿para qué quieres ocupar este puesto, precisamente?

–Se trata de un buen sueldo. Creo que hasta nueve mil rublos, y mis medios...

–¡Nueve mil rublos! –exclamó Alexey Alejandrovich, y frunció el entrecejo.

La importancia de este sueldo le recordó que la futura actividad de Esteban Arkadievich en aquel cargo tal vez fuera contraria a la principal idea de sus proyectos, que era la economía.

–Considero, y así lo he expuesto en mi memoria, que en nuestros tiempos esos sueldos exorbitantes no son más que una prueba de la falsa assiette económica de nuestra administración.

–Pero, ¿cómo quieres que sea? –refutó Esteban Arkadievich–. Si el director de un banco gana diez mil rublos de sueldo, y un inge-niero gana veinte mil, es porque el trabajo lo vale. Esto tienes que reconocerlo.

–Yo considero que el sueldo es el pago por una mercancía y debe regularse por la ley de la oferta y la demanda. Y cuando veo, por ejemplo, que de la Escuela Superior de Inge-nieros salen dos alumnos igualmente instruidos y capaces y uno logra un sueldo de cuarenta mil rublos y el otro ha de conformarse con dos mil; cuando veo que ponen como directores de bancos, con un sueldo enorme, a juristas que no poseen noción alguna de aquella especialidad, entonces concluyo que esos nombramientos no están regulados por la ley de la oferta y la demanda, sino hechos por favoritismo y con parcialidad. Y esto es un abuso intolerable que tiene una influencia desastrosa en los servicios del Estado. Considero...

Esteban Arkadievich se apresuró a interrumpir a su cuñado.

–Debes tener en cuenta –dijo– que se trata de una institución nueva, indudablemente útil, al frente de la cual se necesitan sobre todo hombres «honrados» –terminó, recalcando las palabras «hombres honrados».

Pero la significación moscovita de «hombre honrado» era incomprensible para Alexey Alejandrovich.

–La honradez es una cualidad negativa –

sentenció.

–De todos modos –insistió Oblonsky– me harás un gran favor hablándole de mí a Pomoszky. Así trabaré conversación con él más fácilmente.

–Lo haré con gusto, pero me parece que este asunto depende de Bolgarinov ––dijo Alexey Alejandrovich.

–Bolgarinov

está

completamente

de

acuerdo –afirmó Oblonsky.

Y se sonrojó al decirlo, porque aquella ma-

ñana, precisamente, había hecho una visita a aquel hebreo y la tal visita le había dejado un recuerdo bastante desagradable. Esteban Arkadievich estaba plenamente convencido de que la causa a la que quería dedicarse era nueva, útil y honrada. Pero aquella mañana, cuando Bolgarinov, de manera evidentemente deliberada, le había hecho esperar dos horas en la antesala de su despacho junto con otros visitantes, Oblonsky se sintió desconcertado y molesto, tanto por el hecho de que a él, al príncipe Oblonsky, descendiente de Riurick, le hubiese tocado esperar dos horas en la antesala de un judío, como por no haber seguido por primera vez en su vida el ejemplo de sus antepasados de servir al Gobierno, entrando en una nueva esfera de actividad. No obstante, durante aquellas dos horas de espera, paseando animado por la sala o atusándose las patillas, o entablando conversación con otros solicitantes, Esteban Arkadievich había imaginado un ingenioso calembour a propósito de aquella espera en la casa de un

judío. Esteban Arkadievich ocultaba a los demás a incluso a sí mismo el sentimiento que experimentaba. No obstante, no sabía bien si su malestar procedía del temor de que no le resultase bien el calembour o de alguna otra causa.

Cuando, por fin, Bolgarinov le recibió, lo hizo con extrema amabilidad, visiblemente satisfecho de poder humillarle y no dejándole ninguna esperanza sobre el éxito de su gestión.

Esteban Arkadievich se apresuró a olvidar aquel incidente. Sólo ahora, al recordarlo, se había ruborizado.

XVIII

–Tengo que hablarte también de otro asunto –dijo Esteban Arkadievich después de un silencio–. Ya lo debes adivinar... de Ana.

Cuando Oblonsky pronunció el nombre de su hermana, el rostro de Alexey Alejandrovich mudó completamente de color y, en vez de con la animación que expresaba, se cubrió con una máscara de fatiga y de inmovilidad.

–Concretamente, ¿qué queréis de mí? –

preguntó Karenin, volviéndose en su butaca, cerrando sus pince–nez y mirando a su interlocutor.

–Una decisión, sea la que sea, Alexey Alejandrovich. Me dirijo a ti no como... como... –

«Como a un marido ofendido» iba a decir Esteban Arkadievich, pero temió herir la susceptibilidad de su cuñado, y sustituyó estas palabras por « como a un hombre de Estado», y, al fin, no pareciéndole bien tampoco ésta, dijo:

–Me dirigio a ti como a un hombre, un hombre bueno y un sincero cristiano. Debes tener compasión de ella.

–¿Y en qué? –preguntó en voz baja Karenin.

–Sí, debes tener compasión de ella. Si la hubieses visto como yo, que he pasado un invierno con ella, el alma se te llenaría de piedad. Su situación es verdaderamente terrible... Sí, terrible... –insistió.

–Creía –contestó Karenin, con voz más segura, casi chillona– que Ana Arkadievna había conseguido lo que quería y se buscó ella misma...

–¡Alexey Alejandrovich, por favor! Dejemos las recriminaciones. Lo hecho hecho está y sabes muy bien que lo que ella desea y espera es el divorcio.

–Yo suponía que Ana Arkadievna renunciaba al divorcio en el caso de quedarme yo con el chico. El silencio equivaldría, pues, a una respuesta, y ya daba este asunto por terminado –––dijo casi gritando Karenin.

–Por favor, no te acalores –repuso Esteban Arkadievich, dando unas palmaditas afectuosas en las rodillas de su cuñado–. El asunto no está terminado. Si me lo, permites, haré una recapitulación de él: Cuando os separas-teis, te portaste con tanta grandeza de alma, dándole la libertad, el divorcio, todo .... que Ana se sintió conmovida por tu generosidad...

Sí, conmovida; no lo dudes. Se sintió así hasta el punto de que en los primeros momentos, viéndose culpable ante ti, no pudo pensar y no pensó en detalles, y fue cuando renunció a todo. Pero la realidad, el tiempo, le han mostrado que su situación es dolorosa, insoportable.

–La situación de Ana Arkadievna no puede interesarme –– contestó Karenin levantando la vista y fijándola, fría y severa, en Esteban Arkadievich.

–Permíteme que no lo crea –replicó suavemente Oblonsky–. Su situación –continuó–

es agobiadora para ella y no ofrece ventaja alguna a nadie. Me dirás que se la ha merecido... Ana lo reconoce, y precisamente por eso no te lo pide directamente; no se atreve a hacerlo. Pero yo, todos sus parientes, todos los que la queremos, te lo rogamos. ¿Por qué atormentarla tanto? ¿Qué ganas con eso?

–Perdóname, pero me parece que me pones en el lugar del acusado –interrumpió Alexey Alejandrovich.

–No, no, nada de esto –dijo Esteban Arkadievich dándole palmaditas cariñosas en la mano, como si estuviera seguro de que con este rasgo de afecto ablandaría a su cuñado–.

Yo sólo lo digo: su posición es penosa. Tú puedes aliviarla sin perder nada por tu parte.

Yo arreglaré las cosas de tal modo que no te darás cuenta de nada. Pero, ¡si lo habías prometido

–La promesa fue hecha antes y yo pensaba que la cuestión del hijo lo arreglaría todo.

Además, esperaba que Ana Arkadievna tendría la suficiente grandeza de alma... –dijo Alexey Alejandrovich con gran dificultad, con voz temblorosa y poniéndose intensamente pálido.

–Ella lo confía todo a tu magnanimidad –

insistió Esteban Arkadievich–. Sólo pide, ruega, suplica, una cosa: que la saquen de la situación insoportable en que se encuentra.

Ahora ya no pide que le devuelvas su hijo.

Alexey Alejandrovich, tú eres un hombre bueno. Ponte por un momento en su lugar. El divorcio es para ella cuestión de vida o muerte. Si no lo hubieras prometido antes, ella se habría conformado con la situación en que está y habría ajustado a ella su vida, viviendo en el campo. Pero tú lo prometiste, ella lo ha escrito y se ha trasladado a Moscú, donde cada encuentro con un antiguo amigo o conocido es para ella como un puñal en el pecho.

Y lleva seis meses así, esperando cada día tu decisión, como un condenado a muerte que tuviera durante meses y meses la cuerda arrollada al cuello, prometiéndole ya la muerte, ya el indulto. Ten compasión de ella y yo me encargo de arreglarlo todo de modo que no tengas perjuicios, ni sufrimientos, ni molestias. Vos scrupules...

–No hables de esto, no hables de esto –le interrumpió con gesto de asco Alexey Ale-jandrcvich–. Lo que ocurre es que acaso prometí lo que no podía prometer.

–¿Así lo niegas, pues, a cumplirlo?

–Nunca he rehusado cumplir mis compromisos en todo lo que me es posible, pero necesito tiempo para reflexionar, para ver si lo que he prometido está dentro de lo posible.

–No, Alexey Alejandrovich –dijo Oblonsky, levantándose airadamente–. No quiero creerlo... Ana es todo lo desgraciada que puede ser una mujer y tú no puedes rehusarle lo que te pide y le prometiste. En tal caso...

–Se trata de saber si podía o no prometer-lo... Vous professez d'étre un libre penseur...

Pero yo, como un hombre que tiene fe, no puedo, en una cuestión tan transcendental, obrar contra la ley cristiana.

–Pero en las sociedades cristianas, entre nosotros, a lo que sé, el divorcio está permitido –repuso Esteban Arkadievich–. El divorcio está permitido por nuestra Iglesia. Y vemos...

–Está permitido, pero no en este aspecto...

–Alexey Alejandrovich, no lo reconozco –

dijo Oblonsky con dureza. Y, tras un pequeño silencio durante el cual reflexionó sobre la situación que creaba la negativa de Karenin–:

¿No eras tú quien lo perdonó todo –siguió en tono persuasivo– (y nosotros te lo supimos apreciar y agradecer) y el que, movido por un sentimiento cristiano, estaba pronto a todos los sacrificios? ¿No eras tú el que dijiste:

«Cuando te pidan la camisa, da el caftán»? Y

ahora...

–Ahora te ruego que no hables más de es-to. Terminemos nuestra conversación –

contestó Alexey Alejandrovich levantándose de repente, muy pálido, temblándole la mandiíbula inferior y con voz lastimera.

–¡Ah! Bien. Te ruego que me perdones si te he causado dolor ––dijo Esteban Arkadievich con sonrisa equívoca y

alargándole la mano–. Por mi parte, no he hecho más que cumplir fielmente lo que se me había encargado.

Alexey Alejandrovich le dio la mano, quedó pensativo unos momentos y le dijo:

–Debo reflexionar y buscar consejo. Pasado mañana haré saber mi respuesta definitiva.

XIX

Esteban Arkadievich iba a marcharse ya cuando entró Korney y anunció:

–Sergio Alexievich.

–¿Quién es este Sergio Alexievich? –

preguntó Esteban Arkadievich a Karenin, pero en seguida recordó y dijo:

–¡Ah! Sí, mi sobrino Serguey. Pensé que se trataba de algún jefe de un departamento ministerial...

«Ana me ha pedido que le vea», pensó también Oblonsky y recordó la expresión del rostro de su hermana, tímida y lastimera, cuando le había dicho, despidiéndose de él:

«Haz por verle de cualquier modo. Entérate detalladamente de dónde está, quién está a su lado y, si esto fuera posible... ¿Verdad que es posible, Stiva, obtener el divorcio y tener a mi hijo conmigo?».

Esteban Arkadievich veía ahora que no po-día ni siquiera pensar en tal cosa; de todos modos, se alegró de ver al menos a su sobrino y poder así dar noticias directas a su hermana.

Alexey Alejandrovich hizo presente a su cuñado que a Sergio no le decían nunca nada de su madre y le rogó que él se abstuviera asimismo de hablarle de ella.

–Sergio ha estado muy enfermo –explicó–

después del último encuentro con su madre, que nosotros no habíamos previsto, y a consecuencia, precisamente, de la impresión que recibió. Hasta hemos temido por su vida. Una cura bien llevada y baños de mar han repuesto su salud. Ahora, por consejo del médico, le he internado en un colegio. Efectivamente, el trato con los compañeros le ha producido una reacción beneficiosa y está completamente sano y estudia muy bien.

–¡Pero, si está hecho un hombre! Realmente ya no es Serguey sino un completo Sergio Alexievich ––comentó Esteban Arkadievich sonriendo y mirando extasiado al hermoso muchacho, ancho de espaldas, vestido con marinera azul y pantalón largo, de palabra fácil y ademanes desenvueltos en que encontraba convertido al pequeño Serguey.

El niño saludó a su tío como a un desconocido; pero, al reconocerle, se sonrojó y, como si se sintiese ofendido a irritado por algo, le volvió la espalda con precipitación.

Luego se acercó a su padre y le presentó su cuaderno con las notas obtenidas en la escuela.

–Esto ya está bien. Sigue así –comentó su padre.

–Está ahora más delgado y ha crecido mucho. Ha dejado de ser un niño y es un moce-tón. Así me gusta –dijo Esteban Arkadievich–.

¿Me recuerdas? –preguntó al niño.

Sergio miró a su padre rápidamente, como consultándole lo que debía hacen

–Le recuerdo, mon oncle –contestó mirándole. Y de nuevo bajó la vista.

Esteban Arkadievich atrajó hacia sí al niño y le cogió la mano.

–¿Qué, cómo van las cosas? –le dijo con acento cariñoso, pero cohibido, sin saber bien lo que decía, aunque deseando hablar con él y que le hablase.

Ruborizándose y sin contestar, el niño tiró suavemente de la mano que le había cogido su tío y, apenas logró soltarse, se separó de él, miró interrogativamente a su padre, pidiéndole permiso para retirarse y, al contestarle con un gesto afirmativo, salió de la habitación apresuradamente, como un pájaro al que dejasen en libertad.

Había pasado un año desde que Sergio Alexievich viera a su madre por última vez, y desde entonces nunca había vuelto a oír a hablar de ella. Este año le habían internado en un colegio, donde conoció y cobró afecto a otros niños también internados allí. Los pensamientos y recuerdos de su madre, que después de su entrevista con ella le hicieron enfermar, ahora habían dejado de inquietarle, y, si a veces volvían a su mente, los rechazaba considerándolos vergonzosos, propios de niñas pero no de niño. Sabía que entre sus padres se había producido una discordia que les había separado y que él debía estar con su padre. Y procuraba acostumbrarse a esta idea.

Ver a su tío, tan parecido a su madre, le fue desagradable, por despertar en él aquellos recuerdos que consideraba vergonzosos.

Y aún le fue más desagradable la visita por algunas palabras que oyó cuando esperaba a la puerta del despacho y que, por la expresión de los rostros de su padre y su tío, adivinó que se referían a su madre. Y, para no inculpar al padre, puesto que con él vivía y de él dependía y, principalmente, por no entregarse al sentimiento que él consideraba denigrante, Sergio procuró no mirar a Esteban Arkadievich y no pensar en lo que éste le recordaba.

Al salir del gabinete, Esteban Arkadievich encontró a Sergio en la escalera y le llamó, y le preguntó, mostrándole gran interés y afecto, cómo pasaba el tiempo en la escuela y en las clases, qué hacía luego y otros detalles de su vida.

Sergio, ausente su padre, contestó muy comunicativo, más hablador.

–Ahora jugamos al ferrocarril –explicó–.

Vea usted, es así: dos chicos se sientan en un banco figurando ser viajeros; otro, se coloca de pie delante del banco, de espaldas a éste; los tres se enlazan con las manos y los cintu-rones (todo esto estápermitido) y, abiertas antes las puertas, corren por todas las salas.

¡Es muy difícil ser el conductor!

–¿El conductor es el que está de pie, delante del banco?

–Sí. Y hay que ser muy atrevido y listo. Es muy difícil. Sobre todo cuando el tren se para de golpe, o cae alguno...

–Sí, eso no será tan fácil ––comentó Esteban Arkadievich, mirando con tristeza aquellos ojos animados que tanto se parecían a los de la madre; ojos que ya no eran infantiles, que no reflejaban ya completamente inocencia.

Y aunque Oblonsky había prometido a Karenin no hablar a Sergio de su madre, no pu-do contenerse y súbitamente le preguntó:

–¿Te acuerdas de tu madre?

–No, no me acuerdo –dijo Sergio rápidamente, y, poniéndose intensamente rojo, ba-jó la vista y quedó inmóvil y pensativo. Esteban Arkadievich no pudo obtener de él ni una palabra más. El preceptor ruso le encontró media hora más tarde en la misma postura, sin haber salido de la escalera, y no pudo comprender qué le ocurría: si estaba disgustado o si lloraba.

–¿Es que se hizo daño cuando se cayó? –

inquirió el preceptor–. Ya decía yo –comentó a renglón seguido que este juego es muy peligroso. Habrá que decírselo al director para que no lo permita.

–Si me hubiera hecho daño –contestó secamente Sergio– nadie me lo habría notado.

Téngalo por seguro.

–¿Qué le ha sucedido, pues?

–Déjeme... Qué si me acuerdo, que si no me acuerdo. ¿Qué tiene que ver él con esto?

¿Por qué debo acordarme? Déjenme en paz –

terminó dirigiéndose, no a su instructor, sino a otras personas ausentes a quienes veía todavía en su pensamiento.

XX

Como siempre que iba a la capital, Esteban Arkadievich no pasaba su tiempo inútilmente en San Petersburgo.

Además de hacer las gestiones que allí le llevaban –ahora el divorcio de Ana, su colocación– se dedicaba a lo que él llamaba « refrescarse».

Moscú, a pesar de sus cafés chantants y demás diversiones, y de los ómnibus, siempre le había parecido a Oblonsky monótono y triste como un agua muerta, sobre todo cuando estaba con él su familia, y la vida de allí había llegado a veces a pesarle en el espí-

ritu como una losa de plomo de la que necesitaba « refrescarse» .

Viviendo mucho tiempo en Moscú, sin au-sentarse, Oblonsky llegaba a sentirse inquieto de su mal humor, de su mujer con sus continuos reproches, de su salud y de la educación de sus hijos, de los pequeños intereses, de sus servicios, y hasta de las deudas, pues hasta las deudas llegaban a intranquilizarle.

Pero le bastaba llegar a San Petersburgo y vivir el ambiente de aquella ciudad « donde la gente vivía, no vegetaba simplemente» (otra frase de Oblonsky), para que todo su malestar se fundiese en el nuevo ambiente como la cera al fuego.

¿Su mujer? Oblonsky había hablado precisamente aquel día con el príncipe Chechensky, quien tenía esposa a hijos –hijos ya ma-yorcitos, unos hombrecitos, pajes ya–; y al lado de ésta tenía otra familia ¡legal, en la cual había también hijos. Aunque todos los de familia legítima eran buenos, el príncipe Chechensky se sentía mucho más feliz con los de la otra. Y hasta a veces llevaba al mayor de los hijos legítimos

a esta otra casa, considerando –así se lo aseguraba a Oblonskyque esto era muy útil y provechoso para aquél.

«¿Qué habrían dicho de esto en Moscú?», pensaba Oblonsky.

¿Los hijos? En San Petersburgo los hijos no estorbaban la vida de los padres. Los hijos se educaban en los colegios y allí no existía aquella costumbre, tan de moda en Moscú (por ejemplo, el príncipe Lvov), de tener a los hijos con todo lujo y los padres conformarse con no disfrutar de nada, con no tener nada más que el trabajo y las preocupaciones que da la familia.

Allí, en San Petersburgo, entendían que el hombre necesitaba vivir libremente, y para sí n–ismo, sin obligaciones que entorpeciesen sus caprichos o sus necesidades.

¿El servicio, el trabajo? Tampoco allí eran cosa penosa, agobiante moral y físicamente, para desesperarse, como sucedía en Moscú.

En San Petersburgo, había mucho campo abierto, buen porvenir para el trabajo, fuese de la clase que fuese. Un encuentro, una ayuda prestada, una palabra bien dicha, saber representar bien comedias o decir versos, o chistes... Cualquier cosa de éstas, y, de repente, un hombre se encontraba en un puesto elevado, como por ejemplo, Brianzov, al cual Esteban Arkadievich había encontrado el día antes convertido en una de las figuras más importantes. «Un servicio así, sí que es interesante», pensaba Esteban Arkadievich.

Sin embargo, lo que ejercía una influencia más tranquilizadora en el ánimo de Esteban Arkadievich era el punto de vista que se tenía en San Petersburgo referente a las cuestiones pecuniarias. Bartniansky, que gastaba por lo

menos cincuenta mil rublos al año, según el tren que llevaba, le había dicho a este propó-

sito cosas extraordinarias.

El día anterior, antes de la comida, se habían encontrado, y Esteban Arkadievich dijo a Bartniansky:

–Según me han dicho estás en buenas relaciones con Mordvinsky. ¡Si es así podrías prestarme un gran servicio hablándole en favor mío! Hay un puesto que desearía ocupar: miembro de la Comisión...

–Es igual que no me lo digas –le interrumpió Bartniansky– no lo recordaría ni haría na-da de lo que me pides. ¿Por qué te metes en esos asuntos ferroviarios con judíos? Es un asco...

Esteban Arkadievich no quiso rebatirle esta impresión, explicarle que se trataba de un asunto serio: tenía la seguridad de que Bartniansky no le había entendido.

–Necesito dinero... Hay que vivir –le dijo simplemente.

–¿Pero no vives?

–Vivo, pero tengo deudas.

–¿Qué me dices? ¿Muchas? –preguntó Bartniansky, mirando a su amigo con compasión.

–Muchas... Unos veinte mil rublos.

Bartniansky dejó escapar una alegre y sonora carcajada.

–¡Oh, hombre feliz! –dijo–. Yo tengo deudas por millón y medio de rublos; no poseo nada... Y, como ves, aun voy viviendo.

Y Esteban Arkadievich pudo comprobar con los hechos la verdad de aquella afirmación.

–Givajov –siguió explicando Bartniansky–

tenía trescientos mil rublos de deudas y ni un cópec en dinero... ¡y vivía! ¡Y de qué manera!

Al conde Krivzov hacía ya tiempo que le consideraban perdido económicamente y, sin embargo, sostenía dos mujeres. Petrovsky había gastado cinco millones que no eran suyos y continuaba viviendo como siempre, le confiaban, incluso, alguna administración, y, como director, percibía veinte mil rublos de sueldo.

Por otra parte, San Petersburgo producía en Esteban Arkadievich una acción terapéuti-ca que le era muy agradable: le hacía sentirse más joven. En Moscú, Oblonsky veía que tenía canas, debía reposar después de cada comida, andaba encorvado, subía las escaleras paso a paso y respirando con gran dificultad, no encontraba aliciente en compañía de las mujeres jóvenes y bellas, no bailaba en las veladas... En cambio, en San Petersburgo, aquel agotamiento físico y espiritual desaparecía y se sentía como si le hubiesen quitado diez años de encima. En San Petersburgo experimentaba lo mismo que el sexagenario príncipe Pedro Oblonsky, el cual, habiendo regresado del extranjero hacía poco tiempo, le explicaba:

–Aquí no sabemos vivir. He pasado el verano en Baden, pues bien: allí me sentía completamente como un hombre joven. Veía a una mujer jovencita y... ¿sabes?... los pensamientos... Comes, bebes y hay fuerza, animación. He vuelto a Rusia. Tuve que ver a mi mujer... y, además..., en el pueblo... No lo creerás, pero sólo en dos semanas de vivir allí me volví abandonado, apático: me puse bata y no volví a vestirme ya

para las comidas. ¿Las jovencitas ...? Nada, ni hablar de ellas... Me volví un viejo de la cabeza a los pies. No hacía más que pensar en la salvación de mi alma. Me marché a París y allí me re-puse inmediatamente.

Esteban Arkadievich sentía y pensaba lo mismo que Pedro Oblonsky. En Moscú se abandonaba de tal modo, que, de vivir allí mucho tiempo, «Dios me libre de eso», se decía, acabaría por no pensar más que en la salvación de su alma, mientras que en San Petersburgo se sentía un hombre fuerte y audaz, dispuesto a todo.

Entre la princesa Betsy Tverskaya y Esteban Arkadievich existían antiguas y muy extrañas relaciones. Esteban Arkadievich le hacía la corte en broma a la Princesa y, también en tono de chanza, le decía las cosas más indecentes, seguro de que esto era lo que más le gustaba.

Al día siguiente de su conversación con Karenin, Esteban Arkadievich fue a visitar a Betsy Tverskaya. Se sentía tan joven y tan decidido, en aquel escarceo de frases atrevidas y de bromas picantes llegó tan lejos, que ya no veía manera de volverse atrás como quería, ya que Betsy Tverskaya no sólo no le gustaba, sino que hasta despertaba en él repugnancia. La situación a que sin darse cuenta había llegado era mantenida por la Princesa, a la que Oblonsky gustaba extraordinariamente, y que le incitaba por aquel camino en el curso de la conversación. La Princesa Miagkaya, llegada inesperadamente, que interrumpió su íntimo coloquio, le salvó de la situación.

–¡Ah, usted aquí! ––dijo la princesa Miágkaya al ver a Esteban Arkadievich–. ¿Y cómo va su pobre hermana? No me mire usted así con esa extrañeza. Aunque todos se echaron como lobos sobre su reputación y su honra, incluso aquellos que son mil veces peores, yo encuentro que Ana hizo muy

bien. No puedo perdonar al conde Vronsky que no me la presentara cuando estuvo en San Petersburgo.

Habría ido con ella a todas partes. Transmíta-la mis cariñosos recuerdos. ¿Y qué? ¿Qué hace? Hábleme de ella.

–Su situación es muy difícil. Ella... –––

empezó a decir Esteban Arkadievich, creyendo que, efectivamente, la princesa Miágkaya se interesaba por la situación de Ana.

Pero, según su costumbre, la Princesa le interrumpió para no dejar de hablar.

–Ana ha hecho lo que todas, excepto yo.

Ahora, que otras lo hacen y lo ocultan; y ella no ha querido engañar a nadie, en lo que ha hecho muy bien. Y aún hizo mejor separándose de su marido, de ese estúpido Alexey Alejandrovich. Perdóneme si le desagrada es-te juicio. Todos dicen que Karenin es muy inteligente, pero yo he sostenido siempre que es un tonto. Sólo ahora, cuando se ha hecho amigo de Lidia Ivanovna y de Landau, reco-nocen todos que es un estúpido. A mí me gusta no estar nunca de acuerdo con la gente, pero esta vez no puedo.

–Pues, ya que le conoce usted bien haga el favor de explicarme qué significa esto –dijo Esteban Arkadievich a la princesa Miágkaya–.

Ayer estuve a visitar a Karenin para hablarle del asunto de mi hermana y le pedí una contestación clara y definitiva; no me la dio, sino que me dijo que ya la pensaría y me la enviaría a mi residencia; y esta mañana, en vez de la respuesta prometida, me ha mandado una invitación para la

velada que celebrarán hoy en la casa de la condesa Lidia Ivanovna.

–¡Ah! Pues eso es –explicó, hablando con gran animación, la princesa Miágkaya– que van a consultar sobre ese asunto a Landau, y le preguntarán, seguramente, qué decisión debe tomar.

–¿Y por qué van a consultar a Landau?

¿Quién es ese Landau?

–¡Cómo! ¿Usted no conoce a Jules Landau?

Le fameux Jules Landau, le clairvoyant? También éste es un idiota, pero de él depende la suerte de su hermana de usted. Eso pasa cuando se vive en provincias: no se enteran ustedes de nada. ¿Sabe usted? Landau era un commis en un almacén de París. Un día fue a consultar a un doctor. Se durmió en la sala de espera y, en sueños, empezó a dar consejos a todos los enfermos que le consul-taban. Los consejos eran verdaderamente extraordinarios, y se afirmó que con ellos lo-gró muchas curas. La mujer de Julio Meledinsky tenía a su marido muy enfermo; oyó hablar del caso Landau a hizo que éste le examinara y diagnosticara su enfermedad.

Dicen que Landau ha curado a Meledinsky.

Por mi parte, no creo que Julio Meledinsky haya ganado nada con las curas del francés, porque lo veo tan débil y flaco como siempre; pero los Meledinsky se entusiasmaron con Landau hasta el punto de traerle con ellos a Rusia. Aquí muchos recurren a él en cuanto se sienten enfermos y dicen que está logrando curas maravillosas. Una de éstas la ha conseguido con la condesa Bezzubova. Y ella se ha sentido tan reconocida, que ha prohijado a Landau.

–¡Cómo! ¿Le ha prohijado?

–Como lo oye usted. Ahora ya no es Landau sino el conde Bezzubov. La cuestión es que Lidia ––que sin duda no tiene la cabeza en su sitio– le quiere mucho y no hace nada, no decide nada, sin consultar con él. Y, por lo visto, Karenin, que ha intimado igualmente con el francés, tampoco decide nada sin saber su opinión. Así que la suerte de su hermana (creo que está bien explicado) se halla en manos de este Landau, llamado, de otro modo, conde Bezzubov.

XXI

Después de la espléndida comida con que Bartniansky le obsequió en su casa, con café y cigarros y coñac en gran cantidad, Esteban Arkadievich, ya con algún retraso sobre la hora que le habían fijado, se dirigió desde allí a casa de la condesa Lidia.

–¿Quién está con la Condesa –preguntó al portero–. ¿Está el francés? –insinuó campe-chanamente, al ver en el perchero el abrigo de Alexey Alejandrovich, que conocía muy bien, y un sencillo sobretodo lleno de broches que le era desconocido.

–Están Alexey Alejandrovich Karenin y el conde Bezzubov –contestó, muy serio, el portero.

«La princesa Miágkaya tenía razón», pensó Esteban Arkadievich mientras subía la escalera. « ¡Es en verdad una mujer extraña! Sin embargo, ahora me convendría cautivarla.

Tiene una gran influencia y, si dijera una palabra en favor mío a Pomorsky, podría dar por solucionado mi asunto.»

Todavía habían llegado pocos invitados, pero en el saloncito, con lindas cortinillas de labores afiligranadas, todas las lámparas estaban encendidas.

Bajo una de las lámparas, sentados cerca de una mesa redonda, estaban la Condesa y Alexey Alejandrovich, hablando algo en voz baja. Un hombre más bien bajo, seco y con las piernas torcidas, con formas de mujer y el rostro muy pálido pero hermoso, ojos grandes y brillantes y cabellos largos, que le caían sobre el cuello de la levita, estaba en un rincón de la habitación, al otro extremo, mirando la pared cubierta de retratos.

Habiendo saludado a la dueña de la casa y a Alexey Alejandrovich, Esteban Arkadievich miró involuntariamente una vez más a aquel hombre desconocido para él y cuyo aspecto le parecía extraordinario.

–Monsieur Landau –dijo la Condesa, dirigiéndose a aquel hombre, con una suavidad y una precaución que sorprendieron a Oblonsky.

Landau se acercó al grupo y la Condesa les presentó.

El francés estrechó la mano que le alargaba Oblonsky con su mano derecha, rápida y sudorosa, y en seguida se alejó y se puso a mirar de nuevo los retratos.

–Me complace mucho verle, y especialmente en el día de hoy ––dijo la Condesa a Esteban Arkadievich, indicándole un asiento al lado de Karenin.

–Le he presentado como Landau –añadió en voz baja y mirando inmediatamente a Alexey– pero en realidad es el conde Bezzubov, como usted sabrá seguramente, aunque él rechaza este título.

–Sí, lo he oído –contestó Esteban Arkadievich–. Y dicen –añadió, con ánimo de congraciarse con la Condesaque ha curado completamente a la condesa Bezzubova.

–Hoy ha venido a verme. Da lástima verla

–dijo la Condesa, dirigiéndose a Alexey Alejandrovich–. Esta separación será terrible pa-ra ella. Es en verdad un duro golpe.

–Pero, decididamente, ¿se va? –preguntó Alexey Alejandrovich.

–Sí, se va a París. Ayer oyó una voz –

contestó la condesa Lidia Ivanovna, mirando a Esteban Arkadievich.

–¡Ah!... Una voz... –repitió Oblonsky pensando que tenía que obrar con la mayor prudencia posible en este ambiente en el que observaba y presentía cosas muy particulares cuyo secreto él no poseía.

Se produjo un momento de silencio, después del cual Lidia Ivanovna, como empezando a hablar del objeto más importante de la conversación, dijo a Oblonsky con fina sonrisa:

–Hace tiempo que le conozco y estoy muy contenta de tratarle personalmente. Les amis de mes amis sont mes amis. Pero, para ser amigo, hay que compenetrarse con el estado de alma y temo que usted no lo hace con respecto al alma de Alexey Alejandrovich. Ya comprenderá usted a qué me refiero –dijo a Esteban Arkadievich levantando hacia él sus hermosos ojos.

–En realidad, Condesa, no conozco bien la posición de Alexey Alejandrovich –dijo Oblonsky, no comprendiendo bien qué era lo que quería decirle y firme en su propósito de congraciarse con ella, procurando llevar aquella conversación, inexplicable aún para él, a términos generales.

–¡Oh! No me refiero a cambios exteriores

–dijo severamente la Condesa, siguiendo al mismo tiempo, con mirada enamorada, a Alexey Alejandrovich, que se había levantado y se acercaba a Landau–. Su corazón es lo que ha cambiado porque se ha dado a otro corazón. Y temo que usted no haya meditado bastante sobre esta maravillosa transformación obrada en él.

–Quiero decir que... claro... así... en general... no conozco, no puedo comprender esta transformación. Éramos amigos de siempre, de toda la vida y ahora... –dijo Esteban Arkadievich, correspondiendo con otra mirada suave a la de la Condesa y mientras meditaba en cuál de los dos ministerios tendría más influencia para pedirle la recomendación con más probabilidades de eficacia.

–La transformación sufrida no puede miti-gar en él el sentimiento de amor al prójimo.

Al contrario: lo hace más elevado, lo purifica.

Pero... temo que usted no me comprenda.

¿Quiere tomar té? –dijo la Condesa, indicando con la mirada al criado que traía el té en una bandeja.

–Sí, francamente, no lo comprendo del to-do, Condesa... Claro... su desgracia...

–Sí... su desgracia... Su desgracia, que le ha dado una mayor felicidad, ya que su corazón se ha renovado y se ha llenado de Él, al que nunca había comprendido ni amado –dijo la Condesa poniendo los ojos en Alexey Alejandrovich con mirada acariciadora.

«Creo que podré pedirle que diga algo en los dos ministerios», pensó mientras tanto Oblonsky. A continuación contestó:

–¡Oh! Seguramente. Pero, a mi parecer, estas transformaciones son tan íntimas que nadie, ni aun las personas más allegadas, osan hablar de ellas.

–Al contrario –replicó Lidia Ivanovna; hemos de hablar de ellas, y ayudamos los unos a los otros.

–Indudablemente –aprobó Oblonsky con sonrisa aduladora; pero –añadió– hay diferencias en el modo de apreciar las cosas... Y

además...

–En lo que se refiere a la verdad sagrada, no puede haber diferencias –dijo con energía y severidad la Condesa.

–¡Oh, sí!... Claro... Pero... –y Oblonsky, confuso, quedó callado.

Comprendía que se trataba de religión, pe-ro no se consideraba preparado para tratar de este tema y temía herir los sentimientos de la Condesa, a la que no renunciaba a utilizar para sus fines referentes al asunto de su empleo.

–Me parece que ahora se dormirá –

murmuró Alexey Alejandrovich, acercándose a Lidia Ivanovna.

Esteban Arkadievich volvió la cabeza hacia donde estaba Landau y vio a éste sentado cerca de la ventana, apoyados sus codos en los brazos del sillón y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al observar que todas las miradas se dirigían a él, el francés levantó la cabeza y sonrió, con sonrisa ingenua y pueril.

–No le presten atención –recomendó Lidia Ivanovna. Y, con mucho cuidado, suavemente, acercó una silla para Alexey Alejandrovich–. He observado... –dijo luego, volviendo a la conversación interrumpida. Pero en aquel momentó entró un criado con una carta, que entregó a la Condesa, con lo cual la conversación quedó cortada de nuevo.

Lidia Ivanovna la leyó rápidamente y tras pedir perdón a Esteban Arkadievich y Alexey Alejandrovich, escribió con extraordinaria rapidez unas líneas de contestación, la entregó a un criado, volvió a su puesto cerca de la mesa y continuó la conversación que tenían empezada.

–He observado –dijo– que los habitantes de Moscú, sobre todo los hombres, son la gente más indiferente en materia de religión.

–¡Oh, no, Condesa! Me parece que los moscovitas tienen fama de ser muy fumes –

se defendió Esteban Arkadievich.

–Sí, pero por lo que puedo comprender, usted, por desgracia, pertenece a los indiferentes –dijo Karenin con sonrisa fatigada.

–¿Cómo es posible ser indiferentes? –

repuso en tono de recriminación Lidia Ivanovna.

–En ese aspecto –añadió Esteban Arkadievich, con su sonrisa más dulce– no soy indiferente, sino que he adoptado una actitud de espera. Pienso que para mí no ha llegado aún el momento.

–Alexey Alejandrovich y Lidia Ivanovna cambiaron miradas expresivas.

–No podemos saber nunca en estas cuestiones si ha llegado o no el momento para nosotros –dijo Alexey Alejandrovich muy serio–. No debemos pensar si estamos preparados o no: la gracia divina no se rige por consideraciones humanas. A veces no desciende sobre los que laboran ya y, en cambio, se fija en los no iniciados, como sobre Saúl.

–No. Parece que no se duerme aún –dijo Lidia Ivanovna, que seguía con la vista los movimientos del francés. Éste, en aquel momento, se levantó y se acercó a ellos.

–¿Me permiten escucharles? –preguntó.

. –¡Oh, sí! No habíamos querido incomo-darle –contestó Lidia Ivanovna, mirándole con dulzura–––. Siéntese usted con nosotros.

–No hay que cerrar los ojos para no perder la luz –sentenció Alexey Alejandrovich.

–¡Ah! ¡Si supiese usted, tan sólo, qué felicidad experimentamos sintiendo su continua presencia en nuestra alma! –dijo la condesa Lidia Ivanovna sonriendo beatíficamente.

–Pero el hombre puede sentirse incapaz de remontarse a esa altura –contestó Esteban Arkadievich, a sabiendas de que mentía, pero no atreviéndose a exponer su modo de pensar –tan libre– delante de una persona que sentía y opinaba lo contrario y que con una sola palabra en su favor podía procurarle el puesto anhelado.

–¿Es que quiere usted decir que el pecado no nos lo permite? –le interrogó Lidia Ivanovna–. Seria una opinion falsa. Para los que creen que no hay pecado: sus pecados les son perdonados. Pardon –volvió a suplicar al entrar el criado con otra carta. La leyó y contestó verbalmente diciendo: «Mañana, en ca-sa de la Gran Duquesa, dígaselo así». Luego continuó la conversación–: Para el que cree, el pecado no existe.

–Pero la fe sin obras es fe muerta –objetó Esteban Arkadievich, recordando este texto del catecismo y defendiendo ya su independencia, si bien con fina sonrisa aduladora pa-ra la Condesa.

–He aquí el famoso pasaje de la epístola de Santiago –dijo Alexey Alejandrovich.

Y, añadió, dirigiéndose a Lidia Ivanovna con tono de reproche, al parecer por haber vuelto sobre aquel aspecto de la cuestión cuando ya lo habían tratado ellos más de una vez:

–¡Cuánto mal ha producido la falsa interpretación de este pasaje! Nada repugna tanto a la fe como esta interpretación. Decir « no hago buenas obras significa que no tengo fe». Y así no está escrito en ninguna parte, sino que se ha dicho precisamente lo contrario.

–¡Trabajar para Dios, con esfuerzo continuo, con ayunos, para salvar su alma! –dijo la condesa Lidia Ivanovna, con

desprecio y repugnancia–. Ésa es la concepción salvaje de nuestros monjes... siendo así que eso no está dicho en ninguna parte. Es mucho más sencillo y fácil –añadió, mirando a Oblonsky con la misma sonrisa reconfortante con la cual, en la Corte, animaba a las jóvenes damas de honor cuando las veía cohibidas por el nuevo ambiente.

–Estamos salvados por Cristo, que sufrió por nosotros. Estamos salvados por nuestra fe –dijo Alexey Alejandrovich apoyando también con su mirada las palabras de Lidia Ivanovna.

–Vous comprennez l'anglais? –le preguntó la Condesa. Y, habiendo recibido una contestación afirmativa, se levantó y se puso a buscar algo en un pequeño estante–librería que había en la misma habitación.

Luego vino con un libro y presentándoselo a Alexey Alejandrovich, le dijo:

–¿Quiere usted leer Safe and Happy o Under the wing?

Y sentándose de nuevo, abrió el libro diciendo:

–Es muy corto. Aquí está descrito el camino por el cual se llega a la fe y se adquiere una felicidad ultraterrena. El hombre que tiene fe no puede ser desgraciado aunque esté solo. Ya lo verá usted.

Lidia Ivanovna iba a empezar a leer cuando entró otro criado.

–¿Es la Borosdina? –preguntó la Condesa–.

Dígale que mañana a las dos.

Durante unos momentos Lidia Ivanovna quedó pensativa, mirando frente a sí con sus hermosos ojos, con una mirada distraída, desmayada sobre su pierna derecha la mano en que sostenía el libro, reteniendo con un dedo la página que iba a leer.

Luego, tras un suspiro, continuó la conversación.

–Sí ––dijo–. Así obra la verdadera fe. ¿Conoce usted el caso de Mary Sanina? Había perdido su hijo único y estaba desesperada.

¿Y qué sucedió? Pues que encontró a este amigo (y señalaba al libro) y ahora agradece a Dios la muerte de su niño. Ésta es la felicidad que nos da la fe.

–¡Oh, sí!... Ciertamente... –dijo Esteban Arkadievich pensando con gran contento que iban a leer y que así tendría tiempo de darse cuenta exacta de la situación.

«Creo» , pensó, « que será mejor no pedir nada hoy. Lo que tengo que procurar es marcharme de aquí antes de enredar más las cosas».

–Esto va a aburrirle, ya que usted no sabe inglés. Pero es corto –dijo la Condesa dirigiéndose a Landau.

–¡Oh! Lo comprenderé –contestó éste con dulce sonrisa. Y cerró suavemente los ojos.

Alexey Alejandrovich y Lidia Ivanovna in-tercambiaron nllradas significativas y comenzó la lectura.

XXII

Esteban Arkadievich se sentía disgustado y perplejo ante aquellas conversaciones, tan nuevas para él.

Después de la monotonía de la vida moscovita, la de San Petersburgo ofrecía tal complejidad que le mantenía en un estado de continua excitación. Esta complejidad, en las esferas conocidas y próximas a él, la comprendía y hasta incluso la deseaba. En cambio, hallarla en este ambiente desconocido, tan ajeno a él, le aturdía, le desconcertaba.

Escuchaba a la condesa Lidia Ivanovna y sintiendo sobre sí la mirada de los ojos –

ingenuos o llenos de malicia, no lo sabía bien– del francés Landau, Esteban Arkadievich empezó a experimentar una particular pesadez de cabeza.

Los pensamientos más diversos pasaban por su cerebro: «Mary Sanina se alegra de que se haya muerto su hijo». « ¡Qué bien me iría ahora poder fumar un cigarrillo! » « Para salvarse basta con la fe. Los monjes no entienden nada de eso; solamente la condesa Lidia Ivanovna lo sabe.» « ¿Y por qué siento esta pesadez de cabeza? ¿Es a causa del co-

ñac o de todas estas extravagancias?» «De todos modos, parece que hasta ahora no he hecho nada inconveniente.» «Pero hoy no puedo pedirle nada.» « He oído decir que obligan a rezar. Acaso vaya a obligarme a hacerlo. Pero sería demasiado estúpido.» «Y

qué galimatías está leyendo?» «Pero pronuncia muy bien.» «Landau es un Bezzubov.»

«¿Y por qué Landau es un Bezzubov?»

De repente, Esteban Arkadievich sintió que sus mandíbulas empezaban a abrirse para bostezar. Hizo como que se atusaba las patillas para, con la mano, disimular el bostezo y se recobró.

Luego sintió que estaba durmiéndose y pensó que iba a roncar.

Volvió en sí al oír la voz de la condesa Lidia Ivanovna que decía:

–Se ha dormido.

Se enderezó rápidamente, asustado, como un culpable cogido en falta. Pero, en seguida se tranquilizó, y comprendió que aquellas palabras de la Condesa no se referían a él sino a Landau.

El francés, en efecto, estaba dormido o fingía dormir.

Esteban Arkadievich pensó que en aquel mundo extraordinario si él se hubiera dormido habría ofendido a todos, mientras que, por el contrario, el sueño de Landau les alegraba extraordinariamente, sobre todo a la condesa Lidia Ivanovna.

La Condesa ponía un gran cuidado en no producir el menor ruido, recogíase incluso la falda de su vestido de seda, y estaba tan conmovida que, al dirigirse a Karenin, no le nombró como siempre Alexey Alejandrovich, sino que dijo:

–Mon ami, donnez-lui la main.

Al criado, que entraba de nuevo, le impuso silencio con un Psss de sus labios fruncidos, y le ordenó en voz muy baja:

–Diga que no recibo.

El francés dormía –o fingía dormir, como se ha dichocon la cabeza apoyada en el respaldo del sillón; y con una de sus manos, sudorosa, enrojecida (la otra reposaba sobre sus

rodillas) hacía unos ligeros movimientos como si procurara coger algo al vuelo.

Alexey Alejandrovich se levantó. Lo hizo con gran cuidado, pero tropezó con la mesa, dio un traspiés, fue a parar cerca del francés y puso su mano sobre la diestra de éste.

Esteban Arkadievich se levantó también y se restregó y abrió desmesuradamente los ojos para despabilarse más y cerciorarse de que no estaba durmiendo y soñando. Miró con gran extrañeza a todos y viendo que todo aquello era realidad y no un sueño, sintió que perdía la cabeza.

–Que la personne qui est arrivée la dernière, celle qui demande, qu'elle sorte.

Qu'elle sorte! –dijo el francés sin abrir los ojos

–Vous m'excuserez, mais vous voyez... –

dijo la Condesa a Esteban Arkadievich– mais vous voyez... Revenez vers dix heures, encore mieux demain!

–Qu'elle

sorte!

–gritó

impaciente

el

francés.

–C'est moi, n’est-ce pas? –preguntó Esteban Arkadievich. Y, habiendo recibido una respuesta afirmativa, olvidando lo que quería pedir a Lidia Ivanovna y que iba a hablar a

Karenin de la cuestión del divorcio, renunciando a todo lo que allí le llevara, con el deseo de salir cuanto antes, Esteban Arkadievich abandonó la habitación rápidamente, andando de puntillas, y desde el portal dio un salto hasta la calle. Luego, durante un buen rato, habló y bromeó con el cochero de alquiler que le llevaba, queriendo recobrarse de las impresiones recibidas en casa de la condesa Lidia Ivanovna, del malestar que le habían producido las escenas allí presencia-das.

En el Teatro Francés, adonde llegó cuando representaban el último acto, y luego en el Restaurante Tártaro, bebiendo champaña en abundancia, en el ambiente habitual suyo, Esteban Arkadievich pareció respirar mejor.

Sin embargo, durante toda la noche no consiguió apartar de sí el malestar de aquella visita.

Al volver a casa de Pedro Oblonsky, donde se alojaba durante sus estancias en San Petersburgo, Esteban Arkadievich encontró una carta de Betsy, que le decía que sentía vivos deseos de terminar la conversación que habí-

an empezado, para lo cual le pedía que fuese a verla al día siguiente.

Apenas había terminado de leer aquella in-sinuante misiva, que le produjo una impresión desagradable, cuando abajo, èn los pisos inferiores, oyó un ruido como de hombres que llevasen un pesado fardo.

Salió a la escalera y vio que se trataba del

«rejuvenecido» Pedro Oblonsky, conducido en brazos, tan ebrio que no podía subir la escalera.

Al ver a su sobrino, Pedro Oblonsky pidió a los que le llevaban que le pusieran en pie y, apoyándose en Esteban Arkadievich, entró con él en su habitación. Una vez allí se puso a contarle cómo había pasado la noche, quedando poco después dormido en la misma butaca donde se había sentado.

Esteban Arkadievich se sentía abatido, lo que le sucedía muy pocas veces y no pudo dormir en mucho tiempo. Todo lo que recordaba le daba asco; y más que nada, recordaba como algo muy vergonzoso la noche pasada en la casa de la condesa Lidia Ivanovna.

Al día siguiente recibió la respuesta de Alexey Alejandrovich con respecto al divorcio.

Era una negativa rotunda, terminante.

Esteban Arkadievich comprendió que esta decisión había sido inspirada por las palabras que durante su sueño –real o fingido– había pronunciado el francés.

XXIII

Para emprender algo en la vida de familia es preciso que exista entre los esposos un completo acuerdo, una situación de mutua compenetración basada en el amor: o bien, un divorcio absoluto, una separación total.

Cuando las relaciones entre los esposos son indefinidas y no se desenvuelven en ninguna de aquellas situaciones, nada puede ser llevado entre ellos a feliz término.

Muchos matrimonios pasan años enteros así, en lugares desagradables a incómodos, y en una no menos desagradable e incómoda situación, sólo por no tomar una decisión cualquiera.

Vronsky y Ana se encontraban en este ca-so. Tanto para el uno como para la otra, la vida en Moscú, en aquella época de polvo y calor, cuando el sol no brillaba ya como en primavera, los árboles de los boulevards estaban cubiertos de hojas y las hojas llenas de polvo, se les hacía insoportable. No obstante, no acababan de marcharse, como tenían decidido hacía tiempo, a su finca de Vosdvijenskoe, sino que continuaban viviendo en Moscú.

Y cada día se sentían más aburridos y desesperados, porque hacía tiempo que no se ponían de acuerdo.

La animadversión que les separaba parecía no tener una causa externa, y todas las tentativas para explicarse, en vez de mejorar su situación parecían agravarla todavía más. Era una especie de irritación interior que para ella tenía su origen en el enfriamiento del amor de Vronsky, y para él, en el pesar de haberse puesto, por ella, en una situación penosa y difícil que Ana, en lugar de hacerla llevadera, la hacía aún más desagradable.

Así, hasta los intentos de una explicación entre los dos que lo aclarase todo a hiciera desaparecer aquel estado de recelos e irritación latente, acababa siempre en fuertes disputas.

Para Ana todo lo de Vronsky –sus costumbres, sus pensamientos, sus deseos, todo su modo de ser físico y moral– estaban dirigidos al amor; y este amor lo ambicionaba sólo pa-ra ella. Ahora, sintiendo enfriarse en Vronsky su pasión, no podía dejar de pensar que acaso una parte de aquel amor lo consagraba a otra a otras mujeres, y los celos la devora-ban.

No teniendo motivos de celos, los inventaba. Al más leve indicio los pasaba de un objeto a otro: ya tenía celos de

aquellas mujeres despreciables con las cuales, gracias a sus relaciones de soltero, podía entrar fácilmente en contacto; ya lo sentía de las mujeres de la alta sociedad con las que pudiera encontrarse, o bien de una mujer imaginaria con la cual había de casarse después de romper con ella. Este último pensamiento era el que con más frecuencia la atormentaba, porque en un momento de confianza, de confesiones mutuas, de confidencias, Vronsky, imprudente-mente, le había dicho que su madre le comprendía tan poco que se había permitido aconsejarle que se casara con la princesa Sorokina.

Los celos, pues, la llenaban de indignación, la tenían constantemente irritada contra Vronsky y la llevaban a buscar sin cesar motivos en que alimentar sus sentimientos desesperados.

Para ella, Vronsky era el único culpable de sus sufrimientos, cualquiera que fuera su causa. La demora en la respuesta de Karenin respecto al divorcio, debida a la indecisión de su marido, la soledad, el aburrimiento y los desaires que le proporcionaba la vida en Moscú. Todo, absolutamente todo, era culpa de él.

«Si él me quisiera», se decía, «habría comprendido lo agobiante que es mi situación y habría hecho todo lo posible por sacarme de ella».

También Vronsky era culpable de que vi-vieran en Moscú y no en la hacienda, pues esto se debía, pensaba Ana, a que él no podía vivir en el pueblo, apartado de sus relaciones de ciudad como ella quería.

Y también Vronsky era el culpable de que se viese separada para siempre de su hijo.

Anochecía.

Sola, esperando que regresara Vronsky de una comida que daba un amigo para celebrar su despedida de soltero, Ana paseaba a lo largo del gabinete de Alexey, en el cual le gustaba estar para ver todos sus objetos y porque era la habitación de la casa donde re-percutía menos el ruido de los carruajes rodando por el empedrado, y mientras paseaba, iba pensando en todos los detalles de la última discusión tenida con su amado.

Tras recordar todas las palabras ofensivas cruzadas entre ambos durante la disputa, Ana pensó en las que la habían provocado.

No podía comprender que la disputa se hubiera producido por una causa tan fútil a inofensiva.

Efectivamente, la causa visible fue que Vronsky censuró los colegios femeninos de la Escuela Media, diciendo que no tenían ninguna utilidad. Ana defendió aquellas instituciones y Vronsky insistió mostrando poca estima por la instrucción femenina en general, incluso hacia Hanna, la niña inglesa a quien ella protegía y de la cual dijo, despectivamente, que «ni necesitaba siquiera saber física». Esto irritó a Ana, que vio también en las palabras de él un menosprecio hacia sus conocimientos y buscó una frase con qué molestar a Vronsky, vengándose con ella del dolor que le causaba, y así le dijo:

–No esperaba yo que comprendiese usted mis sentimientos como parece que ha de comprenderlos el hombre que ama; pero me creía al menos con derecho a esperar más de su delicadeza.

Vronsky se sintió, en efecto, irritado por sus palabras, y le replicó de una manera desagradable.

Ana no recordaba lo que ella le había entonces contestado, pero él sin más causa que el deseo de herirla, le dijo:

–Confieso que su apego a esa niña, que tiene recogida, me es desagradable, porque no me parece natural.

La crueldad con que Vronsky atacaba aquel pequeño mundo que ella se había constituido para mejor soportar su aislamiento del otro, de la sociedad, la injusticia con que la inculpaba de falta de naturalidad en lo que hacía, la hicieron estallar.

–Es en verdad una pena que sólo los sentimientos groseros y materiales sean comprensibles para usted y sólo éstos sean naturales. –Y salió airadamente de la habitación.

Cuando el día anterior por la noche Vronsky fue a verla, ninguno de los dos hizo alusión a la disputa que habían tenido, pero ambos sentían aún en sus espíritus un fuerte resquemor.

Hoy Vronsky había estado fuera de casa todo el día, y a Ana, en su soledad, le pesaba tanto el haber discutido con él que deseaba olvidarlo todo, perdonarlo, reconciliarse con su amado justificándole y hacerse ella responsable de todo.

«Sólo yo tengo la culpa de todo», se decía.

«Estoy irascible, tontamente celosa. Sí, se lo diré así, y haremos las paces, olvidaremos todas nuestras disputas, nuestros recelos, y marcharemos al campo, y allí estaré más tranquila y más acompañada. Hasta puede que él me quiera más y yo recobre la felicidad.»

De repente, recordó aquello que la había exasperado más en la disputa –el decirle que fingía, que lo que hacía carecía de naturalidad–, y comprendió que se lo había dicho só-

lo para herirla.

«Yo sé lo que él quiso decirme: que no es natural que, no queriendo a mi propia hija, quiera a una niña ajena. ¿Qué sabe él del amor a los hijos? ¿Qué sabe él de mi amor a Sergio, al que he sacrificado por él? Pero este deseo suyo de mortificarme, de hacerme mal... No; él ama a otra mujer, no cabe du-da, no puede ser de otro modo.»

Y al advertir que, a pesar de sus deseos de calmarse y restablecer sus relaciones con Vronsky, volvía a sus celos y su irritación, Ana se horrorizó de sí misma.

«¿Acaso será imposible? ¿No podré con la idea de reconocerme culpable a mí misma? El es justo y honrado y me ama», reflexionaba luego, « y yo le amo también. En estos días obtendré el divorcio y se normalizará nuestra situación, ¿qué más quiero? Debo estar tranquila, confiada. Echaré la culpa de esta discordia sobre mí. Sí, ahora, cuando venga, le diré que estuve injusta, aunque realmente no lo estuve; y haremos las paces y nos marcharemos de aquí».

Y, para no pensar más en lo sucedido y no volver a irritarse, Ana hizo que le llevaran los baúles y se entretuvo en colocar en ellos lo que habían de llevar al campo.

A las diez de la noche llegó Vronsky.

XXIV

–¿Qué, te has divertido? –preguntó Ana, con expresión tímida y dócil, saliendo al encuentro de Vronsky.

–Como siempre –repuso él.

Por el tono y la actitud de Ana comprendió Vronsky inmediatamente que se hallaba en uno de sus mejores

momentos y, aunque ya estaba acostumbrado a los cambios en el ca-rácter de su amada, se alegró, porque también él se sentía particularmente contento y de excelente humor.

–¿Qué veo? –comentó con voz y ademanes alegres, señalando con satisfacción los baú-

les, que estaban preparados, Eso sí que está bien.

–Sí, tenemos que marcharnos de aquí –

explicó Ana–. He salido a dar un paseo y he gozado tanto, que he sentido deseos de volver al campo. ¿No tienes tú aquí nada que te retenga?

–Sólo deseo eso, irnos al pueblo. Vengo en seguida y hablaremos. Ahora voy.á cambiar-me de ropa. Ordena que me sirvan el té.

Y Vronsky pasó a su gabinete.

Al quedarse sola, Ana volvió su pensamiento a la conversación que acababa de tener con Vronsky y se dijo que había algo humillante en aquellas palabras: «Eso sí que está bien». «Así hablan a un niño cuando renuncia a sus caprichos», pensaba. Y era aún más humillante por el contraste entre el tono de ella, tímido y contrito, y el tono seguro de él.

Y Ana advirtió que en su ánimo se levantaba de nuevo un sentimiento de ira contra Vronsky, pero hizo un esfuerzo sobre sí misma y, cuando volvió él, le acogió con la misma sonrisa de antes.

Cuando Vronsky se sentó, Ana, a su lado, le contó, repitiendo en cierto modo las palabras que había preparado, cómo había pasado el día y sus planes para el viaje.

–¿Sabes? He tenido como una inspiración

–decía–. ¿Por qué hemos de esperar aquí el divorcio? ¿No da igual esperarlo en el campo?

Yo no puedo estar aquí. He perdido la paciencia y no quiero ni oír hablar del divorcio. He decidido que esto no tenga influencia en mi vida. ¿Estás conforme?

–¡Oh, sí! –dijo, Vronsky mirando, con alguna inquietud, el rostro conmovido de Ana.

–Y vosotros, ¿qué habéis hecho? ¿Quién más estuvo? –preguntó después de un momento de silencio.

Vronsky nombró a los invitados, y contó que la fiesta había resultado excelente y la reunión animada. Hubo un concurso de barcas a remo.

–Todo resultó muy agradable –añadió–, pero en Moscú las cosas no pueden pasar sin ridicule. Se presentó una señora –la profesora de natación de la reina de Suecia– y quiso mostramos su arte.

–¡Cómo! ¿Ha nadado ante vosotros? –

preguntó Ana Arkadievna frunciendo el ceño.

–Con un horrible costume de natation. Fi-gúrate una mujer fea y vieja con las carnes enrojecidas. Bueno, ¿y cuándo nos marchamos?

–¡Qué fantasía más loca! ¿Y qué? ¿Había algo de particular en su manera de nadar? –

preguntó Ana, sin contestar a la pregunta de éste y con una sombra de preocupación en el semblante.

–Absolutamente nada de particular, ¿no te digo? Era una cosa completamente estúpida.

Entonces, ¿cuándo piensas que nos marche-mos de aquí?

Ana Arkadievna sacudió su cabeza como queriendo alejar un pensamiento desagradable.

–¿Cuándo? –dijo, Cuanto antes mejor. Pa-ra marcharnos mañana no tenemos tiempo, pero podemos marchar pasado mañana.

–Espera. Pasado mañana es domingo y debo ir a casa de maman –dijo Vronsky confuso, porque en cuanto nombró a su madre sintió fija sobre él la mirada de Ana, en la que se reflejaba una sospecha.

La confusión de Vronsky reforzó la desconfianza de ella, que se ruborizó y se separó de él.

Ahora Ana no pensaba en la profesora de la reina sueca; pensaba sólo en la princesa Sorokina, que vivía en un pueblo cerca de Moscú, al lado de la condesa Vronskaya.

–Puedes ir mañana –dijo ella.

–No. El dinero y los poderes, que son el objeto de mi visita, no es posible obtenerlos mañana.

–Siendo así, es mejor que lo dejemos.

–¿Y por qué?

–Más tarde no quiero partir. Me marcho el lunes o nunca.

–¿Y por qué? –preguntó extrañado Vronsky–. Eso no tiene sentido.

–Para ti no tiene sentido porque no te preocupas de mí –dijo ella en tono agresivo–. No quieres comprender cómo sufro. La única que me entretenía aquí era Hanna, y tú me has acusado con respecto a ella de hipocresía.

Ayer me dijiste que no quiero a mi hija, que finjo querer a esa inglesa y que esto no es natural... Me gustaría saber qué vida puede ser natural para mí.

Ana se dio cuenta de lo que decía y se horrorizó de haber cambiado su decisión de estar tranquila, en paz con su amado. Pero a pesar de ello, sentía que ya no podía volverse atrás sin desmerecer a incluso perder su propia estimación, y sentía, además, que no po-día resignarse a aquella injusticia que Vronsky había cometido con ella.

–Nunca he dicho eso –trató de convencerla él–. Dije sólo que no aprobaba ese cariño improvisado.

–¿Por qué tú que tanto te envaneces de tu rectitud, no dices la verdad?

–Nunca me envanezco de mi rectitud, pero jamás digo lo que no es verdad –contestó él en voz baja y conteniendo la cólera que empezaba a sentir. Siento mucho que no respetes...

–El respeto ha sido inventado para disimular la ausencia del amor. Si no me quieres ya, mejor y más noble es que me lo digas.

–¡Esto se hace insoportable! –exclamó Vronsky levantándose airado de la silla. Y, de pie ante Ana, le dijo lentamente:

–¿Por qué pones a prueba mi paciencia? –

y en un tono que quería significar que podía decir muchas cosas más, pero que se contenía, añadió–: Mi paciencia tiene un límite.

–¿Qué quiere usted decir con eso? –

preguntó Ana en tono de reto, aunque horrorizada por la expresión del rostro de él, sobre todo de sus ojos, que la miraban amenazadores, con dureza.

–Quiero decir... –empezó Vronsky. Y tras unos momentos de duda, acabó:

–Debo preguntarle qué quiere usted de mí.

–¿Qué puedo querer sino que usted no me abandone, como piensa hacer? –dijo Ana, comprendiendo todo lo que él no le había terminado de decir–. Pero no es eso, no, lo que quiero; eso es ya una cosa secundaria: quiero su amor, y usted no me ama. Es decir, que todo ha terminado.

Ana se dirigió a la puerta.

–Espera... Espera –la llamó Vronsky.

Y sin desarrugar el pliegue sombrío de sus cejas, pero cogiéndola cariñosamente de las manos, le dijo:

–¿Quieres decirme qué te sucede? He dicho que hay que aplazar la salida de aquí por tres días y, por contestación a esto, tan sencillo y claro, me has dicho que miento, que soy un hombre sin honor.

–Sí, y lo repito: el hombre que me echa en cara que lo ha sacrificado todo por mí es peor que un hombre sin honor: es un hombre sin corazón –dijo Ana recordando las palabras que pronunciara él en la discusión que habían tenido antes.

–¡Decididamente, es imposible –exclamó Vronsky soltando con desaliento las manos de Ana.

«Me odia, esto está claro», se dijo ella. Y

sin decir ni una palabra más ni volver la cabeza, y con pasos vacilantes, salió de la habitación.

«Ama a otra mujer. Esto es evidente», se decía entrando en su cuarto. «Quiero amor y no lo encuentro. Es decir, que ya no hay nada entre nosotros y debemos acabar de una vez.

¿Pero, cómo?», se preguntó, sentándose en una butaca ante el espejo.

A continuación se puso a pensar a dónde iría una vez que se separara de Vronsky. « ¿A casa de la tía que me educó? ¿A la de Dolly?

¿O, sencillamente, me iré sola al extranjero?»

Pensó después en lo que estaría haciendo él en aquel momento, solo en su gabinete: en si aquella discusión había sido decisiva o si aún sería posible la paz entre ellos; en qué murmurarían de ella sus conocidos de San Petersburgo; en cómo la miraría Alexey Alejandrovich.

Muchos otros pensamientos con respecto a lo que podía ocurrir si rompía sus relaciones con Vronsky pasaban por su mente; pero Ana no se entregaba por completo a ellos. En su espíritu palpitaba una idea que, aunque imprecisa, era la que más le interesaba. Al recordar a Alexey Alejandrovich se acordó de las palabras que le había dicho en su enfermedad, después de haber dado a luz: «¿Por qué no habré muerto?». Y ahora el recuerdo de estas palabras despertó en su alma el sentimiento que habían despertado entonces. «

¡Sí, morir!», se dijo. Y la idea llenó su espíritu de una manera fija, imperiosa, obsesionante.

«La vergüenza y la deshonra de Alexey Alejandrovich, y de Sergio, y mi terrible vergüenza, todo quedaría salvado con mi muerte. Y, al verme muerta, y por su causa, él se arrepentiría, me compadecería, me amaría y, no pudiendo ya remediarlo, se desesperaría y sufriría.» Una sonrisa de compasión por sí misma le dilató los labios y, mientras, sentada en una butaca, quitándose y poniéndose las sortijas de la mano izquierda, la vista fija ante ella, iba imaginando los sufrimientos de Vronsky ante su muerte.

Un rumor de pasos –los pasos de él– que se acercaban, la distrajeron de estos pensamientos.

Ana ni le miró, simulando que estaba ocupada en arreglarse sus sortijas.

Vronsky se acercó a ella y, tomándole con suavidad una mano, le dijo en voz baja y dulcemente:

–Ana, vámonos pasado mañana si quieres.

Estoy conforme con todo.

Ella siguió callada.

–¿Qué dices a esto, Ana? –preguntó él.

–Ya lo sabes –contestó ella rápida y enérgicamente, y sin fuerzas luego para contener su emoción se puso a llorar.

–Déjame, déjame –decía entre sollozos–.

Me marcho mañana... Haré más... ¿Quién soy yo? Una perdida... Una piedra colgada de tu cuello... No quiero

hacerte sufrir, no quiero...

Te dejaré libre... ¡No me quieres! ¡Amas a otra!

Vronsky le rogó que se tranquilizase; le aseguró que no tenía ningún motivo para estar celosa, que jamás había dejado de amarla y que la amaba más que nunca.

–Ana, ¿por qué te martirizas y me mortificas de este modo? –le decía besándole las manos con ternura. En su rostro había ahora suavidad, y Ana, en la voz de él y en sus ojos, creyó adivinar el llanto.

Y, pasando de golpe de los celos más in-sensatos a una ternura exaltada y llena de pasión, cubrió de arrebatados besos la cabeza, el cuello, las manos de su amado...

XXV

La reconciliación era completa. Ana, desde por la mañana, se puso a hacer los preparativos para la salida de Moscú. Aunque todavía no habían decidido si se marcharían el lunes o el martes, porque ambos se cedían el uno al otro la decisión, se ocupaba activamente en los preparativos de la partida.

Estaba en su habitación, ante el baúl abierto, metiendo en él las cosas que iba a llevar, cuando Vronsky habiéndose vestido antes de la hora acostumbrada, entró a verla.

–Ahora voy a ver a maman. Ella me mandará el dinero por medio de Egor. Y mañana podremos irnos.

A pesar de la buena disposición de ánimo en que se encontraba, Ana creyó advertir al-go sospechoso en la forma en que Vronsky acababa de hablar de su viaje a la casa veraniega de su madre.

–No, mañana, no –contestó–. Ni yo misma tendría tiempo de arreglar mis cosas.

Y quedó pensativa.

«Esto quiere decir», pensaba, «que era posible arreglar los asuntos como decía yo y él porfió que no».

–Ve al comedor ––dijo a Vronsky–, que yo iré allí ahora mismo. Sólo dejaré fuera estas cosas que necesito– y entregó varias prendas a Anuchka, que ya tenía en sus brazos otras ropas.

Vronsky estaba comiendo un filete cuando Ana entró en el comedor.

–No puedes imaginar cuánto me aburren estas habitaciones –dijo a Vronsky, sentándose a su lado para tomar su café–. No hay nada tan horrible como estas chambres garnies. No tienen expresión; les falta el alma.

Este reloj, estas cortinas y, lo principal, estos papeles pintados de las paredes, todo esto ha sido una pesadilla para mí. Pienso en Vosdvijenskoe como en la tierra prometida. No mandes todavía allí los caballos.

–No, los enviarán cuando nos hayamos marchado de aquí. ¿Tú quieres ir a alguna parte?

–Quería ir a casa de Wilson. Tengo que llevarle mis trajes. Entonces, ¿decididamente nos marchamos mañana? –preguntó con voz alegre.

De pronto su rostro se tomó sombrío. El ayuda de cámara de Vronsky le trajo a éste para que lo firmara el recibo de un telegrama que acababa de llegar de San Petersburgo.

No esperaba Vronsky nada de particular en aquel telegrama, pero, como deseando ocultar algo a Ana, dijo al criado que tenía que extender el recibo en el gabinete y se dirigió allí con precipitación.

Al volver, dijo a Ana:

–Mañana, sin falta, estará todo terminado.

–¿De quién es el telegrama? –preguntó Ana sin prestar atención a aquellas palabras.

–De Stiva ––contestó Vronsky de mal grado.

–¿Y por qué no me lo has enseñado? ¿Qué secreto puede haber entre Stiva y yo?

Vronsky llamó a su ayuda de cámara y le ordenó que trajera el telegrama.

–No quería mostrártelo porque no dice na-da de particular. Stiva tiene debilidad por el telégrafo. No sé a qué viene telegrafiar cuando no hay nada decisivo.

–¿Se trata del divorcio?

–Sí, pero dice que no ha podido obtener nada, que para estos días le ha prometido una respuesta decisiva. Míralo, léelo.

Ana cogió el despacho con manos temblorosas y leyó lo que Vronsky le había dicho. El telegrama terminaba así: «Hay pocas esperanzas, pero haré lo posible y lo imposible».

–Ayer te dije que me es indiferente que se lleve a cabo o no el divorcio –dijo Ana ruborizándose, No había necesidad ninguna de ocultarme esas dificultades que señala Stiva.

«Así puede ocultar y seguramente oculta su correspondencia con las otras mujeres», pensó también.

–Jachvin quería venir hoy por la mañana –

dijo Vronsky–. Parece ser que ganó a Peszov todo lo que éste tenía y hasta más de lo que puede pagar. Cerca de sesenta mil rublos.

–¡No es eso! –interrumpió ella, irritada porque Vronsky cambiara de conversación.

«¿Era que pensaba que la disgustaba no obtener el divorcio, no poder retenerle casándose con él», pensó–. ¿Por qué has creído –le dijo, con irritaciónque esa noticia me iba a doler hasta el punto de que era conveniente ocultármela? Te he dicho que no quiero ni pensar en el divorcio y me gustaría que tú te interesaras en esa cuestión tan poco como yo...

–Me intereso porque me gusta la claridad

–contestó Vronsky.

–La claridad en nuestra unión no consiste en la forma externa, sino en el amor ––dijo Ana aún más irritada, no por las palabras de Vronsky, sino por la fría tranquilidad con que hablaba él–. ¿Por qué deseas mi divorcio? –

insistió.

«¡Dios mío! Otra vez el amor», pensó Vronsky frunciendo el ceño.

–Ya lo sabes... Por ti y por los niños –

contestó.

–No tendremos más niños.

–Pues lo siento mucho.

–Lo necesitas por los niños. Eso es: en mí no piensas –dijo Ana, que no había oído completa la frase «por ti y por los niños».

La probabilidad de tener más hijos era cuestión que habían discutido los dos hacía tiempo y que a ella la irritaba. El deseo de Vronsky de tener hijos lo consideraba Ana como una prueba de indiferencia hacia su belleza, que, como era natural, desaparecería o aminoraría con un nuevo embarazo y alumbramiento.

–He dicho que por ti también –aclaró Vronsky–. Y más que por nada, por ti –añadió frunciendo el ceño como si sufriera algún dolor– porque estoy seguro de que la mayor parte de tu malestar proviene de tu situación indefinida.

«Ahora ha dejado de fingir y se ve claramente el odio frío que siente por mí», pensó Ana sin atender las palabras de él pero viendo con horror en sus ojos a un juez frío y cruel que la condenaba.

–Siento mucho que no entiendas o no quieras entender –dijo Vronsky deseando aclarar aún más su idea–. El carácter «indefinido» de la situación consiste en esto: tú crees que yo soy libre...

–En lo que respecta a esto puedes estar completamente tranquilo –contestó Ana. Y, dejando de prestarle atención, se puso a tomar su café.

Cogió la taza con la mano, la levantó, separando el dedo meñique, la acercó a la boca y bebió paladeando. Después de tomar así unos sorbos, miró a Vronsky y en la expresión de su rostro le pareció adivinar que a él le eran

desagradables su mano, su gesto y el ruido que producía con los labios al sorber el café.

–A mí me es completamente indiferente lo que piense tu madre y cómo quiera casarte –

dijo Ana, poniendo otra vez la taza sobre la mesa, temblándole la mano.

–No hablábamos de esto –cortó Vronsky.

–Pues es de eso precisamente de lo que tenemos que hablar. Y cree que a mí, una mujer sin corazón, sea vieja o no, sea tu madre o la madre de otro cualquiera, no me interesa, no quiero conocerla.

–Ana, te suplico que respetes a mi madre

–le rogó Vronsky.

–La mujer que no adivina dónde están la felicidad y el honor de su hijo no tiene corazón –insistió ella.

–Repito mi ruego de que no faltes al respeto a mi madre, a la que quiero y respeto –

volvió a decir Vronsky, levantando la voz y mirándola con severidad.

Ana sostuvo la mirada de él sin contestar.

Recordó en aquel momento con todo detalle la escena de la reconciliación del día antes y las caricias que él le había prodigado y pensó: «¡Cuántas mujeres habrán conocido las mismas caricias! ¡Cuántas acaso las conocen aún!».

–Tú no amas a tu madre. Eso es una frase hueca, palabras y nada más –le dijo, mirándole con odio.

–¡Ah! ¿Lo crees así? Pues hay que...

–Hay que terminar y estoy decidida a ello

–interrumpió ella. Y se dispuso a salir del comedor.

En aquel momento entró Jachvin.

Ana se detuvo y saludó al que llegaba.

«¿Por qué cuando se sentía con el alma combatida por una tempestad, cuando se disponía a dar un paso decisivo en su vida, a llevar a cabo una determinación que podía tener las más terribles consecuencias para ella, por qué en aquel preciso instante se veía obligada a fingir ante un extraño que, no obstante, tarde o temprano lo conocería todo?»

Estas preguntas pasaron rápidas por su mente; y en seguida, ahogando su íntimo dolor, se sentó y se puso a hablar tranquilamente con el que acababa de llegar.

–¿Qué, como va su asunto? ¿Ha cobrado usted su crédito?

–Parece que va por buen camino, aunque creo que no podré recibirlo todo. No obstante, el miércoles he de marchar de aquí. Y ustedes, ¿cuándo se marchan? –preguntó a su vez Jachvin. Y, mirando a Vronsky, que tenía el ceño fruncido, adivinó que entre ellos se había producido una disputa.

–Creo que nos iremos pasado mañana –

dijo Vronsky.

–Pues me parece recordar que hace ya tiempo que querían ustedes marcharse –

comentó Jachvin.

–Ahora ya está completamente decidido –

dijo Ana, mirando a los ojos de Vronsky fijamente y de modo que comprendiera que no había ni la más remota posibilidad de reconciliación entre ellos. Y tranquilamente siguió hablando con Jachvin.

–¿Es posible –le dijo– que usted no tenga compasión de ese pobre Peszov?

–Jamás me he preguntado en estos casos, Ana Arkadievna, si he de tener o no compasión. Todo lo que poseo lo tengo aquí –y Jachvin señalaba al bolsillo izquierdo de su chaleco–. Ahora soy un hombre rico, pero hoy iré al Círculo y quizá salga de allí convertido en un mendigo. Y considero que el que se pone a jugar en contra de mí quiere dejarme hasta sin camisa, como yo a él; y así luchamos. Esto es lo que nos da emoción, lo que constituye la salsa del juego.

–Y si estuviese usted casado, ¿qué diría su mujer?

Jachvin rió.

–Por eso no me he casado –dijo en tono de broma– y jamás he tenido intención de hacerlo.

–¿Y Helsingfors? –dijo Vronsky entrando en la conversación y mirando a Ana, que sonreía. Pero, al encontrarse sus miradas, el rostro de ella adoptó de repente una expresión severa y fría con lo que parecía querer decir que las cosas estaban igual.

–¿Es posible que no se haya usted enamorado nunca? –preguntó Ana a Jachvin.

–¡Oh, Dios mío! ¡Cuántas veces! Pero, compréndalo: ¿puede uno ponerse a jugar a las cartas pensando levantarse de la

mesa cuando llegue el momento del rendez-vous?

Yo puedo ocuparme del amor, pero a condición de no hacer esperar al juego... Así obro en esta cuestión.

–No le pregunto por un entretenimiento cualquiera, sino por un amor verdadero, por..

Ana iba a decir «Helsingfors», pero no quiso repetir aquella palabra que había dicho ya Alexey.

Entonces llegó Voitov, para tratar la compra de un semental, y Ana se levantó y salió de la habitación.

Antes de salir de casa, Vronsky entró en la habitación de su amada. Ella quiso simular que estaba buscando algo encima de la mesilla, pero, avergonzada de fingir, le miró resueltamente con una mirada fría y le preguntó en francés:

–¿Qué quiere usted?

–Recoger los documentos de «Hambette», pues lo he vendido ––explicó él con un tono que más que las palabras parecía decirle «no tengo tiempo para explicaciones y, además, éstas serían inútiles».

«No tengo culpa alguna», pensaba Vronsky. « Si quiere mortificarse ella mi sma, tant pis pour elle.

Mas, al salir de la habitación, le pareció que Ana le había dicho algo y su corazón se estremeció de piedad por ella; retrocedió y le preguntó afectuosamente:

–¿Qué dices, Ana?

–Nada –contestó ella fría y tranquila.

«Si no dices nada, tant pis», se dijo él, indiferente de nuevo. Y dio media vuelta y salió de la habitación.

Al cerrar la puerta, vio en el espejo la imagen de Ana. Tenía el rostro pálido, los ojos llorosos, y le temblaban el cuerpo y las manos.

Vronsky quiso volver de nuevo para decirle algo que la librara de aquella tribulación que al parecer sufría pero dudó un momento, pensó que no le recibiría bien, y continuó hacia la calle.

Todo este día lo pasó Vronsky fuera de su casa.

Cuando volvió, ya bien entrada la noche, la doncella le dijo que Ana Arkadievna tenía una fuerte jaqueca y rogaba que no la moles-taran.

XXVI

Nunca había sucedido que Ana y Vronsky pasaran un día entero enemistados, y el que ahora hubiera sucedido era para Ana claro indicio de que el amor de Vronsky hacia ella había desaparecido, o se había entibiado al menos. « ¿Cómo, si no, habría sido posible que él la mirara de aquella manera tan fría que le había dirigido al entrar en la habitación a recoger la documentación del caballo?;

¿cómo habría podido ver que su corazón se rompía a pedazos y seguir adelante, tranquilo a indiferente? No es que esté frío; es que me odia porque ama a otra mujer. Esto está claro», pensaba Ana.

Y, recordando las duras palabras de Vronsky y pensando en otras que él no le había dicho, pero que ella presumía que quería decirle, se sentía todavía más hundida en la desesperación.

« No le retengo», le hacía decir ella. «Usted puede ir a donde quiera... Probablemente usted no quiere divorciarse de su marido para volver a vivir con él. Vuelva usted. Si necesita dinero... ¡Cuántos rublos necesita usted?»

Las palabras más duras y crueles, los gestos del hombre más brutal imaginábalos Ana en su amado dirigidos a ella, y con estos pensamientos crecía su ira contra él y se decía que no le perdonaría jamás.

Luego pensó: «¿Y no fue ayer mismo cuando me juró amor como un hombre honrado y sincero? ¿No me dijo varias veces que estaba desesperada sin motivo?».

Todo aquel día, excepto las horas que in-virtió en ir al establecimiento de Wilson, lo pasó Ana atormentada por la duda de si todo habría terminado, o si quedarían aún esperanzas de reconciliación; de si se marcharía en seguida o iría a verle.

Estuvo esperándole todo el día, y por la noche, cuando al retirarse a su habitación había dado orden de que le dijeran que tenía una fuerte jaqueca, pensaba:

«Si a pesar de todo entra a verme es que me ama; si hace lo contrario, y respeta o finge acatar mi indicación, es que no siente el menor interés por mí, que ni siquiera le importa que esté yo enferma, es decir, que todo ha terminado entre nosotros. Y en este ca-so», siguió pensando, «decidiré lo que debo hacer».

Al sentir la llegada de Vronsky, puso toda su atención en lo que él hacía. Oyó la llegada del coche, la llamada a la puerta de la calle, sus pasos, su conversación con la camarera y cómo se retiraba a sus habitaciones. Entonces pensó:

«Se ha conformado con lo que le han dicho; no ha querido averiguar más, no ha querido ni siquiera verme. Esto signifca que todo ha terminado.»

Y cómo único recurso para resucitar el ca-riño en su corazón y castigarle con el remordimiento, para vencer, en suma, en aquella lucha, se le presentó de nuevo, clara y obsesionante, la idea de la muerte.

Ahora le daba ya todo igual: no le importaba ir o no a Vosdvijenskoe; ni conseguir o no el divorcio. Nada necesitaba. Sólo quería una cosa: castigarle.

Cuando preparó su habitual dosis de opio y pensó que podía morir con sólo beberse todo el frasco, le pareció tan fácil y sencillo que volvió a pensar, con gran complacencia, en cómo sufriría, se arrepentiría y, aunque ya tarde, amaría su recuerdo.

Se metió en la cama, apagó todas las luces, excepto una, cuya llama se estaba extin-guiendo ya, y quedó inmóvil, estirada, con los ojos abiertos, mirando hacia el techo esculpi-do en el cual la sombra de la pantalla había fijado extrañas figuras. Su pensamiento representaba entonces a Vronsky ante su cuerpo inerte, cuando ella hubiese desaparecido ya completamente, cuando no quedase más que su recuerdo. «¿Cómo pude», se diría él,

«decirle palabras tan crueles como las que le dije? ¿Cómo pude salir de la habitación sin dirigirle una palabra, viéndola tan afligida?

Pero ahora ya no está aquí», dirá, «ahora se ha ido para siempre ...».

De repente, la sombra que hacía la pantalla se movió, se extendió a todo el techo; nuevas sombras brotaron de otros

puntos de la habitación al encuentro de aquélla. Pero por un momento se desvanecieron, se junta-ron de nuevo con gran rapidez, se movieron tumultuosamente, se entremezclaron hasta fundirse. Y todo se sumió en la oscuridad.

«Es la muerte», pensó Ana.

Y se sintió sobrecogida por un horror tal que, con los ojos espantados, muy abiertos, y su cuerpo en fuerte tensión nerviosa, estuvo mucho tiempo sin poderse mover. Al fin, con gran esfuerzo, su mano temblorosa pudo coger las cerillas que tenía encima de la mesilla y encender otra luz que reemplazara a la que se había consumido produciendo aquellas sombras y figuras extrañas que tanto terror habían infundido en su espíritu.

Y ensanchando su pecho suspiró hondamente como si se librara de un gran peso; se sintió libre de la horrible visión que oprimía su pecho y murmuró:

«No, no... Vivir... ¡Quiero vivir! Le amo y él también me ama. Hemos discutido, pero esto pasará».

Y la alegría de volver a la vida cuando se creía ya entre las garras de la muerte, inundó sus ojos de lágrimas, que se deslizaron suavemente por sus mejillas, pálidas aún. Luego, para huir de su soledad, para ahuyentar de su alma los restos de aquel terror pasado, se dirigió al gabinete de Vronsky.

Estaba durmiendo con un sueño profundo.

Ella se le acercó, le iluminó con la vela el rostro, que estaba sereno, tranquilo, y le contempló con arrobamiento. Ahora, en aquella actitud, a Ana le gustaba más; sintió con mayor intensidad su amor y, conmovida, no pu-do contener las lágrimas. Luego pensó que si le despertaba en aquel

momento la miraría con su mirada fría, seguro de ser justo, y que antes de hablarle de su amor, ella habría tenido que mostrarse severa con él como él se mostraba con ella. Regresó, sin despertarle, a su habitación y, después de una segunda dosis de opio, cuando amanecía ya, se durmió con un sueño pesado pero intranquilo, ya que no dejaba de sentir palpitaciones en su corazón y en las venas, en las sienes, en las manos, y continuaba con sus pensamientos.

Por la mañana tuvo una horrible pesadilla que la había atormentado ya otra vez antes de sus relaciones con Vronsky. Un viejecillo con la barba mal peinada, inclinado sobre el lecho, manipulaba los hierros de la cama repitiendo unas palabras sin sentido. Y Ana, como siempre que tenía esta pesadilla (y en esto consistía precisamente todo el horror) sentía que el viejecillo no le prestaba atención, y continuaba manipulando los hierros de la cama.

Ana se despertó con un fuerte dolor de cabeza; inundada toda de sudor.

Cuando se levantó, recordó, muy vagamente, todo lo que la había ocurrido durante el día anterior.

«Hubo una discusión, lo que había habido tantas veces... Dije que tenía jaqueca y él no entró en mi habitación... Mañana nos vamos de aquí. Tengo que verle y prepararme para el viaje», se dijo.

Al enterarse de que Vronsky estaba en el despacho, se dirigió allí. Cuando cruzaba el salón, oyó que a la entrada de la casa se paraba un carruaje. Miró por la ventana y vio un coche lujoso, a una de cuyas ventanillas se asomaba una joven con sombrero color lila, ordenando algo al lacayo, quien llamó a la puerta y entró en la casa. Después de una pequeña conversación en el piso de abajo, alguien pasó a

las habitaciones superiores y en el salón de al lado resonaron los pasos de Vronsky. Éste, con andar rápido, bajó la escalera. Ana se acercó de nuevo a la ventana y algo separada de ésta, procurando que no la vieran, observó otra vez lo que pasaba en la calle con las viajeras del coche. Ahora, Vronsky, sin sombrero, bajaba la escalinata; se acercó al carruaje. La joven del sombrero lila le entregó un paquete. Él le dijo unas palabras sonriendo. El coche se alejó y Vronsky subió la escalera corriendo.

Ana sintió que la bruma que cubría su cerebro se desvanecía de repente. Los sentimientos del día interior, aumentados con un nuevo dolor, oprimían su corazón enfermo.

Ahora no comprendía cómo había podido rebajarse hasta el punto de quedarse un día más en su casa. «No estaré con él un día más», se dijo.

Y entró en el gabinete de Vronsky para comunicarle su decisión de marcharse de la casa y separarse de él inmediatamente.

–Era la Sorokina, con su hija, que me han traído dinero y los documentos de mamá.

Ayer no pude recibirles. ¿Y tu jaqueca? ¿Estás mejor? –le dijo él sin querer advertir la expresión sombría y trágica de su rostro.

Ana le miraba fijamente, de pie en medio de la habitación. Él la miró a su vez, frunciendo el ceño un momento, y continuó leyendo la carta que acababa de recibir. Ella dio media vuelta y, lentamente, se dirigió a la salida de la habitación. Vronsky pensó un momento en llamarla y hacerla volver, pero la dejó llegar hasta la puerta sin decirle nada, sin que se oyera en la habitación más que el ruido de

los pasos de Ana y el de las hojas de la carta, que él iba volviendo.

–¡Ah! A propósito ––dijo Vronsky cuando ella llegaba ya a la puerta–. Decididamente nos vamos mañana, ¿no?

–Se irá usted, yo no –contestó Ana, volviéndose ligeramente.

–Ana, así es imposible vivir –exclamó Vronsky.

–Se irá usted, yo no –repitió.

–¡Esto está haciéndose de nuevo insoportable!

–Usted se arrepentirá de esto –añadió ella y salió.

Asustado por el tono de desesperación con que había pronunciado estas palabras, Vronsky se levantó de un salto y corrió tras ella, pero a los pocos pasos, pensándolo mejor, se detuvo, reflexionó unos momentos, y volvió a la silla que ocupaba, se sentó y con los dientes apretados y la vista fija en el suelo quedó sumido en hondas reflexiones.

«Lo he probado todo», se dijo; «no me queda sino un recurso: dejarla hacer». Y se preparó para ir a la ciudad y a la casa veraniega de su madre, de quien le era preciso obtener la firma de unos documentos referentes a su herencia.

Ana oyó el ruido de sus pasos en el gabinete y luego a través del comedon Cerca del salón, Vronsky se paró, pero no se dirigió a la habitación de Ana como ella esperaba, sino que dio a un criado orden de entregar el caballo a Voitov cuando éste fuese a buscarlo.

Luego oyó cómo se adelantaba el coche hasta la entrada de la casa; sintió abrirse la puerta de ésta y le vio salir. De

repente, se volvió, dijo algo a uno de los criados, quien corrió a la habitación de su dueño, cogió los guantes que Alexey se había dejado olvidados y volvió a bajar las escaleras corriendo para entregar-los a su señor. Ana se acercó a la ventana y vio que Vronsky, sin mirar al criado, cogió los guantes, luego tocó con la mano derecha la espalda del cochero, le dijo algo y, sin volver la vista a la casa, subió al coche, y se acomodó en él en su postura habitual: con las piernas cruzadas. El coche partió seguidamente y a poco desaparecía tras la esquina.

XXVII

«¡Se marchó! ¡Todo ha terminado!» , se dijo Ana.

Estaba en pie cerca de la ventana. Sus pensamientos, la oscuridad en que estaba la habitación por haberse apagado la luz y el recuerdo de la terrible pesadilla que había tenido, llenaron su alma de terror.

«No, esto no puede ser», exclamó y, cruzando apresuradamente la habitación, oprimió el timbre con insistencia.

Sentía ahora tanto miedo de estar sola que, sin esperar la llegada del criado, se dirigió al encuentro de éste.

–Entérese a dónde ha ido el Conde –le di-jo.

El criado contestó que el Conde se dirigía a las cuadras

–El señor Conde –añadió– dijo, también, que el coche volvería en seguida por si la se-

ñora quería salir.

–Bien. Espere. Voy a escribir una carta, y la hará llevar por Mijailo a las cuadras inmediatamente.

Ana se sentó y escribió en un papel de cartas:

Tengo yo la culpa... Vuelve a casa... Tenemos que hablar... Por Dios, ven... Siento miedo...

Cerró la carta y se la entregó al criado.

Luego, en su temor de quedarse sola, salió tras éste y entró en el cuarto de la niña.

«¿Qué es esto? Éste no es mi Sergio.

¿Dónde están sus ojos azules, sus caricias, su tímida y dulce sonrisa?» Éste fue su primer pensamiento al ver a la niña, gordita, colorada, con ojos negros y cabellos rizados, en vez de a Sergio, a quien ella, perturbada y confundida, pensaba encontrar en aquella habitación.

La niña, sentada cerca de la mesa, se entretenía en golpearla, insistentemente, con un corcho que había sacado de una garrafa.

Al entrar su madre, volvió la cabeza y puso en ella sus ojos negros y pequeños con una mirada sin expresión.

La inglesa preguntó a Ana por su salud y ella contestó que se encontraba bien ya, añadiendo que al día siguiente se irían al campo.

Luego se sentó junto a la niña y se puso a jugar con ella, moviendo el tapón de la garrafa. Mas, la risa clara y sonora de la niña y el movimiento que hizo con sus cejas le recordaron tan vivamente a Vronsky, que, conteniendo sus sollozos, se levantó bruscamente y salió de la habitación.

«¿Es posible que todo haya terminado?

No, no es posible» , pensaba. «Él volverá.

¿Pero cómo podrá explicarme la animación, la sonrisa expresiva que tenía mientras hablaba con Sorokina? Escucharé, a pesar de todo, lo que me diga, le creeré. Si no le creo, sólo me queda un camino. ¡Y esto no lo quiero!»

Ana miró el reloj. Habían pasado doce minutos desde que mandara el recado a Vronsky. «Un poco más. Nada más que diez minutos. ¿Y si no vuelve? No, no es posible... No está bien que me vea con los ojos así... Comprenderá que he llorado... Voy a lavarme...

Sí... sí. ¿Estoy ya peinada o no» , se preguntó de repente. Y no recordándolo, se tocó la cabeza. « Sí; estoy peinada... Pero, ¿cuándo me he peinado?... No me acuerdo» , dudando aún, se miró una vez más al espejo. «¿Qué es esto?» , se dijo al ver en el espejo su rostro alterado, y los ojos con un brillo extraño, que la miraban con expresión de espanto.

«¿Soy yo esa mujer?»

Volvió a mirarse en el espejo para ver toda su figura y creyó sentir que, como en otras ocasiones semejantes, Vronsky se le acercaba por detrás y la acariciaba y besaba frené-

ticamente su espalda, su nuca... Un estreme-cimiento recorrió todo su cuerpo, como si Vronsky estuviera realmente allí, prodigádola besos y caricias, a inconscientemente se llevó sus manos a la boca y las besó con frenesí.

«¿Qué es esto», dijo luego. « ¿Será que me he vuelto loca?»

Y corrió hacia el dormitorio donde Anuchka arreglaba algunas cosas.

–Anuchka –llamó.

Y no dijo más: se detuvo ante la doncella mirándola fijamente y sin recordar lo que iba a decirle.

–Quería usted ir a ver a Daria Alejandrovna –dijo Anuchka, como ayudándole a recordar que era esto lo que quería decirle.

–¿A Daria Alejandrovna?... Sí... iré... –

respondió Ana distraídamente, mientras calculaba.

«Quince minutos en ir allí, quince para volver. Ya estará regresando... Ahora en seguida llegará.»

Sacó su reloj y lo miró para ver qué hora era.

«¿Y cómo pudo marcharse dejándome así?

¿Cómo puede vivir sin haberse reconciliado conmigo?» Se acercó a la ventana y se puso a mirar a la calle, esperando ver volver al criado o que llegara Vronsky.

«Quizá me haya equivocado en mis cálculos», pensó al ver que ni el criado ni él aparecían. Y en el momento en que se dirigía al salón para comprobar en el reloj de péndulo si el suyo iba bien, se oyó el ruido de un carruaje que se paraba ante la puerta.

Ana se asomó ávidamente a la ventana y vio el coche de Vronsky. Su corazón palpitó con más fuerza y aceleró sus latidos. Pero ni Vronsky ni nadie subía la escalera. En el piso de abajo se oían voces, mas la de él no se oía.

El criado que había llevado la carta y que era quien acababa de llegar con el coche, se adelantó hacia ella.

Ana le preguntó por su encargo.

–No hemos encontrado al señor Conde...

Ya se había marchado a la estación del ferrocarril de Nijni.

–¿Cómo? ¿Que se había marchado? –

preguntó Ana, con acento de consternación.

El criado, colorado y alegre como siempre, le confirmó lo que le había dicho y le devolvió la carta.

«¡Ah!, sí; es verdad. No la ha recibido» , se dijo. Reflexionó un instante y ordenó:

–Vaya con esta carta a la finca de la condesa Vronskaya. Está cerca de Moscú. Y trái-game en seguida la respuesta.

«Y yo, ¿qué haré?» , pensó. « Sí, iré a ver a Dolly. Es verdad... Ella vino... Si no, me volveré loca... ¡Ah! También puedo enviarle un telegrama.» Y Ana escribió este despacho: Necesito hablarle. Venga en seguida.

Entregó el telegrama al criado y se marchó a ponerse el traje de calle. Ya vestida y con sombrero, Ana miró a los ojos a Anuchka. La doncella estaba tranquila, pero en sus peque-

ños y bondadosos ojos grises se leía una viva compasión.

–Anuchka querida, ¿qué debo hacer? –le dijo Ana sollozando y dejándose caer, abatida, en el sillón.

–¿Y por qué se desespera usted tanto, Ana Arkadievna? Esto sucede siempre... Váyase usted a ver a Daria Alejandrovna y

distráigase un poco –le dijo Anuchka, consolándola.

–Sí, iré –dijo Ana, recobrándose–. Si en mi ausencia llega un telegrama, me lo mandas a casa de Daria Alejandrovna... Y si no, déja-lo... Yo volveré...

«Sí, no hay que pensar en nada, sino en hacer algo... Y lo principal es marcharse, salir de esta casa», se dijo Ana, Y de repente se horrorizó, percibiendo el rápido y agitado latir de su corazón. Salió precipitadamente y se sentó en el coche.

–¿Adónde desea la señora que la lleve-mos? –preguntó Pedro antes de sentarse en el pescante.

–A la Snomenskaya, a casa de Oblonsky.

XXVIII

El cielo estaba despejado. Durante toda la mañana había caído una lluvia menuda y ahora el tiempo se había ido aclarando. Los tejados de chapa, las lows de las aceras, los cantos rodados del pavimento de las calles, las ruedas y las guarniciones del coche, todo brillaba bajo los rayos radiantes del sol de mayo. Eran las tres de la tarde, y las calles presentaban gran animación. Sentada cómodamente en el coche, que se balanceaba con suavidad sobre los muelles, bien templados, al rápido correr de los caballos, Ana Arkadievna repasaba de nuevo en su mente cuanto le había sucedido y todo lo que había pensado en aquellos últimos días.

Ahora, despejada su cabeza por el aire pu-ro y fresco que entraba en el coche, y bajo las impresiones que se iban sucediendo ante su mirada en el exterior, su situación se le aparecía completamente distinta a como la veía en su casa. La idea de la muerte no se le aparecía en este momento tan terrible y tampoco se le aparecía como inevitable.

Ahora sólo se reprochaba la humillación a que había descendido escribiendo a Vronsky.

« Le he implorado su perdón... Me he considerado culpable... Me he sometido... ¿Por qué? ¿Es que no puedo vivir sin él?» Y, sin contestarse, se puso maquinalmente a mirar la gente que pasaba, las casas, los escapara-tes. Leía los rótulos de los establecimientos. «

Despacho y depósito.» «Dentista.» Y, mientras tanto, iba reflexionando con antiguos y nuevos pensamientos sobre su situación y las resoluciones que había de tomar, lo que iba a hacer ..

«Le contaré todo a Dolly... Ella no aprecia a Vronsky. Sentiré vergüenza, dolor, pero se lo diré todo. Dolly me quiere y seguiré su consejo. No quiero someterme a él. No le permitiré que haga de mí un juguete de sus caprichos. "Filipov. Kalachi". Dicen que trae la crema de San Petersburgo. ¡El agua de Moscú es tan buena!... Y también existen los depósitos de agua de Mitischi y hay tortas.» Y recordó que hacía mucho tiempo, cuando ella tenía diecisiete años, iba con su tía al monasterio de la Santísima Trinidad. «Fuimos en caballos. No había ferrocarril aún. ¿Pero es posible que fuera yo aquella niña que tenía las manos tan rojas? ¿Cuántas cosas de las que me parecían entonces hermosas a inaccesibles se han convertido para mí en insignificantes; y, en cambio, lo que entonces tenía a mi alcance ahora me es inaccesible o lo he perdido para siempre. ¿Cómo habría podido yo creer en aquellos días que llegaría a una humillación semejante? ¡Qué contento y orgulloso se pondrá al recibir mi carta! Pero voy a demostrarle... Qué mal huelen estas pinturas. ¿Por qué estarán siempre pintando y construyendo? "Modas y adornos"», leyó en otro rótulo. Un hombre la saludó. Era el

marido de Anuchka. Recordó que Vronsky les llamaba « nuestros parásitos». « ¿Nuestros?

¿Por qué decía nuestros? Es terrible que no podamos arrancar de raíz el pasado. Es imposible arrancarlo, pero podemos desechar sus recuerdos. Y, yo lo voy a hacer.» Y se acordó entonces de que también a Alexey Alejandrovich le había borrado de su memoria. «Dolly va a creer que abandono a mi segundo marido y por esto, seguramente, no me dará la razón... Pero ¿es que por ventura la quiero tener? ¡No puedo! »

Sintió ganas de llorar, pero en aquel momento, dos jóvenes, sonrientes y alegres, se cruzaron con el coche, ella pensó: « ¿De qué se reirán? Seguramente su alegría tendrá por causa el amor. No saben que el amor es sólo llanto y amargura».

Corrían tres niños jugando a los caballos.

«¡Sergio!», pensó Ana. « Lo perderé todo y no le tendré a él.»

«Sí, si Vronsky no vuelve lo perderé todo.

Quizá llegó tarde para tomar el tren. Y acaso está ya en casa. De nuevo estoy buscando mi humillación. Entraré en la habitación de Dolly y le diré: "Soy desgraciada. Lo merezco: soy culpable; pero de todos modos, compadéce-me y ayúdame". Estos caballos... este coche... ¡Cuán repugnante soy en este coche!

Todo esto le pertenece a él. No los veré más.»

Ana subió la escalera de la casa de Dolly con toda la prisa que le permitieron sus piernas y su corazón, que latía violenta y apresuradamente.

Mientras, volvía a pensar en lo que diría a su amiga.

–¿Hay alguna visita? –preguntó antes de pasar al recibimiento.

–Catalina Alejandrovna –contestó el criado que le abrió la puerta.

«Kitty, la misma Kitty de la cual estuvo enamorada Vronsky», pensó Ana. Aquella misma mujer que «él» recordaba con cariño.

«Se arrepintió, no se casó con ella y ella me recuerda con odio; sabe que Vronsky se halla unido a mí.»

En el momento en que llegó, las dos hermanas hablaban del modo de amamantar a los niños.

Cortando aquella conversación, Dolly salió al encuentro de Ana.

–¡Ah! ¿Todavía no tu has marchado? Quería pasar por tu casa –le dijo, mientras la saludaba

besándola

cariñosamente–.

Hoy

hemos recibido una carta de Stiva.

–Nosotros hemos recibido un telegrama –

contestó Ana, mirando en torno para ver a Kitty.

–Stiva me dice que no entiende qué es lo que quiere Alexey Alejandrovich, pero que no vendrá sin una contestación.

–Entendí que tienes una visita –dijo Ana.

–Sí, está Kitty. Se ha quedado en el cuarto de los niños. Ha estado muy enferma.

–Ya lo sé. ¿Puedo leer la carta de Stiva?

–La traeré en seguida. Alexey Alejandrovich no ha rechazado la petición, Stiva tiene esperanza –dijo Dolly parándose en la puerta.

–Yo no espero ni deseo nada –dijo Ana.

«¿Considera Kitty humillante para ella encontrarse conmigo? Quizá los otros tengan razón. Pero ella, que estaba enamorada de Vronsky. Ella no debía mostrármelo, aunque sea verdad. Sé que ninguna mujer decente puede recibirme por mi situación. Sé que en el momento en que me uní a Vronsky lo sa-crifiqué todo. Lo he sacrificado todo por él y ésta es mi recompensa. ¡Oh, cómo le odio! ¿Y

para qué he venido aquí? Me siento todavía peor, más oprimida.»

De la habitación contigua le llegaban las voces de Dolly y su hermana, que hablaban entre sí.

«¿Qué le diré ahora? ¿Consolaré, por ventura, a Kitty siendo yo tan desgraciada? ¿Me someteré a su protección? No. Tampoco Dolly podrá comprender nada. No tengo nada que decirles. Me interesaría sólo ver a Kitty y mostrarle cómo lo desprecio todo y a todos, lo indiferente que me es todo.»

Dolly entró con la carta.

Ana leyó lo que decía Esteban Arkadievich y comentó:

–Lo sabía y no me interesa.

–¿Y por qué? No hay que desanimarse: al contrario. Yo tengo esperanzas ––dijo Dolly mirando a su cuñada con sorpresa.

Dolly no la había visto nunca tan irritada.

–¿Cuándo te marchas? –le preguntó.

Ana entornó los ojos y mró ante sí sin contestar.

Luego preguntó a Dolly, mirando a la puerta de la habitación en que estaba Kitty y ruborizándose:

–¿Por qué se esconde Kitty de mí?

–¡Qué tontería! Está dando el pecho a su niño y la cosa no va bien. Yo la aconsejaba...

Se alegrará mucho de verte. Vendrá en seguida –dijo Dolly, manifestando cierta confusión–. ¡Ah! Aquí está.

Al enterarse de que Ana estaba en la casa, Kitty había decidido no salir a verla, pero su hermana la había persuadido de que, al menos, la saludase.

Así, Kitty, haciendo un esfuerzo sobre su voluntad, salió a ver a Ana y, ruborizándose, se le acercó y le dio la mano.

–Estoy muy contenta de verla –le dijo con voz temblorosa.

Se mostraba cohibida por la lucha que había sostenido entre su enemistad hacia Ana y el deseo de mostrarse condescendiente con ella; pero en el momento en que vio su rostro, hermoso y lleno de simpatía, su animosidad desapareció.

–No me habría extrañado –dijo Ana– que no hubiera usted querido encontrarse conmigo. Estoy acostumbrada a esto. Está usted enferma, ¿no? Sí, está algo cambiada.

Kitty sentía que Ana la miraba con enemistad, pero la disculpó comprendiendo la situación en que se encontraba, y hasta sintió hacia ella cierta lástima.

Hablaron de Stiva y de la enfermedad del niño, pero era evidente que nada de aquello interesaba a Ana.

–He venido sólo por despedirme de ti –dijo Ana a Dolly levantándose para marcharse.

–¿Cuándo se van ustedes? –le preguntó Dolly.

Ana, sin contestar a esta pregunta, se dirigió a Kitty.

–Sí, estoy muy contenta de haberla visto –

dijo con una sonrisa–. ¡He oído tanto bueno de usted en todas partes, incluso de su marido! Vino a verme y me alegró mucho su visita

–dijo con intención evidente de herir a Kitty–.

¿Dónde está ahora? –añadió aún.

–Se marchó al campo –contestó ella ruborizándose.

–Salúdele de mi parte; no lo olvide usted.

–Con mucho gusto –dijo ingenuamente Kitty, mirando con compasión a Ana.

–Adiós, Dolly.

Y, tras besar a Dolly y dar la mano a Kitty, Ana salió precipitadamente.

–Siempre es la misma, siempre tan atractiva. Es en verdad hermosa –comentó Kitty al quedarse a solas con su hermana–. Pero hay algo en ella que inspira compasión. Algo muy penoso, infinitamente penoso.

–Y hoy tiene algo particular –dijo Dolly–.

Cuando la acompañaba hasta el vestíbulo, me pareció que iba a llorar.

XXIX

Ana se sentó en el coche, en peor estado de ánimo que cuando había salido de su casa.

A sus sufrimientos de antes se había añadido el sentimiento de humillación que le había producido su encuentro con Kitty.

–¿Adónde ordena la señora que la lleve?

¿A casa? –le preguntó Pedro.

–Sí, a casa ––dijo Ana sin pensarlo.

«¡Cómo me miraban! Les debí de parecer un ser extraño, curioso, incomprensible. ¿De qué puede hablar ese hombre a aquel otro con tanto entusiasmo?», pensó mirando a dos hombres que pasaban. «¿Es que es posible contar a otro lo que se está sintiendo?»

« Quería contar a Dolly todo lo sucedido, pero he hecho muy bien en no decirle nada.

¡Qué contenta se habría puesto con mi desgracia! Lo habría ocultado, pero el principal sentimiento habría sido de alegría, porque yo estoy purgando ahora los placeres por los cuales me envidiaba. Kitty se habría alegrado más aún. ¡Qué bien la veo ahora! La veo co-mo si fuera transparente. Sabe que me mostré amable con su marido, y tiene celos de mí y me odia. Además, me desprecia. A sus ojós, soy una mujer inmoral. Si lo fuera habría intentado enamorar a su marido. Lo habría intentado», dijo. «¡Pero, si lo intenté!

Y ese hombre, ¡qué satisfecho está de sí mismo!», pensó, mirando a un señor que iba en un coche en dirección opuesta a la suya, gordo, colorado, con aire bien visible de satisfacción. «Se habrá confundido», se dijo aún, viéndole que la saludaba quitándose su brillante chistera,y levantándola por encima de su también reluciente calva. «El pobre hombre habrá pensado que me conocía. Tan poco como él me conocen otros muchos, incluso algunos que me tratan. Ni yo misma me conozco. No conozco sino mes appétits, como dicen los franceses. Toma, al menos ésos saben bien lo que quieren», se dijo viendo a dos chiquillos que acababan de parar a un vendedor de helados. Éste bajó la heladora que traía sobre la cabeza y, enjugándose el rostro sudoroso con la punta de la servilleta, sacaba unas porciones sucias de su mercancía. «Todos queremos algo dulce, sabroso. Si no hay bombones, nos conformarnos con un mal helado. También Kitty lo ha hecho así: no ha podido tener a Vronsky, tiene a Levin.

Aparte de esto me envidia; me envidia y me odia. Todos nos odiamos los unos a los otros.

Yo odio a Kitty y ella me odia a mí. Ésta es la verdad. «Tiutkin–Coiffeur... (leyó en un rótu-lo). Je me fais coiffer pour Tiutkin. Cuando vuelva», pensó, «le haré reír con esta necedad», y sonrió. Pero en aquel instante recordó que no

tenía a nadie a quien hacer reír, nadie con quien bromear. «Además no hay nada alegre ni ridículo», siguió pensando.

«Ahora tocan las campanas a vísperas. Y este comerciante está persignándose con tanto cuidado como si fuera a perder algo. ¿Para qué sirven todas estas iglesias, estas campanadas, estas mentiras? Sólo para ocultar que todos nosotros no s odiamos los unos a los otros. Igual que esos cocheros de punto, que están peleándose con tanta ira. Jachvin dice que el que juega con él quiere dejarle sin camisa y él quiere dejarle sin ella al otro. ¡És-ta es la única verdad! »

Arrebatada por estos pensamientos hasta el punto de olvidarse de su situación, apenas se dio cuenta de que había llegado y de que el coche se detenía a la entrada de su casa.

Al ver al portero, que vino a su encuentro, Ana recordó que había enviado una carta y un telegrama a Vronsky. –¿Hay contestación al telegrama? –preguntó. –Ahora lo miraré ––

dijo el portero. Y después de rebuscar en su mesa, de uno de los cajones sacó un sobre cuadrado que contenía un telegrama y se lo dio a Ana. Ésta lo abrió con mano temblorosa y leyó:

No puedo ir antes de las diez. –Vronsky.

–Y ese Mijailo, al que mandé con una carta, ¿no ha vuelto todavía?

–No, señora ––contestó el portero.

–¡Ah! Si es así, ya sé lo que tengo que hacer –dijo Ana sintiendo que su espíritu se llenaba de una ira inmensa y de un deseo ardiente de venganza. «Yo misma iré a encontrarle donde está, y antes de irme para siempre se lo diré todo. Nunca he odiado a nadie como a este hombre», pensaba, mientras co-rría hacia su habitación.

Al ver el sombrero de su amado en el perchero del recibidor, Ana se estremeció de aversión. No se daba cuenta de que el telegrama de Vronsky era la respuesta al suyo, y que él no había podido aún recibir su carta.

Ahora se le imaginaba hablando tranquilamente con su madre y con la Sorokina, que gozarían desde allí con sus sufrimientos.

«¡Sí: debo ir en seguida!», se dijo. No sa-bía concretamente a dónde tenía que ir; sólo comprendía que quería huir de los sentimientos que experimentaba en aquella casa. Los criados, las paredes, todo despertaba en ella una profunda aversión.

Sentía en la cabeza una gran pesadez.

«Sí, debo ir a la estación del ferrocarril y, si no está, seguir hasta la casa y sorprender-le», miró en un periódico el horario de los trenes. Por la noche pasaba un tren a las ocho y dos minutos. «Sí, tendré tiempo», pensó.

Mandó enganchar caballos de refresco y se ocupó de poner en su saco de viaje los objetos indispensables para una ausencia de algunos días. Sabía que allí no volvería más.

Entre los mil confusos proyectos que desfilaban por su mente, decidió vagamente que, después de la escena que pudiera tener con la Condesa a su llegada, seguiría su viaje

por ferrocarril hasta Nijgorod y se detendría en el primer pueblo.

La comida estaba ya preparada.

Ana se acercó a la mesa, miró el pan y el queso; pero el sólo olor de las viandas le da-ba náuseas y decidió no comer.

Ordenó que le prepararan el coche y salió.

La casa proyectaba ya una gran sombra que atravesaba toda la calle. Era un atarde-cer claro y brillaba todavía el sol.

Anuchka, que le llevó el equipaje hasta el coche, Pedro, que lo colocó dentro del carruaje, y el cochero, que expresaba descontento, todos le alteraban los nervios, despertaban su irritación con sus palabras y sus ademanes.

–No lo necesito, Pedro.

–¿Y quién le va a comprar el billete?

–Bueno; haz lo que quieras... Todo me da igual.

Pedro subió al pescante de un salto y, con la mano apoyada en la cintura, ordenó al cochero ir a la estación.

XXX

«Otra vez estoy en la calle. De nuevo lo comprendo todo», se dijo Ana en el momento en que se puso en marcha el carruaje. Y

mientras el coche rodaba, con suave balan-ceo y fuerte trepidación, saltando sobre los guijarros del empedrado, mil pensamientos iban pasando por su mente. «¿Qué es lo último en que pensé antes? ¡Ah, sí! Tiutkin–

Coiffeur. No, no es eso. ¡Ah, sí!, lo que decía Jachvin: "la lucha por la existencia y el odio son lo único que mueve a los hombres". Vosotros hacéis mal en ir allí», se dirigía mentalmente a varios hombres que iban en un coche tirado por cuatro caballos, dirigiéndose a las afueras, con ánimo bien visible de divertirse. «Tampoco el perro que lleváis va a ser-viros de nada. No podréis huir de vosotros mismos.»

Luego, dirigiendo su mirada a un punto al que, volviendo su cabeza, miraba fijamente Pedro, Ana vio a un obrero que, completamente ebrio, con la cabeza bamboleándosele, era llevado por un guardia en un coche de alquiler.

«Este hombre es más feliz», pensó Ana.

«El conde Vronsky y yo hemos buscado también el placer, pero nuestra dicha no ha sido la que esperábamos.»

Y Ana examinó por primera vez a esta clara luz con que ahora lo veía todo, sus relaciones con Vronsky, sobre las cuales había procurado no pensar. «¿Qué buscaba él en mí?

No tanto el amor como la satisfacción de su amor propio.» Recordó las palabras de Vronsky, la expresión de perro sumiso que había en su rostro en los primeros tiempos de su amor, y la firme, resuelta,imperiosa y triunfante expresión de después. «Tal vez hubiera amor, pero más que nada había orgullo y vanidad. Ahora, ha terminado. Ya no tiene de qué vanagloriarse, sino de qué avergonzarse. Tomó de mí todo lo que quiso y ahora no me necesita. Ahora le soy un estorbo, aunque procura no mostrarse desatento conmigo. Ayer se le escapó la confesión de que quiere el divorcio y casarse conmigo para quemar sus naves. Me quiere, sí; pero, ¿có-

mo me quiere? The rest is gone... Lo único que quiere es despertar la admiración del mundo. ¡Y está tan satisfecho de sí mismo», pensó mientras miraba a un empleado de

comercio que iba montado en un caballo de carreras. «Sí: ya no tengo para él ningún atractivo. Si me marcho, en el fondo de su alma se alegrará. Esto no es una suposición mía: lo veo con claridad, gracias a esta luz bienhechora que me descubre el verdadero sentido de la vida y de las relaciones humanas.

»Mi amor se vuelve por momentos más apasionado y más orgulloso mientras que el suyo está apagándose; y así nos alejamos el uno del otro; y nada podemos hacer para cambiar esta situación. Para mí, él lo es todo y exijo que se me entregue completamente, en cambio él tiende más y más a alejarse de mí. Antes de nuestras relaciones íbamos uno al encuentro del otro y ahora nos dirijimos irresistiblemente por caminos opuestos. Y es imposible que cambiemos. Él me dice, y yo misma me lo he dicho, que estoy tontamente celosa. No es verdad: no estoy celosa: estoy descontenta. Pero ...»

Agitada por un pensamiento que brotó de súbito en su cerebro, cambió de sitio en el coche y quedó extasiada, con la vista en un punto indefinido, y la boca abierta como si fuera a hablar. « Si pudiese ser algo más que una amante apasionada que busca sólo sus caricias. Pero no Puedo ni quiero ser otra co-sa. Y así solo despierto en él desagrado, mientras su frialdad me llena a mí de ira. Es una cosa fatal y no puede ser de otro modo.

¿Es que si tuviera el convencimiento de que no me engaña, que no tiene proyecto alguno con respecto a Sorokina, que no está enamorado de Kitty, ni me hará traición, me sentiría feliz? Lo cierto es que él no me ama; lo demás, ¿qué me puede importar? Es verdad que también sin quererme, podría mostrarse amable y dulce conmigo, impulsado por el sentimiento del deber. Y esto sería mil veces peor que el odio: esto sería el infierno. ¡Y

precisamente lo que hay ahora es esto! Ya hace tiempo que no me ama. Y donde ternú-

na el amor empieza el odio.

»No conozco estas calles tan pinas... casas... más casas. Y en las casas tanta gente... Hay un sinfín de gente y todos se odian los unos a los otros.

» ¡Bueno, imaginaré lo que necesito para ser feliz... Bien... Recibo el divorcio de Alexey Alejandrovich. Me dan a Sergio y me caso con Vronsky...»

Y al recordar a Alexey Alejandrovich, Ana se lo imaginó con extraordinaria precision, como si lo tuviera ante ella con sus ojos dóciles, apagados, sin vida; con las venas azules transparentándose en sus blancas manos; con las peculiares entonaciones de su voz; con los dedos de las manos cruzados y haciéndolos crujir; y la idea de sus relaciones, calificadas también de amor, la hizo estremecer con un sentimiento de repugnancia.

«Bien: obtendré el divorcio y seré la mujer de Vronsky. ¿Acaso Kitty dejará entonces de mirarme como me ha mirado hoy? No... ¿Y

Sergio dejará de preguntar por mi vida y por qué tengo dos maridos? Y entre Vronsky y yo, ¿qué nuevo sentimiento va a brotar? ¿Se-rá posible una nueva sensación que, si no nos hace felices, consiga al menos que no nos sintamos desgraciados? ¡No, no, y no! », se contestó sin vacilar. «¡Esto es imposible! El abismo que nos separa es demasiado profundo. Yo causo su desgracia y él la mía. Se han hecho todas las tentativas, pero la máquina se ha estropeado.

»Allí, esa mendiga, con el niño en los brazos, imagina que le tengo lástima. ¿No estamos todos en este mundo sólo para

odiarnos los unos a los otros, atormentamos nosotros mismos y hacer sufrir a los demás? Ahí van esos colegiales. Ríen. Y Sergio, ¿qué hará?

También pensé que le quería. Sentía ternura por él. Y, sin embargo, he podido vivir sin verle. Lo he cambiado por otro amor y no me he quejado del cambio mientras este otro amor me daba satisfacción.»

Y aquello que llamaba «otro amor» se le apareció entonces bajo un aspecto repugnante. No obstante, la claridad con que veía ahora su propia vida y la de todos los demás, la llenaba de un extraño placer.

«Así somos todos: yo, Pedro y el cochero Teodoro y ese comerciante y la gente que vive en las riberas del Volga.

»¿Adónde invitan a ir esos carteles? A todas partes, ¿no?», se dijo, cuando llegaba ya a la estación de Nijni –un edificio bajo a insignificante– y unos mozos se apresuraban hacia ella, para llevar el equipaje.

–¿Quiere la señora tomar el billete hasta Obiralovka? –preguntó Pedro.

Había olvidado por completo a dónde se dirigía y para que iba a aquel lugar, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para comprender la pregunta de su criado.

–Sí –le dijo al fin entregándole el monede-ro con el dinero. Y cogiendo su saquito rosa de viaje, bajó del coche.

Ana se dirigió, entre la gente, a la sala de espera de primera clase.

Poco a poco volvió a recordar todos los detalles de su situación y se puso a pensar otra vez en las decisiones que

podía elegir.

Y de nuevo, ya la esperanza, ya la desesperación, avivaron el dolor de su corazón, que palpitaba con violencia.

Sentada en el diván con forma de estrella, esperaba el tren, mirando a los que entraban y salían de aquel local. Y todos despertaban en ella una invencible repugnancia.

Ana se dijo que al llegar a la estación mandaría una carta a Vronsky y se puso a pensar en lo que le escribiría.

Luego decidió que se presentaría de improviso en casa de la Condesa.

«Él estaría en aquel momento con su madre, se decía, lamentándose de su situación sin comprender los sufrimientos de ella; entonces ella, Ana, entraría en la habitación, y... ¿Qué le dirían?»

Y Ana pensó que tal vez pudiera todavía ser feliz.

«¡Cuán terrible –se dijo–, es amar y odiar a un mismo tiempo! ¡Con qué violencia me palpita el corazón!»

XXXI

Se oyó, fuerte y clara, una campanada.

Pasaron ante Ana precipitadamente y con ruido de fuertes pisadas y voces, varios hombres jóvenes y mal parecidos que la miraron insolentemente.

Atravesando la sala, se acercó Pedro, con su librea, sus lustrosos zapatos y su rostro estúpido, para acompañarla hasta el vagón.

Al pasar Ana, los jóvenes que habían pasado corriendo, callaron, la miraron y uno de ellos murmuró al oído de otro algo que entendió ella que sería una grosería.

Ana subió el estribo y se sentó sola en un departamento de primera clase, sobre el di-ván de muelles, tan sucio, que apenas se adivinaba que en algún tiempo había sido blanco, colocando el saco a su lado.

Pedro, sonriendo estúpidamente, levantó ante la ventana su sombrero galoneado en señal de despedida.

El conductor cerró de golpe la puerta y ajustó el cierre del vagón.

Una dama, vestida de un modo extravagante, atravesó el andén. Llevaba polisón.

Ana la desnudó mentalmente y se horrorizó de su fealdad.

Unas niñas pasaron corriendo y riéndose.

–Catalina Andreievna lo tiene todo, ma tante –gritó la niña.

«Son todavía niñas y ya fingen», se dijo Ana. Y, para no ver a nadie, se levantó rápidamente y se sentó al otro lado del departamento.

Un hombrecillo sucio, con una gorra por debajo de la que asomaban mechones de enredados cabellos, pasó por delante de la ventana, examinando las ruedas del vagón.

«Hay algo que me resulta conocido en este hombre», pensó al verle Ana. Y de pronto recordó su sueño (aquel hombre le pareció el viejecito de sus pesadillas) y, aterrada, corrió hacia la puerta.

El conductor abrió para dar paso a un matrimonio.

–¿Quiere usted salir? –preguntó a Ana.

Ella no contestó.

Ni el conductor ni ninguno de los dos esposos advirtieron la expresión de horror que se pintaba en su semblante.

Ana volvió a su sitio y se sentó.

Los dos esposos se sentaron frente a ella, examinando discretamente, pero con atención, su vestido. Tanto el uno como el otro le parecieron repugnantes. El marido le pidió permiso para fumar, con deseo evidente de entablar conversación con ella. Ana, con una leve señal de cabeza, le dio su consentimiento. Pero se vio en seguida que sentía más deseos de hablar que de fumar, pues apenas obtenido el permiso, comenzó a hacerlo con su mujer sobre naderías, y con el sólo propósito de llamar la atención de Ana, lo que ella advirtió con claridad.

«Están aburridos y se odian el uno al otro», se dijo. Y sintió que le era imposible no odiar, por su parte, a los dos, tan disformes y despreciables.

Se oyó la segunda campanada; el ruido de las carretillas con los bagajes, y gritos y risas.

Ana pensaba que nadie tenía por qué alegrarse; aquellas risas la herían dolorosamente, y habría querido taparse los oídos para no oírlas.

Por fin, se oyó la tercera campanada, un silbido de la locomotora, el chirrido de los enganches y el convoy se puso en movimiento.

El marido se persignó.

«Me gustaría saber lo que piensa al hacer ese gesto», se dijo Ana.

Por no mirar a la mujer, sentada frente a frente de ella, Ana dirigió su mirada a la gente que quedaba en el andén tras despedir a los viajeros y que parecía deslizarse en dirección opuesta a la que llevaba el tren.

El vagón en que iba ella salió del andén, pasó frente a una pared de piedra, cruzó el disco y dejó atrás algunos vagones estacio-nados en otras vías. Las ruedas, bien engra-sadas, producían un ruido fuerte, como de duro machaqueo al saltar las junturas de los railes. El ruido se hizo más rápido; la ventanilla se iluminó con el claro sol de la tarde y una ligera brisa agitó la cortinilla.

Ana respiró con agrado el aire fresco y olvidando a sus compañeros de viaje, se entregó de nuevo a sus reflexiones, mecida blan-damente por el traqueteo del vagón.

«¿Qué estaba yo pensando antes? ¡Ah, sí!

Que no encontraré una situación en la cual mi vida no sea un tormento; que todos hemos sido creados para sufrir; que todos sabemos a inventamos medios para engañarnos a nosotros mismos. Y cuando vemos la verdad no sabemos qué hacer.»

–Por eso le ha sido dada al hombre la ra-zón: para librarse de lo que le inquieta ––dijo la mujer de delante en francés y visiblemente satisfecha de su frase, haciendo muecas y chasqueando la lengua.

Parecía que sus palabras fuesen una contestación a los pensamientos de ella.

«Librarse de lo que le inquieta ...» , repitió.

Y mirando al marido, grueso y colorado, y a la mujer, muy delgada, Ana comprendió que la mujer estaba enferma y se consideraba incomprendida; que el marido, con su aire satisfecho, no le hacía caso y hasta quizá la engañaba con alguna otra; y que por esto la mujer había pronunciado aquellas palabras.

A Ana le parecía ver con clarividencia toda la historia de las vidas de aquel matrimonio, penetrar en los rincones más secretos de sus almas.

Pero en ello había poco que la interesara y continuó reflexionando:

«Si algo me inquieta, tengo la razón para librarme de ello; es decir, debo librarme. ¿Y

por qué no he de poder apagar la luz cuando ya no hay nada que mirar, cuando sólo siento asco de todo? Y ¿por qué ese conductor corre por este estribo? ¿Por qué están gritando esos jóvenes del vagón de al lado?

¿Por qué hablan? ¿Por qué ríen? Todo eso es mentira, engaño, maldad».

Cuando llegó a la estación de destino, Ana bajó del vagón entre un grupo de viajeros y, apartándose de ellos como de leprosos, se puso a recapacitar sobre el motivo que la había llevado allí y lo que se proponía hacer.

Entre la gente que la rodeaba, de mal aspecto, ruidosa, y que no la dejaban tranquila un momento, le era difícil coordinar sus ideas. Los mozos de equipajes la asediaban ofreciéndole sus servicios; pasaban ante ella hombres jóvenes o viejos y algunos se detenían a mirarla con

insolencia, le guiñaban el ojo o le dirigían frases groseras. Había otros que paseaban taconeando ruidosamente sobre las tablas del andén; otros hablaban en voz alta o gritaban; mientras algunos, caminando con torpeza, tropezaban con ella y obstaculizaban su camino.

Recordó que, si no había allí contestación a su carta, debía proseguir su viaje, y entonces paró a un mozo y le preguntó si estaba por allí el cochero del conde Vronsky.

–¿El conde Vronsky? Ha estado aquí. Ha venido a recibir a la princesa Sorokina, que llegó con su hija. Y ese cochero, ¿qué aspecto tiene?

Mientras Ana estaba hablando con el mo-zo, se le acercó Mijailo, colorado, elegante con su poddevka azul y luciendo una cadena, el cual, visiblemente satisfecho por haber cumplido tan bien el encargo, le entregó una carta.

Ana la abrió y leyó, con gran ansiedad, palpitándole aún con más fuerza el corazón.

«Siento mucho que la carta no haya llegado a tiempo. Iré a las diez», había escrito Vronsky con letra descuidada.

–Esto es... Tal como lo esperaba... –dijo Ana con sonrisa sarcástica.

–Bien. Vuélvete a casa –ordenó al cochero.

Pronunció estas palabras con voz débil, muy tenue, porque el rápido latir de su corazón le impedía casi hablar.

«No... no permitiré que me atormentes de este modo», pensó después. Y esta amenaza no iba dirigida a Vronsky, concretamente; tampoco se refería con ella a un propósito sobre sí misma, sino a la causa misma de sus torturas.

Se dirigió al otro extremo del andén.

Dos doncellas que estaban paseando volvieron la cabeza para mirarla a hicieron un comentario en voz alta sobre su vestido.

«Son verdaderas», dijeron de las puntillas que llevaba. Los jóvenes no la dejaban tranquila. La miraban al rostro con insolencia, pasaban y repasaban por su lado y le decían palabras que no llegaba a entender o no quería. El jefe de la estación le preguntó si tomaba aquel tren. El chico que vendía kwass no apartaba sus ojos de ella.

«Dios mío, ¿adónde iré?», pensó Ana.

Al final del andén se paró.

Una señora y unos niños que habían ido a recibir a un señor con lentes y que reían y hablaban con voces muy animadas, callaron al verla y, después de haber pasado ella, se volvieron para mirarla. Ana apresuró el paso y llegó hasta el límite del andén.

Se acercaba un tren de mercancías.

Las maderas del andén trepidaron bajo sus pies, se movieron, dándole la sensación de que se encontraba otra vez de viaje.

De repente, se acordó del hombre que había muerto aplastado el día de su primer encuentro con Vronsky y comprendió lo que tenía que hacer. Con paso rápido, ligero, bajó las escaleras que iban del depósito de agua a la vía y se detuvo al lado mismo del tren que pasaba.

Examinaba tranquila las partes bajas del tren: los ganchos, las cadenas, las altas ruedas de hierro fundido. Con rápida

ojeada mi-dió la distancia que separaba las ruedas delanteras de las traseras del primer vagón, calculando el momento en que pasaría frente a ella.

«Allí» , se dijo, mirando la sombra del va-gón y la tierra mezclada con carbón esparcido sobre las traviesas. «Allí en medio. Así le castigaré y me libraré de todos y de mí misma.»

Quiso tirarse bajo el vagón, pero le fue difícil desprenderse del saquito, cuyas asas se le enredaron en la mano, impidiéndole ejecutar su idea con aquel vagón. Tuvo que esperar el siguiente. Un sentimiento parecido al que experimentaba cuando, al bañarse, iba a entrar en el agua, se apoderó de ella, y se persignó.

Aquel gesto familiar despertó en su alma una ola de recuerdos de su niñez y su juventud y, de repente, las tinieblas que cubrían su espíritu se desvanecieron y la vida se le presentó con todas las alegrías luminosas, radiantes, del pasado. Pero, no obstante, no apartaba la vista del segundo vagón, que, por momentos, se acercaba. Y en el preciso instante en que ante ella pasaban las ruedas delanteras, Ana lanzó lejos de sí su saquito de viaje y, encogiendo la cabeza entre los hombros, se tiró bajo el vagón.

Cayó de rodillas y, con un movimiento ligero, abrió los brazos, como si tratara de levantarse.

En aquel instante se horrorizó de lo que hacía. «¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Por qué?», se dijo. Quiso retroceder, apartarse, pero algo duro, férreo, inflexible, chocó contra su cabeza, y se sintió arrastrada de espaldas.

«¡Señor, perdóname!», exclamó, consciente de lo inevitable y sin fuerzas ya.

El hombrecito de sus pesadillas, diciendo en voz baja algo incomprensible, machacaba y limaba los hierros.

Y la luz de la vela con que Ana leía el libro lleno de inquietudes, engaños, penas y maldades, brilló por unos momentos más viva que nunca y alumbró todo lo que antes veía entre tinieblas. Luego brilló por un instante con un vivo chisporroteo; fue debilitándose...

y se apagó para siempre.

OCTAVA PARTE

I

Pasaron casi dos meses y el veranillo iba ya por su mitad. Sólo hasta entonces Sergio Ivanovich no se decidió a salir de Moscú.

En su vida, durante aquel tiempo, se habí-

an producido varias novedades. Hacía un año que, tras seis de trabajo, había terminado su libro titulado Ensayo de una descripción de las bases y regímenes gubernamentales de Rusia y de Europa. El prefacio y algunos fragmentos habían sido publicados ya en revistas, y los pasajes más importantes se los había leído a la gente de su círculo. De modo que los conceptos contenidos en la obra no eran una novedad absoluta para el público; pero, con todo, Sergio Ivanovich esperaba que la aparición de su obra despertase un gran interés y que, aunque no originase una revolución en la ciencia, produjese, al menos, sensación en el ambiente intelectual.

Hacía un año que después de un minucioso repaso, el libro había sido editado y enviado a las librerías.

Aunque no preguntaba a nadie nada sobre su obra, aunque contestaba con fingida indiferencia a las preguntas de sus an–igos acerca de ella, y ni siquiera interrogaba a los libreros sobre la marcha de la venta, Sergio Ivanovich seguía con atención las impresiones que su libro despertara en sociedad y en el mundo literario.

Pero pasaron una, dos y tres semanas sin que advirtiese impresión alguna en la gente.

Sus amigos, los especialistas y los sabios hablaban en ocasiones de su obra, evidentemente por cortesía. Sus demás conocidos, nada interesados por el contenido de un libro científico, no le preguntaban nunca por él.

Así la gente, ocupada ahora en otras cosas, acogió la publicación con completa indiferencia. Y la crítica, durante todo un mes, no hizo comentario alguno sobre la producción de Sergio Ivanovich.

Este hacía cálculos sobre el tiempo que pudieran tardar los críticos en ocuparse de la obra, pero pasaron dos meses y el silencio continuaba igual.

Sólo el Sievernij Juk, en un artículo humorístico que trataba del cantante Drabanti, quien había perdido la voz, dijo algunas palabras despectivas sobre el libro de Kosnichev.

Tales palabras mostraban que la crítica estaba ya hecha hacía tiempo, y que la obra había sido entregada a la burla general.

Finalmente, al tercer mes, un periódico publicó una crítica del libro.

Kosnichev conocía al autor del artículo: le había encontrado una vez en casa de Golub-zov.

Se trataba de un periodista joven y enfermo, muy audaz como escritor, pero muy poco erudito y tímido en sus relaciones personales.

A pesar del desprecio que sentía por el autor, Sergio Ivanovich comenzó la lectura de la crítica con el máximo respeto.

Era algo terrible. El periodista había interpretado la obra de un modo imposible de comprender. Daba, no obstante, algunos ex-tractos de ella, escogidos con tal habilidad, que para los que no la hubiesen leído –y era palmario que casi no la había leído nadie–

resultaba evidente que la obra no pasaba de ser un conjunto de palabras huecas a incluso empleadas inoportunamente (lo que subraya-ban los signos de interrogación), y que su autor era un hombre totalmente inculto. Y lo peor era que el artículo resultaba tan ingenioso que el propio Kosnichev no habría desde-

ñado emplear su ingeniosidad, que era lo que lo hacía más terrible.

A pesar de la estricta imparcialidad con que Sergio Ivanovich meditó los argumentos del publicista, no se detuvo en los defectos que le achacaba, ni en los errores de que hacía burla, sino que, involuntariamente, su pensamiento le llevó a recordar su encuentro con el cronista y la conversación que había sostenido con él.

«¿Le habré ofendido en algo?», se preguntaba.

Y al acordarse de que en su encuentro con aquel joven periodista, le había corregido unas palabras acreditativas de su ignorancia, Sergio Ivanovich encontró la explicación del artículo.

A esto siguió un silencio absoluto en la prensa y en todas partes y Sergio Ivanovich comprendió que su trabajo de seis años, realizado con tanto cariño, no dejaba huella alguna.

Su situación era entonces tanto más penosa cuanto que, terminado el trabajo literario que le había ocupado todo aquel tiempo, se pasaba ocioso mucha parte del día.

Kosnichev, inteligente, instruido, sano, no sabía a qué dedicar su actividad. Las charlas en salones, reuniones, congresos y comités –

es decir, en todos los lugares donde cabía discutir– ocupaba parte de su tiempo. Pero él, residente en la ciudad hacía muchos años, no se prodigaba por completo a las conversaciones como su inexperto hermano cuando llegaba a Moscú. Así que le quedaba mucha energía inempleada.

Afortunadamente para él, en aquel tiempo que le fue tan doloroso en virtud del poco éxito de su libro, la cuestión de los disidentes vino a sustituir a la de los amigos americanos, a la del hambre en Samara y a la del espiritismo, la del problema eslavo, que antes apenas se trataba en sociedad; y Sergio Ivanovich, ya antes estimador de este asunto, ahora se consagró a él enteramente.

En el mundillo de Kosnichev no se hablaba ni discutía de otra cosa que de la guerra servia. Cuanto hace en general la gente ociosa para matar el tiempo, se hacía ahora en beneficio de los eslavos. Los bailes, conciertos, discursos, modas, y hasta las tabernas y cer-vecerías, servían para proclamar la adhesión a los hermanos de raza.

Sergio Ivanovich no estaba de acuerdo, en detalle, con mucho de lo que se comentaba y escribía.

Veía que la cuestión eslava se había convertido en un tema de moda, uno de esos que, cambiando de tiempo en tiempo, sirven de distracción a la sociedad.

Comprobaba también que muchos se ocupaban del asunto con fnes de vanidad o provecho. Reconocía que los periódicos decían muchas cosas innecesarias a fin de atraer la atención sobre ellos por gritar más fuerte que los demás. Y notaba, sobre todo, que en aquel momento de entusiasmo general, bu-llían y gritaban más todos los fracasados y resentidos: los generales sin ejército, los ministros sin ministerio, los jefes de partido sin partidarios.

Apreciaba que en todo aquello había mucho de ridículo y de frívolo, pero a la vez descubría un entusiasmo creciente, indudable, que unía a todas las clases sociales, un entusiasmo con el que forzosamente había de simpatizar.

La matanza de eslavos, de gente de la misma religión, había despertado compasión hacia las víctimas a indignación contra los opresores. El heroísmo con que servios y montenegrinos luchaban por la gran causa había hecho nacer en todo el pueblo ruso el deseo de ayudar a sus hermanos, no sólo con palabras, sino con obras.

Había aún otro hecho que llenaba de alegría a Sergio Ivanovich, y era la manifestación de la opinión pública. El pueblo manifestaba sus deseos de una manera defnida. El alma popular se expresaba, como decía él. Y

cuanto más profundizaba aquel movimiento, más se convencía de que estaba destinado a alcanzar proporciones inmensas, a hacer épo-ca.

Sergio Ivanovich olvidó su libro, sus decepciones, y se consagró por entero a aquella gran tarea. A partir de aquel momento estuvo ocupado constantemente y no le quedaba

ni tiempo para contestar a las muchas cartas y consultas que le dirigían.

Después de trabajar así la primavera y parte del estío, en julio decidió ir a casa de su hermano.

Pensaba descansar un par de semanas en el mismo corazón del pueblo, en una alejada campiña, para gozar del espectáculo de aquel despertar del alma popular que él y todos los habitantes de las ciudades estaban persuadidos de que existía.

Katavasov, que hacía tiempo quería cumplir la promesa dada a Levin de visitarle en su pueblo, acompañó a Sergio Ivanovich en su viaje.

II

Apenas Kosnichev y Katavasov llegaron a la estación del ferrocarril de Kursk, extraordinariamente animada en aquel momento, y mientras salían del coche y examinaban los equipajes que el lacayo acababa de llevar, llegaron cuatro carruajes de alquiler cargados de voluntarios.

Señoras con ramos de flores salieron a recibirles y, seguidos de una gran muchedumbre, entraron en la estación.

Una de las señoras salió de la sala y se dirigió a Kosnichev.

–¿También ha venido usted a despedirles?

–preguntó en francés.

–No. Es que voy a descansar al pueblo con mi hermano, Princesa. ¡Usted nunca falta a estas despedidas! –indicó con imperceptible sonrisa, Kosnichev.

–¡A ninguna! ¡Ya hemos despedido a ochocientos! Malvinsky no quería creerme...

–Más de ochocientos. Si contamos con los que han salido directamente de Moscú, pasan de mil –corrigió Sergio Ivanovich.

–¡Ya lo decía yo! –exclamó con alegría la dama–. ¿Es cierto que se ha recaudado cerca de un millón de rublos?

–Más, Princesa.

–¿Ha leído el telegrama de hoy? Han vuelto a batir a los turcos.

–Lo he leído –contestó él.

Se referían a un despacho que afirmaba que los turcos habían sido batidos durante tres días seguidos en tres puntos y que se aguardaba un combate decisivo.

–A propósito –dijo la Princesa–, hay un joven distinguido que ha querido ir y le han opuesto no sé qué dificultades. Quería pedirle que... Le conozco, ¿sabe? Quisiera que escribiera una carta en su favor. Es recomendado de la condesa Lidia Ivanovna.

Una vez averiguados los detalles que conocía la Princesa sobre el joven aspirante a voluntario, Sergio Ivanovich, pasando la sala de primera clase, escribió la carta a la persona de quien dependía el asunto y se la entregó a la Princesa.

–¿Sabe quién va también en este tren? El conde Vronsky –dijo la Princesa, con significativa y triunfal sonrisa, cuando Sergio, reuniéndose con ella, le entregó la carta.

–Sabía que se iba, pero ignoraba cuándo.

¿En ese tren?

–Le he visto. Sólo le acompaña su madre.

Al fin y al cabo, es lo mejor que podía hacer.

–Claro, se comprende.

Mientras hablaban, la gente que rodeaba a los voluntarios se dirigió hacia el mostrador de la fonda de la estación.

Ellos se dirigieron allí también y oyeron a un señor que, en alta voz, con una cops en la mano, arengaba a los voluntarios.

–Servís a la fe, a la Humanidad, a nuestros hermanos –decía aquel hombre subiendo ca-da vez más el tono de la voz–. Nuestra madre Moscú os bendiga pot la gran causa a la que vais a servir. ¡Viva! –concluyó corno un trueno y temblándole el llanto en la voz.

El viva fue contestado pot todos, y nuevos grupos de gente afluyeron a la sala. Poco faltó para que derribaran a la Princesa.

–¡Qué entusiasmo, Princesa! –exclamó Esteban Arkadievich, apareciendo radiante, con una alegre sonrisa en los labios–. ¿Verdad que ha hablado bien? Son palabras que llegan al alma. ¡Bravo! ¡Ah, sí, también está aquí Sergio Ivanovich! ¿Pot qué no dice usted también algunas frases alentadoras? ¡Lo hace usted tan bien! –añadió con sonrisa suave y afectuosa, tocando ligeramente el brazo de Kosnichev.

–No, me voy.

–¿Adónde?

–Al campo, al pueblo de mi hermano.

–Entonces verá usted allí a mi esposa.

Aunque le he escrito, haga el favor de decirle que me ha visto y que all right! Ella lo entenderá. De todos modos, tenga la amabilidad de indicarle que he sido nombrado miembro de la Comisión Mixta. Sí, ella lo entenderá...

Les petites misères de la vie humaine, ¿sabe?

–dijo la Princesa, como disculpándose– ¡Ah!

La Miagkaya, no Lisa, sino la Biblich, envía mil fusiles y dote hermanas de la caridad.

¿Qué le decía yo?

–Ya lo había oído decir –repuso Kosnichev de mala gana.

–Siento que se vaya usted –agregó Oblonsky–. Mañana damos una comida en honor de dos que se marchan: uno, Dimmer–

Bartniansky, de San Petersburgo, y otro un amigo nuestro, Veselovsky. Los dos se van, y eso que Veselovsky se casó hace poco. ¡Qué valiente! ¿Verdad, Princesa? –preguntó a la dama.

La Princesa, sin contestar, miró a Kosnichev. Pero que Sergio Ivanovich y la señora mostraran, ostensiblemente, deseos de deshacerse de él, no parecía turbar a Oblonsky.

Miraba, sonriente, ora la pluma del sombrero de la Princesa, ora a un lado y a otro, como recordando algo. Viendo a una señora que llevaba una alcancía pats los donativos en pro de

los voluntarios, Esteban Arkadievich la llamó y depositó un billete de cinco rublos.

–Mientras me quede dinero no puedo ver con indiferencia esas alcancías –dijo–. ¿Qué me cuentan del telegrama de hoy? ¡Qué vale-rosos son los montenegrinos!

Cuando la dama le dijo que Vronsky se iba en aquel tren, Oblonsky exclamó:

–¿Qué me dice usted?

Su rostro expresó tristeza pot un momento, pero un minuto después, al entrar, alisándose las patinas, en la sala en que estaba el Conde, ya había olvidado su llanto sobre el ataúd de su hermana y sólo veía en Vronksy un héroe y un viejo amigo.

–No se puede negar que, con todos sus defectos, es un temperamento ruso, típica-mente eslavo –dijo la Princesa a Kosnichev cuando Oblonsky se alejó de ellos–. Pero te-mo que a Vronsky le disguste verle. Sea co-mo sea, me conmueve la suerte de ese hombre. Procure hablarle durante el viaje –

concluyó.

–Sí, si puedo...

–Nunca he simpatizado con él. Pero este rasgo me hace perdonarle muchas cosas. No sólo va a la guerra él mismo, sino que lleva un escuadrón a sus expensas.

–Ya me lo han dicho.

Sonó la campana. Todos corrieron a las puertas.

–Ahí está –dijo la Princesa, señalando a Vronsky que, con un largo abrigo y un sombrero negro de anchas alas, iba del brazo de su madre, mientras Oblonsky, a su lado, le hablaba con animación.

Vronsky, con las cejas fruncidas, miraba ante sí, como si no oyera a Esteban Arkadievich.

No obstante, seguramente por indicación de su amigo, Vronsky miró hacia la Princesa y Sergio Ivanovich y se quitó el sombrero en silencio. Su rostro envejecido, de doliente expresión, parecía petrificado.

Subió a la plataforma sin hablar, dejó pasar primero a su madre y desapareció en el departamento del coche.

Resonaron las notas del himno nacional.

Se oyó gritar en las plataformas:

–¡Dios guarde al Zar!

Siguieron hurras y vítores. Uno de los voluntarios, un muchacho muy joven, alto, de pecho hundido, saludaba destacándose de los demás, agitando sobre la cabeza su sombrero de fieltro tosco y un ramo de flores.

Tras él, dos oficiales y un hombre ya maduro, de larga barba, tocado con una sucia gorra, saludaban también.

III

Después de haberse despedido de la Condesa, Sergio Ivanovich y Katavasov, que ya se habían juntado, entraron en el vagón totalmente lleno y el tren se puso en marcha.

En la estación de Zarizino un grupo de jó-

venes rodeó el tren cantando: «Gloria al Zar.» Otra vez los voluntarios se mostraron en los vagones y saludaron, pero Kosnichev no detenía ya en ellos su atención. Los conocía tanto, en su tipo real, que lograban ya despertar su atención. En cambio, Katavasov, que, dadas sus ocupaciones, no había tenido ocasión de observar continuamente preguntas a su amigo sobre los voluntarios.

Sergio Ivanovich le aconsejó que pasara a segunda clase y hablara allí personalmente con ellos. Katavasov siguió su consejo.

En la primera parada, pasó a segunda clase y vio a los voluntarios. Cuatro de ellos iban sentados en un rincón del coche, hablando en voz alta, convencidos de que la atención de los viajeros de Katavasov, que acababa de entrar, estaba concentrada en ellos. El joven alto, de pecho hundido, hablaba más fuertemente que ninguno. Parecía estar algo borracho, y explicaba un episodio que le había ocurrido en la escuela. Frente a él se sentaba un oficial no joven ya, con la guerrera austríaca del uniforme de la Guardia.

Escuchaba, sonriendo, el relato, y a veces hacía callar al joven. Un tercero, con uniforme de artillería, se sentaba en un baúl, a su lado, y un cuarto dormitaba.

Katavasov trabó conversación con el joven y supo que era un rico comerciante moscovita que había disipado su fortuna antes de cumplir los veintidós años. No agradó a Katavasov, porque era un joven mimado, poco varonil y de débil salud. Se le notaba seguro, sobre todo ahora que había bebido, de realizar un hecho heroico, y se vanagloriaba de él de una manera harto desagradable.

El oficial retirado también causó a Katavasov mal efecto. Era uno de esos hombres que lo han visto todo. Había servido en

los ferrocarriles, sido procurador, poseído fábricas, y hablaba de todo ello sin venir a cuento, empleando inadecuadamente expresiones técnicas.

En cambio el artillero despertó la simpatía de Katavasov. Hombre modesto y reposado, se le notaba respetuoso ante la sabiduría del ex oficial de la Guardia y la heroica abnegación del ex comerciante y no hablaba de sí mismo.

Cuando Katavasov le preguntó el motivo de que fuese a Servia, repuso con sencillez:

–Como van todos... Hay que ayudar a los servios. Me dan lástima.

–Precisamente faltan artilleros ––dijo Katavasov.

–Pero he servido poco en artillería. Quizá me destinen a caballería o infantería.

–¿Cómo van a mandarle a infantería cuando lo que más necesitan son artilleros? –

respondió Katavasov, calculando por la edad de su interlocutor que debía de tener algún grado.

–He servido poco en artillería –repitió–.

Soy sargento retirado.

Y comenzó a explicar los motivos de no haberse presentado a los exámenes.

Todo ello en conjunto produjo en Katavasov una impresión ingrata y cuando los voluntarios se apearon a beber en una estación, resolvió contrastar su impresión desfavorable con la de algún otro. Había allí un viajero, un anciano vestido

con capote militar, que había estado escuchando todo aquel rato la charla de Katavasov con los voluntarios y ahora, al quedar solos los dos, se dirigió a él:

–¡Qué posiciones tan diferentes las de estos hombres que marchan a la guerra! –––

dijo con vaguedad, deseando expresar su opinión y deseando conocer la del viajero.

El anciano era un militar que había hecho dos campañas. Sabía apreciar lo que es un buen soldado, y por el aspecto y charla de aquellos señores y por la desenvoltura con que aplicaban los labios a la bota en el camino, deducía que eran malos militares.

Además, el viajero vivía en una ciudad provinciana y habría deseado contar a Katavasov que de su población se había ido voluntario un recluta expulsado del servicio, borracho y ladrón, al que nadie quería dar trabajo.

Pero sabiendo por experiencia que en el estado de exaltación en que estaba la gente era peligroso exponer su opinión opuesta a la de los demás, y sobre todo peligroso criticar a los voluntarios, el viejecito quedó observando a su interlocutor.

–Sí, allí necesitan hombres –dijo, sonriendo con los ojos.

Hablaron del último parte y los dos oculta-ron la sorpresa que les producía el hecho de que, estando los turcos batidos en todas partes, se aguardase para el día siguiente un combate decisivo. Y se separaron sin haberse expresado sus opiniones.

Katavasov, al entrar en su coche, contra sus costumbre, no se sintió con valor para exponer su opinión con sinceridad, y

dijo a Sergio Ivanovich que los voluntarios le habían parecido unos excelentes muchachos.

En una de las estaciones importantes, nuevamente se recibió a los que iban a la guerra con canciones y gritos de entusiasmo, nuevamente aparecieron postulantes de ambos sexos y señoras provincianas con ramos de flores acompañando a los voluntarios a la fonda de la estación. Pero estas manifestaciones no podían ya compararse con la de Moscú.

IV

Durante la parada en una capital de provincia, Kosnichev, en vez de ir a la fonda, se quedó paseando en el andén.

Al pasar la primera vez ante el departamento de Vronsky, vio echada la cortina de la ventanilla, pero la segunda vez distinguió en ella a la anciana Condesa, que le llamó.

–Ya lo ve usted; también hago el viaje.

Acompaño a Alexey hasta Kursk.

–Me lo habían dicho –repuso Sergio Ivanovich, parándose ante la ventanilla y mirando al interior–. ¡Qué hermoso rasgo! –añadió, al ver que Vronsky no estaba dentro.

–Sí, pero, ¿qué iba a hacer después de su desgracia?

–¡Qué horrible ha sido! ––exclamó Kosnichev.

–¡No sabe lo que yo he sufrido! Entre, entre... ¡No sabe lo que yo he sufrido! –repitió cuando Sergio Ivanovich se hubo sentado a su lado en el diván–. ¡No puede figurárselo!

Alexey pasó seis semanas sin hablar con nadie y sin comer más que cuando yo se lo suplicaba. Era imposible dejarle solo un momento. Vivíamos en el piso de abajo, y tuvimos cuidado en quitarle todo aquello con que pudiera suicidarse. Pero, ¿quién puede pre-verlo todo? Ya sabe usted que ya una vez había intentado suicidarse, por ella también...

–agregó la anciana, frunciendo las cejas al recordarlo–. Ella ha terminado como debía terminar una mujer así. Incluso eligió una muerte baja, vil...

–No somos nosotros quienes hemos de juzgarla, Condesa –dijo Sergio Ivanovich suspirando–. Pero reconozco que todo eso habrá sido muy penoso para usted.

–¡Horrible! Figúrese que yo estaba en nuestra finca. Y Alexey, ese día, se hallaba en casa. Trajeron una carta. Él escribió la respuesta y la envió. No sabíamos que ella estaba en la estación. Apenas entró en la habitación por la noche, Mary me dice que una se-

ñora se había lanzado bajo el tren en la estación. Me pareció que se me caía el mundo encima. ¡Mi primer pensamiento fue que era ella! Lo primero que mandé fue que no se dijese nada a mi hijo. Pero ya se lo habían dicho. Su cochero se encontraba allí y lo había visto todo. Cuando entré en su cuarto, corriendo, él estaba como loco; daba miedo verle. Corrió a la estación sin decir palabra.

No sé lo que pasó allí, pero le trajeron a casa como muerto... No le habría usted conocido.

El médico dijo: Prostration complète. Luego, casi cayó en la locura. En fin, ¿a qué hablar?

–dijo la Condesa haciendo un ademán–. Era un cosa horrible. Diga usted lo que quiera, ella ha obrado como una mala

mujer. Pasiones tan desesperadas no conducen a nada bueno. ¿Qué quiso probar con su muerte, quiere usted decírmelo? Se ha perdido a sí misma y ha causado la perdición de dos hombres excelentes: su marido y mi hijo...

–¿Y qué hace su marido? –preguntó Kosnichev.

–Se llevó a la niña. Aliocha, al principio, estaba conforme con todo. Pero ahora le duele mucho haber entregado su hija a un extra-

ño... Y no puede retirar su palabra. Karenin acudió al entierro. Procuramos que no se encontrara con Aliocha. ¡Había de ser tan penoso para él verse con el marido! En cuanto a Karenin la cosa era más soportable, pues la muerte de su esposa le ha dejado libre. En cambio mi pobre hijo lo ha sacrificado todo por ella: el servicio, su madre, su posición...

Y ni aun así tuvo ella compasión de él y le aniquiló por completo y deliberadamente. Usted podrá pensar lo que quiera, pero hasta en su muerte se ha mostrado una mala mujer, sin religión, sin nada... Dios me perdone, pe-ro, viendo el estado de mi hijo, no puedo dejar de maldecir su memoria.

–Y él, ¿cómo está ahora?

–Dios nos ha ayudado con esto de la guerra de Servia. Soy una vieja y no entiendo nada de estas cosas, pero estoy segura de que esto lo ha enviado Dios. Claro que, como madre, tengo miedo, y, además, según dicen, ce n'est pas très bien vu à Saint–Petersbourg.

Pero, ¿qué vamos a hacer? Sólo esto podia reanimarle. Su amigo Jachvin perdió su fortuna a las cartas y resolvió ir a Servia. Visitó a mi hijo y le persuadió. Y él ahora está

interesado. Hable con mi hijo, se lo ruego. Le alegrará mucho verle. Háblele, por favor...

Mire: está paseando por allí...

Sergio Ivanovich contestó que lo haría con mucho gusto y pasó al otro lado del tren.

V

En las largas sombras que a la luz del sol proyectaban la s pilas de sacos sobre el an-dén, Vronsky paseaba con el largo abrigo puesto, el sombrero calado sobre los ojos, y las manos metidas en los bolsillos.

Cada veinte pasos se detenía y daba una rápida vuelta.

Sergio Ivanovich, al aproximársele, creyó notar que Vronsky, aunque le veía, fingía no reparar en él. Pero tal actitud le dejó indiferente, porque ahora se sentía muy por encima de aquellas susceptibilidades.

A sus ojos, Vronsky, en aquellos momentos, era un hombre de importancia para las actividades de la causa y Sergio Ivanovich consideraba deber suyo animarle y estimular-le. Así se acercó a él sin vacilar.

Vronsky se detuvo, le miró, le reconoció, y, avanzando unos pasos hacia él, le dio un fuerte apretón de manos con efusión.

–Tal vez no tenga usted deseos de ver a nadie –dijo Kosnichev–. ¿Podría serle útil en algo?

–A nadie me sería menos desagradable de ver que a usted –repuso Vronsky–. Perdone, pero es que no me queda nada agradable en la vida.

–Lo comprendo y por eso quería ofrecerle mi ayuda ––dijo Sergio Ivanovich, escudri-

ñando el rostro, visiblemente dolorido, de su interlocutor–. ¿No necesita usted alguna carta de recomendación para Risich o Milán?

Vronsky pareció comprender con dificultad lo que le decía. Al fin contestó:

–¡Oh, no! Si no le importa, demos un paseo. En los coches el aire está muy cargado.

¿Una carta? No; gracias. Para morir no hacen falta recomendaciones. ¿Acaso me sirven pa-ra los turcos? –dijo, sonriendo sólo con los labios mientras sus ojos conservaban una expresión grave y dolorida.

–Quizá le facilitará las cosas al entrar en relaciones, necesarias en todo caso, con alguien ya preparado. En fin, como guste... Celebré saber su decisión. Se critica tanto a los voluntarios, que la resolución de un hombre como usted influirá mucho en la opinión pú-

blica.

–Como hombre, sirvo, porque mi vida a mis ojos no vale nada –dijo Vronsky–. Y tengo bastante energía física para penetrar en las filas enemigas y matar o morir. Ya lo sé.

Me alegra que exista algo a lo que poder ofrendar mi vida, esta vida que no deseo, que me pesa... Así, al menos, servirá para algo.

Y Vronsky hizo con la mandíbula un movimiento de impaciencia provocado por un dolor de muelas que le

atormentaba sin cesar, impidiéndole incluso hablar como quería.

–Renacerá usted a una vida nueva, se lo vaticino –dijo Kosnichev, conmovido–. Librar de la esclavitud a nuestros hermanos es una causa digna de dedicarle la vida y la muerte.

¡Que Dios le conceda un pleno éxito en esta empresa y que devuelva a su alma la paz que tanto necesita! –añadió.

Y le tendió la mano.

Vronsky la estrechó con fuerza.

–Como instrumento, puedo servir de algo.

Pero como hombre soy una ruina –contestó recalcando las palabras.

El tremendo dolor de una muela le llenaba la boca de saliva y le impedía hablar. Calló y examinó las ruedas del ténder, que se acercaba lentamente deslizándose por los railes.

Y de improviso, un malestar interno, más vivo aún que su dolor, le hizo olvidarse de sus sufrimientos físicos.

Mirando el ténder y la vía, bajo el influjo de la conversación con aquel conocido a quien no hallara desde su desgracia, Vronsky de repente la recordó a «ella» , es decir, lo que quedaba de ella cuando él, corriendo co-mo un loco, había penetrado en la estación.

Allí, en la mesa del puesto de gendarmería, tendido, impúdicamente, entre desconocidos, estaba el ensangrentado cuerpo en el que poco antes palpitaba aún la vida. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, con sus pesadas

trenzas y sus rizos sobre las sienes; y en el bello rostro, de roja boca entreabierta, había una expresión inmóvil, rígida, extraña, dolorosa sobre los labios y terrible en los ojos quietos, entornados. Se diría que estaba pronunciando las tremendas palabras que dirigiera a Vronsky en el curso de su última discusión: «¡Te arrepentirás de esto!» .

Y Vronsky procuraba recordarla tal como era cuando la encontró por primera vez, también en la estación, misteriosa, espléndida, enamorada, buscando y procurando felicidad, no ferozmente vengativa como la recordaba en el último momento.

Trataba de evocar sus más bellas horas con Ana, pero aquellos momentos habían quedado envenenados para siempre.Ya no podía recordarla sino triunfante, cumpliendo su palabra, su amenaza de hacerle sentir aquel arrepentimiento profundo e inútil ya. Y

Vronsky había dejado de sentir el dolor de muelas y los sollozos desfiguraban ahora su cara.

Después de dar un par de paseos a lo largo de los montones de sacos, Vronsky, una vez sereno, dijo a Kosnichev:

–¿No tiene usted nuevas noticias desde ahora? Los turcos han sido batidos por tercera vez y se espera un encuentro decisivo.

Y después de discutir sobre la proclama-ción de Milan como rey y de las enormes consecuencias que podía acarrear semejante hecho, al sonar la segunda campanada se separaron y se dirigieron a sus coches.

VI

Como ignoraba cuándo saldría de Moscú, Sergio Ivanovich no había telegrafiado a su hermano para que le mandase el coche a la estación.

Levin no se hallaba en casa cuando su hermano y Katavasov, negros de polvo, llegaron, sobre el mediodía, en el coche alquilado en la estación, a la entrada de la casa de Pokrovskoe.

Kitty, sentada en el balcón con su padre y su hermana, reconoció a su cuñado y bajó corriendo a recibirle.

–¿No le da vergüenza no habernos avisado de su llegada? –– dijo, dando la mano a su cuñado y presentándole la frente para que se la besase.

Así les hemos ahorrado molestias y de todos modos hemos llegado bien –respondió Sergio Ivanovich–. Pero estoy tan cubierto de polvo, que me asusta tocarla. Andaba muy ocupado, y no sabía cuándo podría marcharme... Sigue usted como siempre –añadió sonriendo––: gozando de su tranquila felicidad, fuera de las corrientes vertiginosas, en este sereno remanso. Nuestro amigo Teodoro Vas-silievich se ha decidido también a venir al fin...

–Pero conste que no soy un negro –indicó Katavasov–. Voy a lavarme para ver si me convierto en algo semejante a un hombre. –

Hablaba con su humor habitual. Tendió la mano a Kitty y sonrió con sus dientes que brillaban en su rostro ennegrecido por el polvo.

–Kostia se alegrará mucho. Ha ido a la granja. Ya debía estar de vuelta.

–El siempre ocupado en las cosas de su propiedad... Claro, en este tranquilo rincón –

––dijo Katavasov–. En cambio, nosotros, en la ciudad, no vemos nada fuera de la guerra servia. ¿Qué opina de eso nuestro amigo?

Seguramente de un modo distinto a los de-más.

–No... Opina como todos –repuso, confusa, Kitty, mirando a su cuñado–. Voy a mandar a buscarle. Papá está aquí con nosotros. Ha llegado hace poco del extranjero.

Dio orden de que fuesen a buscar a Levin y de que condujeran a los recién llegados a lavarse, uno en el gabinete y otro en la habitación de Dolly. Luego, una vez dadas instrucciones para preparar el desayuno de los huéspedes, Kitty, aprovechando la libertad de movimientos de que había estado privada durante su embarazo, se dirigió, corriendo, al balcón.

–Son Sergio Ivanovich y el profesor Katavasov –dijo. –Sólo ellos nos faltaba con este calor... –respondió el anciano Príncipe.

–No, papá. Son muy simpáticos y Kostia les quiere mucho –afirmó Kitty, sonriente, con aire implorativo, al observar la expresión irónica del rostro de su padre.

–Si no digo nada...

–Vete con ellos, querida –rogó Kitty a su hermana– y hazles compañía. Han visto a tu marido en la estación y dicen que está bien.

Voy corriendo a ver a Mitia. No le he dado de mamar desde la hora del té. Ahora habrá despertado y estará llorando.

Y Kitty, sintiendo que a su pecho afluía abundante la leche, se dirigió rápidamente al cuarto del pequeño.

El lazo que unía a la madre con el niño era todavía tan íntimo, que por el solo aumento de la leche conocía Kitty cuando su hijo tenía necesidad de alimento. Antes de entrar en el cuarto, sabía ya que el pequeño estaría llorando. Y así era, en efecto. Al oírlo, Kitty apresuró el paso. Cuanto más deprisa iba, más gritaba el niño. Su voz era sana, pero impaciente, famélica.

–¿Hace mucho que está gritando? –

preguntó Kitty al aya, sentándose y disponiéndose a amamantarle–. Démelo ¡Pronto!

¡Oh, qué lenta es usted! ¡Traiga! Ya le anudará el gorro después.

El niño se ahogaba llorando.

–No, no, querida señora –intervino Agafia Mijailovna, que apenas se movía del cuarto del niño–––. Hay que arreglarle bien...

«¡Ahaaa, ahaaa!» –decía tratando de calmar al pequeño, casi sin mirar a la madre. El aya llevó al niño a Kitty, mientras Agafia la seguía con el rostro enternecido.

–Me conoce, me conoce. Créame, madrecita Catalina Alejandrovna... Tan cierto como hay Dios que me ha conocido –aseguraba la anciana refiriéndose al niño.

Kitty no la atendía. Su impaciencia aumentaba a compás de la impaciencia del niño.

Con las prisas todo se hacía más difícil y el pequeño no lograba encontrar lo que buscaba y se desesperaba.

Al fin, tras unos ruidos sofocados, que demostraban que había chupado en falso, consiguió lo que quería y la madre y el hijo, sintiéndose calmados, callaron.

–El pobre está completamente sudado ––

dijo Kitty, en voz baja, tocándole–. Y, ¿por qué dice usted que la reconoce? –preguntó mirando al niño de reojo.

Y le parecía que su mirada, bajo el gorrito que le caía sobre los ojos, evidenciaba cierta malicia, mientras sus mejillas se hinchaban rítmicamente y sus manecitas de palmas rojizas describían movimientos circulares.

–No es posible. De conocer a alguien, habría sido primero a mí –siguió Kitty, contestando a Agafia Mijailovna.

Y sonrió.

Sonreía porque, a pesar de lo que decía, en el fondo de su corazón le constaba, no só-

lo que el niño conocía a Agafia Mijailovna, si-no que conocía y comprendía muchas cosas que todos ignoraban, y que ella, su propia madre, sólo había llegado a saber gracias a él. Para Agafia Mijailovna, para el aya, para el abuelo, para su padre, Mitia era simplemente un ser vivo, sólo necesitado de cuidados materiales, pero para su madre era ya un ente de razón con el que le unía una historia entera de relaciones espirituales.

–Ya lo verá usted, si Dios quiere, cuando despierte. Cuando yo le haga así, el rostro se le pondrá claro como la luz de Dios –––dijo Agafia Mijailovna.

–Bien. Ya lo veremos entonces –repuso Kitty–. Ahora váyase. El niño quiere dormir.

VII

Agafia Mijailovna salió de puntillas. El aya bajó la cortina, ahuyentó las moscas que se habían introducido bajo el velo de muselina de la camita, logró expulsar a un moscardón que se debatía contra los vidrios de la ventana, y se sentó, agitando una rama de álamo blanco medio marchita sobre la madre y el niño.

–¡Qué calor hace! –comentó–. ¡Si al menos mandara Dios una lluvia!

–Sí. ¡Chist! –repuso Kitty, meciéndose suavemente y oprimiendo con cariño la manecita regordeta –que parecía atada con un hilo a la muñeca–, que Mitia movía sin cesar, abriendo y cerrando los ojos.

Aquella manita atraía a Kitty; habría querido besarla, pero se contenía por temor de despertar al pequeño.

Al fin la mano dejó de moverse y los ojos del niño se cerraron. Sólo de vez en cuando Mitia, sin dejar de mamar, alzaba sus largas y curvas pestañas y miraba a su madre con ojos que a media luz parecían negros y húmedos.

El aya dejó de mover la rama y se adormeció.

Arriba sonaba la voz del Príncipe y se oía a Kosnichev reír a carcajadas.

«Hablan animadamente ahora que yo no estoy», pensaba Kitty. «Siento que Kostia no esté. Debe de haber ido a visitar las colmenas. Aunque me entristece que se vaya con tanta frecuencia, no me parece mal, puesto que le distrae. Está

más animado y mejor que en primavera. ¡Se le veía tan concentrado en sí mismo, sufría tanto! Me daba miedo, temía por él... ¡Qué tonto es!» pensó riendo.

Sabía que lo que atormentaba a su marido era su incredulidad. Pero, a pesar de que ella, en su fe ingenua, creía que no había salvación para el incrédulo, y que, por lo tanto, su marido estaba condenado, la falta de fe de aquel cuya alma le era más cara que cuanto existía en el mundo, no le producía la menor inquietud. Cada vez que pensaba en ello sonreía y se repetía para sí misma: «Es un tonto».

« ¿Por qué pasará el año leyendo libros filosóficos?», pensaba. «Si todo está explicado en esos libros, puede comprenderlo rápidamente. Y si no lo está, ¿a qué los lee? Él mismo afirma que desearía creer. Pues, ¿por qué no cree? Seguramente porque piensa demasiado. Y piensa tanto porque está mucho a solas. Siempre a solas, siempre... Con nosotros no puede hablar de todo. Estos huéspedes le agradarán, sobre todo Katavasov. Le gustará discutir con él», se dijo.

Y en seguida se puso a pensar en dónde sería más cómodo preparar el lecho para Katavasov, bien solo o con Sergio Ivanovich.

De pronto le asaltó una idea que le estremeció de inquietud desasosegando incluso a Mitia, que la miró con severidad.

«Me parece que la lavandera no ha traído aún la ropa. Si no lo advierto, Agafia Mijailovna es capaz de poner a Sergio Ivanovich ropa ya usada sin lavar ...»

Aquel pensamiento hizo afluir la sangre al rostro de Kitty.

«Voy a dar órdenes», decidió.

Y, volviendo a sus pensamientos de un momento antes, recordó que se referían a algo sobre el alma, en lo que no había acabado de reflexionar. Trató de concretar sus ideas.

«¡Ah! Kostia es un incrédulo», se dijo con una sonrisa.

«Pues que se quede sin fe, ya que no la tiene... Es mejór que ser como la señora Stal, o como yo fui en el extranjero. El no es capaz de fingir.» Y a su imaginación se presentó un rasgo de la bondad de su esposo.

Dos semanas antes Dolly había recibido una carta de su marido en la que, pidiéndole disculpas, le rogaba que salvase su honor vendiendo su parte en la propiedad para pagar las deudas que él tenía contraídas.

Dolly se desesperó. Sentía hacia su marido odio, desprecio y compasión; resolvió separarse de él y negarse a lo pedido, pero al fn consindó en vender parte de la propiedad.

Fue entonces cuando Levin se acercó a su mujer y le propuso, lleno de confusión, y no sin grandes precauciones, cuyo recuerdo la hacía sonreír conmovida, un medio, en el que ella no había pensado, de ayudar a Dolly sin ofenderla y que consistía en ceder a su hermana la parte de la propiedad que correspondía a Kitty.

«¿Cómo puede ser un incrédulo, si posee ese corazón, ese temor de ofender a nadie, ni siquiera a un niño? Lo hace todo para los de-más y nada para sí mismo. Sergio Ivanovich considera deber de mi marido ser su administrador, Dolly con sus hijos está bajo su protección. Y luego, los campesinos que acuden diariamente a él, como si Kostia estuviera obligado a servirles...

»¡Ojalá seas como tu padre!», murmuró para sí, entregando el niño al aya y rozando con los labios su mejilla.

VIII

Desde que, viendo morir a su hermano predilecto, Levin examinó los conceptos de la vida y la muerte, a través de aquellas que él llamaba nuevas ideas, es decir, aquellas que desde los veinte a los treinta y cuatro años suplieron a sus opiniones infantiles y de ado-lescente, quedó horrorizado, no tanto ante la muerte como ante la vida, de la cual no conocía ni en lo más mínimo lo que era, por qué existe y de dónde procede.

El organismo, su descomposición, la indes-tructibilidad de la materia, la ley de la con-servación de la energía, la evolución, eran las expresiones que sustituían a su fe de antes.

Aquellas palabras y las concepciones que expresaban eran sin duda interesantes desde el punto de vista intelectual, pero en la realidad de la vida no acabaran nada.

Levin se sintió como un hombre al que hubieran reemplazado su gabán de invierno por un traje de muselina y el cual, al notar frío, sintiera, no en virtud de razonamientos, sino por la sensación física de todo su ser, que se hallaba desnudo y condenado a su-cumbir.

Desde entonces, aunque casi inconscientemente y continuando su vida de antes, Levin no dejó un momento de experimentar aquel temor de su ignorancia. Reconocía, además, vagamente, que las que él llamaba

«sus convicciones» no sólo eran producto de la ignorancia, sino que le hacían, además, inaccesibles los conocimientos que tan impe-riosamente necesitaba.

Al principio su matrimonio y las obligaciones y alegrías inherentes a él, ahogaron sus meditaciones; pero

últimamente, después del parto de su mujer, cuando vivía ocioso en Moscú, aquella cuestión que requería ser resuelta se presentaba ante Levin con redoblada insistencia y cada vez más a menudo.

El problema se planteaba así para él: « Si no admito las explicaciones que da el cristianismo a las cuestiones de mi vida, ¿qué admito?».

Y en todo el arsenal de sus ideas no hallaba ni remotamente la respuesta.

Era como un hombre que en tiendas de juguetes y almacenes de armas buscase alimentos.

Involuntariamente,

inconscientemente,

buscaba en sus lecturas, en sus conversaciones, en los hombres que le rodeaban, una relación con aquellos problemas y su resolución.

Lo que más le extrañaba y afligía era que la mayoría de los hombres de su ambiente y edad, después de cambiar, como él, su antiguas creencias por las nuevas ideas, iguales a las suyas, no veían mal alguno en tal cambio y vivían completamente tranquilos y contentos.

De modo que a la cuestión principal se unían otras dudas para atormentar todavía más. ¿Sería sincera aquella gente o fingiría?

¿Acaso ellos comprendían mejor y más claramente que él las respuestas que da la ciencia a las preguntas que le preocupaban? Y

Levin se ponía a estudiar con interés las ideas de aquella gente y los libros que podían contener las soluciones tan deseadas.

Lo único que encontró desde que empezó a ocuparse de aquello, fue que se engañaba al suponer, a través de los recuerdos de su época universitaria y juvenil, que la religión no existía y que su época había pasado.

Todos los hombres buenos que conocía y con quienes mantenía relaciones eran creyentes. El anciano Príncipe, Lvov, a quien tanto estimaba, Sergio Ivanovich, todas las mujeres, y hasta su propia esposa, creían lo que él creyera en su infancia y adolescencia, y lo mismo el noventa y nueve por ciento del pueblo ruso, aquel pueblo cuya vida le inspiraba tanto respeto, y que era creyente casi en su totalidad.

Después de haber leído muchos libros, Levin se convenció de que los materialistas, cuyas ideas compartía, no daban a éstas ninguna significación particular, y en lugar de explicar estas cuestiones –sin cuya solución él no podía vivir–, se aplicaban a resolver otros problemas que no ofrecían para él el menor interés, como la evolución de los organismos, la explicación mecánica del alma y otras cosas por el estilo.

Además, durante el parto de su mujer, le había sucedido un caso extraordinario. El in-crédulo se había puesto a rezar y entonces rezaba con fe. Pero pasado aquel momento, su estado de ánimo de entonces no consiguió hallar lugar alguno en su vida.

No podía reconocer que entonces había alcanzado la verdad y que ahora se equivocaba, porque en cuanto comenzaba a reflexionar serenamente todo se le desmoronaba.

Tampoco podía reconocer que había errado al rezar, porque el recuerdo de aquel estado de ánimo le era querido, y, considerándolo como una prueba de debilidad, le habría parecido que profanaba la emoción de aquellos instantes.

Esta lucha interior pesaba dolorosamente en su ánimo y Levin buscaba con todas sus fuerzas la solución.

IX

Semejantes pensamientos le torturaban con más o con menos intensidad, pero no le abandonaban nunca. Leía y meditaba y cuanto más lo hacía, más se alejaba del fin perse-guido.

En los últimos tiempos, en Moscú y en el pueblo, persuadido de que no podía hallar la solución en los materialistas, leyó y releyó a Platón, Espinoza, Kant, Schelling, Hegel y Schopenhauer, los filósofos que explican la vida según un criterio no materialista.

Sus ideas le parecían fecundas cuando las leía o cuando buscaba él mismo refutaciones de otras doctrinas, en especial contra el materialismo. Pero cuando leía o afrontaba la resolución de problemas, le sucedía siempre lo mismo. Los términos imprecisos tales como

«espíritu», «voluntad», «libertad», « sustan-cia» , ofrecían en cierto modo a su inteligencia un determinado sentido sólo en la medida en que él se dejaba prender en la sutil red que le tendían con sus explicaciones. Pero apenas olvidaba la marcha artificial del pensamiento y volvía a la vida real, para buscar en ella la confirmación de sus ideas, toda aquella construcción artificiosa se derrumbaba como un castillo de naipes y le era forzoso reconocer que se le había deslumbrado por medio de una perpetua transposición de las mismas palabras, sin recurrir a ese «algo»

que, en la práctica de la existencia, importa más que la razón.

Durante una época, leyendo a Schopenhauer, Levin substituyó la palabra «voluntad»

por «amor», y esta nueva filosofía le resultó satisfactoria durante un par de días mientras no se alejaba de ella.Pero luego también ésta decayó al enfrentarla con la vida y la vio revestida de unos ropajes de muselina que no calentaban el cuerpo.

Su hermano le aconsejó que leyera las obras teológicas de Jomiakov.

Levin leyó el segundo tomo y, pese a su estilo polémico, elegante a ingenioso, se sintió sorprendido por sus ideas sobre la Iglesia.

Le asombró al principio la manifestación de que la comprensión de las verdades teológicas no está concedida al hombre, sino a la unión de hombres reunidos por el amor, esto es, a la Iglesia.

Esta teoría reanimó a Levin: primero la Iglesia, institución viva que une en una todas las esencias humanas, que tiene a Dios a su cabeza y que, por este motivo, es sagrada a indiscutible; luego aceptar sus enseñanzas sobre Dios, la creación, la caída, la redención, le pareció mucho más fácil que empezar por Dios, lejano y misterioso y pasar luego a la creación, etc. Pero después, leyendo la historia de la Iglesia por un escritor católico y la historia de la Iglesia por un escritor ortodoxo, y viendo cómo las dos Iglesias combatían entre sí, Levin perdió la confianza en la doctrina de Jomiakov sobre la Iglesia, y también aquella construcción se derrumbó ante él co-mo las filosóficas.

Vivió aquella primavera momentos terribles y no parecía el mismo.

«No puedo vivir sin saber lo que soy y por qué estoy aquí. Y puesto que no puedo saberlo, no puedo vivir», se decía.

« En el tiempo infinito, en la infinidad de la materia, en el infnito espacio, una burbuja se desprende de un organismo, dura algún tiempo y luego estalla. Y esa burbuja humana soy yo ...»

Se trataba de una ficción atormentadora, pero en ella consistía el último y único resultado de todos los trabajos realizados durante siglos por el pensamiento humano en aquella dirección; era ésta la última doctrina que se encuentra en la base de casi todas las actividades científicas. Era ésta la convicción do-minante y Levin la adoptó –sin que él mismo supiese explicarse ni cuándo ni cómo–, como la interpretación más clara.

Mas no sólo le pareció que no podía ser verdad, sino que constituía una ironía cruel de una fuerza malévola y abominable a la que resultaba imposible someterse.

Era preciso liberarse de aquella fuerza. Y la liberación estaba en manos de cada uno.

Había que cortar tal dependencia del mal y no había sino un medio: la muerte.

Y Levin, aquel hombre feliz en su hogar, fuerte y sano, se sentía muchas veces tan cerca del suicidio que hasta llegó a ocultar las cuerdas para no estrangularse y temió salir a cazar por miedo a que le acometiese la idea de dispararse contra sí mismo con la escopeta.

Pero ni se estranguló ni se disparó un tiro, sino que continuó viviendo.

X

Cuando Levin pensaba qué cosa era él y por qué vivía, no encontraba contestación y se desesperaba; mas cuando dejaba de hacerse estas preguntas, sabía quién era él y para qué vivía, porque su vida era recta y sus fines estaban bien definidos, e incluso en los últimos tiempos su vida era más firme y decidida que nunca.

Al regresar al campo en los primeros días del mes de junio, Levin volvió a sus habituales ocupaciones; y los trabajos agrícolas, sus tratos con los labriegos, sus relaciones con familiares, amigos y conocidos, los pequeños problemas de su casa, los asuntos que sus hermanos le tenían encargados, la educación de su hijo, la nueva obra en el colmenar que había comenzado aquella primavera, todo es-to ocupaba totalmente su tiempo.

Se interesaba en tales ocupaciones, no porque las justificara con puntos de vista sobre el bien común como lo hacía antes; al contrario, desengañado de una parte por el fracaso de sus empresas anteriores en favor de la comunidad, y demasiado ocupado, de la otra, por sus pensamientos y por la gran cantidad de asuntos que llovían sobre él de todas partes, Levin dejaba a un lado todas sus antiguas ideas sobre el bien general y se dedicaba por completo a aquellos asuntos simplemente porque le parecía que debía hacerlo así y que no podía obrar de otro modo.

En otros tiempos (es decir, en su infancia, y ahora estaba ya en plena madurez) cuando hacía o procuraba hacer algo que fuera un bien para el pueblo, para Rusia, a incluso pa-ra la Humanidad, Levin sentía que aquel impulso le llenaba de

satisfacción; pero la misma actividad que antes le parecía tan grande, útil y hermosa, ahora se le figuraba empequeñecida y aun a punto de desaparecer.

Después de su casamiento, que empezó a limitar sus actividades a los asuntos o cuestiones particulares suyas o de sus allegados, no sentía aquella satisfacción, pero sí la de saber que su obra era necesaria y ver que sus intereses o los que le confiaban iban bien y mejoraban constantemente.

Ahora, incluso contra su voluntad, penetraba cada vez más en los problemas de la tierra, pensando que, como el arado, no po-día librarse del surco.

Indudablemente, era necesario que la familia viviera como lo hicieran los padres y los abuelos y educar en los mismos principios a los hijos. Esto lo consideraba Levin tan necesario como el comer cuando se siente hambre, y era igualmente tan preciso como preparar la comida, o llevar la máquina econó-

mica de la propiedad que tenía en Pokrovskoe de modo que produjera beneficios.

Así, consideraba un deber indiscutible el pagar sus deudas, y no menos que éste el de mantener la tierra recibida de los padres en tal estado que el hijo, al heredarla, sintiera agradecimiento hacia su padre por ello, como Levin lo había sentido hacia el suyo por todo lo que había plantado y edificado.

Y para esto no había que dar en arriendo las tierras, sino ocuparse por sí "sino del cultivo, abono de los campos, cuidar los bosques y plantar nuevos árboles, criar animales...

Creía también un deber suyo cuidar de los asuntos de Sergio Ivanovich y de su hermana; ayudar a los campesinos que

acudían a él en busca de consejo, siguiendo la antigua costumbre; cosas todas estas que no podía dejar de hacer, como no puede dejarse caer a un niño que se tiene en los brazos.

Tenía que ocuparse de preparar un cómo-do alojamiento a su cuñada, con sus niños a quienes habían invitado a pasar con ellos el verano. Tenía también que atender a las necesidades de su mujer y de su hijo y pasar algún rato con ellos, cosa que, por otra parte, no requería de él esfuerzo alguno, ya que ca-da día le costaba más pasar mucho tiempo alejado de aquellos seres queridos.

Y todo esto, junto con la caza y el cuidado de las abejas, llenaba por completo la vida de Levin, aquella vida que él consideraba a veces sin sentido.

Pero, además de que Levin conocía perfectamente lo que debía hacer, sabía también cómo había que hacerlo, cuál asunto era el más importante y cómo debía atenderlo y desarrollarlo.

Sabía que tenía que contratar la mano de obra cuanto más barata mejor, pero no debía esclavizar a los obreros adelantándoles dinero y pagándoles jornales inferiores al precio normal, como sabía que podía hacerse. Podía venderse paja a los campesinos en los años malos, aunque inspirasen piedad; pero era preciso suprimir la posada y la taberna, aunque diesen ganancias, para evitarles gastos que contribuían a su ruina. Había que castigar severamente la tala de árboles; pero le era imposible imponer una multa porque los animales ajenos entraran en sus prados o la-brantíos; y, aunque eso irritaba a los guardias y hacía desaparecer el miedo a las multas, Levin dejaba marchar tranquilamente a los animales ajenos que penetraban en su propiedad.

Prestaba dinero a Pedro para librarle de las garras de un usurero que le exigía un rédito del diez por ciento mensual, pero no cancela-ba ni aplazaba el pago del arrendamiento a los campesinos que se resistían a satisfacerlo en su día. No perdonaba al encargado que no se hubiese segado una pradera a tiempo, perdiéndose la hierba, pero comprendía y disculpaba que no se hubiese segado antes la hierba del nuevo bosque, que era muy extenso y presentaba grandes dificultades para aquella labor. Era imposible condonar al obrero los jornales que perdía no yendo al trabajo. La muerte del padre le parecía una causa muy justificada y la lamentaba; pero había que hacer el descuento correspondiente a los días no trabajados. Ahora bien, no se podía dejar de pagar su mensualidad a los viejos criados de la casa aunque no fuesen ya útiles para ningún trabajo.

Levin sabía, también, que al volver a su casa encontraría en su despacho a muchos campesinos que estaban esperándole desde hacía varias horas para consultarle sus asuntos, pero sentía que su primer deber era ver a su esposa, que se encontraba mal de salud, aunque aquellos campesinos hubieran de esperar algún tiempo más. En cambio, si acudí-

an a verle en el momento de instalar las abejas, que era la ocupación que más le gustaba, la dejaba en manos del viejo criado y les atendía aunque no le interesase en lo más mínimo su conversación.

Si obrando así hacía bien o mal no quería saberlo, y hasta huía las conversaciones y pensamientos sobre estos temas. Sabía que las discusiones le llevaban a la duda y que ésta entorpecía la labor que había de realizar.

No obstante, cuando no pensaba, vivía y sentía constantemente en su alma la presencia de un juez implacable que le señalaba cuándo obraba bien y qué era lo

que hacía mal; y en este caso su conciencia se lo advertía en seguida.

Sin embargo, Levin continuamente, muchas veces, se preguntaba qué era él y por qué y para qué estaba en el mundo; y el no hallar una contestación concreta le atormentaba hasta tal punto que pensaba en el suicidio. Pero, a pesar de ello, continuaba firme en su camino.

XI

El día en que Sergio Ivanovich llegó a Pokrovskoe había sido uno de los días más llenos de emociones para Levin.

Era la temporada activa de los trabajos del campo, la que exige del campesino un esfuerzo mayor, un espíritu de sacrificio desconocido en otras profesiones; esfuerzo que rendiría más si los mismos que lo realizan tuvieran conciencia de ello y lo supieran valo-rar, si no se repitiese anualmente y sus resultados no fueran tan simples.

Segar y recoger el centeno y la avena, api-larlos en las eras, trillar y separar los granos para semilla y hacer la sementera en otoño, todo esto parece sencillo, corriente y hacede-ro; pero, para hacerlo en las tres o cuatro semanas que concede la Naturaleza, es necesario que todos, empezando por los más viejos y hasta los chiquillos, toda la gente la-briega, trabaje sin parar un momento, tres veces más que de ordinario, alimentándose con kwas con cebolla y pan moreno, aprovechando para el trabajo las noches y no durmiendo sino tres o cuatro horas al día. Y esto se hace cada año en toda Rusia.

Habiendo pasado la mayor parte de su vi-da en su propiedad y en relaciones estrechas con el pueblo, Levin sentía siempre en esta temporada el contagio de aquella animación general.

Al amanecer, en los carros de transporte, iba a las primeras labores del centeno o a los campos de avena. Volvía a su casa cuando calculaba que su mujer y su cuñada estarían levantándose; tomaba con ellas su desayuno de café y se dirigía a pie a la granja, donde estarían trabajando con la nueva trilladora para preparar las semillas.

Y durante todo este día, hablando con el encargado y los campesinos, charlando, en su casa, con su mujer, con Dolly, con los hijos de ésta o con su suegro, Levin pensaba, además, relacionándolo todo con esta cuestión, en las preguntas que le inquietaban:

«¿Qué soy yo? ¿Dónde estoy? ¿Para qué estoy aquí?»

En pie, sintiendo la agradable frescura del hórreo cubierto de olorosas ramas de avellano o apoyado contra las vigas de álamo re-cién cortado que sostenían el techo de paja, Levin, miraba a través de las puertas abiertas, ante las cuales danzaba el polvo, seco y acre, de la trilladora, o contemplaba la hierba de la era bañada por el ardiente sol, y la paja fresca, recién sacada del almiar, o seguía el vuelo de las golondrinas de pecho blanco y cabecitas abigarradas que se refugiaban chillando bajo el alero y se detenían agitando las alas sobre el ancho portal abierto; y, mientras, continuaba con sus extraños pensamientos.

«¿Para qué se hace todo esto? ¿Por qué estoy aquí, obligándoles a trabajar? ¿Por qué todos se matan trabajando y queriendo mostrarme su celo? ¿Por qué trabaja tanto esa vieja Matriona, mi antigua conocida?» (Levin la había curado, cuando, en un incendio, le había caído encima una viga), se dijo, mirando a una mujer delgada que, apoyando firmemente su pies, quemados por el sol, contra el suelo duro y desigual, removía con su rastrillo las mieses.

« En algún tiempo», pensó Levin, « esta mujer fue hermosa, pero, si no hoy, mañana, o dentro de diez años, cualquier día, acabará de todos modos bajo tierra y no quedará na-da de ella. Como tampoco quedará nada de esa muchacha presumida, de vestido rojo, que con movimientos hábiles y delicados separa la espiga de la paja. También a ésa la enterrarán, y muy pronto harán los mismo con esa pobre bestia», pensó, mirando a un caballo que, con el vientre hinchado y respirando con dificultad, arrastraba un pesado carro. « Y a Feódor, que echa ahora el trigo a la trilladora, con su barbita llena de paja y su camisa rota, también le enterrarán. Y, sin embargo, él deshace las gavillas y da las órdenes, grita a las mujeres, arregla la correa del volante. Y, no sólo a ellos los enterrarán, sino que a mí, también. Nada ni nadie de lo que hay aquí permanecerá. ¿Para qué, pues, todo?»

Así pensaba Levin y al mismo tiempo miraba al reloj, calculando cuánto se podía trillar en una hora, para señalar la faena que debían realizar durante el día.

« Pronto hará una hora que han empezado el trabajo y no han hecho más que comenzar la tercera pila», pensó. Y se acercó a Feódor, y, levantando la voz para dominar el ruido de la trilladora, le ordenó que pusiera menos trigo en la máquina.

–Echas demasiado Feódor. ¿Ves? La má-

quina se para. Échalo más igual...

Feódor, ennegrecido por el polvo que se le pegaba al rostro cubierto de sudor, replicó algo que no pudo oírse por el ruido de la má-

quina. Pero pareció no haber comprendido lo que el dueño le decía. Éste se acercó a la trilladora, apartó a Feódor y se

puso él en su lugar.

Después de trabajar así hasta casi la hora de ir a comer, Levin saltó del hórreo en unión del echador y al lado de un montón de amarillento centeno preparado ya para trillarlo y separar la semilla, se puso a discutir con él.

El echador era de aquel lugar donde Levin, hacía ya tiempo, había cedido la tierra según el principio cooperativo. Ahora estas tierras las llevaba el guarda en arriendo. Levin habló de ellas con Feódor y le preguntó si no las arrendería el año próximo Platon, un campesino rico del mismo lugar.

–La tierra es muy cara, Constantino Dmitrievich. A Platon no le resultaría –contestó Feódor, sacando de debajo de la camisa su-dada las espigas que se le habían introducido allí.

–¿Y cómo es que Kirilov saca provecho?

–A Mitiuja –así llamaba Feódor, despectivamente, al guarda–, a Mitiuja le es muy fácil sacar provecho: va apretando y sacará lo su-yo. Éste no tiene compasión de alma cristiana, mientras que el tío Fokanich –así llamaba al viejo Platon– no quita el pellejo a nadie. Aquí dará en préstamo y en otra parte perdonará una deuda. Así resulta que recibe todo lo que le pertenece. Es un buen hombre.

–¿Y por qué perdona tanto a los demás?

–Porque las personas no son todas iguales.

Hay hombres que sólo viven para sí mismos, como, por ejemplo, Mitiuja. Ese se preocupa sólo de su barriga. Fokanich, en cambio, es un viejo muy recto: vive para su alma y no se olvida de Dios.

–¿Qué quieres decir «no se olvida de Dios»? ¿Y qué es eso de que «vive para su alma»? –preguntó Levin con extrañeza.

–Ya se sabe: lo justo es lo que Dios manda. Hay gente muy distinta: unos que lo hacen y otros que no. Usted, por ejemplo, no trata mal a la gente.

–Sí, sí. Adiós –se despidió Levin sofocado por la emoción.

Y, volviendo al hórreo, tomó su bastón y se dirigió a su casa.

Al oír que Fokanich «vivía para su alma, siendo justo, como Dios manda», pensamientos vagos, pero fecundos, habían acudido en tropel a su mente, dirigidos todos a un único fin, cegándole el entendimiento.

XII

Levin iba por el camino andando a grandes pasos, atento, no tanto a sus pensamientos, que todavía no había logrado ordenar, cuanto a aquel estado de ánimo que hasta entonces no había experimentado.

Las palabras del campesino Feódor produjeron en su alma el efecto de una chispa eléctrica que en un momento fundió y transformó un enjambre de pensamientos hasta entonces vagos y desordenados que no habían dejado de atormentarle. Hasta en el momento en que hablaba del arriendo de las tierras, habí-

an estado preocupándole.

Sentía brotar en su alma algo nuevo y, sin saber todavía lo que era, experimentaba con ello una gran alegría.

«Hay que vivir, no para nuestras propias necesidades, sino para Dios. Pero, ¿para qué Dios? ¿Es posible decir una cosa

más privada de sentido común? Feódor ha dicho que hay que vivir, no sólo para nuestras propias necesidades, esto es, para lo que comprendemos, lo que nos atrae y deseamos, sino para algo incomprensible, para ese Dios al cual nadie puede comprender ni definir... ¿Qué es esto?

¿Acaso no habré comprendido las palabras sin sentido de Feódor? Y si no he comprendido lo que decía, ¿he dudado por ventura de que fuese justo? ¿Lo he encontrado necio, impreciso y vago?

»No; lo he comprendido por completo, tal como él lo comprende. Lo he comprendido tan bien y tan claramente como lo que mejor pueda comprender en la vida, y jamás en mi existencia he dudado de ello ni puedo dudar.

Y, no sólo yo, sino todos lo comprenden perfectamente; no dudan de ello y todos están de acuerdo en aceptarlo.

»¡Y yo que buscaba, deplorando no ver un milagro! Un milagro material me habría convencido. ¡Y, no obstante, el único milagro posible, el que existe siempre y nos rodea por todas partes, no lo observaba, no lo veía!

»Feódor dice que el guarda Kirilov vive só-

lo para su vientre. Eso es claro y comprensible. Todos nosotros, como seres racionales, no podemos vivir de otro modo sino para el vientre. Y de pronto Feódor dice que no se debe vivir para el vientre y que se debe vivir para la verdad y para Dios, y yo, con una sola palabra, le comprendo.

»Y yo, y millones de seres que vivieron siglos antes y viven ahora, sabios, labriegos y pobres de espíritu –los sabios que han escrito sobre esto, lo dicen en forma incomprensible– coinciden en lo mismo: en cuál es el fin de la vida y qué es el bien. Sólo tengo, co-mún con todos los hombres, un

conocimiento firme y claro que no puede ser explicado por la razón, que está fuera de la razón y no tiene causas ni puede tener consecuencias.

»Si el bien tiene una causa, ya no es bien, y si tiene consecuencias (recompensa) tampoco lo es. De modo que el bien está fuera del encadenamiento de causas y efectos.

»Y conozco el bien y lo conocemos todos.

»¿Puede haber milagro mayor?

»¿Es posible que yo haya encontrado la solución de todo? ¿Es posible que hayan terminado todos mis sufrimientos?», pensaba Levin, avanzando por el camino polvoriento, sin sentir ni calor ni cansancio y experimentando la impresión de que cesaba para él un largo padecer.

Aquella impresión despertaba en su espíri-tu una paz tan honda que apenas osaba creer en ella. La emoción le ahogaba, le flaqueaban las rodillas y le faltaban las fuerzas para seguir andando. Salió del camino, se internó en el bosque y se sentó a la sobra de los olmos, sobre la hierba no segada aún. Se quitó el sombrero que cubría su cabeza empapada de sudor y, apoyándose en un brazo, se tendió en la jugosa y blanda hierba del bosque.

«Es preciso reflexionar y comprender», pensaba, con los ojos fijos en la hierba que se erguía ante él, mientras seguía con la mirada los movimientos de un insecto verde que trepaba por un tallo de centinodia y se detenía retenido por una hoja de borraja. « Pero,

¿qué he descubierto?», se preguntó, apartando la hoja de borraja para que no obstaculi-zara al insecto y acercando otra hierba para que el animalillo pasara por ella. «¿Por qué esta alegría? ¿Qué he descubierto en resumen?

»Nada. Sólo me he enterado de lo que ya sabía. He comprendido la calidad de la fuerza que me dio la vida en el pasado y me la da ahora también. Me libré del engaño, conocí a mi señor...

»Antes yo decía que mi cuerpo, como el cuerpo de esta planta y de ese insecto –a la sazón el insecto, sin querer escalar la hierba, había abierto las alas y volaba a otro lugar- seguía las transformaciones de la materia se-gún las leyes físicas, químicas y fisiológicas. Y

que en todos nosotros, como en los álamos, las nubes y las nebulosas se produce una evolución. ¿Evolución de qué? ¿En qué? Una evolución infinita, una lucha... ¿Cómo es posible una dirección y una lucha en el infinito?

Y yo me extrañaba de que, a pesar de mi constante tensión mental en tal dirección, no se me aclaraba el sentido de la vida, el sentido de mis deseos, de mis aspiraciones... Pero ahora declaro que conozco el sentido de mi vida; vivir para Dios, para el alma... Y este sentido, a pesar de su claridad, es misterioso y milagroso. Éste es también el sentido de cuanto existe. Y el orgullo... –se tendió de bruces y comenzó a atar entre sí los tallos de hierba procurando no romperlos–. No sólo existe el orgullo de la inteligencia, sino la estupidez de la inteligencia. Pero lo peor es la malicia... eso, la malicia del espíritu, la truhanería del espíritu», se repitió.

Y en seguida recorrió todo el camino de sus ideas durante aquellos dos años, cuyo principio fue un pensamiento claro y evidente sobre la muerte al ver a su hermano querido enfermo sin esperanzas de curación.

En aquellos días había comprendido claramente que para él y para todos no existía na-da en adelante sino sufrimiento, muerte, olvido eterno; pero a la vez había reconocido que

así era imposible vivir, que precisaba explicarse su vida de otro modo que como una ironía diabólica, o, de lo contrario, pegarse un tiro.

Él no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que continuó viviendo, sintiendo y pensando, a incluso en aquella época se casó, y experimentó muchas alegrías y fue feliz entonces que no pensaba para nada en el sentido de la vida.

¿Qué significaba, pues, aquello? Que vivía bien y pensaba mal.

Vivía, sin comprenderlo, a base de las verdades espirituales que mamara con leche de su madre, pero pensaba, no sólo no reconociendo tales verdades, sino apartándose de ellas deliberadamente.

Y ahora veía claramente que sólo podía vivir merced a las creencias en que fuera educado.

«¿Qué habría sido de mí y cómo habría vivido de no tener esas creencias si no supiese que hay que vivir para Dios y no sólo para mis necesidades?

» Hubiese robado, matado, mentido. Nada de lo que constituyen las mayores alegrías de mi vida habría existido para mí.»

Y aun con los máximos esfuerzos mentales no podía imaginar el ser bestial que hubiese sido de no saber para qué vivía.

« Buscaba contestación a mi pregunta. El pensamiento no podía contestarla, porque el pensamiento no puede medirse con la magnitud de la interrogación. La respuesta me la dio la misma vida con el conocimiento de lo que es el bien y lo que es el mal.

» Y ese saber no me ha sido proporcionado por nada; me ha sido dado a la vez que a los demás, puesto que no pude encontrarlo en ninguna parte.

»¿Dónde lo he recogido? ¿He llegado por el razonamiento a la conclusión de que hay que amar al prójimo y no causarle daño? Me lo dijeron en mi infancia y lo creí, feliz al confirmarme los demás lo que yo sentía en mi al-ma. ¿Y quién me lo descubrió? No lo descubrió la razón. La razón ha descubierto la lucha por la vida y la necesidad de aplastar a cuantos me estorban la satisfacción de mis necesidades.

»Tal es la deducción de la razón. La razón no ha descubierto que se amase al prójimo, porque eso no es razonable.»

XIII

Levin recordó una escena que había presenciado poco antes entre Dolly y sus hijos.

Los niños, habiendo quedado solos, comenzaron a cocer frambuesas a la llama de unas bujías y a echar la leche por la boca como un surtidon Dolly, al sorprenderlos, comenzó a explicarles, en presencia de Levin, el mucho trabajo que a las personas mayores les costaba preparar aquello que destruían, y que tal trabajo se hacía por ellos; que si rompían las tazas, no tendrían donde tomar el té, y si arrojaban la leche al suelo, se quedarían sin comer y morirían de hambre.

A Levin le sorprendió la tranquila incredulidad con que los niños parecían escuchar las palabras de su madre. Sólo se sentían descontentos de ver interrumpido su interesante juego, De lo que su madre les decía no creían una palabra. Y no lo creían porque no podían comprender el conjunto de todo aquello de que gozaban, y les era imposible, por tanto,

imaginar que estaban destruyendo lo que necesitaba para vivir.

«Todo esto está bien», pensaban; «pero,

¿acaso lo que nos dan tiene tanto valor?

Siempre es lo mismo, hoy como ayer, y como mañana, y nosotros no tenemos que pensar en ello. Pero ahora hemos querido inventar algo nuevo, personal. Y así hemos metido las frambuesas en las tazas y las hemos cocido a la llama de la vela, y nos hemos llenado la boca de leche y la hemos lanzado como un surtidor. Esto es divertido y nuevo.

»¿Y acaso no hacemos nosotros lo mismo?

¿No lo he hecho yo buscando mediante la ra-zón la significación de las fuerzas de la Naturaleza y el sentido de la vida humana?», continuaba pensando Levin.

«¿No hacen lo mismo todas las teorías filosóficas, llevándonos mediante el razonamiento, de un modo extraño a la vida humana, a la revelación de verdades que el hombre sabe ya desde mucho tiempo y sin las cuales no podría vivir? ¿No se ve claramente en el desarrollo de la teoría de cada filósofo que él sabe de antemano, como el labriego Feódor y no más claramente, el verdadero sentido de la vida, y que tiende sólo a demostrar por caminos equívocos verdades universalmente reconocidas?

»Que se deja a los niños solos, para que ellos mismos adquieran lo que les hace falta, construyan las tazas, ordeñen la leche, etc.

¿Realizarían travesuras? Se morirían de hambre. Que se nos deje a nosotros, entregados a nuestras pasiones y pensamientos, sin la idea del Dios único y creador. ¿Qué

haríamos, sin tener noción del bien y el mal, sin expli-camos el mal moral?

»¡Probemos sin esas ideas a construir al-go! Lo destruiríamos todo, porque nuestras almas están saciadas. ¡Somos niños, nada más que niños!

»¿De dónde procede ese alegre conocimiento que tengo y me es común con el aldeano, y que me produce la paz del espíritu?

¿De dónde lo he sacado?

»Yo, educado como cristiano en la idea de Dios, habiendo llenado mi vida con los bienes espirituales que me dio el cristianismo, pletó-

rico y rebosante de esos bienes, yo, como esos niños, destruyo, es decir, quiero destruir lo que me sustenta. Pero en las horas graves de mi vida, como los niños al sentir hambre y frío, acudo a Él y, no menos que los niños a quienes la madre riñe por sus travesuras infantiles, siento que el exceso a que me llevaron irás anhelos de niño no han sido castigados. Y lo que sé, no lo sé por la razón, sino que ha sido concedido directamente a mi al-ma, lo siento por mi corazón, por mi fe en lo que dice la Iglesia.

»¿La Iglesia? ¡La Iglesia!», repitió Levin.

Cambió de postura y, apoyándose en el codo, miró a lo lejos, más allá del rebaño que, en la otra orilla, bajaba hacia el río.

«¿Puedo creer en cuanto profesa la Iglesia?», se dijo, buscando, para probarse, cuanto pudiera destruir la tranquilidad de es-píritu de que gozaba en aquel momento.

Y comenzó a meditar en las doctrinas de la Iglesia que más extrañas le parecían y más le turbaban.

« ¿La creación? ¿Cómo explicaba yo la existencia? ¿Por la existencia misma? ¡Con nada! ¿Y el diablo y el pecado? ¿Cómo explicar el mal? ¿Y el Redentor? No sé nada, absolutamente nada, ni puedo saberlo. Nada excepto lo que se me ha comunicado a la vez que a los demás.»

Y ahora encontraba que no existía doctrina eclesiástica alguna que destruyera lo esencial: la fe en Dios y en el bien como único destino del hombre.

Cada una de las creencias de la Iglesia po-día ser explicada por la creencia en el servicio de la verdad en vez del servicio de las necesidades. Y no sólo cada dogma no la destruía, sino que estaba hecho para cumplir el milagro fundamental que constantemente se presenta en la tierra y que consiste en que es posible a todos los hombres y a cada uno, a millones de personas diferentes, sabios y necios, niños y ancianos, reyes y mendigos, a todos, a Lvov, a Kitty y a los demás, comprender sin dudas la misma cosa y crear la vida del alma sin la cual no vale la pena vivir y que es lo único que apreciamos.

Levin, tumbado ahora de espaldas, miraba el cielo alto sin nubes.

«¿Acaso no sé que eso es el espacio infinito y no una bóveda? Pero por más esfuerzos que haga, por más que aguce la mirada, no puedo dejar de ver este espacio como una bóveda y como algo limitado, y, a pesar de mis conocimientos sobre el espacio infinito, tengo indudable razón cuando veo una bó-

veda azul y sólida; y más aún que cuando me esfuerzo para ver más allá.»

Levin había ya dejado de pensar. Ahora tenía sólo el oído atento a las voces misteriosas que resonaban en su alma con un eco de alegría y de entusiasmo.

«¿Acaso será esto la fe?», se dijo, no osando creer en su felicidad. « ¡Gracias, Dios mío! », murmuró, ahogando los sollozos que le subían a la garganta y secándose con ambas manos las lágrimas que llenaban sus ojos.

XIV

Levin miraba frente a sí y veía el rebaño de ovejas que pastaba guardado por el mastín y el pastor. Luego vio su tílburi tirado por

« Voronoy» y cómo el cochero, al llegar al rebaño, hablaba algo con el pastor. Poco después, oía cerca de él el ruido de las ruedas y los resoplidos del caballo.

Estaba, sin embargo, tan absorto en sus pensamientos, que ni siquiera se le ocurrió que el coche se dirigía hacia él. Unicamente lo advirtió cuando el cochero, hallándose ya a su lado, le habló:

–Me manda la señora. Han llegado su hermano y otro señor.

Levin se sentó en el cochecito y tomó las riendas.

Estaba aún como acabado de despertar de un sueño y durante mucho rato apenas se dio cuenta de lo que hacía ni de dónde estaba.

Miraba a su caballo, al que sujetaba por las riendas, cubiertos de espuma las patas y el cuello; miraba al cochero Iván, sentado a su lado; recordaba que le esperaba su hermano; pensaba que su mujer estaría inquieta por su larga ausencia y procuraba adivinar quién era aquel señor

que había llegado con su hermano. Y el hermano, y su mujer, y el desconocido se le presentaban ahora en su imaginación de modo distinto a como los veía antes; le parecía que ahora sus relaciones con todos habrían de ser muy diferentes.

«Ahora no habría entre mi hermano y yo la separación que ha habido siempre entre nosotros; ahora no disputaremos ya nunca.

Nunca más tendré riñas con Kitty. Con el huésped que ha llegado, quienquiera que sea, estaré amable, seré bueno; lo mismo que con los criados y con Iván. Con todos seré un hombre distinto.»

Reteniendo con las riendas tensas al caballo, que resoplaba impaciente, como pidiendo que le dejaran correr en libertad Levin miraba a Iván, sentado a su lado, el cual sin tener nada que hacer con las manos las ocupaba en sujetarse la camisa, que se le levantaba a hinchaba con el viento.

Levin buscaba pretexto para entablar conversación con él. Quiso decirle que había apretado demasiado la barriguera. Pensó en seguida que esto le parecería un reproche y quería tener una conversación amable; pero ningún otro tema sobre el cual conversar le acudía a la imaginación.

–Señor, haga el favor de guiar a la derecha. Allí hay un tronco –le dijo Iván, con ademán de coger las riendas.

–Te ruego que no toques las riendas y no me des lecciones –contestó Levin ásperamente.

La intervención del cochero le irritó como de costumbre. Y en seguida pensó, con tristeza, que estaba equivocado al creer que su estado de ánimo podía cambiar fácilmente.

A un cuarto de versta de la casa, Levin vio a Gricha y a Tania que corrían a su encuentro.

–Tío Kostia, allí vienen mamá y el abuelito, y Sergio Ivanovich y un señor –decían los ni-

ños subiendo al coche.

–¿Y quién es ese señor?

–Un hombre muy terrible que no cesa de mover los brazos. Así –dijo Tania, levantándose del asiento a imitando el gesto habitual de Katavasov.

–¿Es viejo o joven? –preguntó Levin, al cual el ademán de Tania le recordaba a alguien, pero sin poder precisar a quién.

«¡Ah», se dijo, «al menos que no sea una persona desagradable!».

Sólo al dar vuelta al camino y ver a los que iban a su encuentro, Levin recordó a Katavasov, con su sombrero de paja, moviendo los brazos como había indicado Tania.

A Katavasov le gustaba mucho hablar de filosofía, aunque la comprendía mal, como un especialista de ciencias naturales que era que nunca estudiaba filosofía. Durante su estancia en Moscú, Levin había discutido mucho con él sobre estas cuestiones. Lo primero que recordó Levin al verle fueron aquellas discusiones en las que aquél ponía siempre un gran empeño en quedar vencedor.

«No, no voy a discutir, ni a exponer a la ligera mis pensamientos por nada del mundo», se dijo aún.

Saltando del ribulri y, tras saludar a su hermano y a Katavasov, Levin preguntó por Kitty.

–Se llevó a Mitia a Kolok –así se llamaba el bosque que había cerca de la casa–. Ha querido arreglarle allí porque en la casa hace demasiado calor –explicó Dolly.

Levin aconsejaba a su mujer que no llevase el niño al bosque, porque lo consideraba peligroso, por lo cual esta noticia le desagradó.

–Siempre anda llevando al pequeño de un lugar a otro –dijo el viejo Príncipe–. Le he aconsejado que le llevase a la nevera.

–Kitty pensaba ir luego al colmenar, suponiendo que estarías allí. Podríamos ir hacia allá –dijo Dolly.

–¿Y qué estabas haciendo tú? –preguntó Sergio Ivanovich a su hermano, al quedarse atrás con él.

–Nada de particular. Me ocupo, como siempre, de los asuntos de la propiedad –

contestó Levin–. ¿Y por cuánto tiempo has venido? –preguntó, a su vez, a Sergio Ivanovich–. Te esperaba hace ya días.

–Por un par de semanas –contestó Sergio–

. Tengo mucho que hacer en Moscú.

En esto, los ojos de los dos se encontraron, y no obstante su deseo de estar afectuoso con Sergio y amable y sencillo con el Príncipe, Levin sintió que le irritaba mirar a su hermano y bajó la vista sin saber qué decir.

Buscando temas de conversación que fueran agradables a Sergio Ivanovich, aparte de la guerra servia y la cuestión eslava, a las cuales había aludido de manera velada al

hablar de sus ocupaciones en Moscú, se puso a hablarle de la obra que había publicado últimamente.

–¿Y las críticas de tu libro? –le preguntó–.

¿Qué tal te tratan?

Sergio Ivanovich sonrió comprendiendo que no era espontánea la pregunta.

–Nadie se ocupa de él y yo menos que nadie –contestó con displicencia. Y, cambiando de conversación, se dirigió a Dolly:

–Daria Alejandrovna, mire... Va a llover–

dijo, indicando con su paraguas unas nubes blancas que corrían sobre las copas de los álamos.

Y bastaron estas palabras para que aquella frialdad que quería evitar Levin en sus relaciones con su hermano se estableciera entre los dos.

Levin se acercó a Katavasov.

–¡Qué acertado ha estado usted decidiéndose a venir!

–Ya hace tiempo que quería haberlo hecho. Ahora podremos discutir con más calma... ¿Ha leído usted a Spencer?

–No lo he terminado –dijo Levin–. De todos modos, ahora no lo necesito.

–¡Cómo! Es interesante... ¿Por qué no lo necesita?

–Quiero decir que la solución de las cuestiones que me interesan en la actualidad no la encontraría en él ni en sus semejantes.

Ahora...

Levin iba a decir que le interesaban otras cuestiones más que los temas filosóficos, pe-ro observó la expresión tranquila y alegre que tenía el rostro de Katavasov y, acordándose de sus propósitos, no quiso destruir su buen humor contrariándole con sus nuevas ideas.

–De todos modos, ya hablaremos después

–añadió, condescendiente–. Si vamos al colmenar, es por aquí, por este sendero ––dijo, dirigiéndose a los demás.

Al llegar, por el camino estrecho, a una explanada rodeada de brillantes flores de

«Juan–María» y donde crecían también espesos arbustos de verde oscuro chenusitza, Levin hizo sentar a sus acompañantes en los bancos y troncos instalados allí para los visitantes del colmenar a la sombra fresca y agradable de unos álamos tiernos, y él se dirigió al colmenar para traer pan, pepinos y miel fresca.

Con gran cuidado y atento al zumbido de las abejas que cruzaban el aire ininterrumpi-damente, llegó por un sendero hasta el colmenar.

Al entrar, una abeja se lanzó hacia él zum-bando y se le enredó en la barba. Se deshizo de ella y pasó al patio, cogió una redecilla que estaba colgada en una pared, se la puso, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y siguió hacia las colmenas.

En filas regulares, atadas a estaquitas, estaban las colmenas viejas, cada una con su historia, que él conocía; a lo largo de la cerca que rodeaba el colmenar se veían las nuevas instaladas aquel año.

A la entrada de las colmenas revoloteaban nubes de abejas y de zánganos, mientras las obreras volaban hacia el bosque atraídas por los tilos en flor y regresaban cargadas del dulce néctar. Y todo el enjambre, obreras di-ligentes, zánganos ociosos, guardianas despiertas dispuestas a lanzarse sobre cualquier extraño al colmenar que tratara de acercarse allí, dejaban oír las notas más diversas en el aire encalmado que se confundían en un continuo y bronco zumbido.

En la otra parte de la cerca, el encargado del colmenar cepillaba una tabla.

El viejo campesino no vio a Levin y éste no le llamó.

Estaba contento de quedarse solo para recobrar la tranquilidad de su ánimo, que ya se había alterado en aquel corto contacto con la realidad.

Recordó, con pesar, que se había enfadado contra Iván, que había demostrado frialdad a su hermano y hablado con ligereza a Katavasov.

« ¿Es posible que todo aquello haya sido cosa de momento y que pase todo sin dejar huella?», se dijo.

Y en aquel mismo instante sintió con alegría que algo nuevo a importante acaecía en su alma. Sólo por unos instantes la realidad había hecho desaparecer, como cubriéndola por un negro velo, aquella calma espiritual hallada por él y que ahora recobraba de nuevo, porque sólo había permanecido oculta en el interior de su alma.

Así como las abejas que volaban alrededor suyo y amenazaban picarle le distraían, le hacían perder la tranquilidad material, obligándole a encogerse, a resguardarse, del "si-no modo las preocupaciones que le habían asaltado a partir del momento en que montara en el

tílburi con el cochero, habían privado de tranquilidad a su alma; pero esto había durado tan sólo mientras estuvo entre Iván, el Príncipe, Katavasov y Sergio Ivanovich. Lo mismo que, a pesar de las abejas, conservaba su fuerza física, así sentía de nuevo dentro de él la fuerza espiritual que había recibido.

XV

–¿Sabes a quién ha encontrado tu hermano en el tren, Kostia? –preguntó Dolly, después de repartir a los niños pepinos y miel–.

A Vronsky. Va a Servia.

–Y lleva un escuadrón a sus expensas –

añadió Katavasov.

–Es una cosa digna de él –dijo Levin–. Pe-ro, ¿es que todavía marchan voluntarios? –

preguntó, mirando a su hermano.

Sergio Ivanovich, ocupado en sacar del trozo de panal que tenía en su plato una abeja viva, pegada a la miel, con la punta de un cuchillo, no le contestó.

-¡Cómo no! ¡Si viera usted los que había ayer en la estación! -repuso Katavasov mordiendo ruidosamente su pepino.

-Pero, ¿cómo es eso? Explíquemelo, Sergio Ivanovich. ¿A qué van esos voluntarios y contra quién han de guerrear? -preguntó el viejo Príncipe, continuando una conversación iniciada, al parecer, en ausencia de Levin.

-Contra los turcos -contestó Kosnichev, sonriente y tranquilo.

Había logrado librar a la abeja aún viva y ennegrecida de miel que agitaba las peque-

ñas patas, y con cuidado la pasó de la punta del cuchillo sobre una hoja de olmo.

-¿Y quién ha declarado la guerra a los turcos? ¿Iván Ivanovich Ragozov, la condesa Lidia Ivanovna y la señora Stal?

-Nadie ha declarado la guerra; pero la gente se compadece de sus hermanos de ra-za y quiere ayudarles -dijo Sergio Ivanovich.

-El Principe no dice que no se les ayude

-intervino Levin-, defendiendo a su suegro-.

Se refiere a la guerra. El Príncipe sostiene que los particulares no pueden intervenir en la guerra sin autorización del Gobierno.

-Mira, Kostia. Una abeja volando. ¡Nos va a picar! -exclamó Dolly defendiéndose del insecto.

-No es una abeja, sino una avispa -aclaró Levin.

-Veamos, explíquenos su teoría -dijo Katavasov, sonriente, a Levin, a %n de provocar una discusión-. ¿Por qué los particulares no han de poder it a la guerra?

-Mi contestación es la siguiente: la guerra es una cosa tan brutal, feroz y terrible, que no digo ya un cristiano, sino ningún hombre puede tomar sobre sí personalmente la responsabilidad de empezarla. Sólo el Gobierno puede ocuparse de eso y ser por necesidad arrastrado a la guerra. Además, según la costumbre y el sentido común, cuando se

trata de asuntos de gobierno, y sobre todo de guerras, todos los ciudadanos deben abdicar de su voluntad personal..

Sergio Ivanovich y Katavasov hablaron a la vez, exponiendo sus objeciones, que ya tenían preparadas.

-Hay casos en que el Gobierno no cumple la voluntad de los ciudadanos, y entonces el pueblo declara espontáneamente su voluntad

--dijo Katavasov.

Pero Kosnichev no parecía apoyar el criterio de Katavasov. Frunció las cejas y dijo:

-No debe usted plantear así la cuestión.

Aquí no hay declaración de guerra, sino la expresión de un sentimiento humanitario, cristiano. Están matando a nuestros hermanos, a gente de nuestra raza y fe. Y no ya a nuestros hermanos y correligionarios, sino simplemente a mujeres, ancianos y niños. El sentimiento grita y los rusos corren a ayudar a terminar con esos horrores. Figúrate que vas por la calle y ves unos borrachos golpeando a una mujer o a un niño. No creo que to detuvieras a preguntar si se ha declarado la guerra a ese hombre o no, sino que to lanzarías en defensa del ofendido.

-Pero no mataría al otro -atajó Levin.

-Sí le matarías.

-No lo sé. De ver un caso así, me entregaría al sentimiento del momento. No puedo decirlo de antemano. Pero semejante sentimiento no existe ni puede existir respecto a la opresión de los eslavos.

-Quizá no exista para ti, pero existe para los demás -contestó, frunciendo el entrecejo involuntariamente, Segio Ivanovich-. Aún viven en el pueblo las leyendas de los buenos cristianos que gimen bajo el yugo del «infiel agareno». El pueblo ha oído hablar de los sufrimientos de sus hermanos y ha levantado la voz.

-Puede ser -dijo Levin evasivamente-. Pero no to veo. Yo pertenezco al pueblo y no siento eso.

-Tampoco yo -añadió el Príncipe-. He vivido en el extranjero, he leído la prensa y confieso que ni siquiera antes, cuando los horrores búlgaros, entendí la causa de que los rusos, de repente, comenzaran a amar a sus hermanos eslavos mientras yo no sentía por ellos amor alguno. Me entristecí mucho, pensando ser un monstruo o atribuyéndolo a la influencia de Carlsbad... Pero al llegar aquí me tranquilicé viendo que hay mucha gente que sólo se preocupa de Rusia y no de sus hermanos eslavos. También Constantino Dmitrievich piensa así ––dijo señalándole.

–En este caso, las opiniones personales no significan nada –respondió Kosnichev–; las opiniones personales no tienen ningún valor ante la voluntad de toda Rusia expresada con unanimidad.

–Perdone, pero no lo veo. El pueblo es ajeno a todo eso –repuso el Príncipe.

–No papá. Acuérdate del domingo en la iglesia –dijo Dolly, que escuchaba la conversación–. Dame la servilleta, haz el favor ––

dijo al anciano, que contemplaba, sonriendo, a los niños–. Es imposible que todos...

–¿Qué pasó el domingo en la iglesia? –

preguntó el Príncipe–. Al cura le ordenaron leer y leyó. Los campesinos no comprendieron nada. Suspiraban como cuando oyen un sermón. Luego se les dijo que se iba a hacer una colecta en pro de una buena obra de la Iglesia y cada uno sacó un cópec, sin saber ellos mismos para qué.

–El pueblo no puede ignorarlo. El pueblo tiene siempre conciencia de su destino y en momentos como los de ahora ve las cosas con claridad –declaró Sergio Ivanovich categóricamente, mirando al viejo encargado del colmenar, como interrogándole.

El viejo, arrogante, de negra barba canosa y espesos cabellos de plata, permanecía in-móvil sosteniendo el pote de miel y mirando dulcemente a los señores desde la elevación de su estatura sin entender ni querer entender lo que trataban, según se evidenciaba en todo su aspecto.

–Sí, señor –afirmó el viejo, moviendo la cabeza, como contestando a las palabras de Sergio Ivanovich.

–Pregúntenle y verán que no sabe ni entiende nada de eso –dijo Levin. Y añadió, dirigiéndose al viejo–: ¿Has oído hablar de la guerra, Mijailich? ¿No oíste lo que decían en la iglesia? ¿Qué te parece? ¿Piensas que debemos hacer la guerra en defensa de los cristianos?

–¿Por qué hemos de pensar en eso? Alejandro Nicolaevich, el Emperador, piensa por nosotros en este asunto y pensará por nosotros en todos los demás que se presenten...Él sabe mejor... ¿Traigo más pan? ¿Hay que dar más a los chiquillos? –se dirigió a Daria Alejandrovna, indicando a Gricha que terminaba su corteza de pan.

–No necesito preguntar –dijo Sergio Ivanovich–. Vemos centenares y millares de hombres que lo dejan todo para ayudar a esa obra justa. Llegan de todas las partes de Rusia

y expresan claramente su pensamiento y su deseo. Traen sus pobres groches y van por sí mismos a la guerra y dicen rectamente por qué lo hacen. ¿Qué significa esto?

–Eso significa, a mi juicio ––dijo Levin que comenzaba a irritarse otra vez–, que en un pueblo de ochenta millones se encuentran, no ya centenares, sino decenas de miles de hombres que han perdido su posición social, gente atrevida, pronta a todo, que siempre está dispuesta a enrolarse en las bandas de Pugachev o cualquier otra de su especie, y que lo mismo va a Servia que a la China...

–Te digo que no se trata de centenares ni de gente perdida, sino que son los mejores representantes del pueblo ––dijo Sergio Ivanovich con tanta irritación como si estuvieran defendiendo sus últimos bienes–. ¿Y los dineros recogidos? ¡Aquí sí que el pueblo expresa directa y claramente su voluntad!

–Esa palabra «pueblo» es tan indefinida...

–dijo Levin–. Sólo los escribientes de las comarcas, los maestros y el uno por mil de los campesinos y obreros saben de qué se trata.

Y el resto de los ochenta millones de rusos, como Mijailich, no sólo no expresan su voluntad, sino que no tienen ni idea siquiera de sobre qué cuestión deben expresarla. ¿Qué derecho tenemos, pues, a decir que se expresa la voluntad del pueblo?

XVI

Experto en dialéctica, Sergio Ivanovich, sin replicar a la última objeción de Levin, llevó la conversación a otro punto de vista.

–Si quieres averiguar –dijo– por un medio aritmético el espíritu del pueblo, es claro que será muy difícil que llegues a conocerlo. En nuestro país no está aún implantado el sufra-gio, y no puede ser introducido, porque no expresaría la voluntad popular; pero para saber cuál es ésta existen otros caminos: se percibe en el ambiente, se siente en el corazón. Ya no hablo de aquellas corrientes bajo el agua que se mueven en el mar muerto del pueblo y que son claras para toda persona que no tenga prevención, miras particulares en el estricto sentido de la palabra. Todos los partidos del mundo intelectual, antes enemigos irreconciliables, ahora se han fundido en una sola idea, las discordias se han terminado. Toda la prensa dice lo mismo; todos han sentido una fuerza titánica que les empuja en la misma dirección.

–Sí, lo dicen todos los periódicos –repuso el Príncipe–. Esto es verdad. Pero de tal modo dicen todos lo mismo, que semejan las ranas en el pantano antes de la tempestad. Hacen tanto ruido, que no se oye ningún otro...

–Si son ranas o no lo son, no lo discuto. Yo no edito periódicos y no quiro defenderlos.

Pero sí he de señalar la unidad de opiniones en el mundo intelectual –digo Sergio Ivanovich, dirigiéndose a su hermano.

Levin iba a contestar, pero el viejo Príncipe se le adelantó.

–En cuanto a esa unidad de opiniones se puede decir otra cosa –dijo–. Tengo un yemo

–Esteban Arkadievich, ustedes ya le conocen–

. Ahora se le nombra miembro de no sé qué comisión y algo más que ahora no recuerdo.

En este puesto no hay nada que hacer, pero Dolly –esto no es un secreto– percibirá un sueldo de ocho mil rublos. Vayan ustedes a preguntarle si ese cargo tiene alguna utilidad; él les demostrará que no hay otro más necesario. Y no es un hombre embustero; pero le es imposible no creer en la utilidad de los ocho mil rublos.

–Sí, es verdad, Stiva me ha pedido que di-ga a Daria Alejandrovna que obtuvo el puesto

––dijo Sergio Ivanovich, con visible desagrado, producido por las palabras del Príncipe.

–Pues así es también la unanimidad en las opiniones de los periódicos. Me han explicado que cuando hay guerra, duplican la tirada.

Entonces, ¿cómo pueden dejar de considerar trascendentales la suerte del pueblo, la situación de los eslavos, etcétera, etcétera, etcé-

tera?

–Confieso que no tengo demasiada afición a los periódicos, pero hablar así me parece injusto –, dijo Sergio Ivanovich.

–Yo les pondría una sola condición –

continuó el Príncipe. Alfonso Karr lo dijo muy bien antes de la guerra con Prusia: « ¿Usted piensa que la guerra es necesaria? Muy bien.

Quien predica la guerra, que vaya en una le-gión especial, delante de todos en los ataques, en los asaltos».

–¡Estarían muy bien los redactores de los periódicos en esa posición!,–comentó Katavasov, riéndose a carcajadas porque

se imaginaba a los periodistas conocidos suyos en aquella legión escogida.

–Como que huirían al primer disparo, no servirían más que de estorbo –dijo Dolly.

–Si trataran de huir –completó el Príncipe–

se les colocarían detrás las ametralladoras o los cosacos con látigos.

–Eso es una broma, y una broma de dudoso gusto, perdonadme que os lo diga, Príncipe –dijo Sergio Ivanovich con acritud.

–No veo que sea una broma... –empezó Levin. Pero Sergio Ivanovich le interrumpió:

–Cada miembro de la sociedad está llamado a cumplir la obra que le coresponde y los intelectuales cumplen la suya orientando a la opinión pública, y la unánime y completa expresión de la opinión pública es lo que honra a la prensa y al mismo tiempo es un hecho que ha de llenamos de alegría. Hace veinte años habríamos callado; pero ahora se oye la voz del pueblo ruso, que está pronto a levantarse como un hombre y a sacrificarse por sus hermanos oprimidos. Es un gran paso y una patente demostración de la fuerza de...

–Pero es que no se trata de sacrificarse, sino también de matar turcos –insinuó tímidamente Levin–. El pueblo está presto a sacrificarse por su alma, pero no a matar –

añadió con firmeza, relacionando esta conversación con los pensamientos que le preocupaban.

–¿Cómo por su alma? Explíqueme esto.

Comprenda que para un especialista en ciencias naturales esta expresión ofrece algunas dificultades ––dijo Katavasov con sonrisa iró-

nica.

–Ya sabe usted muy bien lo que quiero decir.

–Pues le juro que no tengo ni la más mí-

nima idea –contestó con risa sonora Katavasov.

–«No traigo la paz, sino la espada», dijo Cristo –replicó por su parte, Sergio Ivanovich, citando, como cosa clara, aquella parte del Evangelio que más confundía a Levin.

–Eso es... Sí, señor ––dijo el viejo criado Mijailich, contestando a la mirada que casualmente le había dirigido Sergio.

Levin se ruborizó de enojo, no porque se sintiera vencido, sino porque no había podido contenerse y evitar la discusión.

«No, no debo discutir con ellos», pensó. «

Ellos están protegidos por una coraza impenetrable, y yo estoy desnudo. Habría debido callarme.»

Comprendía que le era imposible persuadir a su hermano y a Katavasov, y aún menos veía la posibilidad de estar de acuerdo con ellos. Lo que ellos predicaban era aquel orgullo de espíritu que casi le había hecho perecer a él. No podía estar conforme con que ellos, tomando en consideración lo que decían los charlatanes voluntarios que venían de las capitales, dijeran que éstos, junto con los pe-riódicos, expresaban la voluntad y el pensamiento populares,

pensamiento y voluntad que se basaban en la venganza y en la muerte. No podía estar conforme con esto porque no veía la expresión de tales pensamientos en el pueblo, entre el cual vivía, ni tampoco encontraba estos pensamientos en sí mismo (y no podía considerarse de otro modo sino como uno más entre los miembros que constituían el pueblo ruso) y, sobre todo, porque, junto con el pueblo, no podía comprender en qué consiste el bien general; pero sí creía firmemente que alcanzar este bien general era posible solamente cumpliendo severamente la ley del Bien. Y por ello, no podía desear la guerra ni hablar en su favor. Levin veía su opinión junto a la de Mijailich y el verdadero pueblo, cuyo pensamiento había quedado plasmado en la leyenda de la llamada a los Varegos: « Venid sobre nosotros y gobernadnos. En cambio os prometemos obediencia. Todo el trabajo, todas las humillaciones, todos los sacrificios, los tomamos sobre nosotros; vosotros juzgad y decidid».

Y ahora, según Sergio Ivanovich, el pueblo renunciaba a este derecho comprado a un precio tan elevado.

Levin habría querido decir también que si la opinión pública es un juez impecable, ¿por qué la revolución no era igualmente tan legal como el movimiento en pro de los eslavos?

Pero todo esto no eran más que pensamientos que no podían decidir nada. Una sola cosa se veía palpable: que la discusión sobre este punto irritaba a Sergio Ivanovich y que era mejor, por lo tanto, no discutin Y Levin calló y atrajo la atención de sus huéspedes hacia las oscuras nubes que habí-

an acabado de cubrir amenazadoramente to-do el cielo. Y comprendiendo que la lluvia no iba a tardar, se dirigieron todos a la casa.

XVII

El Príncipe y Sergio Ivanovich subieron al cochecillo, mientras que los otros, apresurando el paso, emprendían a pie el regreso hacia la casa.

Pero las nubes, unas claras, otras oscuras, se acercaban con acelerada rapidez, y deberían correr mucho más si querían llegar a ca-sa antes de que descargarse la lluvia.

Las nubes delanteras, bajas y negras como humo de hollín, avanzaban por el cielo con enorme velocidad.

Ahora sólo distaban de la casa unos doscientos pasos, pero el viento se había levantado ya y el aguacero podía sobrevenir de un momento a otro.

Los niños, entre asustados y alegres, co-rrían delante chillando. Dolly, luchando con las faldas que se le enredaban a las piernas, ya no andaba, sino que corría, sin quitar la vista de sus hijos.

Los hombres avanzaban a grandes pasos, sujetándose los sombreros. Cerca ya de la escalera de la entrada, una gruesa gota golpeó y se rompió en el canalón de metal. Ni-

ños y mayores, charlando jovialmente, se guarecieron bajo techado.

–¿Dónde está Catalina Alejandrovna? –

preguntó Levin al ama de llaves, que salió a su encuentro en el recibidor con pañuelos y mantas de viaje.

–Creíamos que estaba con usted.

–¿Y Mitia?

–En el bosque, en Kolok. El aya debe de estar con él.

Levin, cogiendo las mantas, se precipitó al bosque.

Entre tanto, en aquel breve espacio de tiempo, las nubes habían cubierto de tal mo-do el sol que había oscurecido como en un eclipse. El viento soplaba con violencia como con un propósito tenaz, rechazaba a Levin, arrancaba las hojas y flores de los tilos, des-nudaba las ramas de los blancos abedules y lo inclinaba todo en la misma dirección: acacias; arbustos, flores, hierbas y las copas de los árboles.

Las muchachas que trabajaban en el jardín corrían, gritando, hacia el pabellón de la servidumbre. La blanca cortina del aguacero cubrió el bosque lejano y la mitad del campo más próximo acercándose rápidamente a Kolok. Se distinguía en el aire la humedad de la lluvia, quebrándose en múltiples y minúsculas gotas.

Inclinando la cabeza hacia adelante y luchando con el viento que amenazaba arreba-tarle las mantas, Levin se acercaba al bosque a la carrera.

Ya distinguía algo que blanqueaba tras un roble, cuando de pronto todo se inflamó, ar-dió la tierra entera, y pareció que el cielo se abría encima de él.

Al abrir los ojos, momentáneamente cega-dos, Levin, a través del espeso velo de lluvia que ahora le separaba de Kolok, vio inmediatamente, y con horror, la copa del conocido roble del centro del bosque que parecía haber cambiado extrañamente de posición.

«¿Es posible que le haya alcanzado?», pu-do pensar Levin aun antes de que la copa del árbol, con movimiento más acelerado cada vez, desapareciera tras los otros árboles,

produciendo un violento ruido al desplomarse su gran mole sobre los demás.

El brillo del relámpago, el fragor del trueno y la impresión de frío que sintió repentinamente se unieron contribuyendo a producirle una sensación de horror.

–¡Oh, Dios mío, Dios mío! Haz que no haya caído el roble sobre epos –pronunció.

Y aunque pensó en seguida en la inutilidad del ruego de que no cayera sobre ellos el árbol que ya había caído, él repitió su súplica, comprendiendo que no le cabía hacer nada mejor que elevar aquella plegaria sin sentido.

Al llegar al sitio donde ellos solían estar, Levin no halló a nadie.

Estaban en otro lugar del bosque, bajo un viejo tilo, y le llamaban. Dos figuras vestidas de oscuro –antes vestían de claro– se inclinaban hacia el suelo.

Eran Kitty y el aya. La lluvia ahora cesó casi del todo. Comenzaba a aclarar cuando Levin corrió hacia ellas. El aya tenía seco el borde del vestido, pero el de Kitty estaba to-do mojado y se le pegaba al cuerpo. Aunque no llovía, continuaban en la misma postura que durante la tempestad: inclinadas sobre el cochecito, sosteniendo la sombrilla verde.

–¡Están vivos! ¡Gracias a Dios! –exclamó Levin, corriendo sobre el suelo mojado con sus zapatos llenos de agua.

Kitty, con el rostro mojado y enrojecido, se volvía hacia él, sonriendo tímidamente bajo el sombrero, que había cambiado de forma.

–¿No te da vergüenza? ¡No comprendo que seas tan imprudente!

–Te juro que no tuve la culpa. En el momento en que nos disponíamos a regresar, tuvimos que mudar al pequeño. Cuando terminamos, la tempestad ya... –se disculpó Kitty.

Mitia estaba sano y salvo, bien seco y dormido.

–¡Loado sea Dios! No sé lo que me digo...

Recogieron los pañales mojados, el aya sacó al niño del cochecillo y le llevó en brazos. Levin caminaba junto a su mujer reprochándose la irritación con que le hablara y, a escondidas del aya, apretaba su brazo contra el propio.

XVIII

Durante todo el día, mientras se desarro-llaban las más diversas conversaciones, en las que intervenía como si sólo participara en ellas lo externo de su inteligencia, Levin, no obstante al desengaño del cambio que debía pesar sobre él, sentía incesantemente, con placer, la plenitud de su corazón.

Después de la lluvia la excesiva humedad impedía salir de paseo. Además, las nubes de tormenta no desaparecían del horizonte y pasaban unas veces por un sitio, otras por otro, ennegrecido el cielo, acompañadas a intervalos por el fragor de los truenos. El resto del día lo pasaron, pues, todos en la casa.

No se discutió más, y después de la comida se encontraban todos de excelente humor.

Katavasov, al principio, hizo reír mucho a las señoras con sus bromas originales, que siempre gustaban cuando se le

empezaba a conocer; pero luego, interpelado por Kosnichev, suspendió sus interesantísimas observaciones sobre la diferencia de vida, caracteres y hasta de fisonomías entre los machos y hembras de las moscas caseras.

Sergio Ivanovich, también de buen humor, explicó a petición de su hermano, durante el té, su punto de vista sobre el porvenir de la cuestión de Oriente, de modo tan sencillo y agradable que todos le escucharon con placer.

Kitty fue la única que no pudo atenderle hasta el final, porque la llamaron para bañar a Mitia.

Algunos momentos después, llamaron también a Levin al cuarto del niño.

Dejando el té, y, lamentando interrumpir una charla interesante, se inquieto a la vez al ver que le llamaban, ya que sólo lo hacían en ocasiones importantes, Levin se dirigió a la alcoba de Mitia.

A pesar de lo interesante del plan –que Levin no oyera hasta el fin– expuesto por Sergio Ivanovich respecto a que los cuarenta millones de eslavos liberados debían, en unión de Rusia, abrir una nueva era en la historia del mundo; a pesar de su inquietud a interés por el hecho de que le llamaran, en cuanto se encontró solo, al salir del salón recordó sus pensamientos de por la mañana.

Y todo aquello de la importancia del elemento eslavo en la historia universal le pareció tan insignificante en comparación con lo que sucedía en su alma que por el momento lo olvidó todo y se sumió en el mismo estado de espíritu en que estuviera durante la ma-

ñana.

Ahora no recordaba el proceso de sus ideas, como lo hacía antes, ni tampoco lo necesitaba. Se hundía en seguida en el sentimiento que le guiaba, en relación con estas ideas, y hallaba que aquel sentimiento era más fuerte y definido en su alma que antes.

Ya no le sucedía ahora como anteriormente, cuando en los momentos en que encontraba un consuelo imaginario, le era forzoso restablecer todo el proceso de sus ideas para hallar el sentimiento. Al contrario, a la sazón, la sensación de alegría y serenidad era más viva que antes, y el pensamiento no alcanzaba hasta la altura del sentimiento.

Levin, caminando por la terraza y mirando las estrellas que aparecían en el cielo ya oscurecido, recordó de repente y se dijo: «Sí, mirando al cielo, pensaba que la bóveda que veo no es una ilusión; pero no llevé mis pensamientos hasta el final, algo no quedó bien meditado. Pero, sea como sea, no puede haber objeción. Hay que reflexionar sobre ello y entonces todo quedará claro ...».

Y al penetrar en la alcoba del niño, se acordó de lo que se había ocultado a sí mismo. Y era que si la principal demostración de la Divinidad consistía en su revelación de lo que es el bien, en ese caso, ¿por qué la revelación se limita sólo a la Iglesia cristiana?

¿Qué relación tienen con esta revelación las doctrinas budistas y mahometanas que también profesan y hacen el bien?

Parecíale encontrar ya la contestación a tal pregunta cuando, antes de contestarse, entró en el cuarto del niño.

Kitty, con los brazos remangados, se inclinaba sobre la bañera donde estaba el peque-

ño jugando con el agua, y al oír los pasos de su marido volvió el rostro hacia él y le llamó con una sonrisa.

Sostenía con una mano la cabeza del niño, que estaba tendido de espalda en el agua, agitando los piececillos, y con la otra, contrayéndola rítmicamente, Kitty oprimía la esponja contra el cuerpo regordete del pequeño.

–¡Mírale, mírale! –dijo cuando su esposo se acercó a ella–. Agafia Mijailovna tiene ra-zón: ya nos conoce...

Era evidente que, desde aquel día, Mitia reconocía a todos los que le rodeaban.

En cuanto Levin se acercó a la bañera le hicieron asistir a un experimento que tuvo un éxito completo.

La cocinera, llamada expresamente, se inclinó hacia el niño, quien frunció las cejas y movió la cabeza negativamente. Luego se inclinó Kitty y el niño sonrió con júbilo, apoyó las manitas en la esponja y produjo con los labios un extraño sonido de contento.

No sólo la madre y el aya, sino hasta el mismo Levin, se entusiasmaron.

Con una mano sacaron al niño de la bañe-ra, le vertieron más agua por encima, le en-volvieron en la sábana, le secaron y después, cuando comenzó a emitir su prolongado grito habitual, se lo entregaron a su madre.

–Me alegro mucho de que empieces a quererle –dijo Kitty a su marido después de que con el niño al pecho, se sentó en su lugar acostumbrado–. Estoy muy contenta. Ya empezaba a disgustarme. Decías que no experimentabas nada hacia él...

–¿He dicho que no sentía nada? Sólo decía que me había decepcionado.

–¿Te había decepcionado el niño, quizá?

–No él, sino yo con respecto a mi sentimiento por él. Esperaba más. Esperaba una especie de sorpresa, de sentimiento nuevo y agradable que florecería en mi alma. Y de pronto, en lugar de eso, sentí repugnancia, compasión...

Kitty le escuchaba atentamente, teniendo al niño entre ambos y ajustándose a los finos dedos las sortijas que se quitara para bañar a Mitia.

–Y lo principal es que sentía mucho más temor y compasión por él que placer. Hoy, después del momento de temor que pasé durante la tormenta, comprendí cuánto le quiero.

Kitty mostraba una radiante sonrisa.

–¿Te asustaste mucho? –preguntó–. Yo también. Pero ahora que todo ha pasado tengo más miedo aún... Iré a ver el roble. ¡Qué simpático es Katavasov! Todo el día se ha mostrado muy amable. ¡Y tú eres tan bueno con tu hermano, y te portas tan bien con él cuando quieres! Anda, ve con ellos. Aquí, después del baño, hace siempre demasiado calor...

XIX

Al salir del cuarto del niño y quedarse solo, Levin recordó otra vez aquel pensamiento en el cual había algo que no estaba claro.

En vez de ir al salón, desde el cual llegaban las voces de los demás, se detuvo en la terraza y apoyándose en la balaustrada contempló el cielo.

Había anochecido por completo. Al sur, hacia donde miraba, no se veían nubes. Al lado opuesto se extendía el nublado y allí brillaban los relámpagos y se oían lejanos truenos.

Levin escuchaba el lento caer de las gotas de agua desde los tilos en el jardín, contemplaba el conocido triángulo de estrellas que tanto conocía, y la difusa Vía Láctea, que cruzaba a aquel triángulo por el centro.

Cada vez que brillaba un relámpago, no sólo la Vía Láctea sino las brillantes estrellas desaparecían, pero cuando el relámpago cesaba, las estrellas, como lanzadas por una mano certera, reaparecían en el mismo sitio.

«¿Y qué es lo que me hace todavía dudar?» , preguntó Levin, presintiendo que, aunque la ignoraba aún, la solución de sus dudas estaba ya preparada en su alma.

«Sí, la única, evidente a indudable manifestación de la Divinidad son las leyes del bien, expuestas al mundo por la revelación, y las cuales siento en mí y a cuyo reconocimiento no me incorporo, sino que estoy unido forzosamente con una comunidad de creyentes que se llama Iglesia. Pero los hebreos, los mahometanos, confucianos y budistas, ¿qué son? Y aquella era la pregunta que resultaba peligrosa. ¿Es posible que centenares de millones de seres humanos estén privados del mayor bien de la vida, sin el que la vida misma no tiene sentido?»

Permaneció pensativo; pero en seguida se corrigió.

«¿Qué pregunto? Pregunto sobre la relación con la Divinidad de diversas doctrinas religiosas de la Humanidad toda. Pregunto sobre la manifestación general de Dios a todo el mundo, incluso a las nebulosas del firma-mento... ¿Qué hago? A mí, personalmente, a mi corazón, se me abre un conocimiento indudable, incomprensible para la razón, y he

aquí que me obstino en explicar con razones y palabras ese conocimiento.

»¿Acaso no sé que las estrellas no se mueven?», se preguntó, mirando el brillante astro que había cambiado de posición sobre las altas ramas del álamo.

« Sin embargo, mirando el movimiento de las estrellas no puedo apreciar el de rotación de la Tierra y por tanto acierto al decir que las estrellas se mueven.

»¿Habrían los astrónomos podido comprender y calcular algo sólo teniendo en cuenta los diversos y complicados movimientos de la Tierra? Todas sus extraordinarias conclusiones de los cuerpos celestes se basan sólo en el movimiento aparente de los astros en torno a la Tierra inmóvil, en ese movimiento que contemplo ahora y que, tal como es para mí, fue para millones de hombres durante siglos, y ha sido y será siempre igual, y por eso puede ser comprobado directamente.

»Y así como habrían sido superfluas y discutibles las conclusiones de los astrónomos no basadas en la observación del cielo visible, en relación con un meridiano y un horizonte, igualmente superfluas y discutibles habrían sido mis conclusiones de no bastarse en la comprensión del bien, que ha sido, es y será igual para todos, y que me es revelado por el cristianismo, y en el cual puede siempre confiar mi espíritu. No tengo, pues, derecho a resolver la cuestión de las relaciones de otras doctrinas con la Divinidad.»

–Pero, ¿estás todavía aquí? –preguntó de repente la voz de Kitty, que se dirigía al salón por aquel mismo camino–. ¿Estás disgustado por algo? –agregó, mirando su rostro a la luz de las estrellas.

Mas no habría podido distinguirlo a no ser por el fulgor de un relámpago que ocultó en aquel momento la claridad de las estrellas a iluminó la faz de su marido. A aquel resplandor fugaz, Kitty lo examinó y, al verlo jubilo-so y sereno, floreció en sus labios una sonrisa.

«Ella me comprende» , pensó Levin. « Ella sabe en lo que estoy pensando. ¿Se lo digo o no? Sí, voy a decírselo.»

Pero en el momento en que iba a empezar a hablar, Kitty habló también.

–Oye, Kostia, ¿quieres hacerme un favor?

Ve a la habitación del rincón a ver si la han arreglado bien para Sergio Ivanovich. A mí me da cierta vergüenza... ¿Le habrán puesto el lavabo nuevo?

–Bien; voy a ver –dijo Levin, incorporándose y besándola.

«No, no debo hablarle» , pensó, cuando Kitty pasó delante de él. « Se trata de un misterio que sólo yo debo conocer y que no puede explicarse con palabras.

» Este nuevo sentimiento no me ha modi-ficado, no me ha deslumbrado ni me ha hecho feliz como esperaba; como en el amor paternal no ha habido sorpresa ni arrebata-miento... No sé si esto es fe o no es fe. No sé lo que es. Pero sí sé que este sentimiento, de un modo imperceptible, ha penetrado en mi alma con el sufrimiento y ha arraigado en ella firmemente.

»Me sentiré irritado como antes contra Iván, el cochero, seguiré discutiendo lo mismo, expresaré inadecuadamente mis pensamientos, continuará levantándose un muro entre el santuario de mi alma y los demás, incluso entre mi espíritu y el de mi mujen Seguiré culpándola de mis

sobresaltos para luego arrepentirme de ello; mi razón no comprenderá por qué rezo y sin embargo seguiré rezando... Todo como antes...

» Pero a partir de hoy mi vida, toda mi vi-da, independientemente de lo que pueda pasar, no será ya irrazonable, no carecerá de sentido como hasta ahora, sino que en todos y en cada uno de sus momentos poseerá el sentido indudable del bien, que yo soy dueño de infundir en ella.»

FIN